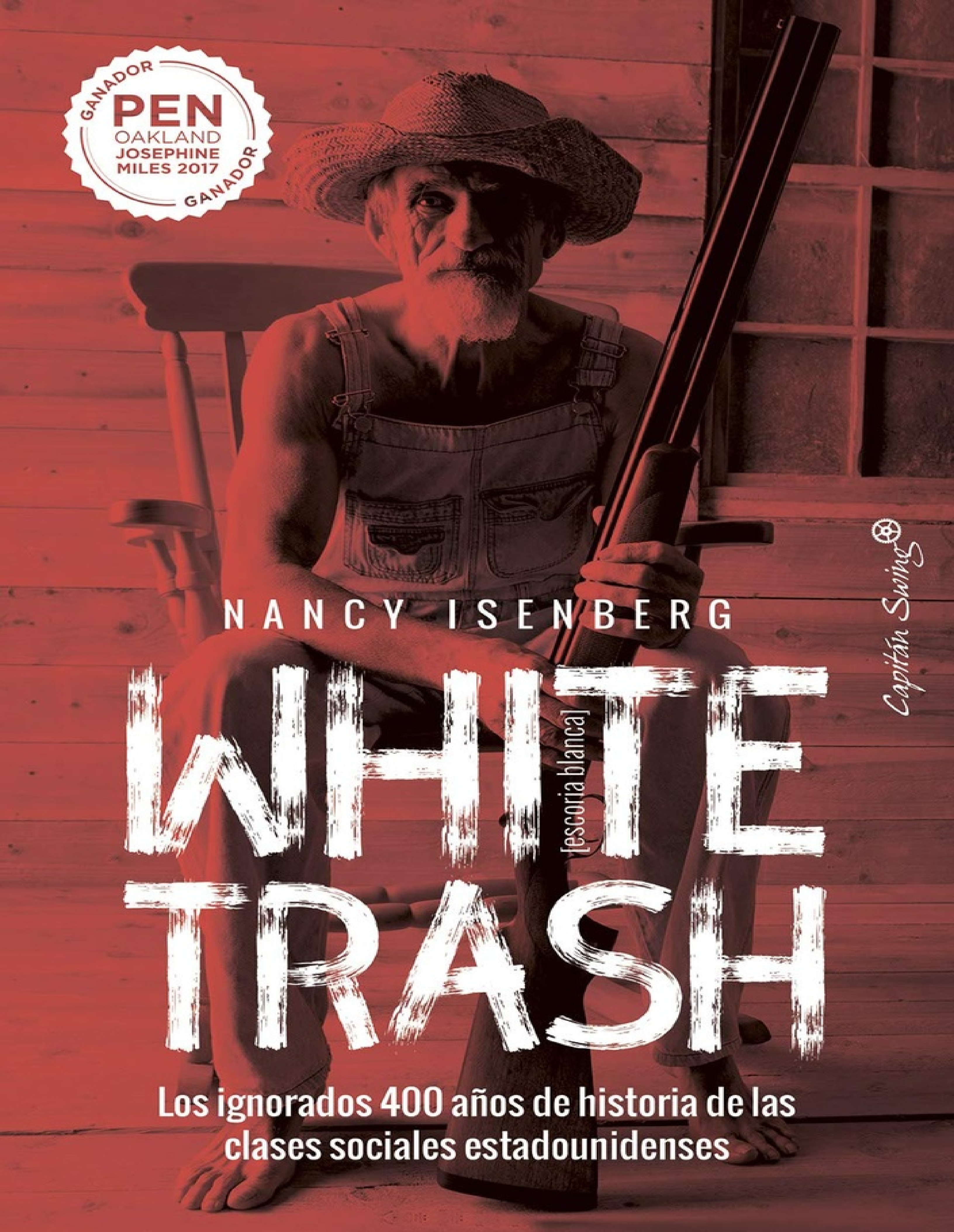
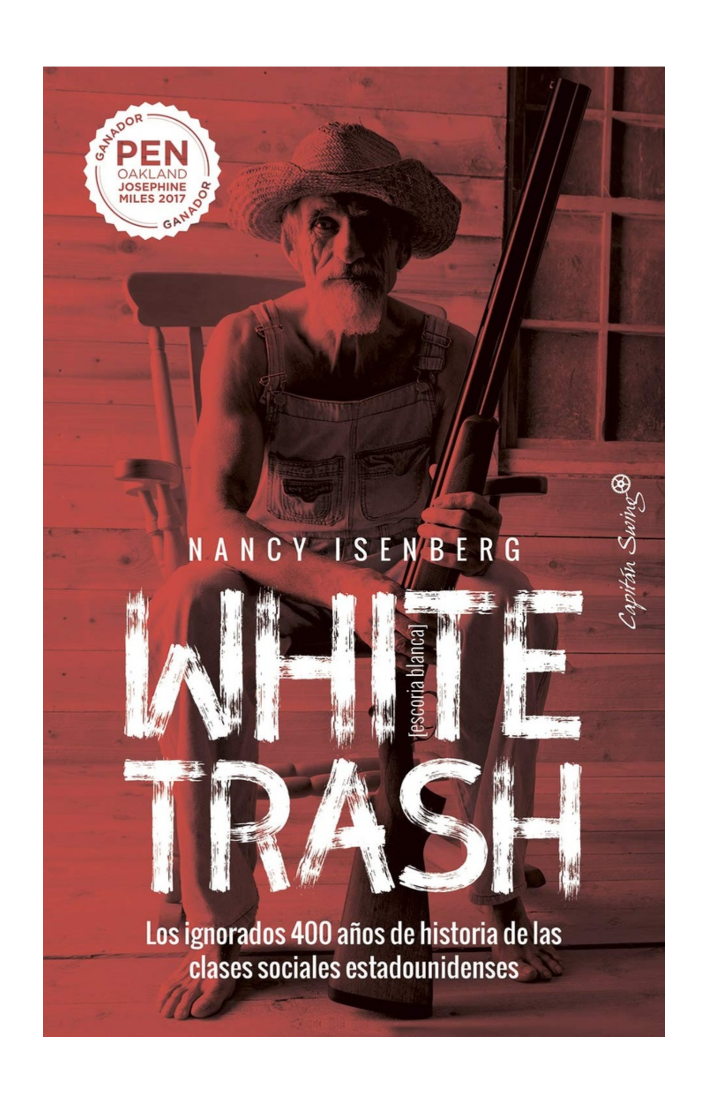

GANADOR
PEN
OAKLAND
JOSEPHINE
MILES 2017
GANADOR
NANCY ISENBERG
WHITE
[escoria blanca]
TRASH
Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses
Capitán Swing


GANADOR
PEN
OAKLAND
JOSEPHINE
MILES 2017
GANADOR
NANCY ISENBERG
WHITE
[escoria blanca]
TRASH
Los ignorados 400 años de historia de las
clases sociales estadounidenses
Capitán Swing



WHITE TRASH

[escoria blanca]

Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses

NANCY ISENBERG

Traducción de

Tomás Fernández Aúz

Capitán Swing

En recuerdo de
Gerda Lerner y Paul Boyer

Nota del traductor

Dado que muchas de las palabras jergales aquí empleadas no tienen correspondencia en nuestra lengua, la dificultad de traducir al castellano las voces —fundamentalmente despectivas, pero también descriptivas— de la cultura popular estadounidense aconseja ofrecer al principio un breve vocabulario de las equivalencias utilizadas. Si en algunos casos doy más de una traducción y apunto más a un semema que a una paridad unívoca es porque, además de permitir la unificación de términos y su cotejo con los originales, la siguiente lista debe orientar al lector en la comprensión general del libro, ya que en función de los contextos ha sido preciso optar por diferentes variantes de traducción. En efecto, las voces estadounidenses no solo están impregnadas de un conjunto de connotaciones culturales imposibles de encerrar en un solo vocablo, también denotan en algunos casos más de una característica, y con el paso del tiempo o en diferentes situaciones el hablante nativo puede resaltar uno u otro de esos aspectos. Por ejemplo, *redneck* se refiere en principio al campesino blanco del Sur de Estados Unidos, pero por extensión puede aplicarse denigratoriamente a cualquier individuo falto de cultura o refinamiento en opinión de quien le categoriza. Espero que este mínimo «diccionario» constituya una buena ayuda:

clay-eater : comearcillas.
cracker o *corncracker* : mascamazorcas (también bribón, pícaro, bergante, zarrapastroso…).
hillbilly : rústico, cateto, pueblerino.
lubber : patán, palurdo.
mudsill : pies de barro.
piney : morador de los pinares.
redneck : destripaterrones, paleto, campesino blanco pobre, gañán sureño.
rubbish : basura, desperdicios.
sandhiller : habitante de los médanos.
tar-heel : talón de brea.
trailer trash : barreduras de remolque, caravanero tirado, carne de furgoneta.
waste people : morralla humana.
waste : despojo, morralla; referido a la tierra: páramo o tierra yerma.
wasteland : erial o tierra baldía.
white trash : escoria blanca, es decir, el conjunto de la población blanca más desfavorecida de Estados Unidos y, por extensión, «persona pobre» en general, con sus obvias intersecciones de raza, género, etcétera.

TOMÁS FERNÁNDEZ AÚZ

Prefacio

Una de las películas más memorables de todos los tiempos es *Matar a un ruise* ñor, estrenada en 1962. Se trata de un retrato clásico de las secuelas que ha dejado la esclavitud y la segregación racial en el Sur de Estados Unidos. Hace más de dos décadas que examino en mis clases el contenido de ese filme, que también es una de las cintas favoritas del presidente Obama. Sin embargo, cuando lo paso en el aula (por mucho que también hayan podido verlo en el instituto), a lo que asisten mis alumnos, y por primera vez en su vida, es a un drama cuyo argumento no solo contiene un mensaje inquietante, sino dos.

Uno de los argumentos habla de un hombre de principios, el valiente abogado Atticus Finch, que se niega a perpetuar el doble rasero racial: pese a saber que va a encontrar una fuerte oposición, acepta defender a un afroamericano llamado Tom Robinson al que se le acusa de haber violado a Mayella Ewell, una chica blanca muy pobre. Aunque el tribunal dictamine la culpabilidad de Robinson, el espectador sabe que es inocente. El reo es un hombre honrado que trabaja de sol a sol y cuya talla personal es muy superior a la de la degenerada familia de sus acusadores: los Ewell. La desaliñada Mayella se siente acobardada por su padre, que la intimida con modales de matón. Este, que responde por Bob Ewell, es un hombre escuálido al que siempre vemos embutido en un mono de trabajo y que carece de todo mérito o virtud moral. Bob Ewell exige que el jurado, integrado exclusivamente por varones blancos, se ponga de su parte, cosa que al final consigue. Insiste en que le ayuden a vengar el honor de su hija. No contento con saber que alguien ha matado a Robinson cuando intentaba fugarse de la prisión, Bob agredirá además a los dos hijos de Atticus Finch en la noche de Halloween.

El nombre completo de Bob Ewell es Robert E. Lee Ewell. Pero no se trata del heredero de ninguna de las familias aristocráticas del Viejo Sur.

Según la descripción que nos ha dejado Harper Lee, la autora de la novela que dio pie a la película, los Ewell forman parte de los más pobres de entre los pobres, de aquellos cuya miseria no hay fluctuación económica que pueda disminuir o agravar —ni siquiera la Gran Depresión—. Son escoria humana. Así lo afirma en el texto la propia escritora: «Ningún agente del orden era capaz de sujetar a su numerosa descendencia en la escuela; ningún sanitario podía librarles de sus defectos congénitos ni de los diversos gusanos y enfermedades endémicas de los ambientes sucios». Viven detrás del basurero municipal, en cuya porquería rebuscan a diario. La ruinosa chabola que les sirve de casa había sido en otra época «una choza de negros». Y como hay inmundicias por todas partes, la barraca parece «la casa de muñecas de un chiquillo demente». No hay nadie en todo el vecindario capaz de determinar cuántos críos viven en ese lugar: unos dicen que nueve y otros solo aventuran seis. Para los habitantes del pueblecito de Maycomb, en Alabama, los hijos de los Ewell eran simples «mocosos de cara sucia que se asomaban a las ventanas cada vez que alguien pasaba por allí». [1] Los Ewell responden inconfundiblemente a la imagen de lo que los estadounidenses del Sur (y un montón de gente más) denominan «escoria blanca». [2]

Sus actuales compatriotas todavía conservan una visión tan estrecha como sesgada de la escoria blanca. Uno de los símbolos más contundentes y familiares de las actitudes retrógradas que se asocian con este grupo social desfavorecido es el que mostraron los periódicos y las cámaras de televisión en 1957 al captar el enfurecido rostro de los blancos que protestaban en un acto de integración escolar que tuvo lugar en Little Rock, Arkansas. En 2015, varios manifestantes cubiertos de tatuajes del Ku Klux Klan decididos a defender la bandera confederada frente al Parlamento de Charleston, en Carolina del Sur, exhibieron también sentimientos similares, demostrando así la persistencia de un bochornoso fenómeno social. El prestigio de Paula Deen, la popular presentadora del canal de televisión de pago estadounidense Food Network, nacida en Georgia y famosa por sus recetas impregnadas de colesterol, cayó repentinamente en picado en 2013, al revelarse que usaba la «palabra con N». [3] Prácticamente de la noche a la mañana, su reputación de sureña presentable se fue al garete, y acabó marcada con el estigma reservado a los paletos más burdos y menos refinados. En el extremo opuesto, se ha regalado la vista y el oído de los telespectadores con refritos de personajes de vodevil como el de Jefferson

Davis Hogg, alias «Boss», en *El sheriff chiflado* (1979-1985), [4] cuyas reposiciones han perdurado nada menos que hasta el año 2015, [5] fecha en la que se dejaron de emitir debido a que en el coche (conocido como «General Lee») de dos de sus protagonistas, Bo y Luke Duke, se había pintado la bandera confederada. El título mismo de esta serie es un juego de palabras relacionado con la identidad de clase, ya que los Duke son gente pobre de las montañas de Georgia dedicada entre otras cosas al contrabando de alcohol, pero su apellido se asocia con la realeza inglesa. [6]

Con todo, estas instantáneas tipológicas de la escoria blanca nos ofrecen una imagen incompleta de un problema que en realidad es muy antiguo y que generalmente pasa desapercibido. En sus charlas sobre acontecimientos virales como los reseñados más arriba, los estadounidenses no dan ninguna muestra de percibir las diferencias de clase, más allá de una simple constatación superficial. A la cólera y la ignorancia se superpone la compleja historia de una identidad de clase fraguada en el remoto periodo colonial de Estados Unidos sobre la base de las nociones de pobreza traídas de Gran Bretaña. En muchos sentidos, el sistema de clases de Estados Unidos se ha ido gestando al hilo de la evolución de los argumentarios políticos empleados para despachar o demonizar (y de cuando en cuando reivindicar) a esos marginados rurales aparentemente incapaces de incorporarse a la corriente dominante de la sociedad.

Por consiguiente, los Ewen no son simples figurantes del drama histórico de Estados Unidos. Su trompicada peripecia arranca con el siglo XVI , no en los albores del XX . Es una emanación de las políticas coloniales británicas enfocadas al reasentamiento de los pobres, una consecuencia de un conjunto de decisiones llamadas a condicionar los conceptos de clase estadounidenses y a dejar una huella indeleble en su cultura. Conocidos en un principio con el nombre de «morralla del Nuevo Mundo» y más tarde con el de «escoria blanca», los estadounidenses socialmente arrinconados acabarían padeciendo el estigma de su inadaptación al sistema de la productividad, de su falta de propiedades o de su incompetencia como progenitores de hijos sanos y aptos para ascender en la escala social; o dicho de otro modo: aparecen carentes del sentido del medro personal que constituye la base del sueño americano. Y la solución que se ha dado en Estados Unidos a la pobreza y el atraso social no ha sido precisamente la que quizá hubiera cabido esperar. Bien avanzado el siglo XX , la expulsión de los parias o incluso su esterilización eran propuestas que se antojaban

racionales a juicio de quienes ansiaban reducir la losa que representaban «los perdedores» para el conjunto de la economía.

En el desarrollo de las actitudes de la sociedad frente a estas personas indeseables, las expresiones lingüísticas más espeluznantes son tal vez las propias de mediados del siglo XIX , ya que en ese periodo los campesinos blancos pobres eran arrojados al saco categorial de los seres inferiores a la raza blanca, debido a que su misma piel amarillenta, unida a su enfermiza y achacosa descendencia, denunciaba su condición de ralea extraña y ajena. Los términos «morralla» y «escoria» se revelan cruciales para comprender, siquiera mínimamente, el carácter de este impactante y persistente vocabulario. Estados Unidos ha sido siempre, en toda su historia, un sistema de clases. No se trata únicamente de que el uno por ciento de su población sea la que dirija el país ni de que esa exigua élite de privilegiados cuente con el apoyo satisfecho de la clase media: si queremos explicar la identidad de la nación no podemos seguir haciendo caso omiso de las capas estancadas y desechables de la sociedad.

Pobres, despojos, basura…; sea cual sea la etiqueta que se les haya asignado, los integrantes de este estrato social se han situado invariablemente en la vanguardia de las contiendas políticas más pedagógicas de Estados Unidos. En la época del asentamiento colonial, sus componentes actuaron a un tiempo como peones útiles y levantiscos agitadores —una pauta conductual llamada a perdurar entre las masas de emigrantes desposeídos que se dedicarían a ocupar tierras tanto en las regiones del oeste como en el conjunto del continente—. Los blancos pobres del sur no solo tuvieron un papel muy destacado en el ascenso del Partido Republicano de Abraham Lincoln, también intervinieron en la gestación del clima de desconfianza que determinaría que las inquinas acabaran impregnando las capas más empobrecidas de la Confederación en la época de la Guerra de Secesión estadounidense. Durante el periodo de la Reconstrucción, [7] la escoria blanca constituyó una peligrosa anomalía y un punto discrepante en los esfuerzos tendentes a refundar la Unión. Y en las dos primeras décadas del siglo XX , coincidiendo con el florecimiento del movimiento eugenésico, sus miembros pasaron a formar la clase degenerada a la que apuntaban los programas de esterilización. La otra cara de la moneda es que los blancos pobres se beneficiaron de los empeños rehabilitadores del New Deal y la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson. [8]

Una y otra vez, la presencia de la escoria blanca nos recuerda una de las más incómodas verdades nacionales de Estados Unidos: que sigue habiendo pobres entre nosotros. La zozobra que induce a penalizar a las personas blancas sumidas en la pobreza revela la existencia de una molesta tensión entre las promesas de país que se inculcan a los estadounidenses —es decir, el sueño de la movilidad social ascendente— y la mucho menos atractiva realidad de que las barreras de clase determinen casi invariablemente que ese sueño resulte inalcanzable. Como es obvio, la encrucijada en la que la raza y la clase se intersectan continúa siendo uno de los factores que influyen innegablemente en el conjunto de la situación.

El estudio que aquí presento revela la existencia de una compleja herencia. No se trata únicamente de que las capas sociales inferiores queden categorizadas con etiquetas despectivas en una franja temporal dada. Hace tiempo que uno de los sustratos inconscientes del credo nacional de Estados Unidos viene girando en torno a la racionalización de la desigualdad económica: se ha asignado a la pobreza el carácter de una realidad natural, y muchas veces se considera que es algo ajeno al control humano. En consecuencia, los blancos pobres han sido clasificados en la categoría de las razas extrañas. O dicho de otro modo, la socialización deja de estar ligada con el cultivo de los modales o las competencias relacionales y queda vinculada con algo mucho más siniestro: la pervivencia de un legado impuesto. El lenguaje de clase que ha terminado aceptándose en Estados Unidos se articuló en su día en aquiescencia con la forma en que los británicos enfocaban la cuestión de los vagabundos y consagró una suerte de fijación trasatlántica con la cría de animales, su demografía y su pedigrí. Los pobres no solo se vieron tildados de meros despojos, también se los asimiló al ganado de mala calidad.

Con el paso de los años iría aflorando, junto a las familiares imágenes denigratorias, un conjunto de temas populistas. Sin embargo, esos temas no han llegado a tener nunca la fuerza necesaria para desvitalizar la hostilidad que se ha estado vertiendo sobre los blancos pobres del medio rural. En las últimas décadas, hemos asistido a la exacerbación de las pasiones tribales como consecuencia del redescubrimiento de las «raíces campesinas», [9] un movimiento estadounidense de orgullo identitario que tuvo mucho recorrido en las décadas de 1980 y 1990. Lo que ha espoleado esta recuperación de la identificación con el mundo rural no ha sido tanto una reacción a los paulatinos cambios de sentido progresista que han venido registrándose en

las relaciones raciales como la fascinación que en general ejerce actualmente la política identitaria. La idea de esa raigambre agreste implica que la clase social ha adquirido los rasgos (y el aspecto) de un legado étnico, cosa que a su vez refleja el deseo moderno de no dar a la clase otro valor que el de un fenómeno cultural. Sin embargo, tal y como deja patente la popularidad que han alcanzado en los últimos años algunos programas de telerrealidad como *Duck Dynasty* o *Here Comes Honey Boo Boo* , [10] el viejo lastre de estereotipos asociados con las personas de encaste genético supuestamente irremediable continúa saturando la noción de escoria blanca en el siglo XXI .

Hay una gran cantidad de personajes célebres y no tan célebres que participan de la larga y baqueteada saga de las razas inferiores estadounidenses. De entre ellos destacan Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, Davy Crockett, Harriet Beecher Stowe, Jefferson Davis, Andrew Johnson, William E. B. Du Bois, Theodore Roosevelt, Erskine Caldwell, James Agee, Elvis Presley, Lyndon Baines Johnson, James Dickey, Billy Carter, Dolly Parton, William Jefferson Clinton y Sarah Palin, por mencionar solo a unos cuantos. El examen de sus ideas, de su cambiante imagen pública y de los vuelcos de su propia concepción de sí nos ayudará a comprender mejor la curiosa y compleja historia de la identidad de clase de los estadounidenses.

Queda, por tanto, claro que este libro aborda un gran número de relatos. Uno de ellos es el de la relevancia del pasado rural de la nación. Otro, que probablemente sea el más importante, pone el dedo sobre la llaga que más difícil nos resulta asumir, como pueblo, a los propios estadounidenses: el de la omnipresente realidad de una jerarquía de clases en nuestro país. El ensayo se abre y concluye con un análisis de los conceptos de «tierra» y «propiedad», ya que la identidad de clase y el significado material y metafórico de la «tierra» son nociones estrechamente vinculadas. Durante buena parte de la historia de Estados Unidos se ha dado en considerar que las malas clases eran productos de la mala tierra, la que aparece cubierta de maleza, se revela estéril o no pasa de ser un páramo pantanoso. La propiedad de una casa sigue siendo en nuestros días uno de los elementos que miden el grado de movilidad social de un país.

Empecé a interesarme en este tema en la escuela de posgrado, en la que tuve la fortuna de trabajar con dos académicos notables cuyo enfoque de la historia estaba llamado a moldear mi propia carrera profesional de un modo

muy significativo. A Gerda Lerner, mi directora de tesis, le apasionaron siempre los trabajos enfocados a la desmitificación de las ideologías y supo imbuirme del sano recelo que produce la constatación de los límites de las creencias populares. Paul Boyer fue un historiador y un intelectual capaz de abarcar una asombrosa gama de conocimientos y de describir con tanta sutileza como ingenio las características constitutivas de la Nueva Inglaterra puritana, las ideas de los reformadores morales decimonónicos y los credos de los fundamentalistas religiosos del siglo XX . La pequeña población fronteriza de San Benito, en Texas, también concentra muchos de los elementos que explican que estas cuestiones me interesen tanto. En ella vino al mundo mi madre. Su padre, John MacDougall, fue un colono moderno que atrajo a personas venidas de Canadá y logró que se asentaran para cultivar la tierra.

Varios amigos y colegas han aportado contribuciones que se han revelado cruciales para la elaboración de este libro. Quiero expresar mi gratitud a todos cuantos leyeron algún capítulo, me ofrecieron sugerencias o me indicaron fuentes de consulta: Chris Tomlins, Alexis McCrossen, Liz Varon, Matt Dennis, Lizzie Reis, Amy Greenberg y mi colega de la Universidad Estatal de Luisiana Aaron Sheehan-Dean. Lisa Francavilla, directora editorial de *The Papers of Jefferson: Retirement Series* , Charlottesville, Virginia, me hizo notar la existencia de una valiosa carta; y Charles Roberts compartió amablemente conmigo un decisivo artículo periodístico sobre la comunidad de Palmerdale en Virginia, dedicada al reasentamiento de familias con dificultades económicas. La directora de la Editorial Viking, Wendy Wolf, que tiene sus raíces familiares en Nueva Orleans, ha realizado una labor clave, ya que ha conseguido centrar la argumentación y pulir mi prosa. Wendy ha dedicado una extraordinaria cantidad de tiempo y una cuidadosa atención al manuscrito, que ha revisado con excelente celo profesional; sus juiciosas correcciones han suavizado las aristas de esta compleja historia y han conseguido que el texto sea mucho más asequible para el lector, demostrándome con ello que el rigor académico no tiene por qué reducir la accesibilidad. Y sobre todo tengo una deuda de gratitud con Andy Burstein, mi más querido confidente y colega historiador, cuyo ojo crítico ha permitido mejorar mucho el presente libro.

---

[1] Harper Lee, *To Kill a Mockingbird* , HarperCollins, Nueva York, 1960; edición de aniversario de 1999, pp. 194-195. [Hay traducción castellana: *Matar a un ruiseñor* , Planeta, Barcelona, 1984. (*N. del T.*)].

[2] *White trash* en el original. (*N. del T.*)

[3] Eufemismo por *nigger* , término despreciativo con el que se agravia a los afroamericanos. (*N. del T.*)

[4] También conocida con los títulos de *Los Dukes de Hazzard* y *Los Dukes de la Suerte* en Latinoamérica. (*N. del T.*)

[5] Esas reposiciones se conocieron en España con el título de *Dos chalados y muchas curvas* . (*N. del T.*)

[6] Véanse las doce fotos que aparecen en «KKK Rallies at South Carolina Statehouse in Defense of Confederate Flag», NBC News, ١٩ de julio de ٢٠١٥; junto con «Paula Deen: "Why, of Course, I Say the N-Word, Sugar. Doesn't Everybody?"», Thesuperficial.com, ١٩ de julio de ٢٠١٣. Para más información sobre el hecho de que se tildara a Deen de «basura blanca sesentona, caravanera tirada, retrógrada de mierda y pinchaúvas de campo recocida», véase «Paula Deen's Southern-Fried Racist Fantasies», *The Domino Theory by Jeff Winbush* , 20 de junio de 2013.

[7] Periodo de la historia estadounidense comprendido entre los años 1863 y 1877. En este caso, más que a la historia global del país tras la Guerra de Secesión, se aplica al intento de transformación de los once antiguos estados confederados que impulsó el Congreso. (*N. del T.*)

[8] *New Deal* : conjunto de medidas económicas aplicadas por Franklin D. Roosevelt entre 1933 y 1940. *Great Society* : batería de programas reformistas del bienio 1964-1965 encaminados a la eliminación total de la pobreza y la injusticia racial. (*N. del T.*)

[9] Entiéndase «raíces paletas», aunque el tono no coincida necesariamente con el que tiene dicho término en Europa. Debe tenerse en cuenta que, según las tesis del texto, existe en Estados Unidos una cierta tendencia a considerar que algunas de las expresiones despectivas asociadas con la etnia, la pobreza, la vida en el bosque, etc., son verdaderos timbres de honor. (*N. del T.*)

[10] No emitido en España. Narra las vicisitudes de la familia de Alana Thompson, una chica conocida con el mote de «Honey Boo Boo» que participa en un concurso de belleza infantil. (*N. del T.*)



[escoria blanca]

Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses

WHITE TRASH

INTRODUCCIÓN

Las fábulas que echamos al olvido

Todos sabemos lo que son las clases sociales. O eso pensamos al decir que se trata de la estratificación económica derivada de la riqueza y los privilegios. El problema es que, por lo común, la narrativa de la historia popular de Estados Unidos apenas hace referencia a la existencia de las clases sociales. Es como si, al separarse de Gran Bretaña, Estados Unidos se hubiera zafado, poco menos que por arte de magia, del grillete de las clases y accedido a una suerte de conciencia superior repleta de fértiles posibilidades. A fin de cuentas, el Senado estadounidense no es la Cámara de los Lores. Los libros de texto enseñan a los escolares un relato nacional cuya argumentación se basa en «cómo se ganó la tierra y la libertad» o en «las vías que permitieron que la gente corriente aprovechara sus oportunidades». El reverenciado sueño americano es algo así como el patrón oro con el que tanto los políticos y los votantes han de valorar la calidad de vida, ya que cada generación ha de entregarse a la procura de lo que ella misma defina como felicidad, sin verse en ningún momento sujeta a las trabas del nacimiento (es decir, el nombre o la reputación de los padres) o el rango (el punto de partida que le toca a uno en el seno del sistema de clases al venir al mundo).

Nuestros más acariciados mitos contribuyen a un tiempo a enardecernos y a debilitarnos. El lema «Todos los hombres han sido creados iguales» se ha utilizado con gran éxito para acotar la promesa implícita en los vastos espacios abiertos de Estados Unidos y definir la autoestima moral de un pueblo unido que se afirma distinto de la legión de sociedades extranjeras despojadas de toda esperanza de redención política. Los principales promotores de la idea de América presentaron sus planteamientos con mucho aplomo y ofrecieron la visión de una república moderna capaz de

revelarse revolucionaria en términos de movilidad social en un mundo dominado por las monarquías y las aristocracias prefijadas.

Todo esto resulta estimulante. Sin embargo, la pedestre realidad era, y sigue siendo, considerablemente distinta. Lo que hicieron los colonos británicos fue promover —en un sentido perfectamente literal, como veremos— un doble plan de acción: el primero pasaba por reducir la pobreza en Inglaterra, y el segundo consistía en trasladar a la población ociosa e improductiva al Nuevo Mundo. Tras el asentamiento, los puestos coloniales avanzados comenzaron a explotar a los trabajadores no libres (criados contratados, esclavos y niños), y no encontraron inconveniente en considerar que esas clases prescindibles constituían un verdadero despojo humano. Sin embargo, esos pobres, esos desechos, no desaparecieron, de modo que a principios del siglo XVIII pasaron a formar parte de una casta permanente. Esta forma de clasificar a los fracasados se consolidó en Estados Unidos. Todos los periodos de la cacareada historia del desarrollo del continente norteamericano muestran su particular taxonomía de morralla humana, es decir, de gentes tan indeseables como irrecuperables. Y, a su vez, cada uno de esos periodos dispone de medios propios para situar lejos del ideal convencional su versión de lo que es la escoria blanca.

Al concebir las clases inferiores como «castas» incurables e irreparables, este estudio replantea las relaciones entre raza y clase. Además de su intersección con la raza, la clase social cuenta por sí sola con una pujante dinámica propia y singular. Dicha dinámica arranca con los ricos y contundentes significados asociados con las distintas designaciones atribuidas a las clases marginales estadounidenses. Mucho antes de que se acuñaran expresiones como «barreduras de remolque» o «destripaterrones blanco», ya se llamaba «palurdos», «basura», «comearcillas» y «mascamazorcas» a este mismo tipo de personas (y con esto no hacemos más que arañar la superficie del problema).

Para que el lector no malinterprete el objetivo de la presente obra, quiero dejar meridianamente clara una cuestión: lo que hago al reinterpretar la experiencia histórica de Estados Unidos en términos de clase es poner de manifiesto una serie de cuestiones que, siendo relativas a la identidad estadounidense, tienden a pasarse por alto con excesiva frecuencia. Pero con esto no me limito a señalar simplemente las nociones erróneamente comprendidas en épocas pasadas, también me propongo ofrecer una mejor

percepción de las persistentes contradicciones que siguen activas en la moderna sociedad estadounidense.

¿Cómo acierta a explicar una cultura que tiene en alta estima la igualdad de oportunidades la persistente existencia de personas marginadas? O mejor aun, ¿cómo se las ingenia para amoldarse a su presencia? Los estadounidenses del siglo XXI han de hacer frente a este inalterable enigma. Debemos reconocer que existen efectivamente clases marginadas. Viven entre nosotros desde que los primeros colonos europeos hollaron nuestras costas. Y no puede decirse que constituyan una parte poco significativa de la vasta demografía nacional de nuestros días. Una de las cuestiones clave sobre las que este libro se propone arrojar alguna luz es la vinculada con la solución de ese rompecabezas, ya que solo así lograremos entender por qué los blancos pobres han acabado por convertirse en la personificación misma de esta tensión.

En Estados Unidos, el lenguaje y el pensamiento de clase encuentran su punto de partida en la obligada huella dejada en su suelo por la colonización inglesa. El vocabulario que emplearon las generaciones británicas de los siglos XVI y XVII que concibieron por primera vez la explotación a gran escala de los recursos naturales de Norteamérica se hallaba a medio camino entre la descripción útil y la cruda imaginería. No se paraban en barras ni se permitían lindezas conceptuales. La idea de la colonización debía venderse a los inversores, siempre recelosos, de modo que la implantación de las colonias americanas del Nuevo Mundo debía contribuir a materializar las metas del Viejo. Apostando a lo grande, los promotores de aquel proyecto prefirieron no imaginar América como un Edén de oportunidades, sino como un gigantesco montón de escombros susceptible de ser transformado en un solar productivo. Se procedería a descargar en el Nuevo Mundo el sobrante de Inglaterra, es decir, sus gentes fungibles (su morralla humana). Su fuerza de trabajo produciría sus frutos en un remoto terreno baldío. Por duro que parezca, la población pobre condenada a la apatía, la hez de la sociedad, sería sencillamente enviada allá a fin de esparcir el estiércol y perecer en un yermo lodazal. Antes de adornarse del quimérico marbete de «ciudad encaramada en la cima de un monte», [11] América era a los ojos de los aventureros del siglo XVI un páramo pestilente y cubierto de maleza, un «sumidero» únicamente apto para plebeyos mal criados. No obstante, estas sombrías imágenes del Nuevo Mundo aparecían flanqueadas por otras más

seductoras. Al pintar el continente norteamericano con los tonos de un paisaje rico y fecundo, los primeros promotores ingleses incurrieron en burdas exageraciones, quizá deliberadamente. Como es obvio, en la mayoría de los casos se afanaban en describir unas tierras que jamás habían alcanzado a ver. Era preciso convencer tanto a los cautelosos inversores como a los funcionarios del Estado de que les convenía lanzarse a una peligrosa aventura ultramarina. Con todo, lo más importante era resaltar que se trataba de un espacio al que podrían enviar, como si se tratara de una mera exportación, a su propia población marginada.

La idea de una América concebida como la «gran esperanza del mundo» vino mucho después. La memoria histórica ha camuflado los orígenes menos nobles de ese continente al que acabaría asignándosele la etiqueta de «tierra de los hombres libres y hogar de los valientes». Todos sabemos qué tipo de imágenes nos acuden a la mente cuando los patriotas actuales tratan de confirmar que su país es y ha sido siempre un espacio «excepcional»: nos representamos a los modestos padres peregrinos que aprendieron a cultivar las plantas autóctonas gracias a la generosidad del indio, o aun a los caballeros de Virginia entregados al arte de agasajar a sus invitados en sus distinguidas fincas asomadas al río James. Tal y como se enseña la historia, los estadounidenses tienden a asociar las ciudades de Plymouth y Jamestown con sendos ejemplos de cooperación, no con la división de clases.

Y después de consolidada esa resbaladiza base, la idea general adquiere paulatinamente tintes cada vez más sentimentales, dado que, desde el punto de vista de la expansión del orgullo nacional, el desorden y la discordia no contribuyen a satisfacer ningún objetivo positivo. De entre todos los presupuestos relacionados con los inicios de la colonización, la clase es el elemento que más descuella, pese a que habitualmente prefiera ignorarse. Todavía hoy, la noción de que un día existió una amplia y ágil clase media hace las veces de bálsamo de Fierabrás y funciona como una cortina de humo. Nos aferramos al cómodo concepto de clase media, olvidando que no puede haber clase media alguna sin presuponer la realidad de otra inferior. Solo de cuando en cuando se conmueven estos estereotipos, como ha sucedido recientemente, por ejemplo, al arrojar el movimiento Ocupa Wall Street una intensa y embarazosa luz sobre las vergüenzas del sector financiero y el grotesco abismo que separa al 1 por ciento de la población del 99 por ciento restante. Sin embargo, acto seguido los gigantes de la

comunicación encuentran nuevas crisis y permiten que resurja la heredada indiferencia nacional hacia todo cuanto guarde relación con la clase social, dado que el asunto vuelve a quedar postergado en un segundo o tercer plano.

Ese imaginario pasado de una América desprovista de clases (o libre de ellas) es el que Charles Murray evoca en su libro titulado *Coming Apart: The State of White America, 1960-2010* , publicado en 2012. Para Murray, que a juicio de muchos es una autoridad en la materia, el factor que mantenía unida la vasta y fluida sociedad de 1963 era el hecho de que sus integrantes tuvieran la experiencia común de la familia nuclear. Cuando los estadounidenses de entonces veían en la televisión *The Adventures of Ozzie and Harriet* , el ciudadano medio creía estar viendo reflejada su propia vida en la pequeña pantalla. [12]

Nada podría ser más ajeno a la verdad. Incluso en sus inocentes inicios, la televisión siempre ha caricaturizado a la gente en función de los diferentes tipos de clase social. Para probar este extremo basta examinar algunos de los programas que también gozaban de popularidad en aquellos días felices: *Expreso a Petticoat* , de 1963, relataba el discurrir rural de la vida en el hotel Shady Rest y oponía la conducta de las gentes sencillas del campo a la de sus espabilados parientes de ciudad; en *The Farmer's Daughter* , de ese mismo año, aparecía una institutriz de origen sueco que había abandonado su campiña natal para ponerse a trabajar en Estados Unidos, en casa de un congresista de Minnesota; *Granjero último modelo* , de 1965, ofrecía la crónica de un cerdo llamado Arnold que resultaba ser el habitante más inteligente de la pequeña ciudad de provincias de Hooterville; y no debemos olvidar, por último, la clásica sátira de la movilidad social —*Los nuevos ricos* , de 1962—, cuyos rudos montañeses, convertidos en millonarios por el hallazgo de un yacimiento de petróleo, presentaban a los ojos de sus ajetreados contrapuntos urbanitas el aspecto de un puñado de retrógrados cargados de atavismos. Tampoco podemos pasar por alto que la serie de *Ozzie and Harriet* comenzó su dilatada andadura por las mismas fechas que *Los recién casados* , una brillante parodia de un conductor de autobús, un empleado del servicio de alcantarillado y sus pobres esposas de clase obrera. Cualquiera que encendiera el televisor en esos años comprendía a la perfección que el mundo de Ozzie y Harriet, ambos de clase media acomodada, no tenía nada que ver con el de Ralph y Alice

Kramden. [13] La comedia burlesca era una de las formas que permitía a los estadounidenses digerir sin grandes problemas su política de clases.

El carácter selectivo de la memoria nos lleva a construir una visión romántica de una supuesta edad de oro dotada de la virtud de actuar como talismán intemporal de la identidad estadounidense. A juicio de Charles Murray, que desconoce la larga historia del país, esa edad de oro se sitúa en 1963, esto es, en una época en la que el credo norteamericano quedó en cierto modo fijado en un sondeo de opinión Gallup en el que los informantes se negaron a identificarse como pobres o ricos: aproximadamente la mitad de los encuestados afirmó pertenecer a la clase trabajadora, mientras que el otro 50 por ciento, poco más o menos, se percibía como de clase media. Como si una única estadística pudiera darnos una imagen general fiable, este científico social escribe: «Esa negativa a la autoidentificación es un reflejo de la idea nacional que viene prevaleciendo *desde la fundación de Estados Unidos como país: la de que en Norteamérica no hay clases* , o de que, en la medida en que existan, sus ciudadanos han de actuar como si no fueran una realidad» (el subrayado es mío). La fábula que Murray nos cuenta sobre la negación de clase solo podría existir después de haber borrado la ingente cantidad de pruebas históricas que indican lo contrario. El problema es que esas pruebas nunca han sido puestas eficazmente de relieve, lo que ha permitido que algunas groseras tergiversaciones hayan conseguido perdurar. [14]

Al tomarnos el trabajo previo de comprender mejor el contexto colonial, para señalar a continuación los diferentes pasos que han determinado el establecimiento de las modernas definiciones de clase, lograremos ver la progresiva imbricación de ideas e ideales que se ha generado con el tiempo. Y al admitir la aún vigente influencia de las viejas definiciones inglesas de la pobreza y la clase, terminaremos por comprender también que la identidad de clase ya se había manifestado en América —y arraigado además a gran profundidad— mucho antes de que George Gallup viera en ella un elemento susceptible de ser sometido al test de la opinión pública. De hecho, los ecos de clase resonaban ya mucho antes de que las oleadas de inmigrantes barrieran las costas de Norteamérica en el siglo XIX y dieran lugar a un difícil proceso de aculturación (frecuentemente polémico y febril, por añadidura). En cualquier caso, lo que hemos de dejar de sostener a toda costa es algo manifiestamente incierto: que los estadounidenses, por algún raro golpe de buena fortuna, han eludido el lastre de las clases sociales, pese

a que este se haya mantenido, y con fuerza predominante, en Inglaterra, matriz poblacional de Estados Unidos. Nuestro despiadado sistema de clases emana —bastante más de lo que aceptamos reconocer— de un recurrente conjunto de nociones agrícolas vinculadas con el carácter y el potencial productivo de la tierra, con el valor de la mano de obra y con una serie de conceptos decisivos sobre la cría de ganado. Las incómodas poblaciones de clase baja han sido siempre muy numerosas, y han sido consideradas invariablemente en el continente norteamericano como morralla humana.

Solo se pueden crear mitos históricos a través del olvido. Deberemos empezar, por tanto, con el primer movimiento de negación de la realidad: la mayor parte de los planteamientos colonizadores que arraigaron en la América británica de los siglos XVII y XVIII tenían su base en el privilegio y la subordinación, no en ningún tipo de protodemocracia. Desde luego, la generación de 1776 restó importancia a este hecho. Y todas las generaciones posteriores seguirían el ejemplo de los fundadores de la nación.

Aceptar un pasado fundado exclusivamente en los aclamados padres peregrinos o en la santificada generación de 1776 supone dejarse engañar en varios sentidos. Nos escamotea la crucial competencia histórica que enfrenta la narrativa fundacional de los estados del norte con su correspondiente contrapunto sureño, y nos oculta la circunstancia de que sus características parábolas minimizan la importancia de la clase social. La Declaración de Independencia de Estados Unidos y su constitución federal, que son sus principales documentos fundacionales, se ciernen sobre nosotros con una imponente sombra que concebimos como prueba de paternidad nacional; el metro noventa del virginiano George Washington descuella por encima de las cabezas de sus compatriotas en calidad de «padre» figurado del país. Y con la vista puesta en apoyar la reivindicación de Virginia como estado originario, otro padre fundador, John Adams, dará en proclamar que el primer gobernador de la Colonia de la Bahía de Massachusetts, John Winthrop, era un temprano y sólido modelo de político americano, a medio camino entre la figura del patricio y la del patriarca. La lección a extraer de estos presupuestos es sencilla: tanto entonces como ahora, el terreno de los orígenes es un espacio disputado. No obstante, lo

que resulta imposible negar son los orígenes de clase de estos líderes ungidos. [15]

Al margen de la urdimbre narrativa que tejió por su propia cuenta la generación de los padres fundadores, el elemento central de las creencias modernas de los estadounidenses guarda relación con los grandes creadores de mitos del siglo XIX . Los inspirados historiadores de este periodo, casi sin excepción oriundos de Nueva Inglaterra, superaron a todos sus colegas en la tarea de moldear la narrativa histórica, con lo que el relato de los orígenes que acabó predominando operó en su favor. Esto explica el surgimiento del relato puritano primordial, que nos habla de una comunidad sentimental y de una encomiable labor ética. Evidentemente, el doble atributo de la libertad religiosa y el trabajo duro elimina de la crónica a todos aquellos colonos cuya biografía no se ajuste a tan altos ideales. Los que carecían de tierras, los que cayeron en la pobreza, los llamados a engendrar a las futuras generaciones de escoria blanca, desaparecen oportunamente de la saga fundacional.

Pero de la pluma de los bostonianos dedicados a elogiar a los separatistas que establecieron los primeros asentamientos brotó algo más que un conjunto de historias normalizadas: también hubo obras de teatro y poemas. Los habitantes de Nueva Inglaterra empezaron a celebrar muy pronto, ya en 1769, el «Día de los Precursores» en Plymouth. El artista de Boston Henry Sargent reveló al público su cuadro titulado *El desembarco de los padres fundadores* en 1825. No obstante, es posible que el mejor ejemplo de este tipo de relatos sea el que aparece en el primer tomo de la muy elogiada *History of the United States* , de 1834, en el que se nos refiere cómo el *Mayflower* y el *Arbella* fueron empujados a las costas de Massachusetts y sembraron una tierra en la que el amor a la libertad habría de cosechar sus mejores frutos, a juzgar al menos por lo que figura en los arrogantes discursos que tipos como Daniel Webster pronunciaban en los concurridos festejos con los que se celebraron a lo largo del siglo XIX los aniversarios de esos primeros asentamientos. El talento promocional que demostraron algunas organizaciones, como la de las Damas Coloniales, que se esforzarían en elevar a los peregrinos del *Mayflower* y a los puritanos de John Winthrop [16] a la categoría de figuras sobresalientes de nuestra memoria nacional, terminaría de magnificar estos empeños. [17]

En 1889 se consagraba en Plymouth el Monumento a los Peregrinos (al que actualmente se conoce con el nombre de Monumento Nacional a los

Precursores). Como muestra de la «colosal» naturaleza del proyecto original, baste señalar que el arquitecto y escultor Hammatt Billings remitió a las autoridades los planos de una obra de cuarenta y cinco metros de altura, concebida como una suerte de versión estadounidense del Coloso de Rodas, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Pese a que la escultura tuvo finalmente unas dimensiones menores y fue de carácter alegórico (como era de esperar), su objetivo no quedaría anulado: se trata de una imagen femenina de la diosa Fides, que señala al cielo con el brazo levantado y sostiene en la otra mano una Biblia, tal y como hace la Estatua de la Libertad con su antorcha. [18]

Los monumentos son registros imperfectos del pasado, como todos sabemos. Se aprecia una extraña discrepancia entre la forma femenina cincelada por el artista (que podría colocarse prácticamente en cualquier sitio) y el acontecimiento que se conmemora. *El progreso americano* , la famosa tela que John Gast pintó en 1872, muestra un etéreo espíritu femenino suspendido sobre la marcha migratoria transcontinental que emprendieron los pioneros en su viaje hacia el Oeste a través de las llanuras, mientras las diligencias, las carretas, las vías férreas y los tendidos del telégrafo apartan a las tribus indias y las manadas de búfalos que se interponen en su camino. La estatua de Billings también proclama la figura de la Fe y la cierne sobre los individuos que efectivamente navegaron en el *Mayflower* , aunque sus nombres aparezcan con menos alharacas en un costado de la estructura. De este modo, los motivos personales que impulsaron a los primeros colonos ingleses a hacerse a la mar quedan subsumidos en un único y abrumador ariete de libertad religiosa. Los colonos permanecen mudos. El complejo proceso de la colonización se ve así condensado y echado al olvido, dado que se pierde todo rastro humano (el de la gente de carne y hueso que respondía por los nombres grabados en la piedra). No se recuerda a los que fracasaron, a los que perecieron sin herederos y llegaron sin legado alguno. Antes al contrario, ya que todo lo que el tiempo ha dejado a las generaciones posteriores ha sido un símbolo hueco: el progreso en marcha. [19]

Podría tenerse la impresión de que la compresión de la historia, su trillado selectivo, es un proceso natural y neutro, pero no lo es en absoluto. Se trata del medio por el que la historia que se enseña en la escuela primaria pasa a convertirse en la historia estándar que manejamos en la edad adulta. Y por ello mismo la gran saga americana tal y como se inculca en el colegio deja

fuera el más que pertinente hecho de que, vencida la década de 1630, menos de la mitad de los aventureros que llegaron a Massachusetts lo hicieran por motivos religiosos. De un modo u otro, el cuento que absorbemos irreflexivamente en la preadolescencia continúa más tarde presente en nuestro interior. El resultado es una percepción de la pertenencia nacional concebida de un modo muy estrecho que genera el más intransigente de los mitos destinados a halagarnos: el del «excepcionalismo norteamericano». Somos únicos y diferentes, y la ausencia de clases sociales es uno de nuestros sellos distintivos.

La idea del excepcionalismo brota de una previa constelación de mitos de redención y buenas intenciones: los padres peregrinos, perseguidos en el Viejo Mundo, desafían los peligros del Atlántico animados por el sueño de la libertad religiosa que esperan hallar en las costas norteamericanas; las caravanas de carretas en las que viajan las confiadas familias de los pioneros que se dirigen al oeste para comenzar una nueva vida… Se nos quiere hacer creer que jamás ha habido seres humanos que atesoraran tanto la libertad personal como los que vivieron la experiencia norteamericana. El acto mismo de la emigración pretende equiparar con ribetes igualitarios a las gentes que participaron en ella, moldeándolas hasta transformarlas en una sociedad homogénea y efectivamente desprovista de clases. Esos relatos de unidad alisan las aristas de nuestros motivos de malestar y enmascaran hasta nuestras más patentes divisiones. Y en aquellos casos en que la clase resulta ser el fundamento de tales divisiones, como casi siempre ocurre, se instala de pronto una marcada forma de amnesia. A los estadounidenses no les gusta hablar de clases sociales. Se presume que se trata de un concepto carente de importancia en nuestra historia. Nosotros no somos así.

En vez de clases tenemos a los padres peregrinos (personas cuya memoria se homenajea el día de Acción de Gracias, una fiesta que no vería la luz sino con el estallido de la Guerra de Secesión estadounidense), cuya embarcación tocó tierra en Plymouth Rock (un lugar que no recibiría esa denominación hasta finales del siglo XVIII). La festividad por antonomasia de los estadounidenses se asoció con los pavos autóctonos con el fin de impulsar la desfalleciente industria avícola de los tiempos de la Secesión. La palabra «peregrino» ni siquiera gozaría de popularidad hasta el año 1794.

Pese a todo, se ha situado el «primer» día de Acción de Gracias en 1621, fecha en que los bienintencionados padres peregrinos y los no menos ecuánimes wampanoag compartieron la comida. El maestro de ceremonias de ese encuentro fue el intérprete indio de los ingleses, llamado Squanto, que había ayudado a los recién llegados a sobrevivir al duro invierno. Se omite en este relato el detalle (no pequeño) de que si Squanto había aprendido a hablar la lengua de los colonos se debía únicamente al hecho de haber sido raptado y vendido como esclavo a un capitán de barco británico. (Este tipo de trabajo bajo coacción nos recuerda también por qué vías llegaron a Norteamérica la mayoría de los criados blancos). Por desgracia, la amistosa conducta de Squanto revelaría ser un asunto bastante más complicado de lo que sugiere este cuento de hadas, ya que fallecería a consecuencia de una misteriosa fiebre al año siguiente, tras haberse enzarzado en una lucha de poder con Massasoit, el «gran sachem» de la confederación wampanoag. [20]

A pesar de la evidente talla de hombres como Washington y Jefferson, y a despecho también de los trece años de asentamientos que había conocido Virginia antes del desembarco de los padres peregrinos, los estados del Sur se quedarían rezagados en materia de garabatos narrativos respecto de sus vecinos del norte, ya que tardarían algo más en ultimar la fabricación de un mito colonial de carácter general capaz de poner de relieve su propia supremacía cultural en el Nuevo Mundo. Aunque más que de un relato se trate de un misterio que todavía persiste en nuestros días y que suscita una malsana curiosidad, esto es lo que sabemos: en 1587 hubo al parecer en Roanoke, en lo que actualmente es Carolina del Norte, una «colonia perdida», y ese «extravío» constituye un rompecabezas comparable al de la desaparición de Amelia Earhart en el Pacífico. Un extraño y atractivo halo rodea a toda la gente que se desvanece. Baste recordar por ejemplo la enorme popularidad de una serie televisiva como *Perdidos* o la Atlántida de Platón. Los barcos fantasma y las colonias espectrales evocan una maravillosa sensación de atemporalidad, ya que existen al margen de las normas habituales de la historia, lo que explica que el misterio de Roanoke contribuya a atenuar las ásperas realidades que por instinto sabemos que hubieron de padecer forzosamente los primeros colonos. [21]

Si Roanoke actúa a modo de incitante rareza por el simple hecho de apuntar a un mundo perdido, Jamestown —su más permanente sucesora— adquirirá en cambio la envergadura necesaria para representar los orígenes

coloniales de Virginia y competir con la edificante narrativa de los padres peregrinos. Puede que la fundación de Jamestown, fechada en 1607, no cuente con ninguna fiesta nacional, pero desde luego puede alardear de ser una fábula mucho más seductora, dado que cuenta en su haber con el espectacular rescate de John Smith, salvado por intervención de la «princesa india» Pocahontas. Según el relato en cuestión, en medio de una alambicada ceremonia, la «amada hija» del «rey» Powhatan, de solo once años a la sazón, se abalanzó sobre Smith y dejó que su cabeza reposara junto a la del prisionero, impidiendo así que los hombres de la tribu le aplastaran el cráneo a golpe de maza. Se formó de ese modo un vínculo mágico entre el orgulloso inglés y aquella joven inocente, un lazo capaz de vencer todos los obstáculos lingüísticos y culturales que separaban el Nuevo Mundo del Viejo.

Esta valiente muchacha ha fascinado por igual a poetas, dramaturgos, artistas y cineastas. Se la ha llegado a elevar a la doble categoría de «deidad tutelar» de Jamestown y de «madre» de Virginia y Norteamérica. En 1908, un escritor proclamaría sin verdadero fundamento que Pocahontas era en realidad hija de Virginia Dare, la mujer más joven de la colonia de Roanoke, con lo que la princesa india queda transformada en una chiquilla de ascendencia europea perdida en esas remotas regiones salvajes, de manera muy similar al *Tarzán de los monos* de Edgar Rice Burroughs, que se publicaría tres años después. [22]

La versión más famosa y reciente de este relato es la película de animación que la compañía Walt Disney produjo en 1995. Asombrosamente hermosa y dotada de una exuberancia desconcertante, la Pocahontas de Disney —que más parece una diva de la cultura pop que miembro de una tribu asentada en las tierras de Tsenacommacah— posee una fabulosa capacidad de comunicarse con la naturaleza, pues no solo se hace amiga de un mapache, sino que conversa con los árboles. Es casi idéntica a otras de las heroínas de Disney, como Blancanieves y Cenicienta, que también pueden jactarse de tener a sus pies toda una colección de amables animalitos. ¿A qué se debe esto? La facultad de establecer vínculos privilegiados con el mundo natural se nutre de la poderosa y romántica imagen, propia del antelapsarismo, [23] de un Nuevo Mundo concebido al modo de una sociedad sin clases. Los viejos tropos se funden insensiblemente con las nuevas fórmulas del lenguaje cinematográfico: en la cultura occidental, las mujeres han sido sistemáticamente representadas

como seres próximos a la madre naturaleza y asociadas con la lozanía, la abundancia, la placidez edénica y la fertilidad. No hay en esta recreación de la Jamestown imaginada ningún pútrido cenagal, ninguna enfermedad fétida, ninguna hambruna… [24]

Los estudiosos han abordado en sus debates la cuestión de si ese rescate de Smith tuvo efectivamente lugar o no, debido a que solo contamos con su testimonio y a que la más pormenorizada versión de la peripecia se publicó años después de la muerte de Pocahontas. Smith era un militar aventurero, un individuo que buscaba el medro personal, un hombre de la plebe que tenía la desagradable costumbre de exagerar sus hazañas. El relato de su salvamento imita a la perfección el tema de una popular balada escocesa en la que se narra la historia de la bella hija de un príncipe turco que socorre a un trotamundos inglés al que están a punto de decapitar. Pese a que un ministro anglicano presidiera el enlace de Pocahontas con un tal John Rolfe, dueño de una plantación, uno de los miembros del Ayuntamiento de Jamestown la denigraría diciendo que se trataba de un engendro pagano salido de una «generación maldita» y colgándole el sambenito de muchacha de «bárbaros modales». Hasta el propio Rolfe consideraba que el enlace tenía más de alianza política y de conveniencia que de matrimonio por amor. [25]

No tiene sentido esperar que Disney enderece este entuerto, máxime cuando lo que está en juego es el principio fundamental de la identidad estadounidense concebida como una sociedad sin clases unida por mera comunión empática. De hecho, la película trenza una nueva hebra mítica del manido cuento, ya que es John Smith (rubio y musculoso en su versión animada) y no Rolfe quien encarna el papel de amante de Pocahontas. No obstante, ni la exageración de la belleza de la joven ni la insistencia en la circunstancia de que opte por salvar a Smith y convertirse en aliada de los ingleses son elementos nuevos. En 1842, fecha en la que aparece un retrato menos halagüeño del personaje, al que ahora se atribuye una silueta rechoncha y desgarbada, muy distinta de la deliciosa muñequita india de sangre principesca, estallará una verdadera tormenta de protestas. Estas incidirán fundamentalmente en la exposición de los hechos, cuyo estilo se juzgó «burdo y prosaico», en palabras de un crítico de la época. Su belleza, cortada por el patrón de los ingleses, no era materia negociable, y su primitiva elegancia tampoco, ya que solo ella hacía que su asimilación

resultara tolerable. En realidad, eso es todo lo que determina la eventual aceptación de una doncella india. [26]

La fábula de Pocahontas exige que la princesa rechace a su pueblo y reniegue de su cultura. Como observa la historiadora Nancy Shoemaker, este pujante tema ha perdurado, dado que contribuye a apuntalar una justificación lógica, específica de la nación estadounidense, según la cual los indios habrían participado de buena gana en su propia desaparición. Sin embargo, la muchacha del relato no se instaló voluntariamente en Jamestown, sino que fue llevada allí como cautiva. En el paradisíaco jardín que se pinta de la Virginia primitiva (que en realidad nunca contuvo elementos idílicos) se omiten muy oportunamente tanto la guerra y sus sufrimientos como la codicia de los recién llegados y los azares de la conquista colonial. Las clases sociales y la disonancia cultural se esfuman como por arte de magia y desaparecen de nuestra vista a fin de reconstruir los orígenes de Norteamérica y transformarlos en una utópica historia de amor. [27]

¿Sabríamos encajar la verdad? En los inicios del asentamiento colonial, las mentes de los capataces, que eran hombres movidos por el afán de lucro, provistos de buenas relaciones y encargados de sacar adelante el puñado de sociedades anónimas de la época, concebían el continente norteamericano de forma paradójica, ya que lo veían a un tiempo como una tierra fecunda y llena de oportunidades y como un espacio jalonado por inmensos páramos, nauseabundas aguas estancadas repletas de malas hierbas y fangales fríos e inservibles. Inglaterra encontró una ocasión única para vaciar sus prisiones y deshacerse de miles de reclusos, un desagüe en el que desembarazarse de los indeseables, una forma de eliminar a vagabundos y mendigos, una vía para librarse de las monstruosidades que poblaban Londres. A los ojos de los especuladores del Imperio británico, la única utilidad de cuantos eran embarcados en el azaroso viaje a Norteamérica y lograban sobrevivir a la odisea residía en que contribuyeran a fomentar los intereses de Inglaterra y se dejaran literalmente la vida en el empeño. En este sentido, los «primeros en llegar», como se les conocería antes de que cuajara la mágica denominación de «padres peregrinos», no llegaban siquiera a la categoría de chusma incentivada. Decenas de individuos venidos en el *Mayflower* no pasarían más de un año en el Nuevo Mundo, abatidos por el hambre y las enfermedades derivadas de las carencias vitamínicas. El escorbuto les roía las encías y sangraban por distintos orificios. En la década de 1630, los

habitantes de Nueva Inglaterra reinventaron la jerarquía social al constituir una comunidad de «rangos» escalonada desde la élite dominante hasta los criados domésticos. En estos grupos de población había un gran número de chiquillos menesterosos abocados a la explotación. Algunos de los recién llegados eran personas religiosas, pero lo cierto es que entre las sucesivas oleadas de emigrantes que siguieron la estela del *Arbella* de Winthrop los creyentes constituían una minoría. Las élites poseían esclavos indios y africanos, pero la población de la que más abusaron fue la infantil, convertida en mano de obra. Hasta la Iglesia reflejaría las relaciones de clase, puesto que la asignación de asientos en los bancos del templo reafirmaba la posición social de los fieles. [28]

Si Virginia no solo no era un lugar idílico, sino una colonia en la que se explotaba a la gente, su categorización como espacio de esperanza es aun más inexacta, ya que estaba poblada por los hombres más pendencieros e indisciplinados de Inglaterra, por personas dispuestas a jugarse la vida pero no a trabajar para ganársela. Inglaterra los concebía como simple «estiércol», útil únicamente para vigorizar sus campos periféricos. Todo lo que entendían esos varones carentes de oficio y beneficio era la cruel disciplina, que debía imponérseles al modo de un mercenario como John Smith, y desde luego lo último que deseaban era bregar para conferir prosperidad a la tierra. El único elemento capaz de mantener con vida a la naciente colonia era la presencia de un campo de trabajo de carácter cuasi militar creado con el objetivo de defender los intereses de Inglaterra en la intensa competencia que enfrentaba a dicho país con los Gobiernos de España, Francia y Holanda, [29] igualmente calculadores. El hecho de que solo una pequeña fracción de los colonos consiguiera sobrevivir a los veinte primeros años del asentamiento no provocó el más mínimo asombro en su tierra natal; de hecho, a las élites de Londres no les importaba demasiado su suerte. Los potentados británicos no habían invertido en las personas, cuyos hábitos, ya originariamente bastos, se habían degradado aun más con el paso de tiempo, y cuya ferocidad también se había magnificado como consecuencia de los brutales encuentros con los indios. Lo que se esperaba de los colonos era que encontraran oro y llenaran los bolsillos de la clase inversora que permanecía en Inglaterra. Y la gente que se había enviado al otro lado del Atlántico para culminar dicha tarea era desechable por definición. [30]

Ahora ya sabemos cómo se desarrolló realmente la historia colonial de Estados Unidos. Ha sido blanqueada. Pese a que los colonos del Nuevo Mundo fuesen la presunta encarnación de la promesa de la movilidad social, y a pesar también de que los padres peregrinos se encuentren en la base de nuestra venerada fe en la libertad, los norteamericanos del siglo XIX acabarían por alumbrar, paradójicamente, un exuberante abanico de regios estratos «democráticos». En la década de 1840, esos herederos fundarían las primeras sociedades genealógicas, y en los albores del siglo XX las organizaciones patrióticas, fuertemente centradas en el linaje de sus miembros, como la Sociedad general de descendientes del *Mayflower* o la Orden de los fundadores y patriotas de América, podían vanagloriarse ya de contar con filiales en todo el país. En 1912 surgió la muy exclusiva Orden de las Primeras Familias de Virginia, y sus integrantes afirman que su árbol genealógico se remonta a los lores ingleses y a *lady* Rebecca Rolfe, a la que todos conocemos con el ennoblecido y anglicanizado nombre de Pocahontas. [31]

Las estatuas acompañan a las sociedades elitistas en su empeño de celebrar el patrilinaje y el arraigo de una nueva aristocracia. Esas efigies indican que algunas familias (y ciertas clases) pueden reivindicar con mayor motivo que otras su condición de herederas de la promesa fundacional. Los líderes de los municipios y los estados han respaldado descaradamente la hagiografía nacional mediante la construcción de monumentos grandiosos erigidos en memoria de los padres coloniales de nuestras ciudades. El año 1880 marca el momento en el que la Back Bay de Boston comienza a engalanarse con el óleo que más agradaba al revolucionario John Adams para imaginar la apariencia de John Winthrop, a quien vemos en ese retrato ataviado con la vestimenta propia de los tiempos de Shakespeare o del periodo de transición de los Tudor a los Estuardo, y embutido en un jubón rematado por gorguera y calzas. No obstante, la mayor de esas obras conmemorativas la encontramos en las veintisiete toneladas de la estatua de William Penn que figura encaramada en lo más alto del Ayuntamiento de Filadelfia. Una vez terminada, en 1901, el municipio estipuló que ninguna de las estructuras que pudieran levantarse en el casco urbano sujeto a su jurisdicción debía superar la altura del sombrero cuáquero de Penn. La prohibición se mantuvo hasta el año 1987, garantizándose de ese modo que la majestuosa atalaya desde la que otea el soberbio fundador de Pensilvania continuara dominando la «ciudad del

amor fraterno» y guardara así memoria del colonial acto de apropiación del territorio. De acuerdo con el derecho británico, los títulos de propiedad dependían de la capacidad de permanecer en un determinado punto, es decir, de la ocupación y conservación de la tierra. En tanto que radicación, la tierra misma era fuente de identidad cívica. Este principio también contribuye a explicar la asignación de un valor totémico a «Plymouth Rock», una peña descubierta mucho después de que el último de los padres peregrinos dejara de respirar las brisas de Nueva Inglaterra. La piedra fue bautizada con ese nombre en el siglo XVIII para indicar que era el primer pedazo de tierra en el que se habían recogido los colonos del *Mayflower* .[32]

Esta clase de iconografía conmemorativa suscita algunas preguntas. ¿Quiénes salieron ganando y perdiendo en el vasto envite de la conquista colonial? Al margen de la parcelación de la tierra, ¿cómo se delimitaban las fincas, cómo se amasaban las fortunas y cómo se garantizaba la disponibilidad de mano de obra? ¿Qué estructuras y relaciones sociales pusieron realmente en marcha los primeros europeos de Norteamérica? Si encontramos respuestas a estos interrogantes, alcanzaremos a comprender cabalmente por qué cauces ha logrado dejar su indeleble huella en el imaginario colectivo estadounidense la inveterada coagulación identitaria entre pudientes y desposeídos.

La fragmentaria comprensión que tienen los estadounidenses de los orígenes coloniales de la nación es el reflejo de un impulso cultural de superior envergadura: el que tiende a promover el olvido —o, cuando menos, el encubrimiento— de siglos de oscuras decisiones, medidas dudosas y estrepitosos fracasos. La «colonia perdida» de Roanoke no fue sino uno de los muchos proyectos coloniales fallidos. Los ambiciosos y altisonantes planes de asentamiento en el Nuevo Mundo nunca pasaron de ser meras nociones improvisadas o pretenciosas afirmaciones de propaganda en un panfleto. Quienes se enrolaron en esas empresas no tenían por qué compartir necesariamente las convicciones de esos líderes tan imbuidos de principios que luego hemos fundido en bronce (los que proclamaban los individuos cortados por el patrón de John Winthrop y William Penn) y encumbrado por haber entrevisto el dilatado futuro al que estaban destinadas sus respectivas colonias.

En la mayoría de los casos, los colonos del siglo XVII no pensaban ni por asomo que su exilio forzoso estuviera echando los cimientos de ningún

«faro de esperanza». No manifestaron nunca una imperecedera fe en el «sagrado experimento» de William Penn. Los más soñadores se dejaban guiar por sus propias quimeras, pero pocos colonos se plantaron en Norteamérica con idea de dar cumplimiento a un plan divino. A lo largo del siglo XVII , lejos de quedar incluidos en la categoría de los valiosos súbditos británicos, la inmensa mayoría de esos pioneros serían metidos más bien en el saco de los excedentes demográficos y la simple «basura» a desechar: si fueron enviados al otro lado del Atlántico, fue más por ser gente tosca y rudimentaria que por su robustez. Los ingleses sostenían la idea de que había cuatro fórmulas para eliminar la escoria social empobrecida. O bien la naturaleza se encargaba de reducir la carga que suponía la población pobre por medio de la escasez de alimentos, la hambruna y las enfermedades, o bien la necesidad, al empujarles a cometer delitos, acababa por llevarlos al patíbulo. Y en último término, siempre existía la posibilidad de reclutar por la fuerza a unos cuantos (o de engatusarlos con la promesa de abundantes recompensas) para enviarlos a combatir y perecer en las guerras extranjeras, o aun de embarcarlos rumbo a las colonias. Nada impedía desplazar a ese tipo de zánganos inútiles a los puestos coloniales avanzados, invariablemente escasos de brazos fuertes para trabajar la tierra (y de mujeres «fértiles», no vayamos a olvidarlo). Se esperaba que, una vez llegados a su nuevo destino, esos improductivos abejorros pudieran recibir una inyección de vitalidad y transformarse en abejas laboriosas. Estas eran los insectos favoritos de los ingleses, ya que no solo se las tenía por unas criaturas castas, sino también —y sobre todo— por seres altamente productivos. [33]

Los colonos formaban una patulea extremadamente heterogénea. En el estrato inferior y más arrastrado se encontraban los hombres y las mujeres de las clases depauperadas y delictivas. En las filas de tan poco heroicos trasplantados figuraban salteadores de caminos propensos a las peores bellaquerías, malvados vagabundos, rebeldes irlandeses, prostitutas confesas y un amplio abanico de condenados arrojados a las colonias por hurtos de gran cuantía u otros delitos contra la propiedad, a los que se ofrecía esa alternativa como una especie de indulto que les permitía librarse de la horca. No mucho mejor era la situación de quienes militaban en el grupo de los que eran contratados como criados. La posición social de estos últimos oscilaba entre la de los más tirados golfillos de la calle hasta la de los antiguos artesanos abrumados por las deudas. Si habían optado por

probar suerte en las colonias, se debía a que, después de haberse visto atrapados en una situación comprometedora, habían preferido el exilio a un posible encarcelamiento tras los muros de las sobresaturadas cárceles inglesas, devastadas por las enfermedades. La escasez de brazos determinaría que algunos capitanes de barco y agentes de policía se dedicaran a hacer redadas para cazar a los chiquillos que vagaban por las callejuelas de Londres y otras ciudades inglesas a fin de venderlos después como mano de obra a los plantadores de la otra orilla del Atlántico (procedimiento al que se le conocía con el nombre de «desaparición clandestina»). A los niños de más corta edad se les embarcaba si cometían pequeños delitos. En ese caso se vio por ejemplo Elizabeth Armstrong, que respondía por el apodo de «Little Bess» y acabó en Virginia por haber robado dos cucharas. Un gran número de adultos pobres y muchachos huérfanos renunciaban a la libertad y se vendían como criados forzosos, contratados en condiciones leoninas, ya que se les pagaba el pasaje al Nuevo Mundo a cambio de prestar servicio como mano de obra por largos periodos de tiempo, generalmente comprendidos entre cuatro y nueve años. A su llegada, los documentos en que se hacía constar el pacto de trabajo podían venderse, y así ocurría muy a menudo. No tenían permiso para casarse ni elegir a otro amo y podían sufrir castigos o ser deslomados a latigazos si le venía en gana a su dueño. Dadas las durísimas condiciones que se veían obligados a soportar, un crítico de esta práctica comparó su suerte con la de la «esclavitud egipcia». [34]

Los soldados licenciados, igualmente pertenecientes a las clases más bajas, también embarcarían rumbo a las colonias forzados por las circunstancias. Empujados por todo tipo de motivos, muchos hombres y mujeres solteros, junto con un buen número de familias de la pequeña aristocracia, además de grupos pertenecientes a la clase de los artesanos o los propietarios rurales, se unirían al grueso del enjambre migratorio. Unos abandonaban sus hogares para eludir el pago de una deuda que fácilmente habría podido enviarles a prisión; otros (muchos de los cuales procedían de Alemania y Francia) veían en las colonias una tierra de asilo en la que huir de las persecuciones que sufrían en razón de su fe religiosa; y otros tantos juzgaban que la posibilidad de reinstalarse en un continente lejano constituía la fórmula que iba a darles ocasión de zafarse de las restricciones económicas que pesaban sobre su particular actividad comercial. Y también había un cuarto contingente: el de quienes partían a la aventura

norteamericana para dejar atrás una reputación ensombrecida y un fracaso económico. Como todo estudiante de Historia sabe, los esclavos terminarían convirtiéndose en uno de los grupos de trabajadores carentes de libertad más numerosos del Nuevo Mundo, capturados en África y el Caribe y transportados desde allí a las colonias continentales de la América británica. A finales del siglo XVIII, su número había superado ya la cifra de seiscientas mil almas. Había africanos en todas las colonias, sobre todo después de que el Gobierno británico animara sin tapujos la trata de esclavos al conceder en 1663 a la Sociedad Real de Aventureros del Comercio con África el monopolio de la explotación de ese continente. Sin embargo, el tráfico de esclavos creció a mayor velocidad aun al cesar dicho monopolio, ya que los colonos norteamericanos regateaban para conseguir precios más baratos y compraban esclavos directamente a los vendedores extranjeros. [35]

Para resituar la realidad de las clases sociales en el relato que atestigua lo que sucedió en verdad, hemos de imaginar un panorama completamente distinto. Norteamérica no fue una tierra presidida por la igualdad de oportunidades, sino un territorio mucho menos atractivo en el que lo que aguardaba a la mayoría de los inmigrantes era en unos casos la muerte y en otros unas condiciones de trabajo durísimas. Una ideología británica sólidamente arraigada justificaba la existencia de unas posiciones de clase sumamente rígidas, sin promesa alguna de movilidad social. Desde luego, la fe religiosa puritana tampoco contribuyó a arrumbar la jerarquía de clases. La primera generación de habitantes de Nueva Inglaterra no movió un dedo para reducir, y mucho menos condenar, el hecho de que se funcionara de manera rutinaria a base de criados o esclavos. La tierra era la principal fuente de riqueza, y quienes carecían de ella apenas tenían posibilidad alguna de esquivar la esclavitud. Lo que dejó una marca indeleble en la escoria blanca fue siempre, desde el mismo principio, el estigma de la carencia de bienes raíces, y la situación ha continuado perpetuándose.

Bienvenidos por tanto a la Norteamérica real. La fecha de 1776 es un falso punto de partida para cualquier análisis de las condiciones que reinaban en el continente. La independencia no borró por arte de magia el sistema de clases británico, y tampoco erradicó las arraigadas creencias sobre la pobreza y la deliberada explotación de la fuerza de trabajo humana. La población desfavorecida, a la que prácticamente todo el mundo

consideraba un despojo o una simple «basura», continuaría siendo material desechable hasta bien entrados los tiempos modernos.

---

[11] Expresión empleada en el Sermón de la montaña (Mateo, 5, 14). En Estados Unidos se usa popularmente para aludir a la condición de «faro de esperanza» del mundo que supuestamente merece el país. (*N. del T.*)

[12] Charles Murray, *Coming Apart: The State of White America, 1960-2010* , Crown Forum, Nueva York, 2012, pp. 4-5.

[13] Los currantes que protagonizaban *Los recién casados* . (*N. del T.*)

[14] La serie *The Adventures of Ozzie and Harriet* se estrenó en 1952, mientras que la de *Los recién casados* se emitió inicialmente en 1951. Véase Murray, *Coming Apart* , *op. cit* ., pp. 8-9.

[15] Véase Francis J. Bremer, «Would John Adams Have Called John Winthrop a Founding "Father"?», *Common-Place* , vol. 4, n.º 3, abril de 2004.

[16] Abogado británico que además de ser el principal fundador (y gobernador) de la Colonia de la bahía de Massachusetts, como se ha dicho, capitaneó una de las primeras oleadas de inmigrantes ingleses, llegados a bordos del *Arbella* en 1630. (*N. del T.*)

[17] Sacvan Bercovitch, «How the Puritans Won the American Revolution», *Massachusetts Review* , vol. 17, n.º 4, invierno de 1976, pp. 597-630, y especialmente la 603. Véase también Michael P. Winship, «Were There Any Puritans in New England?», *New England Quarterly* , vol. 74, n.º 1, marzo de 2001, pp. 118-138, y en especial las páginas 131 a 138; junto con Peter J. Gomes, «Pilgrims and Puritans: "Heroes" and "Villains" in the Creation of the American Past», *Proceedings of the Massachusetts Historical Society* , n.º 95, 1983, pp. 1-16, y en particular las 2 a 5 y 7.

[18] La versión final del monumento queda ligeramente por debajo de los veinticinco metros de altura. Véase James F. O'Gorman, «The Colossus of Plymouth: Hammatt Billings National Monument to the Forefathers», *Journal of the Society of Architectural Historians* , vol. 54, n.º 3, septiembre de 1995, pp. 278-301.

[19] Roger Cushing Aikin, «Paintings of Manifest Destiny: Mapping a Nation», *American Art* , vol. 14, n.º 3, otoño de 2000, pp. 84-85.

[20] Véase Matthew Dennis, *Red, White, and Blue Letter Days: An American Calendar* , Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2002, pp. 85, 87, 101; junto con Ann Uhry Abrams, *The Pilgrims and Pocahontas: Rival Myths of American Origin* , Westview Press, Boulder, Colorado, 1999, pp. 5, 26. Véase también Flora J. Cooke, «Reading Lessons for Primary Grades: History, Series I, "The Pilgrims"», *Course of Study* , vol. 1, n.º 5, enero de 1901, pp. 442-447; y John H. Humins, «Squanto and Massasoit: A Struggle for Power», *New England Quarterly* , vol. 60, n.º 1, marzo de 1987, pp. 54-70.

[21] Para más información acerca del aura de misterio que rodea el caso de Roanoke, véase Kathleen Donegan, *Seasons of Misery: Catastrophe and Colonial Settlement in Early América* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2014, pp. 23-24, 67; junto con Karen Ordahl Kupperman, «Roanoke Lost», *American Heritage* , vol. 36, n.º 5, 1985, pp. 81-90.

[22] En 1803, William Wirt, futuro fiscal general de Estados Unidos y protegido de Thomas Jefferson, fue quien dio en llamar a Pocahontas «deidad tutelar» de Jamestown. George Washington Parke Custis, nieto de Martha Washington, escribió una obra de teatro titulada *Pocahontas* en 1830.

Mary Virginia Wall, en su pieza teatral *The Daughter of Virginia Dare* , estrenada en 1908, convierte a Dare en esposa de Powhatan y madre de Pocahontas. El poeta sureño Nicholas Vachel Lindsay publicó en 1917 una oda a Virginia bajo el rótulo de *Our Mother, Pocahontas* . Véase Jay Hubbard, «The Smith-Pocahontas Story in Literature», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 65, n.º 3, julio de 1957, pp. 275-300.

[23] La teología calvinista, en su estudio del orden lógico de los decretos divinos que dictan la caída o la salvación del hombre, concibe dos posiciones: el antelapsarianismo sostiene que los mandatos de elección y reprobación de buenos y malos precedieron lógicamente al decreto de la caída, mientras que el postlapsarianismo afirma que fueron posteriores a él. La alusión debe entenderse aquí como indicación irónica de que la sociedad sin clases norteamericana estaba «predestinada» a salvarse. (*N. del T.*)

[24] Véase Edward Buscombe, «What's New in the New World?», *Film Quarterly* , vol. 62, n.º 3, primavera de 2009, pp. 35-40; así como Michelle LeMaster, «Pocahontas: (De)Con- structing an American Myth», *William and Mary Quarterly* , vol. 62, n.º 4, octubre de 2005, pp. 774-781; Kevin D. Murphy, «Pocahontas: Her Life and Legend: An Exhibition Review», *Winterthur Portfolio* , vol. 29, n.º 4, invierno de 1994, pp. 265-275. Para saber más acerca de las mujeres y la naturaleza, véase Sherry Ortner, «Is Female to Male as Nature Is to Culture?», en *Women, Culture, and Society* , Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere (comps.), Stanford University Press, Stanford, California, 1974, pp. 68-87; Anne Kolodny, *The Land Before Her: Fantasy and Experience of the American Frontier, 1630-1860* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984, pp. 3-5; y Susan Scott Parrish, «The Female Opossum and the Nature of the New World», *William and Mary Quarterly* , vol. 54, n.º 3, julio de 1997, pp. 476, 502-514.

[25] Hubbard, «The Smith-Pocahontas Story», *art. cit* ., pp. 279-285. En su primer libro, publicado en 1608, Smith menciona brevemente el rescate. Sin embargo, no expondrá con detalle el episodio hasta su *Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles…* , de 1624. [Hay traducción castellana: *Historia general de Virginia* , Publicaciones de la Universidad de León, León, 2001. (*N. del T.*)]; véase Karen Ordahl Kupperman (comp.), *Captain John Smith: A Select Edition of His Writings* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1988, pp. 57-73. Ralph Hamor describe a Pocahontas con estas palabras: «[Es] alguien de tosca educación, bárbaros modales y fruto de una generación maldita»; también juzga que la boda contribuía «únicamente al bien y la honra de la plantación»; véase Hamor, *A True Discourse of the Present State of Virginia* , Londres, 1615, reimpreso en Richmond por la Virginia Historical Society, 1957, pp. 24, 63. Para más información sobre la balada popular escocesa, véase Rayna Green, «The Pocahontas Perplex: The Image of Indian Women in American Culture», *Massachusetts Review* , vol. 16, n.º 4, otoño de 1975, pp. 698-714, y especialmente las páginas 698 a 700.

[26] Buscombe, «What's New in the New World?», *art. cit* ., p. 36; Murphy, «Pocahontas: Her Life and Legend: An Exhibition Review», *art. cit* ., p. 270.

[27] Nancy Shoemaker, «Native-American Women in History», *OAH Magazine of History* , vol. 9, n.º 4, verano de 1995, pp. 10-14; y Green, «The Pocahontas Perplex», *art. cit* ., p. 704.

[28] Para más información sobre el uso que se hacía en Nueva Inglaterra de la coerción y el castigo para mantener a la gente en los peldaños inferiores de la masa destinada a aportar su fuerza de trabajo (fundamentalmente integrada por niños y adolescentes), véase Barry Levy, *Town Born: The Political Economy of New England* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2013, pp. 61-72. En su *Of Plymouth Plantation* , el propio William Bradford, gobernador de la Colonia de Plymouth, tratará de borrar el rastro de muerte de esas prácticas valiéndose de la cosmética política para disfrazar las cifras y mostrar que el «incremento» de nacimientos superaba al de niños muertos: véase Donegan,

Seasons of Misery , *op. cit* ., pp. 119, 135-136, 138, 153-154; junto con Richard Archer, *Fissures in the Rock: New England in the Seventeenth Century* , University of New Hampshire Press, Hannover y Londres, 2001, pp. 44, 50, 59-63.

[29] Aunque en sentido estricto se tratara de la República de los Siete Países Bajos Unidos, vigente entre los años 1581 y 1795, eran muchos los europeos que ya entonces se referían a esa región con el nombre de «Holanda». (*N. del T.*)

[30] Donegan, *Seasons of Misery* , *op. cit* ., pp. 70, 74-76, 78, 100-103 (donde se habla de casos de canibalismo), y páginas 108 a 110. Para saber más acerca de las compartidas ansias de oro de ingleses y españoles, véase Constance Jordan, «Conclusion: Jamestown and Its North Atlantic World», en *Envisioning an English Empire: Jamestown and the Making of the North Atlantic World* , Robert Appelbaum y John Wood Sweet, (comps.), University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2005, pp. 280-281.

[31] François Weil, «John Farmer and the Making of American Genealogy», *New England Quarterly* , vol. 80, n.º 3, septiembre de 2007, pp. 408-434, y especialmente la 431; Francesca Morgan, «Lineage as Capital: Genealogy in Antebellum New England», *New England Quarterly* , vol. 83, n.º 2, junio de 2010, pp. 250-282, y en particular de la 280 a la 282; y Michael S. Sweeney, «Ancestors, Avotaynu, Roots: An Inquiry into American Genealogical Discourse», tesis doctoral, University of Kansas, 2010, p. 41.

[32] Francis J. Bremer, «Remembering —and Forgetting— Jonathan Winthrop and the Puritan Founders», *Massachusetts Historical Review* , n.º 6, 2004, pp. 38-69, y especialmente de la 39 a la 42. Para más información sobre la posición legal, véase Christopher Tomlins, *Freedom Bound: Law, Labor, and Civic Identity in Colonizing English America, 1580-1865* , Cambridge University Press, Nueva York, 2010, pp. 119-120. Para saber más acerca del nuevo Ayuntamiento de Filadelfia, véase David Glassberg, «Public Ritual and Cultural Hierarchy: Philadelphia Civic Celebration at the Turn of the Century», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 107, n.º 3, julio de 1983, pp. 421-448, especialmente de la 426 a la 429. Para Plymouth Rock, véase Abrams, *The Pilgrims and Pocahontas* , *op. cit* ., p. 6; junto con Gomes, «Pilgrims and Puritans», *op. cit* ., p. 6. En su discurso de 1820, el abogado Daniel Webster asegura que el peñasco fue el «primer refugio, en una vasta extensión de terreno dominado por una naturaleza salvaje y poblado de bárbaros merodeadores»: véase John Seelye, *Memory's Nation: The Place of Plymouth Rock* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998, p. 75.

[33] Para saber más acerca de las ideas con las que los ingleses pretendían desembarazarse de los pobres, véase E. P. Hutchinson, *The Population Debate: The Development of Conflicting Theories up to 1900* , Houghton Mifflin, Boston, 1967, pp. 37, 44, 52, 123-124; junto con Timothy Raylor, «Samuel Hartlib and the Commonwealth of Bees», en *Culture and Cultivation in Early Modern England* (comps.), Michael Leslie y Timothy Raylor, St. Martin's, Nueva York, 1992, p. 106.

[34] Abbot Emerson Smith, *Colonists in Bondage: White Servitude and Convict Labor in America, 1607-1776* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1947, pp. 5, 7, 12, 20, 67-85, 136-151; A. Roger Ekirch, «Bound for America: A Profile of British Convicts Transported to the Colonies, 1718-1775», *William and Mary Quarterly* , vol. 42, n.º 2, abril de 1985, pp. 184-222; Abbott Emerson Smith, «Indentured Servants: New Light on Some of America's "First" Families», *Journal of Economic History* , vol. 2, n.º 1, mayo de 1942, pp. 40-53; A. L. Beier, *Masterless Men: The Vagrancy Problem in England, 1560-1640* , Methuen, Londres, 1985, pp. 162-164; Tomlins, *Freedom Bound* , 21, 76-77; Farley Grubb, «Fatherless and Friendless: Factors Influencing the Flow of English Emigrant Servants», *The Journal of Economic History* , vol. 52, n.º 1, marzo de 1992, pp. 85-108. Para más información sobre la «esclavitud egipcia», véase Marilyn C. Baseler, «Asylum for

Mankind»: America, ١٨٠٠-١٦٠٧, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1998, pp. 99-101. Sobre Elizabeth Armstrong, alias «Little Bess», véase Emma Christopher, *A Merciless Place: The Fact of British Convicts After the American Revolution* , Oxford University Press, Nueva York, 2010, pp. 32.

[35] Baseler, «Asylum for Mankind», *op. cit* ., pp. 35-40; Tomlins, *Freedom Bound* , op. cit., p. 504; Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., p. 95; sir Josiah Child, *A Discourse on Trade* , Londres, 1960, pp. 172-173; John Combs, «The Phases of Conversion: A New Chronology for the Rise of Slavery in Virginia», *William and Mary Quarterly* , vol. 68, n.º 3, julio de 2011, pp. 332-360.

PARTE I

Partir de cero en un mundo nuevo

01

Cuando toca sacar la basura

La morralla del Nuevo Mundo

«Las colonias han de ser los evacuatorios o desaguaderos de los Estados; para drenar la porquería».

JOHN WHITE

The Planters Plea , 1630

Al iniciarse la colonización en el siglo XVI , los hombres y las mujeres cultos de Inglaterra imaginaban Norteamérica como un mundo inseguro habitado por criaturas monstruosas, un territorio ignoto rodeado de montañas de oro. Al ser una tierra extraña que muy poca gente iba a poder *contemplar con sus propios ojos, los relatos espectaculares resultaban más* seductores que cualquier observación práctica. Dos de los principales promotores ingleses de la exploración de Norteamérica jamás llegaron a poner el pie en el continente. Richard Hakluyt el Viejo (1530-1591) era un abogado del Middle Temple, una dinámica institución de la metrópolis londinense dedicada a la vida intelectual y la política cortesana. [36] Su primo de idéntico nombre, aunque mucho más joven (1552-1616), se formó en el colegio universitario de Christ Church, en Oxford, y nunca se aventuró a viajar más allá de las costas francesas. [37]

El mayor de los Hakluyt era un letrado sumamente estudioso que casualmente contaba con buenas relaciones en el mundillo de quienes soñaban con obtener riquezas en empresas ultramarinas. En el círculo de sus conocidos había comerciantes, funcionarios reales e individuos de estrella ascendente como *sir* Walter Raleigh, *sir* Humphrey Gilbert o Martin Frobisher, todos ellos empeñados en alcanzar fama y gloria con la exploración de lejanos pagos. Estos hombres de acción alimentaban invariablemente un ego sobredimensionado: se trataba de una nueva casta de aventureros, de personas conocidas por su heroísmo, aunque también por una conducta pública de marcado mal genio. [38]

El joven Richard Hakluyt, un clérigo perteneciente a la junta universitaria de Oxford, consagró su vida a la compilación de los relatos de viaje que le confiaban los exploradores. En 1589 publicó su obra más ambiciosa, las *Principall Navigations* , un exhaustivo catálogo en el que vino a reunir todas las crónicas de los viajeros ingleses que había logrado rastrear, y en las que figuraban travesías a Oriente, el norte de Europa y, por supuesto, Norteamérica. En la era de Shakespeare, todo el que se preciara de ser alguien leía a Hakluyt. El infatigable John Smith citará en numerosas ocasiones sus escritos, demostrando de ese modo ser algo más que un brutal soldado de fortuna. [39]

El joven Hakluyt se había esforzado siempre en lograr el favor real, antes incluso de publicar sus *Principall Navigations* . Había estado elaborando un tratado para la reina Isabel I y sus más relevantes asesores y en él había expuesto los fundamentos de su teoría sobre la colonización británica. Ese «Discourse of Western Planting», publicado en 1584, era pura propaganda y había sido concebido para convencer a la soberana de los beneficios que podían extraerse de los asentamientos norteamericanos. *Sir* Walter Raleigh le había encargado el ensayo, animado por la esperanza de obtener del Estado una financiación que jamás llegaría a percibir. Pese a ello, Raleigh organizó una expedición cuyo resultado se concretaría en la efímera colonia de Roanoke, situada frente a las costas de lo que hoy es Carolina del Norte. [40]

En la visión colonialista inglesa de Hakluyt, la lejana Norteamérica era una tierra salvaje de dimensiones poco menos que inconcebibles. Según afirmará en 1580 el intelectual francés Michel de Montaigne, el continente era un lugar habitado por gentes sencillas e incontaminadas por la civilización a las que él denomina caprichosamente «caníbales» pese a que contraríe con astucia la imagen popular de una legión de seres brutales aficionados a atiborrarse de carne humana. Al igual que Hakluyt, tampoco este autor había visto nunca un solo pueblo indígena, evidentemente. Sin embargo, Hakluyt veía al menos a los aborígenes con ojos más prácticos (y más anglicanos) que Montaigne, ya que no les consideraba ni peligrosos ni inocentes, sino meros receptáculos vacíos que solo aguardaban a que se les colmara de verdades cristianas (y también comerciales, claro está). Hakluyt imaginaba que los indios podían ser aliados útiles para la materialización de las aspiraciones inglesas, quizá incluso socios comerciales, aunque

sometidos, desde luego; pero sobre todo los veía como un simple recurso natural que debía ser explotado para el mayor bien de todos. [41]

El hecho de añadir la palabra «vacío» a la metáfora con la que se describían las características de un territorio misterioso contribuyó a concretar los objetivos legales del Estado inglés. Carente de propietarios reconocidos, el continente se hallaba disponible y a la espera de dueño. Hasta un ratón de biblioteca como el pastor Hakluyt dio en utilizar para la conquista un tropo con el que asimilar la situación de Norteamérica a la de una hermosa muchacha que ansía ser cortejada por los ingleses, con vistas al matrimonio. Estos estaban destinados a convertirse en sus legítimos propietarios y a oficiar como dignos tutores. Se trataba de una pura ficción, obviamente, puesto que la tierra no estaba realmente *inane ac uacuum* , es decir, vacía y vacante. No obstante, según la concepción de los ingleses, todo pedazo de terreno debía ser arrancado a su estado natural y puesto al servicio de la explotación comercial, y solo entonces podría decirse que pertenecía efectivamente a alguien. [42]

Como es obvio, todo el mundo juzgaba que a los ocupantes indígenas no les asistía el más mínimo derecho de propiedad. Tras espulgar todo un conjunto de antiguos textos jurídicos con el fin de encontrar analogías convincentes, los colonizadores ingleses clasificaron a los nativos en la categoría de «salvajes» y, de cuando en cuando, en la de «bárbaros». Los indios no habían construido nunca nada que los ingleses pudieran incluir en el epígrafe de un domicilio o una población permanente, y no ceñían los campos de labor con cercas ni vallas. Trabajada por ellos, la tierra aparecía indómita y desprovista de límites, y presentaba un aspecto que John Smith considerará «extremadamente maloliente» y «cubierto de maleza» tanto en sus escritos sobre Virginia como en los que habrá de dedicar más tarde a Nueva Inglaterra. Si los indios vivían de la tierra, lo hacían en todo caso como nómadas pasivos. Por otro lado, Inglaterra necesitaba plantadores ávidos de lucro y campesinos industriosos resueltos a cultivar la tierra con la mente puesta en extraer de ella todas sus riquezas, y también precisaba que, para ello, supieran actuar con mano de hierro. [43]

Esta influyente y todopoderosa concepción del uso de la tierra estaba llamada a desempeñar un papel crucial en las futuras categorizaciones que habrían de establecerse en ese continente experimental respecto a la raza y la clase. Antes incluso de haber logrado fundar un flamante conjunto de sociedades activas y bulliciosas, los colonos dieron en asignar a ciertas

personas la condición de dinámicos administradores profesionales de las tierras susceptibles de ser explotadas, y declararon simples ocupantes a otros (la inmensa mayoría), convirtiéndolos de ese modo en gentes desligadas de toda participación medible en la productividad o el comercio.

Estéril, desierta, sin cultivar o maloliente, lo cierto es que la tierra adquirió una significación característicamente inglesa. A los ingleses les obsesionaba todo cuanto fuera desperdicio o esfuerzo inútil, y por esa sola razón lo que vieron en Norteamérica fue fundamentalmente una «tierra baldía». Y al hablar de erial se referían a cualquier terreno no urbanizado, a los campos excluidos de los circuitos destinados al intercambio comercial y ajenos a las sobreentendidas reglas de la producción agrícola. Si en el lenguaje bíblico la «tierra yerma» era sinónimo de una existencia desolada y dejada de la mano de Dios, en términos agrarios significaba dejarla improductiva y sin mejora.

Se denominaba páramo a toda tierra baldía. Los extensiones de tierra cultivable cuya propiedad se revelaba deseable debían exhibir campos arados, hileras de plantas comestibles y de árboles frutales, dorados y ondulantes océanos de trigo y vastos pastos para el ganado vacuno y las ovejas. John Smith abrazará esa misma premisa ideológica con una alusión muy concreta (aunque un tanto burda): el derecho de los ingleses a la propiedad de la tierra venía garantizado por el hecho de que asumieran el compromiso de cubrir el suelo de estiércol. El elixir inglés de los excrementos animales lograría transformar por arte de magia los salvajes eriales de Virginia, convirtiendo la tierra baldía en un valioso territorio de Inglaterra. Los yermos inservibles estaban ahí para ser objeto de un tratamiento *ad hoc* que permitiera su ulterior explotación. La tierra desperdiciada era riqueza aún sin concretar. [44]

En su «Discourse of Western Planting», Hakluyt sostiene con todo desparpajo que la totalidad del continente es el «firme páramo en el que se asienta Norteamérica». No habla de *terra firma* , sino de un *firme* páramo. Todo lo que Hakluyt ve en los recursos naturales es un inmenso volumen de materias primas prestas a ser convertidas en valiosas mercancías. Como muchos otros ingleses de su época, también él identifica los eriales norteamericanos con los ejidos, los bosques y las ciénagas, es decir, con las tierras a las que los promotores agrícolas del siglo XVI echaban el ojo animados por la perspectiva de un futuro beneficio. Las tierras baldías resultaban interesantes para los propietarios privados que operaban en los

mercados, pues existía la posibilidad de delimitar con cercas los ejidos a fin de llevar a pastar en ellos al ganado y a las ovejas; los bosques podían talarse para obtener madera y abrir claros en los que dar paso a los asentamientos humanos; y las marismas y los pantanos, una vez drenados, admitían ser transformados en fértiles tierras destinadas a los cultivos y las explotaciones ganaderas. [45]

Pero no solo la tierra podía ser improductiva o baldía. También la gente era vista en ocasiones como un lastre inútil y tenida por morralla. Y esto nos lleva al más importante de nuestros puntos de partida: la Norteamérica de Hakluyt exigía disponer de esas personas, a las que él mismo había clasificado en la categoría de «despojos humanos», es decir, requería de la presencia de una legión de labriegos llamada a talar los árboles, cardar el cáñamo (para confeccionar cuerdas), recoger miel, sal y pescado seco, curtir las pieles de los animales, cavar la tierra en busca de minerales, cultivar olivos, criar gusanos de seda y agrupar y empaquetar las plumas de los pájaros. [46]

Hakluyt pinta un cuadro en el que los encargados de llevar a efecto todas estas labores son precisamente grupos de indigentes, vagabundos, convictos, personas endeudadas y hombres jóvenes y vigorosos carentes de empleo. La sociedad «puede librarse y educar mejor [en Norteamérica] a las bandadas de mendigos ambulantes [integradas por chiquillos de corta edad] que crecen en la ociosidad y causan perjuicios al reino al quedar convertidas en otras tantas cargas para el mismo». Se enviarían también remesas de comerciantes para que sacaran provecho de los indios vendiéndoles baratijas y dando salida a sus artículos de tela. Además, los mercaderes podían reunir nueva información sobre el interior del continente. Se precisaban igualmente artesanos: técnicos expertos en la construcción de aserrerías para procesar la madera; carpinteros, fabricantes de ladrillos y enlucidores para levantar los asentamientos; y desde luego cocineros, lavanderas, panaderos, sastres y zapateros para atender a la naciente colonia. [47]

¿De qué puntos debían proceder esos trabajadores? En opinión de Hakluyt, Inglaterra podía prescindir de sus artesanos sin que ello conllevara el debilitamiento de su poder económico. Sin embargo, el grueso de esa fuerza de trabajo tenía que salir del creciente número de indigentes y personas sin hogar. Como apunta el propio Hakluyt en una inquietante alusión, esas masas, que «estaban dispuestas a devorarse entre sí», habían

empezado ya a nutrirse como caníbales de la economía británica. Desocupados e inútiles, estaban simplemente a la espera de ser trasplantados a suelo norteamericano, donde podría dárseles un mejor uso (aunque no un trato más humano). [48]

Mucha gente participaba de esta visión de la pobreza. Uno de los proyectos recurrentes, promovido por primera vez en 1580 —aunque nunca llegara a materializarse—, planeaba reunir una flota de barcos de pesca de cien toneladas en los que mil hombres trabajarían sin descanso, y la mitad de esa cifra debía cubrirse con vagabundos desamparados. Este planteamiento basado en hacer trabajar a los pobres como galeotes se concibió como fórmula para aventajar a los holandeses en el sector pesquero, ya que los marineros de los Países Bajos tenían fama de ser extremadamente industriosos. [49] El destacado matemático y geógrafo John Dee fue otro de los que imaginó una solución marítima para la pobreza. En 1577, en pleno proceso de expansión de la armada británica, el científico propuso convertir en marineros a los menesterosos. Otros expresarían el deseo de que los mendigos fuesen barridos de las calles, sin importar demasiado el cómo, ya que el método era lo de menos: podían hacerse redadas e incluirlos en un programa de trabajos forzados a fin de construir carreteras y fortificaciones, y existía también la posibilidad de pastorearlos y arrojarlos a las prisiones o a los asilos de pordioseros. La cárcel londinense de Bridewell se constituyó como tal en 1553, [50] transformándose así en la primera institución en su género capaz de proponer la rehabilitación de los vagabundos. En la década de 1570 eran ya varios los correccionales que habían abierto sus puertas. Los fundadores de esos centros proponían formar a los hijos de los pobres «en el trabajo manual e intelectual» a fin de que no siguieran los pasos de sus padres y acabaran convertidos en «ociosos granujas». [51]

En este sentido, lo que Hakluyt preveía constituir en la Norteamérica colonizada era *un gigantesco asilo para indigentes* . Nunca se insistirá lo suficiente en este punto. Una vez que hubieran establecido sus asentamientos los enviados al «firme páramo» del otro lado del Atlántico, el continente se transformaría en un espacio capaz de convertir el excedente de pobres, la morralla humana de Inglaterra, en otros tantos activos económicos. Se lograría a un tiempo cosechar la tierra y explotar a los desposeídos, con lo que la riqueza nacional aumentaría, en lugar de seguir padeciendo su menoscabo. En las primeras oleadas de trabajadores

viajarían, entre otros, los delincuentes condenados, a los que se emplearía en las labores más pesadas, como la tala de árboles y la posterior quema de la madera con vistas a la elaboración de brea, alquitrán y jabón de ceniza. [52] Otros se encargarían de blandir el pico y la pala en las minas de oro, plata, hierro y cobre. A estos convictos no se les pagaba ningún salario. Esclavizados por su deuda, tenían la obligación de resarcir a la Comunidad Británica de Naciones y purgar sus faltas mediante la producción de bienes destinados a la exportación. A cambio se les apartaba de la mala vida y se evitaba que terminaran «miserablemente colgados», por emplear las palabras de Hakluyt, o que se los arrojara a una cárcel atestada de reclusos en la que «se consumirían lastimosamente» hasta morir. [53]

Según Hakluyt, el grueso de los beneficios se obtendría en el transcurso de la segunda generación. Con la importación de materias primas del Nuevo Mundo y la exportación de tejidos y otros artículos, los pobres de Inglaterra encontrarían ocupación, y de ese modo «ningún desdichado» se sentiría forzado «a robar, padecer hambre y mendigar como ahora ocurre». El crecimiento del comercio colonial permitiría prosperar a los menesterosos. Una vez que se hubieran «apartado de la ociosidad y convertido en individuos útiles gracias a un trabajo honrado y sencillo», los hijos de los «pedigüeños callejeros» crecerían de forma responsable y «no se transformarían en una carga para los demás». Los chiquillos que eludían de este modo las situaciones de pobreza dejaban de constituir un lastre para el Estado y podían reincorporarse al mundo laboral como honestos obreros. Los desharrapados golfillos que eran enviados al otro lado del océano conseguirían «formarse mejor», aliviarían la suerte del pueblo inglés y lograrían que los peones necesitados se volvieran más industriosos. Todo parecía perfectamente lógico y factible. [54]

Desde luego, esta actitud, consistente en no ver en los indigentes más que una simple chusma de haraganes, la hez de la sociedad, no era nada nuevo. Hacía ya muchas generaciones que los ingleses habían declarado la guerra a los pobres, sobre todo a los bohemios y los vagabundos. Las distintas series de leyes promulgadas en el siglo XIV habían concertado la puesta en marcha de una campaña orientada a desarraigar la miseria, entendida como «madre de todos los vicios». En el siglo XVI , se estableció una dura legislación, respaldada por un conjunto de castigos. En las ciudades y los pueblos se construyeron cepos públicos para escarmentar a los criados que se dieran a la fuga. También se colocaron en diferentes puntos de Londres picotas para

azotar a los maleantes y jaulas suspendidas con fines igualmente punitivos. La estigmatización con hierros al rojo vivo o mediante la perforación de las orejas servía para identificar a los miembros de las clases inferiores y les distinguía de los contingentes de malhechores. En 1547 se promulgó una ley que permitía marcar el pecho de las mujeres vagabundas con una «V», para así poderlas reducir a la esclavitud. Pese a que esta insólita norma legislativa, según parece, no llegó a aplicarse, no por ello dejaba de ser un elemento naturalmente derivado de la difundida práctica de considerar viles a los pobres. [55]

En 1584, al redactar Hakluyt el borrador de su «Discourse of Western Planting», era habitual que la condición de los indigentes fuese atribuida a su carácter «despilfarrador» y a su tendencia a la «holgazanería», y que se insistiese en la idea de que se trataba de individuos portadores de enfermedades cuya movilidad resultaba peligrosa (tanto más por tratarse de gentes sin vinculaciones familiares que se dedicaban a corretear «de un lado a otro por todo el reino»). Se les solía comparar con los enjambres de los insectos dañinos, colgándoles el sambenito de ser una «desbordante muchedumbre», y los giros lingüísticos los imaginaban idénticos a las aguas residuales, pues al igual que ellas comprometían con su contaminación la salud económica de Inglaterra, lastrada por su presencia. [56]

Londres estaba rodeado de arrabales de chabolas. Como señaló en 1608 un observador, la fuerte concentración de menesterosos había acabado por crear una colonia subterránea de «monstruos» sucios y desfigurados, proclives a vivir en «cuevas». Se les acusaba de procrear con gran rapidez y de infligir a la ciudad la infecciosa «plaga» de la pobreza, un sentido figurado con el que se tildaba de dolencia contagiosa al desempleo. Las lejanas colonias norteamericanas se presentaban así como un remedio. Gracias a ellas, Inglaterra podría deshacerse de los pobres. En 1622, el célebre poeta y pastor anglicano John Donne se referirá en esos términos a Virginia al sostener que la nueva Colonia era el bazo y el hígado de la nación, pues contribuía a drenar los «malos humores del cuerpo […] y fomentaba la producción de sangre vigorosa». Otros autores recurrirán a una imaginería menos delicada. Las colonias norteamericanas eran «evacuatorios» por los que el cuerpo político excretaba sus desperdicios humanos. Sin el menor rubor, Richard Hakluyt el Viejo equipara a los menesterosos susceptibles de ser enviados al otro lado del océano con los «despojos de nuestro pueblo». [57]

Los pobres eran simple morralla humana. Desperdicios. Los miserables vigorosos, es decir, los no aquejados de ninguna tara física, despertaban además sentimientos de indignación, ya que su haraganería no tenía excusa. Ahora bien, ¿cómo juzgar ociosos a los vagabundos, si, por término medio, recorrían entre treinta y ciento treinta kilómetros todos los meses? William Harrison, en su popular *Description of England* , de 1577, nos lo explica. La ociosidad venía a resumirse en un desperdicio de energía. El constante movimiento del vagabundo carecía de meta y objetivo. Con ese girar en redondo, los bohemios se confesaban incapaces (como los indios) de arraigar saludablemente en parte alguna, lo que los llevaba a sumarse a la consolidada fuerza de trabajo formada por los criados, los arrendatarios y los artesanos. Harrison concebía la ociosidad tal y como hoy pensamos el funcionamiento de un motor al ralentí: la máquina opera sin moverse de su sitio, y de manera similar, los pobres eran presa de una estasis económica. Los desperdicios humanos, al igual que las tierras baldías, se comportaban como las aguas estancadas. Su energía no producía nada de valor, equivalían a la maleza que invade con saña el jardín abandonado y lo aboca a la ruina. [58]

Los eriales, eran por consiguiente, otros tantos engendros, una realidad a los que los ingleses denominaban un «sumidero». Y entre las equiparaciones de la época figura también la que iguala los despojos humanos con las malas hierbas o con el ganado enfermizo que, en su deterioro, no ve inconveniente en pastar en un estercolero. Sin embargo, a diferencia de los rebaños de reses dóciles, a las que se cría con todo cuidado y se confina en recintos cercados, los pobres podían provocar alborotos y desórdenes; de hecho, actuaban vandálicamente de cuando en cuando. No había forma de proteger a la flor y nata de la sociedad y evitarle la molestia pública que suponía la omnipresencia de los mendigos, ya que podía vérselos en los funerales, los servicios religiosos, las calzadas, los caminos solitarios y las tabernas, por no mencionar que también pululaban en los alrededores del Parlamento y que hasta se los topaba uno en la corte del rey. A Jacobo I de Inglaterra le incomodaban a tal punto los desharrapados muchachos que merodeaban en las inmediaciones de su palacio de Newmarket que en 1619 decidió enviar una carta a la sede londinense de la Compañía de Virginia [59] a fin de solicitar que le ayudaran a desembarazarse de tan infamante población y se la quitaran de encima embarcándolos a las colonias de ultramar. [60]

Dada su condición de hombres no sujetos a ningún amo, independientes e improductivos, estaba claro que, una vez llegados a las colonias, los miserables vagabundos tendrían que someterse a sus capataces. Desde el punto de vista de Hakluyt y otros como él, lo más sensato era adoptar un modelo poco menos que militar. Ya se había utilizado en Irlanda. Sin embargo, en el Nuevo Mundo, ya fuera para doblegar a la población nativa o para contender con otras naciones europeas de similares ambiciones coloniales, habría que erigir fortificaciones, cavar trincheras, fabricar pólvora y formar a los hombres en la utilización del arco. Además, la militarización también contribuía a propiciar otros objetivos cruciales. Una vez licenciados, los antiguos soldados constituían uno de los mayores subgrupos de la masa de errabundos ingleses. Los marineros eran los bohemios del mar, y muchas veces se veían arrastrados a la piratería. En el siglo XVI , la manera más habitual de guerrear consistía en lanzarse al asalto de una serie de baluartes prácticamente inexpugnables, lo que no solo exigía mantener los asedios durante largo tiempo, sino que precisaba asimismo de vastos contingentes de infantería. Y cada vez que se reanudaban los choques se reclutaba a los pobres al redoble del tambor, convirtiéndolos de ese modo en lo que un estudioso ha llamado las «brigadas de reserva de los desempleados». [61]

La vida de las tropas del periodo renacentista y preindustrial resultaba tan dura como impredecible. Era frecuente que, una vez licenciada, la soldadesca se dedicara al pillaje en el camino de regreso a casa. La literatura popular de la época solía encontrar en el tema del veterano transformado en saqueador materia para un buen número de relatos subidos de tono. Publicada en 1561, *The Fraternity of Vagabonds* , de John Awdeley, pintaba a los menesterosos errantes, igual que otras obras del mismo estilo, con los rasgos de una vasta red de bandas de salteadores. Los soldados en desbandada cubrían los puestos vacantes de esas facciones, asumiendo tareas asimilables a las de una especie de «apoderados» o elevándose incluso a la jefatura de algún grupo de malhechores. Los llamados «atrapaliebres» metían literalmente su botín en sacos. Una de las herramientas que empleaban en su oficio estos consumados ladrones era el garfio, que introducían a manera de cuña en las ventanas que encontraban a medio cerrar para después forzarlas y apoderarse de todos los objetos de valor que cayeran en sus manos. Al proponer que se enviara a ultramar a «nuestros ociosos soldados», lo que Hakluyt tenía en mente era convertir a

esos «prestidigitadores de lo ajeno» en verdaderos «atrapaliebres», ya que la idea consistía en que se dedicaran a cazar conejos a fin de completar con un saludable y sustancioso alimento el guiso cotidiano de los colonos norteamericanos. En otras palabras, la decisión de embarcar con rumbo a Norteamérica a los excombatientes y a los condenados por sus deudas por la justicia constituía una jugada maestra destinada a reducir de un solo golpe el delito y la pobreza. [62]

Al margen de los demás padecimientos o destellos de buena fortuna que pudiera depararles la existencia, lo que se esperaba de los vagabundos, de la prole de los mendigos y de los exsoldados, es decir, de los candidatos a ese viaje al Nuevo Mundo destinado a trasplantarles a tan remotas tierras, era que fertilizasen los eriales con el sudor de su trabajo. El valor que se les atribuía no se estimaba en términos humanitarios (y ni siquiera humanos), sino en función de su carácter de masa comercial anónima. Si alguien piensa que esa propuesta respondía a una actitud fría y calculadora, estará dando simplemente en la diana. Si morían, se convertían sin más —por emplear la actual jerga operativa— en meros daños colaterales. Resultaban más valiosos para el reino en su condición de colonos muertos en ultramar que reducidos al estado de puros despojos en Inglaterra. En su grandioso proyecto, lo que Hakluyt imaginaba era que, una vez disciplinados, los hijos de los pordioseros ingleses que lograran sobrevivir en las colonias serían nada más y nada menos que una futura reserva de soldados y marinos menesterosos. [63]

El trasplante de los indeseados a suelo norteamericano llevaba aparejada la suposición de que eso reduciría la tentación de entregarse a una vida delictiva. De hecho, quizá algunas personas lograrían prosperar en los abiertos y vacíos territorios de Norteamérica (lo que implicaba, evidentemente, que no tenían la menor oportunidad de salir adelante en el sobresaturado mercado laboral de Inglaterra). Pese a todo, es difícil eludir la conclusión de que a las hordas de pobres se las colocaba en la categoría de las inmundicias a reciclar. El destino que les aguardaba, a ellos y a sus hijos, una vez que hubieran recibido «formación» como soldados y marineros, consistía en engrosar las filas de un ejército colonial de reserva —integrado, claro está, por simples masas de morralla humana— al que podía enviarse a la muerte en cualquiera de las guerras que Inglaterra juzgase conveniente librar. El *modus operandi* de los ingleses que concibieron estos proyectos e idearon el sistema colonial norteamericano a

finales del siglo XVI , es decir, antes de la creación misma de las colonias, era simple y llanamente el de la más brutal de las explotaciones. [64]

En 1607, al crearse finalmente el asentamiento de Jamestown, el puesto avanzado británico que bordea la bahía de Chesapeake, las penalidades que hubieron de arrostrar al poco tiempo los colonos demostraron el fallo fundamental que lastraba el plan de acción que había imaginado Hakluyt con vistas al efectivo establecimiento de colonias en Norteamérica. En su intento de justificar los numerosos acontecimientos extraños que estaban turbando la realidad de Jamestown, los defensores de los objetivos de la Compañía Londinense de Virginia no se contentaron con publicar panfletos y sermones, también dieron voz a las crónicas escritas por algunos de sus mismos protagonistas. La moral social era una entelequia. Los hombres defecaban en los espacios públicos de la pequeña guarnición. La gente se sentaba, sumida en la apatía, y pasaba un hambre terrible. Se impusieron leyes sumamente duras: el robo de verduras y la blasfemia pasaron a castigarse con la pena de muerte. Los peones y sus hijos se convirtieron poco menos que en puras mercancías y en la práctica recibían trato de esclavos. Un hombre llegó a asesinar a su mujer para devorarla. [65]

Tras el malogrado alumbramiento de la colonia de Roanoke que había auspiciado *sir* Walter Raleigh, se dio a la de Jamestown el título bautismal de primer vástago ultramarino de Inglaterra. En un gesto de salutación a la paciencia que Inglaterra había mostrado en el caso de Jamestown, el poeta John Donne apostillará en un sermón de 1622: «Las grandes criaturas permanecen largo tiempo en el útero». El parto del asentamiento de Jamestown fue lento y doloroso, y como comadrona del tránsito ofició además la escasa confianza en su futuro. Ese mismo año de 1622, un ataque indio marcado por el desequilibrio de fuerzas borró del mapa a casi todos los colonos. [66]

Los generalizados hechos traumáticos que asolaron Jamestown en los primeros tiempos de su asentamiento forman ya parte de la leyenda. Antes de 1625, los emigrados caían como moscas: valga como ejemplo el dato de que el 80 por ciento de los primeros seis mil individuos que desembarcaron en Virginia fallecieron en el Nuevo Mundo antes de 1610. Los diferentes comandantes militares que se pusieron al frente de los recién llegados impondrían cada uno su particular régimen de trabajos forzados, de modo que la naciente colonia se convirtió rápidamente en un campo de

prisioneros. Los hombres que se habían visto arrastrados hasta Jamestown soñaban con encontrar una veta de oro, lo que evidentemente contribuía muy poco a estimular un ánimo favorable a las labores arduas. Ni siquiera la hambruna que padecieron alcanzó a sacarles de esa ensoñación. Los integrantes de un nuevo grupo, llegados en este caso en 1611, explicaron que habían encontrado a sus predecesores sumidos en «una indolente ociosidad», entregados a una «haraganería bestial». Y, sin embargo, su destino no fue mucho mejor. [67]

Había pocos «hombres jóvenes y vigorosos» en la Virginia de la época, por recordar la pintoresca descripción de Hakluyt. Resultaba difícil encontrar a alguien dispuesto a abandonar la desidia y ponerse a talar árboles, levantar casas, desbrozar la tierra o lanzarse a la pesca o la caza de animales salvajes. Los varones de la primitiva Jamestown tendían más a jugar a las cartas, a enredarse en tratos con infames marineros y a violar a las mujeres indias. Entre los embarcados rumbo a las colonias había un soplador de vidrio. Su misión consistía en fabricar cuentas de colores y chucherías que luego debían venderse a los indios. La idea había sido de Hakluyt. Pero ¿dónde estaban los campesinos que se precisaban para cultivar alimentos? [68]

La falta de sentido práctico, las decisiones equivocadas y el fracaso de las estrategias de reclutamiento de emigrantes determinaron que la colonia se viera con pocos labriegos y ganaderos capaces de cultivar los campos y alimentar a las reses que se les mandaban de Inglaterra. Jamestown había perdido de vista el ideario inglés que halla su más conocida expresión en la *Utopía* de Tomás Moro, de 1516: la que sostiene que toda sociedad productiva ha de valorar a quienes sostienen la reja del arado. Moro ya había dejado escrito que, si se descuidaban la agricultura y la cría de animales, «no había comunidad que pudiera perdurar más allá de un año». [69]

No obstante, John Rolfe, el marido de Pocahontas, se tomó muy a pecho estas palabras. En 1609 traería a la colonia, desde las Bermudas, una variedad de la planta del tabaco destinada a convertirse en un éxito para la agricultura virginiana. De hecho, el tabaco se transformó velozmente en el nuevo filón de oro, en un camino real a la riqueza. Su descubrimiento terminó por generar un crecimiento explosivo de la economía, lo que provocó a su vez que aumentaran los precios de aquella «sucia hierba». El tabaco fue a un tiempo una bendición y un azote. Aunque salvó a la colonia

de la ruina, atrofió al mismo tiempo el sistema económico y dio lugar al surgimiento de un sistema de clases marcado por las distorsiones. El concejo municipal encargado de la gobernación comenzó a guardar celosamente lo que muy pronto habría de transformarse en el más preciado recurso de la colonia: los braceros. La única recomendación de Hakluyt a la que se prestó una verdadera atención fue la que se aplicó con saña desde el principio, es decir, la consistente en explotar a una masa de trabajadores tan vulnerable como dependiente. [70]

El gobernador y los miembros de su consejo deliberativo suplicaron a la Compañía de Virginia que enviara a Norteamérica más obreros y criados sujetos por contrato indefinido y sin paga, a los que podrían, por tanto, vender al mejor postor, como si se tratara de auténticos esclavos. Este tipo de servidores endeudados, a los que se mantenía hacinados, no solo se veían obligados a trabajar más allá de toda medida, sino que tenían que soportar además la injusta prolongación de la fecha límite de sus contratos. La tierra también se distribuía de manera desigual, de modo que la brecha que separaba a las distintas clases se agrandó. A quienes se asentaron antes del año 1616 y habían satisfecho el importe de sus pasajes se les entregaron cuarenta hectáreas. Vencida esa fecha, los emigrantes que también hubieran abonado sus billetes recibirían simplemente la mitad. Y lo que es todavía más importante, a partir de 1618, todos los que optaron por traer consigo criados sujetos por contratos leoninos recibían veinte hectáreas adicionales. El reparto por capitación, pues tal era el nombre con el que se conocía este sistema, asignaba los terrenos mediante el cómputo de cabezas, es decir, de individuos. Cuanto mayor fuera el personal de un plantador, más tierras recibía. Resulta asimismo significativo que si uno de los criados de un colono fallecía en el viaje de ida, el propietario de su contrato de trabajo seguía obteniendo las hectáreas que se le habían prometido al partir. Resultaba rentable importar mano de obra, viva o muerta. [71]

La duración de los contratos de cumplimiento forzoso era superior a la de los compromisos laborales de los criados de Inglaterra, ya que el periodo de servicio de los primeros oscilaba entre cuatro y nueve años, mientras que el de los segundos no pasaba de uno o dos. Según una de las leyes promulgadas en Virginia, los chiquillos emigrados tenían que trabajar como sirvientes hasta los veinticuatro. El vínculo de esta servidumbre por deuda era asimismo diferente de los contratos en los que se estipulaba un salario, ya que los criados sin paga quedaban clasificados en la categoría de simples

enseres, lo que significa que se los consideraba meros bienes muebles o propiedades inanimadas. Sus contratos podían venderse a terceros, y los atados por ellos tenían obligación de trasladarse allá donde fueran sus amos y tan pronto como estos lo dispusiesen. Y a semejanza del mobiliario doméstico o de las cabezas de ganado, el amo podía dejarlos como legado a sus herederos. [72]

Los más destacados colonos de Jamestown no se hacían en modo alguno la ilusión de estar creando una sociedad sin clases. Entre los años 1618 y 1623 partieron de Londres, con rumbo a Virginia, un buen número de huérfanos. Y la mayoría de los criados forzosos que tuvieron que seguir sus pasos eran simples adolescentes. Es verdad que un pequeño grupo de colonos privilegiados comenzó a adquirir tierras, a rodearse de peones y a acumular riquezas, pero cuanto más crecía la prosperidad de esos pocos, tanto más aumentaban también los apuros de cuantos se encontraban al margen de esos círculos aventajados y ansiaban desembarazarse de su humilde condición. Quienes finalmente consiguieron convertirse en arrendatarios pobres descubrieron rápidamente que, en realidad, su condición apenas se había modificado, ya que muchas veces se veían forzados a realizar las mismas labores que antes habían tenido que asumir como criados. Además, un considerable número de domésticos no sobrevivió al periodo de servidumbre obligatoria. O por expresarlo con las palabras de lamentación que John Smith expone en su *Generall Historie of Virginia* de 1624: «Esta tierra tan duramente ganada, a costa de tanta sangre y esfuerzo, solo ha servido para enriquecer a unos pocos y transformar al resto en fracasados». [73]

Una de las prácticas más perversas de cuantas corroían la colonia consistió en que se hiciera responder del periodo de servidumbre fijado a las viudas y los hijos de los hombres que fallecían sin haber conseguido culminar el lapso de tiempo establecido en sus contratos. Tras el ataque indígena de 1622, los indios retuvieron durante diez meses en cautividad a una colona llamada Jane Dickenson. Cuando al fin pudo regresar a Jamestown, se le comunicó que debía sesenta y ocho kilos de tabaco al antiguo amo de su marido. Dado que no tenía medios con los que satisfacer la deuda, tuvo que cumplir con todas las obligaciones que su fallecido esposo había dejado inacabadas. La mujer apeló al gobernador, al que envió una carta para explicarle que el trato que se le estaba dispensando en la colonia era idéntico a la «esclavitud» que había tenido que soportar entre

los «crueles salvajes». ¿Se había renunciado a la civilización inglesa en aquel erial norteamericano? Ese era el mensaje al que apuntaba tácitamente Dickenson. Por otra parte, la suerte de esta desdichada no era en modo alguno insólita. John Smith reconoce en su *Generall Historie of Virginia* que los «chiquillos huérfanos de padre» se veían abocados a una situación «apenas mejor que la de los esclavos, pues si sus padres vienen a fallecer sin haber podido saldar su deuda», señala, «los hijos pasan a convertirse en siervos en tanto no se satisfaga el pasivo». [74]

Los dirigentes de la colonia de Jamestown habían basado su modelo en las fórmulas de la esclavitud de la antigua Roma, en la que los niños abandonados y los deudores eran reducidos a esa condición. La situación de los adultos de las colonias que se hallaban sujetos por contratos forzosos se debía a que habían vendido por adelantado su fuerza de trabajo a cambio de un pasaje a Norteamérica. Esto los había transformado inmediatamente en deudores y, de ese modo, sus hijos, en caso de quedar huérfanos, se convertían en una garantía del activo contratado. Se vivía, por tanto, en un mundo no excesivamente distinto del que Shakespeare describe en *El mercader de Venecia* , donde, como se sabe, Shylock exige su libra de carne. Los plantadores de Virginia consideraban tener derecho a la explotación íntegra de sus deudores, como si pudieran exprimirlos en cuerpo y alma, valdría decir, dado que se hallaban en condiciones de servirse de las inocentes esposas e hijos de los criados muertos. [75]

Si se quería que la civilización arraigara con fuerza al otro lado del Atlántico, Jamestown tendría que presentar el aspecto de los pueblecitos normales y corrientes de Inglaterra, y también habría que esforzarse en promover las buenas costumbres entre sus habitantes. La colonia debía despojarse de su imagen de penitenciaría aislada y asentarse sobre bases más firmes. Necesitaba algo más que tabaco. Era preciso dotarla de rebaños de reses y campos de cultivo, sin olvidar que también había que mejorar las relaciones que mantenían los amos con sus sirvientes. Y lo más importante de todo: tenía que disponer, y en grandes cantidades, de mujeres a las que pudiera manejar con mayor facilidad. En 1620, la Compañía de Virginia envió a la colonia cincuenta y siete «muchachas jóvenes, atractivas y de honesta educación». En el transcurso de los tres años siguientes, 157 mujeres más efectuarían la travesía. Se las consideraba emisarias de un nuevo orden moral. No obstante, las actas de la compañía apuntan también a otra cosa: los «grandes obstáculos» que se oponían a la «noble tarea» que

se estaba realizando en el Nuevo Mundo radicaban fundamentalmente en «la falta de comodidades y consuelos»: los hombres merecen hallar, afirmaban, «algo que les contente». Se esperaba que el transporte de mujeres tuviera la virtud de «fijar a los colonos y de permitir que su ánimo eche raíces en Virginia», dado que «el vínculo con sus esposas e hijos» les uniría a la tierra. La satisfacción sexual y la aparición de herederos a los que atender y transmitir cuanto se lograra contribuiría a transformar a unos hombres con tendencia a la haraganería en colonos mucho más productivos.

Todo lo que se pedía a las mujeres era que se casaran. La idea era que sus potenciales maridos las compraran, es decir, que pagaran el coste del viaje y las provisiones para la travesía. El precio de las muchachas del plan quedó estimado en sesenta y ocho kilos de tabaco, exactamente la misma cantidad que se le exigió a Jane Dickenson cuando finalmente pudo comprar su libertad. Dado que su valor se estipulaba en balas de tabaco, no debe extrañarnos que se considerara a las mujeres de Virginia como simples mercancías. De hecho, llegaban con cartas de recomendación que daban fe de su correcta condición moral, dejando de ese modo muy claro a los «industriosos colonos» que no se les estaba vendiendo ninguna partida de artículos averiados. Un plantador en concreto dejó constancia escrita de que un cargamento anterior de mujeres estaba «estropeado» y de que esperaba, por tanto, recibir garantías de que la próxima remesa iba a llegar en buen estado de salud y con sus componentes favorablemente dispuestas a traer niños al mundo. El pasaje de mujeres viajaba en compañía de unas doscientas cabezas de ganado, lo que nos recuerda que los campesinos de Virginia necesitaban ambas especies de cría para reencontrar sus raíces inglesas. [76]

No obstante, y a pesar de todos los esfuerzos, Jamestown no consiguió transformarse en una comunidad agraria estable. Por extraño que resulte, durante la primera mitad del siglo XVII, la plantación de Virginia conservó su carácter de tierra yerma. En primer lugar, las previsiones de acopio de recursos naturales de la región no se cumplieron. Y en segundo lugar, la formación de los distintos trabajadores con rangos y puestos laborales específicos (de acuerdo con un esquema que pretendía equilibrar la proporción de obreros especializados y jornaleros manuales) tampoco se ajustó a lo planeado. En el año 1663, el gobernador William Berkeley todavía seguía propugnando la obtención de los artículos que Hakluyt había propuesto tiempo atrás: lino y cáñamo, madera y alquitrán para los barcos y

productos exóticos como la seda y el aceite de oliva. La «perniciosa planta del tabaco, que tantas ruinas causa», aseguraba Berkeley al condenar su cultivo, había impedido la instauración de una economía diversificada en Virginia. [77]

El factor central del sistema colonial de Jamestown era el contrato de servidumbre forzosa por razón de deuda, cuya formalización transformaba a los trabajadores en meras propiedades desechables. En un entorno tan correoso, la simple supervivencia se revelaba extremadamente difícil, de modo que se hacía trabajar, literalmente hasta la muerte por extenuación, a toda aquella morralla humana a la que se despreciaba de un modo tan indisimulado. Los hombres jóvenes y los muchachos que llegaban sin familia eran las personas más vulnerables de todas y también las que mayor explotación padecían. Incapaces de echar raíces, a muchos de ellos les resultaba imposible tener hijos a los que legar sus logros, frustrándose así la materialización del preciado ideal inglés de la vinculación a la tierra.

Las divisiones de clase estaban firmemente arraigadas. La brecha, cada vez mayor, que separaba a los terratenientes de los desposeídos convirtió a los poseedores de grandes plantaciones en un grupo de privilegiados muy pequeño. Al mismo tiempo, el sistema de trabajo redujo a los criados al rango de individuos esclavizados por endeudamiento, y estos, al vivir tan lejos de su hogar y su país, apenas contaban con recursos para pedir que se les diera un mejor trato. El aislamiento, por tanto, incrementó las potenciales situaciones de abuso. La única libertad a la que podían aspirar los siervos de las colonias era la que acertasen a proporcionarles sus piernas: tenían que darse a la fuga. Los fundadores de Jamestown no levantaron la réplica de ningún pueblecito inglés al otro lado del Atlántico. Antes al contrario, ya que lo que hicieron fue alumbrar una implacable estratificación de clases.

Por intratables que resultasen los problemas de Jamestown, lo cierto es que un grupo formado por inversores ingleses y separatistas religiosos consiguió una patente de la Compañía de Virginia y se dispuso a echar mano de las tierras situadas en las inmediaciones de la desembocadura del río Hudson. Fuera por accidente o, como algunos autores han conjeturado, por algún tipo de designio secreto, su primer barco, el *Mayflower* , acabó acostando en cabo Cod en 1620, aunque lejos de la zona en que la Compañía de Virginia les había permitido asentarse. Solo en el primer año, el pequeño y maltrecho grupo perdió la mitad de sus efectivos a causa del hambre y las

enfermedades. La mujer de William Bradford, uno de los cabecillas de la partida, desapareció misteriosamente tras caer por la borda del *Mayflower* . Habría de transcurrir una década entera antes de que los colonos ingleses de Massachusetts lograran realizar progresos significativos susceptibles de atraer a nuevos emigrantes a la región. [78]

En 1630, al producirse la llegada en masa de grandes cantidades de europeos, sería el meticuloso John Winthrop quien se encargara de capitanear la flotilla, integrada por once barcos y setecientos pasajeros. Animados por el claro objetivo de establecer una comunidad permanente en el Nuevo Mundo, los navegantes no habían tenido más remedio que compartir el reducido espacio con un buen número de cabezas de ganado. En esta ocasión, la cantidad de familias intactas que alcanzó las colonias fue muy superior al que en su día había desembarcado en las costas de Virginia. Además, viajaba con ellos una pequeña liga de puritanos a los que no era precisamente necesario amenazar con la pena de muerte para verlos asistir a los oficios religiosos del *sabbat* (por citar solo uno de los muchos ejemplos que podrían darnos idea de la dureza de las medidas que se aplicaban en los primeros tiempos de Jamestown).

La posibilidad de adquirir tierras en propiedad, una vez que se desembarcara en Nueva Inglaterra, era el señuelo que mayores tentaciones provocaba. En el transcurso de su primera década de existencia, la Colonia de la Bahía de Massachusetts recibió cerca de veintiún mil nuevos pobladores. Sin embargo, solo el 40 por ciento de esa cifra, más o menos, provenía del Anglia Oriental y de los pueblecitos costeros en los que residían, en elevadas proporciones, los conversos puritanos. Puede decirse que, por cada disidente religioso presente en el éxodo de la década de 1630, había al menos un emigrante londinense (o de otras regiones de Inglaterra) cuyo impulso aventurero no guardaba relación con la fe, sino con motivos de naturaleza comercial. En esos dos lustros, la tipología de la mayor parte de los emigrados respondería al esquema de una familia extensa acompañada de criados. Además, cerca del 60 por ciento de los recién llegados tenía menos de veinte años, y de ellos, la tercera parte eran varones solteros. [79]

Cuando Winthrop tuvo que defender su proyecto colonial, explicó que se proponía fundar una comunidad religiosa a fin de apartar a sus componentes de la esfera de influencia de los dos mayores bastiones del firmamento docente —es decir, de Oxford y de Cambridge—, a los que él consideraba

«corruptos». No obstante, además de combatir esa corrupción y de oponerse al anticristo católico, el nuevo gobernador del asentamiento de Massachusetts resultó ser también un hombre pragmático. Por consiguiente, y con el objetivo de atraer colonos, comenzó a difundir a los cuatro vientos la noticia de que la cantidad de dinero que se exigía en Inglaterra para comprar un mísero puñado de palmos de tierra podía convertirse en cientos de hectáreas en Norteamérica. Según aseguraba, en la superpoblada Gran Bretaña, el suelo «gemía bajo los pies de sus habitantes». Pese a todo, lo cierto es que Winthrop no había concebido ningún plan para sacar de su apurada condición a todos los pobres, a los que llama la «escoria del mundo». Su concepción de una vasta masa de gentes reducidas a la condición de simples despojos humanos difería muy poco de la que había sostenido en su día el clérigo anglicano Richard Hakluyt. [80]

En la quimérica «ciudad encaramada en la cima de un monte», la desigualdad era un hecho, hasta el punto de que el sometimiento y la obediencia eran interpretados como la condición natural del género humano. En «A Model of Christian Charity», Winthrop declara que unos están llamados a mandar y otros a servir a quienes les aventajan: «Así ha dispuesto Dios Todopoderoso, en sus sagradas y sabias providencias, la condición de la humanidad, pues en todo tiempo han de ser unos pobres y otros ricos, estos altos y de eminente poder y dignidad, y aquellos mediocres y sumisos». Y por si aún quedaba alguna duda, el gobernador Winthrop explica que desprecia la democracia, a la que desabridamente juzga «la más mezquina y perniciosa de todas las formas de gobierno». Para los puritanos, la iglesia y el Estado operaban de común acuerdo, pues el coercitivo brazo del magistrado tenía la misión de preservar tanto el orden público como las distinciones de clase. [81]

En la sociedad puritana solía aplicarse el título de «caballero» a los hombres a los que distinguía un cierto linaje aristocrático, aunque los comerciantes acaudalados que ocupaban puestos destacados en la iglesia también podían adquirir esa misma denominación. Las designaciones de «amo», «ama», «señor» y «señora» se reservaban a los profesionales cultos, los clérigos y sus esposas. «Hombre de bien» era en cambio la expresión que se asociaba con el campesino, dado que poseía tierras pero no ostentaba una posición descollante, como la del juez o el pastor. Los habitantes de Nueva Inglaterra utilizaban esta nomenclatura en pocas ocasiones, pero desde luego tenían conciencia de su significado: a fin de cuentas, el

gobierno por el que se regían se había organizado a imitación de las oligarquías de los condados ingleses, en los que las élites terratenientes monopolizaban los cargos de influencia y autoridad. [82]

Las capas pudientes de la comunidad puritana dependían, no obstante, de una fuerza de trabajo menestral. En esta pirámide de empleados y subalternos, la cima pertenecía a los aprendices y los criados a sueldo. Un peldaño por debajo se encontraban todos aquellos que se habían visto obligados a servir a causa de una deuda o tras haber cometido un delito, como ya hemos visto que sucedía en Virginia. Fijémonos en un caso que se ajusta perfectamente a lo que estamos exponiendo: en 1633, Winthrop presidió el juicio de un hombre que comparecía acusado de robo. Tras la condena se vendieron sus propiedades y el montante obtenido se utilizó parta compensar a sus víctimas. El individuo tuvo que cumplir además tres años de servidumbre, y su hija, a la que se había añadido a la causa en calidad de garantía extra, acabaría sujeta catorce. Es un ejemplo típico. El texto de *Laws and Liberties* de 1648 [83] establecía la existencia de dos clases de rango aun más humilde, a las que se podía despojar de su derecho a la libertad: la de los indios apresados en una «guerra justa» y la de los «forasteros que se venden por propia iniciativa o llegan a nosotros por medio de una transacción comercial». En esta ocasión, el término «forasteros» se refiere tanto a los criados forzosos venidos de *fuera* de la colonia como a los esclavos importados de África. [84]

Básicamente, los habitantes de Nueva Inglaterra encontraron su particular cantera de servidores en los jóvenes, varones o hembras, susceptibles de una fácil explotación y de edades comprendidas entre los diez y los veinte años. La ley estipulaba que los hombres y las mujeres residieran en el domicilio de una familia y se atuvieran a las normas de la casa que les acogiera. Lo habitual y rutinario era «poner» a trabajar a los chiquillos en el hogar de vecinos y parientes de la localidad. Una orden emitida en 1642 por la Corte General de Massachusetts en relación con la adecuada educación de los muchachos y las muchachas consideraba que las condiciones de aprendiz, sirviente y menor de edad eran sencillamente equivalentes. Tanto los padres como los amos debían asumir la responsabilidad de «educar y criar a los niños y los aprendices de un modo honesto y legal». La supervisión familiar debía pulir a todos aquellos que de otro modo hubieran terminado por revelarse «insolentes, tercos y desobedientes». [85]

La norma era supervisar también el trabajo de los propios hijos, ya que las familias terratenientes acostumbraban a mantener bajo control a los varones hasta mucho después de que estos hubieran entrado en la edad adulta. Los hombres jóvenes no podían abandonar la finca familiar ni zafarse de la potestad de su padre sin poner en peligro su herencia. Esto explica que todos los miembros de la familia trabajaran durante un gran número de horas, tal y como hacían los diferentes rangos de criados. Pese a que las familias extensas puritanas no recurrieran con tanta frecuencia a la violencia como las adheridas al sistema vigente en Virginia en la época del gran auge del cultivo del tabaco, lo cierto es que las prácticas legales y culturales de la región terminarían por enturbiar la distinción entre hijos y criados. [86]

Por consiguiente, la familia puritana no se pareció nunca, ni de lejos, a la moderna familia nuclear norteamericana. Era habitual que estuviera formada por niños de diferentes padres, dado que existían grandes probabilidades de que la madre o el padre fallecieran a temprana edad, cosa que a su vez convertía los segundos matrimonios en una práctica bastante frecuente. Winthrop tuvo dieciséis hijos de cuatro esposas diferentes y, de hecho, al casarse con la última, él tenía ya cincuenta y nueve años, y fallecería a los sesenta y uno. En la mayor parte de los hogares había también chiquillos que trabajaban como criados y no tenían ningún vínculo familiar con el patriarca. En la estación de la cosecha, se sumaban al personal diferentes servidores a sueldo, que colaboraban en la realización de las tareas en calidad de peones temporales. Además, también se adquirían los servicios de los niños pobres y se les hacía trabajar durante periodos más largos como aprendices de labores manuales, bien en los quehaceres domésticos, bien en las faenas del campo. En 1628 llegaba a Boston el primer cargamento de esclavos. Por su parte, Winthrop poseía varios esclavos indios, y su hijo compró a un africano. [87]

Pese a que se esperaba que los criados se comportasen de forma sumisa, lo cierto es que pocos responderían a esa expectativa. Hay un gran número de casos judiciales que muestran que los amos se quejaban de la desobediencia de sus sirvientes; acusación que aderezaban con otras como las de haraganería, hurto, grosería, insubordinación, soberbia y tendencia a darse a la fuga. En 1696, el influyente reverendo puritano Cotton Mather publicaba una obra titulada *A Good Master Well Served* : un inequívoco intento de regular la situación de la díscola población servil de la Colonia

de la Bahía de Massachusetts. Dirigiéndose a los llamados a servir, insistía: «Sois los *instrumentos animados* , *independientes* y *activos* de otros hombres». En unos términos que no dejan lugar a dudas se reafirma poco después en esta misma idea: «*Sirvientes* , vuestras *lenguas* , *manos* y *pies* son de vuestros *amos* , y todas vuestras acciones han de responder a la voluntad de vuestros *dueños* ». A base de reconvenciones mordaces o de abrasivos latigazos, todos cuantos provinieran de un entorno humilde comprenderían sin ambages que su sujeción se daba por supuesta. [88]

Pero la desconfianza de los puritanos no acababa ahí. Entre los criados, y más aun entre los de «mezquina condición», había hombres y mujeres que alimentaban ambiciones de mayor alcance y eran juzgados indignos por ello. O así lo veían al menos los oligarcas más ansiosos. Los puritanos, que jamás se opusieron ni al comercio ni a la acumulación de riquezas, quedaban en cambio claramente desconcertados cuando se trataba de abordar la cuestión de la movilidad social. El Gobierno colonial se dedicó, por tanto, a promulgar leyes suntuarias destinadas a penalizar a quienes vistieran ricas sedas o exhibieran abotonaduras de oro con la intención de elevarse por encima de su posición social. Las personas que hacían alarde de una prosperidad excesiva despertaban envidia, y la ortodoxia puritana predicaba contra esa clase de ostentaciones además de combatir la soberbia y la insolencia. En un tratado de 1592, titulado *On the Right, Lawful, and Holy Use of Apparel* , el clérigo puritano inglés William Perkins había afirmado que el aspecto personal acotaba la situación que cada cual ocupaba en la gran cadena del Ser, es decir, en la jerarquía de clases del Señor. El lucimiento frívolo o injustificado de refinamientos onerosos resultaba desestabilizador y constituía una infracción equivalente a la de los amos que trataban a sus sirvientes con demasiada lenidad. Ambos comportamientos se contaban entre las primeras señales de alarma indicadoras de que la gracia de Dios había empezado a alejarse de una determinada sociedad. [89]

Fuera hombre o mujer, uno debía tener bien presente el lugar que le había tocado en suerte ocupar en la sociedad puritana de Massachusetts. Como si el régimen no contara ya con la suficiente estratificación jerárquica, el hecho de pertenecer a la Iglesia añadía una capa extra de privilegios a todo el que tuviese que comparecer ante un tribunal, y también le beneficiaba en cualquier otra circunstancia. La expulsión de la comunidad religiosa llevaba aparejado el perjuicio de un grave estigma. Hubo herejes, como, por

ejemplo, Anne Hutchinson o Mary Dyer, que se vieron proscritas físicamente, aisladas y condenadas al ostracismo. Únicamente quienes suplicaban el perdón y se humillaban ante la doble autoridad de la Corte y la Iglesia conseguían reintegrarse en el redil. Dyer resultó ser una persona impenitente, decidida a plantar cara al orden dominante. Entre los años 1659 y 1661, tanto ella como otros cuáqueros fueron objeto de acusaciones graves, como la de «mostrar un presuntuoso e incorregible desprecio» por las autoridades civiles. Tras el juicio, todos ellos serían ahorcados sin dilación. [90]

En 1638, Anne Hutchinson fue excomulgada de la congregación de Boston y expulsada de la Colonia de la Bahía de Massachusetts por haberse negado a doblegarse ante la autoridad de los próceres de la población. Recibió asimismo una cruda advertencia: «Ha observado usted un comportamiento más próximo al del marido que al de la esposa, más cercano al de quien predica que al de quien debe escuchar, y más parecido al del magistrado que al del súbdito». Hutchinson había impartido clases de religión en su domicilio, y había conseguido un gran número de seguidores. De este modo, al subvertir el orden social, había socavado la cartografía moral, cuidadosamente orquestada, de los locales de culto puritanos. El predominio masculino no admitía cuestionamiento alguno, y los distintos rangos se hallaban establecidos con tanta claridad que nadie se hallaba en condiciones de eludir los imperativos trazados en un documento tan elemental como el del esquema de ocupación de los asientos del templo. Los miembros de la iglesia y quienes no pertenecían a ella se acomodaban en filas separadas; los maridos y sus esposas también se hallaban en lugares diferentes; los hombres se instalaban en un lado de la sala y las mujeres, en el otro… Los varones de posición prominente ocupaban las dos bancadas delanteras: la primera estaba reservada en exclusiva a los magistrados, mientras que la segunda se asignaba a las familias del pastor y el gobernador, así como a los comerciantes pudientes. Cuantos más hijos tenía un hombre, mejor era su reclinatorio. La edad, la reputación, el matrimonio y la hacienda eran circunstancias pertinentemente calculadas antes de atribuir a alguien un lugar en la iglesia. [91]

La cuestión del rango social obsesionaba a los puritanos. Esa forma de organización era para ellos sinónimo de seguridad, de modo que les resultaba imposible disimular la ansiedad que les producía el solo pensamiento de su alteración o, peor aun, de su disolución. Tras el

derramamiento de sangre sufrido en tiempos de la primera guerra india (1675-1676), el cuento moralizante de Mary Rowlandson titulado *The Sovereignty and Goodness of God* conoció una gran difusión impresa, ya que en él se presentaba un contundente ejemplo del papel que podía desempeñar la división de clases al llegar el momento, particularmente delicado, de la Reconstrucción. Al inicio del conflicto, la casa de Lancaster, Massachusetts, en la que vivía Rowlandson fue pasto de un incendio, y los indios narragansett la sacaron a rastras de su interior, reteniéndola después como prisionera por espacio de once semanas. En 1682, la mujer escribió una crónica detallada de los combates psicológicos que había tenido que librar en su fuero interno para preservar su identidad como miembro de la alta burguesía inglesa tras verse obligada a trabajar como criada de sus captores indígenas. En su doble condición de esposa de un pastor e hija de un acaudalado terrateniente, Rowlandson expuso un relato cuyo filo también exhibía dos caras, ya que, si en uno de sus planos narraba las peripecias de una peregrinación personal orientada a la redención espiritual, en el otro refería las circunstancias de la pérdida de sus modales, seguidas de la recuperación de la libertad y de su anterior posición social. [92]

El ama india a la que hubo de servir Rowlandson fue en este caso la mala de la película. Weetamoo era una poderosa sachem (o jefa suprema) de los pocasset wampanoag. Había alcanzado su elevada posición tras haber demostrado su destreza social y acertado a contraer matrimonio con otros tres destacados sachems tribales. Ataviada con varios ceñidores hechos con cuentas de wampum, [93] embutida en gruesas enaguas y engalanada con una generosa cantidad de pulseras, Weetamoo necesitaba horas para acicalarse a conciencia. Como «severa y orgullosa dama» que era, la reina india no paraba de dar órdenes a Rowlandson, y de cuando en cuando subrayaba su superioridad con una bofetada. Desde el punto de vista de la prisionera, la detestable dueña venía a ser una suerte de versión india de las mujeres de la aristocracia inglesa, una monárquica del Nuevo Mundo que adoraba hacer alarde de su poder. A Rowlandson no le fue fácil resignarse a esa inevitable actitud de sometimiento, es decir, aceptar el mismo tipo de cualidad que los puritanos exigían a sus servidores. La otrora soberbia mujer del clérigo había quedado reducida a la modesta condición de simple mucama. Por consiguiente, Rowlandson no juzga que los indígenas norteamericanos sean unos salvajes de horrendo primitivismo, tal y como había hecho en Virginia la también cautiva Jane Dickenson, sino que los

presenta, muy al contrario, como un hatajo de usurpadores cuya impostura violenta burdamente el orden divino de las posiciones sociales establecidas. [94]

Los puritanos se valían de la autoridad familiar, reforzada a través de las leyes, para regular la conducta de su población servil. Y dado que tendían a desconfiar además de los extranjeros y de quienes abrazaban confesiones distintas a la suya, sus comunidades concedían asimismo privilegios a los «elegidos» de su religión o a todos cuantos integraban el núcleo duro del cuerpo laico de la Iglesia. Los hijos de esos elegidos obtenían por vía hereditaria el privilegio religioso de una aceptación allanada en el redil de la Iglesia. De hecho, el «pacto del punto medio» [95] de 1662 estableció un sistema basado en la determinación de una suerte de pedigrí confesional. Así lo expresaría el longevo padre de Cotton Mather, el reverendo Increase Mather: el modo en que Dios «ha trazado la divisoria de la elección» hace que esta «recorra el lomo de los padres devotos». Únicamente la excomunión podía poner fin a este privilegio, ya que con ella se impedía que la congregación de los fieles se viera en la tesitura de sufrir un linaje corrupto. El ministro Thomas Shepard aceptó el convenio, aunque sobre la base de que el hijo del elegido fuese circuncidado, educado y bautizado, a fin de poder crecer en la gracia del Señor. Con este método, la posición religiosa del individuo venía a reforzar su situación de clase. Y al ensalzarse la progenie, los santos visibles se transformaban en una casta reconocible. [96]

Los planes de colonización se basaron siempre en la aplicación a las personas de la terminología propia de la cría de animales. Era preciso supervisar la fertilidad, tanto en sentido figurado como literal, y someterla a la atenta vigilancia de los cabezas de familia y los patricios de cada localidad. En eso consistían las prácticas cuando lo que se perseguía era inculcar disciplina a los chiquillos desobedientes, someter a los criados o dispensar los privilegios de la pertenencia a la Iglesia a la siguiente generación (por ejemplo, a los hijos de los devotos). Los sistemas de la buena crianza conseguían conferir productividad a los eriales y domar a las personas, ya que de lo contrario tanto las tierras como los individuos se hubieran revelado inservibles. La tradición pastoril, que ya por entonces se asociaba con los tiempos de Isabel I de Inglaterra, encontraba en la cría y el cultivo sus mejores puntales. Por otra parte, en el plano de la expresión literaria, estas reminiscencias isabelinas darían lugar a la composición de

obras concebidas como testimonio de la belleza rústica y las armonías cósmicas.

Lo que distinguía y separaba a los ricos de los pobres era el hecho de que los primeros, al no poseer tierras, no podían transmitir nada a sus descendientes. Carecían de herederos. Esta verdad se vivía con particular crudeza en Jamestown, dado que en esta colonia los huérfanos de los sirvientes fallecidos se vendían al mejor postor, como si se tratara de los bienes de una finca confiscada. Los pobres quedaban desligados de la tierra, reducidos a la condición de mera «prole mendicante». Únicamente los supervisores y propietarios de los campos fértiles merecían disfrutar de algún derecho.

Al señalar que la hermosa princesa india Pocahontas, concebida como madre de Norteamérica, era una mujer criada en la naturaleza que se había incorporado por su matrimonio a la comunidad inglesa se estaba haciendo una afirmación que iba más allá del sentido figurado. Uno de los tropos o metáforas habituales consistía en asegurar que los exploradores ingleses «se hallaban unidos» a la tierra que habían descubierto. Esa unión, como el casamiento, llevaba aparejada la asunción de una potestad de custodia, el derecho soberano de explotar un rincón del planeta. En 1587, al dedicar un libro a *sir* Walter Raleigh, el joven Richard Hakluyt recordará a su protector los «dulces abrazos» de Virginia, «la más bella de todas las ninfas», y se regocijará de que la reina se la haya concedido por esposa. La propiedad de la tierra era, por tanto, una suerte de contrato matrimonial. [97]

Las imágenes plásticas también ponderaban la fecundidad de la tierra. En el clásico dibujo del artista flamenco Jan van der Straet titulado *El descubrimiento de América* , de 1575, se asocia metafóricamente la exploración del Nuevo Mundo con el acto sexual. Al representar el desembarco de Américo Vespucio en las costas del otro lado del Atlántico, el pintor muestra al navegante, erguido y perfectamente tieso, rodeado de los buques que le acompañan y de un amplio muestrario de útiles marineros, frente a una rolliza india desnuda que, lánguidamente sentada frente a él sobre una hamaca, extiende la mano en su dirección. Los escritores ingleses retomarán a su vez ese mismo tema, tan eficaz, y proclamarán que, si la silueta femenina de Norteamérica que aparece en la ilustración de Jan van der Straet ofrece su mano (y sus tierras) al viajero, lo hace «exclusivamente a Inglaterra», el pretendiente al que ha decidido conceder sus favores. [98]

Debemos la idealización más hermoseada de la fecundidad del Nuevo Mundo a la pluma de Thomas Morton, cuya obra titulada *New English Canaan, or New Canaan, containing an abstract of New England* , de 1637, presenta una serie de dobles sentidos de intención humorística salpicados de lujuriantes descripciones del paisaje. Los historiadores tienen opiniones divididas respecto a la interpretación más conveniente de este controvertido autor. Hay algunos que le califican de sinvergüenza y libertino, mientras que otros le juzgan un crítico populista del gobernador John Winthrop y de las altas esferas puritanas. [99]

Morton llegó a Norteamérica en 1624, acompañado por un séquito de treinta sirvientes, y se instaló en una bucólica casa solariega. Una vez asentado, fundó en ella un puesto avanzado desde el que dedicarse al comercio de pieles con las tribus nativas. Actuó como letrado en la defensa de una patente real tras la que andaba un grupo de inversores que no seguían el credo puritano y que deseaban hacerse con ella debido a que permitía la explotación de la región septentrional de Nueva Inglaterra. Sin embargo, también combatió a los puritanos de Winthrop, lo que determinaría que se le arrestara en tres ocasiones, que se le confiscaran los bienes y que se prendiera fuego a su casa. Fue expulsado dos veces de la colonia, y de hecho escribió el *New English Canaan* durante su exilio en Inglaterra, país en el que se esforzaría (sin éxito) en revocar la patente que autorizaba el asentamiento de la Colonia de la Bahía de Massachusetts. [100]

El desagrado que le producían los puritanos queda de manifiesto en las observaciones que hace al referirse al modo en que utilizaban los campos. En su texto los equipara a los dañinos «topos», puesto que se dedican a excavar a ciegas, hocicando la tierra, y se revelan incapaces de apreciar los placeres que ofrece la naturaleza. Le preocupaba notablemente que, más allá de su conversión, los puritanos no sintieran ningún interés verdadero por los pueblos indígenas. Descalifica a Winthrop y a sus seguidores tildándolos de «afeminados», dado que son malos esposos de la tierra. En su *New English Canaan* se burla satíricamente de los puritanos y asegura que son el segundo marido, sexualmente impotente, de una tierra enlutada, a cuyo rescate se proponen acudir tanto el propio Morton (que también se había casado con una viuda) como sus socios. Su grupo estaba dispuesto a abalanzarse sobre los incompetentes puritanos, pavoneándose en las inmediaciones de sus dominios y haciendo alarde de su atractivo, en su

decidida calidad de amantes plenamente viriles determinados a aguardar su turno.

El paisaje de Nueva Inglaterra que nos pinta Morton aparece repleto de «vigorosas viñas» rebosantes de «uvas maduras», cubierto de «delicadas y suaves colinas de hermosas curvas», y recorrido por deliciosos torrentes cuya «dulce y rumorosa charla resulta tan grata al oído como el más tierno arrullo que jamás haya mecido los sentidos para sumirlos en un delicioso sueño». En el contexto médico que predominaba en esa época, Morton asoció la fertilidad con el placer. Y es que, en efecto, se decía que las probabilidades de que una mujer quedase embarazada aumentaban si disfrutaba de la relación sexual. A Morton le obsesionaba a tal punto la idea de la fecundidad del entorno físico que quedaba maravillado ante la aparente facilidad con que los indios dejaban embarazadas a sus compañeras. Además, los animales de la región también se revelaban particularmente prolíficos, ya que, por ejemplo, las ciervas salvajes tenían camadas de dos o tres cervatillos en cada alumbramiento. A pesar de que la población femenina con que contaba era inferior, y de que la duración de su historia era más breve, Nueva Inglaterra había traído al mundo más chiquillos que Virginia, al menos según las afirmaciones de Morton. No pudo resistir la tentación de incluir en su *New English Canaan* el extraño relato de la «corza estéril», en la que se hablaba de una mujer soltera de Virginia que solo había conseguido concebir un hijo después de haberse trasladado al norte. [101]

Por más convincentes que resulten estos pasajes, lo cierto es que Morton se estaba inspirando directamente en narraciones anteriores. En 1614, Ralph Hamor había divulgado un texto apócrifo en el que indicaba que, en Virginia, los pumas, los osos y los gamos solían tener tres o cuatro crías por parto. Con esto venía a cumplirse la afirmación de Hakluyt, que había sostenido que «la novia de Raleigh», es decir, Virginia, «traería al mundo una nueva y abundante prole». Otros autores también habrían de realizar manifestaciones semejantes. En *A New Voyage to Carolina* , publicado en 1709, John Lawson declaró que «en otras regiones había mujeres que no habían tenido hijos, pese a llevar ya largo tiempo casadas, y que, tras mudarse a California, se habían convertido en madres dichosas». Las «labores del parto se resolvían fácilmente, y las soportaban con tanta alegría que rara vez se malograba el nacimiento». En su argumentación, Lawson sostenía que, al viajar a Norteamérica, las europeas, felices y sanas, tenían

un contacto más estrecho con la naturaleza. A semejanza de las ciervas de los bosques, las mujeres del Nuevo Mundo se transformaban en madres dóciles guiadas por el instinto. [102]

La reproducción era una cualidad valorada en más de un mercado. Entre los criados con contratos forzosos de Virginia y otros puntos de la región de Chesapeake, la relación numérica entre los géneros era, a principios del siglo XVII , de seis hombres por cada mujer, cosa que daba a las mujeres venidas de Inglaterra una ventaja en materia de opciones matrimoniales. En la Maryland de 1660, George Alsop, un antiguo sirviente atado por deudas a su amo, sostendrá en un escrito que, nada más abandonar el barco en el que habían llegado, las mujeres se encontraban frente a una legión de hombres que se disputaban su atención. Las mujeres podían elegir y seleccionar cuidadosamente a los hombres: hasta las criadas tenían la posibilidad de casarse con un colono pudiente. Alsop da a estas uniones el nombre de «casamientos copulativos», ya que en ellos las mujeres vendían su capacidad reproductiva a un marido acaudalado. Con un lenguaje decididamente desinhibido, este autor asegura que las mujeres «mercadeaban con su virginidad». Otro promotor de los asentamientos en el Nuevo Mundo llegará incluso a decir, en referencia a Carolina, que en esa región las mujeres podían encontrar esposo, tuvieran el aspecto que tuviesen. Bastaba con que al poner el pie en Norteamérica la dama pareciera «formal» y «menor de cincuenta años» para que algún hombre se mostrase dispuesto a pagar con el fin de convertirla en su mujer. [103]

Si el «casamiento copulativo» constituía una alternativa, también lo eran las segundas o terceras nupcias. Los hombres de Jamestown descubrieron muy pronto que podían incrementar el número de hectáreas que poseían, y aumentar asimismo el volumen de labriegos a su servicio, si contraían matrimonio con una viuda que hubiese recibido en herencia las tierras de su esposo. En el tumulto provocado por el ansia de conseguir tierras y brazos para trabajarla que se vivió en la época del crecimiento explosivo del cultivo del tabaco, los miembros del consejo colonial idearon varios métodos para hacerse con nuevos terrenos, y no siempre con fórmulas éticas. Un hombre se casó con una mujer debido a que su primer marido tenía el mismo apellido que un hombre rico que ya había fallecido. El individuo estafó a las autoridades valiéndose del equívoco entre los dos apellidos y consiguió arrogarse derechos de propiedad sobre una serie de terrenos de gran valor. Evidentemente, las viudas eran cauces por los que

podía fluir la riqueza y la tierra, y dados los elevados índices de mortalidad que se registraron a lo largo de todo el siglo XVII , es probable que los que lograron sobrevivir al galopante avance de las enfermedades pasaran dos o tres veces por la vicaría. [104]

De este modo, las disputas provocadas por los intereses de clase, la posesión de tierras y el casamiento con viudas pudientes acabaron por desarrollarse con toda naturalidad en Virginia, y lo cierto es que, en ocasiones, esas pugnas podían revelarse auténticamente letales. En 1676, la rebelión de Nathaniel Bacon resultó ser uno de los mayores conflictos que jamás se hubieran conocido en la colonia. El choque enfrentó al terco gobernador William Berkeley con el mencionado Bacon, un hombre recientemente inmigrado que, pese a ser persona de ciertos medios, había visto frustradas sus ambiciones. Los historiadores todavía continúan debatiendo en la actualidad las causas de la crisis y su significación última, pero la verdad es que hay muchas pruebas que muestran que los implicados se enzarzaron en una lucha de clases. Bacon quería que Berkeley lanzara un ataque sobre una tribu india que se había convertido en una clara amenaza para las personas de situación social más vulnerable de la frontera virginiana, y acabó capitaneando las quejas de los afectados. Esto provocó el estallido de una lucha de poder.

A juicio del gobernador de Jamestown, únicamente los hombres más mezquinos, aquellos que poco antes habían alcanzado a abandonar —«a rastras»— su condición de criados forzosos, podían hacer causa común con los rebeldes. Berkeley desacreditó a Bacon asegurando que se trataba de un advenedizo y un demagogo. Otros personajes destacados acudieron a respaldar al gobernador y proclamaron que los insubordinados eran «la escoria de la región» y las «heces» de la sociedad, en un claro ejemplo de que el lenguaje puede resultar particularmente delator. El término «heces» (por excrementos humanos) era una de las palabras con las que más habitualmente se escarnecía a los criados forzosos y a los vagabundos ingleses. Por otro lado, los terratenientes que apoyaron a Bacon fueron descalificados como simples individuos «ociosos» abrumados por las deudas a causa de su «depravación» y su «incuria». Se acabó comparando directamente la actitud de los amotinados con la de los puercos empeñados en hozar en el lodo. [105]

Los esclavos y los sirvientes también se unieron al bando de Bacon, ya que se les había prometido la libertad tras el esperado enfrentamiento con

Berkeley. Nunca antes se había visto nada parecido en Virginia. El arraigo de la esclavitud había avanzado con lentitud: en 1640, según los registros, había solo ciento cincuenta esclavos en la colonia, y en 1670 apenas eran unos mil, y esto en una población total de veintiséis mil personas. Las primeras colonias que redactaron un código legal para regir la práctica de la esclavitud fueron la de Massachusetts y las de las posesiones inglesas del Caribe, no la de Virginia. En la época de la rebelión de Bacon había unos seis mil criados en la colonia meridional, y aproximadamente la tercera parte de los propietarios, muchos de los cuales habían sido antes sirvientes forzosos, apenas conseguían salir adelante lastrados por las deudas y un injusto paquete de cargas fiscales. De hecho, el gobernador Berkeley ya se había percatado, antes incluso de que Bacon plantease su desafío, de que la eventualidad de una invasión extranjera o de un ataque a gran escala de los indios podía transformarse automáticamente en una lucha de clases. Según él mismo había consignado por escrito, «los pobres, endeudados, descontentos y armados», podían aprovechar esa oportunidad y entregarse «al pillaje de la región», haciéndose así con las propiedades de los plantadores mejor situados. [106]

El enfrentamiento guardaba asimismo relación con el estatuto de los indios amistosos que residían en los terrenos de la colonia, que ya habían comenzado a expandirse. Bacon sostenía que Berkeley y los hombres que le arropaban se dedicaban a proteger el lucrativo comercio que mantenían con las tribus favorecidas en lugar de esforzarse en defender a los colonos que estaban asentados en la linde de las zonas aún inexploradas, resguardándoles de las incursiones y represalias de los indígenas. Tal y como afirmaban los rebeldes, la práctica de cobrar impuestos a los colonos para levantar fuertes de barro no solo era inútil, también constituía un medio más para que los «tramposos parásitos» que apoyaban a Berkeley en la asamblea incrementaran los gravámenes sin ofrecer a cambio una seguridad digna de ese nombre. Los virginianos que vivían lejos de la capital (y de la costa) tenían la sensación de que no estaban sacándole a la tierra los mismos beneficios que los plantadores prósperos de las zonas más antiguas de la colonia. Cuanto más al oeste se instalara uno, distanciándose de la sede del poder, menos confianza podía tener en que se respetara su identidad de clase. [107]

Es probable que buena parte de los seguidores de Bacon deseara expulsar a los indios de las tierras apetecibles, o tuviera ganas de abalanzarse sobre

ellos para vengarse de los recientes ataques sufridos por los colonos en el límite de los territorios vírgenes. Resulta prácticamente indudable que el perjuicio que les estaba causando la tendencia a la baja de los precios del tabaco, unido al contexto de un periodo de depresión económica, tenía frustrados a muchos de los partidarios de Bacon, ya que esas circunstancias dificultaban todavía más la adquisición de tierras provechosas. Los campos de buena extensión estaban siendo acaparados por un conjunto de individuos a los que una persona de la época dio en llamar «podadores de tierras», dado que compraban grandes pedazos de tierra (cercenando así la porción de espacios cultivables de la comunidad) sin proceder después a su explotación. Los «podadores» mantenían buenos contactos con el gobernador y disfrutaban de un trato preferente. Cuando los demás hombres de la colonia comprobaron que sus pequeñas parcelas no les permitían ya seguir procurando el sustento de sus familias, quedó claro que el malestar iba a hacer inevitable el estallido. [108]

Los problemas que la colonia hubo de encarar en 1676 no eran nuevos, y de hecho estaban llamados a pasar al vocabulario clasista estadounidense como elemento permanente. La lejanía, física o social, de los centros de poder intensificaba los sentimientos de vulnerabilidad o pérdida. Bacon falleció de disentería el mismo año en que se inició la rebelión, y a Berkeley le regocijó enterarse de que su adversario había ido a reunirse con su creador cubierto de piojos: ese fue el cruel comentario que hizo circular en referencia a la mugre y la insalubridad que asociaba con los enemigos de la clase dominante. Vale la pena reiterar aquí que Bacon, pese a proceder de una familia perteneciente a la élite, había optado por hacer suya la causa de la hez de la sociedad: su cadáver, cubierto de liendres, demostraba que se había convertido en uno de ellos. Parte de sus seguidores perecieron ejecutados, y otros murieron en prisión. Sin embargo, tampoco Berkeley escaparía indemne. Las tropas del rey le escoltaron de vuelta a Inglaterra para que rindiera cuentas ante una comisión de investigación oficial. Falleció en Londres, y de hecho solo sobrevivió ocho meses al propio Bacon. [109]

La lucha de poder no fue un asunto en el que se embarcara exclusivamente un puñado de hombres decididos. Las esposas de los amotinados también desempeñaron un destacado papel en el levantamiento. En una carta dirigida a su cuñada, que residía en Inglaterra, Elizabeth Bacon defendió las iniciativas de su marido. Le había escrito con la

intención de organizar en la metrópoli un grupo de apoyo resuelto a respaldar la causa de la frontera colonial. Además, sus palabras tenían peso, dado que procedía de una familia muy acomodada. También hubo otras mujeres que abogaron vehementemente en favor de la resistencia y dejaron oír su voz. Las «recién casadas» hicieron saber a todos cuantos formaban parte de su círculo íntimo que, si se negaban a abonar una nueva tanda de cargas fiscales, el gobernador tenía planeado quitarles todo cuanto poseyeran (de hecho, hasta su última cabeza de ganado vacuno o porcino). Además de difundir este tipo de rumores sediciosos, las mujeres jugaron un rol altamente simbólico en el conflicto. En uno de los episodios del enfrentamiento, Bacon reunió a las esposas de los partidarios de Berkeley —a las que llamaba su falange de «delantales blancos»— a fin de formar con ellas un cinturón de protección para sus hombres mientras estos se dedicaban a cavar trincheras a las afueras de la fortificada capital de la colonia de Jamestown. Se entendía que el espacio que ocupaban las mujeres constituía una zona neutral, dado que los mandiles venían a operar a modo de otras tantas banderas blancas, el conocido signo con el que se señala o solicita una tregua. [110]

Lydia Chisman intervino en uno de los momentos más dramáticos del juicio al que fueron sometidos los disconformes. En una escena que no deja de presentar un notable parecido con el estremecedor gesto que indujo a Pocahontas a salvar a John Smith (perteneciera este o no al orden de los hechos ciertos), Chisman ofreció su vida a cambio de la de su marido tras confesar que había sido ella la que le había inducido a desafiar al gobernador. Su alegato cayó, no obstante, en saco roto, y su esposo, que probablemente fue torturado, falleció en la cárcel. Pese a que Berkely maldijera a Chisman, a la que calificó de «zorra», las mujeres rebeldes consiguieron evitar en casi todos los casos los castigos más severos. De acuerdo con las doctrinas jurídicas inglesas, la mujer y los hijos de un traidor quedaban manchados y, por tanto, sometidos a la extinción de sus derechos civiles, lo que significaba la pérdida de todas sus propiedades y títulos. Sin embargo, a las viudas de Bacon y Chisman se les permitió recuperar su hacienda. Las dos volverían a casarse: dos veces más en el caso de Elizabeth Bacon, y una en el de Lydia Chisman. [111]

¿Cómo es posible que se produjera un desastre de tal calibre y que, pese a todo, las mujeres consiguieran eludir las acciones punitivas? Aunque el gobernador Berkeley esperaba confiscar todas las propiedades de los

rebeldes, su temeraria búsqueda de venganza terminó provocando su caída. Los miembros de la comisión de investigación de la Corona —cuya autoridad se había visto reforzada por la presencia de los barcos y los soldados enviados a la zona con el fin de sofocar el levantamiento— no tardarían en ponerse en contra del gobernador. No solo hicieron especial hincapié en que el perdón del rey tenía carácter universal, también anularon muchos de los actos de confiscación de Berkeley y solicitaron su cese. Si se quería preservar la colonia, era preciso restaurar la paz y la justicia. Y una de las formas de volver a implantar el orden consistía justamente en mostrar clemencia con las esposas de los rebeldes. [112]

Son hechos que tienen su trascendencia. Para los integrantes de la comisión regia, el doble objetivo de conservar la tierra y de permitir que las viudas continuaran con su vida era más importante que el de escarmentar a unas mujeres contumaces, máxime si la forma de lograrlo consistía en sumirlas en la pobreza. En 1690, la dramaturga Aphra Behn escribió una comedia basada en la rebelión de Bacon. Llevaba el pertinente título de *The Widow Ranter* . [113] La trama se centra en la historia de una viuda de baja extracción, de carácter promiscuo y con tendencia a vestirse de hombre y gusto por el tabaco. La joven, que se atreve a fumar en público (ya que ha concebido la errónea idea de que ese vicio es signo de buena educación), acabará casándose dos veces con partidos de posición social muy por encima de la suya. Pese a sus toscos modales, sabe que todos la desean, y no solo por su belleza, sino también por sus propiedades. Así se lo explica de hecho a una de las personas recién llegadas a la colonia: «Nosotras, las viudas ricas, somos la mejor mercancía que ofrece el país». [114]

La fecundidad, tanto la femenina como la de la tierra, era una cualidad sumamente apreciada en la Norteamérica colonial. Se necesitaban hombres competentes que pudieran actuar como capataces y contribuir a explotar la tierra. Se esperaba que las viudas volvieran a contraer matrimonio rápidamente, a fin de que sus tierras no se echaran a perder. Algunas mujeres sacaban provecho de esta práctica. *Lady* Frances Culpeper Stevens Berkeley Ludwell (1634-1695) se casaría con tres gobernadores de la colonia, entre ellos el mismísimo Berkeley. No tuvo hijos, así que no le fue difícil mantener férreamente controladas las rentas de las propiedades que había ido heredando. En lugar de permitir que sus tres maridos la fueran sometiendo poco a poco, consiguió administrar a su manera las tierras legadas. Con todo, lo cierto es que, durante la rebelión de Bacon, *lady*

Berkeley fue un personaje notablemente polémico, y de hecho se la acusó de azuzar a su esposo y de comportarse como una artera Jezabel, decidida a manipular sexualmente a su pareja, de edad muy superior a la suya. [115]

La explotación de las mujeres en edad fértil seguiría teniendo una importancia fundamental durante muchos años, sobre todo en la concepción colonial de la clase y la propiedad. Este precepto adquiriría una fijeza aun mayor en el momento en que los habitantes de Virginia empezaron a regular la descendencia de las esclavas. En 1662 se promulgó una ley en la que la definición de esclavo pasó a contener, además de la estipulación del lugar de origen o la imputación de paganismo, la circunstancia de ser hijo o hija de una esclava. Según el texto de esa norma, que no tenía precedente alguno en toda la jurisprudencia británica, la «condición de la madre» determinaba la esclavitud o la libertad de los recién nacidos. La base necesaria para considerar que los hijos de los esclavos eran propiedades del amo de sus padres se encontraba en el derecho romano. La ley inglesa sobre la bastardía también sirvió de modelo para establecer que los hijos debían ser de la misma índole que la madre. La cuestión era que esa forma de contemplar las cosas —la de que la posición social de un esclavo debía corresponderse con la de su madre— se remontaba nada menos que a santo Tomás de Aquino. La analogía empleada por este predicador asimilaba el útero a la tierra: si un hombre visitaba la isla de otro hombre y plantaba su semilla en los campos de esa persona, el dueño del terreno tenía derecho de propiedad sobre el producto. La ley virginiana de 1662 podría haberse apuntalado igualmente en otro modelo, el de la cría de animales, ya que los becerros de las vacas pertenecían al poseedor de la misma, aunque el semental que la hubiera dejado preñada fuese de otro campesino. [116]

La fecundidad también desempeñaba un papel muy significativo en la asignación de las posiciones sociales del hombre y la mujer. La capacidad reproductora de las mujeres era un recurso natural que no solo admitía ser calculado numéricamente, sino que constituía una materia prima susceptible de ser explotada y una mercadería a intercambiar por medio del matrimonio. En el caso de las esclavas, la fertilidad confería a sus úteros la condición de artículo de consumo y convertía a sus hijos, igualmente esclavizados, en simples enseres, es decir, en un conjunto de bienes muebles, como el propio ganado. (La palabra inglesa *chattel* —efectos, pertenencias, mobiliario— proviene de la misma raíz latina que *cattle* , ganado. [117]) De hecho, los hijos de los esclavos aparecen enumerados en

los testamentos de los plantadores en la misma categoría que las «crías» o los «retoños», y la capacidad reproductora que alcanzase a tener potencialmente una mujer se consignaba como «incremento futuro», expresión que también se aplicaba a los rebaños de reses. [118]

Corriendo el año 1605, en los albores del siglo de las colonizaciones norteamericanas, el filósofo inglés Francis Bacon señaló que las mujeres estaban destinadas a «la generación, la fructificación y el consuelo». A los ojos de sus lectores, esa comparación del cuerpo femenino con las tierras de cultivo productoras de cosechas resultaba perfectamente lógica. La propagación de la especie y el acto del alumbramiento reservaban a los hijos de las esclavas la misma casilla que a los terneros, ya que se entendía que unos y otros eran el resultado de la reproducción de un ganado de calidad o el fruto de una buena cepa. Las mujeres y la tierra existían para usufructo y beneficio de los hombres. [119]

La tierra era sinónimo de poder debido a su extensión, a las posibilidades de colonización que ofrecía y al aliciente de los «incrementos futuros». La verdadera definición del poder de una clase social guardaba relación con un saber específico: el de cómo dominar el arte de hacer fructificar la tierra. Es importante comprender lo que nos revela la rebelión de Bacon: *que el acceso a las tierras más prometedoras nunca ha sido igual para todos* . Los «tramposos parásitos» que rodeaban al gobernador Berkeley contaban con una clarísima ventaja. El rango social con el que se partía cedía ante los arbitrios de la mediación y la influencia política o frente al golpe de suerte de quien lograba casarse con una rica heredera. Al inicio del siglo XVIII , los criados forzosos con contratos leoninos apenas tenían ya posibilidades de conseguir un pedazo de tierra. Se veían obligados a trasladarse a otra región o a resignarse a aceptar la condición de arrendatarios. Los agrimensores reales se aseguraban de que los grandes terratenientes fuesen los primeros en pujar por los terrenos nuevos y aún sin explotar, con lo que las fincas más grandes comenzaron a quedar en manos de un número de propietarios cada vez más reducido. Con el tiempo, es decir, a medida que fueron llegando nuevos cargamentos de esclavos a la colonia, volvió a reproducirse el mismo esquema, de modo que las principales familias terratenientes fueron las que terminaron monopolizando su fuerza de trabajo. [120]

Por más ríos de tinta que hicieran correr y por muchos discursos que pronunciaran para proclamar su amor a la tierra, lo cierto es que los virginianos practicaban el arte de la administración agrícola con menor

pericia que sus homólogos ingleses. En la Virginia del siglo XVII se usaban muy pocos arados. En los cultivos de tabaco, la principal herramienta de trabajo era el simple azadón, un apero de labranza que exigía un considerable esfuerzo físico a los seres humanos. En la mayoría de los casos, la vida de las personas que desembarcaron en las costas de Norteamérica no fue lo suficientemente larga como para permitirles auparse a la condición de terratenientes, y mucho menos para dominar las técnicas de su adecuada explotación. Por consiguiente, la esclavitud resultó ser una consecuencia naturalmente derivada de la lógica del sistema colonial de clases que Hakluyt había imaginado. De hecho, la esclavización surgió de la interrelación de tres fenómenos: las duras condiciones laborales, la circunstancia de que se tratara como simples mercancías a los sirvientes atados por contratos de cláusulas abusivas y, sobre todo, el propósito deliberado de criar a los chiquillos para constituir con ellos una especie de contingente de trabajadores expuestos a una fácil explotación.

Los hombres y las mujeres tenidos por simples despojos (y más aun la morralla infantil y los muchachos adolescentes que integraban mayoritariamente las filas de los criados forzosos) no solo constituían una clase proletaria formada por individuos prescindibles, sino que fue precisamente su existencia lo que hizo posible la colonización. Puede que las supuestas tierras baldías de la Norteamérica colonial presentaran el aspecto de un Nuevo Canaán, pero lo cierto es que la escoria humana que trabajó en ellas acabó desechada como el resto de desperdicios y, a pesar de fertilizar el suelo con su sudor, le resultó imposible cosechar nada de provecho, menos aun adquirir siquiera un mínimo grado de movilidad social.

---

[36] Se trata de uno de los cuatro colegios profesionales de abogados que se encuentran en las inmediaciones de la Real Corte de Justicia de Inglaterra y Gales. Su fundación se remonta al siglo XIV . (*N. del T.*)

[37] Véase Peter C. Mancall, *Hakluyt's Promise: An Elizabethan's Obsession for an English América* , Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2007, pp. 3, 6-8, 25, 31, 38, 40, 102.

[38] *Ibid* ., pp. 8, 63, 76-77; D. B. Quinn (comp.), *The Voyages and Colonizing Enterprises of Sir Humphrey Gilbert* , 2 vols., Hakluyt Society, Londres, 1940, vol. 1, p. 102; Kenneth R. Andrews, *Trade, Plunder and Settlement: Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire, 1480-1630* , Cambridge University Press, Cambridge, 1984, pp. 30-31, 200-201, 218, 294-299.

[39] Mancall, *Hakluyt's Promise* , *op. cit* ., pp. 3-4, 92-100, 158, 184-94, 218, 221-231; E. G. R. Taylor, «Richard Hakluyt», *Geographical Journal* , vol. 109, n.º 4-6, abril-junio de 1947, pp. 165-171, y especialmente de la 165 a la 166; Kupperman, *Captain John Smith* , *op. cit* ., pp. 3-4, 267. Para saber más acerca de los préstamos que Smith toma de Hakluyt, véase David B. Quinn, «Hakluyt's Reputation», en *Explorers and Colonies: America, 1500-1625* , Hambledon Press, Londres y Ronceverte, Virginia Occidental, 1990, p. 19.

[40] Mancall, *Hakluyt's Promise* , *op. cit* ., pp. 72, 92, 128-129, 139, 183-184; David B. Quinn y Alison M. Quinn (comps.), *A Particular Discourse Concerning the Greate Necessite and Manifolde Commodyties That Are Like to Growe to This Realm of Englande by the Westerne Discoveries Lately Attempted. Written in the Year 1584. By Richard Hackluyt of Oxforde. Known as Discourse of Western Planting* , Hakluyt Society, Londres, 1993, pp. xv, xxii. Citado en lo sucesivo como «Discourse of Western Planting».

[41] Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., pp. 8, 28, 31, 55, 116, 117 y 119. El texto titulado «Sobre los caníbales», de Miguel de Montaigne, publicado como parte de sus *Ensayos* en 1580, se tradujo al inglés en 1603 [hay traducción castellana: *Ensayos completos* , Gredos, Madrid, 2005, libro I, 31. (*N. del T* .)]; véase Lynn Glaser, *America on Paper: The First Hundred Years* , Associated Antiquaries, Filadelfia, 1989, pp. 170-173; y Scott R. MacKenzie, «Breeches of Decorum: The Figure of a Barbarian in Montaigne and Addison», *South Central Review* , n.º 2, verano de 2006, pp. 99-127, y especialmente 101-103.

[42] Para saber más acerca del estado de Virginia pintado al modo de la novia de Raleigh, véase «Epistle Dedicatory to Sir Walter Ralegh by Richard Hakluyt, 1587», en *The Original Writings and Correspondence of the Two Richard Hakluyts* , edición de E. G. R. Taylor, 2 vols., Hakluyt Society, Londres, 1935, vol. 2, pp. 367-368; véase también Mary C. Fuller, *Voyages in Print: English Travel to America, 1576-1624* , Cambridge University Press, Nueva York, 1995, p. 75.

[43] 8 Véase Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 114-118, 135-138, 143-144; junto con John Smith, *Advertisements: Or, The Pathway to Experience to Erect a Plantation* , 1831, en *The Complete Works of Captain John Smith (1580-1631)* , edición de Philip L. Barbour, 3 vols., University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1986, vol. 3, p. 290.

[44] 9 Para la referencia al estiércol, véase Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles…* , *op. cit* ., 1624, junto con John Smith, *Advertisements for the Unexperienced Planters of New England, or Any Where* , 1631, en Barbour, *The Complete Works of Captain John Smith* , vol. 2, *op. cit* ., p. 109; y vol. 3, p. 276. De acuerdo con la definición del *Oxford English Dictionary* , cuando se asocia con la tierra, «*waste* » [aquí traducido, en general, como «páramo» o «tierra yerma»] significa varias cosas: ١a) una región desolada o sin habitantes, un desierto o una región salvaje; ١b) una vasta extensión de agua, un espacio vacío en la atmósfera o una tierra cubierta de nieve; ٢) un pedazo de tierra no cultivada ni utilizada con fin alguno y que además se emplea en comunidad (es decir, que no es propiedad privada); y ٣) una región devastada. La definición legal es la siguiente: «Toda acción no autorizada que efectúe un arrendatario en una propiedad de dominio absoluto que no se haya recibido por herencia, o que persiga cualquier otra clase de provecho menor, que tienda a la destrucción de la propiedad arrendada, o que de cualquier otro modo pueda causar perjuicio a la heredad». Estas cláusulas señalan al arrendatario —no al poseedor— que daña una finca y disminuye con ello su valor. El término inglés «*wasteland* » [aquí «erial» o «tierra baldía»] hace referencia a los terrenos que se hallan sin cultivar o en su estado natural, o a aquellos otros (habitualmente rodeados de campos aprovechados) «que no se usan o no son propios para el cultivo o la construcción y se dejan abandonados a la proliferación natural».

[45] Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., p. 115. Para saber más acerca del léxico vinculado con la promoción agraria, véase Andrew McRae, *God Speed the Plough: The Representation of Agrarian England, 1500-1660* , Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 13, 116, 136-137, 162, 168.

[46] Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., p. 28; véase también el texto de Hakluyt el Viejo titulado «Inducements to the Liking of the Voyage Intended Toward Virginia», 1585, en Taylor, *The Original Writings* , vol. 2, *op. cit* ., p. 331; junto con McRae, *God Speed the Plough* , *op. cit* ., p. 168. Timothy Sweet, «Economy, Ecology, and Utopia in Early Colonial Promotional Literature», *American Literature* , vol. 71, n.º 3, septiembre de 1999, pp. 399-427, y especialmente de la 407 a la 408. La lista de tareas que menciona Hakluyt (que llega a ocuparse de minucias como esta de clasificar plumas para enviarlas en balas a Inglaterra) procede en realidad del libro de George Peckham titulado *A True Reporte of Late Discoveries and Possession, Taken in the Right of the Crowne of Englande of the Newfound Landes: By That Valiant and Worthye Gentleman, Sir Humphrey Gilbert, Knight* . Más tarde, Hakluyt incluyó este relevante pasaje: véase Richard Hakluyt, *The Principall Navigations Voiages and Discoveries of the English Nation* , Londres, 1589, edición de David Beers Quinn y Raleigh Ashlin Skelton, 2 vols., reimpreso en facsímil, Cambridge University Press, Londres, 1965, vol. 2, pp. 710-711.

[47] Véase Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., pp. 28, 120, 123-124. Para más información acerca del uso de las colonias para librar a Inglaterra de los ociosos hijos de los pobres, véase Hakluyt el Viejo, «Inducements for Virginia», en Taylor, *The Original Writings* , vol. 2, *op. cit* ., p. 330; junto con Gilbert, «A Discourse of a Discoverie for a New Passage to Cataia», Londres, 1576, en Quinn, *The Voyages and Colonizing Enterprises of Sir Humphrey Gilbert* , vol. 1, *op. cit* ., p. 161; y Peckham, «A True Report», en Hakluyt, *Principall Navigations* , vol. 2, *op. cit* ., pp. 710-711.

[48] Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., p. 28.

[49] John Cramsie, «Commercial Projects and the Fiscal Policy of James VI and I», *Historical Journal* , vol. 43, n.º 2, 2000, pp. 345-364, y especialmente de la 350 a la 351 y la 359.

[50] Había sido previamente un palacio del rey Enrique VIII, que residió en él entre 1515 y 1523. Eduardo VI lo donaría más tarde a la ciudad de Londres para que hiciera las veces de orfanato. En la fecha citada, una parte del edificio fue convertido en penitenciaría. (*N. del T.*)

[51] Walter I. Trattner, «God and Expansion in Elizabethan England: John Dee, 1527-1583», *Journal of the History of Ideas* , vol. 25, n.º 1, enero-marzo de 1964, pp. 17-34, y especialmente de la 26 a la 27; Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., pp. 56, 149-150, 168.

[52] Sustancia detergente elaborada a partir de ceniza de madera y una grasa natural. (*N. del T.*)

[53] Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., 28. Gilbert también argumentaría en este mismo sentido al defender la idea de que era mejor enviar a los varones sumidos en la indigencia a un asentamiento de ultramar que abocarlos al patíbulo: véase «A Discourse of a Discoverie for a New Passage to Cataia», en Quinn, *The Voyages and Colonizing Enterprises of Sir Humphrey Gilbert* , vol. 1, *op. cit* ., pp. 160-161. Desde el punto de vista del derecho romano, resultaba legal esclavizar a los prisioneros de guerra, fuesen hombres, mujeres o niños. A cambio de conservar la vida, los así capturados debían trabajar como esclavos: véase Peter Temin, «The Labor Market of the Early Roman Empire», *Journal of Interdisciplinary History* , vol. 34, n.º 4, primavera de 2004, pp. 513-538, y sobre todo la 534. Un académico francés ha señalado que en la etnografía inglesa se utilizaba la expresión «desperdicios humanos» en la exposición de las características de la esclavitud derivada de una deuda económica o social: véase Alain Testart, «The Extent and Significance of Debt Slavery», *Revue Française de Sociologie* , vol. 43, n.º 1, 2002, pp. 173-204, y especialmente la 199.

[54] Hakluyt, «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., pp., 31-32, 120. Para más información acerca de los hijos de los mendigos, véase A. L. Beier, «“A New Serfdom”: Labor Laws, Vagrancy Statutes, and Labor Discipline in England, 1350-1800», en *Cast Out: Vagrancy and Homelessness in Global Perspective* , A. L. Beier y Paul Ocobock (comps.), Ohio University Press, Athens, 2009, p. 47.

[55] Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., pp. 158-160; C. S. L. Davies, «Slavery and Protector Somerset: The Vagrancy Act of 1547», *Economic History Review* , vol. 19, n.º 3, 1966, pp. 533-549.

[56] Véase William Harrison, «Chapter IX: Of Provisions Made for the Poor», ١٥٧٧ y ١٨٥٧, en *Elizabethan England: From «A Description of England», by William Harrison (in «Holinshed's Chronicles»)* , compilado por Lothrop Withington, con introducción a cargo de F. J. Furnivall, The W. Scott Publishing Co., 1902, Londres, pp. 122-129, y especialmente la 122; junto con Patrick Copland, *Virginia's God Be Thanked, or A Sermon of Thanksgiving for the Happie Successe of the Affayres in Virginia This Last Yeare. Preached by Patrick Copland at Bow-Church in Cheapside, Before the Honourable Virginia Company, on Thursday, the 18. of April 1622* , Londres, 1622, p. 31.

[57] Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., p. 43; Copland, *Virginia's God Be Thanked* , *op. cit* ., p. 31; John Donne, *A Sermon upon the Eighth Verse of the First Chapter of the Acts of the Apostles. Preached to the Honourable Company of the Virginia Plantation, 13, November 1622* , Londres, 1624, p. 21. Pese a que John White trate de contrarrestar esta imagen negativa, también acepta que, según la creencia general, las «colonias han de ser los evacuatorios o desaguaderos de los Estados; para drenar la porquería»: véase John White, *The Planters Plea, or the Grounds of Plantations Examined and Usuall Objections Answered* , Londres, 1630, p. 33. Para la expresión empleada por el mayor de los Hakluyt al hablar de los «despojos de nuestro pueblo», véase su «Letter of Instruction for the 1580 Voyage of Arthur Pet and Charles Jackman», en Hakluyt, *Principall Navigations* , vol. 1, *op. cit* ., p. 460. La idea de librarse de los pobres mediante el drenaje que supone enviarlos a las colonias se remonta de hecho a la antigua Roma. Cicerón califica a los mendigos con la siguiente frase: «*dordem urbis et faecem* », es decir, «la escoria de la ciudad azotada por la pobreza», manifestación que servirá para justificar que se «drene» esa porquería «evacuándola a las colonias»: véase Paul Ocobock, «Introducción», en Beier y Ocobock, *Cast Out* , *op. cit* ., p. 4.

[58] Harrison, *Elizabethan England* , *op. cit* ., p. 122. La referencia de Harrison a los indigentes entendidos como individuos desprovistos de lazos afectivos y anárquicamente dispersos encaja con la concepción inglesa de las tierras improductivas. En ese sentido se expresa por ejemplo un autor de 1652: «no debe seguir tolerándose la persistencia de los numerosos y agrestes espacios desocupados de los *eriales baldíos* que motean de norte a sur esta nación, pues son como un informe *caos* que únicamente contribuye a nuestro descrédito y falta de provecho»: véase *Wast Land's Improvement, or Certain Proposals Made and Tendered to the Consideration of the Honorable Committee Appointed by Parliament for the Advance of Trade, and General Profits of the Comunidad de Naciones* , etcétera…, Londres, 1653, p. 2.

[59] Denominación conjunta de dos sociedades de protección estatal constituidas por el propio Jacobo I en 1606, justamente con el fin de crear asentamientos en la costa norteamericana. (*N. del T.*)

[60] Contra quienes pensaban que era mucho mejor disponer de una «reata de vacas» que soportar el «superfluo aumento» de la población de indigentes, William Harrison señalará que las masas de pobres eran necesarias en tiempo de guerra, ya que solo ellos podrían levantar una «muralla humana» en caso de que Inglaterra se viese sometida a una invasión. Véase Harrison, *Elizabethan England* , *op. cit* ., p. 125; junto con Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., pp. 75-76.

[61] Véase Nicholas P. Canny, «Ideology of English Colonization: From Ireland to America», *William and Mary Quarterly* , vol. 30, n.º 4, octubre de 1973, pp. 575-590, y especialmente de la 589

a la 590; junto con Canny, «The Permissive Frontier: The Problem of Social Control in English Settlements in Ireland and Virginia», en *The Western Enterprise: English Activities in Ireland, the Atlantic, and America, 1480-1650* , K. R. Andrews, N. P. Canny y P. E. H. Hair (comps.), Wayne State University Press, Detroit, 1979, pp. 17-44, y en particular la 18 y la 19. Véase también Linda Bradley Salamon, «Vagabond Veterans: The Roguish Company of Martin Guerre and Henry V», en *Rogues and Early Modern English Culture* , Craig Dionne y Steve Mentz, (comps.), University of Michigan Press, Ann Arbor, 2004, pp. 261-293, 265, y sobre todo de la 270 a la 271; así como Roger B. Manning, «Styles of Command in Seventeenth Century English Armies», *Journal of Military History* , vol. 71, n.º 3, julio de 2007, pp. 671-699, y en especial de la 672 a la 673, y la 687.

[62] Véase Craig Dionne, «Fashioning Outlaws: The Early Modern Rogue and Urban Culture», junto con Salamon, «Vagabond Veterans», en Dionne y Mentz, *Rogues and Early Modern English Culture* , *op. cit* ., pp. 1-2, 7, 33-34, 267-268 y 272-273; Harrison, *Elizabethan England* , *op. cit* ., pp. 127-128; Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., pp. 93-94; Claire S. Schen, «Constructing the Poor in Early Seventeeth-Century London», *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies* , vol. 32, n.º 3, otoño de 2000, pp. 450-463, y en especial la 453.

[63] Estas son las palabras exactas de Hakluyt: «Si en esa zona diera en declararse una guerra fronteriza, y si, a consecuencia de la situación, tuviésemos que establecer fortificaciones, hallaríamos entonces ocasión de instruir a nuestros jóvenes en las materias bélicas hasta lograr que un buen número de ellos quedara habilitado para servir en los choques y atender a la defensa de nuestra gente, tanto en ultramar como en la metrópoli»: véase el «Discourse of Western Planting», *op. cit* ., pp. 119-120, 123. Otros promotores del proyecto colonial sostuvieron la idea de que el trabajo en esas regiones norteamericanas debía ser sustituido por un servicio militar, ya que el ámbito castrense inyectaría la disciplina necesaria en los pobres sin trabajo. Christopher Carleill abogó en favor de este planteamiento tomando como base las experiencias militares que él mismo había vivido en la guerra de Flandes: véase Carleill, *A Breef and Sommarie Discourse upon the Entended Voyage to the Hethermoste Partes of America: Written by Captain Carleill in April 1583* , 1583, p. 6. Para más información sobre la visión que reduce a los soldados a simple carne de cañón, véase Salamon, «Vagabond Veterans», *art. cit* ., p. 271; junto con Sweet, «Economy, Ecology, and Utopia in Early Colonial Promotional Literature», *art. cit* ., pp. 408-409.

[64] No hay un solo académico que haya admitido la relación que media entre la instrucción de los hijos de los pobres y la actitud consistente en tratarlos como porquería a reciclar.

[65] Para saber más acerca de las leyes que se promulgaron para impedir que se defecara en las calles y atajar punitivamente la blasfemia y la apropiación de hortalizas, véase «Articles, Lawes, and Orders, Divine, Politique, and Martiall for the Colony of Virginia: First Established by Sir Thomas Gates […] May 24, 1610», en *For the Colonial in Virginia Britannia. Lavves, Diuine, Morall, and Martiall, &c. Alget qui non Ardet. Res nostrae subinde non sunt, quales quis optaret, sed quales esse possunt* , Londres, 1612, pp. 10-13, 15-17; véase también Kathleen M. Brown, *Foul Bodies: Cleanliness in Early America* , Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2009, pp. 61-64. Para más información acerca del hombre que mató a su esposa y se entregó después al canibalismo, véase *A True Declaration of the Estate of the Colonie in Virginia, with a Confutation of Such Scandalous Reports as have Tended to the Disgrace of So Worthy an Enterprise* , Londres, 1610, p. 16; junto con John Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles…* , *op. cit* ., 1624, en Barbour, *The Complete Works of Captain John Smith* , vol. 2, *op. cit* ., pp. 232-233; y Donegan, *Seasons of Misery* , *op. cit* ., p. 103.

[66] Donne, *A Sermon upon the Eighth Verse of the First Chapter of the Acts of the Apostles* , *op. cit* ., 19.

[67] Véase Karen Ordahl Kupperman, «Apathy and Death in Early Jamestown», *Journal of American History* , vol. 66, n.º 1, junio de 1979, pp. 24-40, y especialmente de la 24 a la 27, junto con la 31; y Wesley Frank Craven, *The Virginia Company of London, 1606-1624* , Virginia 350th Anniversary Celebration Corporation, Williamsburg, 1957, pp. 22-28, 32-34. Respecto a la perspectiva de encontrar oro, véase David Beers Quinn, *England and the Discovery of America, 1481-1620* , Knopf, Nueva York, 1974, pp. 482-487. Para una sátira de corte popular en la que se habla del señuelo de una fulminante obtención de riquezas y de la posibilidad de encontrar bacinillas repletas de ese metal en el Nuevo Mundo, véase George Chapman, *Eastward Hoe* , Londres, 1605, reimpreso en Londres, en la colección: The Tudor Facsimile Texts, 1914, p. 76. Para el comentario de la «indolente ociosidad», véase *A True Declaration of the Estate of the Colonie* , 1610, p. 19. Para la expresión calificativa de «haraganería bestial» y la de «ociosidad» en general, véase Compañía de Virginia, *A True and Sincere Declaration of the Purpose and End of the Plantation Begun in Virginia* , Londres, 1610, p. 10.

[68] Hakluyt, «Discourse on Western Planting», *op. cit* ., p. 28. Hakluyt había tomado esta idea de Gilbert, que recomendaba formar a los hijos de los pobres a fin de convertirlos en «artesanos hábiles» capaces de hacer «baratijas» destinadas a los indios: véase Gilbert, «A Discourse of a Discoverie for a New Passage to Cataia», 1576, en Quinn, *The Voyages and Colonial Enterprises of Sir Humphrey Gilbert* , vol. 1, *op. cit* ., p. 161. Véase también Canny, «The Permissive Frontier», *art. cit* ., pp. 25, 27-29, 33. Y para saber más acerca de las prohibiciones concebidas para atajar el juego, las violaciones y las conchabanzas con los marineros, véase «Articles, Lawes, and Orders […] Established by Sir Thomas Gates», *art. cit* ., pp. 10-11, 13-14.

[69] Para un comentario sobre las ideas que expone Tomás Moro en su *Utopía* de 1516 [hay traducción castellana: *Utopía* , Tecnos, Madrid, 2017 (*N. del T* .)], véase Joan Thirsk, «Making a Fresh Start: Sixteenth-Century Agriculture and the Classical Inspiration», en Michael Leslie y Timothy Raylor (comps.), *Culture and Cultivation in Early Modern England: Writing and the Land* , Leicester University Press, Leicester y Londres, 1992, p. 22.

[70] Para más información sobre Rolfe y el tabaco, véase Philip D. Morgan, «Virginia's Other Prototype: The Caribbean», en *The Atlantic World and Virginia, 1550-1624* , Peter C. Mancall (comp.), University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007, p. 362; junto con Edmund S. Morgan, «The Labor Problem at Jamestown, 1607-1618», *American Historical Review* , vol. 76, n.º 3, junio de 1971, pp. 595-611, y en especial la 609.

[71] Véase Manning C. Voorhis, «Crown Versus Council in the Virginia Land Policy», *William and Mary Quarterly* , tercera serie, vol. 3, n.º 4, octubre de 1946, pp. 499-514, y especialmente la 500 y la 501; así como Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia* , Norton, Nueva York, 1975, pp. 93-94, 171-173. Morgan cita las palabras de un colono de Jamestown llamado John Pory, que asegura por escrito lo siguiente: «nuestra principal riqueza […] consistía en los criados»: véase Morgan, «The First American Boom», *William and Mary Quarterly* , vol. 28, n.º 2, 1971, pp. 169-198, y muy especialmente la 176 y la 177.

[72] Véase Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 31-36, 78-81; junto con Mary Sarah Bilder, «The Struggle over Immigration: Indentured Servants, Slaves, and Articles of Commerce», *Missouri Law Review* , n.º 61, otoño de 1996, pp. 758-759, 764; y Warren M. Billings, «The Law of Servants and Slaves in Seventeenth Century Virginia», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 99, n.º 1, enero de 1991, pp. 45-62, y especialmente de la 47 a la 49 y la 51.

[73] Morgan, «The First American Boom», *art. cit* ., pp. 170, 185-186, 198; Schen, «Constructing the Poor in Early Seventeenth-Century London», *art. cit* ., p. 451; Billings, «The Law of Servants and Slaves», *art. cit* ., pp. 48-49. Para más información acerca de los elevados índices de mortalidad

que se registraban entre criados ligados a sus amos por contratos abusivos, véase Martha W. McCartney, *Virginia Immigrants and Adventurers: A Biographical Dictionary* , Genealogical Publishing Company, Baltimore, 2007, p. 14; junto con Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles …*, en Barbour, *The Complete Works of Captain John Smith* , vol. 2, *op. cit* ., p. 255.

[74] El doctor John Pott había pagado el rescate que los indios le habían pedido para liberar a Dickenson: apenas un puñado de libras en los habituales abalorios; también sostuvo que el difunto marido de la mujer le debía tres años de trabajo por su contrato de vinculación forzosa: véase McCartney, *Virginia Immigrants and Adventurers* , *op. cit* ., p. 258; así como «The Humble Petition of Jane Dickenson Widdowe», 1624, en *Records of the Virginia Company of London* , Susan M. Kingsbury (comp.), 4 vols., Washington, D. C., Government Printing Office, 1906-1935, vol. 4, p. 473; véase también Canny, «The Permissive Frontier», *art. cit* ., p. 32.

[75] Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles …*, 1624, en Barbour, *The Complete Works of Captain John Smith* , vol. 2, *op. cit* ., p. 388. El mercader de Venecia se publicó en 1600. Desde la óptica del derecho romano no solo se podía esclavizar a los prisioneros de guerra, sino también a las personas que se revelaran incapaces de saldar sus deudas y a los niños abandonados. Y los hijos de los esclavos también podían verse en esa misma situación. En Jamestown, de manera similar, los hijos de los endeudados quedaban muchas veces reducidos a la esclavitud: véase Temin, «The Labor Market of the Early Roman Empire», *art. cit* ., pp. 513-538, y en especial la 524 y la 531.

[76] Véase David R. Ransome, «Wives for Virginia, ١٦٢١», *William and Mary Quarterly* , vol. 48, n.º 1, enero de 1991, pp. 3 a 18, y especialmente de la 4 a la 7. En los primeros años de desarrollo de la colonia de Virginia, el índice de masculinidad, o razón de sexo, era aproximadamente de cuatro hombres por mujer: véase Virginia Bernhard, «“Men, Women, and Children” at Jamestown: Population and Gender in Early Virginia, 1607-1610», *Journal of Southern History* , vol. 58, n.º 4, noviembre de 1992, pp. 599-618, y especialmente de la 614 a la 618. Para saber más acerca del envío de cabezas de ganado y vacas lecheras a ultramar en tanto que elementos anunciadores de la recuperación del modo de vida inglés, véase Virginia DeJohn Anderson, «Animals into the Wilderness: The Development of Livestock Husbandry in the Seventeenth-Century Chesapeake», *William and Mary Quarterly* , vol. 59, n.º 2, abril de 2002, pp. 377-408, y sobre todo la 377 y la 379. La idea de enviar mujeres a las colonias con el fin de repoblar una región no era ninguna novedad. En 1656, Cromwell había embarcado con rumbo a las Barbados a dos mil mujeres jóvenes inglesas, «al objeto de que críen y restablezcan la población blanca»: véase Jennifer L. Morgan, *Laboring Women: Reproduction and Gender in New World Slavery* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2004, pp. 74-75.

[77] William Berkeley, *A Discourse and View of Virginia* , Londres, 1663, pp. 2, 7, 12.

[78] Samuel Eliot Morrison, «The Plymouth Company and Virginia», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 62, n.º 2, abril de 1954, pp. 147-165; Donegan, *Seasons of Misery* , *op. cit* ., p. 119.

[79] Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 23, 54-56; Alison Games, *Migration and Origins of the English Atlantic World* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1999, pp. 25, 48, 53; T. H. Breen y Stephen Foster, «Moving to the New World: The Character of Early Massachusetts Migration», *William and Mary Quarterly* , vol. 30, n.º 2, abril de 1973, pp. 189-222, y especialmente la 194 y la 201; Nuala Zahedieh, «London and the Colonial Consumer in the Late Seventeenth Century», *Economic History Review* , vol 42, n.º 2, mayo de 1994, pp. 239-261, y sobre todo la 245.

[80] Véanse sus «General Observations» de ١٦٢٩, en *John Winthrop Papers* , 6 vols., Boston, Massachusetts Historical Society, 1928-, vol. 2, pp. 111-115; junto con Edgar J. A. Johnson, «Economic Ideas of John Winthrop», *New England Quarterly* , vol. 3, n.º 2, abril de 1930, pp. 235-250, y muy en especial la 245 y la 250; y Francis J. Bremer, *John Winthrop: America's Forgotten Founder* , Oxford University Press, Nueva York, 2003, pp. 152-153, 160-161, 174-175, 181, y nota 9 de las páginas 431-432.

[81] John Winthrop, «A Model of Christian Charity», 1630, *Collections of the Massachusetts Historical Society* , tercera serie, n.º 7, Boston, 1838, p. 33; Scott Michaelson, «John Winthrop's "Modell" Covenant and the Company Way», *Early American Literature* , vol. 27, n.º 2, 1992, pp. 85-100, y especialmente la 90; Lawrence W. Towner, «"A Fondness for Freedom": Servant Protest in Puritan Society», *William and Mary Quarterly* , vol. 19, n.º 2, abril de 1962, pp. 201-219, y en particular la 204 y la 205.

[82] Norman H. Dawes, «Titles of Symbols of Prestige in Seventeenth-Century New England», *William and Mary Quarterly* , vol. 6, n.º 1, enero de 1949, pp. 69-83; David Konig, *Law and Society in Puritan Massachusetts: Essex County, 1629-1692* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979, pp. 18-19, 29-30 y 92; *John Winthrop Papers* , *op. cit* ., pp. 4, 54, 476; Bremer, *John Winthrop* , *op. cit* ., p. 355.

[83] Código jurídico de la colonia de Massachusetts en el que se basó todo el derecho civil y penal de la región hasta el siglo XVIII . Era una revisión del anterior *Body of Liberties* , de 1641, redactado por Nathaniel Ward, clérigo puritano y maestro. (*N. del T.*)

[84] Towner, «"A Fondness for Freedom"», *art. cit* ., p. 202; Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 254-255; Bremer, *John Winthrop* , *op. cit* ., p. 313.

[85] Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 56, 255-256, 258. De acuerdo con las leyes de Massachusetts, la mayoría de edad se alcanzaba a los catorce años, aunque casi nadie era tenido por adulto hasta los veintiuno. Véase Ross W. Beales, hijo, «In Search of the Historical Child: Adulthood and Youth in Colonial New England», *American Quarterly* , vol. 27, n.º 4, abril de 1975, pp. 379-398, especialmente la 384 y la 385, la 393 y la 394, y la 397. En un primer momento —en 1623, al procederse al reparto de tierras—, la legislación de Massachusetts requería que los jóvenes quedaran instalados en el seno de las familias de acogida y trabajaran para ellas sin recibir ninguna compensación a cambio. Después, Massachusetts, Connecticut y Rhode Island promulgaron sendas disposiciones legales en este mismo sentido: «todas las personas solteras deben residir en una familia». Véase William E. Nelson, «The Utopian Legal Order of Massachusetts Bay Colony, 1630-1686», *American Journal of Legal History* , vol. 47, n.º 2, abril de 2005, pp. 183-230, y especialmente la 183; junto con Archer, *Fissures in the Rock* , *op. cit* ., p. 106.

[86] Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 307, 310; Philip Greven, *Four Generations: Population, Land, and Family in Colonial Andover, Massachusetts* , Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1970, pp. 75, 81-83, 125, 132, 135, 149.

[87] Las dos primeras esposas de Winthrop murieron en el parto. La última dio a luz apenas un año antes del fallecimiento del marido. Véase Bremer, *John Winthrop* , *op. cit* ., pp. 90-91, 102-103, 115, 314, 373.

[88] Cotton Mather, *A Good Master Well Served* , Boston, 1696, pp. 15-16, 35-36, 38; Towner, «"A Fondness for Freedom"», *art. cit* ., pp. 209-210; Robert Middlekauf, *The Mathers: Three Generations of Puritan Intellectuals, 1596-1728* , Oxford University Press, Nueva York, 1971, pp. 195.

[89] William Perkins, «On the Right, Lawful, and Holy Use of Apparel» en *The Whole Treatise of the Cases of Conscience Distinguished into Three Books* , Cambridge, Inglaterra, 1606; Louis B. Wright, «William Perkins: Elizabethan Apostle of "Practical Divinity"», *Huntington Library Quarterly* , vol. 2, n.º 2, enero de 1940, pp. 171-196, y especialmente la 177 y la 178; Stephen Innes, *Creating the Commonwealth: Economic Culture of Puritan New England* , Norton, Nueva York, 1998, pp. 101-103. En 1651, los funcionarios de la Colonia de la Bahía de Massachusetts proclamarán «sentir el mayor de los desagrados al contemplar la práctica, absolutamente detestable, de aquellos hombres y mujeres de mezquina condición, educación y empleo que se atreven a vestir la indumentaria de los caballeros»: véase Leigh Eric Schmidt, «"A Church-Going People Are a Dress-Loving People": Clothes, Communication, and Religious Culture in Early America», *Church History* , vol. 58, n.º 1, marzo de 1989, pp. 36-51, y en particular la 38 y la 39. En tiempos de la guerra del rey Felipe, el Tribunal de Massachusetts presentó cargos contra «treinta y ocho mujeres, entre casadas y solteras, y treinta hombres jóvenes, por vestir sedas, y hacerlo además con ánimo de presumir»: véase Laurel Thatcher Ulrich, *The Age of Homespun: Objects and Stories in the Creation of an American Myth* , Knopf, Nueva York, 2001, p. 125; junto con Konig, *Law and Society in Puritan Massachusetts* , *op. cit* ., p. 148. Para saber más acerca de la ansiedad relacionada con la circunstancia de que los padres y los amos pudieran mostrarse indulgentes con los menores y los criados, véase Edmund Morgan, *The Puritan Family: Religious and Domestic Relations in Seventeenth-Century New England* , Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1966, p. 149. [La guerra del rey Felipe, conocida también con el nombre de «primera guerra india», fue un conflicto armado que enfrentó, entre los años 1675 y 1678, a los nativos de Nueva Inglaterra con los colonos de esa misma región y sus aliados indios. (*N. del T.*)].

[90] Para más información acerca de los privilegios que facilitaban la existencia de los miembros de la Iglesia en los procesos judiciales, véase Thomas Haskell, «Litigation and Social Status in Seventeenth-Century New Haven», *Journal of Legal Studies* , n.º 2., junio de 1978, pp. 219-241. Para saber más acerca de Mary Dyer, véase Carla Gardina Pestana, «The Quaker Executions as Myth and History», *Journal of American History* , vol. 80, n.º 2, septiembre de 1992, pp. 441-469, y muy especialmente la página 441 y de la 460 a la 464; junto con David D. Hall, *Worlds of Wonder, Days of Judgment: Popular Religious Belief in Early New England* ,Cambridge, Harvard University Press, Massachusetts, 1990, pp. 172-174 y 186. En Inglaterra, la excomunión podía dar lugar a la aplicación de penas severas, como la de impedir, por ejemplo, que el afectado recibiese una herencia o la de restringir su derecho a interponer demandas. En 1638, los tribunales de justicia instituyeron castigos aun más duros: si la persona no se arrepentía o procuraba ser readmitida en el seno eclesiástico antes de que hubieran transcurrido seis meses desde la excomunión, podía ser multada, enviada a la cárcel, obligada al destierro o cosas «peores». Véase Konig, *Law and Society in Puritan Massachusetts* , *op. cit* ., p. 32.

[91] Véase Archer, *Fissures in the Rock* , *op. cit* ., pp. 44, 50, 59-63; véase también Robert J. Dinkin, «Seating the Meetinghouse in Early Massachusetts», *New England Quarterly* , vol. 43, n.º 3, septiembre de 1970, pp. 450-464, y sobre todo la 453 y 454.

[92] Kathryn Zabelle Derounian, «The Publication, Promotion, and Distribution of Mary Rowlandson's Indian Captivity Narrative in the Seventeenth Century», *Early American Literature* , vol. 23, n.º 3, 1988, pp. 239-262. Para saber más acerca del modo en que Rowlandson había interiorizado los símbolos materiales de Inglaterra y las señas de identidad de clase propias de ese país, véase Nan Goodman, «"Money Answers All Things": Rethinking Economic Cultural Exchange in the Captivity Narrative of Mary Rowlandson», *American Literary History* , vol. 22, n.º 1, primavera de 2010, pp. 1-25, y en particular la página 5.

[93] Tipo de concha tradicional de los indios del este de Norteamérica. Los abalorios suelen ser blancos y morados. (*N. del T.*)

[94] Véase Mary Rowlandson, *The Sovereignty and Goodness of God, Together with the Faithfulness of His Promises Displayed: Being a Narrative of Captivity and Restoration of Mrs. Mary Rowlandson and Related Documents* , edición de Neil Salisbury, Bedford Books, Boston, 1997, pp. 1, 16, 26, 75, 79, 83, 86, 89, 96-97 y 103 [hay traducción castellana: *La verdadera historia del cautiverio y restitución de la señora Mary Rowlandson* , Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 1984. (*N. del T.*)]; junto con Ulrich, *The Age of Homespun* , *op. cit* ., p. 59; Teresa A. Toulouse, «"My Own Credit": Strategies of (E)valuation in Mary Rowlandson's Captivity Narrative», *American Literature* , vol. 64, n.º 2, diciembre de 1992, pp. 655-676, y especialmente de la 656 a la 658; Tiffany Potter, «Writing Indigenous Femininity: Mary Rowlandson's Narrative of Captivity», *Eighteenth-Century Studies* , vol. 36, n.º 2, invierno de 2003, pp. 153-167, y en particular la página 154.

[95] Entre los puritanos era necesario mostrar pruebas de una experiencia de conversión personal antes de adquirir la condición de miembro de la Iglesia y por tanto la posibilidad de bautizar a los hijos. Dado que las experiencias de conversión escaseaban, había quien no podía administrar el sacramento a su descendencia. El acuerdo mencionado permitía aceptar a esos chiquillos en el seno eclesial y otorgarles derechos políticos. (*N. del T.*)

[96] Véase Increase Mather, *Pray for the Rising Generation, or a Sermon Wherein Godly Parents Are Encouraged, to Pray and Believe for Children* , Boston, 1678, pp. 12, 17; junto con Hall, *Worlds of Wonder* , *op. cit* ., pp. 148-155; Gerald F. Moran, «Religious Renewal, Puritan Tribalism, and the Family in Seventeenth-Century Milford, Connecticut», *William and Mary Quarterly* , vol. 36, n.º 2, abril 1979, pp. 236-254, y especialmente la 237 y 238, y de la 250 a la 254; Bremer, *John Winthrop* , *op. cit* ., pp. 314-315; Lewis Milton Robinson, «A History of the Half-Way Covenant», tesis doctoral, Universidad de Illinois, 1963.

[97] Hakluyt redactó dos dedicatorias diferentes. En una de ellas resaltaba la idea de que Virginia era una novia núbil, y en la otra la pintaba con los rasgos de una criatura y convertía a la reina Isabel de Inglaterra en una devota madrina dedicada a embridar los chismorreos de las comadronas que se encargaban de atender el parto del bebé. Samuel Purchas insistirá en esa misma alusión marital y se detendrá a comentar que «el encantador atractivo» de Virginia se había hecho «merecedor de los galanteos y requiebros del mejor de los esposos». Véase «Epistle Dedicatory to Sir Walter Ralegh by Richard Hakluyt, 1587», *De Orbe Novo Petri Martyris* , en Taylor, *The Original Writings* , vol. 2, *op. cit* ., p. 367; junto con «To the Right Worthie and Honourable Gentleman, Sir Walter Ralegh», en *A Notable Historie Containing four Voyages Made by Certayne French Captaynes into Florida* , Londres, 1587, segunda edición. Raleigh empleará una referencia similar al hablar de la Guayana, que, según sostiene, «aún continúa doncella». Véase sir Walter Ralegh, *The Discovery of the Large, Rich, and Beautiful Empire of Guiana, with a relation of the Great and Golden City of Manoa (which the Spaniards call El Dorado), etc. performed in the Year 1595* , publicado por sir Robert H. Schomburgk, London, 1848, p. 115; véase también Louis Montrose, «The Work of Gender in the Discourse of Discovery», *Representations* , n.º 33, invierno de 1991, pp. 1-41, y sobre todo la 12 y la 13; así como Fuller, *Voyages in Print* , *op. cit* ., p. 75; y Morgan, «Virginia's Other Prototype», *art. cit* ., p. 360.

[98] Véase Rachel Doggett, Monique Hulvey y Julie Ainsworth (comps.), *New World Wonders: European Images of the Americas, 1492-1700* , Folger Shakespeare Library / Seattle, University of Washington Press, Washington, D. C., 1992, p. 37; junto con Edward L. Bond, «Sources of Knowledge, Sources of Power: The Supernatural World of English Virginia, 1607-1624», *Virginia*

Magazine of History and Biography , vol. 108, n.º 2, 2000, pp. 105-138, y especialmente la página 114.

[99] Véase Jack Dempsey (comp.), *New England Canaan by Thomas Morton of «Merrymount"»* , Digital Scanning, Scituate, Massachusetts, 2000, pp. 283-288; junto con Karen Ordahl Kupperman, «Thomas Morton, Historian», *New England Quarterly* , vol. 50, n.º 4, diciembre de 1977, pp. 660-664; Michael Zukerman, «Pilgrims in the Wilderness: Community, Modernity, and the May Pole at Merrymount», *New England Quarterly* , vol. 50, n.º 4, diciembre de 1977, pp. 255-277; John P. McWilliams, hijo, «Fictions of Merry Mount», *American Quarterly* , vol. 29, n.º 1, primavera de 1977, pp. 3-30.

[100] En su primer destierro, subsiguiente a la detención de 1628, fue abandonado en las islas de Shoals, en New Hampshire. Más tarde se le embarcaría por fuerza rumbo a Inglaterra. Regresó a Norteamérica en 1629, pero en 1630 fue nuevamente proscrito y enviado a las islas británicas. Volvería a la carga en 1643, pero lo arrestaron de nuevo un año más tarde. Fue puesto en libertad en 1645, aunque con la condición de que saliera del ámbito jurisdiccional de Massachusetts, de modo que se dirigió a Maine, donde fallecería poco después. El mejor estudio biográfico sobre su persona es el ya citado de Jack Dempsey, (comp.), *New England Canaan by Thomas Morton of «Merrymount"»* .

[101] Morton creía que los indios bebían un agua dotada de virtudes portentosas (obtenida de una «fuente cristalina») que podía curar la esterilidad: véase Dempsey, *New English Canaan* , *op. cit* ., pp. 7, 26-27, 53-55, 70, 90, 92, 120-121, 135-136, 139. El mejor análisis de los escritos de Morton se encuentra en Michelle Burnham, «Land, Labor, and Colonial Economics in Thomas Morton's *New English Canaan* », *Early American Literature* , vol. 41, n.º 3, 2006, pp. 405-428, y muy especialmente la 408, la 413 y 414, la 418, la 421 y la 423 y 424; véase también Edith Murphy, «"A Rich Widow, Now to Be Tane Up or Laid Downe": Solving the Riddle of Thomas Morton's "Rise Oedipeus"», *William and Mary Quarterly* , vol. 55, n.º 4, octubre de 1996, pp. 755-768, y en especial las 756, 759, 761-762 y 765-767.

[102] Hamor, *A True Discourse of the Present State of Virginia* , *op. cit* ., p. 20; Hakluyt, «Epistle Dedicatory to Sir Walter Ralegh by Richard Hakluyt, 1587», vol. 2, *op. cit* ., pp. 367-368. Lawson también resaltaba el «maravilloso incremento» de ovejas y vacas, todas ellas «rollizas» —otra de las palabras que se empleaban para calificar su notable fecundidad—: véase John Lawson, *A New Voyage to Carolina* , con introducción de Hugh Talmage Lefler, reimpreso en 1706 en Londres, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967, pp. 87-88, 91, 196. John Smith reiterará esta idea de que las mujeres indias «dan fácilmente a luz a sus hijos»: véase Smith, *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles…* , *op. cit* ., 1624, vol. 2, op. cit., p. 1165. Para más información acerca de las imágenes de la fertilidad del Nuevo Mundo en general, véase Parrish, «The Female Opossum and the Nature of the New World», *art. cit* ., pp. 475-514, y sobre todo de la 502 a la 506, y la 511. Los romanos también sostenían que las mujeres bárbaras y nómadas «parían con facilidad», y esta convicción se aplicó rápidamente a las indígenas norteamericanas: véase Morgan, *Laboring Women* , *op. cit* ., pp. 16-17.

[103] Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* . Alsop también sostiene que Maryland era un «útero natural (debido a su abundancia)» y que eso le permitía engendrar diversos tipos de animales. Alsop compara asimismo la «exuberante plétora» del país con el vientre de la mujer preñada. Pese a que la materialización de un «casamiento copulativo» llevara aparejado un «mercadeo de la virginidad» para la mujer, Alsop distingue a las vírgenes tanto de las prostitutas y las queridas, que «alquilaban» su matriz, como de las solteronas, que permitían que sus úteros quedaran «enmohecidos»: véase George Alsop, *A Character of the Province of Maryland* , Londres, 1666, en *Narratives of Early*

Maryland, 1633-1684 , edición de Clayton G. Hall, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1910, pp. 340-387, y especialmente de la 343 a la 344, y 348, 358. Véase también *A Brief Description of the Province of Carolina on the Coasts of Floreda* , Londres, 1666, pp. 9-10.

[104] Para más información acerca de los matrimonios de intención fraudulenta, contraídos con el objetivo de acaparar tierras, véase Morgan, «The First American Boom», *art. cit* ., pp. 189-190. La historiadora Carole Shammas ha señalado que las colonias de Virginia y Maryland eran más generosas con las viudas y que eso beneficiaba a los hombres que se casaban con ellas. Esta circunstancia promovería además la instauración de un «dinámico mercado matrimonial con mujeres viudas»: véase Shammas, «English Inheritance Law and Its Transfer to the Colonies», *American Journal of Legal History* , vol. 31, n.º 2, abril de 1987, pp. 145-163, y sobre todo de la 158 a la 159. Para saber más sobre los elevados índices de mortalidad, véase Lorena Walsh, «"Till Death Do Us Part": Marriage and Family in Seventeenth-Century Maryland», en *The Chesapeake in the Seventeenth Century: Essays on Anglo-American Society* , Thad W. Tate y David L. Ammerman (comps.), University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979, pp. 126-152. Las viudas recibían habitualmente el encargo de actuar como albaceas testamentarias de las propiedades de sus esposos muertos, y en la mayoría de los casos volvían a contraer matrimonio antes de transcurrido un año (y, de hecho, nunca tardaban más de dos) desde el fallecimiento de sus esposos: véase James R. Perry, *The Formation of a Society on Virginia's Eastern Shore, 1615-1655* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1990, pp. 41, 79, 81.

[105] T. H. Breen, «A Changing Labor Force and Race Relations in Virginia, 1660-1710», *Journal of Social History* , vol. 7, n.º 1, otoño de 1973, pp. 3-25, y en particular la página 10. Para saber más sobre el insulto de «la escoria de la región», las expresiones de reprobación en general y la acusación de que Bacon se había atraído el favor de los desocupados o los perseguidos por los acreedores, véase «William Sherwood's Account» y «Ludlow's Account», en «Bacon's Rebellion», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 1, n.º 2, octubre de 1893, pp. 169, 171, 183. Para el hecho de que se calificara a los partidarios de Bacon de gentes «vulgares e ignorantes» que solo en los últimos tiempos, y arrastrándose, habían alcanzado a zafarse de su condición de criados forzosos, véase «A True Narrative of the Late Rebellion in Virginia, by the Royal Commissioners, 1677», en *Narratives of the Insurrections, 1675-1690* , Charles M. Andrews (comp.), Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1915, pp. 110-111, 113. Para la equiparación de los rebeldes con una piara de cerdos, véase William Sherwood, «Virginias Deploured Condition, Or an Impartiall Narrative of the Murders comitted by the Indians there, and of the Sufferings of his Maties Loyall Subjects under the Rebellious outrages of Mr Nathaniell Bacon Junr: to the tenth day of August Anno Dom 1676 (1676)», en *Collections of the Massachusetts Historical Society* , vol. 9, cuarta serie, Massachusetts Historical Society, Boston, 1871, p. 176.

[106] Stephen Saunders Webb, *1676: The End of American Independence* , Knopf, Nueva York, 1984, edición reimpresa, Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1995, pp. 16, 34, 41, 66; Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., 39-41, 425.

[107] En su manifiesto, Bacon explica claramente que la facción de Berkeley había creado una poderosa «camarilla» cuyo interés central consistía en procurar amparo a los «indios favorecidos», aun a costa de desentenderse de la suerte que pudieran correr los colonos ingleses. Los rebeldes de Bacon también protestaban por la medida que había llevado al gobernador a prohibir toda acción militar contra los indios que no contara con la explícita autorización de Berkeley. Véase Nathaniel Bacon, «Proclamations of Nathaniel Bacon», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 1, n.º 1, julio de 1893, pp. 57-60; junto con Webb, *1676* , *op. cit* ., pp. 7, 74.

[108] Para saber más sobre los «podadores de tierras», véase Sherwood, «Virginias Deploured Condition», *art. cit* ., p. 164. Para más información acerca de los impuestos injustos y los «grandes» que por su rango social conseguían «acumular en sus manos todo el tabaco», véase «A True Narrative of the Late Rebellion», *art. cit* ., pp. 108, 111; junto con Peter Thompson, «The Thief, a Householder, and the Commons: Language of Class in Seventeenth Century Virginia», *William and Mary Quarterly* , vol. 63, n.º 2, abril de 2006, pp. 253-280, y especialmente la 264, y de la 266 a la 267. Para el hecho de que las causas del levantamiento se debieran a una mezcla formada por las contribuciones abusivas, el endeudamiento y la reducción de los precios del tabaco, véase Warren M. Billings, «The Causes of Bacon's Rebellion: Some Suggestions», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 78, n.º 4, octubre de 1970, pp. 409-435, y sobre todo de la 419 a la 422 y de la 432 a la 433. Para la importancia de todas las cuestiones relacionadas con la posesión de tierras y los atropellos perpetrados por los miembros del consejo de la colonia tras la rebelión, véase Michael Kammen, «Virginia at the Close of the Seventeenth Century: An Appraisal by James Blair and John Locke», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 74, n.º 2, abril de 1966, pp. 141-169, y en especial la 143, la 154 y la 155, la 157, y de la 159 a la 160.

[109] Bacon murió el 26 de octubre de 1676, y Berkeley el 9 de julio de 1677. Tal y como señala Kathleen Brown, la circunstancia de que Bacon hubiese dejado este mundo a causa de la efusión de sangre rectal venía a indicar que «lo que le había derrotado había sido la corrupción de su propio cuerpo»: véase Brown, *Foul Bodies* , *op. cit* ., p. 67. Es posible que también se diera a la infestación de piojos una relevancia similar, pues esa circunstancia vinculaba a Bacon con los animales que, precisamente por ser portadores de esos parásitos, se juzgaban más despreciables. Una de las crónicas de los sucesos asegura que Bacon «padecía la enfermedad del piojo, que se produce cuando [el afectado] no puede librarse del hervidero de sabandijas que le proliferan en el cuerpo más que arrojando sus ropas al fuego». Véase «A True Narrative of the Late Rebellion», *art. cit* ., p. 139; junto con Wilcomb E. Washburn, «Sir William Berkeley's "A History of Our Miseries"», *William and Mary Quarterly* , vol. 14, n.º 3, julio de 1957, pp. 403-414,en el especial la 412; y Wilcomb E. Washburn, *The Governor and the Rebel: A History of Bacon's Rebellion in Virginia* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1957, pp. 85, 129-132, 138-139.

[110] Andrews, *Narratives of the Insurrections* , *op. cit* ., p. 20. Para más información acerca de los delantales blancos, véase Mrs. An. Cotton, «An Account of Our Late Troubles with Virginia. Written in 1676», en *Tracts and Other Papers, Principally Relating to the Origin, Settlement, and Progress of the Colonies of North America, from the Discovery of the Country to the Year 1776* , edición de Peter Force, 4 vols., Washington, D. C., 1836-1846, vol. 1, p. 8. En otro de los relatos de la insurrección se califica a las mujeres de ángeles de la guarda, y en su obra de teatro sobre la rebelión de Bacon, Aphra Behn alude también al hecho de que el líder rebelde recurriera a las mujeres en señal de armisticio y con el objetivo de evitar un combate directo: véase «The History of Bacon's and Ingram's Rebellions, 1676», en Andrews, *Narratives of the Insurrections* , *op. cit* ., p. 68; así como Aphra Behn, *The Widow Ranter, or, The History of Bacon in Virginia. A Tragi-Comedy* , Londres, 1690, p. 35; véase también Washburn, *The Governor and the Rebel* , *op. cit* ., pp. 80-81; Terri L. Snyder, *Brabbling Women: Disorderly Speech and the Law in Early Virginia* , Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2003, pp. 33-34; y Webb, *1676* , *op. cit* ., pp. 20-21.

[111] Para saber más acerca de Lydia Chisman, véase «The History of Bacon's and Ingram's Rebellions», en Andrews, *Narratives of the Insurrections* , *op. cit* ., pp. 81-82. Para los ulteriores matrimonios de Elizabeth Bacon, véase «Bacon's Rebellion», *art. cit* ., p. 6. Para más información sobre la confiscación y posterior restitución de sus propiedades a las viudas de los rebeldes, véase Washburn, *The Governor and the Rebel* , *op. cit* ., pp. 141-142; así como Wilcomb E. Washburn, «The Humble Petition of Sarah Drummond», *William and Mary Quarterly* , vol. 13, n.º 13, julio de

1956, pp. 354-375, especialmente las páginas 356, 358, 363-364, 367 y 371. Véase también Lyon G. Tylor, «Maj. Edmund Chisman», *William and Mary Quarterly* , vol. 1, n.º 2, octubre de 1892, pp. 89-98, y sobre todo de la 90 a la 91, y de la 94 a la 97; junto con Susan Westbury, «Women in Bacon's Rebellion», en *Southern Women: Histories and Identities* , Virginia Bernhard, Betty Brandon, Elizabeth Fox-Genovese y Theda Perdu (comps.), University of Missouri Press, Columbia, 1992, pp. 30-46, y particularmente de la 39 a la 42.

[112] Webb, *1676* , *op. cit* ., pp. 102, 132-163.

[113] Aunque no consta traducción castellana, valga decir que la protagonista era viuda del viejo coronel Ranter, que la había comprado nada más descender del barco que la había traído de Inglaterra. Por otra parte, el apellido constituye también un guiño cultural, dado que *ranter* es el nombre de una secta religiosa considerada herética por la iglesia oficial. Los *ranters* , o «quejosos», defendían el panteísmo y la idea de que Dios estaba presente en todas sus criaturas, lo que les llevaría a negar la autoridad del clero y de las escrituras. (*N. del T.*)

[114] Véase Behn, *The Widow Ranter* , pp. 3, 12, 42, 45 y 48; junto con Jenny Hale Pulsipher, «"The Widow Ranter" and Royalist Culture in Colonial Virginia», *Early American Literature* , vol. 39, n.º 1, 2004, pp. 41-66, y especialmente de la 53 a la 55; y Snyder, *Brabbling Women* , *op. cit* ., pp. 11-12, 117, 122-123.

[115] Jane D. Carson, «Frances Culpeper Berkeley», en *Notable American Women, 1607-1950* , Edward James *et al* . (comps.), 3 vols., Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1971, vol. 1, pp. 135-136; Snyder, *Brabbling Women* , *op. cit* ., pp. 19-25.

[116] Kathleen M. Brown, *Good Wives, Nasty Wenches, and Anxious Patriarchs: Gender, Race, and Power in Colonial Virginia* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996, pp. 129-133; Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 455, 457-458.

[117] A través del francés antiguo «*chattel* », del latín medieval «*capitale* » y del latín clásico «*capitalis* », o «de la cabeza». (*N. del T.*)

[118] Morgan, *Laboring Women* , *op. cit* ., pp. 77-83; Anderson, «Animals into the Wilderness», *art. cit* ., p. 403.

[119] Para la cita de Francis Bacon, véase *The Two Books of Francis Bacon, of the Proficience and Advancement of Learning, Divine and Human* , Londres, 1808, p. 72; para una interpretación diferente de esa misma frase, véase Parrish, «The Female Opossum and the Nature of the New World», *art. cit* ., p. 489.

[120] Turk McClesky, «Rich Land, Poor Prospects: Real Estate and the Formation of a Social Elite in Augusta County, Virginia, 1738-1770», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 98, n.º 3, julio de 1990, pp. 449-486; John Combs, «The Phases of Conversion: A New Chronology for the Rise of Slavery in Virginia», *William and Mary Quarterly* , vol. 68, n.º 3, julio de 2011, pp. 332-360; Emory G. Evans, *A «Topping People»: The Rise and Decline of Virginia's Old Political Elite, 1680-1790* , University of Virginia Press, Charlottesville, 2009, pp. 1-30.

02

El País de Jauja de John Locke

Los asentamientos de Carolina y Georgia

«Me parece muy poco probable que haya en el mundo un solo lugar cuyos habitantes deban trabajar menos que los de Carolina del Norte. La descripción de esta tierra se aproxima más que ninguna otra a la del País de Jauja, tanta es la felicísima dulzura del clima, la facilidad de la obtención de provisiones y la indolencia de la gente».

WILLIAM BYRD II
«History of the Dividing Line», 1728

Cuando los norteamericanos evocan la figura del renombrado pensador ilustrado inglés John Locke, lo primero que acude a su mente es el hecho de que Thomas Jefferson hiciera implícitamente suyas sus palabras e ideas al redactar la Declaración de Independencia de Estados Unidos. El político virginiano transformó la conocida expresión de Locke «vida, libertad y hacienda» en «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». En las colonias de la Norteamérica británica, las obras de Locke constituían una lectura obligada para todo hombre, mujer y niño que aspirara a una cierta cultura. Se le tenía por el «mayor y más encumbrado defensor de los derechos y las libertades naturales de la humanidad», y había hecho algo más que publicar sus *Dos tratados sobre el gobierno civil* de 1689, llamados a convertirse en el manual de estrategia de los revolucionarios norteamericanos. El texto que mayor trascendencia tiene para el presente estudio es el de las *Constituciones fundamentales de Carolina* , [121] de 1669, en el que Locke sostiene que «todo hombre libre de Carolina ha de poseer UNA AUTORIDAD Y UN PODER ABSOLUTOS sobre sus esclavos negros». Esto determinará que uno de sus críticos más exaltados exclame en 1776: «¡Así hablaba el humanista señor Locke!». Se trata, sin embargo, de una postura que no debería sorprendernos. Y es que Locke fue uno de los miembros fundadores, y el tercer mayor accionista, de la Real

Compañía Africana, que se había hecho con el monopolio de la trata de esclavos británica. Su relación con el ejercicio de la esclavitud en Carolina era bastante más que casual. [122]

En 1663, el rey Carlos II de Inglaterra concedió un fuero colonial a ocho hombres, a los que aludirá con el título de «lores y propietarios absolutos» de Carolina. La cédula real les confería amplios poderes para fortificar, asentar y gobernar la colonia. Dos años después, el primer agrimensor evaluaba la situación de la región nororiental de la colonia, el condado de Albemarle, que debía su nombre a uno de sus lores propietarios, George Monck, duque de Albemarle. Sin embargo, sería necesario esperar a la intervención de otro poderoso prócer, lord Anthony Ashley Cooper, conde de Shaftesbury, para ver aparecer un diseño político más reconocible en la «querida» Carolina. [123]

En su condición de presidente del Consejo de Comercio y Plantaciones Extranjeras de Inglaterra, Shaftesbury ostentaba una eminente posición de poder en Londres, y sabemos que animó a Locke a unirse a él en la empresa colonial. Fue, por tanto, a través de Shaftesbury como Locke consiguió el doble puesto de secretario del Consejo de Comercio y de ayudante privado de los lores propietarios, circunstancia que le obligaría a mantener correspondencia con un conjunto de agentes destacados en Carolina y a pasarles las instrucciones recibidas. Pese a que jamás llegaría a pisar suelo norteamericano, Locke obtuvo por sus servicios el título *ad hoc* de landgrave y 19.425 hectáreas [124] de tierra en Carolina. Teniendo en cuenta el íntimo conocimiento que poseía del estado de la colonia y la amplitud de sus lecturas sobre la situación general del Nuevo Mundo, resulta indudable que Locke participó de manera determinante en la redacción de las *Constituciones fundamentales de Carolina* , cuyo contenido es intrínsecamente contrario a las doctrinas liberales. [125]

En ese texto se hace algo más que prestar respaldo a la esclavitud, ya que se trataba en realidad de un manifiesto destinado a promover la instauración de una sociedad semifeudal y enteramente aristocrática. Las *Constituciones* vierten un verdadero río de tinta para sentar las bases de un reino colonial favorable a las élites de la nobleza y los dueños de casas solariegas. El inestimable bien de la tierra se asignó mediante criterios basados en una jerarquía de clases establecida de manera fija. De ese modo, los nuevos condados pasaron a dividirse en secciones: la quinta parte de la tierra quedó automáticamente reservada a los lores propietarios, otro 20 por ciento fue a

parar a manos de la aristocracia colonial, y los tres quintos restantes se distribuyeron entre los señores de las casas solariegas (carentes de título nobiliario) y los particulares, a los que se otorgó el pleno dominio de una finca. [126]

Los ocho lores propietarios formaban un órgano de gobierno supremo conocido con el nombre de corte palatina, que disponía de una capacidad de veto absoluta sobre toda iniciativa legislativa. La potestad gubernativa quedó en manos del gran consejo, dirigido por la nobleza local y por los lores propietarios. Solo esa institución contaba con la autoridad necesaria para efectuar propuestas de ley. El parlamento colonial, repleto de potentados, estaba integrado por los lores propietarios o sus delegados, todos ellos pertenecientes a la aristocracia hereditaria de la colonia, más un terrateniente vitalicio por cada sección. La constitución estipulaba claramente que el poder pertenecía a las altas jerarquías del territorio y que se habían tomado todas las medidas precisas para «impedir el establecimiento de una democracia del gran número». [127]

En su faceta de constitucionalista, a Locke le preocupaba la estructura del sistema de clases. Concedió a los aristócratas del Nuevo Mundo títulos tan poco habituales como los de landgrave o cacique. El primero era una derivación del término con el que se designaba en alemán a un personaje principal; el segundo, un calco de la voz española con la que se designaba al cabecilla de una tribu india. Ambas dignidades poseían la condición hereditaria de par de la corona, aunque al margen del organigrama aristocrático inglés, y constituían de ese modo una élite delegada y encubierta del Imperio. Como tales, basaban su poder, bien en la posesión de haciendas coloniales, bien en la realización de intercambios mercantiles. A esta extraña mezcla se le añadiría más tarde un tribunal de heráldica, cuya misión consistía en supervisar los enlaces matrimoniales y en conservar la nobleza de los linajes. La inclusión de esta autoridad prueba una vez más que existía la intención de fijar (y controlar) la identidad de clase. Este tipo de instituciones pretenciosas se ajustaban muy mal a las características de la atrasada y pantanosa Carolina, pero el deseo de imponer orden en una tierra virgen hacía que incluso el más mínimo detalle adquiriera importancia, hasta el extremo de adjudicar una extravagante serie de pomposas titulaciones a los hombres ambiciosos del más rústico puesto avanzado del Imperio británico. [128]

Y, sin embargo, los casos de falsa ostentación de una cierta alcurnia no eran situaciones excesivamente raras en las *Constitutions* que Locke vino a respaldar. Ese dudoso honor corresponde a la singular clase sirviente de la aristocracia y los señores de las casas solariegas, a los que se clasificaba por encima de los esclavos, pero por debajo de los hombres libres. Se los denominaba «hombres arrendables» (*leet-men*), [129] y se les animaba a contraer matrimonio y a tener hijos, pero se hallaban sujetos a la tierra y a su señor. Podían ser arrendados a terceros y sus prestaciones ofrecidas por contrato a otros señores, pero sin dejar de formar parte del servicio de su dueño. Y también su posición social poseía carácter hereditario: «Todos los hijos de los arrendables deberán ser también arrendables, y esto en todas las generaciones», se afirma en las *Constitutions* . Los herederos de las fincas no solo recibían como legado las tierras, los edificios y las pertenencias vinculadas al conjunto, sino también a cuantos desventurados «hombres arrendables» contara la casa. [130]

Al ser algo más que un simple residuo anacrónico de la época feudal, los «hombres arrendables» constituían una embarazosa solución a la pobreza rural, máxime viniendo de Locke. El filósofo decide no darles el nombre de «villanos», en tanto que individuos pertenecientes al estado llano de una aldea, pese a que se perfilaran en ellos muchos de los atributos de los siervos. Elige, en cambio, la voz «hombres arrendables», que en la Inglaterra de esos años hacía referencia a una realidad muy distinta: la de los varones carentes de empleo que tenían derecho a recibir las ayudas a la pobreza. Como otros muchos británicos de éxito, Locke sentía desprecio por los miserables que vagaban sin medios por las calles y caminos de Inglaterra. Se le antojaban dignos de menosprecio a causa de su «holgazanería y promiscua forma de procrear», a lo que se añadía la falta de comportamiento moral y de ánimo industrioso. En Carolina ya había familias pobres por entonces, y Locke era consciente de ello. Dichas personas constituían un obstáculo en el camino de la colonia, cuya colectividad deseaba crecer y acumular riquezas. En otras palabras, la concepción de los «hombres arrendables» de Locke obedecía a la idea de impedir que se convirtieran en menesterosos necesitados de caridad, a los que solo podría compadecerse o vilipendiarse, a fin de que pasaran a formar parte de una clase campesina de naturaleza permanente y potencialmente productiva, aunque reteniendo decididamente su condición de clase inferior. [131]

Ahora bien, ¿existieron realmente «hombres arrendables»? La plantación que Shaftesbury poseía en Carolina, de cuya marcha se ocupaba su agente, disponía de esclavos, sirvientes forzosos y «hombres arrendables» de algún tipo. En 1674, el propietario, que operaba en ausencia, dio a su capataz instrucciones de contratar trabajadores en calidad de «hombres arrendables», y subraya a continuación que el solo hecho de que esos criados se avengan a aceptar el acuerdo llevará aparejada la cesión a su persona, en tanto que dueño y terrateniente, del derecho de utilizar a su «progenie». Por consiguiente, parece claro que Shaftesbury consideraba que los chiquillos constituían el elemento clave del sistema hereditario de clases, tal y como habían hecho sus predecesores coloniales en Virginia y Massachusetts. [132]

Las *Constituciones fundamentales de Carolina* fueron en realidad una declaración de guerra a los colonos pobres. En la década de 1650, antes incluso de que el rey Carlos II promulgara el fuero colonial de Carolina, William Berkeley, el arrogante gobernador de Virginia, ya había empezado a vender concesiones de tierras. El primer agrimensor informó de que la mayoría de los emigrantes que habían llegado al territorio de Carolina eran individuos que carecían por completo de una legítima patente de posesión de tierras. Se trataba simplemente de ocupantes pobres. El agrimensor lanzó asimismo la advertencia de que la naciente colonia de Carolina terminaría por irse a pique si no conseguían reclutar nuevas partidas de «hombres ricos», es decir, de gentes capaces de construir una casa y de explotar una plantación de manera productiva. La presencia de intrusos carentes de tierras (y no incluidos en la categoría de sirvientes) no suponía sino la promesa de una «nivelación» generalizada, expresión con la que el agrimensor alude a la instauración de una sociedad desprovista de las deseables divisiones de clase. [133]

Locke coincidía con este modo de ver las cosas. Los virginianos desprovistos de medios económicos constituían una amenaza, ya que podían dar al traste con la totalidad del proyecto colonial. Shaftesbury también creía que no debían escatimarse esfuerzos para desincentivar el asentamiento de los hombres «perezosos o libertinos» y sus familias en Carolina. Decididamente, los lores propietarios no querían que los antiguos sirvientes forzosos acabaran invadiendo la colonia. No deseaban los desechos de Virginia. En el magno plan general de la colonización, lo que se perseguía era sustituir por «hombres arrendables» a todos cuantos

vivieran de la tierra sin engrosar las arcas de la élite gobernante. En una palabra, era mejor disponer de sirvientes que resignarse a soportar a esos «indolentes patanes», expresión con la que se pretendía señalar su condición de gentes estúpidas, de torpes «palurdos», ya que ese fue justamente el término con el que se acabó calificando a los vagabundos pobres de Carolina. [134]

El hecho de que Locke concibiera la idea de los «hombres arrendables» resulta extremadamente elocuente. Nos permite completar el rompecabezas de la curiosa historia de Carolina del Norte y demostrar por qué dicha colonia figura en el corazón mismo del presente estudio sobre la escoria blanca. El difícil terreno que se abría al otro lado del límite con Virginia, unido al elevado número de pobres que ocupaban ilegalmente las tierras y el carácter inherentemente inestable del Gobierno, terminó por forzar en 1712 la división de Carolina en dos colonias diferentes. Los habitantes de Carolina del Sur hicieron suyas todas las características de la jerarquía de clases tradicional y aceptaron sin restricciones la institución de la esclavitud, tal y como había hecho Locke en las *Constituciones fundamentales de Carolina* . Tanto los plantadores como los miembros de las clases mercantiles de Carolina del Sur crearon así una comunidad de naturaleza marcadamente endogámica, dado que una reducida camarilla dominante obtuvo el monopolio de la riqueza, los esclavos y la tierra. Los integrantes de esta oligarquía, perfectamente satisfechos de sí mismos, eran los verdaderos herederos de los viejos *landgraves* , y actuaron al calor de unos impulsos dinásticos idénticos a los de quienes habían alumbrado la seudoaristocracia de las familias pudientes. [135]

Debe tenerse en cuenta que, en 1700, los esclavos constituían la mitad de la población de la parte meridional de la colonia de Carolina, y que en 1740 este desequilibrio demográfico alcanzó la asombrosa cota del 72 por ciento. A partir de 1714 comenzaron a promulgarse una serie de leyes para exigir que los propietarios de tierras tuvieran que comprar un sirviente blanco por cada grupo de seis esclavos que hubieran adquirido. Dado que lamentaban que la «población blanca no estuviera multiplicándose de forma proporcionada», parece claro que los legisladores de Carolina del Sur encontraban más de un motivo para deplorar efectivamente que no se hubiera constituido en su momento un cuerpo de «hombres y mujeres arrendables». Como a esta clase se la animaba a contraer matrimonio y a multiplicarse, y como sus miembros también permanecían atados a la tierra,

su creación podría haber actuado a modo de barrera racial y de clase entre los esclavos y las élites terratenientes. [136]

Carolina del Norte, a la que acabaría conociéndose por el mal nombre de «la Carolina Pobre», tomó un camino distinto al de su hermana meridional. No consiguió alumbrar una clase de colonos de élite. Se transformó en un territorio renegado del Imperio, empezando por el mismísimo condado de Albemarle, en un pantanoso refugio para los pobres y los desposeídos. Cogida en tenaza entre los orgullosos virginianos y los advenedizos habitantes de Carolina del Sur, Carolina del Norte quedó convertida en el problemático «sumidero de América», por reproducir aquí el lamento de un gran número de comentaristas de la época. Era un erial fronterizo que se resistía (o esa impresión daba) a las fuerzas del comercio y la civilización. Poblada por una masa de individuos despachados por su condición de «inútiles palurdos» (expresión con la que se evocaba la idea de unos hombres soñolientos y mentecatos cuya única actividad consistía en deambular de un lado a otro sin hacer nada), Carolina del Norte se ganó una reputación negativa llamada a perdurar, o dicho de otro modo: adquirió fama de no ser más que la *primera colonia habitada por miembros de la escoria blanca* , por así decirlo. Pese a ser ingleses, pese a haber reivindicado para sí los derechos inherentes a todo británico libre, los perezosos patanes de la Carolina Pobre parecían poblar un peligroso refugio repleto de morralla humana, un espacio para el desove de una raza de norteamericanos degenerada. [137]

Pero la rivalidad entre esas dos Carolinas decididas a mantener un duelo no es más que uno de los aspectos de la cuestión. La cédula en la que se había concedido originalmente el fuero a Carolina acabó dividiéndose en tres trozos, ya que en 1732 Georgia fue segregada de ese territorio de ultramar. Esta última colonia meridional fue en realidad uno de los más insólitos vástagos que produjo Gran Bretaña. Su elemento impulsor había sido un antiguo militar llamado James Oglethorpe. Este filántropo estaba convencido de que el empeño colonial ofrecía una oportunidad única para reconstruir las relaciones de clase. Su objetivo era de naturaleza caritativa, ya que la meta consistía en corregir a los deudores y en rescatar a los pobres, planteándole para ello a la sociedad una alternativa decididamente más humanitaria que la de los «hombres arrendables» de Locke. Georgia prometía ser un territorio lleno de ventajas para el «*adecuado ordenamiento de los pobres* » en las colonias, ya que en ella podrían «procrear y servir de

puntal para la preservación de nuestros propios campesinos», recalca uno de los defensores del proyecto. Al rechazar toda práctica de la esclavitud, la colonia de Georgia aseguraba que «el trabajo libre» lograría impedir el recurso a los criados forzosos y a los siervos africanos. [138]

Sin embargo, Georgia proponía en realidad algo más. No se trataba solo de que los habitantes de Carolina del Sur miraran con envidia el surgimiento del nuevo territorio, al que consideraban un mercado llamado a permitirles vender fácilmente sus esclavos y presto a entregarles el control de la tierra cultivable, también sucedía que la colonia de trabajadores libres constituía un límite bien establecido (y una zona libre de esclavos) cuya instauración serviría de paraguas protector a la clase de los plantadores frente a la amenaza de las tribus indígenas y a la competencia de los colonos españoles de Florida, que de no contar con ese contrapeso podrían ofrecer refugio a los esclavos que huyeran de sus haciendas. Como veremos, Georgia fue un experimento verdaderamente notable.

El espacio físico que ocupaba el territorio de Carolina del Norte resultó de una importancia crucial, ya que contribuyó a forjar el carácter de su gente. En la linde que separaba Virginia de Carolina se extendía una amplia e inhóspita zona pantanosa conocida con el nombre de «Dismal Swamp» (algo así como marisma tenebrosa). La palabra inglesa «*swamp* » proviene del bajo alemán y el holandés, aunque el primer uso conocido en la lengua de Shakespeare sea justamente el de los colonos británicos de Virginia y Nueva Inglaterra. Por otra parte, la voz «tenebrosa» (*dismal*) venía a evocar en cierto modo las supersticiones populares de la Edad Media. Ese término se asociaba con la existencia de días malditos, con las plagas de Egipto, con siniestras conjuras y con malos augurios. Y justamente para el Bardo de Avon era sinónimo de pesares infernales, como refleja por ejemplo ese verso en el que alude a «la oscura y somnolienta noche» (*the dark dismal-dreaming night*). [139]

Los virginianos de la época consideraban que los 5.700 kilómetros cuadrados de ese tremedal formaban una tierra de nadie saturada de peligros. La aparente infinitud del cenagal, a caballo entre las dos colonias, sellaba literalmente su línea divisoria. No había ninguna ruta clara que permitiera atravesar sus bosques de cipreses infestados de mosquitos. En muchos puntos, los viajeros se hundían hasta la rodilla en el pastoso suelo enfangado y tenían que vadear unas aguas viscosas y negras como el carbón salpicadas de nudosas y retorcidas raíces. [140]

La luz del sol apenas alcanzaba a perforar los densos matorrales y espesuras de la marisma tenebrosa, y en el aire flotaba una nociva pestilencia, de la que tenemos pintorescas descripciones, como la que habla de las «fétidas emisiones» de un «vasto espacio de cieno y suciedad». Esta afirmación se encuentra en un libro de viajes escrito por William Byrd II, un virginiano acaudalado que en 1728 recorrió las entrañas de esa banda fronteriza limítrofe con Virginia y Carolina. Byrd, que era un colono ingenioso educado en Inglaterra, concibió un cuento lúgubre en el que pinta los siniestros tonos de un inclemente paisaje y vierte algunas opiniones sobre los catetos habitantes de Carolina. De ese modo se convirtió en el primero de la larga serie de autores llamados a esbozar el desmayado retrato de los pantanosos orígenes de la vida rural de la escoria blanca. [141]

Esta desoladora región pasó rápidamente a convertirse en el símbolo de la naciente colonia de Carolina del Norte. La gran marisma tenebrosa separaba a los plantadores de la civilizada Virginia de los bárbaros granujas de Carolina. Los pantanos rara vez cuentan con límites bien definidos, así que esa línea divisoria situada al norte de Carolina se transformó en un elemento de discordia permanente para esa colonia pobre, sobre todo durante los sesenta y cinco primeros años de su existencia. Virginia disputó una y otra vez la linde que había establecido en 1663 la cédula foral de Carolina. De este modo, los contenciosos jurisdiccionales crearon un clima político marcado por las incertidumbres legales y la inestabilidad social. [142]

La solución que Byrd dio al problema de la marisma tenebrosa consistió en proponer su drenaje con vistas a su transformación en una tierra productiva. Los promotores de épocas posteriores secundarían la idea de Byrd, incluido el propio George Washington. En 1763, tras formar equipo con otros inversores, Washington fundó una compañía cuyo principal objetivo consistía en usar mano de obra esclava para desecar el pantano, cultivar cáñamo y fabricar tejas de madera. En 1790, los operarios trabajaban ya en la construcción de un canal (o una «zanja», pues ese era el término que se empleaba en la época, bastante más adecuado, sin duda) destinado a perforar una zona de paso entre el laberinto de cipreses, arbustos espinosos y caños enlodados. [143]

El litoral de Carolina presentaba un aspecto casi igualmente falto de atractivo, ya que a los barcos de vela de buen porte les resultaba difícil acceder a la parte septentrional de la colonia. Solo los habitantes de Nueva

Inglaterra, que manejaban barcas de fondo plano, podían navegar por las ensenadas poco profundas y repletas de escollos de los Bancos Externos. [144] Desprovistos de un puerto de importancia, y obligados a satisfacer los gravosos impuestos que se les exigían si tomaban la decisión de embarcar sus mercancías en los fondeaderos de Virginia, fueron muchos los habitantes de Carolina que optaron por el contrabando. Las pequeñas radas escondidas resultaban sumamente seductoras para los piratas. A finales del siglo XVII y principios del XVIII , la piratería se convirtió en una actividad floreciente en las rutas comerciales que cubrían el trayecto que media entre las Indias Occidentales y el continente norteamericano. Varios de los gobernadores del condado de Albemarle serían acusados de procurar amparo a los salteadores que operaban a mar abierto y de sacar de ese comercio ilícito un provecho personal. El tristemente célebre Barbanegra (apodo del corsario inglés Edward Teach, o Edward Thatch) se establecería justamente aquí, igual que el comandante Stede Bonnet, un caballero de las Barbados que acabó convirtiéndose en bucanero. Según se dice, tanto el uno como el otro eran calurosamente recibidos en las humildes moradas de los pobladores de Carolina del Norte. O al menos eso es sin duda lo que pregonaba Barbanegra antes de 1718, fecha en la que murió de un tajo en el cuello y acabó con la cabeza cercenada en un horripilante encontronazo con los virginianos. [145]

Las condiciones reinantes en la porción correspondiente al condado de Albemarle, en Carolina del Norte, eran comparables a las de los sectores más pobres de Virginia. En su mayor parte, los asentamientos de la zona se hallaban muy dispersos, algo que tampoco agradaba a los lores propietarios. Los colonos se negaban a pagar sus rentas (es decir, el impuesto que gravaba las tierras), cuando esa era justamente una de las formas en que los ocho beneficiarios del fuero colonial esperaban enriquecerse. [146] En 1729, al vender estos la concesión original al Gobierno británico, había en Carolina del Norte 3.281 concesiones de terrenos, y sus 309 beneficiarios se repartían la propiedad de la mitad de la tierra disponible. Esto quiere decir que la mayor parte de los habitantes de la colonia —cuya población global se cifraba en casi treinta y seis mil personas— había recibido concesiones de dimensiones pequeñas o modestas, o no poseía un solo palmo cultivable. La mayoría de los hogares pobres carecían de esclavos, de criados forzosos y a veces hasta de hijos capaces de trabajar la tierra. En 1709, los ocupantes de los sectores más empobrecidos de Albemarle solicitaron a «sus señorías»

una reducción de las cargas fiscales que se les obligaba a satisfacer, señalando en su argumentación que las tierras que trabajaban eran prácticamente una simple extensión de arena. Pocos meses después, un pastor anglicano señalaba con indignación que los colonos «eran tan descuidados y sucios» que apenas había «diferencia alguna entre el maíz del establo del caballo y el pan que ponían en la mesa». Toda la colonia de Carolina del Norte era «pasto de la indolencia y la pobreza». [147]

Muy pronto, nada menos que en 1672, los funcionarios de Virginia habían dado en considerar que el hecho de que en la colonia vecina existieran tierras desprovistas de valor y colonos igualmente inútiles exigía poner en tela de juicio la linde entre Virginia y Carolina. En esa fecha, el gobernador Berkeley había puesto en marcha una serie de negociaciones con los propietarios de Carolina con vistas a intentar anexionar el condado de Albemarle a Virginia. El plan fracasó, pero dos décadas más tarde volvería a reactivarse. Año tras año, los burócratas coloniales constataban que solo muy rara vez conseguían recaudar los aranceles y portazgos derivados del tráfico fronterizo. Los propietarios encontraban una notable resistencia cuando se disponían a cobrar las quitas o rentas. Imperaba un gran desorden. Al tratarse de una posesión británica solo de nombre, el condado de Albemarle lograba habitualmente zafarse de la férula imperial. [148]

En sus primeros cincuenta años de existencia, la descarriada porción septentrional de Carolina, que disponía de un gobierno propio, se vería sacudida por dos rebeliones intestinas y una guerra con los indios tuscaroras. La mal llamada rebelión de Culpeper (1677-1679) resulta en este sentido particularmente instructiva. En la disputa surgida con Thomas Miller, un ambicioso comerciante y cultivador de tabaco que quería aplicar medidas enérgicas contra los contrabandistas, cobrar aranceles y conseguir el favor de los lores propietarios, el agrimensor Thomas Culpeper se puso del lado de los colonos más humildes. Pese a que el conflicto que los enfrentaba fuese de naturaleza personal, sus repercusiones rebasaron con mucho el marco de lo privado. Miller aprovechó la falta de liderazgo de que adolecía la región para hacerse con las riendas del Gobierno. Como un dictadorzuelo de tres al cuarto, el plantador se rodeó de una guardia armada, y Culpeper, por su parte, logró ganarse el apoyo popular y organizar una milicia informal. Al final, Miller no tuvo más remedio que salir huyendo de la colonia. Una vez de regreso en Londres, el fugitivo acusó a Culpeper de

haberse puesto al frente de un levantamiento, con lo que aquel fue llevado ante un tribunal en 1680, para responder del cargo de traición. [149]

En un inesperado giro de los acontecimientos, el propietario lord Shaftesbury salió en defensa de Culpeper. El aristócrata pronunció un elocuente alegato ante el tribunal del rey y argumentó que Carolina del Norte no había tenido nunca un gobierno estable. Anticipándose a las tesis de los *Two Treatises of Government* de Locke, Shaftesbury concluyó su discurso asegurando que, en realidad, la colonia seguía sumida en el estado de naturaleza. Y en ausencia de un gobierno digno de tal nombre, era imposible calificar de rebelión a lo ocurrido. Sin embargo, este tipo de comentarios solo servirían para subrayar la condición marginal de Carolina. [150]

La rebelión de Culpeper no llegó a ser una insurrección de siervos. Ciertamente, el grito de guerra de los colonos pobres —«¡No a los *landgraves* , no a los caciques!»— hizo retemblar el aire, pero a pesar de ello no puede decirse que se tratara propiamente de un combate entre míseros y potentados. El plan de acción de Miller se proponía frenar el contrabando y obligar a sus compatriotas ingleses a participar en el sistema comercial de las colonias británicas. Los objetivos contra los que arremetía eran los individuos que dependían del tráfico de alijos para sobrevivir (un lote que incluía a los granjeros más modestos). En este caso, la clase poderosa estaba formada por quienes disfrutaban en mayor grado de la confianza de las esferas de influencia del Imperio. Sin embargo, Miller también había esgrimido una pretensión inconstitucional a la jefatura del gobierno de la colonia, y además le había resultado imposible, pese a aplicar la táctica de la mano dura, obtener el respeto de la comunidad política. De hecho, era de todos conocido su carácter deslenguado y su propensión a injuriar al rey cuando se hallaba bebido, de modo que al final se le acusó de sedición y blasfemia. Se trataba, en el mejor de los casos, de un simple petulante aficionado a adoptar poses rimbombantes, y en el peor de un tosco bravucón. En último término, el liderazgo aristocrático de Carolina del Norte reveló a las claras su titubeante situación, tan dudosa como los amañados títulos de los landgraves y caciques. [151]

La fama de su mal gobierno seguiría persiguiendo durante mucho tiempo a los habitantes de la Carolina septentrional. El gobernador Seth Sothell, que ocupó el cargo entre los años 1681 y 1689, acaparó en ese tiempo nada menos que 17.800 hectáreas [152] de terreno para su uso particular. Acabaría

siendo expulsado de la colonia. Pero no se trató en modo alguno de un caso único. Entre 1662 y 1736, Carolina del Norte tuvo cuarenta y un gobernadores, mientras que en su prima meridional solo hubo veinticinco. Después de 1691, en un esfuerzo destinado a aumentar la estabilidad, el Gobierno de Carolina del Sur designó a un subgobernador al que se encargó la gestión de Carolina del Norte. En 1708, al estallar una rebelión contra el gobernador Edward Hyde, el gobernador de Virginia, Alexander Spotswood, le declaró la guerra a su vecino del sur. El conflicto volvió a desatar las hostilidades de los indios tuscaroras, indignados al ver que los ingleses no paraban de usurparles las tierras. [153]

En 1711, Carolina del Sur terció en la situación y envió al capitán John Barnwell al norte a fin de sofocar el levantamiento de los tuscaroras. Barnwell tenía la esperanza de que se le recompensara con una importante concesión de tierras por sus servicios. Sin embargo, al comprobar que sus expectativas quedaban frustradas, cambió de bando e incitó a los indios a atacar varios asentamientos de Carolina del Norte. No obstante, antes incluso de consumar su traición, el capitán Barnwell ya había dado muestras de identificarse muy poco con los pobladores de Carolina del Norte, dado que en una carta sostiene que los colonos de la zona «son los zopencos [otra palabra equivalente al estereotipo de «palurdo»] más cobardes que jamás haya creado Dios, y si uno quiere sacar algo bueno de ellos, es preciso tratarles como a los negros». [154]

El gobernador Spotswood de Virginia cubrió de improperios al condado de Albemarle, al que además de calificar de «santuario común para todos los criados que huyen de nuestras tierras» censuró por su «total ausencia de religión». Con estas manifestaciones parecía hacerse eco de las palabras de otro gobernador anterior de Virginia, que también había denunciado a la colonia vecina diciendo que era «el sumidero de América, un refugio para renegados». Con la voz «sumidero» pretendía señalar en realidad que se trataba de una cloaca comercial, y con el término «renegados», cargado de connotaciones peyorativas, apuntaba a la idea de que Albemarle era un bastión de forajidos, un baluarte para los hombres impíos que literalmente renunciaban a todo gesto de lealtad hacia su nación y abandonaban al mismo tiempo su fe cristiana. Dado que apenas había en la región pastores que pudieran guiarles, se decía que la auténtica apostasía de los habitantes del condado residía en el hecho de que se negaran a comportarse como buenos contribuyentes británicos. [155]

Los virginianos siempre intentaron mantener a raya a la colonia vecina. En 1710 se envió a la región un equipo de agrimensores, pero sus integrantes no consiguieron establecer nada con claridad. En 1728 se repitió el intento, y fue en esa fecha cuando William Byrd II aceptó el encargo de encabezar una expedición conjunta. La navegación por la marisma tenebrosa obligó a Byrd a superar unos meses muy difíciles, durante los cuales entró en contacto con las gentes que residían en la comarca, a las que engañó sin piedad mientras contemplaba lujuriosamente a sus mujeres y veía con similar codicia las fértiles tierras que se abrían al otro lado de los pantanos. Dio a sus hombres instrucciones de que hicieran redoblar sus tambores y disparasen sus armas con el fin de determinar las dimensiones del cenagal, y comparó groseramente el sonido de esas referencias con el de «Eco, esa furcia parlera». Ese comportamiento irritable es un reflejo de la sensación general que le embargaba, dado que estaba convencido de que las sombrías y misteriosas tierras de Carolina jamás se avendrían a desvelar sus secretos. Sin embargo, no se desanimó. Además de naturalista aficionado, Byrd era también un hombre de letras, así que escribió dos versiones de su aventura: una de ellas es la titulada The *Secret History of the Dividing Line* , que se publicó sin excesivas censuras, mientras que la otra, más larga y más pulida, vio la luz bajo el título *The History of the Dividing Line Betwixt Virginia and North Carolina, Run in the Year of Our Lord, 1728* . [156]

Para Byrd, Virginia era poco menos que una colonia paradisíaca, completamente distinta a su incivilizada vecina. Hay una carta de 1726 en la que se muestra ensimismado. La fecha indica que la escribió exactamente dos años antes de iniciar su gira por Carolina del Norte, y en ella pinta su situación diciendo que es un hombre al que le deleita reposar bajo su «higuera», rodeado de «mis rebaños y tropeles, atendido por mis sirvientes y sirvientas». Atribuyéndose un papel que lo coloca a medio camino entre un pequeño noble feudal y un moderno Abraham, Byrd retrata la colonia en la que vive con los tonos de un bucólico retiro, alejado de los «errabundos mendigos» que pululan en la «isla de los pedigüeños» (imagen con la que alude a Inglaterra). Sostiene que en Virginia no se conocía la pobreza, y asegura que sus esclavos son a un tiempo obedientes y eficaces. La existencia de lo que él juzgaba una sociedad bien ordenada, basada en la esclavitud, no solo le había permitido recrearse en una ensoñación pastoril, también estaba contribuyendo a mantener a raya a los blancos menesterosos. [157]

En Carolina las cosas eran muy distintas. Justo al otro lado de la indefinida frontera que las separaba, se extendía un universo extraño en el que la autoridad de clase se veía seriamente puesta en entredicho. El pequeño grupo de funcionarios encargados de la asignación de parcelas se tenía por una partida de «caballeros andantes» embarcados en una grandiosa cruzada medieval. Al surgir de la oscuridad de sus chozas, contemplando con mirada corderil a los extranjeros llegados de Virginia, los habitantes locales parecían tratar a Byrd y a sus acólitos, según refiere él mismo, «como si fuéramos embajadores de Marruecos». Dado que viajaban en compañía de un capellán, los expedicionarios hallaron ocasión de bautizar a todos los niños y de casar a todos los hombres y mujeres que fueron encontrando en las diferentes etapas de su ruta. Byrd y su convoy de cristianos de pura cepa cubrieron de agua bendita a los paganos que poblaban la triste Carolina. [158]

O esa es al menos una de las fantasías de nuestro narrador. En realidad, los habitantes de Carolina se revelaron reacios tanto a la religión como a cualquier tipo de reforma. Según explica Byrd, los hombres daban pruebas de una permanente «aversión» al trabajo, fuera de la clase que fuese. Se pasaban prácticamente la mañana entera durmiendo (y roncando) a pierna suelta. Y al despertarse, lo primero que hacían era sentarse a fumar en pipa. Hasta era raro que se animasen a asomar la nariz al exterior, y en los meses más fríos, quienes se atrevían a semejanza hazaña, corrían a refugiarse enseguida, «tiritando, junto al fuego del hogar». En épocas de clima más benigno, podían llegar incluso al extremo de sopesar la idea de hundir el azadón en tierra. Sin embargo, tras mucho ponderar, la reflexión los llevaba a concebir excusas, así que seguían sin dar golpe. Las desmotivadas gentes de Carolina preferían, afirma Byrd, «pasarse la vida holgazaneando, como los gandules a los que descalifica Salomón». [159] El poco trabajo que finalmente acababa realizándose era el que hacían las mujeres pobres. [160]

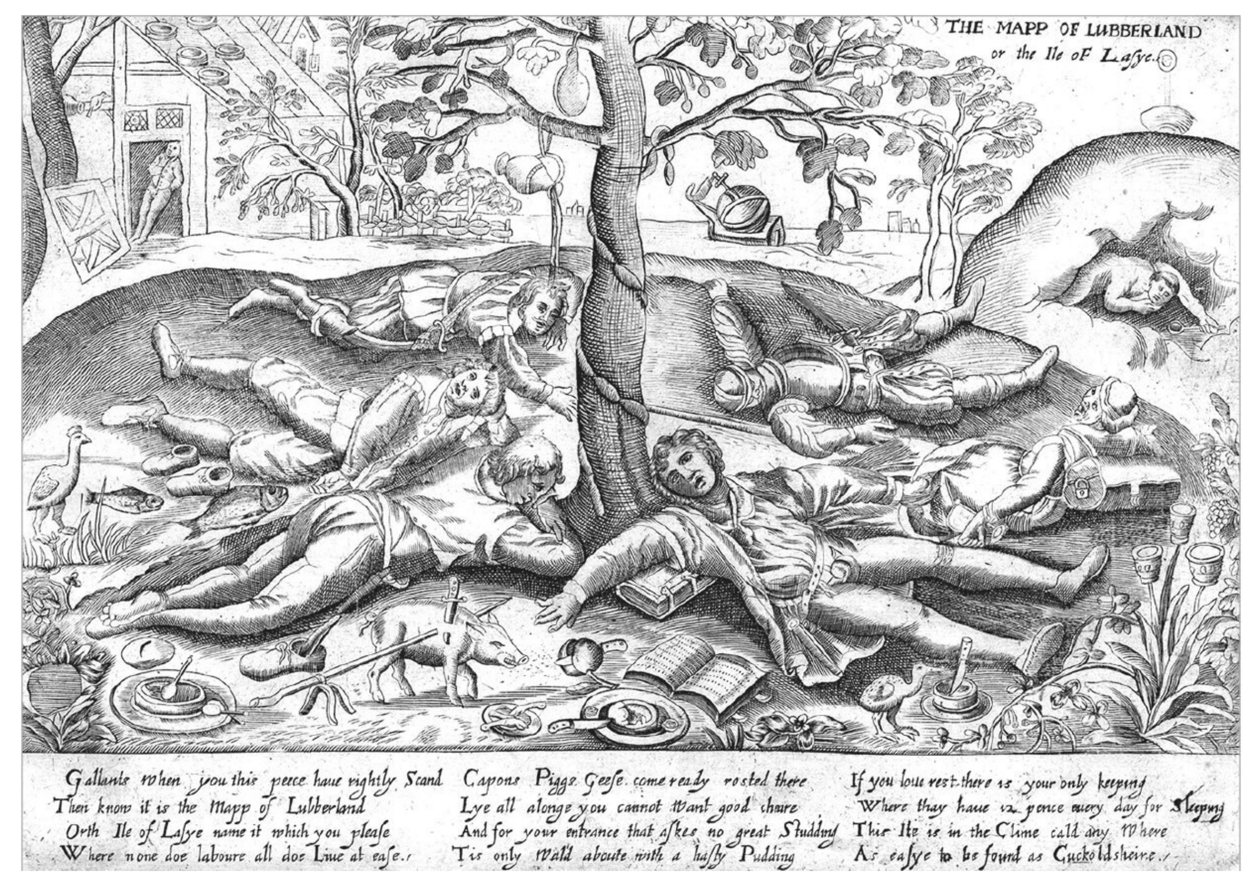
Carolina hizo que William Byrd se viera obligado a ajustar la idea general que tenía del destino de Norteamérica. Como ejemplo de las «escenas de pobreza» que le había sido dado contemplar, «las más terribles» que jamás hubiera imaginado ver en «esta dichosa parte del mundo», Byrd concentró sus energías en la figura de un rústico llamado Cornelius Keith, que vivía en una casa sin techo pese a tener esposa y seis hijos. La vivienda de la familia Keith parecía más un redil para el ganado que una habitación humana. Por las noches, los Keith dormían sobre un montón de heno. A Byrd se le antojó

particularmente raro que el hombre, marido y padre de familia, se esforzara más en proteger el forraje de sus animales que en procurar seguridad a los suyos. Además, el hecho de que Keith hubiera elegido voluntariamente ese tipo de vida fue justamente lo que más turbó al acaudalado explorador de Virginia. Acababa de topar con un individuo especializado en una concreta actividad comercial, que no solo era dueño de una tierra fértil, sino que poseía brazos y piernas vigorosos, y que, sin embargo, prefería llevar una existencia peor que la de los «irlandeses más abyectos», que adoran refocilarse en el barro. Estas palabras de Byrd resultan, como de costumbre, inequívocamente despectivas. El desprecio con el que los ingleses veían a las gentes originarias de Irlanda no era en modo alguno nuevo, pero esa imagen de «corretear por el lodo» (*bogtrotting*) era un exquisito sinónimo de vagabundo de los pantanos. [161]

Byrd, al señalar que los habitantes de Carolina vivían en un «País de Jauja», se está inspirando en realidad en un conocido cuento popular inglés que narra las peripecias de un personaje llamado «Lawrence el Remolón», nacido en el condado de *Indolencia* , próximo a la ciudad de *Nodargolpe* . [162] Lawrence era un «zoquete» cuyas máximas aspiraciones consistían en sentarse junto al fuego, en el rincón de la chimenea, y soñar despierto. Tenía un perro que era tan vago que «apoyaba la cabeza contra la pared para ladrar». En el País de los Zánganos, la haraganería era contagiosa, y Lawrence tenía la especial facultad de echar un conjuro a los amos y sumirlos en un profundo sopor. Aplicada a los pobres de la campiña que se aislaban del mundo circundante, la metáfora del sueño apuntaba a la resistencia del pueblo a la dominación colonial. Byrd consideraba que las gentes que había conocido en Carolina eran reacias a aceptar la brida de cualquier forma de gobierno: «Todo el mundo hace lo que le viene en gana». [163]

Al ir ahondando en la observación del origen de la ociosidad, Byrd quedó convencido de que se trataba de algo que el patán llevaba en la sangre. La circunstancia de vivir en las inmediaciones de un pantano hacía que padecieran «el moquillo de la holgazanería», una destemplanza que les volvía «apáticos para todo salvo para traer niños al mundo». «Su tez marchita presentaba visos cadavéricos», y «arrastraban por doquier el hábito de la desidia». La mezcla del malsano clima y de la pésima dieta los abocaba a la perdición. Como se alimentaban de carne de cerdo se cubrían de bubas de «frambesia», [164] cuyos síntomas se asemejaban a los de la

sífilis: perdían la nariz y el paladar, y las mutilaciones les deformaban horriblemente el rostro. El «achatamiento de la nariz» les daba aspecto de jabalí, y su propio comportamiento de criaturas aficionadas a hocicar por todas partes confirmaba el parecido: «Muchos dan más la impresión de gruñir que de hablar», asegura Byrd. En ese país de «porcívoros», la gente se pasaba el día entero entregada al forrajeo y a la fornicación. Cuando se encolerizaban se les oía aullar: «¡Despellejadlo y hacedlo pedazos!». Era su exclamación predilecta, señala el expedicionario. Este extraño coloquialismo parece querer asimilarlos a los caníbales, o quizá a las hienas que se arremolinan en torno de una pieza recién muerta y la devoran. ¿Quién podría convencerse de que estos monstruos carnívoros del tremedal eran realmente ingleses? [165]



El *Mapa del País de Jauja, o la Isla de los zánganos* , *c* . 1670, retrata las condiciones de vida en un territorio imaginario en el que la indolencia es contagiosa y ningún hombre normalmente constituido tiene ganas de trabajar.

Grabado británico, n.º 1953.0411.69AN48846001, Museo Británico, Londres, Inglaterra.

Byrd concibió unas cuantas soluciones prácticas destinadas a reformar las selváticas tierras dejadas de la mano de Dios que había estado explorando. Únicamente las medidas más drásticas podrían dar resultado: por eso propuso nada menos que sustituir a los palurdos de las marismas por colonos suizos y drenar el pantano hasta dejarlo libre de sus turbias y abominables aguas. Sus reflexiones le llevaron a sugerir que la colonización habría arrojado mejores resultados si se hubiera animado a los varones emigrados a casarse con mujeres indias. En un par de generaciones, la sangre india habría experimentado un salto adelante, tal y como acostumbra a suceder con las especies vegetales, sean flores o árboles: la tez oscura de los nativos se habría ido blanqueando y se habría restado pujanza a las vehemencias paganas. Al expresar estos planteamientos, Byrd sigue las tesis de John Lawson, que había dejado escrito en *A New Voyage to Carolina* que los hombres de posición vulgar podían obtener ventajas económicas si contraían matrimonio con mujeres indígenas susceptibles de aportar tierras con la dote. Y ya puestos a tratar el tema de los casamientos, Byrd no dudará en condenar a los toscos hombres blancos que se unían a las inglesas promiscuas apenas un instante después de haberlas visto desembarcar. Llegará a afirmar —con intención satírica, claro está— que los problemas sociales desaparecerían si los pobres se asemejaran un poco más a los osos y pasaran seis meses al año sumidos en el letargo de la hibernación: «Es una pena que nuestros mendigos y rateros no sean capaces de hacer otro tanto», ironiza. [166]

Por pintoresca que fuese su forma de expresarlos, Byrd no era en modo alguno el único que defendía estos puntos de vista. Un pastor anglicano llamado John Urmston señalaba, por ejemplo, que sus feligreses blancos pobres querían más a sus cerdos que a los sacerdotes que velaban por sus almas. Por eso guardaban a los puercos en las iglesias a fin de proporcionarles frescor en los días de mucho calor, aunque después el suelo de los templos quedara repleto de «boñigas y porquería». En 1737, el gobernador de Carolina del Norte, Gabriel Johnson, se referirá a los ciudadanos a su cargo diciendo que se trataba de «la más infame y rústica fracción de la especie humana». En la década de 1770, todavía encontramos testimonios de esta índole, como el de un viajero que, después de cruzar Carolina del Norte, asegura que sus habitantes eran los «pobres diablos más ignorantes» que había conocido en toda su vida. Ni siquiera habían sido capaces de decirle el nombre del lugar en el que vivían, y tampoco habían

acertado a señalarle en qué dirección se encontraba la casa de sus vecinos más próximos. Las aisladas gentes del campo recibían a los viajeros con expresiones de incrédulo asombro y los miraban como si se tratara de «tipos extraños y estrafalarios». Estas gentes pobres de la campiña eran personas desconectadas de la realidad. [167]

Por chocante que pueda parecernos la situación, entre los primeros colonos norteamericanos hubo mucha gente que pasó toda su existencia sumida en tan penosas y desagradables condiciones. El sórdido retablo que se nos ofrece en estas crónicas y comentarios es una de las facetas más inconfesables del pasado de Norteamérica. Pero no acaba aquí la cosa. Estos desdichados iban de un lado a otro exhibiendo llagas abiertas por todo el cuerpo, su porte y su piel mostraban una decadencia cadavérica debido a las carencias de su dieta, y a muchos de ellos les faltaba algún miembro o habían perdido la nariz, el paladar o los dientes. El viajero al que acabamos de referirnos, que respondía por Smyth, anota asimismo que los desgraciados analfabetos que encontró vestían «harapos de algodón» y aparecían «cubiertos de suciedad y miseria». [168]

Pero los pobres de la Norteamérica colonial no eran solo morralla humana. Su preocupante condición no se reducía simplemente a la de sus desventurados equivalentes del Viejo Mundo: y es que, según los observadores de la época, al reproducirse y generar otros como ellos lo que estaban haciendo era dar lugar a una raza humana anómala. Muchos de los trotamundos que visitaron Carolina en los siglos XVII y XVIII creían que la estructura de las clases sociales no solo se hallaba estrechamente relacionada con la geografía, sino que nacía de la propia vinculación con la tierra. Tanto los exploradores como los científicos aficionados y los primeros etnólogos, como el mismo William Byrd, daban por supuesto —y defendían sin inmutarse— que las tierras pobres, mal gestionadas o de mala calidad producían personas inferiores e ingobernables.

La influencia que John Locke vino a ejercer en Carolina fue de carácter fundamentalmente intelectual. Por el contrario, en el caso de la siguiente colonia sureña en ver la luz bajo la batuta de un ambicioso promotor no puede decirse lo mismo. Más que una creación surgida al calor de un empeño constitucional, Georgia fue el resultado de una iniciativa de naturaleza benéfica, de una obra de caridad concebida para mejorar las condiciones de vida de las familias pobres y corregir el comportamiento de

quienes acumulaban deudas. Uno de los pensadores más relevantes en apadrinar el proyecto fue James Edward Oglethorpe. Oglethorpe era un militar y aventurero que, provisto de una licencia parlamentaria y del permiso de los administradores de la colonia, viajó al Nuevo Mundo con la intención de ayudar a los plantadores establecidos al otro lado del Atlántico. De todos los asentamientos norteamericanos, Georgia era un caso único, dado que el motivo de su fundación no venía impulsado por el ánimo de lucro. Dicha colonia, la más meridional de las creadas hasta entonces, y también la última en constituirse antes del estallido de la Revolución estadounidense, había recibido su fuero fundacional en 1732. El objetivo que se perseguía con ello era doble: abrir una suerte de término medio entre los extremos de riqueza y pobreza que habían arraigado en las dos Carolinas y actuar a modo de barrera frente a la influencia española de Florida. Y en este sentido acabó convirtiéndose en el escenario de un experimento verdaderamente insólito.

Las políticas agrarias conservadoras dictaminaron que la superficie explotable de las tierras de los colonos debía ser, como máximo, de doscientas hectáreas. Esta medida se proponía impedir la aparición de una economía basada en las plantaciones de grandes dimensiones y el surgimiento de una oligarquía cimentada en la esclavitud, tal y como había sucedido en la vecina Carolina del Sur. Además, y a diferencia de lo que había pasado en este caso en Carolina del Norte, en Georgia tampoco debía haber ocupantes ilegales de tierras. A los colonos pobres venidos de Inglaterra, Escocia y otras regiones de Europa se les entregaron fincas de veinte hectáreas, libres de cargas, así como una casa y un jardín. En marcado contraste con sus vecinas del norte, Georgia probó a instituir un orden social que no explotara a las clases inferiores y que tampoco favoreciera a los ricos. Sus fundadores actuaron con el deliberado propósito de convertir el territorio en un refugio seguro para las familias decididas a esforzarse con ahínco. Y su meta consistía en realizar algo que carecía de todo precedente: crear una colonia de «trabajadores libres».

Según Francis Moore, que visitó el asentamiento durante su segundo año de actividad, dos eran las costumbres «peculiares» que llamaban la atención en el territorio: tanto el consumo de alcohol como las personas de color estaban prohibidas. «No se permite la esclavitud, y tampoco el asentamiento de negros», escribe Moore. En su condición de santuario para «blancos libres», Georgia «no permite la existencia de esclavos, ya que los

esclavos matan de hambre al labriego pobre». El trabajo libre no solo animaba a los blancos pobres a cultivar la tierra con sobriedad, también les endurecía, y esto a su vez les permitiría disponer del temple necesario para defender la tierra en caso de que fuesen objeto de una agresión externa. También prometía evitar que los colonos contrajeran la más letal de todas las enfermedades inglesas: la ociosidad. [169]

Pese a operar con el apoyo del Parlamento y contar con la supervisión colaboradora de una junta integrada por veinte administradores de la colonia, Georgia seguiría siendo, al menos en teoría, un empeño caritativo. La intención de los fideicomisarios o administradores consistía en inculcar en los colonos un espíritu de benevolencia, y así lo expresa de hecho el lema de la colonia, *Non sibi sed aliis* («No para sí, sino para el prójimo»). Al margen de la labor de esos responsables, Oglethorpe se encargaría de dar forma a las actividades cotidianas de la colonia, y entre los años 1732 y 1733 llevaría al Nuevo Mundo, como si se tratara de un nuevo Moisés, a un primer grupo de 114 emigrantes ingleses. [170]

Pese a ser uno de los fideicomisarios, Oglethorpe no llegó nunca a ejercer el cargo de gobernador, y tampoco compró tierras para su enriquecimiento personal. Pese a ser miembro del Parlamento y un hombre extremadamente culto, viajó sin criados y llevó una vida sencilla. Dado que había combatido como oficial en tiempos del príncipe Eugenio de Saboya, en la guerra austroturca de 1716 a 1718, conocía bien la disciplina militar. Esto le había llevado a confiar en las virtudes de la emulación: creía que podía inducirse a la gente a comportarse correctamente si se le daba ocasión de observar la conducta de unos líderes íntegros. Compartía su comida con los enfermos y los necesitados. Durante una visita a un asentamiento escocés situado al norte de Savannah rechazó la mullida cama que se le ofrecía y prefirió dormir al aire libre, en el suelo, con los demás hombres de la localidad. De todos los fundadores coloniales, Oglethorpe fue sin duda el que más se identificó con el pueblo llano, y contribuyó siempre a promover los esfuerzos colectivos. [171]

El hecho de constituir un parapeto geográfico o una franja de amortiguación política entre los territorios inglés y español confería un carácter único a las circunstancias de Georgia. En 1742, Oglethorpe encabezó una expedición militar contra la población de San Agustín, en Florida, pese a que sus vecinos ingleses de las colonias septentrionales se habían negado a financiar la campaña. A Oglethorpe le asombró comprobar

lo mucho que se engañaban los habitantes de Carolina del Sur al empeñarse en considerarse a salvo pese a gravitar sobre ellos la pesada losa de una amplia población de esclavos; de hecho, el propio Oglethorpe calificaría ese espejismo como de «estúpida seguridad». En ese periodo, la organización física de Savannah mostraba todas las características de un campamento del ejército y, de hecho, antes incluso de que partieran para Norteamérica, se habían tomado ya todas las disposiciones necesarias para proporcionar instrucción militar a los hombres reclutados como potenciales colonos. A los niños varones huérfanos, se les enseñaba a manejar un mosquete tan pronto como se lo permitieran sus fuerzas. [172]

Philip Thicknesse, un joven de dieciséis años que creía firmemente en el proyecto colonial, le escribe a su madre en 1735 para decirle que, en Georgia, «un hombre puede mejorar su situación de vida por sus propios medios, si es industrioso». Lo que Oglethorpe se proponía lograr con su vasto plan general era una colonia de ciudadanos-soldado obedientes y disciplinados. Suscribía, por tanto, el clásico ideal agrario que sostiene que la manera de llevar una vida virtuosa consiste en cultivar la tierra y en alcanzar la autosuficiencia. Se entendía que el factor llamado a permitir la fijación de la colonia, anclándola sólidamente al Nuevo Mundo, era el de estar integrada por familias campesinas productivas, estables y sanas. Según escribe el propio Oglethorpe en 1732, las mujeres aportaban a la colonia el hábito de la limpieza, proporcionaban a sus miembros una «comida saludable» y se hallaban siempre a mano para cuidar de los enfermos. A diferencia de muchos de sus predecesores, Oglethorpe tenía la percepción de que la sociedad podía recuperar a los desfavorecidos si les ofrecía una oportunidad justa.

Bastante más radical fue su cálculo de que, si la esposa y el hijo mayor de un colono se ponían a trabajar, su labor podría sustituir a la de los criados forzosos y los esclavos. Oglethorpe sostenía que la suma de los esfuerzos de una esposa y un hijo igualaban el rendimiento de un hombre adulto. Está claro que no le agradaba la práctica de los contratos leoninos, dado que señala que, a su juicio, esa clase de relación laboral convertía a los sirvientes en «esclavos durante un indeterminado número de años». Pese a que los fideicomisarios de Georgia no prohibieran el uso de servidores blancos, Oglethorpe se aseguraría de que el periodo de su dependencia fuese limitado. Lo curioso fue descubrir que los colonos mejor adaptados para el experimento de Georgia no eran ingleses, sino suizos, alemanes,

hugonotes franceses y montañeses de Escocia: todos ellos parecían preparados para una existencia de penalidades y viajaban al Nuevo Mundo en comunidades enteras compuestas por familias campesinas. [173]

Con todo, en los futuros proyectos de poblamiento de Georgia no sería posible prescindir por completo de la esclavitud. Sin embargo, tras aceptar que Carolina del Sur enviara esclavos a su vecina meridional a fin de proceder a la tala de árboles y a las labores de desbrozado de la tierra necesarias para acondicionar la ciudad de Savannah, Oglethorpe acabaría lamentando su decisión. Efectuó una breve visita a Charles Town [174] y al regresar descubrió que, durante su ausencia, los colonos blancos habían comenzado a sentirse cada vez más «impacientes y remisos al trabajo y la disciplina». Algunos de ellos habían vendido alimentos de buena calidad para comprar ponche hecho a base de ron. El consumo de alcohol empezó a traer enfermedades, así que, según consigna Oglethorpe en uno de sus escritos, «devolvimos a sus lugares de origen a los negros que habían venido a aserrar por nosotros». [175]

Eran muchos los contemporáneos de Oglethorpe que asociaban la esclavitud con la indolencia de los ingleses. En una carta dirigida a uno de los administradores de Georgia, William Byrd ya lo había expresado así al indicar la opinión que le merecía la prohibición de la esclavitud en Georgia. En el texto, Byrd señala que había visto con sus propios ojos que la esclavitud había hecho surgir el descontento entre los blancos pobres de Virginia, que se negaban de forma habitual a «ensuciarse las manos con cualquier clase de trabajo», hasta el punto de que preferían robar o pasar hambre a tener que roturar los campos. La esclavitud había echado a perder, confiesa, el «carácter industrioso de nuestros pobladores blancos», debido a que habían visto que «tenían por debajo de sí a toda una caterva de criaturas necesitadas». Esto, unido a lo mucho que detestaban el trabajo a causa de su mal entendido orgullo —pues temían que se les acabara «viendo como esclavos»—, les había hecho renegar de sus quehaceres. John Colleton, uno de los propietarios de Carolina del Norte, observará asimismo, en referencia a las Barbados, que los esclavos negros daban a los blancos pobres el nombre de «esclavos blancos». Y le había sorprendido comprobar que en las colonias sureñas de Norteamérica hubiera logrado cuajar esa misma clase de desprecio a los jornaleros blancos. [176]

Pero había un buen número de georgianos que no se mostraban tan magnánimos y que envidiaban a sus vecinos de Carolina del Sur. Nada más

promulgarse en Georgia el edicto de prohibición de la esclavitud (que no formaba parte del fuero original), los fideicomisarios comenzaron a recibir peticiones en las que se les solicitaban los permisos necesarios para comprar esclavos. Aunque a base de andanadas verbales, Oglethorpe declaró la guerra a los colonos favorables a la esclavitud, a los que llamaba «malcontentos». En 1739, al alcanzarse el punto culminante de la polémica, Oglethorpe expuso el argumento de que la esclavitud africana no debía introducirse en ningún caso en su colonia, dado que se trataba de una práctica contraria al principio más relevante de los fideicomisarios, que consistía en «aliviar la situación de los necesitados». Si se hacía caso omiso de ese propósito, en lugar de actuar como santuario para los campesinos honestos, Georgia quedaría convertida en un régimen opresor, y lo único que se conseguiría sería fomentar «la desdicha de miles de personas en África», ya que se habría abierto la puerta a la «venta, como esclavos perpetuos», de un conjunto de «personas libres». [177]

Años atrás, en 1728, Oglethorpe ya había manifestado algo muy similar en relación con los marineros ingleses. Por extraño que pueda parecer, la argumentación que empleaba el promotor de la colonia de Georgia para oponerse a la esclavitud nacía en realidad de su percepción de los abusos que debían soportar los marineros en tanto que clase diferenciada. En el siglo XVIII estaba muy extendida la imaginaria idea de que los hombres de mar eran personas naturalmente «aptas» para trabajar en un barco, como si su misma constitución física se hallase innatamente adaptada a las durísimas condiciones que imperaban en la marina inglesa. En la obrita en la que protesta por los excesos que se abatían sobre los marineros se nos ofrece la ocasión de contemplar la faceta más ilustrada de Oglethorpe, ya que en ella rechaza las tesis que sostenía que había hombres nacidos para desempeñar esos puestos de trabajo particularmente expuestos a la explotación. Desde su punto de vista, los marineros vivían en unas condiciones laborales literalmente idénticas a las de los «esclavos», pues se veían privados de las libertades que se daban por supuestas en el caso de todos los británicos libres. Como individuos pobres que eran, su situación comenzaba al caer en las redadas de las cuadrillas de reclutamiento, que les arrojaban a las calas de unos buques convertidos en verdaderas prisiones para después venderlos a la marina inglesa. No solo se les alimentaba pésimamente, también recibían una paga extremadamente reducida y eran tratados como auténticos «cautivos», asegura Oglethorpe. De este modo

acababan convertidos en trabajadores sometidos a un trato brutal y sujetos a toda clase de coerciones. [178]

Según los georgianos que solicitaban licencia para comprar esclavos, a los negros se les «criaba» para efectuar labores pesadas, tal y como sucedía con los marinos. Los africanos eran capaces de sobrevivir tanto en las húmedas y malsanas marismas como en los campos laminados por un calor abrasador. Su alimentación y vestimenta resultaban muy económicas. Subsistían con una dieta muy escasa, reducida al agua, el maíz y las patatas, productos que se consideraban adecuados para mantenerlos con vida y en condiciones de trabajar. Un solo juego de ropa y un único par de zapatos podían durarles un año entero. Por el contrario, las expectativas de los criados forzosos blancos eran totalmente distintas. Exigían que se les proporcionaran ropas traídas de Inglaterra para cada estación del año. Esperaban tener carne, pan y cerveza en la mesa, y si se les negaba esta opípara dieta caían en un estado de languidez y debilidad y se negaban a trabajar. Según afirmaban los peticionarios que se habían dirigido a los fideicomisarios para poder comprar esclavos, si se obligaba a los blancos a realizar tareas tan duras como las de los negros durante los extenuantes meses de verano, los criados sujetos por contratos leoninos abandonarían Georgia como quien huye de un «osario» (es decir, de un depósito destinado a almacenar los cadáveres en descomposición). Los georgianos favorables a la esclavitud no tuvieron reparo alguno en acusar a Oglethorpe de hallarse al frente de una colonia de carácter carcelario. [179]

Oglethorpe no se dejó influir por estas demandas. Si en su anterior lucha por la mejora de las condiciones de vida de los marineros había tildado de «mezquinos tiranos» armados de «grandes porras» a las pandillas de reclutamiento que a viva fuerza transformaban en grumetes a los varones pobres, ahora arremetió con igual energía contra los georgianos que se fugaban a Carolina del Sur porque preferían «azotar a los negros» a efectuar ellos mismos un trabajo cotidiano. Oglethorpe subrayó el mérito de los colonos que no temían remangarse para cumplir con su deber y que sabían cómo «subsistir confortablemente» sin clamar por el concurso de un puñado de esclavos. Se refería en general a los montañeses de Escocia y a los cultivadores alemanes, que habían solicitado a los fideicomisarios que mantuvieran la esclavitud lejos de la colonia. Oglethorpe tenía la doble sensación de que esas gentes poseían un temple más duro y de que su predisposición al trabajo era superior a la de los ingleses. No obstante, el

meollo del asunto residía en su capacidad para trabajar de manera colectiva, en su deseo de comprender y valorar las exigencias de la agricultura de subsistencia (una actitud que corría pareja al hecho de que asumieran el compromiso de sobrevivir a largo plazo en una colonia caracterizada por la dispersión de sus asentamientos). La causa de que muchos de los colonos ingleses se mostraran poco dispuestos a realizar trabajos difíciles se debía a que no provenían de familias campesinas. Entre ellos había numerosos boticarios, queseros, hojalateros, fabricantes de pelucas y tejedores, pero eran muy pocos los que sabían cultivar la tierra. Patrick Tailfer, que había redactado el borrador de una de esas solicitudes de apoyo a la tenencia de esclavos, se negó a cultivar siquiera la media hectárea que se le había entregado con la concesión. [180]

Es preciso dejar claro que Oglethorpe no era un igualitarista moderno. No imaginaba transformar su colonia en una comunidad multirracial y tampoco se hallaba por encima de los prejuicios con los que comúnmente se veía a los africanos. Permitió la existencia de un pequeño número de esclavos indios en la colonia. Su plan giraba fundamentalmente en torno a las clases sociales, y si restringió el recurso al esclavismo, fue principalmente porque creía que su adopción podía alterar el equilibrio de poder que a su juicio debía reinar en Georgia, al condenar «al labriego blanco pobre a pasar hambre». Desde un punto de vista más general, su filosofía reformista reconocía que las dificultades de unos hombres colocados en una posición de debilidad y abocados a la desesperación podían inducirles a tomar un camino contrario a sus propios intereses. Siempre existía la posibilidad de que un hombre acabara vendiendo sus tierras por un simple vaso de ron: el endeudamiento y la ociosidad constituían una constante tentación. [181]

Pese a sus buenas intenciones, la colonia se revelaría incapaz de eliminar todas las divisiones de clase. Además de las veinte hectáreas que se concedían en los casos de carácter benéfico, los colonos que disponían de los medios necesarios para sufragar el coste de su propio asentamiento podían llegar a recibir doscientas hectáreas. Lo que se esperaba era que los dueños de estas propiedades contrataran los servicios de entre cuatro y diez criados. Sin embargo, la superficie máxima que podían obtener los titulares del pleno dominio de las concesiones estaba fijada en esas doscientas hectáreas. Los fideicomisarios querían que los colonos se instalaran en sus tierras, no que especularan con su compraventa parcial. No se aceptaba de buen grado el concurso de los terratenientes que pretendían explotar una

finca en ausencia. Georgia también instituyó una política basada en la «vinculación masculina» de la propiedad de la tierra, expresión con la que se pretendía significar que las fincas tenían que pasar a manos del primogénito varón. Esta norma de origen feudal ataba a los hombres a las familias. El objetivo de la cláusula de la primogenitura masculina consistía en proteger los derechos de los herederos nacidos en el seno de un hogar pobre, ya que en esos casos existía la posibilidad de que se presionara a los padres y estos se vieran obligados a vender las tierras. [182]

A muchos colonos les disgustaba ese método. A las familias que trabajaban con ahínco les preocupaba la suerte de sus hijas solteras, que podían quedarse sin nada. El reverendo Dumont, que capitaneaba a los protestantes franceses interesados en emigrar a Georgia, transmitió justamente una de esas quejas. ¿Qué sería de las viudas «que hubieran superado la edad casadera o no pudiesen engendrar hijos»?, preguntaba. ¿Y cómo se las arreglarían para sobrevivir las hijas, y muy especialmente las que revelaran contar «con pocas probabilidades de casarse, bien por padecer alguna enfermedad, bien por estar contrahechas»? [183]

Las preguntas de Dumont incidían directamente en el núcleo filosófico de los planteamientos de Oglethorpe y los fideicomisarios. Se consideraba que la misión de las viudas jóvenes y las hijas solteras consistía en traer al mundo a la siguiente generación de labriegos blancos libres. La política que seguía la colonia de Georgia se basaba en fomentar el proceso de la «propagación» natural, como declarará el mismo Oglethorpe en una de sus octavillas promocionales. La intención última de su plan general se centraba en garantizar que los ingleses y otros protestantes consiguieran superar rápidamente en número a los franceses y los españoles afincados en Norteamérica. A largo plazo, la guerra contra las potencias coloniales católicas rivales era una batalla poblacional. Georgia debía contar con una cantidad de hombres blancos libres lo suficientemente amplia como para formar un ejército, y debía gozar asimismo de las ventajas derivadas de su preeminencia reproductiva, dado que también era preciso que saliera vencedora del choque demográfico. [184]

Por desgracia, Oglethorpe combatía por una causa perdida. Los traficantes de Carolina del Sur prometieron a muchos de los hombres que habían solicitado que se les permitiera adquirir esclavos que no tendrían inconveniente en concederles créditos para conseguirlo. Los esclavos eran un señuelo que se hacía bailotear ante los individuos más desfavorecidos

con el fin de convencerles de que lo mejor que podían hacer era utilizar la tierra como aval y garantía de la compra. Esta es la razón de que Oglethorpe creyera que la economía esclavista tendría el efecto de privar de sus tierras a los colonos más expuestos a las presiones de terceros. La exclusión del esclavismo llevaba aparejada la preservación de un reparto más equitativo de la tierra. Si Georgia permitía que los colonos dispusieran de unos títulos de propiedad «simplemente vinculados al pago de una determinada suma» (lo que significaba que podían vender las tierras cuando les viniera en gana), los plantadores más pudientes terminarían por alcanzar sin duda una posición predominante. En 1739, Oglethorpe ya había vaticinado que, si se les permitía aplicar los métodos que les eran propios, los «mercaderes de negros» se apoderarían de «todas las tierras de la colonia» y no dejarían nada para «el conjunto de los campesinos blancos pobres». [185]

Los luteranos alemanes, que habían fundado su comunidad en 1734, también eran conscientes de los mismos peligros y temían que Georgia acabara convirtiéndose en una nueva Carolina del Sur. Sin que Oglethorpe le animara a hacerlo en ningún momento, el reverendo Bolzius, que se hallaba al frente del grupo alemán, observó que «en Charles Town, el labrador común y corriente» no ganaba un jornal superior al de «un negro». Se animaba asimismo a los africanos a «reproducirse como animales» y, desde luego, los propietarios de esclavos estaban dispuestos a hacer todo lo posible por aumentar su cabaña. Los comerciantes y demás caballeros atesoraban las mejores tierras, es decir, las que se encontraban cerca de la costa o a orillas de los ríos por los que se accedía a los distintos centros de compraventa de la colonia, mientras que los hombres más pobres se veían obligados a conformarse con campos ubicados en sitios más alejados, que resultaban, por tanto, mucho menos deseables. Carolina del Sur era la peor pesadilla de las familias blancas pobres. [186]

Oglethorpe abandonó Georgia en 1743, y ya no volvería a regresar a ella. Tres años antes, un soldado había tratado de asesinarle, y de hecho la bala de mosquete que le tenía destinada le rasgó la peluca. Él sobrevivió al atentado, pero su sueño de una Georgia bien ordenada pereció en la agresión. En el transcurso de la década inmediatamente posterior se levantaron las medidas de restricción impuestas al tamaño de las concesiones de tierra, se permitió que el ron corriera a chorros en las cantinas y la venta de esclavos consiguió prosperar subrepticiamente. En

1750, se otorgó formalmente a los colonos el derecho de poseer esclavos. [187]

No tardó en constituirse una élite entre los plantadores, sobre todo entre los propietarios que habían abandonado las Indias Occidentales y Carolina del Sur para instalarse en la colonia de Oglethorpe. En 1788, el hombre más poderoso de Georgia era Jonathan Bryan, un individuo venido precisamente de Carolina. Bryan poseía trece mil hectáreas de terreno y doscientos cincuenta esclavos. Se había trasladado a Georgia en 1750, el año mismo en que se había legalizado la esclavitud, y sus numerosos esclavos le dieron derecho a recibir grandes extensiones de terreno. No obstante, para levantar su imperio tuvo que mover algunos hilos en el consejo ejecutivo de Georgia, cuya principal misión consistía en la distribución de tierras. Ejerció durante largo tiempo un cargo en dicho organismo, y gracias a ello pudo adquirir los campos más fértiles, convenientemente situados a lo largo de las más importantes rutas comerciales. En 1760, únicamente el 5 por ciento de los georgianos blancos poseía esclavos (la inmensa mayoría no tenía ni siquiera uno), mientras que, por el contrario, un puñado de familias disponían de ellos a centenares. Jonathan Bryan era la personificación misma de aquellos «comerciantes de esclavos» que estaban llamados a dominar la colonia, como ya había advertido Oglethorpe. [188]

Sin embargo, las ideas de Oglethorpe no desaparecieron del todo. Tanto Benjamin Franklin como Thomas Jefferson coincidirían en señalar que la posesión de esclavos corrompía a los blancos. La idea de promover la creación de una franja de amortiguación geográfica que protegiera a los trabajadores blancos se incluyó en el borrador, elaborado por Jefferson, de lo que finalmente sería la Ordenanza Noroeste de 1787, un anteproyecto pensado para admitir el ingreso de nuevos estados en la Unión. Franklin y Jefferson compartían la pasión de movilizar las fuerzas tendentes a favorecer la reproducción de la especie. Ambos consideraban que el crecimiento demográfico constituía una señal de que la nación era vigorosa. Y también la esclavitud debía valorarse como una suerte de envite de naturaleza numérica. Tal y como ya observara el reverendo Bolzius, si se animaba a los esclavos a «reproducirse como animales», los blancos pobres no tendrían ocasión de procrear al mismo ritmo, con lo que tampoco les resultaría posible conservar sus tierras ni su libertad.

Ya empezaba a observarse claramente que la esclavitud y la identidad de clase se hallaban estrechamente interrelacionadas. Oglethorpe había

establecido una conexión lógica entre la existencia del trabajo libre y la idea de una sociedad dinámica, segura y con capacidad de reproducirse y perpetuarse. Pese a incrementar el empuje militar de una colonia, los trabajadores blancos libres no podían competir en el plano económico con una clase formada por esclavistas acaparadores de tierras. El factor que se había tenido por una «peculiaridad» de Georgia —la prohibición de la esclavitud— terminaría convirtiéndose irónicamente en una característica diametralmente opuesta, ya que en el siglo IX la esclavitud pasó a ser la «institución específicamente propia» de los estados sureños de Norteamérica.

Por otro lado, el arraigado sentimiento de repugnancia que la ociosidad inspiraba en la sociedad inglesa se mantuvo. Los pobres de las zonas rurales, pese a ser vistos como un lastre, quedaron convertidos en una realidad insoslayable de la vida norteamericana. Además, los labriegos libres —cuya sola existencia suponía ya un marcado contraste con el contrapunto de los esclavos importados de África— constituían también una clase aparte, incompatible con los inútiles patanes blancos. La tierra era la principal fuente de riqueza, y su posesión contribuiría a establecer durante mucho tiempo la verdadera medida de la libertad y valor cívico de una comunidad. Puede que los títulos hereditarios fueran desapareciendo gradualmente, pero el disfrute de vastas concesiones de tierras y la propiedad de grandes fincas seguirían siendo los elementos axiales del sistema de privilegios norteamericano. Y si de lo que hablamos es de la despreciativa opinión común que se tenía de las clases inferiores, hemos de concluir que el Nuevo Mundo no tenía en realidad nada de novedoso.

---

[121] No consta que exista traducción, ni en este caso ni en el de los tratados sobre el gobierno civil (de los que, al parecer, solo el segundo ha sido vertido al español), pero figuran aquí en castellano para facilitar la lectura. (*N. del T.*)

[122] Para saber más acerca de la cita que Jefferson toma en préstamo de Locke, véase John Locke, *Two Treatises of Government* , edición de Peter Laslett, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 523, 415. Para más información sobre la idea de que todo el mundo debería leer las obras de Locke, hombres, mujeres y niños, véase la publicidad con la que se fomentan las ventas del *Segundo tratado sobre el gobierno civil* en la *Massachusetts Evening Gazette* del 4 de marzo de 1774; véase también la *Boston Evening Gazette* del 19 de octubre de 1772; y la *New London Gazette* del 9 de octubre de 1767. El principal crítico de Locke (y de sus «discípulos») fue el clérigo galés Josiah Tucker: véase su *A Series of Answers to Certain Popular Objections, Against Separating from the Rebellious Colonies, and Discarding Them Entirely; Being the Concluding Tract of the Dean of*

Gloucester, on the Subject of American Affairs , Gloucester, Reino Unido, 1776, en *Four Tracts on Political and Commercial Subjects* , Gloucester, 1776, reimpreso en Nueva York, 1975, pp. 21-22, 102-103. Para la implicación de Locke en el tráfico de esclavos, véase David Armitage, «John Locke, Carolina, and the Two Treatises of Government», *Political Theory* , vol. 32, n.º 5, octubre de 2004, pp. 602-627, y muy especialmente la 608; junto con James Farr, «Locke, Natural Law, and New World Slavery», *Political Theory* , vol. 36, n.º 4, agosto de 2008, pp. 495-522, y sobre todo la 497; Wayne Glausser, «Three Approaches to Locke and the Slave Trade», *Journal of the History of Ideas* , vol. 51, n.º 2, abril-junio de 1990, pp. 199-216, y en particular de la 200 a la 204; George Frederick Zook, «The Royal Adventurers in England», *Journal of Negro History* , vol. 4, n.º 2, abril de 1919, pp. 143-162, y especialmente la 161.

[123] En una de las cartas que envía en 1672 a otro lord propietario, *sir* Peter Colleton, Shaftesbury alude a la colonia con la expresión «mi querida» Carolina: véase Langdon Cheves (comp.), *The Shaftesbury Papers and Other Records Relating to Carolina* , South Carolina Historical Society, Charleston, 1897, p. 416; véase también L. H. Roper, *Conceiving Carolina: Proprietors, Planters, and Plots, 1662-1729* , Palgrave Macmillan, Nueva York, 2004, p. 15.

[124] O 194 kilómetros cuadrados. (*N. del T.*)

[125] Véase Armitage, «John Locke, Carolina, and the Two Treatises of Government», *art. cit* ., pp. 603, 607-608; e ídem, «John Locke, Theorist of Empire?», en *Empire and Modern Political Thought* , Sankar Muthu (comp.), Cambridge University Press, Cambridge, 2015, p. 7. Para saber más sobre el importante papel que desempeñaba el secretario, véase Herbert Richard Paschal, hijo, «Proprietary North Carolina: A Study in Colonial Government», tesis doctoral, University of North Carolina, 1961, p. 145; así como Barbara Arneil, *John Locke and America: The Defense of English Colonialism* , Clarendon Press, Oxford, 1996, pp. 1-2, 21-22, 24-26, 43-44.

[126] Véase «Concessions and Agreement Between the Lords Proprietors and Major William Yeamans and Others», ٧ de enero de ١٦٦٥, junto con *The Fundamental Constitutions of Carolina* , 21 de julio de 1669, en *North Carolina Charters and Constitutions, 1578-1698* , edición de Mattie Erma Edwards Parker, Carolina Charter Tercentenary Commission, Raleigh, Carolina del Norte, 1963, pp. 122-123, 129, 133.

[127] *Ibid* ., pp. 107, 112, 129-130, 132, 137-142, 145; Charles Lowry, «Class, Politics, Rebellion, and Regional Development in Proprietary North Carolina, 1697- 1720», tesis doctoral, University of Florida, 1979, pp. 38-39; Paschal, «Proprietary North Carolina: A Study in Colonial Government», pp. 216, 229, y especialmente la 236 y 237.

[128] Parker, *The Fundamental Constitutions of Carolina* , pp. 129, 134; *The Fundamental Constitutions of Carolina,* en Locke: *Political Essays* , edición de Mark Goldie, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 162; Farr, «Locke, Natural Law», *art. cit* ., pp. 498-500; Thomas Leng, «Shaftesbury's Aristocratic Empire», en *Anthony Ashley Cooper, 1621-1681* , edición de John Spurr, Ashgate, Surrey, Reino Unido, 2011, pp. 101-126; Shirley Carter Hughson, «The Feudal Laws of Carolina», *Sewanee Review* , vol. 2, n.º 4, agosto de 1894, pp. 471-483, y especialmente la página 482.

[129] La etimología de la voz *leet* es confusa, aunque algunas fuentes sostienen que podría proceder de la raíz latina «*leta* », lo que apunta a la posibilidad de que el término guarde relación con la acepción jurídica del verbo inglés «*let* », y de ahí la equivalencia tentativa de «arrendable». En Inglaterra, los *leet-men* estaban sujetos a un tribunal local (o *court leet*) que contaba con sanción real y establecía las condiciones de servidumbre de los afectados. Como explica el texto, al exportarse el sistema a las colonias esto se modificó, de modo que la situación de los «varones arrendables» dejó de depender de un tribunal y quedó unilateralmente en manos de sus respectivos dueños. Con el

tiempo se instituiría una suerte de equivalente: el de los tribunales de condado, que intervendrán en la esclavitud negra y en la servidumbre forzosa blanca. (*N. del T.*)

[130] Parker, *The Fundamental Constitutions of Carolina* , *op. cit* ., pp. 129, 136-137.

[131] Para más información sobre los «hombres arrendables», véase David Wootton (edición e introducción), John *Locke: Political Writings* , Penguin, Nueva York, 1993, p. 43; junto con John Locke, «An Essay on the Poor Law», de 1697, y «Labour», de 1661, en Goldie, *Locke: Political Essays* , *op. cit* ., pp. 192, 328.

[132] Véase Daniel W. Fagg, hijo, «St. Giles' Seigniory: The Earl of Shaftesbury's Carolina Plantation», *South Carolina Historical Magazine* , vol. 71, n.º 2, abril de 1970, pp. 117-123, y sobre todo esta última página; junto con la carta que Shaftesbury envía al señor Andrew Percival el 23 de mayo de 1674, en *Collections of the South Carolina Historical Society* , vol. 5, South Carolina Historical Society, Charleston, 1897, vol. 5, pp. 443-444.

[133] Carta de Thomas Woodward a los lores proprietarios, 2 de junio de 1665, en *The Colonial Records of North Carolina* , William L. Saunders, (ed.), Hale, Raleigh, 1886, vol. 1, pp. 100-101 —citado en lo sucesivo con las iniciales *CRNC* —. Lindley S. Butler, «The Early Settlement of Carolina: Virginia's Southern Frontier», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 79, n.º 1, primera parte, enero de 1971, pp. 20-28, y especialmente las páginas 21 y 28. Para más información acerca de la llegada de ocupantes ilegales de terrenos, véase Robert Weir, «"Shaftesbury's Darling": British Settlement in the Carolinas at the Close of the Seventeenth Century», en *The Oxford History of the British Empire* , vol. 1, *The Origins of the Empire: British Overseas Enterprise to the Close of the Seventeenth Century* , Nicolas Canny, editor, Oxford University Press, Oxford, 1998, p. 381.

[134] Para saber más acerca del desdén con el que hablan Locke y Shaftesbury de los colonos «perezosos o libertinos», véase el memorando que Locke escribe sobre Carolina, así como la carta de lord Ashley a Joseph West, de 16 de diciembre de 1671, *Collections of the South Carolina Historical Society* , vol. 5, *op. cit* ., pp. 248, 366.

[135] Véase Richard Waterhouse, *A New World Gentry: The Making of a Merchant and Planter Class in South Carolina, 1670-1770* , Garland, Nueva York, 1989, pp. 62-63, 71, 74; así como Lori Glover, *All Our Relations: Blood Ties and Emotional Bonds Among the Early South Carolina Gentry* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2000, pp. 87-88.

[136] Theo D. Jervey, «The White Indentured Servants of South Carolina», *South Carolina Historical and Genealogical Magazine* , vol. 12, n.º 4, octubre de 1911, pp. 163-171, especialmente la 166. En 1740, los esclavos constituían el 72 por ciento de la población, aunque en el transcurso de los cuarenta años siguientes la cifra descendería hasta situarse en torno al 50 por ciento del total demográfico: véase Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 436-437. El temor a una elevada cifra de importación de esclavos se inició en la década de 1690, y el reclutamiento de «hombres arrendables» como fórmula para contrarrestar ese desequilibrio continuó juzgándose parte de la solución: véase Brad Hinshelwood, «The Carolinian Context of John Locke's Theory», *Political Theory* , vol. 4, n.º 4, agosto de 2013, pp. 562-590, y especialmente de la 579 a la 580.

[137] Noeleen McIlvenna, *A Very Mutinous People: The Struggle for North Carolina, 1660-1713* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2009, pp. 1, 13, 162; Kirsten Fischer, *Suspect Relations: Sex, Race, and Resistance in Colonial North Carolina* , Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2002, p. 24; A. Roger Ekirch, «Poor Carolina»: Politics and Society in Colonial North Carolina, ١٧٧٦-١٧٢٩, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1981, pp. xviii-xix, 24. Para saber más sobre los «inútiles palurdos», véase Hugh Talmage Lefler (comp.), *A New Voyage to Carolina by John Lawson* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967, p. 40.

[138] Véase «From the *Gentlemen's Magazine* », *Boston Evening-Post* , 5 de febrero de 1739. El subrayado pertenece al texto original.

[139] Véase el *Oxford English Dictionary* , p. 467; así como el poema de William Shakespeare titulado «El peregrino apasionado», 1598, verso 201.

[140] Sharon T. Pettie, «Preserving the Great Dismal Swamp», *Journal of Forestry* , vol. 20, n.º 1, enero de 1976, pp. 28-33, y especialmente la 29 y la 31; McIlvenna, *A Very Mutinous People* , *op. cit* ., p., 18. La que aquí se ofrece no es la única estimación de las dimensiones del pantano. Alexander Crosby Brown sostiene que, en los tiempos de las colonias, el lodazal tenía de mil quinientos a dos mil quinientos kilómetros cuadrados de extensión: véase Brown, *The Dismal Swamp Canal* , Norfolk County Historical Society of Chesapeake, Chesapeake, Virginia, 1970, p. 17.

[141] Véase William Byrd, «The Secret History of the Dividing Line» (que en lo sucesivo citaré con las siglas SH), junto con su versión revisada, «The History of the Dividing Line Betwixt Virginia and North Carolina, Run in the Year of Our Lord, ١٧٢٨» (a la que en adelante me referiré como HDL), en *The Prose Works of William Byrd of Westover: Narratives of a Virginian* , Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1966, pp. 19-20, 63, 70, 190, 196-197, 199, 202.

[142] Para más información sobre el hecho de que los pantanos carezcan por regla general de límites fijos, véase William Howarth, «Imagining Territory: Writing the Wetlands», *New Literary History* , 30, n.º 3, verano de 1999, pp. 509-539, y en particular la 521. Para saber más acerca de las constantes disputas derivadas de la dificultad del deslinde, véase Lowry, «Class, Politics, Rebellion», *art. cit* ., pp. 31, 45-46.

[143] Byrd, HDL, *op. cit* ., p. 202; Charles Royster, *The Fabulous History of the Dismal Swamp Company* , Knopf, Nueva York, 1999, pp. 6-7, 82-83, 89-91, 98-99, 117, 287-288, 292-293, 299-301, 340 y 342-343. Pese a que la «History of the Dividing Line» de Byrd no se publicara hasta el año 1841, sí se había dado a conocer un breve extracto con el fin de dar publicidad a la compañía de Washington: véase «A Description of the Dismal Swamp in Virginia», *The Mail, or Claypoole's Daily Advertiser* , 15 de marzo de 1792.

[144] Cadena de tómbolos, cordones costeros, ensenadas e islas que se extiende a lo largo de trescientos veinte kilómetros en la costa este de Estados Unidos. (*N. del T.*)

[145] Hugh T. Lefler y William S. Powell, *Colonial North Carolina: A History* , Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1973, pp. 81-86; Lindley Butler, *Pirates, Privateers, and Rebel Raiders of the Carolina Coast* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, pp. 4-8, 30, 39-41, 46, 52-56, 60, 68; Marcus Rediker, «"Under the Banner of the King of Death»: The Social World of Anglo-American Pirates, 1716-1726», *William and Mary Quarterly* , vol. 38, n.º 2, abril de 1981, pp. 203-227, y muy especialmente la 203, la 205 y 206, y la 218 y 219; David Cordingly, *Under the Black Flag: The Romance and the Reality of Life Among the Pirates* , Harvest, Nueva York, 1995, pp. 18-19, 198-202. [Hay traducción castellana: *Bajo bandera negra. La vida entre piratas* , Edhasa, Barcelona, 2005. (*N. del T.*)]

[146] Webb, *1676* , *op. cit* ., pp. 26, 98; Jacquelyn H. Wolf, «Proud and the Poor: The Social Organization of Leadership in Proprietary North Carolina, 1663-1729», tesis doctoral, University of Pennsylvania, 1977, pp. 28-29. Para el hecho de que los lores propietarios quisieran contar con una mayor densidad de asentamientos, véanse las cartas de lord Ashley al gobernador Sayle de 10 de abril de 1671, de lord Ashley a *sir* John Yeamans 10 de abril de 1671, y de lord Ashley a *sir* John Yeamans de 18 de septiembre de 1671, en *Collections of the South Carolina Historical Society* , vol. 5, *op. cit* ., pp. 311, 314-315, 344; Barbara Arneil, «Trade, Plantations, and Property: John Locke and the Economic Defense of Colonialism», *Journal of the History of Ideas* , vol. 55, n.º 4, octubre de

1994, pp. 591-609, y especialmente la 607; McIlvenna, *A Very Mutinous People* , *op. cit* ., pp. 31, 33; Lowry, «Class, Politics, Rebellion», *art. cit* ., pp. 33-34, 45-46, 80-81.

[147] Jacquelyn Wolf ha calculado que los 309 beneficiarios de las concesiones de tierras poseían el 49 por ciento del total de títulos de propiedad. Entre el año 1663 y enero de 1729, las actas registrales recogen la existencia de 3.281 concesiones. De ese número, 2.161 formaban grupos de dos o más concesiones asignadas a una misma persona. En 1730, el total demográfico era de treinta y seis mil almas, y se estima que, en esa cifra, había entre 3.200 y 6.000 esclavos. Véase Wolf, «The Proud and the Poor», *art. cit* ., pp. 25-28, 150-151, 157, 172-173; Fischer, *Suspect Relations* , *op. cit* ., p. 27. Valiéndose de los registros de propiedad en lugar de las listas de personas sujetas al pago de una contribución, Charles Lowry ha calculado que la población era bastante menor y, según él estaba formada por 13.887 blancos y 3.845 esclavos. En 1720, los observadores de la época tenían la impresión de que no debía de haber más de quinientos esclavos en toda Carolina del Norte. Véase Lowry, «Class, Politics, Rebellion», *art. cit* ., pp. 8-9, 79-80, 84, 113, 115-117, 122-123; McIlvenna, *A Very Mutinous People* , *op. cit* ., pp. 23, 133-134. Para saber más sobre los comentarios del pastor anglicano sobre la indolencia, véase «Mr. Gordon to the Secretary, May 13, 1709», en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., p. 714; junto con «Petition to Governor and Council, February 23, 1708/9», en *The Colonial Records of North Carolina* , edición de Robert J. Cain, vol. 7, *Records of the Executive Council, 1664-1734* , Department of Cultural Recourses, North Carolina Division of Archives and History, Raleigh, 1984, p. 431.

[148] En 1665 se promulgó una segunda carta foral, debido posiblemente a la existencia de un defecto en la primera. Véase «Charter to the Lord Proprietors of Carolina», 30 de junio de 1650, en Parker, *North Carolina Charters and Constitutions* , *op. cit* ., p. 90; junto con Wolf, «The Proud and the Poor», *art. cit* ., p. 69; McIlvenna, *A Very Mutinous People* , *op. cit* ., pp. 49-50, 97-99. Para más información sobre el empeño de Berkeley en la anexión de Albemarle, véase Cain, *Records of the Executive Council* , vol. 7, *op. cit* ., p. xix. Para saber más acerca de la idea de imponer a la colonia de Carolina unos controles más estrictos, véase «Mr. Randolph's Memoranda About Illegal Trade in the Plantations, Mentioned in the Foregoing Presentment», 10 de noviembre de 1696, así como otro informe de Randolph fechado el 24 de marzo de 1700, en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., pp. 464-470, 527.

[149] Véase Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., p. xxi; Mattie Erma E. Parker, «Legal Aspects of "Culpeper's Rebellion"», *North Carolina Historical Review* , vol. 45, n.º 2, abril de 1968, pp. 111-127, y muy especialmente de la 118 a la 120, y de la 122 a la 124; McIlvenna, *A Very Mutinous People* , *op. cit* ., pp. 56-57, 65-66.

[150] Véase «Answer of the Lords Proprietors of Carolina Read the ٢٠ Nov. ١٦٨٠», junto con la «Petition of Thomas Miller to the King, November ١٦٨٠ ,٢٠», en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., pp. 303, 326-328; Parker, «Legal Aspects of "Culpeper's Rebellion"», *art. cit* ., pp. 111-127, y en particular de la 111 a la 112; y Lowry, «Class, Politics, Rebellion», *art. cit* ., p. 49.

[151] Para más información acerca de la polémica en la que se vio envuelto Thomas Miller, véase «Affidavit of Henry Hudson, January 31, 1679», y «Carolina Indictment of Th. Miller Received from Ye Comm. Of Ye Customes the 15 July 1680», en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., pp. 272-274, 313-317; junto con Lindley S. Butler, «Culpeper's Rebellion: Testing the Proprietors», en *North Carolina Experience: An Interpretative and Documentary History* , Lindley S. Butler y Alan D. Watson (comps.), University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1984, pp. 53-78, y sobre todo las páginas 56 y 57. Para saber más acerca del escaso número de *landgraves* y caciques en Carolina del Norte, véase Paschal, «Proprietary North Carolina», tesis citada, p. 184.

[152] O 178 kilómetros cuadrados. (*N. del T.*)

[153] Wolf, «The Proud and the Poor», *art. cit* ., p., 68, junto con la nota 29 de la página 172; Paschal, «Proprietary North Carolina», *art. cit* ., 179; McIlvenna, *A Very Mutinous People* , *op. cit* ., pp. 73, 80, 146; Lefler y Powell, *Colonial North Carolina* , *op. cit* ., p. 54; Lowry, «Class, Politics, Rebellion», *art. cit* ., pp., 49, 96–97. Para más información sobre el encontronazo entre el gobernador Spotswood y Carolina del Norte, y para la relación entre esa enemistad y la irritación de los indios tuscaroras, véase «Colonel Spotswood to the Board of Trade, July 25, 1711», en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., p. 782.

[154] «Journal of John Barnwell», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 6, n.º 1, julio de 1898, pp. 442-455, y especialmente la 451; para más información acerca de la traición de Barnwell, véase «Colonel Spotswood to the Board of Trade, July 26, 1752», en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., p. 862. Barnwell contó con el apoyo de los indios yamasis y otros aliados indígenas. El interés que movía a estas tribus a atacar a los tuscaroras obedecía entre otras cosas al deseo de capturar esclavos. Véase Lowry, «Class, Politics, Rebellion», *art. cit* ., pp. 98-99.

[155] Véase «Governor Spotswood to the Earl of Rochester, July ٣٠, ١٧١١», en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., p. 798; junto con la carta de lord Culpeper a la Comisión de Comercio, fechada en diciembre de 1681, Oficina de Registro Público Británico, clase 1, pieza 47, folio 261, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C.; véase también Barbara Fuchs, «Faithless Empires: Pirates, Renegadoes, and the English Nation», *ELH* , vol. 67, n.º 1, primavera de 2000, pp. 45-69, y en particular las páginas 50 y 51.

[156] Véase Byrd, SH y HDL, *arts. cits* ., pp. 19, 66, 195; junto con Philip Ludwell y Nathaniel Harrison, «Boundary Line Proceedings, 1710», *Virginia Magazine of History and Biography* , n.º 5, julio de 1897, pp. 1-21. Según parece, Byrd redactó y revisó sus dos textos entre los años 1729 y 1740. Pese a que la más cuidada *History of the Dividing Line Betwixt Virginia and North Carolina* no se publicó hasta el año 1841, él mismo se encargó de difundir previamente su contenido entre sus amigos y otras personas interesadas en el asunto. Véase Kenneth A. Lockridge, *The Diary, and Life, of William Byrd II of Virginia, 1674-1744* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1987, pp. 127, 142-143; así como Louis B. Wright y Marion Tinling (comps.), *William Byrd of Virginia: The London Diary (1717-1721) and Other Writings* , Oxford University Press, Nueva York, 1958, pp. 39-40.

[157] Véase la carta de William Byrd a Charles Boyle, conde de Orrery, fechada el ٢٥ de julio de ١٧٢٦, en «Virginia Council Journals, ١٧٢٦-١٧٥٣», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 32, n.º 1, enero de 1932, pp. 26-27; así como Robert D. Arner, «Westover and the Wilderness: William Byrd's Images of Virginia», *Southern Literary Journal* , vol. 7, n.º 2, primavera de 1975, pp. 105-123, y especialmente la 106 y la 107.

[158] Byrd, SH, *art. cit* ., pp. 66, 81; y HDL, *art. cit* ., p. 182. Para otro debate relacionado con la alusión a los «caballeros andantes», véase Susan Scott Parrish, «William Byrd and the Crossed Languages of Science, Satire, and Empire in British America», en *Creole Subjects in the Colonial Americas: Empires, Texts, and Identities* , Ralph Bauer y José Antonio Mazotti (comps.), University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2009, pp. 355-372, y en particular la página 363.

[159] Véase Proverbios, 26, 14-16. (*N. del T.*)

[160] Byrd, HDL, *art. cit* ., pp. 182, 204-205. La idea de que las mujeres se echaban a la espalda todas las tareas mientras sus maridos «se dedicaban a resollar en la cama» es un tema mucho más antiguo. Tomás Moro ya alude a esta disfuncional pauta de conducta en su *Utopía* , en la que sostiene que todos los hombres y las mujeres deberían implicarse en la realización de las labores productivas. Véase Tomás Moro, *Utopia* , edición de George M. Logan y Robert M. Adams, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, edición revisada de 2011, p. 51.

[161] Byrd, SH, *art. cit* ., p. 143; HDL, *art. cit* ., p. 311-312. Según el Oxford English Dictionary, la primera utilización de la voz «*bogtrotting* » se produjo en ١٦٨٢, y no solo se asociaba con los irlandeses, sino también con las personas pobres que vivían cerca de un cenagal.

[162] «Lawrence Lazy», «county of Sloth», «town of Neverwork». Adapto los nombres del relato para una mejor comprensión del texto. (*N. del T.*)

[163] Byrd, HDL, *art. cit* ., p. 196. Los académicos han señalado muchas veces la referencia que hace Byrd tanto al País de Jauja, o de los Zánganos («*Lubberland* »), como a la pereza, pero no se han percatado de que el autor se inspira aquí en el cuento popular de Lawrence Lazy, que se transmitió de forma oral durante mucho tiempo, aunque en ١٦٧٠ terminó publicándose en inglés. Lo que induce a Byrd a recurrir a las imágenes de ese relato es el hecho de que los habitantes de Carolina se acurruquen junto al fuego tal y como hace Lawrence el Remolón. Para saber más acerca de la evolución histórica de esta fábula, véase J. B. Smith, «Toward a Demystification of Lazy Lawrence», *Folklore* , n.º 107, 1996, pp. 101-105; véase también Susan Manning, «Industry and Idleness in Colonial Virginia: A New Approach to William Byrd», *Journal of American Studies* , vol. 28, n.º 2, agosto 1994, 169-190; y James R. Masterson, «William Byrd in Lubberland», *American Literature* , vol. 9, n.º 2, mayo de 1937, pp. 153-170. Otro de los relatos que influyeron en Byrd fue el titulado «An Invitation to Lubberland», que en 1685 apareció en forma de hoja volandera. En esta larga narración en verso, el País de Jauja se pinta con los tonos de una tierra en la que todo el mundo puede «dedicarse a holgazanear y a vivir sin dar un palo al agua», de un universo en el que «cada cual puede hacer lo que le plazca». Véase *An Invitation to Lubberland, with an Account of the Great Plenty of That Fruitful Country* , Londres, *c* . 1685.

[164] Infección tropical de la piel, huesos y articulaciones causada por una espiroqueta. Por regla general comienza con una hinchazón redonda y dura de la piel, de dos a cinco centímetros de diámetro. (*N. del T.*)

[165] Byrd, HDL, *art. cit* ., pp. 192, 196; SH, *art. cit* ., pp. 59-61, 63. Los jabalíes se comen a sus propios lechones y jabatos. De hecho, devoran todo cuanto encuentran, incluidos los terneros y corderos recién nacidos. También son predadores, pero no desdeñan ni la carroña ni el estiércol. Es probable que la teoría de Byrd sobre la influencia de una dieta basada en la carne de porcino contenga elementos sacados de la crónica que John Lawson escribió en 1709 sobre la situación de Carolina del Norte. Lawson explica en ese texto que varios indios sufrían lesiones propias de la frambesia, y también asegura que el cerdo es una «comida asquerosa» que difunde fluidos perniciosos por el cuerpo. Véase Lefler, *A New Voyage to Carolina* , *op. cit* ., p. 25. La población inglesa asumía comúnmente que el hecho de padecer la mutilación de la nariz reducía a la persona a la condición de los animales, dado que se pensaba que el hombre era la única criatura que disponía de ese órgano. Los libros humorísticos ingleses se hallaban repletos de chistes crueles sobre individuos desnarigados. Véase Simon Dickie, «Hilarity and Pitilessness in the Mid-Eighteenth Century: English Jestbook Humor», *Eighteenth-Century Studies* , vol. 37, n.º 1, Exploring Sentiment, otoño de 2003, pp. 1- 22, y muy en especial las páginas 2 y 3.

[166] Byrd, HDL, *art. cit* ., pp. 160-161, 221-222, 296. Byrd tenía la sensación de que los indios eran gentes sanas y saludables y que la enfermiza lascivia europea no les debilitaba tanto como a los blancos: véase Fischer, *Suspect Relations* , *op. cit* ., pp. 75-77. Lawson argumentaba que los hombres debían unirse a mujeres indias en lugar de pasar «cuatro o cinco años en situación de servidumbre», ya que durante ese periodo podían caer enfermos o perder la vida. Tanto Lawson como Byrd sostenían que los matrimonios mixtos constituían un método de conquista mucho más eficaz que los enfrentamientos con derramamiento de sangre. Véase Lefler, *A New Voyage to Carolina* , *op. cit* ., pp. 192, 244, 246. Byrd adquirió más de cuatrocientos kilómetros cuadrados de tierras al oeste del

«País de Jauja» con la esperanza de fundar una comunidad estable de colonos venidos de la Suiza alemana. Su objetivo consistía en contrarrestar la inactividad de los holgazanes que había visto durante su expedición. En los últimos años de su vida se había adueñado ya de una superficie total de 726 kilómetros cuadrados. Véase Lockridge, *The Diary, and Life, of William Byrd* , *op. cit* ., p. 140; Wright y Tinling, *William Byrd of Virginia* , *op. cit* ., p. 41.

[167] Para los comentarios del reverendo John Urmston, que permaneció en Carolina del Norte entre los años 1711 y 1720, véase «Mr. Urmston's Letter», 7 de julio de 1711, en Saunders, *CRNC* , vol. 1, *op. cit* ., p. 770; para más información sobre las observaciones del gobernador Johnson, véase Ekirch, *Poor Carolina* , *op. cit* ., p. 67; y para el viajero que visitó la región décadas más tarde, véase el texto de J. F. D. Smyth titulado *A Tour of the United States of America* , Dublin, 1784, pp. 64-65.

[168] J. F. D. Smyth, *A Tour of the United States of America* , op. cit., p. 65.

[169] *A Voyage to Georgia: Begun in the Year 1735, by Frances Moore* , Georgia Historical Society, Savannah.

[170] Para saber más sobre el lema, véase Mills Lane (comp.), *General Oglethorpe's Georgia: Colonial Letters, 1733-1743* , Beehive Press, Savannah, Georgia, 1990, p. xviii. Para más información acerca del primer grupo de colonos, véase E. M. Coulter y A. B. Saye (comps.), *A List of the Early Settlers of Georgia* , University of Georgia Press, Athens, 1949, pp. xii, 111. Oglethorpe asumió el poco habitual papel de «comadrona» y ayudó a dar a luz a las mujeres embarazadas: véase el diario del viaje realizado a Georgia por Mr. Benjamin Ingham en ١٧٣٦, en Egmont Papers, Philips Collection, University of Georgia, vol. ١٤٢٠١, pp. ٤٤٣-٤٤٢; junto con la carta de Joseph Hetherington a Mr. Oglethorpe, de ٢٢ de marzo de ١٧٣٣/١٧٣٤, en Lane, *General Oglethorpe's Georgia* , *op. cit* ., p. 138.

[171] Para saber más acerca de la emulación, véase James Edward Oglethorpe, *Some Account of the Design for the Trustees for Establishing Colonies in America* , Rodney M. Baine y Phinizy Spalding (comps.), University of Georgia Press, Athens, 1990, pp. 31-32. Para más información acerca de los sacrificios que Oglethorpe hizo por la comunidad, y para el episodio en el que rechaza el lecho, véase la carta de Samuel Eveleigh a los fideicomisarios, de 6 de abril de 1733, en Lane, *General Oglethorpe's Georgia* , vol. 1, p. 13; junto con la que el gobernador Johnson envía a Benjamin Martyn el 28 de julio de 1733; la del señor Beaufain al señor Simond, de 23 de enero de 1733/1734, y el «Extract of a letter from Georgia», 7 de marzo de 1735/1736, Egmont Papers, vol. 14200, pp. 36, 62; y vol. 14201, p. 314.

[172] Oglethorpe, *Some Account of the Design* , *op. cit* ., p. 51; Rodney E. Baine, «General James Oglethorpe and the Expedition Against St. Augustine», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 84, n.º 2, verano de 2000, pp. 197-229, y especialmente la 197 y la 198. Para más información acerca de la concepción militar que presidía la planificación de Savannah, véase Turpin C. Bannister, «Oglethorpe's Sources for the Savannah Plan», *Journal of the Society of Architectural Historians* , vol. 20, n.º 2, mayo de 1961, pp. 47-62, y especialmente de la 60 a la 62.

[173] Oglethorpe deseaba que Georgia permitiera que los hombres «trabajasen para llevar una vida decente» y estimaba que el rendimiento laboral de las esposas y los primogénitos eliminaba la necesidad de recurrir a criados y esclavos: véase James Oglethorpe, *A New and Accurate Account of the Provinces of South-Carolina and Georgia* , Londres, 1733, pp. 39, 42-43; véase también la carta de Philip Thicknesse a su madre, de 3 de noviembre de 1736, en Lane, *General Oglethorpe's Georgia* , vol. 1, *op. cit* ., p. 281; junto con Rodney Baine, «Philip Thicknesse's Reminiscences of Early Georgia», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 74, n.º 4, invierno de 1990, pp. 672-698, y especialmente las páginas 694-695 y 697-698. Para saber más sobre la idea del ciudadano-soldado, véase Benjamin Martyn, *An Account, Showing the Progress of the Colony* , Londres, 1741, p. 18.

Para el punto de vista que expresa Oglethorpe en relación con las mujeres y la limpieza, véase Oglethorpe, *Some Account of the Design* , *op. cit* ., pp. 23, 26 y 29-31. Para más información sobre el problema de las mujeres esclavizadas, véase Betty Wood, *Slavery in Colonial Georgia, 1730-1775* , University of Georgia Press, Athens, 1984, p. 18. Entre el año 1732 y septiembre de 1741, el 45,4 por ciento de los colonos enviados a Georgia como resultado de una obra de caridad pertenecían al grupo de los «protestantes extranjeros»: véase Coulter y Saye, *A List of the Early Settlers* , *op. cit* ., p. x.

[174] La actual Charleston, que es la localidad más antigua de Carolina del Sur, llevó el nombre que aparece en el texto entre los años 1680 y 1783, en honor del rey Carlos II de Inglaterra (razón por la que al término de la Revolución estadounidense modificó su denominación). (*N. del T.*)

[175] Carta de James Oglethorpe a los fideicomisarios, 12 de agosto de 1733, en Egmont Papers, vol. 14200, *op. cit* ., pp. 38-39.

[176] Véase la carta del coronel William Byrd a lord Egmont, ١٢ de julio de ١٧٣٦, en «Colonel William Byrd on Slavery and Indentured Servants, ١٧٣٦, ١٧٣٩», *American Historical Review* , vol. 1, n.º 1, octubre de 1895, pp. 88-99, y en especial la página 89. Para más información acerca de John Colleton, véase J. E. Buchanan, «The Colleton Family and Early History of South Carolina and Barbados, 1646-1775», tesis doctoral, University of Edinburgh, 1989, p. 33.

[177] Carta de James Oglethorpe a los fideicomisarios, 17 de enero de 1738/1739, Egmont Papers, vol. 14203, *op. cit* ., p. 143.

[178] Véase «The Sailors Advocate. To Be Continued», Londres, ١٧٢٨, pp. ٨, ١٠-١٧; junto con Julie Anne Sweet, «The British Sailors' Advocate: James Oglethorpe's First Philanthropic Venture», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 91, n.º 1, primavera de 2007, pp. 1-27, y sobre todo de la 4 a la 10, y la 12.

[179] Cartas de John Vat a Henry Newman, de 30 de mayo de 1735, y de Patrick Tailfer y otros a los fideicomisarios, 27 de agosto de 1735, en Lane, *General Oglethorpe's Georgia* , vol. 1, pp. 178, 225.

[180] Véase «Oglethorpe State of Georgia», ١١ de octubre de ١٧٣٩ (Introductory Discourse to the State of the Colony of Georgia), Egmont Papers, vol. ١٤٢٠٤, *op. cit* ., p. 35; así como «The Sailors Advocate», *art. cit* ., p. 12; Wood, *Slavery in Colonial Georgia* , *op. cit* ., p. 66; Coulter y Saye, *A List of the Early Settlers* , *op. cit* ., pp. 106-111.

[181] Respecto al reducido número de esclavos indios, véase Rodney M. Baine, «Indian Slavery in Colonial Georgia», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 79, n.º 2, verano de 1995, pp. 418-424. Para saber más sobre el endeudamiento y las situaciones de vulnerabilidad económica, véase Oglethorpe, *Some Account of the Design* , *op. cit* ., pp. 11-12; junto con ídem, *A New and Accurate Account* , *op. cit* ., pp. 30-33; y Rodney M. Baine, «New Perspectives on Debtors in Colonial Georgia», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 77, n.º 1, primavera de 1993, pp. 1-19, y sobre todo la página 4.

[182] Véase Milton L. Ready, «Land Tenure in Trusteeship Georgia», *Agricultural History* , vol. 48, n.º 3, julio de 1974, pp. 353-368, y en especial las páginas 353 a 357 y 359.

[183] Véase la traducción de la carta que envía el reverendo Dumont al señor Benjamin Martyn el ٢١ de mayo de ١٧٣٤, Egmont Papers, vol. ١٤٢٠٧, *op. cit* . Dumont redactó su escrito en Róterdam, en representación de una comunidad de protestantes valdenses.

[184] Véase Oglethorpe, *A New and Accurate Account* , *op. cit* ., pp. 73–75. En otros panfletos de promoción de su plan colonial, Oglethorpe utilizará un argumento similar, referido en esta ocasión a las colonias de la antigua Roma, y en ese sentido señalará que los únicos hombres que contraían matrimonio y tenían hijos eran los que poseían tierras: véase Oglethorpe, *Some Account of the Design* , *op. cit* ., pp. 6, 9-10, 40.

[185] Cartas de James Oglethorpe a los fideicomisarios, 16 de enero de 1738/1739, y de ídem a ídem, 17 de enero de 1738/1739, en Egmont Papers, vol. 14203, *op. cit* ., pp. 142-143.

[186] Wood, *Slavery in Colonial Georgia* , *op. cit* ., p. 67.

[187] Para el intento de asesinato, véase el artículo titulado «New York. Jan. 9. We Hear from Georgia», *Boston Gazette* , 22 de enero de 1739.

[188] Alan Gallay, «Jonathan Bryan's Plantation Empire: Land, Politics, and the Formation of a Ruling Class in Colonial Georgia», *William and Mary Quarterly* , vol. 45, n.º 2, abril de 1988, pp. 253-279, y especialmente las páginas 253, 257-260 y 275.

03

El encaste norteamericano de Benjamin Franklin

La demografía de la mediocridad

«En un país joven que tiene verdadera necesidad de multiplicar sus habitantes, ¿cabe considerar delictiva (en el sentido de la naturaleza de las cosas, quiero decir) una acción que aumenta el número de súbditos del rey?».

BENJAMIN FRANKLIN
«El discurso de Polly Baker», 1747

Como a todo anglosajón culto, a Benjamin Franklin también le obsesionaba la ociosidad. En su *Poor Richard's Almanack* de 1741, Franklin ofrece un conocido consejo en el que reverbera el eco de las convicciones de Hakluyt, Winthrop y Byrd: «¡Arriba, haragán! ¡No desperdicies la vida! Ya dormirás bastante en la sepultura…». Nada hay nuevo en esta estridente y manida defensa del trabajo duro como fórmula para alcanzar la opulencia. [189]

En las décadas de 1740 y 1750, Franklin se encontró en una posición magnífica para intervenir en el debate, entonces muy vivo, sobre las clases sociales y la colonización de Norteamérica. Nacido en el seno de la modesta familia de un comerciante, él mismo se estableció y alcanzó el éxito como impresor, ya que en 1729 comenzó a publicar la *Pennsylvania Gazette* . Tres años más tarde, sus planchas tipográficas sacaban a la luz el primer ejemplar de la larga y rentable serie de almanaques que habrían de salir de su taller. Con su notable ingenio público, Franklin había aprendido a dominar el arte de la ventriloquía impresa, ya que en las páginas de sus publicaciones caricaturizaba a todos los individuos que guardaban relación con las colonias. Siendo todavía un adolescente, Franklin ya se había hecho pasar por una madura viuda de Boston en las cartas que enviaba al periódico *New-England Courant* [190] bajo el seudónimo de «Silence

Dogood». Dingo, un esclavo africano, fue otro de los *alter ego* que adoptó como articulista. El pobre Richard Saunders, el personaje que aparecía en sus almanaques, era un comerciante dominado por su mujer cuyos estupendos proverbios resultaban cómicamente incompatibles con las constantes quejas que le inspiraban los cotidianos malabarismos que se veía obligado a hacer para estirar sus ingresos hasta fin de mes. Tan grande fue el éxito que consiguió Franklin en la expansión de su taller de imprenta —cuyo crecimiento promovió mediante la asociación con distintos inversores y el perfeccionamiento de sus máscaras literarias— que en 1748 halló ocasión de desentenderse de la diaria atención a las cuestiones comerciales. [191]

Liberado de todo quehacer obligatorio, Franklin fue elegido miembro de la Asamblea de Pensilvania en 1751, lo que le permitió continuar promoviendo activamente sus proyectos cívicos. Contribuyó a fundar un hospital y una academia para varones jóvenes en Filadelfia. En esa misma década, sus experimentos en el campo de la electricidad causaron una honda impresión en Europa. Recibió el prestigioso galardón de la Medalla Copley de la Real Sociedad de Londres. Poco después se le concedían títulos honoríficos en Harvard, Yale y la Universidad de William y Mary de Virginia. Tras ser nombrado director general de correos, promovió una serie de reformas destinadas a mejorar las comunicaciones entre las colonias. En 1754, en el Congreso de Albany, propuso la creación de un organismo de gobernación intercolonial orientado a la organización de la defensa militar de sus miembros y a la promoción de la expansión de los asentamientos norteamericanos hacia el oeste. Pese a que el proyecto quedara aprobado en la conferencia, lo cierto es que las colonias no llegaron a ratificar el plan de unión. [192]

Como principal científico del Nuevo Mundo, Franklin se encargó de divulgar las últimas teorías de sus diversos campos. En este sentido, lo más interesante es el hecho de que se esforzara en aplicar los conocimientos de la ciencia al más desconcertante de los temas: el de la creación de clases sociales. Para los pensadores británicos del siglo XVIII , la idea de que la constitución de las sociedades civilizadas solía brotar de la fundamental necesidad humana de crear un clima de seguridad capaz de garantizar la supervivencia de la comunidad y sus individuos era un verdadero artículo de fe. Sin embargo, también existía la convicción de que la inclinación al lujo de esas mismas sociedades provocaba su gradual corrupción y acababa

por generar su decadencia. El auge y caída del Imperio romano era el elemento que respaldaba todo ese planteamiento, y lo que consiguió Franklin fue imprimir un vuelco en el punto de apoyo de la teoría para basarlo en la biología humana. Lo que latía bajo el conjunto de los empeños humanos era un paquete de instintos animales de carácter visceral, y de entre ellos, el más sobresaliente era el que empujaba a los seres humanos a rehuir el dolor y perseguir el placer. Un superávit de placer daba lugar al surgimiento de una sociedad en declive; y un exceso de dolor desembocaba en situaciones de tiranía y opresión. En algún punto intermedio existía un feliz equilibrio del que brotaba una sociedad apta para canalizar las mejores propensiones animales del género humano. [193]

¿Ofrecía Norteamérica el entorno necesario para lograr ese gratificante punto medio? Franklin estaba convencido de que así era. Sus singulares condiciones podían despojar al sistema del Viejo Mundo de sus antinaturales tendencias. Aquel inmenso continente otorgaba a los norteamericanos una ventaja demográfica, ya que les permitía procrear con rapidez y de forma más fructífera que sus homólogos ingleses. Al no estar obligados a vivir en ciudades abarrotadas de gente y hallarse igualmente libres de la creciente masa de desempleados y pobres, los norteamericanos se hallaban en perfectas condiciones para rehuir los extremos de la gran opulencia y la miseria demoledora. En lugar de entregarse a una frenética competencia por los recursos, la mayoría de sus habitantes podría contentarse sin ninguna dificultad con ocupar una posición media, instaurándose así un estado de cosas al que Franklin dio el nombre de «feliz mediocridad».

La industriosa hormiga —otro de los insectos favoritos de los ingleses— proporcionó a Franklin las pruebas que necesitaba. En 1748, al contemplar que uno de esos bichitos se ponía a la cabeza de una larga hilera de congéneres para conducirlos hasta un cordel que les permitiría alcanzar un bote de melaza que colgaba del techo, Franklin descubrió que las hormigas podían comunicarse entre sí. Esto avivó todavía más su innata curiosidad por el comportamiento animal, así que dos años después ideó un experimento con palomas. Tras colocar varias parejas de aves en una arqueta, observó que se reproducían rápidamente, pero no permitían que el espacio en el que se movían acabara superpoblado. Los pájaros ponían en marcha un proceso de selección natural, dado que los ejemplares «fuertes y de mayor edad expulsaban a los jóvenes y débiles, obligándoles a buscar

nuevas habitaciones». Además, a medida que él iba añadiendo cajas, las palomas procedían a colmarlas, adaptando el ritmo de su reproducción a la cantidad de espacio y comida disponible. [194]

Hormigas y palomas. Resultaba muy sencillo comparar la conducta de las criaturas de existencia gregaria con la de los seres humanos. Al reducir todas las acciones de la gente al predominante impulso de la procura del placer y la evitación del dolor, el espíritu utilitarista de Franklin quedó convencido de que las fuerzas que impulsaban el desarrollo social tenían muy poco que ver con la religión o la moralidad. Si los hombres y las mujeres eran fundamentalmente animales, había que concluir que sus instintos les empujaban a comer, procrear y moverse. Esta última cualidad o sensación era lo que Franklin denominaba «dificultad para el reposo», y su origen se encontraba en la aparente semejanza que existía, a su juicio, entre el impulso migratorio animal y el humano. Las personas daban muestras de un deseo deambulatorio que iba acompañado de la voluntad de avanzar y mejorar su posición. Las tierras sin cultivar despertaban el instinto de la emigración, y lo mismo ocurría cuando los recursos eran limitados; el mecanismo apenas se diferenciaba del que regía la vida de las palomas jóvenes, que se veían obligadas a partir en busca de un nuevo hábitat. En la idea de la «dificultad para el reposo» de Franklin parecen reverberar los ecos de las tesis de Richard Hakluyt el Joven, que mantenía que todos los ingleses sentían la «atracción del extranjero», lo que explicaba que se tratase de un pueblo dedicado a la búsqueda de nuevos espacios y a la procura de vías de acceso inéditas a la riqueza. [195]

En uno de sus tratados más importantes —el de «Observations Concerning the Increase of Mankind», de 1751—, Franklin vaticina que la población norteamericana se duplicará en el breve lapso de veinte años. La ociosidad será barrida y desaparecerá de la lista de características anglosajonas. La aparición de familias numerosas espoleará el ánimo industrioso de los padres. Los niños tendrán ocasión de trabajar, no solo por el deseo de imitar a sus progenitores, sino en virtud de su propio impulso de supervivencia. Se crearán así distintas clases sociales, pero estas se hallarán en un estado de continua fluidez y reajuste, ya que la gente se dispersará por el territorio y ocupará todos los espacios disponibles. [196]

Era preciso proporcionar incentivos a las parejas a fin de que se animaran a tener más hijos. En sus «Observations», Franklin recuerda a sus lectores que en tiempos del Imperio romano se recompensaba a las mujeres

especialmente fértiles en función del número de hijos que hubieran traído al mundo. A las esclavas se las gratificaba con la manumisión, y a las viudas libres que eran madres de una abundante prole se les concedían los derechos de propiedad y la autonomía jurídica normalmente reservada a los hombres que gozaban de libertad. Lo que Franklin pretendía establecer con esa argumentación era que los grandes imperios necesitaban disponer de una población muy numerosa (ya que su fortaleza dependía de la cantidad) a fin de poblar y colonizar los territorios que conquistaban. Además, los alicientes que ofrecía Norteamérica eran de un tipo distinto al habitual en otras regiones del mundo, ya que se basaban en la enorme disponibilidad de tierras y en la posibilidad de contraer matrimonio a edades muy tempranas. [197]

La más pura expresión de la filosofía reproductiva de Benjamin Franklin llegará en el escrito satírico de 1747 titulado «El discurso de Polly Baker». Tras presentarse ante el juez, la señora Baker es hallada culpable del cargo de haber dado a luz, por quinta vez, a un hijo ilegítimo. La encausada, que ejerce su propia defensa, se presenta como una mujer diligente: «He traído al mundo cinco hermosas criaturas, con riesgo de mi vida; las he mantenido bien con mi trabajo, sin aumentar ni agobiar los cargos del municipio». La confianza que muestra en sí misma se ve reforzada por la clara conciencia que tiene de haber hecho un servicio a la patria, de modo que añade en su alegato que ha «aumentado el número de súbditos del rey», y esto «en un país joven que tiene verdadera necesidad de multiplicar sus habitantes». El mensaje que lanza es que debería premiársela, y no lo contrario.

El grave aprieto en el que se ve sumida la señora Baker no obedece a ninguna falta por su parte. Ella hubiera querido casarse, habría deseado demostrar que era «frugal, fértil y económica; condiciones todas propias de una buena esposa». ¿Tenía ella la culpa de que el número de solteros del país fuese en aumento?, argumenta. ¿Y cómo podría juzgarse pecaminosa su conducta si Dios mismo, «con su divina destreza y maestría», había formado los cuerpos de sus hermosos hijos? ¿Acaso no había atendido a su más alta obligación, al «primer y más grande mandamiento de Dios y de la naturaleza: *Creced y multiplicaos* »? Desde el punto de vista de Franklin, esas dos entidades, Dios y la naturaleza, estaban del lado de la señora Baker, y su condena procedía únicamente de unas leyes absurdas y de un conjunto de sanciones eclesiásticas obsoletas. Y para fijar claramente su postura, Franklin remata el escrito con una chistosa coletilla: el juez que la

había recibido en audiencia había quedado tan convencido de sus razones que al día siguiente se casó con ella. [198]

El poco convencional texto de Franklin tocaba todos los extremos que estaba tratando de probar mediante una serie de cálculos demográficos y meticulosos razonamientos en sus «Observations». Ambos ensayos deben leerse en paralelo. Y tampoco es casual que diera al personaje de su artículo el apellido «Baker», dado que es una astuta referencia al útero femenino entendido como horno, una ocurrencia muy popular entre los escritores ingleses de la época. A los ojos de Franklin, que era un hombre versado a un tiempo en la ciencia y en el comercio, la tarea de la reproducción era un trabajo en toda regla y debía valorarse como tal. Dado que «aumentaba el número de súbditos del rey», el esfuerzo de la procreación era uno de los activos del Imperio.

Para Franklin también tenía sentido que su relato señalara con el dedo a los solteros. Tanto en las colonias norteamericanas como en Inglaterra, la existencia de hombres solteros dotados, sin embargo, de buenos medios económicos constituía un auténtico escándalo. A quienes presentaban ese perfil se les ridiculizaba y se les llamaba hermafroditas, mitad varones y mitad hembras. El castigo que Franklin prescribe para ellos, y que también exigía un periódico de Nueva York, debía consistir en obligarles a afeitarse la mitad de la barba, para que su mismo rostro indicara a las claras su demediada masculinidad. Otros opinaban que debían perder su herencia. Si los campos podían dejarse en barbecho, también la fertilidad humana podía permanecer inactiva y echarse a perder. Al no tener hijos y malgastar su simiente, los hombres solteros se regodeaban en la peor clase de ociosidad reproductiva. [199]

Por el contrario, los hijos bastardos incrementaban el total demográfico y contribuían a la solvencia del Imperio. Las propias circunstancias biográficas de Franklin reforzaban este punto de vista. Su hijo William (que llegaría a ser gobernador colonial de Nueva Jersey) era ilegítimo. A su vez, el propio William tendría un hijo fuera del matrimonio, William Temple Franklin, y Temple (pues así se le conocía) aun añadiría otros dos descendientes ilegítimos al árbol genealógico de los Franklin. Los bastardos formaban parte de la tradición familiar de nuestro protagonista. [200]

Al igual que John Locke, también Franklin estaba persuadido de que los chiquillos sanos constituían el «tesoro de las naciones». No obstante, en la década de 1750, lo que le animaba a promover el desarrollo natural de las

cifras de población era más la política colonial que una curiosidad de carácter estrictamente científico. Según afirmaba Franklin sin ambages, los chiquillos saludables, con su futura fecundidad, representaban un activo muy especial, y en Norteamérica más que en cualquier otro lugar. En sus «Observations», Franklin trataba de convencer a los responsables políticos ingleses de que no debía considerarse preferible la situación de las islas del Caribe a la del modelo colonial británico. Franklin deploraba el desequilibrio racial que imperaba en las Indias Occidentales, donde la población de jornaleros blancos se mantenía en niveles artificialmente bajos. Los dueños de esclavos, que eludían realizar las labores de su propia incumbencia, padecían taras físicas y se hallaban «debilitados, de modo que, por regla general, no se revelaban prolíficos». En resumen, Franklin concluía que la esclavitud abocaba a los anglosajones a la ociosidad y a la impotencia. [201]

Franklin estaba asimismo convencido de que la esclavitud constituía un pésimo ejemplo educativo para los niños en edad escolar: «Los muchachos blancos se vuelven orgullosos, aprenden a juzgar repugnante el trabajo duro y, al crecer en la ociosidad, se vuelven incapaces de ganarse la vida por sus propios medios». Estas palabras reflejan en cierto modo las tesis que William Byrd había consignado en sus escritos sobre los blancos pobres de Virginia. En 1726, Byrd había admitido a los fideicomisarios de Georgia que los labriegos blancos pobres habían acabado por despreciar el trabajo, y que preferían robar a roturar los campos. Franklin modificó sustancialmente esa ecuación: la esclavitud corrompía a todos los hombres blancos, fuesen ricos o pobres.

En las colonias del norte, Franklin estaba dando forma a una zona basada en el trabajo libre, y lo hacía además a mayor escala que Oglethorpe. Y el mágico elixir que debía permitirle la materialización de esa idealizada América británica era, en definitiva, la procreación. Franklin imaginaba que la expansión por el continente y la determinación de poblarlo con colonos fértiles era la clave para la creación de una sociedad más estable. Su solución imitaba de manera casi exacta el sistema laboral que Oglethorpe había tratado de implantar en Georgia, aunque sin conseguir que arraigara de forma permanente, así que, de acuerdo con su plan, los chiquillos vendrían a sustituir a los criados forzosos y a los esclavos al asumir sus duras labores.

Franklin difundió su teoría en un clima marcado por una guerra total y un constante cambio de los límites de lo explorado en el continente norteamericano. En la década de 1760, publicó escritos de apoyo a la reivindicación británica del territorio canadiense, ansioso por añadir esa vasta inmensidad al Imperio tras la derrota que Francia había sufrido a manos de Inglaterra en la Guerra de los Siete Años. Los colonos británicos poblarían la tierra y, de hecho, la mayoría de ellos conservarían la condición de «personas corrientes», felizmente entregadas a las labores agrícolas. En claro contraste con las islas en las que se cultivaba la caña de azúcar, cuya estructura estaba desequilibrada, la deseable «mediocridad de fortunas» de Norteamérica haría que la creciente población dependiera notablemente del consumo de artículos fabricados en Inglaterra. Se trataba de un estado de cosas en el que tanto los comerciantes ingleses como los colonos norteamericanos salían ganando, dado que el crecimiento demográfico lograría incrementar a un tiempo el volumen comercial y la producción de las manufacturas de Inglaterra. Sin temor a caer en la exageración, Franklin advirtió al Parlamento británico de que no tratara de acorralar a la población colonial. Si se negaba a añadir el Canadá a los territorios de las Trece Colonias, [202] la máxima autoridad legislativa de Gran Bretaña se comportaría igual que una cruel comadrona empeñada en asfixiar a la tercera o la cuarta parte de los hijos que Norteamérica podía engendrar. [203]

La teoría natalista de Franklin cuajó con fuerza, hasta el punto de convertirse en los siglos inmediatamente posteriores en uno de los más clásicos argumentos del excepcionalismo americano. Franklin expuso en este sentido tres tesis de peso. En primer lugar, prometía que la emigración hacia el oeste vendría acompañada de una importante estabilidad de las clases sociales. En segundo lugar, sostenía que la dispersión demográfica reduciría los conflictos de clase y estimularía un reparto más equitativo de la riqueza entre la población. Y en tercer lugar, recogía en su concepto de la «mediocridad de fortunas» su fe en la proliferación de la clase media. Las familias de granjeros que animaban su proyecto no eran pobres ni autosuficientes, sino que practicaban una especial variante de agricultura comercial consistente en la producción de bienes suficientes para mantener, por un lado, a sus integrantes y poder comprar artículos británicos, por otro. [204]

La característica más sorprendente de esta teoría radicaba en el hecho de que el tipo de satisfacción de clase al que se refería podía lograrse por

medios naturales, o, por decirlo de un modo más directo, dejando que la naturaleza siguiera su curso. El Imperio británico, con sus bien entrenadas tropas terrestres y su poderosa armada, garantizaría la seguridad del territorio. Y una vez conseguido esto, las tierras aún sin conquistar se transformarían en una tentación tan irresistible para los colonos como el bote de melaza para las hormigas. En una tierra de oportunidades, la tendencia a la procreación se desarrollaba de un modo más natural, dado que las familias se sentían felices y seguras. Existían, por tanto, menos probabilidades de que se reprodujeran las rígidas distinciones de clase y el acaparamiento de recursos del Viejo Mundo. La compresión de las clases [205] persistiría mientras continuara la adquisición de nuevas tierras susceptibles de permitir una dispersión demográfica y de los asentamientos. La industria, la frugalidad y la fecundidad eran el resultado natural de esa feliz mediocridad.

¿Cabe considerar realista la teoría de Franklin? ¿Y en qué medida su planteamiento se funda en simples ilusiones en lugar de en una razonable explicación de la conducta humana? Para empezar, los colonos norteamericanos del siglo XVIII —y esto se aplica igualmente a sus compatriotas actuales— no tenían nada en común ni con las hormigas ni con las palomas. La naturaleza humana no discurre por los cauces de ningún modelo mecanicista que establezca una pauta de reacciones predecibles al placer y el dolor. Y la omnipotente mano de la naturaleza que guía al género humano imaginado por Franklin no puede eludir en ningún momento la mediación de las fuerzas, igualmente poderosas, de la política y la cultura. ¿Puede afirmarse verdaderamente que la gente actúa como el ratón en un laberinto? ¿O hemos de entender que los procesos de la colonización, la migración y el poblamiento son más complejos, caóticos e inciertos de lo que prometía su grandiosa teoría?

Las vivencias del propio Franklin desmienten el optimismo que manifiesta respecto a la facilidad de movimientos de los colonos. En su adolescencia, Franklin había abandonado Boston para huir a Filadelfia, poniendo de ese modo fin al trimestre que debía haber pasado como aprendiz de su hermano mayor e incumpliendo el compromiso contractual que había adquirido con él. Convertido en fugitivo y vagabundo, Franklin había pasado a integrar así las filas de los perseguidos por la justicia. Sus desplazamientos, como los de otros muchos como él, se habían producido al

azar, de una manera mucho menos metódica que la seguida por las hormigas que tanto le gustaba estudiar. Es muy probable que William Moraley —que llegó a Filadelfia en la misma década que el joven Franklin y que escribió unas memorias sobre sus experiencias— haya descrito mucho mejor la situación, ya que se compara con una «pelota de tenis en manos de la fortuna», lo que significa que no le quedó más remedio que ir rebotando de amo en amo. Pese a sus dotes literarias y a su formación como actuario judicial y relojero, la peripecia personal de Moraley (nada acorde con las suposiciones del Franklin adulto) le llevó a dar vueltas en redondo, sin conseguir ascender jamás los peldaños del escalafón social. La inquietud y la diligencia no garantizaban en absoluto la movilidad social. [206]

A medida que avanzaba el siglo XVIII , la pobreza fue convirtiéndose gradualmente en un fenómeno cada vez más común. Además de pasar por periodos de terrible depresión económica y de soportar unos inviernos que la sumían en un frío glacial, Filadelfia se encontraba recurrentemente falta de madera, con lo que los pobres se exponían realmente a morir congelados. En 1784, un hombre que pertenecía a la masa de trabajadores pobres de la ciudad envió un escrito al periódico local para explicar que tenía seis hijos y que, a pesar de «luchar con todas sus fuerzas», no hallaba el modo de mantenerlos. El trabajo duro, por sí mismo, no era el portentoso bálsamo que Franklin imaginaba para la consecución de la independencia económica, y, de hecho, su suposición de que las familias numerosas permitían a los padres disponer invariablemente de una gran ayuda se reveló igualmente incorrecta. Se equivocó incluso al consignar en una serie de tablas los índices de natalidad de Norteamérica. En Filadelfia, la mortalidad infantil era asombrosamente elevada, comparable a la que se registraba en Inglaterra, lo que demuestra que las predicciones en las que Franklin vaticinaba el surgimiento de una población sana y feliz se debían más a la retórica que a una casuística demográfica exacta. [207]

Ese hombre hecho a sí mismo, que era la quintaesencia del éxito a la norteamericana, no podía en realidad labrarse su propia fortuna. La sola idea de que pudiera ser así resulta ridícula, máxime teniendo en cuenta la ineludible red de relaciones entre patrón y cliente que definían el pequeño mundo de Filadelfia. Para promover su ascenso y amortiguar la dureza del esfuerzo inicial, Franklin se vio obligado a solicitar el concurso de un conjunto de padrinos influyentes, ya que sin ellos no habría podido conseguir los contactos y los préstamos que le permitieron adquirir el

capital necesario para abrir su imprenta e invertir en las costosas máquinas del oficio.

Para Franklin, la obtención de esos padrinazgos y la difícil seducción de las diferentes facciones políticas en liza fue un empeño arduo y complejo. La estructura de clase de Pensilvania tenía algunas particularidades verdaderamente insólitas. En la cima de la pirámide social se encontraban los lores propietarios de la región, todos ellos pertenecientes a la familia de William Penn. Estos potentados no solo poseían inmensas porciones de tierra, sino que también se encargaban de recaudar las rentas. A continuación venían los acaudalados terratenientes y comerciantes cuáqueros, fuertemente unidos por lazos religiosos y de parentesco. En el siglo XVIII , la Sociedad Religiosa de los Amigos [208] comenzó a renegar de cualquier miembro de la asociación que se atreviera a contraer matrimonio con personas ajenas a la secta; una medida disuasoria que provocó auténticas dificultades económicas, dado que privaba a los expulsados de importantes recursos comerciales y hacía poco menos que imposible la consecución de préstamos y la compra de tierras. [209]

Franklin no era ni cuáquero ni nada que se le pareciera (pese a que encontrara algunos atractivos especiales en sus principios religiosos), pero sí que desarrolló sólidas relaciones personales con varios miembros cosmopolitas y sumamente cultos de esa particular confesión, tanto en Filadelfia como en Inglaterra. Se apoyó en distintos mecenas cuáqueros, sobre todo en los inicios de su empresa de impresión. Al igual que otro de sus patrocinadores, el abogado Alexander Hamilton, un líder del partido cuáquero que, sin embargo, no profesaba las convicciones de la secta (y que tampoco tenía vínculos de parentesco con el político posterior), también Franklin se alineó al principio con la Sociedad Religiosa de los Amigos, y no solo en las cuestiones locales, sino también en las asociadas con los objetivos del Imperio. Sin embargo, cuando hubo de adoptar una posición ortodoxa sobre el pacifismo, Franklin se apartó de las posturas cuáqueras. Sus amigos pertenecían al grupo de los cuáqueros liberales, los cuales no se mostraban exclusivistas a la hora de decidir qué tipo de personas debían ejercer influencia en el seno de la facción política del partido cuáquero. Eso había sido justamente lo que había permitido a Hamilton hacerse con el poder en Pensilvania y uno de los factores que habían contribuido a que Franklin fuera nombrado secretario de la Asamblea de la Provincia,

circunstancia que a su vez le permitiría realizar su entrada oficial en la escena política local. [210]

La Sociedad de los Amigos no gobernaba sin oposición. Había también una facción de la élite formada por individuos no cuáqueros que mantenían buenas relaciones tanto con los lores propietarios como con la Iglesia anglicana. Su influencia política derivaba de los fuertes lazos comerciales que les unían con Inglaterra y con las más importantes contadurías escocesas. Además, su poder crecería todavía más al adquirir miles de hectáreas de las más lucrativas parcelas de tierra de la provincia, cosa que lograron debido a que la supervisión de la Oficina del Registro Catastral se hallaba en manos de los propietarios de mayor relevancia. Se les acabó conociendo con el nombre de «partido de los propietarios», y su formación pasó a ser una entidad rival de los opulentos cuáqueros. Pese a que Franklin iniciara su ascenso como maestro artesano e impresor, no podía ignorar a los comerciantes coloniales de ninguno de los dos partidos. Se trataba de negociantes que operaban en el ancho mundo: eran mayoristas, lo que significa que pertenecían a una clase claramente distinta de los dependientes o profesionales como Franklin, y muchos de ellos eran extremadamente ricos. La disponibilidad de grandes cantidades de papel moneda les ayudaba a cerrar sus operaciones de ultramar, y el contrato que Franklin consiguió de la Asamblea de Pensilvania, al encargarle esta que imprimiera los billetes, le aproximó a las élites comerciales. [211]

En Pensilvania, el estatuto de clase seguía encontrando su fundamento en el apellido, dado que la cúpula social se hallaba dominada por los miembros de las familias Penn, Pemberton y Logan, es decir, por los propietarios y las élites cuáqueras. Inmediatamente por debajo aparecía una creciente franja formada por los comerciantes que operaban a ambos lados del Atlántico, y sus miembros ponían buen cuidado en distinguirse del resto mediante una llamativa exhibición de riqueza. Todas estas familias poseían esclavos y criados, tomaban el té en juegos de plata, vestían telas muy costosas, vivían en vastas mansiones y se desplazaban en buenos carruajes. En 1748, en la época en que se encontró en situación de retirarse de sus actividades como impresor, Franklin había ingresado ya en el exclusivo grupo del diez por ciento de los habitantes más ricos de Pensilvania, poseía un caballo y un cabriolé y había invertido en una gran parcela de tierra. La propiedad de un coche de caballos era un símbolo de buena posición, incluso entre los cuáqueros más corrientes, a los que se reconocía fácilmente debido a su

sencilla vestimenta. En la Filadelfia de 1774 —ciudad que por entonces contaba quince mil almas— solo ochenta y cuatro poseían un vehículo de tracción animal. [212]

La determinación de la clase social se hallaba vinculada básicamente a la riqueza y el apellido y se manifestaba a través de las apariencias y la reputación. Franklin lo comprendió perfectamente bien. El primer retrato que se le hizo, pintado en 1746, no nos lo muestra ataviado con el delantal de cuero que empleaba para componer las planchas tipográficas, y tampoco le vemos empujando una carretilla por las calles, según la imagen que a él mismo le gusta emplear para describirse en su *Autobiografía* , subrayando con ello su condición de laborioso trabajador. Posa bajo una respetable peluca y envuelto en una espléndida camisa con chorreras, dándose todo el aire de un miembro de la «mejor clase» de la sociedad. [213]

Y si la vertiente material de su apariencia era el elemento que definía a los lores propietarios y a la población acaudalada, englobándolos bajo ese membrete de la «mejor clase», la misma regla se aplicaba en sentido contrario al extremo opuesto del espectro social, el de las gentes de «baja estofa». Existía una distinción legal entre las personas libres y las carentes de libertad, grupo este último en el que no solo quedaban incluidos los esclavos, sino también los criados forzosos, los trabajadores convictos y los aprendices. En su condición de individuos dependientes de otros, a todos ellos se los clasificaba como mediocres, serviles y malcriados. En poco tiempo, miles de braceros no libres se habían presentado en Filadelfia, de modo que, ya en 1730, Franklin se quejaba del gran número de «vagos e individuos ociosos» que habían invadido la colonia. De hecho, escribió estas palabras después de que él mismo hubiera escapado a la pobreza pocos años antes. Había llegado a Filadelfia en 1723 como prófugo, mal vestido y con las ropas sucias y empapadas. [214]

Para bien o para mal, las palabras «clase» o «estofa», asociadas a los adjetivos «mejor» y «baja», estaban cargadas de connotaciones. [215] Hacían referencia a distintas calidades de artículos comerciales. Los botones y el tabaco se clasificaban por «clases». En 1733 se publicó en un periódico de Nueva York un anuncio publicitario en el que se ofrecía «la venta de abanicos hechos con las mejores y más vulgares clases de materiales». A diferencia del giro lingüístico empleado en la expresión «ganado de cría», que medía el valor de una raza animal en función de su pedigrí, las clases de artículos comerciales resaltaban preferentemente la presencia exterior,

como sucede cada vez que se distinguen los objetos de calidad de los que resultan más económicos. Al ser un pueblo de comerciantes, los británicos tendían a concebir las clases sociales con esos mismos parámetros. Si un periódico aludía a un hecho asociado con «gentes de baja estofa», la expresión podía entenderse, con idéntica facilidad, como la descripción de una categoría inferior de personas o como una valoración negativa del tipo de ropa que vestían, es decir, como una indicación de que la tela era basta, mal acabada, hecha con telas de escasa calidad y de confección muy barata. [216]

Por regla general, la mediocridad del aspecto indicaba pobreza y una desagradable situación de dependencia, ya adoptara esta la forma de una sujeción a la caridad ajena o el aspecto de un trabajo obligatorio en un asilo para necesitados. Tanto en Filadelfia como Boston y Nueva York había hospicios y casas de beneficencia. No obstante, la medianía también se hallaba asociada con la condición de criado, y su exponente más visible era la sumisión. Las personas pertenecientes a las clases inferiores eran objeto de un estigma, dado que permitían que se les mirara por encima del hombro y aceptaban que se las despreciara y se abusara de ellas. Se pensaba que los individuos de baja estofa presentaban un aspecto burdo y vulgar, poseían una mente chata, daban pruebas de comportarse con modales toscos y empleaban con fruición un lenguaje chabacano. La mediocridad significaba mugre y era sinónimo de humildad, circunstancias que en realidad solo eran una variante de la persistente clase de la morralla humana. [217]

Franklin no simpatizaba con la apurada situación de los pobres. En 1751, los planos que diseñó con vistas a la construcción del Hospital de Pensilvania se hicieron con la intención de ayudar a los pobres industriosos, fundamentalmente hombres aquejados por heridas físicas. Los miembros de la clase de los pobres permanentes no eran bien recibidos, y la gente se limitaba a ahuyentarlos para incitarlos a recluirse en los establecimientos de beneficencia. Franklin opinaba que los ingleses eran demasiado caritativos, un criterio que había fijado tras observar a los colonos alemanes de su propia provincia, que trabajaban con gran diligencia debido a que venían de un país que apenas ofrecía auxilio alguno a los pobres. Cuando Franklin hablaba de los pobres, sus afirmaciones parecían sacadas del mismísimo William Byrd. En 1766, al lamentar las masas de pobres británicos que habían saqueado una serie de carros de maíz, Franklin acusará a Inglaterra de estar convirtiéndose en «un nuevo País de los Zánganos». [218]

Según concluye Franklin, la mayor parte de la gente quería llevar una «vida desahogada» y verse «libre de preocupaciones y labores arduas». La pereza y la indolencia eran en sí mismas dos formas de placer. Esa era la razón de que afirmara que la única solución a la pobreza consistía en crear algún tipo de sistema coercitivo que obligara a los pobres a trabajar: «Creo que la mejor manera de aliviar la situación de los pobres consiste no en facilitar que vivan *en* la pobreza, sino en guiarles o conducirles hacia una *salida* ». En el caso de los pobres, el instinto de «sentirse incómodo en el reposo» se encontraba dañado, de modo que lo que necesitaban era una sacudida (¿eléctrica?) para volver a funcionar correctamente y recuperar la voluntad de trabajo. [219]

Se aprecia aquí la doble significación inherente a la teoría de la emigración forzada que había elaborado Franklin. En el modelo de emigración que tenía en mente, la expansión por el continente norteamericano y el subsiguiente poblamiento a base de prolíficos colonos debía permitir que la gente eludiera la obligación de trabajar para otros. Padres e hijos se esforzarían en sus propias labores, y de ese modo desaparecería aquella cultura de la servidumbre intrínsecamente unida al hecho de pertenecer a la baja estofa. Sin embargo, con su recién hallada libertad, su destino pasaba a depender de la fuerza más absolutamente impersonal del mundo: la supervivencia de los más aptos. El duro entorno de la frontera planteaba a los colonos una obligada disyuntiva: arrimar el hombro al máximo o resignarse a perecer. Solo los más frugales, fértiles e industriosos lograrían salir adelante, mientras que los perezosos e incompetentes tendrían que continuar la marcha o fenecer.

Franklin valoraba a las clases mediocres que vivían en la frontera de las regiones exploradas: no hay que olvidar que ya había defendido su causa antes de escribir sus «Observations Concerning the Increase of Mankind». Las «gentes vulgares» de Pensilvania, había afirmado, eran los «comerciantes, tenderos y granjeros». Como es obvio, no sentía el menor deseo de acabar con los miembros de la «mejor clase», pero rechazaba la idea de que, si algunos eran «mejores», eso convirtiera automáticamente a todos los demás en gente de «baja estofa, esto es, en populacho o en chusma».

En un panfleto publicado en 1747 con el título de «Plain Truth», Franklin había demostrado que las medianías estaban llamadas a desempeñar un papel crucial en la colonia. Ese año, un contingente de tropas irregulares

francesas y españolas invadió Delaware. Franklin hizo circular un escrito en el que advertía a sus conciudadanos de Filadelfia, y sobre todo a los cuáqueros, de que ese era justamente el destino que les aguardaba si no procedían a organizar con prontitud una milicia voluntaria. Lanzó así un llamamiento para la creación de una «partida de HOMBRES LIBRES», expresión con la que aludía a una selección de varones procedentes tanto de las mejores familias como de los hogares comunes y corrientes, unidos en la defensa de sus propiedades y su colonia. [220]

Para agrupar todos los apoyos favorables a su plan miliciano, Franklin esgrimió los peligros de una invasión extranjera y los presentó como si se tratara de una guerra de clases. ¿Quién cabía esperar que encabezara un ataque contra un pueblo civilizado?, preguntaba. Sin duda los «promiscuos oportunistas», la hez de la sociedad: «los negros, los mulatos y demás ralea, integrada por los individuos más viles y olvidados del género humano». En su artículo, Franklin insistía en que no debía permitirse que ningún criado forzoso se uniera al ejército de hombres libres. Ahora bien, ¿qué se proponía Franklin, además de abogar en favor de la defensa de la colonia? Pues muy sencillo: estaba trazando sobre nuevas bases las líneas divisorias de las clases, aupando a las medianías industriosas a peldaños más elevados de la escala social y reforzando la separación entre la gente vulgar y la élite de los mejores. [221]

Franklin demostró con esto muy poca fe en la naturaleza humana. Había estado tronando contra los irrecuperables pobres prácticamente desde su llegada a Pensilvania. En 1731 había publicado un suelto en la *Pennsylvania Gazette* en el que hablaba de la «escandalosa caterva» de esclavos, borrachos y míseros sirvientes que se agolpaba en las inmediaciones de las ferias que se celebraban al aire libre. Al contemplar a sus vecinos de Filadelfia, Franklin hizo suyo el generalizado punto de vista de que la virtud es un rasgo tan escaso como maleable. En su *Autobiografía* refiere que, siendo joven, renunció al vegetarianismo tras observar a alguien abrir la panza de un gran pez y ver caer, inerte, una cascada de pececillos menores. Esta anécdota era en realidad una parábola de clase, y la moraleja incide en el hecho de que los peces de buen tamaño (es decir, las élites poderosas) devoran a los pequeños (esto es, a los hombres más débiles). Franklin no era ningún seguidor del «Sermón de la montaña», pero sí creía, en cambio, que los pobres no eran ni menos codiciosos ni más humildes por naturaleza que sus congéneres de las capas superiores. Si se permitiera

ascender a los pececillos que pululaban por el mundo, se comprobaría que su comportamiento igualaba la rapacidad de sus antiguos amos. [222]

A pesar de su creatividad, Franklin era un hombre de su época y daba muestras de sentirse instintivamente incómodo ante la perspectiva de una movilidad social carente de restricciones. La mayoría de los norteamericanos del siglo XVIII daban por sentado que a los criados les resultaba imposible desprenderse de sus bajos orígenes. Las gentes de baja estofa, recalcaba un periódico, jamás podrían «hacer desaparecer la mancha de su condición servil». Se temía que los mediocres siguieran demasiado de cerca los pasos de quienes les precedían y superaban. [223]

Desde luego, a pesar de su propia trayectoria existencial, Franklin jamás respaldó la movilidad social en el sentido en que hoy entendemos ese concepto. Para ser exactos, lo que hizo fue fantasear con la idea de que el Nuevo Mundo lograría acortar las distancias que separaban a las clases, pero estaba claro que esta condición dependía de que los estratos pobres se mantuvieran en constante movimiento. El plan de la milicia de Franklin era en realidad la expresión de un impulso conservador. El doble hecho de que las capas mediocres de la sociedad tuvieran la sensación de gozar del respeto público y de que se vieran imbuidas de una cierta percepción de sus deberes cívicos contribuiría a llenarles de un sólido sentimiento de satisfacción por su feliz mediocridad. Y, a su vez, ese contentamiento serviría para reducir el deseo que animaba a los hombres de más amplias ambiciones a tratar de escalar puestos en la escala social con excesiva rapidez o precipitación.

Franklin comprendió perfectamente que el mantenimiento de las diferencias de clase destilaba un atractivo muy particular. En el periódico que dirigía, la *Pennsylvania Gazette* , se publicó en 1741 un artículo en el que se exponían las razones de que la gente prefiriera contar con una jerarquía de clases a verse privada de toda referencia de rango. Los grados de la importancia social se conservaban sin dificultad si la mayoría de la población percibía que había estratos situados por debajo del suyo.

«¿Acaso no habría un gran número de personas dispuestas, incluso entre las filas de los mejores, a aceptar que se les *esclavizara* a sus *superiores* con tal de poder ejercer una *arbitraria* y *tiránica* dominación sobre sus *inferiores* ?», preguntaba el autor del escrito. Había algo extrañamente deseable, tal vez incluso placentero —por emplear el axioma utilitarista de Franklin—, en el sentimiento de señorear a las clases subordinadas. La

alteración de esa dosis de satisfacción exigía una drástica reorganización del mobiliario mental de las gentes del siglo XVIII . Desde el punto de vista de Franklin, la solución se encontraba, una vez más, en la puesta en marcha de un radical proceso de dispersión demográfico, de un programa capaz de asentar a los colonos en puntos tan remotamente distantes entre sí, y por un territorio tan escasamente poblado, que acabaran por olvidar quién estaba por encima de quién. Ahora bien, ¿qué sentido tenía que los ricos sacrificaran sus ventajas de clase y renunciaran a contratar braceros o a llevar consigo esclavos en su marcha hacia el oeste? ¿Acaso su teoría fundaba sus premisas en la convicción de que únicamente los pobres habrían de partir en busca de un nuevo hogar? [224]

Franklin sabía que esa frontera inexplorada sobre la que teorizaba era un espacio imaginario, una utopía. Aun así, servía a sus propósitos. En el plano político, y como acompañamiento argumental, proponía una sólida defensa de la Norteamérica británica, entendida como baluarte demográfico del Imperio. En el nuevo continente no solo se encontraban los encargados de reproducir la masa de súbditos que precisaba Gran Bretaña, también se estaba creando una gran bolsa de consumidores de artículos manufacturados, y por si fuera poco, esa legión de clientes se hallaba en plena fase de crecimiento. Al mismo tiempo, con el recurso a la ciencia demográfica, Franklin conseguía ocultar el desprecio que le inspiraban los pobres. Las coercitivas fuerzas de la naturaleza resultaban más gratas y atractivas que los asilos para pobres o las casas de beneficencia. En el año 1780, Franklin aún seguía advirtiendo a su nieto de que la sociedad clasificaba a la gente en «dos tipos de personas»: las que «vivían confortablemente en buenas casas» y las que, «sumidas en la pobreza y la suciedad, se ven obligadas a vestir harapos, a llevar una existencia violenta y a refugiarse en míseras cabañas y desvanes», a lo que añadía que esta segunda clase, «caso de permanecer ociosa, ha de soportar las privaciones o perecer de hambre». Por dura que resulte esta exhortación de Franklin —un Franklin que, por una vez, expone sin censura ni revisión sus puntos de vista—, el aviso tiene al menos la virtud de recordarnos cuál era el sentido que dominaba su ánimo: el de que los pobres era prescindibles. Y, de hecho, en esa frontera utópica que él preconizaba también abundará la pobreza y la desesperanza, recluida, efectivamente, en «míseras cabañas». [225]

Franklin sabía de la existencia de los que entonces recibían el nombre de «indios blancos», es decir, chiquillos ingleses que, tras haber sido

capturados en la infancia por nativos norteamericanos, jamás lograron readaptarse a la vida de los colonos tras regresar a los asentamientos anglosajones. Franklin sostiene haber conocido a un acaudalado joven que, siendo niño, había sido apresado por los indios y que más tarde había renunciado a su herencia y partido de nuevo a las praderas y los bosques sin más equipaje que un revólver y un abrigo. Con esta nueva parábola, Franklin reconoce que siempre habrá personas que juzguen tentadoras la perspectiva de quedar libre de preocupaciones y la eventualidad de satisfacer el ánimo perezoso con una vida exenta de duros trabajos. No obstante, la confianza en las cifras demográficas, es decir, en la ley de los promedios, hacía que estos casos excepcionales resultaran poco preocupantes. [226]

Franklin era consciente de que no todos los colonos que tenían previsto asentarse en los límites de los terrenos explorados procederían de las mejores familias británicas. No tardó en calificar de «residuos» de Norteamérica a cuantos vivían en las zonas rurales de Pensilvania. Sin embargo, también abrigaba al mismo tiempo la esperanza de que las fuerzas de la naturaleza salieran vencedoras, de que los rigores de la supervivencia acabaran con los haraganes, y de que los individuos más prolíficos consiguieran sustituir a la morralla humana. Ese era al menos su deseo. [227]

Si la teoría de Franklin encontró respaldo fue porque se cimentaba en el pensamiento que prevalecía entre los ingleses en esa época. Más que un innovador, Franklin fue siempre un ingenioso divulgador. Su fama era tal que sus ideas sobre la expansión demográfica hallaron suelo fértil en el que arraigar al irrumpir en escena la Revolución estadounidense, ya que en ese momento el emblemático propagandista Thomas Paine presentó al público una variante del encaste norteamericano de Franklin y la gente se mostró extremadamente receptiva al planteamiento. Al igual que Franklin, también Paine imaginaba el surgimiento de un pueblo forjado en las singularísimas condiciones que imponían la tierra y los recursos del Nuevo Mundo. Según él, la raza norteamericana estaba dotada de un instintivo espíritu juvenil y provista de un ánimo que la impulsaba al avance permanente.

Suele pregonarse que el panfleto de 1776 que Paine tituló *Common Sense* [228] captó bien el alma de la revolución, ya que aparece saturado de un contundente conjunto de términos lingüísticos relacionados con el derecho natural y con la justificación económica de la independencia. A juicio de Paine, el carácter único de los empoderados habitantes blancos de

Norteamérica, avalado por la incuestionable majestuosidad de un vasto continente, era la prueba misma del irresistible empuje del derecho natural. Paine subrayaba asimismo la relevancia del libre comercio y el potencial de Norteamérica como imperio mercantil. En su escrito también ensalzaba el vigor de un continente en plena pujanza y anteponía esa vitalidad al largo brazo de los lejanos reyes, valiéndose del recurso retórico de la reproducción antinatural para rechazar la monarquía. Predecía asimismo que la independencia lograría poner fin al desperdicio y la indolencia que habían predominado bajo el régimen colonial.

En realidad, resulta raro que los norteamericanos actuales celebren a Paine como símbolo revolucionario. Era inglés por los cuatro costados o, para ser más exactos, se trataba de un hombre nacido y educado en Inglaterra que de pronto había partido al exilio. En enero de 1776, fecha de la publicación de *El sentido común* , llevaba en Filadelfia poco más de un año. Había llegado con una carta de recomendación de Franklin y este le había procurado un empleo como director de la *Pennsylvania Magazine; or American Monthly Museum* , un empeño empresarial comprometido con todo cuanto guardara relación con Norteamérica, pese a contar con un inconfundible diseño londinense y a que tuviera un jefe de redacción inglés. Y para remate de ironías, Paine había sido recaudador de impuestos en Inglaterra, una profesión que no era vista con buenos ojos en las protestas que desembocaron en la revolución. Pese a que su panfleto no consiguiera vender los 150.000 ejemplares que según él habían circulado, lo cierto es que sus argumentos no solo convencieron a George Washington, sino que obtuvieron un amplio número de seguidores en Nueva Inglaterra, Nueva York, Baltimore y Charleston. Tal y como le sucedía a Franklin, su patrocinador, Paine estaba fascinado por los hechos y las cifras, ya que además de proporcionarle la materia prima de la aritmética política constituían un conocimiento muy útil. Pese a todo, si se le presentaba la ocasión, Paine no tenía ningún inconveniente en citar las fábulas de Esopo. Su panfleto hablaba un idioma familiar, pues se expresaba en la característica jerga comercial inglesa y utilizaba un estilo sencillo y directo, capaz de llegar a los lectores que no pertenecían a las filas de la élite culta. [229]

Con todo, la forma de escribir de Paine no solo resulta reveladora por lo que dice, sino también por lo que no dice acerca de las clases. No abordará las cuestiones del monopolio de la tierra y la riqueza hasta el año 1797, tras

haber tenido oportunidad de asistir en persona al desarrollo de la Revolución francesa. En esa fecha declarará en su *Justicia agraria* que todo el mundo posee idéntico derecho divino a la propiedad de la tierra. En *El sentido común* había dejado a un lado tanto los problemas de clase como la pobreza y otros factores de división social. Pese a que en ese texto reconozca la existencia de «distinciones entre ricos y pobres», Paine descarta explícitamente los «duros y altisonantes nombres» con los que se exacerbaba el conflicto de clases. En dos apacibles párrafos, Paine asocia los distingos de clase con las diferencias sexuales y sostiene que se trata en ambos casos de fenómenos situados al margen de las preocupaciones políticas del momento. Entiende que son diferencias derivadas de la naturaleza, efectos surgidos por accidente. Eran realidades que simplemente estaban ahí. Las disparidades de clase no alcanzaban el nivel de significación que requería la justificación de una revolución. [230]

El juego de manos que efectúa Paine al escamotear al público las circunstancias de clase no consigue sino reflejar el hecho de que prefiere centrarse en el tema de las castas raciales. Su principal argumento consistía en señalar que los norteamericanos de ascendencia europea estaban dando origen a una nueva raza, una raza especialmente adaptada al libre comercio que venía a sustituir a las antiguas estirpes compulsivamente abocadas a servir a la maquinaria de las conquistas imperiales. Paine centra la crítica de la economía política británica en las enormes deudas en que incurría como consecuencia de las onerosas aventuras militares en que se embarcaba —un comportamiento que atribuía a las frívolas ambiciones de la monarquía inglesa—. Con el paso del tiempo, los reyes y las reinas habían terminado convirtiéndose en simples jefes de Estado propensos al despilfarro, con lo que habían pasado a constituir, en sí y por sí, un gravoso pasivo nacional. [231]

Paine acusa a la realeza de «seducir a los comunes», queriendo decir con ello que se estaba esforzando en destruir el carácter representativo de la Cámara de los Comunes, la institución política que encarnaba la voluntad de la creciente clase mercantil de Gran Bretaña. Por otra parte, se estaba «drenando» de su fuerza de trabajo y sus riquezas al conjunto de las colonias norteamericanas, y además con el único fin de sostener nuevas guerras de ultramar. La independencia permitiría a Norteamérica «rehacer el mundo sobre bases nunca vistas», declara Paine en tono dramático. El surgimiento de la nueva nación señalaría el surgimiento de un orden

mundial inédito. Despojada del lastre de su constante endeudamiento y del coste de un inmenso ejército, Norteamérica emergería de la dependencia convertida en una vibrante potencia continental erigida sobre los ideales del libre comercio y el intercambio global. [232]

En su papel de promotor del estilo de los dos primos Hakluyt, Paine concebía Norteamérica a la manera de una sociedad experimental mediante la cual podía ajustarse, o recalibrarse, la significación misma del Imperio. Como ya hicieran antes que él otros comentaristas, también Paine ensalzaba los recursos naturales del Nuevo Mundo: madera, alquitrán, hierro y cáñamo. El maíz y los demás productos del campo estaban llamados a otorgar a Norteamérica el destacado rol de granero de Europa. En su argumentación, brilla por su ausencia el principal cultivo comercial del continente, el tabaco, ya que el modelo en el que había fundado el debate no había sido Virginia, sino Pensilvania. [233]

Lo más importante, en cualquier caso, es el hecho de que insista en que la independencia resultará beneficiosa tanto para Norteamérica como para la nación británica. El libre comercio (según él lo imaginaba) no discriminaba por países, y tampoco conocía fronteras. Paine llega incluso a asegurar a sus lectores norteamericanos que los comerciantes ingleses no tardarán en alinearse con su causa, dado que preferirán proteger y hacer prosperar los intercambios con Norteamérica a sumir al Gobierno de Gran Bretaña en una nueva y costosa guerra. Y acertó en parte, pues eso fue efectivamente lo que hicieron algunos negociantes, pero se equivocaba de medio a medio respecto al choque armado. [234]

Lo que había llevado a Paine a subrayar las alianzas comerciales y a concederles un carácter preponderante sobre las divisiones de clase había sido su teoría de la naturaleza humana. Manejaba siempre el mismo mantra: el comercio era una actividad natural, y la monarquía, antinatural. Son muchos los escritos de Paine en los que le vemos argumentar que el comercio surge de la confluencia de un conjunto de afectos mutuos e impulsos de supervivencia comunes, mientras que la monarquía se fundamenta en el saqueo y la intimidación de las masas «vulgares». En último término, la acción de los reyes no beneficiaba a nadie, salvo a sí mismos. «Vuestra dependencia de la corona no os supone ventaja alguna», dirá a los lectores de otro de sus ensayos, «es más bien un perjuicio para el pueblo británico, ya que aumenta el poder y la influencia del monarca. Lo único que hace prosperar a las personas es el comercio, y eso es lo que

tendréis una vez que os hayáis independizado de la casa real». Por consiguiente, Paine juzgaba que el comercio era el bálsamo capaz de suavizar todas las diferencias de clase y unir en un empeño común los intereses de británicos y norteamericanos. [235]

Paine no ignoraba que existían tensiones de clase. Era consciente de que las revoluciones espoleaban los sentimientos de rencor. En *El sentido común* adopta un tono de mal agüero en uno de los puntos clave de su argumentación, aquel en el que advierte a sus lectores que había llegado al fin la hora de declarar la independencia y de constituir un Gobierno estable. De lo contrario, y teniendo en cuenta el actual estado de la situación, «el ánimo de las masas quedará a merced del capricho de los acontecimientos», exclama, con lo que «ningún hombre podrá considerar que sus bienes se encuentren a buen recaudo». Por consiguiente, si los líderes de clase no se apropiaban del relato, el generalizado llamamiento a la independencia política acabaría viéndose sustituido por un incendiario impulso de nivelación social. La muchedumbre desposeída y carente de tierras estaba aguardando entre bambalinas a que los dirigentes coloniales se revelaran incapaces de intervenir. A juicio de Paine, la expresión «sentido común» aludía a la necesidad de preservar la estructura fundamental de la jerarquía de clases y a la no menos imperiosa urgencia de evitar que la estratificación de ese andamiaje se desmoronara y diera paso a la vehemencia de las masas, lo que en último término abriría las puertas a la anarquía. [236]

Paine explica a continuación que toda forma de comercio eficaz precisa de un sistema de clases estable, pero añade que, si de algo puede prescindir, es de una sociedad pilotada por reyes tardos de entendederas. La práctica de «encumbrar a un hombre tan por encima del resto» era contraria al sentido común y a las leyes de la naturaleza. No solo se propiciaba el hábito de elevar al trono a los «ignorantes y a los incompetentes», también se tendía a hacer lo mismo con simples infantes que, no por haber sido ennoblecidos, se veían menos privados de razón en su minoría de edad. No era posible apartar legítimamente del poder a un soberano, ni siquiera en el caso de que se hallara «debilitado por la edad y los achaques». Esto equivalía a permitir que la naturaleza actuara sin control, deformada y pervertida. Paine se burlaba así de la idea de que los reyes ingleses pertenecieran «a una nueva especie», a una «raza de hombres» de inigualable valía, talla e infalible raciocinio. La historia no justificaba en modo alguno la pretensión de que el «presente linaje monárquico» tuviese orígenes honorables (y mucho menos

divinos). Guillermo el Conquistador era un «bastardo de Francia», un invasor que había irrumpido en Inglaterra al mando de un grupo de «bandidos armados», un «usurpador» y un «rufián», satiriza mordazmente Paine. [237]

Al desacralizar a la monarquía británica, a la que tilda de raza exhausta, cuando no extinta, Paine está repitiendo en realidad un argumento que ya habían esgrimido antes que él otros críticos ilustrados. Hemos de recordar que en enero de 1776 hacía solo trece meses que Paine se había afincado en Norteamérica, y que fue justamente en esa fecha cuando salió a la venta la primera edición de *El sentido común* ; a lo que hay que añadir, por cierto, que en ese momento aún no había tenido tiempo de visitar nada aparte de Filadelfia. Todo cuanto sabía de Norteamérica se basaba en gran medida en lo que había leído en los periódicos y en los libros, así como en el variopinto material de aluvión formado por los retales y fragmentos que había logrado entresacar del prosaico baúl de saberes comunes que circulaba en Gran Bretaña y Norteamérica. Paine le pidió a Franklin (que seguía en Inglaterra en los prolegómenos de la guerra) un ejemplar de la *History of Earth and Animated Nature* de Oliver Goldsmith, publicada en 1774. Goldsmith, Franklin y Paine profesaban la ciencia de la historia natural, que además de ser extremadamente popular en esa época clasificaba los continentes en función de las diferentes castas o razas de las poblaciones que los habitaban. [238]

Partiendo de esa base, Paine desarrolló dos impactantes argumentos relativos a la reproducción física y cultural de los seres humanos. Uno de ellos resaltaba la noción de que la monarquía británica hundía sus raíces en una serie de ideas anticuadas, basadas a su vez en la superstición política. El otro trataba de probar que los norteamericanos eran un pueblo diferente, una progenie cuyo fundamento no descansaba en la superstición, sino en la ciencia. Las muy consideradas teorías de Carlos Linneo (1707-1778) y de Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), que habían influido notablemente en el tratado de Goldsmith, dividían el mundo en diferentes variedades y razas troqueladas por el singular entorno del particular continente en el que se hallaran radicadas. El botánico sueco Carl Nilsson Linnæus, que ha pasado a la historia con el más conocido nombre de Linneo, había trazado una gran clasificación del conjunto de las plantas y animales del planeta, y organizado en cuatro variedades al *Homo sapiens* (tal era el término que se había acuñado para definir a los seres humanos).

Según decía, el tipo europeo era de temperamento optimista, cuerpo fornido, vivo ingenio y marcada inventiva; Linneo juzgaba también que el indio norteamericano propendía a la cólera y la obstinación, aunque gozaba de libertad; que el asiático se revelaba melancólico y tendente a la codicia; y que el africano era astuto, apático y negligente. Esta grandiosa (y etnocéntrica) taxonomía contribuyó a los objetivos de Paine, que pasaban fundamentalmente por justificar la Revolución estadounidense. Para «rehacer el mundo sobre bases nunca vistas», los norteamericanos de ascendencia inglesa y europea debían alumbrar una nueva raza —acaso mejor que las anteriores—, ya que eso legitimaba la aspiración de dominar el continente norteamericano. [239]

En la sencilla formulación de Paine, la reproducción se hallaba sometida a dos fuerzas: bien a los condicionamientos de la naturaleza, bien a la corrupción de las supersticiones. La primera de esas posibilidades permitía a la gente desarrollar plenamente su potencial, pero la segunda solo conseguía reducir su capacidad de crecer y mejorar. Tampoco en esta ocasión sería el único en equiparar la monarquía con una mala forma de procreación. En realidad, Paine se estaba haciendo eco de las ideas de otro de los amigos de Franklin, el clérigo y científico unitarista Joseph Priestley, que en 1774 había defendido la tesis de que los súbditos británicos podían compararse con el «ganado de una granja», ya que se les transfería pasivamente y en bloque de «un linaje regio agotado al siguiente». Aun más elocuente resulta un artículo de periódico publicado simultáneamente en Londres y Filadelfia en 1774 en el que se señalaba que el culto a los reyes no solo era «absurdo y antinatural», sino que desafiaba al sentido común. El anónimo autor de este escrito sostenía sarcásticamente que los «alelados lores» de Inglaterra serían capaces de adorar a un ganso si se le ataviara con todos los arreos de la realeza. Sin embargo, la frase que captó la atención de Paine fue otra en la que se mantenía que la misión de los reyes «consistía en propagar la especie, es decir, en proporcionar al Estado *una sucesión hereditaria de miembros de la estirpe* ». [240]

Ahora bien, no había nada sagrado en el linaje regio. Si un pueblo inteligente obedecía con ciega lealtad a la reproducción monárquica —pese a que los críticos ilustrados hubieran reducido ese hábito al nivel de una mera costumbre rural—, lo único que conseguiría demostrar era que incluso las sociedades civilizadas podían acabar perdiendo contacto con la realidad. El orden natural sufría así un terrible desajuste, ya que no existía ninguna

razón lógica que justificara el encumbramiento de los reyes ingleses por encima de cualquier otro mortal. A los estadounidenses se les ofrecía en cambio la oportunidad única de liberarse de estos vestigios del pasado y de encaminar verdaderamente sus pasos hacia un futuro mejor, rumbo a un porvenir que no se hallara lastrado por el peso muerto que suponía la existencia de reyes y reinas.

Fue esta idea antiautoritaria la que confirió un carácter más radical al panfleto de Paine. Si se llegaba a la conclusión de que los reyes eran simples «ignorantes e incompetentes», ¿por qué no aplicar ese mismo criterio a los gobernantes que actuaban por delegación del trono, a los propietarios cuáqueros o a aquellos miembros de la «mejor clase» que se pavoneaban en sus lujosos carruajes? Si la monarquía no era en realidad lo que supuestamente venía a representar, también podían ponerse en tela de juicio otras formas consuetudinarias de poder. Y de manera similar, las apariencias de clase admitían ser entendidas como meras cortinas de humo en un juego de espejos. Esta es la razón de que Paine pusiera buen cuidado en no conceder excesiva importancia a la distinción entre ricos y pobres. Paine quería que sus lectores norteamericanos fijaran la atención en los lejanos reyes de Inglaterra o Europa y que no repararan en las grandes fortunas de su propio continente. Deseaba que rompieran con la Corona, no que alteraran la jerarquía de clases.

Y si hace la vista gorda con la práctica de la esclavitud es también por motivos similares. La Norteamérica de Paine era fundamentalmente un «asilo» para europeos con miras de futuro. No tenía por qué venir nadie más. Paine se oponía a la heredada noción de que el Nuevo Mundo fuese un vertedero en el que descargar la morralla humana. A su juicio, era únicamente un santuario para hombres y mujeres física e intelectualmente aptos y dispuestos a trabajar sin desmayo. Este retablo desbordantemente optimista deja a un lado las clases y pasa por alto los aspectos desagradables del conjunto, aquellos que justamente más hieren la vista. La servidumbre forzosa y el trabajo de los condenados por la justicia seguían constituyendo una conspicua realidad en esa época, pese a que la revolución estuviera acercándose a pasos agigantados, y, de hecho, la esclavitud era una suerte de dato cotidiano en el que ni siquiera se reparaba. En Filadelfia había una subasta de esclavos justo delante de la cafetería London, que no solo estaba en pleno centro de la ciudad, entre las calles Front y Market, sino que se encontraba en la acera inmediatamente opuesta al portal en el

que vivía Paine. En *El sentido común* , nuestro propagandista solo alude a los «negros» y a los «indios» para echarles en cara que se comportaran como inconscientes peones de los británicos al permitir que se les incitara a hostigar y acabar con la vida de los norteamericanos blancos y a socavar la valiosa causa de la independencia. Según denuncia Paine, el ejército inglés había «instilado en el ánimo de indios y negros el propósito de destruirnos». Se habían planteado las cosas desde la alteridad, como un «ellos» o «nosotros». Se estaba maniobrando, con toda intención, para poner a la Norteamérica civilizada a los pies de las hordas de bárbaros que el «demoníaco» poder de Londres azuzaba contra los colonos. [241]

El objetivo de Paine consistía en recordar a sus lectores la grandeza norteamericana, y para ello se apoyaba en la comparación, doblemente gráfica, de las dimensiones del continente y la diminuta talla de la isla que lo gobernaba, por un lado, y del abismo que separaba al primero de la segunda, por otro. «La naturaleza no ofrece un solo ejemplo en el que el satélite sea mayor que el planeta primario» en torno al cual orbita, declaraba, agigantando el parecer de Newton. La situación reinante no contribuía más que a «invertir el orden general de la naturaleza». Inglaterra pertenecía a Europa, sostenía, mientras que Norteamérica no pertenecía a nadie, salvo a sus habitantes. Los canadienses también acabarían por exigir su libertad, puesto que, de hacer caso al taxonómico cuadro que pintaba Paine, también ellos eran más norteamericanos que ingleses. Eran tan hijos del continente norteamericano como sus hermanos meridionales, y si a estos les caracterizaba su visión de futuro, también ellos compartían sus mismos rasgos y ambiciones. [242]

En su evocación de un pueblo en estado naciente, embrionario, Paine pasa también revista a otro elemento que incide en el presente estudio de las clases sociales. Nuestro autor estaba cabalmente convencido de que la independencia acabaría con la ociosidad. Al igual que Franklin, también él acariciaba el proyecto de un nuevo orden continental en el que la pobreza fuera menguando. «El actual volumen de nuestra población guarda tan feliz proporción con nuestras necesidades», escribe, «que no habrá un solo hombre que pueda permanecer mano sobre mano». Había suficientes ciudadanos varones para formar un ejército y hacer funcionar el comercio; o, dicho de otro modo, su número alcanzaba para materializar la autarquía. Solo seguiría desperdiciándose la tierra si se dejaba que «el rey la utilizara a modo de suntuoso obsequio a sus inútiles agentes» (aquí sí que Paine dirige

su bofetada al rostro de los viejos lores propietarios de Pensilvania). Al disponer de inmensos espacios para continuar creciendo, la infantil nación se elevaría a nuevas alturas y hallaría ocasión de desplegar su espíritu comercial con un ímpetu simultáneamente jovial y viril, algo que también Londres había poseído en el pasado, pero que ahora había acabado por perder. A su juicio, la revolución pondría fin a las mezquinas querellas en que se habían enzarzado las colonias, cuyo encono había surgido y fraguado al calor de la cultura de la sujeción imperial. Únicamente la independencia permitiría que Norteamérica diera culminación a todas las potencialidades naturales que la impulsaban al crecimiento comercial. [243]

Gran Bretaña nos ha «tenido absortos» mucho tiempo, proseguía Paine, deseoso de mostrar el orgullo que le producía sentirse parte de su país de adopción, miembro del asilo norteamericano. El control de la tierra y los recursos del continente norteamericano que estaban ejerciendo tanto el Gobierno de Londres como la Corona de Inglaterra obedecía a intenciones de carácter egoísta. Ahora, sin embargo, las Colonias Unidas acababan de despertar a una nueva realidad: la de que el monopolio británico había llegado a su fin. Todo lo que no fuera una independencia total «equivaldría a desperdiciar una herencia empeñándose en pleitos legales, o dicho de otro modo: sería como empecinarse en regular las infracciones de un inquilino cuyo contrato de arrendamiento estuviese a punto de expirar». Era malgastar el patrimonio… El alquiler de Gran Bretaña llegaba a su fin. [244]

En su alegato de defensa de una casta norteamericana vehementemente entregada a las causas de la productividad y la expansión, el notable poder de evocación del lenguaje de Paine —repleto de alusiones al desperdicio, la ociosidad, el cultivo de la tierra, la cría de animales, la proliferación humana y la acumulación de tierras— actuó como un potente estímulo para las mentes más impresionables. Consciente de la maleabilidad del público al que se dirigía, Paine compara la inminente revolución con el papel que había desempeñado Noé durante el diluvio universal. De este modo, lo que se avecinaba contribuiría a alumbrar una «raza de hombres, quizá tan numerosa como la que puebla la totalidad de Europa», destinada a transferir a las futuras generaciones la «porción de libertad» que le había correspondido. Mientras los norteamericanos llenaran el continente y recogieran sus recursos para dedicarlos a la exportación, la población del Nuevo Mundo lograría crecer y prosperar. Los héroes económicos de Paine eran los comerciantes de ultramar, los agricultores y ganaderos a gran

escala, los constructores de barcos, los inventores y los norteamericanos terratenientes decididos a proteger el derecho de propiedad (pero, desde luego, no a los pobres carentes de tierras). [245]

«Gran Bretaña y Norteamérica forman ahora dos imperios diferentes», declara Paine en 1776. Seis años más tarde, al aproximarse el fin de la Revolución estadounidense, seguirá fomentando la idea de que existe una particular raza norteamericana. «Vemos con otros ojos», escribe, «escuchamos con otros oídos y pensamos de un modo que apenas guarda parecido con las anteriores formas de reflexión». [246]

Es preciso señalar, en honor de Paine, que no se privó en ningún momento de socavar con todas sus fuerzas el dogma de la monarquía hereditaria. Sin embargo, con sus apasionados ataques a la realeza ocultó también otras formas de injusticia. Cayó en una excesiva vaguedad al vestir el lenguaje de clase con los atavíos de las razas continentales y los impulsos mercantiles. En su grandilocuente visión del nuevo orden mundial, los indios y los esclavos quedan marginados. De hecho, tampoco permite en ningún momento que la innoble casta de la morralla humana asome la cabeza en *El sentido común* . En sus escritos, la inmensa masa de trabajadores convictos, sirvientes, aprendices, jornaleros pobres y familias obligadas a vivir en míseras cabañas perdidas en la inmensidad de una tierra salvaje se halla totalmente ausente.

A los ojos de Paine, la cuestión crucial que debía ocupar a los norteamericanos de 1776 no consistía en determinar si el nuevo régimen independiente conseguiría avanzar o no en pos de su estrella y elevarse al rango de nación primera y principal, sino en averiguar con qué rapidez alcanzaría a materializar ese destino prácticamente ineluctable. Paine daba por supuesto que las poderosas fuerzas del comercio y la expansión continental bastarían para eliminar la ociosidad y corregir los desequilibrios sociales. Y lo cierto es que nada había de malo en avivar los instintos mercantiles anglonorteamericanos y promover el establecimiento de un conjunto de alianzas comerciales pacíficas y transnacionales con Gran Bretaña. Sin embargo, Paine abrigaba la esperanza de que, en otros terrenos, el modo de ver y escuchar el mundo que caracterizaba a los británicos terminara por desaparecer de Norteamérica. Y esa sería la razón de que supusiera —de un modo totalmente errado, como se ha podido comprobar— que las clases sociales acabarían por ajustarse y equilibrarse por sí solas.

---

[189] *Poor Richard, 1741. An Almanack for the Year of Christ 1741…* , publicado por Richard Saunders, Filadelfia, 1741, en *The Papers of Benjamin Franklin* , edición de Leonard W. Labaree *et al* ., 40 vols., Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1959-, vol. 2, p. 292. Citado en adelante como *Franklin Papers* .

[190] Propiedad de su hermano James Franklin. (*N. del T.*)

[191] Para saber más acerca de Silence Dogood y de los disfraces literarios de Franklin, véase Albert Furtwangler, «The Spectator's Apprentice», en *American Silhouettes: Rhetorical Identities of the Founders* , Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1987, pp. 15-34, y especialmente de la 28 a la 30; junto con R. Jackson Wilson, *Figures of Speech: American Writers and the Literary Marketplace from Benjamin Franklin to Emily Dickinson* , Johns Hopkins University Press, Nueva York, 1989, pp. 21-65. Para más información sobre el personaje de Dingo, véase David Waldstreicher, *Runaway America: Benjamin Franklin, Slavery, and the American Revolution* , Hill & Wang, Nueva York, 2004, pp. 50-52, 220. Para el éxito económico de la *Pennsylvania Gazette* , véase Charles E. Clark y Charles Wetherell, «The Measure of Maturity: The Pennsylvania Gazette, 1728-1765», *William and Mary Quarterly* , vol. 46, n.º 2, abril de 1989, pp. 279-303, y sobre todo la 291. Para más datos sobre la amplia difusión de los almanaques de Franklin, véase William Pencak, «Politics and Ideology in "Poor Richard's Almanack"», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 116, n.º 2, abril de 1992, pp. 183-211, y en particular las páginas 195 y 196. Para el hecho de que Benjamin Franklin consiguiera olvidarse de la gestión cotidiana de todo asunto laboral, véase su *Autobiography* , con una introducción de Daniel Aaron, Vintage, Nueva York, 1990, pp. 116. [Hay traducción castellana: *Autobiografía* , Cátedra, Madrid, 2015. (*N. del T.*)].

[192] Carl Van Doren, *Benjamin Franklin* , Viking, Nueva York, 1938, pp. 170-171, 174-180, 195-196, 210-215, 220, 223-224. Para más información sobre las propuestas que efectuó en relación con su academia, véase George Boudreau, «"Done by a Tradesman": Franklin's Educational Proposals and the Culture of Eighteenth-Century Philadelphia», *Pennsylvania History* , vol. 69, n.º 4, otoño de 2002, pp. 524-557. Respecto al Hospital de Pensilvania, véase William H. Williams, «The "Industrious Poor" and the Founding of the Pennsylvania Hospital», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 97, n.º 4, octubre de 1973, pp. 431-443. Para la acogida que se le dispensó en Europa, véase J. L. Heilbron, «Benjamin Franklin in Europe: Electrician, Academician, and Politician», *Notes and Records of the Royal Society of London* , vol. 61, n.º 3, 22 de septiembre de 2007, pp. 353-373, y especialmente la 355; así como L. K. Mathews, «Benjamin Franklin's Plans of Colonial Union», *American Political Science Review* , vol. 8, n.º 3, agosto 1914, pp. 393-412.

[193] Para los argumentos que emplea el polímata norteamericano en relación con la teoría de que el dolor y el placer moldean los impulsos humanos, véase Franklin, «A Dissertation on Liberty and Necessity, Pleasure and Pain», Londres, 1725, en *Franklin Papers* , vol. 1, *op. cit* ., pp. 57-71, y sobre todo la 64 y la 71; véase también Joyce Chaplin, *Benjamin Franklin's Political Arithmetic: A Materialist View of Humanity* , Smithsonian Institution Libraries, Washington, D. C., 2006, pp. 12-16.

[194] Peter Kalm, *Travels into North America; Containing Its Natural History, and a Circumstantial Account of Its Plantations and Agricultural in General, with the Civil, Ecclesiastical and Commercial State of the Country, the Manners of the Inhabitants, and Several Curious and Important Remarks on Various Subjects* , traducción inglesa de John Reinhold Forster, vol. 1, Warrington, Reino Unido, 1770, vol. 1, pp. 305-306; así como la carta de Benjamin Franklin a

Samuel Johnson, de 23 de agosto de 1750, *Franklin Papers* , vol. 4, *op. cit* ., pp. 40-42, y especialmente la 42.

[195] Para saber más acerca de la noción de la «dificultad para el reposo», véase «A Dissertation on Liberty», *Franklin Papers* , vol. 1, *op. cit* ., p. 64. Para la idea de que los ingleses respondieran a la «atracción del extranjero», véase la dedicatoria que figura en Hakluyt, *Principall Navigations* , vol. 1, *op. cit* ., p. 2.

[196] Franklin, «Observations Concerning the Increase of Mankind», 1751, *Franklin Papers* , vol. 4, *op. cit* ., pp. 225-234, y en particular la 228. El manuscrito de esta obrita se publicó originalmente en 1755: véase William F. Von Valtier, «The Demographic Numbers Behind Benjamin Franklin's Twenty-Five-Year Doubling Period», *Proceedings of the American Philosophical Society* , vol. 155, n.º 2, junio de 2011, pp. 158-188, y en especial la 160 y la 161, junto con la nota 9.

[197] Franklin, «Observations Concerning the Increase of Mankind», *Franklin Papers* , *op. cit* ., p. 231. Para la importancia de los casamientos juveniles, véase la carta de Franklin a John Alleyne, 9 de agosto de 1768, *Franklin Papers* , vol. 3, *op. cit* ., pp. 30-31, y vol. 15, p. 184.

[198] «The Speech of Miss Polly Baker», 15 de abril de 1747, *Franklin Papers* , vol. 3, pp. 123-125 [hay traducción castellana: «El discurso de Polly Baker», Programa Perseo de Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de México, n.º 35, enero de 2016, disponible en Internet: http://www.pudh.unam.mx/perseo/el-discurso-de-polly-baker1/. (*N. del T.*)]. Un autor ha sugerido que la peripecia de Polly Baker estaba basada en la biografía de una mujer real, una tal Eleanor Kellog, que en 1745 había sido juzgada en Worcester, Massachusetts, por haber alumbrado a un quinto hijo bastardo. Véase Max Hall, *Benjamin Franklin and Polly Baker: The History of a Literary Deception* , University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1960, edición revisada en 1990, pp. 94-98.

[199] Para el castigo de los solteros, véase «To All Married Men to Whom These Presents Shall Come», *New-York Gazette* , 20 de marzo de 1749, reimpreso en el *Boston Evening Post* , 7 de abril de 1749; véase también «From an Epistle from a Society of Young Ladies», *New-York Evening Post* , 28 de octubre de 1751. Para un llamamiento destinado a imponer gravámenes especiales a los solteros, véase *Boston Evening Post* , 4 de agosto de 1746. En otro texto, Franklin sostiene asimismo que «el valor de un hombre soltero es muy inferior al que podría tener», de comportarse de otro modo, «en este estado de la Unión»: véase Franklin, «Old Mistresses Apologue», 25 de junio de 1745, Franklin Papers, vol. 3, pp. 30-31.

[200] William H. Shurr, «"Now, God, Stand Up for Bastards": Reinterpreting Benjamin Franklin's Autobiography», *American Literature* , vol. 64, n.º 3, septiembre de 1992, pp. 435-451, y muy en especial la 444. Para saber más sobre las «convicciones pronatalistas» de Franklin, véase Dennis Hodgson, «Benjamin Franklin on Population: From Policy to Theory», *Population and Development Review* , vol. 17, n.º 4, diciembre de 1991, pp. 639-661, y sobre todo las páginas 640 y 641.

[201] Franklin, «Observations Concerning the Increase of Mankind«, *Franklin Papers* , vol. 4, *op. cit* ., pp. 231-232. Véanse también los pasajes de los escritos que Locke engloba bajo el rótulo «Atlantis», 1678-1679, en Goldie (comp.), *Locke: Political Essays* , *op. cit* ., pp. xxvi, 255-259. [En sus diarios, Locke colocó bajo la rúbrica de «Atlantis» una larga serie de notas en las que abordaba diversos problemas sociales y políticos relacionados con las ideas que había expresado en las *Constituciones Fundamentales de Carolina* . Muchas de esas notas están firmadas con sus iniciales, lo que indica que en ellas recoge sus propias opiniones. (*N. del T.*)]

[202] Grupo de colonias situado en la costa atlántica de Norteamérica a las que pertenecían todas las que se han venido examinando en este libro. En 1776, tras un periodo de creciente animadversión hacia la metrópoli, se declararán independientes y formarán los Estados Unidos de América. (*N. del T.*)

[203] Franklin, «The Interest of Great Britain Considered (1760)», *Franklin Papers* , vol. 9, *op. cit* ., pp. 59-100, y sobre todo la 73 y la 74, la 77 y la 78, la 86 y la 87, y la 94.

[204] Véase la carta de Franklin a Peter Collinson, ١٧٥٣, *Franklin Papers* , vol. 5, *op. cit* ., pp. 158-159; junto con «Information to Those Who Would Remove to America», por el doctor Franklin, *Boston Magazine* , octubre de 1784, pp. 505-510. Véase también Franklin, «The Interest of Great Britain Considered (1760)», *Franklin Papers* , vol. 9, *op. cit* ., p. 86.

[205] Pese a que en sociología política la idea de «compresión» suela ser de orden temporal (la compresión de la modernización, por ejemplo, es la reducción del tiempo que necesita un país para actualizar su situación económica, industrial, etcétera), en este caso la disminución es de naturaleza espacial, ya que alude al acortamiento de las «distancias» que separaban entre sí a las distintas clases —entendidas en términos de cercanía de relaciones, lenguaje, hábitos, círculos de interacción, etcétera—. (*N. del T.*)

[206] Franklin, *The Autobiography* , *op. cit* ., pp. 13-25. Para más información acerca de los sirvientes que se daban a la fuga, véase Marcus Rediker, «“Good Hands, Stout Heart, and Fast Feet”: The History and Culture of Working People in Early America», *Labour / Le Travail* , n.º 10, otoño de 1982, pp. 123-144, especialmente la 141; junto con *The Infortunate: The Voyage and Adventures of William Moraley, an Indentured Servant* , 1743, edición de Susan E. Klepp y Billy G. Smith, segunda edición, Pennsylvania State University Press, University Park, 2005, pp. XVII-xviii, xxv-xxvi, 16, 26, 41, 51, 72-74, 78-79, 87-88, 97.

[207] Billy G. Smith, «Poverty and Economic Marginality in Eighteenth-Century America», *Proceedings of the American Antiquarian Society* , vol. 132, n.º 1, marzo de 1988, pp. 85-118, y especialmente de la 100 a la 103, junto con la 105 y la 113; Gary B. Nash, «Poverty and Poor Relief in Pre-Revolutionary Philadelphia», *William and Mary Quarterly* , vol. 33, n.º 1, enero de 1976, pp. 3-30, y en particular la 12 y la 13. Para las tasas de mortalidad infantil, véase Susan E. Klepp, «Malthusian Miseries and the Working Poor in Philadelphia, 1780-1830», en *Down and Out in Early America* , Billy G. Smith (comp.), Pennsylvania State University Press, University Park, 2004, pp. 63-92, y sobre todo la 64.

[208] Denominación oficial de los cuáqueros, ya que este último nombre es de origen popular debido a que en inglés *quaker* significa «tembloroso», probablemente debido a la insistencia de sus fundadores en que los miembros de la comunidad debían «temblar ante el Señor». (*N. del T.*)

[209] Jack Marietta, *The Reformation of American Quakerism, 1748-1783* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1984, pp. 21-24, 28, 51, 65; Jean R. Soderlund, «Women's Authority in Pennsylvania and New Jersey Quaker Meetings, 1680-1760», *William and Mary Quarterly* , vol. 44, n.º 4, octubre de 1987, pp. 722-749, y en especial la 743 y la 744.

[210] Véase Frederick B. Tolles, «Benjamin Franklin's Business Mentors: The Philadelphia Quaker Merchants», *William and Mary Quarterly* , vol. 4, n.º 1, enero de 1947, pp. 60-69; junto con J. A. Leo Lemay, *The Life of Benjamin Franklin* , vol. 1, *Journalist, 1706-1730* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2005, vol. 1, pp. 238, 258, 268, 458-459, y vol. 2, *Printer and Publisher, 1730-1747* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2005, vol. 2, pp. 322-323; Jacquelyn C. Miller, «Franklin and Friends: Franklin's ties to Quakers and Quakerism», *Pennsylvania History* , vol. 57, n.º 4, octubre de 1990, pp. 318-336, y en especial de la 322 a la 326.

[211] Para saber más sobre el ascenso de las élites cuáqueras, véase Stephen Brobeck, «Revolutionary Change in Colonial Philadelphia: The Brief Life of the Proprietary Gentry», *William and Mary Quarterly* , vol. 33, n.º 3, julio 1976, pp. 410-434, y especialmente la 413, la 417 y la 418, y la 422 y la 423; así como Thomas M. Doerflinger, «Commercial Specialization in the Philadelphia

Merchant Community, 1750-1791», *Business History Review* , vol. 57, n.º 1, primavera de 1983, pp. 20-49, y sobre todo la 22, la 28 y la 46.

[212] Véase Robert F. Oaks, «Big Wheels in Philadelphia: Du Simitière's List of Carriage Owners», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 95, n.º 3, julio de 1971, pp. 351-362, especialmente la 351 y la 355. Para más información sobre el caballo y el cabriolé de Franklin, véase Lemay, *The Life of Benjamin Franklin* , vol. 2, *op. cit* ., pp. 320-321, así como la nota 36 de la página 594; véase también el «Appendix 2: Franklin's Residences and Real Estate to 1757», y el «Appendix 8: Franklin's Wealth, 1756», en Lemay, *The Life of Benjamin Franklin* , vol. 3, *Soldier, Scientist, and Politician, 1748-1757* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2008, vol. 3, pp. 599-602, 630-634. Franklin se hizo asimismo con otros elementos que indicaban su posición próxima a las élites, como un escudo de armas y un mobiliario de calidad. Durante su estancia en Inglaterra y Europa continuaría comprando objetos de ese tipo para su nueva casa de Filadelfia (cuya construcción comenzó en 1764) —cosas a las que él llamaba «mis caprichos»—: véase Edward Cahill, «Benjamin Franklin's Interiors», *Early American Studies* , vol. 6, n.º 1, primavera de 2008, pp. 27-58, especialmente de la 44 a la 46.

[213] Lemay, *The Life of Benjamin Franklin* , vol. 2, *op. cit* ., p. 320.

[214] *Pennsylvania Gazette* , 20 de enero de 1730, en *Franklin: Writings* , edición de J. A. Leo Lemay, Library of America, Nueva York, 1987, p. 139. En la década de 1730 viajaron a la Norteamérica británica unos 73.000 europeos, aproximadamente, y de ellos, al menos 17.000 desembarcaron en el puerto de Filadelfia. Prácticamente uno de cada tres pasajeros llegados a Filadelfia en esos años era un criado forzoso, y a ellos se unirían, en lo más bajo de la escala social, otros quinientos esclavos importados. La mayor afluencia de trabajadores convictos procedentes de Gran Bretaña se produciría también a mediados del siglo XVIII . A los habitantes de Filadelfia les preocupaban los sirvientes que se daban a la fuga: véase *Pennsylvania Gazette* , 2 de julio de 1751.

[215] Téngase en cuenta que adapto aquí las expresiones inglesas «Better Sort» y «Meaner Sort», aplicadas a la calificación valorativa de cosas y personas. (*N. del T.*)

[216] Véase *Boston News Post-Boy* , 4 de diciembre de 1704; para los abanicos, véase el *Weekly Rehearsal* de Boston del 14 de mayo de 1733; para los botones, véase la *New-York Gazette, or Weekly Post-Boy* del 15 de junio de 1747.

[217] *Weekly Rehearsal* de Boston, 20 de marzo de 1732; véase también Jenny Davidson, *Breeding: A Partial History of the Eighteenth Century* , Columbia University Press, Nueva York, 2009, pp. 137-143; Boudreau, «Done by a Tradesman», *art. cit* ., p. 529.

[218] Véase Williams, «The "Industrious Poor" and the Founding of the Pennsylvania Hospital», *art. cit* ., pp. 336-337, 339, 441-442; junto con la carta de Franklin a Peter Collinson, 9 de mayo de 1753, *art. cit* ., y «"Arator": On the Price of Corn, and the Management of the Poor», 1766, *Franklin Papers* , vol. 4, pp. 479-486, y especialmente las páginas 479 y 480; y el vol. 13, pp. 510-515.

[219] Carta de Franklin a Peter Collinson, 9 de mayo de 1753, *Franklin Papers* , vol. 4, *op. cit* ., 480-482.

[220] «To the Author of the Letter on the Last *Pennsylvania Gazette* », *Pennsylvania Gazette* , 15 de mayo de 1740; Franklin, *Plain Truth: or, Serious Considerations on the Present State of the City of Philadelphia and Province of Pennsylvania. By a Tradesman of Philadelphia* , Filadelfia, 1747, y «Form of Association», *Pennsylvania Gazette* , 3 de diciembre de 1747, en *Franklin Papers* , vol. 3, *op. cit* ., pp. 180-212, y especialmente las páginas 198 y 199, 201 y 211; «Extracts from Plain Truth», *New-York Gazette, or Weekly Post-Boy* , 14 de diciembre de 1747.

[221] Véase *Plain Truth* y «Form of Association», en *Franklin Papers* , vol. 3, *op. cit* ., pp. 198, 209 y 211.

[222] «Petition to the Pennsylvania Assembly Regarding Fairs», 1731, *Franklin Papers* , vol. 1, *op. cit* ., p. 211; *Pennsylvania Gazette* , 18 de noviembre de 1731, y Waldstreicher, *Runaway America* , *op. cit* ., p. 94; Franklin, *The Autobiography* , *op. cit* ., pp. 34-35.

[223] Para saber más acerca de la imposibilidad de «hacer desaparecer la mancha de la condición servil», véase «From the Reflector: Of Ambition and Meanness», *Boston Evening Post* , 2 de marzo de 1752; para más información sobre la eventualidad de que los mediocres siguieran demasiado de cerca los pasos de quienes les precedían y superaban, véase *The New-York Weekly Journal* , 3 de marzo de 1734. De hecho, entre las clases comerciales inglesas, la movilidad social era mayor: véase Neil McKendrick, John Brewer y John Harold Plumb (comps.), *Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England* , Indiana University Press, Bloomington, 1982, p. 20.

[224] «From a Paper entitled COMMON SENSE. The First Principles of Religion for Preserving Liberty», *Pennsylvania Gazette* , 12 de febrero de 1741.

[225] Carta de Franklin a Benjamin Franklin Bache, 25 de septiembre de 1780, *Franklin Papers* , vol. 33, *op. cit* ., p. 326.

[226] Carta de Franklin a Peter Collinson, 9 de mayo de 1753, *Franklin Papers* , vol. 4, *op. cit* ., pp. 480-482.

[227] *Ibid* .; carta de Franklin a Peter Collinson [1753?], *Franklin Papers* , vol. 5, *op. cit* ., pp. 158-159.

[228] Hay traducción castellana: *El sentido común y otros escritos* , Tecnos, Madrid, 2015. (*N. del T.*)

[229] Para saber más acerca del impacto que tuvo el panfleto de Paine, véase Trish Loughan, «Disseminating *Common Sense* : Thomas Paine and the Problem of the Early National Best Seller», *American Literature* , vol. 78, n.º 1, marzo de 2006, pp. 1-28, y especialmente las páginas 4, 7, 12 y 14. Para los orígenes y educación de Paine, véase John Keane, *Tom Paine: A Life* , Boston: Little, Brown, 1995, pp. 62, 73-74, 79, 84; junto con J. C. D. Clark, «Thomas Paine: The English Dimension», en *Selected Writings of Thomas Paine* , edición de Ian Shapiro y Jane E. Calvert, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2014, p. 538; John Brewer, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1900, pp. 104-105, 222-230; Edward Larkin, «Inventing an American Public: Paine, the "Pennsylvania Magazine" and American Revolutionary Discourse», *Early American Literature* , vol. 33, n.º 3, 1998, pp. 250-276, y en particular las páginas 254, 257 y 261; y Robert A. Ferguson, «The Commonalities of Common Sense», *William and Mary Quarterly* , vol. 57, n.º 3, julio de 2000, pp. 465-504, y sobre todo de la 487 a la 489, y la 502.

[230] Thomas Slaughter (comp.), *Common Sense and Related Writings by Thomas Paine* , Bedford / St. Martin's, Boston, 2001, p. 79; Thomas Paine, «Agrarian Justice, Opposed to Agrarian Law, and to Agrarian Monopoly», 1797, en Shapiro y Calvert, *Selected Writings of Thomas Paine* , *op. cit* ., pp. 555, 557.

[231] Al referirse a su propia teoría del comercio y las naciones, Paine indica: «Es el comercio y no la conquista de Norteamérica lo que puede procurar beneficios a Inglaterra, y dicha ventaja estaría en gran medida llamada a continuar si nuestros dos países fueran independientes, como lo son Francia y España; y ello porque son muchos los artículos que no podrían encontrar mejor mercado que el inglés y el norteamericano»: véase Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 89-90 y 110.

[232] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 86, 89, 100, 113. En *La riqueza de las naciones* , publicada en 1776, Adam Smith presenta una impugnación parecida del sistema financiero inglés. En su análisis, Smith resalta las enormes deudas que sofocaban al Estado británico y el debilitamiento derivado del repetido empeño de intervenir en carísimos choques bélicos.

[233] Véase Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 89, 100, 102-104. Para la circunstancia de que Pensilvania se hallara en condiciones de vender trigo y harina a Europa, véase T. H. Breen, «An Empire of Goods: The Anglicization of Colonial America, 1760-1776», *Journal of British Studies* , vol. 25, n.º 4, octubre de 1986, pp. 467-499, y especialmente la 487. La revista de la que Paine acabó siendo director, la *Pennsylvania Magazine; or American Monthly Museum* , publicó una tabla de las exportaciones (en las que se consignaba el tonelaje y el valor económico de las mercancías) efectuadas por el puerto de Filadelfia entre los años 1771 y 1773: véase *Pennsylvania Magazine; or, American Monthly Museum* , febrero de 1775, p. 72.

[234] Esto es lo que Paine escribe: «La porción *mercantil* y razonable de Inglaterra seguirá de nuestro lado, pues la paz *con* comercio es preferible a la guerra *sin* él»: véase Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., p. 114. Para saber más sobre los debates del Congreso Continental de 1775 y 1776 en los que se abordó la cuestión del libre comercio, véase Staughton Lynd y David Waldstreicher, «Free Trade, Sovereignty, and Slavery: Toward an Economic Interpretation of the American Revolution», *William and Mary Quarterly* , vol. 68, n.º 4, octubre de 2011, pp. 597-630, y sobre todo las páginas 610 y 624-630. Los «amigos de América» británicos que respaldaron la independencia de las trece colonias optaron por esa postura debido a que querían asegurarse de que Gran Bretaña y Norteamérica establecieran una sólida alianza, basada a un tiempo en razones políticas y económicas: véase Eliga H. Gould, *The Persistence of Empire: British Political Culture in the Age of the American Revolution* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, p. 165.

[235] Véase Thomas Paine, «A Dialogue Between the Ghost of General Montgomery Just Arrived from the Elysian Fields; and an American Delegate, in the Wood Near Philadelphia», ١٧٧٦ —este texto fue publicado en los periódicos y en una edición tardía de *El sentido común* : véase Philip Foner (comp.), *The Complete Writings of Thomas Paine* , 2 vols., Citadel, Nueva York, 1945, vol. 2, p. 91. En sus escritos posteriores, Paine ampliará esta idea de las alianzas comerciales trasatlánticas: véase Thomas Paine, *Rights of Man, Part the Second. Combining Principle and Practice* , segunda edición, Londres, 1792, pp. 82-88 [hay traducción castellana: *Los derechos del hombre* , Publicaciones de la Universidad de León, León, 1999. (*N. del T.*)]; junto con Thomas C. Walker, «The Forgotten Prophet: Tom Paine's Cosmopolitanism and International Relations», *International Studies Quarterly* , vol. 44, n.º 1, marzo de 2000, pp. 51-72, y sobre todo la 59 y la 60. Para estudiar el carácter de los afectos mutuos y la naturaleza del comercio voluntario, Paine también recurrió a la analogía de los matrimonios con los indios norteamericanos. Por otro lado, examinó asimismo la perniciosa influencia de los títulos nobiliarios —dado que promovían las «amedrentadas supersticiones del vulgo»—. Para ambas cuestiones (matrimonios y títulos), véase «Reflections on Titles», *Pennsylvania Magazine; or, American Monthly Museum* , mayo de 1775, pp. 209-210; y «The Old Bachelor, No. IV. Reflections on Unhappy Marriages», *Pennsylvania Magazine; or, American Monthly Museum* , junio de 1775, pp. 263-265.

[236] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 112-114. Paine señala que la rebelión podía transitar por tres vías: la de una declaración de independencia efectuada «mediante el altavoz jurídico que da la palabra al pueblo en el Congreso; la de un movimiento militar; y la de las masas desatadas: y no siempre ha de darse necesariamente la circunstancia de que nuestros soldados salgan de las filas de la ciudadanía y de que la muchedumbre actúe guiada por hombres razonables».

[237] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 79, 83-84, 102, 105; Keane, *Tom Paine* , *op. cit* ., p. 74.

[238] La embarcación en la que Paine llegó a Norteamérica había atracado en Filadelfia el 30 de noviembre de 1774, y publicó la primera edición de su *Common Sense* el 10 de enero de 1776. Véase Keane, *Tom Paine* , *op. cit* ., p. 84; véase también «To the Honorable Benjamin Franklin, Esq.», 4 de marzo de 1775, en Foner, *Complete Writings* , *op. cit* ., p. 1132. En la *Pennsylvania Magazine* , Paine recomendaba a sus lectores que se procuraran la *History of the World* de Goldsmith, y de hecho incluyó en la revista un poema y un retrato del autor irlandés: véase «List of New Books», y «Retaliation; a Poem, by Dr. Goldsmith», *Pennsylvania Magazine; or, American Monthly Museum* , enero de 1775, pp. 40, 42; véase también Oliver Goldsmith, *History of Earth and Animated Nature; abridged* , Mrs. Pilkington, Filadelfia, 1808, pp. 16-22. La primera edición del texto de Goldsmith constaba de ocho volúmenes y había visto la luz en Londres, en 1774.

[239] Linneo publicó originalmente su *General System* en 1735, y en él se limitó simplemente a sentar las bases de los cuatro grupos de *Homo sapiens* que había distinguido basándose en los continentes y en los colores de la piel de sus pobladores; no adscribió a esas cuatro categorías su peculiar serie de rasgos presuntamente definitorios hasta el año 1758. La edición de 1735 apenas tenía once páginas infolio; la de 1758 contaba en cambio con más de tres mil. En su *Histoire Naturelle* de 1749, Buffon prefiere utilizar el término «raza» en lugar de la voz «variedad», más anticuada, que había usado Linneo. Buffon consideraba que las razas humanas formaban un particular conjunto de estirpes y linajes, cuyos rasgos característicos se transmitían de generación en generación. Véase *sir* Charles Linné, *A General System of Nature, Through the Three Grand Kingdoms of Animals, Vegetables, and Minerals; Systematically Divided into Their Several Classes, Orders, Genera, Species, and Varieties, with Their Habitations, Manners, Economy, Structure, and Peculiarities* , traducción inglesa de William Turton, doctor en medicina, Londres, 1802, p. 1; véase también Nicholas Hudson, «From "Nation" to "Race": The Origins of Racial Classification in Eighteenth-Century Thought», *Eighteenth-Century Studies* , vol. 29, n.º 3, 1996, pp. 247-264, y en especial la 253.

[240] Véase Joseph Priestley, *An Address to Protestant Dissenters of All Denominations, on the Approaching Election of Members of Parliament, with Respect to the State of Public Liberty in General, and of American Affairs in Particular* , Londres, 1774, p. 9; «Free Thoughts on Monarchy and Political Superstition», *St. James Chronicle or the British Evening Post* , 22-25 de enero de 1774; y para la reimpresión de este artículo en las publicaciones norteamericanas, véase *Dunlap's Pennsylvania Packet or, the General Advertiser* , 25 de abril de 1774; el escrito apareció también en *The Norwich Packet and the Connecticut, Massachusetts, New Hampshire and Rhode Island Weekly Advertiser* del 12 de mayo de 1774. Para saber más sobre la amistad que unía a Franklin y a Priestley, véase Verner W. Crane, «The Club of Honest Whigs: Friends of Liberty and Science», *William and Mary Quarterly* , vol. 23, n.º 2, abril de 1966, pp. 210-233, y muy especialmente la 231.

[241] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 87-90, 94, 99, 104, 110; junto con James V. Lynch, «The Limits of Revolutionary Radicalism: Tom Paine and Slavery», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 123, n.º 5, julio de 1999, pp. 177-199.

[242] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 88, 90, 92-93, 99; junto con Keane, *Tom Paine* , *op. cit* ., pp. 42-45. Para más información acerca del Canadá, véase Paine, *Letter Addressed to the Abbe Raynal, on the Affairs of North America: in Which the Mistakes in the Abbe's Account of the Revolution of America Are Corrected and Cleared Up* , 1782, en Foner, *Complete Writings* , vol. 2. *op. cit* ., p. 258.

[243] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 100, 104-105.

[244] Véase *ibid* ., pp. 87-88, 93-94, 110; y para el precepto jurídico asociado con el desperdicio de un legado por hallarse estancada su titularidad en litigios interminables, véase el capítulo 14, titulado «Of Waste», del segundo volumen de los *Commentaries on the Laws of England* de *sir* William Blackstone, Londres, 1765-1766.

[245] Slaughter, *Common Sense* , *op. cit* ., pp. 113-114.

[246] Véase Paine, «A Dialogue Between the Ghost of General Montgomery», de ١٧٧٦, y *Letter Addressed to the Abbe Raynal, on the Affairs of North America* , de 1782, en Foner, *Complete Writings* , vol. 2, *op. cit* ., pp. 92, 243. Paine publicó también este mismo diálogo en el *Pennsylvania Packet* de John Dunlap el 19 de febrero de 1776.

04

Los despojos de Thomas Jefferson

Una curiosa topografía de clase

«Por este medio se extraerán anualmente, de entre los desperdicios, veinte de los más destacados genios, y se les proporcionará instrucción, a expensas del erario público, hasta enseñarles todo cuanto está en poder de las escuelas secundarias […]. La belleza superior se considera digna de ser resaltada en la propagación de nuestros caballos, perros y otros animales domésticos; ¿por qué no en la del hombre?».

THOMAS JEFFERSON

Notes on the State of Virginia , 1787

Tal y como ya sucediera en los casos de Thomas Paine y Benjamin Franklin, también Thomas Jefferson habrá de pensar las clases sociales en términos continentales. En 1803 obtuvo su mayor logro como presidente: la adquisición de la Luisiana, un inmenso territorio cuya superficie equivalía a más del doble de la de los Estados Unidos de entonces. Jefferson dio a esos nuevos dominios occidentales el nombre de «imperio de la libertad», expresión con la que no se refería a la economía de mercado ni a la garantía de la movilidad social, sino a otra cosa. Tal y como Jefferson lo concebía, el Territorio de Luisiana debía estimular la agricultura e impedir el crecimiento de las fábricas y la pobreza urbana: *esa* era a su juicio la fórmula que debía propiciar la libertad. No se trataba de la «feliz mediocridad» de Franklin, es decir, no estamos ya ante una compresión de las clases sociales derivada de la infinita expansión por las tierras vírgenes de Norteamérica, sino frente a una nación de grandes y pequeños agricultores. Y no es una diferencia meramente nominal: el modelo en el que Franklin y Paine habían basado sus propuestas era Pensilvania, pero Jefferson contemplaba el futuro del Nuevo Mundo —y el perfil de su sistema de clases— a través del prisma de Virginia. [247]

La Virginia del siglo XVIII era una sociedad agrícola y jerárquica. En 1770, menos del 10 por ciento de los virginianos blancos poseía propiedades rústicas en la colonia. Había, sin embargo, un reducido grupo de grandes plantadores situado en los peldaños superiores cuyos miembros poseían varios cientos de esclavos cada uno. Más de la mitad de los hombres blancos se hallaban totalmente desprovistos de tierras, de modo que trabajaban como arrendatarios, jornaleros a sueldo o criados contratados. En el universo de Jefferson, la tierra, los esclavos y el tabaco seguían constituyendo las principales fuentes de riqueza, pero, en su mayoría, los varones de raza blanca carecían de esclavos. Esa es la razón de que el señor Jefferson viviera instalado en las nubes, plácidamente asomado a la situación de los granjeros comunes y corrientes que poblaban la extensa campiña que se abría a los pies de su famoso hogar de las montañas. En la época de la Revolución estadounidense, Jefferson poseía 187 esclavos como mínimo, y en la fecha de la batalla de Yorktown [248] era propietario de cinco mil quinientas hectáreas de terreno repartidas por seis condados de Virginia. [249]

La seductora naturaleza de la prosa de Jefferson complica notablemente la clara determinación de los puntos de vista que defendía en relación con las clases sociales. Sus escritos tienen potencia y vuelo literario, incluso poético, pero acaban cayendo en la autocomplacencia y la ofuscación retórica. Jefferson cubre de elogios a los «cultivadores de la tierra», a los que considera ciudadanos de la máxima importancia y llama «pueblo elegido de Dios», pues «preservan el vigor de la república» gracias a la singular «utilidad de su ocupación». No obstante, el modelo de virtud pastoril que nos describe Jefferson no procede de ningún granjero de carne y hueso de Virginia, y, de hecho, ni siquiera él mismo alcanzará a regirse por tan altos ideales. Pese a los esfuerzos que sin duda habrá de dedicar a la mejora de la eficiencia productiva de sus granjas, Jefferson no conseguirá nunca hacerlas rentables ni salir del pozo en el que se vio sumido por culpa de su creciente endeudamiento. En una carta escrita en 1796 le veremos admitir entristecido que sus alquerías se hallan en un «bárbaro estado» y que él mismo es «un granjero desastroso». Y en lo sucesivo las cosas irán todavía a peor. [250]

Pese a que hoy asociemos a Jefferson con la democracia agraria y la clase de los terratenientes rurales, el estilo de su prosa es el de un caballero hacendado. Como miembro de las clases altas, lo que hacía Jefferson era

contratar a braceros para que trabajaran sus tierras o emplear a sus esclavos en esos menesteres. No se convertiría en un granjero plenamente dedicado a sus tierras hasta el año 1795, movido por su creciente interés en abordar las labores agrícolas al modo de una disciplina científica. Comenzó así a experimentar con la larga serie de técnicas que extraía de sus lecturas, y también dio en llevar un meticuloso registro de todo cuanto probaba o comprendía en sus libros de labranza y jardinería. Compró los mejores y más actualizados manuales agrícolas. De hecho, en la biblioteca de Monticello había más de cincuenta obras de esa temática. Sin embargo, podía permitirse el lujo de hacer caso omiso de todo aquello que no despertase su curiosidad. El disgusto que siempre le produjo la necesidad de ocuparse del tabaco, que continuaba cultivando por razones económicas, pero consideraba una infame mala hierba, le llevará a admitir en 1801: «En mi vida he visto embalada una sola hoja del tabaco que yo mismo [produzco]». No obstante, en la mayoría de los casos, las mejoras agrícolas le fascinaban y, de hecho, en 1794 llegó a diseñar un arado de nueva factura, cuya hoja o vertedera ofrecía menos resistencia a la penetración. Alimentó permanentemente la esperanza de mejorar las prácticas agrícolas norteamericanas mediante contribuciones grandes o pequeñas a su modernización. [251]

Lo irónico del caso es que el modo en el que Jefferson enfocaba el progreso de las prácticas agrícolas del Nuevo Mundo era decididamente inglés y en modo alguno norteamericano. Los libros que leía y el tipo de agricultura que admiraba provenían básicamente de la tradición agraria inglesa y respondían a las teorías de los promotores británicos de la época. Tanto la decisión de cultivar trigo para no depender por completo del tabaco como el plan de introducir la cría de la oveja merina en todos los condados de Virginia a fin de producir una lana de mejor calidad fueron empeños concebidos con las miras puestas en corregir lo que otro colega suyo, y también promotor —George Washington—, llamaba ásperamente los «desaseados» hábitos de los granjeros de su estado. Los virginianos iban muy por detrás de los ingleses, tanto en el uso de fertilizantes como en la rotación de cultivos o los métodos de cosecha y arado de la tierra. Tanto los grandes terratenientes como los pequeños granjeros solían agotar un importante número de hectáreas de terreno para después dejarlas abandonadas y en barbecho. «Despilfarramos a placer», será la expresión que Jefferson emplee para referirse con tacto a esa mala práctica. [252]

Jefferson sabía que detrás de toda la retórica empleada en pregonar a los cuatro vientos el magnífico potencial agrícola de Norteamérica se ocultaba una realidad menos rutilante. Por cada caballero hacendado con visión de futuro había montones de plantaciones mal gestionadas y cientos de modestos agricultores (y arrendatarios) obligados a soportar toda clase de penalidades para sobrevivir. Y los esclavos, que eran los encargados de asumir la mayor parte de las labores del campo en las plantaciones de Virginia, ¿cómo iban a sentirse arropados bajo el pomposo manto dialéctico de «cultivadores de la tierra»? Según parece, Jefferson los consideraba simples «braceros». Los arrendatarios, que alquilaban los campos, pero no los poseían, así como los labriegos sin tierras y los ocupantes ilegales, también carecían de la agudeza comercial y las virtudes agrícolas de aquellos idealizados cultivadores de Jefferson. En su mundo perfecto, los granjeros de las clases inferiores podían terminar medrando, y lo mismo cabía afirmar de sus tierras. Si se les proporcionaba una propiedad en toda regla y una educación básica, ellos mismos hallarían ocasión de recurrir a mejores métodos para cultivar la tierra y criar a sus animales, con lo que podrían transmitir esos hábitos y rasgos favorables a sus hijos. No obstante, como veremos, la gente bien y la pequeña aristocracia gobernante, cuyos integrantes no tenían el menor interés en mejorar las condiciones de vida de los pobres de Virginia, reducirían a su mínima expresión los diversos esfuerzos reformistas de Jefferson. Y lo que es todavía peor: los profundos sesgos clasistas del propio Jefferson —de los que él mismo no era consciente— vendrían a poner inmediatamente en entredicho esta versión agrícola de la movilidad social. [253]

Pese a que históricamente se le haya saludado como a un gran demócrata, lo cierto es que Thomas Jefferson nunca consiguió zafarse de su educación clasista. Su privilegiada formación tiñó irremediablemente su pensamiento. No habría podido redactar la Declaración de Independencia de Estados Unidos ni ser elegido miembro del Congreso Continental de las Trece Colonias de no haber sido un miembro destacado de la alta burguesía virginiana. Contaba con la ventaja de conocer bien a los clásicos, y en la elitista escuela universitaria de William and Mary había obtenido un sólido conocimiento del derecho y las humanidades. Era un notable bibliófilo, y llegó a coleccionar nada menos que 6.487 volúmenes. Hablaba con fluidez el latín y el griego, le gustaba el italiano, leía el francés antiguo y algo de español, y era también un hombre versado en los oscuros arcanos de la

lengua anglosajona. Se rodeó de artículos de lujo europeos, y mostró siempre aficiones epicúreas, como deja patente el hecho de que adorara el vino de Sauternes. El solo hecho de imaginar que Jefferson pudiera tener alguna especial penetración en los problemas existenciales que acuciaban a las personas de humilde condición, o la idea de que comprendiera cabalmente la poco halagüeña situación en que se encontraban los arrendatarios, equivale a confesarse incapaz de tener en cuenta el vasto abismo que separaba a los ricos de los pobres de Virginia. [254]

Si Franklin entendía que el principal elemento condicionador de las clases sociales era la demografía, animada por el compulsivo motor que induce a los seres humanos a buscar el placer y rehuir el dolor, Jefferson optará en cambio por una filosofía diferente. Pese a que los números y la aritmética política le atrajeran tanto como a Franklin, Jefferson juzgaba que el comportamiento humano era de naturaleza condicional, dúctil y adaptable: esta era la razón de que la conducta de los miembros de nuestra especie se adecuara, generación tras generación, a los cambios que fuera registrando el entorno físico y social. Si la mano de la naturaleza concedía cierto mérito a alguien, también el contexto local y la elección de un compañero o compañera se guiaban por la constatación de esa valía. No obstante, el principal factor que separaba a las personas en obvias posiciones sociales diferentes era el de la íntima relación de la tierra y el trabajo. Así lo explica el propio Jefferson en un escrito de 1813: «Las espontáneas energías de la naturaleza son un don de la naturaleza», pero el hombre ha de «aplicar bien su trabajo» si quiere recoger los grandes beneficios que esta otorga. De acuerdo con la visión general que Jefferson tenía de las cosas, las clases sociales eran consecuencia de la topografía, ya que debían su forma al vínculo que se forjaba entre los productores y la tierra. Y, desde luego, al hablar de «productores» se refería a los campesinos y los terratenientes, no a los arrendatarios ni a los esclavos. [255]

La ocupación que más le gustaba, la palabra que empleaba con todo entusiasmo para categorizar el quehacer virtuoso, era la de *cultivador* . Desde su punto de vista, esta voz hacía algo más que designar a la persona que se ganaba el pan por medio de la actividad agrícola, ya que remitía en realidad a un giro expresivo propio del siglo XVIII y derivado del estudio popular de la historia natural. «Cultivar» apuntaba a la idea de renovar y fecundar, con lo que designaba implícitamente el hábito de extraer de la tierra el sustento inmediato. Y, a su vez, esta última circunstancia se

asociaba con la posesión de unas buenas características personales, la manifestación de un conjunto de cualidades de orden superior y el fomento de unos hábitos mentales firmes y constantes. El «cultivo» se hallaba fuertemente asociado con la cría de animales y con la noción de que toda tierra fértil era fuente de estirpes sanas y resistentes (tanto de animales como de personas). Además, la hábil explotación del potencial productivo de la tierra tenía el beneficio añadido de una mejora del juicio moral —y a eso es justamente a lo que se refiere Jefferson al detallar las características de ese «peculiar pozo de genuina y sustancial virtud»— que habita el pecho de todo auténtico cultivador. De este modo, la tierra podía tener propiedades regeneradoras, tal y como sucedía, por ejemplo, con los conglomerados de marga, ricos en calcio, que empleaban los granjeros cultos para devolverle a la tierra sus nutrientes. [256]

Por consiguiente, la taxonomía de las clases sociales de Jefferson no depende del lenguaje comercial que empleaba Franklin al hablar de «clases» o «estofas», términos que le permitían equiparar y evaluar sin dificultad bienes y personas. Más bien al contrario, ya que en Jefferson la concepción de las clases apunta *de facto* a la existencia de una serie de estratos que no son sino un reflejo de los diferentes gradientes de nutrimentos contenidos en las capas de los campos de cultivo. En opinión de este leído virginiano que idealizaba las comunidades rurales, había que ver las clases sociales como otras tantas extrusiones surgidas de manera natural de una tierra fértil y prometedora, como una suerte de encarnaciones vivas de la topografía agraria.

La Virginia revolucionaria difícilmente podía ser un territorio donde reinara la armonía, el igualitarismo o la unidad. El esfuerzo bélico no vino sino a exacerbar el conjunto de tensiones que, tras una larga fermentación, habían distanciado a los patriotas de la élite social de todos cuantos se hallaran por debajo de ellos. En perfecta sintonía con la tradición británica, la flor y nata norteamericana esperaba que las clases bajas se encargaran de combatir en sus guerras. En la Guerra de los Siete Años, por ejemplo, los virginianos recurrieron a la infame práctica del reclutamiento forzoso, haciendo redadas de vagabundos a los que se obligaba a ingresar en el ejército a fin de cubrir los cupos militares que se exigían a la colonia. Y en tiempos de la Revolución estadounidense, el general Washington llegará a afirmar que solo «las clases populares más bajas» debían servir en la infantería. Jefferson creía que el carácter de las clases sociales era una realidad

palpable. Siendo ya miembro de la Cámara de Delegados de Virginia, Jefferson ideó un plan destinado a crear un regimiento de caballería integrado específicamente por los hijos de los plantadores de la colonia, jóvenes que, según él, «se han vuelto incapaces de actuar como soldados de a pie por indolencia o educación». [257]

Ya en el año 1775, los arrendatarios desprovistos de tierras del condado virginiano de Loudoun habían expresado una queja común en toda la colonia, que por entonces se hallaba en plena expansión. Lamentaban que «los varones pobres no encontraran aliciente alguno en la lucha, al no tener nada que defender». Fueron muchos los hombres blancos de condición humilde que se rebelaron contra las estrategias de reclutamiento y protestaron por las exenciones de servicio que se concedían a los capataces de los plantadores ricos. Y, de hecho, la mísera paga que recibían contribuyó a aumentar todavía más el descontento de estos soldados. Esa resistencia determinó la adopción de una serie de medidas desesperadas. En 1780, los miembros de la Asamblea de Virginia acordaron conceder a los blancos que se hubieran enrolado la recompensa de un esclavo, entendiendo que de ese modo se pagaba su buena disposición si se prestaban a combatir hasta el fin de la contienda. Esto no solo implicaba ascender inmediatamente un peldaño en la escala social, también constituía una clara transferencia de riqueza y posición (en este caso, de las clases altas a las bajas). No obstante, ni siquiera esta repugnante oferta alcanzaría a actuar como tentación suficiente, dado que fueron muy pocos los hombres que mordieron el anzuelo. Dos años después, al decidirse el desenlace de la guerra en la batalla de Yorktown, la situación seguía siendo la misma. De todos los combatientes que peleaban en el bando estadounidense, solo un puñado provenía de Virginia. [258]

Pero no se agotaron aquí los esfuerzos encaminados a apaciguar a los granjeros blancos pobres. Al redactar la nueva constitución de 1776, los rebeldes de Virginia apoyaron en masa el sufragio de los hacendados libres, es decir, la concesión del derecho al voto de todos los hombres blancos adultos mayores de veintiún años que disfrutaran de la plena propiedad de diez hectáreas de tierras de cultivo. Sin embargo, esos mismos revolucionarios se mostraron mucho más cicateros al abordar temas como el de las compensaciones debidas a los excombatientes que carecían de tierras o se hallaban sumidos en la pobreza. La propuesta de Jefferson —dispuesto a mejorar las condiciones de vida de las clases inferiores

mediante la concesión de veinte hectáreas de tierra y el derecho al voto a todos cuantos se hallaran desposeídos— acabó desapareciendo en la versión final de la constitución. [259]

Tras ser designado como integrante de un comité creado con el específico propósito de revisar la legislación de Virginia, Jefferson probó a emplear otra táctica, orientada en esta ocasión a modificar los equilibrios de poder que regían la vida de las distintas clases sociales de ese estado. Consiguió eliminar los privilegios de la primogenitura y el mayorazgo o fijación usufructuaria de la finca, [260] dos prácticas legales que permitían que un puñado de familias poderosas conservaran en sus manos grandes cantidades de tierras. El objetivo que perseguía Jefferson consistía en legislar para que los campos se repartieran equitativamente entre todos los hijos de la familia propietaria y no fuesen a parar únicamente al varón de más edad. La concesión de tierras de titularidad privada debía reemplazar las cláusulas del mayorazgo, que limitaban la venta de las tierras familiares. Al mismo tiempo, el comité estudió la eventual aprobación de una propuesta que sugería conceder a todos los chiquillos nacidos en el seno de una familia libre un terreno de treinta hectáreas como incentivo destinado a lograr que los hombres que se hallaran en situación de máxima pobreza se casaran y tuviesen hijos. Los propietarios de pleno derecho de Jefferson debían engendrar hijos para sentirse anclados a la tierra y sentir el impulso de salir de la ociosidad. [261]

Sin embargo, no resultó fácil conseguir que las reformas cuajaran. La república de propietarios de pleno derecho de Virginia no supo inculcar virtudes a sus granjeros, es decir, fue incapaz de materializar el efecto con el que Jefferson había fantaseado. La mayor parte de los pequeños terratenientes vendió las tierras a los grandes plantadores, hipotecó los campos o continuó desperdiciando las tierras que todavía permanecían en sus manos. Lo único que veía la gente en las propiedades rústicas era una mercancía más, no un insigne llamamiento a una vida mejor. Jefferson no alcanzó a comprender algo que sí había percibido en cambio su predecesor James Oglethorpe: que el sistema de la plena propiedad (unido a una concesión de tierras de libre disponibilidad) favorecía a los especuladores agrícolas más acaudalados. Los trabajos de la granja eran muy arduos, y además había muy pocas posibilidades de éxito, sobre todo en el caso de las familias que carecían de los recursos que Jefferson poseía a manos llenas: esclavos, capataces, animales de tiro, un arado, molinos en las

inmediaciones y canales o vías navegables para transportar al mercado los productos de su esfuerzo. Las familias se endeudaban con mucha facilidad, y la amenaza del fracaso estaba siempre a la vuelta de la esquina. Por sí sola, la tierra no garantizaba en modo alguno la autosuficiencia. [262]

Si, por un lado, las élites gobernantes presentes en la convención constitucional de Virginia se habían mostrado reacias a otorgar veinte hectáreas a los hombres pobres a fin de convertirlos en ciudadanos y propietarios de pleno derecho, lo cierto es que se sintieron perfectamente dispuestos, por otra parte, a expulsar a los pobres a las regiones interiores del país. En 1776, al abrirse la oficina catastral, se adoptó una nueva política: todo el que estuviera ocupando ilegalmente unas tierras no reclamadas en la Virginia occidental y Kentucky podría esgrimir un derecho preferente a su compra. Tal y como había ocurrido anteriormente con la vieja práctica británica de convertir en colonos a los pobres, lo que los virginianos estaban intentando hacer con estas medidas era apaciguar los movimientos de disidencia, aumentar la base recaudatoria del fisco y ofrecer a los individuos de precaria fortuna tentaciones que les indujeran a partir al oeste. Sin embargo, todas estas disposiciones contribuyeron muy poco a alterar la estructura de clases. Al final, las nuevas cláusulas jurídicas se volvieron en contra de las familias desfavorecidas, ya que, al no poseer dinero en efectivo con el que poder adquirir las tierras, se transformaron en inquilinos y volvieron a quedar empantanados como arrendatarios en lugar de acceder al estatus de terratenientes independientes. [263]

La educación pública trató de complementar las reformas agrarias. En el proyecto de ley número 79, orientado a la «Difusión general del conocimiento», Jefferson propuso la instauración de diferentes niveles de preparación: todos los chicos y chicas deberían asistir a la escuela primaria, y los institutos de enseñanza secundaria se reservarían para los varones más capaces, cuyos estudios correrían a cargo de los poderes públicos. Para el segundo nivel, Jefferson solicitó que se reclutara a veinte jóvenes «genios» entre las clases bajas de los distintos condados. Al recompensar así a las personas de mérito, lo que Jefferson estaba tratando de poner en marcha era un instrumento de movilidad social, y esto, además, en un estado en el que la educación constituía un privilegio estrictamente circunscrito a las familias acomodadas. [264]

Al explicar el plan en sus *Notes on the State of Virginia* , la ambiciosa exposición que había elaborado sobre la historia natural de ese estado,

Jefferson utilizó una alusión bastante desagradable para calificar la reforma. El puñado de estudiantes afortunados debía «entresacarse de la basura», dejando al mismo tiempo que la mayoría de los desfavorecidos continuaran sumidos en la ignorancia y la pobreza. Jefferson empleó la voz «basura» como variación aliterativa del omnipresente tema de la morralla humana. Más que anticiparse a la futura referencia de Teddy Roosevelt —en la línea de un John Bunyan [265] — al empeño periodístico de rebuscar en el fango en busca de trapos sucios, lo que Jefferson estaba haciendo aquí era evocar la mucho más antigua insinuación isabelina de rastrillar las malas hierbas para airear una mala cosecha. Su designación como «basura» es un evidente síntoma de desprecio hacia los pobres, pero también un triste recordatorio de que eran muy pocos los que conseguían eludir el cubo de las inmundicias. Sea como fuere, la cuestión es que el proyecto de ley fue rechazado: la gente bien de Virginia no sentía el menor deseo de sufragar tales gastos. No les interesaba en absoluto entresacar unas cuantas semillas de genialidad callejera en el desolado páramo de la población rural pobre. [266]

El proyecto de ley de la reforma educativa tenía en realidad muy pocas posibilidades de ser aprobado, pero sí lo consiguió en cambio una pieza añadida vinculada con la financiación de los asilos para pobres. Tal y como había ocurrido con las leyes de pobres de Inglaterra, el borrador de la norma penalizaba a todos aquellos que «pierden lastimosamente el tiempo con decisiones ociosas y disolutas», es decir, entregándose a la vida bohemia y a la holgazanería, o dejando abandonados a sus hijos y esposas: esas personas, rezaba el texto, merecían «la consideración de vagabundos». La solución que se ofrecía a los chiquillos pobres no pasaba por la educación, sino por su contratación como aprendices. Jefferson introdujo un cambio que, si bien era menor, reformaba al menos la ley anterior, que se remontaba al año 1755: los pobres no tendrían que seguir llevando distintivos especiales que los identificaran como tales. Sin embargo, seguiría castigándose a los vagabundos, y el precio que tendrían que pagar sus hijos a causa de esa ociosidad recuerda en cierto modo el destino de los huérfanos explotados de los criados fallecidos de Jamestown. Puede que empezaran a ser una clase algo menos visible, ahora que se les había despojado de sus insignias, pero su sola imagen continuaba siendo un potente símbolo de degeneración e indolencia. [267]

En todos los casos, las reformas iniciales de Jefferson tendieron menos a promover la igualdad y la democracia que a moderar las situaciones extremas. Si el granjero recurría a los conglomerados de marga o de turba para sanear la tierra, el enfoque de Jefferson propende más a deshacer los cuajarones en que se condensaban tanto la riqueza como la pobreza. El orden social de Virginia era como el agua estancada: no fluía por la doble razón de que se veía lastrada por una clase de plantadores en cuya cúspide habían anidado las élites y de que la clase formada por las familias desprovistas de tierras tendía cada vez más a la inmovilidad. Las impactantes palabras que había empleado al decir que debía *«entresacarse de la basura» a un reducido grupo de jóvenes* pobres y estudiosos captan la esencia de su filosofía de un modo que es a un tiempo inequívoco y perentoriamente gráfico. El rastrillado que debía efectuarse para llevar a cabo la quita admite ser comparado con el trabajo del arado, es decir, con el proceso consistente en remover una tierra exhausta y yerma para desenterrar la renovada vitalidad de sus capas inferiores. Este tipo de mejoras, pese a caracterizarse por una lenta y gradual difusión de sus consecuencias benéficas, constituía la promesa de una rica y venidera cosecha de ciudadanos.

El prestigioso estudio que hace Jefferson de las clases sociales (entendidas como un producto de la topografía) aparece claramente expuesto en sus *Notes on the State of Virginia* . El texto, escrito fundamentalmente en su etapa como gobernador de Virginia, esto es, entre 1780 y 1781, no saldría a la luz en forma de libro sino varios años más tarde, siendo ya su autor ministro ante la corte de Versalles. [268] Mediante una serie de preguntas, el secretario de la legación francesa en Filadelfia, François Barbé-Marbois, había animado a Jefferson a confiar sus ideas a la imprenta. Sus *Notes* se convirtieron así en una especie de acción diplomática gracias a la cual se ofrecía a los lectores europeos la doble defensa argumental de su estado natal y de su nueva nación.

Las *Notes* contenían una historia natural de la raza y las clases sociales, y en sus páginas se desplegaban profusamente las observaciones empíricas del propio Jefferson, realizadas sobre la base de los hechos y las cifras que él mismo había reunido. Se trataba, por un lado, de un relato de viajes vinculado con la tradición de un Hakluyt y, por otro, de un sucinto informe jurídico. Jefferson imagina en su escrito que el abogado de la parte contraria es el aclamado naturalista francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon,

que había presentado un retablo más que antipático del continente norteamericano, al que pintaba como una tierra rezagada y sujeta al tormento de una degeneración generalizada. En sus *Notes* , el único libro que llegaría a completar jamás, Jefferson elimina toda la fealdad supuesta y expone en su lugar la belleza y la abundancia naturales de Virginia. En este texto, al que cabría considerar como una suerte de versión jeffersoniana del *New English Canaan* de Thomas Morton, el Nuevo Mundo promete una inigualable plétora de recursos, prestos a propiciar la riqueza comercial. Las clases sociales ocupan un lugar significativo. La rica topografía del continente ofrecía un hogar perfecto a sus «cultivadores de la tierra», presentados como una raza norteamericana en la que el mundo tenía sus mejores esperanzas.

La obra de Buffon resultaba perturbadora por un buen número de razones. En su *Histoire Naturelle* , publicada originalmente en 1749, el autor francés había reducido el Nuevo Mundo a una gigantesca y vil marisma tenebrosa. Era como si toda Norteamérica se hubiera transformado en Carolina del Norte. Una sofocante mezcla de humedad y calor había permitido la proliferación de aguas estancadas y «burdas masas de vegetación», llenando al mismo tiempo el aire de miasmas, todo lo cual retrasaba la diversificación de las especies y limitaba su tamaño. Había veces en que el tono de Buffon recordaba la pintoresca expresividad de William Byrd, ya que también él se quejaba de que las «fétidas exhalaciones» norteamericanas bloqueaban los rayos del sol, haciendo imposible la «purificación» del suelo y el aire. Esa clase de entorno permitía la multiplicación de las alimañas y malezas propias de los pantanos: «frondas húmedas, reptiles e insectos, así como todo tipo de criaturas aficionadas a revolcarse por el fango». Los animales domésticos presentaban unas dimensiones menores a las habituales en sus primos europeos, y su carne no se revelaba tan sabrosa. En un terreno tan dejado de la mano de Dios, el único bicho que medraba era el preciado puerco de Carolina. [269]

A los ojos de Buffon, los nativos americanos no eran simples salvajes. Se trataba en realidad de una raza de constitución débil, desprovista de libre albedrío y carente de «actividad intelectual». Su condición de meros hijastros de la naturaleza determinaba que faltara en ellos tanto el «vigorizante sentimiento del amor como el intenso deseo de multiplicar su especie». Eran, según él, «fríos y lánguidos», y se pasaban las horas muertas sumidos en un «estúpido reposo», ya que no habían brotado en

ellos los sólidos lazos afectivos que unían a las personas y les permitían forjar sociedades civilizadas. De este modo, Buffon convertía prácticamente a los indios norteamericanos en un hatajo de monstruos de pantano de carácter poco menos que reptiliano. Preocupados únicamente por su siguiente comida o por el desenlace de una batalla inminente, se agazapaban en los marjales para acechar a sus presas, desentendiéndose del destino que pudiera aguardar a sus retoños. De hacer caso a las afirmaciones de Buffon, en el deseo de reproducirse residía la «chispa» de la vida y ardía la llama del genio. En los indios, sin embargo, esta cualidad esencial se hallaba ausente, y todo se debía al hecho de que languidecieran en un medio ambiente en el que todo acababa marchito. [270]

En su impugnación de las tesis de Buffon, Jefferson tuvo que borrar de arriba abajo el siniestro lienzo del autor francés y eliminar del cuadro sus engendros de ciénaga para pintar una escena totalmente distinta a la que hoy llamaríamos ecológica. Jefferson evoca una Norteamérica diferente y nos habla de un sublime espacio de diversidad infinita. Su cordillera Azul, en plenos Apalaches, se alza con un porte majestuoso; el río Misisipi rebosa de vida, adornado por pájaros y peces, en nada inferior al propio Nilo, cuna de la civilización occidental. Admitía que los nativos norteamericanos vivían en estado de naturaleza, pero poseían un claro ardor varonil y daban sobradas muestras de actuar con noble ánimo. Norteamérica no estaba infestada de patéticas especies animales ni padecía el lastre de ningún género humano demediado. Al contrario, el joven continente podía dar al mundo la noticia de uno de los más importantes descubrimientos científicos de la época: la del hallazgo de la osamenta del mamut lanudo, que por entonces era considerada la mayor especie que el hombre hubiera conocido y que, según Jefferson, todavía merodeaba en lo profundo de los bosques. Los colonos ingleses y europeos no habían padecido las dificultades, las habían superado. La presencia del raro destello de la genialidad, cuyo fuego ardía en personas como Washington, Franklin y David Rittenhouse, el astrónomo de Filadelfia, constituía una prueba irrefutable, a su juicio, de que el entorno natural del Nuevo Mundo poseía virtudes fortalecedoras y regenerativas. [271]

En lo fundamental, Jefferson coincidía con los criterios científicos de Buffon. No se deshizo, por ejemplo, de una de las premisas básicas del francés, que suponía que el medio ambiente físico ejercía una influencia crucial en la formación y el despliegue de las razas y las clases de personas.

Y tampoco rebatió su tesis de que la tierra pudiera poseer cualidades rehabilitadoras o, por el contrario, favorables a la degeneración. Por consiguiente, la teoría de Buffon no se revelaba errónea; todo se reducía a la circunstancia de que sus observaciones eran incompletas. Tal y como el mismo Jefferson habrá de argumentar con más detalle en 1785 en una carta dirigida al marqués de Chastellux, que tres años antes había visitado Monticello, los indígenas norteamericanos no eran débiles, pues con el paso del tiempo habían desarrollado una musculatura que les había convertido en magníficos corredores, y sus pies ligeros resultaban una perfecta arma de guerra. Los norteamericanos de origen europeo también se habían adaptado al acogedor entorno del continente. Lo habían conseguido gracias al vigor innato que les habían transmitido las innumerables generaciones de antepasados que se habían pasado la vida trabajando en el campo. Lo que Jefferson venía a decir era que llevaban el cultivo de la tierra en la sangre, y eso explicaba que ya hubieran comenzado a transformar el paisaje y a adaptarlo a su imagen y semejanza. [272]

No obstante, las ideas topográficas de Jefferson se aplicaban a cuestiones que iban más allá del puro entorno natural. Le interesaba asimismo la corografía, es decir, la forma en que los seres humanos se adaptan a la tierra y al entorno, los modos en que explotan su fertilidad y la usan para levantar sus instituciones sociales. La propia agricultura constituía una etapa crucial que elevaba a las comunidades humanas por encima de los rudimentarios estadios del salvajismo y la barbarie. El cultivador norteamericano precisaba de algunas salvaguardas. Jefferson admitía que la degeneración era sin duda una de las eventualidades posibles, pero no aceptaba que su magnitud alcanzara los niveles que suponía Buffon. Los norteamericanos que se instalaran demasiado cerca de las extensiones vírgenes se hallaban expuestos a la amenaza de ocultos peligros, y estos también se cernían sobre aquellos que sintieran un excesivo apego a los lujos comerciales del Viejo Mundo. En 1785, en uno de los periodos en que más se entregó a sus ensoñaciones, Jefferson explicará en sus textos que abriga la esperanza de que Norteamérica acabe siendo como China, un continente completamente independiente de las actividades comerciales y fabriles europeas, un país libre asimismo de otros enredos: «Lograremos evitar así todas las guerras, y el conjunto de nuestros ciudadanos se dedicará al cultivo de la tierra». Deseaba asistir al surgimiento de una zona moderada, a medio camino entre dos extremos. [273]

Jefferson no eludió la ingeniería social, ya que creía que era posible moldear los comportamientos. El plan que concibió para la organización del Territorio del Noroeste se basaba en las reformas que ya había planteado en el caso de Virginia. En su calidad de presidente de dos comités del congreso, Jefferson desempeñó un papel esencial en la determinación del reparto y la administración de las tierras. En su informe sobre la Ordenanza Territorial de 1784 desplegó un proyecto de división en cuadrícula que, de haberse adoptado, habría troceado el estado en una serie de regiones perfectamente rectangulares compuestas por lotes individuales de terreno, entendidos como la unidad básica para el establecimiento de una granja familiar. Quería que la zona quedara dividida en diez pedazos con capacidad potencial para convertirse en otros tantos estados, y dio nombre a todos ellos. Y no eran denominaciones baladíes: Silvania, Querroneso, Asenisipia, Metropotamia, Pelispia…, por citar solo unos cuantos. Si eligió esos caprichosos rótulos, de significación seudoclásica o resonancias agrícolas, fue con la intención de sugerir que, en esa ley de constitución estatal, el Congreso se implicaba activamente en la regeneración o el renacimiento de la civilización occidental. Jefferson insistía además en que el Territorio del Noroeste no debía dar carta de naturaleza a ningún título hereditario, y, de hecho, al cruzar el umbral del año 1800, la esclavitud y la servidumbre involuntaria quedaron permanentemente prohibidas. En sus planes, muy en la línea de James Oglethorpe, Jefferson contemplaba la creación de una zona poblada por trabajadores libres. [274]

¿Qué pretendía lograr Jefferson? Uno de sus objetivos consistía en impedir el desarrollo de las manufacturas, un tipo de actividad que en sus *Notes* había calificado de cáncer del cuerpo político. El sistema de la división en cuadrícula producía un resultado similar al de las hileras de parcelas ajardinadas, una disposición que por cierto habría parecido sensata a su colega naturalista John Hector St. John de Crèvecoeur, autor de *Cartas de un granjero americano* , publicadas en 1782. Nacido en Francia, St. John de Crèvecoeur había emigrado a Norteamérica y pasado varios años en el valle del Hudson, en el estado de Nueva York. Como devoto admirador de Buffon, Crèvecoeur elogiaba la creación de un «espacio intermedio» destinado a generar una «clase diferenciada y distinta». «Los hombres son como las plantas», afirmaba convencido, y esto a su vez le llevaba a sostener que las semillas de las clases sociales podían sembrarse y cultivarse. De acuerdo con sus tesis, la clase de los cultivadores, a los que

imaginaba como pobladores de ese «espacio intermedio», se caracterizaba por trabajar granjas iguales de ciento cincuenta hectáreas. No eran arrendatarios ni ocupantes ilegales, y tampoco comerciantes de ultramar dedicados a la importación de artículos manufacturados ingleses. El perfecto granjero de Crèvecoeur convertía sus campos en un aula y ponía a su hijo a manejar el arado a fin de que percibiera el rítmico vaivén vertical de la reja al abrir y separar la tierra. [275]

También Jefferson quería que los norteamericanos permanecieran atados a la tierra y que sus hijos echaran sólidas raíces, para perpetuar su modo de vida en las generaciones venideras. La perfección agraria acabaría por prender y dar fruto: el apego a la tierra, igual que el afecto a los propios descendientes, imbuía en la gente el *amor patriae* . No se proponía la instauración de una sociedad desenvuelta o despreocupada, y tampoco abogaba en favor de la rápida acumulación de fortunas comerciales. No defendía un sistema de clases presidido por una movilidad social sin límites. Los granjeros de Jefferson formaban parte de un nuevo tipo de población cuyos roles estaban basados en el derecho natural y se transmitían de padres a hijos. No debían transformarse en una ambiciosa clase de individuos obsesionados con medrar. [276]

Pero tampoco debe pensarse que los idealizados granjeros de Jefferson fueran simples rústicos. Vendían sus productos en el mercado, aunque a menor escala. Había espacio suficiente para el surgimiento de una élite integrada por burgueses prósperos y caballeros hacendados, como él mismo. Mediante la aplicación de los más recientes métodos de gestión agrícola y con la optimización del suelo, los granjeros más florecientes podían instruir a sus colegas de menor habilidad, situados económicamente por debajo de ellos. La educación y la emulación eran condiciones necesarias para inculcar virtudes en la gente. Los granjeros norteamericanos debían pasar por un periodo de aprendizaje muy particular, que solo podía recibirse en un entorno al que previamente se hubiera dotado de las características adecuadas mediante una sabia manipulación. El Territorio del Noroeste se prestaba muy bien a ese objetivo, ya que era una zona desprovista de toda influencia perjudicial y basada en la labor de una población de trabajadores libres con aspiraciones modestas. No quedaba en ese estado el menor vestigio de los viejos títulos aristocráticos, la esclavitud estaba prohibida y se habían suavizado los ímpetus comerciales.

En uno de sus más ambiciosos planes de reforma, el que perfiló esquemáticamente en 1789, Jefferson sopesa la posibilidad de atraer a Norteamérica a grupos de inmigrantes alemanes, ya que se sabía que eran labriegos de magnífica disposición. La idea consistía en instalarlos en parcelas de veinte hectáreas adyacentes a las de los esclavos, que de ese modo «aprenderían, como los demás, los hábitos de la previsión y la propiedad». Jefferson acariciaba al mismo tiempo el plan de reclutar alemanes con el simple propósito de mejorar la capacitación de los granjeros blancos pobres de Virginia. Se suponía que los virginianos de origen inglés acabarían mezclándose con ellos y aprenderían de los más hábiles granjeros alemanes que tenían a su alrededor. [277]

Desde luego, Jefferson no siempre expuso con honestidad la situación del sistema de clases en el que se hallaba inmerso. Prefería proyectar la imagen de una Norteamérica presidida por una «sosegada y permanente felicidad» a encarar sin tapujos la incómoda y tozuda realidad. Por regla general, sus afirmaciones más exageradas y grandilocuentes, aquellas en las que sostiene que Estados Unidos es una tierra de oportunidades sin parangón, vendrán dictadas por la necesidad de responder a las críticas. Como ya había demostrado en sus *Notes* , Jefferson se consideraba a sí mismo una suerte de centinela público, un defensor intelectual de la reputación de un país joven y de estrella ascendente.

Y de hecho tendría mucho por lo que abogar tras la Revolución de las Trece Colonias. Los años de la guerra se habían cobrado un fuerte tributo. La depresión económica subsiguiente a la contienda generó un padecimiento general. Los estados habían contraído deudas enormes, así que los legisladores decidieron aumentar los impuestos, elevándolos a niveles muy superiores a los vigentes en el periodo prebélico, hasta el punto de triplicar, o cuadruplicar incluso, las cifras de la época colonial. Por si fuera poco, la mayor parte de los dólares recaudados por el fisco terminaban en manos de los especuladores que invertían en los valores que los Gobiernos estatales habían emitido para cubrir los gastos del choque armado. Fueron muchos los soldados que se vieron en la obligación de vender los certificados de acciones y las tierras que habían obtenido como recompensa por su esfuerzo a usureros y acaparadores, que los adquirían por una mínima parte de su precio real. Se produjo así una transferencia de riqueza de abajo arriba, ya que el dinero salía de los harapientos bolsillos de los granjeros y los excombatientes pobres para ir a engrosar aún más las

abultadas bolsas de los nuevos ricos y los acreedores surgidos al calor del estraperlo bélico, convertidos en una inédita clase de «individuos adinerados». [278]

En 1783, los oficiales del Ejército continental habían protagonizado un motín en Newburgh, Nueva York, y amenazado con disolverse si el Congreso no les concedía una pensión plena. Ese mismo año, los mandos militares organizaron la Sociedad de los Cincinnati, una hermandad patriótica a la que se acusó de sentar las bases de una aristocracia hereditaria. En un principio, los miembros del grupo concedieron privilegios transmisibles de una generación a otra a los hijos de los veteranos y premiaron con medallas, otorgadas a manera de insignias, a quienes se afiliaban a ese club, de carácter extremadamente exclusivo. De hecho, la prohibición de los títulos nobiliarios que Jefferson introdujo en su informe sobre la Ordenanza del Territorio del Noroeste fue una suerte de indisimulada reacción a las flagrantes pretensiones de esa asociación. Y también contribuye a explicar por qué prohibió los distintivos estigmatizadores que habían venido llevando hasta entonces los vagabundos de Virginia. [279]

Si, por un lado, Jefferson estaba más que dispuesto a atacar a una seudoaristocracia naciente, por otro, le veremos observar las cosas a través de unos cristales de color de rosa cuando lo que se imponga sea reconocer la agitación de las clases sociales más bajas. Los periódicos británicos habían publicado reportajes de las algaradas y revueltas que estaban surgiendo en los territorios de Estados Unidos y, sin embargo, Jefferson se desentendió de ellos asegurando que eran intranscendentes. En 1784, declaró en una respuesta pública por escrito que no se veía un solo mendigo «en todo el continente, se mire por donde se mire». La pobreza y la lucha de clases simplemente no existían. Así lo aseguraba en ese texto, redactado justo un año antes de que la Asamblea de Virginia aprobara finalmente el proyecto de ley destinado a permitir las redadas de vagabundos. [280]

Jefferson manifestará, en cambio, una opinión diferente en 1786, al extenderse por las comarcas occidentales de Massachusetts la rebelión de Shays. El aumento de los impuestos y el crecimiento de las deudas que entrampaban a la clase media y a los granjeros pobres habían alimentado la pira de las tensiones sociales. El capitán Daniel Shays había prestado servicio en el Ejército continental y, con acierto o sin él, todos sus seguidores le consideraban el «generalísimo» del levantamiento. Shays

había comprado más de ochenta hectáreas de terreno, pero la depresión económica de la posguerra le había arrebatado la mitad de sus propiedades. Tras cerrar los tribunales en los que se estaban subastando las granjas y los hogares de los perjudicados, sus partidarios constituyeron un ejército informal y trataron de tomar la fábrica de armas de Springfield. También estallaron protestas similares en otras regiones mucho más meridionales, como la propia Virginia. En un escrito elaborado en Francia, Jefferson evitó negar la realidad de la rebelión, pero explicó que se trataba de un fenómeno espontáneo y recurrente, de carácter casi terapéutico. Con un extraño giro argumental, llegó incluso a calcular que lo más probable era que ese tipo de temporales políticos se repitieran cada treinta años. Según él, la «pequeña rebelión» presentaba analogías con las «tormentas que se abaten sobre el entorno natural»: estremecen durante un tiempo la atmósfera, pero después se calman y dejan los principios nucleares de la sociedad limpios y frescos. [281]

En realidad, las palabras de Jefferson le traicionan. Consideraba que la rebelión ponía en marcha un proceso de regeneración impulsado por factores ajenos a la voluntad humana y, lo que es más importante, despojado de toda irritación de clase. Por su parte, Abigail Adams [282] mostraba muy escasas simpatías por los hombres de Shays. Aquellos «fermentos y conmociones», observa secamente en una carta dirigida a Jefferson, solo habían traído «basura en abundancia». Y otros muchos coincidirán con este parecer. En los periódicos se tildaba al capitán Shays de líder ignorante y de patético individuo alojado en una «cochiquera», al que secundaba una patulea de alzados que en realidad no pasaban de ser meros «brutos». Los más críticos les equiparaban a los «granujas de la tierra», es decir, a los pícaros azotacalles que ni vendiendo el alma alcanzarían a saldar sus deudas. A los ojos del Jefferson naturalista, formaban parte del cieno sedimentario que la intemperie sacudía y dispersaba como simple aluvión por las acicaladas tierras de los seres humanos. [283]

Ese mismo año, Jefferson escribió una larga serie de comentarios en un artículo titulado «États Unis», que debía publicarse en la afamada *Encyclopédie Méthodique* . Tras resumir la historia de la Sociedad de los Cincinnati, Jefferson ofrece una curiosa explicación de las convulsiones que había provocado esa organización. «Nunca se han hecho distingos entre los hombres en Norteamérica», insiste. Entre individuos particulares, el «más

humilde labriego se encuentra en pie de igualdad con el millonario más pudiente», y si los derechos de pobres y ricos llegan a contender en los tribunales, añade, los primeros encuentran especial favor ante las leyes. Si un «zapatero o artesano» fuese elegido para ejercer un cargo político, «se le mostraría instantáneamente respeto y obediencia». A continuación, con una última floritura, Jefferson declara que los norteamericanos «tienen, de las distinciones derivadas del nacimiento o la condecoración, tanta idea como de la existencia de vida en la luna o los planetas». [284]

Pese a que Jefferson vendiera a los europeos la idea de que en Norteamérica habitaba una sociedad sin clases, lo cierto es que no había nada que se le pareciera, ni en Virginia ni en ningún otro lugar. En su estado natal, un campesino pobre o un remendón no tenía la menor posibilidad de concurrir a unas elecciones públicas. Jefferson escribió su panegírico con perfecta conciencia de que los semianalfabetos miembros de las clases bajas no recibían ni la más rudimentaria educación. Las cortes judiciales de Virginia fomentaban meticulosamente los intereses de los plantadores acaudalados. ¿Y acaso no era la esclavitud un «distingo entre los hombres»? Es más, la exigencia, instituida por Jefferson, de que el voto fuera ejercido únicamente por quienes poseyeran una propiedad había creado «odiosas distinciones» entre los terratenientes y los comerciantes y artesanos desfavorecidos, ya que negaba a estas últimas clases el derecho al voto. [285]

Sorprende la flagrante tergiversación de Jefferson, ese deseo de pintar la Sociedad de los Cincinnati como algo totalmente impensable para los norteamericanos, como una cosa de extraterrestres. Se muestra incapaz de reconocer que a muchos de los integrantes de las élites norteamericanas les encantaban los brillos de la aristocracia.

En tiempos de la administración de George Washington, los Federalistas [286] crearon una «corte republicana» dotada de sus correspondientes reglas de protocolo, sus grandes alharacas de gentil etiqueta y sus besamanos formales de periodicidad semanal. Estos últimos agasajos eran en realidad recepciones a las que únicamente se podía acudir mediante invitación, algo que solo estaba al alcance de las élites de la nación, que de ese modo podían reunirse con el presidente. Martha Washington organizaba sus propios convites en los salones, y poco a poco comenzó a aflorar en torno al jefe del Estado un culto y una adulación que remedaban algunos de los aspectos de la pompa y el boato regios. Las familias poderosas de Filadelfia

establecieron dinastías matrimoniales al entroncar con sus pares europeos. Elizabeth Patterson, hija de un rico negociante de Baltimore, se convertiría en una celebridad mundial en 1803 al casarse con Jerónimo Bonaparte, el hermano pequeño de Napoleón. En esa misma época, el presidente Jefferson escribió una carta a su embajador en Francia para informar a Napoleón de que el joven Jerónimo acababa de enlazar con una familia cuyo rango social se contaba «entre los primeros de Estados Unidos». [287]

En 1789, al proponer ante el Senado estadounidense que era preciso asignar a la persona del presidente un título más imponente, como el de «majestad», el vicepresidente John Adams vino a aceptar que las distinciones políticas se engalanaran con los aderezos de la ostentación y el aparato. A diferencia de Franklin, Adams estaba convencido de que la fuerza motriz que impulsaba con mayor ímpetu a los seres humanos era la «pasión por el encumbramiento», por encima incluso del hambre y el miedo. Los norteamericanos no solo se peleaban por ocupar los primeros puestos, también necesitaban a alguien al que poder mirar por encima del hombro. «Alguien ha de ocupar, de hecho, el último y más bajo escalón de la especie humana», concluía Adams, y hasta él necesitaba que su perro le diese muestras de afecto. También reconocía sarcásticamente que por mucho que Jefferson y su panda de republicanos pretendieran desdeñar los títulos y las posiciones sociales, lo que no tenían intención de alterar en lo más mínimo eran las distintas formas de la autoridad privada: de este modo, la subordinada condición de las esposas, los hijos, los criados y los esclavos quedaba tranquilizadoramente a salvo de toda innovación. [288]

Jefferson no prescindió, en cambio, de la escenografía de su propio sello político. A diferencia de Washington y Adams, que se presentaron en lujosos carruajes a sus respectivas tomas de posesión, Jefferson regresó a lomos de su caballo a la sede de la presidencia tras pronunciar su discurso inaugural. Prescindía de las alharacas del protocolo y solía recibir a los diplomáticos y a sus invitados en la mansión que ocupaba en función de su cargo enfundado en una vieja casaca y calzado con unas zapatillas desgastadas. Era conocido por vestir de manera informal (una práctica que no observó durante su larga estancia en Francia, [289] sino únicamente a su regreso). [290]

Su versión de la rústica sencillez republicana era en realidad un reflejo de las experiencias que había vivido en Virginia, donde la alta burguesía residía en mansiones imponentes, como la de Monticello, y, sin embargo,

empleaba atuendos desenfadados cuando, en los periodos electorales, le interesaba mezclarse con la masa de pequeños granjeros. Uno de los Federalistas a los que más despreciaba Jefferson era John Marshall, virginiano como él y presidente del Tribunal Supremo. Marshall se había hecho célebre por su aspecto desaliñado. La actitud política de ambos hombres no podría haber sido más distinta, pero a pesar de ello los dos se vestían de manera similar. A los virginianos pertenecientes a las élites les disgustaba en extremo la figura del nuevo rico y creían que las personas que poseían riquezas, tierras, apellidos y reputaciones ilustres no tenían por qué andar pregonándolo a los cuatro vientos. Algunos comentaristas de la época considerarán que, en realidad, Jefferson estaba representando un papel y que «su particular afectación se concretaba en la sencillez de su atavío». En la atmósfera social de la época, el hecho de eliminar los signos externos de la propia clase no socavaba necesariamente las expectativas de deferencia de la persona. La circunstancia de vestirse de un modo informal con el pretexto de no establecer diferencias de rango podía servir fácilmente para enmascarar el efectivo ejercicio de las distinciones sociales. El conservador arte de la emulación, basado en el supuesto de que el jefe del Estado tenía cosas que enseñar a los demás, era uno de los pilares de la filosofía que profesaba Jefferson. De hecho, dejaba que sus ovejas pastaran en el césped de la casa presidencial, haciendo saber así a todos que la persona que ocupaba el más alto cargo de la nación era un caballero hacendado. [291]

Puede que Jefferson detestara las distinciones y los títulos artificiales, pero desde luego se sentía bastante cómodo afirmando las diferencias «naturales». Habiendo convertido la naturaleza en su guía, Jefferson tenía la sensación de que nada impedía clasificar a los seres humanos en el mismo orden que las razas animales. Como indicábamos en el arranque de este capítulo, en sus *Notes* le veremos sostener con sosegado aplomo: «La belleza superior se considera digna de ser resaltada en la propagación de nuestros caballos, perros y otros animales domésticos», y con marcado énfasis añade: «¿por qué no también en la del hombre?». [292]

La cuidadosa cría de la raza humana era uno de los elementos que se aportaban como solución para la esclavitud. En su «Revisal of the Laws», Jefferson calcula los pasos que debe seguir un esclavo negro para transformarse en blanco: tan pronto como un esclavo o una esclava posea siete octavas partes de sangre «blanca», la «mancha» de su pasado africano se considerará eliminada. En 1813, Jefferson le explica a un joven abogado

de Massachusetts el funcionamiento de esta fórmula: «En la historia natural se entiende que el cuarto cruzamiento de una raza animal da una progenie equivalente, a todos los efectos oportunos, a la del tronco original». Ese era exactamente el método que él mismo empleaba en la reproducción de una raza pura de ovejas merinas. William Byrd ya había hablado antes del blanqueamiento de los indígenas norteamericanos y propuesto para ello que se casaran con europeos. Tal y como señalaba Buffon, la cría retroactiva, [293] concebida para hacer que un grupo animal recupere las características de la cepa «original», implicaba reconfigurar a los negros para transformarlos en blancos. [294]

William Short, un amigo de Jefferson, se tomó muy en serio las tesis de Buffon. En una carta que le envía a Jefferson en 1798, Short observa que los negros de Estados Unidos estaban empezando a mostrar un paulatino aclaramiento de la piel. Admitía que la causa se debía en parte a la mezcla con los blancos, pero tenía la sensación de que también influía el clima. Al plantear este posible escenario, Short se acerca a la noción de regeneración que en su día había propuesto Buffon: «Supongamos que una familia negra es trasplantada a Suecia, ¿no deberíamos suponer […] que, dado el suficiente número de generaciones sucesivas, el color irá desapareciendo por el simple efecto del clima?». [295]

Se trataba de algo más que una teoría. Jefferson ya había empezado a practicar la mezcla de las razas bajo su propio techo, dado que había tenido varios hijos con Sally Hemings, su esclava cuarterona. Lo que más sorprende en esta relación es la ascendencia de Hemings: su madre, Elizabeth, era medio blanca, y su padre, John Wayles, era el suegro del propio Jefferson y había nacido en Inglaterra. Los hijos que Jefferson había tenido con Sally eran fruto del cuarto cruzamiento, lo que los convertía en candidatos perfectos para la emancipación, ya que además podían pasar por blancos. Dos de esos descendientes, Beverly y Harriet, huyeron de Monticello y vivieron como mujeres blancas libres. Por su parte, en su testamento, Jefferson concederá la manumisión a Madison y a Eston, que más tarde emigrarán a Ohio. Los hijos de Eston también se casaron con personas de raza blanca. [296]

En su plantación, Jefferson no encontraba dificultad alguna en criar a los esclavos *como si se tratara de ganado* . Contaba a los hijos de los esclavos en los fríos términos de un «incremento» de sus activos, y juzgaba que sus esclavas eran más valiosas que sus esclavos. Los hombres cultivaban los

campos, pero el producto de estos se consumía rápidamente. Las mujeres, en cambio, engendraban criaturas que después podían venderse igual que las cabezas de su cabaña animal. No le arredraba asegurar: «Considero que la crianza de un chiquillo cada dos años resulta más rentable que la cosecha del mejor bracero varón». Las mujeres estaban hechas para criar a los hijos, pues «la providencia ha querido que nuestros intereses y nuestras obligaciones coincidan a la perfección». [297]

El impulso de la procreación también desempeñó un papel significativo en la república agraria de Jefferson. La confianza que depositaba en la gente descansaba en su convicción de que en Estados Unidos iba a emerger un nuevo tipo de clase dirigente. Jefferson expuso esta teoría en las diferentes cartas que intercambió con John Adams en 1813. Fue Adams quien inició este amistoso debate al mencionar la larga tradición histórica de la noción del «buen linaje». Para apuntalar su argumento, Adams citaba al antiguo poeta y filósofo griego Teognis de Mégara: «Cuando nos proponemos adquirir caballos, asnos o carneros, buscamos los de buen linaje. Y todo el mundo desea hacerse con ejemplares de la mejor raza. Un hombre honesto ni siquiera se plantea la posibilidad de casarse con una arpía, hija de otra bruja, a menos que le entreguen una gran cantidad de dinero junto con la mujer». El planteamiento que aquí se expone sostiene que lo que mueve a los hombres a contraer matrimonio es más el interés económico que el deseo de lograr una descendencia saludable.

Adams recuperaba así su teoría favorita de que el motor de los seres humanos es la vanidad y la ambición. Póngase a cien varones en una habitación, decía en su hipótesis, y pronto se observará que los veinticinco mejor dotados comienzan a hacer uso de su superior talento o astucia para tomar el control de la situación. El resultado inevitable de esta tendencia determinará que los hombres, sean del tipo que sean, queden divididos en clases. Y en este sentido, Adams estaba persuadido de que la evolución de Estados Unidos no iba a evitar que sus habitantes se vieran dominados por la pasión de distinguirse. En el siglo XVIII , el concepto de «buen linaje» era simplemente un sinónimo de aristocracia terrateniente. Adams le recuerda a Jefferson que en Massachusetts y Virginia había familias poderosas unidas entre sí por lazos de parentesco y propiedad. Y también le señala que el propio Jefferson y él mismo eran productos de ese deseo de concretar un enlace matrimonial provechoso. Por parte de madre, el árbol genealógico de Jefferson le asociaba con una de las principales casas de Virginia, la de los

Randolph, y Abigail Adams, esposa de John, pertenecía por nacimiento a los Quincy. [298]

Sin embargo, Jefferson no quedó convencido. Respondió diciendo que él interpretaba de otro modo la tesis de Teognis, ya que creía que el poeta estaba exponiendo en realidad un argumento ético. Lo que de hecho se proponía era reprender al género humano por aceptar la unión con individuos «viejos, feos y crueles», movido únicamente por la avaricia y las ansias de riqueza, pese a que en cambio se aplicara la sensatez a la cría de los animales domésticos, cuyo «fin es mejorar la raza». Desde el punto de vista de Jefferson, los seres humanos eran animales guiados por el imperativo impulso del deseo sexual (tal y como había afirmado Buffon). La naturaleza se había asegurado de que el género humano se multiplicara, y para ello les había dotado del deseo físico, que, mezclado con el amor, se hacía manifiesto durante el periodo del «estro». El estro era el estado de ardor sexual o celo de las hembras animales y era lo que permitía la excitación sensual. En sus *Notes* , Jefferson había señalado que el «amor es el particular estro de los poetas». De este modo, el deseo sexual generaba lo que Jefferson denominaba la «fortuita confluencia de los reproductores». Con esto pretendía indicar que el deseo era el auténtico elemento impulsor de la procreación, y según la ley de los promedios, los resultados de la inconsciente lujuria acababan superando incluso a los de la más desenfrenada codicia. [299]

El modelo de procreación de Jefferson daba lugar a una «aristocracia accidental» de los talentos. Las divisiones de clase se constituían, por tanto, al calor de la selección natural. Lo que animaba a los hombres a casarse con las mujeres era algo más que el dinero. Elegían a sus compañeras en virtud de otra serie de características favorables, y ello tanto por mecanismos conscientes como inconscientes. Todo se reducía a una cuestión de probabilidades: cuando buscaban pareja, había quienes atendían únicamente al puro deseo sexual y quienes se dejaban influir por las propiedades. Sin embargo, los «buenos y prudentes» contraerían matrimonio cuando hallaran en su consorte belleza, salud, virtud y talento. Si en la elección de sus líderes políticos, los estadounidenses habían mostrado la inteligencia innata necesaria para distinguir a los *aristoi* naturales de los seudo-*aristoi* , había que presuponer que también disponían de los razonables instintos llamados a facilitarles la selección de una buena esposa. La «fortuita confluencia de los reproductores» daría lugar al surgimiento de una clase social marcada

por la capacidad de liderazgo, y de ese modo se asistiría a la aparición de un grupo humano dotado de la facultad de distinguir a las personas de auténtico talento de los hombres ambiciosos y arribistas. [300]

Con todo, la pregunta que Jefferson jamás acertó a responder fue la siguiente: ¿qué pasaría con quienes no pertenecieran a la élite de los individuos de talento? ¿Cómo había que calificar la «fortuita confluencia de los reproductores» en el caso de que estos se encontraran hundidos en las capas inferiores de la sociedad? Por muy fino que pretendiera hilarse en estas cuestiones, la escoria solo engendraba más escoria, aun admitiendo que un puñado de elegidos pudiera huir de la quema. Si los reproductores accidentales ascendían de manera espontánea y natural por la escala social, los desdichados, los degenerados, permanecían en cambio empantanados en el marasmo de las gentes de «baja estofa».

En sus reflexiones sobre las clases sociales, es raro que Jefferson emplee la expresión «propietario rural». Prefería otros términos, como los de «cultivador» o «granjero». Una de las ocasiones en las que sí le vemos utilizar dicha voz tiene lugar en una carta escrita en 1815 y dirigida a William Wirt. Además de hijo de un tabernero, Wirt era uno de los aprendices que Jefferson acogió bajo sus alas, lo que hizo posible que ascendiera socialmente y se convirtiera en un destacado abogado. Formaba parte de esa aristocracia natural del talento, y se benefició del padrinazgo de Jefferson. En 1815, Wirt —que estaba dando los últimos toques a la biografía de Patrick Henry— pidió a Jefferson que redactara un texto en el que se apreciaran gráficamente las características de la Virginia del siglo XVIII . Para satisfacer esa petición, Jefferson se apoyó en una impactante metáfora topográfica y sostuvo que el sistema de clases de la colonia se había formado por sedimentación, como en las aguas estancadas. Por esta razón su orden social se hallaba en unas condiciones similares a las de las capas de terreno de las excavaciones arqueológicas. Las clases sociales habían quedado separadas en «estratos», y la transición de unos a otros se efectuaba «de arriba abajo, mediante una imperceptible gradación, de manera que nada perturbaba el orden en el que reposaban los sucesivos mantos».

Jefferson dividió en tres grupos la composición del tercio superior, integrado por los órdenes sociales presuntamente pertenecientes a la «mejor clase». Habría así una veta de «aristócratas, otra de individuos mezclados, y una tercera de aspirantes» a ser admitidos en el selecto grupo. Por debajo de

ellos se observaba el arranque de la «sólida capa de los pequeños propietarios rurales, que miraban con recelo a cuantos se elevaban por encima de ellos, aunque sin aventurarse a incomodarlos tratando de abrirse paso entre sus filas». En el último escalón Jefferson situaba «la más baja materia fecal, los seres llamados "capataces", que forman la raza más abyecta, degradada y carente de principios» que pueda imaginarse. En las plantaciones del sur los capataces eran los encargados de vigilar a los esclavos y hacer que permanecieran siempre atareados. Al contraponer al honesto propietario rural a la «materia fecal» de los capataces, Jefferson evoca desabridamente, una vez más, el viejo insulto inglés de la morralla humana. Pero no se contentará con eso. Describe a los capataces asimilándolos a los proxenetas, duros con los esclavos, pero prestos a «sonreír, con la gorrilla en la mano, a los señores». Eran individuos malvados y carentes de ese deseable poso de virtud que aprecia en la raza norteamericana, hombres que fingían sumisión para dar salida y complacencia a su «espíritu de dominación». Jefferson asigna a la clase que forman los capataces de Virginia los mismos vicios que veía en los que se entregaban a la brega de las fábricas. El incesante y rápido movimiento de la rueca que gira en la mesa de trabajo es sustituido aquí por el látigo del conductor de esclavos. [301]

Con este extraño juego de manos, los esclavos se convierten en jornaleros invisibles ajenos a la tripartita clasificación social que acaba de idear. Jefferson los transforma en víctimas de los capataces, y no de sus verdaderos amos. Puede que los propietarios rurales fueran los progenitores de esta noble clase de cultivadores, pero su genealogía seguía siendo poco clara. Los pequeños granjeros que Jefferson conocía no eran nobles ni particularmente independientes. Pese a ello, él señalaba que los integrantes de la clase superior constituían una extraña mezcla de razas: los grandes plantadores (que eran aristócratas de pura cepa) se situaban en la cima, pero sus hijos podían contraer matrimonio con personas de estratos inferiores y engendrar una clase de «individuos mezclados». Los que aspiraban a ser admitidos en las capas superiores eran personas que, pese a haberse criado en otros estratos, se atrevían a reclamar para sí la misma posición de las familias más destacadas, en las que nunca se les recibía con los brazos verdaderamente abiertos. Pese a la afectada pose que había adoptado en el intercambio epistolar mantenido dos años antes con John Adams, la breve historia natural de las clases virginianas que había escrito Jefferson era una

prueba fehaciente de que las élites y los arribistas se casaban habitualmente con gentes de «buen linaje». La clase alta de Virginia había surgido del afán de concertar matrimonios basados en el interés económico, en el apellido y en la posición social, y en este sentido, el parentesco y el árbol genealógico eran factores de suprema importancia.

En último término, y por más que Jefferson, movido por sus esperanzas, creyera haber asistido a la desaparición de esta vieja Virginia, la realidad era bastante más compleja. La morralla humana se resistía a dejar de existir, y lo mismo cabía decir de los capataces. Se estaba asistiendo a un doble ascenso, ya que, por un lado, los hijos de los aristócratas —y más específicamente, los que habían caído al plano de los individuos mezclados —, junto con la nueva clase que Jefferson llamaba de los «seudoaristócratas», por otro, habían empezado a sustituir a los anteriores amos de Virginia. Sin embargo, por mucho que hubiera variado la composición de los estratos geológicos que Jefferson comparaba con las diferentes clases sociales, el proceso destinado a distinguir a las más ricas y fértiles margas de la superficie de las capas casi estériles del fondo seguía plenamente vigente.

Las clases eran una característica fija de Norteamérica. Si el propietario rural miraba con recelo a los individuos situados por encima de él, los granjeros pobres que emigraban al oeste iban a tener que enfrentarse a una nueva casta de aristócratas integrada por astutos especuladores agrícolas y grandes plantadores de algodón y caña de azúcar. John Adams, cuya postura social adolecía de un cinismo mayor que la de Jefferson, recordará en 1813 a nuestro autor que el continente iba a acabar en manos de los «acaparadores de tierras» y de una clase inédita formada por los dueños de las grandes casas solariegas. El glorioso título de «cultivador» iba a quedar fuera del alcance de la mayoría de los colonos de las zonas rurales. [302]

---

[247] Para el uso que hace Jefferson de las expresiones «imperio de la libertad» e «imperio para la libertad», véase la carta de Thomas Jefferson a George Rogers Clark, ٢٥ de diciembre de ١٧٨٠, *Papers of Thomas Jefferson* , Julian Boyd *et al* . (comps.), 40 volúmenes hasta la fecha, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1950-, vol. 4, p. 237; junto con la carta de Thomas Jefferson a James Madison, 27 de abril de 1809, en *The Papers of Thomas Jefferson: Retirement Series* , J. Jefferson Looney (comp.), 11 volúmenes hasta la fecha, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2005-, vol. 1, p. 69. En lo sucesivo, citaré ambas obras con las siguientes iniciales: *PTJ* y *PTJ-R* , respectivamente. Véase también, Andrew Burstein y Nancy Isenberg,

Madison and Jefferson , Random House, Nueva York, 2010, pp. 388-390; junto con John Murrin, «The Jeffersonian Triumph and American Exceptionalism», *Journal of the Early Republic* , vol. 20, n.º 1, primavera de 2000, pp. 1-25.

[248] Tuvo lugar el 19 de octubre de 1781 y se saldó con la decisiva victoria del ejército conjunto franconorteamericano —encabezado por George Washington y el conde de Rochambeau— sobre las tropas del teniente general británico Charles Cornwallis. (*N. del T.*)

[249] John E. Selby, *The Revolution in Virginia, 1775-1783* , Colonial Williamsburg Foundation, Williamsburg, Virginia, 1988, pp. 26-32; Michael McDonnell, «Jefferson's Virginia», en *A Companion to Thomas Jefferson* , Francis D. Cogliano (comp.), Wiley-Blackwell, Chichester, Reino Unido, 2012, pp. 16-31, y muy especialmente la 21 y la 22. Para saber más sobre los esclavos de Jefferson, véase Lucia Stanton, *«Those Who Labor for My Happiness»: Slavery at Thomas Jefferson's Monticello* , University of Virginia Press, Charlottesville, 2012, p. 56. Jefferson cultivaba tabaco y trigo, pero el tabaco era la producción en la que más trabajaba con fines comerciales; véase Barbara McEwan, *Thomas Jefferson: Farmer* , McFarland & Co., Jefferson, Carolina del Norte, 1991, pp. 2-3, 39-42, 45-46.

[250] Carta de Thomas Jefferson a John Jay, 23 de agosto de 1785, y de Thomas Jefferson a Francis Willis, 15 de julio de 1796, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 8, pp. 426; y vol. 29, p. 153; véase también Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , edición de William Peden, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1955, pp. 164-165. Para un excelente estudio en el que se expone el conjunto de la atribulada carrera del Jefferson granjero, véase Lucia Stanton, «Thomas Jefferson: Planter and Farmer», en Cogliano, *A Companion to Thomas Jefferson* , *op. cit* ., pp. 253-270.

[251] Véase la carta de Thomas Jefferson a Thomas Leiper, ٢٣ de febrero de ١٨٠١, *PTJ* , *op. cit.* , vol. 8, pp. 210-212, y vol. 33, p. 50. Para más información acerca del diseño que hizo Jefferson para la vertedera del arado, véase la carta de Thomas Jefferson a *sir* John Sinclair, 23 de marzo de 1798, *PTJ* , *op. cit.* , vol. 30, pp. 197-209; el memorando original, titulado «Description of a Mouldboard of the Least, & of the Easiest and Most Certain Construction», se conserva en la Sociedad Histórica de Massachusetts, junto con un dibujo sin fecha del artefacto: MSi5 (edición electrónica): véase *Thomas Jefferson Papers: An Electronic Archive* , Boston, Massachusetts, Massachusetts Historical Society, 2003, thomasjeffersonpapers.org; así como August C. Miller, hijo, «Jefferson as an Agriculturalist», *Agricultural History* , vol. 16, n.º 2, abril de 1942, pp. 65-78, y especialmente las páginas 70, 71 a 72, y 75.

[252] Para saber más acerca de las nociones inglesas asociadas con la agricultura, la ganadería y la mejora de la producción rural, véase Joan Thirsk, «Plough and Pen: Writers in the Seventeenth Century», *Social Relations and Ideas: Essays in Honour of R. H. Hilton* , Cambridge University Press, Cambridge, 1983, pp. 295-318, y especialmente la 297 y 298, junto con la 316. Véase también Benjamin R. Cohen, *Notes from the Ground: Science, Soil, and Society in the American Countryside* , Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2009, pp. 18, 20, 25. Para más información sobre las modernas prácticas agrícolas inglesas, véase McRae, *God Speed the Plough* , *op. cit* ., pp. 203-204, 206, 208, 210; así como la carta de George Washington a William Pierce, de 1796, en *The Writings of Washington from the Original Manuscript Sources, 1744-1799* , edición de John C. Fitzpatrick, 39 volúmenes, Government Printing Office, Washington, D. C., 1931-1944, vol. 34, p. 451; Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 85; y Miller, «Jefferson as an Agriculturalist», *art. cit* ., pp. 69, 71-72.

[253] Jefferson señala que los esclavos «se limitaban a ejercer labores de bracero»: véase Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 139.

[254] Véase Kevin J. Hayes, «The Libraries of Thomas Jefferson», en *A Companion to Thomas Jefferson* , *op. cit* ., pp. 333-349; Burstein e Isenberg, *Madison and Jefferson* , *op. cit* ., p. 558. Para saber más acerca de la educación literaria y el epicureísmo de Jefferson, véase Andrew Burstein, *The Inner Jefferson: Portrait of a Grieving Optimist* , University of Virginia Press, Charlottesville, 1995, pp. 16-17, 32, 34, 129, 133; junto con Burstein, *Jefferson's Secrets: Death and Desire at Monticello* , Basic Books, Nueva York, 2005, pp. 162, 165-166. Respecto al hecho de que adquiriera vinos caros y objetos de lujo en Francia, véase Herbert E. Sloan, *Principle and Interest: Thomas Jefferson and the Problem of Debt* , University of Virginia Press, Charlottesville, 1995, p. 25, y nota 84 de las páginas 259-260; así como *Jefferson's Memorandum Books: Accounts, with Legal Records and Miscellany, 1767-1826* , James A. Bear, hijo y Lucia C. Stanton, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1997, pp. 671, 686, 717, 724, 728, 734, 741-742, 807. Para conocer mejor la instrucción de su esclavo James Hemings, al que Jefferson proporcionó la formación de un cocinero jefe francés, véase Annette Gordon-Reed, *The Hemingses of Monticello: An American Family* , Norton, Nueva York, 2008, pp. 164-165, 209.

[255] Carta de Thomas Jefferson a Charles Wilson Peale, 17 de abril de 1813, *PTJ-R* , *op. cit* ., vol. 6, p. 69.

[256] Para la idea de que los cultivadores dispusieran de un «pozo de genuina y sustancial virtud», véase Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 164.

[257] Véase Michael A. McDonnell, *The Politics of War: Race, Class, and Conflict in Revolutionary Virginia* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007, pp. 27, 93, 95, 109, 119, 227-229, 258-261, 275, 277-278, 306-307, 389-394; y John Ferling, «Soldiers for Virginia: Who Served in the French and Indian War?», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 94, n.º 3, julio de 1986, pp. 307-328; junto con la carta de Thomas Jefferson a Richard Henry Lee, 5 de junio de 1778, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 2, p. 194.

[258] Thomas L. Humphrey, «Conflicting Independence: Land Tenancy and the American Revolution», *Journal of the Early Republic* , vol. 28, n.º 2, verano de 2008, pp. 159-182, y en especial la 170; L. Scott Philyaw, «A Slave for Every Soldier: The Strange History of Virginia's Forgotten Recruitment Act of 1 January 1781», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 109, n.º 4, 2001, pp. 367-386, y especialmente la 371.

[259] Stanley Katz, «Thomas Jefferson and the Right to Property in Revolutionary America», *Journal of Law and Economics* , vol. 19, n.º 3, octubre de 1976, pp. 467-488, y especialmente la 470 y la 471.

[260] *Entail* en el original. En el derecho consuetudinario inglés, escritura o acuerdo que restringe la venta o transmisión de los bienes inmuebles y de ese modo «fija» indefinidamente la propiedad a un titular y su heredero. Es similar a la práctica medieval del *feodum talliatum* (y de hecho, en inglés, *entail* es sinónimo de *fee tail*), que introducía las mismas restricciones. (*N. del T.*)

[261] Holly Brewer, «Entailing Aristocracy in Colonial Virginia: "Ancient Feudal Restraints" and Revolutionary Reform», *William and Mary Quarterly* , vol. 54, n.º 2, abril de 1997, pp. 307-346; Christopher Michael Curtis, *Jefferson's Freeholders and the Politics of Ownership in the Old Dominion* , Cambridge University Press, Nueva York, 2012, pp. 21-26, 56, 72, 75-76.

[262] Curtis, *Jefferson's Freeholders* , *op. cit* ., pp. 56, 72.

[263] Humphrey, «Conflicting Independence», *art. cit* ., pp. 180-181.

[264] Este proyecto de ley se sometió por primera vez a la consideración de los asambleístas en 1778, y volvió a presentarse en 1780 y en 1785, fecha en la que superó el trámite en la Cámara de Representantes para ser finalmente rechazado en el Senado: véase «A Bill for the More General

Diffusion of Knowledge», 1778, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 2, pp. 526-535; junto con Jennings L. Wagoner, hijo, *Jefferson and Education* , Charlottesville, Virginia, Monticello Monograph Series, 2004, pp. 34-38.

[265] Escritor y predicador puritano inglés (1628-1688), autor de la alegoría cristiana *El progreso del peregrino* . (*N. del T.*)

[266] Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 146. Bunyan había hecho en su momento dos referencias al cieno: una de ellas aludía al rastrillado del estiércol (en el sentido figurado de escarbar en las vidas ajenas en busca de escándalos) como alegoría de cuanto permanece oculto; y otra se aplicaba a la circunstancia de que una mala cosecha se acababa convirtiendo en simple humus, como señala en su *Book for Boys and Girls* . Véase Roger Sharrock, «Bunyan and the English Emblem Writers», *Review of English Studies* , vol. 21, n.º 82, abril de 1945, pp. 105-116, y especialmente la 109 y 110, y la 112.

[267] «A Bill for Support of the Poor», *PTJ* , *op. cit* ., vol. 2, pp. 419-423. La aprobación de este proyecto de ley hubo de esperar hasta el año 1785.

[268] Valdría hoy decir «embajador». (*N. del T.*)

[269] Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, *Natural History, General and Particular, by the Count de Buffon, Translated into English* , 8 vols., segunda edición, Londres, 1785, vol. 3, pp. 104, 134-136, 190.

[270] *Ibid* ., vol. 3, pp. 57-58, 61-62, 129-130, 192-193.

[271] Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., pp. 7-8, 10, 19, 21-22, 43-54, 58-65, 79, 226-231, 253-254.

[272] Carta de Thomas Jefferson al marqués de Chastellux, 7 de junio de 1785, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 8, pp. 185-186.

[273] Cartas de Thomas Jefferson a G. K. van Hogendorp, 13 de octubre de 1785, y de Thomas Jefferson a John Jay, 23 de agosto de 1785, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 8, pp. 426, 633; para saber más sobre la corografía, véase McRae, *God Speed the Plough* , *op. cit* ., pp. 231-261.

[274] «Report of the Committee, March 1, 1784», *PTJ* , *op. cit* ., vol. 6, p. 603; C. Albert White, *A History of the Rectangular Survey System* , Government Printing Office, Washington, D. C., 1983, pp. 11, 512; William D. Pattison, *Beginnings of the American Rectangular Land Survey System, 1784-1800* , University of Chicago Press, Chicago, 1957, pp. 42-45, 63-65; Peter Onuf, «Liberty, Development, and Union: Visions of the West in the 1780s», *William and Mary Quarterly* , vol. 43, n.º 2, abril de 1986, pp. 179-213, y sobre todo la 184.

[275] J. Hector St. John de Crèvecoeur, *Letters from an American Farmer* , edición de Susan Manning, Oxford University Press, Nueva York, 1997, pp. xi-xiii, 15, 25, 27-28, 41-42, 45-47. Para el pasaje en el que Crèvecoeur habla del granjero que confía el arado a su hijo, véase «Pleasing Particulars in Husbandry &c. [From Letters from J. Hector St. John, a Farmer in Pennsylvania, to his Friend in England]», *Boston Magazine* , julio de 1986, pp. 285-291, y en especial la 285; véase también Thomas Philbrick, «Crevecoeur as New Yorker», *Early American Literature* , vol. 11, n.º 1, primavera de 1976, pp. 22-30; junto con la carta de St. John de Crèvecoeur a Thomas Jefferson, 18 de mayo de 1785, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 8, pp. 156-157.

[276] Answers to Démeunier's First Queries, 24 de enero de 1786, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 10, p. 16.

[277] Para más información sobre la captación y el asentamiento de alemanes en la región de Virginia, véase la carta de Thomas Jefferson a Richard Claiborne, 8 de agosto de 1787, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 16, p. 540. Para el plan consistente en valerse de la población alemana para la formación de los

esclavos, véase la carta de Thomas Jefferson a Edward Bancroft, 26 de enero de 1789, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 14, p. 492, y vol. 35, pp. 718-721.

[278] McDonnell, *The Politics of War* , *op. cit* ., pp. 439, 455, 480-482; Woody Holton, «Did Democracy Cause the Recession That Led to the Constitution?», *Journal of American History* , vol. 92, n.º 2, septiembre de 2005, pp. 442-469, y especialmente la 445 y la 446.

[279] John Ferling, *Whirlwind: The American Revolution and the War That Won It* , Bloomsbury, Nueva York, 2015, pp. 320-321; Charles Royster, *A Revolutionary People at War: The Continental Army and the American Character, 1775-1783* , Chapel Hill, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979, pp. 353-357.

[280] «Jefferson's Reply to the Representations of Affairs in America by British Newspapers» [elaborada antes del 20 de noviembre de 1784], *PTJ* , *op. cit* ., vol. 7, pp. 540-545; Wallace Evan Davies, «The Society of Cincinnati in New England, 1783-1800», *William and Mary Quarterly* , vol. 5, n.º 1, enero de 1948, pp. 3-25, y especialmente la 3 y la 5.

[281] Carta de Thomas Jefferson a Abigail Adams, 22 de febrero de 1787, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 11, pp. 174-175; cartas de Thomas Jefferson a James Madison, días 30 de enero y 5 de febrero de 1787, en *The Republic of Letters: The Correspondence Between Thomas Jefferson and Madison, 1776-1826* , edición de James Morton Smith, 3 vols., Norton, Nueva York, 1994, vol. 1, p. 461; Burstein e Isenberg, *Madison and Jefferson* , *op. cit* ., pp. 146-148, 168; Woody Holton, *Unruly Americans and the Origins of the Constitution* , Hill & Wang, Nueva York, 2007, pp. 145-148, 155, 159; y David P. Szatmary, *Shays' Rebellion: The Making of an Agrarian Insurrection* , University of Massachusetts Press, Amherst, 1980, p. 66.

[282] Abigail Adams (1744-1818): esposa del segundo presidente estadounidense, John Adams, y madre del sexto, John Quincy Adams. Suele incluírsela entre los fundadores de Estados Unidos. (*N. del T.*)

[283] Carta de Abigail Adams a Thomas Jefferson, 10 de septiembre de 1787, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 12, p. 112. Para la afirmación de que Shays viviera en una «cochiquera», véase «To the Printer», *American Recorder, and Charlestown Advertiser* , 19 de enero de 1787. Para la comparación de los seguidores de Shays con una panda de «granujas», véase la apostilla del reverendo Bezaleel Howard de Springfield, septiembre de 1787, reimpreso en Richard D. Brown, «Shays Rebellion and Its Aftermath: A View from Springfield, 1787», *William and Mary Quarterly* , vol. 40, n.º 4, octubre de 1983, pp. 598-615, y muy en especial la 602. Para una descripción que asegura que los partidarios de Shays «se echaban a la calle cubiertos de andrajos a merodear como lobos hambrientos», véase la *New Haven Gazette, and Connecticut Magazine* del 25 de enero de 1787.

[284] «Jefferson's Observations on Démeunier's Manuscript», *PTJ* , *op. cit* ., vol. 10, p. 52.

[285] Curtis, *Jefferson's Freeholders* , *op. cit* ., pp. 97, 101.

[286] Grupo formado por estadistas y personajes públicos partidarios de George Washington y John Adams. En años posteriores se les identificará con el Partido Federalista, fundado por Alexander Hamilton. (*N. del T.*)

[287] Véase Fredrika J. Teute y David S. Shields, «The Court of Abigail Adams», junto con «Jefferson in Washington: Domesticating Manners in the Republican Court», *Journal of the Early Republic* , n.º 35, verano de 2015, pp. 227-235, 237-259, y especialmente las páginas 229 a 230, 242 y 246; Charlene M. Boyer Lewis, *Elizabeth Patterson Bonaparte: An American Aristocrat in the Early Republic* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2012, pp. 12, 16, 20, 23, 29.

[288] Pater Shaw, *The Character of John Adams* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1976, pp. 227, 230, 232-233.

[289] En 1784, como se sabe, el congreso de la Confederación envió a Jefferson a París, donde se reunió con Benjamin Franklin y John Adams en calidad de ministro plenipotenciario a fin de negociar tratados de amistad y comercio con Gran Bretaña, Rusia, Austria, Prusia, España, Portugal y el papado, entre otros. (*N. del T.*)

[290] Véase Simon Newman, «Principles or Men? George Washington and the Political Culture of National Leadership, ١٨٠١-١٧٧٦», *Journal of the Early Republic* , vol. 12, n.º 4, invierno de 1992, pp. 447-507.

[291] Burstein e Isenberg, *Madison and Jefferson* , *op. cit* ., pp. 262, 381; Jean Edward Smith, *John Marshall: Definer of a Nation* , Henry Holt, Nueva York, 1996, p. 12; John C. Rainbolt, «The Alteration in the Relationship Between the Leadership and Constituents in Virginia, 1660-1720», *William and Mary Quarterly* , vol. 27, n.º 3, julio de 1970, pp. 411-434, y especialmente de la 418 a la 422. A los virginianos de las élites les disgustaban las vanas exhibiciones de erudición y vestimenta, ya que consideraban que esos eran los signos que delataban al nuevo rico, y esa era justamente la razón de que Jefferson y John Marshall llevaran ropas inferiores a las que les correspondían en virtud de su posición. En su sátira teatral titulada *The Candidates* , de 1770, Robert Munford capta a la perfección esta especial perspectiva de clase: véase Jay B. Hubbell y Douglas Adair, «Robert Munford's "The Candidates"», *William and Mary Quarterly* , vol. 5, n.º 2, abril de 1948, pp. 217-257, y en particular las páginas 233 a 235, y 240 a 242. Para saber más sobre Jefferson y sus ovejas, véase Stanton, «Thomas Jefferson: Planter and Farmer», *art. cit* ., p. 264.

[292] Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., pp. 86-87, 138-140.

[293] Técnicamente se trata de la reconstitución o recreación taxonómica, empleada en las razas animales para obtener individuos similares a la especie salvaje original o extinta. (*N. del t.*)

[294] Véase «A Bill Declaring What Persons Shall Be Deemed Mulattos», *PTJ* , *op. cit* ., vol. 2, p. 476; junto con la carta de Thomas Jefferson a Francis C. Gray de 4 de marzo de 1815, *PTJ-R* , *op. cit* ., vol. 8, pp. 310-311. Para más información acerca del método de cría que Jefferson usaba con las ovejas, véase «Notes on Breeding Merino Sheep», documento anexo a la carta de Thomas Jefferson a James Madison de 13 de mayo de 1810; así como la carta de Thomas Jefferson a William Thorton de 24 de mayo de 1810; y la «Petition of Albemarle County Residents to the Virginia General Assembly» [antes del 19 de diciembre de 1811], *PTJ-R* , *op. cit* ., vol. 2, pp. 390 y 413, y vol. 4, p. 346; véase también *Thomas Jefferson's Farm Book: With Commentary and Relevant Extracts from Other Writings* , edición de Edwin Morris Betts, University of Virginia Press, Charlottesville, 1999, pp. 111-141. El argumento de Jefferson se repetirá en un ensayo publicado en 1816 por el doctor Parry, que aplicó las mismas pautas del cruzamiento animal a los seres humanos y describió cuatro fases presididas por el surgimiento de otros tantos tipos raciales: el primer cruce produce un mulato, el segundo un cuarterón, el tercero un mestizo y el cuarto un quintarón. Parry afirmaba que el quintarón era «casi perfectamente blanco», pues estaba libre de la «mancha del negro». También destaca que esta práctica solo se revelaba eficaz si la unión se efectuaba entre hombres blancos y mujeres de raza mixta. En el caso opuesto, «con la mezcla de mujeres blancas con varones negros», se obtendría el efecto inverso, «es decir, los hijos acabarían por recuperar las perfectas características del negro»: véase doctor C. H. Parry, «On the Crossing the Breeds of Animals», *Massachusetts Agricultural Repository and Journal* , 1 de junio de 1816, pp. 153-158; véase también Buffon, *Natural History* , *op. cit* ., vol. 3, pp. 164-165; junto con Andrew Curran, «Rethinking Race History: The Role of the Albino in the French Enlightenment Life Sciences», *History and Theory* , n.º 48, octubre de 2009, pp. 151-179, y en especial la 171.

[295] Carta de William Short a Thomas Jefferson, 27 de febrero de 1798, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 30, p. 150.

[296] Jefferson creía que la mezcla de las razas mejoraba la condición de los negros. Así lo indica claramente en uno de sus escritos: «Todo el mundo ha observado que los negros progresan, tanto corporal como mentalmente, en el primer estadio de su mezcla con los blancos, lo que prueba que su inferioridad no procede únicamente de sus condiciones de vida»: véase Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 141; junto con Stanton, «Those Who Labor for My Happiness», *op. cit* ., pp. 64-65, 178-179, 197, 224; y Gordon-Reed, *The Hemingses of Monticello* , *op. cit* ., pp. 41, 49, 80, 86, 100-101, 661-662.

[297] Véase la carta de Thomas Jefferson a Joel Yancy de ١٧ de enero de ١٨١٩, y la de Thomas Jefferson a John W. Eppes de ٣٠ de junio de ١٨٢٠, en *Thomas Jefferson's Farm Book* , *op. cit* ., pp. 43, 46. Jefferson establecía el precio de las esclavas en función de su capacidad para tener y criar hijos. En un debate sobre una esclava a la que uno de sus parientes estaba pensando vender, Jefferson señala que la mujer ya había «dejado de procrear». Véase la carta de Thomas Jefferson a William O. Callis de 8 de mayo de 1795, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 28, p. 346.

[298] Cartas de John Adams a Thomas Jefferson, [¿14?] de agosto y 15 de noviembre de 1813, en *The Adams-Jefferson Letters: The Complete Correspondence Between Thomas Jefferson and Abigail and John Adams* , edición de Lester J. Cappon, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1959, pp. 365-366, 397-402.

[299] Carta de Thomas Jefferson a John Adams, 28 de octubre de 1813, *The Adams-Jefferson Letters* , *op. cit* ., pp. 387-388; Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 140; y Burstein, *Jefferson's Secrets* , *op. cit* ., pp. 167-168.

[300] Carta de Thomas Jefferson a John Adams, 13 de octubre de 1813, *The Adams-Jefferson Letters* , *op. cit* ., pp. 387-389.

[301] Carta de Thomas Jefferson a William Wirt, 5 de agosto de 1815, *PTJ-R* , *op. cit* ., vol. 8, pp. 642-643. Jefferson ya había dicho que la «clase de los artífices» estaba constituida por meros «alcahuetes», propensos al vicio: véase la carta de Thomas Jefferson a John Jay, 23 de agosto de 1785, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 8, p. 426; junto con las *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., p. 165. Jefferson también utiliza la expresión «propietario rural» para referirse a las clases estadounidenses no pertenecientes a las élites: véase la carta de Thomas Jefferson a James Monroe de 5 de mayo de 1793, así como la carta de Thomas Jefferson a James Madison, de esa misma fecha, *PTJ* , *op. cit* ., vol. 25, pp. 660-661.

[302] Carta de John Adams a Thomas Jefferson, 15 de noviembre de 1813, *The Adams-Jefferson Letters* , *op. cit* ., p. 401.

05

El país de pordioseros y bribones de Andrew Jackson

El ocupante ilegal entendido como pueblo llano

«Afufar: rumbear, o huir a toda prisa para escapar a la justicia».

CRACKER DICTIONARY
Salem Gazette , 1830

En torno a 1800, una quinta parte de la población norteamericana se había reasentado en su «frontera», esto es, en el territorio comprendido entre los montes Apalaches y el río Misisipi. Al Gobierno federal, con sus limitados medios, le resultaba simplemente imposible regular de forma eficaz esa emigración en masa. Pese a todo, los funcionarios del Estado tenían clara conciencia de que el futuro del país dependía de que se lograra controlar *de facto* ese vasto territorio. En el asunto intervenían asimismo las cuestiones económicas. Si el Gobierno quería reducir las deudas que había contraído durante la guerra de independencia tenía que proceder a la venta de todas esas tierras. Además, la inmensa región virgen no estaba en modo alguno despoblada y el riesgo potencial de que estallaran conflictos violentos con los indígenas norteamericanos era omnipresente, pues los emigrantes blancos se estaban instalando en unas tierras que no les pertenecían. La grandeza de la nación dependía en gran medida de la calidad que tuviera la clase de colonos que había comenzado a internarse en los nuevos territorios. ¿Se convertiría el oeste en un vertedero de la población inútil? ¿O acertaría Estados Unidos a sacar provecho de su abundancia natural para convertirse en un imperio continental más equitativo? La incertidumbre presidía la situación. [303]

A todos los efectos, los territorios del oeste pasaron a desempeñar en Norteamérica el mismo papel que habían jugado las colonias en otros

imperios. Pese al jubiloso ánimo de celebración que venía manifestándose todos los días cuatro de julio desde el año 1777, lo cierto es que se reactivaron muchos de los rescoldos de ansiedad que se habían vivido durante el periodo de la colonización británica. Si dejamos a un lado la retórica patriótica, no estaba en modo alguno claro que la independencia nacional hubiera ennoblecido de verdad a los ciudadanos comunes y corrientes. De hecho, las secuelas de la revolución habían hecho que muchos norteamericanos asistieran al declive de su prosperidad económica. Los que no se hallaban atados a la tierra comenzaron a expresar sus sentimientos encontrados, y no olvidemos que estos individuos eran justamente los que integraban las filas de la creciente masa de población que, carente de propiedades rústicas, se dedicaba a ocupar ilegalmente los campos y se proponía superar los Apalaches para dirigirse al oeste. Para muchos, aquellos emigrantes pobres venían a ser la particular recreación estadounidense de la clase más humilde y despreciada de Gran Bretaña: la de los vagabundos. Durante la guerra de Independencia de Estados Unidos, el Congreso, apoyándose en los Artículos de la Confederación (el primer documento fundador, anterior a la adopción de la constitución), trazó una línea meridianamente clara entre las personas con derecho a disfrutar de los privilegios de la ciudadanía y los «pobres, los vagabundos y los fugitivos de la justicia», que quedaban excluidos de la comunidad nacional. [304]

A los ojos de los observadores, el típico blanco pobre asentado en la frontera de las regiones indómitas ofrecía una imagen tan lastimosa como chocante, pero desde luego no se trataba de nada nuevo. Era una simple versión actualizada del perezoso patán de William Byrd; una reedición del vagabundo inglés metido a deambular por la pradera. Si alguna novedad cabía señalar, era en todo caso la de que algunos comentaristas le concedieran una suerte de rústico atractivo: a pesar de su tosquedad, de sus andrajos y de sus torpes modales, había quien veía en el bruto bosquimano posrevolucionario un ser hospitalario y generoso, un individuo que no tenía inconveniente en invitar al fatigado viajero a su humilde cabaña. Sin embargo, los aspectos más favorables de su estilo de comportamiento rara vez sobrevivían a la tala de los bosques y a la aparición de pueblos y granjas. Una vez entrara en contacto con la civilización, que avanzaba imparable hacia poniente, se esperaba que el habitante de los remotos parajes fronterizos echara raíces, comprara tierras y acomodara sus hábitos

salvajes a la sociedad correcta y bien educada; de lo contrario, tendría que irse con la música a otra parte.

Si Franklin, Paine y Jefferson habían visto en los estadounidenses una raza comercial idónea para un gran continente, quienes disertaron sobre el encaste norteamericano en el siglo XIX concebirían de manera muy distinta al personaje de frontera. Esta nueva generación de comentaristas sociales iba a prestar una atención especial a una particular clase de gente: la que vivía en los densos bosques del Territorio del Noroeste (Ohio, Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin), a lo largo de las cenagosas orillas del Misisipi o en las escarpaduras montañosas y los arenosos páramos de las vastas regiones desiertas del sur (como la Virginia Occidental, las dos Carolinas, Georgia, los nuevos estados de Kentucky y Tennessee y la Alabama septentrional). A todas ellas se les unirían más tarde los territorios de la Florida, Arkansas y Misuri. En aquellos viejos tiempos, los mismos en que James Fenimore Cooper (1789-1851) proporcionó a Estados Unidos una intrépida guía forestal que llevaba por título *Leatherstocking Tales* , la abstracta cartografía de la Ilustración dio paso al color local captado por el novelista al describir los extraños caprichos de las personalidades rústicas. Los norteamericanos estaban empezando a dotarse de una singular identidad mítica. La sintonía del público lector con los relatos de viajes era mucho mayor que su afinidad por las cuadrículas urbanísticas y las cifras demográficas. A medida que los norteamericanos avanzaran hacia el oeste —y, de hecho, fueron muchos los que se alejaron de las ciudades y las plantaciones que jalonaban la costa este— comenzarían a descubrir la existencia de unas tierras baldías tachonadas de muy escasos asentamientos. En lugar de topar con el fornido propietario rural de Jefferson afanado en sus campos de cultivo, lo que encontraron fueron ocupantes ilegales, harapientos y postrados en sus cabañas de troncos. [305]

El presunto «hombre nuevo» de los ocupantes ilegales de la frontera era una ambigua encarnación de los mejores y peores rasgos del carácter norteamericano. El «Adán» de los espacios vírgenes del Nuevo Mundo adolecía de una doble personalidad: participaba a un tiempo de la sana rusticidad del hombre de campo y de las aviesas intenciones del bandolero dispuesto a echar mano de la daga. Cuando mostraba su cara más amable, la del sencillo habitante de los bosques, se comportaba como un cándido filósofo y revelaba ser un espíritu independiente y un individuo fuerte y valeroso que despreciaba la fama y la fortuna. Pero si se le irritaba, se

convertía en un salvaje de piel blanca, en un implacable matón dispuesto a sacarle los ojos a su adversario. Este atravesado individuo, que llevaba una existencia animalesca en una sucia y lóbrega cabaña de troncos, rodeado de perros propensos a desgañitarse, ofrecía al visitante la patética imagen de su macilenta esposa y de una camada de mocosos mestizos de piel castaña y amarilla.

La Norteamérica de los primeros tiempos de la república se había transformado en un país de mascamazorcas. La vida urbana atraía a una pequeña parte de la población, pero la mayoría de la gente prefería dispersarse por la naturaleza en busca de los límites de la civilización. Invirtiendo los términos de la política británica, que había intentado prohibir la emigración al oeste con la proclamación real de 1763, la guerra de Independencia de Estados Unidos eliminó esos impedimentos y aceptó la partida en masa de los emigrantes pobres. Supuestamente, tanto los mascamazorcas como los «ocupantes ilegales» —voces ambas que acabarían convirtiéndose en sinónimos de emigrantes carentes de tierras— se instalaban simplemente un poquito más allá que los «auténticos» granjeros, los cultivadores con vocación comercial idealizados por Jefferson. Vivían al margen de la civilización, rara vez acudían al colegio o asistían a misa y se consagraron como un sólido símbolo de la pobreza. En la Norteamérica rural, pertenecer a los estratos inferiores de la sociedad implicaba no disponer de una propiedad rústica. Estos desposeídos desaparecían del mapa afincándose en los territorios aún no colonizados y ocupando ilegalmente un pedazo de tierra en el primer sitio que les viniera en gana (y por «ilegalmente» hay que entender que se instalaban en él sin contar con una concesión). Si a alguien se le hubiera ocurrido recurrir aún a las analogías fundadas en la tierra, no los habría separado en diferentes estratos tomando como base la calidad del suelo, tal y como había ideado Jefferson tan creativamente, los habría concebido como una desperdigada masa de monte bajo y hojas sueltas o, utilizando una metáfora faunística, como una legión de alimañas sarnosas capaces de infestarlo todo. [306]

Los graves aprietos en que se encontraba el ocupante ilegal derivaban de su carácter parásito y su existencia transeúnte. Al no tener garantizada en modo alguno la movilidad social, lo único que su país le concedía era la libertad de continuar su marcha. Parece escucharse aquí el eco de la letra de una de las canciones de Kris Kristofferson: para el mascamazorcas o el

ocupante ilegal, la libertad era solo otra forma de decir que no había nada que perder.

Tanto la voz *squatter* [ocupante] como la expresión *cracker* [mascamazorcas] eran americanismos, es decir, palabras con las que se ponía al día el contenido semántico de las heredadas nociones inglesas de ociosidad y vagabundeo. Según la entrada de un diccionario de 1815, «ocupa» era un «término jergal» que los habitantes de Nueva Inglaterra utilizaban comúnmente para referirse a una persona que se instalaba ilegalmente en unas tierras que no eran de su propiedad. En una carta que el federalista Nathaniel Gorham de Massachusetts escribe a James Madison, para abordar un asunto relativo a la convención de ratificación de su estado, se observa una de las primeras apariciones de ese sustantivo. Al señalar la existencia de tres clases de hombres opuestos a la nueva constitución federal, Gorham identifica los siguientes tipos: en primer lugar, los antiguos partidarios de la rebelión de Shays, en los condados del oeste; en segundo lugar, los indecisos, que podían dejarse confundir por los obstinados adversarios de la carta magna; y en tercer y último lugar, los «ocupas», que «vivían en la tierra de otros» y «temían que se les pidieran cuentas» por su actitud. Maine todavía no era un estado separado, sino la zona rural de Massachusetts, y Gorham estaba a punto de convertirse en uno de los especuladores más poderosos de las tierras no colonizadas de la región occidental del estado de Nueva York. En 1790, la palabra «ocupa» (*squatter*) aparece en un periódico de Pensilvania, aunque escrita con otra ortografía: *squatler* . Con ella se alude a los hombres que habitaban las tierras fronterizas del oeste de dicho estado, las que bordeaban el río Susquehanna. Se trataba de individuos que «se instalaban en el cauce de los cursos fluviales», fingían contar con un título de propiedad y expulsaban a todo el que tuviera la osadía de pretender apoderarse de los lugares que reclamaban como suyos. [307]

Como intrusos y buscavidas que eran, los incontrolados ocupantes ilegales y los mascamazorcas plantaban cosechas, cortaban árboles, pescaban y cazaban en tierras que no les pertenecían. Vivían en cabañas provisionales, lejos del alcance de las civilizadoras energías de la ley y la sociedad, y muchas veces lo hacían además en estrecho contacto con los indígenas norteamericanos. En Massachusetts y Maine, los ocupantes ilegales consideraban que tenían derecho a la tierra (o que debían recibir un salario) si la mejoraban, es decir, si desbrozaban el terreno, talaban los

árboles, colocaban vallas, levantaban un hogar y un granero y cultivaban los campos. Sin embargo, sus reivindicaciones, basadas en hechos consumados, eran sistemáticamente rechazadas, así que se expulsaba a las familias y se prendía fuego a cuanto hubieran construido. Era también frecuente que los ocupantes se negaran a marcharse y optaran por coger un arma y responder con violencia: en 1807, un hombre de Pensilvania disparó contra el *sheriff* que intentaba sacarle del lugar en el que se había asentado. Y en 1800, Daniel Hildreth, un poblador de la región de Down East, en Maine, arremetió contra el propietario legítimo que le había llevado a juicio por intento de asesinato. [308]

Los términos jergales tienden a incorporarse al vocabulario corriente mucho después de que se haya iniciado la situación a la que apuntan. Por consiguiente, la presencia de ocupantes ilegales es anterior al afloramiento de la palabra misma. En Pensilvania, los funcionarios coloniales comenzaron a emitir muy pronto —nada menos que en la década de 1740— severas proclamas destinadas a advertir a los residentes ilegales que se estaban instalando en las tierras de los ricos propietarios del oeste de que sus acciones tendrían consecuencias. Veinte años más tarde, al constatar las autoridades que las medidas pensadas para poner freno a esa invasión no estaban teniendo éxito, los tribunales convirtieron las formas de apropiación ilegal más clamorosas en un delito castigado con la pena capital. Sin embargo, ni siquiera la amenaza del patíbulo consiguió detener el flujo de emigrantes que se estaba diseminando por toda la zona del Susquehanna, afincándose aguas abajo del río Ohio y llegando a territorios tan meridionales como los de Carolina del Norte y Georgia. [309]

Los oficiales militares británicos fueron los primeros en dejar constancia del parecer que se habían formado respecto de esta irrefrenable clase de seres humanos. Ya en la década de 1750 se les había identificado con las despreciativas expresiones de «escoria de la tierra» y simple «chusma». Se caracterizaban por carecer de todo medio con el que sustentarse, salvo el robo y el atrevimiento. Los militares condenaban su conducta, pero también se valían de ellos. La abigarrada caravana de colonos que se reunía en torno a ciertos campamentos del ejército, como el de Fort Pitt (embrión de la futura Pittsburgh), en el horcajo del Ohio, es decir, en el punto en el que este río nace de la unión del Allegheny y el Monongahela, actuaba como parapeto entre los asentamientos coloniales legales que se extendían por la costa atlántica y las tribus indias del interior. Los integrantes de estos

tropeles de hombres, que se dedicaban a delinquir a tiempo parcial e iban acompañados por mujeres a las que los soldados menospreciaban por considerarlas meras prostitutas, seguían los pasos del ejército convertidos en una suerte de séquito informal y presentándose unas veces como comerciantes y otras como familias numerosas. [310]

Los comandantes encargados del orden colonial, como el coronel suizo Henry Bouquet, destacado en Pensilvania, les dispensaban a todos el trato habitualmente reservado a los simples alborotadores prescindibles, aunque de cuando en cuando también les utilizaran para atacar y liquidar a los indígenas, tenidos por «salvajes». Tal y como ya había ocurrido con las redadas de vagabundos que se hacían en Inglaterra para disponer de carne de cañón en las guerras exteriores, estos parias de las colonias carecían de un valor social duradero. En 1759, Bouquet argumentará que la única esperanza de llegar a mejorar algún día la situación de los límites coloniales pasaba por efectuar purgas periódicas. Desde su punto de vista, la guerra era una realidad benéfica y positiva si contribuía a eliminar a la gentuza, a arrancar las malas hierbas y a deshacerse de la basura. Los desharrapados que revoloteaban alrededor de la soldadesca «no son mejores que los salvajes», apostilla. «Sus hijos se crían en los bosques, como animales», prosigue, «sin la más mínima noción de lo que es la religión [o] el gobierno». No había forma humana de idear nada que alcanzara a «mejorar esa ralea». [311]

Además de designar la acción de ocupar ilegalmente una propiedad y a la persona que lo lleva a cabo, las palabras inglesas *squat* y *squatter* poseen, en sentido propio, una amplia gama de connotaciones y significados desdeñosos. Se trata de términos que sugieren la idea de «agacharse», «ponerse en cuclillas», «echarse al suelo» o «desmoralizarse», de vocablos que evocan la imagen de un grupo que huye y se dispersa, que pierde el control y sale disparado o que se desperdiga por el campo. Los que concibieron la acepción que ahora nos ocupa recurrieron a esta voz porque reactivaba la vieja y vulgar noción de la deyección humana, como ejemplifica la grosera expresión de «acuclillarse para plantar un zurullo pastoso». A finales del siglo XVIII , en la época del prestigioso e influyente Buffon, la posición acuclillada se asociaba invariablemente con los pueblos de poca monta, como los hotentotes, [312] que, según se decía, celebraban sus reuniones políticas poniéndose en cuclillas. Durante la guerra de los Siete Años, las fuerzas británicas habían empleado la táctica de echar

cuerpo a tierra o de permanecer agazapados y ocultos para combatir a los indígenas norteamericanos; una práctica que imitaba, en esencia, el comportamiento que seguían sus enemigos al tenderles una emboscada. Pese a que resulte evidente, no quisiera pasar por alto la otra asociación de ideas que hace al caso: el acto de ponerse en cuclillas, o de sentarse en el suelo, es exactamente lo contrario de permanecer en pie (*standing*), que en su forma sustantiva inglesa servía como vector verbal del principio jurídico británico consistente en asegurarse el derecho de propiedad sobre un terreno o un territorio. La palabra «derecho» (*right*) —con sus múltiples derivaciones geométricas y jurídicas, como «enderezado», «correcto», «adecuado» o «legítimo»— procede de esa imagen del que se mantiene erguido. Desde el punto de vista legal, todo se reduce a la «posición» (o *standing*) de la persona en las sociedades civilizadas. [313]

La mención de los mascamazorcas («*crackers* ») aparece por primera vez en los documentos de los funcionarios británicos de la década de 1760. Con este término se designa a una población de características prácticamente idénticas a las de los ocupantes ilegales. En una carta dirigida a lord Dartmouth, un burócrata de las colonias británicas explica a su interlocutor que los individuos denominados mascamazorcas eran «sumamente jactanciosos», «una pandilla de tunantes ingobernables de las fronteras de Virginia, Maryland, las dos Carolinas y Georgia, acostumbrados a cambiar frecuentemente de morada». Se les tenía por «bandoleros» rurales, simples «villanos» y «cuatreros», y se les despreciaba debido a su condición de «ociosos y apáticos», por ser «un tropel de vagabundos, muchas veces peores que los indios». En la época de la revolución, sus tendencias criminales les habían llevado a combatir implacablemente a los indios. Según refiere una persona del campo de Carolina que tuvo ocasión de presenciar personalmente los hechos, un «gorila» mascamazorcas luchó a brazo partido con un enemigo cheroqui y, tras derribarlo en tierra, le sacó los ojos, le arrancó el cuero cabelludo mientras aún seguía con vida y después le aplastó el cráneo con la culata de un rifle. Su código de justicia consistía en matar, y en hacerlo brutalmente. [314]

Su ascendencia genealógica, por así decirlo, se remonta tanto a los individuos marginales y renegados de Carolina del Norte como a sus predecesores de Virginia. Un pastor anglicano llamado Charles Woodmason, que recorrió durante seis años los espacios vírgenes de Carolina en la década de 1760, es quien nos ha dejado el retrato más

condenatorio de los hombres y mujeres de esta clase, a los que juzga haraganes, libertinos, borrachos y decadentes, así como la mayor vergüenza que jamás le haya sido dado conocer y el peor ejemplo de colono británico que pueda imaginarse. Los «mascamazorcas de Virginia» con los que se topó eran tan estúpidos que podían llegar a pelearse por un «montón de mierda». Las mujeres eran «puercas» por naturaleza, y todo el mundo sabía que tenían la costumbre de ceñirse fuertemente las ropas en torno al pecho y las caderas con el fin de acentuar sus formas. Esta caterva de hombres y mujeres impíos preferían zambullirse en largas orgías regadas de alcohol a escuchar los aburridos sermones del clérigo. A fin de cuentas, los mascamazorcas eran tan indolentes e inmorales como los ocupantes ilegales de los territorios del norte. [315]

El origen de la expresión mascamazorcas resulta tan curioso como el de «ocupa». En la década de 1760 se decía que los «comerciantes más bastos» (*cracking traders*) eran fanfarrones dados al escándalo, la mentira y la vulgaridad. También se podía «soltar» (*crack*) un chiste, y no era raro que los ingleses maleducados alardearan de lo bien que se «tiraban» (*cracked*) las ventosidades. Los petardos (*firecrackers*) solían dejar un hedor característico, y con sus chasquidos, crujidos y estallidos hacían un ruido muy molesto que asustaba e incomodaba a la gente. Un «piojoso» (*louse cracker*) era no solo alguien que se hallaba infestado de esos parásitos, sino también un individuo desaseado y repugnante. [316]

Otro de los vínculos lingüísticos significativos de esta expresión popular es la que ejemplifica la fórmula de valor adjetival *crack brained* , en alusión a la persona loca, «grillada» o de «cerebro agrietado», por traducirlo literalmente. Con este giro jergal se señalaba, en el inglés del siglo XVIII , al sujeto chiflado, idiota, de «cabeza hueca» u «ociosa» (*idle head*). Esta vacuidad de la mente, acompañada de una perezosa inactividad corporal, era uno de los rasgos definitorios de los *crackers* o mascamazorcas (a los que también cabría denominar, según los contextos, «gañanes», «destripaterrones», «catetos», etcétera). En uno de los tratados agrícolas más leídos del siglo XVI , Thomas Tusser nos deja el siguiente verso, de elocuente e inequívoca intención: «Dos buenos segadores valen lo que veinte haraganes (*cra[c]kers*)». Decididamente, los *crackers* eran la personificación misma de la morralla humana, empeñada en matar el tiempo sin producir otra cosa que bravatas y sandeces. [317]

Los patanes y mascamazorcas norteamericanos eran además muy agresivos. Si se decía que se «regocijaban en la crueldad» no era solo porque fuesen irascibles, sino porque resultaban peligrosos. En su condición de «bribones sin ley» refugiados en la frontera de la civilización, su físico era enjuto y vil, como el de los animales inferiores. Era habitual comparar a los comerciantes de las regiones apartadas con una «zarrapastrosa manada de ciervos» (las palabras «bribón», «pícaro», «bergante» o «zarrapastroso» eran todas ellas sinónimos de escoria blanca). Dado su oportunismo de carroñeros, de rebuscadores de basuras, los mascamazorcas eran unas veces pendencieros e inestables y otras, cazurros propensos a los mayores disparates, como los palurdos lentos de entendederas de los que hablaba Byrd. [318]

En 1798, el doctor Benjamin Rush, uno de los firmantes de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, señala en un escrito que los «modales» de los ocupantes ilegales de Pensilvania habían quedado «marcadamente teñidos» con el tizne de los indios, sobre todo por trabajar los campos movidos por «violentos» arrebatos «seguidos de largos intervalos de descanso». Es posible que sus primos sureños se rigieran por esos mismos ritmos instintivos, pero cuanto más se descendía hacia el sur, tanto más se observaba que los individuos carentes de tierras propias se permitían prolongados periodos de holgazanería. Rush asegura que su estado era una especie de «colador» que iba dejando caer al sur un lento goteo de ocupantes ilegales. Pensilvania era la zona que mejor acertaba a retener a los pobres de más vigorosos ánimos, aquellos que se mostraban dispuestos a roturar la terca y dura tierra. Por el contrario, los de conducta auténticamente indolente acababan en Virginia, Carolina del Norte y Georgia. En el esbozo de descripción regional que nos ofrece Rush, se tiene la clara impresión de que los ocupantes ilegales de los estados del norte se convertían en mascamazorcas tan pronto como cruzaban la divisoria de las atrasadas comarcas rurales del sur. [319]

La persistencia de los ocupantes ilegales y de los mascamazorcas nos permitirá entender que a lo largo del límite entre la civilización y las regiones inexploradas la movilidad social era mucho más reducida de lo que la encantadora leyenda del oeste nos ha inducido a creer. Tanto en el noroeste del país (es decir, en los territorios de Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin) como en las expansivas regiones septentrionales del sur (Kentucky, Tennessee, Misuri y Arkansas) y en las de las dos Floridas

(oriental y occidental), las clases terminaron constituyéndose de la manera más predecible. Los especuladores y los grandes granjeros —una mezcla de inversores en propiedades rústicas que gestionaban a distancia y de terratenientes de la alta burguesía— eran los que disfrutaban de mayor poder e influencia. Por regla general, contaban con una clara ventaja en todas las decisiones relativas a la parcelación agraria. Por su parte, los propietarios de porciones de terreno de tamaño mediano tenían contactos personales o políticos con la vasta élite terrateniente. En las poblaciones recién surgidas al otro lado de los Apalaches, como Lexington (a la que se dio el nombre de la «Atenas del Oeste»), en el territorio de Kentucky, la construcción de carreteras produjo un notable crecimiento comercial entre los años 1815 y 1827, y de ese modo consiguió echar raíces una nueva clase media de carácter mercantil. En las ciudades como Lexington también había pequeños granjeros, aunque estos no tenían la misma seguridad de poder conservar sus tierras que sus compatriotas más acaudalados, debido justamente a las fluctuaciones del mercado. Por otra parte, en los alrededores de la urbe se instalaron también, con tenaz determinación, los artesanos de condición más humilde. [320]

Con esta oleada de nuevos colonos, los ocupantes ilegales se hicieron notar. Ya se tratara de familias enteras o de individuos aislados, todo el mundo comenzó a considerarlos como una clase diferenciada y problemática. En el Territorio del Noroeste se les despreciaba por ser antiguos soldados improductivos, basura de la que era preciso deshacerse antes de poder instaurar una economía comercial saludable. El presidente Jefferson les asignó el término de «intrusos» para señalar la naturaleza ilegítima de su ocupación de los terrenos públicos. Algunos de ellos conseguirían subsistir como jornaleros a sueldo, pero todos vivían al margen del mercado laboral normal. [321]

Los observadores más cultos temían el arraigo del desorden social, sobre todo después del pánico financiero de 1819, durante el cual los autores de obras políticas habían predicho que, en el oeste, acabaría instalándose una «numerosa población en situación de miseria». La creciente masa de colonos pobres y ocupantes ilegales e ignorantes generaba un estado de cosas «propicio a la traición y la ruina»; una suerte de estribillo que a estas alturas nos resulta ya familiar, dado que trae a la memoria las expresiones que habían circulado en los tiempos de la rebelión de Shays, en 1786. Tras la alarma económica de 1819, el Gobierno federal concibió un programa

destinado a la venta reglada de tierras. Dicho sistema permitió mantener los precios de las propiedades rústicas en unos niveles lo suficientemente elevados como para eliminar la mala hierba que suponía la temida irrupción de las clases inferiores. [322]

En 1850 empezó a producirse una situación llamada a transformarse en la pauta habitual de los nuevos estados del suroeste: la marcada por la circunstancia de que al menos el 35 por ciento de la población no poseyera bienes inmuebles de ninguna clase. Entre los miembros de las clases más bajas no se veía una vía clara que pudiera dar acceso a la tierra y la prosperidad. Los arrendatarios podían verse fácilmente reducidos a la condición de ocupantes ilegales sin tierras propias. En el Territorio del Noroeste, los administradores de fincas trataban de seducir a los compradores potenciales y se afanaban activamente en desincentivar los arrendamientos. Las leyes federales que regulaban la adquisición de tierras tenían un sesgo favorable a los especuladores más acaudalados. Los pobladores que se instalaban al oeste de los Apalaches tenían muchas más probabilidades de acabar marchándose a cualquier otra parte que de permanecer afincados en un sitio y ascender en la escala social. [323]

La omnipresencia de los ocupantes ilegales en todo el territorio de Estados Unidos acabaría convirtiendo su situación en una eficaz muletilla política. Al final se los asoció con cinco características fundamentales: 1) vivían en espacios toscos y cochambrosos; 2) empleaban un vocabulario jactancioso; 3) desconfiaban de los beneficios de la civilización y de las gentes de ciudad; 4) valoraban instintivamente la libertad (entiéndase: el libertinaje); y 5) procreaban como degenerados. Sin embargo, pese a tan desagradables rasgos definitorios, los ocupantes ilegales también se hicieron acreedores de reconocimiento gracias a un par de cualidades favorables: el sencillo habitante de los bosques y las praderas acogía con los brazos abiertos a cuantos desconocidos se presentaban frente a su humilde cabaña de troncos, y era además un estrafalario narrador que se empeñaba en entretener con sus historias al viajero, aunque le tuviera despierto toda la noche. Así pues, los ocupantes ilegales, antes que individuos molestos, eran zafios truhanes decididos a asentarse en tierras que no les pertenecían. Esta doble identidad convertía a los ocupantes ilegales en personajes polémicos. En las décadas de 1830 y 1840 adquirieron plenamente la condición de símbolos de la política partidista, y fueron considerados el perfecto icono

del hombre común y corriente que terminaría por transformarse en el ejemplo más cabal del estilo democrático del presidente Andrew Jackson.

Los estadounidenses tienden a olvidar que Jackson fue el primer habitante del oeste norteamericano en acceder a la presidencia del país. Alto y delgaducho, Jackson no solo mostraba el huesudo aspecto del más auténtico de los leñadores y llevaba impresa en el rostro la dura existencia de los espacios fronterizos, también tenía literalmente incrustada una bala cerca del corazón. Hombre de feroces rencores y capaz de tomarse cruel venganza de sus enemigos, Jackson actuaba a menudo irreflexivamente y justificaba su conducta diciendo que él obedecía a sus propias leyes. Su controvertida reputación le convertiría en blanco de numerosos ataques, frecuentemente basados en presentarlo como un simple mascamazorcas de Tennessee. El divorcio de su esposa Rachel, que había contraído un matrimonio anterior con un hombre de las espesuras fronterizas, y el hecho de que ella fumara puros y una pipa de maíz confirmaría a los ojos de muchos la idea de que se trataba de un par de paletos de Nashville, al menos en opinión de sus detractores del este. [324]

Como es lógico, Jackson y sus partidarios trataron de labrarse una imagen diferente. En tres campañas presidenciales sucesivas (1824, 1828 y 1832) se ensalzaría al general Jackson con el mote de «Old Hickory» (Viejo Nogal), en franco contraste con la sosa analogía de John Hector St. John de Crèvecoeur, que había comparado a los norteamericanos con una suerte de frágiles flores de estufa. Criado en las ásperas condiciones reinantes en el interior de lo que entonces eran las estribaciones occidentales de Carolina del Norte, Jackson, con su inquebrantable determinación y el rígido estilo de mando que le caracterizaba, era el hombre idóneo para enfrentarse a los resistentes arcos de dura madera de los indios y a las flechas de nogal que habían motivado su sobrenombre. [325]

La personalidad de Jackson, que fue uno de los elementos más importantes de su atractivo democrático, constituiría también el fundamento de la animosidad que provocaba. Fue el primer candidato a la presidencia que recurrió a una campaña biográfica para reforzar sus posibilidades. Si suscitaba admiración, no era desde luego por sus cualidades de estadista, ya que no las poseía, al menos en comparación con sus rivales, John Quincy Adams y Henry Clay, que eran hombres sumamente cultos. A sus partidarios les encantaban sus maneras ásperas, su hambre de tierras y territorios y su estrecha identificación con las salvajes regiones de

Tennessee. Como representante del país de pordioseros y bribones norteamericano, no hay duda de que Jackson consiguió añadir una nueva dimensión de clase al significado de la democracia.

No obstante, el mensaje presidencial de Jackson no se centró tanto en la igualdad como en la concreción de un innovador estilo de expansión agresiva. En 1818, el general Andrew Jackson invadió Florida sin contar con la aprobación del presidente, y ocupando ya él mismo el primer cargo político de la nación, apoyó el traslado forzoso de los cheroquis que vivían en los estados del sureste e ignoró tercamente el parecer del Tribunal Supremo. Habiéndose apoderado de las tierras que deseaba para desbrozarlas y anexionarlas, habiendo empleado además métodos violentos en caso necesario, y actuado sin el consentimiento de la autoridad jurídica, podría decirse que Jackson era el auténtico heredero político del mascamazorcas y el ocupante ilegal.

En el transcurso de las dos décadas que necesitaría Andrew Jackson para acceder a la presidencia, esas dos figuras, la del ocupante ilegal y la del mascamazorcas, culminarían su gradual transformación en la casta pobre predominante de las zonas rurales. No es de extrañar que lo que más los diferenciase fuese el entorno físico en el que residían unos y otros. En 1810, el poeta y ornitólogo de origen escocés Alexander Wilson recorrió los ríos Ohio y Misisipi desde Pittsburgh hasta Nueva Orleans a fin de catalogar a un tiempo las aves que surcaban los cielos y las viviendas de los ocupantes ilegales aferrados a la tierra, a los que consideró una especie tan curiosa como la de los pájaros. Wilson, que escribía para una revista de Filadelfia, percibió enseguida sus «grotescas cabañas de troncos», que destacaban como feas cicatrices sobre el paisaje, por lo demás muy pintoresco.

Las barracas y chamizos que encontró el naturalista estaban rodeadas de maleza. Los campos no mostraban el menor signo de haber sido cultivados. En unos cuantos versos de intención burlona, Wilson asegura que esos dudosos hogares eran una «ruina cavernosa» cuyo «pestilente antro interior» recibía, «ceñudo», al visitante. La familia entera dormía en la misma yacija, o, por emplear las palabras del propio Wilson, «la noche acogía a toda la camada en una sola perrera». Varios gatitos retozaban en un desvencijado arcón, un cerdo había hallado refugio en un caldero y el tejado, roto, dejaba entrar la lluvia. El patriarca del grupo se quedó mirando fijamente al bardo al amparo de su andrajoso sombrero, embutido en una

camisa «astrosa y desgarrada» y con una «taracea de hollín y porquería en el rostro». [326]

En opinión de este escocés trasplantado al Nuevo Mundo, el hábitat era el factor que daba la verdadera medida de un hombre, lo que revelaba su capacidad para prosperar o las probabilidades de su decadencia. Si el hogar de toda persona es su castillo, había que concluir que los ocupantes ilegales de las zonas salvajes de Norteamérica estaban por debajo de los campesinos. Con cruel ironía, Wilson califica la cabaña de troncos de esos desdichados como un «espécimen de *arquitectura norteamericana* de *primer* orden». Pese a que le asombrara que tan desangelados seres pudieran concebir la idea de alardear de algo, Wilson no tenía inconveniente en aseverar que Norteamérica era una tierra de oportunidades. [327]

Pero Wilson no estaba solo: eran muchos los que situaban a los ocupas en un escalón social inferior al del indígena desnudo. Al menos, los indios norteamericanos *pertenecían* al bosque y las praderas, mientras que el pobre ocupante ilegal de la frontera seguía llevando sobre los hombros el lastre de su vinculación con el montón de los desperdicios. En los territorios del oeste norteamericano no solo no estaba surgiendo realmente ninguna escala social nueva por la que ascender ni se estaban fundando los sólidos cimientos del emergente edificio de la movilidad social, tampoco había verdaderas posibilidades de extraerse de ese pozo sin fondo del que rezumaba la morralla humana. Entre las estribaciones de los Apalaches y las orillas del Ohio y el Misisipi, la nación retrocedía. El ocupante ilegal parecía congelado en el tiempo. Y su primitiva cabaña era también la jaula de su baja estofa.

La distancia entre la ciudad y las vastas regiones deshabitadas no se medía únicamente en millas. Tenía un carácter evolutivo, ya que abría un abismo insuperable entre las clases, o eso era, cuando menos, lo que pensaban algunos. Era habitual que las personas cultas dejaran constancia escrita de lo increíble que les resultaba pensar que semejante gente pudiera vivir en su mismo país. En 1817, por ejemplo, la nieta de Thomas Jefferson, Cornelia Randolph, envió una carta a su hermana pequeña en la que le refiere los pormenores de un viaje que había efectuado con su abuelo a Natural Bridge, una propiedad que Jefferson había adquirido al oeste de Monticello, a 145 kilómetros de esa finca. En la región, asegura, había topado con algunos miembros de esa «raza a medio civilizar que vive al

otro lado de la sierra». Los chiquillos que le habían salido al paso apenas se hallaban cubiertos, ya que sus ropas y camisolas eran muy escasas, y para colmo, un hombre se había estado pavoneando delante de la chavalería, «dejando a la vista su peludo pecho». Según señala Cornelia con la máxima desaprobación, no había en esta amplia e indisciplinada familia más de «dos o tres pares de zapatos». Le había causado especial sorpresa la cruda familiaridad de su forma de expresarse. Desentendidos de toda formalidad social, los rústicos trabaron conversación con el expresidente como si se tratara de algún lejano pariente al que hubieran perdido de vista. Siendo como era una orgullosa integrante de la gente bien de Virginia, Cornelia estaba persuadida de que descollaba con ventaja sobre los desaseados ocupantes ilegales. Y para su definitiva consternación, la joven quedó pasmada al comprobar que aquel clan de miserables no daba muestras de sentir la menor vergüenza por su lastimosa condición. [328]

La clase social irrumpirá del más transparente de los modos a través de estos estupores y contrastes. Podríamos entretenernos con tomos y más tomos de obras en las que una larga serie de observadores instruidos, hombres y mujeres, se dedican a expresar todo el desprecio que les inspira la contemplación de las toscas siluetas que descubren deambulando por los espacios vírgenes. No obstante, la necesidad de catalogarlos como una raza nueva se centrará en algo más que sus groseras condiciones de vida. El hombre de los bosques y las praderas y el mascamazorcas tenían unos andares muy peculiares y acordes con su característica fisionomía. En un viaje realizado en 1830 al otro lado de los Apalaches, un aventurero de ciudad observa con ánimo chusco el porte y los rasgos del compañero que duerme a su lado esa noche. Era un hombre de los bosques, dice, «carilargo y enjuto, de articulaciones gruesas y flexibles que medía cerca de dos metros diez descalzo». Uno de los típicos cazadores de caimanes del sur de Illinois exhibe una tipología similar: se trataba de «uno de esos Jonathan flacos, zanquilargos y de mentón prominente». (En este caso «Jonathan» es sinónimo de «tipo» o «individuo», una forma de denominar genéricamente al norteamericano corriente). Las mujeres mascamazorcas tenían esa misma mandíbula saliente y presentaban una tez igual de renegrida por el sol. También era frecuente verlas desdentadas. [329]

Las mujeres y los niños eran importantes símbolos de civilización (o de ausencia de la misma). Los funcionarios destinados en la Florida en la década de 1830 sostienen que «las chicas mascamazorcas» tienen un

aspecto brutal, y sus modales no son mejores que los de un rudo marinero. Es fácil sorprenderlas fumando en pipa, mascando tabaco y escupiéndolo y jurando en arameo. Estupefacto ante el descuidado atuendo de estas muchachas de pies mugrientos, cabellos sucios y tiznados rostros, un teniente del Noreste las descalifica en bloque, convencido de que no eran mejores que las rameras. Según sus propias palabras, todas las que pertenecían a la clase de los mascamazorcas eran «¡unas furcias malhabladas, perezosas y dejadas!». [330]

La personalidad de esos pobladores asilvestrados llegó a permear por todas partes, ya fuera en zonas situadas muy al norte, como es el caso de Maine, o en regiones tan meridionales como la de Florida, y desde luego se expandió por el conjunto de los territorios del Noroeste y el Suroeste. Sus variantes recibirían en cada localidad un nombre diferente. En Misisipi se les llamaba «aulladores» (*screamers*), bien por el grito de guerra que proferían, similar al de los indios aunque con su particular toque mascamazorcas, bien por su afición a dar alaridos. En Kentucky serán específicamente «partemazorcas» (*corn crackers*) debido a su pobre alimentación, siempre a base de maíz. Y a los pobres de Indiana se les conocía como *hoosiers* . No hay un solo erudito en cuestiones lingüísticas que alcance a definir con precisión el significado de la voz inglesa *hoosier* . En cualquier caso, como descriptor de clase funcionaba perfectamente bien.

Todo «*hoosier* » hablaba por los codos, era aficionado a la mentira, se conducía como un fanfarrón y estaba invariablemente dispuesto a agredir a cualquiera que se atreviese a insultar a su poco agraciada esposa. Además tenían la misma propensión que los mascamazorcas del sur a enzarzarse en sucias y encarnizadas peleas. Las chicas *hoosier* tampoco mostraban mayor refinamiento que sus hermanas de Florida. Según se decía, los rituales de cortejo de una muchacha *hoosier* obligaban al pretendiente a asumir un montón de escenitas dominadas por las patadas y los tirones de pelo. [331]

El comportamiento sexual era otro de los indicadores decisivos de la clase social. El autor de un conocido poema de la época —«The Hoosier's Nest», de 1833— recupera el vocabulario de Wilson, nuestro naturalista escocés. Una vez más, sus versos comparan las cabañas de troncos con el nido de un ave silvestre y las consideran una suerte de perfecto cubil, medio humano y medio animalesco, para la procreación sin freno. Valiéndose de una farfolla repleta de connotaciones raciales, el poeta llama *hoosieroons* a los chiquillos y asegura que constituyen una variación tipológica de la

mezclada ralea de los cuarterones (o *quadroons*). Bajo sus techumbres perforadas y marcadas por las goteras residían gentes que no tenían nada en común con la saludable estirpe de los pioneros. Antes al contrario, ya que los míseros ocupantes ilegales de Indiana tendían a engendrar mugrientos golfillos azafranados por decenas. [332]

Aquella mezcolanza hecha de cabañas inmundas, ausencia de modales y tendencia a la reproducción compulsiva convertía a los mascamazorcas y a los ocupantes ilegales en una clase peculiar, y los modismos de su parla venían a confirmarlo. La jerga de los habitantes de los bosques y las praderas venía a ser una especie de versión rural norteamericana del castizo dialecto obrero londinense. En 1830, se llegaría a publicar incluso un «Cracker Dictionary» con el que se preservó en parte la solera de su jerigonza. Así, una persona podía ser un *Jimber jawed* , es decir, alguien de mandíbula incansable y en constante movimiento, incapaz de dejar de darle a la sinhueso. La prominente quijada del mascamazorcas se dejaba sentir en su forma de parlotear. Se decía que alguien era un *ring tailed roarer* si se trataba de un tipo violento. Y la gráfica expresión «masticado» o «mordido» (*chewed up*) hacía literalmente referencia al hecho de que a un individuo le hubieran arrancado la oreja, la nariz o el labio en una riña. [333]

Sin embargo, la palabra polisílaba que probablemente captaba mejor la identidad de los miembros de este grupo era el verbo *obsquatulate* (afufar). Se trataba de la particular corrupción que los *mascamazorcas* hacían de la voz *squat* , y con ella se transmitía la idea de rumbear, o huir de la justicia. Para esta población, caracterizada por el hecho de no asentarse definitivamente en ningún sitio, la noción de *obsquatulate* señalaba un tipo de actividad que en cierto modo convertía a esos norteamericanos en herederos de los vagabundos ingleses. Podían darse a la fuga al modo de un criado decidido a dar esquinazo a su amo, o deambular lentamente de un lado para otro, sin ningún destino preciso en mente. La cuestión era que, en ambos casos, el elemento que los definía giraba en torno a sus pies gorrinos y la desidia de su aspecto y conducta. [334]

Jackson no fue el único personaje de Tennessee en alcanzar fama en toda la nación. David Crockett es otro de los que merecen ese título. Pese a que en la década de 1830 se le conociera fundamentalmente como cazador de osos y se le apodara el «león del oeste», Crockett trabajó sobre todo como explorador de las milicias del condado de Lawrence, en las que obtuvo el grado de teniente. También actuó como juez de paz, comisionado de pueblo

y delegado estatal, hasta ser finalmente elegido miembro del Congreso de Estados Unidos. Obtuvo su primer mandato en la Cámara de Representantes en 1827. El interés de David Crockett como figura histórica reside en el hecho de que fuese un autodidacta, que viviera del producto de la tierra y que se transformara (cosa que resulta particularmente pertinente en nuestro caso) en un ardiente defensor de los derechos de los ocupantes ilegales (dado que él mismo había tenido en otra época esa condición). En su etapa de político enarbolaría la bandera de los pobres carentes de tierras. [335]

Crockett nació en el «estado de Franklin», es decir, en un pedazo de Norteamérica que en realidad no tenía esa condición jurídica. [336] La región se había declarado independiente de Carolina del Norte en 1784, pero todavía no había sido reconocida como entidad política autónoma. Franklin se incorporaría más tarde a Tennessee, y casi inmediatamente la zona se convertiría en un campo de batalla, dado que los especuladores y los ocupantes ilegales se precipitaron a la zona, ansiosos por controlar el mayor número posible de campos aptos para el cultivo. Las actividades de estos oportunistas desencadenarían una interminable serie de escaramuzas con los cheroquis, cuya virulencia se vería aún más exacerbada como consecuencia de las flagrantes violaciones de los tratados pactados con los indios. Los cheroquis darían al primer gobernador del territorio de Tennessee, el colosal acaparador de tierras William Blount, el sobrenombre de «Capitán Sucio». Entre los años 1797 y 1811, el Gobierno federal enviaría periódicamente tropas a Tennessee a fin de expulsar a los ocupantes ilegales, medida que únicamente conseguiría aumentar la instintiva hostilidad que ya inspiraba Washington a estos irascibles individuos. Siempre se ha dicho que Crockett —un individuo de orígenes humildes que simplemente quería mantenerse firme y conservar su particular trozo de tierra— se regía por una filosofía muy sencilla: «Las agallas son las que hacen hombre al hombre». Pero no solo contaba el coraje. También se pensaba entonces que la posesión de unas indomables cualidades físicas y una especial fecundidad constituían los atributos más característicamente norteamericanos. En 1830, con una iniciativa sin precedentes, Crockett solicitó al Congreso que concediera a una de las personas residentes en su estado una parcela de terreno público, y no porque hubiera trabajado duramente para hacerla productiva, sino porque su mujer acababa de tener trillizos. [337]

Tal y como sabemos que sucedía con esa peculiar rama de norteamericanos —la que ejemplifican los individuos susceptibles de encajar en la categoría del «marginado adorable»—, Crockett también adquirió fama de inventarse cuentos chinos escandalosamente fantasiosos. En un discurso supuestamente pronunciado ante los miembros del Congreso se definió a sí mismo (aunque muy probablemente no llegara a utilizar estas mismas palabras) como «la criatura más salvaje que jamás hayan alcanzado a ver». Dotado de poderes sobrehumanos, aseguraba, podía «correr como un zorro, nadar como una anguila, aullar como un indio» y «tragarse de un bocado a un negro» (un comentario absurdamente racista con el que posiblemente intentara dar idea de la animadversión que le inspiraban los grandes plantadores esclavistas que expulsaban de sus tierras a los ocupantes ilegales). Crockett también tenía esclavos, pero en el Congreso se opuso siempre a que los dueños de vastas extensiones de tierras incrementaran todavía más sus posesiones. Defendió con vehemencia un proyecto de ley que, de haber sido aprobado, habría permitido que el Gobierno vendiera tierras directamente a los ocupantes ilegales, y a muy bajo precio. También combatió la práctica de hacer que los tribunales contrataran los servicios de los deudores insolventes como forma de hacerles pagar las costas de un juicio (una especie de variante actualizada de la servidumbre forzosa). Crockett hablaba con fluidez la jerga de los mascamazorcas, y así lo demuestra de hecho el diccionario de 1830 que hemos citado anteriormente, ya que en él se le atribuye enteramente el mérito de haber acuñado la expresión *ring tailed roarer* para designar al hombre violento. [338]

Las fanfarronadas de Crockett tenían acentos verdaderamente inequívocos. En 1828 afirmará, por ejemplo, que era capaz de «vadear el Misisipi con un barco de vapor a las espaldas» y «zurrar a una manada de gatos salvajes». Lo único que no podía hacer, según dijo, era presentar una alocución normal en el Congreso; cosa que se le hacía rara, dado que estaba convencido, por lo demás, de poder azotar a cualquiera de los presentes en la cámara. Carecía de la elocuencia aprendida y de la capacidad argumental que poseían las clases cultas. Sus cómicos discursos adquirían notoriedad pública, pero eran muchos los observadores que le tenían por el «Arlequín» del congreso, por un necio que hacía reír a sus colegas. Según un periódico, los relatos estrafalarios y los dichos pintorescos convertían a Crockett en

una suerte de oso bailarín que, ataviado con un «gabán y unos pantalones cortos», ejecutaba un vulgar número de barraca de feria. [339]

No obstante, en muchas ocasiones, los absurdos relatos del inculto hombre de los bosques eclipsaron al verdadero David Crockett. Surgiría así toda una industria artesanal de anécdotas de Crockett cuya paternidad él nunca reconocería. En el *Davy Crockett's Almanack of 1837* aparece representado un mascamazorcas en un grosero grabado. Se le ve sin afeitar, cubierto con una pelliza de ante y con un rifle en la mano. Se cubre la cabeza con un horripilante gorro de piel de mapache en el que todavía se aprecia la cabeza del animal (véase la página 121). En otra ilustración figura la hija de Crockett, montada sobre el lomo de un gigantesco caimán —de once metros de largo, nada menos—, al que cabalga al estilo de una estrella del rodeo. Ya sea combatiendo a los dragones de la era moderna o protagonizando fabulosas hazañas en un paisaje surrealista, los salvajes instintos de Crockett parecen idóneos para un burlesco libro de caballerías. Una legión de negros literarios y de biógrafos de pacotilla convertirían a Crockett en un hombre salvaje, fanfarrón e inculto, aunque también se regodearían con sus exagerados contoneos y su sobresaliente capacidad para aventajar a cualquiera en el manejo de los barcos de vapor, los osos y la escurridiza gente de ciudad. [340]

Su carácter jactancioso no se entendió nunca en términos puramente heroicos. Por más que alardeara de saltar a mayor altura y de «ocultarse más agazapado» que «todos los fantoches que habitan a ambos lados de los montes Allegheny», lo cierto es que el personaje cómico que se inventó contribuyó de hecho a apagar los legítimos ecos políticos de su voz. Puede que en su papel de representante electo Crockett llegara a decir —en un discurso pronunciado en 1824 en el Parlamento de Tennessee— que los especuladores de tierras eran criaturas tan taimadas como las comadrejas, pero lo cierto es que no perdió de vista en ningún momento los ardides legales que se utilizaban para engañar a los más humildes colonos a fin de arrebatarles los títulos de sus concesiones de tierras. En último término, sería el hombre, y no su leyenda, quien sacara lo mejor de sí mismo y consiguiera poner de manifiesto la existencia de un conflicto de clases en las regiones apartadas, donde un puñado de especuladores en modo alguno imaginarios se abalanzaban una y otra vez sobre un conjunto de ocupantes ilegales tan reales como sus agresores. [341]

En las elecciones presidenciales de 1828, David Crockett respaldó vehementemente a Andrew Jackson, pero no tardaría en abandonar al imperioso general. El proyecto de ley agraria que elaboró Crockett le creó numerosos enemigos en Tennessee, y también se opuso al proyecto de ley de traslado forzoso de los indios, con el que se daba el visto bueno a la obligada expulsión de los cheroquis y otras «tribus civilizadas» de los estados del sureste. La expulsión de los indígenas se vio acompañada del injusto trato a los ocupantes ilegales, ya que se les expulsó de los espacios públicos y se les impidió hacerse con la propiedad de las tierras que habían colonizado y hecho productivas. Los aliados de Jackson respondieron a la deserción de Crockett tachándole de indeseable e ignorante.

A su vez, Crockett acusó a Jackson de haberse retractado de sus principios, y se negó a continuar secundando a la jauría partidista. En 1831 escribirá, por ejemplo, que no estaba «dispuesto a llevar un collar al cuello, con una plaquita en la que diga “mi perro” y la leyenda ANDREW JACKSON como testimonio del dueño». Tres años después afirmará que la sumisión partidista era una fea mancha para cualquiera, y asegurará preferir «ser propiedad de un negro o convertirme en un perro mapache que partidario de un hombre, sea el que sea». La jerarquía de clases en que divide Crockett las regiones de frontera presenta una sucesión escalonada que tiene en su cima al terrateniente varón, blanco y libre. A este le siguen el ocupante ilegal, el negro, el perro y, por último, si hemos de tomarnos en serio sus manifestaciones, el hombre de partido. [342]

El carácter tormentoso de la relación que mantuvieron el demócrata Andrew Jackson y David Crockett se repetiría una y otra vez con diferentes contemporáneos en el transcurso de una carrera política y biográfica construida a base de pura fuerza de voluntad y de sucesivos actos impulsivos. En la mayoría de los casos, sus más leales defensores terminaron en el bando opuesto, pues no tuvieron inconveniente en cruzar la divisoria entre las formaciones políticas y unirse al Partido Liberal. Da la impresión de que a Jackson le seguía la polémica, grande o pequeña, allá adónde fuera. Dado que tenía una experiencia relativamente escasa en el ejercicio de un cargo político, su candidatura a la presidencia hizo que se prestara una atención mucho mayor de lo normal a su particular temperamento. Con motivo de la campaña electoral se compuso una biografía laudatoria y en ella se rellenaron los huecos de su currículo, cuya tónica general era de carácter combativo. Tanto en el caso de sus

partidarios, que le pintaban con los rasgos de un héroe conquistador, como en el de sus enemigos, que le endosaron la etiqueta de rey Andrew I, todas sus semblanzas se basarían en la volátil naturaleza de sus emociones. Desde luego, está claro que carecía de la cultura y la educación cortés de quienes le habían precedido en la presidencia. [343]

Al ser un político independiente y ajeno a los círculos de Washington, salvo por el breve e improductivo periodo de tiempo que pasó en el Congreso, sus méritos arraigaban en el campo de batalla, y también aquí sus hechos de guerra habrían de suscitar acaloradas críticas. Sus más ardientes simpatizantes reivindicaban la idea de que Jackson era el sucesor espiritual del beatificado general Washington, pero lo cierto es que los orígenes de Jackson se encontraban muy lejos del Potomac, al otro lado de los montes Apalaches. El Viejo Nogal se había establecido en regiones muy poco pobladas en las que el imperio de la ley tenía bastante de aleatorio. Jackson era un plantador esclavista cuya reputación lo situaba no en los salones del poder, sino entre la gente corriente. En las apartadas extensiones agrestes de Tennessee, donde la colonización tuvo lugar mucho más tarde que en la costa este, las raíces de la posesión de tierras y de las distintas posiciones de clase parecían hundirse a menor profundidad que en otros puntos. Quizá fuera eso lo que determinara que un periodista de Nueva Inglaterra se preguntara en voz alta durante la primera candidatura de Jackson a la presidencia, en 1824: ¿quiénes son exactamente esos «duros hijos del oeste»? [344]

En la imaginación popular, resultaba imposible disociar a Jackson de los paisajes agrestes, muchas veces violentos. Tras la célebre victoria obtenida en 1815 en la batalla de Nueva Orleans, comenzaría a conocérsele como al «gallardo montañés» que había superado al «invencible» contrincante inglés. Para otro observador, Jackson era «el Napoleón de los bosques». Su ascenso político se produjo a lomos de la violencia, ya que había masacrado a la facción de los Bastones Rojos de la Nación creek en los pantanos de Alabama en la guerra de 1813-1814 y dejado cientos de cadáveres británicos en los fangales de Nueva Orleans en enero de 1815. Jackson se jactaba de la gran escabechina que había provocado entre los soldados ingleses, al igual que hicieron los poetas norteamericanos en sus versos. Uno de ellos rezaba: «Los inertes restos de la carnicería yacen tendidos, como en acechanza, en la vasta llanura ensangrentada». Y no se trataba de ninguna exageración. Había cadáveres flotando en los ríos y los arroyos, y,

de hecho, décadas más tarde los viajeros todavía encontraban en la llanura huesos de los vencidos. [345]

Jackson no tenía el aspecto de los políticos convencionales, y tampoco actuaba como ellos; de hecho, esa característica constituía uno de los rasgos fundamentales de su atractivo. En 1796, al llegar Jackson a Filadelfia procedente de Tennessee para ocupar un escaño en el Senado de Estados Unidos, el congresista por Pensilvania Albert Gallatin dijo que se trataba de un «personaje de notable estatura, cabello liso y aspecto desaliñado, con largos mechones de pelo sobre el rostro y una coleta que le recorría la espalda, atada con tiras de piel de anguila». En años posteriores, el flaco general llamará poderosamente la atención de los observadores que le veían llegar rígidamente sentado en un carruaje y con el cutis curtido por el sol y la intemperie. Las enfermedades propias de las regiones agrestes y apartadas le persiguieron a lo largo de toda su existencia. Sin hablar de su apariencia externa, Thomas Jefferson percibía a Jackson como un hombre de salvajes instintos. En una ocasión le vio tan sumamente abrumado por la cólera que quedó sin habla (esta circunstancia de no poder articular palabra era el significante clásico con el que se señalaba tanto al hombre primitivo como a la bestia sin domesticar). [346]

Su feroz temperamento y el hecho de que no mostrara el comportamiento habitual en un hombre de educación académica le marcarían de por vida. Quien mejor explica esta circunstancia es justamente uno de sus enemigos jurados: «De conducta tempestuosa en la conversación ordinaria, suple con denuestos su falta de argumentos». Siendo un hombre que no sobresalía precisamente por la sutileza de sus razonamientos, Jackson expresaba por regla general abruptamente sus opiniones, y cogía rápidamente ojeriza a todo aquel que discrepara de él. Su propensión a proferir maldiciones le asemejaba tanto al soldado raso como a los groseros mascamazorcas. En un texto titulado «A Backwoodsman and a Squatter», de 1821, un autor satírico traza un logrado retrato de estos tipos de frontera, personas que, según comenta, eran conocidas por «hablar a voz en grito y escupir coléricas imprecaciones». [347]

El agresivo estilo de Jackson, la circunstancia de que se enzarzara recurrentemente en duelos y peleas callejeras, así como sus iracundos actos de revancha, personal y política, parecen encajar en lo que un francés que simpatizaba con él describió como «el rudo instinto de libertad masculina» del hombre del oeste. Desde el punto de vista de este código de conducta, la

forma de conseguir la independencia pasaba por eliminar de las tierras toda amenaza potencial. Y el peligro podía proceder de los indígenas norteamericanos, de otros ocupantes ilegales competidores, de los adversarios políticos o de lo que el mascamazorcas del *Davy Crockett's Almanack of 1837* denomina «pieles de anguila» del este, es decir, tipos acicalados y urbanos que empleaban palabras raras para conseguir lo que querían. El espíritu y la escala de valores del mascamazorcas, basados en la pura supervivencia, tenían siempre en él más peso que las sutilezas legales o el decoro cortés. Y esas características eran justamente las que ensombrecían su imagen pública, confiriéndole todos los matices de quien ha sido ahormado en el molde de los mascamazorcas. [348]

Tras el choque de 1815 en Nueva Orleans, en 1818 Jackson condujo a su ejército a la Florida española. Su primera iniciativa consistió en reclutar tropas en Tennessee sin aguardar el visto bueno del gobernador. Una vez hecho esto, procedió a invadir la Florida Oriental, utilizando como pretexto la detención de un puñado de indios semínolas a los que se había acusado de atacar a unos colonos norteamericanos. Al lanzarse contra las fortificaciones españolas de Pensacola, lo que había empezado como una incursión destinada a capturar a un grupo de indios se transformó rápidamente en una guerra en toda regla y en una maniobra de ocupación. [349]

Pero Jackson no se contentó con ocupar ilegalmente suelo español. Violó las órdenes recibidas e hizo caso omiso del derecho internacional. Tras apoderarse de varias poblaciones de Florida y arrestar al gobernador español, ejecutó a dos ciudadanos británicos sin que hubiera un verdadero motivo. La prensa británica vio el cielo abierto y dijo que el general de división estadounidense era un «feroz pirata yanqui con las manos manchadas de sangre».



En esta imagen del *Encuentro entre un «Masca mazorcas» y un «Piel de anguila»* , sacado del *Davy Crockett's Almanack of 1837* , el ocupante ilegal de un pedazo de terreno de las apartadas y agrestes regiones de la frontera estadounidense defiende a su chica de las vidriosas y seductoras palabras de un comerciante de la ciudad.

Davy Crockett's Almanack of 1837, American Antiquarian Society, Worcester, Massachusetts.

Una demoledora caricatura presentaba a Jackson con los rasgos de un bandido renegrido y arrogante escoltado por una cuadrilla de milicianos reducidos al estado de meros individuos embrutecidos, andrajosos y descalzos que, absortos en aporrear sus tambores con tibias humanas, habían trocado el morrión por otras tantas calaveras. [350]

Este híbrido de filibustero y matón mascamazorcas de las más bravías espesuras era un animal desbocado e irrefrenable. Se cuenta que, en la invasión de Florida, se benefició de la ayuda de un grupo de ocupantes ilegales disfrazados de «salvajes blancos», y, de hecho, es posible que ellos fueran el verdadero catalizador que acabó desencadenando la controvertida acción de Jackson. El conflicto de la Florida tiene todas las trazas de responder a un enfrentamiento entre ocupantes ilegales. Los soldados de Jackson señalaron en un informe que los guerreros semínolas solo atacaban las «casas de los mascamazorcas» y que, en cambio, dejaban intactas las de los británicos y los colonos del norte. [351]

Los críticos más acérrimos insistieron en que se creara una comisión de investigación en el Congreso. Henry Clay, el poderoso presidente de la Cámara de Representantes, exigió que se censurara al vandálico general. Jackson se presentó entonces en Washington, echó pestes de las autoridades legalmente constituidas y aseguró al secretario de Estado, John Quincy Adams, que todo el asunto de Florida había sido pactado entre el presidente Monroe y él mismo, sin ninguna otra intermediación. Varios rumores confirmados señalarían que Jackson había amenazado con cortarles las orejas a algunos senadores, indignado por el atrevimiento que habían mostrado al permitirse escarbar en su conducta y humillarle ante toda la nación. [352]

A juzgar por el crudo vocabulario de Jackson, las disputas territoriales debían zanjarse por medios violentos, y no con simple palabrería. Explicó que las medidas que había tomado en relación con los indios respondían al derecho a la represalia, es decir, a la «venganza de restitución» frente al comportamiento de aquellos «inhumanos y sanguinarios bárbaros». En 1818, una biografía laudatoria le presentaría como una especie de Moisés selvático decidido a impartir justicia con bíblica cólera. A los que protestaron por el desprecio que Jackson había mostrado hacia el derecho internacional y los detalles constitucionales, sus defensores les respondieron que era «un patriota demasiado comprometido con la nación en guerra como para demorarse en los escrúpulos de un constructo jurídico». Sin embargo, hasta los más devotos partidarios del general admitían que se trataba de un hombre de temperamento exaltado. En 1825, el muy aireado comentario de Henry Clay de que Jackson era un simple «caudillo militar» vendrá a sugerir que se hallaba habitado por algo tribal, primitivo y totalmente contrario a los principios republicanos. En 1824 y 1828, al presentarse como candidato a la presidencia, las guerras semínolas, o de la Florida, serían uno de los ejes centrales de la campaña. [353]

Pocos de los críticos de Jackson juzgaban admisible el caballeresco retrato que presentaban los partidarios del general. Lo que había hecho no obedecía realmente a la idea de proteger a las mujeres y los niños de la Florida, sino al empeño de abrir las puertas de esa colonia a los ocupantes ilegales, a los perdonavidas y al resto de los blancos incivilizados.

En cualquier caso, a diferencia de Crockett, Jackson jamás hizo suya la causa de los derechos de los ocupantes ilegales. La prueba es que, siempre que se le ordenó expulsarlos, recurrió al ejército para dar cumplimiento a la

tarea. Sin embargo, al mismo tiempo es verdad que favoreció la propiedad de la tierra de las personas de raza blanca aduciendo los mismos argumentos que los ocupantes ilegales habían utilizado invariablemente en la defensa de sus reivindicaciones: que si desbrozaban y hacían productiva la tierra, eran ocupantes válidos. Las ideas de Jackson darían forma a las medidas de traslado forzoso de los indios que habría de aplicar tras salir elegido presidente. Su argumento era que no debía tratarse a los indios como a un conjunto de naciones soberanas dotadas de un especial derecho a reivindicar el uso del espacio público, sino como a una clase dependiente. A semejanza de los ocupantes ilegales, si los indios no lograban asimilarse o se revelaban incapaces de conferir productividad a la tierra y de conseguir títulos de propiedad, podían ser expulsados sin contemplaciones. Siendo ya presidente, se mostraría más que dispuesto a utilizar la fuerza para deshacerse de los infractores pobres. Únicamente cuando los ocupantes ilegales se resistieron a su desalojo —tal y como sucedió en Alabama en 1833— y contaron con el respaldo de los funcionarios de su estado, el presidente Jackson se mostró dispuesto a dar marcha atrás y negociar unos términos más favorables para los colonos blancos. [354]

A los críticos de Jackson no les resultó en modo alguno difícil divulgar un relato contrario al que se expuso en la biografía oficial hecha pública durante la campaña. En 1806 había matado de un tiro a un joven abogado llamado Charles Dickinson en un duelo, y él mismo había salido del enfrentamiento con una bala alojada cerca del corazón. Sin dejar que se enfriara siquiera el cadáver de su víctima, Jackson montó un escándalo impropio de un caballero a propósito de la ayuda económica que se le concedió a la viuda del letrado: desde su punto de vista, la identidad del sinvergüenza al que había liquidado debía borrarse del mapa para siempre. En 1824 [355] circuló una versión alternativa de este episodio. Se dijo que Jackson se había abstenido de disparar y que después de encajar la bala de su adversario se había puesto en pie para observar los temblores que sacudían el cuerpo del ofensor. A continuación, y después de haberle tachado de «maldito cobarde», apuntó con todo cuidado y descerrajó un tiro mortal sobre Dickinson a corta distancia. En 1813 se produjo otro incidente: Jackson participó en una suerte de improvisado tiroteo al estilo del «O. K. Corral» con su antiguo edecán Thomas Hart Benton y su hermano Jesse en el hotel Nashville. En 1828, año electoral, Thomas Benton hizo pública la

crónica de aquel encontronazo que a punto había estado de terminar de forma trágica. [356]

Sea como fuere, la peor mancha en el currículo de Jackson fue la del llamado «Folleto de los ataúdes». En esa hoja volandera se le acusaba de haber ejecutado a seis de sus propios hombres durante la guerra creek, en 1813. El panfleto, que circuló en 1828, aparecía adornado con seis féretros negros. Por consiguiente, lo que manchaba su historial no era solo la sangre de los indios y los ingleses. No se ceñía únicamente al peripuesto abogado Dickinson, que había encontrado la muerte a manos del general. En otra de las ilustraciones de esa misma octavilla se veía a Jackson enzarzado en una pelea barriobajera en plena calle y asestando a un hombre una profunda estocada en la espalda con el florete que llevaba oculto en el bastón. Jackson aparecía como un mascamazorcas, capaz de morder, patear y atacar indiscriminadamente y de esconder un arma bajo el gabán, ofreciendo la imagen de un individuo totalmente despiadado y de conducta diametralmente opuesta a la de quienes exhibían ese estudiado refinamiento republicano que definía al estadista serio. [357]

A Jackson le alteraban notablemente las caricaturas, y esto antes incluso de que empezara a repartirse el «Folleto de los ataúdes». Podemos comprobarlo en la carta que le escribe a un amigo en 1824: «Hay quien se ha tomado muchas molestias para presentarme como alguien con tendencia al salvajismo, como una persona que *siemmpre* [*sic*] [358] lleva en una mano un cuchillo para arrancarle el cuero cabelludo a la gente y en la otra un *tomahawk* , permanentemente dispuesto a derribar a golpes al contrario y a rebanarle la cabellera a todo aquel que discrepe de mi parecer». Por más que negara la realidad de las viñetas satíricas, no podía tapar su vena violenta. [359]

A principios de la década de 1820 saldría a la luz una versión bastante más atractiva y expurgada del montaraz candidato. En ella se le pintaba con los rasgos de un individuo peculiar y mal integrado, un hombre de talento natural traído a la civilización tras haberse criado en los «bosques nativos» de Norteamérica, alguien capaz de limpiar de corrupción los pasillos de Washington. Su designación como candidato había provocado «burlas y mofas entre los fieles esbirros del poder de Washington», escribe un partidario entusiasta de Jackson que también denuncia la «degeneración del sentimiento patriótico norteamericano que se está viviendo en esta ciudad». Jackson no era un paniaguado del Gobierno ni un consentido consejero

áulico, así que sus maneras toscas e impropias de un hombre de Estado constituían en realidad una ventaja. [360]

En 1819, en un discurso pronunciado ante el congreso, David Walker, de Kentucky, recurriría a este tipo de imaginería para reprochar a los miembros de la Cámara que estuvieran investigando las actividades que había realizado Jackson durante las guerras semínolas. Walker resaltaba el papel de la clase social como línea divisoria de naturaleza cultural que se utilizaba para marcar distancias entre los representantes de la capital y los norteamericanos que residían en la lejana frontera de la Florida. La dilatada experiencia de Jackson como «tenaz y curtido general» le había permitido hacerse un juicio más exacto de las circunstancias que definían aquella lucha fronteriza. Se había visto en posición de compartir personalmente el sufrimiento y las penalidades de familias asediadas. ¿Acaso podían decir lo mismo los integrantes del comité de investigación; se hallaban en condiciones de valorar plenamente el calvario de los afectados desde la cómoda atalaya de sus hogares, sabiendo que sus seres queridos se hallaban perfectamente a salvo? Los hombres que censuraban a Jackson, a los que el congresista de Kentucky tilda de «jovencitos petimetres, bien empolvados y cubiertos de perfume», jugaban en otra liga. Con este ingenioso giro expresivo, Walker reclasificaba a los enemigos de Jackson en la categoría de los lechuguinos y pisaverdes, es decir, de los clásicos enemigos de los mascamazorcas y los ocupantes ilegales. [361]

Walker había dado con un filón argumental, ya que ese tema, además de ser uno de los motivos predominantes en una democracia de mascamazorcas, se remontaba cuando menos al año 1790, cuando empezó a cobrar forma la lógica que enfrentaba al rudo mascamazorcas con el lindo petimetre. En su más temprana enunciación literaria, el macho mascamazorcas se ve arteramente atraído por las luces de la ciudad, donde se le atiborra de licor y se le estafa. De este modo, tras sucumbir al señuelo de la civilización, el pobre rústico aprende la dolorosa lección de que su deprimente y lóbrega cabaña de los bosques es, pese a todo, «el único lugar en el que siempre encontrará contento y plenitud».

En 1812, una narración similar relataba cómo un hombre de las fronteras vírgenes había despachado secamente a un abogado desdeñoso y a un juguetón maestro de baile que se habían plantado inopinadamente frente a la puerta de su cabaña. En 1821, Joseph Doddridge, de la Virginia Occidental, un clérigo dedicado a escribir la historia de los territorios

salvajes, adornará las peripecias de estos tipos tan peculiares en una obra de teatro de su cosecha titulada *Dialogue of the Backwoodsman and the Dandy* . Así viene a resumir las particulares virtudes de aquellos individuos de áspero temperamento:

> El habitante de los bosques es un sujeto bastante extraño […]. Aunque no sea persona de letras, tiene al menos llaneza y sentido común. No exhibe refinadas vestimentas, pero tiene buen fondo y noble corazón. Puede que no sea ni rico ni grande en este mundo, pero sabe que a él se le debe la paternidad de este país […]. Puede que vosotros, petimetres de tres al cuarto y gentes de porte destacado, disfrutéis sin cuita de los frutos de nuestros desvelos; puede que asistáis a banquetes mientras nosotros pasamos hambre; y hasta puede que retocéis allí donde nosotros hemos de batallar; pero correríais todos gran peligro si tuvierais la descabellada idea de dedicar a esos rústicos del quinto infierno una sola de vuestras ridículas boberías. [362]

Todas estas disquisiciones contribuyen a explicar los argumentos y contraargumentos en que se enzarzó el congresista Walker para distinguir al general Jackson de los miembros de la comisión de investigación de la Cámara. El lechuguino era además un esnob amanerado, un individuo tan afectado como sus ridículas e impertinentes burlas. En Norteamérica, los hombres de verdad eran como Jackson, como los robustos hijos de Tennessee y Kentucky. Ellos habían combatido en las guerras. Ellos habían abierto las puertas de la frontera con su sacrificio y su capacidad de capear las dificultades. Ellos habían alumbrado a la siguiente generación de intrépidos colonos. Por todo ello, los pobladores del salvaje oeste que ahora se veían obligados a mantenerse a la defensiva habían confiado sus sueños a Jackson, convirtiéndole en un candidato viable a la presidencia. [363]

Otra forma de promover a este potencial presidente con raíces entre los mascamazorcas consistía en recurrir a la exageración irónica. En 1828, cuando comenzó a circular el «Folleto de los ataúdes», los partidarios de Jackson se valdrían del mismo tipo de humor que solía emplear David Crockett para salir en su defensa. Señalaron que el general era efectivamente culpable, ya que se había merendado a los seis militares, «tragándoselos enteritos, con féretros y todo». En otra ocasión, al divulgar los seguidores de John Quincy Adams una nota manuscrita de Jackson repleta de faltas de ortografía y plagada de pésimas construcciones gramaticales, los que respaldaban al Viejo Nogal le cubrieron de elogios y resaltaron el hecho de que fuera un «autodidacta». Aunque era cierto que su falta de experiencia diplomática hacía de él un «modesto lugareño», la circunstancia era positiva, ya que significaba que las ideas extranjeras y los protocolos palaciegos le habían contaminado menos que a Adams,

acostumbrado de antiguo a pisar las mullidas alfombras de las legaciones. Resultaba imposible pasar por alto la comparación clasista: Adams había sido profesor de Retórica en Harvard, mientras que su rival de Tennessee era «el retoño de una familia común y corriente» y no había producido ningún escrito digno de mención. La acción instintiva preponderaba en él y se imponía a la reflexión improductiva. [364]

Dado que los apoyos iniciales que había obtenido Jackson en la campaña presidencial de 1824 procedían de Alabama, Misisipi, Carolina del Norte y Tennessee, sus detractores le ridiculizaron diciendo que solo había conseguido desgranar el voto de los mascamazorcas. Un periódico del sur publicó un artículo de mordaz intención jocosa en el que se trazaba el perfil de un mascamazorcas de Georgia mediante los recursos prosísticos de un David Crockett. Y es que, en efecto, el gacetillero alababa la idea de que los rústicos de los bosques tuvieran «parte de caimán y parte humana», y vitoreaba a Jackson. En 1828, su distrito electoral de Indiana fue presentado como «bosques tramontanos repletos de Viejos Nogales». [365]

Era habitual fustigar a los simpatizantes de Jackson aludiendo a su escaso gusto y mala educación. Los asistentes a una reunión celebrada en Filadelfia en 1828 levantaron sus copas para pronunciar unos cuantos brindis violentos como este: «Que las baquetas de nogal prensen la pólvora de la igualdad en las armas de nuestra nación y que, bien empastadas con la voz del pueblo, arrojen a Clay al lodo». Otro de esos maestros de ceremonias expresará el deseo de que «la cabeza de Adams sea como piel de tambor, y que yo la golpee hasta desfondarla». La defensa de Jackson parecía exigir la formulación de amenazas destinadas a ensalzar el poderío físico por encima de la agilidad mental. Según cuenta una anécdota relativa a uno de los más ardientes forofos de Jackson, si alguien se atrevía a insultar al «*jineral* », el aludido le arrearía una «buena tunda». Las peleas y las fanfarronerías eran cuestiones de la más alta relevancia en los círculos de adeptos de Jackson pertenecientes a las clases bajas. O como exclamó un candidato mascamazorcas al empezar a escuchar entre el público hurras y aullidos probélicos contra John Quincy Adams: «Si salgo elegido, el Gobierno general llevará el sello de estos cinco nudillos». [366]

En 1828, pese a llevar ya dos años criando malvas, Thomas Jefferson lograría la proeza de regresar al mundo de los vivos para demostrar que Jackson era un descastado. Al acercarse las elecciones de 1824, Edward Coles, gobernador de Illinois y antiguo vecino de Jefferson —que además

había desempeñado durante mucho tiempo el cargo de secretario de James Madison—, recordó a su audiencia una desagradable ocurrencia de Jefferson: «Tan fácil sería convertir a un gallo en un marinero, o a un ganso en soldado, como a Andrew Jackson en presidente». El ejercicio de un alto puesto ejecutivo era algo que superaba las facultades de Jackson, cuya cuestionable educación le descalificaba de la manera más palmaria. [367]

La vida privada del candidato quedaría igualmente sometida a un despiadado escrutinio. La irregularidad de su situación matrimonial alimentaría el escándalo en el transcurso de las jornadas electorales de 1828. La camarilla de sus más íntimos confidentes de Tennessee pasó grandes apuros para hallar una justificación al secreto a voces del adulterio en que vivía la pareja. John Overton, el más antiguo y fiel amigo que Jackson tenía en Nashville, se sacó de la manga el relato de una «bigamia accidental», afirmando que sus patrocinados se habían casado de buena fe, convencidos de que el divorcio entre Rachel y su primer marido ya había sido confirmado. Sin embargo, la verdad era muy distinta. Rachel Donelson Robards había cometido adulterio, y en 1790 se había fugado con Jackson, que era su amante, a la población de Natchez, entonces en manos de los españoles. Y no lo habían hecho por desconocimiento de su situación marital, y tampoco por el simple deseo de pasárselo bien, sino con el fin de forzar el divorcio del esposo de Rachel. El abandono del hogar era una de las pocas causas de separación definitiva que se aceptaban en la época. [368]

En el inacabable relato de las fechorías de Jackson, el adulterio era simplemente un ejemplo más de sus descontroladas pasiones. El rapto de una esposa entraba de lleno en el perfil habitual del agresor de las regiones agrestes, que solía negarse a creer que las leyes pudieran aplicarse a su persona. Sin respetar el derecho internacional había conquistado Florida; y sin atender al primer contrato matrimonial de su esposa se había apoderado sencillamente del objeto de su deseo. Jackson había invadido la «santidad del tálamo conyugal de su conciudadano», declararía por ejemplo el periodista de Ohio Charles Hammond. [369]

Se emplearían toda clase de etiquetas crueles para degradar a Rachel Jackson. Se la llamó la «Jezabel norteamericana», se dijo que era «débil y vulgar» y se la tachó de «sucia mujerzuela negra», todo lo cual apuntaba a su cuestionable crianza. Sería el editor, partidario de Adams, James G. Dana, de Kentucky, quien la pintara con los morbosos rasgos de una ramera. Rachel Jackson no podía continuar frecuentando ni un segundo más

los círculos de la buena sociedad, exclamó con indignación racista, pues no era sino la amante negra de un caballero, por mucho que la negra pelandusca se ocultara bajo una máscara blanca. El baldón de su impureza jamás sería tolerado entre la gente bien de Washington. Otro iracundo crítico expondrá un planteamiento similar. La cruda conducta de Rachel Jackson podría ser moneda corriente en «cualquier cabaña tramontana», escribe, pero no en la casa del presidente. [370]

Rachel Jackson habría provocado más de una afrenta aunque no hubiera estallado el escándalo de su doble matrimonio, ya que su aspecto era el de una mujer de clase baja. Una de las personas que visitaron la casa de los Jackson en Tennessee expresó la opinión de que cualquiera la habría tomado por una vieja lavandera. Otro resalta que era gorda y que tenía la piel muy curtida, circunstancia que podría explicar el insulto de «mujerzuela negra». El simple hecho de tener la tez blanca era un privilegiado símbolo de buena clase social del que carecían las chicas pobres de los mascamazorcas, que no tenían más remedio que trabajar a pleno sol. Los críticos se burlaban del acento montaraz de la señora Jackson y le sacaron punta a su canción favorita, titulada «Possum Up a Gum Tree». [371] Y, para colmo, era una mujer que fumaba en pipa. Por desgracia, Rachel falleció de una dolencia cardíaca poco antes de que tuviese que acompañar a su marido a Washington para asumir sus obligaciones de primera dama. Su muerte conseguiría intensificar aun más el odio que el presidente entrante profesaba a sus enemigos políticos. [372]

Sin duda, aun al margen de las cuestiones de clase, la candidatura de Jackson transformó el carácter de la política democrática. Un comentarista de los asuntos públicos señalará que el reinado de Jackson había dado inicio al «juego de las fanfarronadas». Los partidarios de Jackson exageraban sistemáticamente los méritos de su líder y aseguraban que no se trataba únicamente del «Caballero de Nueva Orleans» y del «libertador» nacional, sino también del general más grande que jamás hubiera conocido la historia. Otro observador llegó a la conclusión de que acababa de surgir un nuevo tipo de «político parlanchín en el país», perteneciente a una especie capaz de hablar durante horas sin llegar a «agotar la fuente de su panegírico sobre el general Jackson». [373]

En las décadas de 1820 y 1830, la jactancia tendría una clara dimensión clasista. En una sátira publicada en Tennessee, un escritor llama la atención sobre las extrañas adaptaciones que estaban experimentando los códigos de

conducta caballerescos como fórmulas con las que acudir en defensa del honor mancillado. En el texto se habla de un duelo entre un «Caballero del Trapo Rojo» [374] de Kentucky y un «grande y poderoso Partenueces» de Tennessee. Presumiendo de tronío, este último se daba a sí mismo un exaltado título de nobleza: «duque de la Caleta del Gato Montés, señor del gran y pequeño Glotón de la Cañada del Ladrón, hidalgo de Montebajo, ricohombre de la Cueva del Gran Pozo e infanzón del Puente de Cuwell». ¿Y a qué se dedicaba un hombre tan pinturero? Al igual que ciertos maestros del rap malandro del siglo XXI , los mascamazorcas del XIX también tenían que compensar su baja posición social envolviéndose en ropas chillonas y adornándose con una suerte de atavío bullanguero capaz de declarar elocuentemente su actitud. Para los adeptos del «estilo David Crockett», la mendacidad y la jactancia contrarrestaban la falta de un pedigrí de clase. Ese era asimismo el caso de Andrew Jackson. El militar se valió siempre de los duelos, las peleas y los juramentos para ascender en la escala jerárquica de la política vigente en el joven estado de Tennessee. [375]

Pese a que Jackson se interesara muy poco por los derechos de los ocupantes ilegales, su partido sí que consiguió en cambio orientar el debate en su favor. Los demócratas respaldaron el llamado «derecho preferente», que permitía que a los individuos que no poseyeran un capital les resultara más fácil y económico adquirir tierras. El derecho preferente otorgaba a los ocupantes ilegales la facultad de colonizar, trabajar y finalmente comprar los terrenos en los que se instalaran, y a un «precio mínimo». El debate sobre el derecho preferente arrojó una luz más favorable sobre el ocupante ilegal. Empezaron a surgir voces que los consideraban personas decididas a trabajar duramente, gentes con la voluntad suficiente para levantar una cabaña de troncos con sus propias manos y que contribuían a desbrozar el terreno, y eso resultaba ventajoso para todas las clases sociales. Y en el transcurso de esa polémica, el líder liberal Henry Clay descubrió de pronto que se encontraba en el bando perdedor. En 1838, Clay bromearía en el Senado diciendo que el beneficiario del derecho de compra preferente podía hacer valer sus nuevas prerrogativas para instalarse en la espaciosa Casa Blanca, ocupada por un «hombrecillo»: Martin Van Buren, el sucesor de Jackson, elegido como hombre *ad hoc* al retirarse el Viejo Nogal. [376]

Al abandonar Tennessee y trasladarse a Misuri, Thomas Hart Benton decidió enterrar el hacha de guerra con Jackson. Benton había sido un senador destacado en los dos mandatos de Jackson, y desde esa alta tribuna

había defendido los planteamientos jurídicos destinados a confirmar el derecho de compra preferente a quienes carecieran de tierras y las ocuparan con provecho. Sus presiones habían culminado en lo que se dio en llamar el «proyecto de ley de la cabaña de troncos» de 1841. Sin embargo, la actitud de Benton presentaba dos caras: por un lado, quería efectivamente que los ocupantes ilegales de tierras tuvieran ocasión de elevarse a la condición de propietarios de pleno dominio, pero, por otro, no dejó nunca de tratarles como a un grupo de población perfectamente prescindible. En 1839, para ofrecer una alternativa a la renovación de la campaña militar federal contra los semínolas de la Florida, propuso armar a los ocupantes ilegales y darles tierras y víveres a cambio de que sirvieran como soldados. Con este gesto, Benton se estaba limitando a reactivar simplemente una táctica castrense que ya habían empleado en su día los británicos, ya que su idea consistía en utilizar a los ocupantes ilegales a la manera de un instrumento barato con el que conquistar las tierras indómitas del país. [377]

Todo parece indicar que la campaña presidencial de 1840 fue el momento en el que los ocupantes ilegales completaron su metamorfosis y pasaron a convertirse en el hombre común y corriente del lenguaje popular y el acervo democrático. Ahora les arropaban los dos partidos políticos dominantes. Los seguidores del candidato a la presidencia William Henry Harrison reivindicaban sus orígenes y resaltaban la circunstancia de que su parentela se hubiera instalado y criado en los vastos espacios vírgenes. Se trataba además de una afirmación incierta, ya que Harrison había venido al mundo en el seno de una familia de plantadores de élite y, a pesar de que hubiera vivido brevemente en una cabaña del Territorio del Noroeste, la verdad es que en la época en la que compitió por el más alto cargo de la nación aquella modesta morada ya había sido demolida para dar paso a una gran mansión. Henry Clay, que había nacido en Kentucky y era por entonces el rival de Harrison en la pugna por la nominación del Partido Liberal, alardeaba con idéntica intención del gigantesco cerdo que poseía, que no solo había ganado un premio, sino que respondía por el curioso nombre de «Mascamazorcas», nada menos. La nueva política de clases desplegó todo un abanico de descripciones falseadas en las que menudeaban las cabañas de troncos, los apodos populares, la ingesta masiva de sidra y los gorros de piel de mapache. Toda esta imaginería explica que los habitantes de las regiones del salvaje oeste y los votantes pobres no llegaran a abrazar nunca —al menos no sin grandes reservas— las tesis de Martin Van Buren, el

candidato al que Jackson favorecía, dado que le tenían por un emperifollado académico del este. En una de las cancioncillas de campaña, de clara inspiración liberal, se vituperaba de forma implacable al neoyorquino, de ascendencia holandesa, para más inri, tachándole de «pequeñajo mariposón […] montado a lomos del fornido Andy Jack». [378]

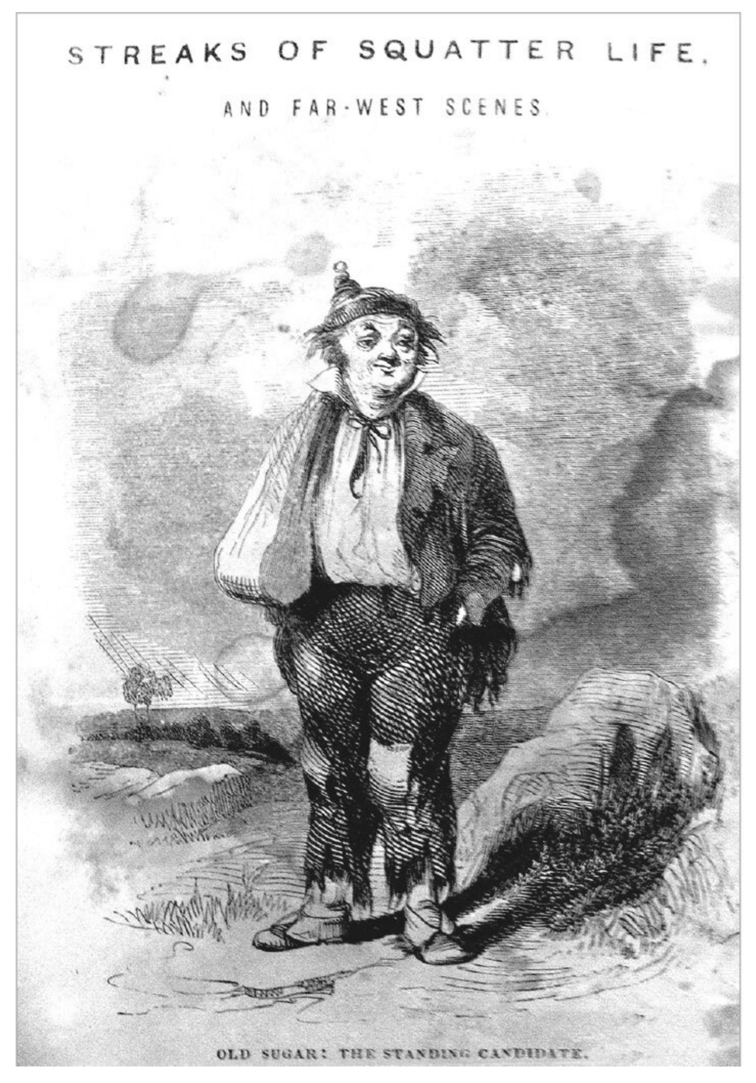
El ocupante ilegal se convirtió de pronto en una figura romántica de la cultura popular. Esto puede observarse sin dificultad en las apreciaciones de un reportero de San Luis llamado John Robb, autor de un texto titulado *Streaks of Squatter Life* . [379] En uno de los relatos de esta colección de escritos, Robb habla de un humilde ocupante ilegal blanco de Misuri al que todos conocen por «Sugar». Pese a vestir simples harapos, la influencia que se reveló capaz de ejercer en el sesgo de las elecciones locales tuvo tintes hipnóticos. Al llegar el momento de depositar el voto, «Sug» se presentó en el colegio electoral con un barrilito de whisky endulzado con azúcar moreno. Y a medida que la masa de parroquianos iba formando una larga cola para probar su brebaje, Sugar aprovechaba para indicarles, uno a uno, a quién debían votar, basándose en la honesta opinión que se había formado de los discursos que había tenido ocasión de escuchar. Sug había perdido a su compañera, y también la granja, y a pesar de ello, aun siendo un ocupante ilegal carente de tierras, había conseguido ganarse un cierto respeto entre sus vecinos. Era la encarnación misma del nuevo hombre del pueblo, un tipo sencillo que no se dejaba engañar por los artificios retóricos. [380]

Sug no era simplemente un personaje ejemplificador de una igualdad sencilla. Representaba *de facto* una suerte de solución reformada, incluso de clase media, al amplio debate sobre las clases sociales y la respetabilidad. Las cualidades que poseía sugerían que se trataba de un hombre razonable que había tenido la grata ocurrencia de ofrecer a los votantes un chupito de whisky y un consejo sensato. Él mismo no se presentaba a las elecciones. No se había puesto a porfiar ni a intentar canjear la bebida por un voto favorable. No constituía ninguna amenaza letal para alguien que compitiera con él por un pedazo de tierra. Sug sabía que la nueva percepción social le convertía en un pozo de sentido común para la vecindad. [381]

Por más que el ocupante ilegal pudiera hallarse ahora bajo control, al menos a los ojos de algunos, lo cierto es que Norteamérica no conoció la igualdad política en la llamada Era de Jackson. Virginia conservó la exigencia de la posesión de tierras, o de un determinado conjunto de

propiedades muebles, como requisito para el ejercicio del voto hasta el año 1851; Luisiana y Connecticut hasta 1845; y Carolina del Norte hasta 1857. Tennessee no eliminó la restricción por la que únicamente podían votar los titulares de pleno derecho de una propiedad hasta 1834, después de que Jackson fuera elegido para un segundo mandato. En ocho estados se promulgaron leyes que privaban del derecho al voto a los pobres urbanos. Al mismo tiempo, en muchas poblaciones y ciudades se adoptaron normativas que restringían la posibilidad del sufragio con una severidad superior a lo establecido en las asambleas legislativas de sus propios estados. Esto fue lo que ocurrió, por ejemplo, en Chicago, y también en los pueblos del Tennessee de Crockett y de la Alabama partidaria de Jackson. Sug podía votar en las elecciones al Congreso, pero en el San Luis de John Robb, el ficticio compinche de nuestro gacetillero, se le habría negado el voto en las elecciones municipales. [382]

En 1796, pese a su cacareada condición de defensor de la democracia (como se le vendería en la campaña de 1828), Andrew Jackson había contribuido a redactar las cláusulas del borrador de la constitución de Tennessee que estipulaban las mencionadas restricciones al sufragio. Jackson no hizo el menor esfuerzo por expandir el alcance del derecho al voto en su estado en ningún momento de su carrera. En 1822, siendo gobernador territorial de la Florida, se mostró perfectamente cómodo con el hecho de que el nuevo estado impusiera cláusulas de propiedad para poder acceder a las urnas. Por consiguiente, el tirón electoral de Jackson como candidato a la presidencia no guardaba relación alguna con la verdadera democracia, sino con la seducción de una cierta clase de individuos de raza blanca propensos al acaparamiento de tierras y poseedores de aquel «rudo instinto de libertad masculina». Jackson no defendía el sufragio universal de los varones. De hecho, la primera nación que estableció el sufragio universal de todos los hombres adultos (en 1839) no fue Estados Unidos, sino Liberia, un país fundado por los británicos y por antiguos esclavos de las Américas. [383]



El «Viejo Sug», de los *Streaks of Squatter Life* , de 1847, es un personaje cómico al que la pobreza confiere un carácter inofensivo. Viene a ofrecer una imagen dulcificada de los verdaderos ocupantes ilegales, célebres por tender a pelearse, a beber en exceso y a deshacerse en insultos malsonantes en los acontecimientos políticos de las remotas regiones rurales.

Lámina de los *Streaks of Squatter Life* , de John Robb, 1847, Sociedad Anticuaria Estadounidense, Worcester, Massachusetts.

En último término, ni el mascamazorcas ni el ocupante ilegal lograrían zanjar su paradójica condición. Ambos podían liberarse de todas sus responsabilidades, echarse a la calle y empezar una nueva vida. Los dos tenían vía libre para fanfarronear y presumir del defensor de su particular opción política, tal y como también la encontraban para lanzar piedras o huevos podridos a todo el que se atreviera a insultar a su candidato electoral favorito. Son muchos los observadores que han señalado que la posibilidad de beber whisky en el mismísimo colegio electoral era frecuentemente más

relevante que atender a un largo y rebuscado discurso. Por consiguiente, y a pesar de que algunos periodistas defendieran a los «rústicos mascamazorcas» por considerarlos la «médula espinal de la nación», otros seguirían viendo en este tipo de personajes el ejemplo paradigmático del patán beodo, capaz de elevar a su orador político favorito a la categoría de «héroe de los mendigos», por emplear la expresión de un determinado autor. En el año 1842 todavía seguía considerándose que la voz «mascamazorcas» era una «palabra que denotaba la infamia, ya fuera de la biografía o de la posición» de los individuos, quienes, al ser así catalogados, pasaban a pertenecer a un escalón social inferior al del «colono», cuya condición de clase era de naturaleza neutra. [384]

No puede decirse, por tanto, que los mascamazorcas o los ocupantes ilegales constituyeran en algún momento un símbolo de igualdad política. Como figura popular y carne de caricatura, el papel de unos y otros respondería mucho más al de una vívida ilustración de las diferencias de posición que al de una muestra de respeto hacia los miembros de las clases bajas. Nadie pretendió jamás que Sug pudiese equipararse a un John Quincy Adams o un William Henry Harrison, ni siquiera al congresista de su localidad. En el mejor de los casos, el norteamericano de las zonas rurales atrasadas podía tener la oportunidad de saludar al presidente Adams, pero el simple hecho de estrecharle la mano —según la familiar expresión que empleamos hoy, en la era posterior a la moda de la reverencia— no daba lugar a ninguna elevación del rango social propio. En 1828, James Fenimore Cooper señalará que el «precio» del *statu quo* «salía muy barato», dado que la simple jactancia de ser una gran democracia permitía comprar la garantía de que la verdadera igualación social no consiguiera arañar siquiera la pétrea solidez de las divisiones de clase. [385]

Pese a todo, una pequeña parte de los lugares comunes asociados con los ocupantes ilegales sí que conseguiría cuajar: había que seducirle para captar su voto, ya que no era persona que dispusiera de la paciencia suficiente para atender a las razones de un candidato que se negara a hablar en su idioma. Esa sería precisamente la moraleja de otro de los más célebres relatos de este tipo, el titulado «The Arkansas Traveller», de 1840, en el que se cuentan los desvelos de un político de la élite que se adentra en las regiones rurales apartadas para solicitar el voto de sus pobladores. En un momento dado, estando en esa tarea, el hombre pide a un ocupante ilegal que le traiga una bebida para refrescarse. El aludido, que se encuentra sentado sobre un

barril de whisky frente a su desvencijada cabaña, hace caso omiso de la petición del dirigente. Durante un brevísimo espacio de tiempo (dado que estamos en plena campaña electoral), el líder político se ve obligado a ponerse al mismo nivel que el pueblo llano. Para conseguir que se le ofrezca algo de beber, y también el voto del ocupa, el individuo tiene que bajarse del caballo, coger el tronado violín del pobre patán y hacerle ver que sabe tocar el mismo tipo de música que él. Sin embargo, cuando el mandatario regresa a su mansión, la vida del ocupante ilegal sigue siendo la misma, nada ha cambiado, ni en su día a día ni en el de su mujer, que tiene que continuar trabajando como una esclava, ni en la de su camada de sucios y descalzos mocosos. [386]

---

[303] Véase John R. Van Atta, *Securing the West: Politics, Public Lands, and the Fate of the Old Republic, 1785-1850* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2014, pp. 17-18, 23.

[304] Véase Malcolm J. Rohrbough, *The Land Office Business: The Settlement and Administration of American Public Lands, 1789-1837* , Wadsworth, Belmont, California, 1990, 6; Eliga H. Gould, *Among the Powers of the Earth: The American Revolution and the Making of a New World Empire* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2012, p. 12.

[305] Pese a que los estereotipos asociados con las atrasadas áreas rurales del sur surgieran durante el periodo colonial, su existencia como región diferenciada y distinta de los asentamientos de la costa este se prolongó tras la Revolución estadounidense, ya que en los primeros tiempos de la república empezaron a surgir nuevos horizontes inexplorados. Véase Robert D. Mitchell, «The Southern Backcountry: A Geographical House Divided», en *The Southern Backcountry: Interdisciplinary Perspectives on Frontier Communities* , David C. Crass, Steven D. Smith, Martha A. Zierden y Richard D. Brooks (comps.), University of Tennessee Press, Knoxville, 1998, pp. 1-35, y muy especialmente la página 27.

[306] Van Atta, *Securing the West* , *op. cit* ., pp. 14, 18.

[307] Para la definición de «ocupa» del diccionario de 1825, véase John Pickering, «Memoir of the Present State of the English Language in the United States, with a Vocabulary Containing Various Words Which Has Been Supposed to Be Peculiar to This Country», *Memoirs of the American Academy of Arts and Sciences* , 1 de enero de 1815, p. 523. Al explicar el origen y utilización de la voz «ocupa» («*squatter* ») en Norteamérica, Pickering cita al inglés Edward Augustus Kendall: véase Kendall, *Travels Through the Northern Part of the United States in the Years 1807 and 1808* , Nueva York, 1809, p. 160; véase también la carta de Nathaniel Gorham a James Madison de 27 de enero de 1788, en *The Papers of James Madison* , University of Virginia Press, Charlottesville, 2018, vol. 10, pp. 435-436. *The Oxford English Dictionary* indica incorrectamente que Madison fue el primero en emplear dicho vocablo, pero lo cierto es que este se limita a repetir literalmente, en una carta dirigida a George Washington, lo que Gorham le había señalado en su escrito. Véase también la carta de Madison a Washington de 3 de febrero de 1788, *The Papers of James Madison* , *op. cit* ., vol. 10, p. 463. Para el artículo sobre los «*squatlers* » de Pensilvania, véase «Philadelphia, August ١٠», *The Federal, and Evening Gazette* de Filadelfia, 10 de agosto de 1790. Para saber más sobre la

adquisición de Oliver Phelps y Nathaniel Gorham, que se hicieron con la propiedad de cerca de 2.450.000 hectáreas en la zona occidental del estado de Nueva York, véase William H. Stiles, «Pioneering in Genesee County: Entrepreneurial Strategy and the Concept of Central Place», en *New Opportunities in a New Nation: The Development of New York After the Revolution* , Manfred Jonas y Robert W. Wells (comps.), Union College Press, Schenectady, Nueva York, 1982, pp. 35-68.

[308] Véase Kendall, *Travels* , *op. cit* ., pp. 160-162; junto con Alan Taylor, «"A Kind of War": The Contest for Land on the Northeastern Frontier, 1750-1820», *William and Mary Quarterly* , vol. 46, n.º 1, enero de 1786, pp. 3-26, y en particular las páginas 6 a 9. Para el juicio al que se sometió a Daniel Hildreth en el tribunal supremo del condado de Lincoln, en Massachusetts, véase «Various Paragraphs», *Columbian Centinel. Massachusetts Federalist* , 18 de octubre de 1800.

[309] Kendall señala en su libro que «los ocupantes ilegales no actuaban específicamente en Maine», y a continuación menciona su presencia en Pensilvania. Véase Kendall, *Travels* , *op. cit* ., p. 161-162. Para las distintas proclamas de advertencia, véase la *Proclamation, by Honorable George Thomas, Esq. Lieutenant Governor and Commander in Chief of the Province of Pensilvania […]* , 5 de octubre de 1742; la *Proclamation, by Honorable James Hamilton, Lieutenant Governor and Commander in Chief of the Province of Pensilvania […]* , 18 de julio de 1749; y la *Proclamation, by the Honorable John Penn, Esq., Lieutenant Governor and Commander in Chief of the Province of Pensilvania* , 23 de septiembre de 1766. Para la insistencia en la pena de muerte, véase la *Proclamation, by the Honorable John Penn, Esq., Lieutenant Governor and Commander in Chief of the Province of Pensilvania […]* , 24 de febrero de 1768. En Gran Bretaña también hubo comportamientos equivalentes al de los ocupantes ilegales de Estados Unidos. En este caso se trataba bien de vagabundos que vivían en bosques y marismas —es decir, en los terrenos baldíos de las casas solariegas—, bien de personas afincadas en propiedades que no les pertenecían como consecuencia del terrible incendio que había asolado Londres en 1666. Véase la octavilla en la que se advierte de su inminente expulsión a los moradores: *This Court Taking into Consideration, the Utmost Time for Taking Down and Removing All Such Sheds, Shops, and Other Like Buildings, Which Have Been Erected Since the Late Dismal Fire […]* , Londres, 1673; véase también A. L. Beier, *Masterless Men* , *op. cit* ., pp. 9, 19, 73-74.

[310] Eric Hinderaker, *Elusive Empires: Constructing Colonialism in the Ohio Valley, 1763-1800* , Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 239-240, 244, 246; Holly Mayer, «From Forts to Families: Following the Army into Western Pennsylvania, 1758-1766», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 130, n.º 1, enero de 2006, pp. 5-43, y sobre todo las páginas 13, 21, 23-24, 36-38 y 40.

[311] Para más información sobre el coronel Henry Bouquet, véase la carta de Bouquet a Anne Willing, fechada en Bedford el 17 de septiembre de 1759, en *The Papers of Colonel Henry Bouquet* , edición de Sylvester E. Stevens *et al* ., 19 vols., Pennsylvania Historical Commission and Works Progress Administration, Harrisburg, 1940-1944, vol. 3, pp. 371-372, y vol. 4, pp. 115-116.

[312] Aunque se ha aplicado a varios grupos étnicos, se trata principalmente de una confusa alusión a los *khoekhoe* o *khoikhoi* , es decir, a los pastores nómadas del suroeste de África, afincados en lo que hoy es Botsuana y Namibia. (*N. del T.*)

[313] Para las diferentes acepciones inglesas de las voces «squat» y «squatting», véase el *Oxford English Dictionary* ; junto con Melissa J. Pawlikowski, «"The Ravages of a Cruel and Savage Economy": Ohio River Valley Squatters and the Formation of a Communitarian Political Economy, 1768-1782», ponencia presentada ante la Sociedad de Historiadores de la Temprana República Norteamericana, 17 de julio de 2011, propiedad de la autora. Para saber más acerca de los hotentotes, véase «The Voyage of Peter Kolben, A. M., to the Cape of Good Hope; with an Account of the

Manners and Customs of Its Inhabitants», *The Pennsylvania Herald, and General Advertiser* , 21 de julio de 1786. Para la imagen de una mujer cheroqui acuclillada en el suelo, véase «A True Relation of the Unheard of Sufferings of David Menzies, Surgeon Among the Cherokees; Deliverance in South-Carolina», *The Boston Post-Boy and Advertiser* , 6 de marzo de 1767. Para más información sobre los soldados británicos y sus diferentes modalidades de combate, véase «Annapolis, in Maryland, July 15», *Weekly News-Letter* de Boston, 19 de agosto de 1756; junto con «New-York, March 27», *The New-York Gazette: or, The Weekly Post-Boy* , 27 de marzo de 1758; y «Extract of a Letter from Ticonderoga, July 31», *Pennsylvania Gazette* , 9 de agosto de 1759. Véase también John K. Mahon, «Anglo-American Methods of Indian Warfare, 1675-1794», *Mississippi Valley Historical Review* , vol. 45, n.º 2, septiembre de 1958, pp. 254-275. Para la importancia del significado jurídico de la «posición» (o *standing*) de la persona, véase Tomlins, *Freedom Bound* , *op. cit* ., pp. 119-120.

[314] El funcionario colonial también destaca otras características, como el hecho de que «les gustara actuar con crueldad», que se dedicaran a robar caballos y que intentaran sembrar cizaña mediante la divulgación de «chismes faltones»: véase la carta del capitán Gavin Cochrane a lord Dartmouth, 22 de junio de 1767, en M. Mathews, «Of Matters Lexicographical», *American Speech* , vol. 34, n.º 2, mayo de 1959, pp. 126-130. Para más información acerca de los *mascamazorcas* del sur, véase señor Simpson y señor Barnard, «Discurso pronunciado ante el gobernador James Wright en marzo de 1767», en *The Colonial Records of the State of Georgia* , edición de Allen D. Chandler, 26 vols., Atlanta, 1904, vol. 14, pp. 475-476; junto con la carta del señor James Habersham al gobernador James Wright, en *The Letters of James Habersham 1756-1775* , en *The Collections of the Georgia Historical Society* , 15 vols., Savannah, 1904, vol. 6, p. 204; este texto también aparece citado en Delma E. Presley, «The Crackers of Georgia», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 60, n.º 2, verano de 1976, pp. 102-116, especialmente las páginas 102 y 103. Para el relato del *mascamazorcas* que le saca los ojos al indio, véase «Extracts of the Letter from a Camp Near Seneca, August 18», *Pennsylvania Ledger* , 26 de octubre de 1776 (este informe se publicaría en un gran número de publicaciones periódicas de Rhode Island, Connecticut y Massachusetts).

[315] Woodmason también les dedica otras lindezas, como «bandidos, disolutos y réprobos», además de calificarlos como «la peor escoria de la tierra». También señala que era gente a la que se intentaba «utilizar como barrera entre los plantadores ricos y los indios». Véase Richard Hooker (comp.), *The Carolina Backcountry on the Eve of the Revolution: The Journal and Other Writings of Charles Woodmason, Anglican Itinerant* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1953, pp. 25, 27, 31-32, 52-54, 60-61, 154.

[316] Para la referencia a los *cracking traders* , según la expresión que emplea el alférez Alexander Cameron, uno de los agentes británicos destacados en Carolina del Sur, al describir el aspecto que presentaban a sus ojos los blancos que se dedicaban a la caza furtiva en una carta enviada al capitán Gavin Cochrane, el 3 de febrero de 1765, véase John L. Nichols, «Alexander Cameron, British Agent Among the Cherokee, 1764-1781», *South Carolina Historical Magazine* , vol. 97, n.º 2, abril de 1996, pp. 94-114, y en especial las páginas 95 y 97. Cameron parece ser el primero en utilizar la fórmula *cracking traders* , ya que lo hace antes de que Cochrane los defina como *crackers* . Cameron había nacido en Escocia, y había viajado originalmente a Norteamérica como soldado del general James Oglethorpe, en 1738. Para la expresión *louse cracker* («piojoso»), como sinónimo de persona sucia y asquerosa, véase el *New-England Courant* , 22 de febrero a 5 de marzo de 1722. Para la definición de *louse cracker* , véase John Ebers, *The New and Complete Dictionary of England and German Language* , vol. 2, Leipzig, 1798, p. 363. Para la idea del «chistoso» (*joke cracker*), entendido como persona habituada a perder lastimosamente el tiempo, véase el artículo titulado «Cursory Thoughts», de la *Vermont Gazette* del 5 de agosto de 1805. Para los insultos de carácter repulsivo asociados con los petardos y las bombas fétidas, véase *Lloyd's Evening Post* , 15-17 de

mayo de 1765. Para la noción de *cracker* como «embustero» o persona dada a los «cuentos chinos», véase «No. CXXXIV. Kit Cracker, a Great Dealer in the Marvelous, Describes Himself and His Adventures to the Observer», en Richard Cumberland, *The Observer: Being a Collection of Moral, Literary and Familiar Essays* , Londres, 1791, pp. 86-95. [Como puede verse, las asociaciones de ideas relacionadas con la voz *cracker* son multiformes y culturales. La denominación de *mascamazorcas* alude a su más relevante acepción despectiva: la que designa específicamente a los campesinos blancos pobres de la Norteamérica profunda, que es la específicamente vinculada con el tema de la obra. (*N. del T.*)]

[317] Para la expresión *crack brained people* , es decir, para los lunáticos o pirados capaces de comportarse como animales desquiciados, véase «No. III, To the Editors of the Charleston Courier», *United States Gazette* , 13 de junio de 1804; véase también «*crack brained son* » (hijo de un majareta) en *The Providence Gazette, and Country Journal* , 3 de enero de 1768; y para una parodia de los segadores y los beodos de cabeza hueca (*crack-brained*), véase «Attention Haymaker!», *Thomas's Massachusetts Spy, or Worcester Gazette* , 20 de julio de 1796. Para el hecho de que el destacado administrador de Georgia, el conde de Egmont, empleara la expresión «cabeza hueca» (*crack-brained*), véase la obra de la que es editor Robert G. McPherson, *The Journal of the Earl of Egmont, Abstract of the Trustees Proceedings for Establishing the Colony of Georgia, 1732-1738* , University of Georgia Press, Athens, 1962, p. 59. El reverendo Woodmason también habla de un habitante de Carolina del Norte que tenía «agrietado el cerebro» (*crack'd the brain*): véase Hooker, *The Carolina Backcountry* , *op. cit* ., p. 62; para más información acerca de la expresión *crack brained* , véase también el *Oxford English Dictionary* ; junto con Thomas Tusser, *Five Hundred Points of Good Husbandry* , 1573, reimpreso en Oxford en 1848, p. 93.

[318] Para la alusión al hecho de que se «regocijaran en la crueldad» y constituyesen un hatajo de «bribones sin ley», véase la carta de Gavin Cochrane a lord Dartmouth de 27 de junio de 1766, en Mathews, «Of Matters Lexicographical», p. 127. Para la idea del «bribón» entendido en su sentido de despojo humano asociado con la chusma que seguía a los soldados y con los animales inferiores de cuerpo flaco y tiñoso, véase el *Oxford English Dictionary* ; para el «bergante» como «basura humana», véase *Edward Philips, A New World of Words: or A General Dictionary* , Londres, 1671, sin paginación.

[319] Véase Benjamin Rush, «An Account of the Progress of Population, Agriculture, Man- ners, and Government in Pennsylvania, in a Letter to a Friend in England», en *Essays, Literary, Moral, Philosophical* , Filadelfia, 1798, pp. 214, 224-225. En 1816, el gobernador del territorio de Michigan describirá en los mismos términos a los colonos franceses, ya que asegura que adoptaban los métodos de los indios y dedicaban un dilatado periodo de tiempo al comercio para después permanecer largas temporadas en la indolencia, durante las cuales descuidaban las labores de sus granjas. También ignoraban, indica, «los gestos más comunes de la vida doméstica». El gobernador advierte de que, mientras no llegue a la región una nueva oleada de emigrantes, el territorio continuará plagado de «personas indigentes y desamparadas». Véase la carta del gobernador Lewis Cass al ministro de la Guerra, 31 de mayo de 1816, en *The Territorial Papers of the United States* , vol. 10, *The Territory of Michigan, 1805-1820* , edición de Clarence Edwin Carter, Government Printing Office, Washington, D. C., 1942, pp. 642-643. Esta misma idea de proceder a una purga de habitantes pobres acompañará la emigración de colonos más acomodados a los estados del oeste norteamericano. Véase John Melish (que escribe una crónica de los hechos acaecidos en Kentucky), *Travels in the United States of America in the Years 1806 & 1807, and 1809, 1810, & 1811* , 2 vols., Filadelfia, 1812, vol. 2, p. 204.

[320] Para más información sobre los especuladores agrarios y el poder de las clases altas, véase Lee Soltow, «Progress and Mobility Among Ohio Propertyholders, 1810-1825», *Social Science*

History , vol. 7, n.º 4, otoño de 1983, pp. 405-426, y en particular las páginas 410, 412-415, 418 y 420; junto con Andrew R. L. Cayton, «Land, Power, and Reputation: The Cultural Dimension of Politics in the Ohio Country», *William and Mary Quarterly* , vol. 47, n.º 2, abril de 1990, pp. 266-286, y sobre todo la 278; y Rudolf Freud, «Military Bounty Lands and the Origins of the Public Domain», *Agricultural History* , vol. 20, n.º 1, enero de 1946, pp. 8-18, y en particular la 8. Para saber más sobre la reorganización de la estructura vertical de clases sociales clásicas y el traslado de pobladores de Virginia a Kentucky —y para el ascenso de la clase comerciante—, véase Craig T. Friend, «Merchants and Markethouses: Reflections on Moral Economy in Early Kentucky», *Journal of the Early Republic* , vol. 17, n.º 4, invierno de 1997, pp. 553-574, y especialmente las páginas 556-557 y 572. Para el hecho de que los especuladores de las élites recurrieran a sus redes de parientes para medrar e incrementar su poder como clase social, véase Marion Nelson Winship, «The Land of Connected Men: A New Migration Story from the Early Republic», *Pennsylvania History* , vol. 64, verano de 1997, pp. 88-104, y en especial las páginas 90 y 97.

[321] Para saber más acerca de los soldados veteranos, véase Peter Onuf, «Settlers, Settlements, and New States», en *The American Revolution: Its Character and Limits* , Jack Greene (comp.), New York University Press, Nueva York, 1987, pp. 171-196, y en especial de la 180 a la 182. Para la política que Jefferson aplicó a los ocupantes ilegales, véase la carta de Thomas Jefferson al ministro de la Guerra del 8 de abril de 1804, en *The Territorial Papers of the United States* , *op. cit* ., vol. 13, *The Territory of Louisiana-Missouri, 1803-1806* , edición de Clarence Edwin Carter, Government Printing Office, Washington, D. C., 1948, vol. 13, p. 19; junto con la carta de Thomas Jefferson a Albert Gallatin, 3 de noviembre de 1808, en *The Territorial Papers of the United States* , *op. cit* ., vol. 7, *The Territory of Indiana, 1800-1810* , edición de Clarence Edwin Carter, Government Printing Office, Washington, D. C., 1939, vol. 7, pp. 610-611; véase también Bethel Saler, *The Settlers' Empire: Colonialism and State Formation in America's Old Northwest* , University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2015, pp. 48-50, 54; y Van Atta, *Securing the West* , *op. cit* ., pp. 77-78.

[322] Para más información acerca de la miseria de la población pobre y vulnerable, véase Mathew Carey, *Essays on Political Economy, or, The Most Certain Means of Promoting Wealth, Power, Resources, and Happiness of Nations: Applied to the United States* , Filadelfia, 1822, pp. 177, 376. Para la educación pública y los pobres, véase Andrew R. L. Cayton, *The Frontier Republic: Ideology and Politics in the Ohio Country, 1780-1825* , Kent State University Press, Kent, Ohio, 1986, pp. 77, 144-145; así como Van Atta, *Securing the West* , *op. cit* ., pp. 110-112, 118, 210.

[323] Para saber más acerca de los individuos sin tierras y la limitada movilidad social, véase Gary Edwards, «"Anything […] That Would Pay": Yeoman Farmers and the Nascent Market Economy on the Antebellum Plantation Frontier», en *Southern Society and Its Transformation, 1790-1860* , Susanna Delfino, Michele Gillespie y Louis M. Kyriakoudes (comps.), University of Missouri Press, Columbia, 2011, pp. 102-130, y muy especialmente las páginas 108 y 110; junto con Craig Thompson Friend, «"Work & Be Rich": Economy and Culture on the Bluegrass Farm», en *The Buzzel About Kentuck* , Craig Thompson Friend (comp.), University Press of Kentucky, Lexington, 1999, pp. 124-151, sobre todo de la 128 a la 133. Para el hecho de que los administradores de fincas desaconsejaran el arrendamiento de tierras, véase Robert P. Swierenga, «The "Western Land Business": The Story of Easley & Willingham, Speculators», *Business History Review* , vol. 41, n.º 1, primavera de 1967, pp. 1-20, y especialmente la 12 y la 16; así como Rohrbough, *The Land Office Business* , *op. cit* ., pp. 170-171, 175-176 y 235-236. Para las dificultades que encontraban los arrendatarios que deseaban convertirse en grandes terratenientes (y las diferencias que los separaban de los hijos de los ricos, que heredaban grandes sumas o extensiones de terreno), véase Soltow, «Progress and Mobility», *art. cit* ., p. 423.

[324] Para el escándalo que suscitó el divorcio de la mujer de Jackson, véase Norma Basch, «Marriage, Morals, and Politics in the Election of 1828», *Journal of American History* , vol. 80, n.º 3, diciembre de 1993, pp. 890-918 [Rachel Jackson, que había estado casada con Lewis Robards, se fugó en 1791 con Andrew Jackson, convencida de que Robards le había concedido el divorcio (según una versión interesada de los hechos, como se verá más adelante). Sin embargo, al descubrirse más tarde que no era así, se convirtió técnicamente en bígama. Finalmente, Rachel y Andrew volvieron a pasar por la vicaría en 1794, una vez formalizada definitivamente la separación de Robards. (*N. del T.*)]. Véase también John Ward, *Andrew Jackson: Symbol for an Age* , Oxford University Press, Nueva York, 1953, pp. 54-55; junto con Andrew Burstein*, The Passions of Andrew Jackson* , Knopf, Nueva York, 2003, pp. 11, 170, 172.

[325] Para el apodo de «Viejo nogal» como asociación de ideas con ese árbol tenaz, véase la «Ode to the Fourth of July», *Salem Gazette* de Massachusetts, 15 de julio de 1823; y para el hecho de que el mote de Jackson se vinculara asimismo con las nociones de «dureza, inflexibilidad y solidez», véase «Old Hickory», *Haverhill Gazette and Patriot* de Massachusetts, 7 de agosto de 1824.

[326] Véase el poema de Wilson titulado «The Pilgrim», junto con el «Extract of a Letter from Lexington», en *The Port-Folio* , junio de 1810, pp. 499-519, especialmente las páginas 505 y 514-515. Para más información sobre Wilson, véase R. Cantwell, *Alexander Wilson: Naturalist and Pioneer* , J. B. Lippincott, Filadelfia, 1961. En el estudio de los ocupantes ilegales, Wilson utilizaba los mismos criterios que en el examen de los pájaros, por eso describe en los términos que acabamos de ver la morada de los ocupantes ilegales, dado que, a su juicio, el «carácter de la raza emplumada» puede determinarse «mediante el señalamiento de sus particulares escondites y el análisis del modo en que construyen los nidos», véase Edward H. Burtt, hijo, y William E. Davis, hijo, *Alexander Wilson: The Scot Who Founded American Ornithology* , Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2013, p. 11.

[327] Wilson, «Extract of a Letter from Lexington», *art. cit* ., p. 519. Para el significado simbólico de los hogares como elemento con el que respaldar las reivindicaciones territoriales, véase también Anna Stilz, «Nations, States, and Territory», *Ethics* , vol. 121, n.º 3, abril de 2011, pp. 572-601, y sobre todo las páginas 575 y 576.

[328] Carta de Cornelia J. Randolph a Virginia J. Randolph (casada con Nicholas Philip Trist), 17 de agosto de 1817, *PTJ-R* , *op. cit* ., Thomas Jefferson Foundation, Charlottesville, Viginia. Quiero agradecer a Lisa Francavilla, encargada de la *Retirement Series* de los *Papers of Jefferson* , que me haya indicado la existencia de esta carta.

[329] Véase «Measuring for a Bed», *New Bedford Mercury* de Massachusetts, 12 de febrero de 1830 (reimpreso tras su publicación en el *Baltimore Emerald*); véase también «Sporting in Illinois», *Spirit of the Times; A Chronicle of Turf, Agriculture, Field Sports, Literature, and Stage* , 14 de julio de 1838, p. 169; junto con Ludwig Inkle, «Running from the Indians», *Magnolia; or Southern Monthly* , agosto de 1841, pp. 359-362, y sobre todo la 360.

[330] Véase John M. Denham, «The Florida Cracker Before the Civil War as Seen Through Travelers' Accounts», *Florida Historical Quarterly* , vol. 72, n.º 4, abril de 1994, pp. 453-468, y muy especialmente la 460, la 467 y la 468; junto con Inkle, «Running from the Indians», *art. cit.*

[331] Para el caso de un mascamazorcas aficionado también a gritar y dar chillidos, véase «The Tobacco Roller», *Southern Sentinel* de Augusta, Georgia, 6 de noviembre de 1794. Para la idea de que los ocupantes ilegales del Misisipi fuesen «aulladores», véase «Taking the Mississippi», *Maine Farmer* , 26 de octubre de 1848. Para una serie de anécdotas relacionadas con los «*hoosier* », véase «A Forcible Argument», *New Hampshire Centinel* , 15 de junio de 1837; junto con «The Hoosier Girls», *Southern Patriot* de Charleston, Carolina del Sur, 12 de octubre de 1837; «Hoosier Poetry»,

Daily Picayune de Nueva Orleans, 26 de julio de 1838; *Barre Weekly Gazette* de Massachusetts, 2 de noviembre de 1838; y «From the National Intelligencer», *Macon Georgia Telegraph* , 7 de abril de 1840.

[332] Véase John Finley, «The Hoosier's Nest», *Indiana Quarterly Magazine of History* , vol. 1, n.º 1, 1905, pp. 56-57; véase también William D. Pierson, «The Origins of the Word "Hoosier": A New Interpretation», *Indiana Magazine of History* , vol. 91, n.º 2, junio de 1995, pp. 189-196.

[333] «Cracker Dictionary», *Salem Gazette* de Massachusetts, 21 de marzo de 1830; véase también «Southernisms», *New Hampshire Patriot & State Gazette* , 27 de julio de 1835; junto con «The Gouging Scene», *Philadelphia Album and Ladies Literary Portfolio* , 25 de septiembre de 1830. Tanto la fórmula *jimber-jawed* como el giro *gimbal-jawed* derivaban de *gimbal* , que significa «gozne» o «junta», queriendo significarse con ello que el aludido tenía una mandíbula colgante y salediza: véase el *Oxford English Dictionary* .

[334] Véase el «Cracker Dictionary». Otro autor recurre al dicho de «hoy aquí, mañana en otra parte» para definir al ocupante ilegal («*squatter* »): véase «Original Correspondence», *Boston Courier* , 25 de noviembre de 1830.

[335] M. J. Heale, «The Role of the Frontier in Jacksonian Politics: David Crockett and the Myth of the Self-made Man», *Western Historical Quarterly* , vol. 4, n.º 4, octubre de 1973, pp. 405-423, y muy especialmente las páginas 405 a 409, y la 417; James R. Boylston y Allen J. Wiener, *David Crockett in Congress: The Rise and Fall of the Poor Man's Friend* , Bright Sky Press, Houston, 2009, pp. 2-3.

[336] Se trata del condado de Greene, ubicado en lo que hoy es el límite oriental del estado de Tennessee. En la época en que nació Crockett (1786) también se lo conocía con el nombre de Frankland. (*N. del T.*)

[337] Cynthia Cumfer, «Local Origins of National Indian Policy: Cherokee and Tennessee Ideas About Sovereignty and Nationhood, 1790-1811», *Journal of the Early Republic* , vol. 23, n.º 1, primavera de 2003, pp. 21-46, y sobre todo la 25 y la 31; Heale, «The Role of the Frontier in Jacksonian Politics», *art. cit* ., pp. 416-417; y «Premium on Fecundity», *Essex Gazette* de Haverhill, Massachusetts, 3 de abril de 1830.

[338] *Davy Crockett's Almanack of 1837* , Nashville, 1837, pp. 40-43; Heale, «The Role of the Frontier in Jacksonian Politics», *art. cit* ., p. 408; James Atkins Shackford, *David Crockett: The Man and the Legend* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, Carolina del Norte, 1956, pp. 68-69, 136, 144; Alexander Saxton, *The Rise and Fall of the White Republic: Class Politics and Mass Culture in Nineteenth-Century América* , Verso, Londres, 1990, pp. 7, 8, 83; Boylston y Wiener, *David Crockett in Congress* , *op. cit.* , p. 16. Para más información sobre el hecho de que Crockett abogara en favor de los individuos pobres y en contra de los especuladores acaudalados, véase «Remarks of Mr. Crockett, of Tennessee», *United States Telegraph* , 19 de mayo de 1828; «Congressional Canvas», *Columbia Telescope* de Columbia, Carolina del Sur, 12 de junio de 1829; junto con «Col. David Crockett, of Tennessee», *Daily National Intelligencer* , 22 de junio de 1831; y el ya citado «Cracker Dictionary».

[339] Véase «There Are Some Queer Fellows in Congress», *Carolina Observer* de Fayetteville, Carolina del Norte, 20 de marzo de 1828. Para saber más sobre la popularidad de Crockett —que superaba a la del Gobierno— y la fama del indio Halcón Negro o la de una llamativa «caravana de sabandijas salvajes», véase el extracto de su biografía (supuestamente escrita por el propio Crockett) titulado «Preface of Hon. David Crockett's Biography», *United States Telegraph* , 22 de febrero de 1834. Para la comparación con el oso amaestrado, véase «The Indian Question», *Raleigh Register, and the North Carolina Gazette* , 1 de julio de 1834; para el paralelismo que Frederick Douglass

establece entre Crockett y el personaje de Arlequín, véase «Meeting in New York», *The North Star* , 8 de junio de 1849, junto con Todd Vogel, *Rewriting White: Race, Class and Cultural Capital in Nineteenth-Century América* , Rutgers University Press, Nuevo Brunswick, Nueva Jersey, 2004, p. 25.

[340] *Davy Crockett's Almanack of 1837* , *op. cit* ., pp. 8, 17.

[341] Para el discurso que pronuncia Crockett en defensa de los ocupantes ilegales más desamparados, véase Guy S. Miles, «Davy Crockett Evolves, 1821-1824», *American Quarterly* , vol. 8, n.º 1, primavera de 1956, pp. 53-60, y especialmente la 54 y la 55; véase también Melvin Rosser Mason, «"The Lion of the West": Satire on Davy Crockett and Frances Trollope», *South Central Bulletin* , vol. 29, n.º 4, invierno de 1969, pp. 143-145; junto con Walter Blair, «Americanized Comic Braggarts», *Critical Inquiry* , vol. 4, n.º 2, invierno de 1977, pp. 331-349.

[342] Para el distanciamiento entre Crockett y sus colegas de Tennessee, véase «Col. David Crockett, of Tennessee», *art. cit* . Para su oposición al proyecto de ley de traslado forzoso de los indios, véase «The Indian Question». Para el hecho de que se negara a ser el perrito faldero de Jackson, véase «Politics of the Day», *Daily National Intelligencer* , 30 de marzo de 1831; y «Col. Crockett. From the Boston Journal», *Indiana Journal* , 31 de mayo de 1834; véase también Megan Taylor Shockley, «King of the Wild Frontier vs. King Andrew I: Davy Crockett and the Election of 1831», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 56, n.º 3, otoño de 1997, pp. 158-169, especialmente las páginas 161 y 162, junto con la 166.

[343] Para el abandono de sus amigos y aliados, véase Burstein, *The Passions of Andrew Jackson* , *op. cit* ., 209-211.

[344] Para saber más acerca de los «duros hijos del oeste», véase «Old Hickory», *Gazette and Patriot* de Haverhill, Massachusetts, 7 de agosto de 1824. Para más información sobre el apodo de «Viejo Nogal», surgido de la asociación entre la persona y la consistente y fibrosa madera del árbol de los bosques de la frontera de Tennessee, véase Harry L. Watson, *Liberty and Power: The Politics of Jacksonian America* , Hill & Wang, Nueva York, 1990, edición revisada de 2006, p. 77.

[345] Véase «Emigration to the Westward», *Independent Chronicle* de Boston, 11 de septiembre de 1815; véase también la octavilla titulada «Unparalleled Victory», Boston, 1815. Para saber más sobre los comentarios con los que Jackson celebra el gran número de bajas que había infligido a los ingleses, véase «Address, Directed by Maj. General Jackson to Be Read at the Head of Each Corps Composing the Line Below New Orleans, January 24, 1815», *Albany Argus* , 28 de febrero de 1815 (este discurso se publicó en muchos periódicos de todo el país). Para el poema en el que se ensalza la cruenta victoria que Jackson acababa de conseguir en Nueva Orleans, véase «The River Mississippi», *American Advocate and Kennebec Advertiser* , 25 de marzo de 1815; junto con Burstein, *The Passions of Andrew Jackson* , *op. cit* ., p. 125.

[346] Burstein, *The Passions of Andrew Jackson* , *op. cit* ., pp. 5, 121, 138. Para más información sobre los comentarios que Daniel Webster hace en 1824 al hilo de las observaciones de Jefferson sobre Jackson, véase Kevin J. Hayes (comp.), *Jefferson in His Own Time: A Biographical Chronicle of His Life, Drawn from Recollections, Interviews, and Memoirs by Family, Friends, and Associates* , University of Iowa Press, Iowa City, 2012, p. 99.

[347] Para un extracto del panfleto en el que Jesse Benton ataca a Jackson con el señalado comentario de que era un individuo «De conducta tempestuosa en la conversación ordinaria, etcétera…», véase «From the Georgia Constitutionalist», *City Gazette and Commercial Daily Advertiser* de Charleston, Carolina del Sur, 22 de octubre de 1824. Para el texto titulado «A Backwoodsman and a Squatter», véase «Foreign Notices of American Literature», *Literary Gazette* , 3 de marzo de 1821.

[348] Para el «rudo instinto de libertad masculina», véase la reseña de Achille Murat que se incluye en el *Essay on the Morality and Politics of the United States of North América* , de 1832, *North American Quarterly Magazine* , marzo de 1838, pp. 103-119, y sobre todo la 107. El autor, Achille Murat, era íntimo amigo de John Coffee, un aliado de Jackson, y había vivido varios años en Florida.

[349] David S. Heidler y Jeanne T. Heidler, *Old Hickory's War: Andrew Jackson and the Quest for Empire* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2003, pp. 87-108.

[350] La prensa británica acusó a Jackson de exterminar a los indios e introducir los fundamentos del salvajismo en el temperamento del pueblo norteamericano. Los periodistas ingleses también consideraron que la ejecución de dos de sus compatriotas había sido una «atrocidad» más. Véase «From the Liverpool Courier of Aug. 18», *Commercial Advertiser* , 3 de octubre de 1818; véase también Isaac Holmes, *An Account of the United States of America, Derived from Actual Observation, During a Residence of Four Years in That Republic* , Londres, 1824, p. 83; junto con «American Justice!! The Ferocious Yankee Gen.! Jack's Reward for Butchering Two British Subjects!», Colección del Museo del estado de Tennessee, Nashville; Heidler y Heidler, *Old Hickory's War* , *op. cit* ., pp. 154-157; y David S. Heidler, «The Politics of National Aggression: Congress and the First Seminole War», *Journal of the Early Republic* , vol. 13, n.º 4, invierno de 1993, pp. 501-530, y especialmente las páginas 504-505.

[351] «White Savages», *Thomas's Massachusetts Spy, and Worcester Gazette* , 9 de septiembre de 1818. Para la desconfianza que inspiraban a los semínolas los mascamazorcas violentos, véase «From Darien Gazette», *Vermont Journal* de Windsor, 28 de junio de 1819. Para el argumento de que los semínolas se limitaban a atacar exclusivamente las «casas de los mascamazorcas», véase «Seminole — First Campaign. Extracts from the Journal of a Private», *New Hampshire Gazette* , 9 de mayo de 1827.

[352] Para el exabrupto que Jackson soltó en presencia de Adams, «D—m Grotius! D—m Puffendorf! D—m Vatell! This Is Mere Matter Between Jim Monroe and Myself!», véase Ward, *Andrew Jackson: Symbol for an Age* , *op. cit* ., p. 63. Para saber más sobre la circunstancia de que Jackson lanzara la amenaza de rebanar las orejas de un puñado de senadores, véase «Mr. Lacock's Reply», *Nile's Weekly Register* , 3 de abril de 1819.

[353] Véase F. P. Prucha, «Andrew Jackson's Indian Policy: A Reassessment», *Journal of American History* , vol. 56, n.º 3, diciembre de 1969, pp. 527-539, y especialmente la 529; junto con Waldo S. Putnam, *Memoirs of Andrew Jackson; Major General in the Army of the United States and Commander in Chief of the Division of the South* , Hartford, Connecticut, 1818, p. 310. John Eaton, que era uno de sus más devotos aliados, además del autor de su biografía, admitió que Jackson era una persona de temperamento irritable e irreflexivo, y que eso le había valido enzarzarse en numerosas disputas. Tras las guerras semínolas, todo el mundo daría por sentado este extremo: véase «The Life of Andrew Jackson», *Western Review and Miscellaneous Magazine* , septiembre de 1819, pp. 87-91, y sobre todo la página 87. Para saber más sobre el hecho de que fuera «un hombre de temperamento exaltado e impetuoso», desentendido de los «constructos jurídicos», véase «General Andrew Jackson», *National Register* , 5 de agosto de 1820; y para su falta de urbanidad y desprecio de los cumplidos, véase también «The Presidency», *Eastern Argus* , 7 de octubre de 1823. Para la insultante observación que divulga Clay al calificarle de simple «caudillo militar», véase la carta que publica el propio Clay en el *Daily National Intelligencer* del 12 de febrero de 1825. Los defensores de Jackson sostendrán que el general tenía el deber de proteger las vidas de todos los colonos de las fronteras, y que los principios de su política hallaban fundamento en la necesidad de procurar amparo a los futuros emigrantes, ya que, a su juicio, la violencia era la única forma de bregar con el enemigo

salvaje. Véase «Defense of Andrew Jackson: Strictures on Mr. Lacock's Report on the Seminole War», *Niles Weekly Register* , 13 de marzo de 1819.

[354] Para saber más sobre el traslado forzoso de los indios, véase Michael Morris, «Georgia and the Conversation over Indian Removal», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 91, n.º 4, invierno de 2007, pp. 403-423, y especialmente la 405 y la 419. Jackson negaba que los indios tuviesen derecho alguno a la propiedad y rechazó siempre las reclamaciones de los indígenas, que afirmaban tener legítimas aspiraciones al dominio de «unas regiones del país en las que nunca han residido o en las que jamás han introducido mejoras»: véase Prucha, «Andrew Jackson's Indian Policy: A Reassessment», *art. cit* ., p. 532. Para más información acerca de los ocupantes ilegales de Alabama, véase Van Atta, *Securing the West* , *op. cit* ., pp. 186-187; junto con Rohrbough, *The Land Office Business* , *op. cit* ., 163.

[355] Es decir, durante la primera candidatura de Jackson a la presidencia. (*N. del t.*)

[356] Respecto al duelo con Dickinson, véase Burstein, *The Passions of Andrew Jackson* , *op. cit* ., pp. 56-57; «Col. Benton and Col. Jackson», *Daily National Journal* , 30 de junio de 1828. Para saber más acerca de la crónica de 1824 sobre el duelo entre Jackson y Dickinson, véase «Traits in the Character of General Jackson», *Missouri Republican* , 13 de septiembre 1824.

[357] Véase *Some Account of Some of the Bloody Deeds of Gen. Andrew Jackson* , octavilla, Franklin, Tennessee, 1818; véase también «Reminiscences; or an Extract from a Catalogue of General Jackson's "Juvenile Indiscretions", from the Age of 23 to 60», *Newburyport Herald* , 1 de julio de 1828.

[358] «*Allways* » en el original, en vez de «*Always* ». La palabra «siemmpre» responde a la explícita intención de la autora, que es quien resalta la falta ortográfica. (*N. del t.*)

[359] Véase la carta de Andrew Jackson a John Coffee, ١٨ de junio de ١٨٢٤, en *Correspondence of Andrew Jackson* , edición de John Spencer Bassett, 6 vols., Washington, D. C., 1926-1934, vol. 3, pp. 225-226; junto con Matthew Warshauer, «Andrew Jackson as "Military Chieftain" in the 1824 and 1828 Presidential Elections: The Ramifications of Martial Law on American Republicanism», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 57, no. 1, primavera-verano de 1998, pp. 4-23.

[360] Véanse los artículos titulados «The Presidency» y «General Jackson» en el *Louisville Public Advertiser* , 14 de enero de 1824 y 22 de octubre de 1822, respectivamente.

[361] Véase «Sketch of a Debate: Seminole War», *City of Washington Gazette* , 5 de febrero de 1819.

[362] Véase «The Beau and the Cracker», *Columbian Museum and Savannah Advertiser* , 7 de octubre de 1796; junto con *To a Woodman's Hut* , Nueva York, 1812. La trama de la obra podría ser más antigua, ya que tiene algunos puntos en común que la asemejan a otro texto titulado «A Dialogue Between a Noble Lord, and a Poor Woodman», de 1770; el relato de Joseph Doddridge apareció incluido en otra pieza suya: *Logan. The Last of the Race of Schikellemus, Chief of the Cayuga Nation* , de 1823, según se menciona en Cecil D. Eby, «Dandy Versus Squatter: An Earlier Round», *Southern Literary Review* , vol. 20, n.º 2, otoño de 1987, pp. 33-36, y especialmente la página 34.

[363] Durante la campaña de 1824 había circulado una anécdota que había terminado haciéndose muy popular. En ella se comentaba el chusco encuentro entre el general y un «coqueto y barbilindo *macaroni* » (es decir, un dandi) de Filadelfia. Véase la «Anecdote of General Jackson», *Raleigh Register, and North Carolina State Gazette* , 13 de febrero de 1824.

[364] Para esa respuesta al «Folleto de los ataúdes» basada en una humorada similar a las que podrían haber salido del caletre de un David Crockett, véase John Tailaferro, *Account of Some of the Bloody Deeds of GENERAL JACKSON, Being a Supplement to the «Coffin Handbill»* , panfleto,

Northern Neck, Virginia, 1828. Para saber más acerca de la imagen de Jackson como «modesto lugareño», véase «General Jackson», *Maryland Gazette and the State Register* , 22 de enero de 1824. Parta el hecho de que Jackson procediera de una familia «común y corriente», véase «Jackson's Literature», *United States' Telegraph* , 8 de marzo de 1828. Para otros artículos centrados en su vulgaridad y su escasa educación, véase «The Presidency», *Eastern Argus* de Portland, Maine, 7 de octubre de 1823; junto con «Something Extraordinary», *Raleigh Register, and North Carolina State Gazette* , 6 de agosto de 1824; y «General Jackson», *National Advocate* , 10 de marzo de 1824.

[365] Para el testimonio de un mascamazorcas defensor de Jackson, véase *New Orleans Argus* , 21 de agosto de 1828 (este artículo apareció originalmente en la *Darien Gazette* de Georgia y fue reimpreso en otras muchas publicaciones periódicas de Nuevo Hampshire, Connecticut y Nueva York); véase también «The Backwoods Alive with Old Hickory», *Louisville Public Advertiser* , 27 de febrero de 1828.

[366] Véase «Jackson Toasts», *Newburyport Herald* , 22 de junio de 1828; y «Humorous Sketch», *Norwich Courier* , 1 de abril de 1829; así como «Barney Blinn» (artículo publicado en el *Augusta Georgia Chronicle*), *New London Gazette* , 19 de diciembre de 1827. Para la letra de una canción titulada «Ode to General Jackson», en la que el militar esgrimía el sable para hendir en dos a los británicos («arrancándoles a todos las piernas», según reza el estribillo) y se hacía acreedor a la eterna admiración de sus partidarios, pese a terminar «recibiendo un tiro en la cabeza», véase Charles Mathews, *The London Mathews; Containing an Account of the Celebrated Comedian's Journey to América…* , Filadelfia, 1824, pp. 33-34. Para una sátira en la que un típico defensor de Jackson se muestra totalmente indiferente al hecho de que Jackson fuera un «torpe y mal educado ignaro», véase «The Subjoined Communication», *New-England Galaxy and United States Literary Advertiser* , 7 de noviembre de 1828.

[367] «Mr. Jefferson's Opinion of Gen. Jackson — Settled», *Indiana Journal* , 3 de enero de 1828.

[368] Para saber más acerca de la defensa de Rachel Jackson basada en la noción de que vivía felizmente casada con Andrew, véase la *New Hampshire Patriot & State Gazette* , 23 de abril de 1827. El argumento de la bigamia accidental tuvo una amplia divulgación periodística: véase, por ejemplo, el *Eastern Argus* de Portland, Maine, del 8 de mayo de 1827. Para más información sobre el falaz relato de la bigamia involuntaria, véase Burstein, *The Passions of Andrew Jackson* , *op. cit* ., pp. 28-33, 227-228 y 241-248; junto con Ann Toplovich, «Marriage, Mayhem, and Presidential Politics: The Robards-Jackson Backcountry Scandal», *Ohio Valley History* , n.º 5, invierno de 2005, pp. 3-22.

[369] Para el argumento de que Jackson le había robado la esposa a otro hombre, véase «From Harrisburgh, Pa.», *New Orleans Argus* , 17 de mayo de 1828; y Charles Hammond, «The Character of Andrew Jackson», en *Truth's Advocate and Monthly Anti-Jackson Advocate* , Cincinnati, 1828, p. 216.

[370] Véase Basch, «Marriage, Morals, and Politics in the Election of 1828», *art. cit* ., p. 903; junto con Charles Hammond, «View of General Jackson's Domestic Relations», *Truth's Advocate and Monthly Anti-Jackson Advocate* , *op. cit* ., p. 5; «Dana vs. Mrs. Jackson», *Richmond Enquirer* , 4 de mayo de 1827; y «Dana vs. Mrs. Jackson», *New Hampshire Patriot & State Gazette* , 21 de mayo de 1827. Para más información acerca de Dana, véase James D. Daniels, «Amos Kendall: Kentucky Journalist, 1815-1829», *Filson Historical Quarterly* , 1978, pp. 46-65, y especialmente las páginas 55 y 56. Y para el inmoral comportamiento de Rachel en una rústica cabaña, véase «Mrs. Jackson», *Richmond Enquirer* , 4 de mayo de 1827. El propio Jackson sería tachado de mulato tras difundirse el rumor de que su madre había sido una de las mujeres británicas que rondaban los campamentos de los soldados y que se había amancebado con un negro. El chisme giraba en torno al dudoso linaje de

Jackson y se preguntaba de qué «*casta o raza* » provenía Jackson. Véase «Rank Villainy and Obscenity», *Mercury de Charleston* , Carolina del Sur, 22 de agosto de 1828.

[371] «La zarigüeya en el eucalipto». (*N. del T.*)

[372] Para saber más acerca de la referencia a la lavandera y el sarcástico comentario sobre su «saludable cutis tostado», véase Lynn Hudson Parsons, *The Birth of Modern Politics: Andrew Jackson, John Quincy Adams and the Election of 1828* , Oxford University Press, Nueva York, 2009, *op. cit* ., 189; para su forma de pronunciar las palabras, véase «British Scandal», *Salem Gazette* , 15 de abril de 1828; para su canción favorita «Possum Up a Gum Tree», véase «Mrs. Jackson», *New Bedford Mercury* de Massachusetts, 5 de diciembre de 1828; y para la circunstancia de que los ataques personales hubieran podido acelerar su muerte, véase «Mrs. Jackson», *Eastern Argus Semi-Weekly* de Portland, Maine, 24 de febrero de 1829.

[373] Véase «The Game of Brag», *Richmond Enquirer* , 29 de febrero de 1840. Para el «político parlanchín en el país», véase George Watterston, *Wanderer in Washington* , Washington, D. C., 1827, p. 3. Para la calificación de Jackson como «Caballero de Nueva Orleans», véase «Toasts at a Celebration in Florida», *Orange County Patriot, or the Spirit of Seventy-Six* , 14 de marzo de 1815. Para la idea de que Jackson fuera el salvador de la patria, véase John Eaton, *Letters of Wyoming to the People of the United States, on the Presidential Election, and in Favor of Andrew Jackson* , Filadelfia, 1824, p. 12. Y para la glosa que elogia a Jackson llamándole «¡Héroe sin igual! ¡Hombre incomparable! […] Pues ni los anales de la caballería andante ni las páginas de la historia consignan la existencia de una figura de más enaltecida valía!», véase William P. Van Ness, *A Concise Narrative of General Jackson's First Invasion of Florida, and of His Immortal Defense of New-Orleans; with Remarks. By Aristides* , Albany, Nueva York, 1827, pp. 29-30. Véase también «Mr. J. W. Overton's Address», *Carthage Gazette* , 9 de junio de 1815. En 1824, los seguidores de Adams afirmarán «no formar parte del petulante sector jactancioso de la población», pero en 1832 también ellos presumirán con autosuficiencia de las virtudes de su candidato: para la afirmación de 1824 de los incondicionales de Adams, véase «Presidential», *Middlesex Gazette* , 23 de junio de 1824; para la fatuidad de Henry Clay y la camarilla de su partido, véase «Henry Clay», *Richmond Enquirer* , 21 de agosto de 1832; para la expresión «periodicucho electoralista», véase «To the Editor of the Globe», *Richmond Enquirer* , 31 de agosto de 1832; para la fórmula «juego de las fanfarronadas», utilizada por los periódicos para respaldar el empuje de Clay en las elecciones, véase «Put Up Your Cash!», *Rhode Island Republican* , 2 de octubre de 1832; para el papel de las bravuconadas en las elecciones, véase «From the National Intelligencer», *The Connecticut Courant* , 25 de mayo de 1835; para un poema en el que se expone satíricamente el fracaso de las fanfarronadas del Partido Liberal, véase «The Whigs Lament, After the Election in '35», *New Hampshire Patriot & State Gazette* , 1 de junio de 1835; para saber más sobre los liberales y el «juego de las fanfarronadas», véase «General Harrison», *Richmond Enquirer* , 29 de julio de 1836; junto con «Pennsylvania», *Richmond Enquirer* , 27 de septiembre de 1836. Tras visitar Estados Unidos, la novelista inglesa Francis Trollope señala: «Todos los norteamericanos son fanfarrones. Siempre están alardeando de algo». Véase «Leaves from Mrs. Trollope's Journal», *Connecticut Mirror* , 1 de septiembre de 1832.

[374] «Trapo rojo»: en el sentido de «provocación», tal y como una tela de ese color puede «provocar» a un toro. (*N. del T.*)

[375] Véase «A Challenge. The Walnut Cracker, vs. the Knight of the Red Rag», *Pendleton Messenger* , 2 de agosto de 1820. El relato se publicó originalmente en un periódico de Tennessee, y más tarde aparecería reimpreso en este número del *Pendleton Messenger* de Carolina del Sur. El texto habla de un duelo surgido como consecuencia de la violación de la frontera entre los dos estados implicados (tal y como había hecho Jackson en la Florida). Para declarar su intención de batirse,

Partenueces «no había enviado el clásico guante» a su contrincante, sino las cabezas de varios hombres a los que había mordido.

[376] John R. Van Atta, «"A Lawless Rabble": Henry Clay and the Cultural Politics of Squatters' Rights, 1832-1841», *Journal of the Early Republic* , vol. 28, n.º 3, otoño de 2008, pp. 337-378. Para más información sobre las observaciones de Clay, tomadas de su discurso de 1838 ante el Senado, véase también «The Squatter in the White House», *Mississippian* , 6 de septiembre de 1844; Rohrbough, *The Land Office Business* , *op. cit* ., pp. 162-163, 169-175, 235-236. Para una imagen favorable de los ocupantes ilegales y algunas cuestiones relacionadas con el debate sobre el derecho de compra preferente, originalmente publicado en el *New York Post* , véase «The Squatters», *Mississippian* , 24 de marzo de 1837, y «The Squatters», *Wisconsin Territorial Gazette and Burlington Advertiser* , 10 de julio de 1837.

[377] Véase Michael E. Welsh, «Legislating a Homestead Bill: Thomas Hart Benton and the Second Seminole War», *Florida Historical Quarterly* , vol. 27, n.º 1, octubre de 1978, pp. 157-172, y sobre todo la 158 y la 159; véase también Van Atta, *Securing the West* , *op. cit* ., pp. 181, 226-228.

[378] Véase «Public Exhibition. Mammoth Hog, Corn Cracker. "Kentucky Against the World"», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 3 de junio de 1840; junto con Gustav Kobbe, «Presidential Campaign Songs», *The Cosmopolitan* , octubre de 1888, pp. 529-535, y especialmente la 531; y Robert Gray Gunderson, *The Log-Cabin Campaign* , University of Kentucky Press, Lexington, 1957, pp. 1, 8, 75-77, 102-103, 110-115. En una falsa biografía de campaña de Martin Van Buren, supuestamente escrita por David Crockett, circularía una despiadada burla del candidato al que apadrinaba Jackson, pintándole con los rasgos de una extraña raza hermafrodita: véase David Crockett [Augustin Smith Clayton], *The Life of Martin Van Buren* , Filadelfia, 1835, pp. 27-28, 79-81; así como J. D. Wade, «The Authorship of David Crockett's "Autobiography"», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 6, n.º 3, septiembre de 1922, pp. 265-268.

[379] Valga decir «Características de la vida del ocupante ilegal». Aunque no consta la existencia de una traducción castellana, se indica para la mejor comprensión del argumento. (*N. del T.*)

[380] John S. Robb, «The Standing Candidate; His Excuse for Being a Bachelor», en *Streaks of Squatter Life, or Far West Scenes* , Filadelfia, 1847, 91-100. El relato de Robb también aparecería en los periódicos: véase, por ejemplo, «The Standing Candidate», *Cleveland Herald* , 19 de marzo de 1847, y «Old Sugar!» The Standing Candidate», *Arkansas State Democrat* , 4 de junio de 1847. Para otra historia protagonizada por un ocupante ilegal convertido en arquetipo de la generosidad capaz de abrir las puertas de su hogar al viajero (como ya ocurría en las antiguas caracterizaciones del habitante de los bosques) y en un individuo mucho menos propenso a la violencia de lo que pudiera pensar el lector incauto, véase «Sketches of Missouri», *New-England Weekly Review* de Hartford, Connecticut, 22 de enero de 1842.

[381] Véase Daniel Dupre, «Barbecues and Pledges: Electioneering and the Rise of Democratic Politics in Antebellum Alabama», *Journal of Southern History* , vol. 60, n.º 3, agosto de 1994, pp. 479-512, y especialmente las páginas 484, 490, 496-497. Para el temor de que los ocupantes ilegales pudieran realizar violentas amenazas contra los rivales que pujaran por una tierra que ellos desearan adquirir, véase «Land Sales», *New Hampshire Sentinel* , 13 de agosto de 1835.

[382] Alexander Keyssar, *The Right to Vote: The Contested History of Democracy in the United States* , Nueva York, Basic Books, 2000, pp. 26, 50-52; Marc W. Kruman, «The Second Party System and the Transformation of Revolutionary Republicanism», *Journal of the Early Republic* , vol. 12, n.º 4, invierno de 1992, pp. 509-537, y sobre todo la 517; Robert J. Steinfeld, «Property and Suffrage in the Early Republic», *Stanford Law Review* , n.º 41, enero de 1989, pp. 335-376, y en especial la 335, 363 y 375; Thomas E. Jeffrey, «Beyond "Free Suffrage": North Carolina Parties and the Convention

Movement of the 1850s», *North Carolina Historical Review* , vol. 62, n.º 4, octubre de 1985, pp. 387-419, y especialmente la 415 y la 416; Fletcher M. Green, «Democracy in the Old South», *Journal of Southern History* , vol. 12, n.º 1, febrero de 1946, pp. 3-23.

[383] Para las restricciones que Jackson incluyó o aprobó en el borrador legislativo, véase «An Impartial and True History of the Life and Service of Major General Andrew Jackson», *New Orleans Argus* , 8 de febrero de 1828. Para la situación de la Florida, véase Herbert J. Doherty, hijo, «Andrew Jackson on Manhood Suffrage: 1822», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 15, n.º 1, marzo 1956, pp. 57-60, y especialmente la página 60. Harold Syrett es quien más concisamente ha expresado la idea que estoy tratando de resaltar aquí: «Jackson no apoyó jamás ninguna política concebida para ayudar a la mayoría o pensada para reducir el control que las minorías bien situadas ejercían sobre el Gobierno», véase Harold C. Syrett, *Andrew Jackson, His Contribution to the American Tradition* , New York, 1953, p. 22. El sufragio universal de Liberia duró solo nueve años, ya que en 1848 el derecho al voto quedó sujeto a nuevas restricciones. Estados Unidos tampoco fue el primer país en reconocer el sufragio femenino. Ese honor le corresponde a Nueva Zelanda, que lo hizo en 1893. La imposición de restricciones al derecho al voto de los negros, las mujeres y los pobres se ha venido manteniendo en Estados Unidos hasta la reciente Ley de Derecho al Voto de 1965, e incluso hoy en día ese país niega el sufragio a los pobres. Véase Adam Przeworski, «Conquered or Granted? A History of Suffrage Extensions», *British Journal of Political Science* , vol. 39, n.º 2, abril de 2009, pp. 291-321, y especialmente las páginas 291, 295-296 y 314.

[384] Para un retrato en el que se contrastan los diferentes rasgos definitorios de un puñado de «rústicos mascamazorcas» que acuden a escuchar uno de los discursos de George McDuffie, véase el *Augusta Chronicle and Georgia Advertiser* del 18 de agosto de 1827. Henry Clay fue muy criticado por haber dicho que los colonos eran «ocupantes ilegales», dado que ese término «denotaba la infamia, ya fuera de la biografía o de la posición» de los individuos, como hemos visto: véase «Distinctive Features of Democracy — Outlines of Federal Whiggism — Conservative Peculiarities», *Arkansas State Gazette* , 19 de octubre de 1842.

[385] Para una crónica del momento en que el presidente John Quincy Adams saluda a un «hombre de las regiones apartadas», véase «Letter to the Editor of the *New-York Spectator* », *Connecticut Courant* , 27 de enero de 1826; junto con James Fenimore Cooper, *Notions of the Americans; Picked up by a Traveling Bachelor* , 2 vols., Londres, 1828, vol. 1, p. 87.

[386] Sarah Brown, «"The Arkansas Traveller": Southwest Humor on Canvas», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 40, n.º 4, invierno de 1987, pp. 348-375, y sobre todo las páginas 349 y 350. Para un punto de vista similar en el que los políticos se dedican a engatusar y entretener a los masca mazorcas pobres de Georgia a base de barbacoas, para dejarles, no obstante, en la estacada, condenados a una existencia miserable y a continuar sumidos en la ignorancia, véase «A Georgia Cracker», *Emancipator* , 26 de marzo de 1840.

PARTE II

La degeneración de la raza norteamericana

06

La ascendencia y la escoria blanca pobre

Bastardos, mestizos y destripaterrones

«Son iguales en todas partes, poseen unas características prácticamente idénticas, usan una misma lengua vernácula, se valen de las mismas groserías y siguen los mismos hábitos [...], por todas partes se les ve: son la escoria blanca pobre».

DANIEL HUNDLEY

«Poor White Trash», en *Social Relations in Our Southern States* , 1860

La crítica discrepancia de las facciones norteamericanas que terminaría dando lugar a la guerra de Secesión estadounidense reorganizó de manera espectacular el lenguaje democrático de la identidad de clase. El humilde ocupante ilegal continuó concentrando el grueso de la atención social, pero con la diferencia de que ahora su hábitat había variado: se había convertido de pronto, de manera muy singular, en una criatura específicamente circunscrita a los estados esclavistas. La terminología concebida para designar a los blancos pobres del sur también había sufrido modificaciones. Las designaciones de «ocupante ilegal» y «mascamazorcas» dejaron de constituir la etiqueta idónea o predilecta. Los mugrientos sureños pobres que vivían en los márgenes de la comunidad de plantadores adquirieron connotaciones aun más repugnantes y pasaron a ser «habitantes de los médanos» (*sandhillers*) y lastimosos y autodestructivos «comearcillas». Fue en este periodo cuando se les endilgó el insulto más persistente de cuantos se vieron forzados a encajar a lo largo de su historia: el de «escoria blanca pobre». El miserable del sur no era un simple tipo ocioso condenado al vagabundeo por su haraganería, ahora se le concebía con los mismos ojos con los que se juzgaba a los extraños ejemplares que se exhibían en el gabinete de curiosidades de un morboso coleccionista. Eran una prole enferma, el producto degenerado de una «raza de triste reputación». La

nueva nomenclatura colocó a la población humilde en un anaquel ideológico perfectamente apto para su transformación en objeto de burla en la edad moderna.

Pese a que la expresión «escoria blanca» apareció ya impresa en 1821, no fue hasta la década de 1850 cuando adquirió difusión y popularidad. El vuelco semántico se hizo patente en 1845, en las informaciones de un periódico que cubría los actos de la procesión fúnebre organizada en la ciudad de Washington con motivo del funeral de Andrew Jackson. Al ir agolpándose los pobres a lo largo de la calle, todo el mundo pudo ver, dice el cronista, que la masa humana que se alineaba para escuchar los póstumos vítores al Viejo Nogal no estaba formada ni por mascamazorcas ni por ocupantes ilegales. Antes al contrario, era una marea de «escoria blanca pobre» la que apartaba a empujones a los menesterosos de color para conseguir entrever al caído presidente. [387]

¿Qué era lo que confería un carácter tan peculiar a esa ridícula ralea? Sus inherentes defectos físicos. En las descripciones de mediados del siglo XIX , los habitantes de los médanos y los comearcillas, demacrados y envueltos en harapos, eran sujetos dignos de atención clínica, rodeados de hijos deformes y prematuramente envejecidos a los que el hambre distendía la panza. Quienes les observaban con ánimo diagnóstico trataban de leer más allá de sus rostros mugrientos y resaltaban la espectral tonalidad blancoamarillenta de la piel de los blancos pobres (color al que daban el nombre de «sebáceo»). Con sus cabellos de un blanco algodonoso y su piel de cera, estos extraños seres, en los que a duras penas se reconocía la condición de miembros del género humano, acabaron metidos en el mismo saco que los albinos. Claros productos de la endogamia, estos desdichados terminaban de echarse a perder por su doble adicción al alcohol y la miseria. En la crónica que elabora en 1853 sobre sus viajes por el sur, la escritora sueca Fredrika Bremer señalará que, al ingerir pedazos de «tierra untuosa», los comearcillas cavaban literalmente su tumba con la boca. [388]

La escoria blanca del sur quedó así clasificada como «raza» y se resaltó la circunstancia de que sus ejemplares podían transmitir horrendos rasgos a su descendencia, lo que eliminaba toda posibilidad de progreso o movilidad social. Y por si con estas características propias de *La noche de los muertos vivientes* no bastara, quienes criticaban a los blancos pobres aún habrían de lanzar sobre ellos la acusación de haber caído por debajo de los esclavos africanos en la escala de la humanidad. Con ellos se asistía a un declive

evolutivo, pues constituían el anuncio de un funesto futuro para el Viejo Sur estadounidense. ¿Cómo iba prosperar una democracia sólida si los blancos libres engendraban vástagos endebles? Si la piel blanca no suponía un signo de automática superioridad —la garantía de la proliferación de una población homogéneamente formada por hombres libres independientes y educables, como imaginaba Jefferson—, entonces los ideales de vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad del estilo norteamericano se revelaban inalcanzables.

En el sur de los años inmediatamente anteriores a la guerra de Secesión, las expresiones discursivas que había empleado Jefferson al hablar de ascenso social habían ido perdiendo fuelle. El entusiasmo jacksoniano que ensalzaba al intrépido hombre de los bosques también había empezado a difuminarse. En la década de 1850, en medio de fieros debates sobre la esclavitud y su expansión hacia el salvaje oeste, el papel de los blancos pobres adquirió tintes simbólicos en las discusiones partidistas. Los habitantes del norte, sobre todo los que se unieron a las filas del Partido del Suelo Libre, fundado en 1848, y a las de su sucesor, el Partido Republicano, surgido en 1854, declaraban que los blancos pobres eran una clara y fehaciente prueba de que la esclavitud tenía efectos debilitantes en los trabajadores libres. La economía esclavista monopolizaba el suelo y reducía las posibilidades de que los hombres blancos que no disponían de mano de obra esclava procuraran sustento a sus familias y escalaran posiciones en el sistema de libre mercado. La esclavitud laminaba la ambición de los individuos, fomentaba la decadencia y la muerte y drenaba la vitalidad de la tierra, dejándola en una situación tan precaria como a sus habitantes. Los desventurados blancos pobres eran víctima de la tiranía de clases, el turbio legado de una democracia fallida. Como señala George Weston en su célebre panfleto titulado *The Poor Whites of the South* , de 1856, aquella pálida ralea «se hundía con cada nueva generación en un pozo de barbarie cada vez más profundo e insalvable». [389]

Los sureños favorables a la esclavitud adoptaron una postura ideológica distinta y, obviamente, defendían los diferentes estatutos de clase como algo natural. Los intelectuales conservadores del sur comenzaron, por tanto, a sentirse cada vez más cómodos con la noción de que la biología imponía un destino clasista a la especie. En sus *Social Relations in Our Southern States* , de 1860, Daniel Hundley, un autor de Alabama, negaba que la responsabilidad del fenómeno de la pobreza pudiera imputarse a la

esclavitud e insistía en que los blancos pobres padecían las consecuencias de un linaje corrupto y de una ascendencia maldita. Estaba convencido de que la clase de cada cual formaba parte de los atributos congénitos y se valía de la astuta y doble analogía de los «antepasados raquíticos» y los «padres tísicos» para explicar la apurada situación de los empobrecidos blancos de las regiones rurales. A juicio de Hundley, y de otros muchos, por cierto, lo que determinaba que los blancos pobres constituyesen una «raza aciaga» era la calidad de su veta consanguínea. La sangre enfermiza y la procreación vulgar eran los rasgos que delataban el verdadero rostro de la escoria blanca. [390]

La ideología de Hundley resultaba sumamente atractiva. Muchos estadounidenses del norte, incluso entre las filas de quienes se oponían a la esclavitud, consideraban que la escoria blanca del sur era una ralea peligrosa. Más de una figura relevante llegaría a coincidir con el cuadro que pintaba Hundley, educado en Harvard y futuro militar confederado. Así le ocurrió, por ejemplo, a una persona tan emblemáticamente antiesclavista como Harriet Beecher Stowe. Pese a que en 1852 se había hecho famosa (e infame) por *La cabaña del tío Tom* , su gran éxito novelístico contrario a la esclavitud, la segunda obra de Stowe relató una historia muy distinta. En *Dred: A Tale of the Great Dismal Swamp* , publicada en 1856, la autora describe a los blancos pobres con los rasgos de una clase degenerada con tendencias delictivas y propensión a la inmoralidad y la ignorancia. En 1857, el escritor de Carolina del Norte Hinton Rowan Helper, igualmente antiesclavista, dio a la imprenta un libro titulado *The Impending Crisis of the South* , que muchos consideran el más importante del siglo XIX . La obra vendió más de 140.000 ejemplares, lo que la convierte en la exposición más popular de la opresión implícita en la esclavización de los blancos pobres. El sur que retrata Helper es una «cloaca de degradación e ignorancia» poblada por la escoria blanca pobre, es decir, por una masa de gentes canijas, estériles y próximas al cretinismo cuyo único horizonte era la extinción. De esta y otras muchas formas, el inequívoco lenguaje clasista saltó por encima de la demarcación de la línea Mason-Dixon [391] y consiguió la sorprendente proeza de provocar por mil vericuetos diferentes la unanimidad de formaciones políticas por lo demás opuestas. En los colegios y universidades estadounidenses se nos enseña que la guerra de Secesión fue básicamente una controversia entre partidarios y detractores de la sostenibilidad de un mundo fundado en la esclavización de los negros.

Esto significa que no se nos cuenta toda la verdad, puesto que a la población politizada también le preocupaban las inseguridades sociales y las irredentas tensiones de clase, y, desde luego, antes, durante y después de que las inquinas se concentraran en cuatro años presididos por un derramamiento de sangre sin precedentes, esas inquietudes tuvieron una repercusión demostrable y muy real en la fractura de la nación. [392]

Los blancos pobres no representaban únicamente un peligro para la integridad territorial del Viejo Sur de Estados Unidos. Esa clase indeseable suscitaba un temor muy particular: el de que sus degenerados miembros propagaran su singular infección a las vastas extensiones del salvaje oeste. Estados Unidos incorporó a su territorio, y en un periodo de tiempo pasmosamente breve, la enorme cantidad de 3.237.000 kilómetros cuadrados. En 1845, la sola anexión de Texas supuso la adición de más de un millón de kilómetros cuadrados. Ese año, un político tan gris y carente de relieve como el demócrata James K. Polk se hizo con la presidencia del país contra todo pronóstico precisamente por haber defendido abiertamente la adopción de agresivas medidas expansionistas. Además de acoger a Texas, Polk aseguró que llevaría a cabo acciones hostiles si Gran Bretaña no concedía a Norteamérica los derechos que reclamaba sobre el territorio de Oregón. Polk evitó en último término la contienda con Inglaterra al aceptar a regañadientes la partición de Oregón a lo largo del paralelo 49, que todavía se mantiene.

Como si a este «Joven Nogal» no le bastara con la adquisición de tierras, el segundo presidente de Tennessee volvió a esgrimir la lógica que tantos éxitos había procurado a su antecesor: si Andrew Jackson había utilizado una escaramuza fronteriza en la Florida española como pretexto para poner en marcha una guerra de conquista, ahora Polk se disponía a recurrir al mismo método para invadir México. Al secarse la tinta del Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, Polk se había apoderado de una región que acabaría convirtiéndose en los estados de California, Nevada, Utah, Arizona y Nuevo México, añadiendo al mismo tiempo nuevas porciones territoriales a Colorado y Wyoming. En 1854, el presidente demócrata Franklin Pierce continuaría engrosando el botín de Polk al materializar la llamada Venta de La Mesilla, por la que obtuvo una banda de terreno encajada en la vertiente meridional del territorio de Nuevo México. El vigoroso acicate que había espoleado la urgente concreción de esta última inversión había sido la

seductora apuesta de tender una vía férrea transcontinental destinada a promover los intereses de los plantadores de algodón sureños. [393]

Este «transcontinentalismo», por emplear la nueva expresión que acababa de embelesar al público, influyó en las corrientes intelectuales. Partiendo del concepto jeffersoniano que sostenía que su país era una nación desprovista de aristocracia hereditaria, los norteamericanos asumieron de pronto que les correspondía un destino imperial fundado en el determinismo biológico. Este nuevo imperativo histórico sostenía que las características de la cepa racial de la América anglosajona eran indicativas de su superioridad. Y una vez afianzada esa idea, todo lo que quedaba por hacer era reproducirse con mayor rapidez que todas las demás razas. Según la aritmética política de 1851, la importancia de Estados Unidos se elevaría por encima de la de Europa en 1870, ya que los norteamericanos «contarían con cien millones de hombres libres y dinámicos de su propia sangre y su misma raza». Los individuos de «ascendencia anglosajona, impregnados de las sólidas cualidades de mente y corazón que les son propias» estaban llamados a poner a Gran Bretaña y a Estados Unidos en la senda de la dominación global, «en tanto que representantes de este avanzado linaje». [394]

La segunda premisa fundamental de esta nueva forma de pensar vendría a reforzar el objetivo de la mera superioridad demográfica: la grandeza nacional se apoyaba en las leyes de la consanguinidad y la transmisión hereditaria. De este modo, empezó a darse por supuesto que ciertas características adquiridas, como el amor a la libertad o la exclusividad racial, [395] pasaban de generación en generación. En un ensayo titulado «The Education of the Blood», de 1837, uno de los defensores de esta postura afirmará que el conocimiento de una generación permanecía flotando literalmente en el aire y que la capacidad de aprendizaje penetraba en el torrente sanguíneo y pasaba a «formar parte de nuestra constitución física, y de ese modo se transmite a nuestros descendientes». El sencillo expediente de arrancar a un salvaje de los brazos de la madre que le amamanta en los bosques para llevarlo a la civilización se revelaría insuficiente para transformarlo en un ser asimilable, ya que era preciso «instruir y educar su sangre generación tras generación, a fin de que se vaya acumulando la receptividad en sus hijos, tal y como ha sucedido con la raza anglosajona». Este mismo autor compara ese fenómeno con la menos seductora transmisión de la demencia, que pasa por línea paterna e

«impregna la leche de nuestras madres». Las leyes de la consanguinidad lo revelaban todo: la grandeza de una nación dependía de su linaje. Lo que determinaba en último término el destino de Norteamérica eran las grandes adquisiciones territoriales, y el empuje que llevaba a conseguirlas impregnaba la sangre de sus gentes. [396]

Esta fascinación por la sangre y lo congénito empapa toda la literatura del periodo inmediatamente anterior a la guerra de Secesión. A los habitantes del sur les entusiasmaba la cría selectiva del caballo, y así lo refleja, por ejemplo, una publicación periódica con la siguiente cabecera: *American Turf Register and Sporting Magazine* . En 1834, la revista señalaba que los potros de «sangre norteamericana» (entiéndase los «purasangres de Norteamérica») habían alcanzado una calidad genética que nada tenía que envidiar a las mejores del mundo. Los ávidos lectores de estos textos conocían el pedigrí de los caballos más famosos de Norteamérica y se sabían de memoria la larga lista de los sementales de la época. Por otra parte, los criadores de dichos animales llevaban un registro detallado y público —el «American stud book»— de todas las ramas genealógicas equinas a fin de evitar descendencias espurias. [397]

Los caballos y las personas respondían en este sentido a los mismos principios. El fisiólogo escocés Alexander Walker resucitó el debate que habían mantenido en su día John Adams y Thomas Jefferson sobre la posibilidad de una procreación humana orientada a «mejorar la raza». En su *Intermarriage* , publicado en 1838, Walker fomentaba con entusiasmo la práctica de elegir a la esposa según las mismas leyes naturales que se aplicaban a la cría caballar. Algunos higienistas y divulgadores de fórmulas para la mejora de la salud recomendaban que se procurara traer al mundo a hijos dotados de cualidades deseables: tal es el caso, por ejemplo, de Orson Squire Fowler y de su *Hereditary Descent* de 1848. Fowler hacía hincapié en la regla de oro de los criadores de animales: tener muy presente el pedigrí. Y al dejar de valorarse la genealogía en función de la riqueza o el apellido, el único linaje relevante era el que manifestara la presencia de antepasados longevos de fuerte constitución física y libres de toda huella de enfermedad hereditaria o «tara consanguínea». Estas nuevas obras de autoayuda llegaron a aconsejar incluso la celebración de matrimonios «higiénicos», expresión con la que se apuntaba a la selección de compañeros sexuales provistos de una piel sana, buena dentadura y un cuerpo vigoroso y bien formado. La gente debía apartarse de los individuos

«nacidos de mala cepa», ya que solo engendraban «hijos débiles e ineptos». ¿Podía el futuro de Norteamérica acabar descarrilando a causa de la inyección de sangre deficiente? Así lo explicaba un tipo presuntamente ocurrente: «En nuestros nobles padres pensamos con cariño. Sabemos que solo nosotros, sus nobles hijos, podremos superarles. ¡Con qué veneración contemplamos la raza de nuestros padres! ¡Con qué orgullo hablamos de linaje! ¡Con qué celo nos protegemos de toda contaminación!». [398]

Las ideas relacionadas con la raza y la herencia saludable formaban parte de un mismo debate. En 1843, un cirujano de Alabama llamado Josiah Nott declaró que el mulato, al ser un individuo híbrido, era un «vástago de dos especies diferentes, tal y como lo es el mulo, que proviene del cruce entre un caballo y un asno». Según él, los mulatos eran una «cepa defectuosa», una «progenie degenerada y contraria a la naturaleza que esta debe irremediablemente intentar destruir». Y esa sentencia congénita se plasmaba en el hecho de que muchas veces se revelaran, como el mulo, propensos a la esterilidad. (Se trataba, evidentemente, de una teoría ridícula). Nott comparaba a los mulatos con los padres tuberculosos, pues daba por supuesto que habían heredado algún tipo de organización interna defectuosa. No contento con circunscribir sus opiniones a la unión de los anglosajones con los negros, Nott se haría asimismo eco de las palabras de una de las más destacadas autoridades inglesas en tales materias, *sir* William Lawrence, que sostenía que «la mixtura del europeo con las sangres negra y blanca deteriora la condición moral e intelectual del blanco». [399]

Ya anteriormente se había aplicado a los indios norteamericanos una teoría similar, apuntalada en la noción del suicidio hereditario. En la década de 1840 eran ya muy pocos los norteamericanos que se mostraban dispuestos a seguir respaldando la predicción paternalista que había divulgado Jefferson al sostener que los indígenas acabarían aculturados. El arraigo de una ideología arrogantemente nacionalista, tan cruda como dogmática, había acabado por sustituir ese planteamiento. Según esta nueva convicción, las tribus indígenas norteamericanas, entendidas como una raza biológicamente degradada, no podían seguir coexistiendo junto a sus superiores anglosajones. En 1844, con frío desparpajo, un autor captará a la perfección el estado de ánimo reinante: «Se retiran ante el avance del hacha y el arado como los bosques que un día habitaron. La atmósfera en la que respira el hombre blanco es para ellos un veneno. No pueden vivir entre

nosotros». El «piel roja está abocado a una total y absoluta extinción», concluye el comentarista. No se trataba de ninguna creencia nueva, pero desde luego su aceptación pública era ahora más amplia. Veinte años antes, siendo secretario de Estado, Henry Clay ya había expresado en privado esas mismas convicciones. [400]

Tanto Texas como California iban a ejercer una poderosa influencia en la configuración de las fantasías anglosajonas. Sam Houston, subalterno de Jackson y primer presidente electo de Texas, era un líder carismático que respaldaba a quienes combatían por la inclusión de la región en Estados Unidos. Los tejanos de raza blanca eran, según sus propias palabras, la personificación misma de la «caballería andante anglosajona». Pese a que la fuerza que realmente respaldaba la anexión de Texas fuese la de un puñado de filibusteros, es decir, la de un ejército privado de jóvenes animados por la ambición de adueñarse de nuevas extensiones de terreno, Houston consideró la victoria desde una óptica racial. Según él, «los principios del linaje» y el «parentesco de sangre impregnaban» el alma de todos los tejanos, a los que espoleaba asimismo la percepción de su «superior inteligencia e indómito coraje». Muchos otros juzgarían, igual que el propio Houston, que la independencia o anexión de Texas constituía un acontecimiento histórico, ya que entre otras cosas simbolizaba el paso del «cetro» del Viejo Mundo al Nuevo, el más puro florecimiento de la raza anglosajona. [401]

En realidad, la elección de Houston como portaestandarte de este orgullo racial resultaba bastante extraña. Entre los años 1829 y 1833, es decir, antes de acceder a la presidencia de Texas, Houston no solo había vivido entre los indios cheroquis, también había tenido dos esposas indias y posado para un retrato vestido a la manera de los indígenas. Su sucesor en la presidencia de la región mostró pocos reparos a la hora de limpiar de indios el territorio de Texas. En 1839, un individuo con el apropiado nombre de Mirabeau Buonaparte Lamar, célebre por su floreada poesía, pondría en marcha un proceso al que él mismo denominaría «guerra de exterminio» contra los cheroquis y los comanches. La constitución nacional de Texas negó explícitamente el derecho de ciudadanía a todos los habitantes que tuvieran ascendencia africana o india. En 1837, la asamblea legislativa tejana aprobaba su primera ley contra el mestizaje. Se trataba de una norma similar a las que ya estaban vigentes en los estados del sur y prohibían el

matrimonio entre gentes de sangre europea y personas de ascendencia africana. [402]

Texas también podría reclamar para sí el dudoso honor de haber sido la «primera» en otra cosa. En 1849, el doctor Gideon Lincecum presentó un memorando ante la Asamblea Legislativa de Texas con la esperanza de garantizar la disponibilidad de «buenos reproductores». Su solución consistía en castrar a los delincuentes tal y como se les hace a los machos capones de cualquier especie animal. De ese modo pretendía cortar, literalmente, toda posible continuidad de esa rama consanguínea para impedir la reproducción de los individuos juzgados inferiores. La regla básica de la cría de ganado podía resumirse en la expresión «de tal palo tal astilla», y las cepas animales degeneradas no eran diferentes de los seres humanos. Lincecum utilizó una analogía tan rústica como simplona para explicar su punto de vista: «Si el caballo y la yegua trotan, es raro que el potro vaya al paso». Su plan fue rechazado, pero en realidad solo se había adelantado a su tiempo. Las futuras políticas eugenésicas hallarían fundamento en ese proyecto pensado para pasar por el cedazo la mala simiente y eliminarla del conjunto de grupos de cría humanos. [403]

No obstante, tal y como habían concluido décadas antes tanto Jefferson como Adams, las personas nunca se mostraban excesivamente meticulosas en la elección de sus compañeros o compañeras. Por consiguiente, la mezcla de razas era algo muy común en Texas. El Gobierno mexicano había animado a los colonos norteamericanos llegados antes de la anexión de Texas a contraer matrimonio con las tejanas de la zona. De hecho, los hombres que aceptaban la propuesta recibían en premio un lote extra de tierras. Los colonos varones blancos tomaban habitualmente como concubinas a mujeres indias y tejanas, de modo que la nación mexicana, y más tarde el estado de Texas, se hallaban repletos de chiquillos mestizos. Los mexicanos, que también se apuntarían al sistema de las clases raciales y las castas económicas, estaban, en cambio, habituados a la mezcla de las razas. En la cúspide de la pirámide se encontraban los descendientes de las antiguas familias españolas, es decir, las gentes que afirmaban llevar pura sangre castellana en las venas; después venían los criollos, esto es, los colonos nacidos en la zona y descendientes de españoles, entre los que podía haber personas con un octavo de sangre india (como máximo); y finalmente, los estratos más bajos estaban formados por los mestizos (de origen mixto español e indio), los indios y los africanos. La sociedad

mexicana recibía con los brazos abiertos a los norteamericanos que se casaban con mujeres de buena cuna. Por consiguiente, después de 1836, los tejanos mantuvieron la distinción que hacían los mexicanos entre los nobles castellanos y las clases mixtas de raza inferior. [404]

En la época de la anexión, los anglosajones adquirieron la costumbre de ridiculizar a los tejanos de clase baja y tez oscura al entender que ambas cosas constituían un signo de degradación por amalgama con la población nativa. Aquí se observa nuevamente que el lenguaje común se centra en resaltar la degeneración de los linajes consanguíneos. Con frecuencia creciente, los mexicanos se verán arrojados al mismo saco clasificatorio que los negros y los indios, despreciativamente humillados por los norteamericanos en general por ser una «raza cruzada». La voz «cruzada» era simplemente otra forma de indicar que se los juzgaba «mestizos» o «mulatos», es decir, gentes de linaje «contaminado». En 1844, el senador de Pensilvania y futuro presidente James Buchanan hablaba groseramente de la «imbécil e indolente raza mexicana», e insistía en que ningún anglosajón debía verse jamás sometido a la férula política de un inferior. Su colega de Nuevo Hampshire y exsecretario del Tesoro Levi Woodbury elevaría la revolución de Texas a la categoría de guerra de liberación: «La sangre sajona ha sufrido una afrenta y ha quedado esclavizada a los moros, los indios y los mestizos». El atractivo de esa retórica rebasaba con mucho los círculos de la ampulosa y vacua oratoria de los políticos. Una mujer de Texas le confió a su madre estas palabras: «Una siente la irresistible necesidad de que una de las razas someta a la otra», y «a ellos, a los de la raza superior, no les resulta difícil llegar a la conclusión de que son hombres elegidos por el destino». [405]

Los partidarios de la anexión de Texas dieron un cariz dramático a la urgente obligación de preservar a la sociedad anglosajona y de mantenerla a buen recaudo en todo el continente. Una Texas anglosajona contribuiría a proteger a todos los estadounidenses de las «semibárbaras hordas», ya que por las arterias de las razas mezcladas de México corrían «ponzoñosos elementos de sangre y color». Tal fue justamente el argumento que el senador Robert Walker de Misisipi expuso en el Congreso de Estados Unidos, y ese mismo año de 1844 reforzaría la misma tesis con la publicación de su prestigiosa *Letter on the Annexation of Texas* . Pese a ser un individuo frágil y marchito, de apenas un metro cincuenta y cuarenta y cinco kilos de peso, Walker había logrado convertirse en el demócrata más

poderoso de Washington. Por ridículo que parezca, el senador proclamó que Texas conseguiría librar a Estados Unidos, como por arte de magia, de todos los negros, mulatos y demás «mestizos» africanos, ya que drenaría la peligrosa escoria del pasado esclavista a Sudamérica. Se trataba de una teoría racista en la que resonaban los familiares ecos del modelo migratorio que Benjamin Rush había concebido en 1798. Según el planteamiento de Rush, Pensilvania actuaría como un filtro para los ocupantes ilegales más debilitados y los despacharía al perezoso sur, repleto de mascamazorcas. Para apuntalar su argumentación, Walker se limitaría a añadir simplemente un nuevo elemento probatorio de carácter seudocientífico: el de que un elevado número de negros libres de los estados del norte padecían demencia. Nos encontramos aquí ante un ejemplo más de los extravíos a los que puede conducir una aritmética política sesgada, dado que nuestro senador sureño utilizó de forma deliberadamente torcida los datos del censo estadounidense (tal y como había hecho también Josiah Nott, el cirujano de Alabama) relativos a los internos negros de los manicomios del norte. Su argumento principal consistía en que los negros libres eran congénitamente débiles, tanto en el plano psíquico como en el físico, razón por la cual no se adaptaban adecuadamente a la libertad. Según él, esta situación contrastaba flagrantemente con la de los esclavos del sur, que supuestamente vivían sanos y felices debido a que no tenían que complicarse la vida con las aspiraciones de un hombre libre. [406]

Esta dura y tosca retórica era un arma de doble filo. Por un lado, se consideraba imprescindible rescatar a Texas para consolidar el linaje norteamericano, pero, por otro, la admisión de una cantidad excesiva de mexicanos en una Unión así ampliada podía socavar las raíces raciales de Norteamérica. El representante político de Georgia, Alexander Hamilton Stephens, futuro vicepresidente de la Confederación, afirmaba que la inmensa mayoría de los tejanos procedían de una cepa saludable, es decir, eran gentes correctas que merecían proliferar y mezclarse con el resto de los buenos norteamericanos. También él empleó una metáfora marital que a estas alturas presenta resonancias conocidas. En este caso, la alegoría a la que recurre Hamilton Stephens para sostener sus tesis procede del libro del Génesis: al ser herederos de la «raza anglosajona norteamericana», los tejanos eran «de los nuestros; hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne». Por otra parte, los que se oponían a la guerra mexicano-estadounidense también emplearían ese lenguaje específicamente racial en

su esfuerzo por limitar la extensión territorial anexionada a Estados Unidos. [407]

Se esperaba que, en esta contienda unilateral, la proliferación de la raza anglosajona se convirtiera en una de las más importantes armas del arsenal imperial norteamericano y, de hecho, se creía que su relevancia estaba llamada a crecer indefinidamente. También existía la expectativa de que los soldados yanquis se asentaran en los territorios ocupados, se casaran con «bellas *señoritas* » [408] y materializaran un nuevo tipo de «anexión». Eso fue justamente lo que sucedió en California, como ilustra la notable carrera de un joven oficial de Tennessee llamado Cave Johnson Couts, íntimo amigo del presidente Polk. Couts contrajo matrimonio con una acaudalada ranchera mexicana, obtuvo un vasto pedazo de tierra de su cuñado y levantó una casa grandiosa, por cuyas dependencias no tardarían en corretear sus diez hijos. En la década de 1860 poseía ya 9.300 hectáreas y se había transformado en uno de los patriarcas dominantes del nuevo estado. [409]

Sin embargo, la primitiva historia de California había sido tan sombría como la de Texas. Estos dos extensos territorios estaban repletos de deudores fugados, delincuentes de la peor y más marginada ralea, jugadores deshonestos y aventureros despiadados. Todos ellos prosperaron sin dificultad en la caótica atmósfera generada por la expansión hacia el oeste. La fiebre del oro californiana no solo atrajo a canosos buscadores del precioso metal, sino también a prostitutas, cazafortunas e individuos decididos a hacer dinero vendiendo falsos títulos de propiedad. Entre los feroces asesinos de Texas y California que tanto habrían de cautivar la imaginación de los estadounidenses, destacaba el «criollo de blanco y mexicano». Esos tipos eran conocidos por su «dandismo mestizo», sus alhajas chillonas y sus ropas extravagantes y llamativas. [410]

En cierto sentido, puede decirse que California recuperó las viejas pautas de comportamiento del colonialismo británico. A pesar de haberse incorporado a la Unión como estado libre y de prohibir la esclavitud, su asamblea legislativa no tardaría en aprobar una larga serie de alambicadas leyes destinadas a permitir la servidumbre forzosa de los indígenas norteamericanos. Entre los años 1850 y 1854, cerca de veinte mil hombres, mujeres y niños indios se vieron explotados como criados sin derechos. Se recreaban así las condiciones que habían reinado en su día en la Jamestown de John Smith, incluido el desequilibrio de su proporción de sexos. Las publicaciones populares del este animaron a las mujeres a trasladarse al

oeste. En algunos casos se trataba de solicitudes serias, pero en otros se hacía sátira de las desesperadas súplicas de los californianos, ansiosos por encontrar buenas hembras reproductoras. En una conocida caricatura francesa de 1850, las mujeres aparecían embutidas en cajones y embaladas como sardinas en lata, listas para ser exportadas a aquella «*Californie* » hambrienta de féminas. La *United States Magazine and Democratic Review* profetizaba que, si California recibía al ritmo necesario el número de futuras esposas que el nuevo estado precisaba, se acabaría con la soltería en Norteamérica. [411]

La fiebre del oro no solo atrajo a estadounidenses blancos de inquieto temperamento y grandes deseos de hacerse ricos con facilidad, ya que llegaron aventureros de regiones tan lejanas como Australia, Chile, Hawái y Francia. En 1852 comenzarían a llegar grandes partidas de chinos. San Francisco se convirtió rápidamente en el eje comercial más cosmopolita de toda Norteamérica. Uno de los numerosos viajeros cultos que decidió escribir sobre la «casa de fieras» de diferentes razas en que se había convertido California, en la que los blancos vivían inmersos en la más absoluta degeneración, fue un individuo de Carolina del Norte llamado Hinton Rowan Helper. Su libro titulado *Land of Gold* , publicado en 1855, sentaría las bases de otra obra suya, mucho más polémica, dedicada a exponer la situación de los blancos pobres: *The Impending Crisis of the South* , que llegó a las librerías en 1857. [412]

Hombre de notable estatura y complexión delgada, Helper debía de descollar entre el abigarrado conjunto de inmigrantes de Norteamérica. Pasó tres largos años en California y acabó por detestarla. Pese a que en él fuera habitual dedicar una variada panoplia de comentarios desabridos a casi todas las personas que tenía ocasión de conocer, en el caso de las mujeres que llegaban a California, se vio obligado a admitir que, si deseaban sobrevivir en la depravada ciudad de San Francisco, prácticamente no les quedaba otra opción que la prostitución. [413]

Para Helper, los indios cavadores [414] eran criaturas «sucias y abominables» que vivían como «animales carniceros», lo que a su juicio los rebajaba a una categoría muy inferior a la de los «negros» o los «perros». Los hombres blancos del estado dorado mataban a los indios como quien despacha a una plaga de ardillas. Los nicaragüenses con los que se topó en su viaje de regreso a Carolina del Norte le parecieron a Helper «frágiles» y «canijos»: un solo hombre de Kentucky equivalía a cuatro o cinco de

aquellos «híbridos moradores de la zona tórrida». De manera similar, los negros vivían inmersos en «la mugre y en total degradación». Helper se hacía eco además de la racista teoría migratoria de Walker, ya que aseguraba que llegaría un día en el que se empujaría a los negros al ecuador para arrojarlos (como si se tratara de un montón de desperdicios) en el «receptáculo» de los países sudamericanos. [415]

En sus quejas sobre los californianos, Helper echaba mano de las analogías animales cada vez que tenía ocasión de hacerlo. La idea de que los norteamericanos, los ingleses, los franceses, los chinos, los indios, los negros y los «mestizos» pudieran concertarse para buscar o explotar una mina de oro resultaba tan inverosímil como la de imaginar que una pantera, un león, un tigre o un oso alcanzaran a ponerse de acuerdo a la hora de rondar a un ciervo recién abatido. Los chinos le inspiraban un gran desprecio, ya que tenían el cuajo de fantasear con la teoría de que eran superiores a los anglosajones. Los hados reservaban a aquellos «semibárbaros» la misma suerte que a los negros del sur, ya que, según él, tanto el «cobre del Pacífico» como el «ébano del Atlántico» estaban destinados a la esclavitud permanente. [416]

Helper, además de comportarse como un vehemente defensor de la pureza racial, se veía a sí mismo como una especie de sociólogo o antropólogo. Comparaba la fiebre del oro con la economía sureña, basada en un único tipo de cultivo. En la crítica de la sociedad del sur que redacta en 1857 reaparecerán las conclusiones que había extraído previamente en su estudio sobre el estado de California. En su descripción de la élite de los californios (es decir, de los habitantes del Estado dorado que tenían ascendencia española), Helper cree encontrar una especie de versión occidental del cruel y presuntuoso plantador aristocrático del sur. A juicio de Helper, el indulgente regocijo de los españoles en el horroroso espectáculo de las corridas de toros se hallaba emparentado con el deleite que experimentaba el hacendado sureño al esgrimir el látigo. El bárbaro matador apenas se diferenciaba en nada del «augusto caballero» latifundista que dirigía con ínfulas señoriales a sus esclavos y a sus criados blancos pobres. En 1857, las asociaciones de ideas con las que se categorizaba a la escoria blanca sumida en la miseria guardaban relación con los astados muertos en la lidia y los pueblos vencidos, es decir, con las criaturas que se revolcaban sin esperanza alguna en el lodo de un «analfabetismo y una degradación» que

los despiadados terratenientes «perpetuaban con diabólica deliberación». [417]

Helper trasladará sin dificultad a los sureños pobres el punto de vista que había esgrimido al disertar sobre los mineros de California. Los buscadores de oro eran una suerte de versión actualizada de los ocupantes ilegales de tierras: vivían en tiendas miserables, se dejaban el pelo largo y llevaban la barba sucia y revuelta. La mayoría de los blancos que habían ido a enjambrar a California habían acabado convertidos en simples «incautos abatidos por la pobreza». En este sentido no se diferenciaban en nada de los blancos pobres del sur, «vilmente embaucados, estafados y víctimas de un atroz atropello». En opinión de Helper, las economías que dependían de una única fuente de ingresos generaban unas condiciones propicias para la aparición de los extremismos de clase. El culto que se rendía a la minería en California era el mismo que se consagraba al algodón y a la esclavitud, transformados en ídolos del sur. [418]

De hecho, en su *Land of Gold* , Helper defiende la esclavitud. Sin embargo, apenas dos años más tarde, en *The Impending Crisis* , divulgada en 1857, como ya hemos visto, lanza un llamamiento en favor de su abolición: aunque en la forma predilecta de Abraham Lincoln y un gran número de políticos presuntamente «liberales», es decir, como una emancipación orientada a la expansión de la colonización. Según Helper, no obstante, los esclavos manumisos tendrían que ser expulsados de Estados Unidos. El ascenso del Partido del Suelo Libre, en 1848, y del Partido Republicano, en 1854, no debe inducirnos a creer que las angustias asociadas con el linaje, las uniones *contra natura* y la degeneración racial hubieran desaparecido en quienes argumentaban en contra de la esclavitud. El primer candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos fue el coronel John Frémont, un hombre nacido y criado en el sur que se había forjado una reputación al atravesar las Montañas Rocosas. Al igual que Helper, también Frémont había abrazado la postura abolicionista con el objetivo de proteger a la raza blanca. [419]

La retórica del Partido del Suelo Libre alimentaba la convicción de que los hombres libres no podían coexistir con los esclavos, tal y como los anglosajones no podían convivir con los indios. La esclavitud era una peligrosa práctica contagiosa que no solo propagaba las miasmas de la muerte y la decadencia, sino que fomentaba el avance de una guerra demográfica que enfrentaba a las clases, dado que «despoblaba» a la nación

y la privaba de sus habitantes blancos. Como bien señalaría en 1843 un inteligente ensayista, los blancos pobres del sur se estaban viendo obligados a abandonar sus hogares y forzados a partir al exilio como si se tratara de refugiados, debido a que no podían competir con quienes poseían esclavos y se comportaban como verdaderos «tiburones terrestres», por emplear la expresión de Helper. Era injusto alejarlos de sus tierras y despojar a sus descendientes de su legítimo legado. Con sus «demacrados rostros» y sus «siluetas raquíticas», las familias pobres del sur que se dirigían al oeste eran en realidad el ejemplo vivo de una nueva clase de pobreza peor que todas cuantas se hubieran conocido con anterioridad. El autor de 1843 al que acabo de referirme concluye que, al transformar «a sus hijos en proscritos», los dueños de esclavos estaban «librando un combate contrario a los intereses vitales del conjunto de la población del sur que no esclavizaba a sus trabajadores». [420]

Los seguidores del Partido del Suelo Libre imaginaban que la eliminación de la esclavitud podía darse en tres situaciones distintas. En primer lugar, si se quería que el oeste norteamericano quedara libre de toda contaminación racial, era preciso mantener la esclavitud lejos de los territorios más recientes. En segundo lugar, había quien juzgaba verosímil que la prohibición de la expansión de las prácticas esclavistas a las regiones y estados del oeste acabase por provocar la gradual desaparición de esa institución en el Viejo Sur. Y otros pensaban, en tercer lugar —como en el caso de Helper—, que el fin de la esclavitud exigiría la exportación de los esclavos a otro lugar y su reinstalación en África, las islas del Caribe o Sudamérica.

En 1846, el estandarte del Partido del Suelo Libre pasó a ocupar el centro de la escena política estadounidense. Ese año, un demócrata de Pensilvania llamado David Wilmot introdujo una cláusula en el Congreso en la que se estipulaba que el suelo tenía que ser libre en todos los territorios ganados en la guerra mexicano-estadounidense, es decir, debían ser zonas en las que la esclavitud quedara prohibida. La redacción de la norma se copió literalmente del borrador en el que Jefferson había prohibido la práctica de la esclavitud en el Territorio del Noroeste en 1784. La estipulación de Wilmot iba de la mano del proyecto de ley de Asentamientos Rurales, con el que se preveía conceder a todos los hombres una propiedad libre de 65 hectáreas. Solo podía garantizarse la libertad —que evidentemente significaba la libertad de todos los blancos— por medio de la propiedad de

la tierra y la capacidad de extraer de ella el sustento familiar. A diferencia de las anteriores políticas agrarias que habían otorgado derechos preferentes a los ocupantes ilegales (es decir, la posibilidad de adquirir todas aquellas tierras que hubiesen delimitado con estacas y cultivado provechosamente), la nueva campaña convertía al ocupante ilegal en un propietario libre. Ser un granjero autosuficiente implicaba pertenecer al pueblo norteamericano, que poseía colectivamente, en virtud de su inalienable «derecho de nacimiento», todas las tierras públicas de los territorios anexionados o colonizados. Por desgracia, los votos de los representantes del sur bloquearon en el Congreso la materialización de ese «irrenunciable derecho a una propiedad rural», con lo que el borrador no se convertiría en ley hasta 1862, una vez consumada la guerra de Secesión. [421]

La política del suelo libre contribuyó a subrayar un tema marcado por sus derivaciones de clase: los plantadores del sur estaban propagando la práctica de la esclavitud en detrimento de los propietarios libres. El excongresista de Kentucky Benjamin Hardin captaría a la perfección estas connotaciones asociadas con la lucha de clases en 1841 al denunciar que la esclavitud estaba provocando el despoblamiento de su estado, ya que los hijos de sus primeros colonos desaparecían del territorio. Echando la vista atrás y recordando a Daniel Boone, el símbolo más benigno del antiguo pionero y ocupante ilegal, Hardin señalará que aquel gran hombre jamás habría imaginado que sus descendientes pudieran «verse abocados al exilio y la pobreza». Las plantaciones y el ganado estaban reemplazando en todo Kentucky a los orgullosos hogares de los propietarios libres. En los «herbazales por los que un día corretearon los chiquillos de los hombres libres» deambulaban ahora «las feas manadas» de animales domésticos y esclavos. La política del suelo libre no solo reactivó las luchas que habían enfrentado en su día a los ocupantes ilegales con los especuladores, también convirtió a los primeros en honestos propietarios libres y en miembros de una «democracia de terratenientes», decidida a alzarse dignamente frente a la oligarquía esclavista. [422]

Una vez más, las promesas del Partido del Suelo Libre se referían exclusivamente a la salvación del hombre blanco. En 1856, habiendo sido ya nominado como candidato a la presidencia por los republicanos, el coronel Frémont convertiría la crisis por la que atravesaba el honrado propietario libre en el eje de su campaña. Al proponer que se prohibiera el establecimiento de esclavistas en los territorios de nueva anexión, Frémont

proyectaba impedir que los labriegos blancos del norte se vieran virtualmente reducidos a la condición de esclavos en el oeste. Frémont ofreció a los sureños que poseían haciendas pero no utilizaban esclavos una especie de emancipación, una promesa de independencia real, algo que se les venía negando desde el año 1776. Pese a todo, la doctrina del suelo libre planteaba algunos interrogantes, como por ejemplo la de si realmente existía la posibilidad de rescatar de la miseria a la escoria blanca. Un orador de Massachusetts lo expresará del modo más escueto: «Soy un hombre libre, e hijo de quien también lo era, y he nacido y me he criado en una tierra igualmente exenta de ataduras». Los blancos pobres del sur habían nacido en estados esclavistas, se habían formado en campos que no les pertenecían y, según afirmaba un creciente número de comentaristas de la vida pública, padecían las consecuencias de su degenerado linaje. No actuaban como los hombres libres. Desde el punto de vista de Helper, su ignorancia y su docilidad les colocaban por debajo de los siervos rusos, puesto que votaban sumisamente, una y otra vez, a los «esclavócratas» que les sometían desde sus altos puestos. [423]

Los nuevos republicanos volverían a poner de moda la vieja crítica de Washington y Jefferson: las prácticas agrícolas del sur dejaban la tierra exhausta y convertían la campiña en un erial. Helper publicó una serie de tablas para probar que el norte poseía una mayor capacidad productiva que el sur. En su prestigioso panfleto titulado *The Poor Whites of the South* , George Weston citaría por su parte a diversos hombres de peso de los estados sureños para respaldar el argumento de que el sur estaba condenado a permanecer sumido en el atraso económico. [424]

Todo el mundo sabía que la maldición de los blancos pobres se debía al hecho de que se les confinara sistemáticamente en las peores tierras, en espacios arenosos o cubiertos de pinos y matorrales, cuando no simplemente pantanosos. Esta es la razón de que a mediados del siglo XIX se les terminara conociendo con los nombres de *sandhillers* , o habitantes de los médanos, y de *pineys* , o «moradores de los pinares». Obligados a vivir en zonas marginales y frecuentemente instalados en tierras que no eran de su propiedad, será habitual que se les identifique con los terrenos pútridos y estériles. Según dice un individuo de la época, los blancos pobres que tenían que «rascar el suelo para malvivir» eran tan «pétreos, chaparros e hirsutos como las tierras en las que habitan». Con un argumento que nos retrotrae a los tiempos de Buffon, Helper insistirá en que la «población

degenerada» producía hombres y animales «transformados por su raquitismo en viles elementos». En 1854, Henry David Thoreau empleará los más sombríos pinceles de la imaginación para trazar ese mismo perfil temático: el esclavo del sur era un cadáver en descomposición, asegura, y el mejor uso al que podía prestarse era el de servir de «estiércol» para fertilizar las tierras de quienes colonizaran el oeste. Decidido a equiparar a los blancos pobres con los excrementos humanos, Thoreau asegura en su descripción que estos miserables cumplen únicamente una función: la de convertirse en abono para los campos de los nuevos territorios. [425]

En *Dred* , la citada novela de Harriet Beecher Stowe, la célebre autora no se mostrará más indulgente. Los plantadores que recorren sus páginas desprecian a «toda la ralea» de los blancos pobres, a los que llaman una «tribu de engendros». Así lo declarará, abatido por la tristeza, uno de sus personajes: «deberían organizarse partidas de caza para conseguir que abandonen sus madrigueras y podamos exterminarlos, tal y como hacemos con las ratas». La escritora pinta a una mujer perteneciente al clan de la escoria blanca y a sus hijos con los mismos rasgos que utilizaría para señalar las características de los animales heridos que se ocultan en los bosques:

> Sobre un montón de paja sucia se agazapaba una mísera mujer macilenta de grandes ojos bravíos, mejillas hundidas, greñas enmarañadas y largas manos afiladas, como las garras de un ave de presa. De su escuálido pecho colgaba una criatura de rostro demacrado, empecinada en apretar con sus manitas esqueléticas la ubre marchita, como queriendo forzar la salida del alimento que la naturaleza había dejado de darle. Junto a ellos, aferrados a su vestido, dos niños de aspecto amilanado exhibían su devastada silueta salpicada de la cárdena flor de la hambruna. Los cuatro miembros del pequeño grupo, acurrucados unos contra otros, se retraían en un intento de mantenerse lo más lejos posible del recién llegado, mientras le contemplaban alzando hacia él sus enormes ojos aterrados, como hacen los animales salvajes que se saben acorralados. [426]

Lo que intenta mostrar Stowe es que los sureños blancos pobres ya eran exiliados y que su única esperanza consistía en recibir ayuda de los demás. Ahora bien, ¿habría alguien dispuesto realmente a echarles una mano? El desprecio que pone en boca de los plantadores del sur no era solamente fruto de su imaginación. Eran muchos los terratenientes que detestaban a los blancos pobres debido a sus actividades delictivas y, sobre todo, por la responsabilidad que tenían, junto con los esclavos, en el comercio de objetos robados. En la década de 1850, al crecer la población de blancos pobres, un gran jurado de distrito de Charleston recomendó privar del derecho al voto a aquellos varones blancos pobres cuyo nivel de

«degradación» hubiera llegado al extremo de inducirles a participar con los negros en el tráfico de alcohol. [427]

Los tribunales, controlados por los latifundistas, podían despojar del sufragio a cualquier hombre libre. En las décadas de 1840 y 1850, tanto Carolina del Norte como Carolina del Sur, junto con Luisiana y Virginia, mantuvieron sometidos a los blancos pobres con el simple expediente de conservar la cláusula que determinaba que, para poder ejercer un cargo, era necesario contar con un cierto montante de propiedades. El ostracismo social era tal vez el mayor estigma y la máxima vergüenza, y una de sus expresiones se concretaba, por ejemplo, en el hecho de que los hacendados obligaran a los blancos pobres a utilizar la puerta trasera cuando tenían que acudir a la casa del amo. Cuando se presentaban con la intención de mendigar un poco de comida o algún apaño, los esclavos les llamaban «cabras descarriadas». Los reformistas del sur se mostraban igualmente despectivos. En un discurso pronunciado en el Instituto de Carolina del Sur en 1851, William Gregg, un defensor del progreso industrial y propietario de una fábrica de algodón, hará hincapié en el argumento evolutivo diciendo que «todavía hemos de sufrir a nuestros blancos pobres […], que se pasan la vida sumidos en un estado que apenas les distancia un paso del indio de los bosques». Gregg contrataba únicamente a blancos pobres en su factoría, ya que abrigaba la esperanza de elevarlos a una posición algo más civilizada —aunque similarmente sometida— mediante el desempeño de un trabajo estable y la posibilidad de llevar a sus hijos al colegio o de acceder ellos mismos a la educación. [428]

Pocos ocupantes ilegales incluidos en la categoría de «escoria blanca» podían permitirse el lujo de conseguir una propiedad de suelo libre o una granja. Vivían por ello rebuscando en las basuras y llevando una existencia propia de vagabundos y ladrones, al menos según los informes que redactaban por entonces los sureños acomodados. Sin embargo, la verdad es más compleja. Muchos de esos ocupantes trabajaban como arrendatarios y jornaleros, codo con codo con los esclavos. Cuando llegaba la época de la cosecha, los hombres y las mujeres pobres bregaban día y noche por un salario de miseria. En ciudades como Baltimore o Nueva Orleans, una parte de las labores más susceptibles de deslomar a cualquiera —como las agotadoras faenas del tendido de vías férreas, la pavimentación de las calles, el manejo de los carretones de tiro o la apertura de zanjas— se

encomendaban fundamentalmente a obreros blancos pésimamente pagados. [429]

En la década de 1850, los blancos pobres se habían convertido ya en una clase permanente. Al no poseer esclavos, ellos mismos se identificaban como «granjeros sin granja». Los pequeños propietarios de esclavos estaban por regla general emparentados con los grandes colonos, lo que nos recuerda la enorme importancia que tenía entonces el linaje y el parentesco. Los dueños de esclavos contaban con un conjunto de instrumentos financieros poco comunes, y eso les colocaba muy por encima de quienes no disponían de ellos: si criaban, por ejemplo, a los hijos de los esclavos, era como una forma de inversión, ya que ese gesto constituía una inestimable garantía subsidiaria que ampliaba su margen de crédito a la hora de obtener un préstamo.

Tanto si optaban por permanecer allí donde se hubieran afincado como si decidían trasladarse al oeste, los blancos pobres ocupaban siempre tierras de muy mala calidad. Aunque prácticamente la mitad de ese grupo de población abandonó las costas del Atlántico Sur para emigrar a Texas, Arkansas, Misisipi u otras regiones, lo cierto es que el porcentaje de blancos pobres presente en los estados originalmente esclavistas se mantuvo básicamente constante. La teoría de la válvula de escape no funcionó. [430]

La etiqueta de «escoria blanca del sur» no fue solo una creación de los habitantes del norte, como pretenden sostener algunos. Pese a que la apócope inglesa *po'* incluida en la expresión *po' white trash* [431] pudiera ser una derivación del vocabulario y la forma de hablar de los esclavos, está claro que su resonancia resultaba significativa para las élites del sur que despreciaban a los pobres (tal y como hacía Jefferson, por ejemplo) por considerarlos simple «basura». El insólito binomio que forman Harriet Beecher Stowe y Daniel Hundley hicieron suya la noción de «sangre pura» al describir las hereditarias virtudes de clase. De hecho, la noción de que una determinada característica «se llevaba en las venas y procedía del cruzamiento de los padres» constituía una categorización cuasi científica con la que se subrayaba la persistencia del parecido físico entre una generación y otra. [432]

Hundley, que era originario de Alabama, nunca alcanzaría la celebridad de Stowe, que había nacido en Connecticut, pero tampoco era un típico sureño. Tras licenciarse en Derecho en la Universidad de Harvard en 1853, Hundley contrajo matrimonio con su prima de Virginia (como era

costumbre en el sur de Estados Unidos). Poco después, su suegro le envió a Chicago para que se ocupase de gestionar allí los bienes inmuebles de la familia. Antes de hallar ocasión de confiar al papel las opiniones que le merecían los blancos pobres, Hundley fue testigo del pánico financiero de 1857, que inundó Chicago de desempleados. Tras la elección de Lincoln, Hundley regresó a Alabama y, con un giro de ciento ochenta grados, se convirtió en un ardiente defensor de la secesión y el modo de vida sureño. [433]

Hundley sostenía que los auténticos caballeros sureños llevaban sangre de *cavalier* [434] en las venas, sacándose así de la manga un ficticio linaje regio que los colocaba por encima de los anglosajones comunes y corrientes. Hundley llegó a rebajar a Jefferson a la categoría de una especie de mestizo, ya que a pesar de pertenecer por parte de madre a la clase de los nobles *cavaliers* , por la rama paterna revelaba ser un simple anglosajón campechano. El arquetipo del caballero sureño que pinta Hundley guarda numerosas semejanzas con el caballo árabe: su talla (o alzada) era de un metro ochenta y dos, poseía un cuerpo fuerte y atlético y se desenvolvía a las mil maravillas en la caza y en las largas expediciones campestres. En su taxonomía, Hundley clasifica en orden descendente las clases de raza blanca en función de su línea de consanguinidad: la alta burguesía de los *cavaliers* ocupaba la cima de la pirámide social y los anglosajones se encontraban en el segmento medio, mientras que los pequeños propietarios rurales, junto con los pertenecientes a la clase que él mismo denominaba como «matones del sur» y «escoria blanca», languidecían debilitados en la base. Estas formas inferiores no podían presentar más antepasados que un puñado de convictos y criados forzosos de Jamestown, ya que se trataba de los mancillados herederos de los vagabundos abocados a la mendicidad o de los que merodeaban por las peores callejas de Londres. [435]

Por su parte, en la trama de su novela *Dred* , Harriet Beecher Stowe distingue tres clases en el estrato de los blancos pobres del sur. Los malvados y maliciosos, similares a los matones sureños de Hundley, eran individuos libertinos que vivían sumidos en un constante estupor alcohólico y soñaban con poseer un esclavo al que poder dar órdenes. Por debajo de estos seres crueles se hallaban los de la escoria blanca, que vivían como animales asustados, ocultos en alguna madriguera, para repugnancia de todos. Sin embargo, la clase más interesante de todas cuantas figuran en su libro es la de los mestizos. El personaje de la señorita Sue pertenecía a los

Peyton de Virginia (de «buen linaje»). Tras perder sus riquezas, la familia de Sue había entrado en un proceso de «degeneración». Cediendo a un impulsivo arranque, Sue contrajo matrimonio con John Cripps, un blanco pobre. Al final, sin embargo, los hijos de la pareja consiguen regenerarse gracias al linaje de la madre: eran «muy guapos» y llevaban pintada en el rostro la enseña de su legado biológico. «No tenían en modo alguno ni el acento ni los modales de los chiquillos blancos asilvestrados». Tras la muerte de Sue, los jovencitos continuarán puliéndose en Nueva Inglaterra, al tener ocasión de educarse en los mejores colegios. Una saludable concatenación de circunstancias les permitirá reafirmar el elevado origen consanguíneo de la madre. [436]

En la imaginación popular, la escoria blanca pobre estaba fundamentalmente compuesta por tipos «curiosos» de «rareza» igual a la de «cualquier descripción de la población china o india». En una de las explicaciones dirigidas a sus alumnos, una maestra de escuela de New Hampshire se hará eco de otra de las ideas preconcebidas sobre esta clase de personas al sostener que los hijos de los comearcillas de Georgia envejecían prematuramente. Aunque no contaran más de diez años de edad, según él «muestran un semblante estúpido y embrutecido, y muy a menudo padecen hidropesía, lo que les da un aspecto aborrecible». Nada podía denotar en términos más dramáticos el decadente carácter de una raza como la decrepitud y el cutis arrugado y marchito de sus descendientes. [437]

Los comentaristas de la época insistían una y otra vez en el extraño color de la piel de estos blancos pobres. Hablan así de «una tez poco natural», en la que se observa un «espantoso tono blanco amarillento». Otros resaltan, como el propio Hundley, que su pellejo tiene el aspecto de un «pergamino ajado». El cabello de los críos es «como el algodón», o extremadamente rubio, «igual que el lino» (una blancura enfermiza que los asemeja a los albinos). Se trataba de blancos pobres, de golfillos que se alimentaban de porquerías, de barro incluso, y parecían «cadáveres exangües». El pelo, que según se dice llevan «mal rapado», les confiere la apariencia del algodón que agostaba los campos que les rodeaban. Las mujeres son «miserables especímenes maternos», no hembras que respondan al estereotipo de la nodriza ideal. Y tampoco cuidaban adecuadamente de su descendencia. Esta «panda de caras de sebo», como les calificará despectivamente un periódico de Kansas, tenía la costumbre de embutir arcilla en la boca de sus hijitos.

No se habían utilizado tanto las voces destinadas a estigmatizar a los blancos pobres desde el siglo XVII . [438]

La expresión «de tal palo tal astilla» seguía siendo el principio guía en el que se basaban estos retratos condenatorios. Mary Boykin Chesnut, una mujer nacida en el seno de una acaudalada familia de Carolina del Sur, nos ofrece en su diario una de las instantáneas más repelentes de cuantas habrían de legarnos las décadas centrales del siglo XIX . Los blancos pobres de la zona habían llegado a la convicción de que una mujer de su vecindario, una tal Milly Trimlin, era bruja. Tras su muerte, unas «supersticiosas hordas» desenterraron en tres ocasiones sus huesos para impedir que reposaran en tierra consagrada y los dispersaron por el campo. Despreciada en vida por sus propios parientes y obligada a vivir de la caridad ajena, Trimlin era, según asegura Chesnut, «un perfecto ejemplo de la calaña cutre de los médanos». (La raza *tacky* [traducida aquí por «cutre»], era una casta degenerada de caballos que vivía en las marismas de Carolina). Y desde luego Trimlin presentaba todos los rasgos que se hubieran esperado en alguien al que se le asigna tal papel: «Tenía la piel pajiza y como de cuero, hasta el blanco de los ojos presentaba un color bilioso. Era de baja estatura, fuerte y flaca, de rasgos duros y puños nudosos». [439]

Pocos se preocuparían lo más mínimo de la terrible pobreza de estas gentes, y muchos menos aun tratarían de hallar algún tipo de solución a sus apuros. Tenidos por especímenes antes que por seres dotados de conciencia y conocimiento, los habitantes de los médanos y los comearcillas deambulaban por los parajes en que residían convertidos en individuos anormales y contrahechos, en ejemplares de una «raza de triste reputación» llamada a perpetuarse, generación tras generación, inmunes a los eventuales cambios introducidos por los reformadores sociales. En los estados del sur, únicamente un puñado de personas, como William Gregg, consideraría la idea de instruir a la escoria blanca pobre con el fin de permitirles trabajar en las fábricas. Quienes defendían la esclavitud habían llegado a la conclusión de que el sistema del empleo sin sueldo era tan natural como necesario, superior incluso al del trabajo libre. En 1845, el exgobernador James Henry Hammond, de Carolina del Sur, insistió en que la esclavitud debía constituir la piedra angular de toda relación laboral y en que la subordinación de clase era algo igualmente normal. Sin el menor atisbo de vergüenza, Hammond recalcó su convicción de que la idea que había defendido Jefferson de que

«todos los hombres son creados iguales» era «ridículamente absurda». Acababa de surgir por entonces un círculo de influyentes intelectuales sureños que hacía abiertamente hincapié en que la mejor forma de alcanzar la libertad pasaba por conseguir que la gente permaneciera indefinidamente en la posición social que le correspondiera por nacimiento. [440]

Irrumpía así en escena el «intelectual caucásico». En 1850, el profesor Nathaniel Beverley Tucker, de la Escuela Universitaria de William and Mary afirmará que este tipo de individuos poseían rasgos de la «más alta perfección» y estaban naturalmente preparados para gobernar tanto a los negros como a los blancos inferiores a él. Seis años más tarde, el *Richmond Enquirer* de Virginia remachaba la idea, cada vez más popular, de que la esclavitud no era una cuestión vinculada con el color de la piel, sino una consecuencia del linaje y de los hábitos. Por eso no debe sorprendernos que Harriet Beecher Stowe indique en sus obras que los poseedores de esclavos deseaban el afianzamiento de una nueva clase social integrada por blancos pobres: una clase de esclavos blancos. «Al igual que otras razas nómadas», resalta Hundley, la escoria blanca deberá «retirarse cada vez más hacia el oeste y el sur hasta perderse y ser finalmente absorbida por los semicivilizados mestizos que habitan en las llanuras de México». Para los nuevos elitistas, la migración extramuros de Norteamérica era la única indulgencia salvadora. [441]

El linaje fue el eje argumental del dictamen judicial emitido por el presidente del Tribunal Supremo, Roger B. Taney, como portavoz de la mayoría de los miembros de su corte en la sentencia del caso Dred Scott de 1857. [442] Pese a que la vista debía determinar si un esclavo que hubiera sido llevado a un estado en el que la esclavitud fuese ilegal, o a un territorio federal, debía ser puesto en libertad o no, las conclusiones de la justicia tuvieron un alcance muy superior. Al abordar el tema de la esclavitud en los territorios federales, Taney, que había nacido en el seno de una acaudalada familia de Maryland, juzgó inválida la prohibición de la esclavitud que Jefferson había instituido en la Ordenanza Noroeste de 1787 por apreciar que la norma carecía de rango constitucional. Elaboró así un constructo propio con su particular versión del contrato social original establecido en los tiempos de la Revolución, la Declaración de Independencia y la Convención Constitucional de Filadelfia: solo los hijos de los individuos blancos libres pertenecientes a la generación fundadora quedaban cubiertos por el acuerdo original; únicamente el pedigrí podía determinar quién tenía

derecho a la ciudadanía estadounidense y quién contaba con una genealogía racial susceptible de justificar que se le reconocieran los títulos de libertad y la consideración de «hombre libre». La opinión judicial de Taney era de una gran trascendencia, ya que convertía literalmente el linaje en un principio constitucional. Puede demostrarse que, en esta controvertida sentencia, Taney venía a rechazar en realidad toda noción de democracia y basaba el derecho de ciudadanía en las líneas de consanguinidad y la procedencia racial de las personas. Con su fallo, el presidente del Tribunal Supremo dictaminaba que la intención original de los padres fundadores había consistido en clasificar a los miembros de la sociedad en función de sus particulares y más reconocibles cepas étnicas. [443]

Se había trazado con nuevos contornos el perfil del vagabundo y el ocupante ilegal, pero todos ellos, en esencia, fuesen hombres o mujeres, seguían siendo objeto de la misma consideración: eran un simple pedazo de escoria blanca condenada a vivir en los márgenes de la sociedad rural. Los observadores señalaban que la movediza masa de indeseables que derivaba lentamente al ritmo de la constante expansión al oeste constituía un desafío para el principio axial de la democracia. California era un primer toque de atención. Las preocupaciones de los angustiados sureños no se centraban únicamente en las cuestiones de la sociedad esclavista y la economía basada en la esclavitud, también giraban en torno al creciente número de blancos pobres que dejaban palmariamente en evidencia la permanente desigualdad inherente a un orden social de naturaleza vertical. ¿Había realmente alguien que siguiera hablando de igualdad entre los blancos? Nadie que tuviera verdadera relevancia, desde luego. Digámoslo sin ambages: en la senda de la desunión, las cunetas aparecían repletas de basura blanca.

---

[387] Uno de los primeros usos de la expresión «escoria blanca pobre» es la que aparece en un texto de 1822 publicado en Georgetown, Distrito de Columbia. El escrito informaba del «novísimo y antojadizo juicio celebrado el jueves pasado en nuestro tribunal de circuito [sistema adaptado del surgido en la Inglaterra de Enrique II, que dictó que los jueces debían recorrer el país por una serie de rutas o circuitos preestablecidos a fin de atender los pleitos y evitar así que la gente tuviese que acudir a Londres para zanjar sus disputas]: el de Nancy Swann, una dama de color cuyos terribles poderes brujeriles han hecho estremecer tanto a los negros como a la escoria blanca pobre»: véase el *Bangor Register* de Maine, 1 de agosto de 1822. El autor de esta primera referencia impresa señala que nunca había oído utilizar en ese sentido la fórmula «escoria blanca»: véase «From the Chronicle Anecdotes», *Illinois Gazette* de Shawnee, 23 de junio de 1821. El argumento de que la miseria de los blancos pobres superaba incluso a la de los esclavos negros surgió en el transcurso de los debates

sobre el Compromiso de Misuri [acuerdo previo a la admisión de ese territorio en Estados Unidos por el que se prohibió la esclavitud al norte del paralelo 36° 30', a excepción de Misuri]: véase «Slavery in the New States», *Hallowell Gazette* de Maine, 8 de diciembre de 1819. Y para la idea de que los blancos pobres de la clase obrera fueran tan «toscos e incultos como los propios esclavos», véase también «Maryland», *Niles Weekly Register* , 15 de diciembre de 1821. Para una obra satírica en la que un hombre de color se muestra horrorizado al enterarse de que hay gente de la escoria blanca que está contrayendo matrimonio con personas pertenecientes a los círculos de los negros libres, véase el *Baltimore Patriot and Mercantile Advertiser* , 12 de abril de 1831. Para la crónica del comportamiento de la escoria blanca pobre en el funeral de Andrew Jackson, en la ciudad de Washington, véase *New York Herald* , 30 de junio de 1845.

[388] Emily P. Burke, *Reminiscences of Georgia* , Oberlin, Ohio, 1850, pp. 205-206; «Sandhillers of South Carolina», *Christian Advocate and Journal* , 1 de agosto de 1851; «The Sandhillers of South Carolina», *Ohio Farmer* , 1 de enero de 1857; «Clay for Food», *Ballou's Pictorial Drawing-Room Companion* , 1 de julio de 1858; «Clay-eaters. From Miss Bremer's "Homes of the New World"», *Youth's Companion* , 21 de septiembre de 1854, p. 88; «Poor Whites of the South», *Freedom's Champion* , 11 de abril de 1863; «Poor Whites in North Carolina», *Freedom's Record* , 1 de noviembre de 1865.

[389] George M. Weston, *The Poor Whites of the South* , Washington, D. C., 1856, p. 5; Eric Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men: The Ideology of the Republican Party Before the Civil War* , Oxford University Press, Nueva York, 1970, edición revisada de 1995, pp. 42, 46-47.

[390] Daniel Hundley, *Social Relations in Our Southern States* , edición de William J. Cooper hijo, 1860; reimpresión de la Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1979, pp. xv, 251, 254, 258.

[391] Trazada originalmente entre 1763 y 1767 para resolver una disputa fronteriza entre las colonias de Maryland, Pensilvania y Delaware, terminaría convirtiéndose en una divisoria simbólica, ideológica y cuasi geográfica entre los estados esclavistas del sur y los abolicionistas del norte. (*N. del T.*)

[392] Harriet Beecher Stowe, *Dred: A Tale of the Great Dismal Swamp* , edición de Robert S. Levine, 1856, reimpresión de la University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, pp. 106-107, 109, 190-191, 400; véase también Allison L. Hurst, «Beyond the Pale: Poor Whites as Uncontrolled Contagion in Harriet Beechers Stowe's *Dred* », *Mississippi Quarterly* , vol. 63, n.os 3-4, verano / otoño de 2010, pp. 635-653; junto con Hinton Rowan Helper, *The Impending Crisis of the South: How to Meet It* , edición de George M. Fredrickson, 1857, reimpresión de la Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1968, pp. ix, 32, 44-45, 48-49, 89, 110, 381. En 1857 se vendieron trece mil ejemplares de *The Impending Crisis* ; en 1860 se publicó una versión corregida y aumentada que logró distribuir cien mil ejemplares, y Helper asegura que en mayo de 1860 eran ya 137.000 las personas que habían adquirido su obra. Véase David Brown, *Southern Outcast: Hinton Rowan Helper and «The Impending Crisis of the South»* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2006, pp. 1, 130, 148, 182.

[393] El tratado con México añadió una superficie de 1.371.000 kilómetros cuadrados al territorio norteamericano, Oregón supuso 732.000 kilómetros cuadrados más, y la Venta de La Mesilla redondeó la cifra con 315.600 kilómetros cuadrados. Para saber más sobre la guerra, véase Thomas Hietala, *Manifest Design: American Exceptionalism and Empire* , edición revisada, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2003, pp. 2, 10, 36, 40-42, 49, 52-53, 81-83, 200-201, 230-231, 251; Amy Greenberg, *A Wicked War: Clay, Polk, and Lincoln and the 1846 Invasion of Mexico* , Knopf, Nueva York, 2012, pp. 25, 55, 61-63, 67, 78-79, 84-85, 95, 100, 104, 259-261; Jesse S. Reeves, «The Treaty of Guadalupe-Hidalgo», *American Historical Review* , vol. 10, n.º 2, enero de

1905, pp. 309-324; Jere W. Robinson, «The South and the Pacific Railroad, 1845-1855», *Western Historical Quarterly* , vol. 5, n.º 2, abril de 1974, pp. 163-186.

[394] Para la creciente popularidad de esta ideología, véase Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981, pp. 183, 208-209, 224-228, 236-237. La teoría de Franklin todavía seguía teniendo peso entre sus numerosos adeptos en el periodo inmediatamente anterior a la guerra de Secesión. Un autor sostenía que la tasa de crecimiento demográfico se doblaba cada veintitrés años, aunque su argumentación difiere de la de Franklin en la insistencia con la que recalca que, de una población total de diecisiete millones de personas, «catorce millones pertenecían a la raza anglosajona». Véase «America», *Weekly Messenger* , 7 de diciembre de 1842, pp. 1.502-1.503; véase también «Progress of the Anglo-Saxon Race», *Literary World* , 26 de julio de 1851, pp. 72-73; y para la idea de que los anglosajones (es decir, los habitantes blancos de Estados Unidos y Gran Bretaña) estaban destinados a conquistar el mundo mediante la propagación de su población y su lengua, véase «The Anglo-Saxon Race», *Christian Observer* , 22 de marzo de 1860.

[395] Práctica consistente en garantizar únicamente los derechos civiles de un grupo social en función de su etnia, lengua, religión, etcétera. En su forma negativa niega esos derechos a los grupos considerados rivales o peligrosos, bloqueando *de facto* su acceso al trabajo, la riqueza, los conocimientos, las artes, etcétera. (*N. del T.*)

[396] «The Education of the Blood», *American Monthly Magazine* , enero de 1837, pp. 1-7, y muy especialmente la página 4.

[397] Véase «Spurious Pedigrees» y «American Blood», *American Turf Register and Sporting Magazine* , junio de 1830 y noviembre de 1836, pp. 492-494 y 106-107; junto con John Lewis, «Genealogical Tables of Blooded Stock», *Spirit of the Times: A Chronicle of the Turf, Agriculture, Field Sports, Literature and the Stage* , 14 de enero de 1837, p. 380; y «From Our Armchair: The Races», *Southern Literary Journal and Magazine of Arts* , marzo de 1837, pp. 84-86.

[398] En 1853, el libro de Alexander Walker se reimprimió en Filadelfia. Véase también «Intermarriage», *British and Foreign Medical Review or Quarterly Journal of Practical Medicine and Surgery* , vol. 7, abril de 1839, pp. 370-385. Orson Fowler recoge las ideas de Jefferson al escribir estas palabras: «Los granjeros y ganaderos se toman las mayores molestias para cerciorarse de que las ovejas, terneros y potros que crían, e incluso los cerdos mismos, provengan de cepas de primera clase, y sin embargo, se desentienden por completo de la línea genealógica de la que han de brotar sus futuros hijos». Fowler también dividía las razas en distintos compartimentos, lo que le llevará a argumentar que tanto el indio como el africano acabarían por sucumbir ante la superior raza caucásica. Véase Orson Squire Fowler, *Hereditary Descent: Its Laws and Facts Applied to Human Improvement* , Nueva York, 1848, pp. 36, 44, 66-69, 80, 92, 100, 125, 127, 135. Para otro ejemplo de esta nueva literatura de autoyuda, véase el texto del doctor John Porter titulado *Book of Men, Women, and Babies: The Laws of God Applied to Obtaining, Rearing, and Developing of Natural, Healthful, and Beautiful Humanity* , Nueva York, 1855, pp. 25, 28-29, 73, 79, 110, 193; véase también «Remarks on Education», *American Phrenological Journal* , 1 de noviembre de 1840; y para un trabajo en el que se emplea ese mismo lenguaje y se habla de «tener muy presente el pedigrí», aunque aplicado en este caso a la cría de ganado, véase «Essay upon Livestock», *Farmer's Register; a Monthly Magazine* , 28 de febrero de 1838; y véase también «Our Anglo-Saxon Ancestry», *Philanthropist* , 8 de diciembre de 1841. Para las reflexiones relacionadas con la herencia genética en general, véase Charles Rosenberg, *No Other Gods: On Science and American Social Thought* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1961, pp. 28, 31-32, 34, 40, 42; véase también Robyn Cooper, «Definition and Control: Alexander Walker's Trilogy on Woman», *Journal of the History of*

Sexuality , vol. 2, n.º 3, enero de 1992, pp. 341-364, y muy especialmente las páginas 343, 345 y 347 a 348.

[399] Lawrence había publicado en 1819 un libro titulado *Lecture on Physiology, Zoology, and the Natural History of Man* . Para más información sobre las diferentes escuelas de pensamiento a las que pertenecían Lawrence y Nott, véase John Haller hijo, «The Species Problem: Nineteenth-Century Concepts on Racial Inferiority in the Origins of Man Controversy», *American Anthropologist* , n.º 72, 1970, pp. 1319-1329. Para el argumento que esgrime Nott al asegurar que los mulatos son individuos híbridos y su insistencia en que las actuales «razas anglosajona y negra» son «especies distintas», véase J. C. Nott, «The Mulatto a Hybrid — Probable Extermination of the Two Races If the Whites and Blacks Are Allowed to Intermarry», *Boston Medical and Surgical Journal* , 16 de agosto de 1843; véase también Reginald Horsman, *Josiah Nott of Mobile: Southerner, Physi- cian, and Racial Theorist* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1987.

[400] Véase «Literary Notices», *Northern Light* , 2 de septiembre de 1844; Horsman, «Scientific Racism and the American Indian at Mid-Century», *American Quarterly* , vol. 27, n.º 2, mayo de 1975, pp. 152-168.

[401] Véase «Inaugural Address ١٨٣٦», en *First Congress — First Session. An Accurate and Authentic Report of the Proceedings of the House of Representatives. From the 3d of October to the 23d of December* , por M. J. Favel, Columbia, Texas, 1836, p. 67; véase también la carta de Sam Houston a Antonio Santa Anna, 21 de marzo de 1842, en *Writings of Sam Houston, 1813-1863* , edición de Amelia W. Williams y Eugene C. Barker, 8 vols., Austin, Texas, 1938, vol. 2, p. 253; junto con Charles Edward Lester, *Sam Houston and His Republic* , Nueva York, 1846, p. 103.

[402] Para el discurso y la ceremonia de toma de posesión de Houston, véase *First Congress — First Session. An Accurate and Authentic Report of the Proceedings of the House of Representatives* , *op. cit* ., pp. 57, 65-69. Hasta el periodo de la revolución de Texas hubo distintos informes negativos sobre Houston, al que se le acusaba de ser un «hombre vil y extraviado» que vivía exiliado entre los indios: véase «General Houston», *Rural Repository* , 16 de julio de 1836. El coronel Mirabeau Lamar, que anteriormente había ejercido cargos políticos en Georgia, sería, en cambio, elogiado por la prensa, que le calificaba de «estadista, poeta y soldado» y veía en él la encarnación del «hermoso ideal de la caballerosidad sureña», véase «A Modern Hero of the Old School», *Spirit of the Times* , 18 de junio de 1836. Lamar hizo un llamamiento destinado a librar «una guerra de exterminio contra los guerreros [indios], una contienda que no tendrá fin y en la que tampoco habrá cuartel en tanto no se consiga la total extinción de [los nativos]». Lamar no tenía la menor intención de esperar a que la naturaleza siguiera su curso. Véase Gary Clayton Anderson, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875* , University of Oklahoma Press, Norman, 2005, p. 174; véase también Mark M. Carroll, *Homesteads Ungovernable: Families, Sex, Race and the Law in Frontier Texas, 1823-1860* , University of Texas Press, Austin, 2001, pp. 23-24, 33-38, 43; Peggy Pascoe, *What Comes Naturally: Miscegenation Law and the Making of Race in América* , Oxford University Press, Nueva York, 2009, pp. 18, 21.

[403] Para saber más sobre Gideon Lincecum, véase Mark A. Largent, *Breeding Contempt: The History of Coerced Sterilization in the United States* , Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey, 2011, pp. 11-12.

[404] Carroll, *Homesteads Ungovernable* , *op. cit* ., pp. 3-5, 11-13, 17-19.

[405] *Ibid* ., pp. 42, 46. Para los discursos de James Buchanan y Levi Woodbury, véase el apéndice del *Congressional Globe* , Senado, vigésimo octavo congreso, primera sesión, junio de 1844, pp. 726, 771. Véase también Horsman, *Race and Manifest Destiny* , p. 217. Y para la idea de que el mestizaje se debía al hecho de que los «españoles se hubieran injertado en la cepa de los aborígenes, pese a su

condición de pueblo conquistado y corrompido, con el resultado de una sangre mestiza y unos individuos torpes e indolentes», véase Brantz Mayer, *Mexico as It Was and as It Is* , Nueva York, 1844, p. 333.

[406] William W. Freehling, *The Road to Disunion: Secessionists at Bay, 1776-1854* , Oxford University Press, Nueva York, p. 419; Greenberg, *A Wicked War* , *op. cit* ., pp. 69-70; Hietala, *Manifest Design* , *op. cit* ., pp. 5, 26-34, 40-43, 50. Para saber más acerca de la teoría de Benjamin Rush, véase el capítulo 5 del presente libro. Para el discurso de Robert Walker sobre la anexion de Texas véase el apéndice del *Congressional Globe* , Senado, vigésimo octavo congreso, primera sesión, junio de 1844, *op. cit* ., p. 557; junto con Robert Walker, *Letter of Mr. Walker, of Mississippi, Relative to the Annexation of Texas* , Washington, D. C., 1844, pp. 14-15; Horsman, *Race and Manifest Destiny* , *op. cit* ., pp. 215-217; y Stephen Hartnett, «Senator Robert Walker's 1844 Letter on Texas Annexation: The Rhetorical Logic of Imperialism», *American Studies* , vol. 38, n.º 1, primavera de 1997, pp. 27-54, y especialmente las páginas 32 y 33. Para la torticera utilización de los datos censales por parte de Nott, véase C. Loring Brace, «The "Ethnology" of Josiah Clark Nott», *Journal of Urban Health* , vol. 50, n.º 4, abril de 1974, pp. 509-528; y Albert Deutsch, «The First U. S. Census of the Insane (1840) and Its Use as Pro-Slavery Propaganda», *Bulletin of the History of Medicine* , n.º 15, 1944, pp. 469-482.

[407] Discurso de Alexander Stephens sobre la anexión de Texas, apéndice del *Congressional Globe* , Cámara de Representantes, vigésimo octavo congreso, segunda sesión, 25 de enero de 1845, p. 313. Walker convirtió Texas en una entidad orgánica provista de «venas y arterias» que debía reincorporarse a Estados Unidos a fin de sanar las heridas de un «estado mutilado»: véase la *Letter of Mr. Walker* , *op. cit* ., p. 9; junto con Horsman, *Race and Manifest Destiny* , *op. cit* ., p. 218.

[408] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[409] Para más información acerca de las «anexiones maritales», véase Nancy Isenberg, *Sex and Citizenship in Antebellum América* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998, p. 140; así como James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848* , New York University Press, Nueva York, 1992, p. 200; y para saber más sobre Cave Johnson Couts, véase Michael Magliari, «Free Soil, Unfree Labor: Cave Johnson Couts and the Binding of Indian Workers in California, 1850-1867», *Pacific Historical Review* , vol. 73, n.º 3, agosto de 2004, pp. 349-390, y sobre todo las páginas 359 y 363 a 365. Para la relación que existía entre Polk y Couts, véase Greenberg, *A Wicked War* , *op. cit* ., p. 69. La guerra mexicano-estadounidense desató un verdadero aluvión de propaganda racista: véase Lota M. Spell, «The Anglo-Saxon Press in Mexico, 1846-1848», *American Historical Review* , vol. 38, n.º 1, octubre de 1932, pp. 20-31, especialmente la 28 y la 30.

[410] Para más información sobre la chusma de Texas, véase Carroll, *Homesteads Ungovernable* , *op. cit* ., pp. 4, 79, 84-86. Para los individuos «cruzados» y los «dandis mestizos», véase Charles Winterfield, «Adventures on the Frontier of Texas and California: No. III», *The American Review; A Whig Journal of Politics, Literature, Art and Science* , noviembre de 1845, pp. 504-517. Los estadounidenses calificaban de «raza mestiza» a la población de California, ya que la juzgaban compuesta por una mezcla de los peores rasgos de la «arrogancia de los españoles y la haraganería de los indios», véase «California in 1847 and Now», *Ballou's Pictorial Drawing-Room Companion* , 6 de febrero de 1858.

[411] Para la utilización de los indígenas norteamericanos como sirvientes obligados, véase Margliari, «Free Soil, Unfree Labor», *art. cit* ., p., 349-358. Para el uso de los indios como criados y mano de obra esclavizada, véase «California — Its Position and Prospects», *United States Magazine and Democratic Review* , mayo de 1849, pp. 412-427. En Florida se efectuaron igualmente ese

mismo tipo de llamamientos, ya que también en ese estado meridional se querían reclutar mujeres casaderas: véase *New Bedford Mercury* , 4 de septiembre de 1835. La novelista Eliza Farnham publicó textos de literatura promocional pensados para animar a las mujeres a viajar a California: véase su *California, Indoor and Outdoor, How We Farm, Mine, and Live Generally in the Golden State* , Nueva York, 1856; véase también Nancy J. Taniguchi, «Weaving a Different World: Women and the California Gold Rush», *California History* , vol. 79, n.º 2, verano de 2000, pp. 141-168, y especialmente las páginas 142 a 144 y 148. Para saber más sobre la caricatura francesa, véase *Le Charivari* , *c* . 1850, Colección de imágenes, Biblioteca estatal de California. Para la idea de que la importación de mujeres a California pudiera acabar con la soltería, véase «A Colloquial Chapter on Celibacy», *United States Magazine and Democratic Review* , diciembre de 1848, pp. 533-542, y sobre todo la 537. Para el desequilibrio de la proporción de sexos en California —que llegó a provocar la afirmación de que había trescientos hombres por cada mujer—, véase «Letters from California: San Francisco», *Home Journal* , 3 de marzo de 1849.

[412] Véase Sucheng Chan, «A People of Exceptional Character: Ethnic Diversity, Nativism, and Racism in the California Gold Rush», *California History* , vol. 79, n.º 2, verano de 2000, pp. 44-85; Hinton Rowan Helper, *The Land of Gold: Reality Versus Fiction* , Baltimore, 1855, p. 264.

[413] Helper, *Land of Gold* , *op. cit* ., p. 264; Brown, *Southern Outcast* , *op. cit* ., pp. 25-26.

[414] La despectiva expresión «*digger Indians* » se aplicaba a varias tribus indígenas de Norteamérica, sobre todo a los paiutes del este y el centro de California. Su origen se debe a que estos nativos solían cavar (*dig* , en inglés) la tierra en busca de raíces y tubérculos con los que subsistir. (*N. del T.*)

[415] Helper, *Land of Gold* , *op. cit* ., pp. 166, 214, 221-222, 268, 272-273, 275. Helper también recurrirá a la vieja alusión de que los indios estaban desapareciendo como la nieve al sol: véase Laura M. Stevens, «The Christian Origins of the Vanishing Indian», en *Mortal Remains: Death in Early America* , Nancy Isenberg y Andrew Burstein (comps.), University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2003, pp. 17-30, y sobre todo la 18.

[416] Helper, *Land of Gold* , *op. cit* ., pp. 38-39, 47, 92, 94, 96 y 111.

[417] *Ibid* ., pp. 121-130. La forma en la que Helper expone el sacrificio ceremonial del toro en la plaza se convertirá en el modelo que él mismo emplee al describir la situación de los blancos pobres sometidos de los estados del sur. Esto le llevará a sostener, por ejemplo, que, en el sur, el labriego blanco libre recibe «el trato de una bestia repugnante, a la que se rehúye con el mayor de los desprecios […]. Es un simple don nadie y se le tendrá por un insufrible presuntuoso si se atreve a abrir el pico, aunque solo sea para pronunciar en voz baja un burdo monosílabo de tres letras, como “*sip* ” o “*nop* ” en presencia del augusto caballero del látigo y la tralla»: véase *The Impending Crisis* , *op. cit* ., p. 41.

[418] Helper, *Land of Gold* , *op. cit* ., pp. 150, 152-160, 180-182, 185; Helper, *The Impending Crisis* , *op. cit* ., pp. 42, 49, 89, 102-103, 101-111.

[419] Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men* , *op. cit* ., p. 166; Richard H. Sewell, *A House Divided: Sectionalism and Civil War, 1848-1865* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1988, pp. 52-55; véase también John Bigelow, *Memoir of the Life and Public Services of John Charles Fremont* , Nueva York, 1856, pp. 50-53.

[420] Para saber más acerca de las tesis que asimilan a los blancos pobres con los refugiados y los enviados al exilio, véase «Slavery and the Poor White Man», *Philanthropist* , 31 de mayo de 1843. Para el hecho de que la esclavitud estuviera despoblando los campos y expulsando a sus habitantes blancos, creando de ese modo en el sur una división de clase, de naturaleza social y política, por la que se separaba a los propietarios de esclavos de sus «vasallos» como si se tratara de dos estratos

jerarquizados, véase «Slavery and the Poor White Men of Virginia», *National Era* , 11 de enero de 1849. Para los «tiburones terrestres», véase Helper, *The Impending Crisis* , *op. cit* ., p. 151.

[421] Para saber más sobre David Wilmot, véase Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men* , *op. cit* ., pp. 60, 116; junto con Jonathan H. Earle, *Jacksonian Antislavery and the Politics of Free Soil, 1824-1854* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004, pp. 1-3, 27-37, 123-139; véase también «Slavery», *Workingman's Advocate* , 22 de junio de 1844; «Progress Towards Free Soil» y «The Homestead», *Young America* , 17 de enero y 21 de febrero de 1846. Para más información acerca de la derrota de la ley de Asentamientos Rurales de 1854, véase Gerald Wolff, «The Slavocracy and the Homestead Problem of 1854», *Agricultural History* , vol. 40, n.º 2, abril de 1966, pp. 101-112.

[422] Véase un resumen de este discurso en «Slavery in Kentucky», *Philanthropist* , 5 de mayo de 1841. En privado, Wilmot empleará los argumentos del linaje de sangre para atacar a los blancos del sur que poseían esclavos. En sus planteamientos sostenía que «¡los hombres nacidos de una mujer blanca y criados a sus pechos no van a dejarse gobernar por otros amamantados con la leche de alguna maldita criada negra!». Como ya hemos señalado antes, las teorías de la época aseguraban que la calidad del origen racial se transmitía a través de la leche materna. Para esta cita de Wilmot, véase Earle, *Jacksonian Antislavery* , *op. cit* ., p. 131.

[423] Para la aceptación popular del discurso de Frémont, véase Bigelow, *Memoir of the Life and Public Services of John Charles Fremont* , *op. cit* ., p. 458; véase también «America vs. America», *Liberator* , 22 de julio de 1842; y Helper, *The Impending Crisis* , *op. cit* ., pp. 42, 121, 149, 376.

[424] Helper, *The Impending Crisis* , *op. cit.* , pp. 67-72, 90-91; junto con Weston, *The Poor Whites of the South* ; y para comprender la forma en que los habitantes del sur utilizaban la cuestión agrícola para lamentar la decaída situación de sus estados, véase Drew Gilpin Faust, «The Rhetoric and Ritual of Agriculture in Antebellum South Carolina», *Journal of Southern History* , vol. 45, n.º 4, noviembre de 1979, pp. 541-568.

[425] Para una descripción de los blancos pobres que tenían que «rascar el suelo para malvivir», véase Warren Burton, *White Slavery: A New Emancipation Cause Presented to the United States* , Worcester, Massachusetts, 1839, pp. 168-169; así como Henry David Thoreau, «Slavery in Massachusetts», en *Reform Papers* , Wendell Glick (comp.), Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1973, p. 109; y para un debate sobre esta cuestión, véase Jennifer Rae Greeson, *Our South: Geographic Fantasy and the Rise of National Literature* , Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2010, p. 207.

[426] Stowe, *Dred* , *op. cit* ., pp. 105-106, 190-193.

[427] Jeff Forret, *Race Relations at the Margins: Slaves and Poor Whites in the Antebellum Southern Countryside* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2006, p. 112; Timothy James Lockley, *Lines in the Sand: Race and Class in Lowcountry Georgia, 1750-1860* , University of Georgia Press, Athens, 2001, pp. 115, 129, 164.

[428] Forret, *Race Relations at the Margins* , *op. cit* ., pp. 29, 97, 105, 112; para el discurso de Gregg, véase Helper, *The Impending Crisis* , *op. cit* ., p. 377; véase también Tom Downey, «Riparian Rights and Manufacturing in Antebellum South Carolina: William Gregg and the Origins of the "Industrial Mind"», *Journal of Southern History* , vol. 65, n.º 1, febrero de 1999, pp. 77-108, y especialmente la 95; junto con Thomas P. Martin, «The Advent of William Gregg and the Grantville Company», *Journal of Southern History* , vol. 11, n.º 3, agosto de 1945, pp. 389-423.

[429] Para más información sobre los operarios de Nueva Orleans y los hombres y las mujeres blancos y pobres que trabajaban en los campos, véase Helper, *The Impending Crisis* , *op. cit* ., pp. 299-301; y véase también Seth Rockman, *Scraping By: Wage Labor, Slavery, and Survival in Early Baltimore* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009.

[430] Para las barreras de clase que impedían o dificultaban la movilidad social en las filas de los blancos pobres, véase Charles C. Bolton, *Poor Whites of the Antebellum South: Tenants and Laborers in Central North Carolina and Northeast Misisipi* , Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 1994, pp. 14, 25, 27-29, 53, 67, 69, 94; junto con Stephen A. West, *From Yeoman to Redneck in the South Carolina Upcountry, 1850-1915* , University of Virginia Press, Charlottesville, 2008, pp. 28-39, 43-44. Para saber más sobre las menguantes oportunidades de mejora de los blancos que no poseían esclavos, véase Gavin Wright, *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century* , Norton, Nueva York, 1978, pp. 24-42.

[431] Por «*poor white trash* », evidentemente. (*N. del T.*)

[432] Stowe, *Dred* , *op. cit* ., pp. 27, 37, 109, 194.

[433] Véase la introducción de William Cooper a las *Social Relations in Our Southern States* de Hundley, *op. cit* ., pp. XV-XX.

[434] Término utilizado por los defensores del Parlamento durante la guerra civil inglesa con intención de ofender a los partidarios de Carlos I de Inglaterra. Aunque en origen aludiera a esa postura política, la voz no tardaría en asociarse con el amaneramiento y los extravagantes atavíos de la corte de la época. (*N. del T.*)

[435] Hundley, *Social Relations in Our Southern States* , *op. cit* ., pp. xxxii-xxxiii, 27-29, 31, 34-36, 40-41, 43-44, 60, 70-71, 82, 91, 198, 226, 239, 251, 255-257.

[436] Stowe, *Dred* , 81, 83, 86-87, 89-90, 99, 107-109, 190-194, 400, 543, 549.

[437] «Curious Race in Georgia», *Scientific American* , 31 de julio de 1847. En 1840, Emily Pillsbury, de New Hampshire, obtuvo una plaza docente en el asilo para huérfanos de Savannah y residió en el sur por espacio de nueve años. Durante esa estancia se casó con el reverendo A. B. Burke, pero al fallecer su esposo ella partió a Ohio. Véase Burke, *Reminiscences of Georgia* , *op. cit* ., p. 206. Para saber más sobre las «clases anormales de los estados esclavistas», véase «Selections: Manifest Destiny of the American Union», *Liberator* , 30 de octubre de 1857 (reimpreso en la *Westminster Review* , una publicación inglesa).

[438] Para más información acerca de las mujeres de la escoria blanca concebidas como «miserables especímenes maternos», véase «Up the Mississippi», *Putnam's Monthly Magazine of American Literature, Science, and Art* , octubre de 1857, pp. 433-456, y especialmente la página 456. Sobre su extraño cutis y su no menos raro cabello, véase Burke, *Reminiscences of Georgia* , *op. cit* ., p. 206; junto con «Sandhillers of South Carolina», *Christian Advocate and Journal* , 7 de agosto de 1851; «The Sandhillers of South Carolina», *Ohio Farmer* , 31 de enero de 1857; «Clay-Eaters», *Ballou's Pictorial Drawing-Room Companion* , 31 de julio de 1858. Para saber más sobre «The Poor Whites of the South», véase el *Freedom's Champion* del 11 de abril de 1863; así como Hundley, *Social Relations in Our Southern States* , *op. cit* ., pp. 264-265.

[439] Isabella D. Martin y Myrta Lockett Avary, edición de, *A Diary from Dixie, as Written by Mary Boykin Chesnut* , New York, 1905, pp. 400-401.

[440] Hammond sostenía asimismo que si en algún lugar predominaban los mulatos era en las ciudades, ya que eran el resultado de las relaciones sexuales entre los habitantes de los estados del norte o los extranjeros y los negros o las negras. Él les denomina «mestizos». Para más información sobre Hammond, véase Drew Gilpin Faust, *James Henry Hammond and the Old South: A Design for Mastery* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1982, pp. 278-282; así como James H. Hammond, *Two Letters on Slavery in the United States, Addressed to Thomas Clarkson, Esq.* , Columbia, Carolina del Sur 1845, pp. 10-11, 17, 26, 28. Para los planteamientos de otros

intelectuales favorables a la esclavitud, véase Drew Gilpin Faust, «A Southern Stewardship: The Intellectual and Proslavery Argument», *American Quarterly* , vol. 31, n.º 1, primavera de 1979, pp. 63-80, y especialmente las páginas 67, 73-74; y Laurence Shore, *Southern Capitalists: Politics and Ideology in Antebellum South Carolina* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, p. 43.

[441] Para saber más sobre Tucker, véase Faust, «A Southern Stewardship», *art. cit* ., p. 74. Para más información acerca del *Richmond Enquirer* , véase «White Slavery — The Privileged Class», *National Era* , 24 de enero de 1856. Y para la reacción que tuvieron los republicanos ante esta defensa de la esclavitud de los conservadores del sur, véase «Charles Sumner's Speech», *Ohio State Journal* , 19 de junio de 1860. Véase también Hundley, *Social Relations in Our Southern States* , *op. cit* ., p. 272. Peter Kolchin ha argumentado que llegó un momento en el que los partidarios de la esclavitud comenzaron a abogar en su favor con independencia del color de la piel: véase Kolchin, «In Defense of Servitude: Proslavery and Russian Pro-Serfdom Arguments, 1760-1860», *American Historical Review* , vol. 85, n.º 4, octubre de 1980, pp. 809-827, sobre todo las páginas 814-817.

[442] Dred Scott (1799-1858) era un esclavo afroamericano que solicitó sin éxito que se reconociera que él mismo, su esposa y sus dos hijas tenían derecho a la libertad. Su alegato se basaba en el hecho de que la familia llevaba cuatro años viviendo entre Illinois y Wisconsin, donde la esclavitud era ilegal y había leyes que afirmaban que los propietarios de esclavos perdían el derecho a retenerlos como tales si estos permanecían por un periodo prolongado en dichos territorios. (*N. del T.*)

[443] El dictamen se hizo público el 6 de marzo de 1857. En su pliego de motivos, el juez Taney recalcaba que en la Declaracion de Independencia no se hacía referencia a los esclavos ni a los descendientes de las personas de raza africana. En él esgrimía asimismo los argumentos de que no existía distinción entre el esclavo y el negro o el mulato libres, y de que el «estigma» de la «más profunda degradación» afectaba de forma imperecedera a todas las razas que no fuesen blancas. Esta «insuperable barrera» estaba vigente en la época de la revolución y de la Convencion Constitucional federal. Insistía asimismo en que la raza negra se distinguía negativamente de las demás por ser portadora de «marcas indelebles». Taney sostenía la idea de que Dred Scott era un «negro de origen africano, pues sus antepasados eran de pura sangre africana». Véase el caso *Scott v. Sandford* , 19 How. 393, U. S., 1856, pp. 396-397, 403, 405-407, 409-410 y 419. Para la importancia del pedigrí, véase James H. Kettner, *The Development of American Citizenship, 1608-1870* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1978, pp. 326, 328. En una sentencia anterior, emitida en 1851, Taney ya había rechazado la Ordenanza Noroeste como elemento de autoridad, y se valió de aquel precedente para apuntalar su fallo en el caso Dred Scott: véase William Wiecek, «Slavery and Abolition Before the Supreme Court», *Journal of American History* , vol. 65, n.º 1, junio de 1978, pp. 34-58, especialmente la 54 y la 56. Si Taney consiguió remachar la noción de que no existía diferencia alguna entre los esclavos y los negros libres, fue porque, a sus ojos, todos los descendientes de la raza, en bloque, pertenecían a una única y misma categoría, lo que una vez más venía a probar la relevancia del linaje. Véase también Dan E. Fehrenbacher, *Slavery, Law, and Politics: The Dred Scott Case in Historical Perspective* , Oxford University Press, Nueva York, 1981, pp. 187-198.

07

Cobardes, pusilánimes y pies de barro

La guerra civil como lucha de clases

«No habéis mostrado ser en ningún aspecto
hijos degenerados de nuestros padres. […].
Cierto es que blandís una causa que os une
con mayor fuerza que aquellas que vinculaban
a vuestros padres. Ellos lucharon
para quedar libres de las usurpaciones
de la corona británica, pero combatieron
contra un enemigo leal y viril.
Vosotros batalláis contra la hez de la tierra».

PRESIDENTE JEFFERSON DAVIS
Enero de 1863

En febrero de 1861, Jefferson Davis, el recién elegido presidente de la Confederación, viajó a Montgomery, en Alabama, para tomar posesión de su cargo. Al escuchar los vítores de la entusiasmada multitud de hombres y mujeres que acudían a recibirle pronunció un breve discurso frente al hotel Exchange. Tras dirigirse a su pueblo con estas palabras: «Queridos conciudadanos y hermanos de los Estados Confederados de América», Davis utilizó una metáfora de probada eficacia para definir el nuevo alcance de su jurisdicción: «somos hombres de una misma carne, movidos por un mismo interés y un mismo propósito, hombres a los que anima la identidad de nuestras instituciones domésticas». Casualmente, se trataba de una alusión bíblica idéntica a la que ya había hecho suya su vicepresidente Alexander Stephens, originario de Georgia, en una alocución leída ante el congreso en 1845. En esa ocasión, Stephens se había levantado de su escaño para defender la anexión de Texas y apoyar a su población anglosajona. [444]

El conocido tropo marital de ser «una sola carne», que poseía una doble dimensión racial y sexual, contribuía a ofrecer la imagen deseable de una casta insigne y diferente. En realidad, al afirmar que su nuevo país era un territorio que constituía la personificación misma de la «homogeneidad» demográfica, Davis estaba rememorando las palabras de otro político de apellido igual a su mismo nombre: Thomas Jefferson. En sus *Notes on the State of Virginia* , Jefferson había asegurado que el fundamento de la unidad y la seguridad nacionales se hallaba en la estirpe de quienes, habiendo nacido en suelo norteamericano, compartían unos mismos valores culturales. La idea de la «raza norteamericana» había quedado firmemente arraigada. [445]

Todos cuantos exponían a una luz favorable el modelo de esa «raza norteamericana» orbitaban argumentalmente en torno a los cálculos de la alteridad, es decir, del «nosotros contra ellos». Esto se revelaría extremadamente útil a medida que fue desarrollándose la expansión territorial y se produjo el choque de culturas entre el norte y el sur. Al consagrarse la secesión del sur se hizo evidente que resultaba necesario efectuar nuevos distingos. Por consiguiente, al recurrir el presidente confederado a una de sus asociaciones de ideas favorita, la de los «hijos degenerados», lo que estaba haciendo era apelar al «espíritu del 76», [446] asegurándose así de que su público comprendiera con claridad que la revolución de 1861 se proponía restaurar el virtuoso linaje de los padres fundadores. En su discurso, Davis aseguró a la muchedumbre que las gentes del sur eran herederas de los «sagrados derechos que nos han sido transmitidos». En caso necesario, dejarían patente la «valentía sureña» en el campo de batalla. La nueva nación probaría al mundo que «no somos los hijos degenerados» de George Washington y sus nobles pares, sino la legítima descendencia y el más lícito linaje de la primera república norteamericana. [447]

Después vino, no obstante, la otra cara de la moneda. En los últimos días del año 1862, Davis volvió a subirse al púlpito para hostigar a sus adversarios. En esta ocasión, en su alegato ante la Asamblea Legistativa de Misisipi, dedicó abiertamente una reprimenda a todos los hombres que integraban las fuerzas de la Unión. No eran más que una panda de «bellacos» al servicio de un Gobierno «podrido hasta la médula». La guerra demostraba que el Norte y el Sur pertenecían a dos razas distintas. Si los sureños podían reivindicar un linaje positivo, los del norte no podían decir

lo mismo. Los norteños descendían de una «raza indigente» cuyos orígenes se remontaban a los niveladores sociales [448] de la Revolución inglesa. Es más, la poco halagüeña genealogía de las gentes del norte hundía sus raíces en las «ciénagas y pantanos» de Irlanda e Inglaterra, en los que habían procreado uniéndose con los vagabundos y los merodeadores de los fangales. Resultaba ilusorio imaginar, declaraba Davis, que esas dos razas pudieran llegar a converger algún día. Ningún confederado leal a la causa se rebajaría jamás a la avenencia con sus inferiores. [449]

A principios de enero de 1863, al retornar a Richmond, la capital confederada, Davis pronunció otra de esas arengas. «No habéis mostrado ser en ningún aspecto hijos degenerados de nuestros padres», repitió. Había, sin embargo, una importante faceta en la que la causa del sur revelaba poseer características radicalmente nuevas. Sus predecesores revolucionarios habían combatido contra «un enemigo leal y viril», pero los confederados tenían enfrente a alguien muy diferente: «Vosotros batalláis contra la hez de la tierra», explotó el presidente. Los yanquis eran una raza degenerada, individuos peores que las hienas. Al deshumanizar a las tropas de la Unión, Davis lograba que parecieran de naturaleza próxima a la de una especie voraz y cobarde, que solo agrupada en gimoteantes manadas se atrevía a dar caza a sus inocentes presas. [450]

Las guerras se hacen también con ráfagas de palabras, no solo con balas. A partir del año 1861, la Confederación se dedicó a demonizar a su adversario, calificándolo de degradado, anormal y vil. Era preciso dar a los sureños la visceral sensación de ser superiores a sus rivales, lograr que se convencieran a sí mismos de que su existencia misma dependía de la creación de un país independiente, libre de yanquis. Los confederados debían escudarse y parar el golpe de la odiosa acusación de traición que gravitaba sobre ellos, y para conseguirlo tenían que luchar con la vista puesta en la preservación de la identidad medular del norteamericano, corrompida por la influencia de los norteños. [451]

Con ese fin, la Confederación debía concebir una ideología revolucionaria capaz de ocultar las profundas divisiones que existían entre los estados que la constituían. Había tensiones verdaderamente fuertes entre las regiones bañadas por el golfo de México y los territorios fronterizos, en los que reinaba una mayor diversidad económica. Los estadounidenses tendemos a olvidar que, según las estimaciones de los historiadores, trescientos mil sureños blancos, muchos de ellos pertenecientes a los estados que hacen

frontera con el norte, lucharon en el bando de la Unión, y que cuatro de esos mismos territorios no se sumaron a la secesión. En Georgia, las medidas políticas de Davis provocaron discrepancias muy significativas durante la guerra. La tarea de las autoridades de Richmond consistía en suavizar la creciente división que se estaba abriendo entre los dueños de esclavos y quienes no los poseían; una brecha que era consecuencia de los procesos de reclutamiento forzoso y de la escasez de alimentos. Las manifestaciones de homogeneidad eran más imaginarias que reales. [452]

La Confederación basó su labor de zapa ideológica en las afirmaciones que se habían difundido antes de la contienda, en las que se criticaban las cualidades de los yanquis. Según se decía, la gente bien del norte estaba formada por advenedizos que carecían del refinamiento del sur. Su «libertad» era en realidad un simple fanatismo de baja estofa. Así lo expondrá en 1856, con claridad meridiana, un editor de Alabama:

> ¡Una sociedad libre! Ese solo rótulo nos enferma. ¿Qué es, sino una amalgama de grasientos mecánicos, operarios mugrientos, granjeros tacaños y teóricos lunáticos? Todos los norteños, y muy especialmente los que habitan en los estados de Nueva Inglaterra, carecen de los modales que ha de exhibir todo caballero bien educado. La clase dominante que uno encuentra en esos territorios está hecha de ajustadores que pugnan por mostrarse amables y por pequeños agricultores que, afanados en los pesados quehaceres de su oficio, se revelan poco menos que incapaces de trabar conversación con el ayuda de cámara de nuestros distinguidos señores. [453]

En un desfile que recorrió las calles de Boston ese mismo año, los partidarios de John C. Frémont, el primer candidato republicano a la presidencia, hicieron suya la expresión despectiva «grasiento mecánico» y la exhibieron como timbre de honor en una de sus pancartas. [454]

Todo este estridente despliegue de calificaciones obedecía a un objetivo específico. Invirtiendo los términos del debate sobre el trabajo libre, los sureños que abogaban en favor de la esclavitud sostenían que la mayor carencia de los estados del norte radicaba en el hecho de que dependieran de un estrato social de clase baja, integrado por obreros blancos de condición subalterna. Diez años antes de alcanzar la presidencia de la Confederación, el senador Jefferson Davis había argumentado que los estados esclavistas disfrutaban de una mayor estabilidad que los que la habían prohibido. Tras señalar que «siempre han existido distinciones de clase, en todas partes, y en todos los países», Davis observó que en Estados Unidos coexistían dos sistemas laborales diferentes. En el sur, el «color» era la base sobre la que se trazaba la línea divisoria entre las clases sociales, mientras que en el norte el deslinde se asentaba «en la propiedad, que

distinguía a los ricos de los pobres». Davis insistió asimismo en la noción de que, «en una comunidad fundada en la posesión de esclavos, ningún hombre blanco se ve obligado a atender servilmente a nadie». Al igual que otros muchos defensores de la esclavitud, Davis estaba convencido de que la fórmula esclavista había mejorado la situación de los blancos pobres, ya que eso era justamente lo que garantizaba que fueran superiores a los negros. Pero se equivocaba: en el periodo previo a la guerra, las jerarquías de clase se habían agudizado hasta un extremo jamás conocido en épocas anteriores. [455]

James Henry Hammond, el más destacado intelectual favorable a la esclavitud de Carolina del Sur, acuñaría la expresión «pies de barro» (*mudsill*) [456] para resaltar la fundamental inferioridad del sistema económico del norte y su sucia condición. Los habitantes de los estados septentrionales vivían en una democracia con los «pies de barro», cosa que los partidarios de la Confederación no dejarían de denunciar al exponer los argumentos que les oponían al norte. En 1861, la idea de una democracia con los pies de barro había acabado por aplicarse a las descripciones del ejército de la Unión, que también tenía esa misma base endeble y baja, ya que en el sur se lo concebía como una pestilente mezcolanza de matones urbanos, mugrientos granjeros de las praderas, mecánicos grasientos e inmigrantes malolientes. En 1862, al alistarse tropas afroamericanas en los contingentes de la Unión, se añadiría al cuadro un nuevo factor de irritación para los sureños: el de los insolentes negros libres. A fin de cuentas, toda esa turba norteña respondía a la «hez de la tierra» de la que había hablado Davis. [457]

En 1858, Hammond aireó públicamente sus ideas en el Senado de Estados Unidos al pronunciar un discurso que terminaría por revelarse extremadamente popular. Su crítica más persistente insistía en que la identidad de clase debía tener carácter fijo. En todas las sociedades «ha de haber un estrato encargado de las labores serviles, alguien que se ocupe de los trabajos pesados que la vida exige». Al estar dotada de una capacitación menor y poseer un «intelecto de orden inferior», la clase trabajadora constituía la base de las naciones civilizadas. Toda sociedad avanzada estaba obligada a explotar a los obreros de poca monta. Los peones pobres que en su brega se revolcaban por el barro permitían el surgimiento de una clase superior en las capas altas de la comunidad. Esta élite reconocida como tal, esta *crème de la crème* , era la que formaba el auténtico cuerpo

social, la fuente de toda «civilización, progreso y refinamiento». A juicio de Hammond, los trabajadores serviles eran seres que tenían, de manera prácticamente literal, los «pies de barro», ya que se hallaban prendidos en él, o quizá fuera mejor decir que permanecían empantanados en unas metafóricas arenas movedizas, de las que nada ni nadie alcanza a zafarse. [458]

Por consiguiente, si todas las sociedades tenían sus propios pies de barro, continúa argumentando Hammond, el sur había hecho bien en mantener sometidos a los descendientes de los esclavos africanos, sujetos a su baja posición. Al ser de una raza diferente, las gentes de piel oscura eran individuos naturalmente inferiores y dóciles, o eso aventuraba él. Además, el norte había cometido la mayor ofensa imaginable: la de degradar a los suyos. Los pies de barro blancos del norte, asegura dirigiéndose retóricamente a sus vecinos y adversarios yanquis, son personas «de vuestra propia raza; sois hermanos, pues lleváis la misma sangre». Desde el punto de vista de Hammond, el anormal sistema laboral de los estados del norte había corrompido su política democrática. Para calmar a los blancos descontentos se les había concedido el derecho al voto, y, «al ser mayoría, se han convertido en los depositarios de todo vuestro poder político».

Tiempo al tiempo, advierte en tono de funesto presagio, pues llegará el día en que los pies de barro blancos del norte organicen una revolución de clase y destruyan cuanto pueda quedar de la Unión. [459]

Jefferson Davis y James Hammond hablaban el mismo idioma. La ideología confederada había convertido la guerra de Secesión en una lucha de clases. El sur combatía contra una horda de pies de barro degenerados y se oponía a todo cuanto estos defendían: la mezcla de clases y de razas, la redistribución de la riqueza, etcétera. Al salir elegido Abraham Lincoln, los secesionistas comenzaron a sostener que el Gobierno nacional había caído en manos de los «republicanos negros», [460] azuzando así los temores vinculados con la degeneración racial. Sin embargo, sobre sus cabezas se cernía un peligro aun mayor. Así lo declarará, por ejemplo, un enfurecido autor sureño al manifestar que no debería darse a los simpatizantes del partido del norte el apelativo de «republicanos negros» sino el de «republicanos rojos», puesto que su verdadera prioridad, que no se detenía en la simple abolición de la esclavitud, radicaba en lanzar un llamamiento a la revolución de clase en el sur. [461]

Si los ideólogos confederados recurrieron al lenguaje clasista y a las nociones asociadas con la procreación fue por razones obvias. Estaban emocionalmente empeñados en apuntalar una jerarquía fundada en la posesión de esclavos. En 1861, al referirse a las «instituciones domésticas», lo que Jefferson Davis tenía en mente era la esclavitud y, de hecho, su protección constituía el credo medular de la nueva constitución confederada [462] destinada a unir a los «hombres de una sola carne» con la nueva nación. En un discurso pronunciado en Savannah a su regreso de la Convención Constitucional, el vicepresidente Alexander Stephens se tomó la molestia de transformar la teoría de los pies de barro armada por Hammond en la clave de bóveda de la Confederación. Los delegados de aquella reunión constituyente habían instituido un Gobierno perfeccionado: en primer término, por garantizar que los blancos no oprimieran nunca a los miembros de su propia raza; y en segundo lugar, por haber afirmado que los esclavos africanos, que son el «substrato de *nuestra* sociedad, están hechos de la pasta que la naturaleza ha juzgado apta para tal fin». Al refutar la premisa que Lincoln había establecido en su «Discurso de la casa dividida» (en el que sostenía que una nación no puede mantenerse con una mitad esclavizada y la otra mitad libre), Stephens equiparaba la estructura de la Confederación con la de una mansión bien construida, en la que los esclavos constituyen su solera, en contacto con el barro, y los blancos su ornamentación aérea, de «ladrillo y mármol». Cabe suponer que la rasilla representaba al fornido pequeño propietario y que los pulidos alabastros apuntaban a la élite terrateniente. [463]

Durante la guerra, las preocupaciones clasistas no perdieron en ningún momento su carácter de poderoso instrumento de movilización. En 1864, al perfilarse en el horizonte la clara posibilidad de la derrota y empezar a contemplar los líderes sureños el eventual incremento de los efectivos del ejército mediante la incorporación de esclavos, hubo quien temió que la nación rebelde se desmoronara si se la privaba de su zócalo primario. Si prestaban servicio militar, los varones negros lograrían mejorar su posición social, y esto socavaría a su vez los presupuestos generales relacionados con los códigos de una jerarquía basada en el color de la piel. Desde un principio —a partir de 1861, nada menos—, los Gobiernos de los distintos estados del sur ya habían reclutado a la fuerza a los esclavos para la construcción de fortificaciones, y más tarde, el alto mando confederado y la administración del presidente Davis adoptarían esa misma medida. Sin

embargo, dotar de un uniforme a los esclavos era una disposición mucho más radical, ya que los elevaba por encima de su condición de serviles pies de barro (tal y como habían argumentado en su momento Hammond y Stephens). En el Senado confederado, el secesionista de Texas Louis T. Wigfall exclamó, fuera de sí, que la idea de armar a los esclavos era algo totalmente impensable, ya que sería como si los británicos declararan la erradicación de su aristocracia terrateniente y la sustituyeran por «un bazar populachero». (La expresión «bazar populachero» era una variante jergal con la que se designaba el caos de una revolución de clase. Por otro lado, la abolición de la aristocracia convertiría a la Confederación en una nueva democracia de pies de barro, tal y como había sucedido en el norte con la concesión del sufragio a su peor escoria). A este alegato, en el que parecen resonar los ecos de un arrogante lord inglés, Wigfall añadirá aún la indicación de que no estaba dispuesto a vivir en un país en el que «el hombre que le embetuna las botas y almohaza su caballo sea su igual». A su juicio, los esclavos eran siervos natos, y elevarlos por encima de tal condición enrolándolos como soldados alteraba por entero la estructura de clase. Y si los sureños habían declarado la secesión había sido precisamente para defender ese sistema anclado en la raza y la clase. Por consiguiente, el elemento que impregnaba todo el pensamiento confederado y contribuía a unir a las élites del sur era la angustia de clase. [464]

Pero la clase resultaba relevante por otra razón. Los líderes confederados sabían que tenían que encauzar del modo más inocuo posible la hostilidad que brotaba entre los miembros de las propias clases inferiorizadas del sur —los blancos pobres que no poseían esclavos—, ya que en muchos casos vestían de uniforme. Las acusaciones que denunciaban que se trataba de «una guerra de hombres ricos, librada por hombres pobres» fueron un runrún constante durante toda la guerra, y sobre todo después de que el Congreso confederado aprobara la Ley de servicio militar obligatorio de 1862, por la que se decretaba el reclutamiento forzoso de todos los varones de edades comprendidas entre los dieciocho y los treinta y cinco años. Las élites cultas y los propietarios de esclavos, junto con todos aquellos que desempeñaran un cargo público o realizaran actividades económicas relevantes, podían solicitar la exención, lo que convertía a los granjeros pobres y a los jornaleros a sueldo en los principales objetivos del enrolamiento. Más tarde, el rango de edades de la norma se amplió hasta los

cuarenta y cinco años, y en 1864 la obligatoriedad del alistamiento pasó a aplicarse a todos los hombres de entre diecisiete y cincuenta años. [465]

El ejército de la Unión y los políticos republicanos promovieron una estrategia destinada a explotar todavía más las divisiones de clase entre la élite de los plantadores y los blancos pobres del sur. Los generales Ulysses S. Grant y William T. Sherman, así como un gran número de oficiales de la Unión, creían estar librando una guerra contra una aristocracia poseedora de esclavos, y que el hecho de salir victoriosos de la contienda y poner fin a la esclavitud no solo liberaría a los esclavos, sino también a la escoria blanca pobre. En sus memorias, Grant hará explícita la crítica de clase del alto mando de la Unión. Jamás se habría producido la secesión, escribe, si los demagogos no hubiesen inducido a los votantes que no disponían de esclavos y a los ingenuos soldados a pensar que el norte estaba lleno de «cobardes, pusilánimes y amantes de los negros».

Convencidos de que «un solo hombre del sur equivalía a cinco del norte», los soldados confederados se consideraban pertenecientes a un pueblo superior. (Hinton Rowan Helper, de Carolina del Norte, ya había afirmado esa misma ventaja de cinco a uno al defender a la raza anglosajona en *The Land of Gold* y sostener que un solo hombre de Kentucky podía dar una paliza a cinco canijos y frágiles nicaragüenses). En opinión de Grant, si se estaba combatiendo en esa guerra, era para liberar a quienes no eran dueños de ningún esclavo, a las familias que vivían marginadas en unas tierras yermas y tenían muy pocas posibilidades de mejorar su situación o de proporcionar una educación a sus hijos. «También ellos han de ser emancipados», insistía. En el «antiguo régimen», es decir, en el sur anterior a la guerra, esas gentes eran simple «escoria blanca pobre» a los ojos de la aristocracia terrateniente. Hacían todo lo que se les mandara, y tenían derecho al voto, pero solo en la medida en que repitieran como papagayos los deseos de la élite. [466]

En 1861, cada bando consideraba que el otro pertenecía a una civilización ajena y extraña abocada a la extinción. En un discurso pronunciado en 1858, es decir, el mismo año de la famosa alocución de Hammond sobre los pies de barro, William H. Seward, una destacada figura republicana de Nueva York que acabaría formando parte del gabinete de Lincoln, acuñaba la expresión «conflicto inevitable». A juicio de Seward, el trabajo libre era un elemento propio de las mejores civilizaciones, y se encontraba «tanto entre los caucásicos como entre los europeos». Atribuyó el baldón de la

esclavitud a los españoles y los portugueses, y redujo la realidad de toda Sudamérica a la condición de una tierra dominada por la brutalidad, la imbecilidad y el atraso económico. En el grandilocuente esquema histórico de Seward, la necesidad de acabar con la esclavitud en el sur de Estados Unidos no era más que un episodio más del avance de la civilización anglosajona por el continente. Los dos sistemas de clase —el fundado en la esclavitud y el defensor de la libertad— se hallaban enzarzados en una batalla destinada a asignar al vencedor la primacía política y social, y solo uno podía sobrevivir. [467]

Como es obvio, los ideólogos sureños exponían argumentos diametralmente opuestos. Recalcaban una y otra vez que la esclavitud era la base de un sistema dinámico y vigoroso, y mucho más eficaz que el del empleo libre. Gracias a su dócil mano de obra, el sur había eliminado el conflicto entre el trabajo y el capital. Los intelectuales del sur alegaban que en los estados norteños las clases trabajadoras constituían una masa inmensa, perturbadora, emponzoñada por la envidia al rico y provista de una serie de privilegios políticos injustificados. Desde el punto de vista de Hammond y otros como él, el concepto de igualdad había terminado convirtiéndose en la más engañosa ficción de la época. Según advierte un político en la *Southern Quarterly Review* de Charleston, la propia libertad «de pensar, sentir y actuar» fomenta las pasiones y provoca «deseos impíos». Y ese «impuro anhelo» era el de la movilidad social. Mucha gente estaba convencida de que los esclavos se contentaban con el papel servil que les había tocado en suerte desempeñar. En esta extraña inversión del sueño americano, y en un giro marcadamente irónico, la superioridad del sur emanaba precisamente de su falta de movilidad social. [468]

Los secesionistas presentaban un cuadro tenebrista de la inestabilidad de clase que reinaba al norte de la línea Mason-Dixon. Por encima de ella, argumentaba en 1861 el colaborador de una revista de Virginia, «la gente nace, crece y se educa en unos criterios igualitaristas» que podrían acabar por «imprimir un vuelco en la posición de los ricos y los pobres». En el sur se consideraba que la educación y la propia igualdad entre las clases eran nociones subversivas, y, de hecho, en sus ataques a Helper, los comentaristas sureños calificaron de incendiario el contenido de su *Impending Crisis of the South* . Se llegó a arrestar a los vendedores ambulantes que se atrevían a ofrecer ese libro al público, y algunos incluso acabaron en la horca por ese motivo. Las élites, extremadamente inquietas,

lanzaron un llamamiento a los líderes confederados en el que les instaban a «vigilar y controlar» a los blancos pobres y les pedían que «se les concediera el menor grado de libertad política posible, aunque sin degradarles». [469]

No debe extrañarnos, por tanto, que existan pruebas palpables de que los índices de alfabetización de los blancos del sur fueran inferiores a los de sus homólogos del norte, y que sus resultados en lectoescritura fuesen seis veces peores que los suyos. Los prohombres del sur defendían que no había que conceder a todo el mundo las mismas oportunidades educativas. En su texto titulado *Memoir on Slavery* , de 1837, William Harper, miembro de la Cámara de Representantes de Carolina del Sur, llegará a la siguiente conclusión: «Es mejor que una parte de la sociedad posea una educación completa y superior y que el resto permanezca en la más absoluta ignorancia». La desigualdad educativa era preferible al sistema imperante en los estados del norte, en los que «se imparte una imperfecta y superficial instrucción de medio pelo, pretendidamente universal». Al ver que la guerra civil era inminente, los directores de los periódicos y las revistas del sur, junto con los intelectuales partidarios de un sistema rígidamente estratificado, clamaron por la independencia de la industria editorial de la Confederación, con el claro objetivo de proteger a la gente de la contaminación de las imprentas de la Unión. [470]

Los confederados defendían abiertamente la idea de que la clase de los plantadores había nacido para mandar. La «sangre que mejor *representa* al sur», la de la élite aristocrática, la de la buena cepa patricia, estaba destinada a dominar a sus inferiores, aunque fueran blancos, y desde luego a los negros. Aun así, pese a toda la confianza que pudieran tener en la existencia de unas relaciones armoniosas entre los ricos y los pobres del sur, eran muchos los secesionistas que consideraban que los granjeros que no poseían esclavos constituían la amenaza latente, el enemigo interior. A los trabajadores blancos de las poblaciones como Charleston se les llamaba «zánganos perfectos» y se consideraba que los rencores que abrigaban podían ser utilizados contra los propietarios de esclavos. Los secesionistas contrarios al sistema democrático despreciaban a los pobres porque estaban convencidos de que, además de ser unos desdichados peones en manos de unos políticos decididamente zafios, estaban dispuestos a vender el sentido de su voto a cambio de unas tierras o un soborno. En 1860, el gobernador de Georgia, Joseph Brown, profetizó que la nueva administración

republicana no tardaría en distribuir cargos a una parte de la población para comprarla, y otros predijeron que Lincoln se valdría de recompensas, fincas baratas, halagos y señuelos para entrampar a los «estratos más bajos de la sociedad sureña». Si los pequeños propietarios de esclavos de Carolina del Sur decidieron organizar sociedades de vigilantes y compañías de «milicianos» [471] destinadas fundamentalmente a intimidar a quienes no poseían esclavos y podían tratar de frustrar la secesión, fue justamente en respuesta a este tipo de vaticinios. [472]

Algunos secesionistas se desvivieron para tratar de calmar las preocupaciones que estaba despertando la eventual deslealtad de quienes no poseían esclavos. En 1860, James De Bow, el prestigioso director de la *De Bow's Review* , publicó un tratado popular en el que detallaba las razones que llevaban a los blancos pobres a respaldar a la Confederación. Aseguraba que la esclavitud resultaba beneficiosa para todas las clases. En un gesto de vehemente respaldo a la teoría de los pies de barro, De Bow declara: «¡En el sur no hay un solo hombre blanco que se vea obligado a servir a otro, pues es su criado quien se encarga de limpiarle las botas, atender la mesa y realizar todos los trabajos serviles de su casa!». Además, insiste, los salarios de los obreros blancos del sur eran mejores que los de sus colegas del norte, y la propiedad de la tierra estaba mejor repartida (lo que era patentemente incierto). Y prosigue: la movilidad social era accesible a todo aquel que, sin poseer esclavos, se apretara el cinturón para comprarse uno, y muy especialmente una esclava que estuviese en edad de procrear, pues su prole constituiría las «reliquias familiares» que serían transmitidas a la generación siguiente. Además de que sus promesas de una economía de goteo [473] resulten muy poco convincentes, De Bow viene a confirmar tácitamente que la posesión de esclavos lleva aparejada la total degradación de quienes no los poseen. Por todas estas razones, asegura, el más pobre de los propietarios de esclavos estaría perfectamente dispuesto a «cavar las trincheras con sus propias manos para defender el derecho a la posesión de esclavos de su vecino más acaudalado». El miedo a caer al nivel de los esclavos tendría la virtud, según él, de animar a la lucha a los blancos pobres. [474]

La desunión no contribuiría en nada a mitigar esos temores. En el sur más meridional, por ejemplo, no se organizó ningún referéndum popular para determinar si la gente era partidaria de la secesión o no, salvo en Texas. El sur más septentrional no tenía ninguna prisa en dar el paso. Los cuatro

estados que optaron por la ruptura (Virginia, Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee) no se decidieron sino después de que Lincoln agrupase a las tropas. Y en todos esos estados había un significativo número de habitantes favorables a la Unión. Los virginianos del oeste [475] declararon la secesión respecto del estado de Virginia y se incorporaron a la Unión. Jefferson Davis obtuvo la presidencia sin oposición, lo que redujo su elección a una simple votación simbólica que sirvió para dar el visto bueno a las preferencias de la élite minoritaria en el Congreso confederado provisional. [476]

Además de aislar al gobierno del pueblo, en la convención constitucional confederada hubo un contingente de delegados muy dado a vociferar que lanzó reiterados llamamientos destinados a rechazar el compromiso de los tres quintos [477] y a contar en cambio a los esclavos como individuos enteros a los efectos de la representación en la Asamblea Legislativa confederada. Esta fórmula representativa beneficiaba a los estados que más esclavos poseyeran. William Gilmore Simms, el conocido novelista de Carolina del Sur, por ejemplo, estaba convencido de que los estados fronterizos, con sus vastas poblaciones de ciudadanos carentes de esclavos, podían «encenagar» (*overslough*) a los estados algodoneros. Siendo un *slough* un atascadero o un lodazal, [478] la expresión que utiliza Simms pretendía señalar que los estados más septentrionales del sur —habitados por un gran volumen de personas carentes de esclavos y afines a los pies de barro— podían acabar teniendo más representantes que los estados del sur más meridionales, dominados por los esclavistas. Al someterse a votación el borrador final de la constitución confederada, se rechazó la cláusula de los tres quintos, aunque por el escaso margen de cuatro estados contra tres. [479]

En 1861, un georgiano muy nervioso al que le preocupaba el hecho de que los propietarios de esclavos fuesen una minoría propondría que el Gobierno del nuevo estado instituyera una cámara alta integrada únicamente por dueños de esclavos, reproduciendo así una situación muy similar a la de la Cámara de los Lores inglesa. Los delegados conservadores de Georgia y Virginia manifestaron ante sus respectivas convenciones estatales el deseo de embridar a la «canallesca multitud», pero al final rehusaron alterar el derecho al voto. En Virginia, unos cuantos elitistas admitieron que la cuestión del reclutamiento forzoso planteaba un gran problema y trataron de buscarle una solución. Quienes no tuvieran esclavos

podrían negarse a luchar en una guerra concebida para proteger la posesión de esclavos de los ricos. En privado, el virginiano Edmund Ruffin propuso que en su estado se aplicara un arreglo consistente en la creación de un sistema de alistamiento doble. Este método de dos velocidades tendría una vía en la que se exigiría que los hombres blancos no pertenecientes a la élite tomaran las armas, y otra, destinada a los esclavos de los plantadores, mediante la cual el estado quedaría capacitado para enrolarlos por la fuerza a fin de ponerlos a realizar labores en el ejército. Al ser excesivamente atrevido y honesto en su meridiana proclamación de la primacía de la desigualdad social, el plan de Ruffin no llegaría a aprobarse, debido justamente a su excesiva radicalidad. [480]

El futuro no auguraba nada bueno para los patricios del sur. Si permanecían en la Unión, o si eran derrotados a manos de los yanquis, se enfrentaban a la extinción. La aristocracia quedaría barrida por una avalancha de pies de barro norteños y esclavos liberados. Su propia escoria blanca planteaba igualmente un problema. Cabía suponer que, de no lograrse una victoria aplastante, los labriegos carentes de tierras y los granjeros pobres terminarían por superar en número a las clases elitistas, y si además les corrompían las ideas democráticas del norte podrían arrollar en las urnas a la flor y nata de los plantadores. [481]

La injusta fórmula del alistamiento obligatorio sería causa de serios agravios durante toda la guerra. Al principio, el gobernador de la Florida, John Milton, expresó la preocupación de que la ley no iba a poder llevarse efectivamente a la práctica, ya que los blancos pobres no se avendrían a aceptar un sistema de sustituciones que favorecía a quienes podían comprar a un hombre y hacer que fuese a combatir en su lugar. Las exenciones de servicio amparaban a las gentes cultas, es decir, a los maestros, a los ministros religiosos, a los funcionarios y a los políticos, además de a los hombres que precisaban las industrias. Y una vez que los reclutas más humildes pasaban a formar filas, los oficiales les trataban con desdén y les tenían por simple «carne de cañón», cuando no les comparaban con los «tártaros» y los bárbaros (insultos idénticos a los que ya hemos visto que empleaban los sureños de las élites para degradar a las despiadadas hordas de Lincoln). Un recluta de Alabama, harto de recibir ese trato, expresará ante sus compañeros la tácita pero evidente verdad: «Estos superiores que os tachan de escoria blanca pobre creen que para lo único que valéis es para parar las balas que pudieran herirles». [482]

Una de las más odiosas disposiciones de este sistema de reclutamiento selectivo fue la llamada «ley de los veinte esclavos», mediante la cual se concedían exenciones a todos los plantadores que tuvieran veinte esclavos o más. Como si las normas legislativas no mimaran ya suficientemente a los hombres ricos, esta cláusula venía ahora a blindarles frente a la eventualidad de tener que servir en el frente y protegía asimismo sus valiosas propiedades. Hubo personas carentes de esclavos que se negaron a combatir para defender la esclavitud, y también se oyeron voces que decían que los más pudientes debían pagar mayores impuestos a fin de sufragar la guerra, ya que ellos eran quienes más se beneficiaban del choque. Los varones de las clases inferiores también querían que se protegieran sus intereses materiales. Los oficiales de buena posición obtenían permisos con toda facilidad, mientras que la tropa se veía obligada a servir durante largos períodos de tiempo en el frente, lo que ponía en peligro el sustento de las familias que habían dejado atrás. Esta es una de las razones que llevarán a un historiador a extraer la conclusión de que los soldados de más humilde extracción se tenían por «confederados condicionales», lo que significa que los granjeros pobres anteponían el bienestar de sus familias a su lealtad a la nación confederada. [483]

Se esperaba que los caballeros del sur se mostraran dispuestos a pelear sin necesidad de una paga fija, pero esta definición del espíritu caballeresco generaba unos criterios muy poco realistas para los miembros de los estratos sociales más bajos. La identidad de clase fue un elemento que dividió durante toda la guerra a los hombres en armas. Grupos de guardias especializados, a los que se conocía con la cruda denominación de «perreros», hacían redadas para apresar a los reclutas «de plantilla», es decir, a los hombres que se negaban a ofrecerse voluntarios o que no se presentaban a filas una vez enrolados a la fuerza. Los sustitutos procedían invariablemente de las clases masculinas más humildes, y por regla general sufrían además el desprecio del resto de los soldados. [484]

La deserción era algo habitual entre los reclutas pobres, hasta el punto de que en agosto de 1863 el general Robert E. Lee suplicó al presidente Davis que tomara medidas para reprimirla. Ese mismo año, Davis promulgó una amnistía global aplicable a todos los hombres que se reincorporaran a filas. En otros casos, y a pesar de que algunos desertores fueran ejecutados, la mayor parte de las compañías preferirían someter a los soldados evadidos a una serie de castigos humillantes. Se les cargaba de cadenas, por ejemplo, o

se les obligaba a desfilar embutidos en un barril. Los «vigilantes» se dedicaban a cazar a los reclutas que se daban a la fuga, sobre todo en Carolina del Norte, que era el estado con mayores índices de deserción. Una comunidad de Misisipi declaró la secesión respecto de la Confederación y creó así el «Estado Libre de Jones» en mitad de un pantano. Fue literalmente un santuario de la Unión, integrado por miembros de la escoria blanca, en el estado natal del presidente Davis. [485]

Los desertores robaban comida, asaltaban granjas y hostigaban a los soldados y los ciudadanos leales. Surgieron de este modo pequeños reductos de hombres pobres que, junto a sus familias, acabaron convirtiéndose en los anarquistas que tanto tiempo llevaban temiendo los sureños de las clases altas. En Georgia, avanzada la guerra, la situación llegó a un punto extremo, ya que los desertores comenzaron a amenazar con raptar a los esclavos o, peor aun, a conspirar con los huidos de la justicia. En 1865, las esposas de los renegados que se habían refugiado en las marismas de Okefenokee escarnecieron a las autoridades al sostener que sus maridos estaban dispuestos a salir de los pantanos, alzarse en armas y raptar a todos los esclavos que pudieran para vendérselos después a la armada de la Unión. [486]

Resulta difícil valorar lo que pensaban de la deserción los soldados pobres y analfabetos, dado que no han dejado constancia escrita de sus impresiones. No obstante, la cultura popular oral sugiere que los hombres de extracción humilde bromeaban abiertamente sobre el particular. A sus ojos, la deserción formaba parte de la resistencia diaria a la dominación de las clases superiores. En esa época circulaba por todas partes un chiste sobre un habitante de los médanos de Georgia y un «talón de brea» [487] de Carolina del Norte. El de Georgia preguntaba al de Carolina qué había hecho con una cierta cantidad de alquitrán, y este le contestaba que se la había vendido a Jefferson Davis. Cogido por sorpresa, el de los médanos le decía: «¿Y para qué la quiere el viejo Davis?». «¿Cómo, no lo sabes?», soltaba con sorna el talón de brea, «vosotros, los georgianos, salís tantas veces en estampida que ha tenido que comprar un poquito de pez para conseguir que os quedéis pegados al suelo». [488]

No hay manera de establecer con precisión cuántos desertores hubo. El cómputo oficial que figura en el informe del capitán preboste de Estados Unidos sitúa esa cantidad en 103.400 personas, de un total de alistados en el ejército que oscila entre los 750.000 y los 850.000 hombres al final de la

guerra. Sin embargo, estas cifras solo representan una pequeña parte de la historia. La clase dividía a la tropa en otro tipo de compartimentos. El ejército confederado reclutó a la fuerza a al menos 120.000 soldados. Hubo entre 70.000 y 150.000 sustitutos, y en la mayoría de los casos eran varones de pobreza rayana en la miseria. Además, solo el 10 por ciento de ellos llegó a presentarse a filas. También hubo otros 80.000 voluntarios que se reengancharon para evitar el servicio militar obligatorio. Y, por último, es preciso incluir nada menos que a 180.000 hombres en la categoría de los «rebeldes recalcitrantes», es decir, en el grupo de los que rehusaron unirse a las tropas hasta prácticamente los últimos estertores de la contienda. Esta resistencia demuestra que entre los soldados corrientes no había lo que se dice un profundo apego a la causa de la Confederación. [489]

La escasez de víveres azuzaba aún más el descontento. Muy pronto, en 1861, al instarse a los plantadores a sembrar más maíz y grano, fueron muy pocos los que se mostraron dispuestos a dejar de lado el oro blanco del algodón. Por consiguiente, la falta de alimentos y la inflación galopante dieron lugar a un enorme sufrimiento entre los granjeros pobres, los obreros de las ciudades, las mujeres y los niños. Un habitante de Georgia confiesa que «la avaricia y los serviles súbditos del rey algodón» conseguirán que la Confederación se venga abajo mucho antes de que pueda provocar su caída un ejército invasor. [490]

Más inquietante resultaba, no obstante, que los ricos atesoraran los suministros de toda clase, invariablemente escasos, además de la comida. En 1862, las mujeres, reunidas en furibundas muchedumbres, empezaron a saquear las tiendas y a irrumpir en los almacenes y depósitos. Estos inesperados levantamientos se produjeron en Georgia, pero en las dos Carolinas también surgieron protestas de corte muy parecido. En Alabama, cuarenta mujeres dedicadas al merodeo comenzaron a rebuscar comida aquí y allá y acabaron prendiendo fuego a todo el algodón que encontraron en su camino. En Richmond, la capital confederada, estalló en 1863 un motín del hambre. Y cuando el presidente Davis intentó calmar a las manifestantes, una de ellas, indignada, le arrojó una hogaza de pan a la cara. [491]

Por consiguiente, estas mujeres que se echaban a la calle para protestar venían a ser el equivalente femenino de los varones que desertaban. Su sola presencia hacía saltar en pedazos la ilusión de la unidad de los confederados y la quimera de un sacrificio común y compartido. En 1863, tras el motín de Richmond, la revista *Vanity Fair* denunció la persistencia de profundas

divisiones de clase en la población sureña. La publicación, que era favorable a la Unión, incluyó en sus páginas una provocativa imagen para ilustrar el artículo titulado «Pity the Poor Rebels». En el texto se señalaba que el Gobierno estaba haciendo redadas arbitrarias para forzar a los hombres pobres a servir en el ejército, mientras las desesperadas huestes de la humilde «escoria blanca» de la Confederación garabateaban las palabras «NOS ESTAMOS MURIENDO DE HAMBRE» en el «paredón» que separaba al norte del sur. En el grabado que acompañaba al suelto se veía una insólita caricatura de Jefferson Davis que recordaba al antihéroe de *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. En ella se ve a un grupo de liliputienses sureños —una legión de esclavos diminutos— enfrascada en la tarea de sujetar con cuerdas al presidente confederado, ataviado con un vestido y un gorro de mujer. La idea era señalar que, hiciera lo que hiciera, le controlaban los codiciosos plantadores o las mujeres amotinadas. Las cadenas inmovilizaban las muñecas de Davis y sus ropas empezaban a rasgarse: una señal inequívoca de que la gentil máscara de la Confederación estaba cayendo. [492]

Las mujeres acaudaladas del sur solían mostrarse indiferentes ante los pobres que pasaban hambre. En 1863, cuando un grupo de desertores y de mujeres pobres de las montañas saqueó un centro de reunión de Tennessee, Virginia French, una de las invitadas, describió a los asaltantes diciendo que se trataba de una «puerca masa de comadres toscas y descalzas», a lo que añadió que se pusieron todas a correr de un lado para otro, «con la misma ansia con que se lanza sobre su presa una manada de lobos hambrientos». Entre consternada y divertida, French continúa: «Dos de las mujeres se enzarzaron en una pelea a puñetazos en toda regla, y dedicaron una buena hora a la zurra, ¡arañándose y cogiéndose de la ropa porque una de ellas se había hecho con más botín que la otra!». A French se le antojó igualmente chocante que otra de las mujeres se apoderara de un libro de teología en latín y de unas cuantas obras escritas en francés. En respuesta a una pregunta directa sobre el motivo de su proceder, la ladrona justificó su gesto diciendo que lo hacía animada por un legítimo amor de madre: «¡Tenía varios chiquillos que estaban aprendiendo a leer y […] quería animarlos a perseverar!». Al parecer, aquella mujer analfabeta era capaz de valorar los tesoros literarios que había cogido. Su actitud podría haber dado pie a un cierto sentimiento de simpatía, pero a los ojos de French la escena era simplemente una prueba más del avance de la «democracia, el jacobinismo

y la radicalidad», y en su forma más grosera. Las mujeres estaban «hambrientas» y mostraban un rostro «de sebo», mientras que a los hombres se les veía «demacrados» y con «muy mal aspecto». Pese al triste cuadro, French —que estaba casada con un plantador sureño—, no se dejó enternecer. La escoria blanca mancillaba todo cuanto tocaba, y lo que merecía era desprecio, no compasión. [493]

La determinación de aislarse de las clases bajas también era una actitud que prevalecía entre las mujeres de las élites de Richmond. A principios de 1865, Varina Davis, la primera dama y segunda esposa de Jefferson Davis, adquirió «mala fama entre las encopetadas señoras de las familias de rancio abolengo», según consigna confidencialmente en su diario un funcionario próximo a su esposo: las personas de «alta cuna» habían decidido rehuir su compañía y hablaban mal a sus espaldas a causa de los supuestos orígenes humildes de su padre. También circulaba por todas partes el rumor de que los altos cargos del Gobierno y sus mujeres vivían a cuerpo de rey y no se privaban de ningún manjar mientras el pueblo llano se moría de hambre. [494]

Al ver que la Confederación se hallaba al borde del desfallecimiento, otros comentaristas expresaron sus preocupaciones en términos más dramáticos. Si se perdía la guerra, la subsiguiente reorganización de las clases reduciría a las otrora honrosas madres a la condición de simples «cocineras de las matronas yanquis», transformaría a las amadas esposas de los sureños ricos en lavanderas de los «carniceros y libertinos norteños» y convertiría a las devotas hermanas de los valientes soldados del sur en mucamas de las «rameras de la Unión». Se valorara como se valorara, lo menos relevante de la situación que se avecinaba era el hecho de que las mujeres rurales pobres ya lo hubieran perdido todo, pues, comparados con los apuros de las impolutas señoras de la clase dominante, sus padecimientos contaban bien poco. [495]

Sobre la figura de Abraham Lincoln se cerniría, en cambio, un tipo de simbolismo denigratorio muy distinto, y buen ejemplo de ello es el hecho de que las descripciones más desdeñosas le pintaran con una corona y le designaran «presidente de los pies de barro». Pese a haber nacido en Kentucky, no lejos de la población en la que había venido al mundo Jefferson Davis, las raíces del «Honesto Abe», [496] ancladas en el más atrasado y agreste entorno rural, dieron muy buena munición a sus enemigos. El factor que abría un abismo entre Lincoln y Davis era

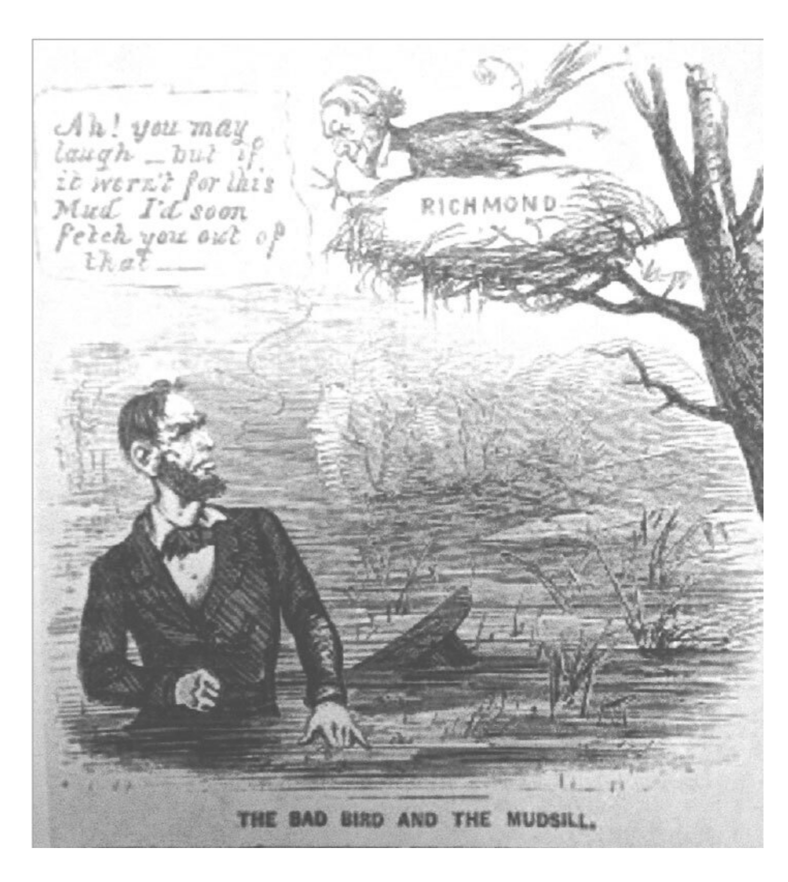
justamente el de sus respectivos orígenes de clase. Los periódicos del sur aseguraban que Davis había «nacido para mandar». Se había educado en la academia militar de West Point, y era además un hombre de letras y modales sumamente pulidos. Lincoln, por el contrario, era un rudo paleto, un «simio de Illinois» y un «borracho empedernido». La supuesta virtud de Lincoln, su honradez (o la de sus padres), era un artificio para encubrir la dudosa procedencia de su clase. En 1862, David Hunter, un conocido general de la Unión, le dijo al secretario del Tesoro estadounidense Salmon P. Chase que, por su nacimiento, Lincoln era un «blanco pobre criado en un estado esclavista». Hunter consideraba que Lincoln se mostraba excesivamente solícito con los poseedores de esclavos de los estados fronterizos y que siempre se le veía «buscar ansiosamente un gesto de aprobación, sobre todo por parte de aquellos a los que se había acostumbrado a juzgar superiores». Si su hogar de Kentucky le convertía en miembro de la escoria blanca, la residencia que había elegido en Illinois le señalaba como un simple pies de barro de la pradera. Los confederados se lo pasaban bomba metiendo a los habitantes del Medio Oeste en el mismo saco que a los granjeros más cochambrosos. A juicio de un artillero de Virginia, eran todos unos «sinvergüenzas, pura roña esparcida por el barro de las brañas». [497]

No obstante, el cruce de injurias entre el sur y el norte acabaría revelándose favorable al bando federal. Los oficiales republicanos y unionistas aceptaban con orgullo la etiqueta de pies de barro, convirtiéndola incluso en un grito de guerra con el que arengar a los partidarios de la democracia norteña. De hecho, esa estrategia se había puesto en marcha antes incluso de la elección de Lincoln. En un multitudinario mitin dado en la ciudad de Nueva York, el vicegobernador de Iowa había pronunciado un vehemente discurso en el que cubría de elogios al «parteleños» [498] diciendo que era el líder más indicado para la tarea, ya que se trataba de un hombre dispuesto a proteger al «pies de barro y al mecánico». Y remató su intervención con la broma de que todos los republicanos de su estado se habían «avenido a cultivar sus propias ideas de barro». [499]

La publicación neoyorquina *Vanity Fair* recurrió a la sátira para invertir el sentido de las pullas clasistas de los confederados. Sus colaboradores no se limitaban a reducir las ínfulas de los sureños y a aportar realismo a la gallarda imagen que se hacían de sí mismos, también se lo pasaban en grande defendiendo a lo que las gentes del sur juzgaban su «rastrero

enemigo» de «orejas de gañán» (*lobby ears*): el pies de barro. («*Lob* » era otra forma de designar al patán del campo). Imitando las pomposas peroratas de los catequizadores del sur y la ampulosidad de la prosa de los gacetilleros confederados, la revista indicaba que Lincoln era el magistrado jefe de los «grasientos mecánicos y pies de barro del bárbaro norte».

La afectada oratoria de Jefferson Davis también se convertiría en blanco de los fulminantes sarcasmos del *Vanity Fair* . En una proclama burlesca publicada tras la primera batalla de Bull Run, Davis aparecía promulgando un edicto en el que afirmaba que su ejército iba a hacer morder el polvo a Washington, a colgar al «estúpido borracho» de Lincoln del primer árbol que encuentre y a provocar la caída de Nueva York, convirtiendo así al séptimo regimiento de la milicia de esa ciudad en un cuerpo de ayudas de cámara para los oficiales confederados. Con tan grandilocuente visión de una fácil victoria, esta parodia de la actitud de Davis declaraba a renglón seguido que, a fin de cuentas, los «soldados pies de barro» no podrán ofrecer demasiada resistencia, ya que, según el presidente confederado, «huirán de nosotros como corderos espantados». Las publicaciones del norte dan así la vuelta a los hiperbólicos pronunciamientos de los sureños para lanzarlos en su contra.



THE BAD BIRD AND THE MUDSILL.

En el *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* de 1863 aparece una caricatura en la que se presenta literalmente a Lincoln como un pies de barro —atascado en el lodo e incapaz de echar mano a Jefferson Davis en Richmond.

Frank Leslie's Illustrated Newspaper , 21 de febrero de 1863.

Pese a que en su origen fuese un insulto destinado a despreciar a los plebeyos yanquis, la designación de «pies de barro» acabará revelándose utilísima como instrumento con el que ridiculizar los excesos verbales y la soberbia de los confederados. En 1863, el *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* hace suyo el alias de pies de barro y publica una caricatura de Lincoln hundido en el fango hasta la cintura e incapaz de atrapar a Davis, representado como un «pájaro de mal agüero» refugiado en su nido confederado de Richmond. [500]

En noviembre de 1863, al regresar del frente, el general y futuro presidente de Estados Unidos James Garfield dio un discurso en una concentración política celebrada en Baltimore en el que defendió a sus tropas pies de barro. Alabó a los leales hombres de Tennessee y Georgia venidos de las «cuevas y los peñascos» para apoyar a las fuerzas de la Unión, e insistió en que la Confederación se había levantado sobre una idea falsa, pues «no está basada en un gobierno común», señaló, «sino en un gobierno de caballeros, de hombres ricos y de intelectuales, todos ellos dueños de esclavos». Se trataba de una gobernación parecida a la del Viejo Mundo aristocrático. El público que le escuchaba, formado por gente llana, prorrumpió en un rugido de satisfacción al llamar Garfield «conde Matasiete» y «milord Ojilindo» a los dos máximos generales confederados. Espoleado por esta reacción, Garfield lanzó un guiño a la entregada muchedumbre refiriéndose a ellos como «Vosotros, pies de barro», justificando el apelativo con el argumento de que eran los benefactores de un gobierno y una sociedad que prometía favorecer la movilidad de clase y un respeto verdadero al trabajador. Para Garfield, al igual que para otros muchos, los pies de barro constituían la columna vertebral de la Unión. La masa popular estaba integrada, recalcó, por «todos aquellos que se regocijan ante la idea de que Dios les haya dado unas sólidas manos y un corazón entero, sabedores de que no han nacido con una cuchara de plata en la boca». Y orgullosos pies de barro habrían de seguir siendo. [501]

Desde el inicio mismo de la guerra, debido al sistema de clases de la Confederación y al hecho de que las élites hacendadas del sur explotaran a los blancos pobres, los congresistas republicanos y los líderes militares

argumentaron en favor de una política confiscatoria dirigida a los bolsillos de los plantadores. Sería justamente en los estados fronterizos, es decir, en los territorios en que las lealtades se hallaban divididas, donde fraguarían estas medidas destinadas a castigar a los acaudalados simpatizantes de la Confederación. En Misuri, donde los guerrilleros rebeldes se dedicaban a desmantelar las vías férreas y a sembrar el terror entre los civiles unionistas, el general Henry W. Halleck decidió imponer de manera sumamente selectiva ese escarmiento retributivo. En lugar de sancionar al conjunto de la ciudadanía, Halleck ordenó que el importe de las reparaciones de guerra recayera únicamente en los habitantes más acomodados de Misuri. [502]

Desde el punto de vista de Halleck, el precio de la contienda tenía que dejarse sentir en las capas más altas de la sociedad. Y al comenzar a llegar refugiados en masa a San Luis —una avalancha de mujeres y niños blancos pobres—, Halleck y sus colegas del alto mando llegaron a la conclusión común de que las élites debían cubrir los costes de su atención. Los gestos teatrales en plena calle actuaron como complemento de la campaña militar, ya que los oficiales de la Unión trataban de hacer que el gran público asistiera en primera fila a los castigos que se imponían a los perdedores. Al aplicarse el duro pero inteligente sistema de estimaciones de coste, los confederados de Misuri que se negaban a pagar fueron humillados públicamente mediante la confiscación y venta en subasta de sus más valiosas posesiones. Los oficiales de la policía militar irrumpían en las casas y se llevaban los pianos, las alfombras, los muebles y los libros valiosos. El contraste entre los ricos y los pobres era realmente acusado. Las familias que tuvieron que abandonar la meseta de Ozark, en Arkansas, acabaron desplazándose al oeste, a una región situada a más de ciento sesenta kilómetros del Misisipi, en las inmediaciones de Rolla. Capitaneadas por un excandidato a gobernador, formaban una extraña caravana de carros de bueyes, cabezas de ganado y perros, superando las dos mil criaturas, entre personas y animales. Los observadores de la época incluirán a los hombres de esa comitiva en la categoría de la escoria blanca: son «altos, cetrinos, enjutos y curtidos», aseguran. Se unieron a las hambrientas mujeres cubiertas de barro que integraban las filas de los exiliados blancos pobres y olvidados del sur, acompañadas por nubes de chiquillos descalzos. [503]

Otras de las tácticas que emplearía el ejército de la Unión sería la de la avergonzar públicamente a las élites sureñas. En Nueva Orleans, la

infamante orden número 28 del general Benjamin Butler declararía que toda mujer que faltase al respeto a un soldado de la Unión podría ser tratada como una prostituta; una medida punitiva que negaba a las mujeres en general la presunción de pureza moral que se daba por supuesta en el caso de las damas de clase alta. Peor aun fue la orden número 76, con la que Butler obligó a todos los hombres y mujeres de la ciudad a prestar juramento de fidelidad a la Unión, y a quienes se negaban a hacerlo se les confiscaban todas sus propiedades. El igualitario trato político que se daba a las mujeres en el bando federal puso de manifiesto todo cuanto se ocultaba tras los «anchos pliegues de las crinolinas femeninas», es decir, sacó a la luz que los hombres ocultaban sus activos bajo el nombre de sus esposas. Un oficial del ejército vencedor señalará que, al tomar Fredericksburg en 1862, los soldados de la Unión echaron abajo las casas de los ricos y dejaron tras de sí el sucio reguero de sus «pies enlodados». El vandalismo era otro de los mecanismos que permitían hundir a los confederados más sobresalientes, ya que los soldados se apoderaban de sus signos de opulencia y posición, los hacían trizas y los abandonaban después, convertidos en simples escombros. La fangosa huella del soldado pies de barro constituía un símbolo intencionadamente irónico de la ira de clase. [504]

Una de las personas que se tomó muy a pecho ese mensaje fue Andrew Johnson, de Tennessee. En su condición de gobernador militar, Johnson pasó a ser la bestia negra de los confederados, ya que se trataba del único senador estadounidense venido de un estado secesionista que se había mantenido leal a la Unión. Su fidelidad le permitiría acompañar a Lincoln en el cartel electoral republicano de 1864. Al proclamar a los cuatro vientos la repugnancia que le producían los abotargados miembros de la élite hacendada, Johnson, que era un político perteneciente a la vieja guardia de la democracia jacksoniana, daba rienda suelta a su cólera. En la época en que se hizo con el cargo de gobernador militar de Tennessee ya era un hombre conocido por el pugnaz estilo de su retórica y por el hecho de estar permanentemente dispuesto a arremeter violentamente contra todos aquellos a los que él mismo calificaba de «aristócratas traidores». Johnson impuso de forma muy enérgica un conjunto de tasaciones para atender a las mujeres y los niños refugiados sumidos en la miseria, ya que, según él, si se habían visto reducidos a esa situación de pobreza, era a causa de la «impía y nefasta rebelión» del sur. No es de extrañar que los detractores de Johnson

vieran a este antiguo sastre de humilde condición como un indigno ejemplo de escoria blanca. Además, Johnson tenía fama de utilizar las expresiones más vulgares en sus discursos, cuya radicalidad dejaba boquiabiertos a los asistentes. Uno de los líderes con los que se enfrentó antes de la guerra llegaría incluso a calificarlo de «masa viviente de móvil inmundicia». Si Lincoln era una simple escoria blanca a los ojos de los elegantes sureños, Johnson era todavía peor. [505]

En 1864, en la época en que el general William T. Sherman organizó su célebre marcha hacia el mar, los dirigentes de la Unión estaban convencidos de que únicamente una táctica de humillación y sufrimiento generalizados podría poner fin a la guerra. Con dicha marcha, Sherman transformó su ejército en una vasta operación de forrajeo y se aseguró de que sus hombres comprendieran la dimensión de clase que tenía la campaña de tierra quemada que acababa de emprender. La destrucción más importante se produciría en Carolina del Sur, en la ciudad de Columbia, capital y cuartel general de los más destacados «tragafuegos». [506] En la minúscula población de Barnwell, situada cien kilómetros al sur de Columbia, el oficial de Nueva Jersey Hugh Judson Kilpatrick, nominalmente ascendido a general de división, [507] escenificaría un «baile neroniano», según sus propias palabras, al obligar a las jóvenes más bellas del pueblo a asistir a una fiesta y actuar como acompañantes de los oficiales de la Unión mientras las llamas arrasaban la localidad hasta sus cimientos. [508]

Al justificar este agresivo proceder, Sherman traería a colación una de las expresiones que más gustaba utilizar a Thomas Jefferson al explicar cómo había que hacer frente al poder de las clases. Sherman mantenía que el derecho a la propiedad privada no era de carácter absoluto, y que los orgullosos latifundistas solo poseían el usufructo de sus tierras y bienes inmuebles, lo que suponía que los tenían únicamente gracias a la benevolencia y la buena voluntad del Gobierno federal. En teoría, los plantadores sureños eran meros arrendatarios, y al añadir a esa condición la de traidores, sus señores federales (que eran los verdaderos terratenientes) podían expulsarlos de esas propiedades. Jefferson había empleado esa misma noción romana para desarrollar una teoría política con la que debilitar el arraigo de la transmisión hereditaria e impedir que las generaciones futuras tuvieran que hacerse cargo de las deudas de las que les habían precedido. Sin embargo, Sherman iba más lejos, ya que afirmaba que, sin la sanción del Gobierno federal, no existía título de propiedad

alguno. Su filosofía no solo negaba los derechos de los estados, también entendía que la traición hacía que la situación y las tierras regresaran al estado de naturaleza. Debía despojarse a la oligarquía sureña de todas sus propiedades rústicas y sus privilegios de clase. Para las élites confederadas, la única manera de proteger sus riquezas consistía en someterse a la ley federal. [509]

Los generales de la Unión y sus oficiales de mayor rango esperaban que la oligarquía algodonera se fuera apartando de la administración de Davis. Estaban convencidos de que las relaciones de clase acabarían por experimentar una transformación radical como consecuencia del choque armado. De hecho, lo que ahormaba esta línea de pensamiento era una suerte de celo misionero. En 1865, tras el asedio de la población virginiana de Petersburg, el capellán Hallock Armstrong se dedicó a valorar lo que él denominaba «la guerra contra la aristocracia», y en una carta enviada a su esposa predice los espectaculares cambios que estaban a punto de producirse en el Viejo Sur. Lo que iba a provocar la metamorfosis de la sociedad no iba a ser únicamente la desaparición de la esclavitud, sostiene, sino el hecho de que aumentaran las oportunidades de los miembros de la «escoria blanca pobre». Armstrong asegura a su mujer que la guerra va a «librar de sus cadenas a millones de blancos pobres, a gentes sujetas a un yugo verdaderamente peor que el de los africanos». También detalla sus míseras condiciones de vida, espantado ante la constatación de que hubiera tantas generaciones de familias cuyos hijos jamás hubieran alcanzado a ver por dentro las aulas de los colegios. [510]

Otros muchos individuos de la época daban por supuesto que la tarea de elevar la posición de los pobres iba a constituir un desafío imposible. Un oficial de artillería de Nueva York llamado William Wheeler se encontró un día con un grupo de refugiados harapientos en Alabama. Le parecía increíble que pudiera clasificárselos en la categoría de los «caucásicos» o que resultara factible tenerlos por personas de «carne y hueso, como nosotros». Algunos hombres de la Unión esperaban toparse con blancos pobres esqueléticos en las regiones más atrasadas del sur, pero se sorprendieron al verlos también en las filas confederadas. Describían a los desertores, prisioneros y guardias de las cárceles de la Confederación como individuos de aspecto sórdido, figura encorvada, estrafalarios atavíos y claramente ignorantes. Los soldados que combatían en el teatro de operaciones del oeste quedaron atónitos al contemplar las chozas de barro

en las misiones de reconocimiento que efectuaban a lo largo de las orillas del Misisipi. Comparados con las gentes del sur, instaladas en los pantanos y auténticamente embadurnadas de fango, los pies de barro del norte parecían miembros de la realeza. [511]

En la ponderación del coste de esta contienda, el lodo podría muy bien constituir la imagen central, el emblema definitorio, tanto para los unionistas como para los confederados. No hubo nunca magia ni gloria, solo tediosas marchas por el légamo, escasez de alimentos, forrajeos desesperados (que en muchas ocasiones implicaban robar a los civiles) y la larga serie de condiciones inhumanas que predominaban en los pestilentes campamentos enfangados. Y cuando tanto los soldados de la Unión como sus adversarios confederados morían, eran abandonados precipitadamente en someras y cenagosas fosas comunes. [512]

Ahora bien, el tipo por antonomasia que monopolizó la imaginación política de uno y otro bando y protagonizó la propaganda bélica fue el «sucio pies de barro». Esta expresión vendría a sumarse al arsenal de insultos que los confederados dedicaban a los hombres de la Unión, a un conjunto de voces calificativas formado por palabras como «vagabundo», «limpiabotas» o «escoria norteña». Y no debemos olvidar la fórmula denigratoria predilecta de Jefferson Davis: «la hez de la tierra». Al adoptar esta clase de vocabulario, los rebeldes podían imaginar que los soldados del norte eran simples criados forzosos de Lincoln, mercenarios de baja estofa. Para convencerse a sí mismos de que la victoria resultaría fácil, los confederados se repetían que en el ejército federal servía toda la «basura» de Europa, la inmundicia expulsada de los penales de las urbes norteñas y sus míseras callejas, sumada, para colmo, a los patanes y los mugrientos granjeros de las regiones interiores de la Unión. Por su parte, los del norte estaban persuadidos de que los motines del pan, las deserciones, las masas de refugiados blancos pobres y los esclavos que se daban a la fuga constituían otras tantas pruebas, y muy sólidas, de que la Confederación se estaba desmembrando. De este modo, tanto el norte como el sur dieron en considerar que la clase social constituía la debilidad medular del enemigo y su elemento de mayor fragilidad, tanto en el plano militar como político. [513]

Y la cuestión es que ambos bandos llevaban parte de razón. Uno de los efectos de las guerras en general, y más aún de los enfrentamientos civiles, es la exacerbación de las tensiones de clase. Esto se debe a que los

sacrificios de la contienda se reparten siempre de manera desigual: son invariablemente los pobres quienes han de encajar los golpes más duros. El norte y el sur habían hecho una apuesta fortísima al fundamentar la condición de nación en su particular definición de las clases sociales. Tanto es así que no resulta exagerado decir que, desde una perspectiva general, los líderes unionistas y confederados veían en la guerra un choque entre sistemas de clase del que habría de salir triunfante aquel de los dos que más revelara concordar con un grado de civilización superior.

Los hombres de la Unión encontraron la forma de identificar la «escoria blanca» con el doble espantajo de la pobreza sureña y la hipocresía de las élites. Juzgaban que la secesión era un fraude perpetrado en perjuicio de los desventurados blancos pobres. Un periodista de Filadelfia tendría el dudoso honor de concebir la mejor (o cuando menos la más original) humillación para el engreído sistema social de la Confederación al sugerir al Gobierno de Jefferson Davis que estampara la imagen de un esclavo en su sello postal de cinco centavos, ya que solo entonces, argumentaba el articulista, se hallaría «la escoria blanca pobre» en condiciones de «adquirir a módico precio su cabaña de esclavos». No obstante, con sus comentarios, el escritor tampoco deja totalmente al margen de la crítica a sus compatriotas norteños. Era poco lo que separaba a los pies de barro del norte de la basura blanca del sur. Ninguna de las dos clases salió bien parada, pues ambas se vieron reducidas a simple carne de cañón. [514]

---

[444] Véase la crónica de la llegada del presidente Jefferson Davis a Montgomery, Alabama, y su posterior discurso en el *Charleston Mercury* de Carolina del Sur del 19 de febrero de 1861, en *Jefferson Davis, Constitutionalist: His Letters, Papers and Speeches* , edición de Dunbar Rowland, 10 vols., Mississippi Department of Archives and History, Jackson, 1923, vol. 5, pp. 47-48.

[445] Thomas Jefferson consideraba que la unidad nacional hundía sus raíces en los valores culturales comunes y en los linajes nacionales. Otra de las afirmaciones que confió a la imprenta fue la de que un exceso de inmigrantes acabaría por transformar Norteamérica en una «masa heterogénea, incoherente y perturbada». Jefferson deseaba que la limitación del número de inmigrantes diera al gobierno de Estados Unidos un carácter «más homogéneo, más pacífico y más duradero». Véase Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia* , *op. cit* ., pp. 84-85. No obstante, otros personajes recurrirían también al «tropo de una sola carne», como por ejemplo un escritor que sostenía que todos los esclavos del sur estaban metafóricamente unidos en matrimonio y que «ningún yanqui podría venir a separar» lo que Dios había unido: véase el *Richmond Examiner* del 19 de octubre de 1861.

[446] Alusión a los acontecimientos que precedieron y acompañaron el comienzo oficial de la nación estadounidense, cuya Declaración de Independencia se produjo el 4 de julio de ese año. (*N. del T.*)

[447] Davis utilizó la expresión «hijos degenerados» en cuatro discursos y la variante «descendientes degenerados» en otro. Para su alocución del 18 de febrero de 1861, véase Rowland, edición de, *Jefferson Davis* , *op. cit* ., vol. 5, p. 48; para otras referencias, véase *ibid* ., vol. 4, pp. 545; vol. 5, pp. 4, 391; y vol. 6, p. 573.

[448] Miembros de un movimiento político surgido entre los años 1642 y 1651. Defendían la idea de la soberanía popular, el sufragio amplio, la igualdad ante la ley y la tolerancia religiosa. (*N. del T.*)

[449] Para el discurso de Davis del 26 de diciembre de 1862, véase «Jeff Davis on the War: His Speech Before the Mississippi Legislature», *The New York Times* , 14 de enero de 1863.

[450] Véase el «Speech of Jefferson Davis at Richmond», tomado del *Richmond Daily Enquirer* del 7 de enero de 1863, Rowland, *Jefferson Davis* , *op. cit* ., vol. 5, pp. 391-393.

[451] Para más información acerca de lo importante que resulta demonizar al enemigo, véase Jason Phillips, *Diehard Rebels: The Confederate Culture of Invincibility* , University of Georgia Press, Athens, 2007, pp. 40-41.

[452] Para saber más sobre el enmascaramiento de las divisiones presentes en el seno de la Confederación, véase Paul Escott, *After Secession: Jefferson Davis and the Failure of Confederate Nationalism* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1978; junto con George C. Rable, *The Confederate Republic: A Revolution Against Politics* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1994, p. 27; Michael P. Johnson, *Toward a Patriarchal Republic: The Secession of Georgia* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1977, p. 41. Para los sureños que optaron por luchar en el bando de la Unión, véase William W. Freehling, *The South vs. the South: How Anti-Confederates Shaped the Course of the Civil War* , Oxford University Press, Nueva York, 2001, p. xiii. Para el enfrentamiento entre las clases, véase David Williams, *Rich Man's War: Class, Caste, and Confederate Defeat in the Lower Chattahoochee Valley* , University of Georgia Press, Athens, 1998; así como Wayne K. Durrill, *War of Another Kind: Southern Community in Great Rebellion* , Oxford University Press, Nueva York, 1990. Y respecto a la aparición de discrepancias en el sur en el transcurso de la guerra, véase Victoria E. Bynum, *The Long Shadow of the Civil War: Southern Dissent and Its Legacies* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2010; junto con Daniel E. Sutherland (comp.), *Guerrillas, Unionists, and Violence on the Confederate Homefront* , University of Arkansas Press, Fayetteville, 1999.

[453] El *New York Herald* reimprimió esta cita, junto con la afirmación de que el artículo procedía originariamente del *Muskogee Herald* de Alabama. El reportero del *New York Herald* se quejaba de que ese era uno de los numerosos ataques que podían encontrarse en muchos de los periódicos de Virginia, Misisipi, Luisiana, Carolina del Sur y Alabama. Véase «Ridiculous Attacks of the South upon the North, and Vice Versa», *New York Herald* , 16 de septiembre de 1856.

[454] Para el letrero alusivo al «grasiento mecánico», véase «Great Torchlight Procession! Immense Demonstrations», *Boston Daily Atlas* , octubre de 1856.

[455] Discurso de Jefferson Davis en Aberdeen, Misisipi, 26 de mayo de 1851, en Rowland, *Jefferson Davis* , *op. cit* ., vol. 2, pp. 73-74. Davis expuso una tesis similar en otro alegato pronunciado ante los miembros de la Asamblea Legislativa de Misisipi el 16 de noviembre de 1858: véase *ibid* ., *op. cit* ., vol. 3, p. 357. Las élites dominantes del sur echaron muchas veces mano de esta idea para reafirmar la lealtad de los blancos pobres: véase Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., p. 28;

junto con William J. Harris, *Plain Folk and Gentry in a Slave Society: White Liberty and Black Slavery in Augusta's Hinterlands* , Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1985, p. 75.

[456] Voz de difícil traducción. «*Mudsill* » es la solera que recorre la base de la estructura de una casa, generalmente en contacto con el suelo (y de ahí la asociación con «*mud* », barro). En las construcciones de madera recibe también el nombre de «viga de carrera». Otra voz mixta y de composición similar es «*mudwall* », que sería nuestra «tapia». Queda, por tanto, claro que Hammond, al inventar el término, asocia, en una palabra inglesa existente, la idea de la suciedad del lodo con la posición inferior de ese travesaño basal para cuajar un término denigratorio. En un contexto menos específico y referido a personas (como acabará ocurriendo, según tendremos ocasión de comprobar) habría valido quizá nuestro «pelagatos», pero se perderían las conexiones con el cieno o las zarrias y esa noción general de «escoria» o «basura» que recorre todo el libro. Por esa razón he aventurado la solución «pies de barro», en la que debe prevalecer la idea de suciedad por encima de la connotación de fragilidad que puede tener en castellano. (*N. del T.*)

[457] En este contexto, el empleo de palabra «hez» —que es antigua y en nuestro caso encuentra su origen en los insultos que se dedicaban en Inglaterra a los vagabundos— busca despiadadamente el agravio. Se refería explícitamente a la materia fecal, a la expulsión de los inservibles residuos corporales almacenados en los intestinos. Para más información sobre los matones urbanos y los elementos del ejército de la Unión, véase Lorien Foote, *The Gentlemen and the Roughs: Violence, Honor, and Manhood in the Union Army* , New York University Press, Nueva York, 2010. Para saber más sobre los inmigrantes, véase Tyler Anbinder, «Which Poor Man's Fight? Immigrants and Federal Conscription of 1863», *Civil War History* , vol. 52, n.º 4, diciembre de, 2006, pp. 344-372. Para la convicción de que los hombres de la Unión eran peores que los «godos y los vándalos», véase «The Character of the Coming Campaign», *New York Herald* , 28 de abril de 1861. La Confederación se negó a reconocer que los soldados negros fueran verdaderos combatientes, de modo que tampoco aceptó que pudieran convertirse en prisioneros de guerra. Por ello mismo, los comandantes confederados prometieron ejecutar sin contemplaciones a todo oficial de la Unión que se atreviera a ponerse al mando de esas tropas afroamericanas: véase Dudley Taylor Cornish, *The Sable Arm: Black Troops in the Union Army, 1861-1865* , 1956, edición reimpresa, University Press of Kansas, Lawrence, 1987, pp. 158-163, 178.

[458] James Hammond, discurso ante el Senado de Estados Unidos, 4 de marzo de 1858, *Congressional Globe* , trigésimo quinto congreso, primera sesión, Apéndice, p. 71; véase también Faust, *James Henry Hammond and the Old South* , *op. cit* ., p. 374.

[459] Hammond, discurso ante el Senado de Estados Unidos, *loc. cit* ., p. 74. Entre los autores del sur era habitual considerar que el Partido Republicano (y su filosofía) constituían el germen de una revolución socialista: véase Harris, *Plain Folk and Gentry* , *op. cit* ., p. 138; y Manisha Sinha, *The Counter-Revolution of Slavery: Politics and Ideology in Antebellum South Carolina* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, pp. 191, 223-229.

[460] Término denigratorio que alude simultáneamente a la eventual presencia de afroamericanos en las filas del Partido Republicano y al hecho de que sus seguidores y líderes blancos defendieran la causa de los hombres y mujeres de color. (*N. del T.*)

[461] Para la noción de «republicanos rojos», véase «The War upon Society — Socialism», *De Bow's Review* , junio de 1857, pp. 633-644. Para la idea de que los republicanos negros convertían a los esclavos en personas iguales a los blancos pobres, véase Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., p. 47; y véase también Arthur Cole, «Lincoln's Election an Immediate Menace to Slavery in the States?», *American Historical Review* , vol. 36, n.º 4, julio de 1931, pp. 740-767, y especialmente las páginas 743, 745 y 747. Para la amenaza del mestizaje racial, véase George M. Fredrickson, «A Man

but Not a Brother: Abraham Lincoln and Racial Equality», *Journal of Southern History* , vol. 41, n.º 1, febrero de 1975, pp. 39-58, y sobre todo la página 54. Para las acusaciones de mezcla de razas durante la campaña de reelección de Lincoln, véase Elise Lemire, «Miscegenation»: Making Race in America, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2002, pp. 115-123.

[462] El discurso de Davis al que aquí se alude fue pronunciado en febrero de 1861, es decir, cuando se ultimaba la aprobación de la definitiva ley suprema de los estados confederados —en ese momento los secesionistas se regían por una constitución provisional—. En marzo de ese mismo año se aprobó ese documento temporal, y en febrero de 1862 entró en vigor la ley final. (*N. del T.*)

[463] Alexander Stephens, «Slavery the Cornerstone of the Confederacy», discurso pronunciado en Savannah el 21 de marzo de 1861, en *Great Debates in American History: States Rights (1798-1861); Slavery (1858-1861)* , Marion Mills Miller (comp.), 14 vols., Nueva York, 1913, vol. 5, pp. 287, 290.

[464] Para las observaciones de Wigfall, véase «Proceedings of the Confederate Congress», *Southern Historical Society Papers* , Richmond, Virginia, 1959, vol. 52, p. 323. Para la referencia al limpiabotas, véase «Latest from the South», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 15 de febrero de 1865. Para los elementos clasistas que informan su alegato, véase «The Spring Campaign — Davis' Last Dodge», *New York Daily Herald* , 9 de febrero de 1865. Véase también Edward S. Cooper, *Louis Trezevant Wigfall: The Disintegration of the Union and the Collapse of the Confederacy* , Fairleigh Dickinson University Press, Lanham, Maryland, 2012, pp. 137-140.

[465] Véase Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., p. 184. Para la obligatoriedad del servicio de armas, véase Albert Burton Moore, *Conscription and Conflict in the Confederacy* , Nueva York, 1924, pp. 14-18, 34, 38, 49, 53, 67, 70-71, 308. Para saber más sobre las deserciones y la desigual aplicación de la prestación militar, véase Scott King-Owen, «Conditional Confederates: Absenteeism Among Western North Carolina Soldiers, 1861-1865», *Civil War History* , n.º 57, 2011, pp. 349-379, y en especial la página 377; junto con Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., p. 294; y Jaime Amanda Martinez, «For the Defense of the State: Slave Impressment in Confederate Virginia and North Carolina», tesis doctoral, University of Virginia, 2008. Había también algunos georgianos que pensaban que el hecho de entregar armas a los esclavos podía apagar los clamores críticos que hablaban de «una guerra de hombres ricos librada por hombres pobres», y convencer al mismo tiempo a los desertores blancos de que debían sumarse a las filas de la Confederación: véase Philip D. Dillard, «The Confederate Debate over Arming Slaves: View from Macon and Augusta Newspapers», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 79, n.º 1, primavera de 1995, pp. 117-146, y sobre todo la 145.

[466] Para saber más sobre las convicciones y las políticas de los generales de la Unión, véase Mark Grimsley, *The Hard Hand of War: Union Military Policy Toward Southern Civilians, 1861-1865* , Cambridge University Press, Nueva York, 1995; junto con *Ulysses S. Grant: Memoirs and Selected Letters* , Library of America, Nueva York, 1990, pp. 148-149. En una carta escrita durante el conflicto, Grant también se valdría de esa misma referencia a la superioridad de cinco a uno. Por otra parte, expresó asimismo un punto de vista similar en plena contienda al sostener que «la guerra podría llegar inmediatamente a su fin si el conjunto de la población del sur tuviese ocasión de expresar sus verdaderos sentimientos sin la presión de sus líderes»: véase la carta de Grant a Jesse Root Grant del 3 de agosto de 1861, junto con la carta de Grant a Julia Dent Grant del 12 de junio de 1862, en *ibid* ., pp. 972 y 1009. Para más información acerca del texto de Hinton Rowan Helper —*The Land of Gold* , de 1855—, véase el capítulo 6 del presente libro.

[467] *The Irrepressible Conflict. A Speech by William H. Seward, Delivered at Rochester, Monday, Oct 25, 1858* , Nueva York, 1858, pp. 1-2.

[468] Véase «The Destinies of the South: Message of His Excellency, John H. Means, Esq., Government of the State of South-Carolina […], November 1852», *Southern Quarterly Review* , enero de 1853, pp. 178-205, y sobre todo la 198; véase también James Hammond, *Governor Hammond's Letters on Southern Slavery: Addressed to Thomas Clarkson, the English Abolitionist* , Charleston, Carolina del Sur, 1845, p. 21; así como Jefferson Davis, «Confederate State of América — Message to Congress, 29 de abril de 1861», en *A Compilation of the Messages and Papers of the Confederacy* , James D. Richardson (comp.), 2 vols., United States Publishing Co., Nashville, 1906, vol. 1, p. 68; y Christa Dierksheide y Peter S. Onuf, «Slaveholding Nation, Slaveholding Civilization», en *In the Cause of Liberty: How the Civil War Redefined American Ideals* , William J. Cooper hijo y John M. McCardell, hijo (comps.), Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2009, pp. 9-24, y especialmente las páginas 9 y 22 a 23.

[469] «The Union: Its Benefits and Dangers», *Southern Literary Messenger* , 1 de enero de 1861, pp. 1-4, y sobre todo esta última; junto con «The African Slave Trade», *Southern Literary Messenger* , agosto de 1861, pp. 105-113; véase también Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., p. 55. Para saber más sobre las reacciones que provocó el libro de Helper, véase Brown, *Southern Outcast* , *op. cit* .; así como Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., pp. 31-32.

[470] Véase *Memoir on Slavery, Read Before the Society for the Advancement of Learning, of South Carolina, at Its Annual Meeting at Columbia. 1837. By Chancellor Harper* , Charleston, Carolina del Sur, 1838, pp. 23-24. Para las bajas tasas de alfabetización del sur y las escasas oportunidades que los estados esclavistas ofrecían los pobres, a los que les resultaba extremadamente difícil recibir una educación escolar básica, véase Carl Kaestle, *Pillars of the Republic: Common Schooling and American Society, 1780-1860* , Nueva York, 1893, pp. 195, 206; junto con James M. McPherson, *Drawn with the Sword: Reflections on the American Civil War* , Oxford University Press, Nueva York, 1996, p. 19. Las estimaciones relacionadas con el analfabetismo oscilan de forma muy notable. McPherson considera que la valoración más baja es la correcta, la que estipula una diferencia de tres a uno en favor de los estados del norte. Sin embargo, Wayne Flynt señala que el censo federal anunció en 1850 que los índices de analfabetismo de los estados esclavistas eran del 20,3 %, del 3 % en los situados en la región intermedia, y del 0,42 % en Nueva Inglaterra. Esto significa un desfase de más de 40 a 1 respecto de Nueva Inglaterra y de 7 a 1 con los estados intermedios. Véase Wayne Flynt, *Dixie's Forgotten People: The South's Poor Whites* , Indiana University Press, Bloomington, 1979, p. 8. Para el llamamiento orientado a proteger la actividad editorial de la Confederación, véase Michael T. Bernath, *Confederate Minds: The Struggle for Intellectual Independence in the Civil War South* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013.

[471] Históricamente, en el mundo anglosajón, se utiliza la voz española «vigilantes» para denominar a los grupos extraoficialmente constituidos con idea de administrar una «justicia» popular de forma sumarísima y sin autoridad legal. Los «milicianos», o «*minute men* », eran colonos civiles independientes organizados en pelotones entrenados en el uso de armas, tácticas y estrategias militares, así como para intervenir en pequeñas operaciones furtivas. Actuaban a petición de las autoridades y podían estar listos para la acción en un minuto, de ahí su nombre. (*N. del T.*)

[472] Véase «The Differences of Race Between the Northern and Southern People», *Southern Literary Messenger* , 1 de junio de 1860, pp. 401-409, y especialmente la 403. Para saber más acerca de la dominación patricia en el sur, véase Frank Alfriend, «A Southern Republic and Northern Democracy», *Southern Literary Messenger* , 1 de mayo de 1863, pp. 283-290. Para la idea de seducir a los pobres con tentaciones y presentes, véase el «Message of Gov. Joseph E. Brown» del 7 de noviembre de 1860, en *The Confederate Records of Georgia* , Allen D. Candler (comp.), 5 vols., Atlanta, 1909-1911, vol. 1, p. 47; William W. Freehling y Craig M. Simpson, *Secession Debated:*

Georgia Showdown in 1860 , Oxford University Press, Nueva York, 1992; Bernard E. Powers, hijo, «"The Worst of All Barbarism": Racial Anxiety and the Approach of Secession in the Palmetto State», *South Carolina Historical Magazine* , vol. 112, n.os 3/4, julio-octubre de 2011, pp. 139-156, y especialmente la 151; Harris, *Plain Folk and Gentry* , *op. cit* ., p. 134. Y para saber más sobre las asociaciones de «vigilantes» y las compañías de «milicianos», véase West, *From Yeoman to Redneck* , *op. cit* ., pp. 68-69, 76-81, 84, 91-92. Los observadores del norte presentes en los estados del sur señalan en sus escritos que muchos blancos pobres se oponían a la secesión, pero se sentían «obligados a permanecer en silencio». Véase «The Poor Whites at the South — Letter from a Milwaukee Man in Florida», *Milwaukee Daily Sentinel* , 15 de abril de 1861. Alfriend repetiría el argumento del gobernador Brown en dos puntos básicos: en primer lugar, al sostener que la administración de Lincoln se proponía ganarse el favor de los blancos pobres «echando mano de todos los trucos del arte de la zalamería que hubieran ido atesorando con la experiencia o tuvieran en el zurrón sus hábiles asesores, ya que está dispuesto a halagar la vanidad de la gente y a alimentar con mimo la codicia y la indolencia que empujan a esos individuos a anhelar la obtención de prebendas federales y tierras baratas»; y en segundo lugar, sostenía asimismo que el mensaje republicano acabaría por pervertir a los «estratos inferiores de la sociedad sureña». También predijo que lo que le aguardaba al sur era, bien una guerra de conquista, bien una lucha de clases: «Si lo que se desata no es una conquista, habrá una contienda civil, pero no entre el norte y el sur, sino entre el dueño de esclavos y quien no los posee, respaldado por el norte». Véase «Editor's Table», *Southern Literary Messenger* , 1 de diciembre de 1860, pp. 468-474, especialmente la 472.

[473] Propuesta que sostiene que los privilegios de las clases pudientes estimulan a largo plazo la mejora social. Un célebre ejemplo contemporáneo que detalla este tipo de nociones es el que figura en *Camino de servidumbre* , de 1944, la obra de más amplio alcance del premio Premio Nobel de Economía Friedrich Hayek. (*N. del T.*)

[474] James D. B. De Bow era originario de Carolina del Sur, pero se había trasladado a Nueva Orleans para establecer en esa ciudad la sede de su publicación. Distribuida en un principio bajo la cabecera de *Commercial Review of the South and West* , acabaría conociéndose con el nombre de *De Bow's Review* . Pese a que en los inicios de su carrera abogara en favor de la instauración de un sistema de educación pública en el sur, y al margen de que en esa época apoyara también la industrialización de esos estados, lo cierto es que más tarde abrazaría sin fisuras la retórica secesionista, centrada en la doble idea de que «el algodón es rey» y de que la esclavitud era la mayor fuente de superioridad del sur. En 1860, De Bow publicó un panfleto titulado *The Interest in Slavery of the Southern Non-Slaveholder* , y más tarde lo divulgaría en forma de artículos por entregas, tanto en el *Charleston Mercury* como en la *De Bow's Review* . Véase James De Bow, «The Non-Slaveholders of the South: Their Interest in the Present Sectional Controversy Identical with That of Slave-holders», *De Bow's Review* , vol. 30, enero de 1861, pp. 67-77; Eric H. Walther, «Ploughshares Come Before Philosophy: James D. B. De Bow», en *The Fire-Eaters* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1992, pp. 195-227; y Sinha, *The Counter-Revolution of Slavery* , *op. cit* ., p. 234. El gobernador Joseph Brown de Georgia hizo un llamamiento similar a los blancos pobres en el que elogiaba los elevados jornales del sur y lanzaba la advertencia de que, en caso de eliminar la esclavitud, los blancos pobres perderían su posición jurídica y social y los esclavos se entregarían al pillaje de los humildes habitantes de las regiones montañosas del estado, una zona famosa por contar con una abundante población de individuos carentes de esclavos y extremadamente pobres. La élite secesionista aplaudió el llamamiento de Brown y se manifestó persuadida de que el planteamiento consistente en arengarlos «respondía a un cálculo acertado», ya que de ese modo no solo se podría provocar más fácilmente la secesión, sino que se fortalecería al mismo tiempo su ánimo frente a

todos los alegatos susceptibles de «poner a los pobres en contra de los ricos». Véase Johnson, *Toward a Patriarchal Republic* , *op. cit* ., pp. 49-51.

[475] Que en esa época formaban parte de Virginia. Precisamente esa secesión daría lugar al surgimiento de lo que hoy es el estado de Virginia Occidental, constituido en 1861. (*N. del T.*)

[476] Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., pp. 32-35, 40-42, 50-51, 60-61; Johnson, *Toward a Patriarchal Republic* , *op. cit* ., pp. 63-65, 110, 117-123, 153, 156; William C. Davis, *Jefferson Davis: The Man and His Hour* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1991, p. 308; Stephanie McCurry, *Confederate Reckoning: Power and Politics in the Civil War South* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2010, pp. 51, 55, 63, 75, 81; y G. Edward White, «Recovering the Legal History of the Confederacy», *Washington y Lee Legal Review* , n.º 68, 2011, pp. 467-554, y en particular la página 483. Según el *Southern Literary Messenger* , la reforma constitucional debía restringir el derecho de sufragio y negárselo a todas aquellas «clases que fueran incapaces de ejercerlo judicialmente» (un movimiento estratégico con el que se impedía que el Gobierno confederado quedara a «merced de mayorías ilegales e incontroladas»): véase «Editor's Table», *art. cit* ., p. 470; véase también Richard O. Curry, «A Reappraisal of Statehood Politics in West Virginia», *Journal of Southern History* , vol. 28, n.º 4, noviembre de 1962, pp. 403-421, sobre todo la página 405. Y para saber más sobre los unionistas de la región oriental de Tennessee y el temor que tenían a que los secesionistas les impusieran un gobierno elitista, véase Noel L. Fisher, «Definitions of Victory: East Tennessee Unionists in the Civil War and Reconstruction», en Sutherland (comp.), *Guerrillas, Unionists, and Violence on the Confederate Homefront* , University of Arkansas Press, Fayetteville, 1999, pp. 89-111, y sobre todo la 93 y la 94.

[477] Acuerdo alcanzado en la Convención Constitucional estadounidense de 1787 por el que se decidió contar solo a tres de cada cinco esclavos como personas a los fines de la representación legislativa y fiscal, puesto que el volumen de la población determinaba el número de escaños de un estado en la Cámara Legislativa. (*N. del T.*)

[478] Hay aquí, además, un juego de palabras, ya que *overslaugh* significa «puentear», o «hacer caso omiso», que es lo que podían hacer los estados sin esclavos, cuya mayor población podía permitirles desentenderse de las iniciativas de los estados esclavistas. (*N. del T.*)

[479] Simms temía que los estados fronterizos promovieran la actividad manufacturera y que se produjera, por tanto, un incremento de la población blanca pobre. Véase la carta de William Gilmore Simms a William Porcher Miles, 20 y 24 de febrero de 1861, en *The Letters of William Gilmore Simms* , Mary C. Simms Oliphant, Alfred Taylor Oldell y T. C. Duncan Miles (comps.), 5 vols., University of South Carolina Press, Columbia, 1952-1956, vol. 4, pp. 330, 335; junto con Alfriend, «A Southern Republic and Northern Democracy», *art. cit* .; véase también «The Poor Whites to Be Dis-Enfranchised in the Southern Confederacy», *Cleveland Daily Herald* , 2 de febrero de 1861. El director de la *Southern Confederacy* , T. S. Gordon, de Florida, no solo defendería el rechazo del concepto jeffersoniano de los derechos del hombre, sino también la idea de que su generación tuviera legitimidad para «pensar por sí misma» y desentenderse de las «opiniones de sus antepasados»: véase una reimpreso del artículo de Gordon en «Bold Vindication of Slavery», *Liberator* , 22 de marzo de 1861; y Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., pp. 50, 55-56.

[480] Para saber más sobre esa especie de Cámara de los Lores para esclavistas, véase el *Chronicle and Sentinel* de Augusta del 9 de febrero de 1861. Si Ruffin daba a las masas ese apelativo de «canallesca multitud», los conservadores de Georgia las calificaban de chusma o de «enemigos domésticos»: véase William Kauffman Scarborough, (comp.), *The Diary of Edmund Ruffin* , 3 vols., Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1972-1989, vol. 2, pp. 167-171, 176, 542; junto con Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., p. 42; Johnson, *Toward a Patriarchal Republic* , *op. cit* .,

pp. 101, 130-131, 143, 178-179, 184; McCurry, *Confederate Reckoning* , *op. cit* ., p. 43; véase asimismo la reimpresión y el debate sobre el editorial publicado en el *Charleston Mercury* de Carolina del Sur titulado «Seceding from Secession», *The New York Times* , 25 de febrero de 1861. Para otro ejemplo que muestra que los secesionistas consideraban que el compromiso de los tres quintos usurpaba los derechos de los sureños, véase «National Characters — The Issues of the Day», *De Bow's Review* , enero de 1861; para la idea de que la raza supusiera un «título de nobleza», véase «Department of Miscellany […] The Non-Slaveholder of the South», *De Bow's Review* , 1 de enero de 1861.

[481] «The Southern Civilization; or, the Norman in America», *De Bow's Review* , enero-febrero de 1862.

[482] Véase John F. Reiger, «Deprivation, Disaffection, and Desertion in Confederate Florida», *Florida Historical Quarterly* , vol. 48, n.º 3, enero de 1970, pp. 279-298, y especialmente las páginas 286 y 287; junto con Escott, *After Secession* , *op. cit* ., pp. 115, 119; Reid Mitchell, *Civil War Soldiers* , Viking, Nueva York, 1988, p. 160; «The Conscription Bill. Its Beauty», *Southern Literary Messenger* , 1 de mayo de 1862, p. 328; y Harris, *Plain Folk and Gentry* , *op. cit* ., p. 153. Sobre el uso del término «tártaro», véase la carta de James D. Davidson a Greenlee Davidson de 12 de febrero de 1861, en Bruce S. Greenawalt, «Life Behind Confederate Lines in Virginia: The Correspondence of James D. Davidson», *Civil War History* , vol. 16, n.º 3, septiembre 1970, pp. 205-226, y sobre todo la 218; véase también Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., p. 122; Bessie Martin, *Desertion of Alabama Troops in the Confederate Army: A Study in Sectionalism* , Columbia University Press, Nueva York, 1932, p. 122.

[483] Para más información sobre la exención basada en la posesión de veinte esclavos, véase Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., p. 132; así como Escott, *After Secession* , *op. cit* ., p. 95; véase también King-Owen, «Conditional Confederates», *art. cit* ., pp. 351, 359, 377-378. James Phelan medía el patriotismo en términos clasistas, y por eso dejará escrito que «solo el orgullo del intelecto, la posición y la educación sentirán agudamente la necesidad [de la exaltacion patriótica] y harán saltar [a las élites] con la presteza de un resorte, dispuestas a ocupar un puesto de tanto peligro y sacrificio». Los granjeros blancos pobres carecían de esas cualidades: véase la carta de James Phelan a Jefferson Davis de 23 de mayo de 1861, en *The War of Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies* , 130 vols., Government Printing Office, Washington, D. C., 1880-1901, cuarta serie, vol. 1, p. 353; véase también Escott, *After Secession* , *op. cit* ., p. 115; junto con Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., pp. 156, 190-191; Harris, *Plain Folk and Gentry* , *op. cit* ., p. 64; Jack Lawrence Atkins, «"It Is Useless to Conceal the Truth Any Longer": Desertion of Virginia Soldiers from the Confederate Army», tesina para la obtención del grado de maestría, Virginia Polytechnic Institute, 2007, pp. 41-42.

[484] Los hombres con una marcada conciencia de clase tenían el sentimiento de que el honor y el servicio demostraban que pertenecían a la «casta de las personas dignas de tal nombre»: véase la carta de Lee L. Dupont a su esposa, 27 de febrero de 1861 [o 1862], cartas de la familia, Sociedad histórica Lowndes-Valdosta, según cita tomada de David Carlson, «The "Loanly Runagee": Draft Evaders in Confederate South Georgia», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 84, n.º 4, invierno de 2000, pp. 589-615, y sobre todo la 597. William Holden, el director del *Raleigh Weekly Standard* de Carolina del Norte, fue uno de los más conscpicuos críticos del sistema de reclutamiento selectivo. En uno de sus escritos explica: «No estamos dispuestos a ver morir de hambre a nuestros hijos blancos por culpa de esta guerra, mientras los negros engordan y se ponen bien lustrosos»: véase *Raleigh Weekly Standard* , 1 de julio de 1863, según cita tomada de Rable, *The Confederate Republic* , *op. cit* ., pp. 190-191. Para saber más sobre los «perreros», véase John Beauchamp Jones, *A Rebel Clerk's Diary at the Confederate Capital* , 2 vols., Filadelfia, 1866, vol. 2, p. 317; véase también el

editorial del *Richmond Whig* , reimpreso en «The Rebel Army and the Rebel Government», *Philadelphia Inquirer* , 24 de enero de 1862.

[485] Véase la carte de Robert E. Lee al presidente Jefferson Davis de ١٧ de agosto de ١٨٦٣, en *The Wartime Papers of Robert E. Lee* , Little, Brown, Boston, 1961, p. 591; véase también Atkins, «Desertion among Virginia Soldiers», *art. cit* ., pp. 47-48; junto con Harris, *Plain Folk and Gentry* , pp. 179-180. Es posible que los porcentajes de desertores de Carolina del Norte se acercaran bastante más de lo que parece a los de Virginia, pero resulta extremadamente difícil obtener una estimación precisa: véase Richard Reid, «A Test Case of the "Crying Evil": Desertion Among North Carolina Troops During the Civil War», *North Carolina Historical Review* , vol. 58, n.º 3, julio de 1981, pp. 234-262, especialmente las páginas 234, 237-238, 247, 251, 253 y 254-255. Para las represalias que sufrían los confederados que se pasaban a las filas de la Unión, véase Lesley J. Gordon, «"In Time of War": Unionists Hanged in Kinston, North Carolina, February 1864», en Sutherland, *Guerrillas, Unionists, and Violence* , *op. cit* ., pp. 45-58; y Bynum, *The Long Shadow of the Civil War* , *op. cit* ., pp. 28, 43-46; véase también Victoria E. Bynum, *The Free State of Jones: Mississippi's Longest Civil War* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001.

[486] Para más información acerca de los desertores de Georgia y de las desafiantes mujeres de los renegados, véase Carlson, «The "Loanly Runagee"», *art. cit* ., pp. 600, 610-613; junto con Harris, *Plain Folk and Gentry* , *op. cit* ., pp. 180-181.

[487] Una vez más, es preciso remitirse a la intrahistoria de Estados Unidos. Se trata del apodo que aún hoy se aplica a los habitantes de Carolina del Norte y a sus instituciones. El origen del mote proviene del hecho de que, desde mediados del siglo XVIII y durante buena parte del XIX , ese estado se dedicó a la producción de trementina y brea, extraída de los abundantes pinos de la región. Los trabajadores pobres blancos y los afroamericanos que trabajaban en la elaboración del pegajoso alquitrán se manchaban los pies y el calzado, y de ahí el apelativo. Más tarde, debido justamente a la idea de que los soldados de Carolina del Norte «no se despegaron» de sus camaradas de armas (como apunta el chiste), el remoquete creció en popularidad, y después de la guerra civil los ciudadanos de Carolina del Norte optaron por asumirlo prácticamente como bandera y timbre de honor. (*N. del T.*)

[488] Para el chiste, véase *Houston Tri-Weekly Telegraph* , 23 de diciembre de 1864. Tomando como base el trabajo de James Scott titulado *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Resistance* , de 1985, Katherine Guiffre señala que es muy frecuente que los grupos carentes de poder realicen pequeños gestos cotidianos de rebelión, ya sea difundiendo rumores, fingiéndose enfermos o efectuando hurtos de poca monta: véase Katherine A. Guiffre, «First in Flight: Desertion as Politics in the North Carolina Confederate Army», *Social Science History* , vol. 21, n.º 2, verano de 1997, pp. 245-263, y en especial las páginas 249-250 y 260. Yo misma mantengo que los chistes cumplían una función similar, ya que arrojaban luz sobre lo que las élites dominantes juzgaban actos de traición, gestos de cobardía o episodios de amotinamiento.

[489] Los historiadores todavía debaten sobre la validez de las estimaciones que señalan el número de hombres que sirvieron en el ejército confederado. Para las más recientes valoraciones, véase McCurry, *Confederate Reckoning* , *op. cit* ., p. 152. Para saber más sobre las deserciones, véase Mark A. Weitz, *More Damning Than Slaughter: Desertion in the Confederate Army* , University of Nebraska Press, Lincoln, 2005, junto con Reid, «A Test Case of the "Crying Evil"», *art. cit* ., pp. 234, 247. Para el mejor estudio del problema de la desafección entre los reclutados por la fuerza, los sustitutos y los que se alistaron a última hora (grupos, los dos primeros, que suelen pasarse por alto en los trabajos que tratan de averiguar los elementos que motivaban a los soldados confederados), véase Kenneth W. Noe, *Reluctant Rebels: The Confederates Who Joined the Army After 1860* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2010, pp. 2, 7, 88-89, 94-95, 108, 113-114, 178 y

190. Tal y como indica Noe, los reclutados por la fuerza y los sustitutos, es decir, los hombres que más probabilidades tenían de mostrarse desafectos a la causa, son también las dos cohortes cuyos sentimientos personales resultan más desconocidos para los historiadores. Es difícil encontrar las cartas que pudieron intercambiarse estos hombres. La clase social también determinaba la alfabetización y, por tanto, la capacidad de escribir, lo que significa que los historiadores que apuestan por el examen de la correspondencia personal acaban reflejando inevitablemente un sesgo de clase. Para la humilde extracción de los sustitutos y las dificultades que plantea su identificación, véase también John Sacher, «The Loyal Draft Dodger? A Reexamination of Confederate Substitution», *Civil War History* , vol. 57, n.º 2, junio de 2011, pp. 153-178, y especialmente las páginas 170 a 173. El sargento William Andrews, del primer batallón de voluntarios de Georgia, nos ofrece otro ejemplo de lo mucho que podían enconarse los rencores, ya que tras la rendición de Robert E. Lee comenta: «Pese a lo amarga que me resulta la píldora de tener que regresar al seno de la Unión, no creas que lamento en exceso la pérdida de la Confederación. El trato que el Gobierno ha dado a los soldados en varias cuestiones les ha puesto en contra de las autoridades». Véase David Williams, Teresa Crisp Williams y David Carlson, *Plain Folk in a Rich Man's War: Class and Dissent in Confederate Georgia* , University Press of Florida, Gainesville, 2002, p. 194.

[490] Williams *et al* ., *Plain Folk in a Rich Man's War* , *op. cit* ., pp. 25-29, 34-36; véase también «Cotton Versus Corn», *Philadelphia Inquirer* , 4 de mayo de 1861.

[491] Véase Teresa Crisp Williams y David Williams, «"The Woman Rising": Cotton, Class, and Confederate Georgia's Rioting Women», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 86, n.º 1, primavera de 2002, pp. 49-83, y sobre todo de la 68 a la 79; para saber más sobre el amotinamiento de Richmond, véase Michael B. Chesson, «Harlots or Heroines? A New Look at the Richmond Bread Riot», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 92, n.º 2, abril de 1984, pp. 131-175; para dos crónicas de los disturbios del pan de 1863, véase Mary S. Estill, «Diary of a Confederate Congressman, 1862-1863», *Southwestern Historical Quarterly* , vol. 39, n.º 1, julio de 1935, pp. 33-65, y sobre todo las páginas 46 y 47; junto con Jones, *A Rebel Clerk's Diary* , *op. cit* ., vol. 1, entrada del 2 de abril de 1863, pp. 285-287; véase también Williams, *Rich Man's War* , *op. cit* ., pp. 99, 100-101, 114-115; Escott, *After Secession* , *op. cit* ., p. 122. Según argumenta Lebergott, el hecho de que la Confederación no lograra recaudar suficientes impuestos obligó a sus dirigentes a recurrir a los gravámenes forzosos, que muchas veces recaían sobre los miembros más débiles de la sociedad, es decir, sobre las granjas regentadas por las mujeres que tenían al marido en el frente. Esta práctica animaría a muchos soldados a desertar y agudizó la inquina que el gobierno inspiraba en las mujeres: véase Stanley Lebergott, «Why the South Lost: Commercial Purpose in the Confederacy, 1861-1865», *Journal of American History* , vol. 79, n.º 1, junio de 1983, pp. 58-74, y especialmente las páginas 71 y 72. Para defender a la Confederación, hubo informes que insistieron en que la protesta de Richmond no era ningún «motín de subsistencia» y que el motivo de la agitación se debía a la inclinación al delito de los infractores, no a la necesidad: véase «Outrageous Proceedings in Richmond», *Staunton Spectator* , 7 de abril de 1863; no obstante, en ese mismo periódico había otro artículo en el que se sostenía que los conflictos de clase iban a echar por tierra la causa Confederada: véase «The Class Oppressed», *Staunton Spectator* , 7 de abril de 1863.

[492] «Pity the Poor Rebels», *Vanity Fair* , 9 de mayo de 1863.

[493] Véanse las entradas correspondientes a los días ٢٦ y ٢٧ de julio de ١٨٦٣ en los diarios de Lucy Virginia French, ١٨٦٥-١٨٦٢ ,١٨٦٠, microfilm, Tennessee State Library and Archives, Nashville; así como Stephen V. Ash, «Poor Whites in the Occupied South, ١٨٦٥-١٨٦١», *Journal of Southern History* , vol. 57, n.º 1, febrero de 1991, pp. 39-62, y especialmente la 55.

[494] Para más información acerca de los funcionarios del Gobierno que se alimentaban a base de exquisiteces mientras los soldados se veían obligados a pasar privaciones, véase Jones, *A Rebel Clerk's Diary* , vol. 2, *op. cit* ., entrada del 22 de septiembre de 1864, p. 290; y para saber más sobre los desaires a Varina Davis, véase Jones, *A Rebel Clerk's Diary* , vol. 2, entrada del 19 de marzo de 1865, p. 453.

[495] Véase «The Drum Roll», *Southern Field and Fireside* , 18 de febrero de 1864; junto con Anne Sarah Rubins, *The Shattered Nation: The Rise and Fall of the Confederacy, 1861-1868* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2005, p. 88. Este mismo tema de la pérdida de los privilegios de clase (como el hecho de que las esposas se vieran obligadas a limpiar las «aguas sucias del dormitorio») aparece en el *R* i*chmond Daily Whig* del 12 de febrero de 1865: véase George C. Rable, «Despair, Hope, and Delusion: The Collapse of Confederate Morale Re-Examined», en *The Collapse of the Confederacy* , Mark Grimsley y Brooks D. Simpson (comps.), University of Nebraska Press, Lincoln, 2001, pp. 129-167, y sobre todo la 149 y la 150; así como «Items of Interest», *Houston Daily Telegraph* , 21 de diciembre de 1864.

[496] Apodo con el que se conocía a Lincoln («Abe» es diminutivo de Abraham) debido a su buena reputación en los tribunales —ya que había conseguido estudiar abogacía pese a la escasa formación de sus primeros años— y a su imagen de hombre sencillo y recto. (*N. del T.*)

[497] Véanse los «Sketches from the Life of Jeff. Davis», *Macon Daily Telegraph* , 12 de marzo de 1861. Para saber más acerca de los periódicos sureños que tildaban a Lincoln de «borracho empedernido», véase «The News», *New York Herald* , 21 de mayo de 1861. Para la ultrajante burla con la que se califica a Lincoln de «simio de Illinois», véase Josiah Gilbert Holland, *The Life of Abraham Lincoln* , Springfield, Massachusetts, 1866, p. 243; véase también «A Bad Egg for the Lincolnites», *The Macon Daily Telegraph* , 18 de septiembre de 1861, junto con el *Richmond Examiner* de 19 de octubre de 1861. Para más información sobre la patria chica de Davis y Lincoln, nacidos en dos poblaciones de Kentucky muy próximas entre sí, véase «News and Miscellaneous Items», *Wisconsin Patriot* , 30 de marzo de 1861. Para la opinión que manifiesta Hunter en relación con Lincoln, véase la Carta de Salmon Portland Chase [presidente del tribunal supremo estadounidense] del 2 de octubre de 1862, en *Diary and Correspondence of Salmon Portland Chase* , edición de George S. Denison y Samuel H. Dodson, American Historical Association, Washington, D. C., 1903, p. 105. Y para el insulto dirigido contra los habitantes del Medio Oeste norteamericano, véase John Hampden Chamberlayne, *Ham Chamberlayne — Virginia: Letters and Papers of an Artillery Officer in the War for Southern Independence, 1861-1865* , Richmond, Virginia, 1932, p. 186. Chamberlayne también criticará a las gentes de Maryland por ceñirse a una escala de valores fundada en el trabajo libre y por llevar sangre yanqui en las venas. Según él, los pobladores de ese estado eran personas de baja estofa, «pues se han educado en la escuela pública y muestran los instintos propios de un holandés corrompido por la sangre yanqui». Los desprecia asimismo porque únicamente trabajan para amasar dinero, ya que creen que el hombre «de más valor es aquel que más incansablemente se esfuerza en realizar quehaceres manuales, o quien, utilizando el cerebro, acaba secándose el caletre por dedicar un sinfín de años a laborar mecánicamente en sus libros de cuentas»: véase *ibid* ., *op. cit* . 105.

[498] Otro de los motes con los que se identificaba a Lincoln. En la granja de sus padres, siendo un adolescente, le tenían por «vago», ya que siempre estaba leyendo, garabateando poemas o tratando de estudiar, y no ponía excesivo entusiasmo en los trabajos duros del campo. Era, sin embargo, muy hábil con el hacha y partía troncos con facilidad. A los veintiún años dejó la pequeña propiedad paterna y trabajó como barquero, empleado de tienda y topógrafo, entre otras cosas. Esas facultades de leñador le valieron este apelativo, sinónimo de persona dura y sencilla, ya que el *rail splitter* es la

persona que se encarga de manejar la azuela para convertir troncos en tablillas con las que hacer vallas. (*N. del T.*)

[499] «The Presidential Campaign», *New York Herald* , 8 de junio de 1860.

[500] Véanse los artículos titulados «The Educated Southerner», «The Effect of Bull Run upon the Southern Mind» y «Anti-Mortem Sketches», junto con el de Charles Godfrey Leland, «North Men, Come Out!», en el *Vanity Fair* de los días 6 de mayo, 17 de agosto, 21 de agosto y 28 de septiembre de 1861, respectivamente. Para más información sobre la revista *Vanity Fair* , que se publicó entre el 31 de diciembre de 1859 y el 4 de julio de 1863, véase James T. Nardin, «Civil War Humor: The War in Vanity Fair», *Civil War History* , vol. 2, n.º 3, septiembre de 1956, pp. 67-85, y muy especialmente la página 67; véase también «The Bad Bird and the Mudsill», *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* , 21 de febrero de 1863.

[501] «A Soldier's Speech», *Wooster Republican* de Ohio, 12 de noviembre de 1863. Un ensayo de la época argumentará precisamente que los pies de barro constituían la columna vertebral de la economía: véase «Who Are the Mudsills?», *American Farmer's Magazine* , agosto de 1858. Garfield, por el contrario, se mostraría menos generoso al calificar a los desertores confederados, ya que asegura que son «hombres descerebrados que, presa del pánico, se han incorporado al ejército rebelde, y, para el condado, sus vidas no valen siquiera el precio de la bala que se necesitaría para matarlos»: véase Harry James y Frederick D. Williams (comps.), *The Diary of James Garfield* , 4 vols., Michigan State University, East Lansing, 1967-1981, vol. 1, p. 65, junto con Mitchell, *Civil War Soldiers* , *op. cit* ., p. 33. Para otra enardecedora defensa de los pies de barro del norte, véase el poema titulado «Northmen, Come Out!», que contiene estrofas como esta: «Salid con fuerza y hacedles sentir / cómo en la tarea se afanan los trabajadores. / Irrumpid con empuje y hacedles notar / el percutiente golpe de los pies de barro / cuando cuentan con ribetes de acero»: véase Charles Godfrey Leland, «Northmen, Come Out!», *Hartford Daily Courant* , 6 de mayo de 1861, publicado originalmente en *Vanity Fair* . Los norteños también señalarán que los «potentados secesionistas» pagaban grandes cantidades a los «sustitutos que encontraban entre los pies de barro»: véase *Hartford Daily Courant* , 20 de diciembre de 1861.

[502] Grimsley, *The Hard Hand of War* , *op. cit* ., pp. 15-16, 56, 68-70. Halleck era un experto en derecho internacional y sabía que Emmerich de Vattel ya había expuesto en 1793, en su tratado titulado *The Law of Nations* , la idea de que los ejércitos de ocupación podían exigir impuestos a los ciudadanos desleales. No se trataba de una práctica inédita en la guerra civil, pero en este caso existía una diferencia: la asociada con la determinación de no exigir los gravámenes más que a los ricos. Véase W. Wayne Smith, «An Experiment in Counter-insurgency: The Assessment of Confederate Sympathizers in Missouri», *Journal of Southern History* , vol. 35, n.º 3, agosto de 1969, pp. 361-380, y muy especialmente de la 361 a la 364; junto con Louis S. Gerteis, *Civil War St. Louis* , University of Kansas Press, Lawrence, 2001, pp. 172-176. Y para más información sobre la circunstancia de que fuera justamente la práctica de la guerra de guerrillas lo que llevara a la adopción de estas medidas, véase Daniel E. Sutherland, «Guerrilla Warfare, Democracy, and the Fate of the Confederacy», *Journal of Southern History* , vol. 68, n.º 2, mayo de 2002, pp. 259-292, y sobre todo las páginas 271-272, 280 y 288; así como Michael Fellman, *Inside War: The Guerrilla Conflict in Missouri During the American Civil War* , Oxford University Press, Nueva York, 1989, pp. 88, 94, 96.

[503] John F. Bradbury hijo, «"Buckwheat Cake Philanthropy": Refugees and the Union Army in the Ozarks», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 57, n.º 3, otoño de 1998, pp. 233-254, y especialmente de la 237 a la 340. Las estimaciones del número total de refugiados varían de forma muy notable. Stephen Ash sostiene que en el año 1865 penetraron en el territorio federal cerca de ochenta mil refugiados blancos. Elizabeth Massey sostiene que la guerra desplazó a doscientas

cincuenta mil personas, y que la mayoría de ellas eran mujeres. Véase Stephen V. Ash, *When the Yankees Came: Conflict and Chaos in the Occupied South, 1861-1865* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999; junto con Stephen V. Ash, *Middle Tennessee Society Transformed, 1860-1870: War and Peace in the Upper South* , University of Tennessee Press, Knoxville, 1988; y Mary Elizabeth Massey, *Women in the Civil War* , University of Nebraska Press, Lincoln, 1966, pp. 291-316.

[504] Véase Grimsley, *The Hard Hand of War* , *op. cit* ., p. 108; junto con Smith, «An Experiment in Counterinsurgency», *art. cit* ., p. 366; Jacqueline G. Campbell, «There Is No Difference Between a He and a She Adder in Their Venom: Benjamin Butler, William T. Sherman, and Confederate Women», *Louisiana History: Journal of the Louisiana Historical Association* , vol. 50, n.º 1, invierno de 2009, pp. 5-24, y sobre todo las páginas 12, 15 y 18-19. Marion Southwood no se limita a comentar las propiedades camufladas de los ricos del sur, también subraya el hecho de que las élites «recurrieran a su altanería aristocrática» para dejar claro lo que opinaban de la obligación de pronunciar un juramento de lealtad: véase Marion Southwood, «Beauty and Booty»: The Watchword of New Orleans, Nueva York, 1867, pp. 123, 130-133, 159. En Misuri, el general Halleck se valió de la misma norma que Butler, ya que aplicó severos castigos a las mujeres que insultaban o despreciaban a las tropas unionistas y confiscó los bienes de las mujeres desleales: véase Gerteis, *Civil War St. Louis* , *op. cit* ., p. 174. Los confederados explicarán en términos de clase las características de la destrucción de las propiedades de la élite: así se aprecia por ejemplo en una de las crónicas de la época, que explica que los hombres del «estercolero» del norte celebraban «bacanales en torno a las palaciegas mansiones de los plantadores del sur», véase «Rebel (Yankee Definition)», *Houston Triweekly Telegraph* , 18 de noviembre de 1864. En Maryland, al solicitar un hombre de Virginia que siempre había poseído esclavos que se le devolviera ese contingente cautivo, una docena de soldados de la Unión se pusieron a mantearle. Uno de los sargentos de la tropa señala que ese dueño de esclavos era «un perfecto ejemplar de caballero virginiano», y se confiesa encantado de que el individuo en cuestión hubiera quedado horrorizado por haberse visto humillado y amedrentado a manos de un grupo de «soldados de la Unión —es decir, por un puñado de pies de barro norteños—». Véase James Oakes, *Freedom National: The Destruction of Slavery in the United States, 1861-1865* , W. W. Norton, Nueva York, 2012, p. 365.

[505] Hans L. Trefousse, *Andrew Johnson: A Biography* , Norton, Nueva York, 1989, pp. 19, 21-23, 43, 55, 138, 152, 155-156, 168, 179; Ash, *Middle Tennessee Society Transformed* , *op. cit* ., pp. 107, 159-160; véase también Rufus Buin Spain, «R. B. C. Howell, Ten- nessee Baptist, 1808-1868», tesina para la obtención del grado de maestría, Vanderbilt University, 1948, pp. 105-107. Resulta curioso que Johnson planeara obligar a todos los ciudadanos a prestar el juramento de lealtad a la Unión y que se propusiera empezar por los miembros más acaudalados de la sociedad, seguidos de los ministros religiosos y los médicos. También sorprende que valorara las simpatías secesionistas en función del escalón social en el que se encontraran los investigados: véase *ibid* ., pp. 101, 104-106.

[506] Nombre con el que se conocía, ya antes de la guerra, a los partidarios más furibundos del sistema esclavista. (*N. del T.*)

[507] Debía anteponer a su graduación el título de *brevet* , es decir, «diploma» o «garantía», ya que en algunos escalafones castrenses se puede otorgar a un oficial un rango superior como recompensa por sus acciones de valor o mérito, aunque sin conferirle con ello ni la autoridad ni el salario de sus colegas de titularidad plena. (*N. del T.*)

[508] Grimsley, *The Hard Hand of War* , *op. cit* ., p. 169, 202-203; y Debra Reddin van Tuyll, «Scalawags and Scoundrels? The Moral and Legal Dimensions of Sherman's Last Campaigns», *Studies in Popular Culture* , vol. 22, n.º 2, octubre de 1999, pp. 33-45, y muy especialmente la 38 y la

39. Los soldados atribuían a Carolina del Sur la responsabilidad de la contienda, y pensaban que sus élites políticas constituían el símbolo mismo de la tiranía y la arrogancia. Estaban deseando cobrarse cumplida venganza de esos agravios y perjuicios en la capital, y por eso destrozaron todas las propiedades que encontraron a su paso, prendieron fuego a los edificios y se cebaron particularmente con las casas de las élites: véase Charles Royster, *The Destructive War: William Tecumseh Sherman, Stonewall Jackson, and the Americans* , Knopf, Nueva York, 1991, pp. 4-5, 19-21.

[509] Grimsley, *The Hard Hand of War* , *op. cit* ., pp. 173-174, 188; Burstein e Isenberg, *Madison and Jefferson* , *op. cit* ., pp. 204-205.

[510] Carta de Hallock Armstrong a Mary Armstrong, 8 de abril de 1865, en *Letters from a Pennsylvania Chaplain at the Siege of Petersburg, 1865* , publicación privada, 1961, p. 47.

[511] Véase la carta de William Wheeler, ١ de abril de ١٨٦٤, en *Letters of William Wheeler of the Class of 1855* , H. G. Houghton & Co., Cambridge, Massachusetts, 1875, pp. 444-446; junto con Grimsley, *The Hard Hand of War* , *op. cit* ., pp. 173-174; John D. Cox, *Traveling South: Travel Narratives and the Construction of American Identity* , University of Georgia Press, Athens, 2005, pp. 165, 174-176. Y para el hecho de que resultara imposible distinguir las chabolas de los blancos pobres de las que construían los negros, véase George H. Allen, *Forty-Six Months with the Fourth R. I. Volunteers in the War of 1861 to 1865: Comprising a History of Marches, Battles, and Camp Life, Compiled from Journals Kept While on Duty in the Field and Camp* , J. A. & R. A. Reid Printers, 1887, p. 219; véase también «Confederate Prisoners at Chicago», *Macon Daily Telegraph* , 14 de febrero de 1863; Mitchell, *Civil War Soldiers* , *op. cit* ., pp. 42, 95, 97; Diario de Robert Ransom, *Andersonville Diary, Escape, and List of the Dead, with Name, Co., Regiment, Date of Death and No. of Grave in Cemetery* , Auburn, Nueva York, 1881, p. 71.

[512] Para las marchas por el barro y la lucha contra las adversidades de los pantanos y el asalto de los rebeldes, véase Manning Ferguson Force, «From Atlanta to Savannah: The Civil War Journal of Manning F. Force, November 15, 1864-January 3, 1865», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 91, n.º 2, verano de 2007, pp. 185-205, y especialmente de la 187 a la 190, junto con la 193 y la 194. Y para saber más sobre las fosas comunes abiertas en el barro, véase Drew Gilpin Faust, *The Republic of Suffering: Death and the American Civil War* , Random House, Nueva York, 2008, pp. 73-75.

[513] Phillips, *Diehard Rebels* , *op. cit* ., pp. 56, 62. Los confederados también abrigaban la esperanza de que los disturbios surgidos en la ciudad de Nueva York como consecuencia de las medidas de reclutamiento fueran un signo de que en el norte se estaba fraguando una revolución de clase: véase «Important News from the North» así como el informe publicado en el *Richmond Enquirer* el 18 de julio de 1863; véase también A. Hunter Dupree y Leslie H. Fischel hijo, «An Eyewitness Account of the New York City Draft Riots, July, 1863», *Mississippi Valley Historical Review* , vol. 47, n.º 3, diciembre de 1960, pp. 472-479, y muy especialmente la 476.

[514] «Recent News by Mail», *Philadelphia Inquirer* , 14 de abril de 1861.

08

Las gentes de buena casta y los blancos del sur

Linajes y cepas impuras en la era de la eugenesia

«El mundo saldrá mejor parado si la sociedad, en lugar de esperar a ejecutar a los vástagos degenerados del género humano por los delitos que comete o en vez de dejarlos morir de hambre a causa de su idiotez, se dota de los medios para impedir que aquellos que se revelen manifiestamente inadecuados den continuidad a su estirpe […]. Con tres generaciones de imbéciles ya tenemos bastante».

OLIVER WENDELL HOLMES
Juez de la Corte Suprema, *Buck v. Bell* , 1927

En 1909, en el Congreso Nacional de los Negros de la Ciudad de Nueva York, W. E. B. Du Bois [515] pronunció un provocativo discurso relacionado con la acogida que se había dado al darwinismo en Estados Unidos. En la versión publicada de su alocución, titulada «The Evolution of the Race Problem», Du Bois declaraba que, si el darwinismo social había sido recibido tan favorablemente en Norteamérica, se debía a que la sola idea de la «supervivencia de los más aptos» venía a ratificar la reaccionaria política racial que ya llevaba tiempo prevaleciendo en el país. Este estudioso, formado en la universidad de Harvard, subrayaba así, con algo más que una pizca de ironía, que el «espléndido trabajo científico» de Darwin respaldaba la noción de que existía «entre los hombres y las razas humanas una inevitable desigualdad que ninguna filantropía tendría derecho a eliminar». La argumentación de Du Bois afirmaba lo siguiente: si uno aceptaba el supuesto racista de que los negros son de una «cepa inferior», carece de sentido «legislar contra la naturaleza». La demostración de la supremacía de la raza blanca no necesitaba el respaldo de ningún político, puesto que toda forma de altruismo humanitarista se revelaría «impotente para luchar contra un deficiente desarrollo cerebral». [516]

Desde el punto de vista de Du Bois en su faceta de crítico social, si se partía del racismo implícito en la transposición a Norteamérica del concepto darwiniano de la selección natural, solo había que dar un sencillo paso más para comprender que la dominación de los blancos había corrompido y alterado el curso normal de la evolución. En lugar de permitir que los mejores (fueran blancos o negros) ascendieran a la cima, el racismo había socavado de hecho el argumento darwiniano. No solo *no* había mejorado la raza blanca, sino que la complacencia en una falsa hegemonía había dado pie a «la supervivencia de algunas de las peores cepas de la humanidad». Si, por un lado, los blancos de las clases bajas permanecían estancados donde siempre se les había tenido, por otro, no resultaba difícil encontrar en todo el sur de Estados Unidos «negros eficientes», capaces y productivos, pisoteados por unos funcionarios electos que apoyaban la justicia de los «vigilantes» blancos y sostenían la atroz ley lynch, [517] promoviendo así los intereses de la recalcitrante e inmovilista escoria blanca del sur de la posguerra. [518]

Lo que Du Bois estaba tratando de exponer era que, al negarse una educación igualitaria a los miembros de las distintas razas, al impedir que las leyes de la evolución operaran con libertad en el sur de Estados Unidos, la hegemonía política de los blancos había reinstaurado los «males de la injusticia de clase». Entendidos como tesis, los planteamientos de la supremacía blanca carecían de toda base científica y, sin embargo, estaban estragando cada vez más el perverso sistema de clases, fundado en el miedo y el odio. Pese a la habitual y popular reivindicación de que la raza blanca estaba llamada a ejercer una dominación global, lo cierto era —según aseguraba Du Bois— que había entrado en declive. Entre los «numerosos signos de degeneración» que ya podían percibirse figuraba el de la reducción generalizada de los índices de natalidad. Por consiguiente, todas las amenazas asociadas con el deterioro de la raza blanca eran «de orden interno». Sin embargo, cuando los demócratas se hicieron con el control de los estados del sur en 1877, tras una década de sufragio negro, se dedicaron invariablemente a atribuir a los igualitaristas republicanos la responsabilidad de la generación del caos en la comunidad y de la puesta en marcha de una drástica reducción de la movilidad social de los blancos. Según mantenía Du Bois, al empeñarse en no contemplarse a sí mismos en el espejo, los blancos del sur se habían revelado incapaces de percibir su propia degeneración. [519]

Desde una perspectiva más amplia, lo que estaba haciendo Du Bois era relatar en términos distintos la historia de la Reconstrucción [520] y sus consecuencias. Andando el tiempo, en 1935, el propio Du Bois ampliaría este punto de vista hasta convertirlo en un estudio ensayístico en toda regla. No obstante, en el discurso de 1909 ya había empezando a exponer una serie de conexiones de crucial importancia. La más relevante de todas ellas era la que le había llevado a entender que la política de los estados del sur había sentado las bases de la atracción paralela que ejercía el enlace entre el darwinismo y el movimiento favorable a la eugenesia. Las dos obras más famosas de Charles Darwin, *El origen de las especies* (1859) y *El origen del hombre* (1871), tuvieron un éxito tremendo en Norteamérica, y lo mismo cabe decir de los trabajos de su primo Francis Galton, fundador de la eugenesia.

Si la evolución era el resultado de las leyes de la naturaleza, la eugenesia consideraba que el curso natural de las cosas presentaba algunos defectos. Los partidarios de Galton insistían en que era necesaria la intervención humana para mejorar la raza mediante el perfeccionamiento de las decisiones reproductivas. El propio Darwin apoyaba la eugenesia, y para sustentar sus argumentos recurriría, de hecho, a la conocida cantinela de la cría de animales: «El hombre analiza con el más escrupuloso cuidado el pedigrí de sus caballos, sus vacas y sus perros antes de proceder a aparearlos, pero cuando se trata de contraer matrimonio, nunca, o rara vez, se preocupa de hacerlo». Vale la pena comparar este axioma con la ya señalada tesis de Thomas Jefferson —el fraseo es prácticamente idéntico—: «La belleza superior se considera digna de ser resaltada en la propagación de nuestros caballos, perros y otros animales domésticos; ¿por qué no también en la del hombre?». Valiéndose de este axioma casi como de un verdadero mantra, los partidarios de la eugenesia comparaban las buenas cepas humanas con los purasangres y asociaban la circunstancia de una buena cuna con la posesión de unas competencias superiores y la herencia de una buena salud física. [521]

La seudociencia, disfrazada de conocimiento de lo hereditario, brindó a los norteamericanos una utilísima forma de incluir las clases sociales y las diferencias de raza en la categoría de las realidades naturales. El atractivo de estas formas de expresión, que alcanzó su punto culminante a principios del siglo XX , encontró sus primeros asideros en el periodo de la Reconstrucción norteamericana. Tanto los republicanos, que ansiaban

reorganizar el sur a imagen y semejanza del norte, como los demócratas, que pretendían restaurar la dominación de la élite blanca, juzgarían que el vasto objetivo de la reunificación nacional formaba parte de una pugna evolutiva de muy superior alcance. Por consiguiente, el tema de «la supervivencia de los más aptos» de Darwin se convertiría en una consigna común para políticos y periodistas. Ambos empleaban un vocabulario que resaltaba las virtudes de la cría artificial, el gobierno inadecuado y el carácter degenerado de las cepas de peor calidad. El elemento central de esta argumentación giraba en torno a la lucha que enfrentaba a los blancos pobres con los esclavos manumisos.

Quizá fuera inevitable que los blancos pobres tuvieran un papel prominente en los debates vinculados con la Reconstrucción. Eran muchos los pensadores de los estados del norte a los que ni por un instante se les había pasado por la cabeza la idea de aceptar el viejo mito de la superioridad del *cavalier* sureño. Según habría de recalcar uno de ellos en 1864, la ascendencia genealógica de la mayoría de los miembros de las élites del sur remitía a los «desechos de Europa», a los viciados retoños de «los burdeles y las prisiones» [522] , de modo que el máximo elogio que podían atribuirse era el de pertenecer a una «aristocracia plebeya», y esto en el mejor de los casos. Al desmoronarse la Confederación que encabezaban los patricios meridionales, se había venido igualmente abajo la ilusión de las descollantes cualidades y el preeminente poderío rutinariamente asociados con el refinamiento sureño. [523]

A juicio de la mayor parte de los republicanos, la Reconstrucción del sur implicaba dos cosas: a) introducir la economía basada en el trabajo libre, y b) garantizar la lealtad de la población. De acuerdo con la percepción de los políticos del norte, los elementos más fieles a la Unión se encontraban en las filas de los unionistas y los libertos del sur. Desde el punto de vista de los republicanos, el quid de la cuestión se deducía de una pregunta muy sencilla: ¿contribuirían los blancos pobres a transformar el sur en una sociedad alfabetizada y en una economía de libre mercado, o se resistirían al cambio y arrastrarían al sur a la decadencia? [524]

El presidente Andrew Johnson terció en este debate al hacer público su plan de restauración de la Unión. Entre los requisitos que estipulaba en su proyecto figuraba la eliminación del derecho al voto de los propietarios de esclavos más acaudalados, ya que, de este modo —según señalará en 1865 el *New York Herald* —, los oligarcas del sur quedarían «privados de su

fuerza» y «los miembros de la "escoria blanca pobre"» (aquí el periódico resalta la dinámica de clase), «obligados hasta ahora a caminar tras ellos y a obedecer sus órdenes, pasarán a ser los dueños de la situación». Sí, en efecto, *dueños* de la situación. Johnson expone ese mismo parecer en una alocución dirigida a los integrantes de una delegación venida de Carolina del Sur: «Aunque esta rebelión ha emancipado a un gran número de negros», señala, «aún ha liberado a más hombres blancos». Él mismo se proponía elevar, recalca, al «hombre blanco pobre» que se esforzaba en labrar unos campos estériles y arenosos para subsistir, a ese hombre al que tanto el negro como el plantador de élite miraban por encima del hombro. [525]

El sistema de clases que el presidente tenía pensado instaurar en los estados reconstruidos se dividía en tres estratos. La élite de los plantadores privados del derecho al voto conservaría sus tierras y un cierto poder social, pero quedaría despojada de toda influencia política directa en tanto no se ganara la confianza de los unionistas. Las filas de la clase media crecerían con la incorporación de una nueva clase dominante integrada por los blancos pobres. Al ejercer el voto y disponer de un empleo, los miembros de esta capa social se hallarían en condiciones de mantener a raya a la vieja oligarquía e impedirían que se diera una situación en la que ellos mismos tuvieran que competir económica o políticamente con los libertos. En el nivel inferior, por tanto, Johnson colocaba a los negros libres y a los esclavos emancipados, a los que, pese a haber sido manumisos *de facto* , se trataba como ciudadanos extranjeros, pues, teniendo algunos derechos, seguían sin poder votar. El proyecto que había concebido el poco apreciado sucesor de Lincoln no solo no consistía en una «restauración» del antiguo orden, tampoco contenía la promesa de restablecer la democracia. Lo que sí ofrecía, en cambio, era la creación de una Norteamérica enteramente original. Vale la pena, por consiguiente, dar al plan de Johnson el nombre que le correspondería en caso de que se hubiera llevado efectivamente a la práctica: *una república de la escoria blanca* .

Decididamente, este presidente criado en Tennesse no consideraba que el sufragio de los negros constituyera ninguna prioridad. No obstante, estaba empeñado en redefinir la situación de la vieja élite hacendada. Pese a no poder acudir a las urnas, la aristocracia conservaba parte de su riqueza y, lo que no es menos importante, la capacidad de persuadir a los demás. No tardarían en convertir a sus antiguos esclavos, transformados ahora en

empleados, en peones políticos. El presidente Johnson contemplaba esa eventualidad con cierta desaprobación. Sin embargo, si optaba por conceder de forma individualizada el perdón a los representantes de la anterior élite dominante terminaría por socavar su propio proyecto, y si finalmente se mostró dispuesto a hacerlo fue por tener la impresión de que necesitaba a esos terratenientes para salir reelegido. [526]

Sin embargo, la posibilidad de que los negros obtuvieran la igualdad política hacía gravitar sobre el horizonte una amenaza todavía más peligrosa. Alimentados durante largo tiempo, los sentimientos de animosidad que enfrentaban a las dos clases inferiores que Johnson había definido en su andamiaje (la de los negros y la de los blancos pobres) acabarían por aflorar violentamente hasta provocar una «guerra de razas». No obstante, el choque racial que propició Andrew Johnson no fue el mismo que el que había entrevisto Thomas Jefferson. Este último —tercer presidente de Estados Unidos— había predicho que la emancipación universal daría lugar a una lucha a muerte y que la aniquilación comenzaría tan pronto como los esclavos ocuparan un puesto de rango igual al de sus antiguos amos. De lo que hablaba Johnson como decimoséptimo presidente de la nación era de un combate entre los parias de ambas razas. Desde su punto de vista, las antiguas clases desposeídas, una blanca y otra negra, se enzarzarían en una despiadada pugna por la supervivencia. Y la causa de ese conflicto sería precisamente la imposición federal del sufragio universal a los estados del sur. [527]

Pese a que Johnson abandonara enseguida la idea de esa república de la escoria blanca, su forma de pensar nos permite visualizar mejor el espectro ideológico que informaba la Reconstrucción. Y resulta igualmente significativo que el recién creado Negociado de Libertos no juzgara que los blancos sumidos en la pobreza y los libertos fuesen enemigos mortales, sino valiosas gentes humildes. Desde sus mismos inicios, en 1865, poco antes del asesinato de Lincoln, esta oficina quedó explícitamente facultada para aliviar la situación de «todos los refugiados y todos los libertos», fueran blancos o negros. Al analizar los méritos del negociado, muchos senadores coincidirían en señalar que la indigencia en que se encontraban los refugiados blancos —convertidos ahora en «mendigos, personas dependientes y vagabundos sin vivienda propia ni hogar en el que guarecerse»— era tan honda como la de los esclavos manumisos. En Alabama, Arkansas, Misuri y Tennessee, la cuantía de las ayudas que el

departamento en cuestión procuró a los blancos duplicó —y llegó a cuadruplicar incluso, en algunos casos— la concedida a los negros. En Georgia, cerca de ciento ochenta mil refugiados blancos conseguirían alimento y provisiones por este medio. Este fue el sentido de las reflexiones expresadas en 1866 por el congresista republicano Green Clay Smith, de Kentucky, en el transcurso del debate destinado a decidir si debían ampliarse o no los poderes del Negociado de Libertos: «Hay un gran número de personas blancas que jamás han poseído un solo palmo de tierra y que nunca han disfrutado de propiedad alguna, pues ni siquiera han tenido una vaca o un caballo, y, sin embargo, han sido tan leales, veraces y devotos de la causa como cualquiera». Los problemas del sur eran más profundos que los de la propia guerra, reconocía pesaroso Smith. El doble mal de la pobreza y la proliferación de vagabundos era un factor permanentemente presente entre la población blanca. [528]

Fueron, no obstante, muy pocos los funcionarios del Negociado que hicieron suyo ese alegato de Smith en favor de los leales y honorables blancos pobres. Los que visitaban los campamentos de refugiados o contemplaban en los pueblos del sur las legiones de «haraganes blancos», como los llamaba uno de los corresponsales de *The New York Times* , hicieron muy poco en su favor. Un escéptico de Nueva Orleans nos ha dejado este chistoso comentario: pese a que, antes de la guerra, la «escoria blanca pobre» se hubiera revelado incapaz de hacer nada constructivo, ahora resultaba que habían descubierto súbitamente las ventajas del «filón de los refugiados», queriendo significar con ello que se dedicaban a vivir de la manutención que corría a cargo del Gobierno. En Florida, Charles Hamilton, un funcionario del Negociado de Libertos que más tarde adquiriría la condición de congresista, confesará a sus superiores que la inteligencia de los libertos solo era ligeramente inferior a la de los «plebeyos blancos del sur». Los informes de dicho departamento, que gozaban de una amplísima difusión, sostenían que había cientos de miles de blancos sumidos en la miseria que sobrevivían gracias a las «raciones del Tío Sam». Los beneficiarios más habituales de esas ayudas eran las mujeres, todas ellas «cubiertas de harapos y de mugre», y las «decenas de "inocentes y parlanchines" chiquillos, sucios y grasientos, que se aferraban a sus faldas». Puede que la valoración más condenatoria sea la de Marcus Sterling, un oficial de la Unión metido a administrador civil. Tras trabajar como agente del Negociado de Libertos durante cuatro años en la Virginia

rural, se encargó de redactar un informe final en 1868. Si por un lado estaba convencido de que los negros libertos habían hecho auténticos progresos y daban pruebas de estar «más asentados, ser más industriosos y actuar con mayor ambición» gracias a la intervención federal, mostrando al mismo tiempo grandes deseos de aprender a leer y a escribir con «honesto orgullo y viril integridad», por otro, afirmaba que no podía decirse lo mismo de la «lastimosa clase de los blancos pobres», el «único grupo que parece no haber sentido en absoluto los efectos de la gran benevolencia [del departamento] y de su audaz reforma». Eran muchos los agentes de la oficina federal que pensaban que, en esa carrera por la autosuficiencia, los blancos pobres parecían no haber tomado siquiera la salida. [529]

Los funcionarios del Negociado de Libertos no eran los únicos que vaticinaban un siniestro futuro a los blancos pobres. Los periodistas de los principales periódicos solían dirigirse al sur para enviar regularmente sus despachos y publicar monografías, ya que eran conscientes de que despertaban la curiosidad de los lectores del norte. Destacadas cabeceras, como el *Atlantic Monthly* , la *Putnam's Magazine* o la *Harper's New Monthly Magazine* , incluían habitualmente artículos de peso sobre el particular en sus páginas. *The New York Times* publicó una serie de ensayos sobre el asunto: en 1866, un anónimo corresponsal de ese rotativo escribe un feroz informe sobre la pobreza de los blancos bajo el inocuo titular de «From the South: Southern Journeyings and Jottings». [530] El reportero Sidney Andrews, afincado en Illinois, del *Chicago Tribune* y el *Boston Advertiser* , expone en una serie de comentarios periodísticos la descarnada opinión que le merecen los blancos abismados en la miseria, y más tarde, al reunir esa colección de artículos en forma de libro, los unificará con el título de *The South Since the War* . Por su parte, Whitelaw Reid, que había trabajado como corresponsal de la *Cincinnati Gazette* , compilará igualmente sus poco afectuosas observaciones sobre los más humildes sureños blancos en una crónica de viajes que engloba bajo el rótulo de *After the War: A Tour of the Southern States* . Y, por último, John Trowbridge firmará *The South: A Tour of Its Battlefields and Ruined Cities* , que examina con despiadada lupa las condiciones de vida de los blancos de las zonas rurales. [531]

Todas las obras que acabamos de citar vieron la luz el mismo año: el de 1866. Sin embargo, antes de que terminara oficialmente la guerra ya había salido de la imprenta uno de los escritos que más iban a dar que hablar en

este inseguro periodo. El texto en cuestión —*Down in Tennessee* , publicado en 1864 y firmado por el novelista y comerciante algodonero James R. Gilmore— era también un relato de viajes. Su argumento era único por la doble razón de que distinguía entre los «blancos mezquinos» y los «blancos corrientes» y sostenía que los pertenecientes a esta última clase eran ciudadanos emprendedores, cumplidores de las leyes y productivos. Su actitud contrastaba crudamente con la de los blancos mezquinos, que, además de ser perezosos, brutos y amigos de lo ajeno, vivían en casuchas que, según confiesa el autor, traían a la mente las condiciones reinantes en una «pocilga o una perrera pasablemente mantenidas». Pese a señalar que los miembros de este desagradable grupo constituían una minoría, Gilmore asegura que no por ello dejaban de resultar peligrosos, debido justamente al contagioso carácter de su malévola indolencia. Se trataba de un sector enfermo de la postrada sociedad del sur, añade, de una «excrecencia fúngica» anclada en el cuerpo social y dedicada a «absorber la energía y la vitalidad de sus otros miembros». [532]

Todos estos escritores compartían un mismo deseo: el de desentrañar el enigma del sistema racial y clasista del sur a fin de poder predecir los contornos de su incierto futuro. Y si en algo venían a coincidir, era desde luego en lo que uno de los imitadores de Sidney Andrews resume del siguiente modo: «En estos momentos, la cuestión no estriba tanto en determinar qué va a ser de los negros pobres del sur como en averiguar lo que les aguarda a los blancos pobres de esos mismos estados». [533]

El hecho de que los periodistas de simpatías republicanas insistieran en que, en el potencial y pleno ejercicio de la ciudadanía, los blancos pobres estaban languideciendo en una situación inferior a la de los libertos podría parecer sorprendente, pero desde luego no se trataba de una actitud inesperada. Tanto los integrantes de las antiguas élites confederadas como los «serviles» varones pobres que habían sido llevados al frente como «ovejas al matadero» inspiraban una enorme desconfianza en los habitantes del norte. Whitelaw Reid tenía la sensación de que los niños negros ardían en deseos de aprender, y Sidney Andrews creía que los negros daban muestras de un «agudo instinto de conservación», que parecía faltar en cambio entre los componentes de la escoria blanca. Una tras otra, todas las crónicas de la época indican que los libertos eran personas competentes, ahorradoras y leales a la Unión. Un escritor del *Atlantic Monthly* se pregunta: ¿qué es lo que anima al Gobierno a «negar el derecho al voto al

humilde y callado negro que trabaja sin descanso» y a dejar en cambio al norte expuesto a los peligros de lo que vota el «despreciable bárbaro» —el «ignorante, analfabeto y violento»— blanco pobre? [534]

De este modo, el vocabulario popular se fue volviendo cada vez más amenazador y comenzó a no augurar nada bueno. La escoria blanca había dejado de estar formada por un simple puñado de anomalías de la naturaleza, por un conjunto de individuos condenados a permanecer al margen de la sociedad. Ahora se los concebía como criaturas congénitamente dadas a la delincuencia y se los asemejaba a una rama marchita y atrófica del árbol genealógico norteamericano. Al ser una «excrecencia fúngica» podían debilitar íntegramente el tronco racial de la sociedad sureña. Más que su tez color de sebo, lo que destacaba en ellos era el indeleble estigma de su estancamiento intelectual, el carácter «inerte» de su mente, su «torpe y titubeante» forma de hablar y su «mirada perdida, estúpida y alelada, como la del idiota». Pertenecían, como acostumbraba a decirse entonces, al «género *Homo* , pero sin el *sapiens* ». Los negros, que no temían trabajar denodadamente, se convirtieron de pronto en los redimidos, mientras la escoria blanca permanecía subdesarrollada, transformada en una estirpe de criaturas evolutivamente empantanadas. [535]

En el periodo de la Reconstrucción, los republicanos determinaron que la escoria blanca era una «clase peligrosa» que estaba generando un torrente de bastardos, prostitutas, vagos y delincuentes. Violaban todas las normas sexuales, ya que los padres cohabitaban con las hijas, los maridos vendían a las mujeres y las madres animaban a sus hijas a mantener relaciones ilícitas. El peligro aludido era una derivación del hecho de que la población de blancos menesterosos estuviera creciendo y de que sus integrantes hubieran dejado de desaparecer en las vastedades agrestes de las regiones fronterizas. A Reid le espantaban los mugrientos refugiados que se instalaban a vivir en viejos vagones de ferrocarril (incómodo presagio de las personas sin hogar obligadas a dormir en coches o caravanas desvencijadas). John W. De Forest, otro agente del Negociado de Libertos que también escribía novelas, llegará a la conclusión de que la escoria blanca podía resultar tolerable, siempre y cuando la «severa ley» de la selección natural de Darwin acabara con la mayoría de ellos. [536]

En 1868, un colaborador de la *Putnam's Magazine* referirá la «historia de una familia» y recorrerá con ese pretexto el desarrollo del árbol genealógico de sus protagonistas hasta desenterrar sus mismas raíces. En concreto, este

sencillo relato será el precursor de una verdadera legión de estudios similares, de entre los cuales cabe destacar el titulado *The Jukes* , de 1877, que no solo terminará convirtiéndose en la crónica más longeva de un linaje degenerado, sino que influirá en Charles Davenport, el destacado eugenista norteamericano de principios del siglo XX . El autor de la pieza publicada en 1868 en la *Putnam's Magazine* sostiene haber descubierto una pareja real, de apellido igualmente auténtico. Esto significa que su texto va más allá de la crítica de Daniel Hundley, que, además de ser de carácter más genérico, despacha a los integrantes de la basura blanca sureña asegurando que son los herederos de los criados forzosos que fueron arrojados en su día a las colonias norteamericanas.

El más antiguo referente conocido del árbol genealógico de esta corrupta familia era un tal Bill Simmins. Este individuo era un convicto británico, posteriormente reconvertido en ocupante ilegal de un pedazo de tierra en Virginia. Contrajo matrimonio con una ramera londinense de altos vuelos transformada en «gata salvaje». La mujer dio a luz a una tribu de seres arrastrados y dependientes. Según el autor del texto, el único remedio aplicable a la escoria blanca tenía que ser forzosamente radical: la intervención. Había que sacar a los chiquillos del cuchitril familiar para colocarlos en un asilo, donde al menos podrían aprender un oficio, y evitar la constante generación de proles endogámicas. Era preciso segar el vínculo genealógico. Como puede apreciarse, la distancia entre la delincuencia y la esterilización eugenésica estaba empezando a acortarse. [537]

En el siglo XIX , la idea de que la escoria blanca constituía un indicador del progreso (o estancamiento) evolutivo de una población dada estaba tan difundida que llegó a condicionar la acogida dispensada al primer escrito ensayístico federal dedicado a la condición de los soldados. La Comisión Sanitaria de Estados Unidos había emprendido la realización de un gran estudio estadístico. La muestra incluía nada menos que a unos dieciséis mil hombres, todos ellos antiguos miembros de los ejércitos de la Unión y la Confederación. Únicamente un pequeño porcentaje de los analizados era de raza negra (había aproximadamente unos tres mil negros y 519 indios). Al publicarse la investigación, en 1869, un cirujano que había sido oficial médico del ejército de la Unión preguntó en la prestigiosa *Anthropological Review* de Londres si sus expertos juzgaban posible extraer conclusiones sobre las diferencias raciales, ya que, en su opinión, esto solo podría hacerse en el caso de que los indagadores compararan *de facto* a los negros

con los blancos pobres. Por más que las «personas viles» procedieran de una cepa anglosajona, parecía evidente que habían «degenerado hasta metamorfosearse en un conjunto de individuos ociosos e ignorantes, física y mentalmente degradados». Ya era hora de comprobar si la inteligencia era un rasgo hereditario específicamente racial o no. [538]

Mientras los periodistas republicanos, junto con los agentes del Negociado de Libertos y los oficiales de la Unión, se dedicaban a publicar extensas y abundantes obras, la atmósfera partidista que reinaba en los años de la posguerra determinaría que los demócratas, por su parte, se esforzaran con idéntico y pugnaz denuedo en reorganizar una formación política opositora y en recortar en lo posible las medidas gubernamentales que pudieran poner en marcha sus adversarios republicanos. Y en ese empeño no dudarían en echar mano de los argumentos raciales si con ello contribuían a su causa. En vez de ensalzar las virtudes del varón negro que se afanaba en trabajar sin descanso o de valorar la promesa de la movilidad social, los demócratas se mostraron preocupados por la pérdida de un «gobierno de hombres blancos». Prefirieron desentenderse de la endogamia para centrarse, en cambio —y de manera obsesiva—, en la exogamia, es decir, en la mezcla de las distintas razas, presuntamente enfermiza.

En esos años, la voz «mestizo» pasó a ser uno de los insultos favoritos de los demócratas. Era un término que evocaba un gran número de metáforas de formidable capacidad categorizadora. Tanto los confederados derrotados del sur como los periodistas demócratas del norte predecían que las políticas republicanas acabarían por alumbrar una «república mestiza». Concibieron así una larga serie de comparaciones paranoides con la república mexicana, que en el siglo XIX era el ejemplo paradigmático de la más desbocada amalgama racial. [539]

La de los «mestizos» no era la única amenaza que veían cernirse sobre sus cabezas los demócratas. El emergente partido transversal de la oposición tenía en su punto de mira a otros dos enemigos simbólicos: los «oportunistas» y los «malvados». [540] Estos eran los términos a través de los cuales los demócratas desarrollaban su narrativa: si los hombres de mala cuna y orígenes sospechosos asumían el poder, la virtud del Gobierno declinaba. Al despreciado pies de barro de los tiempos de la contienda civil le había seguido el invasor yanqui de la posguerra. Al oportunista o *carpetbagger* , un voraz aventurero que se alimentaba de los restos del sur,

postrado por la derrota, podía identificársele por la barata maleta negra en la que transportaba sus cuatro pertenencias. Y peor que este oportunista era aun el malvado *scalawag* , un traidor. Llamaban así al sureño blanco republicano que había vendido su alma (y su raza) por una sucia promesa de lucro. [541]

Pese a que no empleara la palabra «mestizo», el presidente Johnson conocía perfectamente los peligros que se atribuían a la «ciudadanía mestiza» (esa es exactamente la expresión que empleó un periódico para señalar el elemento central que había llevado a Johnson a vetar la Ley de Derechos Civiles de 1866). Pocos días antes, Francis Blair hijo, un republicano de Misuri reconvertido en demócrata que era además un convencido darwiniano, había escrito al presidente una vehemente carta contra la norma. Blair insistía en que no debería permitirse bajo ningún concepto que el Congreso obligara al país a convertirse en una «nación mestiza, en una tierra de bastardos». Y Johnson se mostró de acuerdo. En los prolegómenos de la alocución con la que había justificado el veto, el presidente destacaba el gran número de personas que, súbitamente protegidas por el título legal, iban a disfrutar de ventajas añadidas: «los chinos de los estados del Pacífico, los indios sujetos a obligaciones fiscales, las gentes que se dan a sí mismas el nombre de "gitanos", y la totalidad de la raza que se designa con las palabras y expresiones "negros", "personas de color", "mulatos" e individuos "de sangre africana"». Al conceder los derechos civiles, la ley eliminaba las distinciones raciales y abría las puertas a un sufragio igualitario. El mensaje del veto de Johnson sostenía que los libertos carecían de una virtud que solo procuraba la naturaleza: la aptitud. Y, por último, el presidente dejó claro que desaprobaba cualquier legislación que permitiera el matrimonio interracial. [542]

En 1866, el presidente Johnson abandonó *de facto* el Partido Republicano. Inició así su andadura política en las filas de los demócratas jacksonianos. Si vetó la ampliación de las facultades del Negociado de Libertos y la Ley de Derechos Civiles, fue, por tanto, en su condición de seguidor de Jackson, y desde luego se valió de su autoridad ejecutiva para hacer descarrilar muchas de las iniciativas federales destinadas a ser aplicadas en el sur. Esta serie de acciones determinó que los republicanos del Congreso hicieran algo más que invalidar sus vetos: se esforzaron en buscar una solución constitucional susceptible de perdurar con mayor solidez, y finalmente la hallaron en el proceso de destitución presidencial (*impeachment*). La

apostasía de Johnson contribuiría a impulsar las enmiendas constitucionales número catorce y quince, que se aprobaron en los años 1867 y 1869, respectivamente. La primera de esas correcciones garantizaba, como uno de los derechos inherentes a todo ciudadano de la nación, el disfrute de una misma protección legal, y la segunda prohibía que se discriminara al ciudadano impidiéndole votar por cuestiones basadas en «la raza, el color y la previa condición servil». Además, con propósito totalmente serio —y en conexión con la anterior disposición, ya que el impedimento no iba a basarse en la raza—, la decimocuarta enmienda también negaba a los antiguos confederados el derecho al voto, salvo en el caso de los funcionarios federales a los que se concediera el crédito de haber realizado de buena fe el juramento de lealtad. Por otro lado, a los burócratas del viejo régimen confederado se les apartó del ejercicio de todo cargo público. [543]

A juicio de los angustiados comentaristas sociales, se estaba atacando el «orgullo de pertenecer a una buena casta» y el vinculado «con la raza». Por otro lado, la avalancha de iniciativas legislativas republicanas también estaba erosionando las inveteradas barreras asociadas con la defensa de la «pureza de la sangre» y la «exclusividad social». El foco de la atención política pasó a centrarse ahora en las mujeres. La creación de sociedades secretas comenzó muy pronto, nada menos que en 1867. Ejemplo de ello son los Caballeros de la Camelia Blanca, cuya primera célula organizada surgió en Luisiana. Los miembros de esta secta juraban casarse únicamente con mujeres blancas y aceptaban hacer todo cuanto estuviese en su mano para impedir la «producción de una progenie bastarda y degenerada». [544]

En 1868, Francis Blair, hijo, candidato demócrata a la vicepresidencia del país, hizo una gira nacional y convirtió la amenaza de los mestizos en una de las cuestiones clave de la campaña. Al año siguiente, Joseph Brown, presidente del Tribunal Supremo de Georgia, publicó un fallo monumental. Este jurisperito, que en tiempos de la secesión había sido gobernador de la Georgia rebelde, dictó que las cortes de justicia tenían derecho a disolver todos los matrimonios interraciales. La «amalgama» quedó clasificada en el mismo epígrafe que las uniones incestuosas y los enlaces entre deficientes mentales, que el estado ya proscribía por entonces. Dado que generaban, en su opinión, hijos «enfermizos y afeminados», insistía Brown, esos matrimonios aberrantes amenazaban con «arrastrar a la raza superior al nivel de la inferior». En realidad, lo que estaba haciendo Brown era repetir la arraigada definición que ya venían utilizando desde mucho tiempo atrás

los criadores de animales cuando querían categorizar a un ejemplar mezclado. Y todavía resulta más elocuente la lógica eugenésica de Brown: el estado se había dotado ahora del derecho a regular la reproducción con el fin de evitar la contaminación de la cepa anglosajona. [545]

Sin embargo, tanto para los demócratas como para los republicanos, era imposible desligar la raza de la clase social. Esta es la razón de que se atacara con terrible causticidad verbal a los «malvados» *scalawags* y se llegara a agredirlos físicamente. Se consideraba que el *scalawag* era el cemento que mantenía unida la frágil coalición republicana que formaban los libertos, los norteños trasplantados al sur, los unionistas sureños y los confederados convertidos. A juicio de muchos demócratas del sur, el *scalawag* , es decir, el traidor blanco, suponía un obstáculo mucho más serio que el que planteaba el *carpetbagger* oportunista, dado que había nacido y se había criado en el sur y conocía los entresijos del poder y cómo acceder a él. El desmantelamiento de la dominación que los republicanos estaban ejerciendo en el sur exigía la muerte figurada —y a veces literal— del *scalawag* . [546]

En el transcurso de las elecciones de 1868, se acusaría al *scalawag* de arengar a los negros y de inculcarles la idea de que merecían la igualdad social. Los llamados libertos se habían convertido ahora en «esclavos de esa escoria blanca que son los *scalawags* », aúlla entre otros exabruptos un iracundo periodista. El *scalawag* violaba las normas sociales al convivir libremente con los negros, tanto en los espacios públicos como en los privados. El *scalawag* invitaba a cenar a su casa al negro, hiriendo la sensibilidad de su propia esposa. Y, pese a todo, ese despreciable y malnacido ser había adquirido poder de la noche a la mañana. Los rasgos mismos que suscitaban el rotundo menosprecio de sus enemigos —sus modales ordinarios, su disposición a mezclarse con los negros…— le convertían en un perfecto agente partidista. En un volátil año de elecciones, tanto el pedigrí racial como el origen social del *scalawag* dieron pábulo a enconados enfrentamientos. [547]

El artículo titulado «The Autobiography of a Scalawag» es un espléndido ejemplo de propaganda demócrata. Su protagonista, llamado John Stubbs, había nacido en el seno de una familia sumamente humilde de catorce miembros de Shifflet's Corner, en Virginia, una comunidad conocida por su población de delincuentes y gentes de los bajos fondos. Tras unirse al ejército confederado, Stubbs fue apartado del puesto que ocupaba en una

unidad de artillería y degradado a carretero para terminar limpiando las caballerizas de Jefferson Davis. Stubbs no ambicionaba ni el honor ni la gloria y, como era de esperar, su currículo bélico se saldó con una curva en constante descenso.

Stubbs decidió entonces desertar, y para presentarse ante los yanquis mintió diciendo que era partidario de la Unión. Al regresar a Virginia en 1866, abrazó el ideario de los *scalawags* y descubrió que tenía grandes dotes para «hablar como los negros». Si defendió el derecho al voto de las personas de color no fue porque se apoyara en ningún principio de altos vuelos, sino impulsado por un rastrero lema de su propia cosecha: «que cada cual se las arregle como pueda». Stubbs sabía que los republicanos y los negros libertos del sur, es decir, los *carpetbaggers* , no sentían el menor respeto por su persona, pero le importaba un bledo, al menos mientras sus desdenes siguieran yendo de la mano de un generoso suministro de whisky. Los oportunistas *carpetbaggers* le recompensaron confiándole un puesto en el funcionariado civil, que obtuvo sin tener que demostrar ningún progreso personal. De este modo, su descarnado ascenso por la escala social republicana le enseñó que sus contemporáneos toleraban tanto mejor su «picardía» cuanto más se elevara él en el mundo. [548]

La «Autobiography of a Scalawag» era un escrito sabrosamente burlesco de la quimérica peripecia del varón del norte, que se abría paso en la vida a base de trabajo duro y rectitud moral. Stubbs distaba mucho de ser un individuo caracterizado por ejercer el liderazgo de los legatarios del Viejo Sur, cuya educación, refinamiento y honorables modales resultaban legendarios, incluso en la derrota. Era un burdo materialista, alguien incapaz de hacer previsiones o de elaborar planes que salía adelante a base de fingimientos y engaños. Su figura venía a constituir un drástico recordatorio de que los demócratas de la élite sureña seguían repudiando a las clases inferiores. Como habría de declarar en 1868 un conservador de Carolina del Norte, el Partido Republicano no era más que una recua de «antiguos esclavos e individuos pertenecientes a la más vulgar escoria» metidos a señorear a hombres de grandes propiedades y buen gusto. Cuando los demócratas del sur lanzaban llamamientos para la creación de un «gobierno de hombres blancos» no se referían a *todos* los varones de esa raza. [549]

El *scalawag* era la particular denominación que los demócratas daban a la escoria blanca. Para comprobarlo basta examinar la postura que el

excoronel confederado Wade Hampton mantenía en 1868, es decir, ocho años antes de ser elegido gobernador de Carolina del Sur. Hampton era el héroe de los «Redentores», [550] cuyo movimiento conseguiría acabar con la dominación de los republicanos en los estados del sur, y desde luego debe reconocérsele el mérito de haber escupido el más memorable insulto de la época, tan resonante que sus palabras llegaron incluso a oídos de Inglaterra. Buen conocedor de la vida agrícola y la cría de animales, Hampton recurrió al uso habitual de la palabra *scalawag* , entendida como alusión al ganado errabundo. Se trataba, en efecto, de la voz «que empleaban los vaqueros para designar los hatos de reses más infames, piojosas y emporcadas, aquellas que desdeñarían tanto los cuchillos de los carniceros como los dientes de los perros». El *scalawag* era un simple desperdicio humano desprovisto de la natural ambición de todo individuo. Era un ser biológicamente inadaptado, pero sabía actuar como hábil operario y era capaz de revolver la mierda y de medrar en el estiércol. [551]

Thomas Jefferson Speer, un *scalawag* de la vida real, pronunciaría ese mismo año un orgulloso discurso en defensa de sus «vacadas». A diferencia de Hampton, se trataba de un antiguo confederado que no solo había dado en abrazar las ideas republicanas, sino que había intervenido en la Convención Constitucional de Georgia y lograría ocupar más tarde un escaño en el Congreso estadounidense. Speer no se sentía en modo alguno avergonzado por haber sido educado en la escuela pública y admitía sin tapujos que no era «ningún orador». Con todo, se había opuesto a la secesión, y estaba convencido de que los términos del pacto que la Unión había ofrecido al sur tras su derrota habían sido magnánimos. Nacido en Georgia y satisfecho de que los huesos de sus «antepasados» reposaran bajo su suelo, Speer se declaraba «amigo de la raza de color». [552]

Sabedor de que su afortunado nombre no le transmitía necesariamente las cualidades de su tocayo, Thomas Jefferson Speer comprendió que también *scalawag* era solo eso: una simple denominación. Sin embargo, la política de los estados del sur medraba sobre esas bases simbólicas y se afianzaba en una reacción heredada a los residuos de la sociedad, fuesen reales o imaginarios, blancos o negros. Y si los individuos más bajos de la comunidad se atrevían a levantar la voz y a cruzar la línea divisoria entre las razas, a la clase que se pasaba el liderazgo de generación en generación simplemente se le revolvía el estómago ante su transgresión.

Por consiguiente, los mestizos y los *scalawags* eran hermanos siameses, ya que en ellos se fundía la doble e indisociable amenaza de la inestabilidad, racial y de clase. Tras la guerra civil, y con la aprobación de la decimotercera enmienda, que prohibía la esclavitud, los sureños blancos que rechazaban la Reconstrucción se creyeron inmersos en un paisaje poco menos que tenebrista, arrojados a un escenario presidido por las desviaciones sexuales y sometido a la supervisión de unos dirigentes anormales. La decimocuarta enmienda aún añadió más leña al fuego de esos temores, ya que concedía a los votantes varones negros la misma protección legal que a los blancos, despojando al mismo tiempo a los antiguos confederados del derecho a ejercer un cargo e incluso a participar, activa o pasivamente, en un sufragio. El mundo había experimentado un vuelco de ciento ochenta grados, y ahora eran los bufones quienes regían los destinos del reino republicano. Como es obvio, muy pocos blancos republicanos del sur encajaban realmente en esta inventada quimera sensacionalista, pero el estereotipo cuajó. Se dio por supuesto que los *scalawags* eran pura escoria blanca interna, por grandes que fuesen las riquezas (o el caudal de experiencia política) que pudieran acumular. [553]

Al tocar a su fin la era de la Reconstrucción, los hombres presuntamente imbuidos de una valía inherente y heredada recuperaron el poder político en todo el sur. En la década de 1880, los blancos del norte y los líderes sureños establecieron nuevos puentes de contacto. El mascamazorcas, que en otro tiempo se había afiliado a los «redentores», se convirtió en un granjero y comenzó a trabajar de sol a sol. Otras gentes del sur cubrieron de elogios a los irreprochables «montañeses», [554] que se habían revelado capaces de adquirir una buena formación y de elevarse lo suficiente en la escala social como para no constituir ya ninguna carga para la economía sureña. Los bellos relatos de la reconciliación gozaron de una notable popularidad durante un breve periodo de tiempo, y los dos bandos protagonistas de la trágica contienda nacional alimentaron la brillante perspectiva de una armonía doméstica. [555]

El texto titulado *Cracker Joe* , firmado por una ciudadana de Nueva Inglaterra, vio la luz en 1883. La peripecia se sitúa en Florida, y para superar las afrentas y rencores de épocas pasadas el personaje que rotula la obra recurre al amor y al perdón. Joe, un «mascamazorcas de nacimiento», dirige con éxito una granja. Pone en solfa su supuesta carga hereditaria, ya que da muestras de estar guiado por una certera ambición. Es un hombre

emprendedor, «de rompe y rasga», y un ávido lector de fenomenal memoria. Proclama que su esposa, Luce, «es la mujer más blanca, tanto de cuerpo como de alma, que jamás haya visto», queriendo sugerir con ello que él mismo no es totalmente blanco, sino «tan solo un mascamazorcas, ya saben a lo que me refiero…» (tal y como sucede con los miembros de la familia de *Dred* , el personaje principal de la novela homónima de Harriet Beecher Stowe, también Joe es un mestizo, aunque su madre es «de buena sangre»). Se ve obligado a hacer las paces con el hijo de un acaudalado plantador al que había intentado asesinar más de una década antes, y, por su parte, a este antagonista suyo no le queda más remedio que reclamar la propiedad de la ruinosa mansión y las tierras agostadas de su padre. Solo hay una forma de salvar su legado, y es casándose con la hija de un *carpetbagger* de Nueva York. Y como si todo esto no resultara ya suficientemente improbable de por sí, Joe tiene además una hija mulata a la que acoge en su hogar con las bendiciones de su mujer. [556]

Estamos en una época marcada por el trazado de una serie de distingos de conveniencia. En la década de 1890, William Goodell Frost, presidente del Berea College de Kentucky (que acogía a alumnos de distintos orígenes) y abolicionista de larga tradición, dado que su padre y su abuelo ya se habían opuesto a la esclavitud, redefine en los siguientes términos el carácter de sus vecinos «montañeses»: «En la práctica, la situación del "blanco pobre" se ha visto degradada; el montañés blanco es una persona que todavía no ha ascendido de categoría». Estos «montañeses» habían conservado durante siglos un linaje verdaderamente singular, y gracias a esa relevante modalidad de existencia habían logrado no salir perdiendo en la lucha de los más aptos por la supervivencia. Frost consideraba que el «montañés» era el sajón de los tiempos modernos, que en su dicción se apreciaba la «fragancia de Chaucer», [557] y que además exhibía un claro «temperamento anglogermánico». Según exclama en su escrito el presidente del Berea College, en el «montañés» tenían los ciudadanos de Kentucky a su «antepasado más contemporáneo». Lo que determinaba que este blanco de vida aislada fuera lo mejor del pasado norteamericano era su «enérgico e incólume arrojo, su carácter prolífico y patriótico, propio de aquel en cuya copa desborda lo esencial del espíritu del setenta y seis». [558] Las gentes «montañesas» constituían el tronco mismo del árbol genealógico norteamericano. Ese fue el intento de relato reconciliador de Frost. Sin embargo, para muchos de los que no daban crédito alguno a lo que

pretendía vender, los «montañeses» blancos seguirían siendo un hatajo de rústicos palurdos de estrafalarias fachas, medio alunados y proclives a enzarzarse en interminables enemistades clánicas. [559]

Fue justamente en estos años cuando empezó a utilizarse con mayor profusión el término «gañán» (*redneck*). Era una voz que definía muy bien a los pendencieros y racistas seguidores de los demagogos demócratas de alto copete del Nuevo Sur [560] de finales del siglo XIX y principios del XX : individuos como Ben Tillman, de Carolina del Sur; Jeff Davis, de Arkansas; y James K. Vardaman, de Misisipi, el más interesante de esta pandilla. El «gañán» habitaba en los pantanos; se encontraba en las poblaciones fabriles; era el tipo enfundado en un mono de trabajo; el plasta que interrumpía y molestaba al orador de un mitin…; y el asombroso y recurrente ganador de las elecciones estatales. Era Guy Rencher, un aliado de James K. Vardaman, quien reivindicaba que la denominación se refería a su persona mientras despotricaba desde el parqué de la cámara legislativa del Misisipi con su «largo cuello colorado». Pero merece mencionarse otra posible explicación del origen del vocablo: el término *redneck* se había puesto de moda en la década de 1890, es decir, en la misma época en que los afrikáneres daban en llamar *rednecks* a los soldados ingleses durante la guerra sudafricana de los Bóer para resaltar el contraste entre la piel de los británicos, terriblemente irritada por el sol, y la blanca palidez de su propio cutis. Dicha terminología era también uno de los estribillos del rítmico cántico que entonaban los aparceros (en torno al año 1917): «Prefiero ser un negro, y arar con la vieja Becky, [561] antes que un blanco y rústico gañán, con el largo cuello al rojo». [562]

Este era el mundo de W. E. B. Du Bois, y también el universo de Theodore Roosevelt. Ambos hombres coincidieron en muy pocas cosas, y desde luego no en la teoría evolutiva ni en la ciencia de la eugenesia, que Roosevelt abrazó de plano. Es indudable que Du Bois no halló consuelo alguno en el militarismo del presidente ni en su glorificación del salvajismo de los colonos blancos del Viejo Oeste. Sin embargo, había algo en lo que estaban completamente de acuerdo: la política de los *redneck* constituía una seria amenaza.

En 1901, y de forma totalmente inesperada, Roosevelt alcanzó la presidencia del país tras el asesinato de William McKinley. En ese momento tenía solo cuarenta y dos años, pero se había hecho una

reputación por las audaces hazañas militares que había realizado durante la guerra de Cuba, y eso le había permitido hacerse un hueco en la candidatura electoral de los republicanos. Pese a que su madre hubiera nacido en Georgia y él se hallara, por tanto, en condiciones de reivindicar su ascendencia confederada, el politicastro neoyorquino que siempre fue Roosevelt revelaría poseer escasas dotes para sortear los escollos y los bancos de arena de la vida pública sureña. Poco después de su toma de posesión como presidente, suscitó la ira de muchos blancos del sur al atreverse a invitar a una cena oficial a Booker T. Washington, del Instituto de Tuskegee. [563] Decididos a reeditar el guion de la Reconstrucción, los demócratas acusaron al nuevo jefe del ejecutivo de promover la igualdad social entre las razas. Para los encolerizados sureños, el solo hecho de compartir el pan con un negro en un lugar tan pública y señaladamente simbólico era poco menos que la antesala del espaldarazo al matrimonio interracial. Sin pararse en sutileza alguna, Vardaman aseguró que Roosevelt era un «partidario del mestizaje fuertemente impregnado del olor a negro», y aun añadió que la Casa Blanca estaba «tan saturada de la pestilencia negra que las ratas habían tenido que refugiarse en los establos». Un escritor satírico del sur llamado Bill Arp predijo que no tardaría en verse una boda entre mestizos en la mansión presidencial. Y teniendo en cuenta que Portia, la hija de Booker T. Washington, estudiaba en el Wellesley College, [564] parecía lógico que también acabara siendo invitada a la Casa Blanca, cavilaba Arp. Un pasito más, decía con desdeñosa burla, y se buscaría la forma de emparejarla adecuadamente con alguno de los hijos de Theodore Roosevelt. [565]

A juicio de este último, Vardaman y los de su ralea formaban parte del más bajo escalón de la demagogia. En una carta dirigida al pastor congregacionalista y editor Lyman Abbott, el presidente señalará que el «fétido lenguaje» y «la repugnante inmundicia de perrera» del entonces gobernador de Misisipi eran peores que los del más vil de los canallas que rodaban por las alcantarillas de la ciudad de Nueva York. Con tan «incalificable bajeza», este sureño se había excluido a sí mismo de la esfera de valores norteamericana. Al reprobar la execrable conducta de Vardaman, el presidente se había negado a repetir sus odiosas palabras, pero el insulto que más le había enfurecido había sido una cruda alusión a su nacimiento. Vardaman había recordado, en efecto, que un perro había asustado a «la vieja señora Roosevelt» durante su embarazo, para asegurar a continuación

que eso explicaba las «cualidades de cachorrito que tanto destacan en Teddy». Vardaman, literalmente carente de vergüenza, aun se permitió el lujo de bromear diciendo que estaba dispuesto a pedir disculpas al perro, pero no al presidente. [566]

Pero ¿quién era este charlatán de feria, famoso por sus trajes blancos, sus sombreros vaqueros de idéntico color y sus largas crenchas morenas? ¿Quién era el tipo que proclamaba ser la voz de «rústicos» y «gañanes»? James K. Vardaman había iniciado su carrera como director de un periódico y conocía bien la demoledora fuerza de las invectivas. Muchos sureños, de Andrew Johnson a Wade Hampton, habían recurrido anteriormente al insulto barriobajero para maldecir a sus enemigos. En opinión de Vardaman, la democracia, por «sucia» que pudiera llegar a ser, pertenecía «al pueblo», y esta entidad colectiva tenía derecho a decir lo que le viniera en gana. Amigos y rivales le conocían con el apodo de «Gran jefe blanco», debido en parte a sus níveos atuendos y en parte a su retórica supremacista. Sin embargo, sus adversarios le tenían por una suerte de «hombre medicina», es decir, por un chamán perfectamente capaz de incendiar los ánimos de la peor y más salvaje ralea de la tribu blanca. [567]

Él, en cambio, se consideraba el defensor de los blancos pobres. En 1903, durante la campaña en la que concurrió para ser elegido gobernador de Misisipi, Vardaman enfrentó a los blancos pobres contra la totalidad de la población negra. Educar a los negros, argumentaba, carecía de sentido y resultaba peligroso, así que el estado debía garantizar al pueblo que los dólares de los impuestos de los ciudadanos blancos se emplearan únicamente en la creación de escuelas para blancos. Este consumado histrión seguiría cabalgando hasta alcanzar un escaño en el Senado en 1912, y si digo «cabalgando» es porque lo hizo literalmente: a lomos de un buey. Cuando su principal oponente demócrata ridiculizó a sus partidarios, calificándolos de hatajo de ignorantes, Vardaman explotó el incidente. Mientras viajaba por todo el estado de Misisipi pronunciando discursos, dio en presentarse encaramado a un «carro de masca mazorcas», rodeado de una larga recua de ganado. Con ocasión de un mitin, hizo su entrada en la población montado a horcajadas sobre un cabestro. El animal iba adornado con divisas y banderines en los que podía leerse «gañán», «ganado» y «rastrero». Vardaman recurría al espectáculo para demostrar que hacía suya la identidad de la escoria blanca. [568]

Sabedor de que la élite formada por los plantadores que habían conseguido mantenerse a flote y los miembros de la clase media de Misisipi le despreciaban, Vardaman se dedicó a azuzar deliberadamente los rencores de clase. En un texto en el que consigna una serie de recuerdos personales, William Percy, hijo de LeRoy Percy, el oponente demócrata de Vardaman, refiere con buen tino las características de esta provocación de las iras clasistas. Al evocar la época en la que él mismo se dedicaba a vigilar el estado de ánimo de la multitud para prevenir un desbordamiento de los enconos de la multitud —una misión que le llevaba a preguntarse en ocasiones si el ejército de Vardaman no acabaría lanzándole huevos podridos a su padre—, Percy explica:

> Era el tipo de gente capaz de linchar a los negros, personas que confundían el matonismo con el ingenio y la marrullería con la inteligencia, individuos que asistían a sesiones de reafirmación ideológica y que después se enzarzaban en peleas o se dedicaban a fornicar entre la maleza. Estábamos ante verdaderos grupos de anglosajones en estado puro. Eran la esencia misma del votante soberano. Resultaba tan horrendo que parecía casi irreal.

Pese a que la paciencia no le alcanzara para sufrir el despliegue de la política del odio como numerito circense, Percy no tuvo más remedio que admitir que Vardaman era un político espabilado que sabía dar a ese «votante soberano» lo que más deseaba: pura carnaza. [569]

A Roosevelt, que era un patricio, no le quedaba más alternativa que bregar con la animadversión de esos gañanes. En 1905, durante una gira por los estados del sur, reprendió severamente a Jeff Davis, el gobernador de Arkansas, por defender a la chusma que practicaba el linchamiento. Un periódico juzgó chistoso comentar que la comitiva del presidente hacía bien en recorrer el estado de Misisipi por la noche, ya que de ese modo Vardaman no se vería obligado a descerrajarle un tiro. Por otra parte, Roosevelt también acabaría por herir la susceptibilidad de las orgullosas mujeres del sur al atreverse a meter a Jefferson Davis (el presidente confederado) en el mismo saco que a Benedict Arnold. [570] Tras esa igualación, una indignada dama georgiana declararía que el presidente había deshonrado la sangre de su madre. [571]

A los ojos de Roosevelt, la sangre era más espesa que el agua, pero desde luego no veía las cosas desde el mismo ángulo que las irritables mujeres de Georgia. Su comprensión de la raza y la clase seguía arraigada en el pensamiento evolutivo, y estaba convencido de que los blancos se hallaban naturalmente subordinados a los anglosajones. Sin embargo, también tenía

la impresión de que era posible conseguir progresos, y por eso mismo había respaldado el programa que Booker T. Washington estaba llevando a cabo en el Instituto de Tuskegee, orientado a la formación profesional. Si los negros se revelaban capaces de alcanzar la independencia económica sería posible reconocerles una mayor cantidad de derechos políticos. Pese a todo, el presidente, educado en la Universidad de Harvard, nunca abandonaría el principio de que las características raciales se llevaban en la masa de la sangre, condicionadas por las experiencias de los antepasados de cada individuo. Como apasionado exponente del «excepcionalismo norteamericano», Roosevelt argumentaba que las vivencias de las fronteras coloniales del siglo XIX habían transformado a los norteamericanos blancos, convirtiéndolos en una cepa superior a la de sus hermanos de raza de otras zonas del mundo. [572]

El lema que inspiraba a Roosevelt podría resumirse en tres palabras: «trabaja, lucha y procrea». Hay pruebas muy claras de que le influía notablemente el mito de los «montañeses», que sostenía, entre otras cosas, que los sajones de buena cepa eran muy distintos a los degenerados blancos pobres del sur. La historia se escribía con sangre, sudor y «protoplasma germinal» (el término que se empleaba en el arranque del siglo XX para denotar lo que hoy denominamos «genes»). Roosevelt creía que todo varón norteamericano de clase media debía permanecer en contacto con el ocupante ilegal que llevaba dentro, es decir, no tenía que perder en ningún momento las varoniles características que le vinculaban con la «vida fatigosa». Todo exceso de paz doméstica, de lujo y de esterilidad deliberada —esas fueron las palabras del propio Theodore Roosevelt— debilitaba a los norteamericanos y les volvía apáticos y propensos a la autocomplacencia. [573]

Tres eran las fórmulas que permitían atajar los males que acechaban a la modernidad. Podía volverse a la vida salvaje, como había hecho el mismo Roosevelt al partir a África para dedicarse a la caza mayor o al realizar una angustiosa expedición aguas abajo del río Amazonas a la edad de veinticinco años. La guerra —es decir, la cruda lucha por la supervivencia — era el segundo medio de sacar a la palestra las ancestrales virtudes sajonas. No obstante, el instinto de la procreación seguía siendo el impulso más primitivo de cuantos animaban al hombre. A juicio de Roosevelt, el alumbramiento era el campamento militar que la naturaleza imponía a las mujeres, un combate a vida o muerte que fortalecía a la raza entera. [574]

La guerra, por su parte, no solo formaba el carácter, también vigorizaba, literalmente, las mejores cualidades de la cepa racial norteamericana. Tras pasar varios años como ganadero en el territorio que hoy ocupan las dos Dakotas, del norte y del sur, Roosevelt publicó un voluminoso libro titulado *Winning of the West* (1886-1896). Dicha obra es en parte una historia de Norteamérica y en parte un tratado sobre la evolución. Sin embargo, el autor regresó a Nueva York, se metió en política y descubrió una nueva y agresiva forma de dar salida a los ímpetus de la cruzada imperialista. En 1898 se alistó en la guerra de Cuba y constituyó un regimiento propio, el de los «Jinetes Duros», o Rough Riders, en el que además de aceptar a un puñado de vaqueros y «montañeses» del oeste, incluyó a hombres como él mismo, atletas venidos de las universidades privadas del noroeste de Estados Unidos, integrantes de la llamada «Ivy League». Llegó a enrolar asimismo a unos cuantos indios (en una compañía independiente), así como a un reducido número de irlandeses e hispanos, a los que añadiría finalmente a un recluta judío y otro italiano; todo ello con el objetivo de recrear lo que a su juicio era la mezcla de cepas étnicas que más convenía a la nueva frontera norteamericana de Cuba. Es importante señalar que no inscribió a ningún negro ni a ningún verdadero mascamazorcas en su forzuda versión del experimento de Darwin en las islas Galápagos. [575]

El famoso pintor estadounidense Frederic Remington captaría vívidamente la no menos célebre gesta que realizó Roosevelt al ascender a caballo la colina de San Juan (actualmente denominada Kettle Hill). Antes de partir rumbo a Cuba, Remington había aceptado un puesto de ilustrador en una revista de Florida. En ese estado conoció al «vaquero mascamazorcas», que era la antítesis del castizo norteamericano del oeste, de depurado linaje, que había tenido ocasión de frecuentar hasta entonces. Los hombres con los que hubo de relacionarse en Florida tenían un «aspecto desaliñado»: llevaban el pelo grasiento, el tabaco les amarilleaba las barbas y vestían unas ropas tan astrosas que le hacían pensar en las colgantes guajacas [576] que recubrían los robles de las zonas pantanosas. Remington quedó convencido de que les faltaba «fiereza» (en comparación con los pioneros y colonos del interior del continente), y ejemplificaba la diferencia señalando el contraste entre un «fox terrier» y un «pajizo perro de mala raza». Poco después, insistiendo en la analogía con el reino animal, Remington aseguró que esos arrieros tenían de la ley tanta idea como un «mono gris». Aquellos perrunos y simiescos individuos, que eran

potenciales conquistadores del ganado de otros, o sea, simples cuatreros, se mostraban después sorprendidos de que se les exigieran cuentas de sus delitos. Su ignorancia resultaba tan pasmosa que ni siquiera alcanzaban a situar el estado de Texas en el mapa. Y desde luego Roosevelt habría coincidido con ese parecer, ya que la característica cultura del oeste no se había difundido en las regiones del sur. [577]

Dicho esto, Roosevelt no se propuso resolver todas las contradicciones sureñas con su enfoque político. Por más que defendiera la pureza racial y que se opusiera al mestizaje, también confesó a Owen Wister, autor de la novela titulada *El virginiano* , que estaba convencido de que los hombres blancos del sur, pese a considerar insultante la mezcla de las razas, eran los primeros en mirar con ojos lascivos a las mulatas y en tomar como amantes a las negras. Y por mucho que los blancos del sur le dejaran indiferente y tuviera en alta consideración a los negros que trabajaban con ahínco, lo cierto es que no movió un dedo para proteger el derecho al voto de estos últimos. Washington, Lincoln y Grant eran sus héroes, ya que se trataba de hombres que habían llevado una vida activa y virtuosa a los que no había importado rechazar las comodidades y la autosuficiencia. No eran políticos embusteros, como el «hermano Vardaman», según gustaba decir del fanático demagogo del Misisipi un inteligente periodista. Tampoco podían compararse con los aristócratas del sur anterior a la guerra, que se dedicaban a beber, a retarse en duelo y a pronunciar discursos «perversos». Como le comentará a Wister, los blancos del sur habían tomado una bifurcación errónea en el ramificado árbol de la evolución y se valían de hueros desplantes y bravuconerías para ocultar sus «rasgos enfermizos». En último término, el presidente opinaba que la generación confederada y sus herederos habían contribuido «poquísimo a producir algo de los que los norteamericanos podamos sentirnos orgullosos». A su juicio, los Vardaman de turno podían ser efectivamente un incordio, pero también tenían los días contados. [578]

Si Roosevelt se mostraba capaz de afirmar con plena confianza que eso sería lo que ocurriría en el futuro, era porque se trataba de un eugenista descarado. Se valió siempre del influyente e intimidante púlpito de su cargo para resaltar que las mujeres tenían el deber cívico crucial de traer al mundo a una generación de niños y niñas sanos y disciplinados. Roosevelt quedó seducido por la eugenesia en 1903, y dos años más tarde expondrá sus nuevas creencias en un discurso pronunciado ante el Congreso Nacional de

Madres. [579] Preocupado por el «suicidio de la raza», como él mismo decía, Roosevelt recomendaba a las mujeres de cepa anglonorteamericana que tuviesen entre cuatro y seis hijos, cifra que juzgaba «suficiente para que la raza creciera en lugar de decrecer». El deber de las mujeres, que pasaba por sufrir los «dolores del parto» e incluso por enfrentarse a la muerte, convertía a la esposa fértil en el equivalente femenino del soldado profesional. Las mujeres que eludían esta obligación procreadora eran peores que los desertores. En 1906, este mismo planteamiento llevaría a Roosevelt a procurar la aprobación de una enmienda constitucional destinada a someter el matrimonio y el divorcio al control de las leyes federales. [580]

Esta medida, que en el fondo consistía en impedir que las riendas de la legislación relativa a los casamientos y a su disolución continuasen estando en las arbitrarias manos de los estados de la Unión, respondía a un objetivo eugenésico mucho más amplio. Todo eugenista radical creía que los ciudadanos, en tanto que individuos, no tenían derecho a elegir esposo o esposa ni a tomar decisiones reproductivas. Así figura por ejemplo en el informe de una destacada organización eugenésica en 1914: «La sociedad ha de considerar que el protoplasma germinal pertenece al grupo y no únicamente al individuo que es portador del mismo». Dado que los hijos nacidos de padres inadaptados podían suponer un importante coste para los contribuyentes en caso de que terminaran dedicándose a la delincuencia, la sociedad tenía derecho a protegerse. Por otra parte, todavía resultaban más peligrosas las consecuencias para el linaje humano de la nación si se permitía la reproducción de los degenerados. En 1913, Roosevelt escribió un texto en el que respaldaba al notable eugenista Charles Davenport. En ese escrito, el presidente aseguraba que el deber patriótico de todo buen ciudadano o ciudadana que perteneciera a las cepas raciales superiores consistía en dejar tras de sí el «buen rastro de su sangre». Al mismo tiempo, Roosevelt advertía de que no debía permitirse que los depravados «prolongaran su progenie». [581]

Fue justamente durante esta arrebatada fiebre eugenésica cuando los reformistas lanzaron un llamamiento para instar al Gobierno a aplicar un conjunto de incentivos orientados a conseguir una procreación de mejor calidad. Fue entonces cuando surgió la idea de crear un baremo de exención de cargas fiscales vinculado con el número de hijos. Theodore Roosevelt criticó la nueva ley del impuesto sobre la renta debido a que únicamente

contemplaba beneficios para quienes tuviesen dos hijos, desmotivando así a los padres que se plantearan traer tres o incluso cuatro al mundo. Roosevelt quería instaurar una escala de estímulos económicos destinados a las familias numerosas inspirándose en las bonificaciones a la natalidad que se habían creado en Australia en 1912. También promovió la creación de un sistema de pensiones de maternidad para las viudas; una idea que, desde luego, cuajó. Como afirmará un defensor de esta idea en 1918, las madres viudas eran «tan servidoras del estado como un juez o un general». El deber de criar a los hijos que asumían constituía un servicio público tan importante como el de quienes luchaban en el campo de batalla. Como ya ocurría con el Sistema del Servicio Selectivo, [582] que excluía a los soldados de rendimiento inferior, las pensiones también se concedían en exclusiva a «las madres aptas». [583]

Desde luego, Roosevelt no era el único que pensaba de ese modo. Otros muchos profesionales de la época —académicos, científicos, médicos, periodistas y legisladores— se sumaron a la «manía eugenésica» (por recoger aquí el calificativo que un facultativo de California había aplicado al movimiento). Los partidarios de la eugenesia creían que el mejor modo de estimular la procreación de los más aptos consistía en educar a la clase media para que aprendiera a seleccionar adecuadamente a su consorte. El pensamiento eugenésico halló expresión en una verdadera catarata de libros y conferencias públicas destinadas al ciudadano común, y encontró eco asimismo en las ferias estatales, que organizaron una serie de concursos concebidos para designar al «mejor bebé» y a la «familia más apta». También se añadieron cursos de eugenesia a los currículos escolares. Este tipo de empeños acabaron dando lugar a la aprobación de un conjunto de leyes que impusieron restricciones a la libertad de elección de pareja matrimonial, dieron por bueno que las instituciones promovieran la segregación sexual de las personas que tuviesen alguna tara y, lo que aun resulta más llamativo y dramático, aceptaron la esterilización forzosa, respaldada por el estado, de todos cuantos quedasen incluidos en la categoría de los «no aptos». [584]

En 1904, Charles Davenport fundó un centro de investigación en Cold Spring Harbor, en Long Island. La institución prosperó hasta convertirse en la Oficina de Registros Eugenésicos. El profesor Davenport, licenciado en Biología por la Universidad de Harvard, se dedicó a reunir datos hereditarios en compañía de su equipo de colaboradores. Como es lógico,

también era un prestigioso miembro de la Sección Eugenésica de la Asociación Norteamericana de Criadores de Animales, un grupo de ganaderos y biólogos. Este colectivo contaba con un gran número de figuras destacadas, de entre las que sobresale con particular relieve el célebre inventor Alexander Graham Bell. Harry H. Laughlin, el segundo académico por orden de importancia en la organización de Davenport, no solo se convertiría en el experto de cabecera del Comité de la Cámara de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos, también acabaría desempeñando un papel crucial en la redacción de la Ley de Inmigración de 1924, uno de los textos legislativos más generales y restrictivos que se hayan conocido en toda la historia del país. [585]

Cuando los eugenistas se ponían a pensar en individuos degenerados, su pensamiento se centraba automáticamente en el sur. Para sostener sus tesis, Davenport dijo directamente que si no se ponían en marcha una serie de medidas federales para regular la inmigración, Nueva York se transformaría en Misisipi. En su *Heredity in Relation to Eugenics* , publicada en 1911, Davenport señalaba la existencia de dos criaderos de norteamericanos enfermizos y degradados: las chozas de los más humildes y el hospicio para pobres. Las cabañas de los indigentes constituían una imagen familiar, ya la identificara el lector con el cuchitril del mascamazorcas, con el chamizo de los pordioseros más tirados o con la cochiquera del blanco pobre. En su obra, Davenport se hace eco de las tesis que recorren el texto de James Roberts Gilmore *Down in Tennessee* , de 1864. Influido por esa lectura, Davenport se manifestó hondamente preocupado por los indiscriminados emparejamientos que se producían en las chabolas más aisladas. El hermano dormía con la hermana y el padre con la hija, así que el temor a una descendencia endogámica parecía muy real. Por otra parte, el ataque que Davenport lanza contra los asilos para menesterosos también apuntaba al sur. En las casas de caridad de Misisipi no hubo instalaciones independientes para hombres y mujeres hasta el año 1928. A su juicio, en esos establecimientos benéficos se permitía que los delincuentes y las prostitutas engendraran toda clase de malhechores, bastardos y débiles mentales. Por último, es preciso señalar también que la animosidad antirrural de Davenport era especialmente intensa. El modelo de la supervivencia de los más aptos que apoyaba hacía hincapié en la emigración del campo a la ciudad, ya que, al desplazarse los mejor dotados, las cepas más débiles y peores quedaban atrás. [586]

Casi todos los eugenistas establecían analogías y paralelismos con la cría de animales. Davenport aseguraba que las mejores hembras reproductoras eran las mujeres de caderas anchas, valiéndose del mismo planteamiento que los criadores de ganado llevaban siglos aplicando a las vacas. La mayor mecenas de la Oficina de Registros Eugenésicos era la señora Mary Harriman, viuda del magnate ferroviario Averell Harriman. La señora Harriman procedía de una familia dedicada en cuerpo y alma a la cría de caballos. Alexander Graham Bell, que concibió la idea de engendrar «purasangres humanos», aseguraba que en cuatro generaciones de progenitores de clase superior se estaría ya ante un ejemplar único. En 1917, un acaudalado criador de caballos de Nueva York llamado William Stokes publicó un libro sobre cuestiones eugenésicas y llegó al extremo de afirmar que se podía criar a los norteamericanos en función de sus distintas clases sociales, ya que eso garantizaría que la capacidad intelectual de los individuos se revelara acorde con su posición. La reivindicación del «derecho del nonato» a venir con buena salud al mundo se hizo muy popular. ¿Por qué habrían de sufrir los hijos las malas decisiones reproductivas de sus padres? [587]

Los partidarios de «cribar» los linajes genéticos de los norteamericanos idearon rápidamente tres soluciones. Como ya sucedía en la cría de animales, los defensores de este planteamiento comenzaron a presionar para conseguir una legislación que permitiera a los médicos y a otros profesionales separar y poner en cuarentena a los no aptos, apartándolos del grueso de la población. También apelaban a la castración de los delincuentes y promovían la esterilización de las clases enfermizas y degeneradas. Pese a que estas doctrinas supongan una flagrante violación de los derechos humanos, sea en la época que sea, lo cierto es que un legislador de Michigan se atrevería a dar incluso un paso más. En 1903 propuso que el estado liquidara sin más a los no aptos. A otro abogado de la eugenesia se le ocurrió una idea particularmente peregrina para entendérselas con un asesino convicto: ejecutar a su abuelo. Este tipo de sugerencias no eran meras opiniones marginales. En 1931, veintisiete estados norteamericanos habían promulgado y publicado ya sus correspondientes leyes sobre la esterilización, junto con un mamotreto en el que se especificaban treinta y cuatro categorías con el detalle del tipo de personas que podrían verse obligadas a someterse a esa operación quirúrgica. Los eugenistas trazaron a golpe de brocha gorda el artificioso

perfil de la inferior clase de los no aptos y solicitaron a las autoridades que «erradicaran» a los individuos inútiles, por emplear la expresión que Frank William Taussig, un profesor de Harvard, incluyó en sus *Principles of Economics* de 1921. Si la sociedad se negaba a administrar «de una vez por todas el cloroformo» a los inadaptados hereditarios (o para ser más exactos, a «los facinerosos y los vagabundos irrecuperables»), podría impedirse al menos, señalaba el iracundo economista, que «propagaran su ralea». [588]

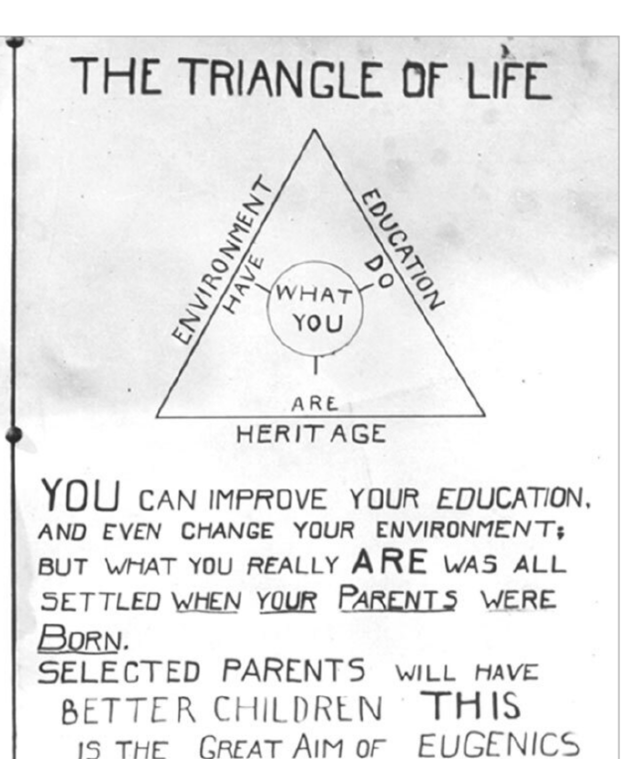
Los eugenistas tenían opiniones divididas respecto al papel que debían desempeñar las mujeres en la campaña nacional. Algunos insistían en que lo que les correspondía era perseverar en el rol de guardianas del hogar. Este ideal coincidía con la tradicional escala de valores del sur, que sostenía que tanto las mujeres que poseían plantaciones como las de clase media tenían una «aversión natural» a cualquier tipo de relación con los negros, máxime si se trataba de varones. El criador de ganado neoyorquino William Stokes instaba a las mujeres a examinar con lupa los antecedentes familiares y personales de sus potenciales pretendientes, exigiendo conocer el árbol genealógico del enamorado y sometiendo al aspirante a un examen físico. (Se aprecia fácilmente que los consejos de Stokes se inspiran en la clásica solicitud de documentación y pedigrí de quien se dedica a la cría caballar, por no hablar de la proverbial inspección del diente del «caballo regalado»).

Se puso de moda entre las jóvenes casaderas procurarse un enlace con buenas perspectivas eugenésicas, negándose a aceptar a todo hombre incapaz de satisfacer sus criterios científicos. En 1908, una profesora de Luisiana empezó a organizar concursos destinados a designar al «mejor bebé» de la comunidad, y las madres aceptaron que sus retoños se vieran sometidos a un examen y a la subsiguiente clasificación. La idea acabó haciéndose extensiva a la familia, de modo que en las ferias estatales prosperaron las competiciones pensadas para determinar cuál era la «más apta» de la región. Los torneos se celebraban en los parques ganaderos, y la valoración de las cualidades de los grupos familiares participantes se efectuaba con los mismos métodos que se aplicaban a las reses. Los ganadores recibían una medalla, igual que los toros que salían vencedores en esas competiciones. [589]

Las mujeres cultas eran las encargadas de la guarda y custodia de la raza a través del matrimonio eugenésico, pese a que las mujeres pobres fértiles continuaran teniendo más hijos que ellas. Los llamados expertos sostenían

que las personas que se entregaban sin medida a las actividades sexuales y carecían de un intelecto capaz de moderarlas eran las que mayores probabilidades tenían de engendrar a hijos defectuosos (y al afirmar estas cosas se imaginaban a los blancos pobres fornicando entre los matorrales). A partir del momento en que ciertos expertos, como el mismo Davenport, dieron a entender que la prostitución y la pobreza eran rasgos hereditarios, empezó a considerarse que las mujeres sexualmente agresivas eran transmisoras de un protoplasma germinal degenerado. En 1910, el psicólogo estadounidense Henry Goddard, director de un laboratorio de pruebas de la escuela para chicas y chicos retrasados de Vineland, en Nueva Jersey, incluyó un nuevo tipo en la clasificación eugenésica: el morón. [590] Más inteligente que los idiotas y los imbéciles, los morones resultaban particularmente problemáticos, dado que podían pasar por individuos normales. Las mujeres moronas podían entrar a trabajar como criadas en los hogares de la gente bien y seducir a los jóvenes, o estos a ellas. Se pensaba que suponían un verdadero elemento de preocupación. [591]

El miedo a las mujeres pobres y promiscuas llevó a los reformistas partidarios de la eugenesia a presionar para la construcción de asilos adicionales en los que poder alojar a las débiles mentales blancas. Al desarrollar este empeño, emplearon el término «segregación», el mismo que habían empleado los próceres del sur para hacer cumplir la separación entre blancos y negros. La mujer «de paso» tampoco era una figura retórica nueva, ya que se trataba de una derivación de otro temor muy presente en el sur: el de la fugaz irrupción del mulato en la vida de los blancos, que podía acabar casándose con una joven perteneciente a una familia destacada. Estos individuos «en tránsito» también evocaban las viejas aprensiones inglesas relacionadas con el intruso de clase y la movilidad social sin control, o dicho más claramente: la inquietud de que la criada sedujera al señor de la propiedad solariega. [592]



Esta nota difundida en una feria rural de Kansas en 1929 afirma inequívocamente que la herencia determina el destino de las personas. Su mensaje es claro: los no aptos han de ser «arrancados» de raíz de la cepa nacional.

Álbum de recortes, American Eugenic Society Papers, Sociedad Filosófica Estadounidense, Filadelfia, Pensilvania.

Pese a estos matices raciales, el principal objetivo de los eugenistas era la mujer blanca pobre. Las características que Goddard atribuye a la morona, que según él carecía de previsión, de vitalidad o de todo sentido de la vergüenza, constituyen una réplica exacta del retrato que los escritores de la Reconstrucción hacían de la escoria blanca. Davenport estaba visceralmente convencido de que la mejor política consistía en mantener en cuarentena a las mujeres que supusieran un peligro durante su edad fértil. La vía por la que esta prescripción política acabó desembocando en la esterilización obedecía ya menos a la emocionalidad y mucho más al frío cálculo: las autoridades que anteponían su interés particular al general y los reformistas radicales llegaron a la conclusión de que resultaba más económico operar a las mujeres que alojarlas en hospicios durante décadas. De entre ellos, los eugenistas del sur fueron los que más particularmente argumentaron que la esterilización contribuía a la buena marcha económica del país, ya que, tras ser convenientemente neutralizadas, se podía reincorporar a esas mujeres al

conjunto de la población para que continuaran realizando las labores menudas y serviles que les estaban encomendadas. [593]

La Primera Guerra Mundial echó aun más leña al fuego de la campaña favorable a la eugenesia. En primer lugar, el ejército se negó a proporcionar preservativos a los soldados. Los mandamases insistieron en que el control sexual exigía un cierto grado de disciplina interna, algo que ningún programa militar se hallaba en condiciones de inculcar de manera eficaz. Los dirigentes de las fuerzas armadas, unidos a los de los grupos locales contrarios a las prácticas mundanas, dictaron la realización de redadas para retirar de la circulación a unas treinta mil prostitutas y colocar al mayor número posible en cárceles y centros de detención a fin de ponerlas fuera del alcance de los soldados. De este modo, el Gobierno federal vino a respaldar las medidas de segregación sexual de las mujeres mancilladas. Al mismo tiempo, los defensores del reclutamiento obligatorio argumentaban que la creación de un contingente formado por voluntarios sería a un tiempo injusta y contraria a los principios de la eugenesia. El senador John Sharp, del estado de Misisipi, recalcó la idea de que, si no se instituía el sistema de la leva general, solo iría al frente la «mejor sangre», lo que significaba dejar únicamente en la retaguardia a los nacidos de un «molde inferior», que serían además los encargados de «engendrar a la siguiente raza». [594]

La guerra incrementó la importancia atribuida a los test de inteligencia. Goddard había creado la clasificación de los «morones» valiéndose de la prueba de Binet-Simon, que sería sustituida poco después por la escala del CI (coeficiente intelectual). Su promotor era el profesor Lewis Terman, de la Universidad Stanford, y el ejército estadounidense no tardaría en utilizarla. Los datos encontrados al aplicar el método a las fuerzas armadas no sirvieron más que para confirmar los conceptos pocos halagüeños que tanto tiempo llevaban asociándose con el sur, dado que los reclutas blancos pobres y los negros de los estados meridionales fueron los que obtuvieron las peores puntuaciones en el test. En términos generales, el estudio señaló que la media de inteligencia del soldado se situaba en los niveles propios del morón, lo que significa que su edad mental era equivalente a la de un muchacho «normal» de trece años. En vista de estos resultados, los observadores de la época comenzaron a preguntarse si los blancos pobres no estarían arrastrando al pozo al resto de la nación. [595]

Al no haber fondos en el sur destinados a sostener la educación pública, los resultados de los test de inteligencia del ejército eran inevitables. La

brecha existente en los niveles formativos era igual a la que ya se había detectado entre el norte y el sur antes de la guerra civil. Muchos de los hombres que se sometieron a la prueba jamás habían sostenido antes un lápiz en las manos. Los hombres blancos del sur mostraban unos cuerpos mal desarrollados: los examinadores médicos del ejército descubrieron que eran más bajos y más débiles y que estaban en peor forma física. Las campañas nacionales destinadas a combatir los efectos del anquilostoma y la pelagra [596] (enfermedades ambas asociadas con la ingesta de arcilla e identificadas como dolencias propias de los miembros de la escoria blanca) solo conseguirían reforzar esta imagen. A partir del año 1909, el Instituto Rockefeller, con sede en Nueva York, comenzaría a dedicar inmensas cantidades de dinero a un programa filantrópico destinado a eliminar el anquilostoma, mientras el Servicio de Salud Pública de Estados Unidos, por su parte, se encargaba de poner freno a la pelagra. La Fundación Rockefeller publicó asimismo una serie de fotografías espeluznantes en las que se veía a sujetos afectados por una infestación de anquilostoma, en algunas de las cuales se emparejaba a dos muchachos de la misma edad, uno normal y el otro literalmente afectado de enanismo y desfigurado por la afección. Desde luego, la idea de que la falta de higiene era el factor que provocaba la propagación del parásito intestinal no contribuiría en nada a mejorar la percepción del sur. Era raro que la población pobre de los estados sureños dispusiera de letrinas o pozos negros situados fuera de los hogares, y ni que decir tiene que los retretes eran prácticamente desconocidos. [597]

En último término, las regiones rurales del sur, que ya venían destacando sin paliativos como zonas de marcado atraso social, pasaron a sumar ahora a su descrédito las irregularidades eugenésicas. Los labriegos que arrendaban la tierra y los aparceros, que solían recorrer los polvorientos caminos del sur en compañía de una obcecada y mañosa mula, daban la impresión de ser una suerte de salto atrás, una reedición de los vagabundos del siglo XVIII . Las «enfermedades de la pereza», fundamentalmente el anquilostoma y la pelagra, dieron lugar al surgimiento de una clase formada por palurdos desganados. El analfabetismo era endémico. El temor a la procreación indiscriminada proyectaba su larga y siniestra sombra sobre la población. Se juzgó que la cepa de los varones blancos pobres engendrados y criados en el sur no era apta para prestar el servicio militar, y que sus mujeres no estaban capacitadas para la maternidad. En las dos décadas

inmediatamente anteriores a la guerra, los reformistas habían explicado que, en los grupos de blancos pobres, eran muy numerosos las mujeres y los niños que se veían obligados a trabajar durante muchísimas horas en las fábricas textiles del sur, y en condiciones extenuantes. ¿Se estaba ante otro de los síntomas propios de esa tendencia al «suicidio de la raza»?, se preguntaron algunos. ¿Tenían esas personas la más mínima posibilidad de engendrar las futuras generaciones de norteamericanos sanos, valerosos, inteligentes y fecundos que precisaba la nación? Por consiguiente, a principios del siglo XX eran muchos los que pensaban que el «nuevo problema de la raza» no lo planteaba el negro. Se trataba de una crisis diferente, y su causa residía en la «inútil clase de los blancos antisociales». [598]



Los diez mil miembros de la familia «Parásito» de Alabama, 1913. Al presentar a este grupo, se decía que se trataba de unos blancos pobres conocidos por haber esquivado la «enfermedad de la pereza». No solo constituían el contrapunto de la «familia de buena planta» en las competiciones de lozanía y pedigrí, también eran el ejemplo perfecto del linaje no apto estadounidense.

201 H, Alabama, anquilostoma, Caja 42, Carpeta 1044, n.º 1107, 1913. Centro Archivístico Rockefeller, Sleepy Hollow, Nueva York.



Esta fotografía de Carolina del Norte muestra las desfiguraciones causadas por el anquilostoma. En estremecedor contraste, se sitúa a un joven raquítico de veintitrés años de edad junto a otro muchacho normal, dos años más joven y que, sin embargo, mide casi el doble que él.

236 H, Carolina del Norte, Caja 53, Carpeta 1269, n.º 236, Vashti, condado de Alexander, Carolina del Norte, 29 de mayo de 1913. Centro Archivístico Rockefeller, Sleepy Hollow, Nueva York.

Fue Albert Priddy, el director del hospicio implicado en el caso judicial de *Buck v. Bell* al que ya hemos mencionado en la nota 60 del presente capítulo, quien describió a los blancos pobres de Virginia diciendo que se trataba de «la clase que formaban los blancos antisociales del sur, todos ellos holgazanes, ignorantes e inútiles». Priddy era asimismo el director de la Colonia estatal para epilépticos y débiles mentales de Lynchburg, Virginia, y contribuyó a redactar los elementos jurisprudenciales óptimos orientados a sentar precedente en la búsqueda de un fundamento legal susceptible de promover la esterilización. La exposición de motivos acabó elevándose al Tribunal Supremo e informando el expediente judicial de *Buck v. Bell* en 1927. Priddy había comenzado a acumular argumentos para

su planteamiento en 1916, y el objetivo de sus tesis se centraba en las prostitutas. Contrató a los mayores expertos en eugenesia del momento, entre los que se encontraban dos colegas de Davenport vinculados con la Oficina de Registros Eugenésicos y el Instituto Carnegie de Washington. [599]

Priddy también contaba con el respaldo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Virginia, que era uno de los organismos que llevaban entonces la batuta en materia de ciencias eugenésicas y políticas públicas. El decano del centro, Harvey Ernest Jordan, consideraba que Virginia constituía un «laboratorio perfecto» para comparar las mejores cepas de blancos pobres (las célebres «primeras familias» del estado) con las peores. En 1912, Jordan propuso hacer un test de inteligencia a los niños blancos, negros y mulatos. También se las arregló para pervertir el sentido de una de las frases clásicas de Thomas Jefferson, el fundador de la universidad, y transformarla en un absurdo alegato proeugenésico: «El hombre no tiene un derecho inalienable a la libertad personal o reproductiva si tal libertad se convierte en una amenaza para la sociedad». Los derechos inalienables habían pasado a ser los privilegios hereditarios de las clases superiores, a cuyos miembros llamaba Jordan los «purasangres humanos». [600]

Los eugenistas convirtieron a Virginia en la prueba diacrítica que permitía tomar la decisión de eliminar todas las malas cepas. Priddy reclutó para su campaña a Arthur Estabrook, del Instituto Carnegie, y le hizo presentar en los tribunales de Virginia su experta opinión sobre los test de inteligencia. Sin embargo, este colega de Davenport también se esforzaría en divulgar por otras vías el mensaje de la eugenesia. En 1926, Estabrook publicaba su *Mongrel Virginians* , un estudio sobre una aislada comunidad de Virginia a la que todo el mundo llamaba el clan Win. Los Win constituían un curioso caso de endogamia y reproducción interracial. Eran, según Estabrook, «una raza mixta, ni negra ni blanca», dado que tenían abundante sangre india. El retrato que pinta este científico resulta desoladoramente condenatorio: la comunidad padecía una ignorancia congénita, y todo se debía a la licenciosa conducta de las mujeres de raza mezclada. De dar crédito a sus palabras, sus hábitos reproductivos eran «de una libertad casi comparable a la de los animales». [601]

Las pruebas contenidas en *Mongrel Virginians* bastaron para orientar la aprobación de la Ley de Integridad Racial de 1924, que prohibía los matrimonios entre negros y blancos y daba a la sangre india el mismo trato

que a la negra. En su definición del individuo blanco, esta legislación virginiana sostenía que era aquel que no tuviera «rastro alguno» de ninguna otra sangre que no fuera la caucásica. Ceñido a las prioridades y al plan de acción de los eugenistas, el primer borrador de la norma exigía la creación de un registro racial. Con él se pretendía rastrear la trayectoria genealógica de los ciudadanos a fin de garantizar que ningún negro de piel clara y sangre india pudiera casarse con una persona blanca. Esta directriz acabaría desapareciendo de la versión final del texto jurídico, pero la ley siguió dividiendo a la población en blancos y negros, en aptos y no aptos, en linajes puros y contaminados… Al final, los legisladores de Virginia creyeron haber inmunizado a la población contra el mestizaje consagrado en los altares. Su ordenanza detenía el contagio que los negros y los indios transmitían a los blancos pobres, impidiendo así que ascendiera por la jerarquía racial hasta alcanzar a las confiadas clases medias y a las élites blancas. [602]

Tres años más tarde, el presidente del Tribunal Supremo, Oliver Wendell Holmes, dictaba un fallo revolucionario en el caso de *Buck v. Bell* por el que se confería al estado la facultad de regular la reproducción de sus habitantes. Tal y como ya sucediera en 1857 con el juez Taney en la sentencia de *Dred Scott* , también Holmes creía que el pedigrí podía utilizarse para distinguir al ciudadano valioso de la morralla humana, y por eso determinó que la esterilización era el recurso más adecuado para impedir que las «generaciones de imbéciles» continuaran procreando. Holmes argumentaba que la esterilización era un deber cívico, pues salvaba a la nación, ya que de otro modo esta perecería «bajo una avalancha de incompetencia». De este modo, el jurista se hacía eco de los planteamientos empleados por los ingleses en la década de 1600: por su misma deficiencia, los no aptos estaban abocados a morir de hambre o a terminar ejecutados por la comisión de algún delito. Por consiguiente, el hecho de obligarles a esterilizarse era la alternativa más humanitaria, tal y como había sucedido tres siglos antes al tomar la decisión de enviarlos a las colonias. [603]

Por orden de Priddy, se solicitó la esterilización de Carrie Buck (una de las partes en el caso de *Buck v. Bell*) precisamente por ser una de «esas personas», es decir, una joven perteneciente a la «inútil clase» de los blancos sureños. En una palabra, Buck era el perfecto espécimen de la escoria blanca. Pese a que Carrie fuera la demandante, su madre y su hija también fueron enjuiciadas. Las pruebas de inteligencia efectuadas a la

muchacha, de dieciocho años, habían indicado que se encontraba al «nivel de una morona», y que su madre ocupaba un escalón ligeramente inferior (o eso indicaban los datos extraídos por los expertos, cuyo sesgo era más que patente). Carrie tenía una hija ilegítima que, tras ser examinada con tan solo siete meses de edad, había sido catalogada como débil mental. Esta última apreciación se basaba en las observaciones de un trabajador de la Cruz Roja y en los resultados de un test realizado por Estabrook. El diagrama genealógico establecido por los expertos probaba que Carrie era el resultado de una conducta degenerada y que padecía además una perversión sexual: su madre era una prostituta, y ella misma había sido violada por el sobrino de sus padres adoptivos. El que la había forzado quedó impune, pero a ella se la esterilizó. [604]



Carrie Buck y su madre, Emma, en 1924. Tanto Carrie como su madre y la hija ilegítima de la primera fueron sometidas a juicio en el caso de *Buck v. Bell* en 1927. El delito que se les imputaba consistía en contar con un pedigrí inadecuado, ya que se denunciaba que habían procreado un linaje defectuoso por espacio de tres generaciones.

Colección Arthur Estabrook, Departamento de Archivos y Colecciones Especiales de M. E. Grenander, Biblioteca de la Universidad de Albany, Albany, Nueva York.

La eugenesia impregnó por completo la cultura de los años veinte del siglo pasado. Se estableció una jerarquía de clases sociales en función de los diferentes niveles de transmisión potencial de las características hereditarias. En la cima figuraba la nueva «clase selecta» de los profesionales. Mucha gente creía que la inteligencia se legaba a la prole a modo de rasgo consanguíneo y, de hecho los test que se hicieron a los niños en edad escolar probaron que los alumnos más brillantes se encontraban entre aquellos cuyos padres eran profesionales y habían recibido una educación superior. No obstante, además de su aptitud intelectual, esta élite debía dar pruebas de un adecuado desarrollo físico. En el Segundo Congreso Internacional de Eugenesia, celebrado en Nueva York en 1921, se exhibieron dos estatuas, una en cada extremo de la sala Darwin del Museo de Historia Natural de la ciudad. En una de ellas aparecían combinadas las medidas biométricas de los cincuenta hombres de complexión más atlética de Harvard y en la otra se amalgamaban las particularidades tipológicas de los jóvenes soldados de la Primera Guerra Mundial, es decir, las características típicas del «varón medio estadounidense». El espécimen conformado con los datos de los deportistas universitarios era desde luego la efigie más impresionante de las dos. Se acuñó el inédito término de «aristogénico» para designar a las élites cognitivas: una noción similar a lo que hoy denominaríamos una clase de liderazgo genético. Se seguía naciendo en una determinada posición social, tal y como señalaba la tradicional significación de la palabra «aristocracia», pero ya no a causa del apellido o la riqueza de la familia en la que se hubiera venido al mundo. Ahora, el factor que determinaba la pertenencia a una estirpe superior era la posesión de cualidades innatas. [605]

Además de poner de moda el hábito de festejar la existencia de una clase gobernante de carácter hereditario, los eugenistas también estaban decididos a organizar las clases sociales en función de la capacidad de reproducción. Caleb W. Saleeby, uno de los conferenciantes más aplaudidos de la época, defendía una idea conocida con el nombre de «feminismo eugenésico», e insistía en que las mujeres más lucidas no solo debían contar con el derecho de sufragio, sino aceptar también el deber patriótico de procrear. Imaginó una sociedad femenina estructurada al modo de los panales de abejas: las reinas poseedoras de un linaje superior se dedicarían a criar hijos a lo largo de sus años de fertilidad y, por otra parte, las mujeres cultas y estériles (es decir, las postmenopáusicas) se dedicarían a actividades de naturaleza

reformista, ya que eran las que se encontraban en mejor posición para ello. Al profesor William McDougall, de la Universidad de Harvard, también se le ocurrió una solución igualmente radical. Hizo un llamamiento orientado a la fundación de la colonia reproductiva de «Eugenia», consistente en un protectorado independiente radicado en suelo estadounidense en el que solo los mejores y los mejor dotados tendrían ocasión de propagar los rasgos de su cepa superior. Eugenia debía ser tanto una universidad como una granja dedicada a la cría de especímenes de calidad. Educados como «aristócratas», según la tradicional máxima de *noblesse oblige* , los productos de esa colonia especial saldrían finalmente al mundo y ocuparían altos cargos en las filas del funcionariado público. [606]

En la década de 1920, la obsesión asociada con la escoria blanca continuó avanzando sin menoscabo alguno. Los reformistas y los legisladores siguieron promocionando sus campañas, y los periodistas insistieron en redactar artículos sensacionalistas en sus diarios y en publicar fotografías impactantes. El dictamen emitido por el Tribunal Supremo en el caso de *Buck v. Bell* animó a los estados de Misisipi, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia a aprobar leyes de esterilización similares a la que se había adoptado en Virginia. La protección y promoción de la «sangre buena» apenas serviría para nada si no se prestaba la misma atención a la eliminación de la «sangre mala». [607]

En la segunda década del siglo XX también apareció una nueva generación de novelistas decididos a experimentar con las ideas eugenésicas. De entre ellos destaca el muy leído Sherwood Anderson. Este autor compuso una serie de cuentos parcialmente autobiográficos en los que se relata el día a día de una pequeña población. Uno de sus textos más inconfundibles es *Poor White* , que llegó a las librerías en 1920. El protagonista de la obra, Hugh McIvey, que es hijo de una familia perteneciente a la escoria blanca, vino al mundo en un pueblecito —una verdadera «ratonera»— situado en la fangosa orilla del Misisipi, en Misuri. De carácter lánguido y soñador, su mente soñolienta se revela incapaz de centrarse en un empeño relevante. La llegada del ferrocarril a la localidad le saca de su «estupor animal», y un buen día desciende de uno de los vagones el radiante y lozano rostro de una joven de Míchigan por cuyas venas «corre la sangre de los pioneros». La muchacha se convierte en su maestra y le da clase en la escuela. Casi al estilo de un Rousseau, [608] la profesora consigue despertar en él una desconocida vitalidad intelectual. [609]

Arrebatado por el deseo de huir de su pasado y ascender en la escala social, Hugh deja el sur. Pasa tres años vagabundeando de pueblo en pueblo, hasta que finalmente se instala en Bridewell, Ohio. Una vez allí, tras conseguir un empleo en la oficina de telégrafos, la tecnología moldea su destino y su carácter soñador evoluciona hasta convertirse en una forma de ser que el lector identifica con el viejo y querido ingenio norteamericano. Inventa una serie de máquinas, y la que más éxitos cosecha es la cortadora de maíz McIvey. Transformado en un héroe en su ciudad adoptiva, que no en vano se encuentra en pleno proceso de industrialización, Hugh conoce a la rebelde Clara Butterfield, una mujer de formación universitaria e ideas feministas. Guiada por los principios de la selección marital eugenésica, ella le elige por marido, ya que, como la propia Clara asegura, es preferible «un caballo manso» a «un lobo o un lebrel». [610]

En último término, lo que salva a la pareja de las tensiones que surgen en la acelerada vida moderna es la fuerza de la procreación. Tras hacer frente a varios peligros, Hugh se vuelve sombrío y taciturno al caer poco a poco en la cuenta de que la era de las máquinas aboca al ser humano a una existencia nihilista y fútil. Hallándose ya al borde de la locura, su esposa le rescata en el último momento al recordarle que lleva un hijo suyo en el vientre. El hecho de sentir el primitivo y animalesco impulso de la reproducción le permite seguir adelante. [611]

La novela de Anderson rechaza el optimismo patriotero del siglo XIX , pero también apunta a la idea eugenésica de que los blancos pobres se hallaban aquejados de una «impotencia infantil» o padecían las consecuencias de un «desarrollo incompleto» que solo la reactivación de sus mejores cualidades sajonas podía contrarrestar. Con todo, al enfrentarse a los retos, el Hugh McIvey de Anderson evita al menos caer en el profundo pozo de desesperanza que enmarca la primera novela de Erskine Caldwell, titulada *The Bastard* y publicada en 1929. Caldwell era hijo de un pastor de Georgia, y su padre simpatizaba con los planteamientos de la eugenesia. El relato de *The Bastard* trata de probar que ningún ser humano puede ocultar sus características «innatas» ni rehuir la huella de sus antepasados. [612]

El protagonista de la narración de Caldwell se llama Gene Morgan, un diminutivo de «Eugene» que procede de la misma raíz que «eugenesia». Con mordaz ironía, debido a su nombre, el héroe de la novela es un bastardo. Llegado a una cierta edad, Gene se entera de que su madre había sido una ramera y de que había muerto atrozmente asesinada en Luisiana,

después de que su verdugo le abriera el vientre y esparciera su «ciénaga» (una alusión al corrompido erial de las entrañas en que había sido engendrado el propio Gene). El jovencito es un blanco agresivo y brutal, un vagabundo, y el único placer que conoce es el de la violencia. Criado por una vieja negra y sexualmente atraído por una muchacha mulata, Gene atraviesa con la mayor inconsciencia la divisoria entre las razas. [613]

Gene sigue adentrándose en ese camino de perdición hasta conocer a Myra Morgan, una «mujer limpia […] y femenina». Se casan y se mudan a Filadelfia, donde él se pone a trabajar de firme para sostener a su flamante esposa y al hijo que ya viene de camino. Sin embargo, al crecer el chiquillo, los padres contemplan horrorizados que se va transformando en un monstruo. Su cuerpo se cubre de un espantoso vello negro, similar al de un animal; prueba de que la mancha del cenagal sigue presente en su sangre, a pesar de la pureza de Myra. El médico que atiende a esta le asegura que todas las expectativas apuntan a que su entera descendencia será degenerada, lo que transmite un mensaje verdaderamente diáfano: el bastardo Gene, su marido, lleva en el cuerpo la impronta de una maldición congénita. Hay además indicios de endogamia, ya que Gene y Myra tienen el mismo apellido. Gene llega a sopesar la posibilidad de asesinar a su hijo, pero al final desiste; opta por abandonar a su mujer, a la que ama intensamente, con la sola esperanza de que logre casarse con un hombre normal. [614]

La nueva generación surgida con el nuevo siglo, definido por la modernidad, no veía que las dinastías familiares de la supuesta Edad de Oro poseyeran una entidad auténticamente llamada a perdurar. Solo sabían hablar de su dinero. En sustitución de esa imperfecta aristocracia, los progresistas de intención reformista deseaban crear una élite cognitiva, capaz de bregar con la tecnología y la burocracia avanzadas de la época. La clase social seguía teniendo una enorme importancia, pero la estirpe llamada a pilotar el mundo moderno no iba a ser la petulante aristocracia del Viejo Mundo, amanerado y decadente. Antes al contrario, la esperanza residía en el surgimiento de un cuadro de directivos varones de bata blanca ensimismados en sus laboratorios y en una jerarquía de burócratas de traje y corbata. La competencia profesional pasaría a ser la prueba fehaciente de la posesión de un mérito innato. [615]

A los hombres y mujeres del siglo XXI puede resultarnos un tanto extraño que el apogeo de la eugenesia haya podido coexistir con el legendario

encanto de «los locos años veinte»: el vuelo trasatlántico de Lindbergh, las desenfadadas jovencitas de falda corta y modales transgresores, las tabernas de venta clandestina de alcohol… Y, sin embargo, incluso a esas chicas descocadas se les advertía de que sus atrevidas formas de bailar se parecían demasiado a las que exhibían quienes tenían sangre «gitana» (entiéndase «negra») en las venas. Mejor les iría, se les aseguraba, sentando la cabeza y uniéndose a un compañero eugenésicamente adecuado. Esta fue sin duda la época en que mayor y más fuerte arraigo tuvo jamás la conciencia de clase. En la década de 1920, el exclusivismo social se ocultó bajo la máscara de la ciencia, y los sentimientos de desdén por la vida rural y la mancha del mestizaje se intensificaron. En una cultura asediada, la escoria blanca no solo era sinónimo de impureza, sino también de blancura imperfecta. Tal y como ya había ocurrido con el morón, que podía colarse por alguna rendija en el redil de la clase media, el malcriado bastardo ofrecía asimismo toda una nueva panoplia de motivos de preocupación social para las gentes vigilantes de la burguesía, que se mantenían absortas ante los chasquidos del teletipo de las cotizaciones bursátiles y marchaban con paso firme hacia el precipicio que supondría el crac de 1929. [616]

---

[515] Sociólogo estadounidense, socialista, historiador y activista de los derechos civiles (1868-1963). Fue el primer afroamericano en obtener un doctorado en Harvard. (*N. del T.*)

[516] W. E. B. Du Bois, «The Evolution of the Race Problem», Actas del Congreso Nacional de los Negros, Nueva York, 1909, pp. 142-158, y muy particularmente la 148 y 149.

[517] El origen de la voz «linchamiento» es oscuro, ya que su acuñación se atribuye a dos virginianos del último tercio del siglo XVIII apellidados Lynch. En inglés, la expresión *lynch law* es un modismo con el que se indica la aplicación de un castigo sin juicio, no una referencia a una fuente formal. (*N. del T.*)

[518] *Ibid* ., pp. 147-148, 152-154, 156.

[519] *Ibid* ., pp. 153-154, 157.

[520] Periodo de la historia estadounidense comprendido entre los años 1863 y 1877, marcado fundamentalmente por el fortalecimiento de los derechos civiles. Suele aplicarse a los cambios introducidos tras la guerra de Secesión, que, entre otras cosas, abolieron la esclavitud y reconocieron a los antiguos esclavos el derecho de ciudadanía mediante una serie de enmiendas constitucionales. (*N. del T.*)

[521] Charles Darwin, *The Descent of Man* , Londres, 1871, vol. 2, pp. 402-403 [hay traducción castellana: *El origen del hombre* , Edaf, Madrid, 1982. (*N. del T.*)]. Las principales publicaciones de Galton consisten en un artículo titulado «Hereditary Talent and Character», de 1865, y en tres libros: *Hereditary Genius* , de 1869, *Inquiry into Human Faculty* , de 1883, y *Natural Inheritance* , de 1889;

véase Mark H. Haller, *Eugenics: Hereditarian Attitudes in American Thought* , Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey, 1963, pp. 4-6, 8-12. Véase también Richard A. Richards, «Darwin, Domestic Breeding and Artificial Selection», *Endeavour* , vol. 22, n.º 3, 1988, pp. 106-109; y para más información sobre la importancia que tuvo la cría de animales en la elaboración de la teoría de la selección natural, véase Robert J. Roberts, «Instinct and Intelligence in British Natural Theology: Some Contributions to Darwin's Theory of Evolutionary Behavior», *Journal of the History of Biology* , vol. 14, n.º 2, otoño de 1981, pp. 193-230, y muy especialmente la 224 y la 225.

[522] «*Bridewells* » en el original. Se trata de una generalización por antonomasia, ya que alude a una conocida prisión londinense próxima a la iglesia de Saint Bride, activa entre los años ١٥٤٥ y ١٥٥٥. (*N. del T.*)

[523] «Plebein [*sic*] Aristocracy» [debería ser «*plebeian* »], *Independent* , 24 de mayo de 1864; y Heather Cox Richardson, *West from Appomattox: The Reconstruction of America After the Civil War* , Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2007, pp. 17-20.

[524] Para un ejemplo característico de esa economía fundada en el trabajo libre y destinada a los blancos pobres y a los libertos, véase «The Emancipation and Free Labor Question in the South», *New York Herald* , 18 de mayo de 1865; véase también Heather Cox Richardson, *The Death of Reconstruction: Race, Labor, and Politics in the Post-Civil War North, 1865-1901* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2004, pp. 21-22, 24-25, 34, 39, 42.

[525] Los periódicos centraron su atención en la cláusula que eximía de la amnistía a las clases de la élite: «Todas las personas que hayan participado voluntariamente en la mencionada rebelión y que posean bienes imponibles de un valor estimado superior a veinte mil dólares…»: véase «President Johnson's Plan of Reconstruction in Bold Relief», *New York Herald* , 31 de mayo de 1865; junto con «President Johnson and the South Carolina Delegation», *Philadelphia Inquirer* , 26 de junio de 1865. Y para un artículo que señala que todos los rotativos de Nueva York habían destacado este punto, véase «The New York Press on the President's Talk with the South Carolina Delegation», *Daily Ohio Statesman* , 6 de julio de 1865. Véase también Andrew Johnson, «Proclamation 134 — Granting Amnesty to Participants in the Rebellion, with Certain Exceptions», 29 de mayo de 1865; así como la «Interview with South Carolina Delegation, June 24», en *The Papers of Andrew Johnson, May-August 1865* , edición de Paul H. Bergeron, University of Tennessee Press, Knoxville, 1992, vol. 8, pp. 128-129, 280-284.

[526] Para más información sobre la decisión de Johnson de perdonar a las élites para no perder su apoyo, véase Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* , Harper & Row, Nueva York, 1988, p. 191. De las quince mil solicitudes de perdón que le enviaron los exconfederados afectados, trece mil quinientas recibieron una respuesta positiva por parte de Johnson: véase Richardson, *The Death of Reconstruction* , *op. cit* ., p. 16.

[527] Para saber más sobre la idea que se hacía Johnson de esa guerra de exterminio, véase «The Negro Question — Dangers of Another "Irrepressible Conflict"», *New York Herald* , 12 de julio de 1865; véase también el *Evening Bulletin* de San Francisco del 31 de julio de 1865. Para la opinión, expresada por Johnson, de que el sufragio de los negros estaba llamado a provocar una guerra de razas entre los libertos y los blancos pobres, véase «The President upon Negro Suffrage», *Philadelphia Inquirer* , 25 de octubre de 1865; véase también «Interview of George L. Stearns», 3 de octubre de 1865, *The Papers of Andrew Johnson* , *op. cit* ., vol. 9, p. 180.

[528] Véanse las observaciones de los senadores David Schenck, Henry S. Lane, John P. Hale y Reverdy Johnson en el *Congressional Globe* , trigésimo octavo congreso, segunda sesión, pp. 959, 984-985 y 989; junto con la alocución del congresista Green Clay Smith, *Congressional Globe* , trigésimo noveno congreso, primera sesión, p. 416; véase también Paul Moreno, «Racial

Classification and Reconstruction Legislation», *Journal of Southern History* , vol. 61, n.º 2, mayo de 1995, pp. 271-304, y especialmente las páginas 276-277 y 283-287; así como Michele Landis Dauber, «The Sympathetic State», *Law and History Review* , vol. 23, n.º 2, verano de 2005, pp. 387-442, y sobre todo la 408, la 412, y de la 414 a la 415.

[529] Para saber más sobre los «haraganes blancos», véase «North Carolina: Blacks and Whites Loafing», *The New York Times* , 28 de mayo de 1866; junto con «From Over the Lake. Barancas — Gens. Steel and Ashboth — The Seen and Unseen — The Refugee Business, Etc., Etc.», *New Orleans Times* , 9 de marzo de 1865. Para las mujeres blancas pobres y los chiquillos, véase «Poor White Trash», *Independent* , 7 de septiembre de 1865, p. 6; Daniel R. Weinfield, «"More Courage Than Discretion": Charles M. Hamilton in Reconstruction-Era Florida», *Florida Historical Quarterly* , vol. 84, n.º 4, primavera de 2006, pp. 479-516, y especialmente la 492; y William F. Mugleston y Marcus Sterling Hopkins, «The Freedmen's Bureau and Reconstruction in Virginia: The Diary of Marcus Sterling Hopkins», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 86, n.º 1, enero de 1978, pp. 45-102, y sobre todo la 100. Los agentes del negociado también informan de que Carolina del Norte era el estado en el que había un mayor número de miembros de la «escoria blanca», y, de hecho, en esa región, la mayoría de los casos asignados al Negociado de Libertos guardaban relación con esa clase social: véase «Affairs in the Southern States: North Carolina», *The New York Times* , 22 de marzo de 1865.

[530] Para la adecuada comprensión del texto: «Desde el sur: viajes y notas meridionales». (*N. del T.*)

[531] «From the South: Southern Journeyings and Jottings», *The New York Times* , 15 de abril de 1866; Sidney Andrews, *The South Since the War* , Boston, 1866; Whitelaw Reid, *After the War: A Tour of the Southern States* , Londres, 1866; y John T. Trowbridge, *The South: A Tour of Its Battlefields and Ruined Cities* , Hartford, Connecticut,1866. El texto de Andrews tenía fama de ofrecer un «retrato de los blancos pobres […] dolorosamente fiel a la realidad»: véase «New Books», *Philadelphia Inquirer* , 23 de abril 1866. El estereotipado retablo que Andrews presenta del blanco pobre, al que pinta con los rasgos de un individuo físicamente atrofiado en cuyo «rostro no solo planea una expresión anodina, sino que tiene además andares vacilantes y trasuda ineficiencia por todos los poros de su desgarbado porte», será reproducido en su literalidad en «Poor Whites of North Carolina, Wilmington, October 14», *Freedmen's Record. Organ of the New England Aid Society* , 1 de noviembre de 1865, pp. 186-187.

[532] La alusión de Gilmore a los hongos es idéntica al argumento del darwinista social Herbert Spencer, que sostenía que «todo cuanto produce un estado mórbido en una parte de la comunidad ha de causar inevitablemente perjuicio al resto de sus componentes»: véase Spencer, *Social Statics, or, The Conditions Essential to Human Happiness Specified and the First of Them Developed* , Londres, 1851, 456. Véase también Edward Kirke (seudónimo de James Roberts Gilmore), *Down in Tennessee, and Back by Way of Richmond* , Nueva York, 1864, pp. 104, 184, 188-189. Los periódicos publicarían varios extractos de la obra de Gilmore: véase «The White Population in the South. "Poor Whites" — "Mean Whites" — And the Chivalry», *New Hampshire Sentinel* , 10 de noviembre de 1864; junto con «The Common People of the South», *Circular* , 26 de septiembre de 1864, pp. 222-223; «From "Down in Tennessee". The "Mean Whites" of the South», *Friends' Review* , 15 de octubre de 1864, pp. 101-102. Gilmore también publicó un artículo sobre estas cuestiones: véase J. R. Gilmore, «The Poor Whites of the South», *Harper's New Monthly Magazine* , 1 de junio de 1864, pp. 115-124.

[533] Andrews ya se había planteado esa misma cuestión: «Yo diría que la pregunta que realmente exige respuesta en el sur no es "¿Qué vamos a hacer con el negro?", sino "Qué ha de hacerse con el

blanco"»: véase Andrews, *The South Since the War* , *op. cit* ., p. 224. La variante de la interpelación retórica de Andrews que aparece citada en el texto, matizando con el calificativo «pobre» la alusión al «blanco», apareció en el artículo de un periódico de Colorado (que era reimpresión a su vez del que había salido en el *Chicago Republican*) que llevaba el título de «The Rising Race in the South»: véase el *Miner's Register* del 12 de enero de 1866. La misma pregunta surgirá de nuevo en el *Christian Advocate and Journal* : «No es el negro el que produce lástima, pues sabe arreglárselas por sí solo, son los ignorantes, los desposeídos blancos que carecen de tierras salvo por la que les tiñe el rostro y viven sin esperanza, pidiendo una ayuda que, sin embargo, se resisten a aceptar»: véase Reynard, «A Vacation Tour in the South and West: Hell Opens Her Mouth», *Christian Advocate and Journal* , 24 de agosto de 1865, p. 266.

[534] Un colaborador de *The New York Times* argumentará que los blancos pobres llevaban ochenta años ejerciendo el derecho al voto, y que a pesar de ello seguían siendo «imprevisores, ignorantes y corruptos», lo que explicaba al mismo tiempo que fueran «presa fácil de los dirigentes manipuladores»: véase «The Suffrage Question», *New York Times* , 13 de febrero de 1866; véase también «The Poor Whites», *Miner's Register* , 18 de octubre de 1865; junto con Reid, *After the War* , *op. cit* ., pp. 59, 221, 247-250, 255, 302-303, 325, 348; y Andrews, *The South Since the War* , *op. cit* ., pp. 335-336. Para más información sobre el hecho de que los libertos tuvieran muchas más ganas de acceder a la educación que los blancos, véase «A Dominant Fact of the Southern Situation», *New York Times* , 10 de agosto de 1865. Para el rápido progreso educativo de los manumisos, véase «Condition of the South», *The New York Times* , 27 de agosto de 1867. Para la igualdad de las necesidades educativas de los blancos pobres, véase «The Education of Poor Whites», *The New York Times* , 5 de octubre de 1865. Para el hecho de que los libertos estuvieran bien preparados para el reconocimiento de su derecho al voto por su destreza y su frugalidad, véase Trowbridge, *The South* , *op. cit* ., pp. 220, 458, 589; véase también Stephen K. Prince, *Stories of the South: Race and Reconstruction and Southern Identity* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2014, p. 28. Para la circunstancia de que los libertos fueran superiores a los blancos pobres por su inteligencia y vigor físico, véase «The Negro, Slave and Free», *Hartford Daily Courant* , 6 de marzo de 1865. Para más información sobre la lealtad del manumiso y la desconfianza que inspiraban los blancos pobres, véase «Governing and Governed» junto con «Two Reasons», *New Orleans Tribune* , 8 de junio de 1865 y 27 de agosto de 1865, respectivamente; así como «Reconstruction», *Wilkes Spirit of the Times* , 26 de agosto de 1865; «Reconstruction and Negro Suffrage», *Atlantic Monthly* , vol. 16, n.º 94, agosto de 1865, pp. 238-247, y muy en especial la 245; véase también Richardson, *The Death of Reconstruction* , *op. cit* ., pp. 32-37.

[535] Para el carácter «inerte» de la mente de los blancos pobres, véase «The Poor Whites», *Miner's Register* , 18 de octubre de 1865. Para su condición deforme y su idiocia, véase Gilmore, *Down in Tennessee* , *op. cit* ., p. 187. Para el comportamiento irreflexivo de los blancos pobres, su «torpe y titubeante» forma de hablar y su «mirada perdida, estúpida y alelada, como la del idiota», véase «The Poor White Trash», *New Orleans Tribune* , 1 de septiembre de 1865. Para el hecho de que se clasificara a los blancos pobres en el peldaño inferior de la escala evolutiva de Darwin, véase «From the South: Southern Journeyings and Jottings», *art. cit* ., *The New York Times* , 7 de abril de 1866; y véase también «The Poor Whites», *The Congregationalist* , 22 de septiembre de 1865. Para la idea de que la vinculación de los blancos pobres al «género *Homo* » se hubiera visto gravemente perjudicada y disminuida «debido al prolongado efecto del gran número de generaciones que llevan sumidos en la ignorancia, el abandono, la degradación y la pobreza», y al presunto hecho de que por ese motivo «no hubieran desarrollado prácticamente ninguna de las cualidades superiores de la raza a la que pertenecen», véase J. S. Bradford, «Crackers», *Lippincott's Magazine* , vol. 6, noviembre de 1870, pp. 457-467, y sobre todo la 457.

[536] Para la noción de «clase peligrosa» en este contexto, véase «The Poor Whites», *Miner's Register* , 18 de octubre de 1865. Para los matrimonios entre personas de la escoria blanca, el incesto y la venta de esposas, véase Gilmore, *Down in Tennessee* , *op. cit* ., pp. 184, 187. Para la doble circunstancia de que las madres urdieran ocasiones destinadas a lograr que sus hijas mantuvieran relaciones ilícitas o de que las mujeres blancas pobres se acostaran con varones negros, véase «The Low-Down People», *Putnam's Magazine* , junio de 1868, pp. 704-713, especialmente la 705 y la 706. Para los mugrientos refugiados que se cobijaban en furgones de tren vacíos, véase Reid, *After the War* , *op. cit* ., p. 248; véase también W. De Forest, «Drawing Bureau Rations», *Harper's Monthly Magazine* , vol. 36, mayo de 1868, pp. 792-799, y sobre todo la 794 y la 799. Para más información sobre Herbert Spencer, véase Robert J. Richards, *Darwin and the Emergence of Evolutionary Theories of Mind and Behavior* , University of Chicago Press, Chicago, 1987, pp. 303-304; Spencer utiliza por primera vez la expresión «supervivencia de los más aptos» en sus *Principles of Biology* , Londres, 1864, vol. 1, pp. 444, 455. Para saber más acerca de la popularidad de que gozaron tanto Darwin como Spencer, véase «The Theory of Natural Selection», *The Critic* , 26 de noviembre de 1859, pp. 528-530; junto con «Natural Selection», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 9 de enero de 1870. Y para un artículo en el que se resalta la analogía —expuesta por Darwin— del árbol evolutivo y el hecho de que la implacable ley de la selección natural provocase «el marchitamiento y posterior caída» de ciertas ramas, véase la «Review of Darwin's Theory of the Origins of Species by Means of Natural Selection», *American Journal of Science and the Arts* , marzo de 1860, pp. 153-184, y muy especialmente la 159.

[537] «The Low-Down People», *Putnam's Magazine of Literature, Science, Art and National Interests* , junio de 1868, pp. 704-716. Para saber más acerca de la importancia del estudio de *The Jukes* , véase Nicole Hahn Rafter, *White Trash: The Eugenic Family Studies, 1877-1919* , Northeastern University Press, Boston, 1988, pp. 2-3, 6-7.

[538] Véase Sanford B. Hunt, «The Negro as Soldier», *Anthropological Review* , n.º 71, enero de 1869, pp. 40-54, y muy especialmente la 53; véase también John S. Haller hijo, *Outcasts from Evolution: Scientific Attitudes of Racial Inferiority, 1859-1900* , University of Illinois Press, Urbana, 1971, pp. 20-32.

[539] La palabra inglesa *mongrel* («mestizo») tiene diversos orígenes, ya que proviene tanto de la cría de animales como del cultivo de las plantas y arraiga a un tiempo en la ciencia evolutiva, en las argumentaciones racistas relacionadas con el mestizaje y la amalgama y en las antiguas teorías de la conquista militar (lo que explica que en el mundo anglosajón las oleadas bárbaras y mongolas se convirtieran en «hordas mestizas» —o *mongrel hordes* —). Por otra parte, también se emplea en inglés el insulto de «cachorro mestizo» (*mongrel pup*) para denigrar a un varón de clase baja sin el menor pedigrí social o familiar. Para mayor información sobre la idea de que los negros libres constituyesen una raza espuria y mestiza, véase «Free Blacks of the North», *Carolina Observer,* de Fayetteville, Carolina del Norte, 7 de octubre de 1858. Para el hecho de que los integrantes del «partido mestizo» se hubieran degradado a sí mismos al votar favorablemente una medida que les rebajaba al nivel de los infames negros, véase «Correct Likeness of the Union Party», *Holmes County Farmer* de Millersburg, Ohio, 5 de octubre de 1865; y «Mexico and the Indians — Two More "Twin Relics" for the Next New Party», *New York Herald* , 28 de junio de 1867. [Una aclaración sobre la referencia al «partido mestizo» (*mongrel party*) al que alude aquí la autora: así es como llamaban los demócratas al partido republicano por admitir en sus filas a blancos y a negros. Véase, por ejemplo, el artículo titulado «Irishmen And Germans Read This», *Daily Constitutionalist* (un conocido baluarte demócrata), Augusta, Georgia, 7 de junio de 1868, vol, 25, n.º 134, p. 2. (*N. del T.*)] Respecto a los empeños destinados a preservar la «mejor sangre» de su «mezcla con otras más bajas», véase «Our People», *New-Orleans Times* , 24 de noviembre de 1865. Y dado que era muy

frecuente identificar a los mestizos humanos con los perros callejeros, carentes de toda ascendencia conocida, véase asimismo «Strange Dog», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 12 de junio de 1866. Para la célebre nana inglesa sobre el cachorrito mestizo («*Of mongrel, pup, ay, whelp and hound, / And curs of low degree* » [«Cachorro mestizo, ¡ay!, mitad cría y mitad sabueso, / Chucho de baja estofa»]), véase «Letter from Mobile», *Daily Picayune* , 16 de agosto de 1866. Para la comparación entre los estados del sur de Norteamérica y la república mestiza de México, véase «The Future of the Freemen», *New-Orleans Times* , 22 de octubre de 1865; «Southern Self-Exile — Mexico and Brazil», *Richmond Examiner* , 14 de abril de 1866; «The Mongrel Republics of America», *Old Guard* , septiembre de 1867, pp. 695-702; junto con «Editor's Table», *Old Guard* , septiembre de 1868, pp. 717-720. Para las «hordas mestizas», véase «Speech of Gen. Geo. W. Morgan», *Daily Ohio Statesman* , 5 de octubre de 1865. Véase también Elliott West, «Reconstructing Race», *Western Historical Quarterly* , vol. 34, n.º 1, primavera de 2003, pp. 6-26, y especialmente la 11; así como Haller, *Outcasts from Evolution* , *op. cit* ., pp. 72-73, 82; John G. Menke, *Mulattoes and Race Mixture: American Attitudes and Images, 1865-1918* , UMI Research Press, Ann Arbor, Michigan, 1979, pp. 51, 60-61, 101-102; y Forrest G. Wood, *Black Scare: The Racist Response to Emancipation and Reconstruction* , University of California Press, Berkeley, 1968, pp. 65-70. Para el inveterado insulto inglés que asocia la condición «mestiza» de los seres humanos con los «perros sin raza», véase Neil Pemberton y Michael Worboys, *Mad Dogs and Englishmen: Rabies in Britain, 1830-2000* , Palgrave, Nueva York, 2007, pp. 30-31. Y para la etimología inglesa de la palabra *mongrel* que aplica a esta voz los significados de «lujuria» (*lust*) y «atrocidad contra natura», véase Warren Minton, «Notes. On the Etymology of Hybrid (Lat. Hybrida)», *American Journal of Philology* , 1 de octubre de 1884, pp. 501-502.

[540] *Carpetbaggers* y *scalawags* , respectivamente. Dos voces fuertemente teñidas de connotaciones culturales específicas. La primera voz está formada por las palabras *carpet* y *bag* , y alude al hecho de que estos individuos, generalmente negros libertos (pero también blancos republicanos y unionistas deseosos de medrar en los estados vencidos), solían emigrar al sur con una maleta hecha con una alfombra vieja. El segundo vocablo era en origen una forma de designar a los animales inferiores de una granja. De ahí pasó a aplicarse a los blancos del sur que formaron una coalición republicana con los libertos negros, recién llegados del norte (es decir, con los «*carpetbaggers* »), para asumir el control de los Gobiernos estatales y locales. (*N. del T.*)

[541] Para más información sobre el oportunista y su maleta negra, véase Ted Tunnell, «"The Propaganda of History": Southern Editors and the Origins of the "Carpetbagger" and the "Scalawag"», *Journal of Southern History* , vol. 72, n.º 4, noviembre de 2006, pp. 789-822, y especialmente la 792. Para el tema del traidor a la raza, véase Hyman Rubin III, *South Carolina Scalawags* , University of South Carolina Press, Columbia, 2006, xvi; junto con Foner, *Reconstruction* , *op. cit* ., p. 297.

[542] Para más información sobre el veto del presidente Johnson a la Ley de Derechos Civiles entendida como norma destinada a rechazar la instauración de una «ciudadanía mestiza», véase el «Veto of Civil Rights Bill», *Weekly Patriot and Union* de Harrisburg, Pensilvania, 5 de abril de 1866; y véase también la carta de Francis S. Blair hijo a Andrew Johnson del 18 de marzo de 1866, junto con el texto del propio «Veto al proyecto de ley de derechos civiles» de 27 de marzo de 1866, en Bergeron, *The Papers of Andrew Johnson* , *op. cit* ., vol. 10, febrero-julio de 1866, vol. 10, pp. 270, 312-320. Johnson fue más explícito en su Mensaje Anual al Congreso, leído el 3 de diciembre de 1867, en el que sostenía que nunca podría procederse ni a la «amalgama ni a la fusión de las dos razas con el fin de constituir una única masa homogénea», a lo que añadió que todo intento de forzar al sur a aceptar eso solo lograría «africanizar a la mitad del país». El ataque que Johnson lanza contra la noción de ciudadanía mestiza en su veto a la Ley de Derechos Civiles se hace eco de los discursos

que había pronunciado Edgar Cowan en el Senado, ya que este político había esgrimido el peligro que suponía, a su juicio, que los gitanos, los chinos y los indios obtuvieran el derecho de ciudadanía mediante esa norma. Véase el texto del Senado, *Congressional Globe* , trigésimo noveno congreso, primera sesión, 30 de mayo de 1866, pp. 2890-2891. Johnson se implicó personalmente en la idea de «aptitud», ya que fue él quien redactó esos párrafos de la alocución del veto. Véase John H. Abel hijo y LaWanda Cox, «Andrew Johnson and His Ghost Writers: An Analysis of the Freedmen's Bureau and Civil Rights Veto Messages», *Mississippi Valley Historical Review* , vol. 48, n.º 3, diciembre de 1961, pp. 460-479, y sobre todo la 475.

[543] En un solo mandato, Johnson vetó veintinueve proyectos de ley, muchos más que Jackson o que cualquier otro presidente anterior: si sumamos los vetos de todos los presidentes que ocuparon su cargo entre la gobernación de Washington y la guerra civil, el número total de vetos a las leyes del congreso no pasa de cincuenta y nueve. Para la significación revolucionaria de la decimocuarta enmienda, véase Robert J. Kraczorowski, «To Begin the Nation Anew: Congress, Citizenship, and Civil Rights After the Civil War», *American Historical Review* , vol. 92, n.º 1, febrero de 1987, pp. 45-68, y sobre todo la 45; véase también Wood, *Black Scare* , *op. cit* ., pp. 111-113. Para las prácticas obstructivas de Johnson que condujeron a su destitución —debida muy especialmente a su oposición a la decimocuarta enmienda y al control del ejército—, véase Michael Les Benedict, *The Impeachment and Trial of Andrew Johnson* , Norton, Nueva York, 1973, p. 49; así como Hans L. Trefousse, *Impeachment of a President: Andrew Johnson, the Blacks, and Reconstruction* , Fordham University Press, Nueva York, 1999, pp. 41-48, 54.

[544] Para el «orgullo de pertenecer a una buena casta» y el vinculado «con la raza», véase «Extension of Suffrage», *Macon Daily Telegraph* , 28 de octubre de 1865. Para la idea de que las mujeres fueran baluartes para la protección de los buenos linajes, véase «Our People», *New-Orleans Times* , 24 de noviembre de 1865. En un discurso pronunciado en un importante mitin demócrata celebrado en la ciudad de Nueva York, el senador Montgomery Blair, hermano de Francis Blair, hijo, argumentará que solo las mujeres abandonadas estarían dispuestas a casarse con un negro: véase «The New York Campaign», *New York Herald* , 19 de octubre de 1865; junto con F. Fleming, (comp.), «The Constitution and the Ritual of the Knights of the White Camelia», en *Documents Relating to Reconstruction* , Morgantown, Virginia Occidental, 1904, pp. 22, 27. Para saber más sobre los Caballeros de la Camelia Blanca y la pureza racial, véase «Arkansas», *New York Herald* , 31 de octubre de 1868. Para el hecho de que se tratara a los hijos de un matrimonio mixto como una progenie bastarda, véase «Miscegenation», *Georgia Weekly Telegraph* , 27 de febrero de 1870.

[545] Para saber más sobre lo mucho que le agradaba a Blair *El origen de las especies* de Darwin, véase Foner, *Reconstruction* , *op. cit* ., p. 340. Para sus discursos, véase «General Blair's Letter to General George Morgan, July 13, 1868» y «Speeches of Horatio Seymour and Francis P. Blair, Jr., Accepting the Nominations, July 10, 1868», en Edward McPherson, *The Political History of the United States of America During the Period of Reconstruction (from April 15, 1865, to July 15, 1870) [...]* , Washington, D. C., 1880, pp. 369-370, 381-382; junto con «General Blair's Speeches», *Louisiana Democrat* de Alexandra, Luisiana, 2 de septiembre de 1868; y «Blair on the Stump», *New York Times* , 9 de agosto de 1868. Para el caso de Georgia, véase *Scott v. State* , 39 Ga. 321, 1869. Para la cobertura mediática del fallo, véase «Social Status of the Blacks», *New York Herald* , 27 de junio de 1869; y véase también Charles Frank Robinson III, *Dangerous Liaisons: Sex and Love in the Segregated South* , University of Arkansas Press, Fayetteville, 2003, pp. 24, 37-38; Pascoe, *What Comes Naturally* , *op. cit* ., p. 20; James R. Browning, «Anti-Miscegenation Laws in the United States», *Duke Bar Journal* , vol. 1, n.º 1, marzo de 1951, pp. 26-41, y especialmente la 33. Para la teoría de que la mezcla de los mestizos exageraba los vicios de las dos razas, véase «The Philosophy of Miscegenation», *New-Orleans Times* , 4 de enero de 1867. Es igualmente importante comprender

que, si los políticos demócratas apoyaban las leyes contrarias a la amalgama, era para frenar el «capricho» de los blancos de naturaleza vil que deseaban degradar la sangre sajona: véanse las «Remarks of Thomas Orr, in the Senate, on the Bill to Prevent the Amalgamation of the African with the White Race in Ohio», *Crisis* de Columbus, Ohio, 28 de febrero de 1861.

[546] Hyman Rubin III argumenta que la violencia fue la clave para desmontar el Partido Republicano, y añade que ese comportamiento agresivo incluyó ataques a los *scalawags* que se habían convertido en líderes políticos: véase Hyman, *South Carolina Scalawags* , *op. cit* ., pp. xvi, xxv, 41, 45, 48. Schuyler Colfax, el candidato republicano a la vicepresidencia pronunciaría un vigoroso alegato en defensa de los *scalawags* y resaltaría las despiadadas amenazas que pesaban sobre ellos: véase «Political Intelligence», *New York Herald* , 8 de octubre de 1868. Para información sobre los *scalawags* que murieron colgados, véase «The Rebel Press», *Tri-Weekly Standard* de Raleigh, Carolina del Norte, 1868. El director de la *Atlanta Constitution* sostenía que la toma de posesión de un presidente demócrata supondría el pistoletazo de salida para el ahorcamiento de los *scalawags* y los *carpetbaggers* : véase George C. Rable, *But There Was No Peace: The Role of Violence in the Politics of Reconstruction* , University of Georgia Press, Athens, 1984, p. 69. En el juicio por el asesinato del señor Ashburn —un republicano radical—, el abogado de la defensa —que era nada menos que el antiguo gobernador Joseph Brown— emplearía la insultante voz de *scalawag* para justificar la agresión: véase «The Ashburn Tragedy», *Georgia Weekly Telegraph* , 17 de julio de 1868. Para el hecho de que el Ku Klux Klan pusiera en su punto de mira a los *scalawags* , véase el «Editorial» del *Daily Memphis Avalanche* del 7 de junio de 1868. Para los llamamientos en los que se animaba a la gente a disparar contra los *scalawags* , véase «Reconstruction Convention», *Daily Austin Republican* , 22 de julio de 1868. Y para la coplilla electoral republicana en la que se toma a chacota la campaña del Partido Demócrata —«Disparemos, apuñalemos y matemos / A cuantos se atrevan a expresar sus pensamientos. / Carecemos de poder, pero nos sobra determinación, / y con ella mandaremos al infierno a los *scalawags* »—, véase «Democratic Principles», *Houston Union* , 7 de mayo de 1869. Para el hecho de que en 1868 se asesinara a varios políticos republicanos destacados, véase también Foner, *Reconstruction* , *op. cit* ., p. 342.

[547] Para una exposición del esterotipo en el que se presenta al «*Cuffy* » —una de las formas de motejar al varón negro— besando a un *scalawag* , es decir, a un blanco, véase «“I Salute You, My Brother”», *Public Ledger* de Memphis, Tennessee, 7 de mayo de 1868; así como «A Scalawag Senator Invites a Darkey to His House», *Daily Constitution* de Atlanta, 3 de julio de 1868. Para la visión que pinta a los *scalawags* como un hatajo de individuos «despigmentados», «sarnosos», «beocios» (en el sentido de «cabezas huecas» o «débiles mentales») y «apestados», véanse los sueltos titulados «Arkansas», «News in Brief», y «The Scalawag» del *Daily Avalanche* de los días 20 de mayo, 24 de junio y 27 de agosto de 1868, respectivamente; junto con «Ye Stinkee and the Perry House», *Georgia Weekly Telegraph* , 27 de marzo de 1868. Para la idea de que los libertos se hubieran convertido en «esclavos de esa escoria blanca que son los *scalawags* », véase «Mississippi», *New York Herald* , 12 de agosto de 1868. Para saber más sobre la afirmación de que se estaba arengando a los negros con discursos «de baja estofa» —según habría de comentar el juez Carlton tras contemplar un mitin republicano celebrado en Virginia—, véase «Meeting at Music Hall Last Night», *Daily Ledger* de Albany, Indiana, 31 de octubre de 1868. Para el papel de los *scalawags* como «perfectos agentes partidistas», véase «Carpet Baggery and Scalawagerie», *New-Orleans Times* , 16 de agosto de 1868; junto con Foner, *Reconstruction* , *op. cit* ., p. 297.

[548] «The Autobiography of a Scalawag», *Boone County Pioneer* de Indiana, 13 de marzo de 1868.

[549] Para la referencia a la recua de «antiguos esclavos e individuos pertenecientes a la más vulgar escoria», véase el poemilla titulado «White Men Must Rule», publicado en el *North Carolinian* de

Raleigh el 15 de febrero de 1868, según cita tomada de Karen L. Zipf, «"The Whites Shall Rule the Land or Die": Gender, Race, and Class in North Carolina Politics», *Journal of Southern History* , vol. 65, n.º 3, agosto de 1999, pp. 499-534, y especialmente la 525. Para un llamamiento específicamente dirigido al retorno de la élite hereditaria al poder, y en sustitución del «republicanismo mestizo», véase «Address of the Conservative Men of Alabama to the People of the United States», *Daily Columbus Enquirer* de Georgia, 1 de octubre de 1867.

[550] *Redeemers* . Coalición política de los demócratas más conservadores del sur, que trataban de materializar la supremacía blanca. La «redención» consistía justamente en expulsar a los republicanos, junto con todos los *carpetbaggers* y *scalawags* que colaboraban con ellos. (*N. del T.*)

[551] Para saber más sobre Wade Hampton, véase «The Week», *Nation* , vol. 7, n.º 165, 27 de agosto de 1868, p. 161; junto con «America», *London Daily News* , 18 de septiembre de 1865. Para la identificación del *scalawag* con el ganado vagabundo, véase «Horse and Mule Market», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 9 de febrero de 1867. Para la idea de que los *carpetbaggers* fueran «la hez del norte» y los *scalawags* la «escoria que vomitaba el sur», véase «Feels Bad», *Tri-Weekly Standard* de Raleigh, Carolina del Norte, 14 de mayo de 1868. Este mismo tema volvería a utilizarse al resumir las causas del fracaso de la Reconstrucción: véase Charles Gayarre, «The Southern Question», *North American Review* , noviembre/diciembre de 1877, pp. 472-499, y en particular la 482 y la 483.

[552] Para este discurso, véase «Bullock Ratification Meeting», *Georgia Weekly Telegraph* , 27 de marzo de 1868.

[553] Para las gentes de raza mezclada y costumbres variopintas, véase «Negro Suffrage», *Abbeville Press* de Carolina del Sur, 16 de marzo de 1866; y para la convicción de que los mestizos transmitían a su descendencia todos los vicios (y muy pocas de las virtudes) de las castas progenitoras, véase «Results of Miscegenation», *Pittsfield Sun* de Massachusetts, 16 de marzo de 1865. Para el ganado errabundo calificado de *scalawag* y entendido como perteneciente a una cepa de baja calidad que arrastra en su vagabundeo al resto de las reses de un rebaño, véase *New York Tribune* , 24 de octubre de 1854. Un periodista hará mofa del término *scalawag* , que considera parte del «elegante léxico del refinado caballero virginiano», y observará que la palabra se aplicaba a todos los nativos leales a la Unión o simpatizantes de los republicanos, con independencia de su origen de clase: véase «Virginia», *The New York Times* , 27 de julio de 1868. Los académicos que han estudiado las biografías de *scalawags* de carne y hueso han mostrado que no se trataba de miembros de la escoria blanca, sino que pertenecían a una clase inferior a la de los políticos sureños del período prebélico o a la de quienes se les opusieron e integraron los gobiernos «redentores» de la década de 1870. Tal y como ha expuesto James Baggett, muchos de esos *scalawags* apoyaban el sufragio de los negros con la única intención de «impedir que los conservadores, a quienes juzgaban superiores, se hicieran con el poder»: véase Baggett, «Summing Up the Scalawags», así como el Cuadro 3 del apéndice 3, en *The Scalawags: Southern Dissenters in the Civil War and Reconstruction* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2003, pp. 261-262; junto con Hyman, *South Carolina Scalawags* , *op. cit* ., pp. xxi, 27-28, 52. Véase también James Baggett, «Upper South Scalawag Leadership», *Civil War History* , vol. 29, n.º 1, marzo de 1983, pp. 53-73, y en especial las páginas 58 a 60 y 73. Para la situación de las propiedades rústicas más modestas (y las condiciones de vida de la mayor parte de los ciudadanos, que no habían poseído esclavos), véase Richard L. Hume y Jerry B. Gough, *Blacks, Carpetbaggers, and Scalawags: The Constitutional Conventions of Radical Reconstruction* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2008, pp. 6, 19, 262, 270.

[554] «*Mountaineers* »: se trata de los hombres que combatieron en el bando de la Unión o en el de la Confederación (y de las unidades militares en las que sirvieron), dado que durante la guerra civil

lucharon en las regiones montañosas, principalmente en los Apalaches y la cordillera Azul (en las que muchas veces optarían por permanecer una vez finalizada la contienda). El término y sus derivados figurarán siempre entrecomillados para indicar que no se trata de la acepción propia de la palabra. (*N. del T.*)

[555] Para la importancia de una educación capaz de unir al norte y al sur, véanse los artículos titulados «National Help for Southern Education», «President Hayes's Speech» y «Education for the South» de *The New York Times* de los días 31 de enero, 2 de septiembre y 17 de diciembre de 1880, respectivamente; véase también Charles F. Thwing, «The National Government and Education», *Harper's New Monthly Magazine* , n.º 68, febrero de 1884, pp. 471-476; así como Allen J. Going, «The South and the Blair Education Bill», *Mississippi Valley Historical Review* , vol. 44, n.º 2, septiembre de 1957, pp. 267-290. El reverendo A. D. Mayo fue uno de los más vehementes partidarios del proyecto de ley de Blair y defendió a grandes voces la formación de los blancos pobres del sur: véase A. D. Mayo, «The Third Estate of the South», *Journal of Social Sciences* , octubre de 1890, pp. xxi-xxxii. Para los relatos de la reconciliación, véase Nina Silber, «"What Does America Need So Much as Americans?": Race and Northern Reconciliation with Southern Appalachia, 1870-1900», en *Appalachians and Race: The Mountain South from Slavery to Segregation* , John Inscoe (comp.), University of Kentucky Press, Lexington, 2001, pp. 245-258.

[556] Mary Denison, *Cracker Joe* , Boston, 1887, pp. 9-10, 17, 33, 97-198, 206, 233, 248-255, 314, 317 y 320. Para otros relatos de reconciliación en los que se ofrecen sendos retratos positivos de los mascamazorcas, véase «The Southern Cracker», *Youth's Companion* , 13 de mayo de 1875, pp. 149-150; junto con Charles Dunning, «In a Florida Cracker's Cabin; To the Mockingbird», *Lippincott's Magazine* , abril de 1882, pp. 367-374; Zitella Cocke, «Cracker Jim», *Overland Monthly and Out West Magazine* , vol. 10, n.º 55, julio de 1887, pp. 51-70.

[557] Referencia al gran poeta inglés Geoffrey Chaucer (*c* . 1340-1400), célebre por ser el autor de los *Cuentos de Canterbury* . (*N. del T.*)

[558] Alusión al sentimiento patriótico que, según se dice, inspiró la Revolución norteamericana, basado en la libertad individual y reflejado en la Declaración de Independencia de Estados Unidos. (*N. del T.*)

[559] William Goodell Frost, «University Extension in Kentucky», 3 de septiembre de 1898, pp. 72-80, y muy especialmente la 72 y la 80; véase también Frost, «Our Contemporary Ancestors in the Southern Mountains», *Atlantic Monthly* , n.º 83, marzo de 1899, pp. 311-319; junto con James Klotter, «The Black South and White Appalachia», *Journal of American History* , vol. 66, n.º 4, marzo de 1980, pp. 832-849, y sobre todo la 840 y la 845. Para unos retratos menos halagadores de estos «montañeses», véase Will Wallace Harvey, «A Strange Land and Peculiar People», *Lippincott's Magazine* , vol. 12, octubre de 1873, pp. 429-438, y en particular la 431. Otros comentaristas resaltarán que el aislamiento en el que vivían estos individuos en las montañas, lejos de toda actividad comercial moderna, era la causa de su holgazanería, de su gusto por la existencia anárquica, de su pasiva ignorancia y de las venganzas entre clanes: véase James Lane Allen, «Mountain Passes of the Cumberland (with Map)», *Harper's New Monthly Magazine* , n.º 81, septiembre de 1890, pp. 561-576, y en especial la 562. Allen también subraya los rasgos más distintivos de su porte y su fisonomía, es decir, las características de su estilo de vida, detenido en el tiempo, que no solo les hacía padecer una suerte de «apatía general», sino que les dotaba de un físico anguloso, «desprovisto de un vigor muscular digno de mención», y confería a su timbre de «voz una entonación monótona»: véase James Lane Allen, «Through the Cumberland Gap on Horseback», *Harper's New Monthly Magazine* , n.º 73, junio de 1886, pp. 50-67, y especialmente la 57.

[560] Grupo político y eslogan que los reformistas esgrimían para abogar en favor de la modernización social del Viejo Sur y fomentar el rechazo del sistema económico y tradicional anterior a la guerra. (*N. del T.*)

[561] En el campo estadounidense es habitual dar el cariñoso apelativo genérico de «Becky» (diminutivo de *Rebecca*) a las esforzadas yeguas de las granjas. (*N. del T.*)

[562] Jeff Davis, de Arkansas, ejerció el cargo de gobernador en ese estado entre los años 1901 y 1907, y el de senador entre 1907 y 1913; Ben Tillman, que también obtendría escaño de senador, saldría primero elegido gobernador de Carolina del Sur en 1890; James K. Vardaman fue gobernador de Misisipi entre 1904 y 1908, y más tarde senador de 1913 a 1919. Véase Stephen Kantrowitz, *Ben Tillman and the Reconstruction of White Supremacy* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000; William F. Holmes, *White Chief: James Kimball Vardaman* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1970; Albert D. Kirwan, *Revolt of the Rednecks: Mississippi Politics, 1876-1925* , University of Kentucky Press, Lexington, 1951, pp. 145-147, 152-153, 160-161. Y para más información sobre Jeff Davis, véase Richard L. Niswonger, «A Study in Southern Demagoguery: Jeff Davis of Arkansas», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 39, n.º 2, verano de 1980, pp. 114-124. Para la peripecia etimológica de la voz *redneck* y su relación con Guy Rencher, véase «Mississippi Campaign Reaches Noisy Stage», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 11 de julio de 1911. Para los *rednecks* de los cenagales de Misisipi, véase Hunt McCaleb, «The Drummer», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 2 de abril de 1893. Para los *rednecks* de la guerra de los Bóer, véase «Dashing Sortie by British», *Sun* de Baltimore, 11 de diciembre de 1899. Hay un artículo en el que se señala que los bóeres llamaban «malditos *rednecks* » a los británicos y los norteamericanos: véase «The News from Ladysmith», *New York Daily Tribune* , 2 de noviembre de 1899. Para saber más sobre Guy Rencher, véase Dunbar Rowland, *The Official and Statistical Register of the State of Mississippi, 1908* , vol. 2, Nashville, 1908, pp. 1156-1157. Para uno de los más tempranos usos del término *redneck* en la política del estado de Misisipi —nada menos que el 13 de agosto de 1891—, véase Patrick Huber y Kathleen Drowne, «Redneck: A New Discovery», *American Speech* , vol. 76, n.º 4, invierno de 2001, pp. 434-443. Para la cancioncilla popular de «*I Would Rather Be a Negro Than a Poor White Man* …» [«Prefiero ser un negro […] antes que un blanco y rústico gañán…»], véase Thomas W. Talley, *Negro Folk Rhymes: Wise and Otherwise* , Nueva York, 1922, p. 43. Para la fecha de esta tonadilla, véase Archie Green, «Hillbilly Music: Source and Symbol», *Journal of American Folklore* , vol. 78, n.º 309, julio-septiembre de 1965, pp. 204-228, y especialmente la 204.

[563] El instituto de la ciudad de Tuskegee, en Alabama, hoy universidad, era, y es, un centro educativo privado e históricamente dedicado a la población negra. Sus fundadores fueron Lewis Adams y el propio Booker T. Washington, autor, orador y asesor de varios presidentes estadounidenses, además de líder de la comunidad afroamericana de la época. (*N. del T.*)

[564] Una universidad privada femenina de Massachusetts, célebre por su excelente educación liberal. (*N. del T.*)

[565] Para más información sobre el ultrajante vituperio de que Roosevelt estuviera «fuertemente impregnado del olor a negro», véase *Biloxi Herald* , 22 de abril de 1903; junto con «Vardaman at Scranton», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 24 de junio de 1903. Para este mismo insulto del «olor a negro», centrado en este caso en la idea de que el presidente fuera «partidario del mestizaje», véase «Correspondence: A Mississippian on Vardaman», *Outlook* , 12 de septiembre de 1903; y véase también «Lynch Law, and Three Reasons for Its Rule», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 21 de marzo de 1904; «Southern Democrats Berate President», *The New York Times* , 19 de octubre de 1901; J. Norrell, «When Teddy Roosevelt Invited Booker T. Washington to Dinner», *Journal of Blacks in Higher Education* , n.º 63, primavera de 2009, pp. 70-74; junto con Dewey W. Grantham,

hijo, «Dinner at White House: Theodore Roosevelt, Booker T. Washington, and the South», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 17, n.º 2, junio de 1958, pp. 112-130, y muy especialmente de la 114 a la 118.

[566] Para el comentario de Roosevelt sobre el «fétido lenguaje» de Vardaman, su «repugnante inmundicia de perrera», el hecho de que sus improperios fueran «peores que los del más vil de los canallas de Nueva York en la peor de sus arengas», y su «incalificable bajeza», véase la carta de Theodore Roosevelt a Lyman Abbott del 7 de octubre de 1903, Theodore Roosevelt Papers, Manuscript Division, Biblioteca del congreso, Washington, D. C. Roosevelt expresará un punto de vista muy similar en otra carta, dirigida en esta ocasión al periodista de la prensa amarilla Ray Stannard Baker: véase el escrito de Roosevelt a Ray Stannard Baker del 3 de junio de 1908, en *The Letters of Theodore Roosevelt* , edición de Elting Morison, 8 vols., Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1951-1954, vol. 6, pp. 1046-1048. Para la controversia sobre el insulto en el que Vardaman asocia a la madre de Roosevelt con un perro, véase «The Vardaman Campaign», *Macon Telegraph* , 31 de agosto de 1903; junto con «It Is Not Denied» y «And This Man Wants to Be Governor!», *The Biloxi Daily Herald* , 31 de julio y 5 de agosto de 1903, respectivamente; así como dos artículos sin título publicados en *The Biloxi Daily Herald* los días 22 de julio y 1 de agosto de 1903; véase también «Vardaman Wrote It», *The New York Times* , 16 de agosto de 1904.

[567] Para saber más sobre los «rústicos» y los «gañanes» (*rednecks* y *hillbillies*), véase «Vardaman, the Saint», *Daily Herald* de Gulfport, Misisipi, 3 de marzo de 1911. Para la idea de una democracia «sucia» y de un pueblo con derecho a decir «lo que le viniera en gana», véase «Vardaman at Scranton», *Daily Picayune* de Nueva Orleans, 24 de junio de 1903. Para la imagen de Vardaman como «hombre medicina», véase William Alexander Percy, *Lanterns on the Levee: Recollections of a Planter's Son* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1973 —la edición original es de 1941 —, p. 143.

[568] Véase John M. Mecklin, «Vardamanism», *Independent* , 31 de agosto de 1911, pp. 461-463. Para la significación simbólica de los «carros de mascamazorcas» o «carretones de gusarapos» como método de transporte habitual de los palurdos más zarrapastrosos, véase «Work Among the "Poor Whites", or "Crackers"», *Friends' Review* , 22 de marzo de 1888, pp. 532-533. Para la mordaz crítica que un periódico afroamericano dedica al racismo de Vardaman, véase «That Devilish Old Vardaman», *Topeka Plaindealer* , 15 de agosto de 1913. Para el problema del analfabetismo de los blancos pobres en Misisipi, véase S. A. Steel, «A School in the Sticks: Problem of White Illiteracy», *Zion's Herald* , 30 de diciembre de 1903; y «Governor Vardaman on the Negro», *Current Literature* , vol. 36, n.º 3, marzo de 1904, pp. 270-271. Para la importancia de poner a los blancos pobres en contra de los negros, véase John Milton Cooper, hijo, «Racism and Reform: A Review Essay», *Wisconsin Magazine of History* , vol. 55, n.º 2, invierno de 1971, pp. 140-144; junto con Kirwan, *Revolt of the Rednecks* , *op. cit* ., p. 212.

[569] Percy, *Lanterns on the Levee* , *op. cit* ., pp. 148-149.

[570] En primer lugar, conviene puntualizar que Jeff Davis y Jefferson Davis son dos personas distintas. Jeff Davis (1862-1913) fue gobernador de Arkansas entre 1901 y 1907, y Jefferson Davis (1808-1889) presidente de los estados confederados entre 1861 y 1865. En segundo lugar, para entender la irritación de las damas sureñas, se comparta o no, es preciso tener en cuenta que Benedict Arnold es sinónimo de traición y vileza en Estados Unidos, ya que fue un general estadounidense de la guerra de Independencia que desertó y se pasó al bando británico en 1780. (*N. del T.*)

[571] Para los relatos de la visita y los discursos de Roosevelt, véase «President Denounces Rape and Lynching», *State* de Columbia, Carolina del Sur, 26 de octubre de 1905; junto con «Gala Day in Little Rock. President on Race Problem», *Charlotte Daily Observer* , 26 de octubre de 1905;

«Twelve Doves of Peace Hover over Roosevelt», *Lexington Herald* , 26 de octubre de 1905. Para la reprimenda que Roosevelt dedica a Jeff Davis, véase «The President's Most Important Speech», *Macon Telegraph* , 29 de octubre de 1905; «Governor Jefferson Davis», *Morning Olympian* , 6 de diciembre de 1905; y «Can't Train with Roosevelt Now», *Fort Worth Telegram* , 6 de diciembre de 1905. Para el comentario de que Roosevelt trataba de evitar que Vardaman le pegara un tiro, véase «Vardaman Outwitted», *The New York Times* , 1 de noviembre de 1905; así como William B. Gatewood, hijo, «Theodore Roosevelt and Arkansas, 1901-1912», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 32, n.º 1, primavera de 1973, pp. 3-24, y especialmente la 18 y la 19; véase también Mrs. Wallace Lamar, «Roosevelt Wrongs His Mother's Blood», *Macon Telegraph* , 26 de octubre de 1905; y Henry Fowler Pringle, «Theodore Roosevelt and the South», *Virginia Quarterly Review* , vol. 9, n.º 1, enero de 1933, pp. 14-25.

[572] Para la opinión que tenía Roosevelt sobre el proyecto educativo de Booker T. Washington, véase la carta de Theodore Roosevelt a L. J. Moore del 5 de febrero de 1900, en Morison, *The Letters of Theodore Roosevelt* , *op. cit* ., vol. 2, p. 1169; así como Thomas G. Dyer, *Theodore Roosevelt and the Idea of Race* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1980, p. 97.

[573] Véase la carta de Theodore Roosevelt a Cecil Arthur Spring-Rice del ١١ de agosto de ١٨٩٩, en Morison, *The Letters of Theodore Roosevelt* , *op. cit* ., vol. 2, p. 1053; junto con Roosevelt, «The World Movement», en *The Works of Theodore Roosevelt* , edición de Herman Hagdorn, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1924, vol. 14, pp. 258-285; Dyer, *Theodore Roosevelt and the Idea of Race* , *op. cit* ., pp. 39, 42, 64, 148; véase también David H. Burton, «The Influence of the American West on the Imperialist Philosophy of Theodore Roosevelt», *Arizona and the West* , vol. 4, n.º 1, primavera de 1962, pp. 5-26, y especialmente la 10, la 11 y la 16.

[574] Roosevelt, evidentemente, escribió una crónica de su viaje por el Amazonas: véase Theodore Roosevelt, *Through the Brazilian Wilderness* , Nueva York, 1914 [hay traducción castellana: *El río de la duda. Por el Mato Grosso y el Amazonas* , Ediciones del Viento, La Coruña, 2011]. Para una detallada exposición de esa aventura, véase Candice Millard, *River of Doubt: Theodore Roosevelt's Darkest Journey* , Nueva York, Doubleday, 2005. Y para el mejor debate sobre la áspera masculinidad de Roosevelt, véase Gail Bederman, *Manliness and Civilization: A Cultural History of Gender and Race in the United States, 1880-1917* , University of Chicago Press, Chicago, 1995, pp. 170-215.

[575] Para la composición de los Rough Riders, véase Gary Gerstle, «Theodore Roosevelt and the Divided Character of American Nationalism», *Journal of American History* , vol. 86, n.º 3, diciembre de 1999, pp. 1.280-1.307, y sobre todo la 1.282 y la 1.283, junto con la 1286 y la 1287.

[576] Nombre que se da en Cuba a una planta epifita conocida por los norteamericanos con el nombre de «musgo español». Tiene el aspecto de una larguísima cabellera enmarañada y cuelga de los árboles en regiones húmedas y cálidas. (*N. del T.*)

[577] Frederic Remington, «Cracker Cowboys of Florida», *Harper's New Monthly Magazine* , vol. 91, n.º 543, agosto de 1895, pp. 339-346, sobre todo las páginas 339, 341-342 y 344; para un cuadro de tonos similares, véase «Florida Crackers and Cowboys», *Daily Evening Bulletin* de San Francisco, 5 de mayo de 1883.

[578] Carta de Theodore Roosevelt a Owen Wister, 27 de abril de 1906, *The Letters of Theodore Roosevelt* , vol. 5, pp. 226-228; «Br'er Vardaman», *Biloxi Herald* , 21 de enero de 1902.

[579] Asociación fundada en 1897, precursora de la actual Asociación Nacional de Padres y Maestros de Estados Unidos. (*N. del T.*)

[580] Roosevelt había aprendido la noción de «suicidio de la raza» del profesor Edward Ross, de la Universidad de Wisconsin: véase la carta de Theodore Roosevelt a Marie Van Horst del 18 de

octubre de 1902. Este texto, que acabaría alcanzando un notable renombre y conociéndose precisamente como «el del suicidio de la raza», aparecerá reimpreso en la introducción del libro de Van Horst titulado *The Woman Who Toils* , Doubleday, Page & Co., Nueva York, 1903; véase también Theodore Roosevelt, «On American Motherhood», 13 de marzo de 1905, discurso pronunciado ante el Congreso nacional de madres, en el suplemento de *A Compilation of the Messages and Speeches of Theodore Roosevelt, 1901-1905* , edición de Alfred Henry Lewis, vol. 1, Bureau of National Literature and Art, Washington, D. C., 1906, pp. 576-581; junto con Dyer, *Theodore Roosevelt and the Idea of Race* , *op. cit* ., pp. 15, 147, 152-155, 157; y Laura L. Lovett, *Conceiving the Future: Pronatalism, Reproduction, and the Family in the United States, 1890-1938* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007, pp. 91-95. En su inmensa mayoría, los alarmistas que difundían el miedo al «suicidio de la raza» no se dignaron en ningún momento a basar sus profecías en datos estadísticos: véase Miriam King y Steven Ruggles, «American Immigration, Fertility, and Race Suicide at the Turn of the Century», *Journal of Interdisciplinary History* , vol. 20, n.º 3, invierno de 1990, pp. 347-369, y especialmente la 368 y 369.

[581] Informe de la Sección Eugenésica de la Asociación Norteamericana de Criadores de Animales, en Harry H. Laughlin, *Scope of the Committee's Work* , Eugenics Record Office Bulletin, n.º 10A, Cold Spring Harbor, Long Island, Nueva York, p. 16, según cita tomada de Julius Paul, «Population "Quantity" and "Fitness for Parenthood" in the Light of State Eugenic Sterilization Experience, 1907-1966», *Population Studies* , vol. 21, n.º 3, noviembre de 1967, pp. 295-299, y sobre todo la 295; véase también la carta de Theodore Roosevelt a Charles Davenport del 3 de enero de 1913, *Charles Benedict Davenport Papers* , American Philosophical Society, Filadelfia, Digital Library, n.º 1487; así como Theodore Roosevelt, «Twisted Eugenics», *Outlook* , 3 de enero de 1914, pp. 30-34; y Dyer, *Theodore Roosevelt and the Idea of Race* , *op. cit* ., pp.158-160.

[582] Práctica norteamericana iniciada en 1917 y consistente en recopilar toda la información relacionada con todos aquellos ciudadanos potencialmente susceptibles de ser llamados a filas. El método, todavía en activo, exige que todos los estadounidenses (y todos los varones inmigrantes que no posean la ciudadanía) de edades comprendidas entre los dieciocho y los veintiséis años registren sus datos en una agencia estatal. (*N. del T.*)

[583] Para una crítica de este nuevo impuesto sobre la renta y del resto de las propuestas que Roosevelt sugirió aplicar a las madres, véase Theodore Roosevelt, «A Premium on Race Suicide», *Outlook* , 27 de septiembre de 1913. Roosevelt también apoyaba la idea de un «elevadísimo gravamen a los solteros y los matrimonios sin hijos»: véase Kathleen Dalton, *Theodore Roosevelt: A Strenuous Life* , Vintage Books, Nueva York, 2004, p. 312; y véase también «Mother's Pensions in America», *Journal of the American Institute of Criminal Law and Criminology* , vol. 9, n.º 1, mayo de 1918, pp. 138-140, y sobre todo la 139. Para más información sobre las madres «aptas», véase Jessica Toft y Laura S. Abrams, «Progressive Maternalist and the Citizenship Status of Low-Income Single Mothers», *Social Science Review* , vol. 78, n.º 3, septiembre de 2004, pp. 447-465, y muy especialmente la 460. Algunos juristas consideraban que las pensiones de maternidad tenían un efecto similar al de la eugenesia, ya que impedían que «la pobreza infantil» alcanzara «extremos amenazadores»: véase Susan Sterett, «Serving the State: Constitutionalism and Social Spending, 1860s-1920s», *Law and Social Inquiry* , vol. 22, n.º 2, primavera de 1997, pp. 311-356, y fundamentalmente la 344.

[584] Véase «Eugenic Mania», *Pacific Medical Journal* , 1 de octubre de 1915, pp. 599-602; junto con Steven Selden, «Transforming Better Babies into Fitter Families: Archival Resources and the History of the American Eugenics Movement, 1908-1930», *Proceedings of the American Philosophical Society* , vol. 149, n.º 2, junio de 2005, pp. 199-225; Daniel J. Kelves, *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity* , Knopf, Nueva York, 1985, pp. 59-62, 91-92;

Matthew J. Lindsay, «Reproducing a Fit Citizenry: Dependency, Eugenics, and the Law of Marriage in the United States, 1860-1920», *Law and Social Inquiry* , vol. 23, n.º 3, verano de 1998, pp. 541-585; Mark A. Largent, *Breeding Contempt: The History of Coerced Sterilization in the United States* , Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey, 2008, pp. 13-95.

[585] Kelves, *In the Name of Eugenics* , *op. cit* ., pp. 44-46, 103; Anne Maxwell, *Picture Imperfect: Photography and Eugenics, 1870-1940* , Sussex Academic Press, Brighton, 2008, p. 111; Matthew Frye Jacobson, *Barbarian Virtues: The United States Encounters Foreign Peoples at Home and Abroad, 1876-1917* , Hill & Wang, Nueva York, 2000, pp. 157-158; Jan A. Witkowski, «Charles Benedict Davenport, 1866-1944», en *Davenport's Dream: 21st Century Reflections on Heredity and Eugenics* , Jan. A Witkowski y John R. Inglis (comps.), Cold Spring Harbor Laboratory Press, Cold Spring Harbor, Nueva York, 2008, pp. 47-48; Barbara A. Kimmelman, «The American Breeders' Association: Genetics and Eugenics in an Agricultural Context, 1903-13», *Social Studies Science* , vol. 13, n.º 2, mayo de 1983, pp. 163-204.

[586] En 1924 Davenport le escribe a su hermano una carta en la que le dice que, si se permitía que el país se llenara de inmigrantes, en menos de doscientos años Nueva York y el conjunto de los estados del norte quedarían convertidos en un nuevo Misisipi. En ese escrito, Davenport utiliza el atraso del sur como modelo de la amenaza que suponía, en su opinión, la llegada de inmigrantes foráneos. Véase la carta de Charles Davenport a William Davenport del 11 de febrero de 1924, caja 33, *Charles Benedict Davenport Papers* , 1876-1946, *American Philosophical Society* , según cita tomada de Kelves, *In the Name of Eugenics* , *op. cit* ., p. 94. Davenport consideraba que la circunstancia de que en las residencias de menesterosos no se separara por sexos a los internos era fundamentalmente un problema de los estados del sur: véase Davenport, *Heredity in Relation to Eugenics* , Henry Holt & Co., Nueva York, 1911, pp. 67, 70-71, 74, 182, 200. Para saber más sobre la situación del Misisipi, véase Edward J. Larson, *Sex, Race, and Science: Eugenics in the Deep South* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995, pp. 81, 92. Davenport quería utilizar el censo estadounidense para reunir todos los datos posibles sobre los linajes humanos y emplear esa información para identificar en los diferentes condados los «focos de debilidad mental y delincuencia, a fin de determinar con ello qué tipo de prole produce cada barraca»: véase Davenport, *Heredity in Relation to Eugenics* , *op. cit* ., pp. 1, 80-82, 87-90, 211-212, 233-234, 248-249, 255 y 268. El eugenista y sociólogo Edward Ross (que fue quien acuñó la expresión «suicidio de la raza») también estaba convencido de que la migración a las ciudades generaba unas cepas distintas y mejores. Ross argumenta que las personas dolicocéfalas se trasladaban a vivir a las aglomeraciones urbanas, mientras que los braquicéfalos y mentalmente inferiores permanecían en el campo: véase Edward Ross, *Foundations of Sociology* , Nueva York, 1905, p. 364.

[587] Para la referencia de Davenport a las mujeres de caderas anchas y para la alusión a la cría de caballos, véase *Heredity in Relation to Eugenics* , *op. cit* ., pp. 1, 7-8. Para los argumentos que expuso Alexander Graham Bell en la cuarta convención anual de la Asociación Norteamericana de Criadores de Animales, véase «Close Divorce Doors If Any Children. Prof. Alexander Graham Bell Considers Plan to Produce Better Men and Women», *The New York Times* , 30 de enero de 1908; junto con W. E. D. Stokes, *The Right to Be Well Born, or Horse Breeding in Its Relations to Eugenics* , Nueva York, 1917, pp. 8, 74, 76, 199 y 256; véase también «W. E. D. Stokes on Eugenics», *Eugenical News* , vol. 2, n.º 2, febrero de 1917, p. 13. Para los enfoques centrados en la noción de los «purasangres humanos» y en el derecho de los «nonatos», véase asimismo «A Perfect Race of Men: According to Prof. Kellar the Success of Eugenics Depends on Rules Made by Custom», *The New York Times* , 27 de septiembre de 1908. Fue la hija de Mary Harriman, que también se llamaba Mary y que no solo adoraba a los caballos, sino que se había sumergido en el estudio de la eugenesia, la que animó a su madre a efectuar donaciones económicas a la Oficina de Registros Eugenésicos de

Davenport. Su hermano, William Averell Harriman, se dedicaba a la cría caballar y, de hecho, la joven Mary también trabajaba con el ganado: véase Persia Campbell, «Mary Harriman Rumsey», *Notable American Women, 1607-1950: A Biographical Dictionary* , vol. 1, Edward T. James, Janet Wilson James y Paul Boyer (comps.), Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1971, pp. 208-209.

[588] Un legislador de Míchigan propuso que se adoptara la medida de matar mediante la aplicación de una corriente eléctrica a los niños que fuesen tenidos por un caso desesperado: véase S. T. Samock, «Shall We Kill the Feeble-Minded?», *Health* , agosto de 1903, pp. 258-259. W. Duncan McKim, médico y doctor en Filosofía, abogaba por la utilización de un método destinado a eliminar por asfixia a los más debilitados y violentos, valiéndose para ello de gaseamientos a base de ácido carbónico: así lo propone en su *Heredity and Human Progress* , Nueva York, 1900, pp. 188-193. Para la ocurrencia de ejecutar al abuelo del criminal, véase Kelves, *In the Name of Eugenics* , *op. cit* ., p. 92. Para un argumento similar que pretende que la degeneración ha de detenerse a la altura de los abuelos, véase John N. Hurty, doctor en Medicina, «Practical Eugenics», *Journal of Nursing* , vol. 12, n.º 5, febrero de 1912, pp. 450-453. Para más información sobre las leyes de esterilización y las categorías de personas a las que podía aplicarse, véase Julius Paul, «Population "Quantity" and "Fitness for Parenthood" in the Light of State Eugenic Sterilization Experience, 1907-1966», *art. cit* ., p. 296; junto con Paul Popenoe, «The Progress of Eugenic Sterilization», *Journal of Heredity* , vol. 25, n.º 1, enero de 1934, pp. 19-27, y muy en especial la 20. Para el credo de Frank William Taussig, véase Thomas C. Leonard, «Retrospectives: Eugenics and Economics in the Progressive Era», *Journal of Economic Perspectives* , vol. 19, n.º 4, otoño de 1905, pp. 207-224, y en particular la 214.

[589] Para más ejemplos del argumento de que los blancos, y muy especialmente las mujeres, tenían una aversión instintiva a los negros, véase el artículo que firma Walter B. Hill, el rector de la Universidad de Georgia: «Uncle Tom Without a Cabin», *Century Magazine* , vol. 27, n.º 6, 1884, p. 862; junto con el libro del reverendo William H. Campbell titulado *Anthropology for the People: A Refutation of the Theory of the Adamic Origins of All Races* , Richmond, 1891, p. 269; «The Color Line», *New York Globe* , junio de 1883; «Race Amalgamation», *American Economic Association. Publications* , agosto de 1896, p. 180; y «The Psychology of the Race Question», *Independent* , 13 de agosto de 1903, pp. 1939-1940; Ellen Barret Ligon, doctora en Medicina, «The White Woman and the Negro», *Good Housekeeping* , noviembre de 1903, pp. 426-429, y especialmente la 428; así como Mencke, *Mulattoes and Race Mixture* , *op. cit* ., pp. 105, 107-108. Véase también Stokes, *The Right to Be Well Born* , *op. cit* ., pp. 86, 222-224, 230. Para la práctica de someter a un examen físico a los novios antes del matrimonio, véase el texto de la señora de John A. Logan, «Inheritance, Mental and Physical», *Philadelphia Inquirer* , 24 de abril de 1904. Para los enlaces de intención eugenésica, véase «Wants to Be a Eugenic Bride», *The New York Times* , 3 de noviembre de 1913. Para una novela sobre el matrimonio eugenésico (*Courtship Under Contract: The Science of Selection*), véase «Book Reviews», *Health* , febrero de 1911, p. 43. Para saber más sobre un colegio eugenésico destinado a las niñas huérfanas de Luisiana, véase «Quits Society for Eugenics», *The New York Times* , 29 de agosto de 1913. Para un ejemplo de registro eugenésico, véase «Superman a Being of Nervous Force […]. Eugenic Registry Plan Would Develop a Race of Human Thoroughbreds, It Is Argued — Elimination of the Unfit», *New York Times* , 11 de enero de 1914; así como Selden, «Transforming Better Babies into Fitter Families», *art. cit* ., pp. 206-207, 210-212. Para el importante papel de las mujeres en el movimiento eugenésico, véase Edward J. Larson, «"In the Finest, Most Womanly Way": Women in the Southern Eugenics Movement», *American Journal of Legal History* , vol. 39, n.º 2, abril de 1995, pp. 119-147.

[590] Se trata de un término en desuso en español, calco del inglés «*moron* », pero admitido por el DRAE. Es una forma de discapacidad intelectual leve. *(N. del T.)*

[591] En 1928 eran ya cerca de cuatrocientos los colegios y universidades que ofrecían cursos de eugenesia a sus alumnos: véase Steven Selden, *Inheriting Shame: The Story of Eugenics and Racism in America* , Teachers College Press, Nueva York, 1999, p. 49. La clasificación de Goddard señalaba que la edad mental de los morones equivalía a la de un niño de entre ocho y doce años: véase Henry H. Goddard, «Four-Hundred Feeble-Minded Children Classified by the Binet Method», *Journal of Psycho-Asthenics* , vol. 15, n.os 1-2, septiembre y diciembre de 1910, pp. 17-30, y sobre todo la 26 y la 27. Para más información acerca del morón y las desviaciones sexuales, véase Edwin T. Brewster, «A Scientific Study of Fools», *McClure's Magazine* , vol. 39, n.º 3, julio de 1912, pp. 328-334. Para saber más sobre la fecundidad de las mujeres que padecían una debilidad mental, véase «The Unfit», *Medical Record* , 4 de marzo de 1911, pp. 399-400; y Martin W. Barr, doctor en Medicina, «The Feebleminded a Sociological Problem», *Alienist and Neurologist* , 1 de agosto de 1913, pp. 302-305. Respecto a la idea de que las chicas retrasadas pudieran constituir una amenaza para la sociedad, véase «The Menace of the Feebleminded», *Colman's Rural World* , 25 de junio de 1914, p. 8. Para la convicción de que las mujeres moronas acababan cayendo en la prostitución o convirtiéndose en amas de casa desaseadas y cargadas de criaturas, véase George S. Bliss, doctor en Medicina, «Diagnosis of Feebleminded Individuals», *Alienist and Neurologist* , 1 de enero de 1918, pp. 17-23; véase también Kevles, *In the Name of Eugenics* , *op. cit* ., pp. 77, 107; junto con Davenport, *Heredity in Relation to Eugenics* , *op. cit* ., pp. 233-243; y Wendy Kline, *Building a Better Race: Gender, Sexuality, and Eugenics from the Turn of the Century to the Baby Boom* , University of California Press, Berkeley, 2005, pp. 20-29.

[592] Para el permanente miedo al mestizaje, véase William Benjamin Smith, *The Color Line: A Brief in Behalf of the Unborn* , Nueva York, 1905, pp. 5, 8, 11-14, 17-18, 74; así como Robert W. Shufeldt, doctor en Medicina, *The Negro: A Menace to American Civilization* , Boston, 1907, pp. 73-74, 77-78, 103-104, 131. Entre los años 1907 y 1921, el Congreso presentó veintiún proyectos de ley contra la mezcla de razas: véase Robinson, *Dangerous Liaisons* , *op. cit* ., p. 82.

[593] Para comprobar que Goddard utilizaba las mismas metáforas que ya habían empleado antes los autores de la Reconstrucción para calificar a la escoria blanca, véase Henry Herbert Goddard, *The Kallikak Family: A Study in the Heredity of Feeble-Mindedness* , Nueva York, 1912, 66, 71-72. Para los discursos relacionados con la reducción de las cargas del contribuyente, un argumento empleado en el estado de Indiana, que se cuenta entre los primeros en aprobar una ley sobre la esterilización forzosa en 1907, véase «Feeble-Minded Women», *Duluth News Tribune* , 12 de marzo de 1904; junto con Davenport, *Heredity in Relation to Eugenics* , *op. cit* ., p. 259; Kline, *Building a Better Race* , *op. cit* ., pp. 49, 53; y Kelves, *In the Name of Eugenics* , *op. cit* ., p. 72. Para el planteamiento de que los morones eran necesarios como trabajadores manuales, véase Lewis M. Terman, *The Measurement of Intelligence* , Houghton Mifflin, Boston, 1916, p. 91. Esa sería precisamente la tesis de Albert Priddy, director del hospicio implicado en el caso judicial de *Buck v. Bell* : véase Gregory Michael Dorr, *Segregation's Science: Eugenics and Society in Virginia* , University of Virginia Press, Charlottesville, 2008, p. 132.

[594] Para saber más sobre el proyecto de ley Chamberlain-Kahn, aprobado por el Congreso estadounidense en 1918, cuyos objetivos pasaban por la detención de todas las mujeres sospechosas de tráfico sexual, véase Kristin Luker, «Sex, Social Hygiene, and the State: The Double-Edged Sword of Social Reform», *Theory and Society* , vol. 27, n.º 5, octubre de 1998, pp. 601-634, y sobre todo de la 618 a la 623; junto con Christopher Capozzola, «The Only Badge Needed Is Your Patriotic Fervor: Vigilance, Coercion, and the Law in World War I America», *Journal of American History* , vol. 88, n.º 4, marzo de 2002, pp. 1.354-1.382, y especialmente de la 1370 a la 1373; Kline, *Building a Better Race* , *op. cit* ., pp. 46-47; Aine Collier, *The Humble Little Condom: A History* , Prometheus Books, Amherst, Nueva York, 2007, pp. 185, 187. Para saber más sobre la llamada a filas, véase

Jeanette Keith, *Rich Man's War, Poor Man's Fight: Race, Class and Power in the Rural South During the First World War* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004, pp. 43, 70-71, 73-75.

[595] Para la noción de que el ejército estaba repleto de morones y los llamamientos que instaban a las autoridades a efectuar tests de inteligencia antes de conceder el derecho al voto a cualquier ciudadano, véase «Are We Ruled by Morons?», *Current Opinion* , vol. 72, n.º 4, abril de 1922, pp. 438-440. Para el hecho de que los peores resultados de las pruebas de inteligencia fuesen los de los blancos pobres y los negros, sobre todo entre quienes procedían de las regiones más atrasadas del sur, véase M. F. Ashley Montagu, «Intelligence of Northern Negroes and Southern Whites in the First World War», *American Journal of Psychology* , vol. 58, n.º 2, abril de 1945, pp. 161-188, y sobre todo las páginas 165 a 167, y 185-186; véase también Daniel J. Kevles, «Testing the Army's Intelligence: Psychologists and the Military in World War I», *Journal of American History* , vol. 55, n.º 3, diciembre de 1968, pp. 565-581, y muy especialmente la 576; junto con Dorr, *Segregation's Science* , *op. cit* ., p. 110; y James D. Watson, «Genes and Politics», en Witkowski e Inglis, *Davenport's Dream* , *op. cit* ., p. 11.

[596] *Anquilostoma* : parásito nematodo que se fija en gran número a la mucosa del intestino delgado. Provoca un cuadro clínico marcado, entre otras cosas, por un retardo físico y mental. *Pelagra* : enfermedad que presenta síntomas cutáneos, digestivos y nerviosos. Su origen se encuentra en el déficit de vitamina B3 en la alimentación. Véase L. Braier, *Diccionario enciclopédico de medicina* , Editorial Jims, Barcelona, 1980. (*N. del T.*)

[597] Se determinó que el anquilostoma era la causa de que los reclutas que se incorporaron a filas durante la primera guerra mundial tuvieran un deficiente desarrollo físico: véase M. W. Ireland, Albert Love y Charles Davenport, *Defects Found in Drafted Men: Statistical Information Compiled from the Draft Records* , Washington, D. C., 1919, pp. 34, 265. Para la ingesta de arcilla entendida como una adicción característica de los integrantes de la escoria blanca, véase «They Eat Clay and Grow Fat», *Philadelphia Inquirer* , 26 de noviembre de 1895; y «The Clay Eaters», *Fort Worth Register* , 12 de enero de 1897. Para más información acerca del anquilostoma y la presencia de un desarrollo físico insuficiente, véase Marion Hamilton Carter, «The Vampires of the South», *McClure's Magazine* , vol. 33, n.º 6, octubre de 1909, pp. 617-631; junto con J. L. Nicholson y Watson S. Rankin, doctores en medicina, «Uncinariasis as Seen in North Carolina», *Medical News* , 19 de noviembre de 1904, pp. 978-987; H. F. Harris, «Uncinariasis; Its Frequency and Importance in the Southern States», *Atlanta Journal-Record of Medicine* , 1 de junio de 1903; «Uncinariasis, the Cause of Laziness», *Zion's Herald* , 10 de diciembre de 1902; y «The Passing of the Po' "White Trash": The Rockefeller Commission's Successful Fight Against Hookworm Disease», *Hampton-Columbia Magazine* , 1 de noviembre de 1911. Para saber más acerca de las enfermedades de los miembros de la escoria blanca, véase James O. Breeden, «Disease as a Factor in Southern Distinctiveness», así como Elizabeth W. Etheridge, «Pellagra: An Unappreciated Reminder of Southern Distinctiveness», en *Disease and Distinctiveness in the American South* , Todd L. Savitt y James Harvey Young (comps.), University of Tennessee Press, Knoxville, 1988, pp. 1-28, 100-119, y sobre todo la 14, la 15 y la 104. Para el hecho de que el ejército descubriera que los reclutas del sur «mostraban un grado de desarrollo físico deficiente», véase Natalie J. Ring, *The Problem of the South: Region, Empire, and the New Liberal State, 1880-1930* , University of Georgia Press, Athens, 2012, p. 79.

[598] Véase S. A. Hamilton, «The New Race Question in the South», *Arena 27* , n.º 4, abril de 1902, pp. 352-358; véase también «Science and Discovery: The Coming War on Hookworm», *Current Literature* , vol. 17, n.º 6, diciembre de 1909, pp. 676-680; E. J. Edwards, «The Fight to Save 2,000,000 Lives from Hookworm», *The New York Times* , 28 de agosto de 1910; John Ettling, *The Germ of Laziness: Rockefeller Philanthropy and Public Health in the New South* , Harvard

University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981; Andrew Sledd, «Illiteracy in the South», *Independent* , 17 de octubre de 1901, pp. 2471-2474; Richard Edmonds, «The South's Industrial Task: A Plea for Technical Training of Poor White Boys», discurso pronunciado en la convención anual de la Asociación de Hilanderos de Algodón del Sur, celebrada en Atlanta el 14 de noviembre de 1901, Atlanta, 1901. Para saber más sobre la educación y la reforma de los blancos pobres, véase Bruce Clayton, *The Savage Ideal: Intolerance and Intellectual Leadership in the South, 1890-1914* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1972, pp. 114-115, 119, 140. Para el hecho de que el agotador régimen laboral de las fábricas textiles pusiera en peligro la salud de las mujeres y los niños blancos, véase Elbert Hubbard, «White Slavery in the South», *Philistine* , mayo de 1902, pp. 161-178; junto con «Child Labor in the South», *Ohio Farmer* , 3 de febrero de 1906, p. 121; Louise Markscheffel, «The Right of the Child Not to Be Born», *Arena* , vol. 36, n.º 201, agosto de 1906, pp. 125-127; Owen R. Lovejoy, subsecretario del comité nacional de trabajo infantil, «Child Labor and Family Disintegration», *Independent* , 27 de septiembre de 1906, pp. 748-750. Para más información acerca de los aparceros convertidos en nuevos vagabundos, véase Frank Tannenbaum, *Darker Phases of the South* , Nueva York, 1924, pp. 131-135; véase también Ring, *The Problem of the South* , *op. cit* ., pp. 25-26, 62-63, 121, 125-126, 135-136. Si se insistía ahora con mayor intensidad en las deficiencias físicas y sanitarias de los blancos pobres, también era debido a que en muchos estados del sur se había eliminado el derecho al sufragio de los negros. Sin embargo, los mascamazorcas carentes de educación todavía conservaban el poder político del voto, y eso resultaba inquietante para muchos de los integrantes de las élites sureñas: véase Charles H. Holden, *In the Great Maelstrom: Conservatives in Post-Civil War South Carolina* , University of South Carolina Press, Columbia, 2002, pp. 65, 80.

[599] Dorr, *Segregation's Science* , *op. cit* ., pp. 122-123, 129, 132; Paul Lombardo, «Three Generations, No Imbeciles: New Light on *Buck v. Bell* », *New York University Law Review* , vol. 60, n.º 1, abril de 1965, pp. 30-60, y sobre todo la 37 y de la 45 a la 50.

[600] Véase David Starr Jordan y Harvey Ernest Jordan, *War's Aftermath: A Preliminary Study of the Eugenics of War as Illustrated by the Civil War of the United States and the Late Wars in the Balkans* , Houghton Mifflin, Boston, 1914, p. 63; junto con Dorr, *Segregation's Science* , *op. cit* ., pp. 54-55, 57, 59, 62, 65; Gregory Michael Dorr, «Assuring America's Place in the Sun: Ivey Foreman Lewis and the Teaching of Eugenics at the University of Virginia, 1915-1953», *Journal of Southern History* , vol. 66, n.º 2, mayo de 2000, pp. 257-296, y sobre todo la 264 y la 265.

[601] Además de centrarse en la inmoralidad de sus relaciones sexuales y en las elevadas tasas de fertilidad de los miembros del clan, Estabrook resaltaba el hecho de que la mayoría de los maestros que les daban clase incluían a los hijos de los Win en el grupo de los «débiles mentales», en el de los «estúpidos» y en el de los «casos perdidos». Estabrook también traza en sus grandes líneas los diferentes grados de endogamia en que incurría la comunidad Win, que en la mayoría de los casos emparejaba y unía en matrimonio a los primos segundos. El autor de *Mongrel Virginians* señalaba la existencia de cuatro «fuentes» de progenitores masculinos: una de ellas era la que partía de Joseph Brown, un varón blanco que se había casado con una india sin mezcla. Señalaba que su descendencia era mejor que la de los blancos comunes y corrientes de Virginia, o al menos igual a ella. Los propios Win reconocían que aquellos miembros de su clan que eran de ascendencia totalmente blanca tenían la «sangre clara». Véase Arthur H. Estabrook e Ivan E. M. McDougle, *Mongrel Virginians: The Win Tribe* , Williams & Wilkins Company, Baltimore, 1926, pp. 13-14, 23, 119, 125, 145-146, 154-157, 160-166, 181, 203-205.

[602] Estabrook incluyó en su libro el texto de la proposición de ley de 1924 y una explicación de su contenido: véase Estabrook, *Mongrel Virginians* , *op. cit* ., pp. 203-205. La ley virginiana de integridad racial de 1924 también incluía la llamada «excepción Pocahontas», mediante la cual se

impedía que las familias elitistas que descendían de John Rolfe fuesen consideradas corruptas desde el punto de vista racial: véase Richard B. Sherman, «“The Last Stand”: The Fight for Racial Integrity in Virginia in the 1920s», *Journal of Southern History* , vol. 54, n.º 1, febrero de 1988, pp. 69-92, y muy especialmente la 78; Dorr, *Segregation's Science* , *op. cit* ., pp. 145-146.

[603] Para saber más sobre la ley que prohibía que los blancos y los negros se mezclaran en los espacios públicos, véase Sherman, «“The Last Stand”», *art. cit* ., especialmente las páginas 83 y 84. Para la opinión del presidente del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes, véase *Buck v. Bell* , 274 U. S. 200, 1927, p. 208.

[604] En la resolución jurídica del juicio de 1924, Harry Laughlin utilizó las palabras de Albert Priddy para señalar que la familia Buck «pertenec[ía] a la clase de los blancos antisociales del sur, todos ellos holgazanes, ignorantes e inútiles». En 1914, en un informe remitido al gobernador, Priddy había defendido la esterilización de los débiles mentales basándose en la idea de que las taras hereditarias provocaban irremisiblemente una conducta antisocial (delincuencia, prostitución, alcoholismo…) entre «las personas improductivas y perezosas que viven de la caridad pública y privada»: véase Lombardo, «Three Generations, No Imbeciles», *art. cit* ., pp. 37, 49-50 y 54; Dorr, *Segregation's Science* , *op. cit* ., pp. 129-130, 132, 134. Los promotores de la adopción de medidas eugenésicas hicieron pública la sentencia de la corte suprema para justificar la expansión de las prácticas esterilizadoras: véase Popenoe, «The Progress of Eugenic Sterilization», *art. cit* ., pp. 23-26. Para la tabla genealógica de Carrie Buck, empleada como prueba en el juicio, véase «Most Immediate Blood-Kin of Carrie Buck. Showing Illegitimacy and Hereditary Feeblemindedness», *c* . 1925, *Harry H. Laughlin Papers* , Truman State University, Lantern Slides, Brown Box, 1307, documento consultado a través del archivo de imágenes relacionadas con el movimiento eugenésico estadounidense, Dolan DNA Center, Cold Spring Harbor Laboratory, n.º 1013, http://www.eugenicsarchive.org.

[605] Lewis M. Terman restaba importancia a la influencia del entorno y sostenía que la clase social era un resultado ajustado a los méritos de las competencias heredadas. Así lo expresa él mismo: «Por sí sola, la observación común sugiere que la clase social a la que pertenece una familia no depende tanto de la suerte como de las innatas cualidades del intelecto y el carácter de los padres». Para más información acerca de sus argumentos de clase, véase Terman, *The Measurement of Intelligence* , *op. cit* ., pp. 72, 96, 115. Lo que más le preocupaba a Terman eran los bajos índices de natalidad que se registraban entre los miembros de las clases de mayor talento, de modo que trató de hacer todo lo posible para incrementar los efectivos de dicha clase: véase Lewis Madison Terman, «Were We Born That Way?», *The World's Work* , n.º 44, mayo-octubre de 1922, pp. 655-660. La escala que estableció Terman como medida de la inteligencia era más elitista, ya que agrupaba a todos los que padecían una insuficiencia cognitiva grave en una misma categoría, la de los «deficientes intelectuales», y a partir de ahí se abría una graduación marcada por los siguientes escalones: caso límite, individuo inferior, medio, superior, de marcada superioridad, selecto, muy selecto y genial. Lo que más le interesaba era la promoción de la franja superior de esa escala: véase Terman, «The Binet Scale and the Diagnosis of Feeble-Mindedness», *Journal of the American Institute of Criminal Law and Criminology* , vol. 7, n.º 4, noviembre de 1916, pp. 530-543, y muy especialmente la 541 y la 542; véase también Mary K. Coffey, «The American Adonis: A Natural History of the “Average American” Man, 1921-32», en *Popular Eugenics: National Efficiency and American Mass Culture in the 1930s* , Susan Currell y Christina Cogdell (comps.), Ohio University Press, Athens, 2006, pp. 185-216, y en particular la 186 y 187, la 196 y la 198. Otros eugenistas, como el conocido conferenciante Albert E. Wiggam, temían que, si las mujeres inteligentes y bellas (como si los rasgos de la hermosura se hallaran unificados en una sola clase) no procreaban, «la siguiente generación

sería a un tiempo fea y lerda»: véase de R. le Clerc Phillips, «Cracks in the Upper Crust», *Independent* , 29 de mayo de 1926, pp. 633-636.

[606] Para saber más acerca de C. W. Saleeby y su novedoso libro titulado *Woman on Womanhood* , véase «Urging Women to Lift the Race», *The New York Times* , 19 de noviembre de 1911; para una sátira del feminismo eugenésico, según el cual las mujeres derribarían a los hombres y sustituirían el matrimonio basado en el amor por el «frío cálculo selectivo» de los mejores, siempre basado en el concepto de la «procreación científica», véase Robert W. Chambers, «Pro Bono Publico: Further Developments in the Eugenist Suffragette Campaign», *Hampton's Magazine* , 1 de julio de 1911, pp. 19-30; junto con William McDougall, *National Welfare and Decay* , Londres, 1921, pp. 9-25. McDougall realizó un estudio comparativo similar al de Terman y en él contrastó la capacidad intelectual de los discípulos de los colegios privados ingleses (a los que acudían los hijos de las élites cultas) con el rendimiento de los alumnos de las escuelas primarias (que educaban a los de los tenderos y los artesanos) y llegó a la misma conclusión que su predecesor: los chicos y chicas de la élite cultivada mostraban una clara superioridad. Véase el escrito del reverendo W. R. Inge titulado «Is Our Race Degenerating?», *The Living Age* , 15 de enero de 1927, pp. 143-154.

[607] Steven Noll, *Feeble-Minded in Our Midst: Institutions for the Mentally Retarded in the South, 1900-1940* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995, p. 71. Para la importancia que tuvo en la Carolina del Norte de la década de 1920 la concentración de todos los esfuerzos de las leyes de esterilización en las jóvenes blancas de las clases más humildes, véase Karen L. Zipf, *Bad Girls at Samarcand: Sexuality and Sterilization in a Southern Juvenile Reformatory* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2016, pp. 3, 66-67, 73, 83-84, 150-152, 154.

[608] Piénsese por ejemplo en el célebre *Emilio* . (*N. del T.*)

[609] Véase Sherwood Anderson, *Poor White* , B. W. Huebsch, Inc., Nueva York, 1920, pp. 3-8, 11-14, 18 [hay traducción castellana: *Pobre blanco* , Ediciones Barataria, Barcelona, 2013. (*N. del T.*)]; junto con Stephen C. Enniss, «Alienation and Affirmation: The Divided Self in Sherwood Anderson's "Poor White"», *South Atlantic Review* , vol. 55, n.º 2, mayo de 1990, pp. 85-99; Welford Dunaway Taylor y Charles E. Modlin (comps.), *Southern Odyssey: Selected Writings of Sherwood Anderson* , University of Georgia Press, Athens, 1997. Y para saber más sobre el interés de Anderson en las personas que se dedican a levantar muros —que en muchas ocasiones son barreras de clase—, véase Percy H. Boynton, «Sherwood Anderson», *North American Review* , vol. 224, n.º 834, marzo-mayo de 1927, pp. 140-150, y muy especialmente la 148.

[610] Anderson, *Poor White* , *op. cit* ., pp. 29, 43, 55, 56, 62, 72, 80, 118-121, 127-128, 156, 169, 171-172, 190-191, 227-228, 230-231, 253-254, 299.

[611] *Ibid* ., pp. 136, 260, 271, 277, 332, 342, 345, 357, 367-371.

[612] Para las nociones de «impotencia infantil», «desarrollo incompleto de la clase social» y «estancamiento intelectual» —y para la convicción de que el sur había «enterrado a sus anglosajones»—, véase Tannenbaum, *Darker Phases of the South* , *op. cit* ., pp. 39-42, 56, 70, 117-119, 183; así como William Garrott Brown, *Lower South in American History* , Nueva York, 1902, p. 266; Edgar Gardner Murphy, *The Problems of the Present South* , Nueva York, 1909, p. 123; véase también Ring, *The Problem of the South* , *op. cit* ., pp. 139, 148, 152. En 1929, Ira Caldwell publicó una obra favorable a la eugenesia en cinco entregas. Se titulaba *Eugenics: A Journal of Race Betterment* , y abordaba el estudio de una familia de blancos pobres a la que él denomina «los Bungler» [un supuesto apellido que también viene a significar algo así como «los Chapuceros»]. Con ello entregaba al público su particular ensayo sobre una saga familiar, en el mejor estilo de otras obras del género, como *The Jukes* [El clan Jukes era un grupo de humildes rústicos de Nueva York sometidos a un supuesto examen científico por Richard L. Dugdale entre finales del siglo XIX y

principios del XX . Pese a que sus conclusiones se utilizaran muchas veces como argumento favorable a la eugenesia, el análisis original subrayaba la importancia del entorno como factor determinante de la delincuencia, la enfermedad y la pobreza. (*N. del T.*)]. Véase también Ashley Craig Lancaster, «Weeding out the Recessive Gene: Representations of the Evolving Eugenics Movement in Erskine Caldwell's "God's Little Acre"», *Southern Literary Journal* , vol. 39, n.º 2, primavera de 2007, pp. 78-99, y muy en particular la 81.

[613] Erskine Caldwell, *The Bastard* , Nueva York, 1929, pp. 13-14, 16, 21, 28.

[614] *Ibid* ., pp. 21-23, 141-142, 145-146, 165-166, 170, 175, 177, 198-199.

[615] Para un conjunto de artículos centrados en el debate sobre las características de la aristocracia, véase Robert N. Reeves, «Our Aristocracy», *American Magazine of Civics* , enero de 1896, pp. 23-29; junto con Harry Thurston Peck, «The New American Aristocracy», *The Cosmopolitan* , octubre de 1898, pp. 701-709; e ídem, «The Basis for an American Aristocracy», *Independent* , 22 de diciembre de 1898, pp. 1842-1845; «Is America Heading for Aristocracy?», *The Living Age* , 21 de septiembre de 1907, pp. 757-760; Charles Ferguson, «A Democratic Aristocracy», *The Bookman: A Review of Books and Life* , octubre de 1917, pp. 147-148. Para textos que abogan en favor de una aristocracia del talento, es decir, por una meritocracia, véase James Southall Wilson, «The Future of Aristocracy in America», *North American Review* , enero de 1932, pp. 34-40. Y para los partidarios de generar una clase funcionarial endogámica, véase James Edward Dunning, «An Aristocracy of Government in America», *Forum* , junio de 1910, pp. 567-580. No obstante, hubo también autores que criticaron la creación de una clase selecta de profesionales: véase «Modern Biology as the Enemy of Democracy», *Current Opinion* , vol. 49, n.º 3, septiembre de 1920, pp. 346-347; para más información sobre el nuevo poder de la ciencia, véase JoAnne Brown, *The Definition of a Profession: The Authority of Metaphor in the History of Intelligence Testing, 1900-1930* , Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1992, p. 41.

[616] Para saber más acerca de las jóvenes de hábitos audaces y desenvueltos de los felices veinte [conocidas como «*flappers* » en inglés], véase Corra Harris, *Flapper Anne* , Houghton Mifflin, Boston, 1926. Esta obra se publicó por entregas en el *Ladies' Home Journal* de 1925; véase también Betsy Lee Nies, *Eugenic Fantasies: Racial Ideology and the Literature and Popular Culture of the 1920s* , Routledge, Nueva York, 2010, p. 41.

09

Los hombres olvidados y el pueblo pobre

La movilidad social descendente
y la Gran Depresión

«¿Deberá sufrir este hombre
la punzada de la hambruna,
aquí, en tierras bendecidas por su integridad
y trabajadas con sus manos?
Haced algo por él: que nunca sea olvidado;
que tenga el pan de cada día:
él, que nos ha alimentado,
que se alimente ahora.
Recordemos su trágica suerte… Recordemos,
¡o nosotros mismos seremos olvidados!».

EDWIN MARKHAM
«*The Forgotten Man* », 1932

En la fecha de la publicación de este poema —tres años después del desplome financiero que dio paso a la Gran Depresión—, la compañía cinematográfica Warner Brothers llevó a las salas la película *Soy un fugitivo* , la emocionante historia de un veterano de la Primera Guerra Mundial al que las penalidades de los trabajos forzados a que se ve condenado en una brutal prisión del sur transforman en una bestia de carga. Es una cinta de rara intensidad narrativa que celebra las virtudes redentoras del esfuerzo. Pese a no haber tenido ninguna responsabilidad en las circunstancias, en 1932 el 20 por ciento de la fuerza laboral estadounidense se encontraba sin empleo. Un buen día, al despertarse, los hombres corrientes descubrieron asombrados que se habían convertido en parias, en individuos carentes de todos los emblemas definitorios de la identidad masculina norteamericana: ocupación, hogar, medios para sostener a la familia… James Allen, el fugitivo que nos muestra el filme, se convertiría en un formidable símbolo de la decadencia del país. Su historia es la de un varón de los estados del

norte —una persona de notable patriotismo, ambición y creatividad— que de pronto se encuentra sin trabajo. La situación le convierte primero en vagabundo, después en convicto y finalmente en fugitivo. Es el «hombre olvidado» de la Depresión, un exiliado de la masa laboral. Cuando decide marcharse al sur su destino quedará sellado. En la última escena de la película, Allen vuelve a sumirse en las sombras tras haber perdido toda esperanza de recuperar su antigua vida, ya que se ve obligado a admitir que el robo es el único recurso que le queda para sobrevivir. La conclusión resulta tan perturbadora que estuvo a punto de ser censurada en Estados Unidos. [617]

Soy un fugitivo es una descorazonadora y tenebrosa denuncia de la degradación sureña. Su trama contribuiría a confirmar la conclusión a la que ya habían llegado los defensores de la nueva política económica que Franklin D. Roosevelt planeaba aplicar de manera inminente: que la postración de los estados del sur sufría un trágico desfase que la desconectaba del sueño americano. En 1938, seis años después del estreno del filme, el presidente Franklin D. Roosevelt declaraba: «En este momento, el sur constituye el primer problema económico de la nación». Will Alexander, el político de Tennessee que encabezaba la Administración de la Seguridad Agrícola, argumentó por esta misma época que las aparcerías del sur arrebataban al hombre toda posibilidad de alcanzar una situación de autosuficiencia. Su departamento trabajaba en favor de la «rehabilitación rural», expresión que se aplicaba tanto a los soldados que padecían algún menoscabo físico como a la recuperación de las tierras agostadas. Era preciso proporcionar una nueva formación a las familias que habían quedado en la miseria, para encauzarlas y conseguir ubicarlas en un programa (aunque no de forma obligatoria). Según Alexander, el problema era de una claridad meridiana: solo se alcanzaría el éxito si se superaban los prejuicios contra los individuos pertenecientes a la escoria blanca. En otras palabras, el reacondicionamiento psicológico resultaba tan necesario como la reforma educativa. [618]

Hacía ya mucho tiempo que la dependencia era el elemento definitorio del sur. Desde la década de 1870, los aparceros sumidos en la pobreza y los convictos condenados a trabajar la tierra —tanto blancos como negros— habían integrado el peldaño inferior del orden social. Puede que a los hombres y mujeres contemporáneos nos resulte difícil comprenderlo, pero las condiciones de vida de la población reclusa no eran mejores que las que

habían tenido que sufrir en su día los esclavos del sur. Un funcionario de prisiones lo señalará con escueta rotundidad: «Uno ha muerto; traed a otro». La mano de obra de los blancos pobres salía muy barata, y además sus prestatarios eran prescindibles. Por otra parte, no tardarían en descubrir que, en caso de tener que vérselas con el sistema judicial, las cartas que les habían tocado en suerte les abocaban a un padecimiento comparable al que todavía encajaban los afroamericanos. Y no hay mejor prueba de esta última circunstancia que el hecho de que a los reos condenados se les llamara invariablemente «negros», fuera ese o no el color de su piel. [619]

Era habitual que se dictaran sentencias extremadamente duras contra los miembros de esta clase, aun en el caso de los delitos menores. Robert Elliott Burns, el veterano de la Primera Guerra Mundial cuyos recuerdos biográficos habían servido de inspiración a la película hollywoodiense de *Soy un fugitivo* , fue sentenciado a un periodo de trabajos forzados de entre seis y diez años por un robo que le había reportado la cantidad neta de 5,80 dólares. En el sur, el esfuerzo de crear las infraestructuras de transporte y de expandir la base industrial recayó sobre las espaldas de los convictos, que trabajaban encadenados en largas hileras. Los estados rapiñaron sumas tremendas arrendando a las empresas privadas los servicios de los presos. Históricamente, la mayoría de esos trabajadores habían sido negros, pero en los tiempos de la Gran Depresión el número de blancos pobres que se vieron arrastrados a esa situación aumentó notablemente. [620]

Según se decía, los estudios de la Warner Brothers eran los más «pro Roosevelt» de toda Tinseltown. [621] El compromiso de sus máximos ejecutivos con la causa del presidente era total, pero tampoco temían abordar cuestiones relacionadas con la justicia social. En *Soy un fugitivo* se exponía crudamente la destrucción del espíritu del ser humano y se denunciaba con claridad que el destino del protagonista había quedado sellado el día mismo en que se vio arrojado a un campo de trabajos forzados. La monotonía cierne sus graves amenazas sobre los presos, a los que por otra parte se explota hasta la muerte (literalmente). No pueden mover un músculo sin pedir permiso a los guardias que les custodian, ni siquiera para enjugarse el sudor de la frente. Tras una larga toma panorámica de los hombres sujetos con grilletes y amontonados en un camión, la cámara gira lentamente el objetivo para encuadrar a una reata de mulas: no hay mejor muestra del proceso de aniquilación anímico al que se ven sometidos los presos. Ambas tropillas están formadas por bestias de

carga embrutecidas. Y al mismo tiempo, las mulas sirven para recordar las penalidades del aparcero sumido en el más hondo de los atrasos rurales. [622]

Al ser un individuo educado y criado en los estados del norte, James Allen tiene la sensación de haber sido enviado a un país extranjero. Vive en rebeldía interna, resuelto a impedir que las condiciones de vida que le han impuesto quiebren su determinación. De todos los prisioneros, él es el único que conserva las ansias de escapar, y llegado el momento utilizará todo su ingenio para burlar a los guardias. Para llevar a cabo su plan, violará una de las reglas fundamentales de los blancos del sur al pedir ayuda a un negro, preso igual que él. La gran destreza de este hombre, llamado Sebastian, en el manejo de la maza conseguirá doblar los grilletes que traban los tobillos de Allen. En una clara inversión de las pautas establecidas en la decimotercera enmienda, es un negro del sur el que libera al hombre blanco del norte. La escena es conmovedora. Y el mensaje de fondo resulta cristalino: el atraso del sur es consecuencia de su incapacidad para incorporar a los hombres negros a la economía de mercado.

Sin embargo, también se desperdicia el talento y el trabajo de los blancos pobres. Los presos blancos que rodean a Allen han sido aniquilados por dentro. Todo cuanto se les dice es: «¡Trabaja o muere!». Solo les queda esa salida. Y lo único que les hace valorar de nuevo la auténtica significación de la libertad es la circunstancia de ver que Allen la consigue. Lo que permite su audaz fuga no es la violencia, sino la planificación racional. La huida no será permanente, ya que Allen solo disfrutará un tiempo de su liberación, pero al menos logrará ofrecer a sus compañeros de fatigas una visión diferente de la hombría y el comportamiento adulto.

El gran sueño de Allen es formarse como ingeniero. Esa aspiración representaba el orgullo que había despertado en los norteamericanos la construcción del Empire State Building, una de las mayores hazañas arquitectónicas de la década. En 1932, el año en el que se estrenó la película, el fotógrafo Lewis Hine publicó un libro con las imágenes del tiempo que había pasado con los «chicos del cielo», expresión con la que se conocía a los obreros especializados que se balanceaban atrevidamente en las grandes vigas de acero durante la construcción del emblemático rascacielos. En su obra titulada *Men at Work* , que hoy es ya un clásico de la fotografía social, Hine retrata con viva intensidad el coraje y la imaginación de aquellos obreros que dejaron su impronta en el paisaje urbano. «Las

ciudades no se construyen solas», señala, «y las máquinas no hacen máquinas, salvo que, tras ellas, opere la inteligencia y el esfuerzo de los seres humanos». A sus sesenta años, y con una bien ganada reputación de reformista, el fotógrafo estaba convencido de que el trabajo vivificaba la existencia. Lo que distinguía a las personas de los animales era la capacidad de resolver problemas, la facultad de crear ideas y objetos nuevos y la posibilidad de aplicar la energía cognitiva a los procesos laborales. Hine eligió como epitafio una cita del difunto filósofo William James: «¿Qué es lo que da sentido a la vida? El heroísmo no ha de buscarse únicamente en el estrépito de los combates y en las marchas desesperadas, ha de verse también en todos los puentes y los edificios que hoy se yerguen, en los trenes de carga, en los barcos, en las almadías de los madereros, en las minas, en las filas de los bomberos y los policías…, en todas estas labores la demanda de coraje es incesante, y el suministro nunca falla». Los trabajadores manuales merecían el mismo respeto que los héroes del campo de batalla. Si el hecho de dar al obrero una significación social más alta hacía surgir una nueva raza de seres humanos, había que concluir que el sur, torpemente empeñado en no apreciar el valor del trabajo, permanecía cautivo de un estado mental burdo y primitivo. [623]

Si el Empire State Building, inaugurado en 1931, representaba el mayor testimonio moderno de coraje moral, la tragedia ocurrida en Washington en la primavera y el verano de 1932 dejó al descubierto el punto más bajo de Norteamérica. Los veteranos de la Primera Guerra Mundial habían formado un «Ejército del Bono». Lo integraban cerca de veinte mil desempleados que, al poco de llegar a la capital estadounidense en compañía de sus adoloridas familias, instalaron un improvisado barrio de chabolas al otro lado del río Potomac, frente a la colina del Capitolio. Exigían que el Congreso hiciera efectivos sus bonos de guerra. [624] «En 1917 éramos héroes, y ahora se nos tiene por gorrones», dijo el portavoz de los indignados en un alegato leído ante la Cámara de Representantes. Este órgano aprobó el proyecto de ley Pateman, que permitía el pago de los bonos, pero el Senado frenó el borrador. El presidente Herbert Hoover tachó de delincuentes a los que se habían congregado en la marcha de protesta y recurrió al ejército para dispersar a los que permanecían acampados junto al Capitolio tras el fracaso del texto legal que hubiera podido ayudarles. Las fuerzas armadas estadounidenses se emplearon a fondo y utilizaron bayonetas, gases lacrimógenos y tanques. «El Gobierno más poderoso del

mundo dispara a sus veteranos de guerra, pese a saber que están medio muertos de hambre y que se encuentran refugiados en chozas decrépitas», señalará el exgobernador de New Hampshire John Henry Bartlett al referir como testigo presencial aquella perturbadora escena. [625]

Cuando la película *Soy un fugitivo* llegó a la gran pantalla, la imagen del «hombre olvidado» que había quedado grabada en el imaginario colectivo era justamente esa. La condición de veterano de guerra de Allen y el hecho de que su situación desesperada se asociara con la de un parásito social vinculaba su peripecia con la de los hombres del Ejército del Bono. En el filme, Allen descubre de pronto que no hay forma de empeñar su medalla de guerra. Cuando se la ofrece al prestamista, este le enseña una caja llena de esas mismas condecoraciones, convertidas en 1932 en simple chatarra sin valor, igual que los propios excombatientes. Resultaba prácticamente imposible negar la realidad. La clase, definida en términos de dignidad, se había transformado en una noción cada vez más incierta.

La Gran Depresión suscitaba en la mente de muchos la idea del desperdicio. Vidas desaprovechadas, tierras baldías, despojos humanos… El desplome bursátil puso en evidencia la pavorosa cara oscura del tan cacareado sueño americano: la de la impredecible e inevitable movilidad social descendente. Los tradicionales signos de la pobreza empezaban a verse por todas partes. Las «Hoovervilles», como se llamaba a los asentamientos de casuchas en honor del presidente, no habían brotado únicamente en Washington, sino también en los arrabales y vertederos de Nueva York. La ciudad de San Luis tenía la dudosa distinción de contar con la mayor barriada de barracas del país, habitada por mil doscientos hombres. Por orden del alcalde, las infraviviendas de Chicago fueron pasto de las llamas. Los pobres ya ni siquiera podían ser considerados parias, «intocables» o vagabundos. [626]

La línea divisoria que separaba a los necesitados de las clases medias y trabajadoras comenzó a mostrar síntomas de una mayor permeabilidad. Los pobres eran simplemente hombres y mujeres en paro, y quienes todavía conservaban un empleo bien remunerado tenían la clara sensación de que podían acabar sufriendo el mismo destino. La novela de Edward Newhouse titulada *You Can't Sleep Here* , publicada en 1934, captó con vigor narrativo esos temores al situar el marco del relato en un conjunto de chabolas de la ciudad de Nueva York. Según explica Newhouse, los fines de semana cientos de personas se presentaban en los maltrechos cuchitriles para contemplar a los habitantes de las desvencijadas casuchas como si se tratara

de «monos enjaulados». Sin embargo, en lugar de observarles con repugnancia, lo que esos «turistas domingueros» se preguntaban era si ellos mismos no estarían llamados a seguir los pasos de aquellos desdichados. [627]

Los viejos estereotipos sonaban ahora a hueco. La movilidad social (entendida en su sentido ascendente) no constituía ya un destino ni una meta a alcanzar. Tampoco era una escala por la que trepar a base de diligencia y trabajo duro. En una novela autobiográfica de 1935 titulada *Nada que esperar* , el autor, Tom Kromer, aborda el problema de los vagabundos y pedigüeños, y en ella expone inmejorablemente el estado de cosas reinante al señalar que su existencia no le conducía a ningún sitio: «Lo que tengo delante es lo mismo que he dejado atrás. Mi vida se ha agotado antes de empezar». El «individualista convencido», al que durante tanto tiempo se había admirado por su espíritu competitivo, aparecerá retratado en la literatura de los años treinta con los rasgos de una persona despiadada y codiciosa. Ahora se denunciaba que los más descollantes titanes del mundo empresarial apenas eran otra cosa que «hombrecillos encumbrados». Un banquero de Nueva York dedicado a las inversiones especulativas lo señalará con sorna: «El nivel de vida de los estadounidenses —esa condición de la que tanto han alardeado varias administraciones, henchidas de jactanciosa vanidad— [es] hoy motivo de guasa internacional». La «ciudad encaramada en la cima de un monte», el faro de esperanza del mundo, yacía en ruinas. [628]

Margaret Bourke-White echará mano de su cámara para dar cauce a la nueva mirada crítica. Esta fotógrafa, que trabajaba para la revista *Life* , plasmó en uno de sus clichés a un conjunto de afroamericanos puestos en fila para recibir una ayuda. En la cola hay hombres y mujeres, y en todos ellos se aprecia una expresión sombría. El enfoque los sitúa frente a una estridente valla publicitaria en la que puede verse a una familia de cuatro miembros, sonrientes y de rubicundas mejillas, cómodamente sentados en el hermoso automóvil que conduce el padre durante un paseo festivo: eso era, ni más ni menos, lo que presidía la grisácea hilera de damnificados de la reciente inundación del valle del río Ohio. El sarcástico contraste entre ambas imágenes fue como una bofetada para los lectores de la publicación, y lo mismo puede decirse de los estruendosos lemas de ese caricaturesco cartel propagandístico que idealizaba escandalosamente a la familia blanca de clase media: «El nivel de vida más alto del mundo»; «No hay estilo

social que pueda compararse con el norteamericano». Cuando se divulgó esta fotografía, en el año 1937, la mayoría de los estadounidenses habían aceptado ya la desagradable verdad de la situación en que se encontraba el país: la igualdad de oportunidades era un enorme espejismo. En ese mismo número de *Life* había instantáneas en las que podían verse grupos de negros encadenados y obligados a levantar diques en Tennessee. [629]

Bourke-White elaboró ese mismo año otro libro de fotografías de similares características. En esta ocasión su objetivo consistía en cuestionar el mito de una sociedad sin clases. Durante una visita a Muncie, la ciudad de Indiana que el estudio sociológico *Middletown* había hecho famosa en 1929, [630] la fotógrafa vendría a poner en tela de juicio la idea de que esa comunidad mostrara todos los rasgos de lo «típicamente norteamericano», pese a que eso fuera presuntamente lo que había acabado por representar. Los habitantes del pueblecito se enfadaron muchísimo al comprobar que Bourke-White había mostrado el interior de sus domicilios y denunciado el contraste entre el cuchitril de un blanco pobre del «barrio de los cobertizos» y el opulento salón de una de las familias más acaudaladas. Sus críticos la acusaron de centrar el objetivo de la cámara en la «corteza superior» del «pastel social» para después apuntar al «rezumadero del fondo» y pasar por alto la parte mollar de sus «capas intermedias». Sin embargo, ese era justamente su propósito. No había un solo representante del estilo de vida norteamericano. [631]

Las metáforas del «quebranto» del mercado de valores y la subsiguiente «depresión» evocaban a las claras la imagen de un desmoronamiento físico. Un observador de notable escepticismo comparaba el desplome de Wall Street con los hipogeos egipcios, en los que solo se conservaban «la ruina de las ilusiones y las falsas esperanzas». Los paisajes del campo y la ciudad competían en decadencia: pueblos fantasma de tiendas y bancos tapiados o cerrados con tablones, gente haciendo cola para recibir un pan de caridad…; símbolos ambos de ociosidad e indigencia. Las granjas del medio rural, marcadas en su día por una lustrosa prosperidad, se habían agostado o yacían semienterradas en el polvo, y en los campos fértiles se abrían las cavernosas cicatrices de los ramblazos. La palabra «depresión» se convirtió en sinónimo de lo que el gobernador de Virginia había querido señalar en el siglo XVIII al calificar de «sumidero» a su vecina, la empobrecida Carolina del Norte. [632]

En los escritos que inundaron tanto los periódicos como los informes del Gobierno en la década de 1930, el fracaso económico se asociaba con la vieja noción de las tierras baldías. En 1935, al hacerse cargo de la Sección Histórica de la Oficina de Reasentamiento, [633] Roy Stryker contrató a un equipo de fotógrafos de gran talento y les pidió que reunieran imágenes de los campos yermos tachonados de alquerías abandonadas y de las largas fajas de terreno que habían quedado destruidas como consecuencia de los vendavales, las polvaredas, las riadas y las avenidas, todo ello causado a su vez por unas prácticas agrícolas bárbaras, la irresponsable explotación forestal y las agresivas técnicas de la minería tradicional. En este constructo literario y visual de la realidad que imperaba a ras de suelo, la identidad de clase pasó a ser algo más que un terreno resbaladizo: su naturaleza se aproximaba más a la errática aparición de los costurones que los humanos excavaban en los barrancos. En las numerosas instantáneas difundidas por la Administración de la Seguridad Agrícola, la gente aparecía dispersa, sentada en cuclillas en los caminos, exhausta, derrotada, desvalida, a la deriva… La ausencia de labriegos enfaenados transmitía su inconfundible y peculiar mensaje; uno de los relatos de la revista *Life* explicaba que se hacía muy difícil «ver» la depresión en el simple hecho de que «las cosas no se estuvieran haciendo». El fotógrafo documental Arthur Rothstein realizó un estremecedor reportaje gráfico sobre una comunidad agrícola de Ohio.



Una impactante imagen de Arthur Rothstein en la que se aprecia la erosión y las tierras baldías de un aparcero (1937). Profundas cárcavas cortan a cuchillo la tierra de Alabama frente al desalentado arrendatario, que se apoya, indefenso, en un ángulo del granero.

Las tierras erosionadas de una aparcería, condado de Walker, Alabama, Arthur Rothstein, 1937, LC-USF34-025121, Departamento de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C.

En una de sus instantáneas apenas se entrevé otra cosa que unos cuantos edificios, sin una sola persona. Rothstein enfocó la cámara hacia una señal hincada en el lodo congelado en la que campeaba el nombre de la población, aún desprovista de municipio. El cartel proclama: «Utopía». [634]

Henry Wallace, el ministro de Agricultura de Franklin D. Roosevelt, argumentaba que los factores que siempre habían dado a Estados Unidos su carácter único eran dos: el hecho de ejercer una constante «presión sobre los recursos sociales» y la creencia generalizada de que el país disponía de «unas tierras ilimitadas e inagotables». Sin embargo, el continente no era

infinito y en 1934 el Gobierno había dado por oficialmente clausurada la frontera salvaje. [635] Escritores de todo pelaje y expertos agrícolas lamentaban al alimón la gran cantidad de tierra fértil que se llevaban a diario los ríos de Norteamérica, a lo que añadían que el erial resultante se estaba viendo agravado a causa de la construcción de diques. De este modo, la Gran Depresión adquirió los visos de una turbulencia acompañada de un aplanamiento de las clases sociales puesto de manifiesto por medio de un desordenado conjunto de imágenes de tierras erosionadas. El lavado del mantillo y la acumulación de ruinas quedaban reflejados, a su vez, en el barrido de las diferentes clases de personas que, revueltas y abandonadas, se habían visto obligadas a emigrar masivamente a causa del desastre económico. En el ensayo fotográfico de Dorothea Lange titulado *An American Exodus* , de 1939, las imágenes captan la transformación del paisaje en un verdadero páramo. El fenómeno del «Cuenco de Polvo» vivido en el centro de Estados Unidos, [636] además de levantar grandes nubarrones de tierra, había expulsado a muchísima gente de sus hogares, obligándola a echarse a la carretera y a vagar sin rumbo, «como otras tantas partículas de arena». [637]

En los años treinta, los blancos pobres seguían ocupando la primera plana de la conciencia norteamericana. Las infraviviendas del Ejército del Bono eran una manifestación urbana del antiguo chamizo del ocupante ilegal. Los aparceros de los estados del sur continuaban instalados en cabañas destartaladas, convertidos en una fuerza laboral migratoria extremadamente móvil que era la antítesis misma de la independencia económica. Tras la sequía y los vendavales de viento que habían azotado el centro del país en los años centrales de la década, la atención de los medios quedó fija en los *okies* y los *arkies* . [638] Familias enteras, amontonadas en sus viejos cacharros, cargados hasta los topes con todas sus pertenencias, se dirigían al oeste, a California, y por el camino establecían campamentos a lo largo de las principales carreteras. Se hacían visibles en los caminos de El Dorado estadounidense, ansiosos por aceptar un empleo como recolectores. Siendo obreros y emigrantes, se daban a sí mismos el mote de *migs* , pero otros les colgarían las etiquetas de «trotamundos con neumáticos» o «chabolistas sobre ruedas». En su «Talking Dust Bowl Blues», el legendario cantante popular Woody Guthrie dará voz al tema de los automóviles convertidos en precarios domicilios ambulantes con la letra de la balada titulada «I swapped my farm for a Ford machine». Como ya ocurriera con los

refugiados de Arkansas que afluyeron en tromba a Misuri durante la guerra civil, los *migs* , obligados al vagabundeo y el nomadismo, acabaron formando una suerte de versión moderna de las antiguas caravanas. John Steinbeck y John Ford hicieron célebre esta trashumancia de lado a lado del país; Steinbeck en 1939, con su magnífica y muy leída novela *Las uvas de la ira* , y Ford mediante la sombría e inquietante película del mismo título, filmada en Hollywood en 1941, en la que expone la dura peregrinación de Tom Joad. [639]

Otra imagen caótica fue la ofrecida por el movimiento conocido con el nombre de «Vuelta al Campo», que dio lugar a la creación de un gran número de comunidades rurales. En algunos casos, estos grupos decididos a abandonar la vida urbana contaban con cabecillas dispuestos a hablar sin pelos en la lengua. Ralph Borsodi, que había fundado una granja basada en la economía de subsistencia a las afueras de la ciudad de Nueva York, contribuiría más tarde a organizar una aldea cooperativa en las cercanías de Dayton, en Ohio. Y en otros estados surgieron iniciativas similares. El periodista sureño Charles Morrow Wilson decía que estas gentes eran «campesinos estadounidenses», pero quizá sea más exacto definirlos como herederos de los colonos dieciochescos de la Georgia de James Oglethorpe. Uno de esos clanes de activistas, cuyos miembros eran originarios de Tulsa, fundó una comunidad en la meseta de Ozark. Instituyeron asimismo una compañía mercantil muy similar a las viejas sociedades limitadas, y establecieron una serie de ordenanzas que decretaban que todos los integrantes de la comuna compartían la propiedad de la tierra y tenían derecho al voto. Vendían madera, criaban cerdos y pollos y reparaban los desmañados cobertizos de la hacienda. Y no olvidaron construir una escuela. [640]

A diferencia de los granjeros en régimen de arrendamiento o aparcería de Arkansas, los colonos de Tulsa eran propietarios de sus parcelas; sin embargo, el valor de las mismas era muy escaso y esta condición les condenaba al nivel de la economía de subsistencia. Las pautas que se impusieron en Arkansas, por el contrario, se revelaron bien distintas. En este caso, cerca del 63 por ciento de los agricultores trabajaban como arrendatarios. Los *arkies* no eran como sus camaradas de Tulsa, ya que en muchos casos no solo disponían de una buena formación, sino que estaban dispuestos a trabajar de forma colectiva y a idear planes de futuro. Puede que llevaran una existencia proletaria, igual que la escoria blanca, y que

residieran en casuchas, pero al mejorar la situación económica del país, estos labriegos temporales regresarían a la vida urbana de la que habían venido. Para ellos, la tierra había sido un «refugio», no un factor que definiese de forma permanente su identidad de clase. [641]

El movimiento de la «Vuelta al Campo» influyó de manera muy notable en las nuevas políticas económicas de Roosevelt. Esto explica y da sentido al hecho de que en 1933 el puesto de primer director del Departamento de Granjas de Subsistencia recayera en Milburn Lincoln Wilson, un cualificado científico social experto en cuestiones agrícolas. El objetivo del Gobierno era doble: por un lado, consistía en dar a los arrendatarios y los comuneros la formación y los recursos necesarios para ascender por la escala social y, por otro, tenía la meta de proporcionar ayuda a las gentes de la ciudad que habían quedado en el paro. Tal y como sucedía con las tierras yermas, a las que era preciso vivificar, también los desposeídos requerían de una reactivación. La tierra no representaba solo una fuente de beneficios, recalcaba Lincoln Wilson, era asimismo parte integrante de una «comunidad democrática [*sic*] bien articulada», [642] es decir, de un colectivo cuya capacidad de tener en cuenta la resiliencia de las familias redunde en una mayor unidad de la gente. Según el grandioso plan de Wilson, las comunidades granjeras constituían un laboratorio, una demostración de que el Gobierno podía suavizar los efectos de la debilitada economía nacional y propiciar que las familias rurales y urbanas de ingresos reducidos hallaran ocasión de convertirse en propietarios autosuficientes. Se concedieron préstamos a largo plazo a los grupos familiares que participaron en el programa a fin de que pudieran adquirir sus casas. El proyecto contribuyó a mejorar el alojamiento de los desempleados y tomó medidas para humanizar las condiciones de vida de los blancos pobres. [643]

En sus más visionarias declaraciones, Wilson señalaba que el concepto de la rehabilitación social era un proceso que implicaba echar una mano a los mineros del carbón estancados en puebluchos abandonados, aliviar la situación de los obreros de las fábricas que habían tenido que desplazarse por haberse quedado sin trabajo y asistir a los aparceros atrapados en campos improductivos. Se trataba, en suma, de que el Estado arrimara el hombro y ayudara a emprender una nueva vida a todos cuantos lo necesitaran. La granja moderna que Wilson había diseñado era un punto de anclaje de la auténtica democracia, ya que de ella salía «una ciudadanía sólida y no servil». Si en algún momento se adoptaron medidas

verdaderamente proactivas para la creación de la república de propietarios rurales de Thomas Jefferson, fue sin duda entonces.

Inevitablemente, los pobres de los estados del sur estaban llamados a convertirse en una de las mayores preocupaciones de este departamento estatal. Wilson concentró su atención en el sistema de monocultivo del sur y en las «zonas de chabolismo rural», cuya sola existencia garantizaba la fijación de un pernicioso ciclo que abocaba a la pobreza, generación tras generación, a los aparceros más humildes, fuesen blancos o negros. Las dos terceras partes de los arrendatarios de la nación se encontraban en el sur, y a su vez, el 66 % de esos labriegos eran blancos. Nunca se reiterará lo suficiente la importancia de estos datos. La dolorosa situación en que se vio sumido el campo durante la Gran Depresión dejó al descubierto tanto la inveterada dependencia del sur de las tierras de paupérrimo rendimiento como el gran número de granjeros pobres atados a ellas. [644]

De este modo, el Gobierno federal consiguió que el país centrara la atención en el opresivo entorno clasista que imperaba en el sur. La granja pasó a ser un símbolo de seguridad, tanto en términos de clase como de sustento o normalidad. En 1935, el Departamento de Granjas de Subsistencia publicó un panfleto en el que se exponía el fuerte contraste entre los lóbregos y deprimentes barracones de los mineros del carbón de Virginia Occidental y las flamantes y luminosas casas de labranza que promovía el Gobierno (representadas mediante una imagen publicitaria en la que se incluía a unos niños jugando al aire libre, sobre la hierba). Un año después, el Comité de Arrendamientos del presidente de Estados Unidos dejaría las cosas aun más claras al comparar los peldaños de la escalera de mano del labriego con los barrotes de una prisión. La aparcería era una celda, y la posición de clase, un calabozo. Los blancos pobres aparecían literalmente encadenados a la tierra exhausta y sus grilletes les encerraban en unos chamizos pésimos que en modo alguno podían considerarse hogares. En el sur, no solo los convictos se hallaban cargados de cadenas. [645]

En su estudio de 1936 —titulado *Preface to Peasantry* —, Arthur Raper, una de las principales autoridades en materia de arrendamientos de todo el sur, expondrá los detalles de la situación. La mayor parte de los aparceros sureños estaban endeudados con los terratenientes, apenas disponían de dinero en efectivo, carecían de educación y seguían sometidos al acoso del anquilostoma y la pelagra. Pero, a diferencia del fugitivo James Allen, no

podían huir a ninguna parte. Era raro que los blancos pobres permanecieran más de dos o tres años en una misma plantación. En los meses de invierno se les veía enfaenados con sus carretas, en las que amontonaban a sus hijos, metían sus cachivaches y se echaban a la carretera. Este fenómeno anual de la dispersión de los aparceros del sureste ya era corriente antes de que se produjera el éxodo masivo de *okies* y *arkies* al oeste. [646]

El funcionamiento de todo el sistema se basaba en la coerción y la dependencia. Los propietarios de la tierra no querían que sus arrendados levantaran la cabeza, ya que en tal caso no podrían controlarles con tanta facilidad. El mejor trabajador era el jornalero hambriento, o eso creían al menos muchos de los cultivadores de algodón del sur. A nadie —ni a los aparceros ni a los terratenientes— le suponía un problema que los niños y las mujeres trabajasen en los campos. Por todo ello, la educación constituía un elemento crucial del programa de las granjas de subsistencia. Sus potenciales destinatarios no solo necesitaban que se les instruyera en las modernas prácticas agrícolas, también precisaban escuelas, iglesias y formación, sobre todo para conocer los métodos de la producción casera de alimentos. Además, Wilson incorporó a su plan un elemento psicológico frecuentemente ausente en las variantes tradicionales de la caridad. En el caso de los blancos pobres esto significaba superar la sensación de no ser «más que escoria», una raza desprovista de la capacidad de cambiar. El programa de las granjas de subsistencia consiguió probar que todos los blancos pobres eran personas completamente normales. [647]

Henry Wallace, el ministro y colega de Wilson, enfocaba las cosas de manera muy parecida. La presunta herencia inferior no tenía nada que ver con la pobreza rural. Como titular de la cartera de Agricultura, Wallace predijo que, si se sacaba a cien mil bebés de familias de blancos pobres de sus «ruinosas chabolas» nada más venir al mundo y se tomaba en idénticas condiciones a otros cien mil chiquillos y chiquillas de las casas más acaudaladas del país, proporcionando después a ambos grupos la misma comida, educación, alojamiento y experiencias culturales, se comprobaría que, una vez llegados todos a la edad adulta, no había entre ellos la menor diferencia, ni intelectual ni moral. Las «competencias superiores» no constituían «un rasgo exclusivo de ninguna raza ni de ninguna clase». En su reacción contra las fantasías arias de Adolf Hitler, Wallace señaló que por más que un «maestro criador» se empeñara en crear generaciones y generaciones de grupos de personas del mismo color de piel, cabello y ojos,

al final no conseguiría engendrar otra cosa que un contingente de «morones rubios». [648]

Tanto Wilson como Wallace desacreditaron la idea de que la clase (e incluso la raza) fuera fruto de una predeterminación biológica. Wallace insistía en que era sumamente importante comprender los motivos de la inseguridad de clase. Con el tiempo, advertía, los beneficios económicos tendían a afluir a manos de los individuos más fuertes y sagaces de la sociedad, de modo que, si el Gobierno no ponía en marcha restricciones y mecanismos de compensación, la situación evolucionaría en la dirección de una «autocracia económica» y terminaría dando paso al «despotismo político». Con unas palabras que despiertan ecos muy similares a los que evocan los críticos que hoy mismo deploran que la riqueza esté concentrada en el 1 por ciento de los norteamericanos más encumbrados, Wallace ya argumentaba en 1936 que no había forma material de concretar la libertad si «las 36 familias que ocupan la cúspide de la pirámide social obtienen los mismos ingresos que doce millones de unidades domésticas de los estratos inferiores». [649]

La Gran Depresión reveló que la libertad de unos cuantos —de los selectos o los privilegiados— no era de ningún modo una libertad verdadera. En un notable artículo publicado en 1933 con el título de «The New Deal and the Constitution», un popular escritor de la época llamado John Corbin puso en tela de juicio las proclamas de los estadounidenses convencidos de que su país disfrutaba de una libertad de singular virtud. Les planteaba una pregunta retórica: «¿Puede juzgarse libre una nación que se encuentra periódicamente al borde de la bancarrota y la hambruna pese al hecho incontrovertible de poseer todos los elementos materiales conducentes a la vida buena?». Lo que pretendía señalar era que la libertad quedaba en entredicho si los ciudadanos permitían que la mayoría de las personas se vieran inmersas en un marasmo de pobreza y sometidas a una permanente inseguridad económica. La regulación, la planificación regional y el reajuste (término este último que habría de ser uno de los predilectos del New Deal) eran necesarios para corregir los abusos del mercado, controlar la explotación de los recursos naturales y ajustar los desequilibrios de clase. Y si se querían alcanzar esas metas, lo que había que hacer «no era destruir el individualismo, sino protegerlo», por emplear la expresión del propio Roosevelt. Wilson, Wallace y Corbin coincidían en que no era posible seguir manteniendo las viejas doctrinas del *laissez-faire* y en que la

tesis de la frontera, que daba por supuesto que la emigración al oeste había aliviado la pobreza de muchas familias, había dejado de responder a la realidad. A juicio de Wilson, la «gran fuerza desorganizadora de la Depresión» había sido «una enorme y prodigiosa mano negra». A diferencia de la mano invisible con la que Adam Smith aludía al libre mercado, la mano negra de Wilson representaba los peligros de una economía desregulada, concretados en la movilidad social descendente y en el desmoronamiento de un sinfín de vidas. [650]

Pero la clase de los aparceros y los comuneros pobres no solo constituía una jaula o una cárcel de la que resultaba imposible escapar, también era una de las causas de lo que Henry Wallace denominaba la «erosión humana». Era esta depauperación de la persona lo que determinaba la degradación de la tierra, y no al revés, afirmaba. El trabajo de una granja en régimen de aparcería era el perfecto ejemplo de este proceso: no había nada que incentivara a los arrendatarios a cuidar de los campos, que a duras penas les procuraban lo justo para sobrevivir, y, por otra parte, a los terratenientes no les interesaba invertir sus caudales en la conservación de la tierra. La verdadera causa de la erosión humana era la amplia disposición de los norteamericanos a tolerar el desperdicio. De hecho, esa actitud era un reflejo del vasto problema social de la devaluación del trabajo y el valor de los seres humanos. [651]

No obstante, Wallace también destacaba algunos elementos positivos en los estadounidenses de la campiña, ya que tenían más hijos que sus homólogos urbanitas y desempeñaban un papel crucial en la construcción de la sociedad. «De la tierra sale la savia misma de la nación», explicaba, en referencia a «los jóvenes que se criaban en las granjas». En términos inequívocos, Wallace instaba al país entero a «cerciorarse de que su clase reproductora se hallara suficientemente bien atendida, a asegurarse de que la nación no se contaminara en el propio hontanar de su energía vital». Esa era precisamente la señal de alarma que John Ford trataba de transmitir en la versión cinematográfica de *Las uvas de la ira* , en uno de los diálogos de mamá Joad: «Los tipos ricos […] tienen hijos débiles y desaparecen, pero nosotros salimos adelante […]. Y así será siempre, *Pa* , porque nosotros somos el pueblo». Las gentes de ciudad necesitaban «al pueblo», precisaban de su fecundidad. Era como si Jefferson y Franklin estuvieran susurrando sus convicciones al oído de Wallace, Steinbeck y Ford, como si todos ellos continuaran promoviendo la vieja idea británica de que el poderío de la

nación se hallaba inquebrantablemente unido al crecimiento demográfico. [652]

Por desgracia, el Departamento de Granjas de Subsistencia empezó a encontrarse en una serie de graves aprietos. En primer lugar, la financiación que recibía era muy escasa; en segundo lugar, el proceso burocrático de aprobación y creación de comunidades agrícolas avanzaba con demasiada lentitud. Y para colmo, el organismo se enfrentaba a un desafío jurídico que amenazaba con dar al traste con todo el programa de ayudas. En vista de la situación, el presidente Roosevelt dictó en 1935 una orden ejecutiva con la que vino a fundar una institución enteramente nueva, el Departamento de Reasentamiento. El elegido para dirigir los destinos de la nueva entidad fue Rexford G. Tugwell, un excatedrático de Economía de la Universidad de Columbia. Tugwell era una figura carismática de aguda inteligencia y ejerció una notable influencia en el enfoque general con el que la nueva política de Roosevelt abordó el problema de la pobreza. [653]

A diferencia de los planes del organismo que lo había precedido, los del Departamento de Reasentamiento obedecían al claro mandato de ayudar a los pobres de las áreas rurales. Sus funcionarios adquirieron tierras marginales caracterizadas por su paupérrimo rendimiento, reasentaron a los aparceros, hicieron extensivas sus medidas de cobertura a las víctimas de la sequía, acordaron con los médicos locales la procura de atención sanitaria a los granjeros (dispensada en régimen de cooperativa), devolvieron la productividad a los campos agostados y supervisaron los campamentos destinados a alojar a los trabajadores emigrados, sobre todo en California. Entre sus objetivos centrales destacaba la oferta de préstamos orientados a la introducción de mejoras en las granjas y la ayuda a los arrendatarios, a los que se enseñaba a contar con unas condiciones de vida más prósperas y a convertirse en propietarios de una granja. De hecho, todos estos servicios acrecentaron el alcance del programa que ya se había puesto anteriormente en marcha con el propósito de instituir comunidades experimentales. El Departamento de Reasentamiento, y su sucesor, el de Seguridad Agrícola, creado en 1937, abrieron un conjunto de sucursales regionales. En 1941, ya había gestores del proyecto en todos los estados del país. Además, lo que Tugwell iniciara en 1935 hallaría continuidad en Will Alexander, su sustituto al frente de la entidad. Alexander, que era hijo de un granjero de la meseta de Ozark, fue el primer sureño en dirigir una institución de lucha contra la pobreza rural animada por los principios de la nueva política

económica de Roosevelt. Tanto el Departamento de Reasentamiento como la Administración de la Seguridad Agrícola eran instituciones muy bien informadas y organizaron atinadas campañas publicitarias. Y a la vanguardia de sus esfuerzos se encontraba la unidad fotográfica de Roy Stryker, que distribuía imágenes magníficas a los principales medios de prensa. [654]

En el ejercicio de su cargo, Tugwell se dedicó a dar conferencias, a intervenir en programas de radio y a escribir artículos. En *The New York Times* resumió el perfil de los planes del Departamento de Reasentamiento en cuatro puntos con la inicial «R»: retirar de los circuitos agrícolas las tierras malas o empobrecidas, reubicar a los pobres de las zonas rurales, reasentar a los que se encontraran desempleados en los barrios periféricos de clase media de las ciudades y rehabilitar a las familias dedicadas al trabajo del campo. Como activista, sin embargo, Tugwell no se comportaría exactamente como un seguidor de Jefferson. En su particular cosmovisión, la explotación agrícola no representaba un espacio sagrado en el que cultivar las virtudes humanas, era mucho más habitual que se tratara del escenario de una ingrata lucha contra el «cruel y malhumorado suelo». En consecuencia, el exceso de trabajo se convertía en una fuente de padecimientos para los granjeros, que además vivían en casas de mala calidad y se hallaban inmersos en una «monotonía tan atroz como perturbadora». En lugar de los pequeños y saludables propietarios rurales que preconizaba, lo que la teoría de Jefferson había propiciado era el surgimiento de varias generaciones de «despojos humanos»; el deseo de la universalización de la propiedad de la vivienda era simplemente un sueño descabellado. [655]

Si algo definía a Tugwell era el hecho de concebir ideas controvertidas. Convencido de que la mayoría de los aparceros no votaban a causa del impuesto de capitación, convirtió su eliminación en uno de los requisitos para que los estados pudiesen conseguir préstamos para la creación de alquerías. Si se quería transformar el sur era preciso inclinar la balanza del poder, y la participación de los blancos pobres en los comicios podría darles la oportunidad de cuestionar el *statu quo* . Pese a que los políticos más cínicos siguieran considerándoles una pandilla de «vagos, haraganes e inútiles», Tugwell continuó intentando darles visibilidad en tanto que bolsa electoral digna de consideración. El departamento que él presidía fue verdaderamente proactivo. [656]

La oposición a estos programas se produjo por la reacción de los intereses creados, en particular los de las grandes compañías agrícolas y los sureños opuestos a toda política orientada a tomar en consideración (o a intentar subvertir) el orden de las clases sociales. El más destacado representante de esta muchedumbre adversa fue el senador Harry F. Byrd, de Virginia, que dio voz a la pedestre convicción de que los «sencillos “montañeses”» no merecían disponer de electricidad o refrigeradores y ni siquiera valía la pena proporcionarles un aseo interior. En este caso, «sencillo» significaba «primitivo», es decir, gente incapaz de aspirar a un estilo de vida digno. [657]

Para el coro de críticos, Tugwell era un «prosélito rosa» (es decir, un liberal de tendencias comunistas). Los republicanos se burlaban de él valiéndose de algunas estrofas de una conocida canción de 1933: «Did You Ever See a Dream Walking?». Tugwell era eso, «un sueño ambulante», puro humo filosófico. Se aseguraba que era un progresista y un consentido del Gobierno que no encontraba incongruente «hacerle guiños a Marx» y al mismo tiempo «lamerle las botas a Madison», al que adoraba por haberle dado la idea de una Constitución de superlativa flexibilidad. De algún modo, al mezclar a estos personajes históricos tan dispares, Tugwell revelaba ocultar una «peluca rusa bajo el sombrero de padre fundador». Otro periodista señalaba que el «tugwellismo» no era una cuestión que derivara tanto del hombre como de los tiempos, lo que significa que se trataba de un resultado: el de la pugna en que se habían enzarzado todos cuantos buscaban posicionarse en la política de clases y contendían por el título de legítimos defensores de los blancos pobres. En los planos más superficiales, con su «aspecto de informalidad cuidadosamente estudiada» y sus desenfadados cuarenta y tres años, este Tugwell, educado en las mejores universidades estadounidenses, se presentaba envuelto en una altiva aureola y parecía considerar que el género humano era un objeto de «experimentación». Por consiguiente, desde el punto de vista de sus críticos, nada había en Tugwell que sugiriera una comprensión bienintencionada de la América rural. [658]

Sin embargo, el propio Tugwell se negó a participar en el melodramático debate que suscitaba el examen de lo que significaba ser «un hombre del pueblo». Estados Unidos ya tenía una historia suficientemente larga de políticos volcados en fingir que se identificaban con el honesto labriego. En el sur, la mascarada era algo más que un mero pasatiempo, ya que en

realidad todo se reducía estrictamente a eso. Por más que se hubiera criado en una granja dedicada a la producción de leche en la parte alta del estado de Nueva York, aquel erudito de cerebro privilegiado metido a asesor de un alto cargo no podía pretender una ascendencia pareja a la del cateto del campo ni lucir los habituales tirantes rojos del típico granjero, como hacía, para completar su disfraz, uno de los críticos más vocingleros de la nueva política de Roosevelt, el gobernador de Georgia Eugene Talmadge. Tampoco era un payaso rústico del estilo de Huey Long, que, sin embargo, hipnotizaba al público. Y, desde luego, no se envolvía en la etiqueta de un apodo populachero, a semejanza del senador de Carolina del Sur, que se hacía llamar «Cotton Ed» Smith y que ya había desenterrado el hacha de guerra para oponerse al nombramiento de Tugwell como subsecretario de agricultura antes incluso de que Roosevelt le eligiera para dirigir el Departamento de Reasentamiento. Antes de que pronunciara el discurso de su confirmación en el cargo, los amigos de Tugwell le habían aconsejado que «adoptara los modales de un demócrata sencillo y familiar a fin de evocar en la mente de todos la imagen de la granja de toda la vida». Sin embargo, él se negó a representar la farsa. [659]

En 1936, un joven periodista de Washington llamado Blair Bolles acusó a Tugwell de cometer una serie de delitos antiamericanos. Bolles, que escribía en el *American Mercury* de H. L. Mencken, compartía la célebre e iracunda inquina que el director de la revista alimentaba contra los arribistas de cerebro de mosquito. El gacetillero sostenía que los pobres que se hallaban sometidos a la supervisión del Departamento de Reasentamiento estaban dispuestos a «arrastrarse» para hacerse un hueco en el «impersonal regazo» de la dependencia del Gobierno. Eran todos unos ilusos indignos de cualquier forma de ayuda. A estas alturas, la letanía nos resultará ya bastante familiar: estamos nuevamente en el tropo de los «patanes comearcillas», de los «esgrimidores de azadones» (es decir, de los aparceros de las zonas rurales más atrasadas que blandían sus aperos de labranza para conseguir un subsidio), de los «pobres urbanos que creen poder alcanzar el éxito en los verdes pastos» del Gobierno y, finalmente, aunque no por ello menos importante, en el de los «indios moradores del desierto». Se partía del presupuesto de que todas y cada una de estas castas constituía una cepa humana formada por individuos que simplemente no tenían donde caerse muertos. [660]

Los enemigos de la nueva política de Roosevelt arremeterían una y otra vez contra esa especie de regio burócrata que representaba para ellos Rexford G. Tugwell, al que no en vano apodaban «Rex». El aludido, además de enfurecer sin desmayo a los congresistas de la oposición, cuya lógica desbarataba, defendería el mecenazgo gubernamental con planteamientos tan pegadizos y populares como el de: «nunca se ayudará demasiado a estas gentes». Tugwell no era hombre que tuviera la paciencia necesaria para empantanarse en fraseologías sobre la ilusión de la democracia ni para hacerse pasar por un hombre del pueblo o derrochar energías en la huera retórica de la igualdad de oportunidades. Convertido en «la voz urbana de las tierras vírgenes», tuvo la audacia de poner en tela de juicio la credibilidad de la vieja y quimérica convicción de que las fronteras que separaban a las clases sociales norteamericanas eran permeables y que todo cuanto se precisaba para alcanzar el éxito era trabajar con ahínco. [661]

El planteamiento de clase de Tugwell era muy sencillo. Resumió claramente sus ideas en un discurso pronunciado en 1934 en Kansas City. En él explicó que a lo que en verdad apuntaba el manido sonsonete del «individualismo insobornable» era a «la disciplinaria imposición de reglas a las masas para beneficio de las élites». La misión de la nueva política de Roosevelt consistía en lograr que el individualismo resultara una opción accesible a todos cuantos se veían habitualmente privados de la posibilidad de disfrutarlo, liberando a la mayoría del encarcelamiento virtual a que les sometían las minorías pudientes. Como ya preconizaran en su día Thomas Jefferson y Henry Wallace, también Tugwell creía que la concentración de poder en la cúspide de la pirámide social destruía la democracia. Sin embargo, a semejanza de James Madison, el padre fundador al que más admiraba, Tugwell confiaba en que el Estado pudiera actuar como un árbitro neutral facultado para mediar entre los distintos conjuntos de intereses contrapuestos. Asimismo, creía que, en la situación de emergencia derivada de la Gran Depresión, el Estado estaba obligado a interceder en favor de los más necesitados a fin de impedir un agravamiento de las distinciones de clase. [662]

Tugwell tenía la sensación de que la extensión de los préstamos a los granjeros era la medida del Departamento de Reasentamiento que más éxitos estaba consiguiendo, y también la que mayor consenso suscitaba entre los estadounidenses: en 1936, una encuesta de la compañía de análisis sociales Gallup descubrió que el 83 por ciento de los que respondieron al

cuestionario propuesto respaldaban sin fisuras el programa de ayudas. Sin embargo, las comunidades experimentales —que en prácticamente dos terceras partes de los casos se encontraban en el sur— no salieron en modo alguno bien paradas. Pese a no hallarse supeditada a la supervisión del Departamento de Reasentamiento, la localidad de Arthurdale, en la abandonada región de Reedsville, en Virginia Occidental, cuya principal actividad había girado en otro tiempo en torno a la minería del carbón, se transformó en uno de los más destacados blancos de los ataques. Esta comunidad experimental —que ocupaba constantemente las páginas de los periódicos y los noticiarios radiados debido a que era el proyecto preferido de Eleanor Roosevelt— se vio sometida a la acusación de ser un puro despilfarro de recursos económicos y una inmensa pérdida de horas de trabajo para los funcionarios del Departamento de Progreso de Obras. Un reportero del *Saturday Evening Post* esgrimió el argumento de que la mencionada comunidad ni siquiera estaba actuando como una entidad de auxilio a los necesitados porque el proceso de selección estaba sesgado y tendía a aceptar únicamente a los solicitantes que parecieran ofrecer garantías de un éxito seguro (en lugar de incorporar al plan a los individuos que necesitaban más urgentemente la ayuda gubernamental). Al final, el Congreso selló el fracaso de Arthurdale al negarse a respaldar una fábrica que producía muebles para las oficinas del servicio de correos estadounidense y que de ese modo proporcionaba a los integrantes de la comunidad una estable fuente de empleo. [663]

La sombra de Arthurdale fue muy alargada. La mala prensa que tuvo tiñó la acogida dispensada a otras comunidades planificadas, como atestiguó el director de la Administración de la Seguridad Agrícola en una comparecencia en el Congreso en 1943. No obstante, el mayor problema que suscitó el caso de Arthurdale radicaba en el hecho de que se hubiera insistido tanto en la propiedad de las viviendas. Incluso las comunidades que sí tuvieron éxito, como las situadas en las afueras de Birmingham y Jasper, en Alabama, fracasaron en su objetivo de aliviar la situación de los más pobres, ya que, al final, únicamente se logró la permanencia de los residentes de clase media. Sin subsidios, no valía la pena arriesgarse a conceder créditos a las familias más humildes. Uno de los habitantes de Palmerdale que estaba empleado en el *Birmingham News-Age Herald* explicaba que en realidad tenía dos oficios, a falta de uno: trabajaba en el periódico desde las nueve de la noche hasta primeras horas de la mañana y

después se iba a casa para ocuparse de sus campos. Es verdad que había conseguido que su familia quedara libre de toda deuda y que podía alimentar a sus hijos a base de latas, pero el modelo de las alquerías servía únicamente para duplicar los esfuerzos de este tipo de familias, y no para hacer que sobrellevaran mejor su carga. [664]

La publicidad que se divulgó a instancias del Departamento de Reasentamiento y la Administración de la Seguridad Agrícola contribuyó a generar una serie de expectativas muy poco realistas y dio pie a recortes en los periodos de ayuda. La propaganda mostraba fotografías de Palmerdale y Penderlea, en Carolina del Norte, en las que se veían casas de aspecto pulcro y ordenado, rodeadas de chiquillos en bicicleta. En cambio, en otras instantáneas se veía a un hombre embutido en un mono de trabajo y dedicado a tirar afanosamente de un arado obsoleto, en una escena que no solo parecía más propia de un daguerrotipo de la década de 1840, sino que no venía a cuento en la representación de un hogar moderno. Desprovisto prácticamente de otra cosa en la que sustentar su existencia simbólica, el pequeño propietario rural había quedado reducido a la condición de mero artefacto pintoresco (y artificial) del modo de vida anterior a la Gran Depresión: una existencia idealizada que los propios estadounidenses tenían por irreprochable. [665]

El proyecto que el Gobierno colocó como escaparate de su solución a la situación de los aparceros fue el de las alquerías de Penderlea, en Carolina del Norte. Las personas que residían en la comunidad no eran ricas, pero se las veía desenvolverse felices en «un entorno grato, bello y fraternal». Sin embargo, hace falta algo más que unas casas perfectas para alumbrar una localidad sin tacha. El sabotaje surgió en las filas mismas de los vecinos. Penderlea asistió a la aparición de camarillas, y la división acabó consiguiendo que los miembros de algunos grupos se negaran a participar en las actividades comunales y ridiculizaran a quienes intentaban hacer las cosas «ateniéndose al manual». También estallaron tensiones debido a que los integrantes de la comunidad se revelaron incapaces de adaptarse al contexto propio de la clase media —o rehusaron hacerlo—: había que levantar acta de todo y en detalle, en las reuniones era preciso atenerse a un conjunto de normas parlamentarias y las esposas de los residentes se encontraron con que el Gobierno había incluido en los domicilios un amplio abanico de productos y electrodomésticos que les eran completamente desconocidos. Los pasos en falso de la burocracia explican algunas de estas

dificultades, pero el factor que más alteraba la paz derivaba de la imposición postiza de una estructura de clases. No era fácil inculcar las costumbres de comportamiento de los miembros de las clases medias. [666]

Fue preciso crear más de una de estas poblaciones de casas y alquerías-modelo para impulsar la iniciativa. La explotación agrícola en régimen de cooperativa no formaba parte de las prácticas con arraigo en el sur, y menos aun entre los pequeños agricultores (o los aparceros). Tugwell entendió bien el problema. En general, los estadounidenses no eran contrarios a la promoción de comunidades planificadas y, de hecho, eso es justamente lo que explica que los proyectos favoritos del responsable del Departamento de Reasentamiento gozaran de tanta popularidad, como prueba el hecho de que, en el bienio de 1936 a 1937, las «poblaciones del cinturón verde» de Maryland (situadas justo a las afueras de Washington, D. C.), Milwaukee y Cincinnati recibieran la pasmosa cantidad de doce millones de visitantes. En estos proyectos, la instalación de las viviendas revolucionó los métodos de la construcción prefabricada y sentó las bases del crecimiento de los barrios periféricos que habría de producirse tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en materia de criterios de vivienda rural pública, el Gobierno federal no consiguió salvar la línea divisoria entre el norte y el sur, de modo que la gestión de los proyectos sureños tuvo que quedar en manos de responsables de esos mismos estados meridionales, tremendamente reacios a emplear el dinero de sus asignaciones en instalaciones o comodidades (como la simple dotación de agua corriente a las casas, por ejemplo).



Una de las imágenes más representativas de las granjas-modelo de Penderlea, en la Carolina del Norte de 1936. En ella puede apreciarse la extraña yuxtaposición de una vivienda moderna y un arado tirado por una mula. LC-USF33-000717-M2, Departamento de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C.

Alquerías de Penderlea, Carolina del Norte, 1936: LC-USF33-000717-M2, Departamento de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C.

Will Alexander, el hombre de Misuri que sustituyó a Tugwell al frente del Departamento de Reasentamiento, y que más tarde asumiría la dirección de la Administración de la Seguridad Agrícola, resaltará la persistencia del atraso sureño: «Si pudiéramos alojar a todas las familias campesinas de escasos ingresos con los mismos estándares que los daneses aplican a sus puercos, habríamos dado un gran paso adelante». Además, los políticos del sur también estafaban de otra forma, y no menos crucial, a los estadounidenses de las zonas agrícolas, dado que se cercioraban de que los jornaleros de las granjas quedaran excluidos del característico paquete de medidas de seguridad social que incluían los planes de la nueva política de Roosevelt. [667]

El mandato de Tugwell como jefe del Departamento de Reasentamiento fue muy breve —de apenas un año—, pero su influencia resultó mucho más duradera. El pronunciamiento estatal más tajante sobre los problemas que acuciaban a los granjeros pobres, contenido en un informe titulado *Farm Tenancy: Report of the President's Committee* , de 1937, muestra signos de que intervino en su redacción, igual que Wilson y Wallace. Y lo que no es menos importante, el documento refleja asimismo las percepciones de dos «regionalistas del sur»: Arthur Raper y Howard Odum. [668]

Howard Odum fue el que más se esforzó en cambiar los puntos de vista de los estados sureños y el carácter de «la gente pobre», como catalogarían a sus patrocinados algunos funcionarios gubernamentales de alto rango encargados de aplicar las medidas de la nueva política económica de Roosevelt. Odum era sociólogo y psicólogo. En 1920 había sido contratado por la Universidad de Carolina del Norte, que le puso a la cabeza de su Departamento de Sociología, un cargo que él compaginaría además con la responsabilidad de primer director de la Escuela de Bienestar Social. Nacido en Georgia, Odum había estudiado Literatura Clásica en Emory antes de doctorarse en Psicología en la Universidad Clark (cuya facultad había saltado a la fama tras la histórica y trascendental visita de Sigmund Freud). Más tarde defendió con éxito su tesis doctoral en Sociología en la Universidad de Columbia. Hombre de infatigable energía, Odum publicó veinticinco libros y cerca de doscientos artículos. Fundó asimismo la revista *Social Forces* , concebida como un foro en el que debatir nuevas maneras de enfocar los estudios del sur. Y todavía encontraba ánimos para criar ganado en su tiempo libre. [669]

Odum inició la estrecha relación que habría de unirle con el Gobierno federal después de que el presidente Hoover lo incorporara a la Comisión de investigación en tendencias sociales. No obstante, habría que esperar al año 1936 para que apareciera el ensayo de mayor alcance del catedrático Odum —*Southern Regions of the United States* —, un trabajo de más de seiscientas páginas que terminaría convirtiéndose en el principal recurso del programa económico de Roosevelt en materia de planificación regional. Uno de sus alumnos, el periodista Gerald W. Johnson, transformó su enorme volumen en un libro legible y popular al que pondría el solemne título de *The Wasted Land* . Arthur Raper, otro de sus más destacados estudiantes, firmaría el texto definitivo sobre la aparcería rural de los estados del sur y sería más tarde el investigador principal de la División de

Población Agrícola y Bienestar Rural del Negociado de Economía Agrícola. Odum colaboró asimismo con Roy Stryker, de la unidad fotográfica de la Administración de la Seguridad Agrícola, en la supervisión de un proyecto sociológico de tres años dedicado al examen de trece condados de Carolina del Norte y Virginia. [670]

El auténtico valor del trabajo de Odum radicaba en la inmensa cantidad de información que contenía. Consiguió probar que el sur había dejado que la erosión echara a perder 39.250.000 hectáreas de terreno [671] (una superficie mayor que las dos Carolinas y Georgia juntas). Esto había menoscabado las posibilidades de millones de personas, ya que había fomentado la pobreza y el analfabetismo, haciendo al mismo tiempo caso omiso del potencial humano de la población, a la que no solo había negado toda forma de acceso a la preparación tecnológica, sino también los servicios más básicos. El abrumador impacto de los datos que Odum había recopilado socavó toda tentación de caer en lo que el propio autor denominaba la nostalgia de *Lo que el viento se llevó* , es decir, la imagen colectiva que las élites del sur venían cultivando como sello de identidad propio. Odum era un sureño que ansiaba que se «dijera valientemente la verdad sobre la situación del sur». Estaba «harto del complejo victimista», decía, y del interminable ridículo que estaban haciendo esos estados sumidos en la autocomplacencia, la ignorancia y, por encima de todo, la pobreza. La mayor virtud de *Southern Regions of the United States* radicaba en el peso cuantitativo de los hechos que enumeraba, así como en el carácter objetivo de su enfoque. Así lo resaltaría también, por estos mismos años, el historiador del sur Broadus Mitchell, que explicaba que «el sur no necesita excusas ni pretextos, sino una clara exposición de lo que en él sucede». [672]

El principal propósito de la investigación de Odum se centraba en estudiar el destructivo legado del sectarismo. Según la interpretación que Broadus Mitchell hizo de los planteamientos de Odum, no existía ya justificación alguna para valerse de la opresión yanqui como forma de eludir la necesidad de cambios en el sur. A juicio de Odum, había además «muchos sures», así que lo que se precisaba era una visión *regional* . En su condición de ganadero, Odum consideraba que el axioma sectario era el responsable de la «endogamia cultural» y de la situación de «estancamiento» derivada, por un lado, de los movimientos de resistencia a la «fertilización cruzada de las ideas» y, por otro, de la negativa a participar en iniciativas ajenas al estado en el que uno mismo residiera. Al examinar las acciones que había

emprendido la Autoridad del Valle del Tennessee, Odum señaló que se trataba, sin posibilidad de error alguno, del proyecto de planificación regional más conseguido de todos cuantos habían sido impulsados al calor de las nuevas medidas económicas de Roosevelt. Dicho organismo había logrado acumular en siete presas monumentales la energía hidroeléctrica de los ríos locales, coordinando a los siete estados implicados y dando empleo a casi diez mil personas, todas ellas residentes en una región anteriormente azotada por una tremenda pobreza. Odum añadía asimismo que abrigaba la esperanza de que la Autoridad del Valle del Tennessee acabara «convirtiéndose en el cuadragésimo noveno estado» del país. La camisa de fuerza que suponía la atención a los derechos de los estados llevaba ya demasiado tiempo ahogando las expectativas de progreso del sur. [673]

Odum tenía razón en sus consideraciones sobre la Autoridad del Valle del Tennessee. Se trataba de un brillante ejemplo de planificación positiva. Ya solo sus embalses eran verdaderas maravillas de la ingeniería, elegantes y asombrosos logros de la arquitectura moderna. La gestión inteligente del medio ambiente permitía conservar el suelo; controlar las inundaciones, los episodios de malaria y la polución; reforestar los montes; y mejorar los métodos de fertilización, estrategias todas ellas que redundaban en un sensato uso de la tierra. Los sistemas ideados por la Autoridad del Valle del Tennessee dieron lugar a comunidades bien concebidas dotadas de bibliotecas, servicios sanitarios e instalaciones recreativas: todo lo que Wilson había prescrito para las aldeas de casas y alquerías-modelo. Había centros orientados a la capacitación agrícola, a la enseñanza de las técnicas de comercialización, a las reparaciones del automóvil y los equipos eléctricos, a los trabajos de mecánica y metalistería… En los institutos próximos se impartían asimismo clases de Ingeniería y Matemáticas, y en todas partes había oportunidades sin precedentes para la educación continua de los adultos. Autobuses repletos de libros llevaban la lectura y el estudio a las puertas mismas de las fábricas y los hogares. [674]

Odum sabía que iba a resultar extremadamente difícil vencer los prejuicios culturales. En 1938 envió cuestionarios a una serie de académicos distinguidos del país. A todos les pedía lo mismo: que definieran la significación que mejor se correspondía a su juicio con la noción de «blanco pobre». ¿Dónde y cuándo habían oído por primera vez esa expresión?, les preguntaba también. ¿Había diferencias estatales y regionales en el uso del término? ¿Dónde creían que podía haberse

originado el concepto? ¿Cuáles eran sus características distintivas? ¿Qué otras fórmulas lingüísticas de sentido similar habían adquirido una prevalencia comparable? [675]

Las respuestas revelaron lo resbaladiza que podía ser la etiqueta de «blanco pobre». Pese a que varios sociólogos señalaran con toda franqueza que se trataba de una idea «borrosa», un ejemplo de imprecisión designativa, los cuarenta y seis estudiosos que contestaron a Odum —hasta donde nos es dado saber— establecieron, en su mayor parte, la más larga lista de atributos negativos que pueda imaginarse. El adjetivo más divulgado era el de «holgazán». Este se hallaba asociado a su vez con toda una retahíla de sinónimos: personas indecisas, sin ambición, dadas a vivir al día y con lo justo, perezosas, inútiles, con tendencia a la inercia y carentes del impulso de mejorar… En todas las descripciones se mezclaba la poca disposición al trabajo con algún tipo de fallo innato de carácter. [676]

La idea del «holgazán» (*shiftless*) no era nueva. En la crónica de la gira que realizó en la década de 1850 por el sur de Estados Unidos, Frederick Law Olmsted ya la había empleado para categorizar tanto a los dueños de esclavos de tendencias perezosas como a sus propios servidores privados de libertad en caso de que se revelaran gandules. Había sido también una de las palabras predilectas de los habitantes de Nueva Inglaterra, que la sacaban a relucir para calificar a los malos granjeros, y era asimismo uno de los reproches que se dirigían habitualmente a los taberneros y los demás personajillos inmorales que solían convivir promiscuamente en sus particulares cubiles con los proletarios más desposeídos. En la época de Theodore Roosevelt era el vocablo preferido de las leyes destinadas a castigar a los maridos que abandonaban a sus esposas y, de hecho, la «holgazanería» (*shiftlessness*) era uno de los síntomas más relevantes de cuantos permitían a los eugenistas diagnosticar la degeneración. Y, evidentemente, esa era asimismo la índole de los vagabundos y los sintecho. En su estudio sociológico titulado *The Mind of the South* , publicado en 1941, W. J. Cash pinta al blanco pobre y holgazán sentado al pie de un árbol, aferrado a una jarra de cerveza y rodeado de sus perros de caza, mientras su mujer y sus hijos se ocupan de trabajar los campos, en los que «cavan con una especie de abulia indescriptible». [677]

Entre las explicaciones populares de la holgazanería de los blancos pobres, la segunda en orden de difusión y resonancia se basaba en su cercanía social a los negros. En 1929, al aparecer en el reparto de la película

Hearts in Dixie , el conocidísimo actor afroamericano Lincoln Perry, que respondía al nombre artístico de Stepin Fetchit, dio inicio a una carrera interpretativa que le llevaría a divulgar, a los ojos de toda una generación, el crudo estereotipo de la pereza que sugería su propio mote cinematográfico. [678] En la respuesta que ofrece a la pregunta que Odum había repartido entre los intelectuales, Ira de A. Reid, un académico negro de la Universidad de Atlanta, recuerda que, en su infancia y primera adolescencia, la «etiqueta racial» exigía que una persona de su condición jamás se dirigiese a un «blanco pobre» utilizando esa expresión, a menos que tuviera indicios de que a él mismo se le iba a llamar «negro» con ánimo despectivo. A juicio de Reid, los términos «escoria blanca», «blanco pobre» y «negrata» eran vectores de un mismo estigma social. [679]

Muchos de los que contestaron a las preguntas de Odum sostuvieron que la designación misma de «escoria blanca pobre» era una derivación de la jerga vulgar de los negros. Según un autor de Misisipi, si los blancos de clase media o alta empleaban esa fórmula, solían añadir casi siempre la coletilla «como dirían los negros» a modo de matización. Quienes atendieron a la petición de Odum señalaron que los blancos pobres vivían cerca de los barrios de los negros pobres, y que en realidad resultaba prácticamente imposible distinguir las viviendas de unos y de otros. Para algunos blancos de clase media, la ligera superioridad de posición social que se reconocía a los blancos pobres respecto de los negros igualmente humildes era un simple artificio de la cortesía. Y en los estados que no pertenecían al sur, como en Cincinnati, por ejemplo, un sociólogo señaló a Odum que a los blancos «montañeses» se les llamaba «saltamontes de matojo» (*briar hoppers*) y que se hallaban sujetos, *de facto* , al mismo tipo de segregación que los negros de las ciudades. (La expresión «saltamontes de matojo» era en realidad una variante de *bogtrotters* , una vieja palabra despectiva que los ingleses utilizaban para referirse a los irlandeses). [680]

Desde el punto de vista de los que respondieron al cuestionario de Odum, el paso al siglo XX apenas había contribuido a cambiar las cosas. Los blancos pobres seguían siendo vistos como una especie de raza aparte, como una clase social indefinida y a caballo entre el blanco y el negro. De ningún modo podía permitirse que confraternizaran con los blancos respetables, por no hablar ya del veto que pesaba sobre la sola idea de un matrimonio mixto. Según otro de los que enviaron su respuesta a Odum, los blancos pobres eran al blanco de calidad lo mismo que el mulo al caballo, o

el sabueso al perro guardián. Si los canes de protección eran animales «nobles», los chuchos de caza eran bichos «irascibles», aseguraba. Si los más irredentos racistas achacaban a todos los negros el mismo defecto que al leopardo —que no tiene forma de librarse de sus manchas—, otro tanto se predicaba de la escoria blanca. [681]

¿Cómo era posible que los estadounidenses cultos negaran los efectos de tan persistentes prejuicios en la distorsión del sistema de clases imperante en el sur? La verdad es que la razón resulta bastante clara: el temor a desatar una auténtica revuelta de clases, algo que hasta las élites liberales rechazaban en redondo. Este miedo era la causa de que un significativo número de personas culparan a los pobres de su propia postración. Odum veía las cosas de modo muy distinto, y su intervención sería decisiva, ya que imprimió un giro totalmente nuevo al significado de la pobreza rural. Odum argumentaba que los blancos pobres poseían una cultura particular, un modo de ser que él asociaba con la «tradición popular». Negaba la mayor, ya que no creía que estuviesen condenados a permanecer abismados en una posición desesperadamente subalterna. Además, la senda de su ascensión social tampoco tenía por qué discurrir por derroteros que imitaran las condiciones de la clase media, dado que tenían la posibilidad de dar forma a una existencia viable basándose estrictamente en sus propios valores castizos. O dicho de otro modo: esa alternativa era mejor que la de que se resignaran a ser una suerte de versión devaluada de la clase administrativa o de cuello blanco. Para las instancias gubernamentales, la solución seguía pasando por la procura de un buen acceso a la educación, ya que solo eso podía abrirles las puertas de la independencia económica. En el sur, ese objetivo exigía reestructurar la gestión de los recursos. La región tenía que desarrollar un sistema económico y agrícola más diverso y tecnológicamente avanzado, lo cual iba a requerir a su vez la formación de una población trabajadora de más alta capacitación. Sin embargo, resultaba evidente que la transformación de todos los hombres y mujeres de la nación iba a constituir una larga batalla, y muy cuesta arriba, además. Uno de los corresponsales de Odum lo expresaría con toda crudeza (en referencia al propio blanco pobre): «Nadie sabe qué hacer con él». Mientras continuara empantanado, su figura seguiría siendo un perfil tan típico del estático e inmóvil sur como el ramblazo y la mula. [682]

Habría que esperar al arbitraje del novelista y poeta de Tennessee James Rufus Agee para someter a prueba la significación de la expresión de

«blanco pobre» y valorar su influencia en un plano verdaderamente revelador. En su obra titulada *Elogiemos ahora a hombres famosos* , publicada en 1941, Agee intenta situar el origen del fetiche de la escoria blanca en las filas de la clase media. Este insólito texto incluía además las púdicas instantáneas de Walker Evans, muy en el estilo de las fotografías de naturaleza muerta, y abordaba lo que los seguidores de Odum, empeñados en propiciar un cambio lento, se negaban a hacer: evaluar cómo el intérprete imponía sus valores al objeto en cuestión.

Agee iniciaba el libro preguntándose en voz alta si un hombre educado en Harvard y perteneciente a la clase media como él mismo podía evitar que todo cuanto escribiera sobre los blancos pobres acabara convirtiéndoles en entidades destinadas a suscitar compasión o repugnancia. No quería verse reducido a la simple condición de diletante boquiabierto. ¿Cómo sentirse facultado para «fisgonear en lo más íntimo de la existencia de un grupo de seres humanos indefensos y cubiertos de espantosas cicatrices psicológicas? ¿Cómo creerse autorizado para hurgar en la vida cotidiana de una familia rural ignorante y desatendida, con la intención de exponer, a la vista de otro grupo de personas, la desnudez, el menoscabo y la humillación de esa forma de vida en nombre de la ciencia o del "periodismo honesto"»? ¿Existía siquiera la posibilidad de transmitir a otros la «cruel exhibición de lo que es»? Probablemente no. [683]

Así las cosas, Agee decidió adoptar diferentes estrategias y ofrecer una pormenorizada descripción de los objetos materiales: zapatos y monos de trabajo, el sucinto conjunto de muebles del hogar del campesino… Con meticulosa atención al detalle, el escritor trató de imitar con las palabras la «gélida» visión de la cámara fotográfica. Otro de los aspectos en que se aparta del periodismo convencional queda plasmado al intercalar lo que imagina que son los pensamientos inexpresados del aparcero pobre con los insultos íntegros y sin censura que había escuchado salir de la boca de los terratenientes. En la mente del labriego, Agee da voz al escepticismo, a la incredulidad: ¿cómo hemos podido dejarnos «atrapar» así; cómo hemos llegado a esta situación, a vivir «sin ayuda, sin esperanza»…? Agee confiere sentimientos reales a sus personajes, los colorea con lamentos descriptivos. La crueldad del dueño de las tierras queda reflejada en las risotadas de este al enterarse de que Agee disfruta con la «comida casera» de los arrendatarios. El plantador maldice al jornalero pobre y le tilda de «sucio hijo de puta» por jactarse de que no había podido llevarle a su

familia una pastilla de jabón en cinco años. Una de las mujeres perteneciente a las familias campesinas resulta ser, en opinión del terrateniente, la «peor zorra» de esta parte del país (aventajada solo por su madre). Toda la panda era, según el propietario, «la escoria más arrastrada que pueda uno encontrarse». [684]

Esta chifladura de Agee obedecía a un método. En su narrativa, extrañamente introspectiva y profundamente inquietante, el autor intenta obligar a los lectores a superar los clichés convencionales con los que se enjuicia al pobre. En lugar de instarles a atribuir toda la culpa a los propios desfavorecidos, Agee solicita a quienes recorren sus páginas que reconozcan su cómplice participación en la gestación del desvalimiento. Los pobres no son torpes ni lentos de entendederas, insiste, simplemente han interiorizado una especie de «anestesia» que les adormece y les impide reaccionar contra la «vergüenza y el ultraje que suponen las incomodidades, la inseguridad y la condición de inferiores» en que se les tiene sumidos. La clase media del sur es la que más debiera abochornarse, y sobre todo quienes pretenden excusar su propia insensibilidad e indiferencia con la muletilla de que «ya tienen "costumbre" de vivir así». [685]

Pese a su ulterior éxito literario, lo cierto es que, en 1941, el incómodo texto de Agee tuvo una escasa acogida. Por otra parte, a Odum se le acusará de hablar al aparcero pobre desde un púlpito, en lugar de dirigirse a ellos con llaneza y en un plano igualitario. Uno de los críticos más conspicuos de Odum fue sin duda Donald Davidson, el poeta y catedrático de Literatura Inglesa de la Universidad Vanderbilt, que también se oponía a las iniciativas de la Autoridad del Valle del Tennessee, las cuales eran a su juicio simplemente una prueba más de la voluntad de intromisión del norte. Como era lógico esperar de uno de los firmantes del manifiesto titulado *I'll Take My Stand* , [686] Davidson defendía el viejo ideal agrario del sur. Se atrevió incluso a dedicar elogios al Ku Klux Klan por haber derrotado a los «detestables» misioneros norteños del Negociado de Libertos, y lo único que deploraba era que ese grupo de supremacistas blancos no hubieran logrado impedir el surgimiento de los «utopistas, más sutiles», del Nuevo Sur (pues así llamaba a Odum y a los miembros de su camarilla de la Universidad de Carolina del Norte). Los «regionalistas sureños» del mundo académico jamás lograrían unificar el sur, declaraba Davidson. Era imposible traducir los «índices» de Odum al «lenguaje del "hombre ignorante"». Por consiguiente, lo que subsistía era una aparente paradoja:

¿debía aceptarse que solo el sectario demagogo tuviese la posibilidad de cooptar a los pobres del sur? Por más que individuos como Odum o Agee consiguieran dar momentáneamente con la «cruel exhibición de lo que es», ¿acaso no resultaba evidente que los blancos pobres a los que pretendían liberar no les prestaban ninguna atención? Eso era al menos lo que Davidson creía. [687]

Había un tipo de autor sureño cuyo novedoso estilo literario se encontraba a medio camino entre el periodismo de Agee y la prosa de Odum. En 1938, el libro de Jonathan Daniels titulado *A Southerner Discovers the South* no solo se auparía a los primeros puestos de los grandes éxitos de venta del momento, también se ganaría el favor de Franklin y Eleanor Roosevelt. Daniels era un periodista de Carolina del Norte con buen tino para la ironía. Evitó el denso escollo del enciclopédico estudio de Odum, y puso buen cuidado en no caer en la soñolienta visión pastoril del agro sureño. Sin el menor atisbo de una actitud defensiva, Daniels recorrió miles de kilómetros por el sur y dejó que las gentes con las que topaba se explicaran a sus anchas. [688]

Daniels encontró pruebas que desautorizaban las críticas que Davidson había dirigido a Howard Odum al toparse por casualidad con un abogado de un pequeño pueblo que poseía todos los libros del sociólogo. Daniels visitó también el célebre cañón de Providence, un barranco de cuarenta y cinco metros de profundidad del estado de Georgia que se había convertido en un raro monumento a la erosión del suelo y que constituía además una maravilla de la naturaleza. El escritor criticó la mentalidad carcelaria del sur, es decir, la idea de que los trabajadores manuales de esa región debían aceptar, generación tras generación, que su explotación era algo lógico y normal. En la fábrica textil de Cannon Mills, en Carolina del Norte, Daniels observó que las vallas metálicas de la instalación convertían prácticamente la factoría en una prisión. Justo enfrente de la gigantesca empresa había un parque infantil. La lección que sin querer se estaba impartiendo era meridiana: «enseñemos a los niños que la propiedad privada teme a la gente; a *su* gente». [689]

Daniels ofreció una variada gama de retratos del blanco pobre, defendiendo su «inquietud» y negándose a considerarla un síntoma de holgazanería. Le gustó lo que observó en Tennessee, en la localidad de Norris, una población perteneciente al plan de intervención de la Autoridad del Valle de ese estado. Lo que más le impresionó no fue la célula

fotoeléctrica que encendía las luces y la calefacción del gran edificio de la escuela, sino la «mezcla de chiquillos» que se producía en el interior del colegio, donde los «chicos de las colinas que pertenecen a las familias numerosas y pobres» se codean con los hijos e hijas de los ingenieros. Era un diáfano experimento de no segregación entre las clases. Si todo Estados Unidos fuese también así…, se dijo a sí mismo. [690]

Daniels repitió a los lectores del sur lo que ya les había dicho *Ma* Joad en *Las uvas de la ira* : que los pobres siempre salen adelante. También elogió a la Autoridad del Valle del Tennessee por haber descubierto que los blancos corrientes del sur estaban abiertos a la mejora de su capacitación si se les daba la oportunidad de hacerlo. Reconocía que algunos de ellos estaban «insuficientemente alimentados» y que otros mostraban signos de «debilidad mental, perversión o demencia». Pero no podía considerárseles representativos del conjunto de la población empobrecida, *como tampoco lo eran del futuro* . No era solo la pelagra o el analfabetismo lo que se interponía en su camino hacia una vida digna, era también el miedo que atenazaba a las clases pudientes, temerosas de que los blancos pobres no estuvieran dispuestos a permanecer en el lugar que les había sido asignado, sumándose de ese modo a la rebeldía que ya habían exteriorizado los negros. Daniels refutaba la «calumnia» que venían perpetuando las clases cultas, y se cercioró de que sus lectores prestaran plena atención a lo que les decía: «El negro sureño no es un simio irremediablemente atrasado. Las masas blancas del sur no constituyen un caso de degeneración biológica». [691]

Daniels se mostró aferrado a la creencia de que la democracia jeffersoniana había exhalado hacía ya mucho tiempo su último suspiro, aunque solo para acabar sustituida por la demagogia de individuos de la catadura de Huey Long, que se limitaban a seguir los pasos de las generaciones de patricios sureños que siempre se habían dedicado a saquear al pueblo a placer. Daniels hizo suya la advertencia de Odum e insistió en que todos los planes de reactivación del sur debían empezar por abajo si se quería alcanzar algo siquiera ligeramente parecido a un cambio real. «Quizá todavía baste con un solo rebelde para tumbar a diez yanquis», escribe Daniels, pero en cualquier caso «eso es irrelevante». El orgullo de los soldados sureños había cegado a todas las clases. «No solo es preciso educar a los pobres, también hay que enseñar a los tiranos y a los plutócratas. Ninguno de ellos necesita esa formación más que los demás».

Odum, Agee y Daniels querían que se rescatara al sur de la trampa ideológica en la que había caído. No habían dado muestras de cinismo, sino de esperanza. Habían comprendido que las soluciones sencillas —un puñado de granjas y casas adecentadas— no constituían la cura definitiva. La única posibilidad de sacudirse de encima el consenso imperante y de reorganizar la estructura de clases pasaba por la concreción de empeños de mayor alcance, por la materialización de proyectos de auténtica envergadura, como los que había sacado adelante la Autoridad del Valle del Tennessee. [692]

En la década de 1930, el hombre y la mujer olvidados se convertirían en un formidable símbolo de la lucha económica que vibraba en todo Estados Unidos. Un buen número de voces estaban empezando a prestar una especial atención a los blancos pobres que angustiaban al sur. El problema no era: «Nadie sabe qué hacer con él», sino: «Nadie quiere verle como lo que realmente es: uno de nosotros, un estadounidense».

---

[617] David M. Kennedy, *The American People in the Great Depression: Freedom from Fear: Part I* , Oxford University Press, Nueva York, 1999, pp. 86-87, 89 [hay traducción castellana: *Entre el miedo y la libertad. Los EE. UU.: de la gran depresión al fin de la Segunda Guerra Mundial (1929-1945)* , Edhasa, Barcelona, 2005. (*N. del T.*)].

[618] Véase el *Report on Economic Conditions in the South. Prepared for the President by the National Emergency Council* , del Consejo Nacional de Emergencia de Estados Unidos, Government Printing Office, Washington, D. C., 1938, p. 1; junto con Will W. Alexander, «Rural Resettlement», *Southern Review* , vol. 1, n.º 3, invierno de 1936, pp. 528-539, y sobre todo la 529, la 532, la 535 y la 538. Como explicará otro experto, la rehabilitación rural no implicaba volver al *statu quo* , sino procurar a los granjeros los medios necesarios para sostener y mejorar su nivel de vida: véase Joseph W. Eaton, *Exploring Tomorrow's Agriculture: Co-Operative Group Farming — A Practical Program of Rural Rehabilitation* , Harper & Brothers, Nueva York, 1943, pp. 4-7.

[619] Matthew J. Mancini, *One Dies, Get Another: Convict Leasing in the American South, 1866-1928* , University of South Carolina Press, Columbia, 1996, pp. 2-3, 23, 37-38; Edward L. Ayers, *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the Nineteenth-Century American South* , Oxford University Press, Nueva York, 1985, pp. 185-222.

[620] Robert E. Burns, *I Am a Fugitive from a Georgia Chain Gang* , prefacio de Matthew J. Mancini, University of Georgia Press, Athens, 1997, pp. vi-ix. En 1932, prácticamente la tercera parte de la población reclusa estaba formada por personas de raza blanca, cifra que triplicaba las consignadas en 1908: véase Alex Lichtenstein, «Chain Gangs, Communism, and the "Negro Question": John L. Spivak's Georgia Nigger», Georgia *Historical Quarterly* , vol. 79, n.º 3, otoño de 1995, pp. 633-658, y especialmente la 641 y la 642.

[621] Forma, generalmente peyorativa, de referirse a Hollywood. «*Tinsel* » significa «oropel». (*N. del T.*)

[622] Para más información sobre la Warner Brothers, véase Andrew Bergman, *We're in the Money: Depression America and Its Films* , Ivan R. Dee, Chicago, 1971, p. 92.

[623] Lewis W. Hine, *Men at Work: Photographic Studies of Modern Men and Machines* , Nueva York, 1932, frontispicio; véase también Kate Sampsell Willmann, «Lewis Hine, Ellis Island, and Pragmatism: Photographs as Lived Experience», *Journal of the Gilded Age and Progressive Era* , vol. 7, n.º 2, abril de 2008, pp. 221-252, y especialmente la 221 y la 222.

[624] Los veteranos de la Primera Guerra Mundial llevaban en paro desde el comienzo de la Gran Depresión. La ley de compensaciones bélicas de 1924 les había otorgado unos bonos cuyo valor nominal equivalía al pago de las soldadas prometidas, pero no lo podían canjear hasta el año 1948. La principal demanda de los amotinados era el cobro inmediato de sus certificados. (*N. del T.*)

[625] Amity Shlaes, *The Forgotten Man: A New History of the Great Depression* , Harper Perennial, Nueva York, 2008, p. 129; Roger Daniels, *The Bonus March: An Episode of the Great Depression* , Greenwood, Westport, Connecticut, 1971; John Dos Passos, «The Veterans Come Home to Roost», *New Republic* , June 29, 1932, pp. 177-178. Una de las crónicas de los sucesos indica que entre los manifestantes había un gran número de granjeros: véase Mauritz A. Haligren, «The Bonus Army Scares Mr. Hoover», *Nation* , n.º 135, 27 de julio de 1932, p. 73. Para más información sobre la quema de las chabolas de los veteranos, véase «The Bonus Army Incident», *The New York Times* , 16 de septiembre de 1932. Para saber más acerca de la reacción de Hoover y el hecho de que calificara de delincuentes a los integrantes del «Ejército del Bono», véase Harold N. Denny, «Hoover B. E. F. Attack Stirs Legion Anew», *New York Times* , 13 de septiembre de 1932; John Henry Bartlett, *The Bonus March and the New Deal* , M. A. Donohue & Co., Chicago, 1937, p. 13; y Donald J. Lisio, «A Blunder Becomes a Catastrophe: Hoover, the Legion, and the Bonus Army», *Wisconsin Magazine of History* , vol. 51, n.º 1, otoño de 1967, pp. 37-50.

[626] Charles R. Walker, «Relief and Revolution», *Forum and Century* , n.º 88, agosto de 1932, pp. 73-79.

[627] Edward Newhouse, *You Can't Sleep Here* , Macaulay, Nueva York, 1934, pp. 103-104, 112.

[628] Para más información sobre los escritores de la década de 1930, véase David P. Peeler, *Hope Among Us Yet: Social Criticism and Social Solace in Depression America* , University of Georgia Press, Athens, 1987, pp. 167-168, 171; Tom Kromer, *Waiting for Nothing* , Nueva York, 1935, p. 186 [hay traducción castellana: *Nada que esperar* , Sajalín editores, Barcelona, 2015. (*N. del T.*)]; junto con Arthur M. Lamport, «The New Era Is Dead — Long Live the New Deal», *Banker's Magazine* , junio de 1933, pp. 545-548.

[629] Véanse las fotografías tituladas «The Flood Leaves Its Victims on the Bread Line», y «Tennessee Puts a Chain Gang on Its Levees», *Life* , vol. 2, n.º 7, 15 de febrero de 1937, pp. 9, 12-13.

[630] En la década de 1920, Robert y Helen Lynd dirigieron un equipo de sociólogos para analizar las características de una pequeña población de la Norteamérica tradicional. El lugar elegido para su trabajo de campo fue Muncie, y la investigación quedó recogida en un libro titulado *Middletown: A Study in Contemporary American Culture* , publicado en 1929. El matrimonio Lynd regresó a Muncie durante la Gran Depresión y produjo una segunda obra: *Middletown in Transition: A Study in Cultural Conflicts* , de 1937. (*N. del T.*)

[631] «Muncie, Ind. Is the Great U. S. "Middletown": And This Is the First Picture Essay of What It Looks Like», *Life* , vol. 2, 10 de mayo de 1937, pp. 15-25; véase también Sarah E. Igo, «From Main Street to Mainstream: Middletown, Muncie, and "Typical America"», *Indiana Magazine of History* , vol. 101, n.º 3, septiembre de 2005, pp. 239-266, y muy especialmente las páginas 244-245, 255, 259-260. Como habrá de señalar con toda pertinencia un escritor, la comprensión popular del nivel de

vida de Norteamérica era algo «de lo que todo el mundo hablaba, pero que nadie definía», a lo que a renglón seguido añade: «lo más probable es que, en el momento actual, el nivel de vida estadounidense no pase de ser el simple conjunto de valores que la gente atribuye a las cosas que *desearía* poseer»: véase Elmer Leslie McDowell, «The American Standard of Living», *North American Review* , vol. 237, n.º 1, enero de 1934, pp. 71-75, y en particular la 72.

[632] «The American Collapse», *The Living Age* , 1 de diciembre de 1929, pp. 398-401; para más información sobre el tema de las tumbas egipcias, véase Virgil Jordan, «The Era of Mad Illusions», *North American Review* , enero de 1930, pp. 54-59.

[633] Agencia federal creada al calor de la nueva política económica emprendida por Franklin D. Roosevelt entre 1933 y 1940. Su objetivo consistía en reubicar a las familias con dificultades, tanto del campo como de la ciudad, en comunidades planificadas por el gobierno. (*N. del T.*)

[634] Véase William Stott, *Documentary Expression and Thirties America* , University of Chicago Press, Chicago, 1973, pp. 62-63, 67-68, 212. Para la importancia que tenían los efectos de la erosión en las prioridades fotográficas de Roy Stryker, véase Stuart Kidd, «Art, Politics and Erosion: Farm Security Administration Photographs of the Southern Land», *Revue française d'études américaines* , edición revisada de 1986, pp. 67-68; junto con Arthur Rothstein, «Melting Snow, Utopia, Ohio», febrero de 1940, Biblioteca del Congreso estadounidense, Departamento de Grabados y Fotografías, Washington, D. C.; y Peeler, *Hope Among Us Yet* , *op. cit* ., p. 148.

[635] Este fin de la «frontera» vino a dar el espaldarazo definitivo a las tesis que ya venían sosteniéndose desde hacía unas décadas y confirmó la idea de que en el país no había ya ningún punto cuya densidad de población fuera inferior a dos personas por milla cuadrada. (*N. del T.*)

[636] Periodo de los años treinta del siglo XX marcado por una larga serie de tormentas de arena y polvo extremadamente perjudiciales para la gente, la agricultura y la ecología de las praderas norteamericanas. Su causa se debió a una terrible sequía y a la falta de previsión frente a la erosión eólica. (*N. del T.*)

[637] Sobre los eriales, véase Herbert J. Spinden, «Waters Flow, Winds Blow, Civilizations Die», *North American Review* , otoño de 1937, pp. 53-70; así como Russell Lord, «Behold Our Land», *North American Review* , otoño de 1938, pp. 118-132; para saber más acerca de los caóticos vendavales, véase Russell Lord, «Back to the Land?», *Forum* , febrero de 1933, pp. 97-103, y sobre todo la 99 y la 102. Herbert J. Spinden era un arqueólogo especializado en el arte maya que ejerció el cargo de conservador en el Museo Artístico y Cultural de los Indios Americanos de Brooklyn entre los años 1929 y 1951: véase Regna Darnell y Frederic W. Gleach (comps.), *Celebrating a Century of the American Anthropological Association: Presidential Portraits* , Nueva York, 2002, pp. 73-76. Véase también Dorothea Lange y Paul Taylor, *An American Exodus: A Record of Human Erosion* , Reynal and Hitchcock, Nueva York, 1939, p. 102. El ingeniero y asesor del Departamento de Progreso de Obras David Cushman Coyle publicó por esta época un contundente librito titulado *Waste* , en cuyo primer capítulo, presidido por el epígrafe «Mud» (barro), ofrecía el siguiente alegato: «Cada vez que se toca la tierra, esta se desmenuza y es arrastrada por el agua. Si se levanta una cabaña, el sendero que conduce hasta su entrada se transforma casi de inmediato en una devoradora rambla […]. El suelo se retrae, marchito al contacto con el hombre»: véase *Waste: The Fight to Save America* , Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1936, pp. 5-6. El texto contenía también otro capítulo titulado «Human Erosion», y en él se explica que los trabajadores «se trasladan a vivir a barrios de chabolas o se instalan en chamizos armados con restos sacados de los escombros, deslizándose por una pendiente que acaba abocándoles a las filas de las instituciones de caridad»: véase *ibid* ., p. 57. En Indiana, esta obra se convirtió en uno de los instrumentos de campaña más importantes de las semanas previas a la reelección de Roosevelt en 1936: véase James Philip Fadely, «Editors, Whistle

Stops, and Elephants: The Presidential Campaign in Indiana», *Indiana Magazine of History* , vol. 85, n.º 2, junio de 1989, pp. 101-137, y muy especialmente la 106.

[638] Apelativo popular de los habitantes de Oklahoma y Arkansas, respectivamente. En particular, alude de forma despectiva a los emigrantes blancos pobres, campesinos por regla general. (*N. del T.*)

[639] Véase Carleton Beals, «Migs: America's Shantytown on Wheels», *Forum and Century* , vol. 99, enero de 1938, pp. 10-16, y especialmente la 11 y la 12; junto con «"I Wonder Where We Can Go Now"», *Fortune* , vol. 19, n.º 4, abril de 1939, pp. 91-100, y sobre todo la 91 y la 94; Paul Taylor, «The Migrants and California's Future: The Trek to California and the Trek in California», *ca* . 1935, en Taylor, *On the Ground in the Thirties* , Peregrine Smith Books, Salt Lake City, 1983, pp. 175-184, y fundamentalmente de la 175 a la 177, y la 179; Charles Poole, «John Steinbeck's "The Grapes of Wrath"», en «Books of the Month», *The New York Times* , 14 de abril de 1939; «"The Grapes of Wrath": John Steinbeck Writes a Major Novel About Western Migrants», *Life* , vol. 6, n.º 23, 5 de junio de 1939, pp. 66-67; Woody Guthrie, «Talking Dust Bowl Blues», 1940; Frank Eugene Cruz, «"In Between a Past and Future Town": Home, the Unhomely, and "The Grapes of Wrath"», *Steinbeck Review* , vol. 4, n.º 2, otoño de 2007, pp. 52-75, y en particular la 63 y la 73; Michael Denning, *The Cultural Front: The Laboring of American Culture in the Twentieth Century* , Londres, Verso, 1997, p. 259; Vivian C. Sobchack, «The Grapes of Wrath (1940): Thematic Emphasis Through Visual Style», *American Quarterly* , vol. 31, n.º 5, invierno de 1979, pp. 596-615.

[640] Véase Paul K. Conkin, *Tomorrow a New World: The New Deal Community Program* , Ithaca, Cornell University Press, Nueva York, 1959, pp. 26, 30; y William H. Issel, «Ralph Borsodi and the Agrarian Response to Modern America», *Agricultural History* , vol. 41, n.º 2, abril 1967, pp. 155-166; Ralph Borsodi, «Subsistence Homesteads: President Roosevelt's New Land and Population Policy», *Survey Graphic* , n.º 23, enero 1934, pp. 11-14, 48, y muy en particular la 13; Borsodi, «Dayton, Ohio, Makes Social History», *Nation* , n.º 136, 19 de abril de 1933, pp. 447-448, y sobre todo la 448. Para más información sobre Dayton, Ohio, véase también John A. Piquet, «Return of the Wilderness», *North American Review* , mayo de 1934, pp. 417426, y en especial la 425 y la 426; Charles Morrow Wilson, «American Peasants», *The Commonweal* , n.º 19, 8 de diciembre de 1933, pp. 147-149; y Pamela Webb, «By the Sweat of the Brow: The Back-to-the-Land Movement in Depression Arkansas», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 42, n.º 4, invierno de 1983, pp. 332-345, y básicamente la 337.

[641] Webb, «By the Sweat of the Brow», *art. cit* ., p. 334. Un observador llegará a la conclusión de que «muchos de estos sedicentes granjeros no lo son en absoluto, y, de hecho, lo que cabe esperar es que la mayoría de ellos recuperen sus empleos de urbanita en cuanto se perciba un repunte de bonanza»: véase W. Russell Taylor, «Recent Trends in City and County Population», *Journal of Land and Public Utility Economics* , vol. 9, n.º 1, febrero de 1933, pp. 63-74, y muy especialmente la 72.

[642] «*A well integrated democracted [sic] community* », en el original. (*N. del T.*)

[643] Richard S. Krikendall, *Social Scientists and Farm Politics in the Age of Roosevelt* , Iowa State University Press, Ames, 1982, pp. 12-14; y M. L. Wilson, «The Fairway Farms Project», *Journal of Land and Public Utility Economics* , vol. 2, n.º 2, abril de 1926, pp. 156-171, y sobre todo la 156; Roy E. Huffman, «Montana's Contributions to New Deal Farm Policy», *Agricultural History* , vol. 33, n.º 4, octubre de 1959, pp. 164-167; véase también «A Hope and a Homestead», Government Printing Office, Washington, D. C., 1935, pp. 6, 8-10; y M. L. Wilson, «The Subsistence Homestead Program», *Proceedings of the Institute of Public Affairs* , n.º 8, 1934, pp. 158-175.

[644] M. L. Wilson, «A New Land-Use Program: The Place of Subsistence Homesteads», *Journal of Land and Public Utility Economics* , vol. 10, n.º 1, febrero de 1934, pp. 1-12, y sobre todo de la 6 a la 8; Wilson, «Problem of Poverty in Agriculture», *Journal of Farm Economics* , vol. 22, n.º 1,

Proceedings Number , febrero de 1940, pp. 10-29, y muy especialmente la 20; *Farm Tenancy: Report of the President's Committee* , Government Printing Office, Washington, D. C., 1937, p. 4.

[645] Wilson, «A New Land-Use Program», *art. cit* ., pp. 2-3, 11-12; «A Hope and a Homestead», *art. cit* ., p. 4; *Farm Tenancy: Report of the President's Committee* , *op. cit* ., p. 5.

[646] Véase Arthur F. Raper, *Preface to Peasantry: A Tale of Two Black Belt Counties* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1936, pp. 61, 172, 218, 405; y véase también Rupert B. Vance, *Human Factors in Cotton Culture: A Study in Social Geography of the American South* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1929, pp. 153, 248, 279; junto con *Farm Tenancy: Report of the President's Committee* , *op. cit* ., pp. 3, 5-7, 9.

[647] Harold Hoffsommer, «The AAA and the Cropper», *Social Forces* , vol. 13, n.º 4, mayo de 1935, pp. 494-502, y muy especialmente de la 494 a la 496, 501; Raper, *Preface to Peasantry* , *op. cit* ., pp. 61, 75, 157-159, 173, 405; Vance, *Human Factors in Cotton Culture* , *op. cit* ., pp. 161-162, 168, 201, 204, 215, 259, 307-308; Wilson, «A New Land-Use Program», *art. cit* ., pp. 9, 12; Wilson, «Problem of Poverty in Agriculture», *art. cit* ., pp. 14-17, 21; Wilson, «The Problem of Surplus Agricultural Population», *International Journal of Agrarian Affairs* , n.º 1, 1939, pp. 37-48, y sobre todo de la 41 a la 43; Wilson, «How New Deal Agencies Are Affecting Family Life», *Journal of Home Economics* , n.º 27, mayo de 1935, pp. 274280, y fundamentalmente la 276 y la 278.

[648] Henry A. Wallace, «The Genetic Basis of Democracy», 12 de febrero de 1939, en Henry A. Wallace, *Democracy Reborn* , edición de Russell Lord, Reynal and Hitchcock, Nueva York, 1944, pp. 155-156.

[649] Wilson, «Problem of Poverty in Agriculture», *art. cit* ., pp. 20, 23, 28; Wallace, «Chapter VII: The Blessing of General Liberty», en *Whose Constitution? An Inquiry into the General Welfare* , Reynal and Hitchcock, Nueva York, 1936, pp. 102-103.

[650] Véase John Corbin, «The New Deal and the Constitution», *Forum and Century* , vol. 90, n.º 2, agosto de 1933, pp. 92-97, y sobre todo la 94 y la 95; junto con Wilson, «Problem of Poverty in Agriculture», *art. cit* ., p. 17. Pese a trabajar como crítico teatral de *The New York Times* , Corbin dedicó cuatro años al estudio de la historia, y eso le llevaría a escribir una biografía de George Washington titulada: *Washington: Biographic Origins of the Republic* , Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1930; y véase también David M. Clark, «John Corbin: Dramatic Critic», University of Nebraska Press, Lincoln, 1976. Para la importancia de la voz «reajuste», véase «President's Address to the Farmers», *The New York Times* , 15 de mayo de 1935.

[651] Wallace, «Chapter VIII: Soil and the General Welfare», en *Whose Constitution* , *op. cit* ., pp. 109, 115-117.

[652] Wallace, «Chapter IX: Population and the General Welfare», en *Whose Constitution* , *op. cit* ., pp. 122-124, 126. La cita íntegra de la película, sin las ligeras variaciones del texto, es la siguiente: «Los tipos ricos aparecen y desaparecen, sus hijos son débiles y mueren, pero nosotros salimos adelante. Nosotros somos los que perduramos. No pueden aniquilarnos ni mimarnos. Seguiremos existiendo eternamente, *Pa* , porque nosotros somos el pueblo». Y esto es lo que figura en la obra original de Steinbeck: «No vamos a morir. La gente sale adelante, puede que cambiando un poco, pero se las arregla para seguir en la brecha»: véase *The Grapes of Wrath* , Penguin, Nueva York, 2014, p. 423 [hay traducción castellana: *Las uvas de la ira* , Planeta, Barcelona, 1951. (*N. del T.*)].

[653] Conkin, *Tomorrow a New World* , *op. cit* ., pp. 128-130, 142-145; Richard S. Kirkendall, *Social Scientists and Farm Politics in the Age of Roosevelt* , University of Missouri Press, Columbia, 1966; Kennedy, *The American People in the Great Depression* , *op. cit* ., pp. 208-210; Fred C. Frey y T. Lynn Smith, «The Influence of the AAA Cotton Program upon the Tenant, Cropper, and Laborer», *Rural Sociology* , vol. 1, n.º 4, diciembre de 1936, pp. 483-505, y fundamentalmente la 489, la 500, la

501 y la 505; Warren C. Whatley, «Labor for the Picking: The New Deal in the South», *Journal of Economic History* , vol. 43, n.º 4, diciembre de 1983, pp. 905-929, y sobre todo la 909, la 913, la 914, la 924 y de la 926 a la 929; Jack T. Kirby, *Rural Worlds Lost: The American South, 1920-1960* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1987, pp. 65-74; George Brown Tindall, *The Emergence of the New South, 1913-1945* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1967, p. 409.

[654] Kirkendall, *Social Scientists and Farm Politics* , *op. cit* ., pp. 109-111; Sidney Baldwin, *Poverty and Politics: The Rise and Decline of the Farm Security Administration* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968, pp. 92-96, 117-119. Para más información sobre trabajadores itinerantes, véase Paul Taylor, «What Shall We Do with Them? Address Before the Commonwealth Club of California», 15 de abril de 1938; junto con «Migratory Agricultural Workers on the Pacific Coast», abril de 1938, reimpreso en Taylor, *On the Ground in the Thirties* , *op. cit* ., pp. 203-220.

[655] R. G. Tugwell, «Resettling America: A Fourfold Plan», *New York Times* , 28 de julio de 1935. Para las críticas que Tugwell dedica a Jefferson, véase «"Through Our Fault" Is the Waste of Land», *Science New Letter* , vol. 30, n.º 800, 8 de agosto de 1936, pp. 85-86; Tugwell, «Behind the Farm Problem: Rural Poverty, Not the Tenancy System, but the Low Scale of Life, Says Tugwell, Is the Fundamental Question», *New York Times Magazine* , 10 de enero de 1937, pp. 4-5, 22; y Rexford G. Tugwell, «The Resettlement Idea», *Agricultural History* , vol. 33, n.º 4, octubre de 1959, pp. 159-164, y sobre todo las páginas 160 y 161. Para una descripción de la vida agrícola desprovista de todo tinte romántico, véase Rexford G. Tugwell, Thomas Munro y Roy E. Stryker, *American Economic Life and the Means of Its Improvement* , Nueva York, 1930, p. 90; véase también Baldwin, *Poverty and Politics* , *op. cit* ., pp. 87-88, 105-106, 163-164.

[656] Tugwell, «Behind the Farm Problem», *art. cit* ., p. 22, y «The Resettlement Idea», *art. cit* ., p. 162; Baldwin, *Poverty and Politics* , *op. cit* ., p. 111.

[657] Baldwin, *Poverty and Politics* , *op. cit* ., pp. 113-114; Roger Biles, *The South and the New Deal* , University of Kentucky Press, Lexington, 1994, p. 64; Howard N. Mead, «Russell vs. Talmadge: Southern Politics and the New Deal», *Georgia Historical Review* , vol. 65, n.º 1, primavera de 1981, pp. 28-45, y sobre todo la 36, la 38 y la 42.

[658] Para más información sobre la noción de «prosélito rosa», véase el artículo de Paul Mallon titulado «Tugwell», y véase también, en ese mismo periódico, el suelto «Tugwellism», *Herald Star* de Steubenville, Ohio, 13 de junio de 1934. Para saber más sobre esa «informalidad cuidadosamente estudiada», véase «Tugwell Defends "New Deal" Earnestly; Ignore Red Scare», *Daily Times-News* de Burlington, Carolina del Norte, 24 de abril de 1934. Respecto a la idea del «sueño ambulante», véase «Tugwell Meets His Critics», *Daily Register* de Oelwein, Iowa, 11 de junio de 1934; véase también «Sick of Propertied Czars at 24, Tugwell Homes Dreamy Economics», *Kansas City Star* , 31 de agosto de 1936; y «Tugwell Named to Fill New Post», *New York Times* , 25 de abril de 1934.

[659] Para saber más acerca de la imagen rústica de Huey Long, véase James Rorty, «Callie Long's Boy Huey», *Forum and Century* , agosto de 1935, pp. 74-82, 126-127, y especialmente la 75, de la 79 a la 80, y la 127. Para más información sobre Long entendido como defensor de la «escoria blanca pobre», véanse los elogios que se le dedican en «Friends Applaud Memory of Long in Senate Talks», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 23 de enero de 1936. Para el hecho de que Long se revelara incapaz de prestar ayuda a los pobres de Luisiana, véase Anthony J. Badger, «Huey Long and the New Deal», *New Deal/New South: An Anthony J. Badger Reader* , University of Arkansas Press, Fayetteville, 2007, pp. 1-30, y sobre todo la 1, de la 5 a la 7, y de la 21 a la 25. Respecto al papel de Long como payaso rústico, véase J. Michael Hogan y Glen Williams, «The Rusticity and Religiosity

of Huey P. Long», *Rhetoric and Public Affairs* , vol. 7, n.º 2, verano de 2004, pp. 149-171, y en particular la 151, y la 158 y la 159. Para los políticos que afectaban interesadamente las maneras del labriego o pretendían pasar por «sencillos muchachos del campo», véase Roger Butterfield, «The Folklore of Politics», *Pennsylvania Magazine of History and Biography* , vol. 74, n.º 2, abril de 1950, pp. 164-177, y fundamentalmente la 165 y la 166. Para más información sobre la circunstancia de que «Cotton Ed» Smith empleara los mismos trucos que James K. Vardaman, véase Dan T. Carter, «Southern Political Style», en *The Age of Segregation: Race Relations in the South, 1890-1954* , Robert Haws, (comp.), University Press of Mississippi, Jackson, 1978, pp. 45-67, y sobre todo la 51. Para los consejos de los amigos de Tugwell que le indicaban que «adoptara los modales de un demócrata sencillo y familiar», véase Arthur Krock, «In Washington: Senator Smith Certainly "Put On a Good Show"», *The New York Times* , 12 de junio de 1934.

[660] Para uno de los ataques más vitriólicos, véase Blair Bolles, «The Sweetheart of the Regimenters: Dr. Tugwell Makes America Over», *American Mercury* , vol. 39, n.º 153, septiembre de 1936, pp. 77-86, y sobre todo la 84 y la 85. Para las críticas dirigidas contra la nueva política de Roosevelt, véase «What Relief Did to Us», *American Mercury* , vol. 38, n.º 151, julio de 1936, pp. 274-283, y sobre todo la 283; junto con H. L. Mencken, «The New Deal Mentality», *American Mercury* , vol. 38, n.º 149, mayo de 1936, pp. 1-11. Para una serie de argumentos en los que se afirma que la eugenesia ha de prevalecer sobre la concesión de ayudas, véase Mencken, «The Dole for Bogus Farmers», *American Mercury* , vol. 39, n.º 156, diciembre de 1936, pp. 400-407; véase también Cedric B. Cowing, «H. L. Mencken: The Case of the "Curdled" Progressive», *Ethics* , vol. 69, n.º 4, julio de 1959, pp. 255-267, y fundamentalmente la 262 y la 263.

[661] Para ese eslogan que llevaba a Tugwell a sostener que «nunca se ayudará demasiado a estas gentes», véase Rodney Dutcher, «Behind the Scenes in Washington», *Daily Herald* de Biloxi, Misisipi, 12 de septiembre de 1937. Bolles también escribió otro artículo en el que atacaba a Franklin D. Roosevelt, asegurando que era un derrochador compulsivo: véase «Our Uneconomic Royalist: The High Cost of Dr. Roosevelt», *American Mercury* , vol. 43, n.º 171, marzo de 1938, pp. 265-269.

[662] Véase «Mission of the New Deal by Rexford G. Tugwell», *The New York Times* , 27 de mayo de 1934; «Address Delivered at the National Conference of Social Work», Kansas City, May 21, 1934», en Rexford Tugwell, *The Battle for Democracy* , Columbia University Press, Nueva York, 1935, p. 319. Tugwell era un defensor de la teoría de la Constitución flexible y de la idea de que el papel del Gobierno pasaba por intervenir en los desequilibrios de poder que abrían abismos entre las clases sociales: véase «Design for Government» y «The Return to Democracy», *ibid* ., pp. 12-13, 204-205; véase también Simeon Strunsky, «Professor Tugwell Defines the Battle for Democracy», *The New York Times* , 6 de enero de 1935.

[663] Para los argumentos con los que Tugwell defendió los préstamos a largo plazo, véase Tugwell, «The Resettlement Idea», *art. cit* ., p. 161. Para la popularidad de este programa gubernamental, véase Tindall, *The Emergence of the New South* , *op. cit* ., pp. 423-424; y véase también Eleanor Roosevelt, «Subsistence Farmsteads», *Forum and Century* , vol. 91, n.º 4, abril de 1934, pp. 199-202; junto con Wesley Stout, «The New Homesteaders», *Saturday Evening Post* , vol. 207, n.º 5, 4 de agosto de 1934, pp. 5-7, 61-65, y sobre todo la 7 y la 64; así como Conkin, *Tomorrow a New World* , *op. cit* ., pp. 116-117.

[664] Para saber más acerca de las repercusiones que tuvo el caso de la comunidad de Arthurdale, véase el testimonio de C. B. Baldwin en las actas del *Congressional Committee on Non-Essential Services* , 18 de mayo de 1943, p. 4307; véase también Linda T. Austin, «Unrealized Expectations: Cumberland, the New Deal's Only Homestead Project», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 68, n.º 4, invierno de 2009, pp. 433-450, y sobre todo la 443 y la 444. Para las comunidades de Alabama,

véase Charles Kenneth Roberts, «New Deal Community-Building in the South: The Subsistence Homesteads Around Birmingham, Alabama», *Alabama Review* , vol. 66, n.º 2, abril de 2013, pp. 83-121, y muy especialmente la 91, la 95 y la 96, la 99, la 102, la 110 y de la 114 a la 116; junto con Jack House, «547 Homesteaders in District Now Enjoy More Abundant Life», *Birmingham News-Age Herald* , 9 de mayo de 1943. Quiero agradecer a Charles Roberts que me haya enviado este artículo.

[665] Para más imágenes de estos modestos propietarios y del manejo del arado, véase Frank L. Kluckhorn, «Subsistence Homestead Idea Spreading», *The New York Times* , 9 de diciembre de 1934; y véase también Carl Mydans, «Homestead, Penderlea, North Carolina», agosto de 1936, y Arthur Rothstein, «Plowing a Field at Palmerdale, Alabama. New Homestead in Background», febrero de 1937, Departamento de grabados y fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Colección FSA/OWI, LC-USF33-T01-00717-M2, LC-USF34-005891-E; y Roberts, «New Deal Community-Building in the South», *art. cit* ., p. 91.

[666] Para más información sobre Penderlea, véase Gordon Van Schaack, «Penderlea Homesteads: The Development of a Subsistence Homesteads Project», *Landscape Architecture* , enero de 1935, pp. 75-80, y sobre todo la 80. Para saber más acerca de los descontentos de estas comunidades, véase Thomas Luke Manget, «Hugh MacRae and the Idea of the Farm City: Race, Class, and Conservation in the New South, 1905-1935», tesis doctoral, Western Carolina University, 2012, pp. 154-157; junto con Harold D. Lasswell, «Resettlement Communities: A Study of the Problems of Personalizing Administration», 1938), en Series II: Writings, caja 130, carpetas 135 a 139, Harold Dwight Lasswell Papers, Yale University, New Haven, Connecticut; y Conkin, *Tomorrow a New World* , *op. cit* ., pp. 290-291.

[667] Para más información sobre el hecho de que en el sur no hubiera cuajado la cultura de las cooperativas agrícolas, véase Charles M. Smith, «Observations on Regional Differentials in Cooperative Organization», *Social Forces* , vol. 22, n.º 4, mayo de 1944, pp. 437-442, y en especial la 437, la 439 y la 442. Para saber más sobre los visitantes que acudían a la mencionada población del cinturón verde, véase Gilbert A. Cam, «United States Government Activity in Low-Cost Housing, 1932-1938», *Journal of Political Economy* , vol. 47, n.º 3, junio de 1939, pp. 357-378, y sobre todo la 373. Sobre las casas prefabricadas, véase Greg Hise, «From Roadside Camps to Garden Homes: Housing and Community Planning for California's Migrant Work Force, 1935-1941», *Perspectives in Vernacular* , n.º 5, 1995, pp. 243-258, y en particular la 243 y la 249; véase también Conkin, *Tomorrow a New World* , *op. cit* ., pp. 171-172; junto con Philip K. Wagner, «Suburban Landscapes for Nuclear Families: The Case of the Greenbelt Towns in the United States», *Built Environment* , vol. 10, n.º 1, 1984, pp. 35-41, y sobre todo la 41; y Will W. Alexander, «A Review of the Farm Security Administration's Housing Activities», *Housing Yearbook, 1939* , National Association of Housing Officials, Chicago, 1939, pp. 141-143, 149-150. Solo Huey Long protestaría por la exclusión, y llegó incluso a protagonizar en solitario una acción de filibusterismo parlamentario en el Senado. Para el hecho de que se excluyera a los trabajadores del campo del ámbito de protección de la seguridad social, véase Mary Poole, *The Segregated Origins of Social Security: African Americans and the Welfare State* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006, pp. 33, 39, 41, 43, 45, 94; así como Earl E. Muntz, «The Farmer and Social Security», *Social Forces* , vol. 24, n.º 3, marzo de 1946, pp. 283-290.

[668] Conviene saber que el comité especial que se encargó de redactar el *Farm Tenancy report* tenía como presidente a Henry Wallace, y contaba entre sus miembros a Will W. Alexander, R. G. Tugwell, M. L. Wilson y Howard Odum. En el texto también se cita la obra de Arthur Raper: véase *Farm Tenancy: Report of the President's Committee* , *op. cit* ., pp. 28, 87.

[669] Véase Harvey A. Kantor, «Howard W. Odum: The Implications of Folk, Planning, and Regionalism», *American Journal of Sociology* , vol. 79, n.º 2, septiembre 1973, pp. 278-295, sobre todo la 279 y la 280; junto con Dewey W. Grantham hijo, «The Regional Imagination: Social Scientists and the American South», *Journal of Southern History* , vol. 34, n.º 1, febrero de 1968, pp. 3-32, y particularmente de la 14 a la 17.

[670] Kantor, «Howard W. Odum», *art. cit* ., p. 283. Para el hecho de que Gerald Johnson se basara en los trabajos de Odum, véase Gerald W. Johnson, *The Wasted Land* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1937, y en especial las páginas 6 y 7. Para más información sobre la formación de Johnson y su papel como director del *Baltimore Evening Sun* , véase la reseña titulada «The Wasted Land» en *Social Forces* , vol. 17, n.º 2, diciembre de 1938, pp. 276-279; véase también Louis Mazzari, «Arthur Raper and Documentary Realism in Greene County, Georgia», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 87, n.os 3 y 4, otoño-invierno de 2003, pp. 389-407, y sobre todo la 396 y la 397; junto con Stuart Kidd, *Farm Security Administration Photography, the Rural South, and the Dynamics of Image-Making, 1935-1943* , , Edward Mellon Press, Lewiston, Nueva York 2004, pp. 50, 152-153; y Mary Summer, «The New Deal Farm Programs: Looking for Reconstruction in American Agriculture», *Agricultural History* , vol. 74, n.º 2, primavera de 2000, pp. 241-257, y en especial de la 248 a la 250.

[671] Cerca de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados. (*N. del T.*)

[672] Johnson, *The Wasted Land* , *op. cit* ., pp. 6-11, 21, 24-30; Howard Odum, *Southern Pioneers in Social Interpretation* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1925, p. 25; Howard Odum, «Regionalism vs. Sectionalism in the South's Place in the National Economy», *Social Forces* , vol. 12, n.º 3, marzo de 1934, pp. 338-354, y fundamentalmente la 340 y la 341; Broadus Mitchell, «Southern Quackery», *Southern Economic Journal* , vol. 3, n.º 2, octubre de 1936, pp. 143-147, y sobre todo la 146.

[673] Véase Odum, «Regionalism vs. Sectionalism in the South's Place in the National Economy», y especialmente la 339 y la 345; junto con Mitchell, «Southern Quackery», *art. cit* ., p. 145; y William B. Thomas, «Howard W. Odum's Social Theories in Transition, 1910-1930», *American Sociologist* , vol. 16, n.º 1, febrero de 1981, pp. 25-34, y sobre todo la 29 y la 30; véase también la valoración que hace Odum del regionalismo sureño en «The Regional Quality and Balance of America», *Social Forces* , vol. 23, n.º 3, In Search of the Regional Balance in América, marzo de 1945, pp. 269-285, y básicamente la 276, la 277, la 279 y la 280.

[674] Véase Howard K. Menhinick y Lawrence L. Durisch, «Tennessee Valley Authority: Planning in Operation», *Town Planning Review* , vol. 24, n.º 2, julio de 1953, pp. 116-145, y sobre todo de la 128 a la 130, y la 142; junto con F. W. Reeves, «The Social Development Program of the Tennessee Valley Authority», *Social Science Review* , vol. 8, n.º 3, septiembre de 1934, pp. 445-457, y en particular la 447 y de la 449 a la 453. Para más información acerca de la importancia de los conocimientos sociológicos en el proceso de planificación, véase Arthur E. Morgan, «Sociology and the TVA», *American Sociological Review* , vol. 2, n.º 2, abril de 1937, pp. 157-165; así como William E. Cole, «The Impact of the TVA upon the Southeast», *Social Forces* , vol. 28, n.º 4, mayo de 1950, pp. 435-440; Daniel Schaffer, «Environment and TVA: Toward a Regional Plan for the Tennessee Valley, 1930s», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 43, n.º 4, invierno de 1984, pp. 333-354, y sobre todo la 342, la 343, la 349, la 350 y la 353; y Sarah T. Phillips, *This Land, This Nation: Conservation, Rural America, and the New Deal* , Cambridge University Press, Nueva York, 2007, pp. 80, 89, 96-98, 100, 105-107.

[675] Para más información sobre el sistema de clases y de castas (y con esto se refería a los grupos familiares y de parentesco que valoraban la inclusión en función de la endogamia matrimonial),

véase Howard W. Odum, «The Way of the South», *Social Forces* , vol. 23, n.º 3, pp. 258-268, y sobre todo la 266 y la 267. Odum creía asimismo que las regiones poseían una suerte de «personalidad» o «biografía» populares y citaba a Carl Sandburg para explicar el profundo arraigo de la cultura del pueblo, expresada por medio de «las percepciones y la atmósfera social, del paisaje y la jerga de una región, de sus tipos humanos, de sus costumbres y dichos…; y todo ello de una manera y con un aire que no figura explícitamente en la historia académica»: véase Odum, *ibid* ., pp. 264, 268; véase también Arthur T. Raper e Ira de A. Reid, «The South Adjusts — Downward», *Phylon* , vol. 1, n.º 1, primer trimestre de 1940, pp. 6-27, y fundamentalmente de la 24 a la 26.

[676] En la colección de cartas que Odum recibió en respuesta a su pesquisa, nueve de las cuarenta y seis mencionadas empleaban la palabra «holgazán» (*shiftless*), y otras usaban diferentes términos relacionados con esa misma noción. Benjamin Burke Kendrick y Thomas Abernathy juzgaban que el término «holgazán» resultaría más adecuado que el de «blanco pobre». Véase la carta de B. B. Kendrick a Howard Odum del 10 de marzo de 1938, junto con la de Thomas Abernathy a Odum del 6 de abril de 1938. Para la confesión de que el vocablo era bastante «borroso», véase la carta de Charles Sydnor a Odum del 12 de marzo de 1939; para otros pareceres sobre la idea de «holgazanería», véase también la carta de Frank Owsley a Odum del 27 de marzo de 1938, la de Haywood Tearce a Odum del 19 de marzo de 1938, la de A. B. Moore a Odum del 29 de abril de 1938, la de Earle Eubank a Odum del 23 de marzo de 1938, la de Read Bain a Odum del 21 de enero de 1938, y la de D. B. Taylor a Odum del 25 de enero de 1938. Y para más información acerca del juicio que considera que los blancos pobres constituyen una «clase indolente y holgazana», véase la carta de Dudley Tanner a Odum del 25 de enero de 1938. Véase asimismo Howard Washington Odum Papers, 1908-1982, carpeta 3635, Colecciones especiales, Biblioteca Wilson, University of North Carolina, Chapel Hill.

[677] La palabra *shiftless* (holgazán) se remonta al siglo XVI y significa desvalido, sin recursos, vago, descamisado, desprovisto de medios [según una antigua acepción de la voz inglesa *shift* , de probable raíz germánica, que equivale a «cambio o trueque de caudales o mantenimientos»]; véase el *Oxford English Dictionary* . Respecto a la conducta indolente o remolona de los plantadores de Virginia y los esclavos de Luisiana, véase Frederick Law Olmsted, *The Cotton Kingdom: A Traveller's Observations on Cotton and Slavery in the American Slave States* , Nueva York, 1861, pp. 106, 373. Para la palabra *shiftless* como término frecuente entre los habitantes de Nueva Inglaterra, véase «Shiftless», *Ohio Farmer* , 17 de diciembre de 1896; véase también «“Farmer Thrifty” and “Farmer Shiftless”», *Maine Farmer* , 4 de junio de 1870. Para saber más sobre el estereotipo del tabernero haragán, véase Gail Dickersin Spilsbury, «A Washington Sketchbook: Historic Drawings of Washington», *Washington History* , n.º 22, 2010, pp. 69-87, y muy particularmente la 73. Para más información sobre los maridos que abandonaban a sus mujeres —y también sobre un proyecto de ley que se presentó en la Asamblea Legislativa de Nueva York en 1897 y al que se dio el nombre de «Shiftless Fathers Bill»—, véase Michael Willrich, «Home Slackers: Men, the State, and Welfare in Modern America», *Journal of American History* , vol. 87, n.º 2, septiembre de 2000, pp. 460-489, y especialmente la 469. Para la eugenesia y los «holgazanes», véase Irene Case y Kate Lewis, «Environment as a Factor in Feeble-Mindedness: The Noll Family», *American Journal of Sociology* , vol. 23, n.º 5, marzo de 1918, pp. 661-669, y fundamentalmente la 662; junto con Leonard, «Retrospectives: Eugenics and Economics in the Progressive Era», *art. cit* ., p. 220; Kelves, *In the Name of Eugenics* , *op. cit* ., pp. 48-49; y Davenport, *Heredity in Relation to Eugenics* , *op. cit* ., pp. 81-82. Respecto a la haraganería de los blancos pobres como tópico de los relatos de ficción, y para la asociación de la holgazanería con el régimen de aparcería y la transitoriedad laboral, véase William J. Flynt, *Poor but Proud: Alabama's Poor Whites* , University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1989, pp. ix, 63, 90, 160, 293. Para la holgazanería de los vagabundos, véase «Causes of

Poverty», *Genesee Farmer and Gardner's Journal* , 10 de marzo de 1832; junto con Todd Depastino, *Citizen Hobo: How a Century of Homelessness Shaped America* , University of Chicago Press, Chicago, 2003, pp. 15, 102; y W. J. Cash, *The Mind of the South* , Knopf, Nueva York, 1941, pp. 22-24.

[678] Valdría decir que *Stepin Fetchit* , o *step and fetch it* , es algo así como «ve y píllalo». (*N. del T.*)

[679] Véase la reseña crítica del filme, en la que se indica que Stepin Fetchit era el «perezoso de la cinta, la criatura de ébano con la que se caricaturiza la aversión al trabajo»: «Hearts in Dixie», 1929, *The New York Times* , 28 de febrero de1929; junto con D. Bogle, *Toms, Coons, Mulattoes, Mammies, and Bucks: An Interpretative History of Blacks in American Films* , Continuum, Nueva York, 1994, p. 8; véase también la carta de Ira de A. Reid a Howard Odum del 2 de febrero de 1938, Howard Washington Odum Papers.

[680] Véase la carta de M. Swearingen a Howard Odum, 13 de junio de 1938. Para más información acerca de la «escoria social que vive como los negros», véase la carta de Frederic L. Paxon a Odum del 18 de marzo de 1938. Para el hecho de que no se viera una clara línea de demarcación entre las casas de los blancos pobres y las de los negros, véase la carta de Ulin W. Leavell a Odum del 27 de enero de 1938. Para la circunstancia de que los blancos pobres solo superaran a los negros «en un único aspecto: el de su color», véase la carta de L. Guy Brown a Odum del 6 de febrero de 1938. Para la afirmación de que «todos los negros miraban por encima del hombro» a los blancos pobres, véase la carta de A. C. Lervis a Odum del 2 de febrero de 1938. Para la realidad de que los blancos pobres trabajaban como negros y vivían en estrecha promiscuidad con ellos, véase la carta de W. A. Schiffley a Odum del 7 de febrero de 1938. Para los «saltamontes de matojo», véase la carta de Earle Eubank a Odum del 23 de marzo de 1938, Howard Washington Odum Papers.

[681] Carta de Raymond F. Bellamy a Howard Odum, 21 de enero de 1938, Howard Washington Odum Papers.

[682] Carta de B. O. Williams a Howard Odum, 9 de febrero de 1938, Howard Washington Odum Papers.

[683] James Agee y Walker Evans, *Let Us Now Praise Famous Men* , 1941, reimpreso en Houghton Mifflin, Boston, 2001, pp. 5-6, 8-9 [hay traducción castellana: *Elogiemos ahora a hombres famosos* , Ariel, Barcelona, 2017. (*N. del T.*)].

[684] *Ibid* ., pp. 70-73, 127, 137, 164-165, 183-184, 205-206, 231-239. Para más información sobre las noventa y tres páginas repletas de descripciones minuciosas de la cultura material de los estudiados, véase Michael Trinkley, «"Let Us Now Praise Famous Men" — If Only We Can Find Them», *Southeastern Archeology* , vol. 2, n.º 1, verano de 1983, pp. 30-36. Para la desconfianza que muestra Agee respecto de la implicación del escritor en el proceso de documentación, véase James S. Miller, «Inventing "Found" Objects: Artifactuality, Folk History, and the Rise of Capitalist Ethnography in 1930s America», *Journal of American Folklore* , vol. 117, n.º 466, otoño de 2004, pp. 373-393, y sobre todo la 387 y la 388.

[685] Agee y Walker, *Let Us Now Praise Famous Men* (libro y artículo, respectivamente), *op. cit* ., pp. 184-185. Según acertará a señalar un observador de la época, lo que Agee revela guarda tanta relación con su propia persona (y con las interioridades de los propios lectores a los que representa) como con la realidad de su objeto de análisis, y en eso reside justamente su «principal valor como documento social»: véase Ruth Lechlitner, «Alabama Tenant Families», reseña literaria de *Let Us Now Praise Famous Men, New York Herald Tribune Books* , domingo 24 de agosto de 1941, p. 10; y para un debate sobre este particular, véase Paula Rabinowitz, «Voyeurism and Class Consciousness:

James Agee and Walker Evans, “Let Us Now Praise Famous Men”», *Cultural Critique* , n.º 21, primavera de 1992, pp. 143-170, y muy especialmente la 162.

[686] Texto reivindicativo firmado por un grupo de doce escritores, poetas, ensayistas y novelistas estadounidenses, todos con raíces en el sur de Estados Unidos. Su escrito, publicado en 1930, aboga en favor de las tradiciones agrícolas sureñas. (*N. del T.*)

[687] En 1941 solo se vendieron unos trescientos ejemplares de *Let Us Now Praise Famous Men* : véase Stott, *Documentary Expression and Thirties America* , *op. cit* ., p. 264; y véase también Donald Davidson, *The Attack on Leviathan: Regionalism and Nationalism in the United States* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1938, p. 308; junto con Tindall, *The Emergence of the New South* , *op. cit* ., p. 594; y Edward S. Shapiro, «Donald Davidson and the Tennessee Valley Authority: The Response of a Southern Conservative», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 33, n.º 4, invierno de 1974, pp. 436-451, y sobre todo la 443.

[688] Jennifer Ritterhouse, «Dixie Destinations: Rereading Jonathan Daniels’ *A Southerner Discovers the South* », *Southern Spaces* , 20 de mayo de 2010.

[689] Jonathan Daniels, *A Southerner Discovers the South* , Macmillan, Nueva York, 1938, pp. 31, 140, 148, 299-305. Para saber más sobre el hecho de que la quebrada de Providence se hubiera convertido en un imán para los turistas, véase Paul S. Sutter, «What Gullies Mean: Georgia’s “Little Grand Canyon” and Southern Environmental History», *Journal of Southern History* , vol. 76, n.º 3, agosto de 2010, pp. 579-616, y sobre todo la 579, la 582 y 583, la 585 y 586, y la 589 y 590.

[690] Daniels, *A Southerner Discovers the South* , *op. cit* ., pp. 25, 58.

[691] *Ibid* ., p. 345.

[692] *Ibid* ., p. 346.

10
El culto a los chicos del campo

Elvis Presley, Andy Griffith y la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson

«Confieso que soy un chico de campo puro y duro y un chalado de la guitarra».

ELVIS PRESLEY
1956

«Lyndon no pertenecía en absoluto a la clase alta. Era un chico de campo, criado en las colinas».

VIRGINIA FOSTER DURR
activista pro derechos civiles de Alabama, 1991

La mayoría de la gente recordará sin duda la célebre fotografía de Elvis Presley posando de pie junto al presidente Richard Nixon en el despacho oval de la Casa Blanca. Ahora bien, ¿por qué se ha olvidado en cambio que el cantante contaba con la amistad de Lyndon Baines Johnson? En su mansión de Graceland, Presley instaló un mueble con tres aparatos de televisión igual al que tenía Lyndon B. Johnson en Washington. Además, «el rey del rock» colgó también en su casa una pegatina de las que solían ponerse por entonces en el parachoques de los coches con una leyenda de la campaña presidencial de 1964: «All the way with LBJ» [«Hasta el final con Lyndon B. Johnson»], y aceptó aparecer en una instantánea publicitaria con la hija del presidente, Lynda Bird Johnson, que por aquel entonces salía con el actor George Hamilton. A primera vista, desde luego, Presley y Johnson daban toda la impresión de ser la pareja más extraña del mundo. Sin embargo, tenían más en común de lo que dejaba traslucir el particular Olimpo de la fama en que uno y otro brillaban con luz propia, aunque obviamente por separado. Los dos acabaron convirtiéndose en figuras de relevancia nacional y ambos desafiaron la representación, históricamente

tóxica, de los blancos pobres; de hecho, sus biografías trastocaron por entero esos tópicos negativos. [693]

En 1956, al irrumpir Elvis en la escena estadounidense como una verdadera fuerza de la naturaleza, parecía estar haciendo todo lo posible para no actuar como se suponía que debían hacerlo los blancos. Adoptó abiertamente el estilo musical de los negros, se peinó con el acostumbrado tupé de los afroamericanos y se embutió en los llamativos trajes que solían asociarse con los artistas de ese color. Sus movimientos de cadera y sus insinuaciones pélvicas dieron munición a sus críticos, que no solo comparaban sus meneos de desatada intención sexual con el *hootchy-kootchy* , es decir, con una imitación burlesca de la danza del vientre o el estriptis, sino que los vinculaban también con las masas rebeldes que vestían chaquetas de hombros trasatlánticos y pantalones de pata de elefante. Los fabulosos índices de popularidad que alcanzó y el irreprimible culto de sus admiradores contribuirían a catapultarlo al éxito y a otorgarle un papel protagonista en un episodio de *Ed Sullivan Show* , de donde saltaría a la gran pantalla. No tardaría en contar con un garaje lleno de Cadillacs. Elvis había logrado lo que ningún proletario varón perteneciente a la escoria blanca había soñado realizar jamás: ser simultáneamente genial, sexualmente transgresor y «chico de campo». Había dejado de tenérsele por un grotesco paria rural, como siempre había sucedido en épocas pasadas con los de su clase, así que Elvis quedó transmutado en lo que entonces se llamaba un *Hillbilly Cat,* [694] una identidad que muchos adolescentes desearon asumir. [695]

El repentino ascenso de Lyndon B. Johnson a la jefatura del ejecutivo, el 22 de noviembre de 1963, supuso una gran conmoción para el país. En una misteriosa e inquietante repetición de lo sucedido cien años antes, un segundo Johnson no refrendado por las urnas volvía a ocupar la presidencia tras un espantoso asesinato. Esta vez, sin embargo, en lugar de perder a Lincoln, un hombre afligido y desgastado por la guerra, la gente había asistido a la eliminación de John F. Kennedy, un vigoroso y fotogénico miembro de la élite de la costa este. Johnson, que era un experimentado político sureño, diseñó, poco después de la tragedia, un agresivo plan de acción legislativa destinado a promover los derechos civiles y las reformas sociales, iniciando así la campaña transformadora más espectacular de cuantas se habían emprendido desde los tiempos de Franklin D. Roosevelt. La «Gran Sociedad», pues tal fue la denominación con la que acabaría

conociéndose su amplia gama de programas gubernamentales, perseguía la eliminación de los impuestos de capitación y la discriminación electoral, la movilización de fondos para la educación y la atención sanitaria, y la puesta en marcha de un audaz conjunto de nuevas prioridades animadas por la voluntad de erradicar la pobreza. Sin embargo, lo que distinguió a Johnson de su predecesor demócrata fue la necesidad de reinventarse a sí mismo, una maniobra que le llevaría a despojarse, como era de esperar, de los modales propios de sus orígenes, anclados en una aislada zona rural del sur, cosa que además consiguió sin tirar por la borda su famoso acento tejano. El hecho de haber llegado accidentalmente a la presidencia le obligó a modificar la imagen que se tenía de él en la televisión, el juicio que se habían hecho de su persona los reporteros de Washington y la acogida que se le había dispensado como líder de la nación. A pesar de que Johnson contara con una contrastada trayectoria como defensor de las medidas económicas de Roosevelt y como progresista de ideas modernas, lo cierto era que, en la escena nacional, seguía considerándosele una figura de alcance meramente regional. Desde luego, Johnson se negó a ser indulgente con el gobierno de los blancos en el sur. En su discurso inaugural de 1965, declaró que el desarrollo progresista era una cuestión auténticamente crucial para la supervivencia del país. Quería utilizar los poderes que acababan de serle conferidos para trabajar en favor de una amplia igualdad social. [696]

En muchos aspectos, lo que estaba haciendo Johnson al insistir en la necesidad de un cambio era simplemente asumir las recetas que el sociólogo Howard Odum había venido recomendando a lo largo de las décadas anteriores: los habitantes del sur tenían que sacudirse de encima la improcedente nostalgia que todavía les hacía suspirar por la vieja Confederación. Johnson no temía la brisa renovadora de la modernidad. «No creo que la Gran Sociedad guarde el menor parecido con el ordenado, inmutable y estéril batallón de las hormigas», dirá sin rodeos el presidente en su discurso de investidura de 1965. La conformidad mecánica, ya respondiera al modelo soviético o a las inercias sureñas, resultaba tan sofocante como represiva. [697]

Sus héroes no habían sido Andrew Johnson ni James K. Vardaman; de hecho, el político que más admiraba era Franklin Roosevelt. Durante la Gran Depresión, Johnson fue un firme defensor de la electrificación del campo y dirigió en Texas el programa de capacitación profesional y la Agencia Nacional para la Juventud. Tampoco se mostraría paciente con los

remilgos y payasadas de los paletos. Johnson, que adoraba la tecnología moderna, recorrió Texas en un avión de hélice durante la campaña política anterior a la Segunda Guerra Mundial, y fue el primero en utilizar un helicóptero en la promoción de su candidatura al Senado en 1948. Ese año, en el que salió vencedor por un estrecho margen, se presentó como un político de mundo y se apartó por completo del estilo campechano de su oponente, al que uno de los ayudantes de Johnson tacharía de «carca, rancio y anticuado en todo». Tanto en su papel de líder de la mayoría del Senado como en la época en que ocupó la vicepresidencia y fue nombrado responsable del Consejo Nacional de la Aeronáutica y el Espacio, Lyndon B. Johnson no solo fue el primero en luchar para que el país «participara en la carrera espacial», también se contó entre los precursores que deseaban que el envío de un hombre a la luna se convirtiera en una prioridad nacional. [698]

No había tirantes rojos en el armario de este chico del sur, y su carrera tampoco estuvo marcada por las fanfarronadas propias de quienes azuzaban la hostilidad racial. Al público no le resultaba en modo alguno difícil comprender el elevado tono moral de la oratoria presidencial de Johnson. Despreciaba la falsa retórica de los segregacionistas del Partido Demócrata (conocidos como «*Dixiecrats* »), que adoptaban mendaces gestos de solidaridad de clase con los blancos pobres, aunque no les importara blandir para ello una retórica característicamente jalonada de iracundos llamamientos a la supremacía blanca. Al acceder a la presidencia, y como defensor de los derechos civiles, Lyndon B. Johnson utilizaría palabras de amor fraternal y de inclusión. Sin embargo, pese a todas estas realidades, la vieja imagen de chico de campo le seguía persiguiendo. [699]

En los mismos años en que el presidente Johnson aguantaba el tipo bajo la potente luz del foco mediático nacional, los ejecutivos de las cadenas televisivas descubrían —probablemente por casualidad— las comedias de situación con pueblerinos. Tres de los programas más populares de la década de 1960 fueron *El Show de Andy Griffith* ; *Gomer Pyle* , *U. S. M. C* .; y *The Beverly Hillbillies* (conocida en España como *Los nuevos ricos*). [700] Todos ellos venían a reeditar las simpáticas pero inaceptables patochadas del viejo cateto de la década de 1840, encarnado en el sufragista rural «Sug», del que ya hemos tenido ocasión de hablar. [701] Si Lyndon B. Johnson siempre había recordado con afecto a Roosevelt, al que consideraba como a «un padre», Andy Griffith tomaría el relevo como

figura paterna en la serie que llevaba su nombre, dado que, en su papel de *sheriff* de pueblo, venía a ser una especie de bondadoso protector de los habitantes de Mayberry, en Carolina del Norte. En el *Show de Andy Griffith* se respiraba una atmósfera propia de los años treinta, no de los sesenta, ya que se trataba de una especie de transcripción melancólica de la Gran Depresión en la que se narraban las andanzas de un pueblecito de inadaptados. En una entrevista en la que explicó el perfil de su personaje, Griffith insistió en que no estaba representando a un «palurdo». El creador del programa señalaba en su alegato que el *sheriff* era un hombre inteligente que hacía gala de «socarronería y sentido del humor», un poco al estilo del difunto Will Rogers, el humorista y héroe cinematográfico nacido en Oklahoma que aderezaba sus gracias con un toque de bonhomía. Por otra parte, en la ficticia localidad de Mayberry, la mayoría de los problemas se resolvían en torno a la mesa de la cocina de Andy, en un guiño a la costumbre de moda entre los estadounidenses, consistente en reunirse junto a la radio para escuchar las periódicas charlas vespertinas de Franklin D. Roosevelt. En el mundo de Andy se recibía con los brazos abiertos a los forasteros, y en todas partes relumbraban con fuerza las virtudes democráticas de las pequeñas poblaciones. [702]

Aunque el actor no llegara a decirlo, el *sheriff* Andy estaba efectivamente rodeado de paletos, dado que la televisión hurgaba en los peores estereotipos. Entre los habitantes de Mayberry estaban por ejemplo el crédulo empleado de gasolinera Gomer Pyle (que más tarde protagonizaría una comedia propia) y su primo Goober, por no mencionar a Ernest T. Bass, un estrafalario «montañés» aficionado a dar voces que tenía accesos de cólera en los que se subía por las paredes. Como bien habría de señalar un colaborador de la revista *Time* en relación con el personaje de Gomer, al que daba vida en la pantalla el actor Jim Nabors, este recluta, verdadero modelo de ceporro, iba por ahí «soltando homilías con la boca torcida y dando saltitos con gesto inseguro, como un labrador por un campo cubierto de estiércol». Era un auténtico «desastre con patas», sentenciaba el periodista. Y, desde luego, en la posterior secuela, él solito se las arreglará perfectamente para poner patas arriba todo el sistema burocrático del Cuerpo de Infantería de Marina estadounidense. [703]

La familia Clampett de Beverly Hills, como decía en broma el comediante Bob Hope, [704] suponía para los estadounidenses la encarnación televisiva de un «erial», algo así como una tierra baldía con retrete. Episodio tras

episodio, la abuela y los suyos tienen que sortear jocosamente los dificilísimos obstáculos que les plantean a cada paso los arcanos tecnológicos del timbre de la puerta o las inenarrables complejidades de los electrodomésticos de la cocina, recreando así ante los espectadores una situación susceptible de evocar en ellos un recuerdo menos divertido: el del choque cultural que consternaba a los verdaderos comuneros instalados por la Administración de la Seguridad Agrícola en reasentamientos de granjas modelo. Los «montañeses» que se asomaban a los hogares en horario de máxima audiencia, encabezados por el patriarca de la saga, encarnado por el actor Buddy Ebsen, salieron en la portada de la revista *Saturday Evening Post* , agrupados y dispuestos al modo de los personajes del icónico óleo que Grant Wood había pintado en 1930 con el título de *Gótico estadounidense* . Se trataba de una alusión más, tan poco sutil como las anteriores, a la inveterada creencia de que la escoria blanca era el resultado de un paso atrás en la evolución. [705]

Los *Beverly Hillbillies* tenían sus defensores. Según el creador de la serie, «nuestros montañeses», como él los llamaba, eran personas limpias y honestas, y lo que estaba haciendo la cadena era, de hecho, una buena labor, aseguraba, ya que su propósito pasaba por mejorar la imagen de la población del campo. «La palabra “palurdo”», insistía, «acabará adquiriendo un sentido renovado en Estados Unidos, y será gracias a nuestro programa». No tardaría en comprobarse que su optimismo no tenía razón de ser. [706]



Los montañeses protagonistas de la serie televisiva *Los nuevos ricos* , representados a imitación del cuadro titulado *Gótico estadounidense* pintado por Grant Wood en 1930.
Saturday Evening Post del 2 de febrero de 1963.

Jed Clampett, el abuelo del clan, no era precisamente Davy Crockett, pese a que el actor Buddy Ebsen hubiera encarnado, de hecho, al arisco compañero de Crockett (al que daba vida Fess Parker, con su inseparable gorro de piel de mapache) en la serie que emitiera Walt Disney en los años cincuenta. Las diferencias entre Jed y Davy saltaban a la vista. El único propósito de esos palurdos de Hollywood consistía en provocar groseramente las carcajadas del público; se trataba de una simple burla, no de una muestra de admiración. Lo que evocaban en la mente del espectador no era, desde luego, ninguna fantasiosa aventura asociada con el Salvaje Oeste del fornido Crockett, campeón del individualismo (o del Daniel Boone que Fess Parker había personificado en la televisión). Los «palurdos» Clampett no

tenían arreglo: conducían una descacharrada camioneta Ford de los años veinte y, para colmo, la abuela viajaba en ella sentada en una mecedora. Se trataba de una especie de versión «retro» de la desesperada familia Joad de John Ford. [707]

El héroe enfundado en ropas de ante que interpretaba Fess Parker era un garboso y desenvuelto chico de campo, un simpático y paternal tiarrón de provincias al más puro estilo de Gary Cooper. Todos los espectadores captaban la idea de que el Crockett de Parker representaba las excelsas cualidades tópicamente atribuidas a los primeros norteamericanos. El fotogénico Davy Crockett de 1955 provocó la histeria de sus admiradores, y su adoración llegó a tal punto que el actor acabaría elevándose hasta rivalizar prácticamente con Elvis. Cuando los Estudios Disney organizaron una gira promocional, los gorros de piel de mapache volaron literalmente de los anaqueles de las tiendas. Parker, que era un tejano de imponente estatura, hizo incluso una parada en el Capitolio. En una fotografía generosamente distribuida por las agencias de noticias, el entonces senador Lyndon B. Johnson y el presidente de la Cámara de Representantes, Sam Rayburn, posaron junto a «Davy» y su famoso rifle, apodado *Ol ’Betsy* . [708]

Dejando a un lado las características risas enlatadas, las comedias de los años sesenta no eran meros programas destinados al escapismo mental. Se apoyaban en la extendida angustia que atenazaba a las masas de emigrantes blancos pobres que se dirigían al norte y provocaban la proliferación de guetos de campesinos en muchas ciudades, como ocurriría por ejemplo en Baltimore, San Luis, Detroit, Chicago o Cincinnati; una circunstancia que solo conseguiría avivar los arraigados prejuicios previos que disponían a la gente contra los «saltamontes de matojo» (por recordar la expresión de uno de los intelectuales que respondieron a la encuesta de Odum). En un escrito sobre los blancos pobres del Chicago de 1968, el columnista Paul Harvey establecería un lazo de conexión práctico para llevar a sus lectores a conclusiones bien pedestres: «Supongan por un momento que, en la vida real, se mudan a la gran ciudad unos tipos parecidos a los que andan rondando por *Los nuevos ricos* , pero sin todos esos millones de dólares en el banco». [709]

El terceto de comedias de situación formado por *El Show de Andy Griffith* ; *Gomer Pyle* , *U. S. M. C* .; y *Los nuevos ricos* extraía su comicidad de una triste sospecha: la de que la Norteamérica moderna no había conseguido

crear un auténtico crisol de gentes: la distancia cultural entre la vida rural y la urbana, entre los ricos y los pobres, era inmensa. El personaje que interpretaba el actor Don Knotts —Barney Fife, el primo torpe del *sheriff* en *El Show de Andy Griffith* — era tan poco característico de lo que verdaderamente ocurría en las megalópolis como pudiera serlo de la vida que se llevaba en la década de 1830 el pícaro mascamazorcas que amenizaba las páginas del *Davy Crockett's Almanack of 1837* . A pesar de los implacables tormentos de intención didáctica a que le somete el sargento de instrucción, el desventurado soldado raso Gomer, metido a infante de marina, no refleja en modo alguno la cultura militar. Simplemente no encajaba en ese cuerpo de élite de la armada, y mucho menos en la corporativa Norteamérica de cuello blanco. Y por más que los Clampett se hubieran comprado una mansión en el mismísimo cogollo de Hollywood, lo cierto es que no habían subido un solo peldaño del escalafón social. Ni siquiera intentaban comportarse como los estadounidenses de clase media.

En 1963, Hal Humphrey, de *Los Angeles Times* , señalaba que el jolgorio que provocaba la serie de *Los nuevos ricos* guardaba relación con el hecho de que «la mayoría de los norteamericanos [tuvieran] una conciencia de clase extremadamente acusada». Daba igual el argumento, lo importante era que, en todos los capítulos de la serie, tanto el interesado banquero Milburn Drysdale como su esposa —«una auténtica trepadora social»— y «el idiota metepatas» de su hijo (de cuestionable virilidad) se enfrentaban chocarreramente con los Clampett. Según Humphrey, todo lo que veía el «fulanito corriente y moliente», es decir, el espectador medio, era un puñado de «paletos andrajosos», de categoría «obviamente… inferior», que, sin embargo, conseguían engañar a los «peces gordos», igualmente indignos de aprecio. En resumen, se trataba de una competición entre «pijos» y «horteras». A juicio del crítico periodístico, el creador de la serie había dado con una fórmula que permitía camuflar el conflicto de clases tras la pantalla de la hilaridad. Al final, Humphrey explicaba, entre bromas y veras, que los programas de televisión que se dedicaban a vapulear los estereotipos clasistas «se nutrían de la lucha de clases teorizada por Groucho Marx, ¿o era Karl Marx…?». [710]

Los estadounidenses se vieron así confrontados a un estado de cosas presidido por la agitación social e inmersos en una situación marcada por la metamorfosis de muchos límites y prejuicios rancios. Y por regla general, al verse en esa situación, lo que hicieron fue negar lo que siempre habían sido

y seguían siendo: una sociedad con una exacerbada conciencia de clase. En los años cincuenta y sesenta, la estratificación social fue el elemento singular que caracterizó el movimiento de los derechos civiles, entrelazado con el de las guerras culturales. Si la propiedad de una casa en una zona residencial había pasado a ser la representación misma del sueño americano, la opción habitacional más controvertida iba a ser, sin duda, la del parque de caravanas. En esos años, la segregación era algo más que un simple problema racial. Era inevitable que las leyes de zonificación urbana acabaran determinando que la configuración geográfica de los alojamientos respondiera a la estructura de las clases sociales. La clase trabajadora tenía sus boleras y sus cafeterías populares, y la «escoria blanca», el chabolismo alternativo de los aparcamientos de caravanas, y, desde luego, ambos hábitats contrastaban de la forma más estridente con las barbacoas de los acicalados patios traseros de los vecindarios exclusivamente reservados a los blancos de las zonas privilegiadas, coto exclusivo de la clase media. Se suele olvidar que los programas de la Gran Sociedad concebidos por el presidente Johnson se dirigían tanto a los guetos urbanos como a las regiones empobrecidas de los blancos del centro y el sur de los Apalaches. Muchas veces se ha dicho que la guerra de Vietnam fue un conflicto de salón. Sin embargo, en 1957, los noticiarios en blanco y negro de los televisores ya habían permitido a los estadounidenses asistir a un choque bifronte, de raza y de clase, al proclamar que los enfurecidos blancos pobres estaban cubriendo de gritos e improperios a los estudiantes negros de buena educación que intentaban matricularse en el instituto central de Little Rock.

Fueron este tipo de razones las que determinaron que un chico pobre de campo como Elvis se convirtiera en símbolo de tantísimas cosas para la generación que alcanzó la mayoría de edad en los años cincuenta. Además de teñir de blanco la música afroamericana y de poner en solfa las costumbres sexuales de los conservadores, Elvis acertó a preservar una identidad social que, en sus principales mimbres, se asemejaba al argumento de *Los nuevos ricos* . Se trataba, en efecto, del hijo de un aparcero blanco que de pronto se veía catapultado a las más altas cumbres de la riqueza y la fama. Adquirió Graceland, una mansión situada a las afueras de Memphis, y vivió en ella con sus padres. Le compró un Cadillac rosa a su querida madre, y para que la casa tuviese para ella el cálido ambiente de un verdadero hogar, mandó construir un gallinero en el jardín. [711]

Cuando Elvis se convirtió en el «hacendado» de Graceland, los estadounidenses de clase media comenzaron a encomiar de manera más general los méritos de las zonas residenciales. Por su parte, el vicepresidente Richard Nixon comprendió rápidamente que la expansión del mercado inmobiliario era un instrumento de peso en las escaramuzas diplomáticas de la guerra fría. En 1959, las dos superpotencias mundiales acordaron proceder a un intercambio cultural: si los soviéticos prepararon una exposición sobre el Sputnik y la exploración espacial —llevada a cabo nada menos que en la ciudad de Nueva York—, Estados Unidos optó en cambio por exhibir su orgullo nacional con un emblema más a ras de tierra: la típica finca de corte ranchero, instalada en este caso en el Parque Sokolniki y destinada a la edificación de las masas rusas. [712]

En el discurso de la ceremonia inaugural de la muestra, en Moscú, Nixon pasó revista a los treinta y un millones de familias estadounidenses que poseían una casa, a los cuarenta y cuatro millones de ciudadanos que conducían un automóvil propio —con un parque móvil privado de cincuenta y seis millones de vehículos— y a los cincuenta millones de personas que habían podido adquirir un televisor para asomarse al mundo. Aprovechando el momento con claro oportunismo, el vicepresidente hizo juegos malabares para presentar al público una multiplicidad de rostros: si unas veces parecía un publicista de la avenida Madison, otras adoptaba la capa de los profetas de la nueva clase media. Y en ambos casos negó explícitamente que se encontrara allí como encarnación del materialismo más superficial. Según sus declaraciones, lo verdaderamente maravilloso de los logros de Estados Unidos era la circunstancia de que el «país capitalista más grande del mundo» hubiera conseguido «acercarse más que nadie al ideal de la prosperidad universal en una sociedad sin clases». Estas palabras tocan el nervio mismo de lo que nos ocupa. En opinión de Nixon, Estados Unidos era algo más que una tierra de la abundancia. Dotada de un alma colectiva de raíz democrática, la nación no andaba lejos de concretar una suerte de utopía. Por primera vez en la historia, el capitalismo se apartaba de su condición de propulsor de la codicia y se desentendía de su propensión a monopolizar la riqueza y los recursos; la libre empresa de la década de 1950 era el mágico elixir que estaba propiciando el borrado de las diferencias de clase, una meta que estaba alcanzando gracias, fundamentalmente, a la propiedad de la vivienda; o ese era al menos el mensaje que deseaba transmitir. [713]

Los Nixon se presentaban como la perfecta familia de clase media. Poco antes de su viaje a Moscú, el vicepresidente y los suyos viajaron a Disneylandia, aupándose evidentemente a las portadas de todos los periódicos. Durante la campaña de 1960, en la que Nixon competía por la presidencia con John F. Kennedy, sería la propia Pat Nixon quien dedicara a su esposo (incluyéndose a sí misma) el elogio de ser la personificación del sueño americano. Anticipándose a la nominación de su marido, Pat comentó con los periodistas que su éxito encarnaba las promesas de la generación de la posguerra, de acuerdo con las cuales, señalaba, «las personas de condición humilde no solo hallan ocasión de ascender los peldaños sociales si trabajan con ahínco, sino que les es dado obtener también aquello por lo que han luchado». Si se convertía en primera dama, aseguraba, sería la primera «chica trabajadora» que estableciera domicilio en la Casa Blanca. Los propagandistas republicanos utilizaron agresivamente la imagen de Pat, y generaron toneladas de chucherías electorales, ya fueran insignias, banderines, folletos, peines o bisutería, además de una amplia gama de chapas, y con todo ese arsenal lograron elevar a Pat a la condición de ama de casa ideal y seráfica esposa de clase media. Los asesores del partido inundaron las vallas de los centros comerciales de las zonas residenciales con «Patmóviles» y «desfiles de Pat». A diferencia de la joven y deslumbrante Jacqueline Bouvier Kennedy, vestida a la última moda de la «alta costura francesa», Pat Nixon cogía personalmente la ropa de los estantes de las tiendas y elegía prendas fáciles de doblar y meter en una maleta. [714]

Los Nixon procedían de Whittier, en el sur de California, una localidad situada en el llamado «cinturón del sol». [715] Se trataba de una región que llevaba experimentando cambios espectaculares desde el año 1946 y que iba a seguir transformándose hasta 1970. El hecho de que millones de estadounidenses hubieran empezado a comprarse casas nuevas en todos esos estados cálidos hizo surgir enclaves de clase media en torno a los cordones metropolitanos de Los Ángeles, Phoenix, Houston, Miami y otras ciudades. Uno de los complejos urbanísticos más divulgados de la época fue el construido en Levittown, a las afueras de la ciudad de Nueva York. El proyecto llevaba el nombre de sus promotores, Abraham Levitt y su hijo William. Los Levitt, que pensaban a lo grande, levantaron nada menos que 17.400 casas y captaron a 82.000 propietarios en sus edificaciones de Long Island. Este éxito arrollador les indujo a planear dos inmensas parcelaciones

en el condado de Bucks, Pensilvania, y en Willingboro, Nueva Jersey. Los Levitt eran expertos constructores, así que no se limitaron simplemente a levantar viviendas. Como ya ocurriera en el caso de su más adelantado precursor —nuestro viejo conocido Richard Hakluyt, de la antigua Inglaterra isabelina—, también ellos se dedicarían a crear colonias autosuficientes en las regiones interiores del país. Los Levitt concebían los barrios residenciales periféricos como una suerte de puestos avanzados de la clase media consumidora y los diseñaban para favorecer las actividades recreativas. Por esta razón, completaban las zonas de servicios dotadas de centros comerciales con campos de béisbol, carriles bici y piscinas. [716]

La clave del sistema de los Levitt no radicaba únicamente en la materialización de unas viviendas más económicas, sino en la creación de un conjunto de poblaciones homogéneas, o de vecindarios «estabilizados», por emplear la expresión que ellos mismos idearon. Con esta fórmula aludían a la homogeneidad racial y de clase, y eso mismo los llevó a concebir la aplicación de unos «pactos restrictivos» que prohibían que los propietarios vendieran las casas a una familia negra. Los Levitt conocían la mentalidad del sur, porque su primer proyecto de grandes dimensiones, realizado durante la guerra en Norfolk, Virginia, había sido un complejo exclusivamente reservado a los trabajadores blancos. Al construir sus urbanizaciones periféricas en zonas de índole prácticamente rural, los Levitt comprendieron que la industria o el comercio no eran los elementos que determinaban el valor de la tierra. Al tratarse de una suerte de avanzadillas aisladas, la cotización del suelo de los cinturones residenciales debía vincularse a la posición social de sus habitantes. El requisito indispensable para poder comprar una casa de esas características consistía en que el cabeza de familia contara con unos ingresos estables: un sello definitorio de la nueva clase media de los años cincuenta. [717]

La denominación del barrio de Levittown no tardaría en embellecerse diciendo que se trataba de una «vecindad ajardinada». Sin embargo, el nuevo estilo de las urbanizaciones parceladas representaba una incongruente ocupación del espacio rústico. En la década de 1950, la pastoril estampa de los complejos residenciales acabaría aplicándose a todo tipo de ciudades dormitorio. Las revistas de mayor tirada presentaban imágenes almibaradas: la esposa cuidando del jardín, el marido atareado en la barbacoa… Era una especie de caprichosa reedición del ideal jeffersoniano: los urbanitas de los barrios residenciales venían a ser una

suerte de «pequeños propietarios rurales con jardincillo». Y para engalanar todavía más el tirón jeffersoniano de las fuerzas procreadoras periurbanas, a los nuevos complejos de parcelas se les asignaron nombres tan poco sutiles como el de «fértiles hectáreas» (debido a las altas tasas de natalidad de las parejas jóvenes). No obstante, muchos críticos denunciaron que aquellos hogares uniformes con sus pulcros céspedes eran simples símbolos vacíos, un señuelo muy alejado de las verdaderas virtudes democráticas. [718]

En lugar de eliminar las diferencias de posición social, las áreas residenciales terminaron transformándose en fortalezas de la conciencia de clase. Las normativas de zonificación establecían el tamaño de las parcelas, restringían la construcción de bloques de apartamentos y favorecían la proliferación de viviendas unifamiliares a fin de vedar el acceso a las indeseables familias de clase baja. En el municipio de Mahwah, en Nueva Jersey, por ejemplo, el Gobierno local consiguió seducir a la compañía Ford para que creara una planta de ensamblaje en la ciudad, y acto seguido aprobó una disposición por la que se exigía que cada hogar tuviera una parcela de cuatro mil metros cuadrados de terreno y que el precio de las casas oscilara en torno a los veinte mil dólares de la época, lo que presumiblemente pretendía garantizar que los obreros mal pagados de la fábrica se fueran a vivir a otra parte. En el condado de Westchester, perteneciente al estado de Nueva York, el consejo educativo acordó construir una escuela de lujo en un barrio acomodado, omitiendo al mismo tiempo toda intervención en los colegios de las zonas de ingresos reducidos en las que vivían las familias italianas y negras de clase baja. En Los Ángeles, la Autoridad Federal de la Vivienda efectuó un estudio destinado a valorar las diferencias de clase percibidas en los complejos residenciales: se otorgó una elevada puntuación a todas aquellas urbanizaciones en las que se practicaba la jardinería a modo de pasatiempo popular, y calificaciones muy bajas, por el contrario, a los barrios en que los blancos pobres cultivaban alimentos en el patio trasero. El gallinero de la madre de Elvis habría estado mal visto. [719]

Con esta y otras estrategias, el Gobierno federal vino a suscribir el crecimiento de la nueva frontera de las residencias periféricas. La legislación fiscal otorgaba atractivas deducciones a los propietarios de las viviendas que tuvieran que contratar una hipoteca. El Gobierno redactó directrices para que a los bancos les resultara rentable conceder hipotecas a los veteranos honrados y a los hombres que contaran con un empleo estable.

La Ley de Reajuste de los Cuerpos Militares de 1944, más conocida como Proyecto de ley de los «G. I.», [720] creó la Administración de Asuntos de los Veteranos, cuya misión consistía en supervisar el programa de préstamos hipotecarios destinados a los excombatientes. Ambos departamentos —de vivienda y de veteranos— se coordinaron para ofrecer unas condiciones generosas a los antiguos militares: el Tío Sam avalaba hasta el 90 por ciento de la hipoteca media que solicitaban quienes habían servido en el frente, con lo que se alentaba a los prestamistas a fijar unos tipos de interés moderados y a establecer, por tanto, unos pagos mensuales igualmente asumibles. Al ver que había una larga cola de compradores potenciales dispuestos a adquirir una casa en Levittown, el constructor se atuvo a esos mismos planteamientos y privilegió en un principio a los veteranos. Gracias a esas ventajas, a los clientes más «deseables», es decir, a los varones blancos, les salía más barato comprar una vivienda que alquilar un apartamento. Y de este modo, en vez de mejorar la condición de todos, el sistema tendió a favorecer a quienes ya pertenecían de inicio a la clase media o a las familias obreras que dispusieran de ingresos estables. [721]

La parcelación propia de las urbanizaciones residenciales animó a los compradores a vivir con personas de «su mismo estilo», instaurándose así un proceso de clasificación constante por el que la gente empezó a verse distribuida en función de su religión, su origen étnico, su raza y su clase social. El prestigioso crítico arquitectónico estadounidense Lewis Mumford explicaba que Levittown era una «comunidad formada por una sola y misma clase». En 1959, el periodista y escritor de grandes éxitos Vance Packard resumía las características de los complejos surgidos de ese método de filtrado de la clase media con una expresiva frase: «son colonias en las que anidan pájaros de idéntico plumaje». Como ya hemos podido observar en numerosas ocasiones, los estadounidenses seguían teniendo en la punta de la lengua la idea de que las castas animales y la «cría» de buenos ejemplares en general resultaba sumamente relevante, máxime si lo que convenía era efectuar distinciones idiomáticas vinculadas con la identidad de clase. [722]

En 1951, tras decidir la Compañía de Aceros de Estados Unidos construir su Fábrica Fairless [723] en el condado de Bucks, en Pensilvania, los Levitt comenzaron a concretar en esa zona su segundo proyecto de desarrollo urbanístico. La actividad económica no solo interesó a los operarios de la

factoría, sino también a un grupo de obreros de la construcción cuyos integrantes se instalaron en un campamento de caravanas. Pese a que fuera muy poco lo que separaba a esas dos comunidades de la clase trabajadora en la práctica —se trataba de familias consolidadas con un número de hijos muy similar—, los propietarios del complejo de los Levitt tenían la percepción de que su barrio constituía un «símbolo de los logros de la clase media» y de que los habitantes del campamento merecían, en cambio, que se les endosara la etiqueta de «tirados de la furgoneta». Para expulsar a las familias de los remolques, los funcionarios locales se apresuraron a aprobar las oportunas ordenanzas. Los ofendidos residentes de la localidad descalificaron a las familias de las viviendas móviles diciendo que se trataba de «vagabundos», y aseguraron que las autoridades debían «deshacerse de ellos lo antes posible». A estas alturas, uno de los argumentos que se esgrimieron contra el asentamiento de las caravanas nos resultará familiar: era preceptivo conservar el valor de las propiedades. Si los trabajadores de la construcción estaban siendo considerados escoria, no se debía a sus orígenes de clase *per se* , sino al hecho de que vivieran en caravanas. El estigma no gravitaba sobre ellos, sino sobre sus hogares rodantes. [724]

La caravana ocupa un lugar importante, aunque un tanto equívoco, en la imaginación cultural estadounidense. Pese a constituir, por un lado, un símbolo de libertad completa y sin ataduras, la casa sobre ruedas adquirió, por otro, la fama de ser una simple «lata de conservas», un espacio que obligaba a llevar un estilo de vida modesto, barato y confinado. Cuando uno vive en una furgoneta acondicionada, se despoja literalmente de todas sus raíces y la privacidad desaparece. Los vecinos pueden ver y oír todo cuanto se haga en su interior. En los peores casos, los campamentos de caravanas han terminado asociándose con el lado oscuro de la libertad, es decir, con los comportamientos anómalos y los eriales distópicos y deprimidos surgidos en la periferia de las metrópolis.

Las caravanas llevan suscitando polémica desde la década de 1930. Dejando a un lado las elegantes cápsulas aerodinámicas que surcan el asfalto, sus desvencijados compartimentos tienden a ser considerados como una suerte de engendro. Y en cuanto empezaron a transformarse en viviendas permanentes, mucha gente las asoció con las barriadas marginales que aparecían en los vertederos urbanos. Como objeto, la caravana es simultáneamente moderna y antigua, distinguida y zafia, liberadora y

sofocante. A diferencia de las aburridas pero seguras urbanizaciones residenciales del estadounidense medio, en los parques de caravanas hay personas que parecen querer salir del sistema, no ascender por él: jubilados, trabajadores emigrantes y pobres con problemas. Esto sigue siendo cierto en nuestros días.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la primera generación de furgones vivienda eran artilugios chapuceramente construidos en el patio trasero de las casas, expresamente utilizados para ir de pesca o de caza. Cuando se echaron a las carreteras en los años treinta, es decir, en el preciso momento en que los *okies* se subieron a sus vetustos cacharros para recorrer la Ruta 66, un periodista los tildó de «monstruosidades» y de chabolas sobre ruedas. Sin embargo, la guerra lo cambió todo. Ante la grave escasez de viviendas, el Gobierno federal compró remolques para los soldados, los marineros y los operarios del Departamento de Defensa. Se pusieron en servicio, a toque de corneta, nada menos que treinta y cinco mil alojamientos rodantes, y como en todas partes había instalaciones militares y de las fuerzas armadas, las ciudades de remolques comenzaron a brotar repentinamente y como hongos en lugares completamente inesperados, desde Maine hasta Texas, pasando por Míchigan. En sitios como Hartford, en el estado de Connecticut, no tardaría en equipararse a los trabajadores del sistema de defensa instalados en esas «aldeas de caravanas» con los colonos y los gitanos. [725]

Agnes Meyer, una periodista de talento de *The Washington Post* , sería quien elaborara la crónica más notable de esos enclaves de furgones vivienda instalados en los centros del Departamento de Defensa. Los despachos que enviaba al diario —en calidad de «corresponsal de guerra en el frente interno», según ella misma los calificaba— quedarían reunidos y publicados en forma de libro bajo el título de *Journey Through Chaos* . De acuerdo con los presupuestos convencionales, las mujeres estadounidenses de buena educación no tenían por qué asistir de cerca a ningún «caos». De hecho, y a pesar de que su familia no considerara apropiado que una mujer joven adquiriera una formación superior, Meyer había obtenido una licenciatura en el Barnard College y estudiado en la Sorbona, además de publicar un trabajo académico sobre la pintura china y de convertirse en la primera mujer en conseguir un contrato en *The New York Sun* . Uno de los momentos más trascendentales de su existencia se produjo al contraer matrimonio con un multimillonario que poco después decidió comprar *The*

Washington Post , rotativo que en aquella época parecía avanzar a trompicones. Al llegar a la edad adulta, la hija que tuvieron, Katharine Meyer Graham, se convertiría en la directora más influyente del periódico familiar. [726]

En 1943, Agnes Meyer viajó a veintisiete centros de guerra resuelta a encontrar e investigar todos los datos pertinentes. La expedición la llevó de Buffalo a Detroit, y la hizo ascender a latitudes septentrionales, como Puget Sound, en Washington, para descender luego hacia el sur, hasta California. El camino de regreso al este, que efectuó pasando por Texas, Luisiana, Misisipi y Florida, le dio ocasión de trazar con toda crudeza y minuciosidad el retrato de las personas a las que entrevistó. Sus encuentros más inquietantes tuvieron lugar, como es lógico, en los estados profundamente sureños. Sus escritos sacaron a la luz las hileras de carpas, remolques y chamizos destartalados que jalonaban los no lugares de Pascagoula, en Misisipi, y Mobile, en Alabama. Expuso las lamentables circunstancias en que se encontraban las «zonas rurales abandonadas», y aseguró que la escoria blanca que se veía obligada a emigrar se hallaba en una situación lastimosa, cubierta de harapos, sumida en el analfabetismo y afectada por la malnutrición. Si se habían negado a mudarse a las viviendas respetables de los proyectos urbanísticos gubernamentales había sido por miedo a la legislación, pero, sobre todo, según creía Meyer, porque temían las «restricciones y controles derivados de su inclusión en una comunidad decente». Abrumada por las deplorables condiciones en que vivían, por la triste realidad de su salud física y mental y por su carencia de perspectivas, preguntó incrédula: «¿Es esto Norteamérica?». [727]



Caravaneros instalados como ocupantes ilegales en Arizona, 1950.
Fotografía de unos remolques vivienda concebidos como «ocupación ilegal» en Winkelman, Arizona 1950, nº 02-4537. Colección Fotográfica del Departamento de Archivística de Historia de la Biblioteca Estatal de Arizona, Archivos y documentos públicos, Phoenix, Arizona.

Los trabajadores habían acudido a Pascagoula en respuesta a la demanda de mano de obra de los astilleros de la zona. Cerca de cinco mil nuevos obreros, junto con sus familias, habían inundado esa pequeña población del golfo de México, desatando de inmediato el pánico entre los locales. Muchos de aquellos operarios eran gentes venidas de regiones apartadas y aquejadas por el atraso, y sus remolques eran bastante insalubres. Meyer trabó conversación con un hombre de cincuenta y un años que aparentaba ochenta: lo que estaba contemplando era un claro salto atrás, una vuelta a la década de 1840, en la que se calificaba de la misma manera —como viejos prematuros— a los llamados comearcillas. Los naturales de Pascagoula les tenían por «sabandijas». El gerente de los astilleros aseguró a la exhausta reportera que, si no se mejoraba la situación de esas personas, su miseria acabaría «arrastrando al resto de la nación al hoyo». En el condado de

Mobile, Meyer se enteró de que la tasa de nacimientos ilegítimos no solo era muy elevada, sino que se hallaba en plena expansión, dado que existía un mercado negro de bebés. Al llegar a Florida, descubrió que, vistos de cerca, los blancos pobres resultaban bien parecidos, pero que su aspecto desmejoraba extrañamente en cuanto sonreían y revelaban una dentadura repleta de caries. Pese a todo, se le antojaron menos repulsivos que «los individuos subnormales de los pantanos y los montes» que ya había conocido en Misisipi y Alabama. [728]

Habían sido los campamentos militares de la guerra de secesión estadounidense los que habían sentado un precedente en los estados del sur. Sin embargo, después de la contienda, el «remolque basura» se convirtió en una expresión de sentido genérico, desprovisto de toda especificidad regional. Aparecían en las periferias de Pittsburgh y Flint, en Michigan, pero también en Carolina del Norte y en algunas zonas de la porción superior del sur. En la lejana Arizona, los caravaneros actuaban además a la manera de los «ocupantes ilegales», y por eso circulaban fotografías en las que se les veía acantonados en terrenos cubiertos de malezas marcados por la conspicua presencia de retretes en sus patios delanteros. Vivir como una persona desplazada y pobre le asignaba inmediatamente a uno la etiqueta de escoria blanca. [729]

Conscientes de que sus productos estaban teniendo muy mala prensa, los fabricantes de caravanas lanzaron una campaña destinada a cambiar drásticamente su imagen. En 1947, empezaron a denominar «salón-remolque» a sus caravanas y optaron por dotarlas de interiores más atractivos y mejor adaptados con el fin de «atraer a la clientela femenina». Haciendo gala de una gran determinación, la asociación de fabricantes de casas rodantes presionó a las autoridades, instándolas a mejorar los «parques» de caravanas, cuya imagen no solo debía evocar los idílicos perfiles de un jardín bien cuidado y perfectamente acogedor para las familias, sino obedecer al firme propósito de arrumbar la estampa de los «campamentos» de furgones vivienda de apariencia provisional que se habían creado poco antes para los refugiados de la Segunda Guerra Mundial. En resumen, para que las casas móviles presentaran un perfil más aceptable, sus fabricantes tenían que dotarlas de todas las virtudes domésticas. Los promotores de la nueva mercancía, individuos de afilado ingenio capaces de trabajar en armónica sintonía con las convenciones sociales, se esforzaron con el máximo ahínco en reinventar la caravana,

convirtiéndola en un «bungaló residencial sobre ruedas» miniaturizado. Hicieron cuanto estaba en su mano para eliminar la expresión «caravana basura» del vocabulario de los estadounidenses. [730]

No tardó en comprenderse que a la caravana iba a resultarle muy difícil competir con el adosado unifamiliar con terrenito. Los potenciales clientes se encontraban en desventaja en materia de facilidades económicas. La Autoridad Federal de la Vivienda no se decidió a permitir la concesión de hipotecas para la adquisición de caravanas hasta el año 1971, de modo que, hasta entonces, y a pesar de que los furgones vivienda eran más baratos que las casas, los propietarios de esta solución habitacional tuvieron que hacer frente a otros costes ocultos y situaciones penalizadoras. Los parques de caravanas se instalaron en una suerte de limbo, enviando a sus dueños al exilio de las parcelas menos deseables de cada localidad, a muy incómoda distancia de las zonas residenciales, que no solo eran mucho más gratas a la vista, sino que también resultaban más seguras. En un gran número de casos, los encargados de esos parques prohibían el paso a los usuarios con hijos o mascotas, dos de los factores que más claramente podían atraer a las parejas jóvenes que vivían en los barrios periféricos. Empezaron a crearse emplazamientos permitidos en parcelas cada vez más pequeñas, con minúsculos trocitos de césped o sin hierba de ninguna clase. En muchas ciudades y condados, hasta los jubilados descubrirían que se les recibía de mala gana: la gente les veía con malos ojos porque tenían sueldos muy ajustados, contribuían muy poco al crecimiento comercial y no pagaban el impuesto de bienes inmuebles. [731]

En 1954, Hollywood captó rápidamente la desazón generada por el desajuste entre el ideal de la urbanización modelo y el nomadismo de la carretera en una comedia titulada *Un remolque larguísimo* , con Lucille Ball y Desi Arnaz en los papeles protagonistas. Es la historia de un matrimonio que sufre desventura tras desventura y va comprobando a cada paso que las caravanas disminuyen la privacidad en general y la intimidad sexual en particular, por no hablar de que resultan un espacio muy poco apropiado para guardar los preciados palos de golf del marido. La escena que expone a una luz más desconcertante el problema de los remolques vivienda es aquella en la que la caravana, de tres metros de largo, aplasta los rosales de un pariente, pone patas arriba el jardín y trastoca el barrio en el que se encuentra la coqueta casa de quien les acoge, en un vecindario tan raro como pintoresco. Se intenta transmitir el mensaje de que las caravanas son

un peligro y un fastidio, y de que están fuera de lugar en el paisaje de ensueño del complejo residencial de clase media. [732]

La oposición a los remolques creció al mismo ritmo que la popularidad de residir en ellos. A finales de los años cincuenta se construían más casas sobre ruedas que viviendas prefabricadas y, sin embargo, los municipios continuaban mirándolas por encima del hombro. En el New Jersey de 1962 se dirimió un importante caso judicial que llevó al tribunal a decidir por mayoría que la población rural que había planteado el pleito tenía derecho a prohibir la instalación de parques de caravanas en sus dominios. Sin embargo, un juez emitió un voto particular para dar a conocer su discrepancia, y en él expuso las peligrosas implicaciones de aquel fallo: las personas que «residen en remolques vivienda» se habían convertido, según explicaba el magistrado, en una clase social sujeta a una discriminación tolerada al amparo del vago relato de la protección del «bienestar general». Desde el punto de vista de este jurista, al menos, los sesgos sociales heredados habían convertido a los propietarios de las casas sobre ruedas en gente «sin arraigo, en verdaderos nómadas», en un grupo de «pobres migrantes». [733]

Los minoristas pertenecientes al ramo de la venta de caravanas y los agentes inmobiliarios volvieron a intentar cambiar la percepción del público. Como no podían regular *de facto* la calidad de los parques de casas móviles en general, decidieron incluir una versión de alta gama y empezaron a divulgar en su publicidad la imagen de unas comunidades de viviendas rodantes cuyo carácter era cada vez más exclusivo. Para distinguir las cochambrosas y descuidadas explanadas de chamizos motorizados de los barrios de viviendas de cinco estrellas, dieron a los emplazamientos de postín el nombre de *resorts* . De este modo, la expresión «parque de furgonetas» pasó a ser malsonante. Despojándose de su gorro de piel de mapache y enfundándose la chaquetilla de corredor de bienes raíces, el actor Fess Parker se metamorfoseó en inversor y descollante propagandista de los nuevos *resorts* de caravanas de alto copete. «Vivir sin preocupaciones», se jactaba Parker, acuñando un eslogan inédito para la novedosa clase de los caravaneros de relumbrón. En manos de los especuladores del «cinturón del sol», que sudaban la gota gorda para atraer a su lucrativa clientela, la vida en los yates de tierra contaba con todos los ingredientes necesarios para resistir la comparación con los hoteles de lujo. El complejo de vacaciones de Fess Parker, en Santa Bárbara, ofrecía vistas

al mar, campos de golf y un teletipo con toda la información sobre el mercado de valores. [734]

Pero el tirón de la vida natural personificado en ese otro ídolo estadounidense que es Davy Crockett no había desaparecido por completo. La existencia nómada del propietario de un remolque vivienda venía a ser una especie de actualización de la libertad de los caminos, ya que era una forma de quitarse de encima la losa de una hipoteca a treinta años. En 1957, un colaborador de la revista *Trailer Topics* , haciendo suyo el tema del donjuán, prometía a sus lectores el disfrute de un merecido respiro, lejos de las «sujeciones del complejo residencial» (la crónica iba acompañada de la fotografía de una sensual rubia coquetamente tendida en la cama de una caravana). Otros concesionarios de casas móviles prometían a sus clientes la posibilidad de dejar atrás la tediosa vida de barrio y la aburrida rutina del «cuidador de céspedes, patios y cañerías». [735]

En Yorba Linda, California, el pueblo natal de Richard Nixon —reconocido en la época como «principal caladero electoral de Nixon»—, surgió un buen día una notable comunidad de caravanas. Afirmar que un feudo era nixoniano implicaba asumir que se trataba de una zona republicana, conservadora y muy quisquillosa en materia de clase social. El asentamiento de remolques en cuestión, asociado al sugerente rótulo de «Lake Park», proponía un estilo de vida similar al de los «clubes de campo». No le faltaba detalle: laguito artificial, piscina, verdes paisajes acicalados, calles bellamente sinuosas… Según un reportero de *The New York Times* aquello era un «barrio residencial en miniatura». Los promotores del enclave, dos hombres de Los Ángeles, dedicaron tres años a buscar por todo el condado de Orange un ayuntamiento que les diera los permisos necesarios para materializar su proyecto, pero topaban con negativas una y otra vez. Para persuadir a los funcionarios de Yorba Linda de que no tenían la menor intención de violentar la determinación clasista de los habitantes del municipio, los constructores pulieron los perfiles de la futura comunidad hasta convertirla en un «club privado». Resaltaron la perfección del entorno y aseguraron que los residentes de su urbanización sobre ruedas pagarían una serie de gastos extra para sufragar el mantenimiento de sus parcelas. Al descubrir que los encargados de tomar la decisión seguían sin considerarlo suficiente, los emprendedores hombres de negocios añadieron un toque final: un muro de un metro y medio de altura destinado a rodear la totalidad del complejo. Uno de los administradores de

la localidad lo explicó más tarde con meridiana claridad: «Ni siquiera sabemos que están ahí». Y otro habitante del pueblecito admitirá también, sin ningún sonrojo aparente: «Les llamamos “la gente de intramuros”; y nosotros somos “los de extramuros”». ¿Podría haber mejor símbolo de la patente fe en la estratificación de clases que la erección de una muralla? [736]

Sin embargo, la comunidad de caravanas de Yorba Linda no respondía al perfil característico de este tipo de emplazamientos. Los numerosos parques de maltrechos furgones vivienda que tachonaban el mapa de Estados Unidos pertenecían a un escalón muy inferior, evidentemente. En 1968, solo el 13 por ciento de los propietarios de una casa rodante eran trabajadores de cuello blanco y, por otra parte, un importante porcentaje de las personas que vivían en los campamentos de caravanas más humildes procedían de las regiones rurales, fundamentalmente del sur. Las familias que no podían permitirse el lujo de adquirir un remolque nuevo tenían que comprar o alquilar modelos devaluados, es decir, de segunda o incluso tercera mano. Surgió así un nuevo mercado, el de los furgones usados, que vino a nutrir lo que dos sociólogos de la época darían en llamar «refugios de pueblerinos» y, desde luego se extendieron rápida y subrepticiamente tanto por la periferia de las ciudades del «cinturón del sol» como por el Medio Oeste y otras muchas regiones. Dispersos a lo largo de las carreteras, y próximos en muchas ocasiones a las vías de tren, los parques de remolques desvencijados resultaban prácticamente indistinguibles de los desguaces. Los caravaneros se habían convertido en los nuevos intocables del país. [737]

Y para emporar todavía más las cosas, mucha gente estaba convencida de que las comunidades de caravanas habitadas por obreros pobres eran guaridas de las más atroces iniquidades. En realidad, esta acusación se remontaba a los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, ya que en esa época se habían levantado aquí y allá «centros de la defensa» que se habían transformado en poco tiempo en polos migratorios para las prostitutas, que ejercían su oficio en una dispersa hilera de lupanares sobre ruedas. En los años cincuenta, las noveluchas baratas, con títulos como *Trailer Tramp* o *The Trailer Park Girls* , contaban enredos saturados de encuentros sexuales informales y de escenas de voyerismo. Según los cotilleos de la época, la golfa de caravana «iba de pueblo en pueblo y saltaba de un hombre a otro». Además de estas baratijas literarias había también relatos como el de

Cracker Girl , publicado en 1953, una suerte de folletín a caballo entre el erotismo y la pornografía blanda que excitaba a los lectores y exprimía las bajas pasiones y la galvánica perspectiva de saltar la valla y acostarse con una furcia. Tal y como ya ocurría con las drogas y el juego, también las busconas y el nomadismo de las caravanas baratas constituían uno de los sellos de identidad del desorden social que reinaba en los arrabales urbanos. [738]

La triste estampa de los pobres dominaba las imágenes negativamente estereotipadas de las casas rodantes. En 1969, el 40 por ciento de los envíos de caravanas tenían su punto de entrega en alguno de los trece estados de los Apalaches y, como es lógico, los modelos más económicos (por debajo de los cinco mil dólares) iban a las montañas. En 1971, la ciudad de Nueva York aprobó la instalación de su primer parque de remolques vivienda, ya que su alcalde, John Lindsay, consiguió que las autoridades respaldaran su medida de alojar en furgones a los indigentes sin techo. No se trataba de tipos como los del viejo barrio marginal del Bowery neoyorquino, repleto de alcohólicos y personas sin hogar, sino de gentes caídas en el desarraigo como consecuencia de la reestructuración de las ciudades; sin embargo, la solución del primer edil consistió en amontonarlos lejos de la vista de los demás vecinos y buscarles el tipo de acomodo menos urbano que quepa imaginar. Por consiguiente, todo el mundo empezó a considerar, de los Apalaches a la Gran Manzana, que las personas carentes de seguridad económica y los individuos de menor peso político eran la gente con más papeletas para acabar en un parque de caravanas. [739]

Los elementos del perfil identitario de la escoria blanca pasaron a ser la tierra barata, una parcela de cemento y lodo y un remolque vivienda destartalado (una verdadera versión actualizada del cuchitril del ocupante ilegal). En la década de 1960, las medidas de zonificación, la calidad de los alojamientos y la dotación económica de las escuelas imprimían el sello de la clase social, y de una forma poco menos que indeleble. El reasentamiento de los sureños del campo, que, en su búsqueda de trabajo, habían acabado estableciéndose en los espacios metropolitanos, dio lugar al surgimiento de un tribalismo de nuevo cuño. Los blancos pobres habían empezado a contender entre sí para hacerse un hueco en un territorio en franco retroceso, y con ello el conflicto de clases comenzó a escenificarse en las urbanizaciones. Y esto nos lleva a abordar el caso de Hazel Bryan y la cristalización del circo mediático moderno. [740]

El año 1957 asistió a un crucial experimento social acompañado de un intenso proceso de concienciación ideológica. La localidad de Little Rock, en Arkansas, atrajo la atención nacional e internacional debido a que el gobernador Orval Faubus se empeñó en frustrar los avances que había conseguido el instituto central en la lucha contra la segregación racial. El 4 de septiembre, la joven quinceañera Elizabeth Eckford intentó acceder al interior del edificio escolar, pero la Guardia Nacional del estado de Arkansas se lo impidió. Los periodistas se habían apiñado en gran número frente al colegio. Will Counts, del *Arkansas Democrat* , y Johnny Jenkins, de la *Arkansas Gazette* , iban a ser los encargados de marcar la pauta y de determinar la forma en que acabara recordándose el acontecimiento. Las fotografías que realizaron, prácticamente idénticas, parecían captar en toda su crudeza las aristas raciales y clasistas que definían la confrontación, ya que en ambas se aprecia la marcha estoica de la aislada estudiante entre las filas de la multitud irritada. Uno y otro fotógrafo enfocaron la lente de su cámara en Eckford y en la anónima muchacha blanca que aullaba insultos a su espalda, con el gesto deformado por la ira. El semblante de Eckford, vestida con pulcra modestia, traslucía calma y parecía la imagen misma de la formalidad. Su adversaria blanca llevaba un vestido excesivamente ceñido, avanzaba impulsada por el ánimo de acoso, en actitud amenazadora, y con un rictus de furia congelado en la boca abierta. La desafiante agresora transmitía en toda su plenitud la grosera insensibilidad de la tipología más característica de la escoria blanca. Y ese contraste era justamente lo que se proponían captar los dos reporteros gráficos. [741]

La misteriosa chica que gritaba en la foto era una tal Hazel Bryan. Un año después, cumplidos ya los dieciséis, dejó el instituto, se casó y se fue a vivir a un remolque. Pero lo que aquí importa es el comportamiento que mostró a los quince años, al dejar bien patente el rostro de la escoria blanca. Una conducta producto de la ignorancia, arraigada en personas que además no se arrepienten, fruto de una crueldad congénita. Y lo único que puede salir de esas personas es una réplica de la lastimosa vida en que les ha tocado nacer.

Hazel y su familia formaban parte del torrente de blancos pobres que había inundado Little Rock tras la Segunda Guerra Mundial. Su padre era un veterano de guerra incapacitado a causa de sus heridas y no podía trabajar. Su madre tenía un empleo en una de las factorías de Westinghouse. En 1951, cuando Hazel tenía diez años, la familia había dejado la pequeña población rural de Redfield. Su madre se había casado a los catorce con un

hombre que le doblaba la edad. Ni ella ni su marido habían terminado el bachillerato, y su padre se había unido a un grupo de artistas circenses. La casa en la que vivían en Redfield, que carecía de agua corriente, tenía el retrete en el exterior. Al mudarse a la ciudad, los Bryan comenzaron a disfrutar de una serie de comodidades que hasta entonces les habían sido totalmente desconocidas. La vivienda que adquirieron en Little Rock pertenecía a un barrio obrero exclusivamente reservado a los blancos, situado en el sector suroriental de la capital de Arkansas. [742]

Al día siguiente de publicarse la fotografía, Hazel Bryan volvió a hacerse notar al declarar a los periodistas que se apostaban a las puertas del centro docente que «los blancos también hemos de tener derechos». En un nuevo acto de provocación, la joven aseguró que, si se admitía a los estudiantes negros en el instituto central de la población, ella se marcharía a otro sitio. Su conocimiento de la jerarquía social que imperaba en su localidad de adopción le permitía saber que la reputación de los obreros blancos dependía del sistema segregacionista. La instauración de unos límites raciales permeables hundiría a mayor profundidad aún a la gente como ella. Uno de los responsables del instituto central de Little Rock indicó que todo el mundo sabía que el padre de Hazel tenía costumbre de pegarle, que la muchacha era emocionalmente inestable y que en modo alguno podía considerársela una de las «alumnas destacadas». Con sus payasadas de joven soliviantada —o de mala sangre, cabría decir—, Hazel confirmaba sus dudosos orígenes de clase. [743]

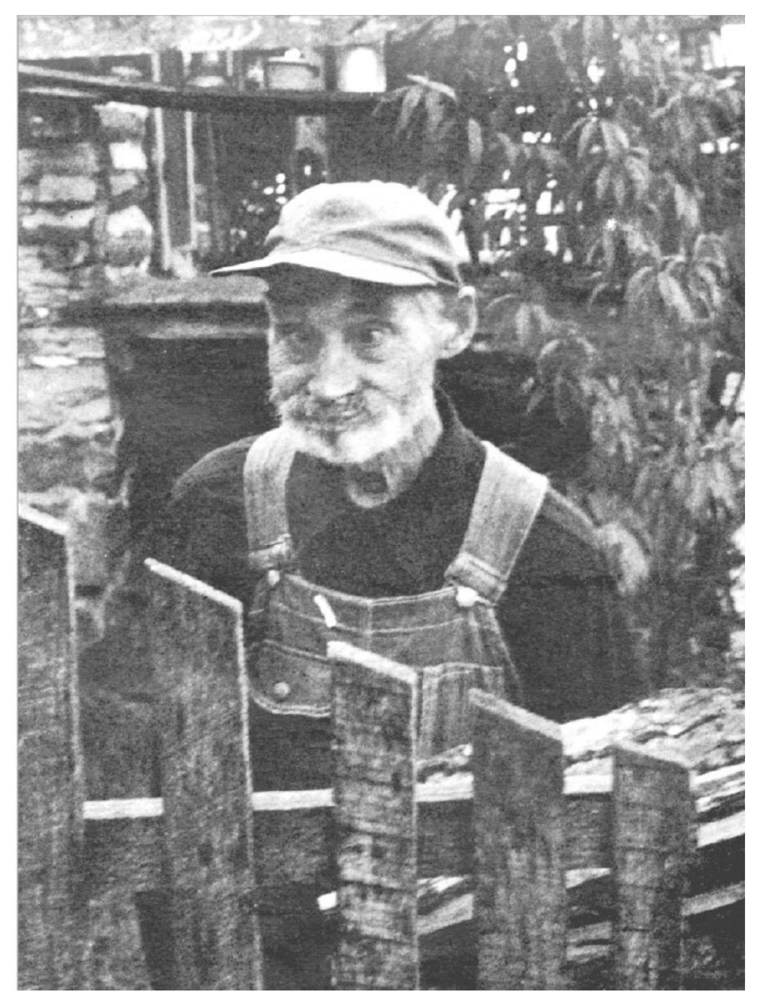
Benjamin Fine, del *The New York Times* , comparó los arrebatos de Hazel Bryan con los de una de las desatadas muchachitas que asistían a los conciertos de Elvis Presley y, de hecho, algunos de los reporteros destacados en el instituto central de Little Rock llegaron a alentar a los adolescentes a bailar *rock and roll* en las calles. La primera vez que se había intentado permitir la entrada de alumnos negros en ese colegio, uno de los estudiantes cruzó a toda velocidad el vestíbulo gritando, a lo Paul Revere: «¡Que vienen los negros!». [744] Los padres que aguardaban en el exterior comenzaron a chillar, instando a sus hijos a abandonar las aulas. Un grupito de chicas se asomó a la ventana y se puso a dar berridos. Dirigidos por los profesores, la mayor parte de los alumnos fueron evacuando poco a poco el edificio, aunque algunos —entre los que se encontraba el mejor amigo de Hazel, Sammie Dean Parker— afirmarían más tarde haber pegado un brinco desde la segunda planta. [745]

Poco antes se habían construido en Little Rock dos nuevas escuelas: el centro Horace Mann, para los estudiantes negros, y el R. C. Hall (al que todo el mundo conocía con el sobrenombre de «instituto de los Cadillacs») para las familias acaudaladas de la parte oeste de la ciudad. Sin embargo, el único que había sido elegido para iniciar la lucha contra la segregación racial había sido el liceo central, construido en la década de 1920 y destinado fundamentalmente a las familias trabajadoras. Armis Guthridge, miembro del Consejo de Ciudadanos de la capital y principal portavoz de las fuerzas contrarias a la integración racial, echó deliberadamente más leña al fuego de los resentimientos que anidaban en el ánimo de los blancos pobres al anunciar que los ricos y los acomodados se habían cerciorado de que la mezcla de razas se produjese únicamente «en los barrios en los que vive la gente a la que todo el mundo llama destripaterrones». La palabra «destripaterrones» tenía una importante carga de profundidad, y él era perfectamente consciente de ello. Su meta consistía en recordar a la clase obrera blanca de la población que las élites del consejo escolar los miraban por encima del hombro. [746]



Hazel Bryan es la chica que exhibe el feo y crispado rostro de la escoria blanca en la célebre fotografía de Will Counts, tomada el 4 de septiembre de 1957.

Colección Will Counts, Archivos de la Universidad de Indiana.



Taylor Thornberry, el pariente estrábico de Orval Faubus, según una instantánea publicada en la revista *Life* en 1957. Sus rasgos faciales hablan de los orígenes de Faubus, cuyas raíces parecen hundirse en el atraso y la degeneración rurales.

Revista *Life* , 23 de septiembre de 1957. Francis Miller / The LIFE Picture Collection / Getty Images.

Orval Faubus, el gobernador de Arkansas, también explotó las divisiones sociales. Se distanció del «clan de los Cadillac» y se presentó como una víctima de la arrogancia de las clases altas. Los medios de comunicación nacionales le pintaron con los rasgos de un «paleto» de Greasy Creek, en la meseta de Ozark. La revista *Time* le cazó charlando con unos visitantes y explicó que «estaba bebiendo leche a gollete» sin preocuparse de que el líquido «le resbalara por la barbilla». Se decía también que era habitual

oírle «soltar ráfagas de eructos» como un patán de pueblo. En *Life* , una fotografía de gran formato señalaba que entre la «parentela» del gobernador figuraba un tal Taylor Thornberry, un tipo bizco con aspecto de chalado que siempre iba por ahí embutido en un mono de trabajo. En una reunión privada convenida en Newport, en Rhode Island, lejos del triste sainete que se desarrollaba en Little Rock, el presidente Eisenhower intentó convencer a Faubus de que aceptara el plan de integración racial que había ordenado el tribunal supremo. [747] El gobernador sureño salió muy irritado del encuentro y con la sensación de haber sido humillado. Más tarde admitió ser plenamente consciente de que los asesores del presidente le veían como un simple «chico de campo». [748]

Faubus no tuvo inconveniente en valerse, desde el primer momento de la crisis, del doble temor a los estallidos de violencia racial y a los choques de clase para justificar la orden que había llevado a la Guardia Nacional de Arkansas a personarse en el instituto central de Little Rock. En la proclamación que él mismo había hecho la víspera de la apertura del curso escolar, el gobernador había afirmado contar con informes que le indicaban que un gran número de «caravanas» blancas procedentes de muchas de las zonas vecinas estaban dispuestas a acudir a la localidad. Se produjera o no una confrontación entre blancos y negros como consecuencia del conflicto, él quería dar a conocer a todos que había una pandilla de blancos formada por matones, agitadores y gañanes ansiosos por hacerse un hueco en la historia. [749]

A Faubus le encantaba jugar la baza del palurdo sureño, y sus constantes desafíos enfurecían a Eisenhower. Tanto es así que este último acabó enviando a la zona a la 101 División Aerotransportada y colocando bajo jurisdicción federal a la Guardia Nacional de Arkansas. La protección militar consiguió garantizar que se dejara paso libre a los nueve alumnos negros que habían solicitado el ingreso en el instituto central. En el plano nacional, de pie ante las cámaras, el gobernador de Arkansas terminó de encarnar hasta sus últimas consecuencias el estereotipo del sureño. Su actuación fue una cabal caricatura del desatino y la ignorancia. Un periodista de *Time* le acusó de «inventarse el mito de la violencia» y de «azuzar» después a las masas para convertirlo en realidad. [750]

En Estados Unidos, el episodio de Little Rock fue la noticia doméstica más importante del año 1957. El suceso transformó el barrio en el que se encontraba el instituto central en una enorme sala de prensa, ya que en él se

daban cita los reporteros de los principales periódicos, revistas y canales de televisión del país. A finales de septiembre, el número de informadores había pasado de un simple puñado de gacetilleros a la formidable cifra de 225 redactores y cámaras, y su presencia era más que notable. El pulso entre la justicia y el gobernador —con un ambiente de «crisis» centrado en la institución docente— captó la atención internacional. El 24 de septiembre, fecha en la que el presidente Eisenhower pronunció un discurso en la pequeña pantalla para anunciar que iba a mandar al ejército a la capital de Arkansas, el 62 por ciento de los hogares estadounidenses siguieron atentamente su alocución. Al aglomerarse las multitudes, los propios periodistas se convirtieron en blanco de las agresiones. Un reportero negro llamado Alex Wilson recibió una paliza, y el brutal ataque quedó grabado. Alguien dio un puñetazo en la cara a un fotógrafo de *Life* y, para colmo, la policía se llevó a este en un furgón, acusado de desórdenes públicos. El presentador de la NBC, John Chancellor, explicó que los «camorristas que se mezclaban con la turba» se dedicaban a dar empujones a sus colegas, interrumpiendo además sus intervenciones ante la cámara con una sarta de insultos. Uno de los informadores tomó la precaución de disfrazarse. Alquiló una ranchera, se puso una chaqueta vieja y se deshizo de la corbata. Para que un periodista hallara ocasión de pasar inadvertido y trabajar con cierta seguridad, era preciso que alterara su aspecto y diera la impresión de pertenecer a una clase social distinta a la suya propia, haciéndose pasar por un obrero blanco pobre. [751]

Por otra parte, los medios de comunicación no tardaron en derrapar hacia los estereotipos sureños y comenzaron a poner el foco en «la gran cantidad de gente en mono de trabajo», en «los abundantes hombres blancos que se dedican a mascar tabaco» o en la figura de un «escuálido individuo con pintas de paleto» obsesionado en cubrir a los militares de improperios, y además a voz en cuello (afirmación esta última destacada en un artículo de *The New York Times*). También los reporteros locales, cuyo trabajo se desarrollaba en la prensa de Arkansas, dirigirían a los manifestantes comentarios despreciativos, tildándolos de «pandilla de palurdos». Las iracundas mujeres que se dejaban ver en las inmediaciones del instituto se transformaron en sus artículos en «sucias amas de casa» o en «arpías». Un periodista del sur llegará a decir sin ambages: «¡Caramba, mírenlas! Son simples enjambres de escoria blanca pobre, al menos la mayoría…». Ese mismo mes, tras incorporarse al programa de integración racial una escuela

de primaria de Nashville, la turba se entregó a la violencia. Los sucesos de la capital de Tennessee dieron a un redactor de *Time* la ocasión de su vida para poner verdes a las mujeres que se hallaban entre el gentío: «Tienen la expresión ida, la cabeza cubierta de rulos y la blusa medio suelta», por no hablar de lo que dijo de la camarera que empezó a lanzar piedras dejando al descubierto un brazo cubierto de tatuajes. En una referencia a los chiquillos afroamericanos hecha de manera general, sin dirigirse a nadie en particular, una mujer particularmente desagradable gritó: «¡Afeitadles a todos esos ricitos negros…!». [752]

No era difícil prever que se iban a esgrimir todas esas cantinelas, sobre todo teniendo en cuenta que resultaban muy útiles para trazar una línea divisoria entre los provocadores y la buena gente «normal» de Arkansas y Tennessee. Hasta el presidente Eisenhower atribuyó la violencia a un puñado de «extremistas demagogos» en su discurso televisado y dio por supuesto que el grueso de la población de Little Rock estaba integrado por personas que cumplían la ley, pagaban sus impuestos, iban a misa y no respaldaban semejantes comportamientos. Si las mujeres cubiertas de rulos y la camarera que exhibía su tatuaje despertaban en la mente de los lectores la imagen de los caravaneros tirados, la algarabía de palurdos guardaba un mayor parecido con el Ernest T. Bass de *El Show de Andy Griffith* , con sus ojos desorbitados y sus aires de estar como una cabra. En 1959, el *Times Literary Supplement* reconocía que el elemento del episodio del instituto central de Little Rock que iba a quedar grabado para siempre en la memoria colectiva era el de los «feos rostros» de los «patanes, mascamazorcas, talones de brea y demás componentes de la escoria blanca pobre». [753]

Pese al bochorno que había provocado, Faubus no desapareció del mapa político de la época. Una vez libre de los focos de los medios de comunicación nacionales, consiguió salir reelegido en 1958, y aún habría de prolongar el ejercicio de su cargo por espacio de otros tres mandatos. Muy en su papel de gobernador firme, capaz de negarse a deponer las armas, Faubus siguió presentándose como un acérrimo defensor del derecho democrático de los blancos a oponerse a la «integración obligatoria». En un artículo en el que elogiaba la «perseverancia» del funcionario, un periodista del sur interpretaba que Faubus sacaba su característica fortaleza de los tiempos en que era un simple muchacho «montañés» que no tenía más remedio que patearse ocho kilómetros, vestido con un mono, para ir al colegio, por cierto destartalado. Ahí abajo, en el sur, los palurdos podían

salir adelante. De este modo, Faubus jugó la baza estratégica de aceptar la pérdida del apoyo de las clases altas, incómodas con el poder de cualquier pueblerino. Como ya hicieran sus colegas y antecesores James K. Vardaman, en Misisipi o Jefferson Davis, en su propio estado, también Orval Faubus se había valido del matonismo de los blancos pobres para mantenerse en el poder. Y le salió bien. [754]

El mismo año en que Little Rock agotaba las tiradas y copaba los noticiarios, Hollywood producía un largometraje en el que se sacaba partido a la imagen de los palurdos. Dirigida por Elia Kazan, y con Andy Griffith en el papel protagonista, la película, titulada *Un rostro en la multitud* , fue para Griffith un vector de comunicación completamente distinto al que habría de asumir más tarde en la televisión al encarnar a un amable *sheriff* de pueblo. Se trataba de un tenebroso drama que seguía la peripecia personal de un anónimo individuo que respondía por Larry Rhodes y al que se le apodaba «el Solitario». Rhodes es un indigente al que una locutora de radio descubre un buen día mientras toca la guitarra ante los demás presos en una función carcelaria. La reportera le hace una entrevista y la popularidad del rudo y sencillo Rhodes sube como la espuma hasta encaramarse a lo más alto y convertirse en una poderosa y despiadada estrella televisiva. Según los críticos, la interpretación de Griffith se situaba a medio camino entre las extravagancias de Huey Long y los contoneos de Elvis Presley: a fin de cuentas, se trataba de un personaje propenso a cantar a voces, como un «patán desquiciado por el poder». [755]

Pero el argumento de *Un rostro en la multitud* fue solo una parte de la historia. La publicidad que rodeó al estreno prefirió centrarse en la técnica que Kazan había utilizado al realizar el filme. Para conseguir que Griffith se metiera en la piel del personaje, el director había explotado los recuerdos del actor, al que de niño tachaban de escoria blanca. La cinta era, por tanto, muy poco convencional, y el mensaje que transmitía respecto de las clases sociales presentaba dos facetas. En primer lugar, recordaba al público los peligros de aupar a un patán de clase baja por encima de su condición habitual, situándolo en posiciones de poder: de hecho, la personalidad del palurdo de la pantalla era una explosiva mezcla de ira, astucia y megalomanía. Y en segundo lugar, el hecho de que Kazan hubiera aprovechado el trasfondo biográfico del propio Griffith venía a constituir una suerte de severo reproche a la cultura sureña, donde se trataba a los pobres como auténtica basura. [756]

Kazan probaría suerte con otro relato del sur, ambientado esta vez en los años de la Gran Depresión. *Río salvaje* , que se proyectó en las salas en el año 1960, guardaba relación con la Autoridad del Valle del Tennessee, ya que la construcción de una presa obligaba a desplazar a una anciana matriarca y a su familia, largo tiempo instalada en una isla del río Tennessee. Los hijos de la señora aparecen retratados como tipos zafios y perezosos, sin la menor voluntad de trabajar y, desde luego, resueltos a no abandonar la isla, aunque dependen de los aparceros negros que se encargan de labrar sus campos. La hija es un tanto casquivana y se muestra más que dispuesta a acostarse con el agente de la Autoridad del Valle del Tennessee porque le considera una oportunidad irrepetible de abandonar el pedazo de tierra en el que languidece. Un grupo de blancos malhumorados acosan y derriban al funcionario en cuestión ante las mismas narices del *sheriff* local y su ayudante, que no mueven un dedo para impedirlo. Como ya ocurriera en la película anterior, Kazan saltó a las portadas de los medios al contratar como extras a verdaderos blancos pobres. Los «ocupantes ilegales de la escoria blanca» que aparecen en el filme vivían, de hecho, en una zona llamada «Gum Hollow», [757] que era un barrio de chabolas literalmente situado sobre el vertedero municipal de Cleveland, en Tennessee. Las autoridades de la comunidad se pusieron furiosas al constatar que aquellos individuos tan antiestéticos iban a figurar en la cinta. Kazan cedió a las presiones y aceptó hacer tomas nuevas de las escenas que habían sido juzgadas ofensivas, esta vez recabando los servicios de ciudadanos catalogados como «respetables» desempleados. En este extraño episodio, los arrogantes árbitros de una pequeña población, erigidos en jueces de la moralidad, se negaron a reconocer incluso la existencia de la pobreza extrema. [758]

Los largometrajes de Kazan gozaban de notable aceptación entre el público de cultura media y alta. Sin embargo, también hubo otra cinta muy diferente, pensada para los clientes de los autocines, que se convertiría en un éxito arrollador en 1961. Se trataba de una segunda versión de *Poor White Trash* , que al estrenarse originalmente en 1957 con el título de *Bayou* había cosechado un estrepitoso fracaso. Sin embargo, con una agresiva y hábil campaña de comercialización se logró transformar el bodrio en un taquillazo. Decidida a explotar el nuevo título, la productora insertó en los periódicos una larga serie de anuncios de intención provocativa: «¡Existe en nuestros días… la escoria blanca pobre!». Y para

tentar a los adultos más aficionados a las imágenes salaces, los cautelosos propagandistas señalaron ladinamente a las autoridades locales que no iba a tratarse de una película autorizada para menores. No obstante, en lugar del sugerido impacto lúbrico, el filme resultó ser más voyerista que morboso. En la escena más fascinante de toda la cinta aparecía un blanco pobre de etnia cajún y titánica complexión (interpretado por Timothy Carey, un actor de Brooklyn) que ejecutaba una desenfrenada danza próxima al autoerotismo. Pero además de imitar los movimientos de Elvis, el sudoroso y convulso gigantón tenía asimismo otra faceta, la que adquiría cuando blandía el hacha para convertirse en un aterrador matón de los pantanos. El blanco pobre aparece aquí retratado como un individuo propenso a la violencia y a los excesos sexuales, como una raza en estado primitivo. [759]

De todas las películas asociadas con este periodo cultural, la de *Matar a un ruiseñor* , de 1962, fue la más elogiada y la que presentó una semblanza más condenatoria y desoladora de los blancos pobres. La cinta se basa en una novela homónima de gran éxito de Harper Lee y cuenta la historia de un pueblecito sureño de los años treinta. También subraya los límites de la justicia en una sociedad en la que la ley y el orden se inclinan ante el difunto código del honor de los estados del sur. Un negro llamado Tom Robinson es acusado falsamente de la violación de Mayella Ewell, una chica blanca pobre. Casi podría decirse que, al asistir al juicio, el público acaba transformándose en jurado, ya que se ve obligado a escoger entre el reo, un padre de familia que siempre ha trabajado con ahínco, y la lastimosa e inculta muchacha. ¿Triunfará la raza sobre la clase o doblegará esta a la primera? Esa es la disyuntiva en la que se ven metidos los espectadores. Robinson representa a los negros dignos y cumplidores de la comunidad. Es un hombre honesto y honorable. Los Ewell son escoria blanca. [760]

Los espectadores de la película no tienen ocasión de contemplar la ruinosa choza de los Ewell, que por su aspecto parece la «casa de muñecas de un chiquillo desquiciado», según la descripción que sí se ofrece, en cambio, en la novela. Tampoco llegan a ver a la familia de blancos pobres rebuscando en el basurero de la población. Las alusiones a la eugenesia que desliza Harper Lee en el libro quedan silenciadas en la gran pantalla, mientras que se resalta por el contrario la malévola crueldad de Bob Ewell, el padre de Mayella. Es un hombre capaz de escupirle a la cara a Atticus Finch —el abogado defensor de Robinson, al que da vida un Gregory Peck que, por exigencias del guion, pinta al letrado con los rasgos de un héroe

moralmente intachable— y que además intenta asesinar a los dos hijos de este. Evidentemente, nada podría resultar más pérfido que la eliminación de un niño. Bob Ewell solo merece un veredicto. Si el destino del «perro rabioso» que anda merodeando por las calles es ser abatido de un disparo por Atticus Finch, el desenlace de la película también reservará la misma suerte al desalmado y vengativo villano blanco. Pero no es el padre de los chicos amenazados quien recurre a la violencia, sino su espectral vecino, Boo Radley, un marginado social de turbio pasado. El papel de Radley es el de un ángel de la guarda que salva a los chiquillos en la noche de difuntos. [761]

Por más que el perfil de los Ewell fuese un tanto caricaturesco, como habrá de señalar sin ambages el crítico de cine de *The New York Times* , lo cierto es que su deformación resulta perfectamente familiar. El objetivo de Hollywood no pretendía tanto sacar a la luz la sórdida situación económica de los blancos pobres como resaltar sus siniestros demonios interiores. En los años cincuenta, la palabra «paleto» (*redneck*) había acabado siendo una forma de designar las formas de fanatismo rayanas con la demencia. El actor que encarnaba a Bob Ewell era un tipo flacucho, y el autor de una de las reseñas que analizan la cinta llegará a asegurar que el personaje es un «degenerado», lo que parece apuntar a la rancia correlación hereditaria entre un físico marchito y una mente menoscabada. No obstante, la exageración sensacionalista del comportamiento de los paletos no se producía únicamente en las pantallas cinematográficas. En el Nashville de 1957, el instigador racista que se puso al frente de las masas (con fingido acento sureño) fue un agitador a sueldo llegado de Camden, Nueva Jersey. [762]

Para los cineastas, el interés de los papeles de palurdo era un arma de doble filo. Por un lado, se trataba de malvados de película inmediatamente identificables, pero, por otro, eran hombres despojados de toda inhibición. Su naturaleza indómita, junto con su falta de freno y de ronzal, se oponía en marcado contraste al cuadriculado comportamiento del urbanita, y de cuando en cuando podían ser bien vistos a causa de su elemental machismo. El varón que protagoniza *El hombre del traje gris* , una novela de 1955 que también acabó cobrando vida en la pantalla grande, con Gregory Peck nuevamente a los mandos, era una pálida imitación del coloso cajún al que ya hemos visto bailar al son de los tambores. Tanto James Dean como Elvis Presley o Marlon Brando —e incluso el mismísimo Timothy Carey en su

papel de miembro de la escoria blanca pobre— eran estadounidenses sin modernizar, impenitentes individuos ajenos a los convencionalismos y a los artificios de la domesticidad. Preconizaban la vida asilvestrada y escarnecían el conformismo de los espectadores masculinos, en cuyos corazones podía arder el deseo de romper amarras. [763]

Muchas veces los términos «paleto» y «escoria blanca» se empleaban indistintamente, aunque no todo el mundo habría aceptado que se tratara de expresiones sinónimas. Como ya hemos visto, en el libro que Jonathan Daniels publicó en 1938 con el título de *A Southerner Discovers the South* , el autor insistía en que no todas las personas humildes del sur podían incluirse en la despectiva y apocopada categoría de *po' white trash* . Como ejemplo de su afirmación, Daniels apelaba a las figuras de Andrew Jackson y Abraham Lincoln, dos individuos rotundamente sureños de «cuello arrugado y enrojecido por el sol». Con ello, Daniels divide en dos bandos a los pobres: el de las gentes decentes que trabajan de sol a sol y luchan por ascender en la escala social, y el de los tipos vulgares para los que no hay esperanza posible y se hallan atrapados en lo más profundo del pozo. Los pobres con dignidad de Daniels muestran las «firmes y prácticas cualidades del destripaterrones», derivadas de la antigua clase de los pequeños propietarios rurales, una categoría que ya por entonces había perdido su antigua significación. Dicho esto, hay que señalar no obstante que la observación de Daniels no es exacta, al menos no desde el punto de vista histórico: como sabemos, los enemigos de Jackson le vilipendiaban tildándole de irreductible y violento mascamazorcas, mientras que a Lincoln se le tachaba con desprecio de «pies de barro» y blanco pobre. Sin embargo, hasta el mismo Daniels tuvo que admitir que en el sur también había gente que entendía que la definición que mejor cuadraba con el paleto o el destripaterrones era la de alguien «al que se había enseñado a odiar». Daniels menospreciaba a los negros y aborrecía a los «amigos de las gentes de color». A semejanza de un Bob Ewell, también él estaba dispuesto a apuñalar por la espalda a todo el que encendiera su cólera. Esa fue, por tanto, la etiqueta que prevaleció. [764]

¿Y qué decir del rústico o el cateto (*hillbilly*)? Pese a que en 1904 la Sociedad Dialectal Norteamericana definiera tanto al *redneck* («paleto») como al *hillbilly* («rústico») diciendo que eran palabras referidas a los «hombres toscos del campo», también proponía la siguiente distinción regional: «Los rústicos vienen de las colinas y los montes, mientras que los

paletos son propios de los pantanos». Al igual que los paletos, también los rústicos eran considerados crueles y violentos, pero se juzgaba que solían descargar fundamentalmente su ira sobre vecinos, familiares y «fisgones» [765] (en alusión a los extraños inoportunos). Como ya sucediera con los legendarios Hatfield y McCoy de la década de 1880, eran célebres por mantener enemistades capaces de persistir durante varias generaciones y por ceder a explosivos accesos de cólera. Y si no se hallaban enzarzados en ninguna riña era porque estaban trasegando algún licor ilegal o deshaciéndose de mala manera de sus hijas a la inconcebible y delictiva edad de siete años. Y a semejanza de los viejos ocupantes ilegales, se daba también por supuesto que se permitían largos periodos de indolencia y haraganería. Circulaban numerosos rumores sobre mujeres que se casaban tras haber quedado preñadas y que no tenían ni para zapatos. En 1933, se realizó un estudio en una aislada comunidad de la Cordillera Azul de Virginia. De buenas a primeras, una de las mujeres entrevistadas soltó que el significado del matrimonio era que ya podía «*tené* un montón» (de hijos). «Ya yo he *tenío* lo mío», explicó. «Quince. Nueve vivos y seis muertos». [766]

En 1938, Hollywood estrenó un filme titulado *Mountain Justice* , cuyo argumento se basaba en un caso real de asesinato: el que «la joven rústica» Ruth Maxwell había perpetrado en defensa propia en la persona de su padre al abalanzarse este sobre ella en un acceso de ira espoleado por el alcohol. Al exponer los pormenores del delito, la cinta señalaba que el hogar de los Maxwell, en Wise County, Virginia, era un lugar en el que «mujeres y hombres, ellas sucias y dejadas, y ellos desgarbados y larguiruchos, se entregaban a la tediosa tarea de vivir». La compañía Warner Brothers imprimió a la película tintes entre cursis y violentos. El asesor técnico del rodaje sugirió al estudio que se cerciorara de contar con «seis sabuesos de cazar mapaches, treinta pipas de maíz, cuarenta y tres tabletas de tabaco de mascar» y un kilómetro de calicó, todo ello para garantizar que se trazaba un retrato adecuadamente deslustrado de los modales y maneras de los «montañeses». La campaña de promoción del largometraje prometía al espectador un «apasionante melodrama de vicio y escarmiento». La escena más impactante tenía lugar al levantarse el padre de Ruth y avanzar hacia la joven blandiendo un enorme látigo de arrear ganado». [767]

En los años treinta y cuarenta del siglo pasado se hicieron enormemente populares las historietas de *Li'l Abner* y las tiras satíricas que Paul Webb

publicaba con el título de *The Mountain Boys* . En 1938, los dibujos de Webb dieron pie a una película de risa —*Kentucky Moonshine* —, protagonizada por los Ritz Brothers, un trío cómico muy conocido en la época que venía a ser una suerte de versión palurda de The Three Stooges, [768] otros tres especialistas del humor absurdo. La cinta cuenta las peripecias de tres neoyorquinos que se disfrazan de catetos y se presentan con luengas barbas negras y desaliñadas, tocados con sombreros altos de copa cónica, metidos en unos pantalones andrajosos (que además llevan cuerdas por tirantes) y con los pies al aire y mugrientos. El programa de radio Grand Ole Opry tuvo sus comienzos en esa misma década, y en él intervenían grupos musicales con nombres como los Beverly Hillbillies. Minnie Pearl, conocida por su célebre saludo rústico «*Howdee!* », comenzó su carrera en las emisiones de Opry en la década de 1940, y más tarde se convertiría en la estrella de una serie de televisión titulada *Hee Haw* , que se mantuvo más de veinte años en antena. La actriz que encarnaba a este personaje no era en modo alguno una auténtica chica «montañesa». «Minnie» había nacido en el seno de una familia acaudalada, poseía una buena educación y se había ido formando una personalidad ingenua en la que más tarde residiría la clave del éxito de sus números de vodevil. La «Minnie» cateta estaba tan alejada de la Norteamérica convencional que, al encasquetarse su característico sombrerito de paja y floripondios, todo el mundo podía ver que llevaba colgando la etiqueta del precio. [769]

Por consiguiente, en los años cuarenta, la figura del palurdo era un número de variedades y una suerte de denominación comodín con la que apuntar a todo cuanto guardara relación con lo pintoresco y lo folclórico. Los políticos también se apuntaron a la moda y comenzaron a presentarse como una especie de versión suavizada de una vieja teatralidad: la de individuos como el «Gran jefe blanco» de Misisipi James K. Vardaman o el histriónico Huey Long de Luisiana. En 1944, Jimmy Davis, hijo de un aparcero, fue nombrado gobernador de este último estado. Pese a que él se considerara animosamente «un simple chico pobre de campo», lo cierto es que Davis se reveló particularmente hábil para salvar las fronteras de clase. Fue cantante *country* , actor de Hollywood (en películas del oeste, evidentemente), y profesor de historia. Tal y como habría de observar el redactor de un periódico, el «palurdo que ocupa el sitial de Long» pertenecía a una nueva casta política. No era hombre que gritase ni que se entretuviera en pronunciar prolijas arengas, y tampoco agitaba los brazos al

discursear ni hacía vanas promesas. Era, por decirlo escuetamente, un rústico con una pizca de estilo. Desde luego, tampoco se sustrajo al efectismo hollywoodiense, y en una ocasión subió a caballo la escalinata del capitolio de Luisiana. [770]

Pese a todos los elementos que le distinguían de sus colegas, Jimmy Davis no fue el único representante de este nuevo género de políticos rústicos. En 1944, Idaho seguía los pasos de Luisiana al enviar como senador a Washington a Glen Taylor, apodado el «vaquero melódico». A los votantes de Texas ya les habían seducido antes las baladas catetas y los clásicos tópicos radiofónicos de Wilbert Lee O'Daniel, alias «Pappy», un tratante de harinas al que primero alojaron en la mansión del gobernador y después elevaron al Senado nacional. De hecho, en la lucha por el escaño senatorial de 1941, el contrincante al que derrotó O'Daniel, criado en Ohio, fue nada menos que Lyndon B. Johnson. Misisipi pudo jactarse de contar con el único republicano de esa nueva hornada de administradores, ya que sus ciudadanos eligieron a un candidato llamado Dewey Short. No tenía dotes de cantante, pero aun así consiguió ganarse el cariñoso apodo de «el Demóstenes rústico». Desempeñó varias funciones, ya que era profesor de Filosofía, había sido ordenado sacerdote y ejercía como congresista. Su estilo no recordaba precisamente al de la antigua tradición retórica griega, sino que se basaba, por el contrario, en la enunciación de una larga lista de adjetivos simultáneamente cáusticos y aliterativos. En una muestra de creatividad, llamará un día al Congreso «organismo de mamarrachos, abúlico, servil, soporífero, altanero y pusilánime» y tirará por tierra el presunto prestigio del muy cacareado grupo de expertos asesores de Franklin D. Roosevelt diciendo que se trataba de una pandilla de «tontos de baba profesionales». En cualquier caso, el electorado de Short, al que la prensa calificaba de «masa popular», le seguía eligiendo una y otra vez gracias a que él salpimentaba su prosa con un magnífico surtido de atrevidas florituras. [771]

¿A qué obedecía esta fascinación de lo rústico? En 1949, un comentarista australiano calificará de la mejor de las maneras este fenómeno. Según explicaba, a los estadounidenses les encantaban los «modales democráticos», lo que no equivale a decir que apreciaran la verdadera democracia. Lo que quería señalar este autor era que los votantes aceptaban la existencia de enormes disparidades en la riqueza, pero esperaban al mismo tiempo que los líderes electos «cultivaran una apariencia que

permitiera tener la impresión de que no se diferenciaban del resto de los mortales». [772]

Los rasgos positivos de la mitología que envolvía a los palurdos se ajustaban como un guante a ese atractivo de la autenticidad. Más allá de esa imagen de gentes enzarzadas en inmemoriales enemistades familiares y propensas a matar el tiempo con una caña de pescar, los «montañeses» también evocaban un amplio conjunto de creencias asociadas con la vieja fábula de la edad de oro: vivían aislados, eran primitivos y, pese a su tosca envoltura externa, practicaban una especie de genuina democracia. Volvían a ser los agrestes norteamericanos de pura sangre anglosajona que pintara en su día William Goodell Frost. La fantasía se reactivó con fuerza en las décadas de 1940 y 1950, y esa nueva vida se materializó en forma de relatos que aseguraban que los sencillos y honestos montañeses «no reverenciaban en absoluto ni el dinero ni la fama ni la casta». Sin embargo, las bufonadas vodevilescas no habían perdido su atractivo. Algunas bandas de vodevil adquirieron embrujadores aires sensuales y, de hecho, en 1950, una actriz llamada Dorothy Shay lograría que su carrera despegara al encarnar el papel de una «pueblerina de Park Avenue». Se vestía como una refinada urbanita y al mismo tiempo cantaba tonadillas en plan «todo-va-bien-y-el-futuro-me-sonríe». [773]

Según algunos especialistas, el perfil de Elvis Presley, el icono en el que vendría a quedar recogida la quintaesencia de la cultura popular de los años cincuenta, era en parte el de un rústico. Una de sus primeras actuaciones se anunciaba en los carteles bajo el rótulo de «La verbena de los montañeses» y se celebró en Pontchartrain Beach, [774] a las afueras de Nueva Orleans, en 1955, donde también se escenificaba el «Concurso de Miss bollito de masa pueblerina». Elvis hizo asimismo una gira con Andy Griffith. En sus comienzos, se consideraba que el estilo musical de Elvis era una mezcla de las canciones de los montañeses y el *rhythm and blues* . En 1956, el crítico musical del *Times-Picayune* de Nueva Orleans se manifestó muy aliviado al descubrir que el intérprete, que «se autodefine como un chico de campo» y «dedica un tema a sus “zapatos de gamuza azul”, no usa un “dialecto rústico exagerado”». Ese mismo año, Hedda Hopper, la columnista que se encargaba de los ecos de sociedad de Hollywood, se mostrará igualmente complacida al enterarse de que no se le hubiera ofrecido a Elvis el papel de *Li’l Abner* en el musical del mismo título. [775]

En la vida real, Elvis no tenía nada de montañés. Era un muchachito blanco pobre de Tupelo, Misisipi, hijo de un aparcero. Nació en una mísera barraca destartalada situada en el barrio menos recomendable de la ciudad. Sin embargo, en cuanto cogió la guitarra y millones de personas se quedaron embobadas ante sus frenéticos movimientos (violentos, según algunos), lo que la gente vio fue a un artista que desafiaba las normas de la clase media y que se conducía al mismo tiempo como una especie de rústico de nuevo cuño, perfectamente apropiado para encajar en su nueva mansión de Tennessee. Un amigo suyo confirmaría en 1956 esa imagen de pueblerino al señalar a un reportero que a Elvis le bastaba con «aparecer en escena para que las chicas se pusieran como locas y empezaran a chillar como mulas montañesas». [776]

Y así fue como, en 1956, la música *country* , la cultura popular y la política de clases acabaron por confluir en el escenario nacional. Ese año, el gobernador de Tennessee, Frank Clement, se convertía en el chico mimado (de campo) del Partido Demócrata. Fue elegido para pronunciar el discurso de presentación en la Convención Nacional Demócrata de Chicago, un honor que le situaba entre los candidatos a la nominación para la vicepresidencia. Poco antes del gran alegato de Clement, un colaborador de la revista *Nation* dijo que, a sus treinta y cinco años, con su metro ochenta y pico de estatura y sus cabellos oscuros, el gobernador era «uno de los hombres más atractivos de la política estadounidense». Se había hecho famoso por haberse pateado los montes de Tennessee, y la gente admiraba su «sinceridad de muchacho descalzo», en clara alusión al mito del «rústico honrado». Hasta en sus trajes de supermercado se transmitía esa afinidad con el hombre de la calle, pues al fin y al cabo vestía el «mismo atuendo que utilizaría un “montañés” de éxito cuando visita la gran ciudad». [777]

Su elocuencia de corte campesino cubría toda la gama de registros: la voz ampulosa emitía atronadores bramidos y acto seguido caía al nivel de un mero susurro o, como decía un reportero de esos años, «rechinaba como el violín de un “montañés” y después se diluía» hasta quedar en nada. Amenazaba a sus contrincantes con los tormentos del infierno, pero por regla general remataba sus intervenciones con una piadosa bendición. Al igual que Dewey Short, se encendía como una tea con el fuego de las reiteraciones retóricas. Y, para colmo, contaba con el respaldo del máximo representante de los gobernadores rústicos: «Big Jim» Folsom de Alabama, que medía más de dos metros y se había hecho célebre por quitarse los

zapatos mientras peroraba ante el público desde el atril y por hacer campaña con sus «recolectores de fresas», que así se llamaba a la camarilla que le arropaba en la temporada de mítines. En 1954, en una vasta reunión de las primarias demócratas, Folsom le dijo a Clement que, en cuanto se subiera al estrado, pusiera toda la carne en el asador, a lo que añadió que debía «salir ahí dándose aires, en plan lanzado y mordaz». Y así fue como «Jimmy el besucón», aficionado al whisky y las mujeres, dio el espaldarazo definitivo al rutilante Clement. [778]

John Steinbeck, el conocido autor de *Las uvas de la ira* , nos ha dejado uno de los más reveladores comentarios que han llegado hasta nosotros de la disertación inaugural de Clement. El escritor asegura que el gobernador tenía por delante un futuro sumamente prometedor, ya fuera como «estadista o como actor de comedias musicales». Steinbeck veía al demócrata como una mezcla entre la simplicidad del «muchacho de campo de toda la vida» y la gomina de Elvis, aunque con un toque a lo Billy Graham y Liberace. Según el novelista, el timbre de voz de Clement tenía el «raído, engallado y penetrante filo sonoro de un baile de parejas al son del violín». Y, además, «en sus más vibrantes y ensayados pasajes […] podía escucharse el primoroso subrayado de esa especie de redoble que acompaña el roce de los danzantes». Pese a que Steinbeck pensara que Clement iba a sacudir al partido en el mejor de los sentidos, también venía a sugerir que ese estilo del que «descascara maíz» halagaba unos gustos regionales que podrían no resultar tan gratos en otras zonas del país. [779]

Steinbeck había identificado adecuadamente el quid del problema político que se cernía sobre este político sureño: ¿era el gobernador un simple animador de grandes dotes demagógicas o realmente estaba capacitado para hablar en nombre del conjunto de la nación? En una reflexión que él mismo haría *a posteriori* , en el año 1964, Clement aseguró que era consciente de que la gente le aplaudía efectivamente por el contenido de sus soflamas, pero añadió que también tenía muy claro que, entre el público, había quien simplemente se reía de él. Ese mismo año, el tejano Horace Busby, un colaborador especial del presidente Lyndon B. Johnson, le dirá al periodista Bill Moyers [780] que el inquilino de la Casa Blanca, con su fuerte deje del sur, debería dar de hecho —al pronunciar su discurso de aceptación de la candidatura demócrata a la reelección— una imagen diametralmente opuesta a la que había ofrecido Clement. «La argumentación ha de ser

moderna, sin el más mínimo rastro de fórmulas anticuadas», señaló Busby. «Hay que reducir al máximo la facundia retórica», recalcaba. [781]

El gobernador de Tennessee, que se movía ante sus admiradores con movimientos calcados a Elvis, no consiguió que se le nominara candidato a la vicepresidencia en 1956. Ese segundo puesto en el cartel electoral correspondió al senador Estes Kefauver, otro ciudadano de Tennessee; sin embargo, el ganador había optado por exhibir una personalidad «montañesa» de perfiles ligeramente más suaves (no en vano se había licenciado en Yale). Tiempo atrás, en 1948, Kefauver se había encasquetado el gorro de piel de mapache para concurrir a las urnas. Lo había hecho además en reacción a la pulla que le había lanzado su oponente al tildarle de «amigo camuflado de los negros» [782] dispuesto a coquetear con el comunismo. En 1956 se decía que Kefauver se había subido al tren electoral para aportar un «calculado toque de llaneza» a la papeleta demócrata, por emplear aquí las acertadas palabras de un periodista, que en el fondo pretendía significar que la pose de Kefauver era un artificio que no engañaba a nadie. Kefauver era, por tanto, un «montañés espurio», un ardid barato pensado para compensar la falta de tirón popular de Adlai Stevenson, su compañero de campaña y candidato a la presidencia. A este último, originario de Illinois, se le tenía por un «empollón», es decir, por un intelectual capaz de aburrir al más pintado. Como es obvio, Stevenson y Kefauver fueron los perdedores del escrutinio. [783]

Entretanto, Clement recibía a Elvis en la mansión del gobernador… De hecho, en 1958 dio al intérprete un buen empujoncito al hablar ante uno de los comités de comunicación del Senado en defensa de la música «montañesa» y el *rock and roll* . Vance Packard, autor del gran éxito editorial titulado *Las formas ocultas de la propaganda* , tuvo que testificar ante esa comisión. En su declaración insistió en que el género melódico rústico estaba contaminando el gusto estético nacional. Indignado, Clement argumentó que los «montañeses» eran puros ejemplares isabelinos y que sus «armonías nasales» constituían la más auténtica expresión del sueño americano. Un sarcástico reportero de Chicago se manifestó cómicamente sorprendido de que el gobernador «no se hubiera presentado a un duelo de acordeones a diez pasos». [784]

Kefauver, nacido Tennessee, era un liberal al uso; Folsom, de Alabama, un populista; y Clement, también de Tennessee, un moderado, sobre todo en cuestiones raciales. Sin embargo, todos ellos tuvieron que asumir el papel

de *showman* para poder destacar en la vida política. Clement había puesto sus miras en el más alto cargo de la nación, pero quedó fuera de juego la noche misma de su discurso de presentación. Lyndon B. Johnson, el experimentado tejano, fue el único representante de la gavilla de tecnócratas rurales sureños que, tras lanzar su sombrero al anillo de la vicepresidencia entre las décadas de 1950 y 1960, se llevó finalmente el gato al agua y llegó a la Casa Blanca por derecho propio.

En su momento, todo el mundo consideraba que el líder de la mayoría Johnson, en su doble condición de autor intelectual de muchas medidas y hombre capaz de cerrar pactos positivos en el Senado, era el individuo más poderoso del país, superado solo por el presidente. Johnson admiraba a Henry Clay, de Kentucky, conocido como el «gran compromisario» (siendo ya él mismo presidente, Johnson colgaría el retrato de Clay en el despacho oval.) Johnson, que en ocasiones cultivaría una actitud paternalista en el grupo de los senadores demócratas, vigilaba de cerca las aficiones e intereses de sus colegas. «Si un hombre no acierta a detectar el estado de ánimo de la Cámara Alta», aseguraba, «no tiene sentido que la dirija». Parecía una especie de híbrido a medio camino entre un maestro de escuela (profesión que de hecho había ejercido) y un *sheriff* , algo así como una versión más dura y temible del Mayberry que encarnaba Andy Griffith. No obstante, la aptitud que compartía con el policía televisivo era la de dominar el rústico arte de la persuasión personal. Su repertorio le permitía echar mano de sus dotes de narrador, de la machaconería verbal y del contacto físico, sin olvidar que también sabía sacar provecho de su íntimo conocimiento de la psicología y las rarezas individuales de todos y cada uno de los senadores con los que tenía que tratar. El Senado era como una «pequeña población» en la que Lyndon B. Johnson llevaba la batuta a la manera de un moderno agente del orden. [785]

En 1960, al aceptar el puesto de vicepresidente, que por lo general es una tarea muy desagradecida, Johnson se convirtió en aplicado lugarteniente de Kennedy. Solo su inesperada elevación a la presidencia, el 22 de noviembre de 1963, alteró la percepción pública de su llana personalidad sureña. Obtuvo así, durante un tiempo, las simpatías que le habían negado hasta entonces los intelectuales liberales de su partido. No poseía ni la fresca serenidad ni el refinamiento de John F. Kennedy, que se presentaba ante el público con una planta que exudaba la desenvuelta confianza de su privilegiada educación. Pese a que algunos periodistas siguieran denigrando

sus modales de provinciano del sur, los más estrechos colaboradores de Johnson insistirían en que «no era ningún aldeano con ideas de Perogrullo». No obstante, a Lyndon B. Johnson le encantaba todo cuanto le concediera tintes extravagantes, como a cualquier otro político sureño de la vieja escuela cateta. En las etapas de la caravana electoral, Johnson recurría a su jerga tejana para establecer un vínculo campechano con las masas. Un columnista le cubrirá de elogios por «haber sabido llegar al fondo de las necesidades más urgentes y básicas de la gente común y corriente». Las pintas de campesino, que hasta el año 1963 habían supuesto una rémora en su carrera, se transformaron de pronto en un activo, sobre todo ahora que la nación lloraba la pérdida de su joven presidente. [786]

El paquete de medidas que lleva la impronta particular de Johnson y que conocemos con el nombre de «Gran Sociedad» guarda relación con una vertiente tan distinta como positiva de su identidad sureña. Al aprobarse la Ley de Educación Primaria y Secundaria en 1965, el presidente voló a Stonewall, Texas, para estampar su firma en el texto definitivo en el aula misma en la que había estudiado durante la Gran Depresión. Durante su estancia en ese pueblecito, Johnson recordó explícitamente que era «hijo de un aparcero». Cabría argumentar que su decidida voluntad de hacer frente al problema de la pobreza hundía sus raíces en su apuesta por un sur moderno. En 1960, con ocasión de su primera candidatura a la presidencia, Johnson, que había hecho suya la doctrina de Howard Odum, aseguró que su objetivo consistía en evitar el «despilfarro de recursos, de proyectos de vida o de oportunidades». En la época en que puso en marcha el programa de la Gran Sociedad, el eje de la legislación que promovía quedó centrado en dos clases diferentes: la de la población urbana de negros pobres y la de los montañeses radicados en la región de los Apalaches. Johnson consideraba que su plan era una actualización de la política económica de Roosevelt y, de hecho, no solo vinculó sus reformas con los esfuerzos de Eleanor Roosevelt sino que también trajo a colación sus sentimentales llamamientos a los pueblerinos. Su mujer, Claudia Taylor Johnson, apodada «lady Bird», se presentó en los montes de Kentucky, se puso a repartir almuerzos e inauguró un nuevo gimnasio escolar. Por su parte, el marido se sentaba a charlar con las familias de la zona. [787]

Los cámaras que le siguieron en la gira que efectuó por cinco estados captaron imágenes del presidente en los porches de las barracas desfondadas, escuchando con afectuosa atención a los «montañeses»: era

como una especie de *flashback* a los años treinta de James Agee y Walker Evans. La gente de los Apalaches se enfrentaba a problemas muy agudos: unos índices de desempleo más elevados que los del resto del país (que en algunos puntos llegaban a triplicar e incluso a cuadruplicar la media nacional); un parque de viviendas deteriorado; una fuerza laboral carente de formación, y un entorno devastado como consecuencia de la minería de carbón a cielo abierto. Al concederse a las compañías mineras, respaldadas por los tribunales estatales, la prerrogativa de arruinar los campos de cultivo, desmantelar los bosques, construir carreteras donde les viniera en gana y contaminar los acuíferos, las familias de labriegos de las montañas se habían visto despojadas de su derecho a la propiedad. Al final, la administración de Johnson consiguió dar luz verde a la Ley de Desarrollo Regional de los Apalaches, mediante la cual se crearon infraestructuras, escuelas y hospitales. Más adelante, el presidente sostuvo que el hecho de haber visto con sus propios ojos la pobreza de la región le había convencido de la necesidad de una Ley de Asistencia Médica. De este modo, el combate contra las carencias rurales se convirtió en uno de los pilares de la generalizada «guerra contra la pobreza» que Johnson se disponía a librar. Pero ni siquiera esas políticas audaces se revelaron capaces de embridar el gigantesco quebranto que ya había sufrido la calamitosa economía regional. [788]

Cuando se trataba de moldear su imagen pública, Lyndon B. Johnson cuidaba hasta los más mínimos detalles. El sombrero de llevaba no era el grande y clásico de los vaqueros, sino otro similar, retocado para conferirle unas dimensiones más modestas y un ala menos prominente. Así era el propio Lyndon B. Johnson: un sureño modificado con vistas a su modernización. Al buscar la forma de acudir en ayuda de los Apalaches, Johnson se veía a sí mismo como una suerte de benefactor, empeñado en lograr que la «fría indiferencia» del Gobierno virara hacia posiciones de novedosa empatía con las «gentes sencillas». Y al defender los planteamientos de la decencia humana más elemental, se apoyó en una lógica casera: «Ninguna familia estadounidense ha de conformarse con menos de tres comidas calientes al día, una casa confortable, una buena educación para sus hijos […], y de vez en cuando disfrutar lisa y llanamente de la vida». Y esa es justamente la traducción que Johnson hacía de la exhortación con la que Franklin D. Roosevelt promovió en 1944 la adopción de una segunda Declaración de Derechos en la que se contemplara

el derecho «a un empleo útil y bien remunerado en las distintas industrias, comercios, granjas o minas de la nación», «el derecho a contar con unos ingresos que permitan procurar alimentación, vestimenta y ocio adecuados», «el derecho de toda familia a una vivienda digna» y «el derecho a una buena educación». [789]

No obstante, en privado, Johnson no siempre dio muestras de consideración hacia los blancos pobres de las zonas rurales. En una ocasión en que recorría en coche el estado de Tennessee y se cruzó con un grupo de mujeres «de su casa» [790] que enarbolaban pancartas racistas, comentó: «¿Sabes de dónde viene todo esto, en el fondo? Si consigues convencer al blanco más tirado de que está por encima del mejor de los hombres de color, ni se enterará de que le estás metiendo la mano en el bolsillo. ¡Demonios! ¡Dale a alguien a quien menospreciar y te dará todo lo que tenga!». Lyndon B. Johnson sabía perfectamente, como ya dijera el premio Nobel William Faulkner, que el falso orgullo del blanco pobre era un factor que le debilitaba. En los tiempos en que ejerció la presidencia nunca perdió de vista la capital importancia de la clase y la raza en la fracturada cultura del sur. [791]



En 1963, Lyndon B. Johnson efectuó una gira por Kentucky. En la propaganda de esos actos se incluyeron fotografías de las conversaciones que mantuvo entonces el presidente con las familias

pobres de los Apalaches.
N.º 215-23-64, Inez Kentucky, Fototeca Lyndon B. Johnson, por Cecil Stoughton, Biblioteca Lyndon Baines Johnson, Austin, Texas.

Las promesas de Johnson no convencieron a sus críticos, ni en la derecha ni en la izquierda. Malcolm X le llamaba «el jefe de filas del partido de los pordioseros». En 1964, el equipo de campaña de Barry Goldwater, el entonces candidato republicano a la presidencia, ensambló con retazos heterogéneos sacados de aquí y allá un cortometraje de vocación amedrentadora que exhibía toda una serie de escenas de violencia urbana, pornografía, chicas en toples y establecimientos de estriptis. No se mencionaba en ningún momento el nombre de Johnson, pero en medio de aquella arenga de treinta minutos sobre la «decadencia de Estados Unidos» se veía aparecer súbitamente un Lincoln Continental que cruzaba el polvoriento paisaje de la campiña mientras por la ventana entreabierta salían latas de cerveza disparadas. Era una poco sutil caricatura de Lyndon B. Johnson como protagonista de una episódica escapadita por los alrededores de su rancho de Texas, lo que rebajaba la buena planta del presidente, con su más de metro noventa de estatura, al nivel de un simple gañán sureño. (Billy Carter, el incompetente hermano de Jimmy, dijo más tarde que el acto de arrojar las latas de bebida por la ventanilla era el sello distintivo del patán, mientras que los buenos chicos se cuidaban muy mucho de hacer tal cosa). En su campaña, Goldwater reactivó el viejo tema eugenésico de la degeneración moral, ya que de ese modo convertía al presidente en ejercicio en un símbolo de la escoria blanca. El Lincoln de Lyndon B. Johnson era una señal significativa. Cuando se sentaba al volante de su automóvil y conducía a toda pastilla alrededor de su rancho, trasegando cerveza en un vasito de papel (para disimular), lo que en realidad estaba haciendo el exuberante inquilino de la Casa Blanca era sencillamente permitirse el lujo de dar rienda suelta a sus impulsos más impertinentes. En una ocasión posó para un fotógrafo de la revista *Time* a los mandos de su coche con un lechón en brazos que no dejaba de chillar. La idea de mofarse de los periodistas era una forma de exhibir su humor de campesino. [792]

En los años cincuenta y sesenta, el vehículo en el que uno se dejara ver constituía un marcador de clase muy especial, ya que no solo podía responder a una actitud transgresora, sino actuar como escaparate de la propia capacidad adquisitiva. Elvis era dueño de varios Cadillac, y tenía

también un Lincoln y un Rolls-Royce. Sin embargo, si lo poseía el tipo de persona que la gente juzgaba inapropiada, un coche ostentoso solo conseguía reforzar el latente fastidio que el ascenso social despertaba en el alma de los estadounidenses. Y nada podría haber captado mejor esa incomodidad que el asiento acolchado que Elvis había mandado instalar en su Cadillac favorito para uso exclusivo de Scatter, el chimpancé que se había echado por mascota. Según la general suposición, los propietarios de esas hermosas máquinas debían poder presumir de un pedigrí acorde con la publicidad que tanto hacía soñar a los lectores de las revistas ilustradas. No se veía con buenos ojos que un hombre de clase baja explotara las fantasías de libertad dejando en la cuneta las restricciones de una identidad de clase impuesta. Y eso era justamente lo que habían hecho Elvis y su mono, o de lo que había pecado también Lyndon B. Johnson, al menos desde el punto de vista de los cargantes críticos que insistían en considerarle una suerte de zoquete del agro tejano en lugar de un verdadero figurín de Washington. [793]

Hasta el senador de Arkansas William Fulbright, un aliado de Johnson que acabó imprimiendo un giro liberal a su política, se quejaba de que Elvis se hubiera convertido en un icono empeñado en invertir los términos de la jerarquía de clase: «el Rey» ganaba más que el presidente. A George McGovern, de Dakota del Sur, le inquietaba que los ingresos de Elvis superaran la suma de los salarios anuales del conjunto del personal docente de una universidad media. ¿Y por qué méritos? Por una «grotesca forma de cantar» y un «orgiástico» meneo de piernas, dirá en su arremetida Bosley Crowther, el crítico cinematográfico de *The New York Times* . [794]

En una sociedad fuertemente influida por los medios de comunicación, se pensaba que los ídolos del pop podían transmitir el virus de la delincuencia a las clases bajas. Las Madres por una Norteamérica Moral, que patrocinaron el cortometraje de campaña en el que se difundía un retrato vejatorio de Lyndon B. Johnson, eran de ese mismo parecer, y también relacionaban sus aparentes modales de rústico con el peligro de un desorden de clase. Tal y como explicaba uno de los encargados de rodar la película de Goldwater, la forma en que se ejercía el liderazgo supremo de la nación condicionaba el comportamiento de los estratos sociales inferiores: si la conducta de un presidente resultaba excesivamente llana o tosca, alentaba y concedía carta de naturaleza a los inmorales deseos de las clases bajas. La riqueza no surgida del trabajo duro, el sexo sin matrimonio y el éxito

disociado de una educación correcta eran en todos los casos una señal de alarma. La sociedad padecía sus consecuencias. [795]

Puede que los partidarios de Goldwater entendieran que el proceder de Johnson se correspondía con el de una degenerada figura paternal de la escoria blanca, pero, desde luego, los reformistas liberales consideraban que todo comportamiento que se propusiera atajar la pobreza también era signo de buena crianza. Surgieron nuevas expresiones despectivas para reforzar la importancia del apellido y el linaje: «la cultura de la estrechez», «el ciclo de la pobreza», los «infradotados»… En la década de 1960, llena de transformaciones, la noción de clase seguía conservando restos no disueltos del vocabulario asociado con la genealogía y la herencia. [796]

La clase tampoco se había independizado por completo de la tierra como fuente de identidad. Uno de los intelectuales más influyentes de la década, el profesor de Harvard John Kenneth Galbraith, observó la existencia de «islas» de pobreza en una sociedad que nadaba en la abundancia. El socialista Michael Harrington, cuyo libro de 1962 titulado *The Other America* tuvo un peso decisivo en la orientación de los debates políticos, señaló que los pobres residían en un «territorio invisible», es decir, en un ámbito oculto a los ojos de la conciencia social de una clase media que había pasado a instalarse en barrios residenciales seguros y apartados de las áreas de penuria. Harrington abordó el tema de los «desechos» económicos, y destacó su condición de individuos prescindibles y apartados —como nuevos proscritos— de la corriente estadounidense general, gratamente productiva y capaz de utilizar el ascensor social. La vieja idea inglesa de deshacerse de los pobres arrojándolos a un distante puesto avanzado colonial no había sido enterrada del todo. Ya se sabe, ojos que no ven, corazón que no siente. [797]

También Lyndon B. Johnson pensaba en términos de terrenos y territorios al pensar en las clases inferiores y necesitadas. Los pobres eran, por emplear sus propias palabras, «gente humilde que vive en parcelas pequeñas y que solo desea lo que nosotros ya tenemos». Al expresarse de este modo, tenía en mente al aparcero histórico, aferrado al sueño de hacerse con un pedazo de tierra digno de tal nombre. Johnson recordaba el apego que él mismo profesaba a los «duros campos de caliche» [798] de las colinas de Texas y aseguraba que su fuerza provenía del «tosco, pegajoso e improductivo suelo de arcilla». «Lady Bird» Johnson tenía la convicción de que habían sido precisamente esas tierras de su juventud las que habían

permitido a su esposo desarrollar de forma tan implacablemente tenaz su carrera política. Johnson le dio la vuelta a la antigua noción de que vivir en un erial aniquilaba el espíritu del ser humano. En lugar de atascarse en el légamo, Johnson consideraba que había superado los obstáculos asociados con sus orígenes de clase con el mismo ímpetu que requería doblegar una tierra implacable. [799]

El día en que Johnson tomó posesión de su cargo, a principios de 1965, uno de los periodistas que trazaron su semblanza fue James Reston, de *The New York Times* . Los lectores pudieron contemplar a un hombre que hablaba a un tiempo de conservar la «fe en la vieja frontera» y de confiar en los nuevos espacios que abría la ciencia. Se trataba de una persona, aseguraba Reston, «que pronuncia cada palabra como si se tratara de la última», a lo que añadía: «nadie que halle ocasión de verle de cerca se atreverá a dudar de su sinceridad». Reston entendía que Lyndon B. Johnson era la «perfecta escenificación del sueño americano»: el «muchachito pobre, el chiquito campesino que asciende a la cima del mundo». [800]

Dos semanas después, Johnson hablaba ante un grupo de estudiantes integrados en el Programa Juvenil del Senado estadounidense. Les manifestó con gran aplomo que el apellido de sus antepasados carecía de importancia y que tampoco la tenía el color de su piel ni el hecho de haber nacido o no en el seno de una familia de aparceros y crecido en una casa de tres habitaciones. Pese a todo, él mismo era consciente de que todos esos extremos eran efectivamente relevantes. Por más que aquel jovencito llegado de las regiones rurales estuviese disfrutando en ese preciso instante de su particular momento de gloria, sabía en su fuero interno que el hueco que se había hecho en las filas de la élite más poderosa del país no estaba verdaderamente consolidado, y no ignoraba que la aceptación que se le brindaba no era total. Un hombre del campo como él siempre estaba expuesto a revelar, por algún signo elocuentemente delator y cuando menos se lo esperara, su condición de escoria blanca. El desplome podía venir de una simple palabra inapropiada, y, desde luego, jamás conseguiría disimular sus dejes de persona sencilla ni sacudirse enteramente de encima el rojizo polvo del barro. Las indelebles marcas de la identidad de clase se hallaban impresas en su frente para siempre, por mucho que se hubiera alejado de las inhóspitas regiones que le habían visto nacer. [801]

[693] Randall Woods, *LBJ: Architect of American Ambition* , Free Press, Nueva York, 2006, p. 458; Bobbie Ann Mason, *Elvis Presley: A Life* , Viking, Nueva York, 2002, p. 105 [hay traducción castellana: *Elvis Presley* , Penguin Random House, Barcelona, 2003. (*N. del T.*)]; Karal Ann Marling, «Elvis Presley's Graceland, or the Aesthetic of Rock 'n' Roll Heaven», *American Art* , vol. 7, n.º 4, otoño de 1933, p. 99; Michael T. Bertrand, *Race, Rock, and Elvis* , University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 2005, p. 224.

[694] Como tantas veces en el texto, la expresión lingüística no puede verterse razonablemente al español debido a su denso contenido cultural. Se trata de una etiqueta de moda surgida en los años cuarenta como *hep cat* y que se aplicó a Elvis en sus comienzos, cuando todavía compaginaba sus baladas con el volante de un camión en Memphis. Hay en la etiqueta una contraposición de términos que precisamente busca actuar como revulsivo, dado que, según hemos visto, *hillbilly* tiene connotaciones negativas vinculadas con la idea de «palurdo», mientras que *cat* es de sentido positivo y significa algo así como «tío» o «tronco» (lo que resulta muy apropiado, puesto que hoy en día suena tan anticuado en castellano como la propia fórmula «*Hillbilly Cat* » en Estados Unidos, que, sin embargo, está emparentada con la moderna *hipster*). (*N. del T.*)

[695] Jack Gould, «TV: New Phenomenon: Elvis Presley Rises to Fame as Vocalist Who Is Virtuoso of Hootchy-Kootchy», *New York Times,* 6 de junio de 1956. Para la referencia a las «chaquetas de hombros trasatlánticos y pantalones de pata de elefante», véase Jules Archer, «Stop Hounding Teenagers!: Elvis Presley Defends His Fans and His Music», *True Story* , diciembre de 1956, pp. 18-20, 22-24, 26, 28. «Elvis Presley: What? Why?», *Look Magazine* , 7 de agosto de 1956, pp. 82-85; Candida Taylor, «Zoot Suit: Breaking the Cold War's Dress Code», en *Containing America: Cultural Production and Consumption in 50s America* , Nathan Abrams y Julie Hughes, (comps.), University of Birmingham Press, Edgbaston, Birmingham, Reino Unido, 2000, pp. 64-65; Karal Ann Marling, *As Seen on TV: The Visual Culture of Everyday Life in the 1950s* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1994, pp. 169-170; y Michael Bertrand, «I Don't Think Hank Done It That Way: Elvis, Country Music, and the Reconstruction of Southern Masculinity», en *A Boy Named Sue: Gender and Country Music,* Kristine M. McCusker y Diane Pecknold (comps.), University Press of Mississippi, Jackson, 2004, pp. 59-85, y especialmente la 59, la 62, la 66, la 73, la 75 y la 84.

[696] Para saber más acerca de las dificultades a las que tuvo que enfrentarse al tomar la decisión de dejar atrás su identidad sureña, véase Joe B. Frantz, «Opening a Curtain: The Metamorphosis of Lyndon B. Johnson», *Journal of Southern History* , vol. 45, nº. 1, febrero de 1979, pp. 3-26, y en especial de la 5 a la 7 y la 25.

[697] Respecto a su discurso de investidura, véase, «The President's Inaugural Address, January 20, 1965», en *Public Papers of the Presidents of the United States: Lyndon B. Johnson: Containing the Public Messages, Speeches, and Statements of the President, 1965 (in Two Books), Book I — January 1 to May 31, 1965* , Government Printing Office, Washington, D. C., 1966, pp. 71-74, y sobre todo la 73; junto con Carroll Kilpatrick, «Great Society, World Without Hate», *Washington Post,* 21 de enero de 1965.

[698] Dale Baum y James L. Hailey, «Lyndon Johnson's Victory in the 1948 Texas Senate Race: A Reappraisal», *Political Science Quarterly* , vol. 109, nº. 4, otoño de 1994, pp. 595-613, y fundamentalmente la 596 y la 613; Robert A. Caro, *The Years of Lyndon Johnson: Means of Ascent* , Nueva York, Knopf, 1990, pp. xxxii, 211, 218, 223, 228, 232, 238, 259-264, 268 y 300; para más información sobre el decisivo papel que Johnson desempeñó en la promoción de la NASA y en la concreción de la política espacial de Kennedy, véase el artículo de Andreas Reichstein, «Space — The Last Cold War Frontier?», *Amerikastudien/American Studies* , vol. 44, nº. 1, 1999, pp. 113-136.

[699] Para más información acerca del tema de la fraternidad y la idea de que esta debía prevalecer sobre el divisionismo (así como en relación a la proclamación misma que hizo en esa misma fecha en materia de políticas públicas), véase «Address to the Nation upon Proclaiming a Day of Mourning Following the Death of Dr. King, April 5, 1968», en *Public Papers of the Presidents, Book I — January 1 to June 30, 1968-1969,* pp. 493-495.

[700] En 1993, esta última serie de *Los nuevos ricos* conoció una reedición cinematográfica a la que en Estados Unidos se le puso el mismo título (*The Beverly Hillbillies*), pero que en España pasó a llamarse *Rústicos en Dinerolandia* , un rótulo que en este caso tiene la virtud de dar una idea más clara de su contenido. *Gomer Pyle* , *U. S. M. C* ., que no se emitió en la península, es una versión cómica de las vicisitudes de un infante de marina incompetente, un poco al estilo de las posteriores películas de *Loca academia de policía* . (*N. del T.*)

[701] Véanse las páginas 299-300. (*N. del T.*)

[702] John O'Leary y Rick Worland, «Against the Organization Man: *The Andy Griffith Show* and the Small-Town Family Ideal», en *The Sitcom Reader,* Mary M. Dalton y Laura R. Linder (comps.), SUNY Press, Albany, 2005, pp. 73-84, y sobre todo de la 80 a la 82; véase también el artículo del columnista de la Asociación de empresas periodísticas Erskine Johnson titulado «Andy Griffith Drops Yokel Role for Semi-intellectual», *Ocala Star-Banner,* 2 de octubre de 1960.

[703] Para más información sobre Gomer Pyle, véase «Comedies: Success Is a Warm Puppy», *Time* , 10 de noviembre de 1967, p. 88; así como Anthony Harkins, «The Hillbilly in the Living Room: Television Representations of Southern Mountaineers in Situation Comedies, 1952-1971», *Appalachian Journal* , *vol.* 29, n.º ½, otoño-invierno de 2002, pp. 98-126, y en particular la 106. Un redactor de *The New York Times* calificará de «cateto» al personaje de Jim Nabors, aunque no niega que su «torpeza e ingenuidad» posean un cierto «atractivo», dado que, si se mete en líos, es «sencillamente porque presupone que entre los infantes de marina todo el mundo es tan amable como los vecinos de su pueblo»: véase Jack Gould, «TV: Freshness in Old Military Tale», *The New York Times,* 26 de septiembre de 1964.

[704] Como ya hemos visto, la serie *Los nuevos ricos* se titulaba en Estados Unidos *The Beverly Hillbillies* . Bob Hope alude al apellido de la familia de ficción que protagoniza la comedia —los Clampett— para hacer explícita la mezcla intencionada entre el nombre del barrio pijo de Beverly Hills y el de los «*hillbillies* » o palurdos que van a vivir a él tras encontrar petróleo en su mísera granja. (*N. del T.*)

[705] Véase la portada del *Saturday Evening Post* del 2 de febrero de 1963; junto con «Hope Quips Convulse Convention», *Billboard: The International Music-Record News* -*weekly* , 13 de abril de 1963, p. 41; y Hal Humphrey, «Last Laugh on Ratings», *Milwaukee Journal* , 16 de noviembre de 1963. Véase también Harkins, «The Hillbilly in the Living Room», pp. 112, 114; Jan Whitt, «Grits and Yokels Aplenty: Depictions of Southerners on Prime-Time Television», *Studies in Popular Culture* , vol. 19, n.º 2, octubre de 1996, pp. 141-152, y sobre todo la 148.

[706] Richard Warren Lewis, «The Golden Hillbillies», *Saturday Evening Post* , 2 de febrero de 1963, pp. 30-35, y en especial la 34. Paul Henning produjo, dirigió y colaboró en la redacción de todos guiones de *Los nuevos ricos* ; véase la entrevista de Henning en Noel Hoston, «Folk Appeal Was Hooterville Lure», *Day* de New London, Connecticut, 10 de agosto de 1986. El cronista de sociedad más influyente de Hollywood también salió en defensa de *Los nuevos ricos* , y lo mismo cabe decir de varios grupos de mujeres conservadoras; véase Hedda Hopper, «Hollywood: Hillbillies Take Off», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 23 de marzo de 1964. Irene Ryan, la actriz que interpretaba a la abuelita, abogaba de este modo en favor de la serie: «Cuando era niña, yo misma trabajé en la meseta de Ozark, en Arkansas, que es el lugar de procedencia que nuestros personajes.

La gente de por allí es tremendamente divertida y afectuosa, pero hasta ahora nadie les había dedicado un texto en el que se los reflejara. Y aunque sea desde un ángulo cómico, eso es justamente lo que ha hecho nuestro programa»: véase Muriel Davidson, «Fame Arrived in a Gray Wig, Glasses and Army Boots », *TV Guide* , 7 de septiembre de 1963, pp. 5-7, y especialmente la 5.

[707] Para saber más sobre la relación entre *Los nuevos ricos* y los Joad de *Las uvas de la ira* , véase John Keasler, «TV Synopsis: Unappreciated Art Form», *Palm Beach Post* , 30 de mayo de 1970.

[708] Para más información sobre la locura que se desató entre los fanes de Davy Crockett, véase Steven Watts, *The Magic Kingdom: Walt Disney and the American Way of Life* , University of Missouri Press, Columbia, 1997, pp. 313-322, y muy en particular la 318, la 320 y la 321. Si a Parker, que medía nada menos que un metro noventa y seis, se le consideraba atractivo y se le comparaba con James Stewart, a Buddy Ebsen se le catalogaba despreciativamente como «repulsivo y maloliente»: véase Bosley Crowther, «Screen Disney and the Coonskin Set», *The New York Times* , 26 de mayo de 1955. Para el «modesto estilo interpretativo» de Parker, que parecía disculparse en la pantalla de su propia buena planta, tal y como hacían Gary Cooper y James Stewart, véase «Meet Fess Parker», *St. Petersburg Times* , 24 de diciembre de 1954. Para la fotografía de Lyndon B. Johnson y Fess Parker, véase «Davy Crockett and Old Betsey», *Register* de Santa Ana, California, 1 de abril de 1955.

[709] Véase Harkins, «The Hillbilly in the Living Room», pp. 100-101, 114; junto con Paul Harvey, «The Beverly Hillbillies», *Lewiston Evening Journal* de Maine, 26 de octubre de 1968 —este mismo artículo del columnista circulaba también en los estados del sur—. Para una sinopsis de los fracasos y torpezas de Barney Fife en la gran ciudad, véase «Reunion to Bring Barney Fife Back», *The New York Times* , 20 de noviembre de 1965.

[710] Hal Humphrey, «Viewing Television: Theory of the "Hillbillies"», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 13 de enero de 1963. Otro crítico juzgaba que la trama de los diez programas de televisión más populares giraba en torno al contraste entre el «pueblerino» y el «urbanita», cuando no se basaba en otro tema más antiguo, aunque de gran éxito: el del galán frente al patán. Este analista decía que *Los nuevos ricos* eran un hatajo de «vigorosas gentecillas vulgares», llamaba panda de «zoquetes» a los personajes del *Andy Griffith Show* y «zángano» a Gomer Pyle: véase Arnold Hano, «TV's Topmost — This Is America?», *The New York Times,* 26 de diciembre de 1965.

[711] Marling, «Elvis Presley's Graceland», *art. cit* ., pp. 74, 79-81, 85, 89.

[712] Para el hecho de que Elvis se transformara en un «hacendado», véase «Presley Buys $100,000 Home for Self, Parents», *Times-Picayune,* de Nueva Orleans, 24 de marzo de 1957. Para la visita de Nixon, véase «"Made in U. S. A." — In Red Capital», *U. S. News & World Report* , 3 de agosto de 1959, pp. 38-39; Stephen J. Whitfield, *The Culture of the Cold War* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1991, pp. 72-73; Elaine Tyler May, *Homeward Bound: American Families in the Cold War* , Basic Books, Nueva York, 1988, pp. 10-12.

[713] Véase al suelto titulado «By Richard Nixon» en *The New York Times* del 25 de julio de 1959.

[714] Véase Charles Hillenger, «Disneyland Dedication: Vice-President and Other Celebrities Help Open Six New Attractions at Park», *Los Angeles Times* , 15 de junio de 1959; Mary Ann Callan, «Says Pat Nixon: "It's American Dream"», *Los Angeles Times* , 27 de julio de 1960; James McCartney, «Campaign Push Starts for Pat: Republicans Feel Pat Nixon May Hold the Key to the Election», *Pittsburgh Press,* 1 de septiembre de 1960; Patricia Conner, «Women Are Spotlighted in 1960 Presidential Campaign», *Lodi News-Sentinel* de California, 1 de noviembre de 1960; y Marylin Bender, «Home and Public Roles Kept in Cheerful Order», *The New York Times,* 28 de julio de 1960.

Véase también Martha Weinman, «First Ladies — In Fashion, Too? This Fall the Question of Style for a President's Wife May Be a Great Issue», *The New York Times* , 11 de septiembre de 1960.

[715] Banda meridional de Estados Unidos que se extiende de costa a costa, entre California y Carolina del Sur. Se caracteriza actualmente por ser una próspera zona de ocio y turismo. La popularización del aire acondicionado suavizó las condiciones de su tórrido verano y atrajo a numerosas familias de clase acomodada. (*N. del T.*)

[716] Becky M. Nicolaides, «Suburbia and the Sunbelt», *OAH Magazine of History* , vol. 18, n.º 1, octubre de 2003, pp. 21-26; Eric Larrabee, «The Six Thousand Houses That Levitt Built», *Harper's Magazine* , vol. 197, n.º 1180, septiembre de 1948, pp. 79-88, y muy especialmente la 79, la 80, la 82 y la 83; Boyden Sparkes, «They'll Build Neighborhoods, Not Houses», *Saturday Evening Post* , 28 de octubre de 1944, pp. 11, 43-46. Para la idea de que Levittown fuese en realidad una «gran colonia de viviendas», véase «New Model Homes to Be Opened Today», *The New York Times,* 3 de abril de 1949; junto con Kenneth T. Jackson, *Crabgrass Frontier: The Suburbanization of the United States* , Oxford University Press, Nueva York, 1985, pp. 234-237; y Thomas J. Anton, «Three Models of Community Development in the United States», *Publius* , vol. 1, n.º 1, 1971, pp. 11-37, y sobre todo la 33 y la 34.

[717] Sparkes, «They'll Build Neighborhoods», *art. cit* ., p. 44. Pese a que los Levitt eliminarían finalmente el «pacto restrictivo», lo cierto es que continuaron discriminando a las familias negras: véase «Housing Bias Ended», *The New York Times,* 29 de mayo de 1949; junto con James Wolfinger, «"The American Dream — For All Americans": Race, Politics, and the Campaign to Desegregate Levittown», *Journal of Urban History* , vol. 38, n.º 3, 2012, pp. 230-252, y sobre todo la página 234. Respecto a las instalaciones de las viviendas de Norfolk, véase Larrabee, «The Six Thousand Houses That Levitt Built», *art. cit* ., p. 80; Jackson, *Crabgrass Frontier* , *op. cit* ., p. 234.

[718] Para saber más sobre el peso simbólico que ha acabado por adquirir la barbacoa, véase Kristin L. Matthews, «One Nation over Coals: Cold War Nationalism and the Barbecue», *American Studies* , vol. 50, n.os ¾, otoño/invierno de 2009, pp. 5-34, y fundamentalmente la 11, la 17 y la 26; así como A. R. Swinnerton, «Ranch-Type Homes for Dudes», *Saturday Evening Post* , 18 de agosto de 1956, p. 40. Véase también, Lois Craig, «Suburbs», *Design Quarterly* , vol. 132, 1986, pp. 1-32, y sobre todo la 18; junto con Ken Duvall, «Sin Is the Same in the City or the Suburb», *Toledo Blade,* 6 de diciembre de 1960. Para más información sobre las «fértiles hectáreas», véase Harry Henderson, «The Mass-produced Suburbs: I. How People Live in America's Newest Towns», *Harper's Magazine* , vol. 207, n.º 1242, noviembre de 1953, pp. 25-32, y especialmente la 29. Para la idea de que la actividad de cortar el césped fuese un sucedáneo del comportamiento agrícola, véase Dan W. Dodson, «Suburbanism and Education», *Journal of Educational Sociology* , vol. 32, n.º 1, septiembre de 1958, pp. 2-7, y en particular la 4; Scott Donaldson, «City and Country: Marriage Proposals», *American Quarterly* , vol. 20, n.º 3, otoño de 1968, pp. 547-566, y en especial de la 562 a la 564; y Harry Henderson, «Rugged American Collectivism: The Mass-produced Suburbs, II.», *Harper's Magazine* , diciembre de 1953, pp. 80-86.

[719] Frederick Lewis Allen, «The Big Change in Suburbia», *Harper's Magazine* , vol. 208, n.º 1249, junio de 1954, pp. 21- 28. Respecto al hecho de que las clases sociales contribuyeran a reforzar la segregación racial, véase «Economic Factors May Keep Suburbia Segregated», *Dispatch* de Lexington, Kentucky, 19 de junio de 1968. Para saber más acerca de las localidades de Mahwah y Westchester, véase Dodson, «Suburbanism and Education», pp. 5-6. Para las estrategias de clase asociadas con las normativas de zonificación, véase Carol O'Connor, *A Sort of Utopia: Scarsdale, 1891-1981* , SUNY Press, Albany, 1983, pp. 30-42, 159-165; véase también Lizabeth Cohen, *A Consumer's Republic: The Politics of Mass Consumption in Postwar America* , Knopf, Nueva York,

2003, pp. 202-208, 231; y Becky M. Nicolaides, «“Where the Working Man Is Welcomed”: Working-class Suburbs in Los Angeles, 1900-1940», *Pacific Historical Review* , vol. 68, n.º 4, noviembre de 1999, pp. 517-559, y sobre todo la 557. Sobre la circunstancia de que la pulcritud de los céspedes y los jardines se considerara un indicador de buena posición social, véase William Dobriner, *Class in Suburbia* , Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1963, p. 23.

[720] Apelativo coloquial con el que se conocía a los soldados estadounidenses que combatieron en la primera y segunda guerras mundiales. Aunque actualmente se asume que su significado procede de las siglas correspondientes a «*Government Issue* », en el sentido de «suministros del Gobierno», en origen se asociaba en realidad con *galvanized iron* , en alusión a todos los pertrechos militares fabricados con ese material. Por extensión puede aplicarse a todo cuanto guarde relación con el ejército. (*N. del T.*)

[721] Véase Wolfgang Langewiesche, «Everybody Can Own a House», *House Beautiful* , noviembre de 1956, pp. 227-229, 332-335; Jackson, *Crabgrass Frontier* , *op. cit* ., pp. 205, 235, 238.

[722] Dado que la construcción de casas dependía en muy buena medida de los bancos y otras instituciones similares, los prestamistas adquirieron un poder tremendo que, en muchos casos, venía a reforzar la estratificación por razas y clases: véase «Application of the Sherman Act to Housing Segregation», *Yale Law Journal* , vol. 63, n.º 6, junio de 1954, pp. 1.124-1.147, y sobre todo la 1.125 y la 1.126. Para saber más acerca del hecho de que a los residentes les obsesionara el valor de las propiedades inmuebles, véase Henderson, «Rugged American Collectivism», *art. cit* ., pp. 85-86; junto con Cohen, *A Consumer's Republic* , *op. cit* ., pp. 202, 212-213. Para más información acerca de la clónica monotonía de este tipo de urbanizaciones residenciales, véase Sidonie Matsner Gruenberg, «The Challenge of the New Suburbs», *Marriage and Family Living* , vol. 17, n.º 2, mayo de 1955, pp. 133-137, y en particular la 134; así como David Reisman, «The Suburban Dislocation», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* , vol. 314, noviembre de 1957, pp. 123-146, y sobre todo la 134. Para la crítica de Lewis Mumford, véase Penn Kimball, «“Dream Town” — Large Economy Size: Pennsylvania's New Levittown is Pre-Planned Down to the Last Thousand Living Rooms», *The New York Times* , 14 de diciembre de 1952; y Vance Packard, *The Status Seekers: An Exploration of Class Behavior in America and the Hidden Barriers That Affect You, Your Community, Your Future* , David McKay Co., Nueva York, 1959, p. 28.

[723] En honor al entonces presidente de la empresa, Benjamin Fairless. (*N. del T.*)

[724] Para más información sobre la urbanización que los Levitt construyeron en el condado de Bucks, véase «Levitt's Design for Steel Workers' Community», *The New York Times* , 4 de noviembre de 1951; así como David Schuyler, «Reflections on Levittown at Fifty», *Pennsylvania History* , vol. 70, n.º 1, invierno de 2003, pp. 101-109, y básicamente la 105. Para saber más acerca del campamento de caravanas, véase Don Hager, «Trailer Towns and Community Conflict in Lower Bucks County», *Social Problems* , vol. 2, n.º 1, julio de 1954, pp. 33-38; junto con Andrew Hurley, *Diners, Bowling Alleys, and Trailer Parks: Chasing the American Dream* , Basic Books, Nueva York, 2001, pp. 195-196.

[725] Para una de las más tempranas referencias a esa carne de furgoneta, referido en este caso a los hombres y mujeres movilizados para trabajar en el frente de guerra doméstico, véase Mary Heaton Vorse, «And the Workers Say…», *Public Opinion Quarterly* , vol. 7, n.º 3, otoño de 1943, pp. 443-456. Para más información acerca de los remolques vivienda hechos en casa y concebidos como «monstruosidades», véase Harold Martin, «Don't Call Them Trailer Trash», *Saturday Evening Post* , vol. 225, n.º 5, 2 de agosto de 1952, pp. 24-25, 85-87; junto con Allan D. Wallis, «House Trailers: Innovation and Accommodation in Vernacular Housing», *Perspectives in Vernacular Architecture* , n.º 3, 1989, pp. 28-43, y muy especialmente la 30, la 31 y la 34; «Trailers for Army Areas», *The New*

York Times , 19 de marzo de 1941; Carl Abbott, *The New Urban America: Growth and Politics in the Sunbelt Cities* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1981, pp. 107-110; Hurley, *Diners, Bowling Alleys, and Trailer Parks* , *op. cit* ., p. 203; y «Trailers for Army Areas», *The New York Times* , 19 de marzo de 1941. Véase también Lucy Greenbaum, «"Trailer Village" Dwellers Happy in Connecticut Tobacco Field», *The New York Times* , 13 de abril de 1942.

[726] Véase «Agnes Ernest Meyer» (1887-1970), en *Notable American Women: The Modern Period,* Barbara Sicherman y Carol Hurd Green (comps.), Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1980, pp. 471-473; así como Agnes E. Meyer, *Journey Through Chaos* , Nueva York, 1944, p. x.

[727] Meyer, *Journey Through Chaos* , *op. cit* ., pp. ix, 373-374.

[728] *Ibid* ., 196-199, 210, 216. [La ofensiva calificación de «subnormales» es literalmente la que figura en el original: «*the subnormal swamp and mountain folk*... ». (*N. del T.*)]

[729] Véase Alexander C. Wellington, «Trailer Camp Slums», *Survey* , 1951, pp. 418-421. Para más información acerca de los campamentos de remolques y los solares baldíos pertenecientes a los no lugares marginales de los alrededores de Flint, en Míchigan, véase Walter Firey, *Social Aspects to Land Use Planning in the Country-City Fringe: The Case of Flint, Michigan* , Michigan State College, East Lansing, 1946, pp. 8, 32, 42, 52, 54. «Photograph of Mobile Homes, Described as "Squatters", in Winkelman, Arizona», 1950, Arizona Archives and Public Records, Arizona State Library. Para un conjunto de referencias anteriores relacionadas con la idea de que los caravaneros sedentarizados eran en realidad ocupantes ilegales de los terrenos en que acampaban y con la noción de que el furgón vivienda era una suerte de «perrera familiar», véase el artículo titulado «200,000 Trailers», *Fortune* , vol. 15, n.º 3, marzo de 1937, pp. 105-111, 214, 200, 220, 222, 224, 226, 229, y sobre todo la 105, la 106 y la 220. De hecho, la alusión a la ocupación ilegal continuaría afianzándose cada vez más: véase Keith Corcoran, «Mobile Homes Merit More Respect», *Daily Gazette* de Schenectady, Nueva York, 14 de abril de 1990.

[730] Véase John E. Booth, «At Home on Wheels: Trailer Exhibition Stresses Comfortable Living», *The New York Times* , 16 de noviembre de 1947; junto con Virginia J. Fortiner, «Trailers a la Mode», *The New York Times* , 27 de abril de 1947; «Trailers: More and More Americans Call Them Home», *Newsweek* , 7 de julio de 1952, pp. 70-73, y sobre todo la 70; Martin, «Don't Call Them Trailer Trash», *art. cit* ., p. 85. En 1946, el número de caravanas presentes en los campus universitarios se acercaba a las seis mil unidades: véase Milton Mac Kaye, «Crisis at the Colleges», *Saturday Evening Post* , n.º 219, 3 de agosto de 1946, pp. 9-10, 34-36, 39, y fundamentalmente la 35.

[731] Allan D. Wallis, *Wheel Estate: The Rise and Decline of Mobile Homes* , Oxford University Press, Nueva York, 1991, p. 116. Para más información acerca de las restricciones relacionadas con los decretos de zonificación, véase Emily A. MacFall y E. Quinton Gordon, «Mobile Homes and Low-Income Rural Families», Washington, D. C., 1973, pp. 38-40; así como Robert Mills French y Jeffrey K. Hadden, «An Analysis of the Distribution and Characteristics of Mobile Homes in America», *Land Economics* , vol. 41, n.º 2, mayo de 1965, pp. 131-139; Lee Irby, «Taking Out the Trailer Trash: The Battle over Mobile Homes in St. Petersburg, Florida», *Florida Historical Quarterly* , vol. 79, n.º 2, otoño de 2000, pp. 181-200, y en especial la 188 y de la 194 a la 196; Hurley, *Diners, Bowling Alleys, and Trailer Parks* , *op. cit* ., pp. 235-241, 254, 256, 258.

[732] Dina Smith, «Lost Trailer Utopias: *The Long, Long Trailer* (1954) and Fifties America», *Utopian Studies* , vol. 14, n.º 1, 2003, pp. 112-131.

[733] «Trailers Gaining in Popularity in U. S. but Urban Planner Asserts Community Opposition Is Growing», *The New York Times* , 17 de julio de 1960; «Mobile Homes — Today's Name for Residence on Wheels», *Sarasota Herald-Tribune* , 19 de enero de 1961. *Vickers v. Township Comm.*

of Gloucester Township , 37 N. J. 232, 265, 181 A. 2d 129, 1962; véase una opinión discrepante en las páginas 148-149; para un examen del caso, véase Richard F. Babcock y Fred P. Bosselman, «Suburban Zoning and the Apartment Boom», *University of Pennsylvania Law Review* , vol. 11, n.º 8, junio de 1963, pp. 1.040-1.091, y especialmente de la 1.086 a la 1.088; véase también «Would Forbid Trailer Parks: Council Group Acts», *Milwaukee Journal* , 14 de diciembre de 1954.

[734] Anthony Ripley, «Mobile Home "Resorts" Make "Trailer Park" a Dirty Word», *New York Times Magazine* , 31 de mayo de 1969, pp. 25, 48; «Fess Parker's Dollars Ride on Wheels», *Park City Daily* de Bowling Green, Kentucky, 11 de noviembre de 1962: se trata de una noticia de interés humano escrita por Erskine Johnson, corresponsal de la Asociación de empresas periodísticas en Hollywood; véase también «Giant Man, with a Giant Plan», *Tuscaloosa News* , 28 de marzo de 1969; junto con «Fess Parker Rides Again», *Free Lance-Star* de Fredricksburg, Virginia, 3 de octubre de 1970.

[735] Véase Morris Horton, «There's No Crack in Our Picture Window», *Trailer Topics* , mayo de 1957, pp. 7, 74, 76; Agnes Ash, «Trailer Owners Staying Put», *Miami News* , 24 de julio de 1960; véase también «The Mobile Home Isn't So Mobile Any More», *Business Week* , 16 de marzo de 1957, pp. 44-46.

[736] Douglas E. Kneeland, «From "Tin Can on Wheels" to the Mobile Home», *New York Times Magazine* , 9 de mayo de 1971. En 1941, una población blanca de Detroit ya había levantado una pared entre sus propios barrios y los de la comunidad negra a fin de conseguir que la Autoridad federal de la vivienda aprobara la concesión de hipotecas: véase Jackson, *Crabgrass Frontier* , *op. cit* ., p. 209.

[737] Véase «A Sociologist Looks at an American Community», *Life* , 12 de septiembre de 1949, pp. 108-119; Robert Mills French y Jeffrey K. Hadden, «Mobile Homes: Instant Suburbia or Transportable Slums?», *Social Problems* , vol. 16, n.º 2, otoño de 1968, pp. 219-226, y sobre todo de la 222 a la 225; Bailey H. Kuklin, «House and Technology: The Mobile Home Experience», *Tennessee Law Review* , n.º 44, primavera de 1977, pp. 765-844, y en particular la 809 y la 814; MacFall y Gordon, «Mobile Homes and Low-Income Rural Families», *art. cit* ., p. 46. Para saber más sobre los elevados índices de depreciación de los remolques vivienda, véase Jack E. Gaumnitz, «Mobile Home and Conventional Home Ownership: An Economic Perspective», *Nebraska Journal of Economics and Business* , vol. 13, n.º 4, Midwest Economics Association Papers, otoño de 1974, pp. 130-143, y fundamentalmente la 130 y la 142. Uno de los peores parques de furgones de Denver se haría acreedor de la siguiente descripción: «Le llaman "Peyton Place", pero muchas de las parcelas destinadas a los remolques permanecen vacías. En una de ellas se yergue, entre otros trofeos, una vetusta taza de váter que alguien dejó olvidada al marcharse. El solar está en venta, y el letrero que lo proclama, reza, confundiendo las palabras: "plazas libres"»: véase Ripley, «Mobile Home "Resorts"», *art. cit* ., p. 48.

[738] Para más información acerca de las prostitutas de los remolques vivienda próximos a las instalaciones militares y de defensa, véase «Syphilis and Defense», *The New York Times* , 29 de noviembre de 1941. Ya antes de la guerra había rumores de que entre los distintos campamentos de caravanas de Florida transitaba, en trayectos regulares, un «burdel ambulante», y en los periódicos aparecían de cuando en cuando crónicas picantes, como la de un hombre que aseguraba viajar en compañía de su esposa y su amante: véase «200,000 Trailers», *art. cit* ., pp. 220, 229. Para la asociación de los tráileres con la conducta inmoral, véase Kuklin, «House and Technology», *art. cit* ., pp. 812-813; véase también Alan y Florence Bérubé, «Sunset Trailer Park», en *White Trash: Race and Class in America* , Annalee Newitz y Matt Wray, (comps.), Routledge, Nueva York, 1997, p. 19; junto con Orrie Hitt, *Trailer Tramp* , Beacon, Boston, 1957. De entre los numerosos títulos de este

tipo de novelones, cabe señalar dos de características similares: el de Loren Beauchamp, *Sin on Wheels: The Uncensored Confessions of a Trailer Camp Tramp* , de 1961; y el de Glenn Canary, *The Trailer Park Girls* , de 1962. En la portada de *Cracker Girl* podía leerse: «Ella era de su propiedad: él podía rechazarla, pegarla, utilizarla…»: véase Harry Whittington, *Cracker Girl* , Stallion Books, 1953. El psicólogo Harold Lasswell incluía el «nomadismo del furgón vivienda» entre las habituales formas de degeneración, como el alcoholismo, el consumo de drogas, el juego y la delincuencia: véase Harold Lasswell, «The Socio-Political Situation», *Educational Research Bulletin* , vol. 36, n.º 3, 13 de marzo de 1957, pp. 69-77, y sobre todo la 75.

[739] «The Mobile Home Market», *Appraiser's Journal* , vol. 40, n.º 3, julio de 1972, pp. 391-411, y especialmente la 397; junto con «Planners Approve City Trailer Parks for the Homeless», *The New York Times* , 23 de marzo de 1971.

[740] Cohen, *A Consumers' Republic* , *op. cit* ., pp. 202-208, 228, 231, 240-241, 404. Para saber más sobre las áreas metropolitanas rurales, véase Pete Daniel, «Going Among Strangers: Southern Reactions to World War II», *Journal of American History* , vol. 77, n.º 3, diciembre de 1990, pp. 886-911, y sobre todo la 886 y la 898. Para la televisión y el tribalismo, véase H. J. Skornia, «What TV Is Doing to America: Some Unexpected Consequences», *Journal of Aesthetic Education* , vol. 3, n.º 3, julio de 1969, pp. 29-44.

[741] En el momento de tomar la instantánea, Counts trabajaba para la edición de tarde del *Arkansas Democrat* , de modo que su foto fue la primera en salir a la calle. Al día siguiente, Johnny Jenkins publicaba una imagen similar en la *Arkansas Gazette* . Véase Karen Anderson, *Little Rock: Race and Resistance at Central High School* , Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2010, p. 2; así como Peter Daniel, *Lost Revolutions: The South in the 1950s* , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000, p. 262; y David Margolick, *Elizabeth and Hazel: Two Women of Little Rock* , Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2011, pp. 1-2, 36-37, 59-61, 63, 152-154.

[742] Margolick, *Elizabeth and Hazel* , *op. cit* ., pp. 38-39, 41. Para más datos sobre la migración rural a Little Rock, véase Ben F. Johnson III, «After 1957: Resisting Integration in Little Rock», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 66, n.º 2, verano de 2007, pp. 258-283, y sobre todo la 262.

[743] Margolick, *Elizabeth and Hazel* , *op. cit* ., pp. 70-71, 88.

[744] Paul Revere es un conocido patriota estadounidense de la Revolución de las Trece colonias. En abril de 1775 se hizo famoso por cabalgar de noche para alertar de que se aproximaba el enemigo a las milicias que luchaban contra los ingleses (poco antes de las batallas de Lexington y Concord). (*N. del T.*)

[745] Véase Benjamin Fine, «Students Unhurt», *The New York Times* , 24 de septiembre de 1957; junto con Fletcher Knebel, «The Real Little Rock Story», *Look* , 12 de noviembre de 1957, pp. 31-33, y básicamente la 33; Margolick, *Elizabeth and Hazel* , *op. cit* ., pp. 37, 105; Daniel, *Lost Revolutions* , *op. cit* ., p. 263; Phoebe Godfrey, «Bayonets, Brainwashing, and Bathrooms: The Discourse of Race, Gender, and Sexuality in the Desegregation of Little Rock's Central High», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 62, n.º 1, primavera de 2003, pp. 42-67, y en particular de la 45 a la 47; y Belman Morin, «Arkansas Riot Like Explosion», *Spokesman Review* de Spokane, Washington, 23 de septiembre de 1957.

[746] Para las observaciones de Guthridge, véase «Some Bitterness», *Arkansas Gazette* , 1 de septiembre de 1957; C. Fred Williams, «Class: The Central Issue in the 1957 Little Rock School Crisis», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 56, n.º 3, otoño de 1997, pp. 341-344; Graeme Cope, «"Everybody Says All Those People … Were from out of Town, but They Weren't": A Note on

Crowds During the Little Rock Crisis», Arkansas Historical Quarterly, vol. 67, n.º 3, otoño de 2008, pp. 245-267, y sobre todo la 261.

[747] Se trata de la histórica decisión de 17 de mayo de 1954 que determinó por unanimidad que la segregación racial en las escuelas públicas era inconstitucional. (*N. del T.*)

[748] Roy Reed, *Faubus: The Life and Times of an American Prodigal* , University of Arkansas Press, Little Rock, 1997, p. 358; «The South: What Orval Hath Wrought», *Time* , 23 de septiembre de 1957, pp. 11-14, y fundamentalmente la 12 y la 13. Véase también Williams, «Class: The Central Issue», *art. cit* ., p. 344; «Orval's Iliad and Odyssey», *Life* , 23 de septiembre de 1957, pp. 28-35; Anderson, *Little Rock* , *op. cit* ., p. 68; y Don Iddon, «Faubus of Little Rock: "The President Underestimated the Ruthless Ambition of This Hillbilly Who So Far Has Always Won in the End"», *Daily Mail* de Londres, 26 de septiembre 1957.

[749] Benjamin Fine, «Militia Sent to Little Rock; School Integration Put Off», *The New York Times* , 3 de septiembre de 1957; «Speech of Governor Orval E. Faubus, September 2, 1957», http://southerncolloqrhetoric.net/resources/Faubus570902.pdf. Puede consultar el discurso original en los Orval Eugene Faubus Papers, 1910-1994, serie 14, caja 496, University of Arkansas, Fayetteville, Arkansas; y David Wallace, «Orval Faubus: The Central Figure at Little Rock Central High School», *Arkansas Historical Quarterly* , vol. 39, n.º 4, invierno de 1980, pp. 314-329, y especialmente la 324.

[750] Anthony Lewis, «President Sends Troops to Little Rock, Federalizes Arkansas National Guard; Tells Nation He Acted to Avoid Anarchy», *The New York Times* , 25 de septiembre de 1957. Para más información sobre la indicación de que Faubus se había sacado de la manga el mito de la violencia, véase «Arkansas», *Time* , 30 de septiembre de 1957, pp. 17-19; «Little Rock Sputnik Is Burning Itself Out», *Washington Afro-American* , 22 de octubre de 1957.

[751] Véase John Chancellor, «Radio and Television Had Their Own Problems in Little Rock Coverage», *Quill* , diciembre de 1957, pp. 9-10, 20-21; junto con Jack Gould, «TV: Reality in the South», *The New York Times* , 26 de septiembre de 1957; Harold R. Isaacs, «World Affairs and U. S. Race Relations: A Note on Little Rock», *Public Opinion Quarterly* , vol. 22, n.º 3, otoño de 1958, pp. 364-370, y sobre todo la 366 y la 367; y «A Historic Week of Civil Strife», *Life* , 7 de octubre de 1957, pp. 37-48, y especialmente la 38 y la 39.

[752] Para el hecho de que los periodistas locales llamaran «palurdos» a los manifestantes, véase Cope, «"Everybody Says All Those People"», *art. cit* ., pp. 246-247, 267. Para la alusión a una «gran cantidad de gente en mono de trabajo», véase Chancellor, «Radio and Television», *art. cit* ., p. 9. Para el «escuálido individuo con pintas de paleto», véase Homer Bigart, «School Is Ringed: Negroes Go to School in Little Rock as Soldiers Guard the Area», *The New York Times* , 26 de septiembre de 1957. Para las mujeres del gentío de Nashville, véase «The South: What Orval Hath Wrought», *art. cit* ., pp. 12, 15. Para la circunstancia de que se calificara de «escoria blanca» a la muchedumbre, véase Stewart Alsop, «Tragedy in the Sunshine at Little Rock», *Victoria Advocate* , 26 de septiembre de 1957, reimpreso en el *New York Herald Tribune* . Otro retrato que pinta a la masa con los rasgos de una «abigarrada muchedumbre de blancos pobres» es el que escribe el columnista Bob Considine en «Anatomy of the Mob — II», *St. Petersburg Times* , 16 de septiembre de 1957; junto con el también suyo titulado «The Anatomy of Violence — 1: Mob Actions Help Cause of Integration», *Milwaukee Sentinel* , 14 de septiembre de 1957. Para las categorizaciones que tachan de «sucias amas de casa» y «arpías» a las mujeres defensoras del segregacionismo, véase Considine, «Riffraff of Little Rock Is Giving City Bad Name», *Milwaukee Sentinel* , 12 de septiembre de 1957. Un periódico afroamericano sostenía que el gobernador Faubus había incendiado a la masa de «paletos de Arkansas»: véase «Ring Out the False, Ring in the True», *Baltimore Afro-American* , 29 de diciembre de 1959.

[753] «Eisenhower Address on Little Rock Crisis», *The New York Times* , 25 de septiembre de 1957; Jack Gould, «Little Rock: Television's Treatment of Major News Developments Found Superficial»; *idem* , «The Face of Democracy», *The New York Times* , 15 y 26 de septiembre de 1957; Richard C. Bedford, «A Bigger Bomb», *Journal of Higher Education* , vol. 29, n.º 3, marzo de 1958, pp. 127-131; Daniel, *Lost Revolutions* , *op. cit* ., p. 267; y «Tragedy at Little Rock», *Times Literary Supplement* , 28 de agosto de 1959, p. 491.

[754] Para más información sobre los éxitos políticos que Faubus cosechaba en Arkansas, véase Reed, *Faubus* , *op. cit* ., pp. 251, 352, 357; junto con Daniel, *Lost Revolutions* , *op. cit* ., p. 283; Paul Greenberg, «Orval Faubus Finally Blurts Out Truth of His Defiance That Led to the Racial Crisis in Little Rock in 1957», *Observer-Reporter* de Washington, D. C., 1 de junio de 1979; «The Faubus Victory», *Ledger* de Lakeland, Florida, 30 de julio de 1958; «Faubus Unperturbed by Crisis», *Kentucky New Era* de Hopkinsville, 20 de septiembre de 1957; Anderson, *Little Rock* , *op. cit* ., p. 77; y Thomas F. Pettigrew y Ernest Q. Campbell, «Faubus and Segregation: An Analysis of Arkansas Voting», *Public Opinion Quarterly* , vol. 24, n.º 3, otoño de 1960, pp. 436-447. Faubus tenía muy presente el ejemplo de Jefferson Davis, porque quería ser el «el primer gobernador de Arkansas desde los tiempos de Jeff Davis en salir elegido para un tercer mandato». Al final, Faubus se alzó seis veces con la victoria en las urnas, de 1955 a 1967. También tomó las encuestas como base para la defensa de sus acciones. Véase Wallace, «Orval Faubus», *art. cit* ., pp. 319, 326; y «Segregation Winson Arkansas Poll», *The New York Times* , 29 de enero 1956; «The Mike Wallace Interview: Guest Orval Faubus», 15 de septiembre de 1957, transcripción, Harry Ransom Center, Universidad de Texas en Austin.

[755] Gilbert Millstein, «Strange Chronicle of Andy Griffith», *The New York Times* , 2 de junio de 1957; «A Face in the Crowd», *Berkshire Eagle* de Massachusetts, 6 de junio de 1957.

[756] Millstein, «Strange Chronicle of Andy Griffith», *art. cit* .

[757] Para dar una idea de la fuerza gráfica de la expresión valdría decir la «encía horadada». (*N. del T.*)

[758] Para más información acerca de la película *Río salvaje* , véase Henry Goodman, «Wild River by Elia Kazan», *Film Quarterly* , vol. 13, n.º 4, verano de 1960, pp. 50-51; junto con Robert Murray y Joe Heumann, «Environmental Catastrophe in Pare Lorentz's "The River" and Elia Kazan's "Wild River": The TVA, Politics, and Environment», *Studies in Popular Culture* , vol. 27, n.º 2, octubre de 2004, pp. 47-65, y fundamentalmente la 55. Y para saber más sobre la controversia que estalló en Cleveland por el asunto de Gum Hollow, véase «Southern Pride Ends Movie Roles for "White Trash"», *Ocala Star-Banner* , 15 de noviembre de 1959.

[759] Para más información sobre la agresiva campaña propagandística del filme, véase Erskine Johnson, «"Bayou" Film, Bust in 1957, Released Under New Title», *Times Daily* de Florence, Alabama, 11 de diciembre de 1962; y Jim Knipfel, «The Brooklyn Cajun: Timothy Carey in "Poor White Trash"», *The Chiseler* , chiseler.org/post/6558011597/the-brooklyn-cajun-timothy-carey-in-poor-white, 2011. Para la difusión de anuncios, véase *Kentucky New Era* de Hopkinsville, 9 de octubre de 1961; y «Compromise with Sin», *Lewiston Daily Sun* de Maine, 23 de junio de 1962.

[760] Lisa Lindquist Dorr ha mostrado que los factores políticos relacionados con los actos de violación son más complejos. En su estudio sobre las reacciones de los ciudadanos de Virginia, se tuvo en cuenta la fama de la mujer blanca y la reputación del negro sentado en el banquillo. Sin embargo, el efecto teatral que se persigue tanto en la película como en la novela de Lee lleva a trazar un perfil mucho más sesgado. Esto contribuye a presentar a los personajes que pertenecen a la escoria blanca a una luz notablemente insidiosa, puesto que los Ewill exigen el amparo de un código de honor que ellos mismos no observan. Véase Lisa Lindquist Dorr, *White Women, Rape, and the Power*

of Race in Virginia, 1900-1960 , University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004, pp. 79, 115-119.

[761] En la novela, Lee dibuja con feroces trazos el retrato de los Ewell: «Ninguna fluctuación económica había logrado modificar su posición social. Las personas como los Ewell vivían como parásitos, tanto en tiempos de prosperidad como de grave depresión. No hay inspector del absentismo escolar capaz de conseguir que su numerosa prole vaya al colegio ni sanitario que pueda librarles de sus taras congénitas, de los múltiples gusanos que les roen las entrañas y de las enfermedades propias de los ambientes cochambrosos en los que se desenvuelven […]. Los Ewell peinan todos los días a fondo el vertedero, y el producto de sus afanes (de no acabar en sus estómagos) convierte el pedazo de tierra que rodea su cabaña en la casa de muñecas de un chiquillo desquiciado». Lee también pone en boca de Atticus Finch una definición distinta de la escoria blanca, independiente de la pobreza, ya que califica de ese modo a todo aquel, sea rico o pobre, que intente engañar a un negro o tratarle de manera injusta: véase Harper Lee, *To Kill a Mockingbird* , HarperCollins, Nueva York, 1999, publicado originalmente en 1960, pp. 194-195, 253 [hay traducción castellana: *Matar a un ruiseñor* , Debolsillo, Barcelona, 2002. (*N. del T.*)].

[762] Pese a que en la película se omita el tema eugenésico, uno de los críticos entendía que Bob Ewell era un «padre degenerado» y que la hija presentaba «todos los rasgos tipológicos de la escoria blanca pobre»: véase el artículo de la columnista Alice Hughes titulado «A Woman's New York», *Reading Eagle* , 23 de febrero de 1963. *The New York Times* comenta que los personajes de Bob y Mayella Ewell eran «prácticamente una caricatura»: véase Bosley Crowther, «Screen: "To Kill a Mockingbird"», *The New York Times* , 15 de febrero de 1963. Para la tortuosa carrera de John Frederick Kasper, el agitador profesional de Nueva Jersey, véase John Egerton, «Walking into History: The Beginning of School Desegregation in Nashville», *Southern Spaces* , 4 de mayo de 2009.

[763] Un periódico afroamericano comentará en los siguientes términos la película *Poor White Trash* : «No hay aquí normas de etiqueta a lo Emily Post [autora y conocida mujer de mundo estadounidense, célebre por sus obras sobre la protocolaria urbanidad de la gente bien] que vengan a embridar el lado salvaje de la existencia y, de hecho, *Poor White Trash* no reinventa ningún canon en este relato de las andanzas de unas gentes que se han visto arrojadas a un mundo paralelo debido a que sus vidas han permanecido estáticas mientras los tiempos proseguían su imparable marcha»: véase «"Poor White Trash" in Neighborhood Runs», *Baltimore Afro-American* , 22 de septiembre de 1962. Para la novela de Sloan Wilson, *The Man in the Gray Flannel Suit* , publicada en 1955 [hay traducción castellana: *El hombre del traje gris* , Bruguera, Barcelona, 1970. (*N. del T.*)], y los peligros que se derivan de la pérdida de la propia individualidad, véase Anna Creadick, *Perfectly Normal: The Pursuit of Normality in Postwar America* , University of Massachusetts Press, Amherst, 2010, pp. 77, 86-87. Los pantalones tejanos y la camiseta blanca no eran solo el atuendo que lucía James Dean en *Rebelde sin causa* , de 1955, sino también la vestimenta habitual de los enfurecidos varones blancos pobres que protestaban por la integración racial en la Nashville de 1957: véase «The South: What Orval Hath Wrought», *art. cit* ., p. 15.

[764] Daniels, *A Southerner Discovers the South* , *op. cit* ., pp. 183, 175, 179.

[765] *Furriners* en el original, por deformación jergal de *foreigners* . (*N. del T.*)

[766] Véase *redneck* y *hillbilly* en *Dialect Notes, Vol. II, Part IV, Publications of the American Dialect Society* , New Haven, Connecticut, 1904, pp. 418, 420. Los Hatfield mataban sin piedad a todo el mundo, fueran hombres o mujeres, quebrantando así uno de los tabúes clave de la conducta civilizada: véase «So Ends a Mountain Feud», *Kansas City Times* , 30 de enero de 1921. Para saber más sobre los mitos tejidos en torno a las disputas familiares de larga duración, véase Altina L.

Waller, «Feuding and Modernization in Appalachia: The Hatfields and McCoys», *Register of the Kentucky Historical Society* , vol. 87, n.º 4, otoño de 1989, pp. 385-404, y fundamentalmente la 399, la 401 y la 402; así como Hal Boyle, «Arkansas Ends Hillbilly Myth», *Tuscaloosa News* , 29 de mayo de 1947. Para una crítica de la «rusticidad» publicada en la *Arkansas Gazette* , véase «Hillbillies in Action», *Tuscaloosa News* , 12 de agosto de 1940. Para información sobre la mujer que hablaba del matrimonio como de una licencia para tener «un montón» de hijos, véase Mandel Sherman y Thomas R. Henry, *Hollow Folk* , Nueva York, 1933, p. 26. En una reseña del texto de *Hollow Folk* se asegura que los rústicos y los paletos eran gentes «degeneradas» y se dice que, pese a tratarse «de habitantes de nuestra propia raza, su cultura es sumamente primitiva»: véase Robert E. L. Paris, «Hollow Folk», *American Journal of Sociology* , vol. 39, n.º 2, septiembre de 1933, p. 256.

[767] Frank S. Nugent, «The Screen: "Mountain Justice", A Hill-Billy Anthology Is Shown at the Rialto — A New Film at the Cine Roma», *The New York Times* , 13 de mayo de 1937; Sharon Hatfield, «Mountain Justice: The Making of a Feminist Icon and a Cultural Scapegoat», *Appalachian Journal* , vol. 23, n.º 1, otoño de 1995, pp. 26-47, y especialmente las siguientes: 28, 33, 35, 37 y 42.

[768] Conocidos en España e Iberoamérica como *Los tres chiflados* . (*N. del T.*)

[769] Para saber más sobre las bandas de música popular al estilo palurdo, las tiras cómicas y las películas de risa como *Kentucky Moonshine* , véase Anthony Harkins, *Hillbilly: A Cultural History of an American Icon* , Oxford University Press, Nueva York, 2004, pp. 86-87, 103-113, 124-136, 154-155, 161-162. Para más información acerca de Minnie Pearl, véase Pamela Fox, «Recycled Trash: Gender and Authenticity in Country Music Autobiography», *American Quarterly* , vol. 50, n.º 2, 1998, pp. 234-266, y sobre todo la 253 y la 254. Para la relación existente entre los «pueblerinos de la radio», como la misma Minnie Pearl, y los espectáculos de vodevil, véase Bill C. Malone, «Radio and Personal Appearances: Sources and Resources», *Western Folklore* , vol. 30, n.º 3, Commercialized Folk Music, julio de 1971, pp. 215-225, y sobre todo la 216 y la 217.

[770] Véase «The Hillbilly in Huey Long's Chair», *Milwaukee Journal* , 4 de enero de 1946. Davis era licenciado en Historia y enseñaba esa asignatura en el Dodd College femenino, aunque también contaba con una maestría en Psicología; la tesis, que defendió en 1927, se centró en un tema de corte bastante racista: el de las diferencias intelectuales entre los blancos, los negros y los mulatos. Durante la campaña electoral para el cargo de gobernador se dedicó a cantar con su propio grupo musical. Su mayor éxito fue «You Are My Sunshine». Se negó a centrar su candidatura en argumentos negativos. Se presentó para el puesto y obtuvo un primer mandato entre 1944 y 1948, y un segundo de 1960 a 1964. Se encaramó a lomos de su montura al Capitolio local en 1963. Para más información sobre Davis, véase Angie Reese, «Jimmie Davis: From Sharecropper's Cabin to the Governor's Mansion», tesis para el grado de maestría, Southeastern Louisiana University, 1995, pp. 1, 4-9, 14-16, 30, 99.

[771] Véase William C. Pratt, «Glen H. Taylor: Public Image and Reality», *Pacific Northwest Quarterly* , vol. 60, n.º 1, enero de 1969, pp. 10-16; «O'Daniel Writes Own Songs for Vote Campaign» y «Biscuit Passing Pappy», *Times-Picayune,* de Nueva Orleans, 25 de julio y 14 de agosto de 1938; «Hill-Billy Sense», *Cleveland Gazette* , 10 de septiembre de 1938; P. McEvoy, «Pass the Biscuits, Pappy», *Reader's Digest* , octubre de 1938, pp. 9-12. Para más información sobre Dewey Short, véase «Hillbilly "Demosthenes"», *Milwaukee Journal* , 3 de agosto de 1942.

[772] Véase W. R. Crocker, «Why Do Americans Dislike the English?», *Australian Quarterly* , vol. 21, n.º 1, marzo de 1949, pp. 27-36, y sobre todo de la 31 a la 33. Crocker aludía en su escrito tanto a Jimmy Davis como a «Pappy» O'Daniel.

[773] Para el tema de este eterno retorno, véase Brooks Blevins, «In the Land of a Million Smiles: Twentieth-Century Americans Discover the Arkansas Ozarks», *The Arkansas Historical Quarterly* , vol. 61, n.º 1, primavera de 2000, pp. 1-35, y especialmente la 2, la 20 y la 24. Para el mito de una

población sin clases, véase el discurso que el juez del Tribunal Supremo Hughes dedica a los «montañeses» de los Apalaches en «Merit Not Birth America's Basis», *State* de Columbia, Carolina del Sur, 25 de febrero de 1915. Para el planteamiento de que las gentes de la montaña practicaban un verdadero igualitarismo y de que vivían en regiones en las que el «orgullo derivado del apellido y la posición social no significaban absolutamente nada», véase la propaganda de una película basada en la clásica novela de «montañeses» publicada en 1903 con el título de *The Little Shepherd of Kingdom Come* , en el *Lexington Herald* del 21 de marzo de 1920. En los años cincuenta, el tema del igualitarismo había adquirido ya tintes más acusados: véase Julia McAdoo, «Where the Poor Are Rich», *American Mercury* , septiembre de 1955, pp. 86-89; y véase también Brooks Blevins, «Wretched and Innocent: Two Mountain Regions in the National Consciousness», *Journal of Appalachian Studies* , vol. 7, n.º 2, otoño de 2001, pp. 257-271, y sobre todo la 264 y la 265. Para más información sobre el papel de «pueblerina de Park Avenue», véase Mark Barron, «Broadway Notes», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 23 de julio de 1950.

[774] Parque de atracciones situado en la costa sur del lago Pontchartrain. (*N. del T.*)

[775] Véase la propaganda de la «La verbena de los montañeses» [«Hillbilly Jamboree»] con Red Smith y Elvis Presley en los papeles protagonistas, *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 1 de septiembre de 1955. Para la gira que Elvis hizo en compañía de Griffith en 1955, véase Hedda Hopper, «Elvis Was Nice to Andy», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 6 de febrero de 1957; junto con Goddard Lieberson, «"Country' Sweeps Country": Hillbilly Music Makers Have Parlayed a Blend of Blues, Spirituals and Folk Tunes into a $50-Million-Year Business"», *The New York Times* , 28 de julio de 1957; Dick Kleiner, «Elvis Presley," *Sarasota Journal* , 11 de julio de 1956; Vivian Boultinghouse, «The Guy with the Blue Suede Shoes», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 1 de julio de 1956; y Hedda Hopper, «Hollywood: Star Switch on Goodwin», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 2 de agosto de 1956.

[776] Para saber más acerca del trasfondo personal de la infancia y adolescencia de Elvis en Tupelo, Misisipi, véase Lloyd Shearer, «Elvis Presley», *Parade* , 30 de septiembre de 1956, pp. 8-13, y sobre todo la 11; así como Michael T. Bertrand, «A Tradition-Conscious Cotton City: (East) Tupelo, Mississippi, Birthplace of Elvis Presley», en *Destination Dixie: Tourism and Southern History* , Karen L. Cox (comp.), University of Florida Press, Gainesville, 2012, pp. 87-109, y en especial la 87 y la 88, la 91 y la 92, y de la 95 a la 97. Para la frase en la que se dice que las fans de Elvis se conducían como «mulas montañesas», véase Jock Carroll, «Side-Burned Dream Boat of Red-Blooded Youth? This Reviewer (Male) Says I Like Elvis Presley», *Ottawa Citizen* , 8 de septiembre de 1956.

[777] Noel E. Parmenter hijo, «Tennessee Spellbinder: Governor Clement Runs on Time», *Nation* , 11 de agosto de 1956, pp. 114-117, y especialmente la 113 y la 116; «Democrats: Answer to Dick Nixon», *Newsweek* , 23 de julio de 1956, pp. 19-20; Harold H. Martin, «The Things They Say About the Governor!», *Saturday Evening Post* , 29 de enero de 1955, pp. 22-23, 48-51, 54-55, 58, y fundamentalmente la 22.

[778] Véase Martin, «The Things They Say About the Governor!», *art. cit* ., pp. 22, 48; junto con «Democrats: Answer to Dick Nixon», *art. cit* ., p. 20; Parmenter, «Tennessee Spellbinder», *art. cit* ., p. 117; y «Democrats' Keynote», *Time* , 23 de julio de 1956, p. 14. Para saber más sobre Folsom, véase Paul E. Deutschman, «Outsized Governor: "Big Jim" Folsom Loathes Shoes and Grammar — But Loves Nature, Girls and Being Top Man in Alabama», *Life* , 1 de septiembre de 1947, pp. 59-65, y sobre todo la 59, la 64 y la 65; «"Clowning" Blamed in Folsom's Defeat» y «Politician in Squeeze: Gov. James E. Folsom», *The New York Times* , 6 de junio de 1948 y 25 de febrero de 1956; y Robert J. Norrell, «Labor at the Ballot Box: Alabama Politics from the New Deal to the Dixiecrat

Movement», *Journal of Southern History* , vol. 57, n.º 2, mayo de 1991, pp. 201-234, y básicamente la 230.

[779] Para el texto de ese discurso, véase «Democratic National Convention: Keynote Address, by Frank Clement, Governor of Tennessee», *Vital Speeches of the Day* , vol. 22, 1 de septiembre de 1956, pp. 674-679; y John Steinbeck, «"Demos Get Selves Voice in Clement" — Steinbeck», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 15 de agosto de 1956.

[780] Y futuro secretario de prensa del propio Johnson. (*N. del T.*)

[781] Para el tardío comentario de Clement, véase Robert E. Corlew III, «Frank Goad Clement and the Keynote Address of 1956», *Tennessee Historical Quarterly* , vol. 36, n.º 1, primavera de 1977, pp. 95-107, y en especial la 107. Hubo, no obstante, otros artículos críticos de la actuación de Clement, y lo cierto es que algunos analistas calificaron de pura «pomposidad» su perorata, añadiendo la precisión de que el orador había dado más muestras de su capacidad para hilar sofismas que de auténtica elocuencia: véase «The New Democrats: A Democratic Party of Youth and Energy», *Life* , 27 de agosto de 1957, pp. 20-36, y en particular la 22; junto con George E. Sokolsky, «A Torrent of Oratory», *Gadsden Times* , 17 de agosto de 1956; véase también el memorando que Horace Busby envía a Bill Moyers el 29 de julio de 1964, en el apéndice del texto de Robert Mann titulado *Daisy Petals and Mushroom Clouds: LBJ, Barry Goldwater, and the Ad That Changed American Politics* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2014, p. 122.

[782] *Pet coon* en el original. El duelo de símbolos y alusiones se basa en un doble cliché: por un lado, el gorro de piel de mapache —*coon(skin) cap* , por abreviatura de *raccoon* — evoca la imagen de Davy Crockett, y con ello la del «noble montañés» del estereotipo, y por otro, *coon* es también una forma sumamente despectiva de referirse a las personas de color. (*N. del T.*)

[783] Hodding Carter, «Hushpuppies, Stew — and Oratory: Southern Politicians Must Be Showmen, Too, but Behind Their Act Is a Deadly Seriousness», *New York Times Magazine* , 18 de junio de 1950; «The Politician as Bore», *Chicago Tribune* , 23 de marzo de 1956.

[784] «Hillbilly Chivalry», *Chicago Tribune* , 15 de marzo de 1958.

[785] Para más información acerca de Estes Kefauver y «Big Jim» Folsom, véase William G. Carleton, «The Southern Politician — 1900 and 1950», *Journal of Politics* , vol. 13, n.º 2, mayo de 1951, pp. 215-231, y especialmente la 220 y la 221; junto con Corlew, «Frank Goad Clement», *art. cit* ., pp. 106-107. Para la relación existente entre el hecho de que Clement quedara poco a poco postergado y su «pueblerino discurso de presentación», véase «Politics: Ole Frank», *Time* , 10 de agosto de 1962, p. 13. Para saber más sobre Johnson en tanto que segundo poder de la nación, véase Stewart Alsop, «Lyndon Johnson: How Does He Do It?», *Saturday Evening Post* , 24 de enero de 1959, pp. 13-14, 38, 43, y sobre todo la 13 y la 14. Y respecto al hecho de que Johnson colgara el retrato de Clay en el despacho oval, véase «Portraits of Washington, Clay and Jackson on Walls», *The New York Times* , 2 de marzo de 1964. Sobre la circunstancia de que Johnson fuese maestro, véase John R. Silber, «Lyndon Johnson as Teacher», *Listener and BBC Television Review* , n.º 73, 20 de mayo de 1965, pp. 728-730.

[786] Para el hecho de que Johnson comenzara a resultar más simpático, véase James Reston, «The Office and the Man: Johnson Emerges Grave and Strong as the Presidency Works Its Change», *The New York Times* , 28 de noviembre de 1963; así como Anthony Lewis, «Johnson Style: Earthy and Flamboyant», *The New York Times* , 24 de noviembre de 1963; y «Lyndon Baines Johnson», *The New York Times* , 27 de agosto de 1964. Respecto a la circunstancia de que sus más cercanos asesores rechazaran la idea de que Johnson fuese un aldeano un tanto Perogrullo, véase Arthur Edson, «Johnson Called Complex Person Mistaken as a "Cornball"», *Milwaukee Journal* , 28 de diciembre de 1963. Para más información sobre el hecho de que Johnson supiera «llegar al fondo de las

necesidades más urgentes y básicas de la gente común y corriente», véase «Johnson's Way», *The New York Times* , 26 de abril de 1964; junto con Russell Baker, «President's Manner, Like Jackson's, a Folksy One», *The New York Times* , 2 de noviembre de 1964. Para sus dotes teatrales y su emotividad de fondo, véase Marianne Means, «Despite His Informal Air, LBJ Seldom Shows Sensitive Side», *San Antonio Light* , 10 de octubre de 1965. Durante la presidencia de Johnson se mantuvo el carácter ambivalente de los juicios sobre su persona. Así lo explica en 1968 un reportero encargado de cubrir la noticia de su acceso a la Casa Blanca: «Ya se le tenga por campechano o sensiblero, se le juzgue espontáneo o ladino, o se prefiera resaltar su capacidad de persuadir y estimular por encima de su faceta de político implacable, lo cierto es que Lyndon Baines Johnson cabalga ahora con firmeza su montura»: véase el artículo del corresponsal de la Associated Press, Saul Pett, «The Johnson Years: The Arc of Paradox», *Hutchinson News* de Kansas, 14 de abril de 1968.

[787] Lyndon Johnson, «Remarks in Johnson City, Tex., Upon Signing the Elementary and Secondary Education Bill, April 11, 1965», en *Public Papers of the Presidents: Johnson* , pp. 412-414, y muy en particular la 414. Para saber más sobre su cercanía a Odum, véase Lyndon B. Johnson, «My Political Philosophy», *Texas Quarterly* , vol. 1, n.º 4, invierno de 1958, pp. 17-22. Respecto al plan estratégico destinado a ganarse el favor de los legisladores de los estados del sur, véase William B. Cannon, «Enlightened Localism: A Narrative Account of Poverty and Education in the Great Society», *Yale Law and Policy Review* , vol. 4, n.º 1, otoño-invierno de 1985, pp. 6-60, y fundamentalmente la 39 y la 43; junto con John A. Andrew III, *Lyndon Johnson and the Great Society* , Ivan R. Dee, Chicago, 1998, pp. 120-121. Para más información acerca de la visita que «lady Bird» Johnson realizó a Kentucky sin su marido, véase Nan Robertson, «Mrs. Johnson Visits Poverty Area», *The New York Times* , 22 de marzo de 1964.

[788] Para más información acerca de las fotografías mencionadas, véase «Johnson and the People», *The New York Times* , 3 de mayo de 1964. Para las imágenes del presidente junto a los blancos pobres, véase «Johnson's Great Society — Lines Are Drawn», *The New York Times* , 14 de marzo de 1965; y John Ed Pearce, «The Superfluous People of Hazard, Kentucky», *Reporter* , vol. 28, n.º 1, 3 de enero de 1963, pp. 33-35; junto con Homer Bigart, «Kentucky Miners: A Grim Winter», *The New York Times* , 20 octubre de 1963; Robyn Muncy, «Coal-Fired Reforms: Social Citizenship, Dissident Miners, and the Great Society», *Journal of American History* , junio de 2009, pp. 72-98, y especialmente la 74 y de la 90 a la 95; y Ronald Eller, *Uneven Ground: Appalachia Since 1945* , University Press of Kentucky, Lexington, 2008, pp. 20, 23-25, 30-32, 36-39; David Torstensson, «Beyond the City: Lyndon Johnson's War on Poverty in Rural America», *Journal of Policy History* , vol. 25, n.º 4, 2013, pp. 587-613, y fundamentalmente la 591 y la 592, la 596 y la 606.

[789] Para saber más acerca del sombrero de Johnson, véase «Random Notes from All Over: Johnson Says Aye to LBJ Hats», *The New York Times* , 17 de febrero de 1964. Sobre la situación de los pobres, véase Marjorie Hunter, «President's Tour Dramatized Issue», así como «Johnson Pledges to Aid the Needy», *The New York Times* , 26 de abril de 1964, y 21 de septiembre de 1964, respectivamente; junto con Franklin D. Roosevelt, «State of the Union Address», 11 de enero de 1944.

[790] *Homely* en el original. La connotación merece aclararse, ya que además de todos los estereotipos generalmente asociados con el «ama de casa», y más en la década de 1960, la voz apunta —sobre todo en el contexto estadounidense— al aspecto «poco atractivo» o «dejado» de las así calificadas. (*N. del T.*)

[791] Bill Moyers, «What a Real President Was Like: To Lyndon Johnson the Great Society Meant Hope and Dignity», *The Washington Post* , 13 de noviembre de 1988. Para saber más sobre la manipulación del orgullo del blanco pobre en los escritos de Faulkner, véase John Rodden, «"The Faithful Gravedigger": The Role of "Innocent" Wash Jones and the Invisible "White Trash" in Faulkner's *Absalom, Absalom!* », *Southern Literary Journal* , vol. 43, n.º 1, otoño de 2010, pp. 23-38, y especialmente la 23, la 26, la 30 y la 31; junto con Jacques Pothier, «Black Laughter: Poor White Short Stories Behind *Absalom, Absalom!* and *The Hamlet* », en *William Faulkner's Short Fiction* , Hans H. Skei (comp.), editorial Solum, Oslo, 1977, pp. 173-184, y sobre todo la 173. Casi treinta años más tarde de la publicación de *A Southerner Discovers the South* , Jonathan Daniels abordó en uno de sus textos el tema del sueño americano como promesa incumplida en el sur. El «nuevo sur» seguía siendo el sur de toda la vida, explica: los blancos y los negros pobres compartían una sola cosa —la miseria—, y añade: «habría que estar ciego para creer que, en el sur, los desdichados y los desposeídos tienen un solo color»: véase Daniels, «The Ever-Ever Land», *Harper's Magazine* , abril de 1965, pp. 183-188.

[792] Para el cortometraje con el que los republicanos atacaron a Lyndon B. Johnson durante la campaña presidencial de 1964, véase Nan Robertson, «G. O. P. Film Depicts "Moral Decay"», *The New York Times* , 21 de octubre de 1964; así como Mann, *Daisy Petals and Mushroom Clouds* , *op. cit* ., pp. 94-95. Para el célebre comentario de Billy Carter, véase «You'll Have to Pardon Billy», *Milwaukee Sentinel* , 17 de febrero de 1977; y véase también John Shelton Reed, *Southern Folk, Plain and Fancy: Native White Social Types* , University of Georgia Press, Athens, 1986, p. 38. Sobre Malcolm X, véase William E. Leuchtenburg, *The White House Looks South: Franklin D. Roosevelt, Harry Truman, and Lyndon B. Johnson* , Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2005, p. 327.

[793] Para más información acerca del Cadillac de Elvis, véase Joe Hyams, «Meet Hollywood's Biggest Spenders», *This Week Magazine* , 25 de febrero de 1962. El mordiente ofensivo del corto sobre Johnson hallaba asidero en los chismes que aseguraban que el presidente solía correr mucho con el coche mientras bebía cerveza, pero la referencia a la eventualidad de que arrojara por la ventanilla las latas acabadas es un añadido de los publicistas políticos. Tanto para la idea de que Lyndon B. Johnson fuera un conductor agresivo como para la fotografía en la que posa con un cerdito en brazos, véase «Presidency: "Mr. President, You're Fun"», *Time* , 3 de abril de 1964, pp. 23-24. Para el significado simbólico de la libertad (en el sentido de huir de los antepasados) y su vinculación con los automóviles en la cultura estadounidense, véase Deborah Clark, *Driving Women: Fiction and Automobile Culture in Twentieth-Century America* , Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2007, p. 165.

[794] Para más información acerca de Fulbright y McGovern, véase Albert Lauterbach, «How Much Cutback for Consumers», *Challenge* , vol. 6, no. 7, abril de 1958, pp. 72-76, y sobre todo la 72; junto con Joseph Green, «Events & Opinions», *The Clearing House* , vol. 32, n.º 8, abril de 1958, pp. 485-486. Véase también «Presley Termed a Passing Fancy», *The New York Times* , 17 de diciembre de 1956. Para los «orgiásticos» contoneos de Elvis, véase Bosley Crowther, «The Screen: Culture Takes a Holiday: Elvis Presley Appears in "Love Me Tender"», *The New York Times* , 16 de noviembre de 1956.

[795] Robertson, «G. O. P. Film Depicts "Moral Decay"», *art. cit* . Los aires de hampón que se percibían en Elvis determinarían que una comunidad eclesiástica de Jackson, en Florida, juzgara necesario rezar por su alma: véase «Elvis a Different Kind of Idol», *Life* , 27 de agosto de 1956, pp. 101-109, y fundamentalmente la 108 y la 109. Había gente convencida de que Elvis era el ídolo de los jóvenes delincuentes: véase Martin Gold, *Status Forces in Delinquent Boys* , Institute for Social

Research, Ann Arbor, Míchigan, 1963, p. 104; y Eugene Gilbert, «Typical Presley Fan Is a "C" Student; Aloof, Indifferent», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 14 de marzo de 1958. Para la idea de que los «montañeses» de la región de los Apalaches no sintieran el menor respeto por el esfuerzo laboral o la voluntad de ascender por la escala social, véase Roscoe Griffin, «When Families Move […] from Cinder Hollow to Cincinnati», *Mountain Life and Work* , invierno de 1956, pp. 11-20, y especialmente la 16 y la 18. Para el poder seductor de la pereza, véase Damon Runyon, «My Old Home Town — The Passing of Crazy Bill», *Milwaukee Sentinel* , 8 de septiembre de 1957; y Eller, *Uneven Ground* , *op. cit* ., p. 26.

[796] Así se expresa el pensador social estadounidense Michael Harrington: «Sin embargo, la auténtica explicación de que los pobres se encuentren en la situación que les aflige reside en el error de haber nacido en el seno de la familia equivocada, en haber crecido en una zona inconveniente del país, en trabajar en la industria menos fructífera o en pertenecer a la raza o el grupo étnico más desfavorecido. Y una vez cometida esa falta, ya pueden comportarse como auténticos dechados de virtud y tenacidad moral: por más que se esfuercen, la mayoría jamás tendrá ocasión de salir del pozo de la otra América»: véase Michael Harrington, *The Other America: Poverty in the United States* , Penguin, Baltimore, 1962, p. 21. Otro investigador recurrirá por el contrario a un conjunto de analogías muy distinto y optará por resaltar las deficiencias heredadas, lo que le llevará a sostener que los pobres están intelectualmente «infradotados», son «inválidos económicos» y poseen un «patrimonio personal inadecuado»: véase Oscar Ornati, «Affluence and the Risk of Poverty», *Social Research* , vol. 31, n.º 3, otoño de 1964, pp. 333-346, y en particular de la 341 a la 345; véase también Eller, *Uneven Ground* , *op. cit* ., p. 101.

[797] John Kenneth Galbraith, *The Affluent Society* , edición conmemorativa del cuarenta aniversario de la original, Houghton Mifflin, Boston, 1999, pp. 235-237 [hay traducción castellana: *La sociedad opulenta* , Ariel, Barcelona, 1973. (*N. del T.*)]; Harrington, *The Other America* , pp. 9-14, 18, 34.

[798] El caliche es un suelo arenoso mezclado con arcilla y otras sustancias como el nitrato de sodio y el carbonato cálcico. Se forma por cementación de sus componentes, pero las lluvias intensas pueden reblandecerlo hasta transformarlo en un espeso lodazal. (*N. del T.*)

[799] Lewis H. Lapham, «Who Is Lyndon Johnson?», *Saturday Evening Post* , 9 de septiembre de 1965, pp. 21-25, 65-67, 70-72, y sobre todo la 66 y la 71. Para el giro lingüístico que da en llamar «peces gordos» a los tipos blancos acaudalados y que presta a los blancos pobres los rasgos de otros tantos individuos ansiosos por lograr un pedazo de tierra y un mínimo de respeto, véase Jack Temple Kirby, «Black and White in Rural South, 1915-1954», *Agricultural History* , vol. 58, n.º 3, julio de 1984, pp. 411-422, y sobre todo la 418; véase también «Johnson's Rare Word: "Caliche", a Soil Crust», *The New York Times* , 5 de enero de 1965; «Politics Was Johnson's Work, Rest, and Relaxation», *Progress* de Clearfield, Pensilvania, 24 de enero de1973; Ryan Greene, «Sideglances in the Mirror», *Gilmer Mirror* de Texas, 26 de mayo de 1966.

[800] James Reston, «Paradox and Reason», *The New York Times* , 21 de enero de 1965.

[801] Lyndon B. Johnson, «Remarks to Students Participating in the U. S. Senate Youth Program», 5 de febrero de 1965, *Public Papers of the Presidents: Johnson* , *op. cit* ., pp. 148-151, y muy en particular la 150.

PARTE III

El cambio de imagen de la escoria blanca

11

Los campesinos sureños y sus raíces

Liberación ,
Billy Beer y Tammy Faye

«El primer presidente mascamazorcas debiera haber sido una mezcla entre Jimmy y Billy [Carter] [...]. De ese modo, el "¡Santo-Dios-qué-demonios-quítate-de-en-medio!" de Billy habría permanecido al acecho bajo la prudente rectitud de Jimmy —o al revés, el idealismo de este habría aparecido agazapado tras la sensata comprensión de las limitaciones humanas de Billy—, y el resultado habría sido un híbrido bifronte, a medio camino entre el efebo y el ogro, como ocurre en la vida cotidiana de Georgia».

ROY BLUNT , hijo
Crackers , 1980

Al erigirse definitivamente la política identitaria como una fuerza irremediable en las últimas décadas del siglo XX , la única forma de alcanzar la autenticidad pasó a consistir en registrar, y escuchar después, las voces de los estadounidenses que hasta entonces habían permanecido marginados. Los blancos dejaron de poder hablar en nombre de las gentes de color. Los hombres no pudieron seguir siendo portavoces de las mujeres. Aunque en los años sesenta los movimientos de la Nueva Izquierda, los derechos civiles y el Poder Negro hubieran contribuido a dar un decisivo empujón a la segunda oleada de la corriente feminista, lo cierto es que la política identitaria no pertenecía en exclusiva a las esferas progresistas. Richard Nixon se aupó al poder en 1968 tras proclamarse representante de los intereses de la «mayoría silenciosa», es decir, de los estadounidenses que se consideraban esforzados trabajadores de clase media, propietarios de una casa y contribuyentes poco dados a plantear exigencias al Gobierno federal. [802]

Podría argumentarse que la identidad siempre ha formado parte de la política, que la gente que aspira a ocupar posiciones de poder adopta identidades con la misma facilidad con la que se cambia de vestido. Sin embargo, esa es tan solo una de las caras de la moneda. Muchas personas tienen ocasión de elegir una identidad, pero son muchísimo más numerosas las que padecen la que otros les han impuesto. Las gentes que integran lo que da en llamarse «escoria blanca» no han escogido voluntariamente esa denominación, y los pobres de las zonas rurales tampoco entienden que sus dificultades sean consecuencia de su expulsión del cuerpo social, que los tiene por «morralla humana», simple «basura» o repugnantes «comearcillas». Como ya hemos visto, los soldados de la Unión y los republicanos de Lincoln hicieron suya la expresión, deliberadamente ofensiva, de «pies de barro», apropiándosela a manera de identidad querida para burlarse de quienes se lo gritaban desde el otro lado de la divisoria Mason-Dixon. Pero no debemos olvidar que si pudieron hacerlo fue porque disponían del ímpetu cultural necesario para ahormar el discurso político. Los desposeídos no tenían esa fuerza.

En último término, todos los individuos del mundo que se identifican a sí mismos con lo que se denomina «escoria blanca» iniciaron su andadura animados por el empeño de defender su deprimido trasfondo biográfico y de esgrimirlo como un legado distintivo (y perversamente noble). En los últimos años de la década de 1980, la «escoria blanca» adquirió nuevos blasones al metamorfosearse en identidad étnica, dotada incluso de un conjunto de formas culturales tan específicas como fáciles de detectar: platos culinarios, estructuras del habla, gustos estéticos e incluso recuerdos nostálgicos, en algunos casos. Si los inmigrantes podían basar su imagen en su origen extranjero, los miembros de la escoria blanca se inventaron un país propio e inserto a modo de archipiélago en el territorio mismo de Estados Unidos. En su más benigna encarnación, este sustrato del amorfo sistema de clases estadounidense no admitía que se lo siguiera categorizando como una «raza» inferior (provista de indeseables rasgos genéticos). Ahora debía considerarse un producto de la selección cultural que podía desecharse sin dificultad y después recuperarse si se revelaba necesario: una tradición, o identidad, de la que ya no era preciso rehuir para gozar de aceptación en la corriente social dominante. Sin embargo, en su peor variante, la identidad de la escoria blanca hacía aflorar, del poso de experiencias traumáticas de la persona, los recuerdos reprimidos de una

infancia desdichada. Una parte nada desdeñable de ese poso de la memoria estaba marcada por las desviaciones sexuales: un problema que todavía hoy se cierne amenazadoramente sobre la escoria blanca estadounidense. Hollywood dio al país un imperecedero símbolo de esos extravíos, y del inaceptable recurso a la barbarie, en su adaptación de la violenta novela de suspense que James Dickey publicó en 1970 con el título de *Liberación* . [803] Ambientada en la campiña georgiana, en una zona próxima a la frontera con Carolina del Sur, el filme, estrenado en 1972, marcó a fuego la imaginación nacional con su devastador retablo de las más feas facetas de la escoria blanca y la depravación de las regiones apartadas.

Da igual que se vierta en molde rural o cuaje en plantilla urbana, que se solidifique en forma religiosa o laica, que se integre en el universo anglosajón o en otro cosmos social cualquiera, lo evidente es que la búsqueda de un sentimiento de pertenencia nacional no es en modo alguno nueva. Pese a las desagradables reminiscencias culturales que destapa el retrógrado mensaje que encierra *Liberación* (y muy particularmente la horrenda violación del personaje que encarna Ned Beatty), lo cierto es que las zonas rurales de Estados Unidos no han llegado a perder en ningún momento su capacidad de suscitar un tipo de asociación de ideas vinculado con la «regeneración». La perdida región de los Apalaches sigue apareciendo en el imaginario de muchas personas como una remota isla habitada por una raza anglosajona más pura que la del resto del país. Allí, en ese ficticio territorio del pasado, es donde hay que buscar las más sanas «raíces» del pequeño propietario rural de Jefferson, aunque, básicamente, con lo que topa uno en las montañas es con una cruda forma de masculinidad. Al mismo tiempo, en la época de la novela, una tendencia de fondo había empezado a convertir Estados Unidos en una nación más preocupada por las cuestiones étnicas, inculcando en sus ciudadanos una visión en la que la clase deja paso a la etnia. El modelo hereditario no había quedado arrumbado del todo. Antes al contrario, había sido reorganizado para centrarlo en los valores que la transmisión cultural predica de los rasgos innatos.

Una paradoja inherente a este mismo estado de cosas vendrá a emborronar aun más la naturaleza de la identidad cultural. La búsqueda, en gran medida ciega, que lanzaba al estadounidense moderno en pos de un yo auténtico y estable se verificaba en un país en el que la cepa de la que uno pudiera proceder no solía tenerse en cuenta, como se constataba en muchas

ocasiones. En el modelo estadounidense, la asimilación precedía a la movilidad social, y esta exigía a su vez —a todo el que quisiera ingresar en la deseada categoría de la clase media— la adopción de una nueva identidad y la asunción de un atuendo conforme a la expectativa acariciada. Sin embargo, a finales de la década de 1960, la clase media se había convertido en el *menos auténtico* de los lugares: los barrios residenciales ofrecían estampas de cenas frente al televisor a base de platos precocinados, complacientes charlas triviales y pésimas comedias de enredo. La gente acudía a fiestas formales (como evocan muy oportunamente las escenas de *El graduado*), y en ellas se hablaba de hacer carrera invirtiendo en materiales plásticos (¿y qué podría resultar menos auténtico que los antinaturales productos inventados por los químicos?). Se tenía una conciencia cada vez más clara de que el confort de las clases medias era ilusorio. Dos sociólogos llegarán a la irónica conclusión de que las pocas identidades genuinas que todavía podían invocarse en 1970 eran las que pervivían en las aisladas bolsas de pobreza de las zonas rurales: la de los catetos de los Apalaches, a su paso por Tennessee; la de los humildes granjeros de la parte septentrional del Medio Oeste, y la de los «yanquis de los pantanos» de Nueva Inglaterra. [804]

En 1973, la emisión de la serie televisiva de la PBS titulada *An American Family* consiguió que varios millones de espectadores pudieran asomarse a los entresijos de la vida de las clases medias. Como primer intento de «telerrealidad», la saga de la familia Loud era prácticamente un estudio de la disfunción social llevado a los hogares estadounidenses diez años después de *The Adventures of Ozzie and Harriet* , y emocionalmente estaba a años luz de los dóciles protagonistas de *La tribu de los Brady* , tan empalagosamente encantada de vivir rodeada de chiquillos. Las trescientas horas de material grabado a lo largo de doce meses dieron lugar, en el montaje final, a otras tantas horas de episodios fascinantes.

Por más que a los analistas desentendidos de este cambio les inquietara el sesgo de esta nueva familia televisiva, lo cierto es que la revista *New York Times Magazine* dedicó a los Loud un artículo en el que señalaba que el mundo en el que vivían era un páramo cultural: apenas tenían aficiones, se preocupaban muy poco por los padecimientos del mundo en general y parecían sufrir una especie de cortocircuito afectivo cada vez que intentaban bregar con sus respectivas dificultades interpersonales. Los padres, Bill y Pat, habían iniciado los trámites de su separación, pero en el

caso del marido, que evitaba la confrontación y no admitía haber cometido fallo alguno, la concreción del inminente divorcio no suscitaba la más mínima introspección. Una comentarista de la época, Anne Roiphe, indicará en este sentido que Bill vivía la ruptura de su matrimonio como una especie de «dolor de muelas sin importancia». En mitad de la serie, la vivienda de los Loud se incendiaba, pero ni siquiera esa circunstancia conseguía desconcertarlos. Se dejaban arrastrar por la vida, flotando en ella como un corcho o, mejor aun, como «una medusa»: apáticos y transparentes. Lo que más valoraban eran las cosas bonitas, las «lindezas», y no prestaban la menor atención a nadie, salvo a sus vecinos de apariencia atractiva y buen éxito social. Y si se cruzaban o hablaban de «los que no se las han arreglado para salir adelante», quedaban simplemente perplejos, sin saber qué decir ni qué pensar.

Con sublime acierto, Roiphe alude a *El Padrino* de Mario Puzo y concluye: «Casi es mejor ser un Corleone que un Loud». Al menos los personajes que daban vida a ese violento y tribal clan siciliano tenían sangre y no horchata en las venas (y podría haber sustituido en su frase, sin merma de validez alguna, la palabra «Corleone» por la expresión «gañán urbano»). Incapaces de percibir su propia sosería, los Loud vagaban a la deriva, como tantas otras familias de clase media de los años setenta. Convenientemente actualizado, el lema de Roiphe para esta familia podría ser: «Hogar, dulce hogar (por insulso que sea)». [805]

Las ficciones históricas ofrecen una solución al anhelo cultural. Alex Haley escribió en 1976 una obra que causó una enorme sensación mediática: *Raíces* . Se mantuvo veintidós semanas en cabeza de la lista de libros más vendidos de *The New York Times* , y poco después se convirtió en una miniserie de doce horas de emisión total que fue galardonada con nueve premios Emmy. Haley había hecho algo que muy pocos imaginaban posible: siguió la pista de las vicisitudes de su familia afroamericana y descubrió que procedía de una aldea de Gambia.

El triunfo literario de este autor se basaba enteramente en el hecho de que asegurase haber averiguado quién era su más remoto antepasado, Kunta Kinte, que al llegar a Norteamérica había pasado a llamarse Toby. Haley insistió en que había dedicado largos años a la realización de minuciosas investigaciones y que estas le habían permitido probar que los relatos orales de sus parientes (y los que le había referido un narrador tradicional africano) hallaban confirmación en los documentos que había logrado

recabar en los archivos. Por más que los diálogos de su novela fuesen inventados, la saga familiar era un retazo de historia perfectamente auténtico, afirmaba.

Impresionados por tan titánico esfuerzo indagador, *The New York Times* elogió a Haley por la «enorme cantidad de detalles verídicos» que había divulgado y por haber sabido dotar a su epopeya del «fuste de lo histórico». La reseña más destacada que se recuerda de ese diario sostenía: «Ha extraído sus verdades de una montaña de datos». Del mismo modo, la revista *Newsweek* alababa el trabajo y lo calificaba de «extraordinario documento social, fundado en una exhaustiva investigación y animado por la gran pasión de la verdad personal e histórica». Y, sin embargo, todo era una inmensa mentira. [806]

No tardaría en desvelarse que, lejos de haber dado con sus auténticas raíces, el exitoso autor se había inventado de cabo a rabo el linaje del que aducía proceder. La polémica que suscitaron sus pretensiones de historicidad saltó a las primeras planas en 1977, cuando una serie de eminentes periodistas y académicos tildaron de «fraude» el escrito. El lío que se montó necesitaría cinco años para culminar su despliegue. Haley había manipulado el contenido de lo que sus familiares le habían transmitido oralmente y adornado su árbol genealógico para exponer el magno retablo de un legado excepcional que en realidad no existía. Para empezar, el cuentacuentos gambiano en el que había confiado se había limitado a halagar los oídos de Haley. Al Toby histórico ni siquiera le habían puesto originalmente el nombre de Kunta Kinte (esa rama genealógica era puramente ficticia). Pese a que el África que pintaba Haley no fuese una caricatura tan palmaria como la de la trasnochada jungla de Tarzán, sí que resultó ser una distorsión deslizada de forma semiinconsciente o tímida en las páginas del libro, ya que Haley transformó Gambia en un país calcado a la Norteamérica rural, con un paisaje repleto de pequeñas aldeas. Según acabaría admitiendo Haley, el pueblecito de sus presuntos antepasados era un puesto comercial británico, y no el simbólico «edén» del África occidental que él había pintado, un prístino universo concebido para ofrecer a los afroamericanos sedientos de historia una réplica de Plymouth Rock. [807] [808]

Ya sería malo que los delitos intelectuales del escritor se hubieran ceñido a los mencionados, pero la verdad es que el análisis de los pinitos como investigador de Haley hizo aflorar un conjunto de errores bastante más

serio. Las fechas de nacimiento de los descendientes americanos de Kunta Kinte no eran correctas, y Haley incluía en su genealogía los nombres de algunas personas con las que no tenía relación alguna. Los registros históricos disponibles no corroboraban la existencia de las familias que desfilaban en *Raíces* , fueran blancas o negras.

Y si examinamos el grupo de personas blancas de Carolina del Norte apellidadas Lea, del que Haley afirmaba descender, constataremos que el autor simplemente se sacó de la manga a un villano personaje mascamazorcas llamado Tom Lea. Según el relato, este individuo había violado a Kizzy (hija de Kunta Kinte y supuesta antepasada directa de Haley) y traicionado después a su propio hijo mulato, apodado «Gallero George», al vender a su familia. Esto era simplemente imposible, porque el verdadero Thomas Lea ya había muerto en esa época. Además, Lea no era efectivamente el «pobre mascamazorcas» del que provenía el autor, sino un próspero terrateniente que poseía seis mil quinientas hectáreas y un gran número de esclavos; de hecho, algunos de sus parientes desempeñaron prestigiosos cargos políticos.

El factor de clase presente en *Raíces* se hallaba por consiguiente tan desvirtuado en su rama norteamericana como en su parte africana. Tampoco había una sola prueba que respaldara la tesis de que los olvidados predecesores de Haley pertenecieran a un linaje de élite, o de que Toby/Kunta Kinte fuese de una casta y una clase social superior a la de los peones afroamericanos a quienes se asignaban mayoritariamente las tareas más penosas en el sur de Estados Unidos. Y, sin embargo, desde la óptica de Haley, era preciso que Kunta Kinte, al ser trasplantado a Norteamérica, fuera alguien capaz de honrar la memoria de sus orgullosos antepasados africanos. De hecho, tanto él como sus familiares tenían que distinguirse de sus parientes mascamazorcas de baja estofa (a pesar de la condición de esclavo del iniciador de la saga). [809]

Seamos claros. Además de tratarse de una mixtificación de la historia de su familia, el libro de Haley aplicaba una lógica absolutamente conservadora. Tras inventarse un origen anclado en la aristocracia africana, el autor sostenía que el linaje influía notablemente en lo que una persona puede alcanzar en la vida (y en lo que puede legar a sus continuadores). El relato de *Raíces* era demasiado bonito para resultar cierto, y Haley, que lanzó su historia a los medios de comunicación antes incluso de haberla escrito, fue acusado de embustero y estafador. [810]

El texto de *Raíces* demostró que resultaba facilísimo inventarse un pedigrí. Los árboles genealógicos de pacotilla hacían furor en la época. James A. Michener, al que podría considerarse el autor de relatos de ficción histórica más popular de todo el siglo XX , ya había publicado en 1978 una especie de versión, fundamentalmente blanca, de *Raíces* con su novela titulada *Bahía de Chesapeake* . Michener seguía el destino de varias familias de diferentes trasfondos biográficos y vinculaba sus avatares existenciales con un paisaje tachonado de gansos y garzas azules. El linaje de escoria blanca del que se ocupa arranca con un tal Timothy Turlock, que según Michener es un tipo «bajito, listo, taimado y sucio, tanto en su persona como en sus hábitos», padre además de «seis bastardos». En los primeros años del siglo XVII , y tras una existencia gris en Inglaterra, Turlock se ve despachado sin miramientos a la costa oriental de Maryland y se instala en los pantanos. [811]

Un buen número de generaciones más tarde, los miembros del clan de Turlock seguían prácticamente en las mismas condiciones. En la década de 1970, Amos Turlock, un desdentado cascarrabias, reside en una caravana. El relato se apoya íntegramente en los «asilvestrados individuos de las marismas», dirá uno de los escritores encargados de reseñar el libro. Los Turlock seguían apegados a la tierra. Amos rodeó de estatuillas horteras de Santa Claus y de los siete enanitos su furgón vivienda. Se lo pasaba en grande dándole esquinazo al guarda forestal y cazando al acecho con su larguísima e ilegal escopeta de barca (a la que él llamaba «Twombly»), que le permitía abatir un montón de ocas de un solo tiro. Todos los miembros de la familia Turlock que aparecen en la reinvención histórica de Michener son astutos y agrestes especialistas en la pura y simple supervivencia. [812]

En 1976, muchas novelas y telefilmes celebraron el bicentenario de la nación, por lo que no debe sorprendernos que los propios padres fundadores acabaran transformados en una saga dinástica digna de una miniserie. La titulada *The Adams Chronicles* narraba la trayectoria biográfica de John Adams —el irascible granjero de Nueva Inglaterra que se convertiría en el segundo presidente de Estados Unidos— y relataba a continuación las andanzas de sus descendientes, siguiendo sus huellas por espacio de tres generaciones. En sus últimos capítulos, las *Chronicles* se adentraban en la biografía del competente historiador Henry Adams, un hombre decidido y de sólidas convicciones cuya peripecia vital recorre el siglo XIX y traspasa los umbrales del XX .

En su introducción al libro de cabecera sobre los enfoques televisivos de la cadena pública PBS (Public Broadcasting Service), el profesor Daniel Boorstin, que en 1975 acababa de asumir el cargo de bibliotecario del Congreso, dirá que John Adams era «un aristócrata que se había hecho a sí mismo», reinterpretándolo así en términos de oxímoron. Su conocida «vanidad» y su «indiferencia a la opinión pública» quedarán transmutadas en la «tradicional línea de conducta de Adams» y redefinirán la arrogancia de las clases superiores hasta convertirla en una admirable característica familiar. No había ningún Turlock en esas *Chronicles* , de modo que la figura del demagogo y propagandista Samuel Adams cubre el espacio propio de la «oveja negra» de la saga. La «sencillez» de John Adams se contrapone al arribismo de su primo, que insistió en que se le condujera al Congreso Continental a bordo de un lujoso carruaje. [813]

La polvareda que se levantó con la reorganización de las clases sociales de la década de 1970 determinó que la categoría política de las cuestiones étnicas del siglo XX experimentara una serie de cambios. El primero de ellos se constata en los esfuerzos del presidente Nixon, empeñado en captar las simpatías de una nueva casta —la de los «estadounidenses olvidados»—, totalmente distinta a la destinataria de las innovadoras medidas económicas de Franklin D. Roosevelt. El sector con el que Nixon deseaba establecer contacto era el de la «clase media baja de raza blanca», según acertaría a señalar Pete Hamill en un artículo publicado en 1969 en la revista *New York* . Dicho grupo social formaba la «plebe» marginada, así que Nixon prometió escuchar a esa «mayoría silenciosa», a la que consideraba la columna vertebral del país, dado que era trabajadora y sincera. En su ensayo de 1972, titulado *The Rise of the Unmeltable Ethnics* , el filósofo y periodista católico Michael Novak daba una vuelta de tuerca más al argumento y alegaba que los estadounidenses «de pura cepa» [814] eran mejores norteamericanos, porque no solo comprendían cabalmente los valores tradicionales de la lealtad, el amor a la bandera y la diligencia laboral, sino que no esperaban que el Gobierno les brindara específicamente una asistencia injusta (que era lo que imaginaban que estaba sucediendo en el caso de los negros). [815]

En esos años, una de las cuestiones que provocaba división de opiniones entre los estadounidenses era el sistema del estado del bienestar. Algunos de los partidarios de Nixon reconocían que entre los beneficiarios de esas

coberturas había personas que trabajaban con gran ahínco y que de cuando en cuando recurrían a las ayudas del Gobierno. Sin embargo, en ese mismo grupo social había asimismo individuos que no merecían tanto ese auxilio y que, a su juicio, permanecían atrapados en un ciclo de dependencia inacabable. Los críticos del estado asistencial tendían a pensar que se trataba de un asunto racial, pero la realidad resultaba muy distinta. Según las estimaciones, entre las «masas olvidadas» había 17,4 millones de blancos pobres, y la mayoría de ellos vivía en el sur. El 1969, al negarse un grupo de marginados de la localidad de Beaufort, en Carolina del Sur, a seguir callando que sus bonos de comida sufrían constantes retrasos, las mujeres se pusieron a la cabeza del movimiento en favor de los derechos sociales. La señora Frazier, una de las manifestantes, había organizado un programa de centros de día y lideró a las «madres por el bienestar» en una marcha de protesta que tuvo un notable impacto mediático. También hizo coincidir su gira de denuncia por los hogares humildes con la *tournée* anual que llevaba a las mujeres pudientes de Beaufort a visitar las casas y jardines históricos de la ciudad. Sin embargo, en la generalidad del debate nacional, todo el mundo podía comprobar que los defensores de Nixon se quejaban airadamente de que los auxilios sociales solo servían para «engendrar a personas débiles». Volvía a achacarse la pobreza a una crianza cuestionable, y se aseguraba que el trabajo duro era el medio que permitía que las familias fuertes echaran sólidas raíces y consiguieran tomar el ascensor social. De acuerdo con Frazier, la asistencia y los cuidados de día solo resultaban necesarios si la persona que recibía la ayuda se revelaba capaz de conservar un empleo y alimentar a una familia. La inanición no era ningún peligro ficticio y, de hecho, los pobres de Carolina del Sur seguían teniendo que batallar con parásitos como los anquilostomas. [816]

Al calor de la reactivación de los criterios étnicos que los urbanitas tanto festejaron en la década de 1970, las comunidades griega, italiana y china —todas ellas sumamente trabajadoras— consiguieron consolidar sus tradiciones familiares, lo que a su vez propició, por ejemplo, el aumento de la clientela de los restaurantes populares de los diferentes barrios chinos de Estados Unidos. El ánimo celebratorio que impulsó la cocina étnica o autóctona fue un fenómeno específico de la clase media y, por otro lado, ese estado de opinión logró suavizar las aristas de la pobreza, ya que ahora se la contemplaba a través del brumoso halo de los tiempos pasados. La propia ética del trabajo duro pasó a incorporarse ahora, como si de un injerto se

tratara, a los árboles genealógicos de las familias. La circunstancia de haber vivido en la pobreza en otro tiempo dejó de constituir un estorbo. Las raíces, fueran las que fuesen, no mancillaban ya el presente. En 1976, al compendiar las virtudes y defectos del *World of Our Fathers* de Irving Howe, un emotivo relato étnico y biográfico de los judíos del Lower East Side de Manhattan, un crítico literario concluyó: «Todo el mundo quiere atesorar un gueto en la memoria». [817]

La identidad étnica se tenía por una cualidad positiva si conducía a la movilidad social. Las formas de ser desprovistas de atractivo (o antiamericanas) quedaron redimidas; se promovió la gastronomía, la literatura y la música populares; y las cuestiones étnicas quedaron todas disociadas de las enfermizas y sucias masas hacinadas que penetraban en el país cada vez que se abrían las puertas de la isla Ellis. La herencia, como la propia memoria histórica, es siempre selectiva. La etnia y las personas pobres suscitan admiración en quien las contempla desde la distancia, sea física o temporal (a condición, claro, de que esa actitud garantice y refuerce la supremacía de la clase media que actúa como narradora). La gente puede decidir libremente qué parte de su legado juzga favorable y digna de ser conservada como una alhaja, y también deshacerse de todas aquellas verdades incómodas que prefiera echar al olvido.

La cuestión es que estos impulsos no tardarán en utilizarse para verter en molde nuevo los tópicos definitorios del «paleto» y asumir como auténtico patrimonio la condición de escoria blanca. Fueron los fabricantes de alcohol ilegal, célebres por traficar con whisky y escapar de la policía en sus veloces automóviles, los que iniciaron el duro y temerario deporte de las carreras de coches de serie. En los años setenta, el dinero de las compañías de automoción de Detroit y la irrupción de pilotos venidos del mundo del famoseo transformaron las competiciones clandestinas en la NASCAR, ese pasatiempo controlado que tanto gusta a los estadounidenses de clase media que ansían trepar por la escala social. Por esa misma época, los cantantes melódicos de temas *country* como Johnny Russell y Vernon Oxford convertían en fantásticos éxitos de venta sus discos sencillos, que en varios casos llevaban títulos tan elocuentes como «Rednecks, White Socks, and Blue Ribbon Beer», de 1973, o «Redneck!», de 1976 (que en su subtítulo se elevaba a la categoría de «Himno nacional de los palurdos»). Vernon Oxford aseguraba, de hecho, que «gañán» era «toda aquella persona amante de la música *country* y la cerveza». En 1977, el año en que falleció Elvis, la

nueva reina del *country rock* , Dolly Parton, aparecía en las páginas de la elitista revista de moda *Vogue* . En 1981, Hollywood estrenaba la película *Cowboy de ciudad* , una cinta «paleto-chic» (es decir, una especie de versión acicalada del pueblerino de toda la vida) en la que John Travolta, transmutado en muchachito de Jersey, encarnaba a Buford Davis, un currante de una refinería que frecuenta un garito *honky tonk* y adora los pasos de baile *country* . En 1986 se publicaba el libro *White Trash Cooking* , de Ernest Matthew Mickler, en el que se rendía homenaje a las recetas rurales en el lenguaje jergal de la nueva casta en boga. Mickler, que compaginaba su faceta de cocinero con la de cantante, regaló la obra a su tía de setenta y dos años, y la buena señora comentó: «Bueno, así es como nos llaman, ¿no?». [818]

El proceso de transición que acabó dando paso a la aceptación o el acomodo de la escoria blanca no fue tan suave como pudiera parecer. Pese a que Dolly Parton pusiera desmesuradamente de moda las «pintas de madama» y acertara a mezclar los aspectos más burlescos de algunas rubias despampanantes como Marilyn Monroe y Jayne Mansfield con la explosiva figura de la Daisy Mae que aparece en las tiras cómicas de *Li'l Abner* , no pudo evitar que su identidad pública se asociara con la degradación propia de la escoria blanca. «No se hace usted idea de lo mucho que cuesta presentarse ante los demás con esta facha tan barata», le dirá Parton a un periodista en 1986. En el taquillazo hollywoodiense de *Liberación* no había un solo gramo de sensibilidad o delicadeza, pero desde luego ofrecía en grandes dosis uno de los más desoladores retratos del cateto crudo jamás vistos desde la lejana evanescencia del movimiento eugenésico. Tanto los lectores blancos de clase media que tuvieron ocasión de leer la novela como el público que acudió a las salas para ver el filme escribieron cartas de admiración a James Dickey, el autor del guion, y elogiaron la actitud de los audaces aventureros de Atlanta como si se tratara de verdaderos pioneros de los viejos tiempos, capaces de vencer los peligros de una naturaleza salvaje y de zafarse de las garras de los salvajes de la escoria blanca. Un antiguo alumno de Dickey enviará una aduladora nota a su mentor, aparentemente ajeno al tono deshumanizador que recorre sus líneas. Asegura ser un apasionado excursionista, ávido de zonas agrestes y apartadas, y le explica que su afición no decae «pese a que no lleve conmigo ningún arco ni me aguarde en la cima ningún destripaterrones agazapado al que poder acechar y dar muerte». No consigue diferenciar, en términos morales, las emociones

de una excursión al monte de la exaltante perspectiva de enviar a la tumba a los «montañeses». [819]

La hostilidad de clase no desapareció. A muchos vecinos de las zonas residenciales no les inspiraba la menor simpatía la presencia de marginados de la escoria blanca en su barrio. Trazaban una infranqueable línea divisoria entre los paletos de baja estofa y los «palurdos de postín». Lillian Smith, una novelista del sur que combatía activamente en favor de los derechos civiles, señaló los espacios en los que se generaban estas percepciones tóxicas. A semejanza de los obreros de las minorías étnicas de las ciudades del norte, que decidieron entregar su voto al Partido Republicano, los sureños a los que podía clasificarse —aunque fuese por los pelos— en el vasto grupo de la clase media detestaban a los «tipos debiluchos, perezosos e inútiles que se pasan el mes entero gimoteando hasta que les llega el cheque de la beneficencia». Al considerarse personas dedicadas al trabajo con ahínco, tenerse por económicamente independientes y haber logrado ascender en la escala social, los hijos de padres pertenecientes a la escoria blanca estaban convencidos —en palabras de Smith— de que «cada palo ha de aguantar su vela», tal y como ellos mismos creían estar haciendo. El mismo hombre hecho a sí mismo que contemplaba con desdén la alteridad de la escoria blanca había tomado en realidad la oportuna y conveniente decisión de obviar que lo único que había permitido librar a sus propios padres de la barraca de tela asfáltica había sido justamente la ayuda del Gobierno federal. Y a pesar de ese pasado, ahora que se había aupado a posiciones respetables, no veía problema alguno en llevarse consigo la escalera social e impedir con ello el rescate de sus antiguos parientes o compañeros de fatigas.

Por consiguiente, la aversión a los negros que ya habían manifestado los blancos de los complejos acomodados de la periferia se repitió ahora en el trato dispensado a los blancos pobres. Smith descubrió que los antiguos blancos pobres del sur y la población emigrante que había progresado socialmente tenían al menos una cosa en común: «Lo que todo el mundo ha querido siempre en este país, lo que aquí viene a buscar la mayoría, es la ocasión de alejarse de todos esos prójimos malolientes que dormitan en una chabola, comen tocino y se verán obligados a gandulear el día de mañana porque no tendrán empleo en que ocuparse». En términos sociales, progresar significaba ir por delante de quienes seguían atrapados en la «zanja de la pobreza». Sin embargo, en lugar de ayudar a otros a escapar de

la miseria, lo que a estos recién llegados al rellano de la clase media les dolía era que el Gobierno despilfarrara el dinero en los pobres. [820]

El demócrata Robert Byrd, de Virginia Occidental, encajaba a la perfección en este molde. En 1971, nada más salir elegido jefe de disciplina de su partido en el Senado tras vencer al acaudalado neoaristócrata Edward Kennedy, Byrd se convirtió, según *The New York Times Magazine* , en el «pobre chico blanco aupado al sitial de los poderosos y capaz de mantener bajo control a los millonarios». La infancia de Byrd se había visto marcada por su condición de huérfano y en su juventud había sido carnicero y dependiente de una tienda de alimentación. Byrd alardeaba de que Lyndon B. Johnson había sido su mentor, y su carrera había despegado al empezar a atacar el sistema del bienestar, a los manifestantes y a los comunistas. Contrató detectives para expulsar de las listas de beneficiarios del mecanismo asistencial a los que vivían fraudulentamente de sus prestaciones en Washington, D. C. En unas declaraciones que dejan patente su acusada y fría brutalidad, Byrd dijo que los agitadores que se echaban a la calle agazapados tras una pancarta merecían que se les acribillara, y que a los violentos que se dedicaban a saquear las tiendas aprovechando una algarada había que «dispararles sin vacilación ni piedad» si se les pillaba in fraganti. Byrd acabó transformándose en uno de los hombres más detestados de la Cámara Alta, y sus colegas le comparaban con Drácula, Jekyll y Hyde o Uriah Heep, el servil, codicioso y trepador pasante que Charles Dickens retrata en su *David Copperfield* . Una vez encumbrado a su puesto en el Senado, uno de los máximos asesores de la institución señalaría que los demócratas iban a poder contemplar de cerca las «suaves características mefistofélicas de un paleto que ha triunfado».

Byrd decía que las personas que vivían de las ayudas públicas eran «haraganes dados a la fornicación». Parece que ni siquiera simpatizaba con los niños a quienes se concedía apoyo económico, ya que sostenía que si solo pasaban hambre, sin estar realmente muriéndose de inanición, no merecían subsidio alguno. En su condición de antiguo miembro del Ku Klux Klan, Byrd distinguía a su conveniencia entre los titulares de los auxilios del Distrito de Columbia (que eran en su mayoría negros) y los gandules de su estado natal. Esto le llevaría a no mover un dedo para frenar a los defraudadores pertenecientes a la clase de los «montañeses» blancos, pues no en vano formaban el núcleo de su electorado. En su primera candidatura política, Byrd trató de captar zalameramente el voto de las

masas rurales poniéndose a tocar baladas populares con el violín en el asiento trasero del coche en el que se paseaba de barraca en barraca. En una suerte de reedición del viejo cuento del viajero de Arkansas, Byrd asumió los dos papeles de los protagonistas de ese episodio decimonónico: el del blanco pobre y el del político ambicioso. [821] *The New York Times* aseguró que Byrd era la «encarnación misma del empoderamiento de los blancos pobres». Era la personificación del gañán iracundo de Lillian Smith, la imagen del palurdo que «se había abierto camino y logrado desasirse del enmarañado abrazo del bravío matorral» de la pobreza. Y como símbolo de la intolerancia política, era el tipo más implacable que se había visto nunca. [822]

El georgiano Jimmy Carter ocupa el otro extremo del espectro. Carter era un demócrata liberal progresista que, al resultar elegido en 1970, apareció con sus homólogos en la portada de la revista *Time* junto a un rótulo que rezaba: «Los nuevos gobernadores sureños». Pese a concurrir a las urnas varias décadas después que algunos políticos del sur tan odiosos como James Vardaman y Eugene Talmadge, Carter tuvo que encabezar un cartel y un programa «catetos» para poder seducir a sus votantes. No podía pasar por alto el ejemplo de George Wallace, el gobernador de Alabama, que sabía encender con habilidad la ira latente de los blancos del estado. Para hacerse con las papeletas de los obreros y de la población rural, Carter insistió en que Carl Sanders, su adversario, era un abogado especialista en derecho corporativo que estaba completamente desconectado de las preocupaciones del hombre de la calle. El personal de campaña de Carter endosó a Sanders el mote de «Carlitos el de los gemelitos», porque ceñía con ese elegante complemento los puños de sus camisas. Idearon un anuncio para la televisión en el que se veía, cerrada a cal y canto, la lujosa puerta de un club de campo mientras una voz de fondo declaraba: «A la gente como nosotros no se la invita a entrar. Estamos demasiado ocupados en ganarnos la vida». El equipo de Carter buscó y distribuyó las fotografías más feas que encontró de su candidato a fin de hacerle parecer un chico de campo pobre; de hecho, había algunas en las que aparecía al volante de un tractor. La fortuna que había amasado provenía del honrado negocio de las plantaciones de cacahuetes y de una operación de retención de existencias destinada a mantener los precios (o esos eran al menos los argumentos empleados). Jimmy Carter no formaba parte de los «peces gordos» de Atlanta o Washington. [823]

En la segunda vuelta de las elecciones, los colaboradores de Sanders pasaron a la ofensiva y repartieron octavillas con fotografías de los destartalados chamizos en que vivían los aparceros de la plantación cacahuetera de Carter. La leyenda de las hojas volanderas jugaba con el eslogan que había empleado el propio Carter: «¿No es ya hora de levantar la voz en nombre de estas personas?». En los panfletos más infamantes de la oposición se veía a Carter metiéndose en la cama con un líder racista. En ellos se pintaba al granjero con los rasgos de un bufonesco destripaterrones descalzo y se llevaba el absurdo al límite endosándole un traje de lunares. El objeto de la caricatura era sugerir que se trataba de un leopardo que, a diferencia del dicho, sí que podía camuflar sus manchas: lo que se venía a decir era que Carter sabía manipular su identidad de clase lo justo para agradar a los votantes de tendencias políticas conservadoras. La acometida no andaba lejos de dar en la diana, ya que a Carter le había parecido muy bien alejarse de los electores negros en las primarias, pero en las elecciones generales cambió de tono y suavizó su atractivo de paleto. [824]

En 1972, como político, Carter no tuvo más remedio que soportar en Atalanta la proyección de la película *Liberación* . Veía con mucho recelo la afirmación de los promotores del filme, que sostenían que era positiva para el estado. De hecho, James Dickey, el autor de la novela original, y Jimmy Carter eran dos georgianos que no tenían absolutamente nada en común. Si Carter era baptista y su esposa abstemia, Dickey era un alcohólico declarado y un ególatra que había venido al mundo entre pañales de seda y no sabía valorar el esfuerzo. Dominado por la inseguridad tras una juventud afeminada y consentida, Dickey se reinventó a sí mismo y dijo proceder de una familia de catetos, iniciando así la larga serie de mentiras que habría de decir sobre su persona. En realidad, sus parientes de la escarpada región septentrional de Georgia eran grandes terratenientes y en el pasado habían sido propietarios de un considerable número de esclavos. [825]

La novela de Dickey, publicada en 1970, era una torturada indagación sobre la masculinidad perdida, un intento de recuperar al «rústico que llevaba dentro». En la superficie, tanto el libro como la película narran la historia de cuatro hombres embarcados en una excursión en canoa por un río de los Apalaches. Al violar al rechoncho Bobby (interpretado por Ned Beatty en la pantalla), uno de los «montañeses» le llama «puerco» y le dice que «chille como un cerdito». En esta obra de suspense psicosexual, los relamidos urbanitas no solo reciben su merecido; se ven forzados a

redescubrir sus instintos primarios. Dickey consideraba que esa recuperación era algo bueno, hasta el punto de que su héroe termina siendo un hombre más fuerte. En una entrevista, el escritor admitirá que el atractivo de las zonas remotas consistía para él en la posibilidad de convertirse en un «antimonstruo», es decir, de comportarse como los hombres que viven en regiones apartadas, ya que en esas situaciones «uno hace todo cuanto crea necesario para sobrevivir». Tanto en la novela como en la cinta, los tipos de la ciudad perpetran dos asesinatos, ocultan la muerte de Drew —uno de sus compañeros de aventura, interpretado por el actor Ronny Cox— y juran no revelar jamás lo sucedido en su desdichada salida al campo. Y tras hacer un pacto de sangre, el trío superviviente se lleva sus oscuros secretos a la tumba. [826]

Drew debía morir. De los cuatro hombres de negocios de Atlanta que protagonizan el relato, él había sido el único en mostrar una cierta compasión por las gentes de esos espacios agrestes. Había tenido la osadía de hacer migas con el adolescente, a medio camino entre la idiotez y la prudencia, tras tocar a dúo un tema con el banjo y la guitarra. (En la novela se decía que el personaje de Lonnie era albino). El mensaje de la película era evidente: la simpatía era un signo de debilidad del que los chicos de ciudad tenían que deshacerse. Solo el recurso a la violencia y una vicaria zambullida en la psique sin censuras del bruto de los bosques podía permitirles recuperar las raíces del gañán. [827]

Si el relato de Dickey tuvo tan tremendo tirón popular, fue porque la búsqueda que se exponía en él hallaba expresión en otros ámbitos de la sociedad estadounidense. Las pruebas de la NASCAR pulsaban teclas de seducción similares, como señalaría Tom Wolfe en la revista *Esquire* . También en una carrera automovilística hay hombres sin inhibiciones que se entregan al momentáneo placer del peligro sin miedo a las consecuencias de sus acciones. Junior Johnson, el célebre piloto de Carolina del Norte, no era solo un «héroe con el que todo un pueblo o una clase social podía identificarse», pertenecía además a la «rara casta» de personas capaces de pasar del contrabando de whisky en las aisladas colinas de su estado natal a las competiciones de coches deportivos. Lo tenía todo: dinero, una gran casa dividida en pabellones y una empresa avícola. Le hubiera resultado facilísimo cambiar el mono de granjero por una cazadora de cuero con el cuello levantado y unos tejanos blancos tipo «Slim Jim», pero este «buen muchacho de raza» consiguió dar muestras de una cierta grandeza al lanzar

su vehículo trucado a doscientos ochenta por hora y actuar con una temeridad propia del «más crudo de los pueblerinos». Y ahí estaba la gracia. [828]

Burt Reynolds, el machote que protagoniza *Liberación* , rodaría más tarde una película de acento sureño en la que se rinde homenaje al modo de vida del piloto de carreras. En *Los caraduras* , de 1977, el personaje de Reynolds vive en una eterna persecución, condenado a huir sin tregua de los agentes de la ley, y su novia (interpretada por Sally Field) también es una fugitiva: ambos rechazan las ligaduras de la civilización convencional. El Reynolds de este filme es una especie de ocupante ilegal en versión moderna, muy en la línea del bueno de «Sug», [829] y si se le respeta es porque se niega a sentar la cabeza y sumarse a la diaria y gris rutina del trabajo para salir adelante. *Los caraduras* fue la segunda cinta más taquillera de 1977, y donde mayor popularidad cosechó fue en los estados del sur y el Medio Oeste. Para añadir más leña al fuego, la CBS sacaba en 1979 *El sheriff chiflado* , cuyo argumento giraba en torno a dos fabricantes de alcohol ilegal que iban por ahí montados en un rutilante coche de carreras en compañía de una prima muy sexi llamada Daisy, que destacaba especialmente por sus ajustados pantaloncitos cortos. El actor Denver Pyle hacía el papel de tío Jesse, cuyo sello característico era el mono de granjero y sus filípicas de campesino. Pyle ya había interpretado a Briscoe Darling, hijo, el malhumorado padre del rústico clan musical que aparecía en *El Show de Andy Griffith* . [830]

Entre los miles de espectadores de la NASCAR que figuran en *El sheriff chiflado* había evidentemente aspirantes a bandido, [831] y desde luego se hacían notar aullando consignas de los rebeldes confederados, bebiendo en exceso y comiéndose con los ojos a la casquivana que escoltaba al grupo, con su «espléndida melena rubia, sus senos en flor» y su barato atuendo de vaquera de Dallas. Todos profesaban una particular forma de libertad: la de ser un zafio, exhibirlo sin pudor a la plena luz del día y hacerlo además sin pesar ni azoramiento alguno. Los «palurdos de postín», es decir, la clase media en alza, extraída de la escoria blanca, se identificaba con esos pilotos de pueblo debido fundamentalmente a que se habían librado del mono y obtenido el respeto de la gente a base de aceptar fajos y más fajos de billetes de la industria de Detroit. Sin embargo, para los pobres de las zonas rurales la estructura de clases no había cambiado de manera apreciable: puede que el dinero hubiera dado fama y renombre a uno o dos patanes,

pero los que permanecían en las colinas no estaban consiguiendo a cambio el más mínimo beneficio social. A los «palurdos de postín» no les costaba ningún esfuerzo distinguir en el retrovisor a cuantos se hallaban en posiciones inferiores. [832]

La presidencia de Jimmy Carter pareció marcar un punto de ruptura con los políticos sureños de épocas pasadas. Carter, que, además de ser un cristiano evangelista, lucía galones de oficial de la armada (en la que se había formado en física nuclear), también basó su campaña de 1976 en la decidida determinación de no mentir a los votantes. En las primeras jornadas de esa carrera electoral pronunció asimismo un insólito y contundente discurso ante los chiquillos de la escuela elemental de New Hampshire. En él proclamó que Estados Unidos debía aspirar a un «gobierno tan bueno, honesto, decente, capaz, compasivo y afectuoso como el propio pueblo de la nación». La gente se encontró así frente a un demócrata sentimental, un populista fuertemente influido por las ideas cristianas y diametralmente opuesto a ese otro populismo colérico del viejo sur paleto. [833]

De todos sus predecesores, Carter es probablemente el más próximo a la diáfana conducta de Frank Clement, aunque con la diferencia de que casi siempre supo limitar sus planteamientos religiosos al ámbito de la afirmación personal. No era un agitador de masas marcado por las enérgicas coreografías declamatorias, como Clement, y con su metro setenta de estatura tampoco podía compararse con un gigante guasón como «Big Jim» Folsom. Él prefería compararse con Estes Kefauver, el senador liberal de Tennessee que se había licenciado en Yale. En la retórica de campaña se echó mano de un relato biográfico en el que se hablaba de una «cabaña de troncos». Con ello se quería ilustrar el ascenso social de la familia de Carter, pero al subrayar ese factor se ocultaba al mismo tiempo el hecho de que Jimmy tuviese una pista de tenis en el patio. Desde luego, tampoco hay que pensar que Carter no transmitiera el característico orgullo sureño, y de hecho se ganó el respaldo de algunos grupos de *rock* como los Allman Brothers. Sus asesores políticos pusieron buen cuidado en elaborar un anuncio radiofónico específicamente pensado para los conductores de camionetas: «Llevamos un siglo siendo el blanco de todos los chistes malos. No permitas que los políticos de Washington dejen fuera de la Casa Blanca a uno de los *nuestros* ». Lo más cerca que estuvo Carter de asumir sus raíces mascamazorcas fue al identificarse con las palabras de Andrew

Young (que además de ser entonces uno de sus más fieles defensores se convertiría en su futuro embajador ante las Naciones Unidas). Young había dicho que Carter era «escoria blanca enderezada». Eso convertía al cacahuetero Carter en un desecho «reformado». En su condición de congresista negro por el estado de Georgia, lo que Young estaba sugiriendo era que podía superarse la vieja hostilidad entre pobres, negros y blancos. [834]

Por mucho que se elevara por encima de la sucia política del periodo presidencial de Nixon, la figura de Carter, tan en línea con la de un maestro de escuela dominical, tampoco tenía excesivo recorrido. En su libro titulado *Crackers* , de 1980, el también georgiano Roy Blount, hijo, resumirá con sucinto acierto el problema de imagen que asediaba a Carter. En lugar de contactar con su patán interior, tal y como había hecho James Dickey, Carter hizo gala de todo lo que no era: «No era racista ni elitista ni sexista, no era un presumido de Washington ni un zoquete ni un mentiroso; no era abogado […] ni ideólogo ni paranoico ni estafador…». Siempre se movió en un círculo de negaciones. Según argumentaba Blount, al extirpar «el núcleo mezquino del palurdo», Carter quedó desprovisto de «nervio, y se le consideró un hombre anodino, sin armazón constitutivo». Por muy liberal que se mostrara, por tolerante y complaciente que pareciera, la sombra del paleto sureño le seguía a todas partes. Y en esa penumbra permanecieron al acecho los medios de comunicación, ocupados en resaltar la ancha y dentona sonrisa de Jimmy, su extraño duelo con un conejo de pantano [835] y, sobre todo, ese otro yo palurdo que era su hermano Billy. [836]

Al ser una persona que había llegado a la política con unas «raíces» claras, Carter era un candidato perfecto para la década de 1970. Se presentó ante sus electores como un hombre del diminuto pueblecito de Plains, apegado a la tierra y a los suyos, convencido de que su pequeña sociedad local era un tesoro. Ese sencillo legado fue su carta de presentación. De hecho, esta es la conclusión a la que llega el *Christian Science Monitor* al trazar su perfil: «Pocos se aferran a sus orígenes con tanta tenacidad como él». A Carter le obsesionaba su genealogía familiar tanto como a Alex Haley, el autor de *Raíces* , y siempre cultivó con éxito su prosapia de «tipo sencillo», al menos hasta el año 1977, fecha en la que una publicación británica dedicada al análisis de los títulos nobiliarios llevó a los quioscos un pasmoso hallazgo sobre el linaje de la familia Carter cuya exposición requirió nada menos que veintitrés páginas. En lugar de descender de un

puñado de criados forzosos, la historia familiar del presidente era una de las más significativas del mundo de habla inglesa: tenía vínculos tanto con George Washington como con la reina de Inglaterra. *The New York Times* predijo que el descubrimiento iba a resultar «divertido» a los ojos de los estadounidenses. No obstante, para atemperar las repercusiones del asunto, el diario puso buen cuidado en recordar a sus lectores que algunos de los miembros de la cepa inglesa de los Carter eran cazadores furtivos, una actividad que en Estados Unidos podía considerarse equivalente a la de los fabricantes de alcohol ilegal. En qué quedamos, ¿sangre noble o destiladores clandestinos? Uno de los portavoces del *Debrett's Peerage* , la gaceta británica que había destapado el asunto, aludió a las doctrinas eugenésicas al sostener que la rama de los Carter había producido personas «inteligentes e incluso brillantes». El experto confesó asimismo que el linaje familiar tenía, no obstante, su cuota de «ovejas negras», y que precisamente eran esas ramificaciones menos triunfantes las que habían generado los poco refinados atributos de Billy Carter, el hermano de Jimmy. [837]

Ahora bien, Billy no fue ninguna «oveja negra». Al contrario, se convirtió en una celebridad pueblerina, y los turistas acudían en masa a Plains, el pueblo natal de los Carter, deseosos de obtener autógrafos del famoso personaje local y de hacerse fotografías con él. Empezó a producir una cerveza propia —la Billy Beer—, y tuvo que contratar a un agente para poder coordinar las charlas que iba dando por todo el país. No tardó en señalarse por sus comentarios malhumorados y sus crudas y tajantes opiniones. Billy fumaba cinco cajetillas de Pall Mall al día, y el nombre en clave con el que se le conocía en la emisora CB era «Cast Iron» («Hierro fundido»), debido a su capacidad para envasar toda clase de bebidas alcohólicas en grandes cantidades. [838] Desde luego no era ningún «meapilas», y tampoco le gustaba ensalzar la «causa perdida» de la Confederación. En una ocasión le preguntaron en qué bando habría luchado en la guerra de Secesión estadounidense y Billy replicó en tono de broma: «Lo más probable es que me hubiera ocultado en los pantanos». En 1981, una vez que su hermano hubo dejado la Casa Blanca, Billy comenzó a ganarse la vida vendiendo caravanas de puerta en puerta. [839]

Roy Blunt dijo que le habría gustado ver un poco más de Billy en Jimmy, es decir, un pelín más de irreverencia y descaro: «El primer presidente mascamazorcas debiera haber sido una mezcla entre Jimmy y Billy […]. De

ese modo, el “¡Santo-Dios-qué-demonios-quítate-de-en-medio!” de Billy habría permanecido al acecho bajo la prudente rectitud de Jimmy —o al revés, el idealismo de este habría aparecido agazapado tras la sensata comprensión de las limitaciones humanas de Billy—, y el resultado habría sido un híbrido bifronte, a medio camino entre el efebo y el ogro, como ocurre en la vida cotidiana de Georgia». El presidente mascamazorcas que evoca Blount habría hablado «con una voz más matizada y habría tenido una sonrisa menos anodina». [840]

No obstante, es probable que Jimmy tuviera más de patán de lo que Blount alcanzaba a vislumbrar. En 1976, fecha en la que Bob Shrum, el asesor y redactor de los discursos de Carter, dimitió de su puesto en el equipo de campaña, su valoración del entonces candidato fue bastante menos clemente. El hombre que había defendido en público a los mineros al dirigirse a una audiencia formada por obreros había comentado después con Shrum, en privado, que «era contrario al incremento de los subsidios destinados a los mineros afectados por silicosis, dado que “ellos mismos habían optado por esa profesión”». Con esta muestra de no haber comprendido en qué consistían las condiciones de clase, Carter reveló poseer una veta de mezquindad enorme. ¿Debían padecer los mineros por haber aceptado los peligros de su oficio? En 1977 volvería a mostrar ese rostro ruin al respaldar la Enmienda Hyde, destinada a restringir las ayudas públicas que el programa Medicare de asistencia sanitaria contemplaba para las mujeres pobres que desearan abortar. Al responder a una pregunta de Judy Woodruff, de la NBC, el presidente no defendió su posición con argumentos morales, sino con planteamientos de clase: «Bueno, como usted sabe, hay muchas circunstancias en la vida que son injustas, cosas que las personas acaudaladas pueden permitirse y las humildes no. Pero no creo que el Gobierno federal deba tomar medidas para conseguir que esas oportunidades sean exactamente iguales, no si interviene un factor moral». Básicamente, lo que venía a sostener era que el ejecutivo nacional tenía que disponer de los instrumentos necesarios para negar esas ayudas a las mujeres pobres debido precisamente a su misma pobreza. Los ricos podían obrar como les diera la gana, pero los pobres debían disciplinarse. Carter tenía tendencia a abrazar puntos de vista fatalistas: las mujeres pobres merecían el destino que les había tocado en suerte y los mineros del carbón debían apechugar con las enfermedades pulmonares derivadas de su propio

trabajo. Y es que, en efecto, el mensaje se reducía a lo siguiente: no espere igualdad ni compasión si usted mismo se revela incapaz de protegerse. [841]

El apasionado idilio entre el Jimmy Carter de la pequeña Plains de Georgia y un amplio sector del país se desvaneció con bastante rapidez. En 1979, la curiosa anécdota con tintes de fábula surgida a raíz de la sorpresiva irrupción de un conejo de los pantanos acabó constatando la menguante popularidad de Carter. Era una peripecia que los medios de comunicación no estaban dispuestos a pasar por alto, debido en parte a que el gabinete presidencial se negó en un primer momento a dar a conocer las imágenes del suceso y a que solo se avino a hacerlas públicas al verse fuertemente presionado. Carter contó a su manera los curiosos hechos acaecidos en el pantano. El 20 de abril de 1979, habiendo salido a pescar y encontrándose solo en un bote mientras su personal permanecía en las inmediaciones, el presidente Carter vio salir de la maleza a un conejo de monte que parecía querer abalanzarse sobre su pequeña embarcación «enseñándole los dientes». Aseguró que le había parecido chocante y divertido. Los periodistas, sin embargo, transformaron el susto en una moderna versión de las jactanciosas manifestaciones de los colonos, muy dados a exagerar sus lances en la naturaleza. En lugar de «Daniel Boone combatiendo cuerpo a cuerpo con los osos», le reprendía sarcásticamente un periodista, era Carter enfrentándose a «Perico, el conejo travieso». [842] Otros pintaron al presidente enzarzado en fiera lucha con Banzai Bunny, o aun con la liebre asesina que tanta fama había dado a los Monty Python. El asunto acabó convirtiéndose en una verdadera metáfora del ñoño y debilucho estilo político del presidente, y alimentó la leyenda de Carter como chico de campo que se acobarda, y además en un terreno que debiera haberle resultado familiar: el de los agrestes marjales de la campiña más solitaria de Georgia. Desde luego, Jimmy Carter no era el héroe de *Liberación* . De hecho, se hallaba más próximo al Jimmy Stewart de *El invisible Harvey* , un individuo auténticamente tonto, tan incapaz de probar a los demás que el sobrenatural conejo que le acompaña a todas partes es muy real como de acallar las habladurías que le pintan como un irremediable paleto. [843] [844]

En 1980, Carter perdió la presidencia, vencido por Ronald Reagan, un hombre que no entendía prácticamente nada de la cultura sureña, pero que, sin embargo, sabía perfectamente bien cómo presentar al público una imagen sugerente. Bajo su mandato, la Casa Blanca se adornó con todos los atavíos propios de los fascinantes estudios de Hollywood. Reagan podía

meterse en el papel de un irlandés cuando visitaba la minúscula localidad de Ballyporeen, en el condado de Tipperary, o encasquetarse el sombrero vaquero y montar a caballo, tal y como había hecho en su película más conocida: *Camino de Santa Fe* , estrenada en 1940. Este «actor metido a presidente» poseía un talento del que pocos políticos podían presumir, ya que había aprendido a soltar emotivas parrafadas con total convicción, a mostrar su mejor cara ante la cámara y a proyectarse ante el público con el tono y el dramatismo más adecuados al caso. Dado que la llegada de la televisión había aniquilado cualquier brote de verdadera elocuencia, Reagan no era tanto el «gran comunicador» que aireaban sus más encandilados defensores como un intérprete cinematográfico provisto de una serie de «reflejos mediáticos» cuidadosamente pulidos. Para hacerse con el despacho oval, Reagan había rechazado todo cuanto Carter había defendido: desde la ruralidad sureña hasta la idea del hombre común y corriente. Incluso había negado la imagen del norteamericano sencillo y hogareño, que va por ahí descalzo y con un simple pantalón tejano. Reagan tenía un aspecto imponente enfundado en un elegante esmoquin. En 1980 corrió el rumor de que su esposa Nancy andaba comentando con sus amigas que los Carter habían convertido la Casa Blanca en una «pocilga». A sus ojos, eran simple escoria blanca, así que era preciso borrar hasta el más mínimo rastro de su presencia. [845]

En 1980 apareció un suelto en un diario en el que un destacado partidario de Reagan de muy acentuada trayectoria conservadora planteaba un dudoso argumento sobre los gañanes pobres. Patrick Buchanan, el autor del texto, lanzaba la doble acusación de que el Gobierno, valiéndose de un señuelo, había metido en la trampa de la pobreza a los urbanitas negros y de que los varones de color habían permitido que se les despojara del legítimo orgullo de llevar un sueldo a casa. Afirmaba todo esto con la esperanza de que los aludidos se pasaran con armas y bagajes al bando de Reagan y constituyeran una nueva «mayoría silenciosa negra». Al sostener que los pobres eran peones de los «“*povertarios* ” [846] profesionales», Buchanan reactivaba el viejo ataque que se había abatido sobre Rexford Tugwell (el jefe del Departamento de Reasentamiento de Franklin D. Roosevelt en la época de la política económica concebida para contrarrestar las secuelas de la Gran Depresión), al que se había acusado de emplear como marionetas a las personas humildes. Una de las recetas más notables de Buchanan era la de que los negros de las ciudades debían buscarse la vida para imitar a los

patanes blancos que colocaban pegatinas de Ronald Reagan en los parachoques de sus furgonetas y llevaban banderas estadounidenses en lo alto de la manga (aunque debería haber precisado que se trataba de enseñas confederadas). Al meter a los negros pobres y a los gañanes blancos desfavorecidos en el mismo saco, Buchanan convirtió a la burocracia en el enemigo común. [847]

Si la victoria de Jimmy Carter había hecho exclamar a uno de los amigos de Roy Blount: «¡Hemos dejado de ser escoria!», lo cierto es que en 1987 esa exultante percepción, lamentablemente, se desinfló. El mayor escándalo público de ese año fue la caída del reverendo Jim Bakker. El religioso y su mujer, Tammy Faye, habían salido de la nada y conseguido levantar un imperio teleevangelista gracias a la sede que la cadena de contenidos doctrinales PTL («*Praise the Lord / Pass the Love* », o «Ruega al Señor / Pasa el amor») poseía en Charlotte, Carolina del Norte (con una audiencia, según las estimaciones, de trece millones de hogares). También desarrollaron el rentabilísimo parque temático cristiano Heritage USA. En compañía de Jerry Falwell (el fundador de la Universidad Liberty) y de «Pat» Robertson (iniciador de la CBN —Christian Broadcasting Network —), Bakker se había unido a los principales líderes conservadores que se habían dejado ver por la Casa Blanca de Reagan en 1984. Tres años después, tras una investigación del FBI (cuyos agentes motejaron a la PTL con la expresión «Pass-the-Loot Club», o «Club Pasa-la-Pasta»), Bakker fue condenado por haber sido hallado culpable de los veinticuatro cargos de fraude y conspiración de que había sido acusado. El juez quedó tan asqueado por la falta de escrúpulos del predicador que dictó una sentencia de cuarenta y cinco años de cárcel. Al final cumplió una pena de cinco. [848]

Se dijo que Bakker era un «desertor de los estudios bíblicos» y, de hecho, su trayectoria personal revelaría ser la de un hombre que no solo esquilaba a sus ovejas, sino que llevaba una vida sembrada de groseros derroches. Poseía un gran número de mansiones, un Rolls-Royce de 1953, una refinada casa flotante y los armarios repletos de trajes caros. Jim Bakker y Tammy Faye habían pasado de residir en un remolque vivienda a amasar millones de dólares en salarios y primas. [849]

Lo que Bakker predicaba desde su púlpito era el sueño de desmesura que poblaba la imaginación de la escoria blanca. En un programa emitido en 1985, Bakker salió en defensa de las extravagantes actividades del hotel de su parque de atracciones cristiano: «La gente de los periódicos piensa que

deberíamos regresar al arroyo, o a las catacumbas […]. Están convencidos de que los cristianos tenemos que ser personas andrajosas, chocarreras, cutres y mezquinas, y piensan así porque se sienten amenazados si tenemos cosas tan hermosas como las que ellos poseen». Al admitir sus propios abusos, Bakker exclamó: «Tiendo al exceso. ¡Oh, Señor, ya lo creo que tiendo al exceso!… Dios es un Dios grande. Se merece lo mejor de mí». Este timador de segunda era una versión real del personaje de ficción que Andy Griffith encarnara en su día con el desbocado Lonesome Rhodes de *Un rostro en la multitud* . O como diría un reportero después de tragarse un sinfín de horas de la emisión de los Bakker: en su teología de la prosperidad y en sus prédicas de saloncito rezumaba «el empalagoso aroma de *Expreso a Petticoat* ». [850] [851]

Pero la codicia no era más que un telón de fondo. Tammy Faye, que acabaría alcanzando gran notoriedad por dejar que el maquillaje le embadurnara las mejillas mientras lloraba ante sus fieles, tuvo que ingresar en un centro de rehabilitación por su adicción a los tranquilizantes. Entretanto, su venerable esposo se dedicaba a pagar sobornos para tapar la boca a la secretaria de su iglesia, una joven llamada Jessica Hahn, de la que había abusado sexualmente siete años antes. Hahn contó su historia en el *Playboy* . Y por si no bastara con este tipo de cuestiones, el propio funcionario de la congregación que había apañado el encuentro entre Bakker y Hahn en un motel confesó que había tenido también relaciones homosexuales con el telegénico pastor en tres ocasiones diferentes. [852]

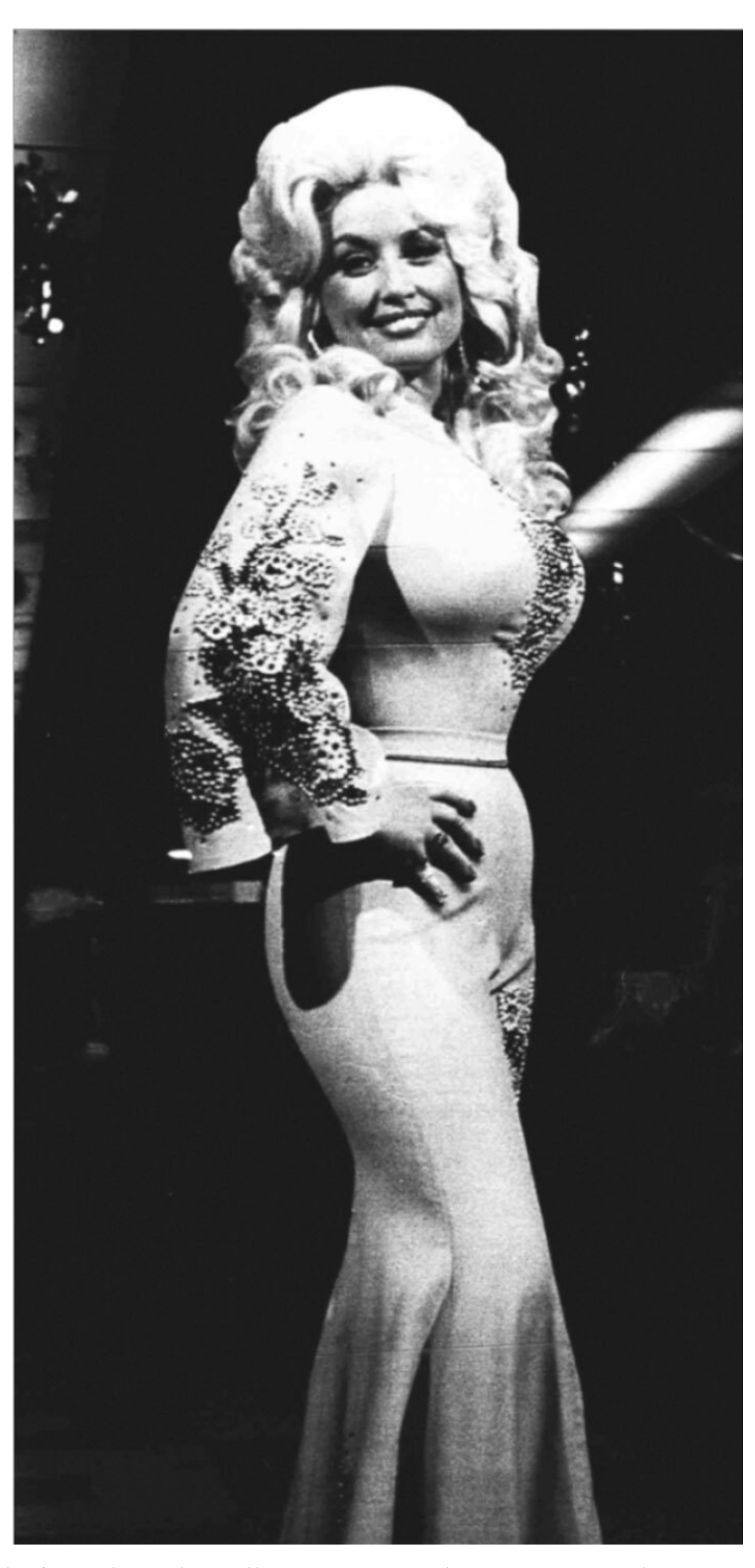
Es posible que la explotación del asunto Bakker por parte de la prensa sensacionalista fuera el aldabonazo anunciador del nacimiento oficial de la «telerrealidad». De hecho, puede seguirse sin dificultad el hilo conductor que une directamente el caso de los descontrolados Bakker con los boquiabiertos espectadores de la Georgia rural embobados ante las andanzas de la escoria blanca que protagonizó el *reality* de *Here Comes Honey Boo Boo* del canal TLC (The Learning Channel). [853] Si las perversiones del telepredicador y las diabluras de las lindas menores de edad que competían por un título de reinas de la belleza consiguieron enganchar al público fue porque acertaron a conectar con las inclinaciones más chabacanas de las clases bajas estadounidenses. (Tiempo después, corriendo el año 2004, Tammy Faye protagonizaría *The Surreal Life* , otro espectáculo de telerrealidad). En general, las gentes que se vieron estafadas por ese fingido sacerdocio de «Alabado sea el Señor» pertenecían al estrato

de los blancos pobres. En su mayor parte, los que seguían esos programas eran cristianos evangelistas con una educación elemental de la que apenas habían sacado otra cosa que cuatro reglas y que se encontraban además en una penosísima situación de desempleo. Tal y como habría de revelar uno de los trabajadores de la cadena PTL, la emisora siempre lanzaba llamamientos a la colecta a primeros de mes, ya que era en esas fechas cuando llegaban los cobros del seguro social y se solicitaban las prestaciones del sistema de bienestar. Quienes criticaban la hipócrita actitud de los evangelistas dieron rienda suelta a sus iras, y un indignado editorialista llegaría incluso a atacar al mismísimo presidente Reagan por «haber elevado a la escoria blanca a una posición preeminente» al entrevistarse con Bakker y otros evangelistas televisivos en la Casa Blanca, diciendo además a los estadounidenses que aquellos individuos podrían inculcarles los «tradicionales valores norteamericanos». Los Bakker aparecían día y noche en la pequeña pantalla, «vestidos como proxenetas» y empeñados en pulverizar la lengua inglesa y en deshonrar los sentimientos religiosos. [854]

Los Bakker ni siquiera eran originarios del sur. Tammy Faye había nacido en el seno de una familia humilde de ocho hijos de una pequeña población rural de Minnesota, en una casa sin agua corriente. Sus padres eran predicadores pentecostalistas. Jim, hijo de un maquinista, procedía de Míchigan. Si se instalaron en Carolina del Norte fue porque sabían que allí existía mercado para su mensaje religioso. Con sus cánticos y lloros, Tammy Faye aportaba calor y carisma al espectáculo, apoyada en su estridente reputación, un tanto «à la Liberace», como concluiría un estudioso de la religión. Su aspecto físico transmitía su identidad de clase: mechas rubias, grueso maquillaje, bronceado concienzudo, vestidos de colores chillones y sus típicas pestañas postizas. Era la viva imagen de la feminidad del nuevo rico. [855]

En este sentido, Faye se había construido un personaje muy similar al de Dolly Parton, nacida en Tennessee. Esta cantante *country* , célebre por su «voluptuosa exuberancia física», sus llamativos vestidos y su enorme peluca rubia, enarboló una especie de «sobreabundancia femenina», según afirmación de un académico. El abuelo de Dolly también era pastor pentecostalista. Al igual que a Tammy Faye, a la artista le gustaba comprarse la ropa en las tiendas de baratillo. Su imagen, según ella misma confesará en su autobiografía, era la expresión del deseo de muchas chicas

de la escoria blanca, que ansiaban tener el aspecto de una modelo de revista. Así lo explica la propia Parton: «No parecía ni de lejos que tuviesen que trabajar en el campo. No daban la impresión de haber tenido que lavarse a salpicones en un plato de ducha cutre. No trasladaban la idea de que hombres y muchachos pudieran meterles mano cada vez que les viniera en gana, y con la brusquedad que más les apeteciera». Para una mujer, la pobreza no se limitaba únicamente a la desdichada estrechez de no tener dinero. [856]



La «sobreabundancia femenina» de Dolly Parton captada en un póster de cuerpo entero exhibido en una tienda de música de Nashville, Tennessee. Esta misma fotografía aparecería en 1977 en la revista *Esquire* .

Esquire .

Esto nos da una pista para entender las verdaderas razones de que Tammy Faye tuviese tanto tirón entre sus fans, que disfrutaban indirectamente de su exhibicionismo y su opulencia. No es difícil entender que el estilo de Parton respondía a las claves de la parodia: buscona por fuera y dulce chica de campo por dentro. De manera similar, la comunidad homosexual haría suyos los aires de reinona que se daba Tammy Faye. Fue una de las escasísimas personas conservadoras de devoción evangelista en mostrar simpatía por los hombres gais que estaban sucumbiendo al sida. Y para los creyentes sinceros, su biografía también ofrecería los matices de una auténtica Cenicienta cristiana. Uno de los socios de la cadena PTL fabricó una muñeca artesanal con su rostro (dirigida a los adultos, no a los niños) cuyo precio de venta era de 675 dólares. Esa especie de Barbie-Tammy era una princesa de cuento de hadas de gran corazón que, sin embargo, se adornaba, como la misma Dolly Parton, con unas pestañas kilométricas. [857]

Pese a todo, la fábula de ensueño no tuvo un final feliz. La tormenta mediática que desataron las andanzas de esta pareja de predicadores acabó presentándolos a una luz absolutamente deplorable. Tammy no consiguió que su rol de ingenua esposa, desconocedora de los asuntos de su marido, cosechara muchos partidarios, aunque es probable que sus disparatadas pintas le evitaran un proceso judicial. Siempre hubo como un remedo de aire gótico en la exagerada imagen de escoria blanca que adoptó Tammy Faye Bakker. Si consiguió materializar el sueño americano, no fue ni por su belleza ni por su educación ni por su talento, sino por haberse creado una personalidad televisiva con la que se negaba a participar de los refinados modales de quienes la aventajaban en el plano de la posición social. Tammy Faye rechazaba todo lo que Pat Loud (de la serie *An American Family*) y la clase media representaban: la moderación emocional, una buena dicción, los vestidos modosos y un claro refinamiento. Pero Faye no era una rústica, ni tampoco la personificación de la desfasada sencillez del pequeño terrateniente. Asumía su estridencia sin tapujos, de los pies a la cabeza. Sus partidarios de la población blanca pobre adoraban su desbordamiento hortera, pero a los ojos de las clases medias norteamericanas esa misma ordinariez la convertía en un caso perdido.



El mensaje, simultáneamente seductor y materialista, de la teología de la prosperidad. Tammy Faye Bakker en la portada de su álbum *Don't Give Up* .

Tammy Faye Bakker, *Don't Give Up* , 1985.

Lo irónico del caso es que sus supuestas «raíces» de escoria blanca eran de todo menos puras, cuando no un mero artificio. Sus pestañas de pega y su grueso maquillaje formaban parte de una extraña mascarada centrada en una renegociación de la identidad de clase surgida al calor de la expansión que experimentaron los medios de comunicación en las décadas de 1980 y 1990. Faye aseguraba que la inspiración de sus pestañas se la habían dado Lucille Ball… ¡y Minnie Mouse! Como sostuvo el periodista y crítico cinematográfico Roger Ebert: «Es posible que Faye haya sido la persona que más porción de su existencia ha vivido ante las cámaras de toda la historia (y además en directo)». Su yo público era una mezcolanza de malos estereotipos, de modo que su imagen no transmitía mayor autenticidad que la de los personajes de *Los nuevos ricos* . Tammy Faye se comportó siempre con amanerada exageración (aunque accidentalmente, en la mayoría de los casos), y fue sobre todo una criatura del universo surrealista de la televisión que tanto amaba. [858]

---

[802] Mary Bernstein, «Identity Politics», *Annual Review of Sociology* , vol. 31, 2005, pp. 47-74, y sobre todo la 49, la 53 y la 64. Mary Louis Adams explica como sigue su punto de vista: «Es importante señalar que la política identitaria no consiste únicamente en una celebración del carácter singular del grupo al que uno pertenece, sino también un análisis de la concreta opresión que sufre»: véase «There's No Place Like Home: On the Place of Identity in Feminist Politics», *Feminist Review* , n.º 31, primavera de 1989, pp. 22-33, y en particular la 25; junto con Douglas C. Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America* , Columbia University Press, Nueva York, 1998; Mathew D. Lassiter, *The Silent Majority: Suburban Politics in the Sunbelt South* , Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2006, pp. 1, 3.

[803] En castellano, el libro salió a la venta en 1973 bajo el rótulo de *Liberación* (en ediciones Destino), dado que la obra original se titula *Deliverance* . El cartel de la película anunciaba en cambio *Defensa* . Para no introducir ningún elemento de confusión, debe tenerse en cuenta que aquí hablaré de *Liberación* , tanto en el caso del texto como en el de su versión cinematográfica. (*N. del T.*)

[804] Joseph Bensman y Arthur J. Vidich, «The New Middle Classes: Their Culture and Life Styles», *Journal of Aesthetic Education* , vol. 4, n.º 1, enero de 1970, pp. 23-39, y especialmente la 24, la 25 y la 29.

[805] Anne Roiphe, «"An American Family": Things Are Keen but Could Be Keener», *New York Times Magazine* , 18 de febrero de 1973, pp. 8-9, 41-43, 45-47, 50-53, y especialmente la 8, la 47 y de la 50 a la 53.

[806] Thomas Lask, «Success of Search for "Roots" Leaves Alex Haley Surprised», *The New York Times* , 23 de noviembre de 1976; Paul D. Zimmerman, «In Search of a Heritage», *Newsweek* , 27 de septiembre de 1976, pp. 94-96. Incluso la Biblioteca del Congreso clasificó la obra en la categoría de «genealogía» y no en la de «ficción»: véase David Henige, «Class as GR Instead?», *American Libraries* , vol. 31, n.º 4, abril de 2000, pp. 34-35.

[807] La primera crítica de peso que puso al descubierto los problemas de la investigación africana de Haley fue la de Mark Ottaway en «Tangled Roots», *Sunday Times* , Londres, 10 de abril de 1977, pp. 17, 21. Un estudioso africano vendría a refrendar las conclusiones de Ottaway al aclarar que el *griot* , es decir, el narrador tribal que había referido al novelista la supuesta historia de su familia, no podía considerarse una fuente fiable, ya que había contado al investigador lo que este había esperado escuchar. (Haley no había tenido la precaución de grabar la entrevista, había basado su relato en un único informante y, al comprobar que otras versiones de lo sucedido contradecían el argumento que deseaba elaborar, se había limitado a pasarlas por alto). Véase Donald R. Wright, «Unrooting Kunta Kinte: On the Perils of Relying on Encyclopedic Informants», *History in Africa* , n.º 8, 1981, pp. 205-217, y en particular la 206, y de la 209 a la 213. Para la respuesta de Haley a las críticas de Ottaway y su explicación de los motivos que le habían llevado a presentar una imagen tan poco realista del poblado de Kinte, véase Robert D. McFadden, «Some Points of "Roots" Questioned: Haley Stands by the Book as a Symbol», *New York Times* , 10 de abril de 1977. Los historiadores profesionales reaccionaron de diferentes formas a los argumentos de Haley: Oscar Handlin, de la Universidad de Harvard, dijo que el libro era un «fraude», y el profesor Willie Lee Rose, de la Johns Hopkins, experto en todo lo relacionado con la esclavitud, llegó a la conclusión de que el texto contenía «demasiados anacronismos […], y estos restan verosimilitud a otras cuestiones centrales, en las que es importante poder confiar sin reservas»: véase Israel Shenker, «Some Historians Dismiss Report of Factual Mistakes in "Roots"», *The New York Times* , 10 de abril de 1977.

[808] Recuérdese que Plymouth Rock es la peña con la que se pretendió indicar (de forma igualmente especiosa) el primer punto de desembarco y refugio de los colonos del *Mayflower* . Véase

la página 36. (*N. del T.*)

[809] Para la más completa enumeración —elaborada a dos manos por un historiador y una genealogista— de los errores presentes en la investigación conducente a la redacción de *Raíces* , véase Gary B. Mills y Elizabeth Shown Mills, «"Roots" and the New "Faction": A Legitimate Tool for Clio?», *Virginia Magazine of History and Biography* , vol. 89, n.º 1, enero de 1981, pp. 3-26, y sobre todo de la 6 a la 19. Para el sesgo de clase de Haley (que se preocupa de presentar a sus antepasados como personas superiores al resto de los esclavos), véase Mills y Mills, «"Roots" and the New "Faction"», *art. cit* ., p. 25; junto con James A. Hijiya, «Roots: Family and Ethnicity in the 1970s», *American Quarterly* , vol. 30, n.º 4, otoño de 1978, pp. 548-556.

[810] Para las imputaciones que calificaban de farsante a Haley, véase Stanley Crouch, «The Beloved Fraud of "Roots"», *Garden City Telegram* , 9 de mayo de 2011; respecto al momento elegido para anunciar a los cuatro vientos el relato de *Raíces* en la cadena de radiotelevisión ABC, véase la rememoración presente en el obituario de Brandon Stoddard, el ejecutivo que se había encargado de llevar la novela a la pequeña pantalla, *The Washington Post* , 29 de diciembre de 2014.

[811] James A. Michener, *Chesapeake* , Random House, Nueva York, 1978, pp. 158-159, 161 [hay traducción castellana: *Bahía de Chesapeake* , Plaza & Janés, Barcelona, 1980. (*N. del T.*)].

[812] *Ibid* ., pp. 325, 803, 822, 826, 842-845, 854-855; Tom Horton, «Michener's "Chesapeake" Revisited Novel», *Baltimore Sun* , 24 de octubre de 1997.

[813] Véase Nancy Isenberg y Andrew Burstein, «Adamses on Screen», en *A Companion to John Adams and John Quincy Adams* , David Waldstreicher (comp.), Wiley-Blackwell, Malden, Massachusetts, 2013, pp. 487-509; la introducción de Boorstin se encuentra en Jack Shepherd, *The Adams Chronicles: Four Generations of Greatness* , Little, Brown, Boston, 1975, p. xxxi; y véase también Hijiya, «Roots», *art. cit* ., p. 551.

[814] «*Ethnic Americans* ». Dicho a grandes rasgos: aquellos que afirman descender de individuos de raza blanca, generalmente de origen anglosajón y raíces británicas, irlandesas o escocesas. (*N. del T.*)

[815] Pete Hamill, «The Revolt of the White Lower Middle Class», *New York* , 14 de abril de 1969, pp. 24-29; Philip Shabecoff, «A Blue-Collar Voter Discusses His Switch to Nixon», *The New York Times* , 6 de noviembre de 1972; Richard Nixon, «Address Accepting the Presidential Nomination at the Republican National Convention in Miami Beach, Florida, August 8, 1968», en John T. Woolley y Gerhard Peters, *The American Presidency Project at UC Santa Barbara* , disponible en internet: http://presidency.ucsb.edu/ws/ index.php?pid=25968; Scott J. Spitzer, «Nixon's New Deal: Welfare Reform for the Silent Majority», *Presidential Quarterly* , vol. 42, n.º 3, septiembre de 2012, pp. 455-481, y muy especialmente de la 458 a la 462, junto con la 471, la 473 y la 477; Rick Perlstein, *Nixonland: The Rise of a President and the Fracturing of America* , Scribner, Nueva York, 2008; Lassiter, *The Silent Majority* , *op. cit* ., pp. 234, 236; Michael Novak, *The Rise of the Unmeltable Ethnics* , Macmillan, Nueva York, 1972, pp. 4, 30, 53, 60, 70-71, 81, 258-260; Matthew Frye Jacobson, *Roots Too: White Ethnics Revival in Post-Civil Rights America* , Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2006, pp. 44-45, 190.

[816] Véase el artículo del columnista de la asociación de empresas periodísticas NEA (Newspaper Enterprise Association) Bruce Biossat titulado «White Poor in US Forgotten Masses», *Gadsden Times,* de Alabama, 14 de septiembre de 1969; junto con *idem* , «Poor White Dilemma», *Sumter Daily Item* , 24 de mayo de 1967; «White Tar Heels Poor, Too», *Spring Hope Enterprise,* de Carolina del Norte, 2 de noviembre de 1967; y Marjorie Hunter, «To the Poor in South Carolina, Free Food Stamps Are a Source of Satisfaction and Embarrassment», *The New York Times* , 18 de mayo de 1969. Para el papel del movimiento en favor de los derechos sociales, véase Premilla Nadasen,

Welfare Warriors: The Welfare Rights Movement in the United States , Routledge, Nueva York, 2005; Felicia Kornbluh, *The Battle for Welfare Rights: Politics and Poverty in Modern America* , Filadelfia, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2007; *idem* , «The Work Ethic», *The New York Times* , 6 de noviembre de, 1972; y Gaylord Shaw, «Welfare Ethic Advocates Hits; Leads to Vicious Cycle of Dependency — Nixon», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 4 de septiembre de 1972. Véase también «Transcript of the President's Labor Day Address», *The New York Times* , 7 de septiembre de 1971.

[817] Marcus Klein, «Heritage of the Ghetto», *Nation* , 27 de marzo de 1976, pp. 373-375, y fundamentalmente la 373.

[818] Para más información acerca de los cambios que se introdujeron en la reglamentación de la NASCAR entre la década de 1940 y la de 1970, véase Daniel, *Lost Revolutions* , *op. cit* ., pp. 94-97, 108-110, 118-120. Sobre Dolly Parton, véase «People Are Talking About: Dolly Parton», *Vogue* , 1 de octubre de 1977, pp. 300-301. Para el «paleto-chic», véase Patrick Huber, «A Short History of Redneck: The Fashioning of a Southern White Masculine Identity», *Southern Cultures* , vol. 1, n.º 2, invierno 1995, pp. 145-166, y sobre todo la 159. Para saber más sobre la música *country* , véase Joe Edwards, «He's a Redneck», *Reading Eagle* de Pensilvania, 12 de agosto de 1976; e *idem* , «"Redneck" Doesn't Have to Be Offensive», *Gadsden Times* de Alabama, 25 de marzo de 1983. Para el recetario de cocina de *White Trash Cooking* , véase Sylvia Carter, «He's Proud to Be "White Trash"», *Milwaukee Journal* , 29 de diciembre de 1986.

[819] Véase Robert Basler, «Dolly Parton: Fittin' into Floozydom Comfortably», *Advertiser* de Lafayette, Luisiana, 24 de abril de 1986; Emily Satterwhite, *Dear Appalachia* , University of Kentucky Press, Lexington, 2011, pp. 131, 172, 174-175.

[820] Véase Lillian Smith, «White Trash», *c* . 1964 or1965, y «The Poor White's Future», *c* . 1964, Lillian Eugenia Smith Papers, caja 41, manuscrito número 1283 A, y caja 43, manuscrito número 1238 A, Hargrett Rare Book and Manuscript Library, University of Georgia Libraries, Athens; y Huber, «A Short History of Redneck», *art. cit* ., 161.

[821] «The Arkansas Traveler» es el título de un tema musical que fue el himno de Arkansas entre 1949 y 1963. No obstante, es también el título de un cuadro de Edward Payson Washbourne que ilustra la peripecia de un plantador, banquero y político fracasado de Kentucky llamado Sanford Faulkner. Durante la campaña política de 1840, Faulkner visitó una serie de perdidos distritos electorales de montaña en compañía de algunos colegas. La pequeña comitiva se perdió y se detuvo en busca de orientación en la humilde cabaña de troncos de un ocupante ilegal. Según el relato de Faulkner, el lugareño blanco pobre contestó con respuestas humorísticas y evasivas a sus preguntas. Al ver que no consigue nada, el viajero trata de romper el hielo ofreciéndose a tocar la segunda mitad de la melodía que el «montañés» había estado tocando poco antes en su violín; la canción es, evidentemente, «El viajero de Arkansas». Al escuchar los acordes, el campesino se muestra encantado de escuchar la melodía completa, pues desconocía el final, y abre de par en par las puertas de su tabuco al recién llegado. (*N. del T.*)

[822] Robert Sherrill, «The Embodiment of Poor White Power», *New York Times Magazine* , 28 de febrero de 1971. En 1968, un grupo de manifestantes de los Apalaches integrados en la Marcha de los pobres a Washington protestaron frente a la casa de Byrd en Arlington: véase John Yago, «Poor Encountered a Slick Senator», *Charleston Gazette* , 24 de junio de 1968; véase también Sanford J. Ungar, «The Man Who Runs the Senate: Bobby Byrd: An Upstart Comes to Power», *Atlantic Monthly* , septiembre de 1975, pp. 29-35, y muy en particular esta última; junto con Robert C. Byrd, *Robert C. Byrd: Child of the Appalachian Coalfields* , West Virginia University Press, Morgantown, 2005, p. 42, 53, 219-221, 223, 228, 235-237, 244-245.

[823] Véase la portada y el artículo en «New Day A'Coming in the South», *Time* , 31 de mayo de 1971, pp. 14-20, y sobre todo de la 14 a la 16. Para más información sobre Wallace, véase Dan T. Carter, «Legacy of Rage: George Wallace and the Transformation of American Politics», *Journal of Southern History* , vol. 62, n.º 1, febrero de 1996, pp. 3-26, y en especial de la 10 a la 12 y la 26; Randy Sanders, «"The Sad Duty of Politics": Jimmy Carter and the Issue of Race in His 1970 Gubernatorial Campaign», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 76, n.º 3, otoño de 1992, pp. 612-638, y fundamentalmente la 620, la 621 y de la 623 a la 625. Véase también James Clotfelter y William R. Hamilton, «Electing a Governor in the Seventies», en *American Governor in Behavioral Perspective* , Thad Beyle y J. Oliver Williams (comps.), Harper & Row, Nueva York, 1972, pp. 32-39, y en especial la 34 y la 36.

[824] Sanders, «"The Sad Duty of Politics"», *art. cit* ., pp. 632-633.

[825] Para la fantasía que lleva a Dickey a atribuirse raíces «montañesas», véase Satterwhite, *Dear Appalachia* , *op. cit* ., pp. 149-150, 508-511; y Henry Hart, «James Dickey: The World as a Lie», *The Sewanee Review* , vol. 108, n.º 1, invierno de 2000, pp. 93-106; véase también Harkins, *Hillbilly* , *op. cit* ., p. 209. En sus memorias, el hijo de James Dickey, Christopher, recuerda que su padre tenía una insaciable necesidad de falsear sus orígenes y su biografía: para una reseña sobre esta narración (titulada *Summer of Deliverance: A Memoir of Father and Son*), véase David Kirby, «Liar and Son», *The New York Times* , 30 de agosto de 1998; para más información sobre el egocentrismo de Dickey, véase Benjamin Griffith, «The Egomaniac as Myth Maker» (recensión de *The One Voice of James Dickey: His Letters and Life, 1970-1997*), *Sewanee Review* , vol. 117, n.º 1, invierno de 2009, pp. vi-viii.

[826] En la novela, Dickey traza el perfil de un Bobby «sonrosado y regordete» y le hace aullar y gemir. También pone en boca de Lewis la escala de valores que insta a los cuatro hombres a recurrir a los profundos instintos que dormitan en sus mazmorras a fin de poder vencer la ordalía. Sintiéndose como un pañuelo usado, Bobby se revela incapaz de superar la «mancha» de su violación. Véase James Dickey, *Deliverance* , Houghton Mifflin, Boston, 1970, pp. 54, 121-122, 126, 135, 167 [hay traducción castellana: *Liberación* , Destino, Barcelona, 1973. (*N. del T.*)]; véase también Christopher Ricks, «Man Hunt», *New York Review of Books* , vol. 14, n.º 8, 23 de abril de 1970, pp. 37-40, y especialmente la 40; Walter Clemmons, «James Dickey, Novelist», *The New York Times* , 22 de marzo de 1970. Para el carácter sexual de la traumática experiencia que permanece en la memoria de los tres supervivientes y su recíproca promesa de silencio, véase Linda Ruth Williams, «Blood Brothers», *Sight and Sound* , septiembre de 1994, pp. 16-19. Para una reseña centrada en las «tendencias sodomitas de los palurdos», véase Vincent Canby, «The Screen: James Dickey's "Deliverance" Arrives», *The New York Times* , 31 de julio de 1972.

[827] Drew no solo se muestra compasivo, es también el único que defiende que la ley ha de primar sobre el primitivo código de supervivencia de Lewis. Véase Dickey, *Deliverance* , *op. cit* ., pp. 68, 70, 137; junto con Anil Narine, «Global Trauma at Home: Technology, Modernity, "Deliverance"», *Journal of American Studies* , vol. 42, n.º 3, diciembre de 2008, pp. 449-470, y sobre todo la 466. Para saber más acerca del sabio-imbécil, véase Hal Aigner, «"Deliverance" by John Boorman», *Film Quarterly* , vol. 26, n.º 2, invierno de 1972-1973, pp. 39-41, y sobre todo esta última 41.

[828] Tom Wolfe dedica el siguiente comentario al descubrimiento de este individuo de tan «rara casta»: «Y ahí tienen a Detroit, incapaz de dar crédito a lo que ven sus ojos, a lo que acaba de descubrir: una raza de buenos chicos salidos de los más recónditos recovecos de los montes y llanuras de los Apalaches —hay un buen puñado de esta rara casta de chavales—; ellos han dado velocidad […] a Detroit […], y la industria tiene ahora ocasión de ofrecérsela a toda una generación como algo que […] le pertenece»: Tom Wolfe, «The Last American Hero Is Junior Johnson. Yes!»,

Esquire , marzo de 1965, pp. 68-74, 138, 142-148, 150-152, 154-155, y fundamentalmente la 71, la 74, la 147 y la 155.

[829] Véanse las páginas 299-300. (*N. del T.*)

[830] Véase Andrew Horton, «Hot Car Films & Cool Individualism or, "What We Have Here Is a Lack of Respect for the Law"», *Cinéaste* , vol. 8, n.º 4, verano de 1978, pp. 12-15, y sobre todo la 14; junto con James Poniewozik, «What Did The Dukes of Hazzard Really Say About the South?», *Time* , 2 de julio de 2015.

[831] Hay quizá un doble sentido tácito. Aunque la palabra *bandit* no figure con mayúscula en el original, recuérdese que el personaje de Reynolds en *Los caraduras* (de cuyos tópicos participa *El sheriff chiflado*) se llama justamente así: «Bandit». (*N. del T.*)

[832] Wolfe, «The Last American Hero», *op. cit* ., pp. 71, 74, 144.

[833] James Wooten, *Dasher: The Roots and Rising of Jimmy Carter* , Summit Books, Nueva York, 1978, pp. 280, 346-347, 354-356; e *idem* , «The Man Who Refused to Lose: James Earl Carter Jr.», *The New York Times* , 15 de julio de 1976.

[834] Para saber más sobre la cercanía ideológica que Carter afirmaba tener con el juez Hugo Black y el político Estes Kefauver, véase Anthony Lewis, «Jimmy Carter: Southern Populist», *Morning Record* , 4 de junio de 1976. Para más información acerca de la campaña de Carter cortada por el patrón de la «cabaña de troncos», véase Frank Jackman (del *New York Daily News*), «Profile: Who Is Jimmy Carter?», *Evening Independent* de Saint Petersburg, Florida, 15 de julio de 1976. Para las ventajas políticas que le reportó a Carter el hecho de asociar su nombre con el de los Allman Brothers, véase Wayne King, «Rock Goes Back to Where It All Began: Rock Goes South», *The New York Times* , 20 de junio de 1976. Para el anuncio radiofónico pensado para los conductores de camionetas, véase Eli Evans, «The Natural Superiority of Southern Politicians», *The New York Times* , 16 de enero de 1977. Para el hecho de que el propio Carter se definiera como «escoria blanca enderezada», véase Charles Mohr, «Reporter's Notebook: Enigmatic Side of Carter», *The New York Times* , 1 de julio de 1976. El comentario de Young iba dirigido a la comunidad negra, en la que muchos de los críticos de Carter daban en llamarle «mascamazorcas» y «paleto». Y de hecho, el mismo Carter se llamaba a sí mismo «gañán»: véase Paul Delaney, «Many Black Democratic Leaders Voice Doubt: Fear and Distrust About Carter», *The New York Times* , 6 de julio de 1976. Otros observadores políticos señalaban que Carter era el «renovado raigón» del nuevo sur, precisamente por no responder a la imagen del destripaterrones: véase James Wolcott, «Presidential Aesthetics: You've Seen the Movie ("Nashville"), Now Meet the Candidate — Jimmy Carter», *Village Voice* , 19 de enero de 1976.

[835] Véanse los detalles de este incidente, que causó sensación en la prensa, en las páginas 284-285. (*N. del T.*)

[836] Roy Blount hijo, *Crackers: This Whole Many Angled Thing of Jimmy, More Carters, Ominous Little Animals, Sad Singing Women, My Daddy and Me* , Knopf, Nueva York, 1980, pp. 210, 221. Norman Mailer escribió un artículo sobre el documental de campaña que se proyectó en la convención demócrata y en el que se exhibía una amplia gama de parodias sobre la célebre sonrisa de conejo de Carter (como la que Alfred E. Neuman colocó en la portada de la *Mad Magazine*): véase Norman Mailer, «The Search for Carter», *New York Times Magazine* , 26 de septiembre de1976, pp. 20-21, 69-73, 88-90, y especialmente la 69. La Associated Press llegaría incluso a publicar un reportaje de interés humano sobre el dentista de Carter, véase Fred Cormier, «That Famous Carter Grin Doesn't Need Toothpaste», *Ocala Star-Banner* , 7 de febrero de 1980.

[837] Para la tenacidad con la que Carter se aferraba a sus raíces, véase John Dillin, «Jimmy Carter: Forces in His Life», *Boca Raton News* , 1 de agosto de 1976, reimpreso en el *Christian Science*

Monitor ; así como Robert D. Hershey hijo, «Carter's Family Linked to Royalty by British Publication on Peerage», *The New York Times* , 12 de agosto de 1977. Para la fascinación que ejercían sus orígenes en el propio Carter, véase también Wooten, *Dasher* , *op. cit* ., p. 62. Para el hecho de que los «detalles» del legado que Carter habría recibido de la Virginia colonial fuesen tan superficiales e inverosímiles como los de Alex Haley, véase Douglas Brinkley, «A Time for Reckoning: Jimmy Carter and the Cult of Kinfolk», *Presidential Studies Quarterly* , vol. 29, n.º 4, diciembre de 1999, pp. 778-797, y sobre todo la 781. Y para la circunstancia de que las raíces georgianas de Carter constituyesen uno de los aspectos cruciales de la imagen que logró crear de sí mismo, véase F. N. Boney, «Georgia's First President: The Emergence of Jimmy Carter», *Georgia Historical Quarterly* , vol. 72, n.º 1, primavera de 1988, pp. 119-132, y sobre todo la 119 y la 123.

[838] La idea que subyace al mote es la de que hay que tener las «tripas de hierro» para semejantes ingestas (y esa suerte de «arrojo» insensato que se asocia con todo lo visceral). (*N. del T.*)

[839] Véase Phil Gailey, «Meet Billy Carter», *Evening Independent* de Saint Petersburg, Florida, 15 de julio de 1976; junto con Huber, «A Short History of Redneck», *art. cit* ., p. 158. Para la venta de furgones vivienda, véase «Billy Carter», *Times-News* de Henderson, Carolina del Norte, 23 de septiembre de 1981; véase también Stanley W. Cloud, «A Wry Clown: Billy Carter, 1937-1988», *Time* , 10 de octubre de 1988, p. 44.

[840] Blount, *Crackers* , *op. cit* ., pp. 93, 131-132.

[841] Para más información sobre Shrum, véase Mary McGrory, «Ex-Carter Speech Writer Says Jimmy Lies», *Boca Raton News* , 9 de mayo de 1976. Para la enmienda sobre las mujeres pobres, véase David S. Broder, «Life Isn't Fair», *Telegraph* , 25 de julio de 1977. Carter caerá en esa misma dicotomía al abordar la cuestión del bienestar, ya que, si por un lado lanzaba llamamientos destinados a ampliar los servicios sanitarios de las mujeres pobres de las zonas rurales, por otro resaltaba que el gobierno no puede «resolver todos nuestros problemas». Como venía a señalar un reportero de *The New York Times* , el conservadurismo sureño de Carter formaba parte de una tradición que «acepta con mayor facilidad que los liberales del norte una cierta dosis de fatalismo, tanto en materia de desigualdad social como en el terreno de las jerarquías naturales»: véase Hendrick Smith, «Carter's Political Dichotomy: Beliefs Rooted in Southern Democratic Traditions Seem to Counteract His Compassion for the Poor», *The New York Times* , 16 de julio de 1977; junto con Andrew R. Flint y Joy Porter, «Jimmy Carter: The Re-Emergence of Faith-Based Politics and the Abortion Rights Issue», *Presidential Studies Quarterly* , vol. 35, n.º 1, marzo de 2005, pp. 28-51, y muy especialmente la 39.

[842] Alusión al conocido protagonista de los cuentos infantiles de Beatrix Potter. (*N. del T.*)

[843] Para una selección de los chismes relacionados con el asunto del conejo salvaje, véanse los artículos de los redactores de la empresa de redifusión periodística *Chicago Tribune* -*New York News* , Jack W. Germond y Jules Witcover titulados «Laughing with the President — Or at Him», *Saint Petersburg Times* , 1 de septiembre de 1979; «Banzai Bunny "Just a Quiet Georgia Rabbit"», *Montreal Gazette* , 31 de agosto de 1979; «Carter and Peter Rabbit», *Lewiston Evening Journal* , 31 de agosto de 1979; junto con los de Louis Cook, «About the Rabbit…», *Bangor Daily News* , 31 de agosto de 1979; Valerie Schulthies, «Monster Rabbits Strike Terror in Many a Heart», *Deseret News* , 1 de septiembre de 1979; y Ralph de Toledano, «The Great Rabbit Caper», *Lodi News-Sentinel,* de California, 20 de septiembre de 1979. Para la forma en la que el propio Carter refería el episodio, véase «Questions Get Tough When Carter Meets the Press», *Palm Beach Post* , 31 de agosto de 1979; «A Tale of Carter and the "Killer Rabbit"; President Orders Photograph», «Carter Describes Foe: "Quiet Georgia Rabbit"», y «Rabbit Photo Kept Secret», *The New York Times* , 29 y 31 de agosto, y 5 de septiembre de 1979. Para la «fotografía más nítida» del chusco duelo con el roedor,

véase «The Famed Rabbit Attack», *Gainesville Sun* de Florida, 23 de junio de 1981. Tom Paxton compuso una canción de letra satírica titulada «I Don't Want a Bunny Wunny», en la que jugaba a parodiar el tema de los duelos o las batallas de pacotilla; decía así: «El presidente Carter ha alcanzado la victoria; / zagual en ristre, del salpicón huyó Conejo. / Jimmy es un héroe, se dijo el impío en su fuero interno, / empleando las frases de un John Paul Jones».

[844] La autora se refiere a la comedia dirigida en 1950 por Henry Koster y basada en una novela de Mary Chase. El protagonista, Elwood P. Dowd (James Stewart), es un hombre afable, siempre dispuesto a ayudar a todo el mundo. Sin embargo, cree ir permanente acompañado por un conejo gigante que actúa un poco al modo de un Pepito Grillo. Su familia acaba preocupándose y le lleva a un psiquiatra. (*N. del T.*)

[845] Para la visita de Reagan a Irlanda, véase Jacobson, *Roots Too* , *op. cit* ., pp. 16-17. En un discurso pronunciado en la inauguración de la Biblioteca Carter, Reagan aseguró que la biografía personal de Carter era un reflejo de la «historia del sur», algo diametralmente opuesto a lo que Reagan defendía. Para el hecho de que Reagan no comprendiese al sur, véase Frederick Allen, «Jimmy Carter, a Son of the South Who Bore the Region's Burdens», *Star-News,* de Wilmington, Carolina del Norte, 5 de octubre de 1986. Para las dotes interpretativas de Reagan y el rumor sobre Nancy Reagan y la «pocilga», véase Bob Schieffer y Gary Paul Gates, *The Acting President* , E. P. Dutton, Nueva York, 1989, pp. 170, 181, 375. Kitty Kelley señala en un escrito que Nancy Reagan quería propiciar «"la recuperación de la dignidad"», como si «los Carter hubieran sido una panda de tarugos en pantalones vaqueros que hubieran ido arreando ganado por los pasillos» de la Casa Blanca: véase Kitty Kelley, *Nancy Reagan: The Unauthorized Biography* , Simon & Schuster, Nueva York, 1991, pp. 296-297. Para los «reflejos mediáticos» de Reagan, véase Lance Morrow, «The Decline of Oratory», *Time* , 18 de agosto de 1980, pp. 76, 78, y sobre todo la 76.

[846] «*Professional povertarians* », en el original. La voz «*povertarians* », a diferencia de otras calcadas de términos como «*libertarians* », «*proletarians* » o «*equalitarians* », no admite traducción directa al castellano, y por esa razón he utilizado el barbarismo *ad hoc* de «povertarios», que al menos tiene la virtud de no resultar oscuro. (*N. del T.*)

[847] Patrick Buchanan, «Reagan Offers Hope to Blacks», *Chicago Tribune* , 2 de septiembre de 1980.

[848] Blount, *Crackers* , *op. cit* ., p. 5. Para más información sobre la presencia de Bakker en la Casa Blanca, véase Dudley Clendinen, «Spurred by White House Parley, TV Evangelists Spread Word», *The New York Times* , 10 de septiembre de 1984. Para el remoquete de «Club Pasa-la-Pasta», véase Sandy Grady, «Camera Double-Crossed Bakker», *Spokane Chronicle* , 22 de septiembre de 1989. Para la sentencia de cuarenta y cinco años de prisión, véase June Preston, «Bakker Given 45 Years, $500,000 Fine for Fraud», *Schenectady Gazette* , 25 de octubre de 1989. En 1987, la cadena de televisión PTL contaba con 165 emisoras locales y cubría el 85 por ciento del mercado audiovisual estadounidense: véase Charles E. Shepard, *Forgiven: The Rise and Fall of Jim Bakker and the PTL Ministry* , Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1989, p. 239.

[849] Para la calificación de «desertor de los estudios bíblicos», véase Preston, «Bakker Given 45 Years», *art. cit* . Para el estrafalario modo de vida de los Bakker, véase Elizabeth LeLand, «Jim and Tammy Bakker Lived Life of Luxuriant Excess», *Ocala Star-Banner* , 24 de mayo de 1987; y Richard N. Ostling, «Of God and Greed: Bakker and Falwell Trade Charges in Televangelism's Unholy Row», *Time* , 8 de junio de 1987, pp. 70-72, 74, y en particular la 72. Para el contraste entre su vida en un remolque y los excesos posteriores, véase Shepard, *Forgiven* , *op. cit* ., pp. 35, 110, 133, 180, 201, 249, 264 y 551.

[850] Para el hecho de que Jim Bakker se valiera de sus orígenes humildes para establecer el tono de su mensaje religioso, véase Richard N. Ostling, «TV's Unholy Row: A Sex-and-Money Scandal Tarnishes Electronic Evangelicalism», *Time* , 6 de abril de 1987, pp. 60-64, 67, y sobre todo la 62. Para la teología de la prosperidad, véase la entrada «Jim Bakker», en Randall Herbert Balmer, *Encyclopedia of Evangelicalism* , Baylor University Press, Waco, Texas, 2004, pp. 50-52; y Axel R. Schafer, *Countercultural Conservatives: American Evangelicalism from the Postwar Revival to the New Christian Right* , University of Wisconsin Press, Madison, 2011, p. 125. Para el carácter «empalagoso» del programa de Jim y Tammy, véase Brian Siang, «Jim & Tammy Faye's Fall from Grace Is Perfectly Clear», *Philadelphia Inquirer* , 8 de abril de 1987.

[851] Telecomedia estadounidense, emitida por la CBS entre 1963 y 1970, en la que se narran las aventuras y desventuras de una familia que regenta un hotel rural. (*N. del T.*)

[852] Para más información sobre la drogadicción de Tammy, véase «Tammy Bakker Treated», *Times-Picayune* de Nueva Orleans, 1986; junto con Ostling, «Of God and Greed», *art. cit* ., p. 72. Para esos escándalos sexuales y las revelaciones de Hahn, véase el reportaje de la Associated Press titulado «Playboy Interview with Jessica Hahn», *Herald Journal* de Spartanburg, Carolina del Sur, 22 de septiembre de 1987; junto con Horace Davis, «Hahn's Story — In Hahn's Words», *Lakeland Ledger* de Florida, 9 de octubre de 1987; «Fletcher Says Bakker Bisexual», *Gadsden Times* de Alabama, 5 de diciembre de 1988; «As He Faces Likely Indictment, New Sex Accusation: Bakker Says Christianity in Disarray», *Ellensburg Daily Record* de Washington, 5 de diciembre de 1988; «Bakker Defrocked by Assemblies of God», *Lodi News-Sentinel* de California, 7 de mayo de 1987; Montgomery Brower, «Unholy Roller Coaster», *People* , 18 de septiembre de 1989, pp. 98-99, 102-104, 106, y sobre todo la 104; Mary Zeiss Stange, «Jessica Hahn's Strange Odyssey from PTL to Playboy», *Journal of Feminist Studies in Religion* , vol. 6, n.º 1, primavera de 1990, pp. 105-116, y especialmente la 106; «The Jessica Hahn Story: Part 1», *Playboy* , noviembre de 1987, pp. 178-180; «The Jessica Hahn Story: Part 2», *Playboy* , diciembre de 1987, p. 198; «Jessica: A New Life», *Playboy* , septiembre de 1988, pp. 158-162.

[853] *Reality show* estadounidense que exhibía los desvelos de la familia de una chiquilla que participaba en un concurso de belleza infantil. (*N. del T.*)

[854] Para las peticiones de dinero del día primero de mes, véase Montgomery, «Unholy Roller Coaster», *art. cit* ., p. 106; así como Nicholas Von Hoffman, «White Trash Moves Front and Center», *Bangor Daily News* , 8 de abril de 1987. El editorial de Hoffman se publicó junto a una viñeta en la que aparecía el demonio en amena charla con sus lacayos mientras sostenía en las manos un periódico en cuya cabecera podía leerse «T. V. Evangelicals». El diablo decía: «Entonces quedamos así. No lanzaremos la OPA hostil. La empresa en cuestión es demasiado sórdida para que la tomemos en consideración». Para saber más sobre las características de los espectadores habituales de los programas del evangelismo televisivo, véase Barry R. Litman y Elizabeth Bain, «The Viewership of Religious Television Programming: A Multidisciplinary Analysis of Televangelism», *Review of Religion* , vol. 30, n.º 4, junio de 1989, pp. 329-343, y fundamentalmente la 338. Para el hecho de que el presidente Reagan cultivara el favor y la imagen de los teleevangelistas, véase Jeffrey K. Hadden, «The Rise and Fall of American Televangelism», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* , n.º 527, mayo de 1993, pp. 113-130, y en especial la 126.

[855] «Tammy Faye Bakker», en R. Marie Griffith, «The Charismatic Movement», en *Encyclopedia of Women and Religion in North America* , Rosemary Skinner Keller y Rosemary Radford Reuther (comps.), University of Indiana Press, Bloomington, 2006, p. 463; Shepard, *Forgiven* , *op. cit* ., pp. 6-7, 30-31, 152-153; y William E. Schmidt, «For Jim and Tammy Bakker, Excess Wiped Out a Rapid Climb to Success», *The New York Times* , 16 de mayo de 1987.

[856] Parton le dijo a Roy Blount que lo que la movía a presentarse con tan exorbitante aspecto era el hecho de haber carecido de todo en la infancia. Al hacer fortuna, esto la llevó a decirse: «Me voy a poner de todo encima, para que se note»: véase Roy Blount hijo, «Country's Angels», *Esquire* , marzo de 1977, pp. 62-66, 124-126, 131-132, y sobre todo la 126; junto con Pamela Wilson, «Mountains of Contradictions: Gender, Class, and Region in the Star Image of Dolly Parton», *South Atlantic Quarterly* , vol. 94, n.º 1, invierno de 1995, pp. 109-134, y especialmente la 110, la 112 y la 125; Pamela Fox, «Recycled "Trash": Gender and Authenticity in Country Music Autobiography», *American Quarterly* , vol. 50, n.º 2, junio de 1998, pp. 234-266, y muy en particular la 258 y la 259; Dolly Parton, *My Life and Other Unfinished Business* , HarperCollins, Nueva York, 1994, p. 59.

[857] Griffith, «Tammy Faye Bakker», *art. cit* ., p. 463. Para más información sobre el hecho de que las muñecas de Tammy Faye Bakker se vendieran nada menos que a 675 dólares la unidad en la tienda de regalos del parque temático cristiano de Heritage USA, y por 500 en la propia empresa que las producía, véase «Tammy Faye Dolls Selling for $500», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 19 de mayo de 1987.

[858] Roger Ebert, «Tammy Faye's Story Captured in Documentary», 24 de enero de 2000, RogerEbert.com; Renee V. Lucas, «The Tammy Look: It's Makeup by the Numbers», Philly.com, 8 de abril de 1987.

12

Los paletos salen del armario

De paseo por los barrios de chabolas:
Slick Willie y Sarah Palin

«En Estados Unidos sigue bien vivo un peligroso abismo entre clases. Que nadie te confunda diciéndote que no es así».

CAROLYN CHUTE

The Beans of Egypt, Maine , edición revisada, 1995

El escándalo de los predicadores Bakker no detuvo la generalizada estampida que empujaba a los estadounidenses a sentirse fascinados por los modos y maneras de la escoria blanca y por la elegancia palurda que tan altos vuelos alcanzó en los años ochenta y noventa. En un artículo de *Vogue* , la autora Margo Jefferson dará a esa nueva fiebre el calificativo de *slumming* . [859] John Hillerman, el actor norteamericano que interpretaba al estirado y correctísimo mayordomo inglés Jonathan Quayle Higgins III en la serie *Magnum* , realizará en este sentido una confesión más que sorprendente. Hillerman aseguraba que, al recibir las cartas de sus admiradores ingleses, donde mucha gente le creía de nacionalidad británica, él tenía que contestarles: «Detesto decepcionarle, pero soy un palurdo de Texas». [860]

Cada vez eran más numerosas las voces de quienes trataban de blanquear la imagen del patán e intentaban que la palabra «cateto» se transformase en un término afectuoso. El escritor y humorista Lewis Grizzard, que se había hecho un nombre como periodista garrulo, se mostraba convencido de que ya era hora de dejar de mofarse de los pueblerinos. En 1993 se deshizo en elogios al ponderar las virtudes de la ordenanza contra la discriminación de Cincinnati, cuyas cláusulas convertían a los rústicos en una clase protegida. También abrigaba la esperanza de que en Atlanta se promulgaran leyes similares de amparo a los gañanes pobres como paso previo a la celebración de los Juegos Olímpicos de 1996. En la Florida de 1991, un hombre fue llevado ante el juez en aplicación del estatuto sobre delitos de odio por

haber insultado a un policía llamándole mascamazorcas. En opinión de Grizzard, la idea de «rústico» implicaba la de «labriego», de modo que denotaba a todo aquel cuyo padre hubiera tenido que trabajar al aire libre, adquiriendo así un bronceado desigual en la época en que no había protectores solares (*redneck*). Por supuesto se equivocaba, como se ha podido mostrar con la dilatada cronología aquí expuesta. [861]

Pero aún persistía una cierta ambigüedad. Las nociones de paleto, mascamazorcas y rústico empezaron a adquirir al mismo tiempo categoría de identidad étnica, epíteto racial y timbre de honor del obrero. Un periodista de Carolina del Norte logrará resumir con claridad toda esta confusión identitaria: «Si se tiene usted por un paleto, también estará usted convencido de ser una persona trabajadora, aficionada a divertirse y de carácter independiente. Si no se reconoce usted en el perfil del palurdo, pensará en cambio que quienes sí responden a él son ruidosos, repulsivos, intolerantes y superficiales».

Junto a este artículo aparecía un cuestionario informal en el que se hacían preguntas sobre las carreras de la NASCAR, sobre cuestiones gastronómicas y sobre el programa de humor *Hee Haw* , como si el simple cálculo de las respuestas «acertadas» pudiera distinguir a los «gañanes auténticos de los simples simuladores». [862]

Desde luego, la casta seguía siendo un asunto de la más alta importancia en toda consideración de identidad. En 1994, un airado reportero insistía en señalar que el político georgiano Newton Leroy Gingrich no era ningún destripaterrones, ya que había nacido en Pensilvania, carecía de acento sureño y había sido profesor en la universidad, por no mencionar el hecho de que los votantes que le habían llevado en volandas hasta el Congreso eran los urbanitas de los barrios residenciales de Atlanta, muchos de ellos yanquis. Si el periodista en cuestión había juzgado necesario aportar su valoración pericial sobre el particular había sido porque Gingrich presentaba «semejanzas próximas a mucha gente de esa casta». Además, el periodista amonestaba a cuantos defendían lo contrario asegurándoles que «Gingrich no aguantaría ni media hora en una habitación en la que hubiera patanes de verdad». O llevabas la condición de gañán en la sangre o no había nada que hacer. Medidos por ese rasero, no serían palurdos ni Gingrich ni David Duke, el antiguo miembro del Ku Klux Klan que se presentó al cargo de gobernador de Luisiana en 1991. Duke quedaría descalificado para tal título debido a que le encantaba el muy antiamericano

saludo nazi. Además, el solo hecho de que se sometiera a una intervención de cirugía plástica para parecer más atractivo le descalificaba para el papel. «A ningún buen chico del sur se le pasaría por la cabeza semejante cosa. Es algo poco masculino, contrario al espíritu sureño». Esa era al menos la opinión de Jeffrey Hart, un intelectual conservador del Dartmouth College y antiguo redactor de los discursos de los presidentes Nixon y Reagan. [863]

La condición de pueblerino había dejado de ser un coto exclusivamente reservado a los cantantes *country* . Había pasado a formar parte de la lengua franca de la cultura anglosajona contemporánea, transformada en un medio de valorar la calidad de los hombres dedicados a la vida pública y en una extraña mutación de los indicadores de género y de identidad de clase. Aunque tampoco puede decirse que las mujeres permanecieran calladas en este debate. Dos destacadas escritoras estadounidenses iban a recibir grandes aplausos al internarse en el moderno género de la ficción basada en tramas argumentales vinculadas con la escoria blanca. Siguiendo los pasos de la tradición literaria que cultivaron William Faulkner y James Agee, Dorothy Allison y Carolyn Chute ofrecieron a sus lectores sendas crónicas despiadadas de la pobreza rural. En su novela *Bastarda* , de 1992, Allison reconstruía con notable imaginación las condiciones de vida que ella misma había tenido ocasión de conocer en su infancia, mientras que Chute, una autora de Portland de familia obrera y formación universitaria, relataba las vicisitudes de un grupo de caravaneros del Maine rural en su primera y rompedora novela titulada *The Beans of Egypt, Maine* , publicada originalmente en 1985. Lo que distingue a estas dos prosistas es el hecho de que escriban acerca de situaciones presentes *en el seno* de su propia clase social: no se trata de observadoras externas. De algún modo estaban saliendo ambas del armario, así que sabían perfectamente cómo relatar las experiencias de las mujeres pobres. La clase y la sexualidad son sus temas preferidos, y desde luego ninguna de las dos ha optado por convertir a sus protagonistas en buenas chicas sureñas. Lo que sí muestran, en cambio, es que a las mujeres les resulta imposible sentirse orgullosas de la etiqueta de «escoria blanca» o de «pueblerina». [864]

De las dos, Allison es la que tiene mejor mano literaria. Dicho esto, hay que decir que es posible que Chute haya recurrido a la prosa libre de manera intencionada. Esta escritora capta los acontecimientos tal y como son, en su simple devenir, y apenas ofrece vislumbres de lo que pueda ocurrir en el fuero interno de sus personajes, todos ellos pertenecientes a la

escoria blanca. La familia Bean forma una vasta y dispersa tribu varada en los bajos fondos de Egypt, una ficticia ciudad de Maine. Los personajes son de lo más variopinto. Por un lado están Beal y su madre, Merry Merry Bean. Esta última está loca, así que la tienen encerrada en una casa encaramada a un árbol. Reuben es un borracho de comportamiento violento que acaba dando con sus huesos en prisión. La tía Roberta se pasa la vida descorchando hijos como si ella misma fuera una de las conejas que acostumbra a despellejar para comer. Madeline, la novia de Reuben, soporta las palizas que él le da. El único talento de los protagonistas se limita al uso de las armas de fuego y a la procreación. Beal se acuesta con Roberta, y es posible que algunos de los hijos que ella ha tenido sean suyos. No obstante, está claro que Roberta no va a ganar nunca un premio a la maternidad, ya que permite que sus churumbeles vaguen a su antojo, escupan, vayan dando bufidos por todas partes o se traguen las monedas sueltas que se encuentran a su paso como si fueran caramelos. Beal viola (o quizá no) a su vecina, Earlene Pomereau, con la que termina casándose, aunque sigue encamado con su tía. Madeline se pavonea con unos tops flojísimos que revelan sus senos caídos. [865]

Desde el punto de vista social, Earlene está un peldaño por encima de los Bean, que le repugnan y atraen al mismo tiempo. Suele decir que la primera relación sexual que tuvo con Beal fue como si la hubiera vapuleado un oso. Le horrorizan los enormes pies de su marido. Cuando finaliza el coito, Earlene se «imagina los millones de bebés que podrían salir al padre: pequeños Bean de ojos rasgados, dientes amarillos y aficionados a atracarse de carne roja…». Beal se hiere en un ojo en el trabajo, pierde el empleo y sufre grandes dolores y una larga serie de secuelas físicas, pero a pesar de su situación prohíbe a Earlene que solicite bonos de comida. Se niega a ir a un hospital, hasta que finalmente tienen que llevárselo los servicios de asistencia social. «No valgo una mierda», confiesa, ceñudo y vencido. Muere en un tiroteo con la policía tras haber asaltado la casa de unos ciudadanos pudientes. Earlene le ve doblarse, fatalmente herido, con el arma todavía en la mano. [866]

Los Bean son morralla humana. Sus mujeres son meras matrices reproductoras. Suelen comentar que todos los Bean llevan la misma sangre, y desde luego guardan un notable parecido. El padre de Earlene maldice a los Bean, a los que considera bárbaras alimañas: «Los Bean le pegan un tiro a todo lo que corra. Y lo que abaten, sea lo que sea, lo devoran». El padre

de Earlene se juzga superior a esas «gentes, que son lo más vulgar de la tierra», puesto que viven en un remolque destartalado, mientras que él se está construyendo una vivienda propia. En cuanto a las mujeres, la que más le desquicia es Roberta; opina que debería haber una ley que obligara a las mujeres a «cortar por lo sano», es decir, a «ligarse las trompas», después de un noveno hijo ajeno al matrimonio. Y cuando la policía se lleva a Reuben, el padre de Earlene grita esperanzado: «¡Barran a toda esa chusma, atada de pies y manos!». Lo que está pidiendo es que hagan una redada para dar caza a los chiquillos y aniquilarlos antes de que se conviertan en «verdaderos Beans hechos y derechos». [867]

En *The Beans of Egypt, Maine* , la lucha de clases se desarrolla en su nivel más bajo. La clase media se halla prácticamente ausente en el libro. Todo lo que distingue a los Pomerleau [868] de los Bean es la disciplina religiosa de la abuela y el hecho de que el padre de Earlene tenga formación de artesano. Sin embargo, las diferencias de clase se hacen ásperamente patentes al insistir este último en patrullar la calle que separa su parcela de la de los Bean. Acaba ordenándole a Earlene: «No se te ocurra cruzar al otro lado del ceda el paso, donde están los Bean. ¡En la vida!». Sin embargo, ella no le hace caso, evidentemente. Y al rebasar esa línea divisoria, el padre pierde a la hija. [869]

En la acogida dispensada a Chute como escritora se ha mezclado muy a menudo el tipo de vida que lleva. No sin cierta condescendencia se la ha elogiado por su «aparente ignorancia de la tradición literaria», algo que le ha permitido preservar como por arte de magia su «vigorosa originalidad». Pese a que se la compare con Faulkner, Chute no había leído ninguna de sus novelas, y solo tras señalar los críticos la semejanza de sus *Beans of Egypt* con la obra de ese autor de Misisipi se sentiría impulsada a hacerlo. Un reseñista de *Newsweek* asegurará que sus personajes son «perfectos candidatos a la esterilización forzosa», puesto que solo saben «abandonar en el suelo a su tropa de chiquillos malvados de dudosa paternidad». En sus entrevistas, Chute habla de su pasado, marcado por la pobreza, e insiste en que conserva un vínculo personal con «su gente». Así lo explica ella misma: «El material con el que escribes está hecho de lo que has vivido». [870]

Su marido, Michael, un obrero analfabeto, actuó como cauce para reconectarla con «su gente». Los relatos de individuos perdidos en los más remotos rincones rurales influyeron en los escritos de Chute. Ella misma ha

trabajado en una granja dedicada al cultivo de patatas y ha sido sexadora de pollos y operaria de una fábrica de calzado. Creció en una vecindad proletaria de un barrio de Portland y dejó los estudios al llegar al instituto, aunque más tarde asistió a clase en la Universidad del Maine Meridional. Su padre era de Carolina del Norte, de modo que también tiene raíces sureñas. Todo esto ha contribuido a dar a sus libros una base profundamente política. No está de acuerdo con la idea de que todo el mundo puede huir del ciclo de la pobreza: no si eso significa dejar atrás el «terruño», desentenderse de la «familia» y renunciar a sus «raíces». El carácter tribal de los blancos pobres es lo que constituye su fuerza. El único elemento que les permite un mínimo equilibrio es el sentido de pertenencia a un lugar y la propiedad de un pedazo de tierra. [871]

En los últimos quince años, Chute ha agudizado las aristas de su disección social. En 1985 no se consideraba una palurda, pero en 2000 sí. Vive al margen del sistema, en una casa sin agua corriente, no tuvo ordenador hasta el año 2002, lleva un pañuelo en la cabeza y calza gruesas botas de monte. Actualmente, la etiqueta de «pueblerina» se ha convertido para ella en un símbolo populista de la clase obrera. Es la organizadora de un grupo de milicianos de Maine, apoya el derecho a llevar armas de fuego y ha pasado a ser una crítica declarada del poder empresarial. En la coletilla añadida en 1995 a la edición revisada de sus *Beans of Egypt* , Chute sostiene que *«* en Estados Unidos sigue bien vivo un peligroso abismo entre clases*»* . Los Bean han dejado de ser personas de la más ordinaria estofa dispuestas a sobrevivir a su manera: ahora son emblemas de la lucha de clases que se avecina y síntoma vivo del «desmoronamiento» del sueño americano. [872]

Dorothy Allison muestra el mismo interés que Chute en las clases sociales. En su obra cuenta la historia de las difíciles relaciones entre hombres y mujeres, que en ocasiones se vuelven violentas. Sus personajes femeninos tienen menos propensión a ser víctimas de unas circunstancias que las arrastran sin remedio, como sucede en el caso de las mujeres de la familia Bean que describe Chute. Las que Allison presenta tienen mayores recursos materiales y los miembros de sus familias también les brindan más apoyo. No obstante, al trazar los rasgos de los hombres, ambas escritoras pintan el perfil de unos varones blancos emocionalmente atrofiados y resaltan que las tareas cotidianas vienen a gravitar fundamentalmente sobre los hombros de sus esposas. [873]

En la novela de Allison que lleva por título *Bastarda* , la joven Anne Boatwright, alias «Bone», se ve abocada a soportar graves abusos físicos y sexuales a manos del segundo marido de su madre, Glen Waddell, al que todos llaman «Papi». Como ya les ocurriera a los Bean de Egypt, la gente de la pequeña población de Greenville, en Carolina del Sur, desprecia a los Boatwright. El enconado odio que Papi Glen siente por Bone arraiga en los sentimientos de humillación que anidan en lo más profundo de su alma. Glen procede de una familia de clase media, pero es el único de sus parientes que nunca ha conseguido nada en la vida. Es un trabajador manual y suspira por tener una casa como las de sus hermanos, uno de los cuales es dentista y el otro, abogado. «Nada me sale bien», se lamenta. «Si meto la mano en el tarro de miel, lo que saco es mierda». También siente envidia de Earle Boatwright, que tiene mucho éxito con las mujeres. A diferencia de los Bean, sin embargo, los varones Boatwright tienden a ser cariñosos y a proteger a las mujeres y los niños de su amplia parentela. [874]

A Allison le fascina la delgadez de la línea que separa a la familia del padrastro de la de la madre. Puede que tengan más dinero, pero son superficiales y crueles. Los primos de Bone andan diciendo por lo bajini que el coche que manejan es como los que usa la «escoria negra». Como los Pomerleau de Chute, también los Boatwright se creen obligados a mirar por encima del hombro a sus inferiores sociales. La vergüenza forma los cimientos del edificio del sistema de clases y preserva su estructura. [875]

Al final de la novela, Bone se libra de Glen, pero a costa de salir mal parada, puesto que su madre, que está psíquicamente trastornada, decide abandonar a la familia y largarse a California con él. Al fugarse de ese modo, la madre de Bone está reproduciendo en realidad la estrategia típica de los mascamazorcas del siglo anterior, que huían para empezar de cero en algún otro sitio. Al reflexionar sobre la vida de su madre (embarazada a los quince años, casada y viuda a los diecisiete y de nuevo casada a los veintiuno, esta vez con Glen), Bone se pregunta si ella misma tendrá el sentido común necesario para tomar decisiones más sensatas. Bone no condena a su madre, sobre todo porque no está segura de ser capaz de eludir ella misma algunos de sus errores. [876]

La lección que cabe extraer de este relato es que las decisiones que tomamos los seres humanos llevan siempre aparejada una fuerte carga de clase y de género. El texto de Allison viene a recordarnos que hay mucha gente —sobre todo mujeres— que sigue atrapada en la pobreza en que

vinieron al mundo. Quienes logran convertirse en personas de éxito capaces de comprender a los pobres sin censurarlos —como la propia autora Allison — son la excepción. El sueño americano es de doble filo, ya que aquellos que consiguen labrarse un futuro encuentran muy difícil no reprobar a cuantos se empantanan por el camino. Tal y como sucede con el personaje de Scout [877] en *Matar a un ruiseñor* , la clara conciencia de la naturaleza rutinaria de la injusticia adquiere más fuerza cuando nos la presentan a través de los ojos de un niño.

En 1993, cuando los cánones literarios habían adquirido ya una nueva dimensión a raíz del surgimiento de esa generación de escritores de talento salidos de las filas de la escoria blanca, los estadounidenses volvieron a llevar a la Casa Blanca a otro ciudadano del sur. Con Bill Clinton, el foco político y mediático del país volvería a centrarse en la incómoda relación entre la identidad de clase y la democracia norteamericana. Clinton, un muchachito de modestos orígenes de la localidad de Hope, en Arkansas, había obtenido una beca Rhodes, se había licenciado en la Facultad de Derecho de Yale y había ocupado el cargo de gobernador de su estado natal. En resumen, la personificación misma del sueño americano. William Jefferson Clinton era un perfecto ejemplo de que, proporcionándoles los medios, hay jóvenes que pueden extraerse del montón de los desechos e incorporarse en último término a lo más granado del talento nacional, como ya expresara en 1779 otro Jefferson, Thomas, el hombre de la mansión de Monticello. El 4 de julio de su primer año en la presidencia, Clinton pronunció un discurso en el que describió los pormenores del encuentro que le había permitido estrechar la mano del presidente Kennedy en el rosal de la Casa Blanca treinta años antes. Él era entonces un «chico de un pueblecito de Arkansas, sin dinero ni contactos políticos» y se había quedado pasmado ante la figura del estadista. [878]

En la intrépida biografía de Clinton, las circunstancias de Charles Dickens parecen mezclarse con las de Dorothy Allison. En los años cincuenta, su infancia no discurrió en el seno de una familia nuclear de clase media provista de medios económicos consolidados. Todo lo contrario, su padre había fallecido tres meses antes de su nacimiento y su madre le dejó al cuidado de sus abuelos y sus bisabuelos para poder cursar estudios de Enfermería. «La fortaleza de nuestra familia no puede medirse por el grosor de nuestros monederos», declaró con legítimo orgullo el Día de la Independencia de 1993. Sin embargo, como habría de averiguar la opinión

pública a través de Virginia, su madre, la infancia de Bill había tenido también un lado oscuro. En la película que se exhibió en la convención nacional demócrata de 1992, en la que se narra la vida del futuro presidente, salen a la luz las fracturadas raíces de Clinton. Aunque más adelante adoptaría el apellido de su padrastro, lo cierto es que a los catorce años había tenido que hacerle frente. Roger Clinton se dedicaba a la venta de coches y tenía el vicio del juego. También bebía demasiado, y acabó mostrándose violento. Un día, muy tranquilo, Bill le dijo: «Nunca más vuelvas a ponerle la mano encima a mi madre». Sin embargo, Bill no carecía de empatía, así que, al enjuiciar el problema de su padre, explica: «No se ocupaba suficientemente de sí mismo»; una valoración que le acerca a la mirada compasiva con la que tanto Chute como Allison contemplan la situación de sus personajes masculinos. Roger Clinton había interiorizado el sentimiento de vergüenza asociado con la escoria blanca. [879]

En los mítines de la campaña electoral, Clinton adquirió la costumbre de citar a Thomas Jefferson. Más tarde elegiría la cima de la «montañita» [880] del tercer presidente estadounidense como punto de partida del trayecto ceremonial que debía conducirle a Washington para tomar posesión de su cargo. Poco antes, en la convención republicana, el expresidente Reagan había aprovechado la ocasión para poner en tela de juicio las pretensiones de aquel jovencito de Hope, y desde luego descartó la idea de que Clinton fuese el heredero de Kennedy o de Jefferson. Con una broma que ya se ha convertido en un clásico del género, Reagan alteró la célebre salida con la que el tejano Lloyd Bentsen había arremetido contra Dan Quayle, de Indiana, durante el debate por la vicepresidencia de 1988. Quayle se había comparado con el Kennedy inexperto y joven, olvidando que Bentsen había trabajado a sus órdenes. «¡Senador Quayle», había vociferado Bentsen, «entérese de una cosa: usted no es ningún Jack Kennedy!». Con fingida solemnidad, Reagan interpretó su propia versión del icónico desprecio de Bentsen, esta vez aplicado al entonces gobernador Clinton. «Yo conocí a Thomas Jefferson», aseguró. «Era amigo mío. Y, gobernador, dese por avisado: ¡no es usted ningún Thomas Jefferson!» [881]

¿Quién era entonces Bill Clinton? Desde luego había conseguido personificar determinados estereotipos: sus famosas cenas saturadas de colesterol, el relato de esposa maltratada de su madre o sus alusiones a los cochambrosos chamizos de las colinas de Arkansas. Y para echar más leña al fuego, difundió una fotografía durante la campaña en la que se le veía,

muy sonriente, con un mulo llamado George. [882] Más tarde, durante el desfile de la toma de posesión, la prensa resaltaría la presencia de otro mulo, en este caso llamado Bill, en la comitiva que recorrió la avenida de Pensilvania. [883]

De los cincuenta estados del país, Arkansas ocupaba en 1992 el puesto cuarenta y siete en renta per cápita. Además, la fama de región marcada por la «ignorancia palurda» gravitaba todavía sobre sus habitantes. Al invocar a Jefferson o a Kennedy en sus discursos, Clinton trataba de distanciarse de sus orígenes geográficos y difuminar la clase a la que había pertenecido. Su mentor había sido el senador de Arkansas James William Fulbright, un paladín liberal de las mejoras educativas y un estadista de verdadera envergadura. Sin embargo, Clinton seguía necesitando arroparse con la imagen de los ídolos nacionales para surcar con éxito las procelosas aguas de la campaña que debía llevarle a la Casa Blanca. En 2004, pese a ser ya un expresidente tan apreciado como productivo, Clinton continuaba esforzándose en equilibrar los enfrentados polos de su formación y sus ambiciones, como bien señalará la experta política de Texas Molly Ivins al escribir la reseña del grueso libro de memorias del presidente: «No le queda a una más remedio que tomar distancia y admirarse del amplio arco que ha descrito el sueño americano en la persona de este muchacho decididamente rústico». [884]

Bill Clinton no era ni pueblerino ni paleto, pero en la convención nacional demócrata reivindicó tener «un poquito de colega sureño» en el alma. De hecho, la revista *Bubba Magazine* [885] se publicaría en su honor, y en su primera portada aparecerá una fotografía de Clinton tocado con una gorra de béisbol y con una cerveza en la mano. En palabras del humorista David Grimes, del *Sarasota Herald-Tribune* , este gesto de identificación personal sitúa a Clinton en la larga tradición de los presidentes «colegas», de entre los que destacan Andrew Jackson, Lyndon B. Johnson (el mayor «colega» de todos) y Jimmy Carter (quien, sin embargo, se sentía «extremadamente culpable por ello»).

La elección de Clinton consiguió algo que los anteriores presidentes sureños no elitistas no habían podido lograr: convertir a los mascamazorcas y a los patanes en figuras que la cultura dominante norteamericana pudiera hacer suyas. El director de la *Bubba Magazine* , que trabajaba en Nueva York pero había nacido en Texas, señaló que el «colega» —valga decir el estadounidense «sencillo y auténtico»— era una persona patriótica,

religiosa y capaz de reírse con ganas de un chiste verde. Sin embargo, cuando lo que se terciaba era la expresión de una identidad, revelaba ser también un individuo «transversal a los diferentes grupos socioeconómicos». Por consiguiente, no solo no podía definirse al «colega» en términos regionales, también había que tener en cuenta que su perfil no se ajustaba a los estereotipos relacionados con la educación cultural que normalmente se asocian con la identidad étnica. Ser un «colega» significaba adoptar un yo relajado orientado al ocio: algo que uno puede ponerse y quitarse, como un pantalón de peto o una gorra de camionero. Si te quitas el traje y la corbata y te vistes a la moda del patán, puedes apuntarte al estilo chabolista. La unción (y la elección) del «colega» como nuevo hombre común y corriente era solo un intento más de rebajar las aristas de clase. O eso fue al menos lo que los innovadores de la jerga democrática intentaron instaurar mientras la era Clinton empezaba a tomar forma. [886]

Como es obvio, a Clinton también le adjudicaron otros apodos, y no tan campechanos, por cierto. Una de las expresiones despectivas que habrían de seguirle tercamente durante toda su carrera, desde los tiempos de Arkansas hasta el despacho oval, fue la de «Willie el escurridizo». Clinton negó siempre las acusaciones que gravitaron sobre su persona, y ofreció invariablemente explicaciones que parecían sinceras (ya se tratara de si había fumado marihuana —tragándose el humo o no—, de si había intentado eludir la llamada a filas o de si había tenido un lío de faldas), pero nunca consiguió evitar que se tuviese la impresión de que no estaba hablando claro. Se le pintaba con los tonos propios de un mañoso embaucador, hábil con las palabras, y se le llegó a tildar incluso de timador: el mote de «Willie el escurridizo» (*Slick Willie*) tiene un claro eco sureño y rural. El telón de fondo del ascenso social de Clinton es el de una novela barata del sur. Así lo delataría por ejemplo Paul Greenberg en un escrito aireado en el *Arkansas Democrat* : el hecho mismo de que Clinton revelara dominar el sutil arte de las evasivas verbales llevaba a pensar que se trataba de alguien experto en zambullirse en todos los burladeros que encontrara a su paso. Fue precisamente Greenberg quien acuñó en 1980 esa ignominiosa alusión a la resbaladiza naturaleza del muchacho de Hope. Otro columnista vería un rasgo profundamente sureño en el apodo, ya que apuntaba a los reflejos habituales del político liberal: en el sur, la honestidad podía hacer descarrilar una carrera prometedora. [887]

Era inevitable que se definiera a Clinton en función de sus orígenes. Pese a su indudable labia, nunca logró pulir su imagen tanto como Reagan —ya que hablamos de tipos escurridizos—, a quien no en vano llamaban el «presidente de teflón». Durante su primer año en la Casa Blanca, en una época en la que Clinton parecía andar momentáneamente a tientas, un editorialista argumentaría que «Willie el escurridizo» se estaba pareciendo cada vez más a Barney Fife, el compinche del *sheriff* que protagonizaba *El Show de Andy Griffith* . La imagen lo era todo, y la veda para la caza del político siempre ha estado abierta, por superficial, fugaz u ofensiva que resulte la validez de la etiqueta que se le endose en los artículos de fondo o en las tiras cómicas. En la década de 1990, lo fundamental en ese juego pasaba por encontrar una proyección pública que permitiera presentar a Bill Clinton a una luz más favorable y le sacudiera el barro de los pantalones vaqueros. ¿Cuál podría ser el destello que otorgara a Clinton la aureola que un día rodeara al «Viejo Nogal»? [888] Pues, por curioso que parezca, resulta que su salvador fue nada menos que Elvis Presley. [889]

Clinton no era en modo alguno refractario a la idea de cultivar la imagen de Elvis. En un noticiario de la ciudad de Nueva York se prestó a interpretar uno de los temas del rey del *rock* , y durante una entrevista con Charlie Rose bromeó con el título de una de sus canciones para decirle a la prensa: «*Don't Be Cruel* ». Sin embargo, fue en *The Arsenio Hall Show* donde el presidente sacó mayor provecho de la figura de Elvis, al tocar durante el programa su versión en saxofón de «Heart-break Hotel». Clinton revivió así esa vieja estrategia política del sur —algo que Jimmy Carter nunca alcanzó a conseguir— que consiste en abrirse paso hasta los cargos importantes a base de canciones y bailoteos. Su vicepresidente, Al Gore, de Tennessee, divertiría a los asistentes a la Convención Nacional Demócrata al confesarles en tono chusco que aquel momento, frente a sus partidarios, era la culminación de un sueño de toda la vida: el de ser el telonero de Elvis. En el tramo final de la campaña, Clinton, tomándose a sí mismo a guasa, le decía al público de los diferentes actos que se hallaba en comunicación con Elvis. Al presidente en ejercicio, George H. W. Bush, le molestaba tanto el descarado coqueteo de la prensa con aquel Elvis de Arkansas que sus asesores decidieron contratar a un imitador de Elvis para dinamitar los actos de campaña de los demócratas. Clinton se lo tomó con mucha filosofía y optó por invitar a otro «Elvis» a su toma de posesión. [890]

«Elvis es América», explicaba uno de los miembros del personal de Clinton. Aquella década de 1950, que Reagan había tratado de apropiarse con la difusión de nostálgicas imágenes de un Estados Unidos tachonado de pueblecitos tranquilos, volvía a asociarse ahora con la adolescencia y la diversión (con la intención de resaltar el hecho de que la política les preocupaba menos que a sus padres). Con ese ardid se sacó de los peligrosos años sesenta al Clinton fumador-de-hierba-y-poco-amigo-del-servicio-militar para reubicarlo en los mucho menos polémicos años cincuenta. Clinton se proponía tender un puente para congeniar con la clase obrera del sur, presentándose también él mismo con el mejor exponente de lo sureño. En un electorado dividido, la circunstancia de ser un fan de Elvis colocaba a Clinton en una posición mucho más neutra y le daba la posibilidad de desempeñar un papel juvenil que no solo le sentaba mucho mejor que el de «colega», sino que le daba ocasión de canalizar, con una actitud muy en boga, su imagen de chico sureño. [891]


SEEN AS 'WHITE TRASH'

Maybe some hate Clinton because he's too Southern

Even at the start of the presidential campaign, 'Bubba' and Arkansas jokes jammed the airways. The 'Slick Willie' motif emerged and stuck. 'Hee-haute' cuisine made the rounds.

By DILL MAXWELL

Not only has hating President Clinton become a new national pastime, it's big business for assorted right-wingers. More ominously, perhaps, this bashing indirectly affects the president's ability to govern.

Obviously, the intensity of the hatred is vastly disproportionate to the harm Mr. Clinton's alleged sins have caused. And recent articles on Clinton-bashing offer mostly routine character-related causes of this phenomenon.

But Ann Devroy of *The Washington Post* gives us a more useful explanation: "He has made himself such an Everyman that he has wiped away the invisible barrier of awe and respect for the office that distances presidents from the personalization of opposition."

Ms. Devroy's "Everyman" observation explains the cerebral side of Clintonphobia. Ordinariness is a trait that few, if any, Americans will tolerate in large doses in the president.

But what accounts for the visceral side of Clintonphobia, the gut-level antipathy driving many Americans mad?

Bill Jeff with a Georgia mule: Just too down home?

ers of the South.

Mrs. Kelley's unadorned memoir, *Leading With My Heart*, unwittingly affirms various myths about the South and sheds light on the sources of Clintonphobia.

Born to poor parents, Mrs. Kelley was destined for a life custom-made for a country-and-western song. Her parents' marriage was stormy. She recalls "nightly screaming fits." Later, she committed her morphine-addicted mother to a mental hospital for a short time.

Born in 1923 in Bobcaw, Ark., Mrs. Kelley died recently of breast cancer. She was married four times: to a serviceman; to an abusive, drunken gambler; to a hair dresser who served prison time for fraud; and to Dick Kelley, who had been her longtime horse-track pal.

And what of Mrs. Kelley's character? In the eyes of Clinton-bashers, she didn't represent the predigree of a U.S. president.

She, too, was a poor white, an Everyman, one who knows no strangers — one who never learned the snobbism that inspires awe and respect, that keeps the world at a distance.

In ways that repulse talk-show hosts and their fans, President Clin-

En 1994 se reforzó la polémica fama que prestaba a Bill Clinton las características de la escoria blanca mediante una fotografía suya con una mula de Illinois.

«Seen as “White Trash”: Maybe Some Hate Clinton Because He’s Too Southern», Wilmington, Carolina del Norte, *Star-News* , 19 de junio de 1994.

Pero por muy amigable que quisiera uno mostrarse, no había forma de calmar el odio que la pérdida de la Casa Blanca había hecho brotar en el ánimo de los republicanos conservadores. Los reporteros políticos de Washington aseguran no haber visto nunca comentarios tan cáusticos. Los ataques contra el presidente Clinton no solo parecían irrespetuosos con su

alta función, eran también de una índole notablemente personal y, desde luego, implacables. En 1994, el periodista afroamericano Bill Maxwell, de Florida, creyó entender la causa de esas embestidas. Había algo en los ataques que estaba recibiendo Clinton que le resultaba familiar, y guardaba relación con el hecho de que se le tuviera por un integrante de la escoria blanca. David Gergen, el encargado de relaciones con la prensa de Ronald Reagan, y la efusiva redactora de discursos Peggy Noonan consideraban que el presidente Reagan era una figura paternal y trascendente, una persona imbuida de ese sentimiento de protección hogareña que inspiran los monarcas británicos. A los ojos de quienes admiraban a Reagan, Clinton era indigno de ocupar esa posición, un impostor cuya educación arrojaba una mancha sobre el cargo que se le había confiado: el plebeyo pobre había reemplazado al príncipe. [892]

A juicio de Maxwell, había sido su madre, Virginia, la que había transmitido a Clinton ese carácter sencillo y su acusada condición de hombre del sur. Virginia había publicado un libro de memorias, y lo que relataba en él era a un tiempo duro y sombrío: su propia madre era drogadicta, había vivido una infancia marcada por las privaciones y se había casado cuatro veces. Su aspecto cuadraba a la perfección con el de una caravanera: «Mechas de mofeta en el pelo, maquillaje recargado, vestidos de colores chillones y, en la mano, una revista con información para apostar en el hipódromo» (tenía un cierto aire a Tammy Faye). En opinión de sus enemigos, decía Maxwell, Clinton había salido realmente a su madre y era una especie de bastardo que estaba a mil leguas de poseer el «pedigrí que requiere un presidente de Estados Unidos». [893]

En 1998, al estallar el escándalo de Monica Lewinsky, los enemigos de Clinton se dieron el gusto de pintar el retrato del mancillado presidente con las trazas de un personaje de Tennessee Williams. Por fin se había cazado a «Willie el escurridizo» en una sórdida escaramuza sexual propia de un aparcamiento de remolques: el presidente había ensuciado el despacho oval. El fiscal independiente Kenneth Starr sostuvo que la investigación oficial que estaba llevando a cabo, lejos de girar en torno a cuestiones sexuales, se centraba en determinar si había habido perjurio y abuso de poder. Sin embargo, en el informe final que emitió se hablaba de sexo en quinientos párrafos. Jack Hitt, el consejero de redacción de la *Harper's Magazine* , afirmó que, al recoger (con deleite y hasta en sus más mínimos detalles) la ramplonería de un triste culebrón, Starr se revelaba empeñado en producir

un «libro salaz». El equipo jurídico del presidente Clinton contraatacó diciendo que el único objetivo de Starr consistía en poner en un brete al más alto cargo del país. Aquello era la puesta de largo de la escoria blanca, su exhibición en la mayor y más iluminada pista del circo nacional. Para poder procesar al presidente, los delitos cometidos debían suponer «graves ofensas» a la constitución o «una ininterrumpida serie de ataques al buen curso de las acciones de gobierno». Solo en esos casos podían elevarse a la categoría de «delitos graves y delitos menores». Al dejar constancia de todos los detalles procaces, Starr trataba de equiparar la lascivia de baja estofa con crímenes de Estado. [894]

Una de las cosas que más enfurecía a los conservadores era la idea de que los desmanes de Clinton pudieran compararse a los de Thomas Jefferson (las pruebas de ADN orientadas a determinar la existencia de relaciones sexuales entre el tercer presidente de Estados Unidos y su esclava y concubina mulata Sally Hemings se realizaron el mismo año en que se destapó el asunto Lewinsky). La ciencia se hallaba ahora en condiciones de verificar que el dueño de Monticello (o al menos un varón del linaje de Jefferson con posibilidad de verse habitualmente con Sally —¿y quién podría haber sido, sino él mismo?—) era el padre de los hijos de Hemings, una jovencísima esclava de la finca que era además hermanastra de la fallecida esposa del presidente. Los consternados comentaristas conservadores retorcieron los hechos expuestos y presentaron como alternativa una extraña colección de justificaciones lógicas destinadas a exonerar de toda posible acusación de inmoralidad a Thomas Jefferson. En primer lugar, Sally poseía una rara belleza (mientras que Monica Lewinsky era del montón). En segundo lugar, Clinton había actuado como un adúltero (y Jefferson llevaba viudo muchos años). En tercer lugar, Jefferson había demostrado ser un hombre brillante, y se pronunciaba en unos términos que le elevaban por encima de sus pulsiones físicas (mientras que la insincera y barata elocuencia de Clinton se revelaba incapaz de hacerle levantar el vuelo y de relegar al olvido sus insignificantes orígenes). Mezclar en una misma amalgama los impulsos de Jefferson y los de Clinton implicaba una igualación que los norteamericanos decentes no podían tolerar. [895]

Otro director periodístico explicaba de manera muy distinta el episodio Lewinsky. Al comprobar que Clinton superaba la ordalía de su procesamiento y que salía de ella consolidado y con mayor popularidad, el redactor trató de hallar una explicación al fenómeno. Si el odio que

despertaba el presidente se revelaba irracional, lo mismo cabía decir del afecto que inspiraba. Lo que estaba actuando era el «principio Elvis», concluía el informador, es decir, el deseo subliminal que empuja a todos los norteamericanos a procurarse reyes. John F. Kennedy tenía su Camelot; Reagan formaba parte de la realeza de Hollywood; y Clinton y Elvis («el Rey», para sus millones de fans) eran la prueba palpable de que del arroyo se puede ascender al trono. Los monarcas que los estadounidenses admiran pertenecen a esa clase de hombres dotados de un atractivo sexual de difícil explicación y caracterizados por exhibir una cortés arrogancia. La cuestión era que un poquito de escoria blanca en la personalidad podía tener las paradójicas connotaciones de un lastre positivo. En el universo de la política estadounidense moderna, dominado por las apariencias, la exhibición de un estilo suavemente altanero tenía su peso, y los candidatos remilgados, de traje y corbata y con aires reprimidos, como Walter Mondale o Michael Dukakis, no podían ponerse a la misma altura que Clinton. Dejar traslucir ese encanto del «palurdo de postín» —lucir ribetes de «colega»— era mejor que ser un político insípido e incoloro cortado por el mismo patrón que las masas. [896]

Desvelar las capas ocultas de Clinton se convirtió en el pasatiempo favorito de los comunicadores. En 1998, al repasar horrorizada el escándalo del adulterio presidencial, la novelista afroamericana Toni Morrison decidió extraer sus propias conclusiones. La violación de la privacidad que había sufrido Clinton, el implacable escrutinio de la función presidencial, que sometió a su titular a una «detención y un cacheo metafóricos», era, a juicio de la escritora, el mismo tipo de trato que se administra regularmente a los varones negros. Importa poco «que seas muy inteligente o que trabajes con ahínco», siempre acabarán poniéndote en tu sitio. Clinton se había extralimitado. Fue «el primer presidente negro», se decía Morrison. Esa suerte de «temática de la negritud» ya se dejaba notar en la humilde casa de su infancia, en el hecho de no haber conocido a su padre, en sus modales de obrero, en su afición al saxo y en su gusto por la comida basura. Desde luego, en todo esto, Clinton se parecía mucho a Elvis. No se trataba del Elvis pueblerino que todavía contaba con adeptos en la década de 1990, sino de un Elvis transmutado en el Hillbilly Cat de los años cincuenta, en esa especie de «pasota molón» y juvenil que transgredía la demarcación entre blancos y negros; algo que solo era posible llevar a cabo con comodidad en las capas sociales inferiores de la comunidad sureña. [897]

En el año 2001, Clinton vio reafirmado ese rótulo de «primer presidente negro» en la cena de la Asamblea de Partidos Negros del Congreso. En 2007, al presentar Barack Obama su candidatura a la presidencia, Andrew Young, el asesor de Jimmy Carter que había cultivado la amistad del doctor Martin Luther King hijo, aseguró que Clinton era «tan negro como Barack». Qué cosa tan extraña: ¿un hombre de padre keniano era menos negro que un «colega» de Arkansas? Young entendía la negritud al modo de una identidad cultural, y la infancia de Obama carecía de raíces sureñas, ya que había transcurrido entre Hawái y Yakarta. Kathleen Parker, una columnista sureña de *The Washington Post* , creía que se estaba utilizando de forma confusa el lenguaje figurativo: bastaba con sustituir el saxo por un banjo para transformar a Clinton en un compendio paródico de todos los «tópicos asociados con la escoria blanca». En su novela *Primary Colors* , de 1996, el periodista Joe Klein daría una vuelta de tuerca más al estereotipo.

En este texto se habla de forma apenas velada de Bill Clinton (al que el autor asigna en el libro el nombre de Jack Stanton). El personaje viola el doble tabú sexual de la raza y la edad al acostarse con una menor negra y tener con ella un hijo ilegítimo. En la película del mismo título de Mike Nichols, basada en el escrito de Klein, se encarga a un John Travolta al natural, sin pulimiento alguno, el papel de presidente «colega», en lugar de reservárselo al chirriantemente correcto Tom Hanks. ¿Cómo había que entender a este Stanton, como símbolo de la negritud o como pura escoria blanca? [898]

Evidentemente, el embarazoso segundo mandato de Clinton no tuvo el efecto de una fábula aleccionadora entre los republicanos, que se lanzaron a por todas al promover en 2008 la candidatura de la gobernadora de Alaska Sarah Palin, una mujer efectivamente perteneciente a la escoria blanca. La devastadora franqueza del ensayista de *The New York Times* Frank Rich desmontó el cartel electoral republicano con esta sonora proclama: «Palin y McCain se han casado de penalti». ¿Había cometido en este caso un error de juicio el venerable John McCain de Arizona, un político habitualmente sagaz y bien informado? La revista electrónica *Slate* colgó en la red un vídeo sobre Wasilla, la localidad natal de Palin. Las imágenes muestran uno de esos páramos que se relegan sin más al olvido, un sitio solo apto «para echar gasolina y un pis» antes de volver a la carretera. En otros reportajes se decía que Wasilla «era el blanco de la mayoría de los chistes de palurdos de Anchorage». Erica Jong escribía en el *Huffington Post* : «No hay duda de

que la Norteamérica de la escoria blanca tiene tirón entre los votantes»; una frase que venía a explicar la fotografía retocada de Palin que había aparecido en internet pocos días después de salir nominada. Al salir en la instantánea con un bikini de barras y estrellas, un rifle de asalto en las manos y sus características gafas de montura negra, Palin parecía estar a medio camino entre la mamá competitiva que arenga a sus hijos en los partidos de hockey y el bellezón sexi de atavíos militares. [899]

La noticia de que Bristol, la hija adolescente de Palin, estaba embarazada dio lugar a un precipitado compromiso matrimonial con el modelo Levi Johnston. Los plazos se aceleraron para que todo quedara concertado y dispuesto al llegar la fecha de la Convención Nacional Republicana. La revista *Us Weekly* llevó a Palin a su portada bajo el provocativo titular de «Babies, Lies, and Scandal». Maureen Dowd comparó a Palin con la Eliza Doolittle de *My Fair lady* al asegurar que habían tenido que pulirla apresuradamente para su primera entrevista televisiva sin guion. ¿Cabe una alusión más directa a sus cuestionables orígenes de clase? El melodrama que Palin estaba protagonizando permitió que un periodista asociara las vicisitudes del clan Palin de Alaska con el barato argumento de un programa del canal Lifetime de la pequeña pantalla estadounidense. Y dos años más tarde la broma se revelaría real como la vida misma, ya que la candidata del quinto infierno se desentendió de sus bolos como gobernadora y pasó a protagonizar un espacio de telerrealidad titulado *Sarah Palin's Alaska* . [900]

La candidatura de Palin fue un acontecimiento notable en todos los sentidos. Era la segunda mujer de la historia en aparecer en un cartel presidencial y la primera perteneciente a la categoría paleta. Los asesores de John McCain admitían que solo se la había seleccionado por una cuestión de imagen y, de hecho, se sumaron al coro que pasó a denigrar los fallos de la candidata tras la histórica victoria de Obama. La divulgación de una serie de filtraciones relacionadas con la cuenta de gastos de vestuario de Palin desató una auténtica tormenta mediática. Uno de sus ayudantes calificó contundentemente el festival de compras de la candidata con estas palabras: «Era como si a los catetos de Wasilla les hubiera dado por saquear todos los almacenes de lujo de Neiman Marcus del Atlántico al Pacífico». [901]

La política de Alaska era un blanco tan fácil como atractivo para sus enemigos. Los periodistas quedaron estupefactos al comprobar que no le avergonzaba en absoluto mostrar una pasmosa ignorancia en muchas cosas.

Su desastrosa entrevista con la presentadora de la NBC Katie Couric fue algo más que un caso de periodismo tramposo: no solo se vio que Palin malinterpretaba los hechos, también quedó claro que se trataba de una mujer incapaz de articular una sola idea compleja: el viejo insulto de «cabeza hueca» con el que solía denigrarse a los mascamazorcas parecía irle como anillo al dedo. Sin embargo, tampoco Andrew Jackson se había presentado un siglo antes como un «hombre de ideas» al competir por la presidencia y, de hecho, lo que la plantilla de asesores de McCain había tratado de reeditar había sido justamente el estilo de arrogancia rural del Viejo Nogal. Tras explicar que se dedicaba a matar lobos desde una avioneta y alardear de lo mucho que le gustaba la carne de alce, la inefable «Sarah de Alaska» se presentó a los ojos de todos como la habitual Annie Oakley [902] de la caravana electoral.

No bastaba con rescatarla de las garras de los medios de masas (a los que ella denominaba, para defenderse, «prensa barata»). Sarah Palin no contaba con el currículo de una mujer hecha a sí misma. No podía contrarrestar los efectos del sambenito de «escoria blanca» con la misma eficacia de un beneficiario de la beca Rhodes como Bill Clinton. Ella solo había asistido a seis institutos del montón. Carecía de experiencia militar (a diferencia de un veterano de la armada como Jimmy Carter), aunque uno de sus hijos hubiera combatido en Irak. En un artículo publicado en el *New Yorker* , el historiador Sam Tanenhaus manifestaba su sorpresa por los modales autosatisfechos de Palin: «La certeza de haber actuado a su manera, por inconsistente que esta pueda resultar, siempre le ha parecido suficiente». [903]



Palin's supporters identify with her: she represents the erasure of any distinction between the governing and the governed.

Esta caricatura firmada por Steve Brodner pinta a Sarah Palin con los rasgos de una palurda ansiosa de notoriedad. Se publicó en 2009 en el *New Yorker* .

New Yorker, 7 de diciembre de 2009.

La columnista y escritora Maureen Dowd tuvo una salida muy ocurrente: Sarah Palin, decía, «es una reina de la canción *country* , pero sin música». Le faltaba el humor autocrítico de Dolly Parton, y desde luego no contaba con su talento natural. Más aun que los vericuetos que podían haber llevado a su elección como comparsa de cartel, el verdadero enigma consistía en explicarse el porqué de esa decisión: aquella Barbie de la escoria blanca resultaba a la vez estéticamente atractiva y perturbadora, y además procedía de un estado cuyo lema en las matrículas de los coches decía: «La última frontera». Todo el problema consistía en compaginar la faceta gamberra de Palin con el confortable guion que se atribuye convencionalmente a las

mujeres. En su tema de éxito «Redneck Woman», de 2004, la cantante Gretchen Wilson rechazaba la idea de la mujer florero y denunciaba su condición de símbolo irreal de las clases medias; de hecho, el episodio de la compra compulsiva de ropa representaba el minuto de gloria de aquella muñequita mona convertida en candidata.

Su gran aparición en el papel de una rediviva Eliza Doolittle se produjo en el debate televisado que mantuvo con el senador Joe Biden, de Delaware. Sabedora de que la nación entera ansiaba ver con qué aspecto se presentaba y cómo se desenvolvía, Palin salió al plató con un coqueto vestidito negro, tacones de aguja y pendientes de perlas, tan segura de sí misma que hasta se animó a guiñarle un ojo a la cámara. De cuello para abajo parecía una famosilla de Washington, pero sus confianzudos parpadeos hacían pensar más bien en una de esas camareras que atienden mascando chicle a los clientes de una cafetería de pueblo. Y al tratar de encarnar esos dos polos opuestos, la cautivadora imagen de la mamá peleona que lanza soflamas a sus hijos salió mal parada a los ojos de los asesores de McCain, que entendieron que Palin había dado un perfil híbrido, a medio camino entre la «cateta» y la «prima donna». Era una versión femenina del Lonesome Rhodes de *Un rostro en la multitud* , que entre babas y gargajos se pavoneaba tan campante, encantado de haberse conocido. [904]

El sexo fue uno de los elementos más significativos de todo el periodo que Palin pasó expuesta en la vitrina nacional. Desde el punto de vista de las habladurías groseras, es obvio que la utilización del embarazo extramatrimonial de Bristol, la joven hija de Sarah Palin, fue muy distinta a la gestión que se hizo del legendario devaneo de Bill Clinton. Los blogueros enturbiaron las aguas al difundir rumores sobre Trig, el hijo de Sarah con síndrome de Down: «¿No será en realidad de Bristol?», se preguntaban maliciosamente. El chisme sobre un cambio de bebés se proponía imprimir un nuevo giro a la inmoralidad de los habitantes de las regiones apartadas, habitualmente acusados de procrear endogámicamente una descendencia ilegítima. No debemos olvidar que una de las cosas que más había alterado a los críticos de Bill Clinton había sido el linaje de su madre, Virginia. La obsesión por la herencia genética y cultural volvía al ataque: la retórica con la que se defendía la práctica de la eugenesia (junto con las leyes de esterilización a que dio lugar) se centraba fundamentalmente en las mujeres, tenidas por paridoras mancilladas. [905]

El marcado acento de Sarah Palin —muy del estilo de *Fargo* — [906] hacía que la tortuosa prosopopeya de sus discursos sonara aún peor. Dick Cavett, el expresentador de programas televisivos de entrevistas escribió un feroz artículo satírico en el que llamaba a Palin «asesina en serie de la sintaxis» y clamaba que el departamento de Lengua de su instituto debería vestir de luto. Sus extasiadas admiradoras la adoraban por ser una «mamá como yo», o se manifestaban impresionadas al verla matar lobos a tiros, y Cavett quería saber qué las inducía a pensar que esas características podrían ayudarla a gobernar correctamente.

Pero los ciudadanos y los votantes estadounidenses ya nos hemos visto antes en aprietos similares. A Abraham Lincoln, el «honesto Abe», se le tildó en su día de simio, pies de barro y escoria blanca de Kentucky. Andrew Jackson era un duro y malhumorado mascamazorcas (y tal y como le sucede a Palin, su corrección gramatical no era como para echar cohetes). Esto hace que surja inevitablemente una pregunta: ¿en qué momento deja de ser un activo la vulgaridad o la llaneza en tanto que forma de populismo y se transforma en un lastre para un actor político? Y, por otra parte, ¿deberíamos sentirnos conmocionados cuando los electores se ven arrastrados por unas enfervorizadas masas de seguidores «similares a las que enloquecían con Elvis», tal y como sucedió, según sostiene Cavett, en el caso de Palin? Si se convierten los comicios en un circo de tres pistas, siempre existe la posibilidad de que salga vencedor un oso bailarín. [907]

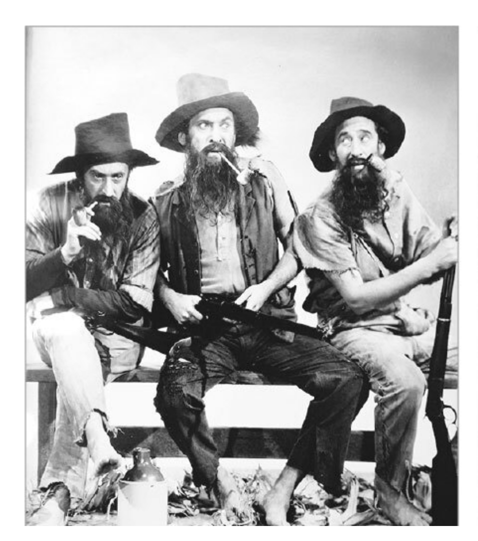
En las elecciones del año 2008, los estadounidenses tuvieron ocasión de catar una primera muestra de la nueva telerrealidad mediática, en la que la celebridad instantánea puede transformar a un don nadie en un ídolo nacional. En *The Swan* , un *reality* de la pequeña pantalla estadounidense, se alteraba la fisonomía de las participantes, todas ellas mujeres pertenecientes a la clase trabajadora, mediante drásticas intervenciones de cirugía plástica, incluida la colocación de implantes mamarios, con el fin de darles el aspecto, digamos, de una Dolly Parton (aunque fuera en una versión más modesta y urbanita). Viendo que la emisión de *American Idol* [908] convertía de la noche a la mañana a perfectos desconocidos en fenómenos de la canción, la riquísima heredera Paris Hilton, esforzada y perpetua captadora de la atención pública, consintió en aparecer en *The Simple Life* , una especie de actualización de la comedia de situación *Green Acres* , y se instaló temporalmente en una granja familiar de la campiña de Arkansas. En el programa concurso *The Apprentice* , protagonizado por

Donald Trump y anunciado como una «seductora mezcla de emprendimiento y darwinismo», se festejaba el trato despiadado hacia las personas que buscan empleo. Tanto en ese espectáculo como en otros similares, el talento es algo totalmente secundario. Se contrata a presuntas estrellas carentes de toda formación con vistas a alimentar un interés de naturaleza voyerista, con la expectativa de que, siendo mediocres, exhiban sin pudor la peor cara de las cualidades humanas: vanidad, lujuria y codicia. En 2008, Palin se sometió, fuera de cámara, a una «Reconstrucción Total» de su anatomía (por recurrir al título de uno de los programas de intervención estética más populares del momento: «Extreme Makeover»). Los asesores de campaña de McCain abrazaron con vehemencia el concepto de la telerrealidad, que sostiene que todo el mundo puede revestirse de los celofanes de la seudocelebridad. Y en este caso, su experimento tuvo el efecto de reformular la política nacional estadounidense. [909]

A partir de 2008, comenzó a surgir una nueva cosecha de programas de televisión, en esta ocasión decididos a jugar con el tema de la escoria blanca. Estos son algunos ejemplos de esa próspera industria: *Swamp People, Here Comes Honey Boo Boo, Hillbilly Handfishin', Redneck Island, Duck Dynasty, Moonshiners* y *Appalachian Outlaws* , por citar solo unos cuantos. Si en los tiempos de la Gran Depresión a la gente le daba por visitar las «Hoovervilles», es decir, los barrios de chabolas, para contemplar a los sintecho como quien acude al zoo, lo que hizo la televisión fue meter las barracas de feria en el cuarto de estar. El moderno impulso del *slumming* , de ese regodeo de ánimo compensatorio en la privación ajena, también ha hallado expresión en los personajes vodevilescos de la vieja escuela. En referencia al tremendo éxito de *Duck Dynasty* , el programa de telerrealidad «montañesa» ambientado en Luisiana, un comentarista ha señalado: «Todos sus protagonistas masculinos parecen directamente salidos del conflicto entre los Hatfield y los McCoy, como si simplemente se estuvieran tomando un descanso en la pelea para fumarse una pipa de maíz». Los varones de la saga Robertson que figuran en la serie parecen parientes cercanos de los Ritz Brothers, el trío cómico que protagonizara en 1938 la película de risa *Kentucky Moonshine* . [910]

La programación de realities subsiste y resiste sobre las bases del azuzamiento de las emociones competitivas y el fomento del escándalo. La duradera serie de telerrealidad *Here Comes Honey Boo Boo* se canceló en 2014, pero únicamente porque se descubrió que «Mamá» June Shannon

salía con un pederasta convicto por abusos a menores. Poco después, Shannon revelaba que el padre de dos de sus hijas era otro condenado por delitos sexuales, completamente independiente del anterior, que además había sido cazado en una estafa vinculada con el programa de la NBC titulado *To Catch a Predator* . Pese a que Alana Thompson, su hija más joven —conocida como Honey Boo Boo—, fuese la atracción principal del programa, la verdadera estrella de la función era June Shannon, erigida en nuevo rostro de la escoria blanca. Su emblemático rostro no lucía ya un aspecto macilento y apergaminado —como se había representado en el pasado a la escoria blanca—, ahora correspondía a una mujer con sobrepeso que era además la antítesis misma de la típica madraza empeñada en hermosear a su hija preadolescente y en llevarla a rastras a los concursos de belleza infantil. June Shannon afirmaba haber tenido cuatro hijas de tres hombres diferentes y, de hecho, decía no recordar el nombre de uno de ellos. Su pueblecito natal, McIntyre, en la Georgia rural, es un lugar marcado por la pobreza y el estancamiento: la cuarta parte de sus hogares tienen como cabeza de familia a una mujer soltera, y en 2013 el promedio de ingresos familiares de la población era de 18.243 dólares. [911]





Un auténtico aire de familia. El trío cómico de los Ritz Brothers, en una escena de la película *Kentucky Moonshine* de 1938, y sus herederos directos, el elenco masculino de *Duck Dynasty* , el popularísimo programa de telerrealidad emitido por el canal de televisión de pago A&E.

Después del año 2000, al agrandarse la brecha entre ricos y pobres, los conservadores se pusieron al frente de quienes despotricaban contra la escoria blanca. En su libro titulado *Black Rednecks and White Liberals* , de 2005, el economista afroamericano Thomas Sowell, miembro de la junta de

gobierno del Instituto Hoover de la Universidad de Stanford, vinculaba la delincuencia de la cultura urbana negra con las maneras y costumbres de los paletos blancos del sur. La obra arranca con una cita del año 1956: «Esta gente crea unos problemas terribles en nuestras ciudades. No pueden, o no quieren, conservar ningún trabajo. Quebrantan la ley constantemente y se desentienden de sus hijos. Beben demasiado y sus criterios morales harían sonrojar a un gato callejero». El autor partía del supuesto de que el lector asociaría este extracto con el clásico ataque racista. Sin embargo, la frase aludía a los blancos pobres afincados en Indianápolis, y la descripción pretendía reflejar la conducta y condiciones de vida de los blancos sureños e «indeseables» que se instalaban en las ciudades del norte.

Sowell afirmaba que existía una subcultura que llevaba varios siglos perpetuándose sin cambio alguno. Tomando como base las ideas que Grady McWhiney había expuesto en 1988 en su *Cracker Culture* —un estudio histórico claramente sesgado en el que se convertía a los blancos pobres en individuos de etnia celta (es decir, en escoceses e irlandeses)—, Sowell defendió la tesis de que los negros habían aprendido de sus vecinos blancos de las regiones apartadas los rasgos de comportamiento negativos que se les achacan (pereza, promiscuidad, violencia y pobre utilización de la lengua inglesa). En la extraña reformulación que hizo Sowell de las características de las apartadas zonas interiores del país, las viejas peleas despiadadas en las que los contendientes trataban de sacarse los ojos se transforman en el germen del machismo negro. Tras reactivar la temática de los ocupantes ilegales, Sowell minimizó la influencia de la esclavitud y la sustituyó por una especie de contagio cultural de atributos similares a los de la eugenesia, según la cual los modos de los blancos pobres habrían acabado por transmitirse a los negros. Argumentó asimismo que la responsabilidad de las condiciones sociales actualmente imperantes había de imputarse a los blancos liberales de nuestros días, ya que habían fomentado el destructivo estilo de vida de los «patanes negros» mediante la perpetuación del estado del bienestar. [912]

Otra culpabilización conservadora que carga sobre las espaldas de los pobres los problemas que padecen es la que figura en el escrito de Charlotte Hays publicado en 2013 con el título de *When Did White Trash Become the New Normal?* Esta obra es una diatriba chismosa contra la obesidad, los malos modales y el peligro de degeneración nacional que acecha a la sociedad que adopte las «formas» de las clases inferiores. Hays se sintió

horrorizada de que *Here Comes Honey Boo Boo* tuviera más espectadores que la Convención Nacional Republicana de 2012. En una espléndida imitación de las típicas quejas de las matronas presumidas, esta autora y bloguera explicaba: «Ya nadie echa una mano a nadie», dejando de este modo claro que se sentía ultrajada cada vez que constataba la desaparición de las normas de urbanidad. El hecho de que la sujeción a un raquítico salario mínimo condene a la pobreza a millones de personas no tiene nada que ver. Por eso sostiene que los colonos de Jamestown y Plymouth comprendieron que, aun trabajando duro, puede verse uno obligado a «pasar un poquito de hambre». Si a lo que se refiere es a la verdadera Jamestown, debería haber dicho «muchísima hambre» y una pizquita de canibalismo. Hays es una típica representante de las numerosas personas que todavía hoy continúan convencidas de que la clase social constituye un factor irrelevante en el sistema económico estadounidense. La ensayista insiste en señalar que son los modales (algo que, por desgracia, ya no practican los inferiores sociales) lo que determina la salud de una civilización. Esta es otra de sus afirmaciones: «La definición de caballero responde a una condición que cualquier bedel podría merecer si se esforzara en hacer lo correcto». [913]

Sowell y Hays son un producto del cambio cultural que se inició en la década de 1970. Hays quiere desterrar por completo la política identitaria, y esta es la razón de que repruebe toda clase de voyerismo deliberado de las penalidades de la escoria blanca. La escritora imagina poder modificar ese estado de cosas con la reactivación de los antiguos modales, como si se pudiera ocultar la identidad de clase bajo un barniz de falsa gentileza. Hays utiliza el pretexto de la búsqueda de la igualdad, pero no ofrece ninguna solución para colmar el abismo que separa a pobres y ricos. Sowell reinventa el argumento que iniciara en su día Alex Haley con la novela *Raíces* , en un intento de replantear la cuestión racial en términos de identidad y legado étnico, como si se tratara de un elemento susceptible de transmitirse culturalmente de una generación a otra. Con sus planteamientos revisionistas, Sowell corta el lazo original con África, con esa raigambre que falsificara Haley, y sustituye al noble africano convertido en progenitor de la negritud estadounidense por el degradado ímpetu de la polinización cruzada: el de los mascamazorcas degenerados de la América blanca.

Hay toda una legión de eruditos que temen a las clases bajas, y esta circunstancia les ha empujado a afirmar que la influencia del perverso

malcriado —sea blanco o negro— está paralizando y corrompiendo a la sociedad estadounidense. Estos estudiosos niegan que la estructura económica de la nación tenga alguna relación causal con el fenómeno social que ellos mismos destacan. Niegan la historia. Si no fuera así, reconocerían que los más potentes motores de la economía estadounidense —los plantadores que poseían esclavos y los especuladores de tierras de épocas pasadas, y la banca, la política fiscal, las gigantescas multinacionales, los políticos despiadados y los encolerizados votantes de nuestros días— tienen una considerable responsabilidad en las duraderas causas que mantienen tanto la situación de la escoria blanca como la de la población a la que se le endosa la hipócrita etiqueta de «paletos negros», o aun la de los trabajadores pobres en general. La triste realidad es que, si no procedemos a un análisis de clase, seguiremos quedando conmocionados al observar la gran cantidad de morralla humana que habita en esa tierra que los autoproclamados patriotas dan en llamar hermosamente «la mayor y más grande civilización de la historia del mundo».

---

[859] Se entiende que el *slum tourism* es la práctica que induce a las clases medias a visitar las zonas más deprimidas de una ciudad, sean favelas, míseras callejuelas o poblados de indigentes. Aquí he traducido esta difícil fórmula con la expresión «de paseo por los barrios de chabolas». (*N. del T.*)

[860] Margo Jefferson, «Slumming: Ain't We Got Fun?», *Vogue* , 1 de agosto de 1988, pp. 344-347; Mike Boone, «Magnum's Oh, So English Chum Higgins Is Really a Texas Redneck», *Montreal Gazette* , 19 de junio de 1982.

[861] Lewis Grizzard, «In Defense of Hillbillies and Rednecks», *Times-News* de Burlington, Carolina del Norte, 3 de diciembre de 1993. Para la reputación de Grizzard, véase «Columnist Grizzard Dies After Surgery», *Daily Gazette* de Schenectady, Nueva York, 22 de marzo de 1984. Para el hecho de que la voz «cateto» pasase a considerarse un término afectuoso, véase Clarence Page, «Getting to the Root of Redneck», *Chicago Tribune* , 16 de julio de 1987; junto con Larry Rohter, «To Call a Floridian a "Cracker" in Anger May Be a Crime», *The New York Times* , 19 de agosto de 1991.

[862] Celia Riverbark, «"Hey, Do You Know Me?": The Definition of Redneck Depends on Your Point of View», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 23 de agosto de 1993.

[863] Stacy McCain, «One Thing Gingrich Is Not, Is a Redneck», *News-Tribune* de Rome, Georgia, 27 de noviembre de 1994; véase también el artículo de agencia «Hart to Heart» de Jeffrey Hart, «What's Behind David Duke?», *Times* de Gadsden, Alabama, 31 de octubre de 1991.

[864] Uno de los reseñistas del segundo libro de Chute observa: «Si los personajes de la señora Chute fuesen sureños, los incluiríamos inmediatamente en la categoría de la escoria blanca pobre»: véase Mary Davenport, «Chute Novel Finds White Trash Up North», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 29 de mayo de 1988. Los estudiosos han asignado al género en el que tanto

destaca Allison el rótulo de literatura del «rudo sur», pero lo cierto es que esa denominación de naturaleza regional es inexacta, dado que los personajes que analiza Chute pertenecen a familias rurales de Maine. Para un debate sobre dicho género y el hecho de que estas novelistas escriban desde el «interior» de su propia clase, véase Erik Bledsoe, «The Rise of Southern Redneck and White Trash Writers», *Southern Cultures* , vol. 6, n.º 1, primavera de 2000, pp. 68-90, y sobre todo la 68.

[865] Carolyn Chute, *The Beans of Egypt, Maine* , Ticknor & Fields, Nueva York, 1985, pp. 10-11, 21, 23-25, 92, 100, 114-116, 122-124, 134-135, 156, 174, 189.

[866] *Ibid* ., pp. 135-136, 165, 175, 177-179, 181, 192.

[867] *Ibid* ., pp. 3, 46-47, 122, 116.

[868] Así se apellidan Earlene y su padre. (*N. del T.*)

[869] *Ibid* ., p. 3.

[870] Véase Peter S. Prescott, «A Gathering of Social Misfits: Six New Novels Take a Walk on Life's Weirder Shores», *Newsweek* , 25 de febrero de 1985, p. 86; así como David Gates, «Where the Self Is a Luxury Item», *Newsweek* , 13 de junio de 1988, p. 77. Chute subraya que se siente «muy próxima a esas personas: eran mi gente»: véase Ellen Lesser y Carolyn Chute, «An Interview with Carolyn Chute», *New England Review and Bread Loaf Quarterly* , vol. 8, n.º 2, invierno de 1985, pp. 158-177, y sobre todo la 161 y la 174. Para otras entrevistas en las que se resaltan las vivencias de la autora en ambientes dominados por la pobreza, véase Donald M. Kreis, «Life Better for "Beans of Egypt" Author Carolyn Chute», *Lewiston Daily Sun* de Maine, 6 de marzo de 1985; junto con Katherine Adams, «Chute Dialogics: A Sidelong Glance from Egypt, Maine», *National Women's Studies Association Journal* , vol. 17, n.º 1, primavera de 2005, pp. 1-22.

[871] Lesser y Chute, «An Interview with Carolyn Chute», *art. cit* ., pp. 158, 160, 164-167, 177. Para la condición de «coautor» de su marido, véase Dudley Clendinin, «Carolyn Chute Found Her Love and Her Calling in Maine», *Gainesville Sun* de Florida, 3 de febrero de 1985. Para la influencia de su esposo, véase «Illiterate Mate Inspires Maine's Carolyn Chute», *Sun Journal* de Lewiston, Maine, 16 de septiembre de 1991. Para un retrato realista de la pobreza en el estado de Maine, véase Leigh McCarthy, «Carolyn Chute Took a Bum Rap on Poverty», *Daily News* de Bangor, Maine, 24 de septiembre de 1985.

[872] In 1985, Chute establecía una diferencia entre los patanes y ella. La posibilidad de intervenir en una charla pública, comentaba, «me da ocasión de ver a gente que no es [y en este punto se da una palmadita en el cuello para referirse a los destripaterrones]. No tendría inconveniente en que se presentaran gentes de ese tipo, no habría problema. Es simplemente que no me gustaría ver cómo se cepillan los dientes frente a mi ventana»: véase Lesser y Chute, «An Interview with Carolyn Chute», *art. cit* ., p. 163. Sin embargo, en 2000, señaló: «Ahora bien, estoy orgullosa de ser una obrera palurda o, para ser más exactos, de pertenecer a la "clase tribal"»: véase «An Interview with Carolyn Chute», *New Democracy Newsletter* , marzo-abril de 2000, en Newdemocracy world.org; junto con Charles McGrath, «A Writer in a Living Novel», *The New York Times* , 3 de noviembre de 2008; Carolyn Chute, *The Beans of Egypt, Maine: The Finished Version* , Harcourt Brace & Co., San Diego, 1995, pp. 273, 275; Gregory Leon Miller, «The American Protest Novel in a Time of Terror: Carolyn Chute's Merry Men», *Texas Studies in Literature and Language* , vol. 52, n.º 1, primavera de 2010, pp. 102-128, y especialmente la 103; y Dwight Gardner, «Carolyn Chute's Wicked Good Militia», Salon.com, 24 de febrero de 1996.

[873] Chute explica que la inmadurez de Reuben Bean es una consecuencia de las desventajas sociales que ha padecido: «permanecía a un nivel pueril, no en cuanto al desarrollo de su inteligencia, pero sí en la evolución de sus emociones»: véase Lesser y Chute, «An Interview with Carolyn Chute», *art. cit* ., p. 169. En otra entrevista, Chute sostiene asimismo que el hecho de tener que vivir

con el salario mínimo enfurece auténticamente a los hombres, mientras que las mujeres son más capaces de soportarlo: véase «Chute's Book Is a Real American Classic», *Hour* de Norwalk, Connecticut, 21 de febrero de 1985.

[874] Dorothy Allison, *Bastard Out of Carolina* , Plume, Nueva York, 1992, pp. 12, 22-24, 69, 80-81, 91, 98-99, 123 [hay traducción castellana: *Bastarda* , Alfaguara, Barcelona, 2000. (*N. del T.*)].

[875] *Ibid* ., p. 102. Chute también habla del sonrojo que produce el hecho de recurrir a los cupones de alimentos. «Sin embargo, en las pequeñas tiendas de barrio se portaban con bastante mezquindad con nosotros; en plan "Huy, bonos de comida, ya sabe… Humm". Te salen con esas. Llegó un momento en que ya no quería ni ir a la tienda, me sentía terriblemente abochornada. La verdad es que la idea me espantaba. Muchas veces Michael y yo teníamos derecho a esas ayudas y preferíamos pasar, porque la humillación era tremenda». Véase Lesser y Chute, «An Interview with Carolyn Chute», *art. cit* ., p. 169.

[876] Allison, *Bastard Out of Carolina* , *op. cit* ., p. 309.

[877] Apodo de Jean Louise, la narradora de los hechos, hija de Atticus Finch, el protagonista que encarna Gregory Peck en la película del mismo título. (*N. del T.*)

[878] Para más información sobre este discurso del cuatro de julio, véase William Jefferson Clinton, «What Today Means to Me», *Pittsburgh Post Gazette* , 4 de julio de 1993.

[879] *Ibid* . Para saber más sobre el hecho de que Bill Clinton se enfrentara a su padrastro, véase Ron Fournier, «Early Lessons Serve Him Well», *Beaver County Times* de Pensilvania, 20 de enero de 1993. Para el filme titulado *The Man from Hope* , véase David M. Timmerman, «1992 Presidential Candidate Films: The Contrasting Narratives of George Bush and Bill Clinton», *Presidential Studies Quarterly* , vol. 26, n.º 2, primavera de 1996, pp. 364-373, y sobre todo la 367.

[880] Como sabemos, Thomas Jefferson, que poseía una plantación de dos mil hectáreas, mandó construir su casa en lo alto de una colina desde la que se dominaban sus tierras. Llamó «Monticello» —diminutivo italiano de monte— a la vivienda. (*N. del T.*)

[881] Mike Feinsilber, «But Others Say, "You're No Thomas Jefferson"», *Prescott Courier* de Arizona, 17 de enero de 1993.

[882] Recuérdese que el contrincante de Clinton en esas elecciones era el presidente saliente, George Bush padre, y que el mulo, o el burro, es el emblema tradicional del Partido Demócrata estadounidense. (*N. del T.*)

[883] Para el retrato que pinta a Clinton con las trazas de un aparcero, véase Todd S. Purdum, «If Kennedy's Musical Was "Camelot", What's Clinton's?», *The New York Times* , 17 de enero de 1993. Véase la fotografía de la Associated Press en la que se muestra a Clinton en compañía del mulo George en Centralia, Illinois, el 21 de julio de 1992, en Brian Resnick, «Campaign Flashback: Bill Clinton in Summer '92», *National Journal* ; junto con Josh O'Bryant, «Well-Known Democratic Mule of Walker Dies», *Walker County Messenger* de Georgia, 14 de mayo de 2008.

[884] Roy Reed, «Clinton Country: Despite Its Image as a Redneck Dogpatch, Arkansas Has Long Been a Breeding Ground of Progressive Politics», *The New York Times Magazine* , 6 de septiembre de 1992; Peter Applebome, «Suddenly Arkansas's Being Noticed, but a First Glance Can Be Misleading», *The New York Times* , 26 de septiembre de 1992; Hank Harvey, «Arkansas Needs Clinton's Candidacy», *Toledo Blade* , 4 de octubre de 1992; Molly Ivins, «Clinton Still a Kid from Arkansas», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 15 de julio de 2004; Randall Bennett Woods, *J. William Fulbright, Vietnam, and the Search for a Cold War Foreign Policy* , Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 280.

[885] En la frase anterior, Clinton afirma tener «*a "little bit of Bubba" in him* ». «*Bubba* », que he traducido por «colega sureño», es un diminutivo de «*brother* », y se usa en sentido afectuoso. De ahí el título de la revista. (*N. del T.*)

[886] Véase David Grimes, «Put Bubba in White House», *Sarasota Herald-Tribune* , 21 de julio de 1992; junto con el artículo de agencia que Nancy Kruh (periodista del *Dallas Morning News*) publicó en la *Spokesman Review* de Spokane, Washington, el 14 de febrero de 1993; y Michael Kelly, «A Magazine Will Tell All About Bubba», *The New York Times* , 4 de febrero de 1993.

[887] Para más información sobre las aplicaciones que Greenberg busca al apelativo de «Slick Willie», véase Paul Greenberg, «Truth Catches Slick Willie», *Tuscaloosa News* , 19 de febrero de 1992; junto con *idem* , «Why Yes, I Did Dub Bill Clinton "Slick Willie" but Then, He Earned It», *Free Lance-Star* de Fredericksburg, Virginia, 28 de junio de 2004; «Just Why Is Slick Willy So Smooth?», *Times-News* de Burlington, Carolina del Norte, 6 de abril de 1992; Sandy Grady, «Clinton's Biggest Enemy Is Image of "Slick Willie"», *The Day* de New London, Connecticut, 16 de abril de 1992; Martin Schram, «Wherever Bill Clinton Goes, Slick Willie Is Sure to Follow», *Rome News-Tribune* de Georgia, 6 de abril de 1992; y Walter D. Myers, «"Slick Willie" Clinton Inherits the Woes of Tricky Dick», *Bulletin* de Bend, Oregón, 2 de abril de 1992.

[888] «Old Hickory»: mote laudatorio que se aplicó al general Jackson, como sabemos. Véanse las páginas 265 y siguientes. (*N. del T.*)

[889] Véase Schieffer y Gates, *The Acting President* , *op. cit* ., p. 180. La congresista por Colorado Patricia Schroeder fue la artífice de la gráfica descripción de Reagan como «presidente de teflón»: véase Steven V. Roberts, «Many Who See Failure in His Policies Don't Blame Their Affable President», *The New York Times* , 2 de marzo de 1984; Donald Kaul, «Slick Willie Starts to Look Like Barney Fife», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 11 de febrero de 1993.

[890] Para saber más sobre la interpretación que hizo Clinton del tema de Elvis, véase «Elvis Presley Sighting in Clinton Campaign», *Allegheny Times* de Pensilvania, 3 de abril de 1992. El personal de campaña de Clinton también recurrió al tema de Paul Simon titulado «Graceland» para presentar al candidato antes de que este saliera a pronunciar sus discursos: véase «Elvis Running», *Daily Record* de Ellensburg, Washington, 3 de abril de 1992. Para el hecho de que los reporteros se refirieran a Clinton con el mote de «Elvis», véase John King, «Slick Willie's Calling on Elvis», *Lodi News-Sentinel* de California, 4 de mayo de 1992; «Clinton Inaugural: He'd Invite Elvis», *Gainesville Sun* de Florida, 1 de mayo de 1992. Para la humorada de que Clinton se comunicaba con el espíritu de Elvis, véase «Clinton Enjoying His Lead: He's Finding Time to Joke About Elvis», *Reading Eagle* , 22 de octubre de 1992. Para más información sobre el imitador de Elvis y su participación en el desfile de la toma de posesión de Clinton, véase «"Elvis" to Perform in Grand Parade for Clinton», *New Straits Times* de Singapur, 16 de diciembre de 1992. Sobre el hecho de que Bush contratara a un doble de Elvis y para el *Arsenio Hall Show* , véase Daniel Marcus, *Happy Days and Wonder Years* , Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey, 2004, pp. 156, 166-167.

[891] Para la expresión «Elvis is America» y la imagen de Elvis como fórmula para atraer a un mayor número de votantes centristas, véase «Elvis and Bill: Southern Boys with Thangs in Common», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte (según reimpresión tomada del *Economist*), 18 de agosto de 1996; y Marcus, *Happy Days* , *op. cit* ., pp. 155, 158.

[892] Bill Maxwell, «"Seen as "White Trash": Maybe Some Hate Clinton Because He's Too Southern», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 19 de junio de 1994. Para más información sobre la catarata de elogios que Noonan acostumbraba a dedicar a Reagan y al papa Juan Pablo II —dos hombres a los que dedicaría sendas obras—, véase Kenneth L. Woodward, «"John Paul the Great", by Peggy Noonan», *The New York Times* , 18 de diciembre de 2005; junto con Helen

Eisenbach, «Looking for Mr. Right», *New York* , 1 de septiembre de 2004. Para el hecho de que Gergen y Noonan juzgaran que Reagan era una amada figura paternal que trascendía los límites de su partido, véase Marcus, *Happy Days* , *op. cit* ., p. 83; y Peggy Noonan, *What I Saw at the Revolution: A Political Life in the Reagan Era* , Random House, Nueva York, 1990, p. 127.

[893] Maxwell, «Seen as "White Trash"», *art. cit* .

[894] Para la recuperación del insulto de «Willie el escurridizo», véase Jack Germond y Jules Witcover, «Clinton's Deposition Reveals Reputation as "Slick Willie"», *Reading Eagle* de Pensilvania, 12 de marzo de 1998. William Rusher aseguró que Clinton pertenecía a la escoria blanca, y que «ahora había que añadir a su trayectoria —marcada por la miseria moral y la conducta delictiva— una radical vulgaridad directamente salida de los parques de remolques vivienda de Arkansas»: véase William Rusher, «White Trash in the White House», *Cherokee County Herald* de Georgia, 7 de febrero de 2001; así como Jack Hitt, «Isn't It Romantic?», *Harper's Magazine* , noviembre de 1998, pp. 17-20, y sobre todo la 17; y «Second White House Response to Starr», *The Washington Post* , 12 de septiembre de 1998.

[895] Véase Marianne Means, «But Bill Clinton's No Thomas Jefferson», *Star-News* de Wilmington, Carolina del Norte, 7 de noviembre de 1998; junto con Thomas J. Lucente hijo, «No Comparison for Clinton and Jefferson», *Lawrence Journal-World* , 20 de noviembre de 1998; Georgie Anne Geyer, «Clinton and Jefferson: An Odd Comparison», *Victoria Advocate* , 12 de noviembre de 1998. El artículo de Geyer aparecía acompañado de una caricatura en la que se veía a Clinton llamando a Jefferson y diciéndole que no se preocupara por las pruebas de ADN: «¡A la gente le importa un comino!», aseguraba. Véase también Andrew Burstein, Annette Gordon-Reed y Nancy Isenberg, «Three Perspectives on America's Jefferson Fixation», *Nation* , 30 de noviembre de 1998, pp. 23-28.

[896] Jeffery Jackson, «Understanding Clinton: The King Is Dead; Long Live the King», *Nevada Daily Mail* , 19 de agosto de 1999.

[897] Véase Toni Morrison, «The Talk of the Town», *New Yorker* , 5 de octubre de 1998, pp. 31-32, y en especial esta última.

[898] Kathleen Parker, «Democratic Race Seems to Be Bill vs. Oprah», *The Item* , 1 de diciembre de 2007. Andrew Young también se permitió el crudo comentario de que Clinton se había acostado con más mujeres negras que Barack Obama. Para más información sobre *Primary Colors* de Klein, véase Eric Lott, «The First Boomer: Bill Clinton, George W., and Fictions of State», *Representations* , vol. 84, n.º 1, noviembre de 2003, pp. 100-122, y muy especialmente la 101, la 108 y la 111.

[899] Frank Rich, «Palin and McCain's Shotgun Marriage», *The New York Times* , 7 de septiembre de 2008; Erica Jong, «The Mary Poppins Syndrome», *Huffington Post* , 4 de octubre de 2008; Eliza Jane Darling, «O Sister! Sarah Palin and the Parlous Politics of Poor White Trash», *Dialectical Anthropology* , vol. 33, n.º 1, marzo de 2009, pp. 15-27, y sobre todo la 19 y la 21. Para la idea de Wasilla entendida como pueblecito rural, véase el artículo de la periodista Jill Clarke, de la Associated Press, titulado «Alaskan Views of Clinton Reflect Those in the Lower 48», *Daily Gazette* de Schenectady, Nueva York, 16 de enero de 1999.

[900] Monica Davey, «Palin Daughter's Pregnancy Interrupts G. O. P. Convention Script», *The New York Times* , 2 de septiembre de 2008; Stephanie Clifford, «Readers See Bias in Us Weekly's Take on Sarah Palin», *The New York Times* , 8 de septiembre de 2008; Maureen Dowd, «My Fair Veep», *The New York Times* , 10 de septiembre 2008; David Firestone, «Sarah Palin's Alaskan Rhapsody», *New York Times* , 9 de diciembre de 2010.

[901] Se había descubierto que Palin había gastado varias «decenas de miles» de dólares más que los ciento cincuenta mil que se habían admitido oficialmente y que había dedicado entre veinte mil y

cuarenta mil a la compra de ropa para su marido: véase «Hackers and Spending Sprees», *Newsweek* , 5 de noviembre de 2008; véase también Darling, «O Sister! Sarah Palin», *art. cit* ., p. 24.

[902] Experta tiradora de escopeta estadounidense protagonista del célebre espectáculo circense de Buffalo Bill. (*N. del T.*)

[903] Sam Tanenhaus, «North Star: Populism, Politics, and the Power of Sarah Palin», *New Yorker* , 7 de diciembre de 2009, pp. 84-89, y especialmente la 89.

[904] Maureen Dowd, «White Man's Last Stand», *The New York Times* , 15 de julio de 2009; para más información sobre Gretchen Wilson, véase Nadine Rubbs, «"Redneck Woman" and the Gendered Poetics of Class Rebellion», *Southern Cultures* , vol. 17, n.º 4, invierno de 2011, pp. 44-77, y sobre todo la 56; véase también la nota 24 de la página 69. Para la crítica de Palin como mezcla de pueblerina y diva del *bel canto* , véase Gail Collins, «A Political Manners Manual», *The New York Times* , 8 de noviembre de 2008.

[905] Justin Elliot, «Trig Trutherism: The Definitive Debunker: Salon Investigates the Conspiracy Theory: Is Sarah Palin Really the Mother of Trig Palin?», *Salon.com* , 22 de abril de 2011.

[906] Pese a que los hermanos Cohen realizaran una película de ese título (que ha dado fama internacional a la parla a la que alude la autora), el deje en cuestión es el que se atribuye tópicamente a los habitantes de Minnesota, con sílabas truncadas y simplificaciones de lenguaje que en Estados Unidos se vinculan con el habla pueblerina. (*N. del T.*)

[907] Para saber más sobre el acento de Palin, véase Jesse Sheildlower, «What Kind of Accent Does Sarah Palin Have? Wasillan, Actually», *Slate.com* , 1 de octubre de 2008; Dick Cavett, «The Wild Wordsmith of Wasilla», *The New York Times* , *opinionator.blogs.nytimes. com* , 14 de noviembre de 2008.

[908] Programa televisivo norteamericano equivalente a la *Operación Triunfo* española. (*N. del T.*)

[909] William Egginton, «The Best or Worst of Our Nature: Reality TV and the Desire for Limitless Change», *Configurations* , vol. 15, n.º 2, primavera de 2007, pp. 177-191, y especialmente la 191; David Carr, «Casting Reality TV, No Longer a Hunch, Becomes a Science», *The New York Times* , 28 de marzo de 2004; Jim Ruttenberg, «Reality TV's Ultimate Jungle: Simulated Presidential Politics», *The New York Times* , 9 de enero de 2004; véase también Brenda R. Weber, *Makeover TV: Selfhood, Citizenship, and Celebrity* , Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 2009, pp. 143-144.

[910] *Duck Dynasty* era simplemente una versión modificada de *The Real Beverly Hillbillies* , un programa de telerrealidad que acabó cancelándose debido a un aluvión de protestas: véase *Appalachian Journal* , vol. 31, n.º 3/4, primavera-verano de 2004, p. 438; Jonah Goldberg, «"Duck Dynasty" Unreal Outrage», *New York Post* , 20 de diciembre de 2013.

[911] Mary Elizabeth Williams, «What Will It Take for TLC to Dump "Honey Boo Boo"?», Salon.com, 23 de octubre de 2014; Jenny Kutner, «"Honey Boo Boo" Star Mama June Reveals Father of Two Daughters Is a Sex Offender», Salon.com, ١٣ de noviembre de ٢٠١٤.

[912] Thomas Sowell, *Black Rednecks and White Liberals* , Encounter Books, San Francisco, 2005, 1, 5-9, 14-15, 29, 51; véase también James B. Stewart, «Thomas Sowell's Quixotic Quest to Denigrate African American Culture: A Critique», *Journal of African American History* , vol. 91, n.º 4, otoño de 2006, pp. 459-466. Grady McWhiney, *Cracker Culture: Celtic Ways of the Old South* , University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1988. El ensayo de McWhiney es un ejemplo más de esa febril tendencia a convertir a los blancos pobres en una etnia, negando que fueran (y sigan siendo) una clase social. De hecho, McWhiney lo sostiene explícitamente: «El término "mascamazorcas" no alude a una situación económica, antes bien, se trata de la definición de una cultura»: véase *Cracker Culture* , *op. cit* ., p. xiv.

[913] Véase Charlotte Hays, *When Did White Trash Become the New Normal? A Southern Lady Asks the Impertinent Question* , Regnery, Washington, D. C., 2013, pp. 7, 9, 11, 45, 172; e *idem* , «When Did White Trash Become Normal?», *New York Post* , 2 de noviembre de 2013.

EPÍLOGO

La extraña raza norteamericana

La alargada sombra del legado de la escoria blanca

Dos persistentes problemas han dejado resonar su sordo bramido a lo largo de todo el pasado «democrático» de Estados Unidos. Uno de ellos se remonta a Franklin y a Jefferson y, en concreto, a su anhelante deseo de descartar la existencia de las clases sociales al pregonar las «excepcionales» características del paisaje estadounidense, entendidas como elementos capaces de generar una sociedad extraordinaria. Los padres fundadores insistieron en que el majestuoso continente norteamericano estaba llamado a resolver, por arte de magia, todos los dilemas demográficos, ya que se hallaba en condiciones de reducir la superpoblación y de allanar las diferencias que pudiera provocar la estructura de clases. Pero a esta compostura medioambiental se le añadió además un mito de mayor alcance y pasmosa utilidad: el de que Estados Unidos daba voz a todas sus gentes y que cualquier ciudadano podía ejercer una influencia real y perceptible en la gobernación. (Conviene señalar que este mito siempre se ha formulado con matices, ya que es una verdad aceptada que hay ciudadanos que valen más que otros: sobre todo aquellos cuya posición social emana de una saneada cartera de propiedades).

Por otra parte, la huella colonial británica nunca llegó a borrarse por completo. El *yeoman* , es decir, el pequeño terrateniente rural, ocupaba uno de los peldaños de la escala social propia de Gran Bretaña, y sus cualidades eran un fiel reflejo de esa inveterada práctica inglesa que consiste en equiparar el valor moral con el cultivo de la tierra. Por su parte, los estadounidenses del siglo XIX hicieron todo lo posible por reproducir las posiciones de clase mediante el matrimonio, el parentesco, el linaje y el árbol genealógico. Si la Confederación vino a suponer la pleamar —es decir, la manifestación más palpable y meridiana— de las pretensiones de la aristocracia rural (y la abierta asunción de que la sociedad necesita contar

con una élite destinada a gobernar a las clases bajas), el siglo inmediatamente posterior alumbró el inquietante imperativo de la eugenesia, aprovechando la ciencia para justificar la procreación de una clase integrada por amos. Esto no solo indujo a los estadounidenses a conservar el deseo de las distinciones de clase, también los animó a reinventar una y otra vez esas mismas diferencias. Y tan pronto como el Gobierno de Estados Unidos empezó a presentarse como el «líder del mundo libre», las ansias de un jefe de Estado de más regias características progresaron sin traba alguna. Los demócratas se arremolinaron embelesados en torno al Camelot de Kennedy, y los republicanos ennoblecieron la corte hollywoodiense de Reagan.

La democracia estadounidense nunca ha concedido una voz de peso a todo el mundo. Lo que sí ha hecho, en cambio, ha sido dar símbolos a las masas, y se trata muchas veces de símbolos huecos. Tradicionalmente, los estados-nación se han basado en la ficción de que un jefe de Estado puede representar al conjunto del pueblo y actuar como apoderado suyo. En la versión estadounidense de esta idea, el presidente ha de apelar de manera muy general a toda una serie de valores comunes; valores que, por otra parte, enmascaran la existencia de profundas divisiones de clase. Sin embargo, aun en los casos en que la estrategia se revela funcional, la unidad solo se consigue al precio de perpetuar el engaño ideológico. George Washington y Franklin D. Roosevelt han adquirido la condición de padres de la patria, y hoy se les tiene por los amables patriarcas de un pasado dorado. Andrew Jackson y Teddy Roosevelt se presentan a nuestros ojos como intrépidos y duros combatientes. El símbolo de los vaqueros se yergue en lo alto de la montura y defiende el honor de la nación frente al imperio del mal (un papel que Reagan interpretó con gran eficacia). Y ya en época más reciente, la sociedad estadounidense ha podido contemplar a un presidente ataviado con un mono de paracaidista, capaz de aterrizar en un portaaviones para mayor impacto teatral. Me refiero, evidentemente, a George W. Bush, que se plantó de esa guisa ante las cámaras para proclamar —prematuramente— el fin de las operaciones de combate en Irak. Fuera de la memoria colectiva han quedado, no obstante, algunos presidentes títere de corte corporativo como William McKinley, al que la gran industria del acero tenía en el bolsillo (y que además fue reo de un sinfín de intereses empresariales). En 2012, cuando el candidato presidencial Mitt Romney respondió a un espectador molesto: «Las fábricas son gente, amigo», se

convirtió sin pretenderlo en un nuevo McKinley. Su electorado se reducía al «1 por ciento» más rico del país, y los pantalones tejanos que se ponía poco pudieron hacer para contrarrestar esa imagen conservadora.

Rara vez se investiga al poder (ya sea social, económico o puramente simbólico). Y en caso de que se haga, la indagación nunca alcanza el carácter de imperativo nacional destinado a reclamar una solución global susceptible de satisfacer, al mismo tiempo, la exigencia moral y la concreción de un empeño práctico. Sabemos, por ejemplo, que los estadounidenses se resistieron empecinadamente a la ampliación del derecho al voto, y, de hecho, quienes han ocupado el poder se han dedicado a recortar de mil maneras las prerrogativas ciudadanas de los negros, las mujeres y los pobres. Somos igualmente conscientes de que, históricamente, las mujeres han tenido siempre menos amparo civil que las corporaciones. En lugar de apostar por una democracia plena, los estadounidenses han preferido la escenografía democrática: retóricas rimbombantes y magnificadas y líderes políticos vestidos de manera informal en una barbacoa o fotografiados de camino a una partida de caza. Se dejan ver en vaqueros o ropas de camuflaje y aparecen tocados con sombreros tejanos o gorritas de «colega», todo como parte de una esforzada actuación orientada a hacerse pasar por gente normal y corriente. Sin embargo, una vez elegidos, los presidentes y los demás políticos de ámbito nacional son cualquier cosa menos personas comunes. La ocultación de este hecho es el verdadero disfraz, la emboscada que distorsiona la auténtica naturaleza del poder estatal.

Las representaciones teatrales de los políticos que declaran hablar en nombre del «pueblo estadounidense» no contribuyen en nada a esclarecer la historia de la pobreza. El aparcero con su mula y su arado no es una romántica imagen que haya que conservar en la memoria histórica. Sin embargo, ese individuo pertenece y da cuerpo a nuestra historia tanto como cualquier guerra que se haya podido librar o como cualquier elección presidida por una acalorada pugna. El labriego y su chamizo han de permanecer entre nosotros como lo que son: un persistente símbolo de estancamiento social.

Los miembros de las clases inferiores existen aunque no consigan elevarse al plano que los convierte en fuente de problemas, aunque no se aúpen a ese peldaño que los capacita para fomentar rebeliones, sumarse a una algarada o abandonar las filas de la Confederación y esconderse en los

pantanos para crear en ellos una economía sumergida. Los que no desaparecen en los espacios agrestes hacen notar su presencia en los pueblos y las ciudades o a lo largo de las carreteras y los caminos de todos los estados. Al ver a los pobres, ya sea en las fotografías de Walker Evans o de Dorothea Lange, o aun en la versión cómica de la «telerrealidad», tenemos que preguntarnos cómo es posible que se den esas situaciones en medio de la abundancia. Al contemplar los ruinosos enclaves de caravaneros durante la Segunda Guerra Mundial, la columnista de *The Washington Post* Agnes Meyer lanzó una pertinente pregunta: «¿Es esto América?».

Pues sí, eso es Estados Unidos; o una parte esencial de la historia de Norteamérica. Y lo mismo cabe decir de las reacciones negativas que se producen como consecuencia de los intentos por mejorar las condiciones de los pobres. Siempre que se realiza un esfuerzo destinado a atajar la desigualdad y la pobreza —ya se trate de las medidas enmarcadas en la nueva política económica de Franklin D. Roosevelt, de los programas de bienestar social de Lyndon B. Johnson o de la reforma sanitaria de la era Obama— se produce una reacción tan dura como aparentemente inevitable. Los ciudadanos, coléricos, arremeten contra las medidas, ya que tienen la percepción de que el Gobierno se parte el lomo para ayudar a los pobres (con la implicación, o la expresión explícita, de que no son personas que se lo merezcan), y acusan a los burócratas de despilfarrar el dinero que roba a los hombres y mujeres que trabajan duramente para sacarse un sueldo. Esas fueron las proclamas de claro sesgo clasista que esgrimió Nixon y que el personal de su campaña presidencial tildó de llamamiento a la «mayoría silenciosa». En términos generales, la queja actual que se suele oponer a la intervención del Estado viene a hacerse eco del viejo temor de los ingleses a la nivelación social, que, según se dice, da alas a la población improductiva. Las últimas versiones de este planteamiento aseguran que las ayudas gubernamentales siegan la hierba bajo los pies del sueño americano. De acuerdo, pero… ¿el sueño de qué americanos?

La clase es el factor que determina el modo de vida de la gente de carne y hueso. Las personas no viven de mitos. No palpan ese sueño. La política remite siempre a cuestiones que van más allá de lo que se dice o de lo que alcanza a percibir la vista. Aunque lo nieguen, los políticos abordan temas de clase y trabajan en ellos. Las luchas de la guerra de Secesión estadounidense alumbraron una jerarquía racial y de clase. La

Confederación temía que los blancos pobres se dejaran seducir por los llamamientos de la Unión y acabaran votando por el fin de la esclavitud, pues al fin y al cabo esta era fundamentalmente un reflejo del egoísmo de los plantadores ricos. En nuestros días, el electorado se halla también en gran medida desequilibrado, y se le convence una y otra vez para que vote en contra de sus intereses colectivos. Se le dice a la gente que los profesores universitarios de la Costa Este someten a los jóvenes a un lavado de cerebro y que los liberales de Hollywood se ríen de ellos; se les dice que esas personas no tienen nada en común con ellos, que odian a Estados Unidos y que desean imponer un estilo de vida aberrante y ateo. Los que engañan de este modo al pueblo están ofreciendo esencialmente el mismo mensaje del miedo que tuvieron que escuchar la mayor parte de los blancos del sur en la época en la que se sopesaba la posibilidad de la secesión. Animadas por la necesidad de control —el que ejerce sin disputa ni contrapeso el tercio superior del cuerpo social—, las élites que han ocupado el poder a lo largo de la historia de Estados Unidos han ideado la fórmula perfecta para prosperar: una fórmula consistente en apaciguar a los más vulnerables y en imbuirles de un falso sentido de la identificación que niega en lo posible la existencia de verdaderas diferencias de clase.

Son muchos los peligros inherentes a este engaño. Se presenta con ribetes modélicos al grupo de personas relativamente reducido que logra dejar atrás unas raíces ancladas en las clases bajas, como si todos los de abajo tuvieran las mismas oportunidades de salir adelante valiéndose de su inteligencia, trabajando duro, ahorrando y practicando la frugalidad. ¿Podría haber producido el «colchón de los ahorros» de Franklin al hombre hecho a sí mismo en que se convirtió? Parece difícil. El propio Franklin tuvo necesidad de mecenas para elevarse en el mundo colonial en el que le tocó vivir, y hoy en día la importancia de las redes de contactos sociales conserva toda su vigencia. Las relaciones personales, el favoritismo y el mercadeo de los saberes asentados en la estructura de clases continúan engrasando hoy los engranajes que impulsan la movilidad social en el doble universo de las profesiones y los negocios. Si algo pretende conseguir este libro, es poner en la palestra una serie de mitos sobre el sueño americano, para desengañar al lector respecto a la idea de que el ascenso social es una derivada del ingenioso plan de los padres fundadores; o de que la democracia jacksoniana tenía virtudes liberadoras; o de que la Confederación se formó para defender los derechos de los estados del sur y

no con el objetivo de preservar las distinciones raciales y de clase. A veces, un simple nombre bastó para categorizar todo un estado de cosas: antes de que se le conociera como un blanco sureño de la era de la Reconstrucción favorable a la mejora social de los negros o a las reformas republicanas», al *scalawag* se le definía como una raza de ganado de mala calidad. El *scalawag* de hoy es el liberal del sur al que los ideólogos conservadores pintan con los rasgos de un sureño traidor por atreverse a decir que los pobres, sean blancos o negros, poseen intereses económicos similares.

Y esto nos devuelve al acervo lingüístico de la cría y la reproducción, tan comprensible para los pobladores de las eras agrarias, y de tantas resonancias metafóricas en el periodo preindustrial de la economía, que determinó el endurecimiento del carácter restrictivo de las relaciones sociales. Si la república se consagra supuestamente a la materialización de la igualdad, ¿cómo es posible que el lenguaje de las castas se revelara tan atractivo? Hablar de castas sociales equivalía a justificar un estatuto desigual entre los blancos, y desde luego era la mejor forma de dividir a la gente en categorías y negar al mismo tiempo la existencia de cualquier privilegio clasista. Si nos clasifican entre los miembros de una casta [914] se estará diciendo que no alcanzamos a controlar quiénes somos y que no tenemos forma de evitar el destino que nos ha sido asignado.

La crianza. Los antiguos expertos de este campo de estudio tan proclive a la prescripción social solían entresacar sus doctrinas de dos ámbitos fundamentales: el de la ciencia y el de las prácticas generalizadas del engorde de animales. Decían que la res de sangres cruzadas heredaba las taras de sus progenitores (y que sucedía lo mismo con las personas). Del mismo modo, la causa de que hubiera niños de desgreñado pelo pajizo y piel amarillenta se debía al hecho de vivir en tierras pobres y a la endogamia. Así era como se transmitían los rasgos negativos. De los breñales y terrenos baldíos solo podían salir rebaños —o personas— cutres. La crianza determinaba la suerte de los individuos, marcaba a los llamados a elevarse y a los abocados a sucumbir. Se establecía una omnipresente analogía entre las cepas animales y las humanas. Así lo confirma una apostilla que Thomas Jefferson incluye en *Notes on the State of Virginia* , de 1787: «La belleza superior se considera digna de ser resaltada en la propagación de nuestros caballos, perros y otros animales domésticos; ¿por qué no en la del hombre?».

La doctrina del destino manifiesto, basada en un tipo de lógica similar, se convertiría muy pronto en un medio con el que promover la apertura de rutas terrestres y expulsar del país a todo el que procediera de una mala crianza, normalmente empujándolos a México. En 1860, Daniel Hundley imaginó que la escoria blanca pobre podría iniciar una suerte de mágico desfile que la sacara fuera de Estados Unidos. La vieja idea inglesa de la colonización exigía deshacerse de los pobres en algún lugar. Era preciso drenar de impurezas a la población, cribarla o purgarla. Estas mismas ideas fueron las que alimentaron el darwinismo social y la eugenesia: si las mujeres mancilladas procreaban con personas correctas, se socavaría la calidad de las cepas futuras. Una de dos: o la naturaleza arrancaba las malas hierbas y eliminaba los encastes inferiores o tendría que intervenir la mano del ser humano para aplicar el concepto de reproducción controlada de Francis Galton y esterilizar a las razas defectuosas y a los morones que pueblan los peldaños más bajos de la escala.

La reivindicación de que ciertas castas no admitían mejora alguna permitió hacer caso omiso de la desigualdad con idéntica desenvoltura. Tal y como explicaba W. E. B. Du Bois en 1909, los políticos del sur se perdían en vacuidades ilógicas. Habían acabado por argumentar que toda forma de intervención social carecía de sentido, puesto que a los seres humanos no les es dado resistirse a las fuerzas de la naturaleza; dicho de otro modo: había razas y clases invariablemente abocadas al estancamiento debido a la inferioridad de sus dotes físicas y mentales. La pretensión del sur, que sostenía estar promoviendo el bien público al respaldar el régimen existente —centrado en recompensar a quienes ya gozaban de buenos privilegios—, era inherentemente antidemocrática. Y la estratagema de culpar a la naturaleza de la existencia de castas sin solución era simplemente una forma de racionalizar la indiferencia.

Si al presidente Ronald Reagan le encantaba evocar la imagen bíblica de la «ciudad encaramada en la cima de un monte» en tanto que faro de esperanza del mundo, sus críticos se apresurarían a señalar que, en el siglo XX , los accesos a tan rutilante urbe se hallaban sometidos a restricciones comparables a las del XVII . En los tiempos de eso que ha dado en llamarse *reaganomía* , por la peculiar economía de Reagan, se recortaron de manera drástica los tipos impositivos de las clases pudientes. En el discurso inaugural de la Convención Demócrata Nacional de 1984, el gobernador de Nueva York, Mario Cuomo, resumiría de forma memorable el problema:

«El presidente Reagan nos dijo desde el principio que tenía fe en una especie de darwinismo social, ya saben: la supervivencia de los más aptos […]; insistió en señalar [que] debíamos limitarnos a cuidar de los fuertes y a esperar que la ambición económica y la beneficencia hicieran el resto. Enriquezcamos a los ricos, pues las migajas que caigan de su festín bastarán para sostener a la clase media y a cuantos tratan desesperadamente de abrirse paso hasta esa franja semiacomodada». Las palabras de Cuomo se hacen eco de las de Du Bois: su punto de inflexión antidarwiniana nos advierte sobre la mentalidad con la que se justifica la división entre cepas fuertes y cepas débiles. No bastaba con preservar el *statu quo* , debía admitirse incluso la expansión de la desigualdad, ensanchar la brecha que media entre las clases, y sin provocar incidentes ni desgarrar el tejido social. En 2009, el 1 por ciento de la población estadounidense destinaba el 5,2 por ciento de sus ingresos a satisfacer los impuestos estatales y locales, mientras que el 20 por ciento más humilde debía desprenderse del 10,9 por ciento. Los estados penalizaban impunemente a los pobres. [915]

La clase nunca ha guardado exclusivamente relación con los ingresos o el montante patrimonial. Ha ido moldeándose en términos físicos (y sí, también corporales). Los pies sucios o un rostro seboso son marcas que aún hoy siguen considerándose signos indicadores de delincuencia y depravación. Vivir en un chamizo, una «chabola» o un «cuchitril», en el «barrio de los cobertizos» o en un aparcamiento de remolques vivienda equivale a residir en un espacio incapaz de hacerse acreedor al título de «hogar». En su condición de lugares de paso, los ámbitos no urbanizados aparecen poblados por ocupantes que carecen de los modales cívicos que denotan estabilidad, productividad y valor económico y humano.

Las oportunidades laborales generalizadas o el mito del pleno empleo son únicamente eso: una fábula. La economía no puede proporcionar trabajo a todo el mundo; algo que rara vez se reconoce. En el siglo XVI , los ingleses contaban con el «ejército de reserva de los pobres», y se les conminaba a ingresar en las instituciones armadas. En la Norteamérica actual, el contingente de reserva de los pobres se ve obligado a aceptar los peores cometidos, a conformarse con puestos pésimamente pagados y a proporcionar mano de obra para las minas o para limpiar los retretes y los establos; sus efectivos se nutren de los emigrantes que recogen a mano la mies en los campos o sacrifican a los animales en los mataderos. La morralla humana sigue estando formada por los «pies de barro» que

chapotean en la capa inferior de la bolsa de trabajo sobre la que descansa la riqueza de la sociedad. A los blancos pobres todavía se les enseña a odiar, pero no a quienes los someten. Una ocurrencia de Lyndon B. Johnson muestra que era plenamente consciente de ese estado de cosas: «Si consigues convencer al blanco más tirado de que está por encima del mejor de los hombres de color, ni se enterará de que le estás metiendo la mano en el bolsillo. ¡Demonios! ¡Dale a alguien a quien menospreciar y te dará todo lo que tenga!».

Estados Unidos es un país que se imagina democrático y, sin embargo, a la mayoría de la gente nunca le ha preocupado en exceso la igualdad. La razón hay que buscarla en el hecho de que la reproducción y el encaste no funcionan así. Herederos, pedigríes, linajes: la seudoaristocracia de la opulencia continúa hallando el modo de afirmar su poderío social. Vemos que la riqueza heredada confiere estatus sin ninguna garantía de mérito ni talento. En otras palabras: ¿habríamos llegado a saber algo de políticos como Donald Trump, George W. Bush y Jesse Jackson, hijo, o aun de personajes de Hollywood como Charlie Sheen y Paris Hilton, de no haber sido porque todos ellos —al igual que muchos otros— contaban con padres poderosos e influyentes? Incluso algunos hombres de reconocida valía en el ámbito de la política nacional son producto del nepotismo: valga citar por ejemplo a Albert Gore hijo, a Rand Paul, a Andrew Cuomo o a muchos de los Kennedy. Concedemos a los hijos de los famosos una enorme ventaja para salir adelante en la vida, y les tratamos con la deferencia que juzgamos pertinente en un legítimo heredero, aceptando así una suerte de versión moderna de los hijos de los elegidos que tanto ensalzan los puritanos.

Según la fórmula de Thomas Jefferson, la naturaleza es la que asigna las clases. Es ella la que exige una aristocracia natural, a cuyos miembros él denominaba «aristoi accidentales». La chispa del deseo empujará a los fuertes a reproducirse con sus iguales: los «buenos y los prudentes» se casarán movidos por criterios de belleza, salud, virtud y talento, y esos rasgos se transmitirán a las generaciones posteriores. Una de las diferencias más significativas entre las clases dominantes de Jefferson y las tesis de los eugenistas de principios del siglo XX radica en el hecho de que el primero centraba específicamente el foco en que fuese el varón quien eligiera compañera, mientras que los segundos instaban a las mujeres de clase media a examinar con todo detenimiento el árbol genealógico del hombre con el que pensaban casarse. El matrimonio siempre ha guardado relación

con la posición social: las agencias de contactos que hoy operan en internet se basan en la noción eugenésica de que todo el mundo puede encontrar un encaje perfecto con su media naranja; una unión que supuestamente se afianza a su vez gracias a la pertenencia a una misma clase y al hecho de que concuerden los intereses educativos de quienes conciertan una cita. Entre 2014 y 2015, la publicidad televisiva del portal de encuentros eHarmony.com difundió en Estados Unidos ese mismo mensaje: ningún solicitante «normal» de clase media tenía por qué quedarse empantanado con un perdedor o perdedora hortera (entiéndase con una persona de clase baja). Y como bien ha señalado la historiadora Jill Lepore en el *New Yorker* , el emprendedor doctor Paul Popenoe inició su carrera a principios del siglo XX como destacada autoridad en cuestiones eugenésicas. Poco después se convertía en consejero matrimonial, y finalmente organizó en 1956 el primer sistema de citas por ordenador. Algunos de esos servicios de emparejamiento han mostrado un notable descaro: la página electrónica de Good Genes prometió en su día ayudar a los «miembros y exalumnos de las universidades más prestigiosas de Nueva Inglaterra» a encontrar una esposa potencial provista de «credenciales concordes al caso», eufemismo con el que se quería indicar que la candidata tendría un pedigrí de clase similar al del demandante. [916]

Se supone que las normas de la naturaleza han de reemplazar la aristocracia artificial por una meritocracia. Sin embargo, también permite que la gente asocie los fallos humanos con la existencia de razas diferentes y castas inferiores, y que asigne al mismo tiempo un cierto grado de inevitabilidad a esos defectos. Y si en este modo de pensar, tan largo tiempo aceptado, la naturaleza ha regido efectivamente los destinos de los seres humanos, también se ha venido admitiendo que precisa de un buen jardinero. De vez en cuando hay que desbrozar el terreno y arrancar la mala hierba humana. Esta es la razón de que se utilizara a los ocupantes ilegales como una primera oleada de colonos con la que iniciar la intromisión en las tierras de los indios y de que se los expulsara después de sus parcelas en cuanto llegó la segunda y mejorada avanzadilla de granjeros. Con el tiempo, el patrullaje de las fronteras limítrofes con el vasto espacio indómito se transformó en leyes de segregación y más tarde en normas de zonificación, a fin de separar el grano de la paja y dar pie a la creación de los modernos barrios residenciales. La forma misma de las poblaciones y los vecindarios fue moldeada a partir de los muros que separaban a las distintas clases.

A los estadounidenses del siglo XIX les parecía muy natural equiparar a los animales con los seres humanos. Los sementales eran como los plantadores de élite, y era lógico darles los mejores pastos. Las reses débiles, igual que la escoria blanca, quedaban holgazaneando en los pantanos. Aunque no sea un tema que se aborde con frecuencia, lo cierto es que nuestra sociedad todavía continúa midiendo la valía de las personas en función del provecho del espacio que ocupa y posee. Tanto los guetos urbanos como los aparcamientos de remolques vivienda que brotan en los descampados y las áreas devaluadas de la periferia urbana son representaciones modernas de la «marisma tenebrosa» de William Byrd: un erial insalubre e incivilizado cuya podredumbre se deja al albur de los elementos y permanece sin cultivar.

La ubicación lo es todo. El punto en el que uno se encuentre radicado determina el acceso a una escuela con equipamientos y docentes capacitados, el disfrute de un vecindario seguro, la perspectiva de mejoras en las infraestructuras, la disponibilidad de los mejores hospitales, la proximidad de tiendas de alimentación bien surtidas… Los padres de clase media y alta proporcionan a sus hijos una formación que les faculta para sobrevivir en el peculiar entorno de clase que les haya correspondido. Y con ese fin les procuran los recursos materiales más apropiados. Pero profundicemos un poco más en la pregunta que planteó el titular de la cartera de Agricultura de Estados Unidos Henry Wallace en 1936: ¿qué ocurriría si se diera a cien mil niños pobres y a otros tantos ricos la misma comida, ropa, educación, cuidados y protección? Lo más probable es que las divisiones de clase desaparecieran. Wallace aseguraba que esa era la única manera de concebir una eventual supresión de las clases. Pero lo que no dijo fue que ese proyecto exigiría sacar a los chiquillos de sus casas y educarlos en un entorno neutro y equitativo. ¡Una idea peligrosa donde las haya!

Siempre hemos confiado a los linajes el mantenimiento y la transmisión a nuestros hijos de las ventajas de clase, y todavía seguimos haciéndolo. Las mediciones estadísticas han mostrado de manera muy convincente que el mejor elemento para la predicción del éxito es la posición social de nuestros predecesores. Si tenemos en cuenta el odio que inspiraban a los revolucionarios norteamericanos las aristocracias del Viejo Mundo, resulta irónico que los estadounidenses modernos transfieran hoy la riqueza por vías idénticas a las de aquellas antiguas sociedades, máxime sabiendo que

las actuales naciones europeas facilitan a sus poblaciones un volumen de servicios sociales considerablemente superior. Por término medio, los estadounidenses pasan el 50 por ciento de sus bienes a su descendencia. En los países nórdicos, la movilidad social es muy superior: los padres y madres daneses dan el 15 por ciento de su patrimonio total a sus hijos, y los suecos les dejan el 27 por ciento. El capital y los privilegios de clase constituyen un legado mucho más importante (como medida ponderada de la proyección futura) que el de los factores genéticos concretos que nos hayan tocado en suerte. [917]

Muchas veces es un error relegar las ideas caídas en el descrédito al periodo en el que surgieron y prosperaron. Por eso conviene caer en la cuenta de que el pensamiento eugenésico tampoco ha desaparecido del todo. Si los pobres pasan «un poquito» de hambre, no pasa nada, decía Charlotte Hays, y seguramente hay más gente que ve las cosas del mismo modo. La expresión «tratamiento de fertilidad», aparentemente inocua, permite a los ricos producir una prole a la carta, ya que pueden comprar esperma y óvulos en los «centros de bebés» diseminados por el mundo. Sin embargo, a juicio de los evangelistas conservadores, el aborto y el control de la natalidad son una violación de los designios de Dios, que cifra su voluntad en el lema de «creced y multiplicaos». Llama la atención que ese temor a los métodos de reproducción antinaturales no genere ninguna oposición a las clínicas de fecundación asistida. Al igual que los eugenistas, los activistas contrarios al aborto creen que el Estado tiene derecho a intervenir en los hábitos reproductivos de las mujeres solteras pobres.

Durante la presidencia de Jimmy Carter, las mujeres pobres perdieron las subvenciones estatales que abonaban el importe de sus abortos, y en la actualidad no se les permite utilizar las ayudas públicas para adquirir pañales desechables. Desde el punto de vista de los conservadores de nuestros días, las mujeres son, antes que nada, fábricas reproductoras. Este planteamiento quedó elocuentemente expuesto en el transcurso de los debates republicanos de las primarias de 2012, en el que los candidatos alardearon de sus respectivas familias numerosas, tratando de superarse unos a otros, mientras la cámara tomaba una vista panorámica del estrado en el que se encontraban. Con este comportamiento, los republicanos emulaban la vanidosa suficiencia de los ganadores de los concursos de la «familia más apta» que se celebraban en las ferias rurales de principios del siglo XX . Un reportero se animó incluso a bromear diciendo que los hijos e

hijas de Jon Huntsman y Mitt Romney deberían casarse y «crear una superraza de mormones de pasmosa belleza». En Estados Unidos sigue existiendo el deseo cultural de engendrar personas «de nuestra propia casta». Tal y como sucede con la práctica del nepotismo, que se perpetúa en muchos y muy variados campos, las fórmulas para la reproducción de la clase social tampoco difieren en exceso de las que se prodigaban en épocas pasadas. [918]

Hay cosas que no cambian nunca. Más de una generación se ha engañado a sí misma al abrazar la idea del sueño americano. Hoy prospera una peculiar fe que se identifica y profesa bajo el rótulo de «excepcionalismo estadounidense», pero la verdad es que se trata de una doctrina que ya se aplicaba hace siglos para describir los proyectos y las políticas que estaba concretando la nación insular de Gran Bretaña al iniciar la colonización del continente norteamericano. Fue la literatura fantástica de Richard Hakluyt la que acabó elevando el tono hasta convertir ese credo en un impulso colonial de amplio alcance orientado a la dominación continental. Y esa misma ideología fue también la que nutrió las teorías de Benjamin Franklin, Thomas Paine y su tocayo Jefferson. (Casi un siglo antes, el concepto de la aritmética política, fruto de las cavilaciones del economista londinense William Petty, reforzó la inveterada fascinación que siempre ha producido el crecimiento demográfico). Teddy Roosevelt también tenía un sueño. Se proponía ofrecer primas a los padres de las familias numerosas, animar a la concertación de matrimonios eugenésicamente juiciosos y demostrar que la rama estadounidense era la más saludable del árbol genealógico anglosajón.

Esto nos lleva al corolario de la esclavitud y el trabajo libre. El primero que puso en práctica una idea sensible y sensata en la colonia de Georgia fue James Oglethorpe, que llegó a la conclusión de que el solo hecho de que prosperara la esclavitud determinaba que las oportunidades económicas se vieran negativamente afectadas y se perjudicara la movilidad social de los hombres blancos comunes y corrientes y sus familias. Esto muestra que, en los estados del sur, la dominación racial no solo se hallaba íntimamente relacionada con la preeminencia de una clase sobre otra, sino que eran dos factores que nunca iban a poderse separar; al menos no mientras la élite blanca gobernante continuara imperando en la esfera política y organizara las estructuras del sistema económico para el exclusivo beneficio de unos pocos. Hoy sabemos, evidentemente, que la esclavitud y la represión del talento afroamericano fue una trágica injusticia. ¿Por qué entonces

seguimos ignorando el carácter patológico de las relaciones de poder centradas en la clase que forman parte del legado político de la república estadounidense? Si el sueño americano fuera real, la movilidad social se dejaría notar de un modo mucho más contundente.

Corrijamos eso, entonces. El hecho de que nunca haya habido un libre mercado de la propiedad de la tierra es lo que explica que las épocas pasadas fueran testigos tanto de la movilidad social ascendente como de la descendente. A lo largo de la historia, los estadounidenses han confundido invariablemente la movilidad social con la movilidad física. El sistema de clases se extendió por todo el territorio con los sedicentes grupos de pioneros. Este es un hecho que debemos reconocer. Por regla general, eran los todopoderosos especuladores los que se encargaban de controlar que las tierras de mayor calidad llegaran a los ricos, y también eran ellos los encargados de obligar al ocupante ilegal pobre a abandonar su parcela. Los mercados nunca han allanado el camino para que las personas de mayor talento lleguen a lo alto: eso es algo que no se produce sin una mano visible, que no ocurre por arte de magia, ya que los individuos que cuentan con buenas relaciones son los que reciben un trato preferencial; y esta es una situación que recorre todas las épocas y que sigue vigente en la nuestra.

La libertad es una puerta giratoria, y eso explica la realidad de la movilidad descendente. Esa puerta permite entrar a unos y empuja a otros a la calle, dejándolos a la intemperie. Desde luego permite, e incluso estimula, la explotación. La instauración de un proceso de racionalización ha conseguido que la gente tienda desde antiguo a atribuir el fracaso social a los defectos personales de los individuos. Y desde luego esa ha sido la interesada cantinela con la que los republicanos se han presentado sistemáticamente en el Congreso a lo largo de la segunda década del siglo XXI . Basta recordar el hecho de que el expresidente de la Cámara de Representantes, John Boehner, equiparara públicamente la situación de desempleo con la haraganería. A finales del 2011, Newt Gingrich, que también ejerció su mismo cargo, saltaría a los titulares al manifestarse aparentemente dispuesto a respaldar la solución que Jefferson ideó para la pobreza en el periodo revolucionario, consistente nada menos que en transformar los colegios en asilos para pobres. Estas fueron las palabras de Gingrich: «Tenemos vecindarios sumamente humildes. En ellos hay estudiantes a los que se exige acudir a la escuela. Pero no tienen dinero ni

hábito de trabajar […]. ¿Qué tal si les nombramos ayudantes del bedel y les asignamos la labor de fregar los suelos y limpiar los aseos?». El país solo entendió el significado de la movilidad descendente en lo más crudo de la Gran Depresión. En esa época, en la que la cuarta parte de la población se quedó sin empleo, el viejo subterfugio de culpar al individuo perdió toda capacidad de persuasión. [919]

En la mayoría de los casos, las injusticias cotidianas que sufren las personas corrientes pasan desapercibidas. Ahora bien, eso no significa que la gente humilde sea insensible a sus propias condiciones de vida. Los políticos se han puesto deliberadamente una venda en los ojos para no ver los numerosos problemas sociales que existen. La pretensión de que el enriquecimiento de Estados Unidos se debe precisamente al hecho de ser en buena medida una sociedad sin clases es un relato de ficción, por decirlo suavemente. La desnuda fórmula del «1 por ciento» es la más reciente forma de denominar a quienes monopolizan la riqueza. Con ella se intenta que la sociedad preste atención a los perjuicios que se derivan de un poder establecido, pero desde luego no designa ningún fenómeno nuevo. La separación de las clases está y ha estado siempre en el centro de nuestros debates políticos, pese a todos los esfuerzos destinados a ocultar la realidad social con engañosos giros retóricos. Diferentes disfraces han difuminado la presencia de los blancos pobres, y así lo atestiguan los nombres que se les han dado a lo largo de los siglos: morralla humana; hez de la tierra; patanes; trotamarismas; tunantes; basura; ocupas; mascamazorcas; come-arcillas; vulgares; horteras; pies de barro; scalawags; saltamontes de matojo; rústicos; catetos; pordioseros; tirados; negros de tez pálida; degenerados; escoria blanca; caravaneros tirados; vagabundos de fangal…

Se les culpa por habitar terrenos depauperados, como si los eligieran por gusto. En la mente de las élites rurales y urbanas, así como en el seno de la clase media, siempre se les ha visto, desde el principio, como simples excrecencias de un suelo improductivo y cubierto de hierbajos. Se les pinta una y otra vez como vagabundos y haraganes sin arraigo, físicamente marcados por la pobreza. Los que malviven en peores circunstancias comen tierra y se ponen amarillos, andan revolcándose por el cieno y la inmundicia y tienen la nuca requemada por el sol. Y como sus hijos se tapan con harapos y están mal alimentados, la gente cree que la raza que engendran adolece de taras permanentes. ¿Desviaciones sexuales? Son consecuencia de los atestados cuchitriles y los lóbregos retiros en que se refugian, lejos de

la civilización, donde el vocabulario moral de las ciudades se acaba perdiendo. Pensamos que la existencia de grupos de personas olvidadas y desfavorecidas es algo extinto, una cosa del pasado, y creemos que el presente es un periodo de pensamiento progresista y alta sensibilidad. Sin embargo, los caravaneros pobres de hoy son simplemente los vagabundos de ayer subidos a unas ruedas, una versión actualizada de los *okies* , de aquellos emigrantes blancos pobres que llegaban en sus viejos cacharros o de los mascamazorcas de Florida con sus carromatos.

Les cambiamos muy a menudo el nombre, pero no desaparecen. Nuestra identidad misma como nación, con independencia de lo que proclamemos ser, está íntimamente unida a los desposeídos. No solo nos preocupa la raza, como bien sabemos, también nos desvelan los buenos y los malos encastes. Y si tenemos esa preocupación es por una buena razón: al llamar a Estados Unidos no solo «una» tierra de oportunidades, sino «la» tierra de las oportunidades, nos hemos comprometido con la posteridad para que en nuestro suelo haya siempre un verdadero potencial para el adelanto y la mejora.

Las gentes que no logran ascender en Estados Unidos son uno de los elementos clave que definen nuestra civilización. Una de las circunstancias que rodean la película Liberación —esa horrenda aventura que explota los peores estereotipos de la escoria blanca y se desentiende de la pobreza que prevalece en la región del país en la que se rodó el filme— supone en este sentido una cruel ironía. En el reparto de la cinta destaca la presencia de Billy Redden, la única persona que no era un actor profesional. Redden era el icónico personaje de características endogámicas que se sentaba a rasguear el banjo. Tenía quince años cuando los productores de la película le eligieron para el papel nada más verle en un colegio del condado de Rabun, en Georgia. Tenía unos rasgos extraños (acentuados más tarde con el maquillaje), y eso era lo que buscaban. No sabía tocar ningún instrumento, así que un músico grabó en segundo plano sus arpegios y la cámara se encargó de rematar la sensación de realismo. En 2012 se le hizo una entrevista para conmemorar el cuarenta aniversario del filme. Billy, que por entonces había cumplido ya los cuarenta y seis años, explicó que no le habían pagado gran cosa por su interpretación. De lo contrario, señaló, «no estaría trabajando ahora en el Wal-Mart ni tendría que hacer verdaderos juegos malabares para llegar a fin de mes». [920]

La manifiesta incomodidad que sienten los estadounidenses de clase media cuando se les obliga a reconocer la existencia de la pobreza hace aún más patente la inconexa relación que media entre la imagen y la realidad. Parece claro que hemos progresado muy poco desde que James Agee desnudara a los ojos del mundo las condiciones de vida de los aparceros pobres en 1941. Todavía hoy seguimos cerrando los ojos ante la «cruel exhibición de lo que es». La persistencia de metáforas de sesgo clasista y la conmoción voyerista de los retratos televisados de seres degenerados y vidas desperdiciadas —y en el país más rico que haya conocido la historia — exacerban la visión extática de la experiencia rural. ¿Y qué ha sido de Billy Redden? En 1972, se echó mano de un muchachito de campo para representar el estereotipo del patán retrasado, del idiota sabio. En nuestros días, su pedestre lucha por la supervivencia no alcanzaría a satisfacer las expectativas de ningún cinéfilo, porque su peripecia es común y corriente. No es ni estrafalario ni perverso. No luce barbas desgreñadas, no lleva pañuelo en la cabeza y tampoco se dedica a cazar caimanes. Es, sencillamente, uno de los centenares de miles de empleados sin rostro que trabajan en un supermercado.

Por molesto que resulte, la escoria blanca es uno de los hilos narrativos que integran el núcleo del relato nacional. La sola existencia de estas personas —tanto en su visibilidad como en su invisibilidad— prueba que a la sociedad estadounidense le obsesionan las mutantes etiquetas que asignamos a los vecinos que deseamos ignorar. «No son como nosotros». Pero sí que lo son; es más, nos guste o no, constituyen una parte fundamental de nuestra historia.

---

[914] En el sentido de las estirpes o encastes animales biológicamente determinados. (*N. del T.*)

[915] Carl Davis *et al* ., *Who Pays? A Distributional Analysis of the Tax Systems of All 50 States* , tercera edición, Institute on Taxation and Economic Policy, Washington, D. C., 2009, p. 2.

[916] Jill Lepore, «Fixed: The Rise of Marriage Therapy, and Other Dreams of Human Betterment», *New Yorker* , 29 de marzo de 2010.

[917] Véase Sean McElwee, «The Myth Destroying America: Why Social Mobility Is Beyond Ordinary People's Control», *Salon.com* , ٧ de marzo de ٢٠١٥; junto con Lisa A. Keister y Stephanie Moller, «Wealth Inequality in the United States», *Annual Review of Sociology* , n.º 26. 2000, pp. 63-81, y muy especialmente la 72. Así explica la situación el académico Richard Wilkinson: «Si lo que anhela usted es el sueño americano, tendrá que ir a Dinamarca». Además, los estadounidenses subestiman burdamente la desigual distribución de la riqueza, y si se les muestra una gráfica

comparativa entre la situación que impera en tal sentido en Estados Unidos y la que existe en Suecia (aunque sin revelar el nombre de los países), la gente elige por abrumadora mayoría el ejemplo sueco: véase Tim Koechlin, «The Rich Get Richer: Neoliberalism and Soaring Inequality», *Challenge* , vol. 56, n.º 2, marzo-abril de 2013, pp. 5-30, y sobre todo la 16, la 17 y la 20.

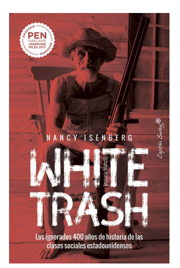
[918] Bryce Covert, «The First-Ever Bill to Help Low-Income Moms Afford Diapers», *Think Progress* , 13 de agosto de 2014, thinkprogress.org. Las familias numerosas que tanto encomian los republicanos sugieren una comparación con el caso de Theodore Roosevelt, que, siendo partidario de la eugenesia, tuvo seis hijos: véase Amy Bingham, «Presidential Campaign: Big GOP Families Lining Up to Fill White House», *ABC News* , ٢١ de junio de ٢٠١١, abcnews.go.com. Lo que llamó la atención en el debate de las primarias republicanas de ٢٠١٢ no fue solo el notable número de hijos, sino los aires de raza superior que se daban los chicos y chicas de las familias Romney y Huntsman. Scott Stossel, redactor de la revista *Atlantic* , fue quien dejó en su cuenta de Twitter el comentario chusco al que me he referido: «Las hijas de Huntsman y los muchachos de Romney deberían juntarse y procrear». Véase Paul Harris, «Republican Candidates Seek Strength in Numbers to Show Off Family Values», *The Guardian* , 7 de enero de 2012.

[919] Paul Krugman, «Those Lazy Jobless», *The New York Times* , 22 de septiembre de 2014; «Gingrich Says Poor Children Have No Work Habits», *ABC News* , ١ de diciembre de ٢٠١١, abcnews.go.com.

[920] «Billy Redden — Deliverance», YouTube, https://www.youtube.com/watch?v= PBgxdROTTrE; Cory Welles, «40 Years Later, “Deliverance” Causes Mixed Feelings in Georgia», *Marketplace.org* , 22 de agosto de 2012; «Mountain Men: A Look at the Adaptation of James Dickey’s Novel», *Atlanta Magazine* , 2 de septiembre de 2011.

Índice

White trash (escoria blanca)



En su innovadora historia sobre el sistema de clases en Estados Unidos, Nancy Isenberg expone el crucial legado de la embarazosa, siempre presente y ocasionalmente entretenida *white trash* . Los votantes que pusieron a Trump en la Casa Blanca han sido una parte permanente del tejido estadounidense: los pobres, marginados y sin tierra han existido desde la época del primer asentamiento colonial británico hasta los actuales *hillbillies* . Denominados como «basura», «timadores perezosos», «comedores de arcilla» o «crackers» en la década de 1850, los oprimidos eran conocidos por tener niños prematuramente envejecidos que se distinguían por su piel amarillenta, ropa andrajosa y actitudes apáticas. Los blancos pobres fueron fundamentales para el ascenso del Partido Republicano a principios del siglo XIX y la Guerra Civil en sí misma se libró casi tanto por cuestiones de clase como por la esclavitud. Por otro lado, la escoria blanca siempre ha estado en el centro de los principales debates sobre el carácter de la identidad nacional. Examinando la retórica política, la literatura popular y las teorías científicas a lo largo de cuatrocientos años, Isenberg cuestiona los mitos de la supuesta sociedad libre de clases estadounidense, donde la libertad y el trabajo duro garantizan la movilidad social.

Nancy Isenberg . Nueva Jersey (EE.UU.), 1958. Profesora de Historia en la Universidad Estatal de Luisiana. Su primer libro *Sex and Citizenship in Antebellum America* , examina los orígenes del movimiento por los derechos de las mujeres y obtuvo el premio anual de la Society for Historians of the Early American Republic (SHEAR) en 1999. Su segundo libro *Fallen Founder: The Life of Aaron Burr* , que trataba de corregir la visión sesgada con la que a lo largo de dos siglos se ha retratado al vicepresidente de Thomas Jefferson, recibió elogios de la crítica, fue incluido en la Selección Principal del Club del Libro de Historia, ganó el Premio del Libro de Oklahoma 2008 de no ficción y fue finalista del Los Angeles Times Book Prize en la categoría de biografía. Su tercer libro *Madison and Jefferson* , en coautoría con Andrew Burstein, fue un *best seller* del *New York Times* y fue elegido uno de los cinco mejores títulos de no ficción de 2010 por Kirkus. Con Burstein ha escrito también *The Problem of Democracy: The Presidents Adams Confront the Cult of Personality* . Isenberg ha aparecido en C-SPAN2 Book TV y en varios programas de NPR. Ha publicado artículos en *New York Review of Books, Washington Post, American Scholar, Chronicle of Higher Education, Journal of American History, American Quarterly* y *Hedgehog Review* . Burstein y ella colaboran regularmente en *Salon.com* y publican escritos sobre asuntos políticos y culturales de actualidad para varios medios.

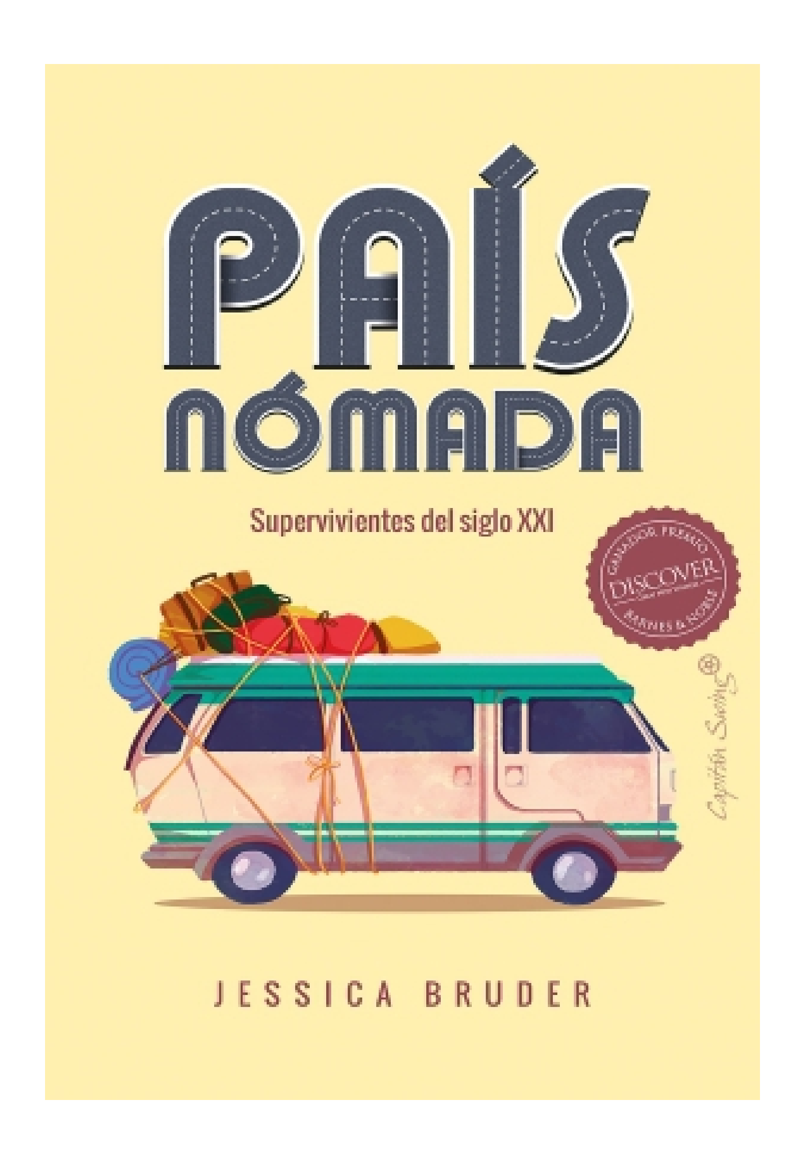
Título original: *White Trash: The 400-Year Untold History of Class in America* (2018)

Edición en ebook: octubre de 2020

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-122324-2-4

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Manuel Pérez Subirana
Composición digital: leerendigital.com



País Nómada

Bruder, Jessica
9788412232400
328 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Desde los campos de remolacha de Dakota del Norte hasta los campamentos de National Forest de California y el programa CamperForce de Amazon en Texas, los empleadores han descubierto un nuevo grupo de

mano de obra de bajo costo, compuesto principalmente por temporeros estadounidenses adultos.

Al descubrir que el Seguro Social se queda corto y ahogados por las hipotecas, decenas de miles de estas víctimas invisibles de la Gran Recesión se han echado a la carretera en vehículos recreativos, remolques de viaje y furgonetas, formando una creciente comunidad de nómadas: migrantes trabajadores que se autodenominan workampers. En un vehículo de segunda mano que bautiza "Van Halen", Jessica Bruder sale a la carretera para conocer a estos sujetos más de cerca.

Acompañando a su irreprimible protagonista Linda May y a otras personas en la limpieza de inodoros de un campamento, en el escaneo de productos en un almacén, en reuniones en el desierto y en el peligroso trabajo de la cosecha de remolacha, Bruder relata una historia convincente y reveladora sobre el oscuro vientre de la economía estadounidense, que presagia el precario futuro que puede esperarnos a muchos más.

Pero, al mismo tiempo, celebra la excepcional capacidad de recuperación y creatividad de estos estadounidenses que han renunciado al arraigo ordinario para sobrevivir. Como Linda May, que sueña con encontrar tierras en las que construir su propia casa sostenible "Earthship", son personas que no han perdido la esperanza.

Premio Libro del Año 2017 del Gremio de Libreros de Madrid

En este conjunto de ensayos mordaces y oportunos sobre la persistente desigualdad entre mujeres y hombres y la violencia basada en el género, Solnit cita su experiencia personal y otros ejemplos reales de cómo los hombres muestran una autoridad que no se han ganado, mientras que las mujeres han sido educadas para aceptar esa realidad sin cuestionarla. La autora narra la experiencia que vivió durante una cena en la que un desconocido se puso a hablarle acerca de un libro increíble que había leído, ignorando el hecho de que ella misma lo había escrito, a pesar de que se lo hicieron saber al principio de la conversación. Al final resultó que ni siquiera había leído el libro, sino una reseña del New York Times.

El término mansplaining conjuga man ("hombre") y explaining ("explica"), en alusión a este fenómeno: cuando un hombre explica algo a una mujer, lo hace de manera condescendiente, porque, con independencia de cuánto sepa sobre el tema, siempre asume que sabe más que ella. El concepto tiene su mayor expresión en aquellas situaciones en las que el hombre sabe poco y la mujer, por el contrario, es la "experta" en el tema, algo que, para la soberbia del primero, es irrelevante: él tiene algo que explicar y eso es lo único que importa.

Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

En 1518, un cuarto de siglo después de Cristóbal Colón, un exiliado portugués, Magallanes, logró convencer al rey de España, Carlos I, de que le proporcionara una flota con el fin de explorar el mar que separaba Asia de América, el continente descubierto por Colón unos años antes.

A sus treinta y nueve años, estaba al mando de una flota de cinco barcos y 265 hombres, y comenzaba un episodio que marcaría la historia de la navegación y de la humanidad. Regresó tres años después en un barco improvisado, con solo dieciocho hombres. Un motín, frío, hambre, rivalidad, errores cartográficos…, de nada se salvará el célebre aventurero.

Con su prosa fluida y elegante, **Zweig narra la experiencia de Magallanes como una gran novela de aventuras** , en el que sigue siendo el relato más bello sobre este viaje.

Cuidadosamente documentada, la reconstrucción de su hazaña es un brillante cuadro de las condiciones económicas y políticas a comienzos del siglo XVI, y rinde tributo a la hazaña de un genio apasionado, que con unos insignificantes barcos dio la vuelta al globo, demostrando por primera vez su redondez.

¿Qué tienen en común el Quijote, John Lennon, Buda, Ulises, el papa, el rey Arturo y La guerra de las galaxias?

Para Joseph Campbell, el mito es un instrumento fundamental para interpretar la realidad, enriquecer la experiencia vital y comprender los oscuros y aterradores abismos de la existencia humana, y es también la semilla de las religiones, que emplean distintas metáforas para explicar lo inexplicable. En este diálogo con el periodista Bill Moyers, Campbell intenta entender el pasado y esclarecer el presente por medio de la mitología, sintetizando así los principales postulados de su pensamiento.

"El poder del mito" toca temas que van desde el matrimonio moderno a los nacimientos virginales, de Jesús a John Lennon; una amplia gama de temas considerados en conjunto para identificar la universalidad de la experiencia humana a través del tiempo y la cultura. En sus páginas se revela cómo los temas y símbolos, los arquetipos mitológicos, religiosos y psicológicos de las antiguas narraciones continúan dando significado al nacimiento, la muerte, el amor y la guerra. Los símbolos de la mitología y la leyenda están a nuestro alrededor, incrustados en el tejido de nuestra vida cotidiana, y los diálogos entre Moyers y Campbell son una guía imprescindible para reconocer y comprender su significado.